



CUENTOS ROMANTICOS

ALEMANES



Hugo von Hofmannsthal compiló estas narraciones, tal y como declara en el prólogo, guiado solamente «por la peculiar belleza con que conmovieron mi corazón en la juventud o en la madurez, convirtiéndose para mí en algo inolvidable». Aunque la nómina de autores escogidos —Goethe, Eichendorff, Brentano, Hauff, Tieck, Hoffmann, Hebbel, Büchner, Gotthelf, Von Droste-Hülshoff, Von Arnim, Kleist, Sealsfield— bastaría por sí sola para refrendar su interés, no carece de importancia el criterio de Hofmannsthal, pues todas tienen en común una indeclinable belleza.

«Aquellos cuyas narraciones están aquí reunidas se han visto impulsados por un amor puro y creativo a expresar alguna faceta de la existencia; algo del mundo, alguna conexión entre el ser humano y el mundo se había manifestado en ellos de forma especial», dice el compilador. Si el romanticismo fue el depositario de un espíritu que habría de fecundar los posteriores caminos de la cultura, de ello dan fe estas historias parecidas a «rostros desde los que nos contempla una mirada exenta de frialdad y de escepticismo». Por encima de lo real se aprecia en cada cuento un hálito continuo del más allá, de lo oculto. Su carácter maravilloso, lejos de haber sido eliminado, actúa «como si continuamente hubiera gemas preciosas escondidas bajo los carbones y cenizas del hogar».



AA. VV.

Cuentos románticos alemanes

ePub r1.0
orhi 23.12.14

Título original: *Deutsche Erzähler: Ausgewählt und eingeleitet*

Novelle

Das Erdbeben in Chili

Aus meiner Jugend

Spiegel, das Kätzchen

Mozart auf der Reise nach Prag

Aus dem Leben eines Taugenichts

Lenz

Der tolle Invalide auf dem Fort Ratonneau

Die Judenbuche

Der Geisterseher

Barthli der Koerber

Undine

Der blonde Eckbert

Geschichte vom braven Kasperl und dem schönen Annerl

Die Erzählung des Obersten Morse

Der arme Spielmann

Der Elementargeist

Das kalte Herz

Der Hagestolz

AA. VV., 1807

Traducción: María Antonia Seijo Castroviejo & Carmen Gauger & Miguel Sáenz & Manuel Olasagasti Gaztelumendi & Celia y Rafael Lupiani & Anton Dieterich

En cubierta: *Hombre y mujer contemplando la luna* de Caspar David Friedrich

Editor digital: orhi

Colaborador: Akhenaton

ePub base r1.2



INTRODUCCIÓN

HE compilado estas narraciones solamente por la peculiar belleza con la que conmovieron mi corazón en la juventud o en la madurez, convirtiéndose para mí en algo inolvidable, de tal manera que para ordenarlas no he necesitado más ayuda que la de mi memoria. Todo lo que diré más tarde, no lo fui descubriendo en ellas sino paulatinamente. Siempre me han parecido las más bellas entre todas las narraciones alemanas que conocía, y al haberlas concatenado hace ya tiempo al menos en mi pensamiento o en mi deseo, no hice más que seguir el impulso que es inherente a cada hombre y que se pone de relieve en los niños y en los hombres de la Antigüedad pura: el de vernos presos por lo armónico, para conformarnos con ello o para servirlo y hacer lo rico más rico o, como lo expresan las Escrituras, dar mayor abundancia a aquel que ya tiene.

Así como los niños apartan la tierra y la arena para que una vena de agua desemboque en la otra y que lo claro llegue a lo claro, así honraban los reyes persas a un hermoso árbol viejo adornándolo con una guirnalda dorada; y aun hoy, el monarca viajero dona una estatua para un precioso jardín o adorna una bella colina con una capilla, y el caminante solitario enaltece la belleza de una pradera silenciosa con una oración o un pensamiento sublime; y yo conocí a un hombre que no poseía bien alguno, pero que compró un pequeño cementerio abandonado, y de esta manera obtuvo el derecho documentado de custodiar la paz de esas cruces caídas, sobre las que alternativamente reposaban la nieve o las mariposas, y de esas flores que crecían en el camino, como si donara algo de su alma al mudo tejido de aquel lugar de paz.

Sólo a través de la observación se puede poner de manifiesto dónde residía la especial belleza que impresionó mi ánimo para hacer precisamente de ellas mis preferidas y llevarme a compilar, en una, obras procedentes de tan diversas almas de tres generaciones consecutivas. Todos aquellos cuyas narraciones están aquí reunidas se han visto impulsados por un amor puro y creativo a expresar alguna faceta de la existencia; algo del mundo, alguna conexión entre el ser humano y el mundo se había manifestado en ellos de forma especial. Así se hace valer en todas estas creaciones una singularidad superior; no aquélla escasa del entendimiento o de la habilidad, sino la profunda e incorruptible del ánimo, y ya que ellas debían percibir y decir algo que sólo para sus autores era tan vivo y especial, por esa misma razón su lenguaje era limpio y selecto desde su interior. Pero al mismo tiempo sucedió que toda la esencia del alma alemana, que solamente puede revelarse a través de muchas individualidades, mostró con vigor especial una parte de sí misma en cada uno de estos narradores: en Goethe, una contemplación grandiosa y piadosa de la existencia humana, como si desde un alto monte se contemplase el mundo bajo nuestros pies, de tal manera que se creería que no hay en él nada bajo ni adverso. En Eichendorff, de nuevo lo iluminado, lo onírico, lo fantasioso, esa inmadurez gozosa del alma alemana en la que hay algo encantador pero que ha de guardar su justa medida, pues de lo contrario se convierte en algo vacío y repulsivo. En Brentano y Hauff, la esencia popular pura e íntegra con sus fuerzas espirituales y anímicas que llegan hasta la superstición, con sus conceptos de derecho y honestidad, a los cuales está fuertemente vinculada. ¿O debo decir estaba? Pues la época moderna ha relajado todo esto, y sólo acá y allá se mantiene en pie lo fundamentado en

tiempos antiguos. En Tieck y Hoffmann, lo misterioso del alma, el abismo interior, la soledad y el camino a otro mundo. Después, el solitario niño Hebbel y el adolescente perturbado Lenz en el yermo valle de la montaña, el solterón aislado de los hombres en su isla y el pobre músico, solitario con su música en medio de los hombres; nada más que pobres y ricos, ¡y qué figuras tan alemanas en su pobreza y en su riqueza! Luego, en Gotthelf, urdida en un paisaje, una vida sencilla, una felicidad sencilla; en la Droste, una suerte trágica y también urdida en el tejido de un paisaje; si se ponen frente a frente estos dos autores, se siente lo grande que es Alemania. Es como si, navegando por el Weser hacia Bremen, se oyera resonar en el aire salino del mar del Norte el tintinear de los cencerros de las vacas que bajan al Tirol desde los Alpes: pero interiormente es un país aún más extenso. Arnim y Kleist son verdaderos escritores de relatos; lo grande y único, lo irrepetible de lo que cuentan, es su tema, y es extraño y significativo que ambos sitúen la trama en un país extranjero y románico: pero sea cual sea el transcurrir de la narración, el corazón de los protagonistas, trátese de una mujer paciente o de un joven valeroso, siempre es un corazón alemán el que ha sido colocado en el pecho de los personajes. En «El visionario» se representan grandes relaciones, intrigas estatales de gran importancia, multitud de personas unidas por un gran destino; para; ello poseía Schiller un especial talento y con ello se encuentra casi solo entre los alemanes, pues esta faceta no es, por lo demás, su fuerte. En su más grande poeta centellea naturalmente también, aquí y allá, lo político, como metal nativo en medio de la existencia mundana: así, por ejemplo, la conversación de la Regente con Maquiavelo en «Egmont». En Sealsfield se prefigura algo y no de menor valor: el americano alemán. El alma es alemana, pero ha pasado por una extraña y gran escuela. Está agrupado con los demás autores y, sin embargo, constituye algo especial. Si allá lo han olvidado, es verdaderamente triste, pero aquí no podría faltar, pues narra de una manera que no olvidará nadie que lo haya escuchado alguna vez. Veo ante mí a alguien de quien, sin embargo, nada se incluye aquí: Immermann. Las narraciones más breves se cuentan entre lo más flojo de su trabajo; sus novelas están bien construidas y muestran una rara riqueza espiritual, fuerza, ternura, una penetrante comprensión del mundo, visión y pureza; intentaba crear una transición: los comienzos de aquello que puso el sello a nuestra incipiente época; reflejó el mundo de la fábrica, de la preponderancia del dinero y mostró la espiritualidad alemana en lucha con todo ello. En una gran novela está intercalada la historia de un alcalde de pueblo westfaliano; sacarla de la novela me parecía ultrajante; algunos lo han hecho, pero quien los imita demuestra que no conoce el respeto, y ¿dónde debe guardarse el respeto si no es frente a un alma pura y elevada como la de Immermann? Tampoco quería echar en falta a Chamisso, que no nació alemán, pero que con sus obras se ha ganado un puesto en la poesía alemana. Su «Schlehmil» comienza, sin duda, de forma maravillosa, y la invención es de primer orden; sin embargo, la narración decae, pierde el lustre y languidece. Si formalmente fuera también un fragmento, tal y como por dentro está fragmentada, me hubiera atrevido a agruparla con las demás.

Son por tanto los escritores alemanes más antiguos los que he reunido aquí, aunque nuestro tiempo no quiere saber nada más que de sí mismo y practica una vana idolatría con el concepto de lo contemporáneo. En los individuos no hay absolutamente nada contemporáneo, el desarrollo lo es todo, lo uno fluye en lo otro; si hablo con un amigo nonagenario que tengo y le pregunto sobre una época de su vida, los años cuarenta o sesenta del siglo pasado, me doy cuenta de cómo para él lo uno fluye en lo otro, el espacio de tiempo desaparecido vive en el siguiente y todo constituye uno y el mismo ente: así es para el individuo y así es para todo el pueblo. El presente es amplio, el pasado, profundo; la amplitud confunde, la profundidad deleita; ¿por qué tenemos que tender siempre hacia la

amplitud? De un amigo fiel o de una encantadora amiga quiero investigar su infancia, escuchar cómo eran antes de que yo los encontrara y conociera, y no preguntar por los miles de personas indiferentes a los que se han encontrado hoy.

En estas narraciones aparece una Alemania que ya no existe totalmente: el bosque ya no es tan vetusto y espeso, en la carretera hay otra vida y además es menor, en los pueblos no son solamente los tejados los que han cambiado; todo está ahí y nada está, es la misma patria y, sin embargo, una distinta. Así también sucede con todo aquello que no se puede ver con los ojos ni asir con las manos. Formas de vida, formas espirituales de nuestro misterioso y apenas reconocible pueblo se han cristalizado aquí, una atmósfera alemana más antigua nos rodea; acojámosla en nuestro interior y así desaparecerá o al menos se purificará la atmósfera reinante. El país estaba habitado por muchas menos personas y, sin embargo, las relaciones entre ellas eran más intensas; los estamentos estaban más claramente diferenciados y, sin embargo, las relaciones entre ellos eran más fuertes que hoy en día. Refranes y giros populares asoman con frecuencia a los labios de los personajes, los antiguos usos y la vieja fe están grabados en los hombres, en las casas y en los utensilios; a veces es la superstición, pero todo parte de un ánimo sincero e íntegro. Nuestra atmósfera, por el contrario, está llena de prejuicios, pero de prejuicios que no son honestos como los de los antiguos y que esperan en vano su desaparición a través de las fuerzas del alma; todo precisa una clarificación, en todas partes reinan la discrepancia, la escisión, la reserva mental; las enfermedades nerviosas son sus últimos vástagos. El perspicaz Lichtenberg rescató de su Addison una frase: «The whole man must move at once» (el hombre total debe reaccionar *de una vez*). Él dijo: «Esto debería escribirse cada alemán en las uñas»; fue hace ciento cincuenta años, pero hoy tiene más validez que nunca.

En estas historias hay una riqueza inconmensurable de relaciones espirituales y afectivas en la descripción de cómo los personajes se vinculan entre sí; el amor está presente en todas partes, pero no sólo el que siente el hombre por la mujer, el doncel por la doncella, sino también el que siente el amigo por el amigo, el de los niños por sus padres, el del hombre por Dios, también el del solitario por una flor, por una planta, por un animal, por su violín, por el paisaje: es un amor repartido, esto es el amor alemán. En ningún lugar de estas historias se encuentra la obsesión salvaje y exclusiva del hombre por la mujer, nunca las aspiraciones absolutamente oscuras y terrenales que aparecen en las historias de las novelas tan poderosa e inquietantemente. Si se hiciera una compilación de narradores franceses, se apreciaría claramente como resultado que se trata de un pueblo interiormente más antiguo, todo está delimitado de forma precisa y es terrenal; aquí, en los narradores alemanes, por encima de todo lo real se aprecia un hálito continuo del más allá, de lo oculto. El carácter maravilloso de los cuentos no ha sido eliminado en ninguna parte, es como si continuamente hubiera gemas preciosas escondidas bajo los carbones y las cenizas del hogar. Un joven espíritu del pueblo se revela, lleno de presagios, y un deseo innombrable se dirige allá donde todas las nubecillas se difuminan en las manos del Creador. La hermosa Annerl y el bravo Kasper mueren, desde luego, de forma repentina, pero hay un resplandor alrededor de su muerte que vence a la propia muerte. Así en el «Relato» de Goethe se vence gloriosamente al león, en «Mozart...» la dificultad de la vida, en «El inválido...» al diablo y a la locura, en «Barthli...» a las tinieblas y los rigores de la pobreza, en «El solterón» a la misantropía. A Peter Carbonero le colocan de nuevo en el pecho, en lugar del órgano frío, su propio corazón, cálido y sensible; en el niño Hebbel, un alma fuerte y brillante se eleva desde la oscuridad hacia la luz, e incluso también en «El pobre músico» la trama se resuelve con la transfiguración. La desdichada historia de «Lenz» se interrumpe de forma oscura, pero tras esas

tinieblas alborea algo superior, y su alma, así lo sentimos, solamente roza la desesperación, no cae en ella. Así son todas estas historias, como rostros desde los que nos contempla una mirada exenta de frialdad y de escepticismo. Son rostros amables que pertenecen a nuestra «gran amistad»: con estas palabras designa el pueblo al conjunto de los parientes que se reúnen para una ocasión festiva, nacimiento o muerte, en una casa. En los rostros más maduros y más significativos sobresale el rasgo familiar con mayor intensidad, y si se recorre con la mirada a estos alemanes eminentes, se ve que son parientes los que están sentados unos frente a otros. Así llegan ellos a las casas de los alemanes de hoy, una amable comitiva de hombres, una mujer también entre ellos vestida de blanco y con unos profundos ojos oscuros: estos tiempos son severos y angustiosos para los alemanes, quizás se avecinan años difíciles. Hace cien años también los tiempos eran oscuros y, sin embargo, los alemanes no fueron nunca tan ricos interiormente como en la primera década del siglo XIX, y quizás para este pueblo misterioso los años de la tribulación sean años bienaventurados.

Nuestro pueblo tiene, a pesar de todo, una memoria débil y un alma soñadora; lo que posee, lo pierde siempre de nuevo, pero evoca durante la noche lo que ha perdido durante el día. La riqueza que le es propia no la cuenta, y es capaz de olvidar los bienes de su corona, pero de vez en cuando siente nostalgia de sí mismo, y nunca es más puro y fuerte que en tales épocas.

RELATO

UNA espesa niebla otoñal cubría aún, en la madrugada, los amplios espacios del patio del palacio principesco, cuando ya se podía ver más o menos, a través de ese velo que se iba despejando, toda la montería, a pie y a caballo, en movimiento. Podían distinguirse todas las actividades presurosas de los más próximos: alargaban o acortaban los estribos, se daban unos a otros las cabinas y las cartucheras y ponían derechas las alforjas, mientras que los perros, atados a las correas e impacientes, amenazaban con arrastrar a los que se quedaban atrás. También aquí y allá, un caballo se comportaba con mayor audacia, animado por una naturaleza fogosa o estimulado por la espuela del jinete, el cual no podía ocultar una cierta presunción al lucirse en medio de esa luz incierta. Sin embargo, todos esperaban al príncipe, el cual, despidiéndose de su joven esposa, se demoraba ya en demasía.

Casados desde hacía poco tiempo, experimentaban ya la dicha de las almas afines; ambos eran de carácter enérgico y vivaz, y el uno tomaba gustosamente parte en las inclinaciones y aspiraciones del otro. El padre del príncipe todavía había vivido y aprovechado la época en la que se puso de manifiesto que todos los miembros del Estado debían pasar sus días con la misma laboriosidad, actuando y trabajando, cada uno a su manera, primero para, ganar y después para disfrutar.

Hasta qué punto se había logrado esto se hacía patente en estos días, cuando precisamente se reunía el mercado mayor, que bien podía ser llamado una feria. El príncipe había conducido el día anterior a caballo a su esposa a través del hervidero de mercancías amontonadas, y le había hecho notar cómo aquí la montaña llevaba a cabo un feliz trueque con la llanura; supo llamar su atención, allí mismo, sobre la laboriosidad de su región.

Si bien en aquellos días el príncipe conversaba con los suyos casi exclusivamente sobre esos asuntos molestos, especialmente trabajando de forma continuada con el ministro de Hacienda, sin embargo, el montero mayor hizo valer sus derechos, según los cuales era imposible resistir la tentación de emprender, en aquellos propicios días otoñales, una cacería ya aplazada, para ofrecer a los muchos huéspedes llegados y a sí mismo una fiesta característica y singular.

La princesa se quedó en casa a disgusto; se habían propuesto adentrarse en la montaña para intranquilizar a los pacíficos moradores de aquellos bosques mediante una inesperada campaña.

Al despedirse, el esposo no olvidó proponer un paseo a caballo que ella debería emprender en compañía de Federico, el tío del príncipe.

—También te dejo —dijo él— a nuestro Honorio, como doncel de corte y de establo, que cuidará de todo.

Y a continuación de estas palabras, mientras bajaba las escaleras, dio a un joven bien parecido las órdenes pertinentes, desapareciendo después prontamente con los huéspedes y el séquito.

La princesa, que desde arriba todavía decía adiós a su esposo con el pañuelo, se dirigió a las habitaciones del fondo, las cuales tenían una amplia vista hacia las montañas, tanto más hermosa cuanto que el palacio mismo se erguía a cierta altura por encima del río y, de esta manera, permitía magníficas vistas por delante y por detrás. Encontró el excelente telescopio todavía en la posición en

la que lo habían dejado la noche anterior, cuando conversaban observando, por encima de los matorrales, el monte y la cima del bosque, las altas ruinas del castillo solariego, que resaltaban singularmente en la luz crepuscular, cuando las enormes masas de luz y de sombras podían dar una idea más clara de un monumento tan considerable de épocas pasadas. También se resaltaba llamativamente hoy temprano, gracias a las lentes de acercamiento, la coloración otoñal de aquellas múltiples especies de árboles que crecían, libre y tranquilamente, a lo largo de los años. La hermosa dama, sin embargo, dirigió el telescopio más abajo, hacia una llanura yerma y pedregosa por la que la comitiva de caza debía pasar; esperó el momento con paciencia y no se engañó, pues con la claridad y la capacidad de aumento del instrumento, sus brillantes ojos reconocieron de forma clara al príncipe y al caballero mayor; incluso no se abstuvo de decir adiós de nuevo con el pañuelo cuando adivinó, más que percibió, una parada momentánea y una mirada hacia atrás.

El príncipe tío, de nombre Federico, entró al momento, anunciado con su dibujante, el cual llevaba un gran cartapacio bajo el brazo.

—Querida sobrina —dijo el anciano y recio señor—, aquí tienes las vistas del castillo solariego, dibujadas para mostrar desde diferentes lados cómo la poderosa construcción defensiva y ofensiva de épocas pasadas se enfrentó a los años y a los rigores del clima y cómo, sin embargo, en algunas partes sus muros ceden, y aquí y allá cayeron en ruinas. No obstante, hemos hecho algo para hacer más accesible esta selva, pues no se precisa más para asombrar y maravillar a cualquier caminante o visitante.

Mientras el príncipe mostraba las diferentes láminas, seguía hablando.

—Aquí, en el lugar donde subiendo por la hondonada a través de los muros circulares externos se llega ante el verdadero castillo, se alza frente a nosotros una roca de las más sólidas de toda la montaña; en seguida aparece, amurallada, una torre; sin embargo, nadie sabría decir dónde termina la naturaleza y dónde empiezan el arte y la artesanía. Después se ven muros adosados a los lados y rondas alargándose en forma de terrazas hacia abajo. Pero no lo estoy contando correctamente, pues en realidad es un bosque el que rodea esta cima antiquísima; desde hace ciento cincuenta años no ha resonado aquí un hacha, y por todas partes han crecido los más poderosos troncos; allá donde os apoyéis en los muros, os salen al encuentro el liso arce, la áspera encina, el delgado abeto con tronco y raíces; tenemos que pasar serpenteando alrededor de ellos y seguir nuestra senda de forma razonable. Contemplad solamente de qué forma tan acertada ha expresado nuestro maestro sobre el papel lo característico, qué fácilmente se reconocen las distintas clases de troncos y de raíces entre la mampostería y cómo las poderosas ramas se introducen por los huecos. Es una selva como ninguna otra, un lugar casualmente único, donde se pueden distinguir en encarnizada lucha las viejas huellas de una fuerza humana desaparecida hace largo tiempo y la naturaleza eternamente viva y activa.

Pero colocando otra lámina, continuó diciendo:

—¿Y qué me decís ahora del patio del castillo, el cual, inaccesible a causa del derrumbamiento de la vieja torre del portal, no ha sido pisado por nadie desde inimaginable número de años? Intentando alcanzarlo lateralmente, hemos atravesado muros, hecho saltar bóvedas y de esta manera preparado un camino cómodo, aunque secreto. Por dentro no necesita ningún desescombro, pues allí se encuentra una cima de la roca allanada por la naturaleza; sin embargo, aquí y allá poderosos árboles han encontrado la fortuna y la ocasión de echar raíces; han crecido despacio, pero con decisión, y ahora extienden sus ramas hastadentro de las galerías por las que el caballero se paseaba en otros tiempos de un lado a otro; incluso a través de las puertas y las ventanas han alcanzado las salas

abovedadas, de las que no hemos querido hacerlas desaparecer; han tomado posesión de ellas y así deben permanecer. Quitando profundas capas de follaje hemos hallado el sitio más curiosamente nivelado, sin parangón en ningún otro lugar del mundo.

»Además de todo esto, es digno de atención y para ser observado sobre el terreno que en los escalones que conducen a la torre principal ha echado raíces un arce y se ha convertido en un árbol tan poderoso que difícilmente se puede pasar por ahí si se quiere subir a las almenas para disfrutar de un panorama ilimitado. Pero también aquí se está cómodamente a la sombra, pues es este árbol el que se yergue alto en el aire por encima del conjunto de forma maravillosa.

»Agradecemos, pues, al valiente artista que nos hace ver todo, de forma tan encomiable, con diferentes cuadros, como si estuviéramos presentes; ha utilizado para ello las más hermosas horas del día y de la estación, y durante semanas se ha desplazado en torno a estos objetos. En esta esquina se ha instalado una pequeña y confortable vivienda para él y para el vigilante que le hemos adjudicado. Vos no podéis creer, querida mía, qué hermosa vista interior y exterior del paisaje, del patio y de los muros ha dispuesto allí el artista. Ahora que todo está esbozado de forma tan clara y característica, lo concluirá aquí abajo, con toda comodidad. Adornaremos con estos cuadros nuestro pabellón, y no habrá nadie que viendo nuestros parterres regulares, nuestros cenadores y paseos sombríos, no desee entregarse allá arriba a la observación real de lo viejo y lo nuevo, de lo petrificado, inflexible, indestructible y de lo fresco, dúctil e irresistible.

Honorio entró y anunció que los caballos estaban preparados; en ese momento, la princesa, dirigiéndose al tío, dijo:

—Cabalguemos allá arriba y permitidme ver en la realidad lo que aquí me habéis mostrado en imágenes. Desde que estoy aquí, no oigo más que hablar de esta empresa, y estoy verdaderamente ansiosa por ver con mis propios ojos lo que me parecía imposible en la narración e improbable en la reproducción.

—Aún no, querida mía —replicó el príncipe—. Lo que aquí habéis visto es lo que puede ser y será; ahora algunas cosas están paradas en sus comienzos; el arte tiene que estar concluido si no quiere avergonzarse ante la naturaleza.

—Al menos cabalguemos hacia arriba, aunque sólo sea hasta el pie; hoy tengo muchas ganas de contemplar el ancho mundo.

—Hágase vuestra voluntad —respondió el príncipe.

—Pero cabalguemos a través de la ciudad —prosiguió la dama—, por la gran plaza del mercado, donde una innumerable cantidad de tenderetes semejan una pequeña ciudad, un campamento. Es como si estuvieran allí representadas todas las necesidades y ocupaciones de todas las familias del país, mostrándose hacia fuera, reunidas en este punto central, saliendo a la luz del día; pues aquí el observador atento ve todo lo que el hombre produce y necesita; por un momento, uno se imagina que no es necesario el dinero, que cada negocio se podría hacer mediante el trueque; y así es en el fondo. Desde que ayer el príncipe me brindó la ocasión de alcanzar estas visiones de conjunto, me es muy agradable pensar cómo aquí, donde la montaña y la tierra llana son colindantes, ambas expresan tan claramente lo que necesitan y lo que desean. Así como el montañés sabe trabajar la madera de sus bosques en mil formas y diversificar el hierro para adaptarlo a cada uso, así le salen al paso los otros con múltiples mercancías, de las cuales apenas se puede reconocer el material y a menudo tampoco la finalidad.

—Sé —replicó el tío— que mi sobrino dedica a este asunto la mayor atención; pues precisamente

en esta época del año interesa ante todo más recibir que dar; conseguir esto es, en definitiva, la suma de todo el presupuesto nacional, así como la de la más pequeña economía doméstica. Pero excusadme, querida mía, pues me disgusta cabalgar por el mercado y por la feria; a cada paso se ve uno impedido y detenido, y luego me viene otra vez a la mente aquella terrible desgracia, como si se me hubiera grabado a fuego en los ojos, de cuando vi arder en una ocasión una enorme cantidad de mercancías y bienes. Apenas me había...

—Por favor, no perdamos estas hermosas horas —le interrumpió la princesa, ya que el honorable señor ya la había atemorizado en repetidas ocasiones con la exhaustiva descripción de aquella desgracia, cuando él, durante un largo viaje, se había alojado de noche en la mejor posada del mercado, que bullía a causa de una feria importante, y ya en la cama, enormemente cansado, había sido despertado de forma terrible por los gritos y las llamas que rodeaban la casa.

La princesa se apresuró a montar su caballo favorito, y en vez de dirigirse por la puerta trasera montaña arriba, condujo a su contrariado acompañante montaña abajo por la puerta delantera; pues ¿quién no hubiera cabalgado gustosamente a su lado, quién no la hubiera seguido con agrado? Y así también Honorio se había quedado dócilmente sin asistir a la ansiada cacería para hacerle un servicio.

Como era previsible, no pudieron cabalgar a través del mercado sino paso a paso; pero la bella y gentil dama alegraba cada parada con una observación ingeniosa.

—Repito —decía— mi lección de ayer, ya que la necesidad quiere poner a prueba nuestra paciencia.

Y en realidad, la gran masa humana se aproximaba a los jinetes de tal manera que sólo lentamente podían continuar su camino. El pueblo observaba a la dama con gozo, y en muchos rostros sonrientes se mostraba el agrado decidido de ver que la primera mujer del país era también la más bella y la más graciosa. Entremezclados estaban los montañeses que tienen sus tranquilas viviendas entre rocas, abetos y pinos silvestres, las gentes de las llanuras provenientes de colinas, vegas y praderas, los artesanos de las pequeñas ciudades y todos los que allí se habían reunido. Tras echar una tranquila ojeada, la princesa hizo notar a su acompañante cómo todos ellos, fuesen de donde fuesen, habían utilizado más tejido del necesario para sus vestiduras, más paño y lienzo, más cintas para el ribete. Era como si mujeres y hombres no se gustaran más que vestidos ostentosamente.

—Concedámoslo —replicó el tío—. De las cosas en las que el hombre derrocha su riqueza, la que más placer le proporciona es el adornarse y engalanarse.

La hermosa dama se mostró de acuerdo.

Así, poco a poco, habían llegado a un lugar despejado que conducía a los arrabales, donde al final de pequeños tenderetes y tiendecillas se alzaba, de forma llamativa, una gran construcción de leño, cuando llegó a sus oídos un estridente bramido. Parecía haber llegado la hora de la comida para los animales salvajes allí expuestos; el león dejaba oír intensamente la voz de la selva y del desierto, los caballos temblaban y no se podía dejar de observar cómo, en el ser y actuar pacíficos del mundo civilizado, el rey de la selva se anunciaba de forma tan terrible. Más cerca ya del tenderete, no pudieron pasar por alto unas pinturas colosales y polícromas que representaban con recios colores y poderosas imágenes aquellos animales extraños, a cuya observación no podía sustraerse el pacífico ciudadano, arrastrado por un deseo irresistible. El furioso y monstruoso tigre saltaba sobre un negro a punto de destrozarlo, un león se erguía severamente mayestático, como si no divisara ninguna presa digna de él; otras criaturas fantásticas y multicolores pasaban desapercibidas al lado de las anteriores.

—A la vuelta —dijo la princesa— nos aparemos y observaremos a estos extraños huéspedes más de cerca.

—Es maravilloso —replicó el tío— que el hombre siempre busque el estímulo de lo terrible. Ahí dentro está el tigre echado tranquilamente en su prisión y aquí tiene que saltar furiosamente sobre un negro para que las personas creen que van a contemplar lo mismo en el interior; no se harta uno lo suficiente de asesinatos y muertes, de incendios y destrucción; los copleros tienen que repetirlo en cada esquina. Los hombres buenos quieren estar atemorizados para sentir después cuán hermoso y loable es poder respirar libremente.

Todo lo que de temor pudiera haber quedado en ellos ante tales imágenes de horror desapareció en cuanto llegaron a la puerta de la ciudad y se adentraron en la más apacible región. El camino conducía primero hacia arriba, junto a un río de caudal escaso por el que solamente navegaban canoas ligeras, pero que luego, paulatinamente, debía convertirse en una gran corriente del mismo nombre y dar vida a países extraños. Ascendieron lentamente a través de huertos y jardines bien cuidados, contemplando esa región bien poblada hasta que, primero un matorral y luego un bosquecillo acogieron a la comitiva y los pueblecillos más graciosos limitaron y animaron sus miradas. Un valle cubierto de prados que ascendía y que había sido segado hacía poco tiempo por segunda vez, semejando una pieza de terciopelo y bañado por un caudaloso manantial que fluía con fuerza desde arriba, los recibió amistosamente, y así se trasladaron hacia un punto más elevado y despejado que pudieron alcanzar al salir del bosque y tras una trabajosa subida; y entonces, pero todavía a una considerable distancia, vieron destacar, por encima de nuevos grupos de árboles, el viejo castillo, la meta de su peregrinación, dominando la roca y el bosque. Hacia atrás —pues nunca se llegaba hasta aquí sin tornar la cabeza— pudieron contemplar, a través de huecos ocasionales entre los grandes árboles, el castillo del príncipe, a la izquierda, iluminado por el sol matutino; después, la armoniosa parte alta de la ciudad, cubierta por ligeras nubes de humo y, hacia la derecha, la parte baja de la ciudad y el río en algunos recodos, con sus praderas y molinos; enfrente se divisaba una zona amplia y fértil.

Después de haber saciado sus ojos, o más bien, tal y como suele pasar cuando miramos a nuestro alrededor desde un sitio elevado, deseosos de hallar una vista más amplia y menos limitada, cabalgaron por una amplia y pedregosa llanura, en la que la poderosa ruina se alzaba ante ellos como una cima coronada por la vegetación y con algunos árboles viejos a sus pies; atravesaron esa llanura y, de esta manera, llegaron a la cara más abrupta e inaccesible. Poderosas rocas se alzaban allí desde tiempos remotos, ajenas a cualquier cambio, firmes, bien fundamentadas y desafiando las alturas; lo que se había desmoronado entre tanto yacía, de forma irregular, en grandes láminas y escombros, unos sobre otros, y parecía prohibir al más osado cualquier ataque. Pero lo escarpado y abrupto parece atraer a la juventud; emprender esto, asaltar y dominar es un placer para los miembros jóvenes. La princesa mostró deseos de hacer un intento, Honorio estaba pronto y el tío, aunque más cómodo, lo aceptó porque no quería mostrarse débil; los caballos debían permanecer al pie, bajo los árboles, y ellos querían llegar hasta un cierto punto en el que una roca prominente ofrecía una superficie lisa desde donde tendrían un panorama que, si bien ya abarcaba el espacio que contemplan los pájaros, se presentaba lo suficientemente pintoresco.

El sol, casi en su cénit, prestaba al momento la iluminación más clara: el palacio del príncipe con todas sus partes, construcciones principales, alas, cúpulas y torres, se aparecía a sus ojos con toda majestuosidad; la ciudad alta en toda su extensión; también se podía divisar la parte baja

cómodamente, y con el catalejo podían distinguir incluso los diversos tenderetes del mercado. Honorio acostumbraba a llevar atado al caballo este utensilio tan útil; contemplaron el río, corriente arriba y abajo; de esta orilla, las tierras montañosas en terrazas interrumpidas; de aquella orilla, la tierra feraz en la que se alternaban las llanuras y las suaves colinas; y por fin, innumerables poblaciones, pues era costumbre, de siempre, discutir sobre cuántas se podían divisar desde ahí arriba.

Sobre la gran llanura reinaba una serena calma, como suele suceder a mediodía, cuándo, como decían los antiguos, Pan duerme y toda la naturaleza contiene el aliento para no despertarlo.

—No es la primera vez —dijo la princesa— que desde un lugar tan elevado y tan extenso contemplo cómo la naturaleza tiene una apariencia tan pura y pacífica y cómo da la impresión de que en el mundo no pudiera suceder nada desagradable; y cuando se regresa de nuevo a la morada humana, ya sea elevada o baja, amplia o angosta, siempre hay algo por lo que pelear, discutir, algo que solventar o arreglar.

Honorio, que mientras tanto había contemplado la ciudad a través del catalejo, gritó:

—¡Mirad, mirad, el mercado comienza a arder!

Miraron hacia allí y vieron poco humo, pues el día atenuaba la llama.

—¡El fuego se propaga! —gritó, siempre mirando a través del catalejo; también la desgracia fue divisada por la buena y desarmada vista de la princesa; de tiempo en tiempo se veía una llama roja, el humo ascendía y el tío dijo:

—Regresemos, esto no es bueno; siempre temí vivir esta desgracia por segunda vez.

Cuando habían descendido y se dirigían de nuevo hacia los caballos, la princesa dijo al anciano señor:

—Adelantaos, señor, pero no sin el palafrenero; dejadme a Honorio, os seguiremos inmediatamente.

El tío apreció lo razonable e incluso lo necesario de estas palabras, y descendió todo lo rápido que el terreno permitía por la ladera pedregosa y seca. Cuando la princesa se había montado en el caballo, Honorio dijo:

—¡Vuestra Excelencia, le ruego que cabalgue despacio! Tanto en la ciudad como en el palacio los cuarteles de bomberos están en completo orden y no van a perder el tino por un suceso tan inesperado e inusual. Aquí, sin embargo, el terreno es malo, hay piedras pequeñas y hierba corta, y el cabalgar rápido resulta inseguro; de todos modos, cuando llegemos allí, el fuego ya habrá sido dominado.

La princesa no creyó esto, pues veía extenderse el humo y creía haber visto un rayo llameante y haber oído una descarga, y ahora se agitaban en su fantasía todas las terribles escenas que, debido a la repetida narración del exquisito tío sobre el incendio del mercado, habían dejado una huella demasiado profunda en ella.

Terrible, sin duda alguna, fue aquel suceso, lo suficientemente sorprendente e impresionante como para dejar durante toda la vida una idea y representación temerosas de una desgracia que podría volver a suceder, cuando de noche, en el gran espacio del mercado lleno de tenderetes, un incendio repentino se propagó tienda por tienda, antes de que los que dormían en ellas o al lado pudieran despertar de su profundo sueño; el príncipe mismo, forastero cansado que acababa de quedarse dormido, saltó hacia la ventana y vio todo terriblemente iluminado y cómo las llamas, saltando a derecha e izquierda, se aproximaban a él. Las casas del mercado, enrojecidas por el reflejo

del fuego, parecían arder ya, amenazando con inflamarse a cada momento y estallar; abajo, el elemento hacía estragos sin descanso, los tablones crepitaban, los listones restallaban, las lonas volaban y sus tristes jirones dentados y encendidos en los extremos se dirigían hacia las alturas dando vueltas como si los espíritus, transformados en su elemento, se devoraran danzando maliciosamente y quisieran renacer, aquí y allá, de las llamas. Pero después, cada uno salvaba, con sollozos y gritos, lo que tenía a mano; los sirvientes y los criados, junto con sus señores, se esforzaban por llevarse de allí los fardos prendidos por las llamas, por arrancar todavía algo al bastidor ardiendo para empaquetarlo en una caja que, finalmente, tenían que dejar a merced de las veloces llamas. Algunos deseaban solamente que el fuego les concediera una tregua, y miraban a su alrededor para tener la posibilidad de reflexionar, cuando ya todas sus posesiones habían sido pasto del fuego; en una parte se quemaba, ardía ya lo que en otra todavía se encontraba rodeado por la oscura noche. Caracteres tenaces, hombres voluntariosos, se enfrentaban rabiosamente al enconado enemigo y salvaban algo con pérdida de cejas y cabellos. Desgraciadamente, se renovaba en este momento, ante el hermoso espíritu de la princesa, la cruel confusión, y su alegre horizonte matutino parecía ensombrecido, sus ojos estaban entristecidos y el bosque y la pradera tenían una apariencia fantástica que le inspiraban temor.

Cabalgando hacia el tranquilo valle, sin reparar en su delicioso frescor, apenas a algunos pasos del alegre manantial del arroyo que fluía por ahí cerca, la princesa descubrió en los matorrales del verde valle algo extraño, que rápidamente reconoció como el tigre; se acercaba a saltos, tal y como lo había visto pintado hacía poco; y esta imagen, unida a las horribles visiones que hacía poco ocupaban su mente, le causó la más extraña impresión.

—¡Huid, distinguida señora! —Gritó Honorio—. ¡Huid!

Ella dio la vuelta al caballo en dirección al escarpado monte del que habían descendido. El joven, sin embargo, saliendo al encuentro de la fiera, sacó su pistola y disparó cuando se creyó lo suficientemente cerca; desgraciadamente, erró el tiro, y el tigre saltó a un lado mientras el caballo quedó desconcertado; sin embargo, el temido animal siguió su camino hacia arriba, en dirección hacia la princesa. Ésta subía, con la velocidad con que se lo permitía el caballo, el tramo escarpado y pedregoso, sin temer que una criatura delicada, no acostumbrada a tales esfuerzos, no lo resistiría. El caballo agotó sus fuerzas, espoleado por la acosada amazona, tropezó una y otra vez con los pequeños guijarros de la pendiente y, finalmente, tras un violento esfuerzo, se derrumbó inerte en el suelo. La hermosa dama, decidida y ligera, se puso inmediatamente en pie, y el caballo también se enderezó; pero el tigre se aproximaba ya, aunque no a una gran velocidad, puesto que el desigual terreno y las puntiagudas piedras parecían frenar su impulso, y el hecho de que Honorio siguiera detrás de él, aproximándose con prudencia, parecía espolear sus fuerzas de nuevo e irritarlo. Ambos corredores alcanzaron al mismo tiempo el lugar donde la princesa estaba al lado del caballo; el caballero se inclinó hacia delante, disparó y acertó con la segunda pistola a la fiera en la cabeza, de tal manera que ésta se desplomó rápidamente y, estirada en toda su longitud, dejó a la vista el poder y el horror de los que sólo quedaba un rastro físico. Honorio había saltado del caballo y, de hinojos ante el animal, apagaba sus últimos movimientos y mantenía el desenvainado cuchillo de monte en la mano derecha. El joven era hermoso y había saltado de la misma manera que la princesa le había visto hacerlo a menudo en el juego de las lanzas y las argollas. De la misma manera, mientras corría a galope en el picadero, su bala alcanzaba la cabeza del turco, sujeta con una estaca, directamente en la frente, bajo el turbante; de la misma manera, saltando fugazmente, levantaba del suelo la cabeza del

moro con su sable reluciente. En todas estas artes era hábil y afortunado; en él se unían ambas cosas.

—Rematadlo —dijo la princesa—. Temo que os haga daño todavía con las garras.

—Perdonad —respondió el joven—. Está lo suficientemente muerto, y no quiero estropear la piel que deberá lucirse en vuestro trineo el próximo invierno.

—¡No seáis impío! —dijo la princesa—. Todo lo que de piadoso habita en el corazón se manifiesta en momentos como éste.

—Nunca he sido más piadoso que ahora —gritó Honorio—, y por eso precisamente pienso en lo más alegre, miro esta piel solamente pensando en cómo puede acompañaros en momentos de solaz.

—Me recordaría siempre este espantoso momento —replicó ella.

Y el joven contestó con las mejillas arreboladas:

—No es sino un signo de triunfo más inocente que el de las armas de los enemigos vencidos que se exponen ante el vencedor.

—Recordaré vuestra valentía y destreza cuando la contemple, y no necesito añadir que podéis contar con mi agradecimiento y la gracia del príncipe durante toda vuestra vida. Pero levantaos; el animal ya no tiene vida, así que pensemos en lo que hemos de hacer y, ante todo, alzaos.

—Ya que estoy de hinojos —replicó el joven—, ya que me encuentro en una posición que me sería prohibida de otra manera, permitidme que os pida la seguridad de la gracia y el favor que me concedéis. He pedido frecuentemente a vuestro esposo el permiso para un largo viaje. Quien tiene la dicha de sentarse a vuestra mesa, a quien vos concedéis el honor de poder disfrutar de vuestra compañía, éste tiene que haber visto el mundo. Viajeros llegan de todas partes, y cuando se habla de una ciudad, de algún punto importante de alguna parte del mundo, siempre os surge la pregunta de si él mismo ha estado allí. En nadie se confía tanto como en aquel que lo ha visto todo; es como si uno no tuviera más remedio que dejarse enseñar el mundo por otros.

—¡Levantaos! —repitió la princesa—. No me gustaría desear y pedir algo contra la voluntad de mi esposo; si no me equivoco, la causa por la que él os ha retenido hasta ahora habrá desaparecido en breve. Su intención era veros madurar hasta que os convirtierais en un noble independiente, que se honrara y le honrara a él fuera tanto como lo hacéis ahora dentro de la corte, y creo que vuestra acción es el pasaporte más recomendable que un hombre joven podría llevar por el mundo.

No tuvo tiempo la princesa de apreciar que, en vez de una alegría juvenil, una cierta tristeza cubrió su rostro, ni tampoco él de dar rienda suelta a su emoción, pues apresuradamente, monte arriba, con un niño de la mano, llegaba una mujer dirigiéndose hacia el grupo que conocemos. Apenas Honorio, volviendo en sí, se hubo levantado, ella se arrojó, entre sollozos y gritos, sobre el cadáver del animal, y por esta forma de actuar y por su vestidura, si bien decente y limpia, pero extraña y multicolor, se podía adivinar que era la dueña y cuidadora de la criatura allí tendida. El niño de negros ojos y negros rizos, con una flauta en la mano, rompió en llanto como la madre, con menor intensidad pero profundamente emocionado, y se arrodilló junto a ella.

A los arrebatos poderosos de la pasión de esa desgraciada mujer siguió, aunque interrumpido periódicamente, un torrente de palabras semejante a un arroyo que se precipita a intervalos de roca en roca. Su lenguaje, natural, seco y entrecortado, resultaba penetrante y conmovedor; en vano se podría traducir a nuestros dialectos; pero no vamos a ocultar su contenido aproximado:

—¡Te han matado, pobre animal! ¡Te han matado sin necesidad! ¡Eras manso y te hubieras echado tranquilamente y nos hubieras esperado, pues tus pezuñas te dolían y tus garras ya no tenían fuerza alguna! Te faltaba el sol ardiente que las hiciera fuertes. Eras el más hermoso entre tus iguales.

¿Quién ha visto nunca un regio tigre tan señorialmente estirado en su sueño, tal y como tú estás ahora, muerto para no incorporarte jamás? Cuando te despertabas por las mañanas con las primeras luces del día y abrías las fauces, estirando tu bermeja lengua, parecía que nos sonrieras y, aunque rugiendo, tomabas juguetonamente tu comida de las manos de una mujer, de los dedos de un niño. ¡Cuánto tiempo te hemos acompañado en tus viajes! ¡Por cuánto tiempo tu compañía nos fue importante y productiva! ¡A nosotros! ¡A nosotros, en realidad, el alimento nos venía de los devoradores y el dulce consuelo nos llegaba de los fuertes! Ya nunca más será así. ¡Ay de mí, ay de mí!

Aún no había terminado de lamentarse, cuando vieron bajar al galope, a media altura de la montaña cercana al castillo, a unos jinetes que rápidamente reconocieron como el séquito del príncipe, con él mismo a la cabeza. Mientras cazaban en las montañas de atrás, habían visto subir el humo y, a través de valles y quebradas, habían tomado el camino hacia esa triste señal como en una acosadora cacería. Galopando sobre la llanura pedregosa, se habían detenido, sorprendidos, al descubrir al inesperado grupo que destacaba de forma notable en la despoblada superficie. Tras este primer reconocimiento, se hizo el silencio, y después de que se repusieran, fue aclarado brevemente lo que no se deducía a primera vista. Allí se encontraba el príncipe, ante este raro e imprevisible suceso, rodeado de un círculo de jinetes y de curiosos. No hubo indecisión en lo que había que hacer; el príncipe estaba ocupado en dar órdenes y hacerlas llevar a cabo, cuando un hombre de gran estatura, con curiosas vestiduras multicolores similares a las de la mujer y el niño, irrumpió en el círculo. Y entonces la familia toda manifestó conjuntamente su dolor y su sorpresa. Pero el hombre, conservando la serenidad, se mantuvo a una distancia respetuosa del príncipe y dijo:

—No es el momento de seguir con las lamentaciones; ¡ay, mi señor y poderoso cazador!, también el león se ha escapado y se ha dirigido hacia esta montaña; pero respetadlo, tened compasión; que no perezca como este buen animal.

—¿El león? —dijo el príncipe—. ¿Tienes su rastro?

—Sí, señor. Un campesino de allí abajo, que sin necesidad se había subido a un árbol, me señaló el camino hacia aquí arriba a la izquierda, pero vi la gran tropa de caballos y hombres ante mí y, curioso y desamparado, me apresuré hacia aquí.

—Así pues —ordenó el príncipe—, la caza tiene que trasladarse hacia este lugar; cargad vuestras escopetas y poned manos a la obra con cuidado; no estará mal si lo encamináis hacia la espesura del bosque. Pero al final, buen hombre, no podremos respetar a vuestra criatura. ¿Cómo fuisteis tan imprudente para dejarlo escapar?

—El fuego se declaró —replicó aquél— y nos mantuvimos tranquilos y a la expectativa. Se extendía rápidamente, pero lejos de nosotros; teníamos agua suficiente para defendernos, mas una explosión de pólvora trajo el incendio hasta nosotros, más allá de nuestro tenderete; nos precipitamos y ahora somos gente desgraciada.

Aún estaba el príncipe ocupado en dar órdenes, cuando en un momento todo pareció detenerse, pues se vio venir apresuradamente, procedente del viejo castillo, a un hombre que resultó ser el vigilante contratado que cuidaba el taller del pintor, donde había instalado su vivienda para vigilar a los trabajadores. Venía saltando, jadeante, pero con pocas palabras contó que allí arriba, tras el alto muro circular, se había echado un león al sol, a los pies de un haya centenaria, y se comportaba de forma tranquila. Pero el hombre concluyó iracundo:

—¿Por qué llevaría yo ayer mi escopeta a la ciudad para que me la limpiaran? Si la hubiera

tenido a mano, no se habría vuelto a levantar; la piel sería mía y yo hubiera presumido de ella, justamente, durante toda la vida.

El príncipe, a quien en este caso beneficiaban sus experiencias militares, pues se había encontrado en casos en los que desde varias partes amenazaba un mal inevitable, dijo:

—¿Qué garantía me dais, si respetamos a vuestro león, de que no ocasionará perjuicio en la región entre los míos?

—Esta mujer y este niño —contestó el padre presuroso— se ofrecen para amansarlo y mantenerlo tranquilo hasta que yo consiga un cajón con clavos en el que podamos transportarlo sin daños e ileso.

El niño pareció querer tocar su flauta, un instrumento que se suele llamar flauta dulce o tierna; tenía una boquilla corta y curvada, como la de las pipas; el que la dominaba sabía sacar las notas más graciosas. Entre tanto el príncipe había preguntado al vigilante cómo había subido el león hasta allí. Éste replicó:

—A través de la hondonada que, amurallada por ambos lados, ha sido desde siempre y deberá seguir siendo el único acceso; dos senderos que conducían también hacia arriba, los hemos alterado de tal manera que nadie, si no es a través del lugar antes mencionado, puede alcanzar el castillo mágico en que quieren convertirlo el gusto y el espíritu del príncipe Federico.

Tras una breve reflexión, durante la cual el príncipe no dejó de contemplar al chiquillo, que había seguido preluando dulcemente, se volvió hacia Honorio y le dijo:

—Hoy habéis llevado a cabo muchas hazañas; así pues, terminad vuestra labor. Cubrid el angosto camino, tened preparada la escopeta, pero no disparéis a menos que no podáis espantar al animal; en cualquier caso, haced un fuego para que se asuste si quiere bajar. Que el hombre y la mujer se ocupen del resto.

Honorio se dispuso diligentemente a cumplir las órdenes.

El niño seguía con su melodía, que no era ninguna en particular, sino una serie de tonos sin orden, y quizás precisamente por eso resultaba tan conmovedora; los que estaban a su alrededor parecían como embrujados por el movimiento de esas notas a modo de canción, cuando el padre comenzó a hablar con respetuoso entusiasmo:

—Dios ha concedido al príncipe sabiduría y, al mismo tiempo, el entendimiento de que todas las obras del Creador son sabias, cada una a su manera. Contemplad la roca, cómo se yergue firme y no se mueve, a pesar de las inclemencias del tiempo y de los rayos del sol; antiquísimos árboles adornan su cima, y así coronada contempla un amplio panorama; pero si se derrumba una parte, no sigue siendo lo que era, y cae deshecha en muchos trozos cubriendo la ladera. Pero los trozos tampoco quieren permanecer allí, así que caen hacia las profundidades, el arroyo los acoge y los lleva hasta el río. Sin oponerse, sin rebelarse, no angulosas, sino lisas y redondeadas, alcanzan más rápidamente su camino y van de río en río, y finalmente llegan al océano, donde los gigantes flotan en tropel y los enanos pululan en las profundidades. ¡Mas quién honra la gloria del Señor al que las estrellas alaban de eternidad en eternidad! ¿Por qué dirigís vuestras miradas hacia la lejanía? ¡Observad aquí a la abeja! Aún a finales del otoño recolecta laboriosamente y se construye una casa rectangular y horizontal, como maestro y aprendiz. ¡Observad allí a la hormiga! Conoce su camino y no lo yerra; se construye una casa de tallos de hierba, migajas de tierra y agujas de pino, la construye en la altura y la aboveda; pero ha trabajado en vano, pues el caballo patea y destruye todo; ¡mirad!, pisotea sus vigas y dispersa sus tabiques, impaciente resopla y no puede permanecer tranquilo; pues el Señor ha

hecho al corcel compañero del viento y camarada de la tormenta, para que conduzca al hombre allá donde desee y a la mujer allá donde ella ansíe. Pero en la selva de palmeras apareció él, el león, con paso severo atravesó el desierto y allí domina sobre todos los animales y nada se le opone. Mas el hombre sabe domarlo y la más cruel de las criaturas tiene respeto por la viva imagen de Dios, de la que también están hechos los ángeles que sirven al Señor y a sus siervos. Pues en la cueva de los leones no tuvo miedo Daniel; permaneció seguro y confortado, y los rugidos salvajes no interrumpían su piadoso canto.

Este discurso, pronunciado con un natural entusiasmo, fue acompañado por el infante con notas graciosas; mas cuando el padre hubo concluido, comenzó a entonar con garganta limpia, voz clara y habilidosas escalas, con lo que el padre cogió la flauta y le acompañó armoniosamente mientras el niño cantaba:

*Desde la cueva, aquí en el foso,
oigo el cántico del profeta.
Vuelan ángeles para deleitarlo.
¿Cómo podría temer, pues, el piadoso?
León y leona, de cuando en cuando,
se acercan a su lado.
Sí, los cantos dulces y piadosos
los han encantado.*

El padre siguió acompañando la estrofa con la flauta y la madre intervenía de vez en cuando haciendo la segunda voz. Impresionaba especialmente escuchar cómo el niño desordenaba los versos de la estrofa, de lo que no resultaba un nuevo sentido, sino que conseguía elevar el sentimiento en sí y por sí:

*Los ángeles vuelan, arriba y abajo,
para deleitarnos con sus tonos.
¡Qué canto celestial!
En la cueva, en los fosos,
¿Cómo podría de miedo el niño temblar?
Esos cánticos piadosos y dulces
no permiten acercarse al mal.
Vuelan ángeles arriba y abajo
y con eso todo está hecho ya.*

Tras lo cual, los tres comenzaron con fuerza y entusiasmo:

*Pues el Eterno domina la tierra,
sobre el mar reina su mirada;
los leones deben convertirse en corderos,
y la ola retrocederá.*

*Una espada reluciente se detiene en el golpe,
la fe y la esperanza se han cumplido;
milagroso es el amor,
que se encierra en la oración.*

Todos callaban, todos oían y escuchaban, y solamente cuando las notas se apagaron, se pudo apreciar y observar la impresión causada. Todo estaba sosegado, cada uno conmovido a su manera. El príncipe, como si ahora alcanzara a comprender la desgracia que le había amenazado hacía poco, bajó la mirada hacia su esposa, la cual, apoyada en él, no se recataba de sacar el pañuelito bordado y de cubrirse los ojos con él. Le complació sentir aligerado el juvenil pecho de la opresión que los anteriores minutos le habían producido. Una calma total reinaba en la multitud, y todos parecían haber olvidado los peligros: abajo, el incendio, y arriba la amenaza de un león que momentáneamente parecía tranquilo.

Tras dar la orden de traer los caballos, el príncipe puso de nuevo al grupo en movimiento, y después se volvió a la mujer y le preguntó:

—¿Creéis, así pues, que podéis amansar al león, allá donde lo encontréis, mediante vuestro canto y mediante el canto de este niño, con la ayuda de estos sonidos de flauta, y luego conducirlo, ileso, a su jaula?

Ellos lo afirmaron, asegurándolo solemnemente, y el castellano les fue asignado como guía. Entonces el príncipe se alejó con unos jinetes, mientras la princesa le seguía más despacio con el resto del séquito; la madre y el hijo, sin embargo, subían por la ladera de la montaña acompañados por el guardián, que se había hecho con un arma.

Antes de entrar en la hondonada que abría el acceso al castillo, encontraron a los cazadores ocupados en reunir leña menuda y seca, a fin de poder encender, si fuera necesario, un fuego grande.

—No es necesario —dijo la mujer—. Todo sucederá sin ningún contratiempo.

Más allá, sentado sobre un fragmento de la muralla, divisaron a Honorio, con su escopeta de dos cañones en el regazo, de guardia y preparado para cualquier eventualidad. Pero parecía no ver a los que se acercaban, pues estaba sumido en profundos pensamientos y miraba a su alrededor como distraído. La mujer se dirigió a él con el ruego de que no se encendiera el fuego; sin embargo, él parecía prestar poca atención a sus palabras; ella continuó hablando enérgicamente y gritó:

—Hermoso doncel, tú has matado a mi tigre, no te maldigo; protege a mi león, buen joven, yo te bendigo.

Honorio miraba hacia el frente, allá donde el sol comenzaba a ponerse.

—Miras el crepúsculo —dijo la mujer—. Haces bien, allí hay mucho que hacer; pero apresúrate; no te descuides, vencerás. Mas antes tienes que vencerte a ti mismo.

El joven pareció sonreír al escuchar estas palabras, y la mujer continuó subiendo, pero no pudo contenerse y miró de nuevo al joven; un sol rojizo iluminaba su cara, y ella pensó que nunca había contemplado a un joven más hermoso.

—Si vuestro hijo —dijo entonces el vigilante— puede atraer y amansar al león con su flauta y sus cánticos, tal y como estáis convencida, entonces nos podremos hacer con él más fácilmente, ya que el poderoso animal se ha acomodado muy cerca de la bóveda partida a través de la que hemos creado una entrada al patio del palacio, dado que la puerta principal está derruida. Si el niño lo atrae hacia dentro, podré cerrar la abertura sin gran esfuerzo, y el muchacho, si a él le parece bien, podrá

escapar por una de las pequeñas escaleras de caracol que hay en las esquinas. Nosotros nos esconderemos, pero yo me colocaré de tal manera que mi bala pueda acudir en auxilio del niño en cualquier momento.

—Todos estos detalles no son necesarios: Dios y el arte, la piedad y la suerte deben jugar su mejor baza.

—Que así sea —contestó el vigilante—, pero conozco mis obligaciones. Primero os conduciré a través de una escalera dificultosa hasta arriba del muro, precisamente enfrente de la entrada que he mencionado; el muchacho puede descender, como si se dirigiera al escenario del espectáculo y atraer hasta allí al amansado animal.

Y así sucedió: el vigilante y la madre observaron desde arriba, escondidos, cómo el muchacho, al bajar por las escaleras de caracol, aparecía en el claro espacio del patio y desaparecía por la abertura de enfrente; pero rápidamente hizo sonar su flauta, cuyo sonido se fue perdiendo poco a poco hasta que finalmente enmudeció. El silencio se llenó de presentimientos; al viejo cazador, conocedor del peligro, le estremecía esta situación extraña. Se decía que con gusto hubiera salido personalmente al paso del peligroso animal; la madre, sin embargo, con expresión serena y en actitud de atenta escucha, no dejaba traslucir la más mínima intranquilidad.

Finalmente se oyó de nuevo la flauta, y el niño salió de la cueva con ojos satisfechos y relucientes, el león detrás de él caminando lentamente y, según parecía, con algunos achaques. De vez en cuando mostraba voluntad de tumbarse, pero el muchacho lo condujo en medio círculo a través de los árboles aún tupidos y de ramaje colorido, hasta que finalmente, bañado por los últimos rayos del sol, como transfigurado, se sentó y comenzó de nuevo a entonar su sosegante canción, la cual no podemos dejar de repetir:

*Desde la cueva, aquí en el foso,
oigo el cántico del profeta.
Vuelan ángeles para deleitarlo.
¿Cómo podría temer, pues, el piadoso?
León y leona, de cuando en cuando,
se acercan a su lado.
Sí, los cantos dulces y piadosos
los han encantado.*

Entre tanto, el león se había echado cerca del muchacho y le había colocado la pesada garra derecha en el regazo; éste se la acariciaba graciosamente mientras continuaba con su cántico, hasta que se dio cuenta de que una puntiaguda espina se le había clavado en la planta. Cuidadosamente extrajo la hiriente espina, se desató sonriente su pañuelo de seda multicolor y vendó la tremenda garra del monstruo, de manera que la madre se incorporó con los brazos estirados, presa de una gran alegría, y quizás hubiera gritado y aplaudido de la forma acostumbrada si el brusco movimiento del puño del vigilante no le hubiera recordado que el peligro aún no había pasado.

El muchacho seguía cantando gloriosamente, después de haberlo preludiado con algunos tonos:

Pues el Eterno domina la tierra,

*sobre el mar reina su mirada;
los leones deben convertirse en corderos,
y la ola retrocederá.
Una espada reluciente se detiene en el golpe,
la fe y la esperanza se han cumplido;
milagroso es el amor,
que se encierra en la oración.*

Si fuera posible pensar que en los rasgos de una criatura tan terrible, del tirano de los bosques, del déspota del reino animal, se puede apreciar una expresión de amistad, de agradecida felicidad, así sucedió aquí, y en verdad, el niño parecía, en su transfiguración, un poderoso y glorioso vencedor; el animal, sin embargo, no parecía el vencido, pues su fuerza permanecía oculta en su interior, sino el amansado, como aquel que se había entregado pacíficamente y por voluntad propia. El niño siguió tocando la flauta y cantó, ensamblando a su manera los versos y añadiendo otros nuevos:

*Y así, gustosamente
el ángel bienaventurado
ayuda a los niños buenos
a evitar un mal deseo,
a favorecer una hermosa acción.
Así cautivan, la piadosa letra y la melodía,
al gran tirano del bosque,
para sujetarlo a la tierna rodilla
del querido hijo.*

EL TERREMOTO DE CHILE

EN Santiago, la capital del reino de Chile, en el instante mismo del gran terremoto del año 1647 que causó la muerte a muchos miles de personas, un joven español llamado Jerónimo Rugera, encausado por grave delito, se hallaba junto a un pilar del calabozo en que le habían encerrado y quería ahorcarse. Don Enrique Asterón, uno de los más ricos gentilhombres de la ciudad, en cuya casa estuviera empleado como preceptor, hacía aproximadamente un año que le había arrojado de ella, por hallarse en tierna connivencia con doña Josefa, su única hija. Una cita secreta delatada al viejo caballero, después que éste previniera severamente a la hija, por el malicioso celo de su orgulloso hijo, lo encolerizó de tal suerte que la internó en el convento carmelita de Nuestra Señora del Monte, en aquella misma localidad.

Por un venturoso azar, Jerónimo había logrado reanudar allí la relación y hacer del jardín del convento, en una callada noche, el escenario de su plena dicha. Era la festividad del Corpus Christi y acababa de empezar la solemne procesión de las monjas, a quienes seguían las novicias, cuando, al primer repique de campanas, la infeliz Josefa se desplomó con dolores de parto sobre las gradas de la catedral.

El suceso produjo extraordinario revuelo; al punto se puso en prisión a la joven pecadora, sin tener cuenta de su estado, y, concluido apenas el sobreparto, le fue incoado riguroso proceso por orden del arzobispo. Hablábese en la ciudad con tal encono de aquel escándalo y las lenguas se ensañaban tan despiadadamente con todo el convento en que ello ocurriese, que ni la intercesión de la familia Asterón ni aun el deseo de la propia abadesa, quien había tomado afición a la joven por su, en todo lo demás, intachable comportamiento, pudo suavizar la dureza con que recaía sobre ella el peso de la ley conventual. Lo más que pudo conseguirse, con gran escándalo de las matronas y doncellas de Santiago, fue que el fallo inapelable del virrey mudase en decapitación la muerte en la hoguera a que había sido condenada.

Alquilábanse ventanas en las calles por donde iba a pasar la comitiva camino del cadalso, se desmontaban los tejados de las casas, y las piadosas hijas de la ciudad invitaban a sus amigas a asistir hermanablemente con ellas al espectáculo que se ofrecía a la venganza divina.

Jerónimo, quien para entonces también había sido encarcelado, estuvo próximo a perder el sentido cuando supo el espantoso giro de los acontecimientos. En vano buscó forma de escapar: por doquiera que le transportaban en vuelo sus más osados pensamientos, topaba con muros y cerrojos, y el intento de limar las rejas de la ventana le acarreó, al ser descubierto, una aún más severa reclusión. Cayó ante la imagen de la santa Madre de Dios y con fervor infinito oró a la única de quien aún cabía esperar la salvación.

Mas llegó el temido día y con él la convicción, en lo íntimo de su pecho, de que ya no quedaba esperanza alguna. Sonaron las campanas que acompañaban a Josefa al patíbulo y la desesperación se adueñó de su alma. Juzgó aborrecible la vida y, con una soga que le deparase la casualidad, determinó darse muerte. Hallábase, como ya se dijo, junto a una pilastra y sujetaba en un garfio de hierro, incrustado en el remate superior de la misma, la soga que había de sacarlo de este mundo de

aflicción, cuando de súbito, en medio de un estruendo como si se hundiese el firmamento, se derrumbó la mayor parte de la ciudad, enterrando bajo sus escombros todo lo que respiraba vida.

Jerónimo Rugera estaba paralizado por el terror; y como si su conciencia hubiese quedado toda ella aniquilada, se agarró al pilar en que había querido morir, para no caer. El suelo vaciló bajo sus pies, se resquebrajaron todos los muros de la prisión, el edificio entero se inclinó hacia la calle, próximo a derrumbarse, y sólo el hundimiento de la casa frontera, adelantándose a la propia y más lenta caída, impidió, con una flexión fortuita, el total hundimiento de la edificación. Tembloroso, con los cabellos erizados y las rodillas que parecían quererle quebrar, Jerónimo resbaló por el suelo, hundido e inclinado, hacia el orificio que el choque de ambos edificios había abierto en la pared delantera de la prisión.

Apenas hubo salido al exterior cuando toda la calle, ya muy agrietada, se acabó de hundir ante un segundo temblor de tierra. Sin conciencia de cómo escapar de aquel estrago, con la muerte acosándole por doquier, corrió entre vigas y escombros hacia una de las más cercanas puertas de la ciudad. Allí se derrumbaba otra casa, y los escombros que salían despedidos a toda la redonda lanzábanle hacia una calle lateral; allí las llamas, fulgurando entre masas de humo, asomaban pavorosas por todas las fachadas y le hacían huir hacia otra calle; allí el río Mapucho, salido de madre, avanzaba rugiente hacia él, lanzándole hacia una tercera. Allí yacía por tierra un montón de víctimas, allí gemía una voz bajo los escombros, allí gritaban las gentes desde los tejados en llamas, allí luchaban hombres y animales contra las olas, allí un valeroso salvador se esforzaba en prestar ayuda; allí había otro, pálido como la muerte, que alzaba silencioso al cielo unas manos temblorosas. Cuando Jerónimo hubo alcanzado la puerta y remontado una colina, ya fuera del recinto de la ciudad, cayó desmayado.

Habría yacido en tierra un cuarto de hora en la más profunda inconsciencia cuando despertó y, de espaldas a la ciudad, se incorporó a medias en el suelo. Tocóse la frente y el pecho sin saber qué pensar de su estado, y le asaltó una indecible sensación de placer cuando el viento oeste sopló desde el mar sobre la vida que retornaba a él y sus ojos recorrieron de un extremo a otro la floreciente comarca de Santiago. Sólo las conturbadas muchedumbres que se veían por doquier le oprimían el corazón; no comprendía qué razón las había hecho llegar hasta allí, igual que a él mismo, y sólo cuando se dio la vuelta y vio tras él la ciudad en ruinas, recordó el terrible instante que había vivido. Hizo una profunda inclinación hasta tocar el suelo con la frente y dio gracias a Dios por su milagrosa salvación; y como si aquella terrible impresión, grabándose en su espíritu, hubiese hecho desaparecer todas las demás, lloró lágrimas de placer, por seguir disfrutando una vida tan dulce, tan plena y variada.

Luego, al notar en su mano un anillo, bruscamente se acordó de Josefa; y con ella, de la prisión, de las campanas que desde allí había oído, y del instante que precediera al derrumbamiento del edificio. Honda melancolía invadió otra vez su pecho; empezó a pesarle de su oración, y terrible le parecía el ser que reinaba allende las nubes. Mezclóse entre el pueblo que salía en tropel por todas las puertas de la ciudad, ocupado en salvar sus pertenencias, y tímidamente se atrevió a preguntar por la hija de Asieron y si se había llevado a cabo la ejecución; pero nadie pudo informarle con exactitud. Una mujer que, doblada casi hasta el suelo la cerviz, llevaba a la espalda una inmensa carga de utensilios y dos niños colgados del pecho, dijo al pasar, como si lo hubiese visto con sus propios ojos, que había sido decapitada. Jerónimo se dio media vuelta; y como, si calculaba el tiempo, tampoco él podía dudar de la consumación de la joven, sentóse en un bosque solitario y se abandonó

a su pleno dolor. Deseó que las fuerzas devastadoras de la naturaleza tornaran a caer violentamente sobre él. No comprendía por qué había escapado a la muerte que anhelaba su infortunado espíritu, justamente en los momentos en que esa muerte se le aparecía por todas partes, voluntariamente, para liberarle. Resolvió firmemente no tener más vacilaciones aunque ahora los robles saltaran de raíz y sus copas se derrumbaran sobre él. Al cabo, aliviado por el llanto, recobrada la esperanza en medio de las más ardientes lágrimas, se levantó y recorrió el campo en todas las direcciones. Subió a las cimas de todos los montes en que había grupos de gente; les salía al encuentro por los caminos donde aún había movimiento de fugitivos; dondequiera que una túnica femenina ondeaba al viento, allí le llevaban sus temblorosos pasos; mas ninguna recubría a la bienamada hija de Asterón. Inclinábase el sol hacia el ocaso, y con él otra vez sus esperanzas, cuando llegó al borde de un peñasco y ante sus ojos se abrió el panorama de un dilatado y poco concurrido valle. Indeciso sobre lo que debía hacer, recorrió los diversos grupos y ya quería alejarse de nuevo cuando de pronto, junto a un riachuelo que regaba aquella vaguada, echó de ver a una mujer joven, ocupada en limpiar a un niño en sus aguas. Y el corazón le dio un brinco ante esa escena. Lleno de presentimientos saltó por entre las piedras y exclamó: ¡Madre de Dios, Santa María!, y reconoció a Josefa cuando ésta, al oír el ruido, miró tímidamente en derredor. ¡Cuál no fuera el júbilo con que se abrazaron aquellos desventurados, salvados por un milagro del cielo! En su camino hacia la muerte, ya se hallaba Josefa muy cerca del patíbulo, cuando de súbito el derrumbamiento de los edificios, en medio de un ruido ensordecedor, dispersó a toda la comitiva. Sus primeros y espantados pasos la llevaron hacia la más cercana puerta de la ciudad; mas recobrándose muy pronto, diose la vuelta para correr al convento donde su hijito había quedado desamparado. Halló el convento ya presa de las llamas, y la abadesa, que en los momentos que para Josefa habían de ser los últimos le había prometido cuidarse del pequeño, estaba en pie ante el portal y gritaba pidiendo ayuda para salvarle. Josefa atravesó esforzadamente la espesa humareda que salía del edificio, penetró en él, cuando ya se hundía por todos lados, y, como si la protegieran todos los ángeles del cielo, volvió a aparecer por la puerta, con el niño, sana y salva. Ya quería arrojarle en los brazos de la abadesa, que se había llevado, admirada, las manos a la cabeza, cuando ésta, con casi todas las demás religiosas, halló terrible muerte aplastada por un frontón del edificio. Ante tan siniestra escena, Josefa retrocedió temblorosa; cerró apresuradamente los ojos a la abadesa y salió huyendo horrorizada, dispuesta a arrancar de la perdición al querido niño que el cielo le había regalado una segunda vez. Apenas hubo dado unos pasos cuando fue a tropezar con el cadáver del arzobispo, que acababan de sacar, destrozado, de entre los escombros de la catedral. El palacio del virrey estaba hundido en tierra, el tribunal de justicia, donde le fue dictada la sentencia, era pasto de las llamas, y en el lugar donde otrora se hallara su casa paterna había surgido un lago, cuyas hirvientes aguas despedían cárdenos vapores. Josefa hizo acopio de todas sus fuerzas para mantenerse en pie. Desterrando de su corazón la pesadumbre, avanzó intrépida, con su botín, de calle en calle, y ya se hallaba cerca de la puerta cuando vio también, convertida en ruinas, la prisión donde había suspirado Jerónimo. Vaciló ante su vista y ya iba a caer sin sentido en un rincón; mas en el mismo instante un edificio que tenía a sus espaldas, ya totalmente destrozado por las sacudidas, se derrumbó y, fortalecida por el terror, volvió bruscamente en sí. Besó a la criatura, enjugóse enérgicamente las lágrimas, y sin prestar atención al atroz espectáculo que la rodeaba, llegó a la puerta de salida. Cuando se vio fuera del recinto, pronto concluyó que no todo aquel que había habitado un edificio destruido tenía por fuerza que haber sido aniquilado bajo sus escombros. En la siguiente encrucijada se detuvo y allí permaneció por si tal vez aparecía quien; después del pequeño

Felipe, le era más caro en el mundo. Como no llegaba nadie y la oleada humana iba en aumento, continuó caminando, y otra vez se daba la vuelta y otra vez esperaba; y derramando copiosas lágrimas se arrastró penosamente hasta un umbroso valle poblado de pinos para orar por aquella alma que ella pensaba que ya había escapado; y allí encontró al amado, en el valle, y también la felicidad, como si fuese aquél el valle del Edén.

Todo eso contaba ella emocionada a Jerónimo y, cuando hubo concluido, le presentó al niño para que lo besara. Jerónimo lo tomó en sus brazos y lo acarició con indescriptible alegría de padre y, como el niño lloraba ante aquel rostro extraño, le cerró la boca con caricias sin fin. Entre tanto había caído la más hermosa noche, llena de suavísimos perfumes, de tan plateado brillo, tan silenciosa, como sólo puede soñar un poeta. A todo lo largo del riachuelo que regaba el valle, se habían asentado las gentes preparándose, al claro de luna, un blando lecho de musgo y follaje para descansar de un día tan doloroso. Y como aquellos desventurados seguían lamentándose de haber perdido, éste, su casa; aquél, mujer e hijo; un tercero, todo lo que poseía, Jerónimo y Josefa se retiraron sigilosamente hasta un espeso bosquecillo para no entristecer a nadie con el secreto júbilo de sus almas. Hallaron un espléndido granado, que abría las amplias ramas, llenas de olorosos frutos, y en su cima el ruiseñor dejaba oír sus deleitosos cantos. Recostóse Jerónimo en el tronco, y Josefa sentada en su regazo, Felipe en el de Josefa, allí descansaron todos, cubiertos con su abrigo. Alejábase de ellos, con sus inciertas luces, la sombra del árbol, y la luna ya empalidecía de nuevo ante la aurora, mas aún no dormían; pues era infinito lo que tenían que contarse sobre el jardín del convento y sobre las prisiones y sobre cuánto habían sufrido el uno por el otro; y se llenaban de emoción al pensar cuánta desgracia hubo de sobrevenir al mundo para que ellos fueran dichosos. Acordaron dirigirse, tan pronto como cesaran las sacudidas, a La Concepción, donde Josefa tenía una amiga de confianza, embarcarse allí para España, donde vivía la familia materna de Jerónimo, y concluir en aquel país una vida feliz. Al cabo, con muchos besos, se durmieron.

Cuando despertaron, ya estaba el sol muy alto en el firmamento, y echaron de ver cerca de ellos varias familias ocupadas en prepararse al fuego un parco desayuno. Jerónimo estaba también pensando cómo conseguir alimento para los suyos, cuando un joven bien vestido se acercó a Josefa con un niño en los brazos, y le preguntó tímidamente si no podría dar el pecho por breve tiempo a aquella pobre criatura, cuya madre yacía, malherida, entre los árboles. Josefa estaba un poco confusa al darse cuenta de que lo conocía; mas cuando él, interpretando mal su confusión, continuó: «Es sólo por unos momentos, doña Josefa, y este niño no ha tomado alimento alguno desde la hora misma que nos trajo a todos la desgracia», dijo entonces: «He callado... por otra razón, don Fernando; en estas horribles circunstancias nadie se niega a compartir lo que por ventura pueda poseer», y tomando al niño ajeno, en tanto que entregaba al padre el suyo propio, se lo puso al pecho. Don Fernando estaba muy agradecido por aquel beneficio y preguntó si no querrían acercarse con él a su grupo, que en esos momentos estaba preparando una pequeña colación. Josefa respondió que aceptaba con placer el ofrecimiento y, como Jerónimo tampoco pusiera objeción, le siguió a donde estaba su familia; allí, las dos cuñadas de don Fernando, dos jóvenes cuya honra y decoro le eran bien conocidos, la recibieron con las más entrañables muestras de afecto.

La esposa de don Fernando, doña Elvira, que yacía en tierra con graves heridas en los pies, al ver a su enflaquecido hijito colgado del pecho de Josefa, la atrajo hacia sí efusivamente. También don Pedro, su suegro, que estaba herido en el hombro, le hizo una amigable inclinación de cabeza.

En el pecho de Jerónimo y Josefa surgían pensamientos de extraña índole. Al verse tratados tan

bondadosa y cordialmente, no sabían qué pensar del tiempo anterior, del patíbulo, de la prisión y de la campana; ¿lo habían soñado, tal vez? Era como si, tras el terrible cataclismo, todos los ánimos se hubiesen reconciliado. Sus recuerdos sólo lograban remontarse hasta él. Sólo doña Isabel, que había sido invitada por una amiga al espectáculo matinal de la víspera, pero no había aceptado la invitación, descansaba de vez en cuando en Josefa una mirada soñadora: mas la relación de una nueva y espantosa desgracia hizo que su alma, escapada apenas unos instantes a la realidad presente, volviera bruscamente a ella. Contaban que la ciudad, tan pronto hubo pasado la primera y más fuerte sacudida, estaba llena de mujeres que parían ante la vista de todos los hombres; que los frailes iban allí de un lado a otro con el crucifijo, en la mano gritando: ¡Ha llegado el fin del mundo!; que un cuerpo de guardia, que por orden del virrey exigía limpiar una iglesia de escombros, había recibido, como respuesta: ¡Ya no hay virrey en Chile! Que el virrey, en los más horribles momentos, tuvo que dar orden de erigir patíbulos para poner término al pillaje; y que un inocente, que se salvó saliendo por la puerta trasera de una casa en llamas, había sido apresado precipitadamente por el propietario y colgado al punto. Doña Elvira, con cuyas heridas estaba muy atareada Josefa, se había valido de la oportunidad, en un instante en que todos conversaban vivamente a un tiempo, para preguntarle cómo le había ido, a ella en aquel día terrible. Y cuando Josefa, con el corazón oprimido, le expuso a grandes rasgos lo sucedido, tuvo el placer de ver cómodos ojos de aquella señora se llenaban de lágrimas; doña Elvira le tomó, la mano y la oprimió y le hizo gesto, de guardar silencio. Josefa creía hallarse entre los bienaventurados. Un sentimiento que no podía reprimir, quería ver en el día anterior, por mucha aflicción que hubiera traído al mundo, una bendición como, hasta entonces jamás le procurase el cielo. Y en efecto, en medio de esos terribles instantes en que fueron destruidos todos los bienes terrenales de los hombres y la naturaleza entera amenazaba quedar enterrada, el espíritu humano parecía, abrirse como una hermosa flor. En todo lo que alcanzaba la vista, se veían por los campos, mezcladas unas con otras, gentes de todo estado y condición, príncipes y mendigos, matronas y campesinas, altos funcionarios y jornaleros, monjes y monjas: todos compadeciéndose mutuamente, ofreciéndose recíproca ayuda, compartiendo gozosamente lo que habían podido salvar de lo necesario para vivir, como, si el estrago general hubiese convertido en *una* familia a todos los que escaparon a él.

En lugar de conversaciones triviales sobre temas del mundo, ante una mesa de té, se narraban ahora extraordinarias hazañas; personas que apenas llamaran la atención, en sociedad habían mostrado grandeza de romanos; casos sin cuento de intrepidez, de alegre menosprecio del peligro, de abnegación y de sacrificio divino, de desprecio inmediato de la vida, como si ésta, comparable al más desdeñable bien, se pudiese encontrar de nuevo a los pocos pasos. No habiendo nadie a quien no hubiese sucedido aquel día algún hecho conmovedor, o que no hubiese realizado él mismo algún acto generoso, el dolor, se mezclaba en los corazones con tan suave placer que, a juicio de Josefa, no cabía decir si la suma del bienestar general habría crecido por un lado cuanto había decrecido por el otro. Jerónimo tomó a Josefa del brazo, una vez que ambos hubieron reflexionado para sí largamente, y con gozo inenarrable caminó con ella una y otra vez bajo el umbrío follaje de los granados. Díjole entonces que, estando así los ánimos y habiendo cambiado tan enteramente la situación, renunciaba a su propósito de embarcarse para Europa; que, si seguía con vida el virrey, quien siempre se mostró favorablemente inclinado a su causa, él se atrevería a arrojarse a sus pies; y que tenía la esperanza (y al decir esto la besó con fuerza) de permanecer en Chile con ella. Josefa respondió que en ella habían surgido pensamientos semejantes; que, con tal de que su padre siguiera

con vida, ella no dudaba ahora que lograría aplacarle; pero que, en lugar de postrarse ante el virrey, aconsejaba ir a La Concepción, y negociar desde allí por escrito la reconciliación con él; allí estarían, para todo lo que pudiese ocurrir, cerca del puerto y, si en el mejor de los casos el negocio tomaba el giro deseado, también podrían regresar fácilmente a Santiago. Tras breve reflexión, Jerónimo dio su aprobación a la prudencia de aquella medida, caminó un poco más a su lado por aquellos sombreados senderos, representándose las apacibles horas futuras, y regresó al grupo con ella.

En esto había llegado la tarde y apenas se habían serenado un poco, al disminuir las sacudidas, los ánimos de los fugitivos dispersos acá y allá, cuando ya se difundía la noticia de que en la iglesia de los dominicos, la única que respetara el terremoto, iba a celebrarse, oficiada por el propio prelado del convento, una misa solemne para rogar al cielo que no permitiera más desgracias.

El pueblo ya se había puesto en camino y afluía, desde todas las comarcas, a la ciudad. En el grupo de don Fernando se suscitó la cuestión de si no deberían tomar también ellos parte en tal solemnidad y sumarse a la marcha general. Doña Isabel aludió acongojada a la calamidad acaecida en la iglesia la víspera, añadiendo que de seguro se repetirían tales fiestas de acción de gracias y que entonces, al estar ya más alejado el peligro, cabría abandonarse con mayor paz y alegría a ese sentimiento. Josefa, levantándose al momento con entusiasmo, declaró que nunca sintiera tan vivamente como ahora la necesidad de hundir su rostro en el polvo ante el Creador, que así hacía gala de su augusto e inescrutable poder. Doña Elvira se adhirió vivamente a la opinión de Josefa e insistiendo en que debían oír la misa invitó a don Fernando a ponerse a la cabeza del grupo, tras lo cual todos, incluida doña Isabel, se pusieron en pie. Pero como veían que ésta, con el pecho violentamente agitado, demoraba los preparativos de marcha, y al preguntarle qué le ocurría respondió que no sabía qué especie de aciago presentimiento había en ella, doña Elvira la tranquilizó y le pidió al mismo tiempo que permaneciera allí con ella y con el padre enfermo. Josefa dijo: «Entonces, doña Isabel, se llevará vuestra merced a este niño, que, como ve, ya está de nuevo en mis brazos». «Con mucho gusto», respondió doña Isabel, e hizo gesto de cogerle; pero como el pequeño lloraba lastimeramente por la injusticia que se le hacía y de ningún modo consentía en ello, dijo sonriendo doña Josefa que le agradaba sobremanera quedarse con él e hizole callar a besos. Acto continuo, don Fernando, a quien mucho había complacido la dignidad y gentileza de su comportamiento, le ofreció el brazo; Jerónimo, quien llevaba al pequeño Felipe, formaba pareja con doña Constanza; seguían los demás miembros que componían el grupo, y por ese orden se dirigieron a la ciudad. Habrían caminado apenas cincuenta pasos cuando oyeron que doña Isabel, quien había tenido entre tanto una secreta e intensa conversación con doña Elvira, gritaba: «¡Don Fernando!», al tiempo que corría con agitado paso para alcanzar al grupo. Detúvose don Fernando y miró hacia atrás; quedó esperando a doña Isabel sin soltar el brazo de Josefa, y, como aquélla se hubiese parado a una cierta distancia, cual si esperase a que él viniese a su encuentro, le preguntó qué era lo que deseaba. Acercóse a él entonces doña Isabel, si bien, al parecer, de mala gana, y haciendo de manera que Josefa no pudiera oírlo le susurró unas palabras al oído. «¿Y qué?», preguntó don Fernando, «¿qué desgracia puede venir de eso?». Doña Isabel continuó hablándole al oído con rostro demudado. Don Fernando enrojéció de indignación y respondió: «¡Bueno sería! ¡Que se calme doña Elvira!». Y siguió caminando con su pareja.

Cuando llegaron a la iglesia de los dominicos, ya se percibían los espléndidos sonos del órgano y una inmensa muchedumbre bullía en su interior. La multitud se extendía, más allá de las puertas, hasta

la explanada de la iglesia, y en lo alto de las paredes, agarrados a los marcos de los cuadros, había muchachuelos que, con ojos esperanzados, sostenían las gorras en la mano. Lucían todas las lámparas; los pilares, al declinar la tarde, arrojaban misteriosas sombras; en el extremo más alejado de la iglesia, el gran rosetón de policromado vidrio resplandecía como el sol crepuscular que lo iluminaba, y ahora que callaba el órgano, la concurrencia también había quedado en silencio, como si nadie tuviera un sonido en el pecho. Jamás subiera a los cielos, desde ningún templo cristiano, tal llamarada de fervor como subió del templo de los dominicos de Santiago en el día de hoy; y ningún pecho humano alimentara ese fuego con tanto ardor como los de Jerónimo y Josefa. La solemnidad comenzó con un sermón que uno de los canónigos de más edad, revestido con los ornamentos sagrados, pronunció desde el púlpito. Empezó alabando y glorificando a Dios y dándole gracias, mientras elevaba al cielo las temblorosas manos envueltas en los amplios pliegues del roquete, por haber todavía hombres, en aquella parte del mundo reducida a escombros, capaces de elevar a Dios sus balbucientes plegarias. Describió expresivamente lo que había sucedido por voluntad del Omnipotente; el fin del mundo no puede ser más pavoroso; y cuando señalando una fisura que se había producido en la iglesia calificó el terremoto de la víspera de mero precursor de ese último día, un estremecimiento sacudió a la muchedumbre. A continuación, en alas de su sagrada elocuencia, pasó a hablar de la depravación moral de la ciudad. Condenó en ella atrocidades como no conocieran Sodoma y Gomorra; y sólo a la indulgencia divina atribuyó el hecho de que esa ciudad aún no hubiese sido borrada enteramente de la faz de la tierra.

Y los corazones de nuestros dos desventurados, ya totalmente desgarrados por una tal prédica, se estremecieron como traspasados por un puñal, cuando el canónigo, llegado a ese punto, aludió detalladamente al sacrilegio cometido en el jardín del convento de las carmelitas, calificó de impía la benevolencia que había hallado en el mundo, y, en un ex abrupto cargado de imprecaciones, entregó las almas de los delincuentes, a quienes mencionó por sus nombres, a todas las potencias del infierno. Doña Constanza, del brazo de Jerónimo, tuvo un estremecimiento y exclamó: «¡Don Fernando!». Mas éste respondió tan enérgica y disimuladamente como cabe hacer a un mismo tiempo: «Vuestra merced guarda silencio, no mueve ni la niña de los ojos, y hace como si cayera desmayada; acto seguido abandonamos la iglesia». Pero antes de que doña Constanza pudiese llevar a cabo esa sabia y salvadora disposición, ya exclamaba una voz, interrumpiendo estentóreamente la prédica del canónigo: «¡Alejaos todos, ciudadanos de Santiago, esos impíos están aquí presentes!». Y cuando otra voz, mientras se formaba en torno a ellos un amplio corro de espantados rostros, preguntó asustada: «¿Dónde?», un tercero respondió: «¡Aquí!», y, lleno de religiosa perfidia, agarró a Josefa por los cabellos y tiró de ella de suerte que habría caído al suelo con el hijo de don Fernando, si éste no la hubiese sujetado. «¿Habéis perdido el juicio?», gritó el joven rodeando a Josefa con el brazo: «Yo soy don Fernando Ormez, hijo del comandante de la ciudad, a quien todos conocéis». «¿Don Fernando Ormez?», gritó plantándose delante de él un zapatero remendón que había trabajado para Josefa y que conocía a ésta por lo menos tan exactamente como sus pequeños pies. «¿Quién es el padre de este niño?», interpelló con insolente osadía a la hija de Asterón. Don Fernando empalideció al oír tal pregunta. Ora miraba vacilante a Jerónimo, ora pasaba la vista por la concurrencia, por si tal vez hubiese allí alguien que lo conociera. Josefa, apremiada por tan atroz situación, exclamó: «¡Este niño no es hijo mío, como tú crees, maese Pedrillo!»; y mirando a don Fernando con angustia infinita en el alma: «Este joven caballero es don Fernando Ormez, hijo del comandante de la ciudad, a quien todos conocéis». El zapatero preguntó: «¿Quién de vosotros, ciudadanos, conoce a este

joven?». Y varios de los circunstantes repitieron: «¿Quién conoce a Jerónimo Rugera? ¿Que se presente!». Ocurrió entonces que en aquel preciso momento el pequeño Juan, asustado por el tumulto, se apartó del pecho de Josefa y tendió los brazos a don Fernando. A lo cual: «¡Ése es el padre!», gritó una voz; y: «¡Es Jerónimo Rugera!», gritó otra; y: «¡Ésos son los sacrílegos!», una tercera; «¡Apedreadlos! ¡Apedreadlos, la cristiandad entera reunida en el templo de Jesús!». A lo que entonces Jerónimo exclamó: «¡Alto! ¡Desalmados! Si buscáis a Jerónimo Rugera: ¡Heme aquí! ¡Dejad libre a ese hombre, que es inocente!».

La enfurecida turba, desconcertada por las palabras de Jerónimo, quedó suspensa; varias manos soltaron a don Fernando; y como en ese instante acudió presuroso un oficial de marina, de alta graduación, y abriéndose camino por entre el tumulto preguntó: «¿Don Fernando Ormez! ¿Qué os ha ocurrido?», éste, ahora completamente liberado, respondió con presencia de espíritu digna de un héroe: «¡Ya ve, don Alonso, esta jauría de asesinos! Yo ya sería hombre muerto si este honorable caballero, para aplacar a la enfurecida multitud, no se hubiese hecho pasar por Jerónimo Rugera. Lléveselo detenido, tenga vuesa merced la bondad, y asimismo a esta joven, para seguridad de ambos. ¡Y también a este infame», agarrando a maese Pedrillo, «qué es el autor de todo él alboroto!». El zapatero gritó: «Don Alonso Onoreja, por vuestro honor os pregunto, ¿es esta muchacha Josefa Asterón?». Como don Alonso, quien conocía muy bien a Josefa, se demoraba en dar respuesta, y varias voces, nuevamente encolerizadas por tal motivo, gritaban: «¡Ella, es! ¡Ella es!»; y: «¡Dadle muerte!», Josefa puso al pequeño Felipe, a quien hasta ahora llevaba Jerónimo, y asimismo al pequeño Juan, en brazos de don Fernando, y habló: «¡Márchese, don Fernando, ponga a salvo a sus dos hijos, y abandónenos a nuestra, suerte!». Don Fernando cogió a los dos niños y dijo que antes prefería morir que permitir que ocurriese algo a sus acompañantes. Después de haberle pedido la espada al oficial de marina, ofreció el brazo a Josefa y pidió a la pareja de detrás que le siguiera. Y en efecto, ante tal actitud se les abrió camino entre muestras de un cierto respeto y salieron de la iglesia, y se creyeron a salvo. Mas apenas hubieron llegado a la explanada de la misma, igualmente atestada de gente, cuando de entre la encolerizada muchedumbre que los perseguía gritó una voz: «¡Ése es Jerónimo Rugera, ciudadanos, pues yo soy su propio padre!». Y con una enorme maza lo derribó por tierra al lado de doña Constanza. «¡Jesús María!», exclamó doña Constanza huyendo hacia su cuñado; pero ya se oía de otro lado: «¡Ramera de convento!», al tiempo que un segundo mazazo la arrojaba sin vida al lado de Jerónimo. «¡Desalmado!», gritó un desconocido: «¡Ésa era doña Constanza Xares!». «¡Por qué nos han mentido!», respondió el zapatero; «¡Buscad a la verdadera y matadla!». Don Fernando, al ver el cadáver de Constanza, ardió de indignación: desenvainando y blandiendo la espada, golpeó de tal suerte que habría partido en dos al fanático asesino, instigador de aquella matanza, si éste, con un viraje, no hubiera esquivado el furioso golpe. Pero como no podía contener a la turba que se abalanzaba sobre él: «¡Adiós, don Fernando y los niños!», exclamó Josefa, y: «¡Heme aquí, tigres sanguinarios, asesínadme!», y se lanzó voluntariamente en medio de ellos para poner fin al combate. Maese Pedrillo la derribó con la maza. Después, salpicado todo él con su sangre, vociferó: «¡Enviad vosotros al infierno al bastardo!» y, no saciadas aún sus ansias asesinas, empezó a avanzar de nuevo.

Don Fernando, ese héroe divino, estaba ahora con la espalda apoyada contra la iglesia; en la mano izquierda sostenía a los niños, en la derecha la espada. Con cada golpe caía alguien fulminado en tierra; un león no se defiende mejor. Siete perros sanguinarios yacían muertos ante él, el capitán de la satánica jauría también estaba herido. Pero maese Pedrillo no descansó hasta que tirando de las

piernas de uno de los niños, se lo arrancó del pecho y, haciéndolo girar en el aire, lo estrelló contra el filo de un pilar de la iglesia. Prodújose al punto un gran silencio y todos se alejaron. Cuando don Fernando vio ante él a su pequeño Juan con la médula saliéndosele del cerebro, elevó sus ojos al cielo con indescriptible dolor. Acercóse a él de nuevo el oficial de marina, trató de consolarle y le aseguró que su propia pasividad en aquella desgracia, aunque justificada por diversas circunstancias, le causaba profunda pesadumbre; pero don Fernando dijo que no tenía nada que reprocharse y sólo le pidió que le ayudara a retirar los cadáveres. Lleváronselos todos en las tinieblas del crepúsculo a casa de don Alonso, y hasta allí los siguió don Fernando, derramando muchas lágrimas sobre el rostro del pequeño Felipe. También pasó la noche en casa de don Alonso y aduciendo falsos pretextos, tardó largo tiempo en poner a su esposa al corriente de toda la magnitud de la catástrofe; de una parte, porque estaba enferma, y luego, por no saber cómo iba a juzgar ella su comportamiento en aquel suceso; pero al poco tiempo, informada casualmente por una visita de todo lo que había sucedido, aquella mujer admirable lloró en silencio su dolor de madre; y una mañana, con el resto de una luciente lágrima, le echó los brazos al cuello y le besó. Don Fernando y doña Elvira acogieron entonces como hijo a aquel niño ajeno; y cuando don Fernando comparaba a Felipe con Juan, y el modo como los había obtenido a ambos, casi sentía que tenía que alegrarse.

RECUERDOS DE MI JUVENTUD

I

MI padre poseía, cuando yo nací, una pequeña casa, a la que estaba adosado un jardincillo en el que se encontraban algunos árboles frutales, particularmente un peral muy fértil. En la casa había tres viviendas, de las cuales nosotros ocupábamos la más alegre y espaciosa; su ventaja principal consistía en que daba al mediodía. Las otras dos fueron alquiladas; la que estaba enfrente de nosotros fue habitada por el anciano albañil Claus Ohl junto con su pequeña y encorvada esposa, y la tercera, a la que conducía una entrada trasera por el jardín, por una familia de jornaleros. Los inquilinos no cambiaron nunca, y para nosotros, los niños, eran tan de la casa como la madre y el padre, de los que apenas o en nada se diferenciaban en lo que se refería a la cariñosa atención que nos dedicaban. Nuestro jardín estaba rodeado de otros jardines. De un lado, se encontraba el de un carpintero jovial, al que le gustaba gastarme bromas y del que todavía hoy no comprendo cómo, más tarde, se pudo quitar la vida. Una vez, de pequeñito, me asomé por la valla y le dije con cara de resabio: «Vecino, hace mucho frío», y él no se cansaba de repetirme estas palabras, sobre todo en los calurosos días de verano.

Tocando con el jardín del carpintero se encontraba el del predicador. Estaba cercado por una elevada tabla de madera que nos impedía a los niños mirar por encima de ella, pero no fisgonear a través de las hendiduras y rajas. Esto nos producía un placer infinito en primavera, cuando volvían a crecer las hermosas y extrañas flores de las que rebosaba el jardín; sólo temblábamos de pensar que el predicador pudiera vernos. Ante él sentíamos un temor ilimitado que podía deberse tanto a su rostro serio, severo y amarillento y a su mirada fría, como a su cargo y a sus funciones, que tanto nos imponían, por ejemplo su caminar detrás de los cadáveres, que siempre pasaban por delante de nuestra casa. Cuando miraba hacia nosotros, cosa que hacía de vez en cuando, dejábamos de jugar y nos ocultábamos en la casa.

Al otro lado, un viejo pozo marcaba la frontera entre nuestro jardín y el del vecino. Nunca pude contemplarlo sin sentir un escalofrío, cubierto por las sombras de los árboles y grande, como era, con su techumbre de madera rota y cubierta de musgo verdoso. El cuadrado alargado quedaba cerrado por el jardín de un lechero que, gracias a las vacas que poseía, gozaba de gran prestigio entre la vecindad, y por el patio de un curtidor, el hombre más amargado del mundo, del que mi madre siempre decía que tenía el aspecto de haberse comido a alguien y de querer también agarrar a los demás por la cabeza y morderlos. Ésta era la atmósfera que yo respiré de niño. No podía ser más reducida y, sin embargo, sus recuerdos se prolongan hasta el día de hoy. Todavía me mira el jocosos carpintero por encima de la valla, y el huraño rostro del predicador por encima de la tabla. Aún veo al rechoncho y bien alimentado lechero, a la puerta de su casa, con las manos metidas en los bolsillos en señal de que no estaban vacíos. También al curtidor, con su rostro bilioso, al que le molestaba un niño ya solamente por sus rosadas mejillas, y que a mí me parecía aún más espantoso cuando reía.

Todavía estoy sentado en el pequeño banco bajo el frondoso peral, esperando, mientras me deleito en su sombra, a que su soleada copa deje caer, a causa del mordisco de algún gusano, una fruta tempranamente madura. Todavía el pozo, cuya techumbre había que asegurar con clavos a cada momento, provoca en mí un extraño sentimiento.

II

Mi padre era en casa de naturaleza seria; fuera era alegre y comunicativo; todos alababan su talento para contar cuentos; sin embargo, pasaron muchos años antes de que nosotros los pudiéramos escuchar con nuestros propios, oídos. No podía soportar que nos riéramos e hiciésemos ruido por todas partes. Por el contrario, en las largas tardes de invierno, al caer el sol, cantaba gustosamente corales y también canciones profanas, y le encantaba que le acompañáramos. Mi madre era extraordinariamente bondadosa y algo impetuosa; sus ojos azules translucían la más conmovedora ternura; cuando se sentía fuertemente emocionada, comenzaba a llorar. Yo era su preferido, y mi hermano, dos años menor, era el preferido de mi padre. Ello se debía, sin duda, a que yo parecía asemejarme a mi madre y él a mi padre, lo cual no era verdad en forma alguna, tal y como se demostró más tarde. Mis padres convivían pacíficamente mientras en casa había comida; cuando el trabajo escaseaba, cosa rara en verano, pero más frecuente en invierno, a veces tenían lugar escenas inquietantes. No puedo recordar la época en la que éstas eran para mí, aunque nunca degeneraron, la cosa más terrible del mundo, y precisamente por eso no puedo ocultarlas silenciándolas.

Recuerdo una escena, de otro tipo, de mi temprana infancia. Es mi primer recuerdo, y puede que sucediera en mi tercer año, si no en el segundo. Me está permitido contarlo sin ofender la santa memoria de mis progenitores, pues si alguien ve en esto algo especial, es que no conoce los estamentos más humildes. Mi padre almorzaba generalmente en la casa de la gente para la que trabajaba. Entonces nosotros comíamos en casa, como cualquier familia, a la hora usual. Pero de cuando en cuando mi padre tenía que comer por su cuenta a cambio de una gratificación en el salario. Entonces se aplazaba la comida, y para evitar el hambre tomábamos a las doce un sencillo bocadillo. Era un arreglo barato en aquellas casas en las que no se podían costear dos comidas principales. Un día de aquellos, mi madre hizo buñuelos, seguramente más para darnos una alegría a nosotros, los niños, que para calmar su propia hambre. Los comimos con gran apetito y prometimos no decirle a nuestro padre nada de esto cuando regresara por la noche. Cuando llegó, ya estábamos en la cama y dormíamos profundamente. Bien porque estuviera acostumbrado a encontrarnos a esas horas todavía en pie, o porque al encontrarse con lo contrario cobijase la sospecha de que se había faltado a sus órdenes en casa, no lo sé, el caso es que me despertó, me besó, me cogió en brazos y me preguntó qué había comido. «Buñuelos», contesté yo medio dormido. Así pues, comenzó a hacer reproches a mi madre, que no tenía nada que replicar y que le sirvió la comida mientras me lanzaba una mirada llena de malos augurios. Cuando al día siguiente estuvimos solos de nuevo, ella me dio, a su manera, una buena lección de silencio con la vara. En otros momentos, me recomendaba encarecidamente el amor más estricto a la verdad. Podría pensarse que las contradicciones pudieran tener malas consecuencias. No fue el caso ni será nunca el caso, pues la vida trae otras distintas y la naturaleza humana está preparada para ellas. De cualquier forma, tuve una experiencia que un niño debería vivir

más tarde o nunca, y es que el padre a veces quiera una cosa y la madre otra. No puedo recordar que en mi infancia haya pasado hambre de verdad, como me sucedió más tarde; sin embargo, sí recuerdo que mi madre a menudo se debía conformar con contemplar, y lo hacía gustosamente, cómo nosotros comíamos, porque si no hubiera sido así, nunca nos habríamos saciado.

III

El principal encanto de la niñez reside en que todo, incluso los animales domésticos, se muestra con ella cordial y bien intencionado, pues de esto surge un sentimiento de seguridad que desaparece con el primer paso hacia el hostil mundo y no regresa nunca más. Éste es el caso especialmente en las clases humildes. El niño nunca juega ante la puerta sin que la sirvienta vecina, que ha sido mandada a comprar o a traer agua, le regale una flor, la frutera le lance una cereza de su cesta o una pera, un ciudadano pudiente le dé incluso una pequeña moneda con la que se pueda comprar un panecillo, el cochero haga resonar su látigo cuando pasa o el músico le robe a su instrumento algunas notas al ir paseando; y el que no hace nada de esto, al menos le pregunta por su nombre y edad, o le sonrío. Naturalmente, esto se recuerda de forma nítida. Esta buena voluntad nos fue mostrada también a mí y a mi hermano en medida suficiente, especialmente por parte de los inquilinos de nuestra casa, que significaban para nosotros tanto casi como la madre y más que el severo padre. En verano tenían su trabajo y apenas podían ocuparse de nosotros, pero en esa época tampoco era necesario, pues jugábamos en el jardín desde la mañana a la noche, desde la hora de la oración hasta la hora de ir a la cama, y teníamos suficiente compañía con las mariposas. Pero en invierno, con lluvia y nieve, cuando estábamos obligados a permanecer en la casa, todo lo que nos entretenía y alegraba provenía de ellos. La esposa del jornalero, llamada Meta, una enorme mujer algo inclinada hacia delante con un férreo rostro como del Antiguo Testamento, a la que me recordó vivamente de nuevo, años más tarde, la Sibila cumeica de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina, venía a nuestra casa generalmente con un pañuelo rojo atado a la cabeza en las tardes de invierno a la hora del crepúsculo, y permanecía allí hasta que se encendía la luz. Entonces contaba historias de brujas y fantasmas, que en su boca sonaban más penetrantes que en ninguna otra; oíamos hablar del Blocksberg^[1] y del sábado infernal; el palo de la escoba, tan despreciado, adquiría su siniestra significación, y la boca sombría de la chimenea, que podía ser tan mal usada en todas las casas, también en la nuestra, por las fuerzas del infierno y sus servidoras, nos inspiraba horror. Todavía me acuerdo perfectamente de la impresión que me causó la narración de la infame molinera que por la noche se transformaba en un gato, y cómo me tranquilizó el hecho de que ella, por esta mala acción, hubiera recibido por fin el castigo merecido: al gato le cortaron una pata, cuando salía a su paseo nocturno, los mozos del molino, a los que les parecía sospechoso, y a la mañana siguiente la molinera yacía en su lecho con el brazo derecho ensangrentado y mutilado.

Cuando se encendía la luz, solíamos ir a la casa de nuestro vecino, el señor Ohl, y en su sala nos encontrábamos más a gusto que junto a Meta. El señor Ohl era un hombre al que nunca vi de mal humor, aunque a menudo hubiera tenido motivos para estarlo. Con el estómago vacío y, lo que para él era más importante, con la pipa vacía, cantaba, bailaba y silbaba para nosotros cuando llegábamos, y su rostro cordial e incluso divertido me alumbra todavía hoy como una estrella, a pesar de su

enorme nariz enrojecida, la cual, según me contó mi madre, yo quería poseer ardientemente cuando me mecía en sus rodillas y yo miraba hacia arriba, a pesar de esa boina arrugada y terminada en pico que él siempre llevaba. Hubo una época en que era el único albañil de la zona, y tenía de veinte a treinta aprendices, muchos de los cuales, más tarde, llegaron a maestros y le arrebataron el trabajo; por aquel entonces, hubiera podido crearse un futuro sin preocupaciones, como le decían, si no hubiese visitado demasiado la bolera y no hubiera amado en demasía los vasitos de vino. Pero a alguien que soportaba de aquella manera los días malos no se le podía reñir por cómo gozaba despreocupadamente de los buenos. No puedo pensar en él sin sentir una gran emoción, ¿cómo podría hacerlo? Consiguió con grandes esfuerzos que el juguetero del mercado anual le diera el bombo y la trompeta que nos regaló a mi hermano y a mí, y años después le llamaron la atención, cuando yo, ya crecido y espabilado, iba a su lado, dado que su pobreza no le había permitido cancelar esta pequeña deuda. Incansablemente buscaba cosas para entretenernos, y dado que para ello no hace falta más que buena voluntad con los niños, nunca fracasó. Era para nosotros una gran alegría cuando tomaba un trozo de tiza en la mano, se sentaba con nosotros a su mesa redonda y comenzaba a dibujar molinos, casas, animales y todo lo que era posible. Entonces tenía las ocurrencias más divertidas, que aún resuenan en mis oídos. Incluso su máximo gozo no era nada para él si no lo compartía con nosotros. Éste consistía en que todos los domingos por la mañana, antes de la comida y después del sermón, bebía, como recuerdo de mejores tiempos, un vaso de un coñac llamado Plank y fumaba al mismo tiempo una pipa. De ese coñac teníamos que beber cada uno un dedal, pues si no lo hacíamos no le sabía bien a él. La bebida no era, por lo demás, lo más apropiado para nosotros, pero la cantidad era lo suficientemente escasa como para prevenir consecuencias desastrosas; mi padre, sin embargo, prohibió esta celebración dominical cuando se enteró. Esto apenó mucho al buen anciano, pero no le impidió volvernos a dejar beber con él, solo que sucedía en el mayor silencio y con la recomendación vehemente de que evitáramos a nuestro padre, para que no tuviera ocasión de besarnos y, de esta manera, descubriera la infracción de su mandato; un beso dado en los labios de mi hermano había hecho que mi padre descubriera la primera vez el juego. A veces, uno u otro de sus dos hermanos solteros, que por lo general andaban por el país y eran vagabundos, pasaba el invierno con él. Siempre los recibía de buen grado, y permanecían allí hasta que la primavera o el hambre los echaba; él no los espantaba; por muy escaso que fuera su pan, lo compartía con alegría, pero cuando no tenía nada, tampoco podía dar nada.

Cuando venían el tío Hans o Johann, era para nosotros una fiesta, puesto que dejaban caer un nuevo trozo de mundo en nuestro nido. Nos contaban cosas de los bosques y de sus aventuras en ellos, de ladrones y asesinos, de los cuales habían podido escapar a duras penas, de los menudillos de gansos guisados que se habían comido en solitarias tabernas del bosque y de los dedos y pies humanos que decían haber encontrado en el fondo de los platos. El ama de casa no miraba con buenos ojos a los cuñados parásitos y fanfarrones, pues ella llevaba el peso de la vida con menos ánimo que su marido, y sabía que no se irían mientras colgara un trozo de tocino en la chimenea, pero se contentaba con rezongar en secreto contándole sus penas a mi madre. A nosotros nos quería, y en verano nos regalaba, todas las veces que podía, grosellas rojas y blancas que ella misma le mendigaba a una amiga avara. Sin embargo, yo temía su proximidad, pues le daba gran importancia al hecho de cortarme las uñas tan a menudo como era necesario, y yo odiaba esto intensamente por la sensación hormigueante que me producía. Leía celosamente la Biblia, y la primera impresión fuerte, incluso temible, de este sombrío libro la tuve, mucho antes de leerlo yo mismo, a través de esta

mujer, cuando me leyó una cita tremenda de Jeremías en la que el irritado profeta predice que en la época de la gran miseria las madres matarían a sus propios hijos para comérselos. Recuerdo el miedo que me causó este pasaje cuando lo oí, quizás porque no sabía si se refería al pasado o al futuro, a Jerusalén o a Wesselburen, o porque yo mismo era un niño y tenía una madre.

IV

Al cumplir cuatro años me llevaron a una escuela de primeras letras. Una señorita mayor, llamada Susana, alta y de planta viril, con cordiales ojos azules que resaltaban como luces en su cara grisácea, la regentaba. Nos colocaban en una sala espaciosa que hacía las veces de aula y que era bastante oscura, pegados a las paredes, los niños a un lado y las niñas a otro. La mesa de Susana, cubierta de libros, estaba en el medio, y ella se sentaba con un silbato blanco de arcilla en la boca y una taza de té ante ella, en una mecedora patriarcal que infundía respeto. Ante ella tenía una larga regla que no se utilizaba para trazar líneas, sino para nuestro castigo cuando no nos podía mantener en orden con un frunce de frente o con toses; al lado, estaba situada una bolsa llena de pasas destinada a la recompensa de virtudes extraordinarias. Las palmetadas eran mucho más frecuentes que las pasas; sin embargo, la bolsa, a pesar de lo ahorrativa que era Susana, a veces estaba totalmente vacía; por eso aprendimos a conocer a tiempo el imperativo categórico de Kant. Llamaba a la mesa, de cuando en cuando, a pequeños y a mayores, los alumnos más adelantados para la clase de caligrafía, el resto para decir su lección en voz alta y, según fuera necesario, para recibir golpes en los dedos con la regla o para coger pasas. Una antipática doncella, que de vez en cuando se permitía alguna intromisión en los castigos, se paseaba de un lado a otro, y el grupo más joven la obligaba a mantener, a veces de forma muy desagradable, una gran atención sobre ellos, pues ella vigilaba atentamente que no cogieran muchas de las golosinas que allí se habían llevado. Detrás de la casa había un pequeño patio con el que lindaba el huertecillo de Susana. En el patio tenían lugar nuestros juegos en los recreos. El huertecillo nos estaba vedado. Estaba lleno de flores, cuyas formas fantásticas veo aún moverse con la brisa bochornosa del verano. Susana nos cortaba algunas de estas flores cuando estaba de buen humor, pero sólo cuando estaban a punto de marchitarse. Antes no arrebatava ninguno de sus adornos a los arriates bien mantenidos y cuidadosamente escardados, entre los que se alargaban unas veredas que apenas eran lo suficientemente anchas para los pájaros. Susana repartía sus regalos, por lo demás, con parcialidad. Los hijos de padres acomodados recibían los mejores y podían expresar en voz alta sus deseos, a menudo nada humildes, sin ser rechazados; los más pobres tenían que contentarse con lo que sobraba, y no recibían nada si no esperaban en silencio su acto de gracia. Esto se hacía más patente en navidades. Entonces tenía lugar un gran reparto de pasteles y nueces, pero siguiendo de la forma más fiel las palabras del Evangelio: «Al que tenga se le dará». A las hijas del escribano de la parroquia, una persona muy respetable, y a los hijos del médico, se les cargaba con media docena de pasteles y con pañuelos llenos de nueces: los pobres diablos, por el contrario, cuyas esperanzas para la Nochebuena, en contraposición a aquéllos, estaban depositadas en la mano generosa de Susana, tenían que conformarse con poco. La razón era que Susana contaba con regalos en retribución, y probablemente tenía que contar con ellos, y de la gente que solamente podía aportar con esfuerzo el dinero de pago de la escuela no podía esperar ninguno. A mí no se me relegaba

totalmente, pues Susana recibía en otoño regularmente el tributo de nuestro peral, y yo gozaba, gracias a mi «buena cabeza», de una especie de preferencia; pero notaba, no obstante, la diferencia, y tuve que sufrir mucho especialmente a causa de la doncella, que me culpaba de las cosas más inocentes de forma aborrecible: el sacar una vez un pañuelo, por ejemplo, en señal de que yo también quería tenerlo lleno, lo que hizo que se me subiera el más intenso rubor a las mejillas y que las lágrimas rodaran por ellas. Tan pronto como tomé conciencia de la parcialidad de Susana y de la injusticia de su doncella, había atravesado ya el círculo mágico de la infancia. Sucedió muy pronto.

V

Todavía hoy recuerdo vivamente dos momentos de esta aula escolar. Recuerdo, en primer lugar, que allí recibí la primera impresión terrible de la naturaleza y de las fuerzas invisibles que el hombre sospecha tras de ella. El niño tiene un periodo, y dura bastante tiempo, en el que cree que el mundo entero depende de sus padres, al menos del padre que, algo misteriosamente, permanece en segundo plano, y al que puede pedir tanto que haga buen tiempo como un juguete. Este periodo tiene naturalmente un final cuando el niño, para su asombro, vive la experiencia de que suceden cosas que a su padre le son tan desagradables como a él mismo los azotes, y con esta experiencia desaparece una gran parte del encanto místico que rodea la cabeza del progenitor, e incluso comienza, cuando ya ha pasado, la verdadera autonomía humana. A mí me abrió los ojos sobre ese punto una terrible tormenta unida a una lluvia torrencial y una granizada.

Era una bochornosa tarde de verano, una de esas que abrasan la tierra y asan a todas las criaturas. Nosotros, los niños, estábamos sentados perezosamente y desanimados en los bancos con nuestros catecismos y catones. La propia Susana cabeceaba medio dormida y nos pasaba por alto las bromas y guasas con las que intentábamos permanecer despiertos. Ni siquiera zumbaban las moscas, exceptuando las más pequeñas, que siempre están despiertas, cuando de repente sonó el primer trueno y las vigas carcomidas de la vieja casa, deshabitada, resonaron retumbantes, como si se fueran a quebrar. En una confusión desesperada, como la que solamente tiene lugar en las tormentas del norte, siguió una tromba de granizo que en menos de un minuto destrozó, en la parte azotada por el viento, todos los cristales, y después llegó una tromba de agua que parecía querer anunciar un nuevo diluvio. Nosotros, saltando asustados, corrimos gritando y haciendo ruido de un lado a otro; la propia Susana perdió la cabeza y su doncella consiguió cerrar las contraventanas cuando ya no había nada que salvar, sino que la inundación que entraba ocasionaba una intensificación del espanto general y el crecimiento de la confusión desatada, que solamente era comparable a las tinieblas egipcias. En las pausas entre uno y otro trueno se recuperó Susana, obligada por la necesidad, y buscó a sus protegidos, los cuales, según su edad, se habían colgado de su delantal o estaban acurrucados, con los ojos cerrados, en las esquinas, para protegerlos según fuera necesario y tranquilizarlos; pero repentinamente cruzó de nuevo el espacio un rayo encendido de color azulado a través de las rendijas de las contraventanas, y se quedó sin habla, mientras la doncella, casi tan angustiada como el niño más pequeño, gritaba sollozando: «¡El buen Dios está enfadado!». Y cuando se hizo de nuevo la oscuridad en la sala, añadió pedagógica y avinagradamente: «¡No servís para nada!». Esa frase, aunque proviniera de una boca tan repugnante, me causó una profunda impresión, y me obligó a

mirarme a mí mismo y todo lo que me rodeaba, y prendió en mí la chispa religiosa. De vuelta a la casa paterna, encontré allí también el horror de la desolación; el peral no solamente había perdido sus jóvenes frutos, sino también todo su follaje y se alzaba totalmente pelado como en invierno; además, un ciruelo muy fértil, que no solamente solía cuidarnos a nosotros, sino también a media vecindad y al menos a nuestra amplia parentela, había perdido hasta sus ramas más ricas, y semejaba, en su mutilación, un hombre con un brazo roto. Para nuestra madre apenas fue un consuelo penoso que nuestro cerdo se viera provisto de alimento tan fino durante ocho días; apenas significaron un consuelo para mí los añicos de cristal que abundaban en los alrededores y con los que se podían hacer los más maravillosos espejos de la forma más sencilla, pegándolos con tierra húmeda; pero ofrecían una sustitución a las alegrías irrecuperables del otoño. De pronto comprendí por qué mi padre iba a misa todos los domingos y por qué yo no me podía poner una camisa limpia sin decir al mismo tiempo: «¡Quiéralo Dios!»; había conocido al Señor de todos los Señores. Sus airados servidores, el trueno, el rayo, el granizo y el temporal, le habían abierto las puertas de mi corazón y había entrado allí en toda su majestad. Poco después se hizo patente lo que había sucedido en mi interior, pues cuando el viento, una tarde, soplaba otra vez poderoso por la chimenea y la lluvia golpeaba con fuerza el tejado, al ser llevado a la cama, la palabrería aprendida por mis labios se transformó de pronto en una oración verdadera y temerosa, y con ello se rompió el cordón umbilical espiritual que hasta entonces me había unido exclusivamente a mis progenitores. Incluso llegó tan lejos la cosa que empecé a quejarme ante Dios de mi padre y de mi madre cuando creía que me habían hecho una injusticia.

Además, a esta aula de la escuela está unido mi primer y quizás más amargo martirio. Para clarificar lo que quiero decir, debo empezar de muy lejos. Ya en la escuela primaria se encuentran todos los elementos que el hombre maduro encontrará más tarde, potenciados, en el mundo. La brutalidad, la astucia, la perspicacia vulgar, la hipocresía, todo está representado, y siempre hay un espíritu puro ahí, como Adán y Eva, representado en el cuadro entre los animales. Lo que hay que atribuir a la naturaleza, a la primera educación o más bien al desamparo desde la cuna, queda sin decidir: el hecho no tiene duda. Esto pasaba también en Wesselburen. Desde el muchacho bruto que desplumaba a los pájaros vivos y que arrancaba las patas a las moscas, hasta el chiquillo de dedos ligeros que robaba a sus compañeros las multicolores señales de marcar del catón, coexistían ahí todas las especies, y el destino que los compañeros mejor capacitados (y por tanto condenados al sufrimiento) profetizaban a los jóvenes pecadores a veces con ira, al ser precisamente objeto de sus burlas y su maliciarse cumplió en más de uno literalmente. La escoria tiene tanto instinto que sabe a quién alcanza en primer lugar y más dolorosamente su aguijón, y por eso yo estuve durante largo tiempo expuesto a los más malignos picotazos.

Pronto uno hacía como si leyera atentamente el catecismo, que mantenía apretado contra la cara, pero me estaba susurrando por encima de la hoja todo tipo de perversiones y me preguntaba si yo todavía era tan tonto que creía que los niños venían de París y que los traía la cigüeña. Otras veces, otro muchacho me gritaba: «Si quieres una manzana, cógela de mi bolsillo. He traído una para ti». Y cuando yo lo hacía, entonces gritaba: «¡Susana, me están robando!», y negaba lo que había dicho. Un tercero escupía en su libro, y entonces comenzaba a sollozar y afirmaba, con toda frescura, que había sido yo. Me encontraba solo ante tantas vejaciones, en parte porque era el más sensible a ellas y, en parte, porque debido a mi enorme candidez tenían un gran éxito conmigo. También había otras bromas que tenían que aguantar todos sin excepción. Entre ellas estaban preferentemente las

fanfarronadas de algunos de clase elevada que, además, nos sacaban bastantes años y que, sin embargo, todavía estaban en los bancos donde se aprendía el abecedario y que de vez en cuando hacían novillos. No tenían en sí más que un aburrimiento doble y triple; pues no podían volver a casa y tampoco encontraban compañeros de juegos. No les quedaba más que acurrucarse detrás de una valla o acechar en una cuneta reseca hasta que tocaba la hora de la liberación, y entonces, como si hubieran estado donde debían estar, se mezclaban con nosotros en el camino a casa. Pero sabían resarcirse y prepararse la diversión más tarde, cuando volvían a la escuela y nos contaban sus aventuras. Unas veces, su padre había pasado rozando la valla, con la caña de Indias con la que solía batanear, y no los había visto. Otras veces era su madre, acompañada por el lulú, la que había llegado a la zanja; el perro los había olfateado, la madre los había descubierto y entonces la mentira de que Susana los había enviado allí a coger margaritas los había salvado. Cuando hablaban de esto, se vanagloriaban como viejos soldados que contaban a los asombrados reclutas sus hazañas, y la conclusión era siempre la misma: nosotros nos arriesgamos al látigo y al bastón, vosotros lo máximo a la vara y, a pesar de todo, no os atrevéis a nada. Esto era enojoso, tanto más cuanto que la verdad no se podía poner en tela de juicio. Cuando poco después el hijo de un zapatero remendón llegó una vez a la escuela con la espalda amoratada y nos comunicó que su padre lo había pescado y le había dado una buena con el tirapié, pero que él lo iba a hacer todavía con más frecuencia, pues no era ningún gallina, me decidí yo también a probar mi valor ese mismo día. Me dirigí, cuando mi madre me despidió a la hora de costumbre, pertrechado con dos jugosas peras, no a casa de Susana, sino que me arrastré, con el corazón palpitante y mirando temerosamente hacia atrás, al cobertizo de madera de nuestro vecino, el carpintero, animado y ayudado por su hijo, que era mucho mayor que yo y que trabajaba en el taller. Hacía mucho calor, y mi escondrijo estaba tan oscuro como mal ventilado; las peras no duraron mucho tiempo. Me las comí no sin remordimientos de conciencia, y una vieja gata que estaba acurrucada en el fondo con sus crías y que al menor movimiento refunfuñaba con rabia, no contribuía de la manera más agradable a mi distracción. El pecado llevaba consigo la penitencia, pues contaba todos los cuartos y medias del reloj, cuyas campanadas me llegaban atronadoras y, como a mí me parecía, amenazantes desde la alta torre. Me angustiaba pensar si podría salir del cobertizo sin ser notado, y sólo de vez en cuando y de forma pasajera pensaba en el triunfo que podría festejar al día siguiente. Ya era bastante tarde cuando mi madre entró en el jardín y se dirigió, mirando alegremente a su alrededor, hacia el pozo para sacar agua; casi pasó a mi lado y me quedé sin aliento; pero cómo me quedé Cuando el depositario de mi secreto le preguntó si ella sabía dónde estaba Christian, y a su vacilante respuesta: «En casa de Susana» respondió, medio burlón medio malicioso: «No, no, con la gata», y le mostró mi escondite guiñando el ojo y parpadeando. Salté airado de mi escondrijo y propiné al sonriente traidor una patada; pero mi madre, con la cara inflamada, dejó su cubo a un lado y me cogió por los brazos y los pelos para llevarme a la escuela. Me solté de sus brazos, me tiré al suelo, lloré y grité, pero todo fue en vano; me arrastró con violencia, demasiado indignada como para escucharme, al haber descubierto que su favorito, alabado por todos, era un malvado; y mi continua oposición no tuvo otra consecuencia, que la de que todas las ventanas que daban a la calle se abrieran violentamente y todas las cabezas asomaran por ellas. Cuando llegué, era precisamente el momento en que salían todos mis camaradas, y se arremolinaron en torno a mí y me colmaron de improperios y burlas, mientras Susana, que se daba cuenta de que la lección que me propinaban era muy Severa, intentaba tranquilizarme.

VI

Debería haber citado más arriba un tercer momento, pero éste, de cualquier forma que se considere, Cuando se recuerda, es en la vida del hombre tan único e incomparable que no puede ser combinado con ningún otro. En la lóbrega sala de Susana también conocí el amor, y precisamente en la misma hora en la que puse el pie allí, es decir, a los cuatro años. ¡El primer amor! Quién no Sonríe al leer esto, quién no recuerda vagamente a alguna Anita o Margarita que parecía llevar una Corona azul de estrellas y estar vestida de azul celeste y dorado y que ahora quizás... ¡Sería ultrajante pintar ahora un cuadro totalmente opuesto! Sin embargo, ¡quién no se dice también que entonces, como en un vuelo, pasó junto a cada cáliz de miel que hay en el jardín de la tierra, demasiado rápido, sin duda, para extasiarse, pero con la suficiente lentitud como para aspirar el temprano aroma sagrado! Por eso, a la sonrisa Se une ahora la emoción, cuando recuerdo la hermosa mañana del mes de mayo en la que tuvo realmente lugar el hecho decidido desde hacía tiempo, aplazado y finalmente fijado de forma definitiva para un día determinado, es decir, mi salida de la casa paterna a la escuela.

«¡Llorará!», decía Meta la tarde anterior y meneaba la cabeza sibilinamente, como si lo supiera todo. «¡No llorará, pero se levantará demasiado tarde!», respondía la señora Ohl. «Se comportará valientemente y saltará puntualmente de la cama», decía el bondadoso anciano. Luego añadió: «Tengo algo para él y se lo daré si mañana está ante mi puerta a las siete, lavado y peinado». Me presenté a las siete en casa del vecino, y recibí como premio un pequeño reloj de cuco, hecho de madera. Hasta las siete y media estuve animoso y jugué con nuestro pequeño dogo, a las ocho menos cuarto me sentí decaído, hacia las ocho me sentí de nuevo todo un hombre, porque Meta entró con cara maliciosa, y me puse decidido en camino, con el nuevo catón del gallo ponedor de huevos de Johann Ballhorn debajo del brazo. Mi madre me acompañó para presentarme ceremoniosamente; el dogo nos seguía, yo aún no estaba totalmente abandonado y me encontré ante Susana antes de que pudiera darme cuenta. Susana me dio unos golpecitos en las mejillas, como suelen hacer los maestros, y me alisó los cabellos. Mi madre me aconsejó, en ese tono severo que tanto trabajo le costaba, que fuera aplicado y obediente, y se alejó rápidamente para no ablandarse de nuevo. El perrillo se quedó durante algún tiempo indeciso y, finalmente, se unió a ella. Recibí de regalo un santo de papel dorado, luego me mostraron mi sitio y me incorporé a la pequeña colmena de niños zumbones y susurrantes. Pasó algún tiempo antes de que me decidiera a alzar la mirada, puesto que notaba que me estaban observando, y esto me hacía sentir apuro. Finalmente lo hice, y mi primera mirada fue a posarse en una niña delgada y pálida que estaba sentada precisamente enfrente de mí. Se llamaba Emilia y era la hija del escribano de la parroquia. Un temblor pasional se apoderó de mí, la sangre afluyó a mi corazón, pero también una sensación de vergüenza se mezcló, al mismo tiempo, con mi primer sentimiento, así que bajé rápidamente la vista hacia el suelo, como si hubiera cometido un acto deplorable. Desde ese momento, Emilia no se me iba de la cabeza, y la hasta entonces tan temida escuela se convirtió en mi lugar preferido, porque solamente allí la podía ver. Los domingos y días festivos que me separaban de ella me eran tan odiosos como deseados me habían sido antes; me sentía verdaderamente desgraciado cuando ella faltaba a clase alguna vez. La veía ante mí, allá donde fuera, y no me cansaba de pronunciar en voz baja su nombre cuando estaba solo. Siempre tenía especialmente presentes sus cejas morenas y sus labios rojos, y no recuerdo que su voz me impresionara, aunque más tarde fue precisamente la voz lo que más llamó mi atención. Se entiende, por lo tanto, que yo pronto recibiera la loa al alumno mejor y más aplicado. No me sentía muy a

gusto con esto, pues sabía que no era el catón lo que me llevaba a la escuela de Susana, y que no delectaba con tanta fruición únicamente para aprender a leer con rapidez. Sólo que nadie debía sospechar lo que me sucedía, y Emilia menos que nadie; huía de ella de la forma más temerosa, para no traicionarme a mí mismo. Le mostraba más aversión que cordialidad cuando los juegos comunes nos hacían coincidir; le tiraba del pelo por detrás para poderla tocar, y le hacía daño para no despertar ninguna sospecha.

Una única vez la naturaleza mostró su rumbo poderosamente, pues fue sometida a una dura prueba. Fue precisamente una tarde a la hora del recreo que precedía a las clases, porque los niños llegaban tarde y a Susana también le gustaba echar una cabezadita. Entré en el aula y se me ofreció una imagen tremendamente perturbadora: Emilia era maltratada por un chico, y éste era uno de mis mejores compañeros. Le tiraba del pelo y le propinaba fuertes codazos, y eso todavía lo pude soportar no sin grandes esfuerzos y con una amargura silenciosa que iba creciendo por momentos. Finalmente la arrastró a una esquina y cuando la soltó de nuevo, le sangraba la boca, seguramente porque él la había arañado. Ya no pude contenerme más, pues la visión de la sangre me encolerizó. Me lancé encima de él, lo tiré al suelo y le devolví sus tortas y bofetadas en número doble y triple. Pero Emilia, muy lejos de estarme agradecida, llamó pidiendo ayuda y socorro para su enemigo al ver que yo no paraba, y de esta manera reveló involuntariamente que le tenía más aprecio que al vengador. Susana, que fue despertada del sueño por el griterío, llegó apresuradamente y exigió de mal humor y de malas formas, como le era natural, que diera cuenta del porqué de mi repentino ataque de cólera. Lo que pronuncié tartamudeando y balbuceando era incomprensible y sin sentido, y como recompensa a mi primer servicio caballeresco recibí un castigo severo. Esta inclinación duró hasta que cumplí los dieciocho años, y atravesó diversas fases; más tarde volveré a hablar de ello.

VII

Ya desde las épocas más tempranas, la fantasía estaba enormemente desarrollada en mí. Cuando me llevaban por las noches al lecho, todas las vigas comenzaban a deslizarse por encima de mi cabeza, desde todas las esquinas y rincones de mi cuarto me contemplaban grotescos rostros, y las cosas más familiares, un bastón sobre el que solía cabalgar, la pata de la mesa e incluso la propia colcha con sus flores y figuras, se volvían extraños para mí y me hacían sentir miedo. Creo que aquí hay que distinguir bien entre el temor indeterminado y general que es común a todos los niños, sin excepción, y un temor intensificado que encarna sus imágenes en formas incisivas y vigorosas y que las hace aparecer como reales al alma joven. El primero lo compartí con mi hermano, que dormía a mi lado, pero a él se le cerraban siempre muy pronto los ojos, y dormía plácidamente hasta el amanecer; el segundo me atormentaba únicamente a mí, y no sólo me alejaba el sueño, sino que me lo arrebatava a menudo cuando ya había llegado, y me hacía gritar pidiendo ayuda en medio de la noche. Tan intensamente se apoderaron de mí estos desvaríos que se vuelven a hacer presentes con toda su fuerza cada vez que estoy gravemente enfermo; tan pronto como la sangre febril y bullente me penetra en el cerebro y ahoga la conciencia, aparecen de nuevo los antiguos demonios, expulsando a los nacidos más tarde y desarmándolos, para martirizarme, y esto demuestra indudablemente de la mejor manera hasta qué punto me tuvieron que martirizar en el pasado.

Pero también durante el día mi fantasía era portentosa y quizás enfermiza. Hombres feos, por ejemplo, de los que mi hermano se reía y a los que imitaba, me llenaban de horror. Un sastrecillo jorobado, de cuya cara triangular y macilenta colgaban unas orejas largas y, sin lugar a dudas, desproporcionadas, que para colmo eran intensamente rojas y transparentes, no podía pasar a mi lado sin que yo, gritando, me dirigiera corriendo a casa; y casi hubiera preferido morir cuando él, tremendamente irritado, me siguió una vez, me llamó tonto y regañó a mi madre, porque creía que ella, en la educación que nos daba en casa, lo utilizaba como al siervo Ruprecht^[2].

No podía ver hueso alguno y enterraba el más pequeño que pudiera encontrar en nuestro jardincillo; incluso borré con las uñas la palabra esqueleto de mi catecismo en la escuela de Susana, porque hacía que ante mis ojos se representara vivamente el repugnante objeto al que designaba, como una repugnante figura putrefacta.

Por el contrario, un pétalo de rosa que el viento hiciera volar hacia mí por encima de la valla significaba tanto o más para mí que para otros las mismas rosas, y palabras como tulipán y lila, como cereza y albaricoque, como manzana y pera me trasladaban inmediatamente a la primavera, el verano y el otoño, de tal manera que deletreaba gustosamente en voz alta los fragmentos del catón en los que aparecían, y me enfadaba cuando no me tocaba hacerlo. Sólo que en el mundo se necesita, desgraciadamente, con mucha más frecuencia el cristal de disminución que el de aumento; de esto tampoco se ve libre en casos excepcionales la bella época de la juventud. Pues de la misma manera que se dice del caballo que respeta a los hombres porque, según la estructura de sus ojos, los ve como gigantes, así el niño dotado de fantasía se queda parado ante un granito de arena, porque se le aparece como un monte inaccesible. Las cosas no pueden dar aquí la medida de sí mismas, sino que hay que preguntar por las sombras que proyectan, y así, a menudo, el padre puede reírse mientras que el niño experimenta sufrimientos infernales, porque las medidas con que ambos ponderan son radicalmente distintas.

Un caso en sí gracioso debe ser citado aquí, porque precisamente arroja la mejor luz sobre este punto tremendamente interesante para la educación. Una vez tuve que recoger a mediodía un panecillo, y la panadera me lo alcanzó y al mismo tiempo me dio para el camino, con ánimo generoso, un viejo cascanueces que había encontrado en algún lugar al hacer limpieza. En mi vida había visto un cascanueces, ni conocía ninguna de sus cualidades secretas, así que lo tomé como si de una muñeca se tratara, con sus mejillas rojas y sus ojos saltones. Contento, emprendí el viaje de vuelta, apretándolo como un nuevo ser querido contra mi pecho; de pronto me di cuenta de que abría la garganta y que, para darme las gracias por la caricia, me mostraba sus feroces dientes blancos. ¡Pueden imaginarse el susto que me llevé! Lancé un grito, corrí por la calle como alma que lleva el diablo, pero no tuve el suficiente sentido común o el valor para echar de mi lado al monstruo, y como él, según mis propios movimientos durante la carrera, tan pronto cerraba como abría la boca, no pude menos de pensar que estaba vivo, y llegué medio muerto a casa. Allí se rieron de mí y me aclararon todo. Finalmente recibí una reprimenda. De nada me sirvió, pues me era imposible reconciliarme de nuevo con el monstruo, aunque reconocía su inocencia, y no descansé hasta que me dieron permiso para regalárselo a otro muchacho. Cuando mi padre se enteró del asunto, pensó que no habría un segundo muchacho al que le pudiera pasar algo así; esto era muy posible, pues quizás no había nadie al que los parientes del cascanueces le hubieran hecho guiños desde el suelo y las paredes antes de la puesta de sol. Por la noche culminó esta actividad de mi agitada fantasía en un sueño que era tan monstruoso y que dejó tal impresión en mí que se repitió siete veces más, una tras

otra. Soñaba que el buen Dios, del que yo ya había oído algunas cosas, había tendido una cuerda entre el cielo y la tierra, me había sentado en ella y se había colocado a mi lado para columpiarme. Así pues, volaba yo sin descanso ni pausa a una velocidad vertiginosa hacia arriba y hacia abajo; tan pronto estaba en las nubes, con los cabellos flotando al viento, sujetándome convulsivamente y cerrando los ojos, como me encontraba tan próximo al suelo que podía reconocer claramente la arena amarilla, así como las pequeñas piedrecitas rojas y blancas que incluso podía rozar con la punta del pie. En ese momento quería bajar, pero para esto era necesario tomar una decisión, y antes de que lo lograra, me encontraba de nuevo en las alturas y no me quedaba más remedio que agarrarme a la cuerda para no caer y estrellarme contra el suelo. La semana en que tuvo lugar este sueño fue quizás la más terrible de toda mi infancia, pues su recuerdo no me abandonaba en todo el día, y como yo, cuando me acostaban a pesar de mi resistencia, llevaba conmigo a la cama el miedo a su regreso, no era de extrañar que se reprodujera una y otra vez, hasta que terminó debilitándose.

VIII

Permanecí en la escuela de Susana hasta que cumplí los seis años y aprendí bien a leer. Todavía no me estaba permitido escribir por mi corta edad, según se decía. Era lo último que Susana tenía que enseñar, y por eso tenía extremado cuidado en hacerlo. Pero me enseñaron los primeros ejercicios memorísticos, pues de la misma manera que el chiquillo había pasado del vestido neutro hasta el pantalón y del catón al catecismo, así debía aprender de memoria los Diez Mandamientos de la Ley de Dios y los fragmentos principales de la fe cristiana, tal y como los había formulado el doctor Martín Lutero, el gran reformador, hacía trescientos años como principios de la Iglesia Protestante. No se profundizaba más, y los grandes dogmas que pasaban sin explicación ni aclaración al cerebro aún poco desarrollado del niño, se transformaban en imágenes fantásticas y en parte grotescas que, sin embargo, no perjudicaban en modo alguno al joven espíritu, sino que lo estimulaban saludablemente y provocaban una fermentación llena de presentimientos. Pues qué importa si el niño, cuando oye hablar del pecado original o de la muerte y del diablo, relaciona estos símbolos profundos con un concepto o una fantasía aventurera; investigarlos en profundidad es tarea de toda la vida, pero al hombre que se está formando se le advierte ya desde el principio de la existencia de un ser superior que domina el mundo, y dudo si la misma meta se puede alcanzar mediante una introducción prematura en los misterios de la regla de tres o en la sabiduría de las fábulas de Esopo. Curioso era, en cualquier caso, que Lutero apareciera en mi imaginación casi inmediatamente junto a Moisés y a Jesucristo; sin embargo, esto tenía su explicación en el hecho de que su retumbante «¿Qué es esto?» sonaba siempre momentáneamente tras los laconismos mayestáticos de Jehová, y de que, además, su vigoroso rostro, desde el que habla el espíritu de forma tan penetrante porque, evidentemente, debía luchar contra la gruesa y rebelde carne para alcanzar la victoria, estaba impreso en el catecismo con una negrura intensa. Pero esto también tenía para mí, por lo que sé, tan pocas consecuencias desventajosas como mi creencia en los cuernos y garras reales del diablo o la guadaña de la muerte, y aprendí, tan pronto como fue necesario, a distinguir entre el Salvador y el Reformador. Por lo demás, la humilde adquisición de conocimientos que obtuve con Susana fue suficiente para ganar en casa una cierta consideración. Al maestro Ohl le imponía mucho que yo

supiera mejor que él lo que cree el verdadero cristiano, y mi madre casi sollozó cuando por primera vez, sin tartamudear o titubear, le leí a la luz de la lámpara la bendición vespertina; incluso se sintió tan edificada que me cedió para siempre el cargo de lector, cargo que desempeñé durante largo tiempo con gran celo y no sin gran dignidad.

Hacia el final de mi sexto, año, tuvo lugar un gran cambio, incluso una transformación completa en las instituciones educativas de Holstein, y también en las de mi pequeña patria. Hasta entonces el Estado no había tenido ninguna influencia en la primera enseñanza, y en la segunda poca; los padres podían enviar a sus hijos donde quisieran, y las escuelas de primeras letras y de párvulos eran instituciones puramente privadas, de las que ni siquiera se preocupaba el párroco, y que a menudo surgían de la manera más extraña. Así, por ejemplo, Susana había llegado con sus zuecos de madera una tormentosa tarde otoñal a Wesselburen, sin una moneda en el bolsillo y totalmente desconocida, y había encontrado alojamiento, gracias a Dios, en la casa de la compasiva viuda de un pastor; ésta descubre que la peregrina sabe leer y escribir, y que tampoco conoce mal las Escrituras, y le hace en seguida, de golpe y porrazo, la proposición de quedarse en ese lugar, en su casa, y de dar clases. La juventud, o al menos la parte que gateaba, se había quedado recientemente huérfana, pues el maestro anterior, alabado durante largo tiempo por su severa disciplina, había castigado a una muchachita entrometida por una impertinencia sentándola desnuda sobre una estufa caliente, quizás para recibir mayores alabanzas, y esto había sido demasiado incluso para los más incondicionales admiradores de la vara.

Susana estaba totalmente sola en el mundo, y no sabía a dónde ir o qué hacer; así pues, cambió el habitual trabajo manual, aunque no sin miedo, según su propia expresión, por el difícil trabajo intelectual, y la especulación tuvo en poco tiempo un éxito total. A los muchachos y muchachas mayores se les abrían, severos y oscuros, el rectorado y el correctorado, que estaban bajo una especie de control y que en caso necesario reclutaban gente laica cuando el personal de renuevo no surgía de entre ellos mismos. Pero aquí apenas se impartían, a pesar de los pomposos y arrogantes nombres, que hasta ahora siguen siendo misteriosos para mí, las suficientes asignaturas prácticas; y un hermano de mi madre, generalmente admirado por sus dotes, al que el rector, en ningún modo humilde, dejó marchar con la explicación solemne de que no le podía enseñar más, pues sabía tanto como él mismo, era además un magnífico calígrafo, y adornaba sus tarjetas de Año Nuevo con tinta china y arabescos, como Fust y Schöffler sus incunables, y sin embargo no era capaz de emitir ni una sola frase gramaticalmente correcta. Había que poner fin de una vez a estas circunstancias, sin lugar a dudas tremendamente deficientes y necesitadas de una mejora; el pueblo debía ser educado desde la cuna y había que cortar hasta la última raíz de la superstición. Si verdaderamente se sopesó lo que principalmente había que sopesar, queda en tela de juicio, pues el concepto de la educación es extremadamente relativo, y de la misma manera que la borrachera más repugnante se origina a base de beber traguitos de todas las botellas, de esa manera el simple saber enciclopédico, que por lo demás se puede ensanchar indefinidamente, provoca esa arrogancia odiosa que no se doblega ante ninguna autoridad y que no penetra en la profundidad en la que las contradicciones y oposiciones dialécticas surgidas exuberantemente se resuelven por sí mismas. En cualquier caso, acertaron con el medio preciso cuando, por una parte, se fundaron seminarios y, por otra, se construyeron escuelas elementales, de tal manera que las doctrinas que en aquéllos se cocían y se metían con embudo, como racionalismo, en las huecas cabezas de los maestros de escuela, podían ser derramadas desde éstas por todo el país. El resultado era que a una generación algo supersticiosa le siguió una

superinteligente, pues es asombroso ver cómo se siente el nieto cuando sabe que un meteoro nocturno de fuego consta simplemente de emanaciones ardientes, mientras que el abuelo ve en ello al diablo, que quiere entrar en alguna chimenea con sus relucientes sacos de dinero. Bien, sea como sea a lo que haya que atenerse en este punto en general, repito mi convencimiento de que es extraordinariamente difícil encontrar un término medio; para mí la reforma supuso una gran suerte. También Wesselburen consiguió su escuela elemental, y fue elegido como profesor un hombre cuyo nombre no puedo escribir sin un sentimiento del más profundo agradecimiento, pues, a pesar de su modesta actitud, ejerció una inconmensurable influencia en mi desarrollo. Se llamaba Franz Christian Dethlefen, y llegó a nuestra ciudad desde la vecina Eiderstedt, donde ya había prestado un pequeño servicio.

IX

Ninguna casa es tan pequeña como para que al niño que ha nacido en ella no le parezca un mundo cuyas maravillas y misterios va descubriendo paulatinamente. Incluso la choza más pobre tiene al menos su desván, al que conduce una escalera de madera, y ¡con qué sentimiento se sube por ella por primera vez! Con certeza, arriba se encuentra algún aparato viejo, que, inútil y olvidado, recuerda tiempos pasados y hace referencia a personas que ya se han podrido hasta el último hueso. Detrás de la chimenea descansa seguramente un arca carcomida que despierta la curiosidad; una enorme capa de polvo la cubre, pero no hay necesidad de buscar la llave, pues se puede meter la mano en ella por donde se quiera, y cuando el niño lo hace con temblores y titubeos, saca una bota desgarrada o la rueca rota de un torno de hilar que ya había sido desechada hacía medio siglo. Temeroso, arroja el doble hallazgo lejos de sí, puesto que, involuntariamente, se pregunta dónde está la pierna que movía aquélla y dónde la mano que ponía en movimiento ésta; sin embargo, la madre guarda de nuevo, cuidadosamente, la una o la otra, porque necesita precisamente una correa que todavía se puede cortar de la bota del abuelo, o porque cree que con la rueca de la tía abuela todavía puede encender fuego. Pero aunque el arca hubiera ido a parar, con todo su contenido, a la estufa de azulejos durante el último duro invierno, que hizo que la gente incluso quemara boñigas secas, todavía queda en el desván una hoz oxidada que antaño iba al campo brillante y feliz, y segaba en un santiamén miles de tallitos dorados y verdes; y encima de ella cuelga la guadaña siniestra, con la que hace tiempo se rebanó un mozo la nariz, porque el instrumento se había deslizado hasta el tragaluz y el muchacho subió la escalera con demasiada rapidez. Al lado chillan en las esquinas los ratones, y hasta unos cuantos salen de sus agujeros para, después de una breve danza, refugiarse de nuevo en ellos; incluso una pequeña comadreja de un blanco reluciente se deja ver por unos instantes, levantando su aguda cabeza junto con las patas delanteras, espionando y resoplando hacia las alturas, y el único rayo de sol que penetra por alguna hendidura escondida semeja de tal manera un hilo de oro que uno quisiera enrollarlo en seguida en un dedo. De una bodega no sabe nada la choza, pero sí la casa burguesa, aunque no por el vino, sino a causa de las patatas y los nabos que el más pobre esconde al aire libre bajo un montón de tierra que cava en otoño y que cubre prudentemente con paja o abono en el invierno, cuando llegan las heladas. Llegar al sótano es todavía más emocionante que llegar al desván; ¡pero qué iba a ser del niño que no supiera dar gusto a este deseo de una forma u otra! Puede

ir a casa del vecino y colgarse mimosamente al mandil de la doncella cuando ella tiene que subir algo; puede incluso esperar el momento en que la puerta quede abierta por descuido y atreverse a bajar solo. Esto es naturalmente peligroso, pues la puerta se puede cerrar de pronto, y las arañas de dieciséis patas que se arrastran con repugnante figura por las paredes, así como el agua verdosa que se filtra y se acumula en los hoyos dejados aquí y allá intencionadamente, no invitan a una larga estancia. Pero no pasa nada, para eso tiene uno la garganta, ¡y al que grita a pulmón abierto termina por oírsele!

Si la casa le hace, bajo todas estas circunstancias, tal impresión al niño, qué no le hará el lugar donde vive. Cuando la madre o el padre lo sacan por primera vez, anda por el ovillo de calles no sin asombro, y cuando regresa, está al menos mareado. Sin duda trae a casa imágenes de muchos objetos que quizás permanezcan eternamente en su cabeza y que a lo largo de la vida se extienden y amplían, insensiblemente, hasta el infinito, y nunca desaparecen, pues las impresiones primitivas de las cosas son indestructibles y se afirman frente a otras más tardías, aun cuando éstas puedan superarlas. Así pues, también fue para mí un momento inolvidable que vive hasta el día de hoy en mi memoria, aquel en que mi madre me dejó compartir con ella por primera vez el paseo vespertino que solía permitirse los domingos y días festivos del hermoso verano. ¡Dios mío! ¡Qué grande era Wesselburen! Mis piernas de cinco años estaban casi agotadas antes de que regresáramos. ¡Y todo lo que uno encontraba por ahí! ¡Ya sólo los nombres de las calles y de las plazas sonaban misteriosos y aventureros! «¡Ahora estamos en el Lollfuss! ¡Aquí está Blankenau! ¡Por aquí se sube al Klingelberg! ¡Allí está el Eichennest!» ¡Cuanto menos nos decía el nombre, tantos más misterios debían ocultar los lugares! ¡Incluso las mismas cosas! La iglesia, cuya voz metálica ya había escuchado antes a menudo; el cementerio con sus árboles sombríos y sus cruces y losas; una casa antiquísima en la que había vivido uno, del cuarenta y ocho, y en cuyo sótano, debía encontrarse un tesoro vigilado por el diablo; un gran estanque de peces. Todas esas menudencias fluían en mí conjuntamente, como si ellas, al igual que los miembros de un gran animal, se relacionaran orgánicamente las unas con las otras, formando una tremenda imagen total que la luna otoñal bañaba con su luz azulada. Desde entonces he visto la Basílica de San Pedro y todas las catedrales alemanas, he visitado el Père La Chaise y la pirámide de Cestio, pero cuando pienso en general en las iglesias, cementerios, etc., se me aparecen todavía flotando ante mí en la forma en que yo los vi aquella tarde.

X

Aproximadamente en la misma época en la que yo cambié la sala oscura de Susana por la nueva, clara y cordial escuela elemental, recién construida, mi padre tuvo que abandonar su pequeña casa y ocupar una de alquiler. Fue para mí un contraste notable. La escuela se había ampliado, miraba a través de ventanas relucientes con anchos marcos de pino, en vez de poner la mirada en cristales de botella con sucios marcos de plomo, y el día, que con Susana comenzaba siempre más tarde y terminaba antes de lo que debía, recuperaba aquí sus derechos; me sentaba en una mesa cómoda con pupitre y tintero, y el fresco olor a madera y a pintura, que aún tenía un encanto para mí, me transportaba a una especie de alegre éxtasis; y cuando, debido a mi forma de leer, el padre que examinaba me indicó que cambiara el tercer banco, que yo había elegido humildemente, por el

primero e incluso que ocupara en éste el primer lugar, no me faltó mucho para alcanzar la felicidad completa.

La casa, por el contrario, se había encogido y era más oscura; ahora ya no había un jardín en el que podía, en el buen tiempo, retozar con mis camaradas, ningún zaguán que nos acogiera hospitalariamente cuando llovía o hacía viento; yo estaba confinado en un estrecho cuarto en el que apenas me podía mover y al que tampoco podía traer a ningún compañero de juegos, y nadie se paraba ante mi puerta, ya que daba directamente a la calle. El motivo de este cambio tan radical y de serias consecuencias era de por sí peculiar.

Mi padre se había cargado con deudas ajenas al casarse, mediante la aceptación de una garantía, y hubiera sido expulsado, sin duda, mucho antes, si su acreedor, felizmente, no hubiera tenido que pagar con una larga condena un incendio provocado. Era éste uno de esos hombres que cometen el mal por el mal, y que prefieren el camino torcido al recto cuando aquél conduce mucho más rápidamente a la meta; tenía una mirada infernal, acechante y malévolamente que nadie soportaba, y que en épocas infantiles bien pudo encender todavía la creencia en brujas y hechiceros, porque la alegría sobre la desgracia ajena encontraba en ella una expresión que parecía multiplicar de por sí la desgracia. Mesonero y abacero más que pudiente para su condición, hubiera podido llevarla existencia más pacífica y alegre; pero tenía que vivir en completa enemistad con Dios y el mundo, y soltar las riendas de un humor verdaderamente endiablado, del cual no he visto un segundo ejemplo, ni siquiera en las historias de crímenes. Así, una vez le permitió con gran amabilidad a su mujer que fuera a confesarse un sábado; sin embargo, le prohibió el domingo, según los usos protestantes, tomar la comunión, porque no se lo había rogado. Cuando alguno de sus vecinos criaba un caballo joven y hermoso, iba a su casa y le ofrecía el precio más ridículo por él. Si el vecino lo rechazaba, él decía: «Yo me lo pensaría y tomaría en consideración la antigua norma según la cual debe entregarse todo aquello sobre lo que ya se ha negociado una vez; ¡quién sabe lo que puede pasar!». Y con seguridad, el amo encontraba al caballo, a pesar de toda la vigilancia, más tarde o más temprano en la pradera o en el establo con el tendón de la pata cortado, y había que sacrificarlo, de tal manera que este sujeto finalmente podía comprar todo lo que se le antojara. Ayudó a su yerno, con la mayor complacencia, a llevar a cabo una bancarrota defraudatoria, a la que él mismo le había inducido. Cuando el yerno, después de un juramento falso, le reclamó las cosas requisadas, se rió de él y le animó a que le denunciara. En el incendio, sin embargo, fue sorprendido por su propia sirvienta, y a despecho de su astucia y a pesar de su gran suerte fue cogido con las manos en la masa, y a esta circunstancia debía agradecer mi padre, a quien él, mediante toda clase de astucias, había metido en el aval, los pocos años de posesión tranquila de los que pudo disfrutar durante su breve vida. Tan pronto como la prisión devolvió a la comunidad a su tutelado, tuvimos que abandonar nosotros los lugares en los que nuestros abuelos habían compartido durante más de medio siglo penas y alegrías; mi hermano y yo experimentamos el fin del mundo en el momento en el que los viejos muebles, que habían sido escasamente movidos de su lugar cuando se blanqueaban las paredes, de repente salieron a la calle; cuando el honorable reloj de péndulo holandés que nunca marcaba las horas con exactitud, sembrando siempre confusión, se vio de pronto iluminado por un rayo del sol del mes de mayo y colgando de una rama del peral; y la mesa redonda y carcomida, que cuando estaba poco llena despertaba en nosotros tan a menudo el deseo de pedir todo lo que ya había sido comido, se encontraba ahí abajo cojeando. Sin embargo, y como es natural, todo esto era un espectáculo para nosotros. Al desalojar, incluso encontré en una ratonera la cazoleta de la pipa usada y perdida hacía

ya mucho tiempo, y cuando, en las casas de las familias que se mudaban con nosotros, aparecía esto y aquello al limpiar las esquinas, objetos que no parecían valer la pena, nosotros, que queríamos recoger hasta la última pieza, creímos vivir aquel día como una jornada festiva, y nos despedimos, no sin emoción, pero sí con dolor, de las estancias en las que habíamos nacido.

El significado de todo esto no lo llegué a captar hasta más tarde, pero sí lo suficientemente pronto; hasta entonces, yo era, sin saberlo, un pequeño aristócrata, y ahora había dejado de serlo. Todo estaba relacionado. El colono mira por encima del hombro al aparcerero, y el campesino y el burgués, a su vez, lo hacen con aquél, y al mismo tiempo lo respetan de alguna manera. Está tan seguro del primer saludo como si tuviera en las manos una letra de cambio que pudiera cobrar mediante juicio; sin embargo, si no puede afirmarse a su altura, le sucede como a todo grande que cae en desgracia: los del estamento inferior se vengan de que antes estuviera por encima de ellos. Los niños se orientan en todas estas cosas según los padres, y así tuve que compartir con mi padre el honor de la superioridad, pero también la deshonra de la caída. Cuando éramos todavía propietarios, mi prestigio como hijo de colono se veía considerablemente fortalecido por el peral y el ciruelo de nuestro jardín. Incluso en invierno, la gente no olvidaba que yo, en verano, tenía algo que regalar, y alguna bola de nieve endurecida, que me estaba destinada originalmente a mí, pasaba junto a mis orejas, porque se temía que yo, en algún momento, quisiera tomarme la revancha. A medida que se aproximaba la primavera, algunos comenzaban, con toda una serie de pequeños regalos, a tratar de ganarse mi protección; tan pronto recibía una estampita como más tarde una señal de colores para mi libro o una concha, y yo, lleno de benevolencia, prometía a cambio lo que me pedían. Apenas aparecían las primeras floraciones, cerraba con Wilhelm, el hijo del carpintero, negocios formales. A crédito me prestaba un pequeño coche, luego una caja de muñecos, luego un armario y otros juguetes que él era capaz de tallar con suficiente habilidad, utilizando los restos de madera de su padre, y yo a cambio le adjudicaba una cesta o media de peras y ciruelas. Cuando los árboles ostentaban su abundancia, la cosecha normalmente ya estaba vendida, pero con gran discreción, puesto que mi madre era poco inclinada a cumplir los contratos por mí cerrados, y Wilhelm se presentaba siempre ante ella como un dador generoso y altruista. Si los frutos estaban ya maduros, algo en lo que la opinión de los niños y de los adultos se diferencia de forma considerable, entonces mi acreedor tiraba desde su jardín ramitas y piedras contra el árbol, mientras que yo vigilaba si venía alguien y recogía los frutos caídos, temerosa y rápidamente, para entregárselos a él. Generalmente elegíamos la hora del mediodía para hacer esto, y a menudo conseguí pagar totalmente mis deudas antes de que tuviera lugar la recolección. A menudo ésta nos sorprendía o éramos descubiertos, y en esos casos Wilhelm recogía en un momento propicio sus cosas, sin piedad alguna y sin preocuparse de que ya había conseguido la mayor parte del precio estipulado, saltando la valla y arrebatándomelas. Lo mismo habría hecho, seguramente, en los años no fértiles, pero yo no me acuerdo de ninguno. Todo esto tuvo un final, y las consecuencias fueron verdaderamente amargas al principio. En primer lugar, adornaron a mis padres festivamente con el título de «muertos de hambre», pues es característico entre las gentes de la clase baja que, si bien han inventado el refrán que dice «Ser pobre no es una deshonra», sin embargo no actúan según él. A esto no contribuyó en menor cuantía el hecho de que mi madre fuera de naturaleza reservada y que incluso ahora no dejaba de seguir el principio que tan frecuentemente citaba: «Envilecerme lo puedo hacer siempre, para eso no hay ninguna prisa». Entonces comenzaron a molestarnos a nosotros, los niños. Los antiguos compañeros de juegos se retiraban o al menos nos hacían notar la diferencia que ahora nos separaba,

pues el muchacho que tiene en el estómago un pastel de huevo mira por encima del hombro a aquel que tiene que llenárselo con patatas. Los nuevos nos tomaban el pelo y se mostraban antipáticos en cuanto podían; incluso los «muchachos del asilo» se arremolinaban a nuestro alrededor. Éstos, pobres huérfanos que tenían que ser mantenidos con los dineros públicos en un lugar intermedio entre institución de caridad y hospital, formaban precisamente la clase más baja; llevaban una bata gris y en la escuela tenían su propio banco, como los condes de Gotinga, solamente que por otros motivos, y eran evitados por todos, de tal manera que ellos mismos se consideraban medio leprosos y sólo se acercaban a aquel que creían poder escarnecer. Sin embargo, todo esto tuvo, al final, muy buenas consecuencias para mí. Hasta entonces había sido un soñador que por el día se ocultaba gustosamente tras la valla o el pozo, y que por la tarde se ovillaba en el regazo de la madre o de las vecinas y pedía que le contaran cuentos e historias de fantasmas. Ahora había sido lanzado a la vida activa, había que salvar el pellejo, y cuando me enzarqué en la primera pelea, no sin un largo titubeo y con muchos intentos de salvación en absoluto valerosos, resultó de tal manera que ya no tuve miedo de la segunda, y a la tercera o cuarta les tomé ya gusto. Nuestras declaraciones de guerra eran aún más lacónicas que las de los romanos y espartanos. El incitador miraba seriamente a su contrincante durante la clase, cuando el profesor volvía por un minuto la espalda; mostraba el puño derecho y se lo colocaba en la boca o, mejor dicho, en el morro. El contrincante repetía la señal simbólica en los próximos minutos, sin forzar ni siquiera con la mirada un manifiesto más preciso, y a mediodía se hacía el negocio en el patio de una iglesia cercana a un antiguo cementerio, ante el cual se hallaba una superficie de verde hierba; la lucha se llevaba a cabo con las armas naturales de pegar, en casos extremos con las de morder y arañar, ante toda la escuela.

Nunca alcancé el rango de un verdadero triario que cifrara su honor en andar todo el año con el ojo morado o la nariz hinchada, pero pronto perdí la alabanza materna de ser un buen niño, la cual hasta entonces me había hecho tanto bien, y a cambio crecí en prestigio a los ojos de mi padre, que se comportaba con sus hijos como Federico el Grande con sus oficiales, que los castigaba cuando se pegaban, y se burlaba de ellos cuando se dejaban pegar.

Una vez, mi contrincante me mordió el dedo hasta llegar con sus dientes al hueso cuando yo estaba encima de él propinándole una buena paliza, de tal manera que durante semanas no pude usar la mano para escribir; ésta fue también la herida más peligrosa de la que me puedo acordar, y condujo, como suele pasar más tarde en la vida, a una íntima amistad.

EL GATITO ESPEJO

Un cuento

CUANDO un habitante de Seldwyla ha hecho un mal negocio o le han engañado, allá se dice: «¡Le ha comprado la manteca al gato!». Este refrán también se dice en otras partes, pero en ningún lugar se escucha con mayor frecuencia que aquí, lo que puede ser atribuible al hecho de que en esta ciudad existe una vieja leyenda sobre el origen y el significado del mismo.

Hace ya varios cientos de años, se dice, moraba en Seldwyla una anciana sola con un hermoso gatito negro y gris que vivía con ella placentera y sabiamente y que no hacía daño a nadie que lo dejara tranquilo. Su única pasión era la caza, y la satisfacía, sin embargo, razonable y moderadamente, sin querer excusarse con el pretexto de que esta pasión tenía, al mismo tiempo, una finalidad práctica y le gustaba a su ama, y sin dejarse llevar tampoco en demasía por la crueldad. Así pues, solamente cazaba y mataba a los ratones más entrometidos y frescos que traspasaban un cierto límite alrededor de la casa, pero en ese caso lo hacía con concienzuda destreza; raramente perseguía a un ratón especialmente pícaro que hubiera excitado su ira si éste se encontraba más allá de ese límite y, en este caso, pedía permiso con gran cortesía a los señores vecinos para que le permitieran cazar ratones en sus casas, lo que le era concedido gustosamente, pues no tocaba los recipientes de leche ni saltaba sobre los jamones que colgaban en las paredes, sino que se dedicaba a sus asuntos silenciosa y atentamente y después de haberlos realizado se alejaba decentemente con el ratoncillo en el hocico. Tampoco era el gatito tímido o descortés, sino confiado con todo el mundo, y no huía ante las gentes juiciosas; más bien permitía, sin arañar, que éstas le hicieran bromas e incluso le tirasen un poco de las orejas; por el contrario, no aceptaba la más mínima cosa de un tipo de personas necias de las que afirmaba que la necedad les venía de un corazón inmaduro e inútil, y por eso se apartaba de su camino o les propinaba un buen zarpazo en la mano cuando le molestaban con una grosería.

Espejo, pues éste era el nombre del gatito a causa de su pelaje liso y brillante, vivía sus días alegre, gracioso y contemplativo, con un bienestar discreto y sin arrogancia. No se sentaba muy a menudo en los hombros de su amable dueña para arrancarle los bocados del tenedor, sino solamente cuando notaba que a ella le resultaba agradable esta gracia; raramente se tumbaba o dormía durante el día sobre su cálido cojín, situado detrás de la estufa, sino que más bien se mantenía despierto y prefería tumbarse en el estrecho pasamano de la escalera o en un canalón y abandonarse a reflexiones filosóficas y a la observación del mundo. Únicamente cada primavera y otoño esta tranquila vida se veía interrumpida durante una semana cuando las violetas florecían o el suave calor del veranillo de san Miguel imitaba el tiempo de las violetas. Entonces Espejo seguía sus propios caminos, recorría con un enamorado embeleso los más lejanos tejados y entonaba las más bellas canciones. Como un verdadero Don Juan corría día y noche las más arriesgadas aventuras, y cuando rara vez se dejaba ver en la casa, aparecía con una pinta tan audaz, jovial, incluso desaliñada y desgredada, que su ama, persona de talante tranquilo, gritaba casi de mala gana: «¡Pero Espejo! ¿No te avergüenzas de llevar semejante vida?».

Pero quien no se avergonzaba era Espejo; como hombre de principios que sabía bien lo que se

podía permitir para experimentar un cambio benefactor, se ocupaba tranquilamente en recomponer la lisura de su pelaje y la alegría inocente de su aspecto, y se restregaba cándidamente la nariz con la patita húmeda, como si no hubiera pasado nada.

Mas esta vida equilibrada tuvo, repentinamente, un triste final. Cuando el gatito Espejo se encontraba precisamente en la flor de su vida, el ama murió de improviso, a causa de la debilidad senil, y dejó al hermoso gatito abandonado y huérfano. Era la primera desgracia que le acontecía, y con aquellas lamentaciones que expresan tan penetrantemente la duda temerosa sobre la causa real y justa de un gran dolor, acompañó al cadáver hasta la calle y estuvo dando vueltas todo el día, desconcertado, por la casa y alrededor de la misma. Sin embargo, su bondadosa naturaleza, su sensatez y filosofía le ordenaron que mantuviera la calma, soportara lo irreparable y demostrase su agradecido afecto a la casa de su ama fallecida ofreciendo sus servicios a sus joviales herederos, y de esta manera se dispuso a ayudar a los mismos con sus consejos y su apoyo, a mantener a los ratones detrás de la valla y, además, a darles algunas noticias que los muy necios no habrían rechazado si no hubieran sido precisamente personas insensatas. Pero esas personas no permitían que Espejo tomara la palabra, sino que le lanzaban a la cabeza las zapatillas y el gracioso escabel de la difunta tan pronto como se dejaba ver; se pelearon durante ocho días ininterrumpidamente los unos con los otros, finalmente comenzaron un proceso y cerraron la casa hasta nuevo aviso, de tal manera que ya nadie la habitaba.

Ahí estaba sentado el pobre Espejo, triste y abandonado, sobre el escalón de piedra de la puerta y no tenía a nadie que le dejara entrar. Durante la noche se dirigía, dando rodeos, hacia la parte de abajo del tejado, y al principio pasaba allí oculto gran parte del día e intentaba ahogar sus penas en el sueño; pero el hambre pronto le obligó a salir y aparecer a la luz del sol y entre las gentes, para acudir al instante y presentarse donde pudiera haber un bocado de escaso alimento. Cuanto más raramente ocurría esto, más atento se volvía el buen Espejo, y todas sus cualidades morales se disiparon en esta ocupación, de tal manera que ya no parecía el mismo. Hacía múltiples excursiones desde la puerta de su casa y salía a hurtadillas hacia la calle para regresar, unas veces con un bocado malo y nada apetitoso, al que antes no hubiera hecho caso, y otras con nada absolutamente. Cada día estaba más flaco y más descuidado, y al mismo tiempo se mostraba más ávido, vil y cobarde; todo su ánimo, su graciosa dignidad felina, su sensatez y filosofía se habían perdido. Cuando los niños salían de la escuela, se arrastraba a una esquina escondida tan pronto como los oía venir, y sólo asomaba la cabeza para ver cuál de ellos tiraba una corteza de pan y tener en cuenta el lugar en el que había caído. Cuando veía venir al más miserable desde lejos, se alejaba saltando apresuradamente, mientras que antes había mirado de frente y tranquilo el peligro y a menudo había amansado valientemente a furiosos perros. Sólo cuando se acercaba un hombre zafio y simple, al que antes hubiera evitado, se quedaba sentado, aunque el pobre gatito reconocía claramente, con el resto de sus conocimientos sobre los seres humanos, al bruto; sólo la necesidad obligaba a Espejito a equivocarse y a esperar que el malo, de forma excepcional, le acariciara amistosamente y le diera algún bocado. E incluso cuando, en lugar de esto, le golpeaban o le pellizcaban el rabo, no arañaba, sino que se acurrucaba silencioso a un lado y seguía con una mirada anhelante la mano que le había golpeado y pellizcado y que olía a embutido o a arenque.

Cuando el noble y sabio Espejo hubo caído tan bajo, se encontraba un día sentado, enflaquecido y triste, en su piedra y parpadeaba mirando al sol. Entonces llegó Pineiss, el maestro hechicero de la ciudad, vio al gatito y se detuvo silenciosamente ante él. Esperando algo bueno, aunque conocía bien

al inquietante personaje, Espejito permaneció sentado humildemente sobre su piedra a la espera de lo que Pineiss hiciera o dijera. Pero cuando éste comenzó y dijo: «¡Y bien, gatito! ¿Te debo comprar tu manteca?», Espejito perdió toda esperanza, pues creyó que el hechicero quería burlarse de él a causa de su delgadez. Entonces respondió modestamente y sonriendo, para no salir a malas con nadie:

—¡Ay, al señor Pineiss le gusta bromear!

—¡De ningún modo! —exclamó Pineiss—. Lo digo totalmente en serio. Necesito manteca de gato para la brujería; pero debe serme entregada según contrato y voluntariamente por los nobles señores gatos, pues de lo contrario es ineficaz. Pienso que si alguna vez ha habido un gatito valiente en la situación de cerrar un trato ventajoso, ése eres tú. Entra a mi servicio; te alimentaré magníficamente, te pondré gordo y orondo con salchichas y codornices asadas. En el altísimo y viejo tejado de mi casa, que, dicho sea de paso, es el más delicioso tejado del mundo para un gato, lleno de interesantes lugares y rincones, crece en las alturas más soleadas una hierba magnífica, verde como la esmeralda, que se mece fina y delicada en la brisa invitándote a morder y a saborear las puntas más finas cuando sufras de una leve indigestión a causa de mis bocados exquisitos. Así gozarás de una maravillosa salud y me proporcionarás una manteca vigorosa y útil.

Espejo había aguzado hacía ya tiempo las orejas y escuchaba con la boca hecha agua; sin embargo, para su entendimiento debilitado la cosa no estaba lo suficientemente clara, de manera que respondió:

—¡Eso no está mal, señor Pineiss! Pero ¿podría explicarme cómo más tarde, cuando tenga que entregarle mi manteca y deba abandonar la vida, voy a recibir el premio convenido y a gozar de él, si ya no estaré en el mundo?

—¿Recibir el premio? —contestó el brujo asombrado—. ¡Pero si el premio lo obtienes ya con los abundantes y ricos manjares con los que yo te engordo! Eso cae por su propio peso. Mas no te quiero obligar a cerrar el trato.

E hizo ademán de querer alejarse de allí. Pero Espejo dijo presuroso y con miedo:

—Al menos me tenéis que conceder un plazo moderado que vaya más allá del tiempo de mi total orondez y obesidad, para no tener que abandonar tan súbitamente el mundo cuando se acerque ese momento agradable y, ¡ay!, tan triste y no tenga remedio.

—¡Así sea! —dijo Pineiss con una aparente bondad. Hasta la siguiente luna llena podrás disfrutar de tu agradable estado, ¡pero no más tiempo! Pues no podemos dejar que llegue la luna menguante, ya que ésta podría tener una influencia negativa sobre mi recién adquirida propiedad.

El gato se apresuró a entregarse y firmó un contrato que llevaba consigo el prevenido brujo con su letra firme, que era su última propiedad y vestigio de días mejores.

—¡Puedes venir a mi casa a la hora del mediodía, gato! —dijo el brujo—. ¡A las doce en punto es la comida!

—Así seré libre un ratito, si me lo permitís —dijo Espejo, y se presentó puntualmente a la hora de mediodía en casa del señor Pineiss. Allí comenzó, y duró durante algunos meses, una vida en extremo agradable para el gatito, pues no tenía nada que hacer en el mundo excepto comer los exquisitos manjares que le ponían delante, contemplar al hechicero durante las brujerías, si así lo deseaba, y pasear por el tejado. Este tejado semejaba una tremenda y negra hendidura de niebla, o un sombrero de tres picos, tal y como se suele llamar a los sombreros de los campesinos suabos, y del mismo modo que un sombrero protege un cerebro lleno de argucias y mañas, así este tejado cubría una casa grande, lúgubre y sinuosa, llena de brujería e historias miles. El señor Pineiss era un

sabelotodo que desempeñaba múltiples funciones: curaba a la gente, exterminaba chinches, sacaba dientes y prestaba dinero con intereses; era el tutor de huérfanos y viudas, en sus horas de ocio cortaba plumas, la docena a un penique, y preparaba una buena tinta negra; comerciaba con jengibre y pimienta, con unto para carros y rosoli, con cuadernillos y tachuelas para calzado; también revisaba el reloj de la torre y preparaba anualmente el calendario de las estaciones climáticas, las reglas de los campesinos y el sangrador; realizaba diez mil cosas justas a la luz del día y por un honorario discreto, y algunas ilícitas solamente en la oscuridad y por su pasión particular, o añadía a los asuntos lícitos, antes de que se le escaparan de las manos, una cola ilícita, tan pequeña como la colita de los jóvenes sapos, como si las quisiera dotar de una cierta gracia. Además de todo esto, se ocupaba del clima en tiempos difíciles, vigilaba con su arte a las brujas, y cuando estaban maduras hacía que las quemaran; cultivaba la brujería como si de un experimento científico se tratase y para uso doméstico, y probaba secretamente y cambiaba las leyes de la ciudad, por él redactadas y pasadas a limpio, a fin de poner a prueba su durabilidad. Dado que las gentes de Seldwyla siempre necesitaban a un ciudadano así, que hiciera todas las pequeñas y grandes cosas desagradables para ellos, había sido nombrado maestro de brujos municipal y desempeñaba desde hacía años este cargo con dedicación incansable y habilidad a todas horas. Por esta causa, su casa estaba atiborrada, de arriba abajo, con todas las cosas imaginables, y Espejo se distraía a menudo contemplando y olfateando todo.

No obstante, al principio no sentía curiosidad alguna por otras cosas que no fueran la comida. Tragaba ansiosamente todo lo que Pineiss le ofrecía, y apenas podía resistir la espera de una comida a otra. Así se sobrecargaba el estómago y necesariamente tenía que ir al tejado para comer allí las verdes hierbas y curarse de todos sus malestares. Cuando el maestro percibió esa avidez, se alegró y pensó que, de esta manera, el gatito en seguida engordaría, y que cuanto más invirtiera en ello, más inteligentemente actuaría y más ahorraría al final. Así pues, creó para Espejo un verdadero paisaje en su habitación, levantando un bosquecillo de pinos, construyendo una pequeña colina con piedras y musgo y poniendo un pequeño lago. Sobre los arbolitos colocó delicadas alondras asadas, pinzones, paros y gorriones, según la época del año, de tal manera que Espejo siempre tenía algo que coger de entre las ramas para mordisquear. En los pequeños montes escondía, en madrigueras artificiales, espléndidos ratones, a los que había cebado cuidadosamente con harina de trigo para luego destriparlos, rellenarlos con deliciosas tiras de tocino y asarlos. Espejo podía sacar algunos de estos ratones con la patita y otros estaban más escondidos para acrecentar su apetito, pero el brujo los había atado a un hilo, del cual el gato debía tirar cuidadosamente si quería gozar del placer de una caza simulada. La cuenca del lago la llenaba Pineiss todos los días con leche fresca, para que Espejo saciara su sed en la dulce blancura, y dejaba flotar en el líquido gobios asados, ya que sabía que los gatos, a veces, aman también la pesca. Y dado que Espejo llevaba una vida tan magnífica, pudiendo hacer y dejar, comer y beber todo lo que se le antojase, su pelaje se volvió de nuevo liso y brillante, y sus ojos vivaces; pero al mismo tiempo, ya que de nuevo sus fuerzas espirituales se recuperaban en la misma medida, adquirió mejores costumbres; la feroz avidez se apaciguó, y dado que arrastraba una triste experiencia tras de sí, se hizo más astuto que antes. Se moderó en sus apetencias y no comía más que lo que necesitaba, mientras que a la vez se ocupaba de nuevo en reflexiones sensatas y profundas, y meditaba sobre las cosas. Así cogió un día un hermoso tordo de las ramas, y cuando lo hacía pedazos, pensativo, contempló el pequeño estómago del pajarillo, totalmente lleno, como una bola, de comida fresca en perfecto estado. Hierbecillas verdes, hábilmente ovilladas, granos de semillas

negros y blancos y una pequeña baya roja y brillante se encontraban allí entrelazadas de forma tan graciosa como si una madre hubiera preparado para su hijo el hatillo para el viaje. Mientras Espejo devoraba lentamente el pajarillo y mantenía su pequeño estómago, graciosamente relleno, entre sus garras, contemplándolo en actitud filosófica, se sintió tan conmovido por la suerte del pobre pájaro, que había tenido que abandonar la vida tan rápidamente después de haber llevado a cabo esa ocupación tan pacífica, que no pudo digerir ni siquiera las cosas que ya había tragado. «¿Qué ha sacado de todo esto el pobrecito», dijo Espejo, «que se alimentó tan aplicada y celosamente que este pequeño saquito tiene la apariencia de un trabajo bien realizado? Esta baya roja es la que lo llevó, desde el libre bosque, hasta la lazada de la trampa. Pero él todavía pensaba poder hacer sus cosas mejor y sustentarse con tales bayas, mientras que yo, que me acabo de comer al desdichado pájaro, he dado un bocado más en mi camino hacia la muerte. ¿Puede cerrarse un contrato más innoble y cobarde que el de permitir que pongan un plazo a tu vida para luego perderla por ese precio? ¿No hubiera sido preferible para un gato decidido una muerte voluntaria y rápida? Pero en ese momento no tenía tales pensamientos, y ahora que los tengo, no veo ante mí sino la muerte de este tordo; cuando esté lo suficientemente orondo, tendré que morir, por el único motivo de que estaré orondo. ¡Un hermoso motivo para un gato con ganas de vivir e ingenioso! ¡Ay, si pudiera escapar de esta trampa!».

Se enfrascó en múltiples meditaciones sobre cómo podría conseguirlo; sin embargo, como el tiempo del peligro aún no había llegado, no lo vio con claridad y no encontró salida alguna; pero como hombre listo que era, se entregó desde entonces a la virtud del autodomínio, que siempre es la mejor escuela preparatoria y la mejor ocupación hasta que se puede decidir algo. Desdeñó el cojín blanco que le había preparado Pineiss para que pudiera dormir profundamente y engordara, y prefirió dormir de nuevo en estrechas cornisas y en lugares elevados y peligrosos cuando quería reposar. De la misma manera despreció los pájaros asados y los ratones mechados, y prefirió cazar en los tejados, ya que ahora tenía una razón lícita para cazar, con astucia y habilidad, un modesto gorrión o un ágil ratón de los graneros, y tal botín le sabía mucho mejor que las piezas asadas en los recintos artificiales de Pineiss y además no le engordaba; también el movimiento y el valor, así como la práctica, de nuevo adquirida, de la virtud y la filosofía le impedían engordar demasiado deprisa, de tal manera que aunque Espejo tenía un aspecto sano y lustroso, sin embargo, para sorpresa de Pineiss, mantenía un grado de corpulencia que no alcanzaba, en modo alguno, el que el brujo propiciaba con su cordial cebamiento; pues éste se imaginaba a un animal redondo como una bola y pesado que no se moviera del cojín y que consistiera en pura grasa. Pero ahí precisamente había errado la brujería, y él no sabía, aun con toda su astucia, que cuando se alimenta a un asno, éste sigue siendo un asno, pero que cuando se da de comer a un zorro, éste no se convierte sino en un zorro; pues cada criatura llega a su completo desarrollo a su manera. Cuando el señor Pineiss descubrió cómo Espejo se mantenía siempre en el mismo grado de una delgadez sana, pero elástica y vigorosa, sin coger ni una pizca de grasa, una tarde, de pronto, le pidió explicaciones diciéndole abruptamente:

—¿Qué es esto, Espejo? ¿Por qué no comes las buenas viandas que te preparo y confecciono con tanto cuidado y arte? ¿Por qué no cazas en los árboles los pájaros asados y no buscas los ricos ratones en los huecos de los árboles? ¿Por qué no pescas ya más en el lago? ¿Por qué no te cuidas? ¿Por qué no duermes sobre el cojín? ¿Por qué te estropeas y no te pones gordo?

—¡Ay, señor Pineiss! —dijo Espejo—, porque me va mejor así. ¿No debo pasar mi corto plazo de tiempo de la forma que me sea más agradable?

—¡Cómo! —dijo Pineiss—. ¡Tienes que vivir de tal manera que te pongas gordo y orondo, y no debes matarte cazando! ¡Pero ya me doy cuenta de dónde quieres ir a parar! Tú quieres reírte de mí y darme largas para que te deje vagar por ahí eternamente en este estado intermedio. ¡De ninguna manera te va a salir bien tu treta! ¡Es tu obligación comer y beber y cuidarte para que te pongas gordo y logres echar panza! ¡Desde este preciso momento olvídate de esa astuta moderación o tendremos unas palabritas!

Espejo interrumpió el placentero ronroneo que había iniciado para reafirmar su presencia de ánimo y dijo:

—¡Yo no sé nada de que el contrato diga que tengo que renunciar a la mesura y a un saludable cambio de vida! ¡Si el maestro ha contado con que yo sea un glotón vago, no es culpa mía! Vos hacéis miles de cosas lícitas al día; añadid ésta y permitid que ambos estemos en paz, pues ya sabéis que mi manteca solamente os será útil si crece de manera lícita.

—¡Ay de ti, charlatán! —gritó Pineiss enfadado—. ¿Quieres darme lecciones? ¡Muéstrame cuánto has engordado en realidad, holgazán! A lo mejor se puede acabar pronto contigo.

Y diciendo esto, agarró al gato por la panza; en este momento el gato sintió un cosquilleo desagradable y le propinó al brujo un tremendo arañazo en la mano. Pineiss contempló el arañazo atentamente y luego dijo:

—¿Así estamos, bestia? Pues bien, declaro solemnemente, en virtud del contrato cerrado, que estás lo suficientemente gordo. ¡Me conformo con el resultado y sabré asegurarme del mismo! ¡Dentro de cinco días hay luna llena y hasta entonces puedes gozar de tu vida, tal y como está escrito, pero ni un minuto más!

Con esto Pineiss dio la espalda a Espejo y lo dejó a solas con sus pensamientos.

Éstos eran ahora muy tristes y lúgubres. Entonces, ¿estaba tan próxima la hora en que tendría que abandonar su pellejo? ¿Y no podría hacer nada empleando toda su inteligencia? Suspirando trepó al alto tejado, cuyos lomos se recortaban, oscuros, contra el hermoso cielo de esa tarde otoñal. La luna estaba saliendo por encima de la ciudad y lanzaba su reflejo sobre las negras y musgosas tejas del viejo tejado. Una dulce canción sonaba en las orejas de Espejo, y una gatita blanca como la nieve se paseaba esplendorosa por un tejado vecino. Rápidamente olvidó Espejo las perspectivas de muerte en las que vivía, y con su hermosa voz gatuna respondió cantando las alabanzas de la bella. Se apresuró a ir a su encuentro y pronto se vio envuelto en una lucha furiosa con tres gatos extraños a los que puso en fuga de forma valiente y salvaje. Luego le hizo la corte a la dama de forma ardorosa y rendida, y permaneció día y noche con ella, sin pensar en Pineiss y sin dejarse ver por la casa. Cantó como un ruiseñor todas las hermosas noches de luna, persiguió a su blanca amada por los tejados y por los jardines y rodó más de una vez en el ardoroso juego del amor o en la lucha contra los rivales desde los altos tejados y cayó a la calle; pero solamente para cobrar ánimo, sacudirse el pelaje y reanudar la salvaje caza de sus pasiones. Las horas pacíficas o ruidosas, los sentimientos dulces o la rabiosa lucha, los diálogos amenos, las conversaciones jugosas, las intrigas y enredos del amor y de los Celos, las caricias y las peleas, el poder de la felicidad y los sufrimientos de la desdicha no dejaban al enamorado Espejo volver en sí, y cuando la franja de la luna se hubo llenado, estaba tan desmejorado por estas excitaciones y pasiones, que tenía una apariencia más lamentable, demacrada y descuidada que nunca. En ese mismo momento, Pineiss le llamó desde la torre del tejado: «¡Espejito, Espejito! ¿Dónde estás? ¡Ven un poquito a casa!».

Entonces Espejito se despidió de su blanca amiga, la cual siguió su camino maullando contenta e

indiferente, y se dirigió orgulloso hacia su verdugo. Éste bajó a la cocina, hizo crujir los papeles del contrato y dijo: «¡Ven, Espejito, ven, Espejito!», y Espejo le siguió y se sentó en la cocina ante el maestro en toda su delgadez y descuido. Cuando el señor Pineiss vio de qué forma tan ignominiosa le habían hecho perder su ganancia, saltó como poseído y gritó iracundo: «¿Qué veo? ¡Tú, pícaro, bribón sin escrúpulos! ¿Qué me has hecho?». Fuera de sí por la ira, cogió la escoba para pegar a Espejito; pero el negro lomo se encorvó y se le erizaron los pelos de tal modo que crepitó un pálido chispazo; después echó las orejas hacia atrás, resopló y miró al viejo tan fieramente que éste, lleno de miedo y de temor, retrocedió tres pasos. Comenzó a sospechar que tenía ante sus ojos a un hechicero que se burlaba de él y que era mucho más sabio. Desconcertado y en voz baja le dijo:

—¿Es quizás el digno señor Espejo del gremio? ¿Acaso ha querido un maestro de encantadores disfrazarse con vuestra apariencia externa para mandar a gusto sobre su cuerpo y tener la corpulencia que él desee, ni mucha ni poca, o para volverse, cuando menos lo esperemos, tan flaco como un esqueleto y así escapar a la muerte?

Espejo se tranquilizó y dijo honradamente:

¡No, yo no soy ningún hechicero! Ha sido sólo el dulce poder de la pasión el que me ha hecho caer tan bajo y, para mi alegría, se ha llevado vuestra grasa. Si, por lo demás, queremos comenzar de nuevo nuestro negocio, entonces me aplicaré seriamente y comeré. ¡Poned tan sólo ante mí una buena y hermosa salchicha, pues estoy totalmente agotado y hambriento!

En ese momento Pineiss lo cogió furiosamente por el cuello, lo encerró en el corral de los gansos, que siempre estaba vacío, y gritó:

—¡Espera a ver si tu dulce poder de la pasión te ayuda de nuevo y si es más fuerte que el poder de la brujería y de mi contrato legal! Ahora las cosas están así: pájaro, come y muere^[3].

Acto seguido Pineiss asó una enorme salchicha, la cual olía tan deliciosamente que él mismo se vio obligado a chupar las dos puntas antes de meterla por la reja. Espejo se la comió enterita, y mientras se limpiaba tranquilamente los bigotes y se lamía el pelaje, se dijo a sí mismo: «Por mi alma que es una buena cosa eso del amor. Esta vez me ha librado de nuevo de la soga. Ahora voy a descansar un poco y a intentar poner de nuevo en orden mis pensamientos por medio del recogimiento y una buena alimentación. ¡Cada cosa a su tiempo! Hoy un poco de pasión, mañana un poco de reflexión y tranquilidad. A su manera todo tiene algo de bueno. Esta prisión no es tan mala y en ella podré idear algo útil».

Pero Pineiss recuperó la tranquilidad y preparó todos los días con gran arte tales manjares y de tal variedad, tan atractivos y digestivos, que el prisionero Espejo no podía resistirse, pues las reservas de manteca de gato obtenidas de manera lícita y voluntaria menguaban cada día y amenazaban con agotarse en un plazo corto, y de esta manera el brujo, sin su principal remedio, sería hombre acabado. Pero el buen brujo alimentaba, además del cuerpo de Espejo, su espíritu, y no le era posible prescindir de ese ingrediente, por lo que su brujería, en lo que a esto se refiere, se mostraba defectuosa.

Cuando le pareció que Espejo, en su jaula, se había puesto por fin lo suficientemente gordo, no esperó más y colocó delante de los ojos del atento gato toda la batería de cocina y encendió un brillante fuego en el hogar para cocer la ganancia tan largamente deseada. Luego afiló un gran cuchillo, abrió el calabozo, sacó a Espejito, después de haber cerrado bien las puertas de la cocina, y dijo jocosamente:

—¡Ven, caramba, te vamos a cortar primero la cabeza y después te arrancaremos el pellejo!

¡Podré hacerme con él una buena boina, y yo, tonto de mí, no había pensado en ello hasta ahora! ¿O debo primero despellejarte y después cortarte la cabeza?

—No, si os place —dijo humildemente Espejo—, cortadme mejor antes la cabeza.

—Tienes razón, pobre muchacho —dijo el señor Pineiss—. No te vamos a martirizar inútilmente. Seamos justos.

—¡Bien dicho! —dijo Espejo con un suspiro lastimoso mientras colocaba sumisamente la cabeza a una lado—. ¡Ay, si yo hubiera hecho en todo momento lo que era justo y no hubiera descuidado una cosa tan importante de forma tan ligera! Ahora podría morir con la conciencia más limpia, pues muero con gusto; pero una injusticia me hace difícil la muerte, aceptada por mí, por lo demás, tan buenamente; pues, ¿qué me ofrece a mí la vida? Nada más que temor, preocupaciones y pobreza, y como alternativa una tormenta de ardiente pasión peor que el miedo mudo y tembloroso.

—¿Qué injusticia? ¿Qué cosa importante? —inquirió Pineiss curioso.

—¡Ay!, ¿de qué sirve ahora hablar de eso? —suspiró Espejo—. Lo pasado, pasado está, y ahora es demasiado tarde para sentir remordimientos.

—¿Ves, pobre diablo, qué clase de pecador eres —dijo Pineiss—, y cómo te tienes bien merecida tu muerte? Pero ¡por todos los diablos!, ¿qué has hecho? ¿Quizás me has quitado, escondido o estropeado algo? ¿Has cometido una atroz injusticia contra mí de la que aún no sé ni presiento nada absolutamente, Satanás? ¡Estamos aviados! ¡Está bien que me entere ahora! ¡Confiésamelo ahora mismo o te desollaré y te escaldaré vivo! ¿Vas a hablar, sí o no?

—¡Ah, no! —dijo Espejo—. Por vuestra causa no tengo que reprocharme nada. Conciérne a los diez mil florines de oro de mi dichosa dueña. ¡Pero de qué sirve hablar de ello! Sin embargo, cuando pienso y os veo, me doy cuenta de que quizás no es demasiado tarde; cuando os contemplo, veo que aún sois un hombre apuesto y robusto, que estáis en vuestros mejores años. Decidme, señor Pineiss, ¿nunca habéis sentido el deseo de casaros noblemente y con provecho? ¡Pero qué estoy diciendo! ¡Cómo va a tener un hombre tan inteligente y hábil ciertos pensamientos fútiles! ¡Cómo va a pensar un maestro tan provechosamente ocupado en frívolas mujeres! Sin embargo, aun la peor también tiene algo que podría ser útil para un hombre, eso no tiene duda. Y aunque sólo sea útil a medias, es una buena ama de casa, blanca de piel, reflexiva, familiar en las costumbres, fiel en el corazón, ahorrativa en la economía, pero pródiga en el cuidado de su marido, parca en palabras, agradable en sus acciones e insinuante en sus actos. Besa al hombre con sus labios y le acaricia la barba, le abraza con sus brazos y le rasca suavemente detrás de las orejas, como él lo desea; en resumen, hace mil cosas que no hay que desestimar. Está cerca o a una distancia prudente, según el humor del marido, y cuando éste se ocupa de sus negocios, ella no le molesta, sino que le alaba dentro y fuera de la casa, pues no permite que nada le perturbe y elogia todas sus virtudes. Pero lo más delicioso es la maravillosa constitución de su tierna existencia corporal, que la naturaleza ha hecho tan distinta de la nuestra a pesar de la aparente igualdad, de tal manera que produce un milagro constante en un matrimonio feliz y, en realidad, oculta en sí la más taimada brujería. ¡Pero qué hago yo aquí parloteando como un necio a las puertas de la muerte! ¡Cómo va un hombre sabio a dirigir su atención a tales frivolidades! ¡Disculpadme, señor Pineiss, y cortadme la cabeza!

Pero Pineiss gritó fuertemente:

—¡Para de una vez, charlatán! Y dime: ¿dónde se encuentra una mujer tal que, además, posea diez mil florines de oro?

—¿Diez mil florines de oro? —dijo Espejo.

—Pero bueno —gritó Pineiss impaciente—. ¿No acabas de hablar ahora mismo de ellos?

—No —contestó el gato—, eso es otra cosa. Están enterrados en un lugar.

—¿Y qué hacen ahí, a quién le pertenecen? —gritó Pineiss.

—No pertenecen a nadie, y ésa es precisamente la carga de mi conciencia, pues los hubiera debido poner a salvo. En realidad pertenecen a aquel que se case con una persona tal y como la que acabo de describir. Pero ¿cómo se van a conjugar tres cosas así en esta impía ciudad? ¿Diez mil florines de oro, un ama de casa blanca, fina y buena y un hombre sabio y honesto? ¡Por eso mi pecado no es tan grave, pues el encargo era demasiado difícil para un pobre gato!

—Si ahora mismo —gritó Pineiss— no sigues hablando del asunto y lo expones de una manera comprensiva y ordenada, te cortaré el rabo y las dos orejas. ¡Empieza ya!

—Ya que así lo ordenáis, debo contar la historia —dijo Espejo sentándose tranquilamente sobre sus patas traseras—. Aunque este aplazamiento no hace más que aumentar mi pena.

Pineiss colocó el cuchillo en el suelo, entre él y Espejo y se sentó, lleno de curiosidad, sobre un tonelillo para escuchar. Espejo prosiguió:

—Vos sabéis bien, señor Pineiss, que esta buena persona que era mi ama murió sin haberse casado, como una vieja solterona que, en silencio, había hecho mucho bien y no hizo mal a nadie. Pero no siempre hubo tanto silencio y paz a su alrededor, y aunque nunca había obrado mal intencionadamente, sin embargo, había provocado antes penas y daños, pues en su juventud era la más bella damisela de los alrededores, y todos los jóvenes señores y presumidos artesanos que había en la región o que llegaban se enamoraban de ella y querían desposarla a toda costa. Así pues, tenía grandes deseos de casarse y de tomar por marido a un hombre hermoso, honrado y listo, y tenía posibilidades de elección, ya que tanto los nativos del lugar como los foráneos se peleaban por ella y más de una vez las espadas hirieron los cuerpos para ganar ventaja. Le hacían la corte y se congregaban a su alrededor pretendientes audaces y pusilánimes, astutos y fieles, pobres y ricos, unos con un negocio bueno y honrado y otros que vivían como elegantes caballeros de sus rentas; éste con estas cualidades, aquél con aquéllas, elocuentes o callados, uno alegre y cordial, y otro que parecía llevar algo más dentro de sí, aunque pareciera algo simple; resumiendo, la señorita tenía un repertorio tan completo como toda mujer casadera puede desear. Lo único es que, además de su belleza, poseía una buena hacienda de muchos miles de florines de oro, y éstos eran la causa de que nunca llegase a decidirse a tomar un marido, pues ella administraba sus bienes con excelente prudencia e inteligencia, y daba gran valor a estas cosas, y dado que el ser humano siempre juzga a los demás según sus propias inclinaciones, sucedió que, tan pronto como se le acercaba un pretendiente digno de atención que le gustara, inmediatamente creía que éste la deseaba solamente por sus bienes. Si uno era rico, creía que no la desearía si no hubiera sido también rica, y de aquellos que no tenían medios de fortuna estaba convencida de que únicamente se interesaban por sus florines y que pensaban en darse una buena vida a costa de ella; y la pobre señorita, que poseía tantos bienes terrenales, no era capaz de diferenciar en sus pretendientes el amor al dinero y a los bienes del amor a ella misma o, si en realidad algo había de esto, de hacer la vista gorda y perdonar. Varias veces había estado casi prometida y su corazón palpitaba, finalmente, con mayor intensidad; pero de repente creía deducir por algún gesto que había sido traicionada y que el hombre solamente pensaba en su fortuna, e interrumpía el romance y se retiraba, llena de dolor pero inflexible. Examinaba a todos los que no le disgustaban de mil maneras, de forma que había que poseer una gran habilidad para no caer en la trampa y, finalmente, nadie que no fuera un hombre extraordinariamente taimado y

disimulado podía acercársele con esperanzas fundadas, de tal manera que ya solamente por estos motivos la elección era realmente difícil, porque tales hombres despiertan al fin y al cabo una intranquilidad inquietante y provocan la más penosa incertidumbre en una bella cuanto más astutos y hábiles son. El medio principal de examinar a sus admiradores era poner a prueba su desprendimiento obligándolos todos los días a realizar grandes gastos, hacer fastuosos regalos y llevar a cabo acciones caritativas. Pero ya podían hacer lo que quisieran que nunca atinaban, pues si se mostraban generosos y caritativos, daban magníficas fiestas, le llevaban regalos o le confiaban sus considerables dineros para los pobres, ella decía de pronto que todo esto solamente lo hacían para meter aguja y sacar reja o conseguir algo importante con poca cosa, como se suele decir. Y ella donaba los regalos, así como el dinero, a los conventos y a instituciones benéficas, y alimentaba a los pobres; pero a los engañados pretendientes los rechazaba sin conmiseración alguna. Si se mostraban, sin embargo, reservados e incluso tacaños, ya se doblaba la vara de la justicia, ya que este comportamiento incluso lo tomaba más a mal y creía ver en ello una desconsideración insultante y un claro egoísmo. Así sucedió que ella, que buscaba un corazón puro y entregado exclusivamente a su persona, se vio finalmente rodeada de pretendientes astutos y fingidores que buscaban su provecho, que no le aportaban nada y que le amargaban la vida.

»Un día se sintió tan desalentada y desconsolada que echó a toda la corte de su casa, cerró la misma y se marchó a Milán, donde tenía una prima. Cuando pasaba cabalgando sobre un asno por San Gotardo, su ánimo era tan negro y siniestro como la piedra salvaje que surge de los abismos, y sintió la tentación de lanzarse desde el Puente del Diablo a la marejada rugiente del Reuss. Sólo con gran esfuerzo consiguieron el guía y las dos doncellas que la acompañaban y que yo todavía conocí, si bien murieron ya hace tiempo, tranquilizarla y hacer que olvidara esta lúgubre tentación. Sin embargo llegó al hermoso país de Italia pálida y triste, y a pesar de que el cielo era allí tan azul, no se aclaraban sus tristes pensamientos.

»Pero cuando llevaba algunos días en casa de su prima, sonó inesperadamente otra melodía y despertó en ella una primavera que aún no conocía. Pues llegó un joven compatriota a la casa de la prima que le gustó tanto desde el primer momento que bien se podría decir que se enamoró por primera vez. Era un hermoso joven, de buena educación y excelentes maneras, ni pobre ni rico en aquel momento, pues no poseía más que diez mil florines de oro que había heredado de sus padres al fallecimiento de éstos, y con los que, dado que había aprendido la profesión de comerciante, quería fundar en Milán un negocio de seda, pues era emprendedor y de ideas claras, y tenía suerte, como a menudo la tiene la gente ingenua e inocente, ya que también poseía estas cualidades este joven; a pesar de su elevada instrucción, parecía tan cándido e inocente como un niño. Y aunque era un comerciante y tenía un alma ingenua, lo que ya es una rareza deliciosa, era correcto y caballeroso en su comportamiento y llevaba su espada colgada a un lado de forma tan arrogante como solamente la puede llevar un guerrero experimentado. Todo esto, así como su fresca belleza y su juventud, conmovió el corazón de la señorita en tal medida que apenas se podía contener y le recibía con una gran cordialidad. Recuperó la alegría, y cuando a veces estaba triste, era por la alternancia entre el temor amoroso y la esperanza, lo cual constituía en todo caso un sentimiento más noble y agradable que aquella penosa perplejidad que había sentido ante la elección entre los múltiples pretendientes. Ahora solamente conocía una preocupación, que era la de gustar al bello y bondadoso joven, y siendo tan bella nunca se había sentido tan humilde e insegura como ahora, ya que por primera vez experimentaba una verdadera inclinación. Tampoco el joven comerciante había visto nunca una

belleza tal, o por lo menos nunca había estado tan cerca de alguna que además le hubiera tratado tan amistosa y gentilmente, pues la señorita, como ya he dicho, no solamente era hermosa, sino de buen corazón y buenos modales; no hay que asombrarse, pues, de que el cándido y franco joven, cuyo corazón todavía era libre e inexperto, se enamorara también de ella, y con tal fuerza y sinceridad como era propio de su naturaleza. Pero quizás nadie lo hubiera sabido, si él, en su candidez, no se hubiera visto animado por la familiaridad de la señorita, la cual hizo que se atreviera a considerar, entre secretos temblores y vacilaciones, que su amor era correspondido, ya que él no conocía doblez alguna. Sin embargo, se contuvo durante algunas semanas y creía poder ocultar sus sentimientos, pero cualquiera podía ver desde lejos que estaba enamorado hasta los tuétanos, y cuando estaba en la proximidad de la señorita o se nombraba a ésta, se notaba en seguida lo enamorado que estaba. No estuvo mucho tiempo enamorado, sino que empezó realmente a amar con toda la vehemencia de su juventud, de tal manera que para él la señorita era lo más grande y maravilloso de este mundo, el ser en el que había fijado definitivamente el bien y todo el valor de su persona. Esto le agradó a ella sobremanera, pues en todo lo que él decía o hacía, era distinto a lo que ella había conocido hasta entonces, y esto la reconfortaba y la emocionaba tan profundamente que cayó presa del mismo amor intenso, y desde entonces ya no quería oír ni hablar de una elección.

»Todo el mundo siguió el desarrollo de la historia, y se hablaba abiertamente y también se bromeaba a menudo sobre ello. La señorita se sentía muy a gusto en esta situación y mientras su corazón quería estallar ante la hermosa espera, ayudaba, sin embargo, a que la novela se complicara un poco, para saborear y disfrutar el momento. Pues el joven, en su turbación, decía y hacía cosas tan deliciosas e infantiles que ella no había experimentado nunca nada igual, tan agradable y lisonjero. Él, sin embargo, en su rectitud y honradez no pudo aguantar durante más tiempo; dado que todo el mundo hacía alusiones y se permitía bromas, le pareció que aquello se convertía en una comedia, cuyo objeto, su amada, le parecía demasiado buena y santa; y lo que a ella le agradaba enormemente, a él le preocupaba, le hacía sentirse inseguro y confundido. También le parecía ofenderla cuando divulgaba por todos sitios una pasión tan intensa por ella y pensaba en ella constantemente, sin que ella tuviera la más mínima idea de la misma, lo que verdaderamente tampoco era correcto ni justo en lo que a él se refería. Por eso, una mañana se le vio decidido y le confesó su amor en pocas palabras, para decirlo *una vez* y no tener que repetirlo si no había de ser feliz. Pues no estaba acostumbrado a pensar que una señorita tan bella y bien dotada no diera su verdadera opinión y no debiera contestar con un sí o un no irrevocable. Era tan bien intencionado como intensamente enamorado estaba, tan reservado como infantil, tan orgulloso como ingenuo, y para él se trataba de vida o muerte, todo de una vez. En el mismo momento, sin embargo, en que la señorita escuchó la declaración que esperaba tan ansiosamente, se apoderó de ella su antigua desconfianza, y en mala hora se dio cuenta de que su pretendiente era un comerciante que, en definitiva, no desearía sino poseer sus bienes para ampliar sus empresas. Si además estaba un poco enamorado de su persona, esto no era un especial merecimiento, dada su belleza, y era tanto más indignante cuanto representaba solamente un suplemento añadido a otro. Así pues, en vez de declararle su amor y aceptarlo, como hubiera hecho gustosamente, inventó en el acto un nuevo ardid para poner a prueba su pasión, y poniendo un gesto serio, casi triste, le confió que estaba ya prometida con un joven en su patria, al cual amaba cordialmente. Le dijo que había querido decírselo en repetidas ocasiones, ya que le tenía gran cariño como amigo, tal y como él había podido deducir de su comportamiento, y que confiaba en él como en un hermano. Pero las pesadas bromas que habían tenido lugar en sociedad le habían hecho difícil

una conversación íntima; como él le había sorprendido con su valiente y noble corazón, abriéndolo ante ella, no podía agradecersele de mejor manera que hablando claramente con él. Sí, continuó ella, solamente podía pertenecer a aquel que ya había elegido una vez, y nunca le sería posible entregar su corazón a otro hombre; eso estaba grabado a fuego en su corazón, y el hombre amado no sabía el amor que ella le tenía, a pesar de que él la conocía a la perfección. Pero una triste fatalidad la había alcanzado; su prometido era comerciante, pero tan pobre como una rata; por eso ella había concebido el plan de que él, con los medios de su prometida, creara un negocio; la cosa había comenzado bien y todo estaba encauzado de la mejor manera, la boda debía celebrarse en esos días, mas un revés inesperado había querido que toda su fortuna le fuera discutida y quizás la perdiera para siempre, mientras que su pobre prometido tenía que hacer en un plazo próximo los primeros pagos a los milaneses y comerciantes venecianos, lo que afectaba a su crédito, a su prosperidad y a su honor, por no hablar de su unión y su feliz casamiento. Siguió contándole que ella había venido a Milán, donde tenía parientes acaudalados, para encontrar medios y soluciones; pero había llegado en un mal momento; nada parecía arreglarse ni solucionarse, mientras se aproximaba más y más el día, y si no podía ayudar a su prometido, moriría de tristeza. Pues su amado era el ser más adorable y maravilloso que uno podía imaginarse, y seguramente llegaría a ser un gran comerciante si encontrara ayuda, y ella no conocía una felicidad más grande en el mundo que la de ser su esposa. Cuando hubo terminado con la narración, el pobre y bello joven estaba descolorido y pálido como la cera. Pero no se lamentó y no pronunció ya ni una palabra más sobre sí mismo o sobre su amor, sino que preguntó con tristeza a cuánto ascendían las obligaciones contraídas por el felizmente desdichado prometido. “A diez mil florines de oro”, contestó ella, aún más triste. El joven comerciante, apesadumbrado, se levantó y aconsejó a la joven que tuviera buen ánimo, ya que se encontraría una salida, y se alejó de ella sin atreverse a mirarla, hasta tal punto se sentía consternado y avergonzado de haber puesto la mirada en una dama que amaba tan fiel y apasionadamente a otro. Pues el pobre se había creído cada palabra de la historia como si fuera el Evangelio.

»Después se dirigió sin dilación a sus socios y expuso las cosas de tal manera que, mediante peticiones y la pérdida de una cierta suma, pudo anular ciertos pedidos y compras que precisamente tenía que pagar en esos días con sus diez mil florines de oro y de los cuales dependía toda su carrera de comerciante, y antes de que hubieran transcurrido seis horas, se presentó ante la señorita de nuevo llevando toda su fortuna y le pidió por Dios que aceptara esa ayuda. Los ojos de ella brillaron de agradable sorpresa, y su pecho comenzó a latir violentamente; le preguntó de dónde había sacado ese capital, y él repuso que lo había pedido prestado en nombre propio y podría devolverlo sin molestias, y que sus negocios estaban bien encaminados. Ella se dio cuenta de que mentía y de que se trataba de su única hacienda y esperanza, que sacrificaba a su felicidad; sin embargo, hizo como si creyera sus palabras. Dio rienda suelta a sus emociones y, con toda crueldad, hizo como si éstas se debieran a la felicidad que le causaba el poder salvar a su elegido y casarse con él, y no podía encontrar palabras para expresar su agradecimiento. Mas de repente se lo pensó mejor y explicó que aceptaría ese acto generoso solamente bajo *una* condición, ya que si no, cualquier intento de persuasión sería inútil. Preguntada en qué consistía esa condición, exigió la sagrada promesa de que él debería ir a su casa en un día determinado para asistir a su boda y convertirse en el mejor amigo y bienhechor de su futuro esposo así como en el mejor amigo, protector y consejero de ella misma. Sonrojándose, el joven le pidió que renunciara a tal deseo, pero en vano enumeró todas las razones para quitarle la idea de la cabeza, en vano le hizo observar que sus asuntos no le permitían ahora regresar de nuevo a

Suiza y que sufriría unas pérdidas considerables con tal viaje. Ella se mantuvo firme en su deseo e incluso le devolvió su oro, ya que él no quería darle gusto. Finalmente lo prometió, pero tuvo que darle la mano y jurárselo por su honor y su salvación. Ella le señaló exactamente el día y la hora en que debería llegar, y él tuvo que prometerlo por su fe cristiana y por la salvación de su alma. Solamente entonces aceptó ella su sacrificio e hizo llevar, regocijada, el tesoro a su dormitorio, donde lo guardó personalmente en su arca, guardándose después la llave en el pecho.

»No permaneció mucho más tiempo en Milán, sino que regresó a Suiza y cruzó el San Gotardo tan alegre como melancólica lo había hecho la primera vez. Sobre el Puente del Diablo, desde el que se había querido arrojar al yació, se rió como una loca y lanzó al Reuss un claro grito de júbilo con su bien modulada voz y un ramo de flores de granada que llevaba en el pecho; en una palabra, no pudo dominar su alegría y fue el viaje más rápido que había hecho nunca.

»De vuelta al hogar, abrió y oreó su casa de arriba abajo y la adornó como si esperase a un príncipe. En la cabecera de su cama colocó el saco con los diez mil florines de oro, y por la noche apoyaba la cabeza felizmente sobre el duro montón de monedas, y así se quedaba dormida, como si de un blando cojín de plumón se tratara. Apenas podía esperar el día señalado en el que lo vería llegar, ya que sabía que él no rompería la promesa más simple, y no digamos ya un juramento, aunque le fuera la vida en ello. Pero llegó el día y el amado no apareció, y pasaron muchos días y semanas sin que se supiera nada de él. Entonces todos sus miembros comenzaron a temblar, y se apoderó de ella un gran temor; envió carta tras carta a Milán, pero nadie sabía decirle dónde estaba él. Finalmente se supo, por una casualidad, que el joven comerciante se había mandado hacer un uniforme de una pieza de un damasco rojo como la sangre que tenía desde el principio de su negocio en casa y que ya había pagado, y que se había ido con los suizos que a sueldo de Francisco de Francia peleaban en la guerra de Milán^[4]. Después de la batalla de Pavía, en la cual perdieron la vida tantos suizos, fue encontrado sobre un montón de españoles caídos, destrozado por muchas heridas y con su vestimenta de seda deshilachada y deshecha de abajo arriba. Antes de entregar su alma, le comunicó a un soldado de Seldwyla que yacía junto a él y que no estaba herido de muerte la siguiente embajada para que la recordara y la transmitiera si salía con vida de todo aquello: «¡Queridísima señorita! Aunque os prometí por mi honor, por mi fe de cristiano y por mi salvación que estaría presente en vuestro casamiento, sin embargo no me ha sido posible veros de nuevo para contemplar la máxima felicidad que para mí pudiera existir. Ésta la he sentido por primera vez en vuestra presencia, y antes no sabía qué cosa tan severa y terrible rodea al amor que siento por vos, pues de lo contrario me hubiera prevenido en contra. Mas dado que es así, antes quisiera perder mi honor humano y mi salvación eterna y marcharme a la eterna perdición como un perjurado, que aparecer, una vez más, en vuestra presencia con tal fuego en el pecho, que es más fuerte e inextinguible que el fuego del infierno y que no me dejará siquiera notar éste. No recéis por mí, hermosa dama, pues no puedo ser ni seré nunca bienaventurado sin vos, ya sea aquí o allá, y con esto sed feliz. ¡Salve!».

Así pues, en esta batalla, después de la que el rey Francisco dijo: «¡Todo está perdido menos el honor!», el desdichado amante había perdido todo, la esperanza, el honor, la vida y la salvación eterna; todo excepto el amor que lo devoraba. El hombre de Seldwyla se salvó felizmente y tan pronto como se hubo recuperado un poco y se vio fuera de peligro, escribió las palabras del fallecido en su pizarra, para no olvidarlas, regresó a casa, se anunció en la casa de la desgraciada dama y le leyó el mensaje tan envarada y militarmente como estaba acostumbrado a hacerlo cuando llamaba a la compañía de su bandera, pues era ayudante de campo. La señorita, sin embargo, se mesó

los cabellos, desgarró sus vestiduras y comenzó a gritar y llorar tan alto que se la oía desde la calle y la gente se arremolinó. Arrastraba penosamente, enloquecida, los florines de oro, los tiraba al suelo, se arrojaba encima de ellos y los besaba. Totalmente fuera de sí intentaba reunir el tesoro esparcido por el suelo y abrazarlo como si el amante perdido estuviera allí presente. Día y noche yacía sobre el oro y no quería ni comer ni beber; ininterrumpidamente besaba y acariciaba el frío metal, hasta que, de pronto, una noche se levantó y, arrastrando trabajosamente el tesoro de un lado a otro, lo llevó al jardín y allí, llorando amargamente, lo lanzó a un pozo profundo pronunciando la maldición de que nunca pertenecería a ningún otro.

Cuando Espejo hubo llegado a este punto de la narración, dijo Pineiss:

—¿Y ese bonito dinero aún se encuentra en el pozo?

—Naturalmente, ¿dónde iba a estar si no? —contestó Espejo—. Pues solamente yo puedo sacarlo y no lo he hecho hasta ahora.

—Bien, bien, está bien —dijo Pineiss—. Me había olvidado de todo a causa de tu historia. No se te da mal contar historias, bribón, y me han entrado verdaderamente ganas de encontrar una mujercita que estuviera así de enamorada de mí; ¡pero tiene que ser muy hermosa! Bien, y ahora cuéntame rápidamente cómo está relacionada una cosa con la otra.

—Pasaron varios años —prosiguió Espejo— hasta que la señorita pudo volver en sí después de tremendos sufrimientos anímicos y comenzó a ser la anciana y tranquila solterona que yo conocí. Puedo jactarme de haber sido su único consuelo y su amigo más íntimo en su solitaria vida, hasta que le llegó el final. Pero cuando la dama vio aproximarse su fin, recordó la época de su lejana juventud y belleza y sufrió de nuevo, con pensamientos más suaves, las excitaciones más dulces y después las penas más amargas de aquel tiempo, y lloró tan vehementemente durante siete días y siete noches por el amor del joven, de cuyo gozo le había privado su desconfianza, que sus ancianos ojos cegaron poco antes de su muerte. Luego se arrepintió de la maldición que había pronunciado sobre aquel tesoro, y me dijo, mientras me hacía responsable de este importante asunto: «¡Ahora veo las cosas de manera distinta, querido Espejo! Y te doy el poder de que cumplas mis instrucciones. Busca hasta que encuentres una señorita hermosa, pero sin medios, a la cual le falten pretendientes a causa de su pobreza. Si encontraras un hombre sensato, justo y bello que tenga un buen pasar y quiera a la doncella por esposa, sin tener en cuenta su pobreza y movido tan sólo por su hermosura, este hombre debe comprometerse, con el más severo juramento, a dedicarse a ella tan fielmente, de forma tan sacrificada y perseverante como lo hizo mi desdichado amante, y ha de acceder a los deseos de esta mujer durante toda su vida y en todas las cosas. Entonces entrégale a la novia como dote los diez mil florines de oro que están en el pozo, para que sorprenda al novio en la mañana siguiente a la boda». Así habló la difunta, y yo he dejado de ocuparme de este asunto debido a mi mala fortuna, y ahora he de temer que la pobre esté inquieta en su tumba, lo que para mí no puede tener precisamente las mejores consecuencias.

Pineiss miró con desconfianza a Espejo y dijo:

—¿Serías capaz, jovencuelo, de mostrarme el tesoro y dejarme verlo?

—¡Por supuesto! —replicó Espejo—, pero debéis saber, señor brujo, que no os está permitido pescar el dinero así como así. Os romperéis sin remedio el pescuezo, pues no se está del todo seguro en el pozo, de ello tengo algunas pruebas de las que, por consideración, no quiero hablar más.

—Ay, ¿pero quién habla de sacar? —dijo Pineiss algo temeroso—. Llévame hasta allí y muéstrame el tesoro. O más bien te llevaré yo a ti bien atado a una cuerda para que no te me escapes.

—¡Como queráis! —replicó Espejo—. Pero tomad también otra sogá larga y una linterna que pueda iluminar el pozo, pues es muy profundo y oscuro.

Pineiss siguió este consejo y llevó al alegre gatito hasta el jardín de la difunta. Treparon, ayudándose el uno al otro, el muro, y Espejo le enseñó al brujo el camino hacia el viejo pozo, que estaba oculto por los matorrales silvestres. Llegados allí, Pineiss alumbró hacia abajo con su linternita, observando con avidez, sin dejar de la mano al atado Espejo. Y efectivamente vio brillar el oro en la profundidad, bajo el agua verdosa y gritó:

—¡Es verdad, lo veo, es verdad! ¡Espejo, eres una maravilla!

Luego miró otra vez insistentemente hacia abajo y añadió:

—¿Serán diez mil?

—Bueno, no lo podría jurar —dijo Espejo—. Yo no he estado nunca abajo y no los he contado. También es posible que la dama perdiera por el camino algunas piezas al transportar el tesoro hasta aquí, dado el estado de excitación en que se encontraba.

—Bien, haya una docena más o menos —dijo el señor Pineiss—, poco me importa.

Se sentó en el brocal del pozo, y Espejo también se sentó lamiéndose la patita.

—Así pues, éste es el tesoro —dijo Pineiss rascándose detrás de la oreja— y aquí está el hombre idóneo; ¡sólo nos falta la bellísima mujer!

—¿Cómo? —dijo Espejo.

—Digo que sólo nos falta la mujer que debe recibir los diez mil florines de oro como dote, para sorprenderme en la mañana siguiente a nuestro casamiento, la mujer que tenga todas esas agradables virtudes de las que has hablado.

—¡Hum! —replicó Espejo—. La cosa no es tal como decís. El tesoro está ahí, tal y como lo veis; a la hermosa dama, os lo confieso sinceramente, ya la he olfateado; pero la dificultad reside en el hombre que quiera casarse con ella en estas difíciles circunstancias; pues hoy día la belleza tiene que estar dorada en la superficie, como las nueces de Navidad, y cuanto más vacías se vuelven las cabezas, tanto más se afanan en rellenar su vacío con algunos bienes femeninos, para que puedan pasar mejor el tiempo; entonces se contempla un caballo con cara de entendido y se compra una pieza de terciopelo, se encarga entre carreras y prisas una buena ballesta y el herrero no para de trabajar en la casa de uno. Entonces se suele decir: tengo que almacenar mi vino y limpiar mis toneles, hacer podar mis árboles y reparar mi tejado; tengo que mandar a mi mujer al balneario, está enferma y me cuesta mucho dinero, y tengo que hacer que me traigan mi madera y pagar mis cuentas pendientes; me he comprado una pareja de galgos y he cambiado mis brazos, tengo una hermosa mesa plegable de haya y he dado por ella mi gran arca de nogal; he cortado mis judías, he echado a mi jardinero, he vendido mi heno y plantado mis lechugas; siempre lo mío y lo mío desde la mañana a la noche. Algunos dicen incluso: tendré mi lencería lista la semana que viene, tengo que sacar al sol mis jergones, tengo que contratar a una doncella y tener un nuevo carnicero, pues quiero librarme del antiguo; por casualidad he encontrado un maravilloso molde para barquillos, y he vendido mi cajita de plata, que no me servía para nada. Éstas son, entendámonos bien, las cosas de la mujer, y así utiliza el tiempo el hombre joven y le roba al buen Dios el día, mientras enumera todas esas ocupaciones sin hacer nada. Cuando se tiene éxito y un patrón así ha de bajar la cabeza, tal vez dirá: «Nuestras vacas y nuestros cerdos, pero...». Pineiss dio un tirón tal a la sogá que sujetaba a Espejo, que éste gritó «¡miau!». Después el hechicero dijo:

—Basta ya, parlanchín. Dime ahora sin mayor dilación dónde está esa mujer que tú conoces.

Pues la enumeración de todas estas magnificencias y ocupaciones que están vinculadas a los bienes de una mujer había conseguido que se le hiciera la boca agua. Espejo replicó asombrado:

—¿Queréis pues, en verdad, ocuparos del asunto, señor Pineiss?

—¡Es obvio que sí! ¿Quién sino yo? Así pues, dime dónde está la mujer indicada.

—¿Para que vayáis allí y le hagáis la corte?

—¡Sin duda!

—Sabed entonces que la cosa pasa solamente por mis manos. ¡Debéis hablar conmigo si queréis dinero y mujer! —dijo Espejo, impasible e indiferente mientras se frotaba con las patitas las orejas para humedecérselas.

Pineiss reflexionó profundamente, suspiró y dijo:

—¡Me doy cuenta de que quieres anular nuestro contrato y salvar tu cabeza!

—¿Os parece eso tan extraño y poco natural?

—¡Al final me vas a engañar y a mentir como un pícaro!

—Eso también es posible —dijo Espejo.

—Te lo digo: no me engañes —gritó Pineiss categórico.

—Bien, no os engañaré —dijo Espejo.

—Si lo haces...

—Entonces lo hago.

—No me tortures, Espejito —dijo Pineiss casi sollozando, y Espejo replicó entonces seriamente:

—Sois un hombre maravilloso, señor Pineiss. Me tenéis atado por una cuerda y tiráis de ella hasta que pierdo el aliento. Habéis hecho oscilar la espada de la muerte sobre mi cabeza durante dos horas, ¡qué digo!, durante más de medio año y ahora decís: «No me tortures, Espejito». Si me lo permitís, os lo diré brevemente: me será agradable cumplir ese deber de cariño que tenía con la difunta y encontrar para esa señorita un hombre adecuado, y me parece que vos cumplís todos los requisitos. No es ninguna frivolidad colocar bien a una mujer, aunque lo parezca, y por eso os digo nuevamente que estoy contento de que vos estéis en la mejor disposición. ¡Pero en vano es la muerte! Antes de que yo pronuncie una palabra más, dé un paso más o abra otra vez la boca, quiero tener mi libertad y mi vida asegurada. Por ello, desatadme y colocad el contrato aquí en el pozo, sobre esta piedra, o cortadme la cabeza, una de dos.

—¡Eh, tú, insensato y cabeza de chorlito! —dijo Pineiss—. No seas impaciente, la cosa no está pensada tan seriamente. Tenemos que hablar de ello de nuevo y, en todo caso, hay que firmar un nuevo contrato.

Espejo no contestó y permaneció sentado, callado durante uno, dos y tres minutos. Entonces al brujo le entró miedo, sacó su cartera, extrajo gimoteando el contrato, lo leyó de nuevo y lo colocó, titubeante, ante Espejo. Apenas tuvo el papel delante, el gato lo agarró y se lo tragó; y aunque le costó gran esfuerzo, le pareció la mejor y más deliciosa comida que nunca hubiera catado, y confió en que le sentaría bien durante mucho tiempo y se pondría orondo y alegre. Cuando hubo terminado con tan agradable pitanza, saludó al brujo cortésmente y dijo:

—Tendréis noticias de mí, señor Pineiss, y no se os escaparán ni el dinero ni la mujer. Por eso, preparaos para estar verdaderamente enamorado, para que podáis cumplir las condiciones de una pasión absoluta por las caricias de esa mujer, pues ya es como si fuera vuestra. Y con esto doy las gracias, por el momento, por el cuidado del que he gozado y por la comida, y me despido.

Tras estas palabras, Espejo siguió su camino alegrándose de la necedad del brujo, el cual creía

poder engañarse a sí mismo y a todo el mundo, pues no se quería casar desinteresadamente con la mujer deseada, por puro amor a la belleza, sino que conocía de antemano la historia de los diez mil florines de oro. Entre tanto, él ya tenía a una persona en su cabeza que pensaba colgarle al tonto brujo como pago por sus pajarillos asados, sus salchichas y sus ratones.

Enfrente de la casa del señor Pineiss había otra casa, cuya fachada estaba pintada con cal blanquísima y cuyos cristales siempre brillaban impecables. Las modestas cortinas siempre se veían limpiísimas y como si acabaran de ser planchadas, e igualmente blancos eran el hábito, la cofia y el cuello de una anciana beguina^[5] que habitaba la casa; y el tocado, similar al de las monjas, que le cubría hasta el pecho, parecía hecho con papel doblado, de manera que se podría escribir encima de él; al menos eso se hubiera podido hacer sobre el pecho cómodamente, ya que era tan liso y tan duro como una tabla. Los cantos blancos y los ángulos de sus vestiduras eran tan puntiagudos como la larga nariz y la barbilla de la beguina, como su boca y su maligna mirada; ella, sin embargo, hablaba poco con su lengua y miraba poco con sus ojos, ya que no amaba el despilfarro y usaba todas las cosas a tiempo y con moderación. Todos los días iba tres veces a la iglesia, y cuando pasaba por la calle con sus vestidos limpios, blancos y crujientes y con su blanca nariz puntiaguda, los niños huían de su lado, e incluso los adultos se escondían, si les daba tiempo, detrás de la puerta de sus casas. Pero gozaba de una gran fama a causa de su severa piedad y de su vida retirada, y especialmente era muy querida por el clero, si bien incluso los curas preferían tener con ella un contacto epistolar antes que oral, y cuando se confesaba, el párroco salía del confesionario siempre cubierto de sudor como si escapara de un horno. Así vivía la piadosa beguina, que no tenía ningún sentido del humor, en una profunda paz y en permanente tranquilidad. No tenía contacto con nadie, y dejaba tranquila a la gente, siempre que se apartaran de su camino; solamente parecía haber depositado un odio especial en su vecino Pineiss, pues tan pronto como él se dejaba ver por la ventana, la beguina le lanzaba una malvada mirada y corría inmediatamente sus cortinas blancas; Pineiss la temía como al fuego y sólo se atrevía a hacer algún chiste sobre ella en la parte trasera de la casa y cuando todo estaba bien cerrado. Todo lo blanca y luminosa que era la casa de la beguina por fuera, lo era de oscura, humosa, inquietante y extraña por dentro, donde apenas podía penetrar la mirada, a no ser la de los pájaros del cielo y la de los gatos de los tejados, pues estaba edificada en una oscura esquina, con enormes cortafuegos sin ventanas, donde nunca se podía divisar ser humano alguno. Bajo el tejado colgaban viejas y desgarradas enaguas, cestas y sacos de hierbas; sobre el tejado crecían verdaderos árboles y espinos, y una chimenea grande y llena de hollín se alzaba inquietante hacia el cielo. Pero de esta chimenea salía en la noche oscura, y con no poca frecuencia, una bruja montada en su escoba hacia las alturas, joven y hermosa y totalmente desnuda, tal como ha creado Dios a las mujeres y las contempla gustosamente el diablo. Cuando salía de la chimenea, olfateaba con su finísima nariz, a la vez que sonreía con sus labios de cereza, el fresco aire nocturno y daba vueltas con su níveo cuerpo mientras su cabello, largo y negro como un cuervo, flotaba como una bandera nocturna tras ella. En un agujero de la chimenea habitaba una vieja lechuza, y a ella se dirigió ahora el liberado Espejo llevando un ratón recién cazado en su hocico.

—Os deseo buenas tardes, querida señora lechuza. ¿Diligente en la vigilancia? —dijo, y la lechuza contestó:

—Así debe ser. También le deseo las buenas tardes. ¡No os habéis dejado ver por aquí hace ya tiempo, señor Espejo!

—He tenido mis motivos, y os los contaré. Aquí os traigo un ratón, cosa modesta, tal y como los

da la estación, si no lo despreciáis. ¿Ha salido a cabalgar ya la maestra?

—Todavía no. Quiere salir al amanecer para una horita. Muchas gracias por el hermoso ratón. ¡Seguís siendo el amable Espejo! Tengo aquí un mal gorrión que hoy ha volado muy cerca de mí. Si os apetece, probadlo. Y ¿cómo os ha ido?

—Casi de maravilla —repuso Espejo—. Me han querido matar. Escuchad si os place.

Mientras ambos degustaban su cena, Espejo le contó a la atenta lechuza todo lo que le había pasado y cómo se había librado de morir a manos del señor Pineiss. La lechuza dijo:

—¡Entonces os deseo mil veces suerte, pues de nuevo sois un hombre hecho y derecho y podéis ir a donde queráis después de haber vivido esas experiencias!

—Pero todavía no hemos llegado al final —dijo Espejo—, ¡el hombre ha de tener su mujer y sus diez mil florines de oro!

—¿Pero aún pensáis en portaros bien con el bribón que os quería despellejar?

—Ay, podía haberlo hecho de forma justa y según un contrato, y como le quiero pagar con la misma moneda, ¿por qué habría de dejarlo? ¿Quién dice que yo le quiero hacer un bien? La historia que le conté no es sino pura invención. Mi ama, que en gloria esté, nunca estuvo ni enamorada ni rodeada de admiradores, y ese tesoro es un bien injusto que ella heredó y que tiró al pozo para no sufrir ninguna desgracia por su causa. «¡Maldito sea el que lo saque y lo utilice!», dijo ella. ¡Así pues, lo hago pensando en la justicia!

—¡Ah, eso es otra cosa! Pero ahora, ¿de dónde queréis sacar a la mujer?

—¡De esta chimenea! Por eso he venido, para hablar de ello con vos. ¿No queréis liberaros de una vez por todas de los lazos de esta bruja? ¡Pensad en cómo la podemos cazar y casarla con este viejo bribón!

—Espejo, tan sólo con vuestra cercanía despertáis en mí pensamientos productivos.

—¡Ya sabía yo que vos eráis inteligente! Yo ya he hecho mi parte y ahora es mejor que metáis vuestra cuchara y aportéis nuevas fuerzas, ¡así no habrá posibilidad de que salga mal la cosa!

—Ya que todo se conjuga tan bien, no necesito pensar mucho, pues mi plan está concebido desde hace ya tiempo.

—¿Cómo la apresamos?

—Con una red para becasas hecha de buenas y fuertes cuerdas de cáñamo; tiene que estar tejida por el hijo de un cazador; el muchacho debe contar veinte años y no haber visto aún hembra alguna, y tiene que haber caído sobre la red tres veces el rocío de la noche, sin que haya apresado a ninguna becada; la razón de que en ella no haya caído nunca ninguna presa tiene que ser una buena acción realizada tres veces. Una red así es lo suficientemente fuerte como para apresar a la bruja.

—Pues bien, ahora tengo curiosidad por saber de dónde vais a sacar una red así —dijo Espejo—, pues sé que vos no habláis a tontas y a locas.

—Ya he dado con ella, como hecha a la medida para nosotros; en un bosque no lejos de aquí vive el hijo de un cazador; tiene veinte años y aún no ha visto a mujer alguna, pues ha nacido ciego. Por ello no se le puede utilizar para nada más que para tejer redes, y hace algunos días que ha tejido una nueva. Pero cuando el viejo cazador la quiso tender por primera vez, llegó una mujer hasta allí que quería hacerle pecar; pero era tan espantosa que el viejo huyó de allí lleno de terror y dejó la red extendida en el suelo. Sobre ella cayó el rocío, sin que quedara apresada ninguna becada, y ello se debió a una buena acción. Cuando al día siguiente volvió para tender la red de nuevo, llegó un jinete hasta allí que llevaba consigo un pesado saco; éste tenía un agujero por el que, de vez en cuando, caía

al suelo una pieza de oro. El cazador dejó la red y corrió apresuradamente detrás del jinete, recogiendo las piezas de oro en su sombrero, hasta que el caballero se volvió, lo vio y lleno de cólera dirigió su lanza contra él. Entonces el cazador, asustado, se inclinó, le alcanzó el sombrero y le dijo: «Permitidme, estimado señor, habéis perdido mucho oro y yo os lo he ido recogiendo». Ésta era también una buena acción, pues el acto de devolver algo encontrado es de los más difíciles y encomiables; pero se había alejado tanto de la red para las becasas, que la dejó una segunda noche en el bosque y tomó el camino más corto hacia su casa. Al tercer día, es decir, precisamente ayer, cuando de nuevo se encontraba de camino, se topó con una hermosa comadre que acostumbraba a lisonjear al anciano y a la que él ya había regalado alguna que otra liebre. Por eso olvidó totalmente las becasas y a la mañana siguiente se dijo: «Le he regalado a las pobres becaditas la vida, pues también hay que ser misericordioso con los animales». Y precisamente por estas tres acciones consideró que era demasiado bueno para este mundo, y esta mañana ha marchado a un monasterio. Por eso está la red, todavía sin usar, en el bosque, y ahora puedo recogerla.

—Traedla rápidamente —dijo Espejo—, será buena para nuestro fin.

—Voy por ella —dijo la lechuza—. Permaneced mientras tanto vigilando en este agujero, y si por casualidad la maestra pregunta desde la chimenea si el aire está limpio, contéstale, imitando mi voz, que todavía no apesta en la escuela de esgrima.

Espejo se colocó en el nicho y la lechuza voló tranquilamente, saliendo de la ciudad, en dirección al bosque. Pronto volvió con la red para becasas y preguntó:

—¿Ha llamado ya?

—Todavía no —dijo Espejo.

Entonces extendieron la red sobre la chimenea y se sentaron al lado, con gesto tranquilo y astuto; el cielo estaba oscuro, soplaban un vientecillo matutino y brillaban diversas constelaciones.

—Veréis —murmuró la lechuza— de qué forma tan hábil sabe salir de la chimenea sin mancharse los blancos hombros de hollín.

—Yo no la he visto nunca tan de cerca —contestó en voz baja Espejo—. Esperemos que no acierte ni a tocarnos.

En ese momento la bruja gritó desde abajo:

—¿Está el aire limpio?

Y la lechuza exclamó:

—Totalmente limpio, huele maravillosamente en la escuela de esgrima.

Y rápidamente la bruja llegó volando desde abajo y quedó apresada en la red, que fue recogida y atada después rápidamente por la lechuza y el gato. «Sujetadla bien», gritó el gato a la lechuza, «y atadla bien» contestó la lechuza. La bruja braceó y se movió, presa de cólera, como un pez en la red; pero no le sirvió de nada, pues estaba sujeta de la mejor manera. Únicamente el rabo de su escoba asomaba a través de las mallas. Espejo quiso sacar la escoba con cuidado, pero recibió tal capirotazo en la nariz que casi perdió el sentido, y se dio cuenta de que no se podía uno acercarse demasiado a la leona, aunque estuviera presa en una red.

Finalmente la bruja se calmó y dijo:

—¿Qué queréis de mí, animales fantásticos?

—Tenéis que liberarme de vuestro servicio y devolverme la libertad —dijo la lechuza.

—Mucho ruido y pocas nueces —dijo la bruja—. Estás libre, ¡abre la red!

—Todavía no —dijo Espejo, que aún seguía frotándose la nariz—. Habéis de comprometeros a

casaros con el brujo Pineiss, vuestro vecino, de manera que os digamos, y no abandonarlo nunca jamás.

Entonces la bruja comenzó a agitarse y a bufar como el diablo, y la lechuza dijo:

—Según parece, no lo quiere hacer.

Y Espejo añadió:

—Si no os tranquilizáis y hacéis todo lo que nosotros queremos, entonces colgaremos la red, con todo su contenido, en la cabeza de dragón del alero que da a la calle, para que mañana os vean y la gente reconozca a la bruja. Decid, pues, ¿queréis morir quemada bajo la presidencia del señor Pineiss o quemarle a él con vuestro casamiento?

Entonces dijo la bruja suspirando:

—Bueno, decidme, ¿cómo debe ser la cosa?

Y Espejo le explicó todo, graciosamente, como estaba pensado, y lo que tenía que hacer.

—Bueno, eso todavía se puede soportar, si no hay más remedio —dijo ella, y se dio por vencida, y se entregó pronunciando las fórmulas más serias que pueden obligar a una bruja. Entonces los animales desataron la red y la dejaron salir. Rápidamente la bruja se subió a la escoba, la lechuza se sentó detrás de ella en el mango y Espejo a continuación sujeto al haz de paja. Así cabalgaron hasta el pozo, al que la bruja bajó para sacar el tesoro.

Por la mañana, Espejo apareció en la casa del señor Pineiss y le comunicó que podía ver y cortejar a la citada dama; ella se había vuelto hacia poco tan pobre que, totalmente abandonada y repudiada, estaba sentada ante las puertas de la ciudad bajo un árbol, llorando amargamente. De inmediato el señor Pineiss se vistió con el gastado jubón de terciopelo amarillo que solamente se ponía en ocasiones solemnes, se colocó el mejor tocado de borla y se ciñó la espada; tomó un viejo guante verde, un frasquito de bálsamo en el que una vez hubo bálsamo y que todavía olía un poco y un clavel de papel, y se dirigió con Espejo a las puertas de la ciudad para cortejar a la dama. Allí encontró a una doncella llorosa sentada bajo un sauce, una mujer de una belleza tal como no había visto nunca antes, pero su vestimenta era tan pobre y estaba tan destrozada que, aunque quisiera mostrarse pudorosa, dejaba ver aquí y allá su piel blanca como la nieve. Pineiss abrió unos ojos como platos y, presa del asombro, apenas pudo cortejarla. La bella, entonces, secó sus ojos, le alargó la mano con una dulce sonrisa, le agradeció con una voccecita celestial su generosidad y le prometió serle siempre fiel. Pero en el mismo momento el señor Pineiss sintió tales celos por su prometida, que decidió que nunca más la contemplaría ojo alguno.

Se casó con ella en la celda de un ancianísimo ermitaño y celebró el festín en su casa, sin más huéspedes que Espejo y la lechuza, la cual había pedido permiso para traer al gato. Los diez mil florines de oro estaban en una fuente encima de la mesa y Pineiss, de vez en cuando, metía la mano y revolvía el oro; luego contemplaba de nuevo a la hermosa mujer, que estaba sentada con un traje de terciopelo azul, el cabello trenzado con una red dorada, adornado de flores y rodeado su blanco cuello de perlas. Quería besarla constantemente, pero ella, recatada y con sonrisa seductora, lo mantenía a raya, prometiéndole que no se dejaría besar ante testigos y antes de la caída de la noche. Esto hacía que él se sintiera aún más enamorado y feliz, y Espejo condimentaba la comida con amables conversaciones que la hermosa mujer proseguía con las palabras más agradables, ingeniosas e insinuantes, de tal manera que el brujo no cabía en sí de gozo.

Cuando oscureció, la lechuza y el gato se despidieron discretamente; el señor Pineiss los acompañó hasta abajo con una luz y le dio las gracias de nuevo a Espejo, diciéndole que era un

hombre cortés y magnífico, y cuando regresó a la habitación, se encontró allí sentada a la vieja y blanca beguina, su vecina, que lo contemplaba con una feroz mirada. Horrorizado, Pineiss dejó caer el candelabro y se apoyó tembloroso contra la pared. Sacó la lengua y su cara se puso tan pálida y puntiaguda como la de la beguina. Ésta, sin embargo, se levantó, se acercó a él y lo empujó a la cámara nupcial, donde con artes infernales lo sometió a un tormento como el que no ha vivido ningún mortal. Así, el señor Pineiss hubo de permanecer casado con ella indisolublemente, y en la ciudad se decía, cuando el acontecimiento se hizo público: «Ah, del agua mansa me libre Dios. Quién iba a decir que la piadosa beguina y el señor brujo se habían de casar. Bueno, parecen un matrimonio honrado y justo, aunque no muy amable».

Mas el señor Pineiss llevó a partir de entonces una vida digna de lástima; su esposa se había apoderado inmediatamente de todos sus secretos y lo dominaba completamente. No le estaba permitido ni la más mínima libertad o entretenimiento, pues tenía que hacer conjuros de la mañana a la noche, fuera para lo que fuera, y cuando Espejo pasaba por allí y lo veía, le decía amistosamente: «Siempre laborioso, laborioso, señor Pineiss».

Desde esta época se dice en Seldwyla: «Le compró la manteca al gato», especialmente cuando uno ha dado con una mujer malvada y odiosa.

MOZART CAMINO DE PRAGA

EN el otoño de 1787, Mozart, acompañado de su esposa, emprendió un viaje a Praga para poner allí en escena su *Don Juan*.

Al tercer día, catorce de septiembre, hacia las once de la mañana, el alegre matrimonio, que se encontraba todavía a poco más de treinta horas de camino de Viena, iba en dirección noroeste, pasados ya los montes Mannhard y el Thaya alemán, junto a Schrems, por donde pronto quedan definitivamente atrás las bellas montañas de Moravia.

«El vehículo, tirado por tres caballos de posta», escribe la baronesa von T. a su amiga, «una elegante carroza roja y amarilla, era propiedad de cierta anciana generala Volkstett, que parece haberse ufanado siempre de su trato con los Mozart y de sus atenciones hacia esa familia». Esta imprecisa descripción del carruaje de que se trata podría ser completada con más detalles por cualquier conocedor del gusto de los años ochenta. El coche rojo y amarillo lleva la portezuela pintada con ramilletes dispersos de flores de colores naturales y las aristas adornadas con estrechas franjas doradas, pero su pintura, desde luego, no brilla como esa laca lisa cual espejo de los actuales talleres de Viena, y la caja no es tampoco totalmente abombada, aunque se curve hacia su parte inferior de una forma coqueta, con línea atrevida; hay que agregar una capota alta con cortinillas de cuero rígidas, que en estos momentos están descorridas.

Sobre la vestimenta de los dos pasajeros debe decirse además lo siguiente. Para cuidar los nuevos trajes de ceremonias, guardados en el cofre, Constanza había elegido con discreción el atuendo de su esposo: con el chaleco bordado, de azul un tanto descolorido, su levita parda habitual, con una fila de botones grandes, fabricados de modo que, a través de su textura estrellada, brillaba una capa de oropel rojizo; calzón de seda negra, medias y, en los zapatos, hebillas doradas. A causa del calor, extraordinario para ese mes, él se ha despojado hace media hora de la levita y ahora está sentado, charlando amablemente, con la cabeza descubierta y en mangas de camisa. Madame Mozart lleva un cómodo vestido de viaje, a rayas verde claro y blancas; medio deshechos, sus hermosos cabellos castaños le caen copiosamente sobre los hombros y el cuello; nunca en su vida se vieron afeados por los polvos, en tanto que la fuerte cabellera de su esposo, recogida en una trenza, se encuentra hoy más descuidadamente empolvada que de costumbre.

Habían subido despaciosamente una loma de suave pendiente, entre fértiles campos que, de vez en cuando, eran cortados por bosques extensos, y habían llegado a un lindero.

—¡Cuántos bosques —dijo Mozart— no habremos atravesado hoy, ayer y anteayer!... Y sin embargo, aparte de que no se me ocurrió, no pensé siquiera en poner el pie en ellos. Vamos a bajar aquí, corazón, para coger de esas campanillas azules tan bonitas que hay en la sombra. A tus bestias, postillón, les gustaría también respirar un poco.

Al levantarse los dos, se descubrió una pequeña desgracia que le valió una reprimenda al Maestro. Por descuido suyo, un frasquito de costoso perfume se había abierto y, sin que lo advirtieran, había derramado su contenido por vestidos y cojines.

—Hubiera debido imaginármelo —se lamentó ella—; desde hace un rato olía tan fuerte... ¡Qué

pena! ¡Una botella llena de *Rossé d'Aurore* auténtica, vaciada hasta la última gota! Lo escatimaba como si fuera de oro...

—Vamos, tontita —le respondió él para consolarla—, ¿no comprendes que sólo así nos ha sido útil tu divino alcohol perfumado? Al principio estábamos sentados en un horno y de nada servían tus abaniqueos, pero de pronto pareció refrescarse todo el coche a un tiempo; tú lo atribuiste a las gotas que yo me había echado en la pechera; nos sentimos revivir y la conversación fluyó alegremente cuando, de otro modo, hubiéramos dejado colgar la cabeza como corderos en el carro del matadero; y esa alegría nos acompañará ya todo el camino. Y ahora, ¡vamos a meter de prisa nuestras vienasas en esa espesura verde!

Atravesaron del brazo la zanja que había al borde del camino y se adentraron en seguida profundamente en la oscuridad de los abetos, que pronto se espesó en tinieblas rotas sólo de vez en cuando, deslumbradoramente, por alguna franja de sol sobre el aterciopelado suelo de musgo. La agradable frescura, en contraste repentino con el calor que reinaba fuera, hubiera podido ser peligrosa para aquel hombre despreocupado, de no haber sido por la prudencia de su acompañante. Sólo con esfuerzo pudo hacer ella que se pusiera la prenda preparada al efecto.

—¡Dios, qué maravilla! —exclamó Mozart, contemplando los altos troncos—. ¡Es como estar en una iglesia! ¡Se me antoja como si nunca hubiera estado en un bosque y sólo ahora comprendiera lo que es una muchedumbre de árboles juntos! Ninguna mano humana los ha plantado; han crecido por sí solos y están ahí, simplemente, porque es divertido vivir y prosperar en compañía. Ya ves, en mis años jóvenes recorrí media Europa de un extremo a otro, he visto los Alpes y el mar, las cosas más grandiosas y bellas que han sido creadas, y ahora estoy por casualidad hecho un bobo, en un vulgar bosque de abetos de la frontera bohemía, admirado y encantado de que exista algo así y no sea sólo *una finzione di poeti*, como sus ninfas, faunos y demás, ni tampoco un decorado de teatro, sino algo nacido de la tierra y crecido con la humedad y la cálida luz del sol. Éste es el hogar del ciervo, con su maravilloso bosque de puntas sobre la frente, de la juguetona ardilla, del urogallo, del arrendajo... —se inclinó, rompió el pie de una seta y elogió el espléndido color rojo encendido del sombrero y las delicadas laminillas blancas de su parte inferior, guardándose también en el bolsillo varias piñas de abeto.

—¡Podría pensarse —dijo su mujer— que nunca has dado veinte pasos por el Prater, en donde se pueden encontrar también todas esas cosas curiosas...

—¡El Prater! ¡Cómo puedes, por Dios, pronunciar siquiera esa palabra aquí! A fuerza de carrozas, espadas de fantasía, vestidos y abanicos, música y todo el espectáculo del mundo, ¿quién es capaz de ver allí nada más? Y hasta los árboles, por mucho que se extiendan, no sé... Los hayucos y bellotas, esparcidos por el suelo, más parecen primos hermanos del sinnúmero de corchos usados que hay por allí. A dos horas de distancia, la floresta huele aún a camareros y a salsas.

—¡Es inaudito! —exclamó ella—. ¡Y eso lo dice un hombre cuyo mayor placer consiste en comerse en el Prater un pollo asado!

Cuando los dos estuvieron sentados de nuevo en el coche, y el camino, después de un corto trecho en llano, comenzó a descender paulatinamente, allí donde un paisaje risueño se perdía en las lejanas montañas, el Maestro, tras haber guardado silencio un rato, comenzó a hablar de nuevo:

—La Tierra es verdaderamente hermosa y no es de extrañar que uno quiera quedarse en ella tanto tiempo como pueda. Gracias a Dios, me siento más descansado y mejor que nunca y pronto estaré dispuesto a hacer mil cosas, una detrás de otra, en cuanto haya terminado y puesto en escena mi nueva

obra. ¡Cuántas curiosidades y bellezas hay en el mundo y en mi país que aún no conozco, maravillas de la Naturaleza, ciencias, artes y oficios útiles! El negro chico del carbonero, en su carbonería, sabe sobre muchas cosas exactamente lo mismo que yo y, sin embargo, me interesaría y desearía poder echar una ojeada a unas cuantas que no son objeto de mi interés más inmediato.

—En estos días —respondió ella— ha caído en mis manos tu viejo calendario de bolsillo del ochenta y cinco; en la parte de atrás hay escritas tres o cuatro notas. En primer lugar dice: «A mediados de octubre fundirán el gran león en la fundición imperial»; y luego, subrayado dos veces: «Visitar al profesor Gattner». ¿Quién es?

—Ah sí, ya sé... en el observatorio de ese buen anciano, que de vez en cuando me invita a verlo. Desde hace tiempo quiero contemplar allí contigo la luna y su hombrecillo. Ahora tienen un telescopio enorme; en el inmenso vidrio se pueden ver al parecer, tan clara y distintamente como si estuvieran al alcance de la mano, montes, valles y abismos, y las sombras que arrojan las montañas del lado en que no da el sol. Hace ya dos años que trato de ir y, miserable y vergonzosamente, ¡no lo consigo!

—Bueno —dijo ella—, la luna no se nos escapará. Ya recuperaremos el tiempo perdido.

Tras una pausa, él continuó:

—¿Y no ocurre lo mismo con todo? ¡Uf! No quiero ni pensar en todo lo que uno se pierde, aplaza o deja sin acabar... Y eso sin hablar de los deberes hacia Dios y los hombres... Me refiero simplemente al placer puro, a las pequeñas alegrías inocentes que nos brinda cada día.

Madame Mozart no pudo o no quiso en modo alguno cambiar el rumbo que tomaba la fácilmente impresionable sensibilidad de él, y por desgracia sólo pudo darle la razón con toda su alma cuando Mozart prosiguió con creciente apasionamiento:

—¿He tenido alguna vez la alegría de pasar con mis hijos una hora entera? ¡Qué insatisfactorio me resulta todo, siempre *en passant!* Siento a los chicos en mis rodillas, correteo con ellos dos minutos por el cuarto y eso es todo, ¡otra vez tengo que dejarlos! No puedo recordar que hayamos pasado en el campo juntos un día agradable, en Semana Santa o Pentecostés, en un jardín o en un bosquecillo, sobre la hierba, nosotros solos, con bromas infantiles y jugando con flores, siendo otra vez niños. Entre tanto la vida pasa, corre y galopa con todas sus fuerzas... ¡Señor! ¡Cuando pienso en ello me entran sudores fríos!

Con la autoacusación que Mozart acababa de hacerse se inició entre los dos, inesperadamente, un diálogo serio de la mayor confianza y cordialidad. No lo transcribiremos con detalle porque preferimos dar una visión general de las circunstancias que constituían en parte, expresa y directamente, el tema de esa conversación, y en parte su consciente telón de fondo.

Y aquí nos asalta la idea dolorosa de que aquel hombre apasionado, increíblemente receptivo para todas las seducciones del mundo y para lo más alto a que puede llegar un alma sensible, no pudo en toda su vida, por muy intensamente que viviera, disfrutara y creara, encontrarse realmente a sí mismo de una forma estable y satisfactoria.

Quien no quiera buscar más profundamente de lo que en apariencia se encuentran las causas de este hecho, las encontrará en seguida, sencillamente, en esa, al parecer, invencible debilidad adquirida que, con tanta facilidad y no sin motivo, solemos poner en una especie de relación necesaria con todo lo que nos maravilla en Mozart.

Las necesidades de aquel hombre eran múltiples y su inclinación, sobre todo, por los placeres mundanos, extraordinaria. Apreciado y buscado por las familias más nobles de la ciudad por su

talento incomparable, rara vez o nunca rehusaba invitaciones a fiestas, reuniones o saraos. Al mismo tiempo, le agradaba también recibir a sus amigos más íntimos. No sabía renunciar a la ya tradicional velada musical de los domingos en su casa, ni al almuerzo informal en su bien provista mesa, con algunos amigos o conocidos, dos o tres veces por semana. A veces, para espanto de su mujer, traía a su casa, directamente desde la calle, huéspedes no anunciados, gentes de desigual importancia, enamorados, amantes de las artes, cantores o poetas. El parásito ocioso, cuyo único mérito consistía en un humor siempre despierto, en su ingenio y sus chistes, aunque fueran de los más gruesos, era tan bien recibido como el conocedor inteligente o el excelente intérprete. Sin embargo, a Mozart le gustaba buscar la mayoría de sus diversiones fuera de casa. Se le podía encontrar un día y otro, después de la comida, jugando al billar en el café, y también muchas noches en alguna posada. Le gustaba ir al campo en compañía, en coche o a caballo; frecuentaba, como hábil bailarín que era, los bailes y mascaradas, y disfrutaba grandemente varias veces al año en las fiestas populares, sobre todo en la de Santa Brígida, al aire Ubre, en que se disfrazaba de Pierrot.

Esos placeres, tanto variados y turbulentos como más tranquilos, tenían por finalidad dar el necesario descanso a un espíritu muy tenso tras enormes derroches de fuerzas; además, no dejaban de darle, de pasada y por los misteriosos caminos que inconscientemente sigue el genio, impresiones delicadas y fugaces que, ocasionalmente, lo fecundaban. Por desgracia, en esas horas no le importaban otras consideraciones, ni la sensatez, ni el deber, ni la moderación, ni la vida familiar, porque quería siempre apurar el instante. Tanto si se trataba de gozar como de crear, Mozart desconocía por igual toda medida o límite. Una parte de la noche la dedicaba a componer. Por la mañana temprano, a menudo todavía largo tiempo en el lecho, terminaba su trabajo. Luego, a partir de las diez, a pie o en algún coche que venía a buscarlo, daba su serie de lecciones, que por lo general le ocupaban también algunas horas de la tarde. «Tengo bastante ajeteo», escribe una vez a un protector, «y a menudo resulta difícil no perder la paciencia. Como soy clavicembalista y profesor de música acreditado, se me aferran una docena de alumnos, y siempre acepto a alguno nuevo, sin tener en cuenta lo que pueda llevar dentro, con tal de que pague al contado sus táleros. Cualquiera mostachudo húngaro del Cuerpo de Ingenieros, a quien Satanás tienta para que, sin provecho alguno, estudie el bajo continuo y el contrapunto, es bien acogido; la condesita más insolente que, lo mismo que si fuera su peluquero, el maestro Coquerel, me recibe con el rostro rojo de cólera si no llamo a su puerta al dar la hora, etcétera». Y cuando, extenuado por éstos y otros trabajos profesionales, representaciones, ensayos y cosas análogas, suspiraba por un poco de aire fresco, sus nervios debilitados sólo recibían por lo común un fortalecimiento aparente por medio de nuevas excitaciones. Su salud resultaba secretamente minada, una melancolía cada vez más frecuente era, si no causada, sin duda alimentada por las mismas causas y, de esa forma, su presentimiento de una muerte temprana, que últimamente le seguía los pasos, se cumplió inevitablemente. Estaba acostumbrado a encontrar en cada placer, como una raíz amarga, su parte de pesares de toda clase y color, sin excluir el sentimiento de culpa. Sin embargo, sabemos que también esos pesares se mezclaban, purificados y limpios, en aquel profundo manantial que, brotando de centenares de tubos de oro, hacía fluir inagotablemente, en la variación de sus melodías, toda la angustia y la felicidad del pecho humano.

Donde más evidentemente se manifestaban los perniciosos efectos de la forma de vida de Mozart era en la administración de su casa. El reproche de una prodigalidad ligera y alocada no andaría muy descaminado; se podía aplicar incluso a uno de los rasgos más hermosos de su alma. Si llegaba

alguien muy necesitado para pedirle una suma de dinero o solicitar que prestase por él fianza, normalmente contaba con que Mozart no se informaría mucho sobre prendas o garantías; eso hubiera sido tan impropio de él como de un niño. Prefería hacer el regalo inmediatamente y siempre con sonriente generosidad, sobre todo cuando creía que a él le sobraba.

No obstante, los medios que tales gastos exigían, con independencia de las necesidades ordinarias de la casa, no guardaban relación alguna con sus ingresos. Lo que obtenía de teatros y conciertos, editores y alumnos, unido a la pensión imperial, resultaba tanto más suficiente cuanto que el gusto del público estaba todavía muy lejos de haberse pronunciado decididamente a favor de la música de Mozart. Aquella belleza, plenitud y profundidad purísimas parecían por lo general extrañas en comparación con la dieta musical entonces apreciada y fácilmente asimilable. Verdad era que los vieneses, por su parte —gracias a los elementos populares de la obra— no se cansaban de *Belmonte und Konstanze*^[6]; sin embargo, unos años más tarde, el *Fígaro*, en competencia con la agradable pero muy inferior *Cosa rara*^[7] y, sin duda, no sólo por las intrigas de su director, había sufrido un fracaso inesperado y lamentable; aquel mismo *Fígaro* que, poco después, había acogido con tanto entusiasmo el público cultivado o más imparcial de Praga, por lo que el Maestro, conmovido, decidió escribir para él su próxima ópera... A pesar de lo desfavorable de la época y del influjo de sus enemigos, Mozart, con un poco más de prudencia y sensatez, hubiera podido obtener de su arte unos ingresos considerables; así, sin embargo, salía perdiendo incluso con aquellas obras a las que la multitud prodigaba sus aplausos. En definitiva, todo colaboraba —destino, carácter y culpa— para no permitir que aquel hombre excepcional prosperase.

Podemos comprender fácilmente la difícil situación en que debe de haberse encontrado en tales circunstancias un ama de casa que conociera sus deberes. Aunque era joven y alegre, tenía verdadera sangre de artista, como hija de músico, y estaba también, por su casa, acostumbrada a las privaciones, Constanza ponía toda su buena voluntad para remediar el mal en su fuente, enderezar muchas cosas torcidas y compensar las pérdidas grandes con ahorros pequeños. Sólo que, en este último aspecto, le faltaban quizá la habilidad adecuada y la temprana experiencia. Ella guardaba la caja y llevaba las cuentas; cada reclamación, cada requerimiento de pago y cuanto había de desagradable pasaba exclusivamente por sus manos. Por eso se sentía a veces con el agua al cuello, sobre todo cuando, a menudo, a estrechez, penuria, dolorosos apuros y temor al deshonor público venía a unirse la tristeza de su marido, en la que éste se sumía durante días enteros, apático e inaccesible a todo consuelo, cuando, suspirando o quejándose junto a su mujer, o bien mudo en un rincón, mirando ante sí, daba vueltas, como a un tornillo sin fin, al triste pensamiento de morir. Sin embargo, el coraje la abandonaba raras veces, y su clara mirada sabía encontrar casi siempre, aunque fuera por corto tiempo, consejo y apoyo. En lo esencial, mejoraban poco o nada. Si ella, con su seriedad o sus bromas, con sus ruegos o halagos, conseguía hoy que él tomara el té en casa o que saboreara un asado con la familia y no saliera ya después, ¿qué lograba con ello? Él podía alguna vez, consternado y conmovido por los ojos llorosos de su mujer, maldecir sinceramente alguna mala costumbre, prometerlo todo, más de lo que ella le pedía... pero era inútil, porque de improviso volvía a las andadas. Había que inclinarse a pensar que no podía evitarlo y que el imponerle por la fuerza un orden totalmente distinto, de acuerdo con nuestra idea de lo que conviene y aprovecha a cualquier hombre, hubiera anulado precisamente aquella naturaleza maravillosa.

No obstante, Constanza confiaba en un cambio favorable de las cosas, en la medida en que pudiera venir de fuera como consecuencia de un mejoramiento radical de su situación económica, lo

que no podía dejar de ocurrir al aumentar la fama de su marido. Si cesara, pensaba ella, la constante presión que, en ese aspecto, también él sentía, unas veces de cerca y otras de lejos; si, en lugar de sacrificar la mitad de sus fuerzas y de su tiempo simplemente para ganar dinero, pudiera dedicarse plenamente a su verdadera vocación; si el placer, que no tuviera ya necesidad de perseguir y pudiera disfrutar con mucha mejor conciencia, siguiera aprovechando a su cuerpo y a su alma, pronto su estado general sería más ligero, más natural, más tranquilo. Pensaba incluso en un posible cambio de residencia, y en que la preferencia incondicional de él por Viena, donde, estaba convencida, nunca obtendría un verdadero éxito, sería por fin vencida.

Sin embargo, el impulso inmediato y decisivo para la realización de sus pensamientos y deseos se lo prometía madame Mozart con el éxito de la nueva ópera que motivaba aquel viaje.

Más de la mitad de la partitura estaba ya terminada. Amigos de confianza y de buen juicio que, como testigos del nacimiento de aquella obra extraordinaria, debían de tener un conocimiento suficiente de su naturaleza y eficacia, hablaban de ella por todas partes de una forma tal que hasta muchos de sus adversarios estaban convencidos de que, antes de que pasara medio año, aquel *Don Juan* conmovería al mundo musical de un extremo a otro de Alemania, trastornándolo y conquistándolo impetuosamente. Más cautas y moderadas eran las voces bien intencionadas de otros que, teniendo en cuenta el estado actual de la música, no se atrevían a esperar un éxito general y rápido. El propio maestro compartía en secreto esas dudas más que fundadas.

Constanza, por su parte, como hacen siempre las mujeres que, cuando sus sentimientos se han despertado vivamente y se encuentran además dominadas por el ardor de un deseo muy justificado, se dejan inducir a error con menor frecuencia que los hombres, se aferraba a su confianza y ahora, en el coche, tenía otra vez oportunidad de defenderla. Lo hacía a su estilo alegre y exuberante y con doble empeño porque el humor de Mozart había decaído ya marcadamente durante la conversación anterior, que no podía ir más lejos y, por ello, se había interrumpido de una forma sumamente insatisfactoria. En seguida explicó detalladamente a su esposo, con la misma vivacidad, cómo, a su regreso, pensaba utilizar los cien ducados convenidos con el empresario de Praga como precio de la partitura para pagar las deudas más urgentes y otras, y cómo esperaba que le bastasen además para su presupuesto del próximo invierno, hasta que llegara la primavera.

—Tu señor Bondini^[8] hará su agosto con esa ópera, créeme; y si es la mitad de honrado de lo que tú dices siempre, te dará además un pequeño porcentaje adecuado de lo que le pagarán los teatros por las copias; si no, bueno, a Dios gracias tenemos otras posibilidades en perspectiva, mil veces más sólidas. Y presiento que serán muchas.

—¡Dime cuáles!

—No hace mucho, un pajarito me dijo que el rey de Prusia necesita un director de orquesta.

—¡Vaya!

—Quiero decir un director general de música. ¡Déjame fantasear un poco! He heredado esa debilidad de mi madre.

—Pues adelante. Cuanto más insensato sea, mejor.

—Qué va, todo es muy natural. Imagínate pues: dentro de un año, por estas fechas...

—Y si el Papa compusiera endechas...

—¡Calla, payaso! Como te digo, dentro de un año, por San Egidio, hará ya mucho tiempo que no hay en Viena a la redonda ningún compositor de cámara imperial llamado Wolf Mozart.

—¡Te morderá un zorro!^[9]

—Me imagino ya a nuestros viejos amigos hablando de nosotros todo lo que sepan.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, una mañana llega, poco después de las nueve, nuestra vieja admiradora la Volkstett, andando a toda vela con su más vehemente paso de carga por el Mercado del Carbón. Ha estado fuera tres meses, en un largo viaje para visitar a un cuñado en Sajonia, y por fin puede tener otra vez su charla cotidiana, tal como nosotros la conocemos; está de vuelta desde ayer noche y ahora, con el corazón desbordante, rebosa de felicidad del viaje, impaciencia amistosa y las más deliciosas novedades, ¡se precipita hacia la coronela! Sube la escalera, llama y entra sin esperar: ¡imagínate el júbilo y los abrazos por ambas partes! «Queridísima, bondadosísima coronela», dice recuperando el aliento después de los preliminares, «le traigo un montón de saludos, ¿adivina de quién? No vengo directamente de Stendal, hemos dado un pequeño rodeo, por la izquierda, hasta Brandemburgo...». «¿Sí? ¿Es posible...? ¿Viene usted de Berlín? ¿Ha visto a los Mozart?...» «¡Diez días maravillosos...!» «¡Oh querida, encantadora, extraordinaria generala! ¡Cuénteme, dígame! ¿Cómo les va a nuestros amiguitos? ¿Se encuentran tan bien como al principio? ¡Me resulta maravilloso, inimaginable incluso hoy, que viene usted de allí... ¡Mozart hecho un berlinés! ¿Cómo le va? ¿Qué aspecto tiene...?» «¡Oh! Tendría que verlo. Este verano, el rey lo ha enviado a Carlsbad. ¿Cuándo se le habría ocurrido algo así a su amado emperador José? Acababan de regresar apenas cuando llegué yo. Él está resplandeciente de salud y de vida, grueso y fuerte y vivo como el mercurio; se le ve la felicidad y el bienestar en los ojos.»

Y la oradora, en el papel que había adoptado, comenzó a pintar la nueva situación con los colores más seductores. Desde su vivienda en Bajo los Tilos y su jardín y su casa de campo hasta los brillantes escenarios de sus actuaciones públicas y en el círculo reducido de la Corte, donde Mozart acompañaba al piano a la reina, todo se hizo igualmente vivo y actual en su descripción. Se inventaba conversaciones enteras y las más deliciosas anécdotas. Realmente, parecía conocer mejor las residencias de Potsdam y Sanssouci que el castillo de Schönbrunn o el Palacio Imperial. De paso, era suficientemente maliciosa para atribuir a nuestro héroe una multitud de cualidades domésticas totalmente nuevas, crecidas en el suelo firme de la vida prusiana, y entre las cuales la citada Volkstett, como acontecimiento más destacado y prueba de que los extremos muchas veces se tocan, había observado una ordenada tacañería que convenía a Mozart infinitamente bien. «Sí, tendrá unos tres mil táleros fijos^[10] y ¿a cambio de qué? De dirigir una vez por semana un concierto de cámara y dos veces una ópera... Ay, coronela, he visto a nuestro querido Mozart, pequeño y magnífico, en medio de la excelente orquesta que ha formado y que lo adora. ¡Me senté en su palco con la Mozart, frente a las personalidades más elevadas! Y en el programa, tenga, lo he traído para usted... envolviendo un pequeño regalo mío y de los Mozart, vea usted, lea, ¡ahí está, escrito en grandes letras...!». «¡El cielo me valga! ¿Qué? ¡*Tarar...*!^[11]». «Sí, realmente, amiga, ¡lo que hay que ver! Hace dos años, cuando Mozart escribió el *Don Juan* y el maldito Salieri, venenoso y cetrino, hacía en secreto preparativos para trasplantar a su propio terreno el triunfo que Mozart había obtenido con su obra en París y presentar una pieza de tan altos vuelos a nuestro buen público, amante de insulseces y siempre contento con la *Cosa rara*, y mientras Salieri y sus compinches intrigaban y maquinaban, porque querían escenificar un *Don Juan* tan desplumado, ni carne ni pescado, como en otra ocasión el *Fígaro*... prometí, por mi vida, que, si se representaba esa obra infame, ¡no iría a verla por nada del mundo! Y cumplí mi promesa. Cuando todos corrían y se apresuraban, también usted, coronela, yo me quedé junto a la estufa, con mi gato en el regazo y comiéndome mi bollito; y lo mismo las veces

que siguieron. Sin embargo, ahora, figúrese, ¡Mozart dirige *Tarar*, la obra de su enemigo mortal, en la Ópera de Berlín! “¡Tiene que asistir usted!”, me dijo ya en el primer cuarto de hora, “aunque sólo sea para que pueda decirles a los vieneses que no he tocado un solo pelo del joven Absalón. ¡Quisiera que el propio Salieri estuviera presente, a fin de que ese archienvidioso viera que no necesito echar a perder los trabajos ajenos para poder seguir siendo quien soy!”»

—*Brava! Bravissima!* —exclamó Mozart cogiendo la cabeza de su mujercita, besándola, estrechándola contra su pecho y acariciándola, de forma que aquel juego de pompas de jabón de un futuro soñado, que por desgracia jamás se realizaría, ni aun de la forma más modesta, se deshizo en definitiva en pura travesura, alboroto y risa.

Entre tanto, hacía tiempo que habían bajado al valle y se acercaban a un pueblo que habían divisado ya desde lo alto y detrás del cual se alzaba inmediatamente, en la apacible llanura, un pequeño castillo de aspecto moderno: la residencia de cierto conde von Schinzberg. En aquel pueblo pensaban dar de comer a las bestias, descansar y hacer la pausa del mediodía. La posada en que se detuvieron se alzaba aislada al final del pueblo, junto al camino, desde el cual, a un lado, una avenida de álamos de apenas seiscientos pasos conducía hasta el señorial jardín.

Mozart, después de bajar del coche, dejó como siempre a su mujer la tarea de encargar la comida. Entre tanto, pidió para él un vaso de vino en la sala de abajo, mientras ella solicitaba, además de un sorbo de agua, un rincón tranquilo para echarse una horita. Le hicieron subir una escalera y su esposo la siguió, muy despierto, cantando y silbando entre dientes. En la habitación, limpiamente encalada y rápidamente ventilada, había, entre otros muebles anticuados de origen más noble —sin duda, habían llegado hasta allí en otro tiempo desde los aposentos condales—, una cama limpia y ligera con un dosel pintado que descansaba sobre delgadas columnas, laqueadas de verde, cuyas cortinas de seda habían sido sustituidas hacía tiempo por un material más corriente. Constanza se puso cómoda, él prometió despertarla a tiempo, ella corrió el cerrojo de la puerta al salir él y Mozart se dirigió a buscar distracción en la sala común de la taberna. Allí, sin embargo, no había un alma aparte del posadero, y como al huésped le gustó tan poco su conversación como su vino, sintió deseos de dar un paseo hasta el jardín del castillo, en espera de que estuviera dispuesta la mesa. Según oyó, la entrada en el jardín estaba permitida a los forasteros respetables y, además, la familia estaba hoy ausente.

Se fue y recorrió pronto el corto camino hasta la abierta puerta del jardín; luego anduvo lentamente por una avenida de altos y viejos tilos, al término de la cual, a su izquierda, tuvo de pronto ante sí, a corta distancia, la fachada del castillo. Éste era de estilo italiano, con un enlucido claro y una doble escalera muy adelantada; su tejado de pizarra estaba adornado con algunas estatuas de dioses y diosas, en la forma habitual, y con una balaustrada.

Desde el centro de dos grandes parterres, todavía abundantemente florecidos, el Maestro se dirigió hacia las zonas boscosas del jardín, bordeó algunos hermosos y oscuros grupos de pinos y orientó sus pasos por senderos tortuosos, acercándose paulatinamente otra vez a las zonas más claras y al vivo murmullo de una fuente a la que llegó en seguida.

El estanque oval, considerablemente ancho, estaba rodeado por unos naranjos cuidadosamente cultivados en cubas, que alternaban con laureles y adelfas; un blando sendero de arena, ante el que se abría un estrecho cenador de celosía, lo rodeaba. El cenador ofrecía el lugar de descanso más agradable que pueda imaginarse; había una mesita junto a un banco, y Mozart se sentó en éste, cerca de la entrada.

Con los oídos complacidamente atentos al chapoteo del agua y los ojos fijos en un naranjo agrio de mediana altura que, fuera de la hilera y aislado, se encontraba en el suelo muy cerca de él, cargado de los frutos más hermosos, nuestro amigo, ante esa visión meridional, recordó en seguida un encantador suceso de su infancia. Sonriendo pensativamente, tiende la mano hacia el fruto más próximo, como si quisiera sentir en la palma su redondez espléndida y su jugosa frescura. Sin embargo, en estrecha relación con aquel recuerdo juvenil que surgía de nuevo, tuvo una reminiscencia musical hacía tiempo borrada, cuya huella incierta siguió soñadoramente por un momento. Ahora le brillan los ojos, que vagan de un lado a otro, y lo acomete una idea que, inmediatamente, persigue con ardor. Distraído, ha cogido por segunda vez la naranja, que se separa de la rama y se le queda en la mano. Él la ve y no la ve; tan lejos llega la distracción de los artistas que Mozart, haciendo girar continuamente el oloroso fruto ante sus narices y removiendo entre los labios tan pronto el comienzo como el tema central de una melodía inaudible, saca por último instintivamente de un bolsillo lateral de su casaca un estuche esmaltado, coge de él un cuchillito de mango de plata, y corta lentamente, de arriba abajo, aquel objeto redondo y amarillo. Quizá lo impulsara a ello, remotamente, una oscura sensación de sed, pero sus sentidos excitados se contentaron con aspirar el delicioso olor. Mira fijamente, durante unos minutos, las dos caras internas, las junta otra vez, lenta, muy lentamente; las separa y las vuelve a unir.

Entonces oye cerca unos pasos, se sobresalta y cobra conciencia súbitamente de dónde se encuentra y de lo que ha hecho. A punto ya de esconder la naranja agria, se detiene en seguida, sea por orgullo o porque es demasiado tarde. Un hombre alto y de anchas espaldas vestido de librea, el jardinero de la casa, estaba ante él. Sin duda, había visto aún su último gesto sospechoso y, sorprendido, guardó silencio unos segundos. Mozart, igualmente mudo, como clavado en su asiento, lo miraba a la cara con sus ojos azules, semisonriente y con evidente sonrojo pero, sin embargo, de una forma hasta cierto punto arrogante y superior; luego —lo que hubiera resultado muy cómico para un tercero— puso la naranja, aparentemente intacta, en el centro de la mesa, con una especie de determinación testarudamente atrevida.

—Disculpe —empezó a decir el jardinero con indignación reprimida; después de contemplar el atuendo poco prometedor del extraño—: no sé con quién...

—Soy Mozart, director de orquesta de Viena.

—¿Sin duda conocido en el castillo?

—Soy forastero y me encuentro de paso. ¿Está el señor conde?

—No.

—¿Y su esposa?

—Están ocupados y no es fácil verlos.

Mozart se puso en pie e hizo ademán de marcharse.

—Con la venia, señor... ¿cómo ha podido apoderarse así y en este lugar de...?

—¿Qué? —exclamó Mozart—. ¡Apoderarme! ¿Es que cree que quería robar esa cosa y comérmela?

—Señor, yo sólo creo lo que veo. Esos frutos están contados y yo respondo de ellos. Ese árbol está destinado por el señor conde a una fiesta y debe ser transportado en seguida. No puedo dejarlo marchar a usted hasta haber informado del asunto y hasta que usted haya dado testimonio de cómo ocurrió.

—Está bien. Aguardaré lo que sea preciso. ¡Descuide!

El jardinero miró titubeando a su alrededor y Mozart, pensando que quizá esperaba sólo una propina, metió la mano en el bolsillo, pero no llevaba nada encima.

Dos ayudantes, efectivamente, se presentaron, cargaron el árbol en unas angarillas y se lo llevaron. Entre tanto, el Maestro había cogido su cartera, había sacado una hoja blanca y, mientras el jardinero seguía sin moverse del sitio, comenzó a escribir a lápiz:

Distinguida Señora:

Me encuentro en su paraíso, infeliz como en otro tiempo Adán después de haber probado la manzana. Ha ocurrido una desgracia y ni siquiera puedo echarle la culpa a una pobre Eva que, precisamente en estos momentos, rodeada por las gracias y los amorcillos del baldaquín de su cama, disfruta en la posada del sueño más inocente. Dé simplemente una orden y presentaré en persona mis excusas a Vuestra Excelencia por un desafuero que a mí mismo me resulta incomprensible. Sinceramente arrepentido,

Vuestro humilde servidor,
W. A. Mozart,
en camino hacia Praga.

Le entregó el billete, bastante torpemente plegado, al sirviente que aguardaba molesto, dándole las instrucciones necesarias. Apenas se había alejado el malévolo, cuando en la parte trasera del castillo se oyó entrar un vehículo en el patio. Era el conde, que traía de la propiedad cercana a una sobrina y a su novio, un barón joven y rico. Como la madre de éste no salía ya de su casa desde hacía años, hoy habían celebrado en ella los esponsales; ahora la ceremonia debía proseguir, con algunos invitados, en una alegre fiesta organizada aquí, donde Eugenia, como si fuera una verdadera hija, había encontrado desde la infancia su segundo hogar. La condesa había vuelto a casa un poco antes con su hijo Max, el teniente, para hacer aún diversos preparativos. En el castillo, por pasillos y escaleras, todo estaba en movimiento, y sólo con dificultad consiguió el jardinero entregar finalmente la hoja a la señora condesa en la antesala; ella, sin embargo, no la abrió en seguida sino que, sin prestar realmente atención a las palabras del mensajero, siguió adelante ocupada. Él esperó y esperó, pero ella no regresaba. Toda clase de miembros de la servidumbre —criados, doncellas y camareros— pasaban corriendo ante él; preguntó por el señor... se estaba vistiendo; lo buscó y encontró al conde Max en su alcoba, pero estaba en conversación animada con el barón y, como preocupado de que el mensajero quisiera comunicarle o preguntarle algo que no debiera saberse, le cortó la palabra:

—Ya voy... ¡Déjame ahora! —aguardó todavía un buen rato hasta que padre e hijo salieron al mismo tiempo y supieron la fatal noticia.

—¡Es el colmo! —exclamó aquel hombre grueso y bonachón, aunque un tanto impulsivo—. ¡Eso excede de todo lo imaginable! ¿Dices que es un músico vienés? Seguramente algún tunante que quiere una ayuda de viaje y coge cuanto encuentra.

—Perdonad Excelencia, pero no tiene ese aspecto. Me parece que no está muy bien de la cabeza; además, es muy orgulloso. Se llama Moser. Está aguardando abajo una decisión; le dije a Francisco que se quedara allí y no le quitara el ojo de encima.

—¿De qué diablos sirve eso ahora? ¡Aunque haga encarcelar a ese necio, el daño es irreparable! Os he dicho mil veces que la puerta delantera debe permanecer cerrada. Todo este trastorno se

hubiera evitado si hubierais tomado medidas a tiempo.

En aquel momento, la condesa, apresuradamente y con alegre excitación, salió de la habitación contigua con el billete abierto en la mano.

—¿Sabéis quién está abajo? —exclamó—. ¡Por el amor del Cielo, leed la carta!... ¡Mozart, el compositor vienés! Hay que ir en seguida a invitarlo... ¡Me temo que se haya ido ya! ¡Qué pensará de mí! Y usted, Velten, ¿ha sido por lo menos cortés con él? ¿Qué ha pasado?

—¿Pasado? —repuso su esposo, a quien la perspectiva de la visita de un hombre célebre no podía disipar la cólera de repente—: Ese loco ha arrancado una de las nueve naranjas del árbol que yo había destinado a Eugenia. ¡Mmmm! ¡El muy monstruo! Con eso la cosa ha perdido toda su gracia y Max puede guardarse su poema.

—¡De ninguna manera! —dijo insistente la dama—. El hueco será fácil de tapar, dejádmelo a mí. Id tranquilos ahora los dos y recibid a ese buen hombre tan amable y lisonjeramente como podáis. Si podemos detenerlo de algún modo, no debe proseguir hoy su viaje. Si no lo encontráis ya en el jardín, buscadlo en la posada y traedlo, juntamente con su esposa. El azar no hubiera podido hacer en este día un regalo mayor a Eugenia ni darle una sorpresa más hermosa.

—¡Es verdad! —respondió Max—, ése fue también mi primer pensamiento. ¡Venga, deprisa, papá! Y —dijo bajando las escaleras a todo correr— no os preocupéis lo más mínimo por mis versos. La novena musa no saldrá perdiendo; al contrario, sacaré mayor provecho aún de esa desgracia...

—¡Imposible!...

—Vaya si lo haré...

—Bueno, si es así, te tomo la palabra, vamos a recibir a ese extraviado con todos los honores.

Mientras esto pasaba en el castillo, nuestro cuasiprisionero, bastante poco preocupado en cuanto al desenlace del asunto, se dedicaba desde hacía tiempo a escribir. Sin embargo, como nadie aparecía, comenzó a pasearse intranquilo de un lado a otro; además, le llegó un mensaje urgente de la posada: la mesa estaba dispuesta hacía rato y el postillón apremiaba. De forma que Mozart recogió sus cosas y se disponía ya a marcharse sin más, cuando aparecieron los dos caballeros a la entrada del cenador.

El conde lo saludó vivamente con su voz tonante, casi como a un antiguo conocido, no permitió que se disculpara y le manifestó en seguida su deseo de recibir en su casa al matrimonio, al menos aquella tarde y aquella noche.

—Querido Maestro, nos es usted tan poco extraño que podría decir que difícilmente habrá otro lugar en que se pronuncie el nombre de Mozart con más entusiasmo ni frecuencia que aquí. Mi sobrina, que canta y toca, se pasa casi todo el día al piano, conoce sus obras de memoria y siente el más vivo deseo de conocerlo más de cerca desde que, el invierno pasado, asistió a uno de sus conciertos. Como en fecha próxima iremos a pasar unas semanas en Viena, sus parientes le habían prometido que la invitarían a casa del príncipe Gallizin, a donde suele ir usted a menudo. Ahora, sin embargo, se dirige usted a Praga, no regresará tan pronto, y Dios sabe si su camino de vuelta lo traerá hasta nosotros. ¡Descanse hoy y mañana! Devolveremos en seguida su carruaje y yo me encargaré del resto del trayecto.

El compositor, que en tales casos cedía a la amistad y el placer con una facilidad diez veces mayor que la que ahora necesitaba, no lo pensó mucho y aceptó con alegría quedarse media jornada; en cambio, dijo, proseguiría su viaje al día siguiente a primera hora. El conde Max se concedió a sí mismo el placer de recoger a madame Mozart y arreglar todo lo necesario en la posada. Se fue; un coche debía seguirle inmediatamente los pasos.

En relación con este joven observaremos de pasada que reunía comprensión, talento y amor por las bellas artes, heredados de su padre y de su madre, y que, sin tener verdadera vocación por la profesión militar, sobresalía como oficial por sus conocimientos y sus buenos modales. Estaba familiarizado con la literatura francesa y, en una época en que el verso alemán era poco estimado en la alta sociedad, había merecido elogios y favores por la gracia poco común de sus creaciones poéticas en lengua materna, que seguían los buenos modelos que encontraba en Hagedorn, Götz y otros^[12]. Como ya hemos señalado, hoy se le había presentado una ocasión especialmente agradable de utilizar sus dones.

Halló a madame Mozart charlando con la hija del posadero, ante una mesa puesta en la que se había servido ya la sopa. Ella estaba demasiado acostumbrada a incidentes extraordinarios y a los caprichos súbitos de su marido como para asombrarse más de lo justo por la aparición y el encargo del joven oficial. Con alegría no fingida, juiciosa y hábilmente, habló y ordenó sin tardanza por sí misma todo lo necesario. Una vez hecho el equipaje, pagada la cuenta y despedido el postillón, se arregló ella, sin poner demasiada meticulosidad en su *toilette*, y se dirigió de buen humor al castillo con su acompañante, sin sospechar la extraña forma en que su esposo se había introducido en aquél.

Mozart, entre tanto, se encontraba ya muy a gusto y en animada conversación. Poco tiempo después, vio al prometido y a Eugenia, una criatura en la flor de la edad, muy graciosa y cordial. Era rubia, su esbelta figura estaba festivamente vestida de una seda radiante de color carmesí, con valiosos encajes, y en torno a la frente llevaba una cinta blanca de perlas preciosas. El barón, sólo un poco mayor que ella y de carácter amable y abierto, parecía estar a su altura en todos los aspectos.

El mayor gasto de la conversación lo hacía, casi con excesiva generosidad, el bienhumorado dueño de la casa, gracias a su forma de hablar un tanto ruidosa y abundantemente salpicada de bromas y anécdotas. Se sirvieron refrescos, a los que nuestro viajero no hizo remilgos.

Alguien había abierto el piano, *Las bodas de Fígaro* estaban sobre él, y la joven se disponía a cantar, acompañada por el barón, el aria de Susanna en la escena del jardín, en la que se respira tumultuosamente el espíritu de una tierna pasión, como si fuera el aroma de una noche de verano. Una gran palidez borró durante las primeras aspiraciones el rojo delicado de las mejillas de Eugenia; sin embargo, al subirle sonoramente a los labios la primera nota, cayeron de su pecho todas las cadenas que lo oprimían. Ella permaneció sonriente, segura en lo alto de la ola, y la plenitud de aquel momento, quizá único en su género en todos los días de su vida, la entusiasmó con motivo.

Mozart estaba evidentemente sorprendido. Cuando Eugenia terminó, se dirigió a ella y le dijo, con su estilo cordial y nada afectado:

—Qué podría decir, querida niña, sino que ese canto es como el buen sol, cuyo mejor elogio es él mismo, ya que hace que todos se sientan a gusto. Ante un canto así, el alma es como un niño en el baño: ríe y se asombra y no conoce nada mejor en el mundo. Por lo demás, créame, no se oye en Viena todos los días una voz tan potente, sincera y cálida, ni tan perfecta —diciendo esto, le cogió la mano y se la besó efusivamente. La gran amabilidad y bondad de aquel hombre, tanto como el honroso tributo que rendía a su talento, produjeron en Eugenia esa emoción irresistible que se asemeja a un ligero vértigo, y sus ojos se llenaron repentinamente de lágrimas.

En aquel momento entró madame Mozart e, inmediatamente después, aparecieron otros invitados a los que se esperaba: una familia noble de los alrededores, estrechamente emparentada, con una hija, Francisca, unida desde la infancia a la novia por la amistad más íntima y que se encontraba allí como en su propio hogar.

Por todas partes hubo besos, abrazos y parabienes, se presentó a los dos huéspedes de Viena, y Mozart se sentó al piano. Tocó una parte de un concierto compuesto por él que Eugenia estudiaba en aquellos momentos.

El efecto de un concierto así en un círculo reducido como aquél se diferencia naturalmente del de cualquier concierto parecido en un lugar público por la infinita satisfacción que produce el contacto directo con la persona y el genio del artista dentro de las conocidas paredes familiares.

Se trataba de una de esas piezas brillantes en que la belleza pura, como por capricho, se pone al servicio de la elegancia, pero de tal forma que, como si estuviera velada sólo por esas variaciones caprichosas y escondida por una multitud de luces deslumbrantes, traiciona en cada movimiento su propia nobleza y derrocha generosamente una espléndida emoción.

La condesa observó para sí que la mayoría de los oyentes, sin excluir quizá a la propia Eugenia, a pesar de su recogimiento sumamente tenso y de su solemne silencio durante aquella encantadora interpretación, dividían su atención entre la vista y el oído. Contemplando involuntariamente al compositor, la actitud sencilla, casi rígida de su cuerpo, su rostro amable y los movimientos ondulantes de sus pequeñas manos, no resultaba fácil hacer frente a un tropel de mil preguntas tumultuosas en relación con aquel hombre prodigioso.

Volviéndose hacia madame Mozart, el conde dijo, al levantarse el Maestro:

—Ante un artista célebre, cuando se trata de expresar la admiración de un experto, lo que no todo el mundo es capaz de hacer, los reyes y emperadores tienen suerte. En su boca, todo parece original y extraordinario. Se lo pueden permitir todo y qué cómodo les resultaría, por ejemplo, situarse ahora tras el sillón de su señor esposo y, con el acorde final de esa brillante fantasía, dar palmadas en la espalda a ese hombre modesto y modélico diciendo: «¡Es usted un demonio, querido Mozart!». Apenas pronunciadas las palabras, corren por la sala como un reguero de pólvora: «¿Qué le ha dicho?». «¡Le ha dicho que es un demonio!» Y todo el que toca el violín, canta en falsete o compone se exalta ante *esas* palabras; en resumen, es el gran estilo, el estilo imperial familiar, el estilo inimitable que siempre he envidiado a los Josés y Federicos, y nunca más que ahora, en que me desespero al no encontrar en mis bolsillos ni un ochavo de esos caudales de ingenio —la forma en que el bromista dijo esto hizo su efecto, provocando inevitablemente la risa.

Entonces, a invitación de la señora de la casa, los presentes se dirigieron hacia un adornado comedor redondo, en el que un magnífico olor a flores y un aire fresco, que despertaba el apetito, recibían a los que entraban.

Ocuparon sus puestos convenientemente distribuidos: el huésped de honor frente a la pareja de novios. A uno de sus lados tenía a una dama de corta talla y cierta edad, tía soltera de Francisca, y al otro, como vecina de mesa, a la joven y encantadora sobrina, que por su genio y su viveza le resultó en seguida especialmente simpática. Constanza estaba entre el anfitrión y el teniente, su amable acompañante de antes; los demás se sentaron después y así quedaron los once a la mesa, de forma mezclada en lo posible, dejando libre el extremo más lejano. En él reposaban, entre dos grandes y majestuosos adornos de porcelana con figurillas pintadas, anchas copas sólidas repletas de frutos y flores naturales. De las paredes de la sala colgaban ricas guirnaldas. Todo lo que allí había o lo que siguió luego parecía anunciar un prolongado festín. En parte sobre la mesa, entre las fuentes y los platos, y en parte en una mesa auxiliar situada detrás, centelleaban toda clase de nobles bebidas, desde el tinto más negro hasta el blanco más dorado, cuya alegre espuma, tradicionalmente, sólo corona la segunda parte de una fiesta.

Hasta aquel momento, la conversación, alimentada vivamente desde muchos lados, se dispersaba en todas direcciones. Sin embargo, como el conde, ya desde el principio, hacía alusiones vagas y luego cada vez más directas y traviesas a la aventura de Mozart en el jardín, de forma que unos sonreían con disimulo y otros se rompían inútilmente la cabeza tratando de averiguar qué quería decir, nuestro amigo tomó la palabra.

—He de confesar en nombre de Dios —comenzó— de qué forma se me ha deparado realmente el honor de conocer esta noble casa. No me corresponde en ello el papel más airoso y poco ha faltado para que, en lugar de comer aquí tan placenteramente, estuviera en algún apartado calabozo del castillo condal, contemplando, con el estómago vacío, las telarañas de las paredes.

—¡Vaya! —exclamó madame Mozart—. Voy a enterarme de cosas interesantes.

Entonces él describió detalladamente cómo había dejado a su mujer en El Caballo Blanco, su paseo por el parque, su mala estrella en el cenador, su controversia con los guardianes..., en pocas palabras, más o menos lo que ya sabemos, pero lo contó con la mayor sinceridad, causando gran regocijo en sus oyentes. Las risas parecían no querer acabar nunca; ni la discreta Eugenia podía contenerse y su cuerpo se estremecía con franqueza.

—Sin embargo —continuó Mozart—, como dice el refrán: ande yo caliente y ríase la gente. He sacado mi provecho del asunto, como van a ver. Pero antes que nada escuchen cómo fue posible que una vieja cabecita de niño pudiera distraerse. Un recuerdo de infancia tuvo en ello su papel.

»En la primavera de 1770, siendo un jovencito de trece años^[13], emprendí un viaje a Italia con mi padre. Íbamos de Roma a Nápoles. Yo había tocado dos veces en el Conservatorio y varias veces más en otros sitios. La nobleza y el clero tuvieron con nosotros muchas atenciones; sobre todo nos tomó afecto un abate, que se consideraba a sí mismo conoedor y que, por lo demás, tenía cierta influencia en la Corte. La víspera de nuestra partida nos llevó, en compañía de otros señores, a un jardín real, el Villa Reale, en donde una compañía de comediantes sicilianos, los Figli di Nettuno, como a sí mismos se llamaban, además de otros bellos nombres, estaba actuando. Con muchos espectadores distinguidos, entre ellos la joven y amable reina Carolina y dos princesas, nos sentamos en una larga fila de bancos a la sombra de una galería baja, como una tienda, al pie de cuyos muros chapoteaban las olas. El mar, con sus franjas de muchos colores, reflejaba espléndidamente el cielo azul del verano. Delante teníamos el Vesubio y a la izquierda brillaba, suavemente curvada, una costa encantadora.

»Había terminado la primera parte de la obra, que se representó en el tablado seco de una especie de balsa que flotaba sobre el agua y que no tenía nada de especial; sin embargo, su segunda y más bella parte se componía simplemente de números de barqueros, nadadores y buceadores, y se me quedó vivamente grabada en la memoria con todos sus detalles.

»Desde lados opuestos se aproximaron mutuamente dos barcas graciosas y de construcción muy ligera, preparadas, al parecer, para una excursión de recreo. Una de ellas, algo mayor, estaba dotada de un puente y, junto a los bancos de los remeros, tenía un mástil delgado y una vela; iba magníficamente pintada y tenía la proa dorada. Cinco adolescentes de físico ideal, apenas vestidos, con brazos, pecho y piernas al parecer desnudos, se ocupaban en parte de los remos y se divertían en parte con un número igual de graciosas muchachas, que eran sus amantes. Una de éstas, que se sentaba en medio del puente tejiendo coronas de flores, se distinguía de todas las demás por su estatura y belleza, así como por su atavío. Las otras la servían solícitamente, tendían un paño para guardarla del sol y le ofrecían las flores del cesto. A sus pies se sentaba una flautista que, con sus

sonidos claros, subrayaba el canto de las restantes muchachas. A aquella extraordinaria beldad no le faltaba protector; sin embargo, los dos se comportaban mutuamente de una forma asaz indiferente, y el amante me pareció casi rudo.

»Entre tanto, la otra embarcación, más sencilla, se había aproximado. En ella sólo había jóvenes del sexo masculino. Así como los otros adolescentes iban vestidos de un rojo vivo, el color de estos últimos era el verdemar. Se sorprendieron al ver a aquellas niñas encantadoras, las saludaron con la mano y les manifestaron su deseo de conocerlas mejor. La más atrevida de las jóvenes se quitó una rosa del seno y la sostuvo alegremente en alto, como si preguntara si tal ofrenda sería bien recibida por ellos, a lo que todos los de la otra embarcación respondieron con gestos nada equívocos. Los de rojo parecían despreciativos y sombríos, pero no pudieron hacer nada cuando algunas de las muchachas decidieron, de común acuerdo, arrojar al menos a los pobres diablos algo que calmara su hambre y su sed. En el suelo había un cesto lleno de naranjas; probablemente se trataba sólo de pelotas amarillas que imitaban a esas frutas. Y entonces comenzó un fascinante espectáculo, con la colaboración de los músicos que se habían situado en la orilla.

»Una de las doncellas lo inició, siendo la primera en lanzar al otro lado, con mano ágil, algunas naranjas que, atrapadas allí con la misma agilidad, fueron devueltas en seguida; de esa forma iban las naranjas de un lado a otro, y como poco a poco intervenían más muchachas, pronto volaron las naranjas por docenas, a un ritmo cada vez más acelerado. La bella del centro no participaba en la competición, aunque la contemplaba con gran interés desde su banco. No nos cansábamos de admirar la habilidad demostrada por ambas partes. Los barcos daban vueltas, con lento movimiento, a una distancia de unos treinta pasos, y tan pronto se presentaban el flanco como, oblicuamente, la parte delantera; había continuamente unas dos docenas de pelotas en el aire pero, en la confusión, parecían muchas más. A veces se desencadenaba un verdadero fuego cruzado y, a menudo, las naranjas subían y bajaban describiendo un gran arco; apenas se escapaba alguna o caía otra..., era como si se precipitasen por sí mismas, por una fuerza de atracción, hacia los dedos abiertos.

»Sin embargo, por muy agradablemente que se ocupase la vista, no menos encantadoras eran para el oído las melodías de acompañamiento: aires y bailes sicilianos, *saltarelli*, *canzoni a ballo*, todo un popurrí ligeramente ensartado como una guirnalda. La más joven de las princesas, una criatura gentil e ingenua, aproximadamente de mi edad, llevaba el compás muy graciosamente con movimientos de cabeza; todavía hoy puedo ver ante mí su sonrisa y las largas pestañas de sus ojos.

»¡Pero permítanme contar brevemente el desenlace de la farsa, aunque nada tenga que ver ya con mi historia! No es fácil imaginarse nada más bonito. Mientras la escaramuza cesaba paulatinamente y sólo se intercambiaban aún disparos aislados, y mientras las muchachas reunían sus frutos dorados y los devolvían al cesto, en el otro lado un joven, como jugando, había cogido una ancha red de malla verde y la había sumergido corto tiempo en el agua; la sacó y, para asombro de todos, había en ella un gran pez que brillaba en azul, verde y oro. Los más próximos acudieron presurosos para atraparlo, pero se les escurrió entre los dedos, como si estuviera realmente vivo, y cayó al mar. Era sólo un ardid de guerra convenido para engañar a los rojos y hacerlos dejar el barco. Ellos, como hechizados por el prodigio, en cuanto vieron que el animal no se hundía sino que se limitaba a jugar en la superficie, se precipitaron al agua sin reflexionar un momento, y lo mismo hicieron los verdes, y así pudo verse a doce nadadores hábiles y bien formados que trataban de atrapar al huidizo pez, el cual se columpiaba sobre las olas, desaparecía bajo ellas unos minutos y, tan pronto aquí como allá, aparecía de nuevo entre las piernas de uno o entre el pecho y la barbilla de otro. De

pronto, cuando los rojos estaban precisamente en lo más acalorado de la captura, los otros se percataron de su propia ventaja y treparon con la velocidad del rayo al barco ajeno, totalmente abandonado a las muchachas, con gran griterío de éstas. El más noble de los muchachos, que tenía la figura de un Mercurio, se precipitó con el rostro radiante de alegría hacia la más bella, la abrazó y besó, y ella, lejos de unirse a los gritos de los demás, ciñó con sus brazos, de forma igualmente ardiente, a aquel adolescente que tan bien conocía. El engañado tropel nadó apresurado hacia allí, pero fue alejado de la borda con armas y manos. Su rabia impotente, los gritos de terror de las muchachas, la violenta resistencia de algunas de ellas, sus ruegos y súplicas sofocados casi por el alboroto de los otros, del agua, de la música, que había tomado de súbito otro carácter... resultaban indescriptiblemente hermosos, y los espectadores estallaron en una tempestad de aplausos.

»Sólo en ese momento se desplegó la vela hasta entonces flojamente atada: de ella salió un joven de rosa con alas plateadas, arco, flecha y aljaba, que con actitud llena de gracia se balanceó agarrado al mástil. Los remos trabajaban ya plenamente y la vela se hinchaba; pero más poderosamente que ambos parecía impulsar a la embarcación la presencia del dios y su vivo gesto hacia delante, de tal forma que los nadadores perseguidos, casi sin aliento —uno de ellos sostenía sobre su cabeza con la mano izquierda el dorado pez— perdieron pronto las esperanzas y, agotados, se vieron obligados a buscar refugio en el barco abandonado. Entre tanto, los verdes habían llegado a una pequeña península boscosa donde, inesperadamente, apareció una espléndida canoa con compañeros armados y dispuestos. Ante situación tan amenazadora, el puñado de jóvenes enarboló una bandera blanca para indicar que estaban prontos a negociar amigablemente. Alentados por una señal idéntica de los otros, todos se dirigieron al embarcadero, y pronto se vio cómo las buenas muchachas, menos una que prefirió quedarse, subían satisfechas con sus amantes a su propio barco... Y así concluyó la comedia.

—Me parece —susurró Eugenia con ojos brillantes al barón, en una pausa en que todo el mundo comentaba aprobadoramente lo que acababa de escuchar— que se nos ha pintado una sinfonía del principio al final, y una que muestra además una semejanza perfecta con el propio espíritu de Mozart en toda su pureza. ¿No tengo razón? ¿No tiene toda la elegancia del *Fígaro*?

Su novio estaba a punto de comunicar la observación al compositor, cuando éste siguió hablando.

—Han pasado diecisiete años desde que estuve en Italia. ¿Quién hay que la haya visto, especialmente Nápoles, y no piense en ella toda su vida? ¡Aunque haya sido, como en mi caso, casi en pañales! Sin embargo, tan vivamente como hoy, en vuestro jardín, no había recordado nunca aquella última y hermosa velada en el golfo. Cuando cerré los ojos... aquel paisaje celestial, una vez apartado el último velo, se extendió ante mí muy distinta, clara y luminosamente. ¡El mar y la playa, el monte y la ciudad, la multitud abigarrada de la orilla y el maravilloso juego de las naranjas! Creí que resonaba otra vez en mis oídos la misma música, y pasó por mi cabeza todo un rosario de alegres melodías, ajenas y propias, tirios y troyanos, sucediéndose unas a otras. Por azar brota una cancioncilla de baile, al compás del seis por ocho, totalmente nueva para mí... Un momento, me dije, ¿qué es esto? ¡Parece endiabladamente gracioso! Lo miro más de cerca y... ¡voto al diablo! ¡Ahí está Masetto, ahí Zerlina!...

Sonrió a madame Mozart, que comprendió en seguida.

—La cosa —continuó— es así. En mi primer acto quedaba por terminar una pequeña escena ligera: el dúo y el coro de una boda campestre. En efecto, hace dos meses, cuando quise ocuparme de la obra por su orden, no encontré en seguida, en el primer borrador, nada adecuado. Una melodía simple e infantil, siempre chispeante de alegría, un fresco ramillete sujeto con una cinta al corpiño de

una doncella..., así debía ser. Como no hay que hacerse nunca la más mínima violencia y esas pequeñeces, a menudo, se arreglan por sí solas casualmente, lo dejé estar y, dedicado al trabajo más importante, no volví a ocuparme de ello. Hoy en el coche, poco antes de llegar al pueblo, el texto me vino fugazmente a la memoria; nada ocurrió luego, por lo menos nada que yo supiera. Pues bien, una horita más tarde, en el cenador y junto a la fuente, se me ocurrió un motivo como no encontraría más feliz ni mejor en ningún otro momento y de ninguna otra forma. A veces se tienen en el Arte experiencias peculiares, pero una cosa así no me había ocurrido nunca. Porque una melodía, hecha como a la medida del verso... Pero no nos adelantemos, todavía no hemos llegado ahí, el pájaro sólo había sacado la cabeza del huevo y yo empecé al instante a despojarlo por completo de su cáscara. Al hacerlo, veía ante mis ojos vivamente el baile de Zerlina y, al mismo tiempo, se me aparecía también, de forma maravillosa, el sonriente paisaje del golfo de Nápoles. Oía las distintas voces de la pareja de novios, las muchachas y los mozos del coro.

En ese punto, Mozart canturreó alegremente el comienzo de una cancioncilla:

*Giovinette, che fate all'amore, che fate all'amore,
Non lasciate che passi l'età, che passi l'età!
Se nel seno vi bulica il core, vi bulica il core,
Il remedio vedetelo quà! La ra la! La ra la!
Che piacer, che piacer che sarà!
La ra la! La ra la ecc^[14].*

»Entre tanto, mis manos habían causado la gran desgracia. Némesis acechaba ya tras el seto y avanzaba ahora en figura de un hombre horrible con casaca azul de galones. Una erupción del Vesubio, que hubiera sepultado y cubierto entonces, en aquella velada divina junto al mar, a espectadores y actores y el esplendor entero de Parténope^[15], no hubiera causado, por Dios, catástrofe más inesperada ni horrible. ¡El muy diablo! Nadie me ha producido nunca tan fácilmente tanto rubor. Un rostro como de bronce... ¡que guardaba cierto parecido con el del cruel emperador romano Tiberio! Si el sirviente tiene ese aspecto, pensé cuando se hubo marchado, ¡cuál tendrá Su Excelencia! Con todo, a decir verdad, contaba ya con la protección de las damas, y no sin motivos. Porque esa Constanza de ahí, mi mujercita, un tanto curiosa por naturaleza, había hecho que la gorda posadera le contase en mi presencia lo más digno de ser sabido acerca de las personalidades de Vuestras Señorías; yo estaba cerca y lo oí...

En ese punto, madame Mozart no pudo menos de interrumpirlo y asegurar con viveza que, muy al contrario, el preguntón había sido él; se produjo una alegre disputa entre marido y mujer que hizo reír mucho...

—Sea como fuere —dijo él—, en pocas palabras, así apartado, oí algo acerca de una encantadora hija adoptiva, de cierta novia, muy hermosa, que era la bondad misma y cantaba como un ángel. *Per Dio!* ¡Ella te sacará del apuro! Ahora mismo te sientas, escribes una cancioncilla, explicas tu tontería en lo posible, ajustándote a la verdad, y todo habrá sido una buena broma. Dicho y hecho. Tuve tiempo suficiente, encontré también un pliego limpio de papel a rayas verdes... ¡Y éste es el resultado! En esas bellas manos lo pongo: una canción de novia improvisada, si se quiere considerar así.

Y alargó una hoja pulcramente escrita a Eugenia, por encima de la mesa, pero el tío adelantó su

mano a la de ella, cogió la nota y exclamó:

—¡Un minuto de paciencia aún, hija mía!

A un gesto suyo, las puertas del salón se abrieron de par en par y aparecieron unos criados que entraron en la sala, discretamente y sin ruido, el funesto naranjo, poniéndolo sobre un banco junto a la mesa; al mismo tiempo, colocaron a su izquierda y derecha dos esbeltos mirtos. Una inscripción sujeta al tronco del naranjo lo identificaba como propiedad de la novia; delante, sin embargo, sobre un lecho de musgo, había, cubierto por un lienzo, un plato de porcelana en el que, cuando se quitó el paño, apareció una naranja cortada, junto a la que el tío colocó, con mirada traviesa, la nota autógrafa del Maestro. Todos dieron rienda suelta a su alegría.

—Yo creo —dijo la condesa— que Eugenia no sabe qué tiene delante. Probablemente no reconoce a su antiguo favorito con ese nuevo tocado de flores y frutos.

Sorprendida e incrédula, la joven miraba alternativamente al árbol y a su tía.

—No es posible —dijo—. Sé muy bien que se había perdido.

—¿Crees —respondió la condesa— que hemos buscado en algún lado otro árbol de repuesto? ¡Estaría bonito! No, mira... tengo que hacer como se acostumbra en el teatro, cuando el hijo o el hermano que se creían muertos son reconocidos por sus marcas de nacimiento o sus cicatrices. ¡Mira ese nudo! Y aquí, esta hendidura sobre la bifurcación debes de haberla visto cien veces. ¡Qué! ¿Es o no es? —La joven no pudo dudar ya; su asombro, su emoción y su alegría eran indescriptibles.

Para la familia, a ese árbol iba unido el recuerdo más que centenario de una mujer excepcional, que bien merece le dediquemos aquí un pensamiento.

El abuelo del tío, famoso por sus servicios diplomáticos en el gabinete austríaco y honrado con igual confianza por dos soberanos sucesivos, no era menos afortunado en su propia casa, al poseer una esposa exquisita, Renata Leonora. Las repetidas estancias de ella en Francia la pusieron de muchas formas en relación con la corte radiante de Luis XIV y con los hombres y mujeres más importantes de aquella época notable. Sin embargo, aun participando sin prejuicios en la constante variación de los placeres más espirituales de la vida, ella no renunció en modo alguno, de palabra ni de obra, a la heredada honorabilidad y severidad de sus costumbres alemanas, que aún pueden apreciarse, de forma inconfundible, en los fuertes rasgos del retrato que existe de la condesa. Precisamente en virtud de esa manera de pensar, ejercía en la citada sociedad una peculiar oposición ingenua, y la correspondencia que dejó ofrece multitud de indicios de la franqueza y resuelta presencia de ánimo con que, ya tratase de cuestiones de religión, literatura, política o de lo que fuera, aquella singular mujer sabía defender sus sanos principios y opiniones, y atacar las flaquezas de la sociedad, sin hacerse por ello nada fastidiosa. Su gran interés por todas las personas que podían conocerse en casa de una tal Ninon^[16], verdadero centro de la más refinada cultura, era, al parecer, de tal orden y naturaleza que le granjeó la más alta amistad con una de las damas más nobles de su época, madame de Sevigné. Junto a varios poemas burlescos de Chappelle^[17] dedicados a ella, garrapateados por el poeta mismo en hojas de orla de flores plateadas, en un armarito de ébano se encontraron las cartas más afectuosas imaginables de la marquesa y de su hija a su noble amiga austríaca, después de la muerte de ésta.

Fue también de manos de madame de Sevigné de las que recibió un día, durante una fiesta en el Trianón, en la terraza del jardín, una rama de naranjo en flor que ella en seguida, al azar, plantó en una maceta y que, habiendo arraigado felizmente, se llevó a Alemania.

Durante sus buenos veinticinco años, el arbolito creció paulatinamente ante sus ojos y fue cuidado

luego, con el mayor desvelo, por hijos y nietos. Además de su valor intrínseco, podía tener también el de símbolo viviente del encanto espiritual de una época casi divinizada, en la que hoy, desde luego, podemos ver pocos valores auténticos y que llevaba ya en sí un aciago futuro cuya irrupción, que estremeció al mundo, no estaba muy lejos en la época de nuestro inocente relato.

Quien mayor amor dedicaba al legado de aquella digna antepasada era Eugenia, por lo que su tío manifestó en diversas ocasiones que, un día, el árbol pasaría a sus manos. Por ello resultó tanto más doloroso para la joven el que el árbol, en la primavera del año anterior, cuando ella no estaba, comenzara a languidecer, que sus hojas se volvieran amarillas y que muchas de sus ramas se secaran. Al ver que no podía descubrir ninguna causa especial para tal marchitamiento y que ningún remedio surtía efecto, el jardinero lo dio pronto por perdido, a pesar de que, siguiendo su desarrollo natural, el árbol hubiera podido llegar fácilmente a una edad dos o tres veces superior. El conde, en cambio, aconsejado por un experto vecino, lo hizo cuidar muy en secreto, en un lugar apartado, por un método particular y hasta misterioso, como es habitual entre las gentes del campo, y su esperanza de sorprender un día a su querida sobrina con un viejo amigo que hubiera recobrado sus fuerzas y toda su fecundidad se había cumplido, en contra de todo lo previsible. Dominando su impaciencia y no sin preocupación por saber si los frutos, algunos de los cuales habían alcanzado últimamente el grado más alto de madurez, se mantendrían tanto tiempo en la rama, aplazó la alegría varias semanas hasta la fiesta de hoy, y no hace falta decir más sobre la emoción con que el buen señor vio cómo aquella felicidad, por culpa de un desconocido, se frustraba en el último momento.

Ya antes de sentarse a la mesa, el teniente había tenido ocasión y tiempo de poner en limpio su contribución poética a la solemne entrega y de adaptar en lo posible a las circunstancias, mediante un final distinto, unos versos que, de todos modos, consideraba un poco demasiado serios. En aquel momento sacó su hoja y, levantándose de la silla y dirigiéndose a su prima, comenzó a leer en voz alta. El contenido de las estrofas, resumido, era el siguiente:

Un hijo póstumo del celebrado árbol de las Hespérides que, en tiempos inmemoriales, en una isla de Occidente, en el jardín de Juno, fue elegido como regalo de bodas para ella por su madre la Tierra y que guardaban las tres ninfas melódicas, ha deseado y esperado siempre tener el mismo destino, ya que la costumbre de regalar sus iguales a una novia exquisita había pasado también, hacía tiempo, de los dioses a los mortales.

Tras una larga y vana espera, parece haber encontrado finalmente la doncella a la que podrá dirigir sus miradas. Ella se mostraba benévola con él y gozaba a menudo de su presencia. Sin embargo, el laurel de las musas, su orgulloso vecino a la orilla de la fuente, ha despertado sus celos, amenazando con arrebatarse para el amor de los hombres aquellos hermosos corazón y mente, tan dotados para las artes. El mirto lo consolaba inútilmente, enseñándole paciencia con su propio ejemplo; por último, la prolongada ausencia de la amada aumenta su pesar, que, tras una breve enfermedad, se hace mortal.

El verano trae a la ausente y se la devuelve con corazón feliz y no alterado. El pueblo, el castillo, el jardín, todos la reciben con mil alegrías. Rosas y lilas, en todo su esplendor, la contemplan encantadas y pudorosas, y sus ramilletes y arbustos le desean felicidad; mas para *uno*, ay, el más noble, llega demasiado tarde. La doncella encuentra la copa del árbol marchita; sus dedos tocan el tronco sin vida y los chirriantes extremos de sus ramas. El árbol no conoce ni ve ya a su cuidadora. ¡Cómo llora ella, cómo fluye su queja delicada!

Apolo, desde lejos, escucha la voz de su hija. Llega, se aproxima y comparte compasivo su pena.

Inmediatamente, con sus manos que todo lo curan, roza el árbol, que se estremece; la seca savia hincha la corteza, ya brota nuevo follaje, ya se abren flores blancas, aquí y allá, de celestial plenitud. Sí... ¿acaso no pueden hacer eso los dioses...? Ya aparecen frutos redondos, tres veces tres, el número de las nueve hermanas; crecen y crecen, y su verde inmaduro se cambia visiblemente en oro.

Febo... Así termina el poema:

*Febo cuenta ya los frutos,
complaciéndose en contar
y, al pasar unos minutos,
no se puede refrenar.
Riendo elige el dios del canto
en la jugosa cargazón:
«¡Compartamos, dulce encanto,
por amor... tu posesión!».*

El poeta mereció un caluroso aplauso y se le perdonó de buen grado el giro barroco con que había cambiado totalmente la impresión del conjunto, en verdad lleno de sentimiento.

Francisca, cuyo alegre humor natural había sido ya excitado por el dueño de la casa y por Mozart, desapareció de súbito, como quien por azar recuerda algo, y regresó con un grabado en cobre inglés, de color sepia y gran tamaño, que, de forma poco destacada, colgaba en un gabinete no muy lejano, con su marco y su cristal.

—Debe de ser verdad lo que siempre he oído —exclamó mientras colocaba el cuadro en un extremo de la mesa—, ¡que no hay nada nuevo bajo el sol! Ésta es una escena de la Edad de Oro y... ¿acaso no la hemos vivido hoy? Espero que Apolo se reconozca en esa situación.

—¡Espléndido! —dijo Max exultante—. Ahí tenemos al hermoso dios, inclinándose pensativo sobre la fuente sagrada. Y no sólo eso... ¡Mirad: un viejo sátiro lo espía entre el follaje! Casi se podría jurar que Apolo acaba de recordar alguna pequeña danza arcádica que, en su niñez, le enseñara el viejo Quirón en la cítara.

—¡Eso es! ¡Exactamente! —aplaudió Francisca, que estaba detrás de Mozart—. Y —dijo dirigiéndose a éste—, ¿veis también la rama cargada de frutos que se inclina hacia el dios?

—Es verdad; es el olivo sagrado.

—¡De ningún modo! ¡Son las más hermosas de las naranjas! Pronto, distraídamente, cogerá una.

—Yo creo más bien —dijo Mozart— ¡que va a cerrar con mil besos esa boquita traviesa! —cogió a Francisca por el brazo y juró que no la soltaría hasta que le ofreciera sus labios, lo que ella hizo sin gran resistencia.

—Explícanos, Max —dijo la condesa— lo que dice debajo del cuadro.

—Son versos de una famosa oda de Horacio. Recientemente, Ramler, el poeta berlinés^[18], nos ha dado una versión alemana insuperable. Son de lo más inspirado. ¡Qué magnífico es precisamente ese pasaje!

*... él, que a la espalda no lleva
un arco inactivo,*

*que habita en el verde bosque materno de Delos
—y en de Patara las playas umbrías,
y que baña sus rizos de oro
en las ondas de la fuente Castalia.*

—¡Precioso! ¡Realmente precioso! —dijo el conde—, pero hay algunas cosas que requieren explicación. Por ejemplo, «que no lleva un arco inactivo» quiere decir, naturalmente, que fue uno de los más consumados violinistas. Pero lo que yo quería decir era otra cosa: querido Mozart, estáis sembrando la discordia entre dos corazones sensibles.

—Espero que no... ¿cómo es eso?

—Eugenia está envidiosa de su amiga y tiene sus buenas razones.

—Ajá, habéis descubierto mi punto flaco. Pero ¿qué dice a eso el novio?

—Por una o dos veces, haré la vista gorda.

—Muy bien: aprovecharemos la ocasión. Con todo, no temáis nada, señor barón: no hay peligro mientras el dios no me preste su rostro y sus largos cabellos rubios. ¡Ojalá lo hiciera! A cambio, podría llevarse en el acto mi coleta con su cinta más hermosa.

—Apolo tendría que pensar entonces —dijo Francisca riendo— en cómo remojar con decoro en la fuente Castalia su nuevo tocado francés.

Con estas bromas y otras parecidas, la alegría y el buen humor crecieron. Los hombres sentían poco a poco los efectos del vino, se brindó abundantemente y Mozart, siguiendo su costumbre, comenzó a hablar en verso, dándole el teniente la réplica y sin que el padre quisiera tampoco quedarse atrás; sorprendentemente, consiguió varias veces estar a su altura. Sin embargo, es difícil relatar estas cosas; en realidad, no se pueden repetir, porque falta precisamente lo que, en su momento, las hace irresistibles: un ambiente animado y la brillantez y jovialidad de la expresión, tanto en palabras como en miradas.

Entre otros, la señorita de edad pronunció un brindis en honor del Maestro, en el que le deseaba una larga serie de obras inmortales.

—*A la borne heure!* ¡Nada tengo que objetar! —exclamó Mozart haciendo chocar con fuerza su copa. El conde empezó a cantar, con gran potencia y entonación segura, siguiendo su propia inspiración:

*Que los dioses le den fuerza
para que nunca se tuerza...*

Max (*continuando*):

*En las obras que Da Ponte
o Schikaneder apronte^[19]...*

Mozart:

¡Y que el buen compositor

no cometa algún error!

Conde:

*Todas ellas ha de ver
ese Signor Bonbonnière,
italiano que, en bribón,
no admite comparación.*

Max:

Le deseo larga vida...

Mozart:

Si es que al diablo se le olvida...

Los tres, *con fuerza*:

*Hacer desaparecer
a ese Monsieur Bonbonnière*^[20].

Por las extraordinarias ganas de cantar del conde, el trío casualmente formado se lanzó a una especie de canon final, repitiendo los cuatro últimos versos, y la vieja tía tuvo humor o aplomo bastantes para unir a ellos debidamente su cascada voz de soprano, con toda clase de florituras. Mozart prometió que, cuando tuviera tiempo, arreglaría expresamente para los presentes, según las reglas del arte, aquel *divertimento*, promesa que cumplió más adelante en Viena.

Eugenia, en silencio, se había familiarizado largo tiempo con la alhaja surgida del follaje de Tiberio; todos pidieron ahora que cantaran a dúo el compositor y ella, y el tío se sintió feliz ante la idea de hacer oír su voz una vez más en el coto. De forma que se levantaron de la mesa y se precipitaron al piano que había en la gran estancia contigua.

Aunque la preciosa obra suscitó en todos el deleite más puro, su propio tema, con rápida transición, culminó en una diversión social en la que la música, por sí misma, no tenía ya importancia, y nuestro amigo, en efecto, fue el primero en dar la señal, al saltar del piano, dirigirse a Francisca y, mientras Max cogía de buena gana el violín, persuadirla para que diera unos pasos de baile. El dueño de la casa no tardó en invitar a madame Mozart. En un santiamén, los muebles desplazables fueron apartados por criados presurosos para dejar más espacio. Poco a poco, todos fueron entrando en danza, y la vieja tía no tomó a mal que el galante teniente la solicitara para un minué, en el que ella rejuveneció a ojos vistas. Finalmente, cuando Mozart bailó con la novia el baile de fin de fiesta, hizo uso del mejor modo de sus prometidos derechos sobre la bella boca de Eugenia.

La noche se acercaba, el sol estaba próximo a ponerse, era muy agradable estar al aire libre y la

condesa propuso a las damas solazarse un poco todavía en el jardín. El conde, en cambio, invitó a los caballeros a la sala de billar, pues sabido era que Mozart gustaba mucho de ese juego. Así se formaron dos grupos y nosotros, por nuestra parte, seguimos a las señoras.

Tras haber recorrido varias veces apaciblemente la avenida principal, subieron a una colina redonda, cercada en uno de sus lados por un alto emparrado, desde donde se veían el campo abierto, el pueblo y la carretera. Los últimos rayos del sol otoñal brillaban rojizos a través de las hojas de las viñas.

—¿No sería agradable sentarnos aquí —dijo la condesa— y que madame Mozart nos contara algo de ella y de su esposo?

Constanza se mostró dispuesta y todas, muy cómodamente, tomaron asiento en sillas que fueron traídas y colocadas en círculo.

—Voy a contarles algo que de todos modos sabrían, pues guarda relación con una pequeña diversión que me propongo organizar. Se me ha metido en la cabeza hacer a la novia, como alegre recuerdo de este día, un regalo de carácter singular. No se trata de un objeto de lujo ni de moda, sino exclusivamente interesante, hasta cierto punto, por su historia.

—¿Qué será, Eugenia? —dijo Francisca—. Por lo menos el tintero de algún hombre famoso...

—¡No demasiado frío! Ya lo veréis; el tesoro está en mi baúl. Empiezo ahora y, con vuestro permiso, me remontaré un tanto en el tiempo.

»El invierno antepasado, el estado de salud de Mozart, por su gran irritabilidad y constante malhumor, y por su tono febril, me causaba miedo poco a poco. Todavía alegre a veces en sociedad, con frecuencia más de lo normal, en casa estaba casi siempre sombrío y ensimismado, suspirando y lamentándose. El médico le recomendó dieta, agua de Pymont y ejercicio fuera de la ciudad. El paciente, sin embargo, no hizo gran caso del excelente consejo; el tratamiento le resultaba incómodo, requería mucho tiempo y se oponía diametralmente a la forma de organización de su jomada. No obstante, el doctor fue insistente y Mozart tuvo que soportar una larga conferencia sobre la composición de la sangre humana, sus glóbulos rojos, la respiración y la teoría flogística^[21]..., en fin, sobre cosas inauditas; y también sobre la forma verdaderamente natural de comer, beber y digerir, tema del que hasta entonces era tan inocente como su hijo de cinco años. La lección, de hecho, tuvo un efecto notable. No había pasado media hora desde que se fue el médico cuando encontré a mi marido pensativo, pero con el rostro sereno, contemplando en su cuarto un bastón que había buscado en el armario y encontrado felizmente entre cosas viejas; yo no hubiera creído que se acordase aún de él. Procedía de mi padre: una hermosa caña con puño de lapislázuli. Nunca había visto un bastón en manos de Mozart y no pude menos de reírme.

»“Ya ves”, dijo él, “estoy dispuesto a seguir al pie de la letra mi tratamiento: Beberé mi agua y haré todos los días ejercicio al aire libre, sirviéndome para ello de ese báculo. Se me han ocurrido muchas cosas. No es casualidad, he pensado, que personas sensatas no puedan prescindir del bastón. El consejero comercial, nuestro vecino, jamás cruza la calle para visitar a su compadre sin llevar su bastón. Artesanos y funcionarios, escribanos, mercachifles y clientes, cuando pasean los domingos con su familia por los alrededores de la ciudad, llevan siempre consigo su caña usada y consabida. Sobre todo, he observado cómo en la plaza de San Esteban, un cuarto de hora antes del sermón y de los servicios, los honestos burgueses se reúnen en corros para charlar: entonces puede verse que todos apoyan y sostienen sobre honestos bastones, como firmes soportes, sus virtudes tranquilas, su diligencia y sentido del orden, su valor sereno y su satisfacción. En *una* palabra, debe de ser una

bendición y un consuelo especial esa costumbre patriarcal aunque un tanto de mal gusto. Puedes creerlo o no, pero estoy impaciente por dar mi primer paseo salutífero con este buen amigo, cruzando el puente y paseándome por la Carrera. Nos conocemos un poco ya y espero que nuestra relación sea eterna”.

»La relación fue de corta duración: la tercera vez que fueron a dar una vuelta juntos, el acompañante no regresó. Se adquirió otro, que fue fiel algún tiempo más y, en cualquier caso, yo atribuí en gran parte a esa afición a los bastones la perseverancia con que Mozart, durante tres semanas, soportó las prescripciones de su médico. Tampoco faltaron los resultados satisfactorios: casi nunca lo había visto tan vivo, tan sereno ni de un humor tan igual. Sin embargo, por desgracia, en corto tiempo volvió a las andadas, y diariamente me sentía por ello preocupada. Sucedió entonces que, cansado del trabajo de un día extenuante y siendo ya tarde, fue a una velada musical por culpa de unos forasteros curiosos... sólo una hora, me juró por lo más sagrado; sin embargo, es siempre en esas ocasiones cuando la gente se aprovecha más de su bondad, al verlo sentado en su piano y apasionado; porque entonces está allí como el hombrecito de un *montgolfière*, flotando a seis millas sobre el suelo y sin oír el tañido de las campanas. Envié al criado dos veces durante la noche, pero inútilmente; no pudo ver a su señor. A las tres de la madrugada Mozart volvió por fin a casa. Yo me había propuesto estar durante todo el día seriamente enfadada con él.

En este punto, madame Mozart pasó en silencio algunos detalles. Hay que saber que no era improbable que a la mencionada velada asistiera también una joven cantante, la signora Malerbi, que irritaba a Constanza con toda razón. Aquella romana había sido contratada en la Ópera por intercesión de Mozart, y sin duda su coquetería había contribuido no poco a conquistarle el favor del Maestro. Algunos pretendían incluso que, durante varios meses, lo había subyugado y tenido prendido a sus faldas. Sea ello totalmente cierto o muy exagerado, la verdad es que ella se comportó luego de forma insolente y desagradecida, permitiéndose ironías sobre su benefactor. Así, fue muy propio de ella el que una vez, delante de otro admirador más afortunado, se permitiera llamar a Mozart sin más *un piccolo grifo raso* (morrito de cerdo afeitado). La ocurrencia, digna de una Circe, resultaba tanto más hiriente cuanto que hay que reconocer que contenía su granito de verdad^[22].

Al volver a casa de aquella reunión —en la que, por cierto, la cantante, casualmente, no apareció— un amigo, con la excitación del vino, cometió la indiscreción de revelar al Maestro aquellas malignas palabras. A él le sentaron muy mal, porque realmente eran la primera prueba indudable de la falta de corazón de su protegida. De pura indignación, ni siquiera se dio cuenta al principio de la glacial acogida de su mujer en el lecho. De una tirada le contó la ofensa e, indudablemente, esa sinceridad induce a pensar que su conciencia culpable no era muy grande. Casi suscitó la piedad de ella. Sin embargo, Constanza se atuvo a su propósito: a él no debía resultarle la cosa tan fácil. Cuando, poco después del mediodía, se despertó de un sueño profundo, se encontró con que su mujercita y los dos niños no estaban en casa, aunque la mesa estaba cuidadosamente dispuesta para él.

De siempre, pocas cosas había que hicieran a Mozart tan desgraciado como el que las cosas no fueran amables, claras y alegres entre él y su querida mitad. ¡Si hubiera sabido las otras preocupaciones que ella tenía desde hacía días!... Realmente de las peores, e iba aplazando su revelación, como era su costumbre, tanto como podía. Su dinero se acabaría en breve y no había ninguna perspectiva de pronto ingresos. Sin sospechar ese infortunio doméstico, Mozart tenía el corazón angustiado, de una forma que guardaba cierta semejanza con su estado de perplejidad e indefensión. No quiso comer, no podía quedarse en casa. Rápidamente acabó de vestirse, para dejar

aquel ambiente asfixiante. En un pliego de papel sin cerrar dejó unas líneas en italiano: «Realmente me has castigado y me lo merezco. Sé buena otra vez conmigo, te lo ruego, y sonríeme de nuevo cuando vuelva. Me siento con ganas de hacerme cartujo o trapense. ¡Estoy hecho un llorón, de veras...!». Inmediatamente cogió el sombrero, aunque no el bastón; los días de éste habían pasado.

Si hemos sustituido hasta ahora a Constanza en el relato, bien podemos seguir adelante aún un pequeño trecho.

Nuestro estimado amigo, saliendo de su vivienda situada junto al Mercado del Trigo y torciendo a la derecha frente al Arsenal —era una cálida tarde de verano, un tanto nublada— caminó lentamente, pensativo, por la llamada Corte, yendo luego por la parroquia de Nuestra Señora hacia la Puerta de los Escoceses, en donde subió a la izquierda hasta el bastión de Mölk, evitando así hablar con algunos conocidos que regresaban a la ciudad en aquel momento. Aunque los centinelas que se paseaban arriba y abajo silenciosamente junto a los cañones no lo molestaron, sólo disfrutó por un momento de la espléndida vista sobre las verdes praderas del glacis y los arrabales, hasta la Montaña Pelada y, hacia el sur, hasta los Alpes de Estiria. La hermosa serenidad de la Naturaleza exterior contradecía su estado de ánimo interior. Dando un suspiro, encaminó sus pasos por la explanada y luego por el suburbio del Alser, sin ningún objetivo determinado.

Al final de la calle de Währing había una venta con juego de bolos, cuyo propietario, maestro cordelero, era conocido de los vecinos y gentes del campo que por allí pasaban por la buena calidad de sus géneros y la pureza de sus bebidas. Se oía el ruido de los bolos pero, por lo demás, había una docena de huéspedes como máximo. Un deseo apenas consciente de olvidarse un tanto de sí mismo entre personas sencillas y sin pretensiones indujo al músico a entrar. Se sentó a una de las mesas moderadamente sombreadas por los árboles, con un maestro pocero y dos pequeños burgueses, se hizo servir un cuartillo y tomó parte con interés en su conversación ordinaria; anduvo luego de un lado a otro y miró jugar a los bolos.

No lejos del juego, a un lado de la casa, estaba la abierta tienda del cordelero, una habitación estrecha, repleta de artículos, porque, además de lo que fabricaba el artesano, había por allí en el suelo o colgaban de las paredes toda clase de utensilios de madera para la cocina, la bodega o el jardín, como también aceite y sebo de carro, y no pocas simientes, eneldo y comino. Una muchacha, que servía como camarera a los huéspedes y atendía además la tienda, estaba ocupada con un campesino que, con su hijito de la mano, había entrado para comprar algo: una medida para frutos, un cepillo, un látigo. El campesino elegía uno entre muchos, lo ensayaba, lo apartaba, cogía un segundo y un tercero, y volvía indeciso al primero; no acababa de decidirse. La muchacha se alejó varias veces para atender a los clientes, volvió y se mostró incansable, tratando de facilitarle y hacerle agradable la elección, pero sin hablar demasiado.

Mozart lo observaba y escuchaba todo complacido, sentado en un banquillo junto a la pista de bolos. Aunque le gustaban mucho el comportamiento discreto y sensato de la muchacha, y la calma y serenidad de sus atractivos rasgos, le interesó mucho más de momento el campesino, que, aun después de haberse marchado satisfecho, le dio mucho que pensar. Mozart se había puesto por completo en el lugar de aquel hombre, había sentido cuánta importancia daba a aquel asunto mínimo, y de qué forma tan recelosa y concienzuda sopesaba los precios, que se diferenciaban en unos kreuzer. «Y cuando ese hombre vuelva a ver a su mujer», pensó, «alardeará de su compra, y sus hijos esperarán, hasta que abra el zurrón, lo que pueda haber dentro para ellos; ella, por su parte, se apresurará a traerle un tentempié y un trago fresco de su propia sidra, para los que él habrá reservado

todo su apetito. ¡Quién fuera así feliz, sin depender de los hombres! ¡Dedicado sólo a la Naturaleza y sus bendiciones, por duro que resulte conquistarlas!

»Mi arte, sin embargo, me impone otra jornada de trabajo que, a fin de cuentas, no cambiaría yo con nadie en el mundo; pero ¿por qué tengo que vivir en unas condiciones que son exactamente las opuestas a esa existencia inocente y sencilla? Si tuvieras una pequeña propiedad, una casita en mi pueblo, en un hermoso paisaje, ¡podrías revivir realmente! Por las mañanas trabajarías con diligencia entre tus partituras; el tiempo restante, lo dedicarías a la familia; plantar árboles, correr los campos; en invierno, recoger con los niños manzanas y peras; alguna vez, un viaje a la ciudad para asistir a un espectáculo y, por lo demás, recibir de cuando en cuando a uno o más amigos... ¡Qué felicidad! En fin, ¡quién sabe lo que puede ocurrir!».

Entró en la tienda, habló amistosamente con la muchacha y comenzó a observar con más atención sus mercancías. Además de la relación directa que la mayoría de aquellos objetos tenían con sus idílicas lucubraciones, lo atrajeron la limpieza, claridad, tersura y hasta olor de muchos de los objetos de madera. Se le ocurrió de pronto elegir para su mujer varios de ellos que, en su opinión, le resultarían útiles y agradables. En efecto, Constanza, a instancias de él, había arrendado hacía mucho tiempo un pedacito de tierra cerca de la Puerta de Carintia, y plantado allí algunas legumbres; por ello, a Mozart le parecieron muy útiles ante todo un gran rastrillo nuevo, otro más pequeño y una azada. En lo que al resto se refiere, hace honor a su espíritu de ahorro el que, tras una breve reflexión y aunque de mala gana, renunciara a una mantequera que se le ofrecía muy atractivamente; en cambio, lo atrajo un cacharro alto, con tapa y una bonita asa tallada, para uso indeterminado. Estaba formado por tablillas estrechas de dos maderas distintas, alternativamente claras y oscuras, era por abajo más ancho que por arriba y había sido interiormente bien empecinado. Para la cocina resultaba decididamente apropiada una bonita selección de cucharas, rodillos, tablas de cortar y platos de todos los tamaños, así como un salero, para colgar, de la factura más sencilla.

Finalmente se puso a examinar también un recio bastón, cuyo puño estaba debidamente guarnecido de cuero y redondos clavos de latón. Como aquel extraño cliente parecía inclinado a comprarlo, la vendedora observó, con una sonrisa, que no era precisamente lo más adecuado para un caballero.

—Tienes razón, niña —repuso él—, creo que los carniceros llevan algo así cuando van de viaje; fuera, no lo quiero. Pero todo lo demás que hemos escogido me lo llevas a casa hoy o mañana — luego le dio su nombre y la calle. Y salió para vaciar su vaso sentado a la mesa, donde de los tres de antes sólo quedaba uno, maestro hojalatero.

—La camarera tiene hoy un buen día —observó el hombre—. Su pariente le da un centavo por cada florín que vende en la tienda.

Mozart se alegró doblemente de su compra; pronto, sin embargo, su interés por aquella persona iba a aumentar. Porque cuando la muchacha se acercó de nuevo, el burgués se dirigió a ella:

—¿Qué tal, Crescencia? ¿Qué hace tu cerrajero? ¿Batirá pronto sus propios hierros?

—¡Qué va! —respondió ella siguiendo su camino presurosa—: Yo creo que sus hierros están aún en el monte.

—Es una buena chica —dijo el hojalatero—. Durante mucho tiempo mantuvo a su padrastro, cuidándolo en su enfermedad, y cuando él murió se dio cuenta de que había agotado su propio dinero; desde entonces sirve a su pariente y se ocupa de todo en el negocio, la casa y los niños. Ha conocido a un buen compañero y se casaría con él cuanto antes; pero existe una dificultad.

—¿Qué dificultad? ¿Tampoco él tiene fortuna?

—Los dos han ahorrado algo, pero no basta. Dentro de muy poco se pondrá a pública subasta la mitad de una casa con su taller; al cordelero le sería fácil adelantarles lo que les falta del precio de compra pero, naturalmente, no quiere dejar que se vaya la moza. Tiene buenos amigos en el consejo y la corporación, y el compañero tropieza con toda clase de dificultades.

—¡Maldita sea! —exclamó Mozart, de forma que el otro se asustó y miró a su alrededor para ver si los oían—. ¿Y no hay nadie que haga algo para defender lo que es justo? ¿Alguien que enseñe el puño a esos señores? ¡Qué miserables! ¡Pero se les va a caer la peluca!

El hojalatero estaba sobre ascuas. Intentó torpemente suavizar lo que había dicho y casi se desdijo por completo. Sin embargo, Mozart no lo escuchó.

—Vergüenza debería daros hablar así. Eso es lo que hacéis siempre los bribones cuando hay que responder de algo —y, diciendo esto, se fue sin despedirse, volviendo la espalda a aquel pusilánime. A la camarera que estaba ocupadísima con nuevos huéspedes, sólo le susurró al pasar—: Ven mañana temprano y saluda de mi parte a tu enamorado; confío en que vuestros asuntos se arreglarán —ella sólo se sorprendió y no tuvo tiempo ni ánimo para darle las gracias.

Más rápidamente que de costumbre, porque lo ocurrido le hacía hervir un tanto la sangre, volvió Mozart, al principio por el mismo camino que había traído, hasta la explanada, desde la que luego, más lentamente, dio un rodeo por las murallas, describiendo un amplio semicírculo. Totalmente absorto en los asuntos de la pobre pareja de enamorados, repasó mentalmente la lista de sus conocidos y benefactores que de alguna forma podían mediar en el asunto. No obstante, como antes de decidir cualquier medida necesitaba más explicaciones de la muchacha, decidió esperarlas tranquilamente y, a partir de entonces, se sintió ya junto a su mujer en casa, anticipándose con el corazón y la mente a sus propios pasos.

Estaba interiormente convencido de que tendría una acogida amistosa, alegre, con besos y abrazos ya en el umbral, y la impaciencia le hizo redoblar la marcha al entrar por la Puerta de Carintia. No lejos de allí lo llamó el cartero, que le entregó un paquete pequeño pero pesado, cuya escritura clara y cuidadosa reconoció inmediatamente. Entró con el mensajero para firmar el recibo en la tienda más próxima; luego, otra vez en la calle, no tuvo paciencia para esperar a llegar a casa; rompió el sello y, unas veces andando y otras inmóvil, devoró la carta.

—Yo estaba sentada en mi costurero —siguió relatando madame Mozart a las damas—, y oía a mi marido subir las escaleras y preguntar por mí al criado. Sus pasos y su voz me parecieron más decididos y desembarazados de lo que yo esperaba y de lo que, a decir verdad, me hubiera gustado. Entró primero en su habitación, pero volvió a salir de ella inmediatamente. «¡Buenas tardes!», dijo y yo, sin levantar la vista, le respondí en voz baja. Después de recorrer en silencio la habitación unas cuantas veces, cogió bostezando forzosamente un matamoscas que había tras la puerta, lo que no había hecho nunca, y murmuró para sí: «¡Que se atrevan a venir esas moscas...!». Y se puso a dar golpes aquí y allá, con toda su alma. Ése era para él el más insoportable de los ruidos, que en su presencia yo no debía hacer nunca. Mmm, pensé, cuando lo hace uno mismo, sobre todo si es hombre, ¡la cosa es muy distinta! Además, yo no había visto tantas moscas. Su extraño comportamiento me molestó realmente... «¡Seis de un golpe!», exclamó, «¿quieres verlas...?». No respondí... Entonces me puso algo sobre el acerico, que tuve que ver aun sin levantar los ojos de la costura. Era nada menos que un montoncito de oro: tantos ducados como se pueden coger con dos dedos. Continuó haciendo payasadas a mis espaldas, dando de vez en cuando un golpe mientras decía

para sí: «¡Bichos molestos, ociosos y desvergonzados! ¿Para qué están en el mundo?» ¡Paf! «Evidentemente, sólo para que se los aplaste.» ¡Pof! «De eso sé un poco, aunque me esté mal decirlo... La Historia Natural nos enseña la asombrosa multiplicación de esas criaturas», ¡pof, paf! «pero en mi casa se eliminan rápidamente así. *Ah maledette! Disperate...!* Otra vez veinte de un golpe. ¿Quieres verlas...?». Se acercó e hizo lo mismo que antes. Si hasta entonces yo había contenido con esfuerzo la risa, ya no pude más y solté la carcajada; él se me echó al cuello y los dos nos reímos a más y mejor.

»“¿Pero de dónde has sacado el dinero?”, le pregunto mientras sacude el resto de un cartucho. “¡Del Príncipe Esterhazy! ¡Por mediación de Haydn! Lee esta carta.”

Yo leí:

»“Eisenstadt, etc. Carísimo amigo:

Su Alteza, mi señor, me ha confiado para que os los envíe, con el mayor placer por mi parte, los sesenta ducados adjuntos. Recientemente hemos interpretado otra vez vuestros cuartetos y Su Alteza ha quedado mucho más cautivado y satisfecho que la primera, hace tres meses. El príncipe me dijo (tengo que transcribir literalmente sus palabras): cuando Mozart le dedicó esa obra, creyó honrarlo a usted solamente, pero no puede importarle que vea también en ello un cumplido hacia mí. Dígale que estimo que su genio es casi tan grande como el de usted mismo, que es lo más a que podría aspirar... ¡Amén! añado yo. ¿Está usted satisfecho?

Posdata. A su encantadora, esposa, al oído: tenga la bondad de ocuparse de que las gracias no se retrasen. Lo mejor sería que él se las diera personalmente. Tenemos que aprovechar un viento tan favorable.”

»“¡Hombre angélico! ¡Alma celestial!”, exclamaba Mozart una y otra vez, y resulta difícil decir qué era lo que más lo alegraba: la carta, la aprobación del príncipe o el dinero. Por lo que a mí se refiere, dicho sea francamente, lo último era lo que más apreciaba entonces. Pasamos una velada muy agradable.

»De lo que había ocurrido en el suburbio no supe nada ese día ni tampoco el siguiente, y pasó la semana entera. Crescencia no apareció y mi marido, metido en un torbellino de asuntos, se olvidó pronto de la cuestión. Un sábado teníamos invitados: el capitán Wesselt, el conde Hardegg y otros hacían música. En una pausa me llaman y... ¡vaya sorpresa! Entro y pregunto: “¿Has encargado en el barrio del Alser un montón de cosas de madera...?”. “¡Rayos y centellas, sí! ¿Es una muchacha? Hazla entrar...”. Y entró ella en la estancia, con la mayor afabilidad, llevando un cesto lleno al brazo y muchos rastrillos y azadas, se disculpó por su gran retraso y dijo que había olvidado el nombre de la calle y que hasta hoy no había podido averiguarlo. Mozart le cogió los objetos uno tras otro, ofreciéndomelos en seguida, satisfecho de sí mismo. Yo, agradecida de todo corazón, dije que me gustaban todos y cada uno, y los elogí y admiré, aunque sorprendiéndome de que hubiera comprado los trebejos de horticultura... “Naturalmente”, dijo él, “para tu terrenito del Viena...”. “¡Dios mío! ¡Si nos deshicimos de él hace mucho tiempo! El agua nos causaba grandes daños y la tierra no producía nada. Te lo dije y no tuviste nada que objetar...” “¿Qué? ¿Y los espárragos que comimos esta primavera...?”. “Eran del mercado...” “Vaya”, dijo Mozart, “¡si lo hubiera sabido! La verdad es que los elogiaba por cortesía, porque tu horticultura me daba pena; eran unas cositas como cañones de pluma de ave”.

»A los presentes les hizo mucha gracia la cosa; hasta tuve que regalar a algunos, como recuerdo, los objetos superfluos. Sin embargo, cuando Mozart le preguntó a la muchacha por sus planes de boda, ella, animada a hablar con toda libertad, dijo que cualquier cosa que se hiciera por ella y su enamorado lo fuera discretamente, con moderación y sin reproches para nadie, y se expresó al mismo tiempo con tanta modestia, cuidado y circunspección que se ganó por completo a todos los presentes y, cuando finalmente se fue, lo hizo con las mejores promesas.

»“¡Hay que ayudar a esas gentes!”, dijo el capitán. “Las intrigas son lo de menos; conozco a alguien que pronto se encargará de eso. De lo que se trata es de contribuir a los gastos de la casa, la instalación y demás. ¿Y si anunciáramos un concierto para los amigos en la sala Trattner, dejando el precio de la entrada *ad libitum*...?” La idea tuvo una favorable acogida. Uno de los caballeros tomó el salero y dijo:

»“Como introducción, alguien tendría que contar la historia, describir las compras de Mozart y explicar sus intenciones humanitarias, y ese precioso cacharro podría estar sobre una mesa, como cepillo para los donativos, con los dos rastrillos detrás, cruzados, a guisa de decoración.”

»Esto no se hizo, pero el concierto sí; se obtuvo un provecho considerable y siguieron diversas contribuciones, de forma que la feliz pareja tuvo de sobra, y también los demás obstáculos fueron rápidamente removidos. Los Duscheks de Praga, nuestros mejores amigos allí, con los que solemos alojarnos, supieron la historia y *ella*, una mujer sumamente cariñosa y cordial, quiso tener también alguno de los objetos, como curiosidad; de forma que elegí lo que me pareció más apropiado y, con ocasión de este viaje, lo traje conmigo. Sin embargo, como entre tanto, inesperadamente, hemos encontrado a una nueva amante de las artes que está a punto de fundar su propio hogar y sin duda no despreciará un sencillo utensilio doméstico elegido por Mozart, quisiera dividir lo que traigo de modo que ella pueda escoger entre una bonita paleta calada para revolver el chocolate y el famoso salero, que el artista ha hecho inapreciable con un tulipán del mejor gusto. Yo le aconsejaría sin dudar este último; la noble sal, por lo que sé, es símbolo de la vida familiar y de la hospitalidad, que todos le deseamos de corazón.

Hasta aquí madame Mozart. Se puede imaginar el agradecimiento y la alegría con que las señoras escucharon y recibieron el relato. El júbilo se renovó cuando, inmediatamente después, se presentaron los objetos a los caballeros y se hizo entrega solemne de aquella muestra de simplicidad patriarcal, a la que el tío prometió, en la vitrina de la plata de su nueva propietaria y su futura descendencia, un lugar no inferior al que ocupaba la famosa obra del maestro florentino en la colección de Ambras^[23].

Eran ya casi las ocho; tomaron té. Pronto, sin embargo, se recordó con insistencia a nuestro músico su palabra del mediodía de dar a conocer a los presentes su «fuego infernal», bien guardado en el cofre aunque, por suerte, no demasiado profundamente. Él no titubeó. La explicación del argumento no fue muy larga, se abrió el libreto y pronto ardieron los candelabros del piano.

Quisiéramos que nuestros lectores pudieran sentir al menos algo de esa sensación peculiar con que, a menudo, un solo acorde aislado, que llega a nuestros oídos desde una ventana al pasar y sólo de *allá* puede venir, nos estremece como una descarga eléctrica y nos deja en suspenso; algo de esa angustia suave con que nos sentamos en el teatro, frente al telón, mientras la orquesta afina. ¿No es cierto? Cuando, en el umbral de la tragedia sublime —se llame *Macbeth*, *Edipo* o de cualquier otro modo— flota el escalofrío de la belleza eterna, ¿dónde podría encontrarse en mayor o, incluso, en igual medida? El hombre quiere y teme a un tiempo ser arrancado a su ser ordinario, siente que lo

infinito lo rozará, que su pecho se encoge cuando ese infinito aumenta y pretende arrebatarse su espíritu por la fuerza. A ello se añade el respeto por el arte consumado; la idea de presenciar un milagro divino, de poder acogerlo como algo próximo, de actuar así, produce una especie de emoción y un orgullo que son quizá los más felices y puros de que somos capaces.

Nuestros amigos, sin embargo, que podían conocer ahora por vez primera una obra que nosotros hemos hecho totalmente nuestra desde la juventud, se encontraban en una situación infinitamente distinta y, si se prescindía de la suerte envidiable de su interpretación personal por el autor, muchísimo menos favorable, porque una interpretación limpia y perfecta no era posible para nadie y, por muchas razones, tampoco hubiera sido posible aunque se hubiera podido interpretar la obra entera.

De las dieciocho escenas totalmente terminadas^[24], el compositor presentó probablemente menos de la mitad (en la documentación en que nuestro relato se basa sólo encontramos expresamente citada la última pieza de la serie, el sexteto)... en su mayor parte, al parecer, de una forma libremente resumida, sólo al piano y cantando algunos pasajes al azar o cuando le pareció oportuno. De su mujer se dice únicamente que interpretó dos arias. Como su voz, al parecer, era tan potente como encantadora, nos imaginamos que serían la primera de Donna Anna («Chi fu il traditore») y una de las dos de Zerlina.

En el fondo, por su inteligencia, comprensión y gusto, Eugenia y su prometido eran los únicos oyentes como hubiera deseado el Maestro, y ella, sin duda, mucho más aún que él. Los dos se sentaban muy al fondo del salón; la doncella, inmóvil como una estatua y extasiada hasta tal punto que, incluso en las breves pausas, en que los otros expresaban discretamente su participación o en que la emoción interior se manifestaba involuntariamente en alguna exclamación de asombro, apenas respondía a las palabras que le dirigía su novio.

Cuando Mozart terminó, con aquel sexteto desbordante de belleza y, poco a poco, brotó la conversación, pareció escuchar especialmente, con interés y agrado, algunas observaciones del barón. Se habló del final de la ópera, así como de su estreno fijado para principios de noviembre, y cuando alguien opinó que ciertas partes de ese final exigirían aún una tarea gigantesca, el Maestro sonrió con cierta reserva; Constanza, sin embargo, le dijo a la condesa, de forma que él la oyó:

—Tiene algo *in petto*, que guarda secreto hasta para mí.

—Te excedes al decir eso, tesoro —repuso él—; ¿y si se me antojase empezar de nuevo? La verdad es que siento la comezón.

—¡Leporello! —exclamó el conde interviniendo alegremente y haciendo un gesto a un criado—. ¡Vino! ¡Sillery, tres botellas!

—¡Oh no! Ya es suficiente... Mi galán tiene aún el suyo en el vaso.

—Que le aproveche... ¡y a cada cual el suyo!

—Dios mío, ¡qué hago! —se lamentó Constanza mirando el reloj—. Pronto serán las once y mañana tenemos que salir temprano... ¿cómo vamos a poder?

—¡No podrá ser, querida! Decididamente no.

—A veces —comenzó a decir Mozart— una cosa puede arreglarse de manera extraña. ¿Qué diría mi pequeña Constanza si supiera que precisamente esa obra que ahora quisiera oír vino al mundo a estas horas de la noche, y precisamente antes de un viaje previsto?

—¿De veras? ¿Cuándo? ¡Seguro que hace tres semanas, cuando quisiste ir a Eisenstadt!

—¡Exacto! Volví después de las diez, cuando tú dormías ya profundamente, de la cena en casa del

juez y, de acuerdo con lo prometido, tenía la intención de irme pronto también a la cama para levantarme temprano al día siguiente y coger el coche. Entre tanto, Guido, como de costumbre, había encendido las velas de mi mesa; me puse mecánicamente el camisón y tuve la idea de revisar una vez más, rápidamente, mi último trabajo. Sin embargo, ¡oh desgracia! ¡Maldita e inoportuna hacendosidad de las mujeres! Tú habías puesto orden y guardado la partitura... Tenía que llevarla conmigo: el príncipe quería un anticipo de la obra;... yo busqué, gruñí, maldije ¡inútilmente! Mi vista cayó sobre un sobre sellado: del abate, a juzgar por el horrible garabato de su dirección... ¡Efectivamente! Y me enviaba el resto del texto retocado, que no esperaba tener antes de un mes. Inmediatamente me senté, curioso, y lo leí, y me quedé encantado de lo bien que ese hombre estafalario comprendía lo que yo quería. Todo era ahora más sencillo, conciso y rico a la vez. Tanto la escena del cementerio como el final, hasta la caída del héroe, habían ganado mucho en todos los aspectos. (Sin embargo, poeta admirable, pensé, ¡no deberías haber conjurado por segunda vez, irreflexivamente, al cielo y al infierno!) Normalmente no es mi costumbre anticiparme en la composición, por muy atractivo que ello pueda resultar; es un vicio que puede ser duramente castigado. Sin embargo, hay excepciones y, en pocas palabras, la entrada de la estatua ecuestre del comendador y la amenaza que, surgiendo de la tumba del asesinado, interrumpe repentinamente, de forma horrenda, las risas de los trasnochadores se me habían subido ya a la cabeza. Hice sonar un acorde y me di cuenta de que había llamado a la buena puerta, detrás de la cual se apelotonaba ya la legión de horrores que se desencadena al final. Así surgió primero un *adagio* en re menor, sólo cuatro compases, luego una segunda frase de cinco... En el teatro, me imagino, resultará algo inusitado, porque acompañan a las voces los instrumentos de viento más potentes. Por de pronto, escúchenlo, en la medida en que es posible hacerlo aquí.

Sin más, apagó las bujías de los dos candelabros que tenía al lado y, en el silencio de muerte del salón, resonó el canto aterrador: «Di rider finirai pria dell'aurora!». En la noche azul, las notas de trompetas de plata, frías como el hielo, caen de constelaciones lejanas atravesando el cuerpo y el alma.

«Chi va là? Chi va là?», se oye preguntar a Don Juan. Entonces se escucha de nuevo la voz, monótona como antes, pidiendo a ese hombre sacrílego que deje en paz a los muertos.

Cuando esos sonidos amenazadores se hubieron extinguido en el aire, hasta en sus últimas vibraciones, Mozart continuó:

—Como se comprenderá, ya no podía detenerme. Cuando el hielo se rompe en *una* orilla, pronto se quiebra en el lago entero, resonando hasta en sus últimos rincones. Involuntariamente, volví a tomar el hilo en la cena de Don Juan, cuando Donna Elvira acaba de marcharse y el fantasma, aceptando la invitación, aparece... Escuchen.

Sigue entonces el espantoso diálogo, bastante largo, en el que la sensatez es arrastrada hasta los límites de la imaginación humana, más allá de sí misma, donde oímos y vemos lo sobrenatural y, dentro de nuestro pecho, nos sentimos zarandeados de un lado a otro sin voluntad propia.

Alejada ya del lenguaje humano, la voz inmortal del difunto se dispone a dejarse oír una vez más. Inmediatamente después de los primeros y terribles saludos, cuando el semitransfigurado rechaza los alimentos terrestres que se le ofrecen, ¡de qué forma tan extrañamente aterradora sube y baja su voz, irregularmente, los peldaños de una escala etérea! Lo exhorta a que se decida rápidamente a arrepentirse: el tiempo que resta al espíritu es corto, ¡largo, muy largo el camino! Y cuando Don Juan, desafiando el orden eterno con monstruosa obstinación, se debate desconcertado frente a los

crecientes embates de las potencias infernales, se resiste y retuerce y, finalmente, sucumbe, manifestando todavía plenamente su altivez con cada gesto, ¿a quién no se le estremecen el corazón y las entrañas de voluptuosidad y temor? Es un sentimiento parecido al que se tiene ante el espectáculo espléndido de una fuerza de la Naturaleza desencadenada, ante el incendio de un soberbio navío. Involuntariamente, tomamos en seguida partido por esa grandeza ciega y, rechinando los dientes, participamos de su dolor en el curso desgarrado de su propia destrucción.

El compositor había terminado. Por algún tiempo, nadie se atrevió a ser el primero en romper el silencio general.

—Dénos una idea —comenzó a decir por fin la condesa, todavía con el pecho oprimido—, una idea de cómo se sintió esa noche, al dejar la pluma.

Él la miró serenamente, como si lo hubieran despertado de un sueño tranquilo, volvió en sí rápidamente y dijo, en parte a la dama y en parte a su esposa:

—Bueno, al final la cabeza me daba vueltas. Había escrito de una tirada ese *dibattimento* desesperado, hasta el coro de los espectros, ante la ventana abierta y, tras una pequeña pausa, me puse en pie con la idea de entrar en tu gabinete para charlar un poco, haciendo que mi sangre se calmase. Entonces, un pensamiento inesperado me hizo detenerme en el centro del cuarto —durante dos segundos miró al suelo y, al continuar, su voz traicionó una emoción apenas perceptible—. Me dije a mí mismo: si murieses esta noche y tuvieses que dejar tu partitura en ese punto: ¿podrías descansar tranquilo en tu tumba...? Mis ojos estaban fijos en el pábilo de la bujía que tenía en la mano y en la montaña de cera goteante. Ante esa idea, un dolor me atravesó por un momento; luego pensé: si, más adelante, después de poco tiempo o de mucho, otro, quizá incluso un italiano, recibiera el encargo de terminar la ópera y encontrara desde la introducción hasta la escena diecisiete, con excepción de *una* sola pieza, todo claramente concertado, semejante a un fruto sano y maduro caído en la hierba que sólo hubiera que recoger, se asustase sin embargo un poco ahí, hacia la mitad del final, y hallase inesperadamente los materiales trabajados y listos ya, ¿cómo se reiría para sus adentros! Y quizá se sintiera tentado a robarme los honores. Con todo, podría quemarse los dedos; tengo un puñado de buenos amigos que conocen mi mano y se esforzarían por devolverme lo que me pertenece... Entonces fui y, levantando los ojos al cielo, di gracias a Dios y también, querida mujercita, a tu ángel custodio, que durante tanto tiempo había puesto delicadamente sus manos sobre tu frente, haciendo que durmieses como un lirón y no me llamas ni una sola vez. Cuando por fin entré y me preguntaste la hora, te regalé sin vacilar un par de horitas, porque eran casi las cuatro. Y ahora comprenderás por qué, a las seis, no pudiste sacarme del lecho, hubo que mandar a su casa al cochero y el viaje se aplazó hasta el día siguiente.

—¡Naturalmente! —repuso Constanza—. ¡Pero que mi astuto marido no se imagine que fui tan tonta que no me diera cuenta! ¡Por eso fue inútil que me escondieras los bonitos progresos que habías hecho!

—No fue por eso.

—Lo sé... De momento, querías tener bien guardado tu tesoro.

—Lo que me alegra —dijo el buenazo del anfitrión— es que no tendremos necesidad de molestar mañana a un honrado cochero vienes si el señor Mozart, decididamente, no puede levantarse. La orden «¡Juan, desengancha otra vez!» resulta siempre molesta.

Ese ruego indirecto de que se quedaran más tiempo, al que se unieron las voces de los demás con la más cordial insistencia, dio ocasión a los viajeros para exponer razones en contra de mucho peso;

sin embargo, se llegó de buena gana al acuerdo de que no partirían demasiado temprano y todos desayunarían, aún juntos placenteramente.

Se pusieron de pie y, por algún tiempo, conversaron todavía en grupos. Mozart buscaba a alguien, evidentemente a la novia; sin embargo, como ella no estaba en aquel momento presente, dirigió ingenuamente la pregunta que le estaba destinada a Francisca, que se encontraba a su lado: —¿Qué piensa en conjunto de mi *Don Giovanni*? ¿Le vaticina un brillante porvenir?

—En nombre de mi prima —repuso ella riendo— responderé tan bien como pueda: opino sencillamente que si *Don Giovanni* no enloquece al mundo entero, Dios cerrará por completo su caja de música, por tiempo indefinido, y hará que la Humanidad...

—Y hará que la Humanidad —la corrigió su tío— se dedique a la música de gaita, paralizando los corazones para que adoren a Baal.

—¡Dios nos proteja! —rió Mozart—. Porque en los próximos sesenta o setenta años, cuando yo haya desaparecido hace tiempo, surgirán muchos falsos profetas.

Eugenia entró con el barón y Max, y la conversación se animó de nuevo inesperadamente, haciéndose seria e importante, de forma que, antes de que la reunión se disolviera, el compositor tuvo el placer de escuchar muchas opiniones agradables y elogiosas, que halagaron sus esperanzas.

Sólo avanzada la medianoche se separaron; nadie se había dado cuenta hasta entonces de cuánto necesitaban el descanso.

Al día siguiente (el tiempo no tenía nada que envidiar al del día anterior), a las diez de la mañana, podía verse en el patio del castillo una bonita carroza, con el equipaje de los dos huéspedes vieneses. El conde estaba junto a ella con Mozart, poco antes de enganchar los caballos, y le preguntó si le gustaba.

—Mucho; parece sumamente cómoda.

—Pues bien, concédame el placer y consérvela como recuerdo.

—¿Cómo? ¿Lo decís en serio?

—¡Claro que lo digo en serio!

—¡Santos Sixto y Calixto!... ¡Constanza! ¡Oye! —gritó dirigiéndose a la ventana en donde estaba ella asomada con los demás—. ¡El coche es mío! ¡En adelante tendrás tu propio coche!

Abrazó al sonriente donante, abrió la portezuela, se metió dentro y exclamó:

—¡Me siento tan distinguido y tan rico como el caballero Gluck! ¡Qué sorpresa se van a llevar en Viena!

—Espero —dijo la condesa— ver otra vez ese carruaje cuando volváis de Praga, engalanado con coronas de flores.

No mucho después de esta última escena alegre, el tan elogiado coche, con la pareja que partía, se puso en movimiento, dirigiéndose al trote largo hacia la carretera principal. El conde hizo que llevaran al matrimonio hasta Wittingau, donde alquilarían caballos de posta.

Cuando personas buenas y admirables han animado transitoriamente con su presencia nuestra casa y, con su fresco aliento intelectual, han dado nuevo impulso a nuestro ser, haciéndonos sentir plenamente la bendición de la hospitalidad, su partida deja siempre una incómoda sensación de vacío, al menos durante el resto del día, cuando nos encontramos otra vez solos con nosotros mismos.

A los habitantes de nuestro castillo esto último no les ocurrió. Los padres de Francisca, con la vieja tía, se marcharon también en seguida; Francisca misma, el novio y Max se quedaron sin

embargo. A Eugenia, de quien se habla aquí sobre todo porque vivió el inapreciable acontecimiento más profundamente que nadie, a ella, hay que pensar, no podía faltarle nada, ni nada podía quitarle o enturbiar su dicha; su felicidad pura puesta en el hombre a quien realmente quería, felicidad que acababa de recibir su confirmación oficial, tenía que absorber todo lo demás o, mejor dicho, todo lo más noble y hermoso que podía conmover su corazón tenía que fundirse necesariamente en esa plenitud dichosa. Así hubiera sido sin duda si, en el día de ayer y el de hoy, hubiera podido vivir sólo en el presente, y vivir ahora en el recuerdo puro. Pero ya durante la velada, mientras Constanza hacía su relato, se había visto secretamente invadida por un temor por aquel con cuyo amable retrato disfrutaba; ese presentimiento siguió actuando luego, en el fondo de su conciencia, todo el tiempo que Mozart tocó, más allá de la indecible excitación y, como consecuencia, del misterioso horror de la música, y finalmente la sorprendió y conmovió lo que él mismo contaba ocasionalmente de sí en ese mismo sentido. Estaba segura, absolutamente segura de que aquel hombre se consumiría rápida e inevitablemente en su propio fuego y de que sólo sería una aparición fugaz sobre la tierra, porque ésta no podría absorber la abundancia que de él brotaba en forma torrencial.

Estos pensamientos y otros muchos se agitaban en su pecho ayer, cuando se acostó, mientras el *Don Juan* resonaba todavía largo tiempo, confusamente, en sus oídos. Sólo hacia el alba se durmió, fatigada.

Las tres damas se habían sentado ahora en el jardín, con sus labores, los caballeros les hacían compañía y la conversación, naturalmente, recayó en seguida sobre Mozart, de forma que Eugenia no ocultó sus temores. Nadie quiso compartirlos en lo más mínimo, aunque el barón los comprendía perfectamente. En las horas amables, cuando uno se siente de humor sereno y agradecido, rechaza toda idea de infelicidad que no le afecte directamente. Se adujeron, especialmente por el tío, las objeciones más pertinentes y risueñas, y ¡con cuánto placer las escuchó Eugenia! No hizo falta mucho para que creyera realmente haberlo visto todo demasiado negro.

Unos segundos más tarde, cuando atravesaba la gran sala de arriba, que acababa de ser limpiada y ordenada y cuyas cortinas verdes adamsadas, entonces corridas, dejaban penetrar sólo una suave luz crepuscular, se detuvo melancólicamente junto al piano. Era exactamente como un sueño pensar en quién se había sentado allí unas horas antes. Durante largo tiempo, Eugenia contempló pensativa las teclas que él había tocado recientemente, y luego cerró con suavidad la tapa y echó la llave, celosamente preocupada de que alguna otra mano pudiera abrir pronto el piano. Al marcharse, colocó distraídamente en su sitio unos cuadernos de canciones; de ellos cayó una hoja vieja, la copia de una antigua canción popular bohemia^[25] que Francisca y ella misma habían cantado en otro tiempo con frecuencia. La cogió, no sin sorpresa. En una disposición de ánimo como la suya, el acontecimiento más simple se convierte fácilmente en oráculo. Cualquiera que sea la forma en que lo interpretara, su contenido era tal que, al leer de nuevo aquellos versos sencillos, Eugenia derramó ardientes lágrimas.

*Un abeto reverdece,
quién sabe dónde,
también florece un rosal
¿lo sabe alguien?
Han sido elegidos ya,
piénsalo, alma,*

*para arraigar en tu tumba
y allí quedarse.*

*Dos potros negros que pastan
en la pradera,
regresan a la ciudad,
saltando alegres.
Caminarán lentamente
con tu cadáver,
tal vez, tal vez antes ya
de que sus cascos
desgasten las herraduras
que ahora relucen.*

DE LA VIDA DE UN TUNANTE

CAPÍTULO PRIMERO

LA rueda del molino de mi padre chirriaba y crujía de nuevo muy alegre, la nieve goteaba infatigablemente desde el tejado, los gorriones gorjeaban y retozaban por en medio; yo estaba sentado en el umbral de la puerta y me restregaba los ojos aún somnolientos; me sentía verdaderamente bien bajo los cálidos rayos del sol. En ese momento mi padre salió de la casa; ya desde el amanecer había estado trajinando en el molino y, con el gorro de dormir torcido sobre la cabeza, me dijo:

—¡Tú, tunante! Otra vez estás tomando el sol y te desperezas y estiras los huesos hasta cansarte y me dejas a mí solo todo el trabajo. No puedo seguir alimentándote. La primavera está a la puerta, así que sal de una vez al ancho mundo y gánate tú mismo el pan.

—Bien —dije yo—, si soy un tunante, está bien así. Me iré por el mundo y haré fortuna.

Y en realidad aquello me pareció muy bien, pues poco antes se me había ocurrido partir de viaje, porque había oído al régulo, que en otoño e invierno siempre cantaba entristecido en nuestra ventana: «¡Campesino, dame trabajo, campesino, dame trabajo!», y que en la hermosa primavera gritaba orgulloso y alegre desde un árbol: «¡Campesino, quédate con tu trabajo!». Así pues, entré en casa, cogí de la pared el violín que tan bien tocaba, mi padre me dio algunas monedas para el camino, y salí del extenso pueblo a paso lento. Sentí una secreta alegría cuando vi a izquierda y derecha a todos mis viejos conocidos y camaradas dirigiéndose al trabajo, cavando y arando como ayer y anteayer y como siempre, mientras yo me marchaba a recorrer el ancho mundo. Le dije adiós a toda la pobre gente, lleno de orgullo y satisfacción, pero nadie se preocupó mucho por ello. Me sentía como si viviera un domingo eterno. Y cuando finalmente llegué a campo abierto, cogí mi querido violín y toqué y canté mientras seguía caminando por la carretera:

*A quien Dios sus mercedes conceder quiere,
al ancho mundo le envía,
mostrarle quiere sus maravillas
en montes, bosques, ríos y mieses.*

*A los perezosos, que en su casa quedan,
no los refresca el alba,
tan sólo el mecer de la cuna conocen,
las preocupaciones, la carga y la necesidad del pan.*

*Los riachuelos saltan desde los montes,
las alondras vuelan alegremente en las alturas,*

*¿Cómo no voy a cantar con ellas
a voz en cuello y con el corazón alegre?*

*Al buen Dios dejo obrar;
que cuide de riachuelos, alondras, campos y prados,
de cielo y tierra,
¡ha dispuesto mi destino de la mejor manera!*

Al volverme, vi que se acercaba un costoso carruaje, que parecía haber ido tras de mí durante algún tiempo sin que yo me diera cuenta, ¡tan lleno estaba de música mi corazón!, pues iba muy lentamente, y dos damas muy elegantes sacaban la cabeza por la ventanilla y me escuchaban. Una era especialmente hermosa y más joven que la otra, pero en realidad las dos me gustaron mucho. Cuando dejé de cantar, la mayor hizo detener el carruaje y me dijo amablemente:

—¡Qué bien, alegre joven! Vos sabéis cantar hermosas canciones —le contesté sin demora:

—Para complacer a Su Excelencia cantarías algunas aún más hermosas —a continuación me preguntó:

—¿A dónde dirigís vuestros pasos tan de mañana? —entonces me avergoncé de no saberlo y contesté sin vacilar:

—A Viena —las dos damas mantuvieron una conversación en una lengua extranjera que no entendí. La más joven meneó algunas veces la cabeza, pero la otra continuó riendo sin cesar y me dijo finalmente:

—Saltad, pues, a la parte trasera del coche; nosotros también nos dirigimos a Viena.

¡Quién podía sentirse más feliz que yo! Hice una reverencia, y de un salto ya estaba en el carruaje; el cochero hacía restallar el látigo y volábamos sobre la reluciente carretera, de tal manera que el viento me silbaba en los oídos.

Detrás de mí iban quedando el pueblo, los jardines, las torres de la iglesia, y ante mí surgían nuevos pueblos, palacios y montes; a mis pies desfilaban sembrados multicolores, matorrales y praderas; por encima de mí, innumerables alondras en el claro cielo azul. Me daba vergüenza gritar en alto, pero en lo más íntimo lanzaba exclamaciones de júbilo y zapateaba y bailaba en el estribo del carruaje, de tal manera que estuve a punto de perder mi violín, que llevaba bajo el brazo. Pero cuando el sol ascendía cada vez más alto, cuando el horizonte se llenó de pesadas nubes blancas del mediodía y en el aire y sobre la inmensa planicie todo se quedó vacío, bochornoso y mudo sobre los campos de trigo suavemente ondulados, entonces volví a pensar en mi pueblo, en mi padre y en nuestro molino, en la frescura del umbroso estanque. ¡Ahora todo eso estaba lejos, muy lejos de mí! Me sentía tan extrañamente emocionado que tenía deseos de volver; coloqué mi violín entre la chaqueta y el chaleco, me senté pensativo en el estribo y me quedé dormido.

Cuando abrí los ojos, el coche estaba parado bajo unos grandes tilos, detrás de los cuales una amplia escalera conducía, entre columnas, a un palacio fantástico. A un lado, vi alzarse, a través de los árboles, las torres de Viena. Las señoras, al parecer, se habían bajado hacía ya rato, y los caballos habían sido desenganchados. Me asusté mucho al encontrarme tan solo, y entré apresuradamente en el palacio; entonces oí que alguien se reía desde una ventana.

En este palacio me pasaron cosas singulares. En primer lugar, cuando curioseaba en el amplio y fresco vestíbulo, alguien me dio en la espalda con un bastón. Me di rápidamente la vuelta, y allí estaba

ante mí un señor alto con traje de gala, con una amplia bandolera de oro y seda que le colgaba hasta las caderas y con un bastón con puño de plata en la mano y una nariz extraordinariamente larga, corvada y aristocrática, un hombre robusto y magnífico que se movía como un pavo real y que me preguntó qué estaba buscando allí. Estaba tan estupefacto que, lleno de miedo y asombro, no pude articular palabra. Después bajaron y subieron corriendo la escalera varios sirvientes que no dijeron nada, pero que me miraron de arriba abajo. En seguida vino una camarera (tal y como después supe) derecha hacia mí y dijo que yo era un joven encantador y que sus nobles señoras me preguntaban si quería servir allí como ayudante del jardinero. Metí la mano en el chaleco; mis escasas monedas, Dios sabe cómo, se me debían de haber caído del bolsillo mientras bailaba en el coche; no tenía nada más que la música de mi violín, por la que el señor del bastón me dijo, al marcharse, que no me daría un ochavo. Por eso respondí con el corazón apesadumbrado que sí a la camarera, mirando de soslayo a aquella figura inquietante que continuamente, como el péndulo de un reloj, iba y venía por el vestíbulo, mayestática y escalofriante. Por último llegó el jardinero, refunfuñó entre dientes algo sobre la gentuza y los patanes y me condujo al jardín mientras me lanzaba por el camino un largo sermón: yo debía ser sobrio y trabajador, no dedicarme a vagabundear por el mundo, ni ocuparme de artes inútiles y asuntos sin provecho, y quizás con el tiempo podría también servir para algo. Pronunció aún unas cuantas teorías hermosas más, bien planteadas y útiles, pero desde entonces se me han olvidado casi todas. En realidad no sabía cómo había podido pasar todo esto, pero yo decía siempre a todo «sí», pues me sentía como un pájaro al que le han mojado las alas. Sin embargo, gracias a Dios, podría comer todos los días.

En el jardín se vivía bien; recibía diariamente una copiosa comida caliente y más dinero del que necesitaba para tomar un vino, sólo que, por desgracia, tenía que trabajar mucho. También los templetes, los cenadores y los bellos senderos verdes me gustaban enormemente. ¡Si hubiera podido pasear por ellos tranquilamente y conversar con sensatez como los caballeros y las damas que venían todos los días! Tan pronto se ausentaba el jardinero y me quedaba solo, sacaba rápidamente mi pequeña pipa, me sentaba y pensaba en las bellas y corteses frases que dedicaría a la bella y joven dama que me había traído al castillo si yo fuera un caballero y paseara con ella por allí. En las tardes bochornosas me tumbaba de espaldas, cuando todo estaba tan tranquilo que sólo se oía zumbar a las abejas, y observaba cómo las nubes se dirigían hacia mi pueblo y las hierbas y las flores se mecían de un lado al otro, y pensaba en la dama; y entonces a menudo sucedía que la hermosa señora realmente paseaba, a lo lejos, con la guitarra o con un libro, tan pausada, majestuosa y cordial como un ángel, de tal manera que yo no sabía si soñaba o estaba despierto.

Una vez, cuando pasaba junto a un pabellón de camino al trabajo, me puse a cantar para mí:

*Por donde quiera que vaya y mire,
en el campo, en el bosque o en el valle,
desde el monte hasta el aquí del cielo,
hermosa y gentil señora,
te saludo mil veces.*

De pronto, en el oscuro y fresco pabellón, entre las persianas a medio abrir y las flores, vi brillar dos hermosos, jóvenes y alegres ojos. Me asusté mucho y no terminé la canción, sino que me dirigí, sin darme la vuelta, a mis labores.

Por la tarde, era precisamente un sábado y yo estaba disfrutando de la alegría anticipada del domingo, me asomé con el violín a la ventana de la casita del jardín, y estaba pensando todavía en aquellos brillantes ojos cuando de pronto vi acercarse cuidadosamente a la doncella en la luz del crepúsculo:

—Esto os lo envía la hermosa y gentil señora, para que lo bebáis a su salud. ¡Que paséis una buena noche!

Y diciendo esto colocó con presteza una botella de vino en la ventana y desapareció entre las flores y los setos tan deprisa como una lagartija.

Yo, sin embargo, me quedé largo rato contemplando la maravillosa botella sin saber lo que me había sucedido. Y si antes había tocado el violín alegremente, ahora comencé a tocar y a cantar mucho mejor, y entoné la canción de la bella dama hasta el final y todas las canciones que sabía hasta que se despertaron todos los ruiseñores y el jardín se iluminó con la luz de la luna y de las estrellas. ¡Sí, en verdad fue una bella noche!

A nadie le cantan en la cuna lo que va a ser su futuro; una gallina ciega también encuentra a veces un grano; aquel que ríe el último ríe mejor; donde menos se piensa, salta la liebre; el hombre propone y Dios dispone; en estas cosas meditaba cuando estaba sentado de nuevo al día siguiente en el jardín con mi pipa, y me contemplaba tan atentamente pensando que yo en realidad era un verdadero pícaro. Así pues, a partir de ese momento me levantaba todos los días, en contra de mi costumbre, antes de que el jardinero y los otros trabajadores dieran señales de vida. ¡Se estaba tan maravillosamente en el jardín! Las flores, las fuentes, los rosales y todo el jardín relucían antes del alba como el oro y las piedras preciosas. Y en las altas alamedas de hayas estaba todo tan tranquilo, fresco y recogido como en una iglesia, solamente los pájaros revoloteaban y picoteaban en la arena. Delante del palacio, justamente debajo de las ventanas donde habitaba la hermosa dama, había un arbusto florido. Hacia allí me dirigía yo cada mañana y me ocultaba, agachado, detrás de las ramas para observar las ventanas, pues no tenía valor para mostrarme al descubierto. Y todos los días veía a la bellísima dama que, recién levantada y medio dormida, aparecía en la ventana abierta con un camisón blanco como la nieve. Ora se trenzaba los cabellos castaño oscuro y paseaba sus ojos, graciosamente juguetones, por los arbustos y el jardín, ora cogía y ataba las flores que crecían ante su ventana, o cogía la guitarra apoyándola en sus blancos brazos y cantaba tan maravillosamente hacia el jardín, que aún hoy mi corazón se ve preso de melancolía cuando, por casualidad, me acuerdo de alguna de las canciones. ¡Ay, y de esto hace ya tanto tiempo!

Así transcurrió quizás algo más de una semana. Pero en una ocasión en que ella se encontraba de nuevo precisamente en la ventana y en todas partes reinaba el silencio, una maldita mosca se me metió en la nariz y comencé a estornudar tan fuerte y repetidamente que aquello parecía no terminar nunca. Ella se asomó a la ventana y me vio, infeliz de mí, acechando en el matorral. Entonces me sentí avergonzado y estuve muchos días sin aparecer por allí. Finalmente, me atreví de nuevo, pero la ventana permaneció esta vez cerrada. Durante cuatro, cinco, seis mañanas, estuve agazapado detrás del matorral, pero ella no volvió a asomarse. El tiempo se me hacía interminable, así que me armé de valor y, a partir de ese momento, me paseaba de forma ostensible y libremente a lo largo del palacio y pasando por debajo de todas las ventanas. Pero la hermosa dama seguía sin aparecer. Un poco más lejos veía siempre en la ventana a la otra dama. Hasta entonces nunca la había observado con tanta atención. Era verdaderamente rubicunda y opulenta, y tenía un aspecto majestuoso y altanero como un tulipán. Siempre le hacía una gran reverencia y, no puedo decir otra cosa, ella siempre me lo

agradecía inclinando la cabeza y guiñando los ojos de una forma extraordinariamente cortés. Una sola vez creo haber visto que la bella señora también estaba en su ventana, escondida tras las cortinas, mirando hacia fuera.

Mas pasaron muchos días sin que la viera. Ya no venía nunca al jardín ni se asomaba a la ventana. El jardinero me tildó de pícaro holgazán, yo estaba de mal humor y tan disgustado que no veía más allá de mis propias narices cuando contemplaba este mundo de Dios.

Así estaba yo echado un domingo por la tarde en el jardín y mientras contemplaba las azules volutas que salían de mi pipa, me enfadé conmigo mismo por no haberme dedicado a otro oficio y no poder disfrutar al menos de tener un lunes libre. Los otros criados, entre tanto, habían partido ya con sus galas hacia las salas de baile del próximo suburbio. Entre las soleadas casas y en el aire caliente de la tarde se veía un gran, bullicio y movimiento de personas endomingadas, y los organilleros ambulantes iban de un lado a otro con gran jolgorio. Yo, sin embargo, estaba sentado como un alcaraván entre los juncos de un solitario estanque y me mecía en una barquichuela que estaba allí amarrada, mientras que el toque de ánimas llegaba hasta allí atravesando el jardín y los cisnes se movían sobre el agua muy cerca de mí. Tenía un miedo de muerte.

De repente oí desde lejos diversas voces, un divertido barullo de conversaciones y risas que cada vez se acercaba más; después vi relucir unos pañuelos rojos y blancos, sombreros y plumas a través del verde; se acertaba un grupo alegre de jóvenes caballeros y damas desde el castillo en dirección a mí, y en medio de ellos se encontraban mis dos damas. Me levanté y quería irme ya cuando la mayor de las damas percibió mi presencia.

—¡Uy, nos viene como anillo al dedo! —exclamó con una sonrisa—. Pasadnos a la otra orilla del estanque.

Las damas subieron una tras otra con cuidado y mil temores a la barquichuela, los señores las ayudaron y con ello presumieron un poco de su valentía en el agua. Cuando todas las señoras se hubieron sentado en los bancos laterales, me separé de la orilla. Uno de los jóvenes caballeros que estaba en la parte delantera comenzó a balancearse imperceptiblemente. Entonces las mujeres miraron temerosas de un lado a otro y algunas incluso gritaron. La hermosa señora, que llevaba un lirio en la mano, estaba sentada a bordo del barquito y miraba tranquila y sonriente las claras olas que rozaban el lirio, de tal manera que toda su imagen, entre los reflejos de las nubes y de los árboles en el agua, se podía ver duplicada, como un ángel que pasara suavemente por el fondo del cielo profundo y azul.

Estaba yo todavía contemplándola cuando de pronto se le ocurre a la dama alegre y gordita la idea de que les cantara algo durante la travesía. Rápidamente se dio la vuelta un joven delicado que llevaba lentes y estaba sentado junto a ella, le besó gentilmente la mano y dijo:

—¡Le doy las gracias por su magnífica ocurrencia! Una canción popular *cantada* por el pueblo al aire libre y en el bosque es como una rosa de los Alpes en los mismos Alpes —los cuernos maravillosos^[26] son solamente herbarios—, es el alma del alma nacional.

Yo, sin embargo, dije que no sabía cantar nada que fuera lo suficientemente hermoso para sus señorías. En ese momento, la impertinente doncella que estaba junto a mí con una cesta llena de tazas y platos y en la que no había reparado hasta entonces dijo:

—Vos sabéis una canción muy hermosa de una bella dama.

—¡Sí, sí, eso lo cantáis vos de forma muy impertinente! —exclamó a continuación la dama.

Me puse colorado como un pimiento. En ese momento la hermosa dama alzó la vista del agua y

me miró de tal manera que quedé conmovido de la cabeza a los pies. Entonces no lo dudé por más tiempo, cobré ánimo y canté con todas mis fuerzas y lleno de alegría:

*Por donde quiera que vaya y mire,
en el campo, en el bosque o en el valle,
desde el monte hasta el azul del cielo,
hermosa y gentil señora,
te saludo mil veces.*

*En el jardín encuentro
muchas flores, bellas y finas,
muchas coronas trenzo con ellas,
y entrelazo con ellas
miles de pensamientos y saludos.*

*No le puedo ofrecer ninguna a ella,
es demasiado noble y hermosa,
todas ellas se marchitarán,
solamente un amor sin par
habitará eternamente en mi corazón.*

*Parezco estar alegre y contento,
y trabajo sin cesar,
y aunque mi corazón estalle,
sigo cavando y cantando
y pronto cavaré mi propia tumba.*

Llegamos a la otra orilla, todos descendieron; muchos de los jóvenes se habían burlado de mí ante las damas con gestos burlones y cuchicheos, ya me había dado cuenta mientras cantaba. El joven de las lentes me cogió de la mano al pasar y me dijo no sé qué mientras la mayor de mis dos damas me miraba muy amablemente. La hermosa señora había mantenido los ojos cerrados mientras yo cantaba y se marchó sin decir nada. Pero a mí se me llenaron los ojos de lágrimas ya cuando estaba cantando, y mi corazón parecía querer partirse, por la canción, de vergüenza y de dolor, y en ese momento me di cuenta de lo hermosa que era ella y de lo pobre que era yo, escarnecido y abandonado del mundo, y cuando ya todos habían desaparecido entre los matorrales, no me pude contener más, me tumbé en la hierba y lloré amargamente.

CAPÍTULO SEGUNDO

Muy pegada al magnífico jardín se extendía la carretera, separada del mismo solamente por un alto muro. Una casita de peaje muy limpia con un tejado de ladrillos rojos había sido construida allí y

detrás de ella había un pequeño jardincillo, rodeado de una valla multicolor que, a través de un hueco del muro del jardín palaciego, lindaba con la parte más sombría y recóndita del mismo. Precisamente acababa de morir el recaudador que ocupaba todo esto. Una mañana muy temprano, cuando yo aún dormía, el escribiente del palacio vino a llamarme y me dijo que fuera rápidamente a casa del administrador. Me vestí con toda premura y eché a caminar detrás del alegre escribiente, que, por el camino, tan pronto cortaba una flor aquí y allá y se la colocaba en la solapa de la chaqueta, como hacía filigranas con su bastón de paseo y parloteaba de cosas diversas, de las cuales yo no entendía nada, pues tanto mis oídos como mis ojos estaban aún totalmente sumidos en el sueño. Cuando entré en el despacho, al que todavía no había llegado la luz del amanecer, el administrador, con una curiosa peluca, alzó la vista hacia mí desde detrás de un enorme tintero y grandes montones de papeles y libros, igual que un búho en su nido, y me dijo:

—¿Cómo os llamáis? ¿De dónde sois natural? ¿Sabéis escribir, leer, contar?

Como respondí afirmativamente, replicó:

—Pues bien, sus benevolentes señores le han concedido, a la vista de su buena conducta y sus méritos especiales, el puesto vacante de recaudador.

Reflexioné rápidamente sobre mi anterior conducta y mis méritos, y tengo que confesar que al final reconocí que el administrador tenía razón. Y así me encontré convertido en recaudador antes de que yo me lo hubiera ni siquiera imaginado.

Me mudé inmediatamente a mi nueva vivienda y en poco tiempo estaba totalmente instalado. Encontré varias cosas que el difunto recaudador había dejado a su sucesor, entre otras un magnífico batín de lunares amarillos, unas pantuflas verdes, un gorro de dormir y algunas pipas de caña larga. Yo había deseado todo esto cuando todavía estaba en mi casa y veía pasearse a nuestro párroco cómodamente de esa guisa. Como no tenía nada que hacer, pasaba el día entero sentado en el banquito que había ante mi casa en camisón y con gorro de dormir, fumando en la más larga de las pipas de mi predecesor, y contemplando cómo la gente iba y venía por la carretera, ya fuera andando, en carruajes o montados a caballo. Solamente deseaba que algunos de los de mi pueblo que habían dicho que no llegaría a nada, pasaran por aquí y me vieran en mi nueva situación. El camisón me sentaba muy bien y en general todo aquello me llenaba de contento. Así pues, estaba allí sentado y pensaba en cosas diversas, en cómo todo comienzo es dificultoso, y cómo la vida de la gente distinguida es francamente agradable, y tomé secretamente la decisión de dejar para siempre los viajes y ahorrar dinero como los demás para llegar, con el tiempo, a hacer algo grande en la vida. A pesar de todo, entre tantas decisiones, preocupaciones y ocupaciones, no olvidaba en ningún momento a la más bella de todas las mujeres.

Arranqué las patatas y verduras que encontré en mi huertecillo, y lo cultivé con las flores más selectas, por lo que el portero del palacio, el hombre que tenía aquella nariz principesca y que desde mi mudanza venía a menudo a verme y se había convertido en mi más íntimo amigo, me miraba pensativo y me tenía por uno de aquellos a los que su inesperada suerte les ha hecho perder el sentido común. Pero a mí me daba igual. Pues no lejos de mí, en el jardín señorial, oía delicadas voces entre las cuales creía reconocer la de mi hermosa dama, si bien no podía ver nada a causa de la espesura de los arbustos. Por esta causa, todos los días hacía un ramo con las flores más hermosas y trepaba por el muro al anochecer y lo colocaba en una mesa de piedra que había en medio de un cenador; y cada tarde, cuando llevaba el nuevo ramo, el de la víspera ya no estaba allí.

Una tarde, los amos habían salido de caza; el sol poniente bañaba todo el paisaje con brillo y una

luz tenue; el Danubio se deslizaba majestuoso, como cubierto de oro y fuego, hacia el lejano horizonte, y desde todos los montes hasta el interior de los valles se oía cantar y gritar a los vendimiadores. Yo estaba sentado con el portero en el banquito de mi casa, y gozaba de la tibia atmósfera y de cómo el feliz día iba oscureciendo ante nosotros y se iban apagando sus rumores. En ese momento se escucharon de pronto, en la lejanía, los cuernos de los cazadores que volvían y que se daban respuesta desde los montes situados enfrente. Mi corazón se regocijó en lo más profundo, y me levanté de un salto y grité como hechizado y extasiado de contento:

—¡En verdad, éste sí que es un oficio para mí, la noble caza!

El portero vació su pipa y dijo:

—Eso es lo que pensáis. Yo también he cazado, pero apenas se gana para las suelas de tanto como se gastan, y uno no se libra ni de la tos ni de los catarros a causa de la constante humedad en los pies.

No sé por qué, pero una ira demencial se apoderó de mí, de manera que todo mi cuerpo comenzó a temblar. De pronto, aquel hombre me parecía inaguantable, con su aburrido uniforme, sus enormes pies, su rapé, su enorme nariz, todo él. Le agarré, fuera de mí, por la pechera, y le dije:

—¡Portero, poneos en marcha inmediatamente hacia vuestra casa u os propino una paliza!

Al oír estas palabras, el portero recordó su opinión de que yo me había vuelto loco. Me miró pensativamente con un secreto temor, y sin decir una palabra, se soltó de mí y se marchó, mirando constantemente hacia atrás con recelo y dando largos pasos hacia el palacio, donde dijo, sofocado, que yo verdaderamente estaba trastornado.

Al final no pude por menos de echarme a reír, y me sentí muy feliz de haberme librado del pedante compañero, pues precisamente era la hora en que solía colocar el ramo de flores en el cenador. También aquel día salté raudo sobre el muro, y al dirigirme precisamente a la mesita de piedra, escuché, a cierta distancia, pasos de caballo. Ya no me era posible huir, pues se acercaba lentamente por la avenida mi hermosa y noble dama, vestida con un traje de caza verde y con un sombrero de ondulantes plumas y, según parecía, sumida en profundos pensamientos. Me sentí como cuando leía, en casa de mi padre, la historia de la hermosa Magelone, cuando ella aparecía bajo los altos árboles, entre los sonidos cada vez más próximos de los cuernos de caza y las luces vespertinas. No me podía mover de donde estaba. Ella se asustó enormemente al darse cuenta, de pronto, de mi presencia, y se detuvo casi involuntariamente. Yo estaba ebrio de miedo, de palpitaciones y de gozo, y cuando me di cuenta de que llevaba al pecho mi ramo de flores de la víspera, no me fue posible contenerme y dije totalmente confuso:

—Noble y hermosísima señora, tomad también este ramillete y todas las flores de mi jardín y todo lo que tengo. ¡Ay, ojalá pudiera lanzarme al fuego por vos!

Al principio ella me miró de forma tan seria y malévola que me estremecí hasta la médula de los huesos; pero luego, mientras yo hablaba, mantuvo los ojos bajos. En aquel momento se oyeron entre los arbustos las pisadas y las voces de algunos jinetes. Entonces ella cogió presurosamente el ramo de mi mano y pronto la vi desaparecer al otro lado de la avenida.

Desde aquel día ya no tuve ni paz ni sosiego. Me sentía como siempre cuando la primavera va a comenzar, inquieto y alegre sin saber por qué, como si estuviera próximo a una gran dicha o a algún suceso extraordinario. Las cuentas no me salían, y tenía extraños pensamientos cuando el dorado y verde rayo de sol caía sobre los números, a través del castaño que se alzaba ante mi ventana, y yo sumaba de arriba abajo desde la suma anterior hasta el suma y sigue, de tal manera que a veces me turbaba tanto que no sabía ni contar hasta tres. Pues el ocho me parecía mi gruesa dama, bien fajada,

con su enorme peinado; el malvado siete era como un poste indicador que me invitaba a retroceder y que incluso podía parecer una horca. El que más me divertía era el nueve, que, al menor descuido, se colocaba cabeza abajo y parecía el seis, mientras que el dos, burlón como un signo de interrogación, miraba la cuenta como si quisiera decirme: «¿Qué va a ser al final de ti, pobre cero? Sin *ella*, esa esbelta unidad que es el todo, no serás nunca nada».

Tampoco me complacía ya estar sentado ante la puerta. Para estar más cómodo, sacaba afuera un taburete sobre el cual estiraba las piernas; remendé un viejo parasol del recaudador y lo coloqué, a modo de pabellón chino, sobre mí. Pero todo en vano. Cuando estaba allí sentado, fumando y meditando, me parecía como si las piernas me crecieran de puro aburrimiento y como si mi nariz me creciera de no hacer nada, mientras la contemplaba durante horas. Y cuando, a veces, pasaba una diligencia antes del amanecer y yo salía medio dormido al aire fresco de la madrugada, y una carita linda, de la que en la oscuridad sólo se veían los ojos relucientes, se inclinaba curiosa desde el carruaje y me deseaba amablemente los buenos días, y en los pueblos de alrededor cacareaban los gallos tan alegres sobre los campos de trigo suavemente ondulados, y entre las nubes, en lo alto del cielo, volaban sin rumbo algunas alondras que se habían despertado demasiado pronto, y el postillón tomaba su cuerno y seguía viajando y tocando sin cesar; entonces, digo, permanecía yo allí durante un tiempo y seguía el carruaje con la mirada, y no sentía sino la necesidad de partir inmediatamente lejos, muy lejos, a recorrer el mundo.

Seguía colocando mis ramos de flores, tan pronto como empezaba a anochecer, en la mesa de piedra del oscuro cenador. Pero ahí precisamente estaba la cosa: desde aquella tarde nadie se preocupaba ya de las flores; cada vez que al amanecer inspeccionaba el lugar, mis flores estaban allí como la víspera, y me miraban verdaderamente consternadas, con sus cabecitas marchitas y caídas, cubiertas de gotas de rocío, como si lloraran. Aquello me afligió en grado sumo. No volví a hacer ningún ramo. En mi jardín ya podían crecer las malas hierbas que quisieran, y dejaría crecer las flores hasta que el viento hiciera caer sus hojas. ¿Acaso mi corazón no se sentía igual de salvaje, trastornado y turbado?

En esos críticos días sucedió que, estando un día asomado a la ventana y contemplando aburrido el vacío, vi a la doncella, que se acercaba a pasitos menudos por el camino del palacio. Giró rápidamente en mi dirección en cuanto me vio y se paró ante la ventana:

—El honorable señor ha regresado ayer de su viaje —dijo, presurosa.

—¿Sí? —contesté asombrado, pues hacía semanas que no me preocupaba de nada y ni siquiera sabía que el señor estaba de viaje—. Entonces su hija, la joven y graciosa señora, habrá tenido también una gran alegría.

La doncella me miró extrañada de los pies a la cabeza, de tal manera que tuve que recapacitar seriamente si había dicho alguna tontería.

—Es que no os enteráis de nada —dijo finalmente arrugando su pequeña nariz—. Bien —continuó—, esta noche habrá en honor del señor un baile de máscaras en el palacio, y mi noble señora se disfrazará de jardinera, ¿lo entendéis bien?, de jardinera. Y la noble señora ha visto que tenéis unas flores muy bonitas en vuestro jardín.

«Es raro», pensé para mí, «ya casi no se ve ninguna flor a causa de las malas hierbas». Ella, sin embargo, prosiguió:

—La noble señora necesita bellas flores para su disfraz, pero muy frescas, que vengan directamente del arriate, por eso tenéis que llevarle unas cuantas esta tarde, cuando haya anochecido,

y esperar debajo del gran peral en el jardín, a donde irá a recogerlas.

Totalmente desconcertado por la alegría que me causaba esta noticia, me apresuré, en mi embeleso, a retirarme de la ventana e ir corriendo junto a la doncella.

—¡Puah! ¡Qué cosa tan fea de batín! —exclamó cuando me vio al aire libre con mi indumentaria. Esto me molestó, no quise quedarme atrás en lo que a galantería se refiere y di algunas ágiles cabriolas para atraparla y besarla. Pero desgraciadamente, la bata me estaba demasiado larga y se me enredó en los pies, y caí todo lo largo que era al suelo. Cuando me recuperé de nuevo, la camarera ya se había ido y aún la oí reírse a carcajada limpia.

Pero por el momento ya tenía algo en lo que reflexionar y de que alegrarme. ¡*Ella* aún pensaba en mí y en mis flores! Rápidamente me fui al jardincillo y arranqué presuroso todas las malas hierbas de los arriates y las lancé sobre mi cabeza al aire transparente, como si arrancara de raíz todos los males y la melancolía. Las rosas eran de nuevo como *su* boca, las enredaderas celestes como *sus* ojos y el lirio, blanco como la nieve, con su cabecita melancólica, como *ella*. Puse todas las flores cuidadosamente en un cestillo. Era una tarde hermosa y sosegada, y no había ninguna nubecilla. Algunas estrellas brillaban ya en el cielo, y desde lejos llegaba el murmullo del Danubio sobre los campos, y en los altos árboles del maravilloso jardín que estaba a mi lado, innumerables pajarillos cantaban alegremente. ¡Ay, me sentía tan feliz!

Cuando finalmente se hizo de noche, cogí el cestillo y me puse en camino hacia el gran jardín. En la cesta se podía ver una mezcla polícroma y graciosa de flores blancas, rojas y azules, y el conjunto era tan aromático que mi corazón palpitaba de felicidad cuando las contemplaba.

Acompañado de los pensamientos más alegres, bajo la luz de la luna, recorrí los senderos tranquilos y limpios, cubiertos de arena, los pequeños puentes blancos bajo los que dormían los cisnes, los graciosos cenadores y pabellones. Pronto encontré el gran peral, pues era el mismo bajo el cual me tumbaba en las calurosas tardes cuando todavía era el ayudante del jardinero.

Aquí todo estaba oscuro y solitario. Sólo un gran álamo temblaba y murmuraba continuamente con sus hojas plateadas. Desde el palacio, de cuando en cuando, resonaba la música de baile. También oía voces en el jardín que a menudo estaban muy cercanas a mí, y luego todo volvía a estar silencioso.

Me palpitaba el corazón. Tenía una sensación extraña y espeluznante, como si quisiera robar a alguien. Durante mucho tiempo estuve apoyado en el árbol, acechando hacia todas partes, pero como no venía nadie, no pude contenerme más. Me colgué el cestillo al brazo y me subí rápidamente al peral, para poder respirar de nuevo el aire puro.

Allí arriba resonaban los sonos de la música de baile, que llegaban hasta mí con toda su potencia por encima de las copas de los árboles. Dominaba con la vista todo el jardín y hasta el interior del palacio, cuyas ventanas estaban muy iluminadas. Allí dentro giraban las arañas como coronas de estrellas, e innumerables caballeros y damas, elegantemente ataviados, se movían, bailaban y se entremezclaban abigarrados, como si fueran sombras chinescas; a veces se asomaban a las ventanas y miraban hacia el jardín. Afuera, ante el palacio, tanto el césped como los arbustos y los árboles se veían dorados a causa de las muchas luces de la sala, de tal manera que parecía como si las flores y los pájaros se despertaran. Sin embargo, a lo lejos y detrás de mí el jardín permanecía oscuro y silencioso.

Allí estará bailando *ella*, pensé para mí, encaramado en el árbol, y con seguridad se ha olvidado de ti y de tus flores. Todos están tan alegres, y nadie se preocupa de ti. Y siempre me pasa igual en

todas partes. Cada uno se ha buscado su sitio en este mundo, tiene su estufa encendida, su taza de café, su mujer, su vaso de vino por las noches y se siente verdaderamente feliz; incluso el portero se encuentra feliz en su largo pellejo. Yo no estoy a gusto en ningún sitio. Es como si hubiera llegado demasiado tarde a todas partes, como si el mundo no hubiera contado conmigo en absoluto.

Cuando estaba filosofando de esta manera, escuché ruido debajo, en el césped. Dos voces muy finas hablaban muy cerca y en voz baja entre sí. A continuación, apartaron las ramas de los arbustos y la doncella asomó su carita, mirando a todas partes, tras el follaje. La luz de la luna hacía brillar sus picaros ojos cuando estaban acechando. Contuve la respiración y miré fijamente hacia abajo. No pasó mucho tiempo cuando apareció realmente la jardinera entre los árboles, tal como me lo había descrito el día anterior la doncella. Mi corazón parecía querer estallar. Tenía el rostro cubierto con un antifaz y miraba, según me parecía a mí, inquieta a su alrededor. Me pareció que no era ni tan delgada ni tan hermosa. Finalmente se acercó al árbol y se quitó el antifaz. ¡No era ni más ni menos que la otra noble señora, la mayor!

Cuán feliz me sentí, tras el primer susto, de hallarme seguro en el árbol. ¡Por todos los diablos!, pensé yo, ¿qué viene a hacer ésta aquí? Si ahora viene a recoger las flores mi querida, hermosa y noble señora, ¡vaya lío! Hubiera podido llorar de rabia ante todo este espectáculo.

Entre tanto, la dama disfrazada de jardinera comenzó a decir:

—Hace un calor tan sofocante en la sala que he tenido que salir para refrescarme un poco al aire libre en la hermosa naturaleza.

Al mismo tiempo se abanicaba sin cesar con el antifaz dándose aire. A la luz de la luna pude darme cuenta de que tenía hinchados los tendones del cuello; estaba francamente disgustada y tenía la cara roja como un tomate. Mientras tanto, la doncella buscaba entre todos los setos, como si se le hubiera perdido un alfiler.

—Y yo que necesitaba enormemente flores frescas para mi disfraz —siguió diciendo la jardinera—. ¿Dónde se habrá metido?

La doncella buscaba riéndose sin parar.

—¿Decías algo, Rosette? —preguntó la jardinera con tono mordaz.

—Digo lo que siempre he dicho —replicó la doncella—. El recaudador es y será siempre un pícaro; seguramente está tumbado bajo algún matorral durmiendo.

Me entraron unas ganas tremendas de saltar y de salvar mi reputación, pero de pronto oí un gran ruido de trompetas y música que procedía del palacio.

Entonces la jardinera no esperó más.

—Ahora van a hacer el brindis en honor del señor —dijo contrariada—. Vamos, que nos van a echar de menos.

Y diciendo esto, se puso de nuevo el antifaz y se dirigió presurosamente y llena de indignación hacia el palacio, acompañada por la camarera. De forma curiosa, los árboles y matorrales parecían seguirla con largas narices y dedos, la luz de la luna bailó de arriba abajo sobre su amplio talle como por encima de un teclado, y de esta manera la señora se retiró del escenario entre bombos y platillos, como yo había visto hacer algunas veces a las cantantes en el teatro.

Yo, sin embargo, allá arriba en el árbol, no sabía muy bien lo que había pasado, y dirigí mi mirada hacia el palacio, puesto que un círculo de grandes antorchas situadas al pie de la escalinata lanzaba una extraña luz sobre las relucientes ventanas y sobre el jardín. Era la servidumbre, que se disponía a dar una pequeña serenata a sus jóvenes señores. En el centro se encontraba

magníficamente engalanado el portero, como un ministro, ante un atril y tocando con gran esfuerzo un fagot.

Cuando me disponía a escuchar tan hermosa serenata, se abrieron de pronto las puertas del balcón del palacio. Un caballero alto, atractivo y majestuoso en su uniforme, lleno de medallas relucientes, salió al balcón, y llevaba de la mano a la joven, hermosa y noble señora, vestida de blanco, como un lirio en la noche o como cuando la luna recorre el claro firmamento.

No podía apartar la mirada de aquel lugar, y el jardín, los árboles y los campos desaparecieron de mi vista cuando contemplé su figura esbelta y hermosa, maravillosamente iluminada por las antorchas, y cómo ella tan pronto hablaba graciosamente con el apuesto oficial como inclinaba cordialmente la cabeza hacia los músicos. La gente abajo estaba fuera de sí de gozo, y al final no me pude contener yo tampoco y grité con todas mis fuerzas: «¡Viva, viva!».

Cuando desapareció del balcón y se fueron apagando las antorchas una tras otra y se llevaron los atriles de los músicos y el jardín quedó de nuevo oscuro y susurrante, entonces me di cuenta de todo y el corazón se me encogió al pensar que era su tía la que me había pedido las flores, y que la belleza no pensaba en absoluto en mí y que hacía tiempo que estaba casada y que yo era un gran necio.

Todo esto me hizo sumergirme en un abismo de reflexiones. Me envolví como un erizo en las púas de mis propios pensamientos; desde el palacio llegaba, cada vez más débilmente, la música de baile, y las nubes pasaban solitarias por encima del oscuro jardín. Y como una lechuza, pasé toda la noche allá arriba en las ruinas de mi felicidad.

El fresco aire de la mañana me despertó finalmente de mis ensoñaciones. Me quedé muy asombrado cuando miré a mi alrededor. La música y el baile hacía tiempo que habían terminado, en el palacio y a su alrededor, en el césped y en las escaleras de piedra y en las columnas reinaban el silencio, la frescura matinal y una cierta solemnidad; solamente el surtidor situado ante la entrada seguía murmurando sin descanso. Aquí y allá en las ramas junto a mí se iban despertando los pájaros, sacudían su polícromo plumaje y miraban con curiosidad y asombro, mientras estiraban las alas, a su extraño camarada de sueño. Los rayos alegres de la mañana bañaban el jardín y cubrían también mi pecho.

Entonces me incorporé en mi árbol y por primera vez, desde hacía tiempo, contemplé bien la campiña y cómo algunas embarcaciones sueltas se deslizaban bajando por el Danubio entre los viñedos, y las carreteras aún vacías, como puentes sobre el reluciente campo, transcurrían cimbreadas por los montes y valles.

No sé cómo fue, pero de repente se apoderó de mí de nuevo ese antiguo deseo de viajar: la misma nostalgia y alegría y mis grandes expectativas. Al mismo tiempo se me ocurrió pensar en la hermosa dama que dormía allí arriba en el palacio entre flores y bajo colchas de seda, y un ángel, sentado a su cabecera, la acompañaba en la quietud de la mañana. «No», grité. «¡Tengo que irme de aquí, lejos, muy lejos, tan lejos hasta donde llegue el azul del cielo!»

Y con esto cogí mi cestillo y lo lancé a los aires, de tal manera que fue encantador ver cómo las flores multicolores se posaban entre las ramas y en la verde hierba. Luego descendí presuroso y me dirigí a mi vivienda a través del silencioso jardín. A menudo me detenía en algunos lugares donde había visto a la dama o donde había estado tumbado a la sombra pensando en ella.

En mi casita y a su alrededor todo estaba tal y como lo había dejado el día anterior. El jardín estaba devastado y yermo, en la habitación aún estaba abierto el gran libro de cuentas; mi violín, del que ya casi me había olvidado totalmente, estaba colgado en la pared cubierto de polvo. Sin embargo,

desde la ventana de enfrente entraba un rayo de sol que se posó en sus cuerdas. Esto llenó de música mi corazón: «Sí», dije. «Ven conmigo, fiel instrumento. Nuestro reino no es de este mundo.»

Así pues, cogí el violín de la pared y abandonando el libro de cuentas, el batín, las pantuflas, las pipas y el parasol, salí de mi casita tan pobre como había llegado y eché a andar por las relucientes carreteras.

Volvía la cabeza a menudo; tenía una sensación extraña, pues al mismo tiempo me sentía tan triste y tan extraordinariamente alegre como un pájaro que escapa de su jaula. Y cuando ya llevaba andado un buen trecho, saqué mi violín y me puse a cantar:

*Al buen Dios dejo que se ocupe de mí.
Él, que cuida de los riachuelos, alondras,
campos, prados, cielo y tierra
¡ha dispuesto mi camino de la mejor manera!*

El palacio, el jardín y las torres de Viena se habían desvanecido tras de mí en la fragancia de la mañana; sobre mi cabeza cantaban alborozadas miles de alondras; así me dirigí, a través de verdes montes y alegres ciudades y pueblos, en dirección a Italia.

CAPÍTULO TERCERO

¡Pero la cosa se presentaba mal! No había pensado para nada en que no conocía el camino. Y en las serenas horas de la mañana tampoco se veía a nadie en los alrededores a quien hubiera podido preguntar, y no lejos de mí la carretera se dividía en muchas otras carreteras que se prolongaban a lo lejos, por encima de los montes, como si condujeran a los confines del mundo, de tal manera que sentía una especie de mareo cuando miraba fijamente.

Finalmente llegó un campesino que supongo iba a la iglesia, pues era domingo; vestía una levita pasada de moda con grandes botones de plata y un largo bastón de caña con un macizo puño de plata que ya desde lejos relucía al sol. Le pregunté inmediatamente con la mayor cortesía:

—¿No me podría decir cuál es el camino a Italia?

El campesino se detuvo, me miró detenidamente, meditó haciendo avanzar su labio inferior y me volvió a mirar. Le dije de nuevo:

—El camino a Italia, donde crecen los naranjos.

—¿Y a mí qué me importan sus naranjas? —dijo el campesino, y dando largos pasos continuó su camino.

Yo hubiera esperado una respuesta más correcta, ya que verdaderamente tenía muy buena apariencia,

¿Qué podía hacer ahora? ¿Dar la vuelta y regresar a mi pueblo? Me hubieran señalado con el dedo y los jóvenes hubieran saltado a mi alrededor: «¡Eh, bienvenido de tu vuelta al mundo! ¿Cómo es el mundo? ¿No nos habéis traído pan de especias?». El portero de la gran nariz, que tenía muchos conocimientos de historia universal, me decía a menudo: «Mi querido señor recaudador, Italia es un

país hermoso, allí el buen Dios cuida de todo. Uno puede tumbarse al sol y las pasas acuden por sí solas a la boca, y si a uno le pica la tarántula, uno baila con gran agilidad, aunque no haya aprendido a bailar». «¡No, a Italia, a Italia!», grité lleno de alegría y corrí, sin pensar en los distintos caminos, por la carretera más cercana a mis pies.

Cuando había recorrido ya un trecho, vi a la derecha de la carretera un hermoso jardín, donde el sol de la mañana resplandecía alegremente entre los troncos y las copas, de tal manera que la hierba parecía estar cubierta de tapices dorados. Como no vi a persona alguna, trepé por la valla del jardín y me tumbé cómodamente sobre la hierba bajo un manzano, pues tenía los miembros doloridos de la noche pasada en las ramas del árbol. Desde allí se podía ver un extenso paisaje, y como era domingo, llegaban los tañidos de las campanas desde muy lejos por los apacibles campos, y los campesinos, en galas de domingo, se dirigían a la iglesia atravesando praderas y arbustos. Me sentía contento en el fondo de mi corazón, los pájaros cantaban sobre mi cabeza en las ramas del árbol, y pensaba en mi molino y en el jardín de la hermosa y noble señora y lo lejos que estaba todo, hasta que finalmente me quedé dormido. Entonces soñé que la bella señora se dirigía hacia mí caminando o, en realidad, volando lentamente por la hermosa comarca, deslizándose entre los sonidos de las campanas, con unos largos velos blancos que flotaban en la aurora. Luego tuve otro sueño, en el que no estábamos en el extranjero, sino en mi pueblo, bajo las sombras del molino. Pero todo estaba tan vacío y silencioso como cuando los domingos la gente está en la iglesia y solamente el sonido del órgano llega a través de los árboles. Y esto me hizo sentir un gran dolor. Pero la hermosa dama era muy amable y cordial, me cogía de la mano y, paseando conmigo, cantaba sin interrupción, en medio de la soledad, aquella canción que siempre entonaba por las mañanas junto a la ventana, acompañándose con la guitarra; y yo veía su imagen reflejada en las serenas aguas del estanque, todavía mucho más hermosa, pero con unos ojos grandes y extraños que me miraban tan fijamente que casi sentía miedo. En ese momento el molino se puso a andar de nuevo y a hacer ruido, primero a largos intervalos, luego más rápido y con mayor fuerza; el estanque se oscureció y sus aguas se rizaron, la hermosa dama empalideció y sus velos se hicieron cada vez más largos, más largos, y de forma espantosa volaron convertidos en largas puntas, como cintas de nubes hasta el cielo; el bramido se hizo cada vez más fuerte, a veces me parecía como si el portero soplara su fagot, hasta que finalmente me desperté sobresaltado.

En realidad, se había levantado un viento que me acariciaba dulcemente pasando a través del manzano, pero el estruendo y el alboroto no procedían del molino ni del portero, sino del mismo campesino que anteriormente no me había querido mostrar el camino hacia Italia. Se había quitado sus ropas de gala y estaba ante mí con una camisola blanca.

—Vaya —dijo mientras me frotaba los ojos para despabilarme—, ¿quizás venís aquí para recolectar vuestras naranjas? ¿Os parece bien aplastar mi césped en lugar de ir a la iglesia, holgazán?

A mí me molestaba que el patán me hubiera despertado. Me levanté muy airado y contesté rápidamente:

—Pero bueno, ¿queréis insultarme? Yo he sido jardinero antes de lo que vos pensáis, y recaudador también, y si hubierais ido a la ciudad, habríais tenido que quitaros ante mí vuestro grasiento gorro de dormir; tenía mi casita y mi batín de lunares amarillos.

Pero el bárbaro no me hizo ningún caso, sino que abrió los brazos estirándolos a ambos lados y diciendo simplemente:

—Pero ¿qué queréis, eh?

En este momento comprobé que era un hombre rechoncho, pequeño y patizambo, con unos ojos redondos y saltones y nariz roja y torcida. Dado que no hacía más que decir: «¡Eh, eh!», y se acercaba cada vez más a mi persona, me entró un miedo extraño y atroz, y salté raudo la valla, sin mirar hacia atrás, atravesando los campos mientras mi violín resonaba en mi bolsillo.

Cuando finalmente me detuve para recobrar el aliento no se podía ver ya ni el jardín ni el valle, y me encontraba en un hermoso bosque. Pero no presté la menor atención, pues ahora sí que me indignaba todo el asunto y lo mal que me había tratado el individuo, y durante algunos momentos estuve echando pestes para mí. Sumido en tales pensamientos, seguí andando, desviándome cada vez más de la carretera general y adentrándome en la montaña. El sendero que había seguido se interrumpió, y ante mí tenía tan sólo una vereda poco transitada. Alrededor no se podía ver a nadie ni se oía el menor ruido. Por lo demás, el sitio era muy agradable, las copas de los árboles susurraban y los pájaros cantaban de forma muy hermosa. Por tanto, me encomendé a la voluntad de Dios, saqué mi violín y toqué de corrido todas mis melodías preferidas, las cuales resonaron de forma alegre en el solitario bosque.

Pero no pude seguir tocando durante mucho tiempo, pues tropezaba a cada momento con las malditas raíces de los árboles, y finalmente comencé a sentir hambre, y el bosque no parecía tener fin. Así estuve dando tumbos todo el día, y ya el sol lanzaba sus rayos oblicuos a través de los troncos de los árboles, cuando finalmente llegué a un valle rodeado de montes y lleno de flores rojas y amarillas, alrededor de las cuales volaban multitud de mariposas en el dorado atardecer. Reinaba una soledad tal como si el mundo estuviera a mil leguas de allí. Sólo se escuchaba el canto de los grillos, y un pastor estaba sentado sobre las altas hierbas y soplaba melancólicamente su dulzaina, de tal manera que el corazón me hubiera podido saltar de nostalgia. Sí, pensé para mí, ¡quién pudiera ser como este holgazán! Nosotros tenemos que luchar en tierra extranjera y estar siempre atentos. Como entre nosotros corría un hermoso y claro riachuelo que no podía atravesar, le grité desde lejos: «¿Dónde está por aquí el próximo pueblo?». No se molestó mucho, sino que sacó un poco la cabeza de la hierba y con su dulzaina me señaló el otro bosque y siguió soplando tranquilamente.

Así pues, seguí mi camino aprisa, pues comenzaba a oscurecer. Los pájaros, que habían armado un gran alboroto cuando los últimos rayos del sol resplandecían en el bosque, se callaron de pronto, y comencé casi a sentir miedo por el murmurar constante y solitario de los bosques. Finalmente oí a lo lejos algunos ladridos. Caminé más aceleradamente, él bosque se fue haciendo cada vez más claro y poco tiempo después vi, a través de los últimos árboles, un hermoso lugar verde en el que unos niños armaban un gran alboroto y daban vueltas alrededor de un hermoso tilo que se encontraba en el medio. Más lejos de la plaza se hallaba una posada en la que algunos campesinos estaban sentados alrededor de una mesa jugando a las cartas y fumando. Al otro lado estaban sentados ante la puerta jóvenes y muchachas con las manos envueltas en sus delantales, todos ellos charlando entre sí y disfrutando de la fresca.

No me lo pensé demasiado tiempo, saqué mi violín del bolsillo y toqué en seguida una alegre melodía tirolesa mientras salía del bosque. Las muchachas quedaron asombradas y los viejos rieron de tal manera que sus risas resonaron dentro del bosque. Pero cuando llegué al tilo y me apoyé en él con la espalda para seguir tocando, se elevó de derecha a izquierda una serie de rumores y cuchicheos entre la juventud; finalmente, los jóvenes dejaron sus pipas, cada uno cogió a su pareja y, antes de que me hubiera dado cuenta, la juventud bailaba a mi alrededor. Los perros ladraban, los delantales volaban y los niños hacían corro en torno a mí, mirándome curiosos a la cara y a los

dedos, que yo manejaba con gran agilidad.

Pero fue tras el primer baile cuando comprobé el bien que hace a los músculos la buena música. Los mozos que antes estaban con la pipa en la boca y se estiraban en los bancos alargando sus piernas entumecidas, de pronto cambiaron totalmente: se colgaron sus pañuelos de colores del ojal de la chaqueta y hacían alrededor de las jóvenes cabriolas de tal calibre que verdaderamente era digno de verse. Uno de ellos, que se creía muy importante, registró durante largo tiempo el bolsillo de su chaleco para que los otros lo vieran, y finalmente sacó una pequeña pieza de plata que me quiso dar en la mano. Me molestó a pesar de que no tenía dinero en el bolsillo. Le dije que se quedara con su dinero, que solamente tocaba por el placer que me producía encontrarme de nuevo entre personas. Poco después se me acercó una bonita joven con una gran jarra de vino. «A los músicos les gusta beber», me dijo sonriendo agradablemente, y sus dientes, blancos como perlas, brillaban de forma verdaderamente encantadora entre sus labios rojos, de tal manera que me hubiera gustado besarla en el acto. Ella mojó sus labios en el vino y luego me ofreció la jarra. Entonces bebí el contenido hasta el final y volví a tocar de nuevo mientras todos daban vueltas alegremente a mi alrededor.

Entre tanto, los viejos habían interrumpido su juego y la juventud empezó a sentirse cansada, dispersándose hasta que alrededor de la posada todo quedó vacío y silencioso. También la muchacha que me había traído el vino se dirigió hacia el pueblo, pero caminaba muy despacio y se daba la vuelta de vez en cuando, como si hubiera olvidado algo. Finalmente se detuvo y se puso a buscar algo en el suelo, pero yo vi bien que cuando se inclinaba miraba hacia mí a través de los brazos. En el palacio había aprendido modales, así que me dirigí corriendo hacia ella y le dije:

—¿Habéis perdido algo, hermosa señorita?

—¡Ay, no! —replicó ella poniéndose cada vez más colorada—. Solamente era una rosa. ¿La queréis?

Le di las gracias y me coloqué la rosa en el ojal. Ella me miró muy amablemente y dijo:

—Tocáis muy bien el violín.

—Sí —le contesté—. Es un don que me ha concedido Dios.

—Apenas hay músicos en esta comarca —dijo. Después se paró y mantuvo los ojos bajos—. Podíais ganar aquí una buena cantidad de dinero; también mi padre toca algo el violín y le gusta oír hablar de países extranjeros, y además mi padre es muy rico.

Luego rió y dijo:

—¡Si no hiciéseis tantos gestos raros con la cabeza cuando tocáis!

—Mi querida doncella —le contesté—, en primer lugar, no me trate de vos, y en cuanto a los movimientos de la cabeza, es algo que tenemos todos los virtuosos.

—¡Ah, bien! —repuso la joven.

Quiso decir algo más, pero de pronto se produjo un ruido tremendo en la posada, la puerta se abrió con gran estrépito y un individuo flaco salió como una baqueta disparada. A continuación se cerró la puerta con gran ruido.

La muchacha, al sentir el primer ruido, huyó como un corzo y desapareció en la oscuridad. La figura ante la puerta se levantó con gran rapidez y comenzó a maldecir la casa de tal forma que verdaderamente era para asombrarse:

—¿Qué? ¿Yo borracho? —gritaba—. ¿Que no he pagado las cuentas hechas con tiza en la puerta ahumada? ¡Borradlas, borradlas! ¿Es que acaso no os hice la barba con el cucharón y os corté en la nariz, de tal manera que mordisteis la cuchara hasta partirla en dos? Afeitar vale una raya, la cuchara

de madera, otra, el esparadrapo en la nariz, otra más. ¿Cuántas rayas queréis que os pague? Pero está bien, está bien, dejaré a todo el pueblo, a todo el mundo sin afeitar. ¡Por mí podéis andar todos por ahí con vuestras barbas, y así el buen Dios no sabrá el Día del Juicio si sois cristianos o judíos! Por mí, podéis ahorcaros con vuestras propias barbas, ¡catetos, osos velludos!

Llegado este momento, el hombre comenzó a llorar amargamente y siguió diciendo con voz de falsete:

—¡Que tenga yo que beber agua como un miserable pez! ¿Es esto el amor al prójimo? ¿Acaso no soy un hombre y un maestro barbero? ¡Ay, hoy estoy tan furioso! ¡Mi corazón está lleno de emoción y de amor al prójimo!

Después de esto se alejó poco a poco, pues en la casa no se oía respuesta alguna. Cuando me divisó, se dirigió hacia mí con los brazos abiertos, y creí que el loco iba a abrazarme. Me aparté a un lado y él continuó andando a trompicones, y todavía le escuché discurrir consigo mismo en la oscuridad durante largo tiempo, unas veces en tono delicado y otras con palabras groseras.

Pero a mí me bullían muchas ideas en la cabeza. La joven que antes me había regalado la rosa era joven, bella y rica. Podía conseguir mi felicidad en un santiamén. Y creí ver corderos, cerdos, pavos y patos bien cebados rellenos de manzana; era como si el portero avanzara hacia mí diciéndome: «Toma, recaudador, toma, nadie se ha arrepentido de casarse joven, aquel que tiene suerte, trae a la novia a casa, quédate aquí en tu tierra y aliméntate bien». Sumergido en tales pensamientos filosóficos, me senté en la solitaria plaza sobre una piedra, pues no me atrevía a llamar a la posada, ya que no llevaba dinero conmigo. La luna brillaba espléndida, y desde los montes llegaba el murmullo de los bosques a través de la noche silenciosa; a veces se oía ladrar a los perros en el pueblo, el cual parecía estar sepultado allá lejos en el valle, entre los árboles y la luz de la luna. Contemplé el firmamento, cómo pasaban lentamente las nubes a través de la luz de la luna, y alguna que otra vez una estrella caía hacia la tierra en la lejanía. Así, pensé, brilla también la luna sobre el molino de mi padre y sobre el blanco palacio condal. Allí hace horas que reina el silencio: la noble señora duerme, y los surtidores de agua y los árboles del jardín siguen susurrando como entonces, y a todos les es indiferente si aún estoy ahí, o si estoy en el extranjero o si he muerto. En ese momento, el mundo me pareció tan extremadamente extenso y grande, y yo me sentí tan solo dentro de él, que hubiera podido echarme a llorar desde lo más profundo de mi corazón.

Sentado en el mismo sitio, de pronto oí, en la lejanía, ruidos de cascos en el bosque. Contuve la respiración y escuché atentamente, pues cada vez se acercaban más y podía oír resoplar a los caballos. Poco después aparecieron dos jinetes bajo los árboles, se detuvieron en las lindes del bosque y se pusieron a hablar en voz baja animadamente, tal y como pude ver en las sombras que aparecieron de pronto en la plaza iluminada por la luna, señalando con sus largos brazos oscuros unas veces aquí y otras allá. Cuántas veces, cuando mi difunta madre me contaba historias de los bosques y de aguerridos bandidos, había deseado secretamente vivir una historia tal. Pues bien, ahora esos pensamientos estúpidos y temerarios se volvían en contra de mí. Me estiré a lo largo del tilo bajo el que había estado sentado, hasta que alcancé la primera rama, y me encaramé a toda velocidad. Pero todavía me balanceaba con medio cuerpo sobre la rama y quería recoger mis piernas, cuando uno de los jinetes galopó raudo por la plaza en dirección a mí. Cerré los ojos en el sombrío follaje y no hice el menor movimiento. «¿Quién hay ahí?», gritó muy cerca de mí. «Nadie», contesté con todas mis fuerzas ante el horror de que me hubieran atrapado. Sin embargo, íntimamente me tuve que reír pensando en la cara que pondrían los tipos cuando vieran que tenía los bolsillos vacíos.

—Uy, uy —dijo el bandido—, pero ¿a quién pertenecen estas piernas que cuelgan de ahí?

—No son nada más —repuse— que las piernas de un pobre músico que se ha extraviado. —Y rápidamente salté al suelo, avergonzándome durante largo tiempo de haberme quedado colgado en la rama como una horquilla rota.

El caballo del jinete se echó para atrás al verme caer del árbol. Él le acarició el cuello y dijo sonriendo:

—Y bien, nosotros también nos hemos perdido; somos buenos camaradas, y yo creo que podrías ayudarnos a encontrar el camino hasta B. No te perjudicará en nada.

Les aseguré que no sabía en absoluto dónde estaba B., que yo lo preguntaría mejor en la posada o los llevaría hasta el pueblo. Sin embargo, el hombre no atendía a ningún razonamiento. Tranquilamente sacó de su cinturón una pistola que relucía claramente a la luz de la luna.

—Mi querido amigo —me dijo al mismo tiempo muy amistosamente, mientras limpiaba el cañón de la pistola y se la llevaba a los ojos para examinarla—, serás tan amable de precedernos tú mismo hasta B.

No lo tenía nada fácil. Si encontraba el camino, caería con seguridad en manos de la banda y me apalearían al ver que no llevaba dinero alguno; si no lo encontraba, también me apalearían. Así pues, sin reflexionar demasiado tiempo, me incliné por el primer camino que pasaba delante de la posada y conducía hacia el pueblo. El jinete regresó rápidamente junto a su compañero, y ambos me siguieron lentamente a alguna distancia. Y así anduvimos como necios, confiando en la suerte, por la noche clara. El camino continuaba por el bosque hasta la ladera de una montaña. A trechos, se podían ver, por encima de los pinos que la cubrían, los valles profundos y tranquilos; de vez en cuando se oía al ruiseñor, y los perros ladraban en los pueblos lejanos. Desde los abismos llegaba, ininterrumpidamente, el murmullo de un río que relucía a veces a la luz de la luna. A todo esto había que sumar el monótono trote de los caballos y los ruidos y conversaciones de los jinetes, que hablaban incesantemente en una lengua extranjera, y el reflejo claro de la luna y las largas sombras de los troncos de los árboles, que bailaban por encima de los jinetes haciendo que los viera tan pronto oscuros como claros, unas veces pequeños y otras gigantescos. Mis pensamientos estaban realmente aturdidos, como si estuviera en un sueño y no pudiera despertar de ninguna manera. Caminaba firmemente hacia delante. Al final, pensé, tendremos que salir del bosque y de la noche.

Finalmente, unos reflejos rojizos flotaron de un lado a otro del cielo muy suavemente, como cuando se sopla sobre un espejo, y también se escuchó el canto de una alondra en las alturas por encima del valle silencioso. Entonces, al hacerse de día, mi corazón se serenó y dejé de sentir miedo. Ambos jinetes, sin embargo, se despezaron y miraron a todas partes, y parecieron darse cuenta en aquel momento de que no estábamos en el buen camino. Volvieron a charlar de nuevo y me di perfecta cuenta de que hablaban de mí, incluso me pareció que uno de ellos comenzaba a tener miedo de mí, como si yo pudiera ser un salteador de caminos que quisiera extraviarlos en el bosque. Eso me hizo mucha gracia, pues cuanto más luz había, tanto más coraje adquiría y con mayor motivo, ya que acabábamos de llegar a un bello y despejado claro del bosque. Por ello comencé a mirar ferozmente a todas partes y silbé algunas veces con los dedos, como lo hacen los picaruelos cuando se quieren hacer señales.

—¡Alto! —exclamó uno de los jinetes, lo que hizo que me sobresaltara. Cuando me di la vuelta, ambos se habían apeado de su montura y la habían atado a un árbol. Uno se precipitó hacia mí, me miró fijamente a la cara y comenzó a reírse de forma desmesurada. Tengo que confesar que esa risa

sin sentido me molestó profundamente. Sin embargo, él dijo:

—Sí, es realmente el jardinero, quiero decir, el recaudador de palacio.

Le miré con ojos asombrados, porque no me podía acordar de él; y realmente habría tenido mucho trabajo si hubiera querido ver a todos los caballeros que entraban y salían del palacio a caballo. Él, sin embargo, continuó con su interminable risa:

—¡Esto es maravilloso! Estás de vacaciones, por lo que veo, y nosotros necesitamos precisamente un servidor; quédate con nosotros y tendrás vacaciones perpetuas.

Me encontraba sumido en una gran confusión, y finalmente dije que iba de camino hacia Italia.

—¿Hacia Italia? —contestó el desconocido—. Allá es precisamente a donde queremos ir nosotros.

—Bueno, si es así... —exclamé, y lleno de alegría saqué mi violín del bolsillo y toqué de tal manera que los pájaros del bosque se despertaron. El señor, sin embargo, agarró rápidamente a su amigo y se puso a bailar, con aire trastornado, dando vueltas por el prado.

De pronto los dos se detuvieron.

—¡Por Dios! —gritó uno de ellos—. Ya veo la torre de la iglesia de B. No tardaremos en encontrarnos allí abajo.

Sacó su reloj e hizo tocar la hora, sacudió la cabeza e hizo que de nuevo tocara la hora.

—No —dijo—, esto no puede ser. Llegaremos demasiado pronto y podría ser perjudicial.

Al decir esto, sacaron de sus cabalgaduras pasteles, asados y botellas de vino, extendiendo, sobre la verde hierba una manta de colores; se tumbaron sobre ella y comieron apaciblemente, compartiendo todo conmigo, lo que me sentó muy bien, dado que desde hacía días no había comido bien.

—Y para que lo sepas —me dijo uno—. ¿Es que no nos conoces?

Yo meneé la cabeza.

—Para que lo sepas, yo soy el pintor Leonardo y éste también es pintor y se llama Guido.

Entonces observé con más atención a los dos pintores a la luz de la aurora. Uno de ellos, el señor Leonardo, era alto, espigado, moreno, con ojos alegres y ardientes. El otro era mucho más joven, más pequeño y más delicado, vestido a la antigua moda alemana, según decía el portero, con cuello blanco y la garganta al descubierto, alrededor de la cual colgaban unos rizos de color castaño oscuro que a menudo tenía que apartarse de la cara. Cuando éste hubo desayunado lo suficiente, cogió mi violín, que yo había dejado en el suelo a mi lado, se sentó con él sobre un tronco cortado y punteó con los dedos sobre las cuerdas. A continuación, comenzó a cantar con una voz tan clara como la de un pajarillo del bosque, y su canto conmovió mi corazón:

*Cuando el primer rayo de sol vuela
por el silencioso valle de nieblas,
murmuran, despertándose, el bosque y las colinas.
¡Que coja sus alas aquel que pueda volar!*

*Lanzando su sombrero a las alturas
el hombre lleno de alegría grita:
Si el canto tiene también alas,
entonces cantaré golosamente.*

Al mismo tiempo, los rojizos resplandores de la aurora se reflejaban graciosamente sobre su pálido rostro y en sus oscuros ojos enamorados. Yo, sin embargo, estaba tan cansado que las notas y letras de su canción se confundían en mi cabeza, hasta que finalmente me quedé profundamente dormido.

Cuando fui volviendo en mí poco a poco, oí, de nuevo hablar como en sueños a los dos pintores junto a mí, y cantar a los pájaros en lo alto; los rayos matutinos reverberaban a través de mis ojos cerrados, dándome la impresión de claroscuro que se produce cuando el sol brilla a través de cortinas de seda roja.

—«Come é bello!» —oí decir muy cerca de mí. Abrí los ojos y vi al joven pintor inclinado hacia mí en la luz reluciente de la mañana, de tal manera que solamente se podían ver los grandes ojos oscuros entre los rizos que caían.

Me levanté raudamente, pues ya se había hecho totalmente de día. El señor Leonardo parecía estar disgustado, tenía dos arrugas malhumoradas en la frente y quería que partiéramos inmediatamente. El otro pintor, sin embargo, se apartaba los rizos de la cara y entonaba una cancioncilla mientras le ponía las bridas a su caballo, hasta que Leonardo de pronto se echó a reír, cogió rápidamente una botella que todavía estaba en el suelo, y sirvió el resto de la misma en los vasos. «¡Por una feliz llegada!», exclamó. Ambos brindaron chocando los vasos con un armonioso sonido. A continuación, Leonardo lanzó la botella vacía hacia la luz matinal, y ésta brilló alegremente en el aire.

Finalmente se montaron en sus caballos y caminé animado a su lado. Justo ante nosotros se extendía un valle inabarcable con la vista, hacia el cual íbamos descendiendo. ¡Qué claridad, qué brillos y qué júbilo! Me sentía interiormente tan fresco y alegre como si pudiera volar desde la montaña hasta aquella región maravillosa.

CAPÍTULO CUARTO

¡Adiós, pues, molino y palacio y portero! Ahora caminábamos tan aprisa que el viento silbaba en mis oídos. A derecha e izquierda pasaban pueblos, ciudades y viñedos con tal rapidez que los ojos me hacían chiribitas; detrás de mí iban los dos pintores en un carruaje, ante mí cuatro caballos y un magnífico postillón, yo arriba en un pescante tal alto que a veces daba saltos de más de una vara.

Esto es lo que había sucedido: cuando llegábamos a B., salió a nuestro encuentro, desde el pueblo, un hombre alto, delgado y huraño, vestido con una levita verde, que hizo grandes reverencias ante los señores y nos condujo al interior del pueblo. Allí estaba, bajo los grandes tilos de la posada, un magnífico carruaje uncido con cuatro caballos de postas. El señor Leonardo pensó durante el camino que mis trajes se me habían quedado cortos. Ni corto ni perezoso sacó uno de su bolsa de mano y tuve que vestirme con un chaleco y un frac totalmente nuevos que me sentaban muy bien, aunque me estaban muy largos y grandes, de tal manera que flotaban a mi alrededor. También me dieron un nuevo sombrero, que relucía al sol como si estuviera untado con mantequilla fresca. Entonces, el huraño desconocido cogió por las bridas los dos caballos de los pintores. Éstos se subieron al carruaje, yo al pescante, y así partimos a buen paso en el momento en que el maestro de postas se asomaba con el gorro de dormir a la ventana. El postillón hizo sonar alegremente el cuerno y partimos hacia Italia.

Allí arriba llevaba una vida excelente, como el pájaro en el aire, pero sin tener que volar. No tenía nada más que hacer que estar sentado en el pescante día y noche, y a veces, cuando llegábamos a las posadas, llevar comida y bebida al coche; pues los pintores no mantenían contacto con nadie, y a veces de día cerraban las ventanillas tan cuidadosamente como si el sol quisiera quemarlos. En ocasiones el señor Guido sacaba su hermosa cabecita por la ventanilla y hablaba amistosamente conmigo, riéndose del señor Leonardo, que no podía aguantar esto y se indignaba siempre por nuestras largas charlas. Un par de veces estuve a punto de tener un disgusto con mi amo. Una vez fue porque en una hermosa noche llena de estrellas comencé a tocar mi violín allí arriba en el pescante, y otra vez fue a causa del sueño. ¡Pero es que aquello era asombroso! Yo quería ver Italia con todo detalle, y abría los ojos cada cuarto de hora. Pero apenas miraba hacia delante un ratito, cuando las dieciséis patas de los caballos se me enrollaban y entrecruzaban como el hilo de una labor, de tal manera que los ojos se me cerraban de nuevo y caía en un sueño tan profundo e irresistible que no podía encontrar remedio. Ya podía ser de día o de noche, ya podía llover o brillar el sol, ya podíamos pasar por el Tirol o por Italia, yo me balanceaba en el pescante unas veces a la derecha, otras a la izquierda o hacia atrás, e incluso de vez en cuando daba con la cabeza con tal fuerza en el suelo que el sombrero me volaba y el señor Guido se veía obligado a gritarme desde el carruaje. De esta manera había atravesado yo, no sé cómo, medio país que allí llaman la Lombardía, cuando en un atardecer maravilloso paramos ante una posada campestre. Los caballos de postas estaban encargados en el pueblo más próximo para unas horas más tarde, por ello los señores pintores se bajaron y se hicieron conducir a una habitación reservada para descansar un poco y escribir algunas cartas. Yo me sentía muy feliz, y me dirigí inmediatamente al comedor para poder comer y beber de nuevo con tranquilidad y comodidad. Allí todo estaba bastante descuidado. Las criadas andaban con los cabellos desordenados y los pañuelos mal atados colgaban sobre la piel amarillenta. Alrededor de una mesa estaban cenando los criados de la casa, con camisolas azules, y me miraban a menudo de reojo. Todos tenían gruesas trenzas cortas y mostraban una apariencia agradable como de señoritos. Heme aquí, pensé para mí mientras comía, finalmente en el país del que siempre venían aquellos tipos singulares a visitar al cura de nuestro pueblo, llevando trampas de ratones, barómetros e imágenes. ¡Hay que ver todo lo que puede aprender el hombre cuando sale de su propia casa!

Mientras comía y meditaba de esta manera, un hombrecillo que hasta entonces había estado sentado en el rincón oscuro de la sala con un vaso de vino, se abalanzó hacia mí como una araña sobre su presa. Era muy bajo y jorobado, mas tenía una cabeza grande y espantosa con una enorme nariz romana y aguileña, patillas cortas y rojizas; sus cabellos empolvados estaban totalmente erizados, como si hubiera pasado por allí un viento huracanado. Llevaba un frac pasado de moda y ajado, con polainas cortas de felpa y unas medias de seda amarillenta. Había estado en Alemania y creía que entendía bien el alemán. Se sentó a mi lado y me preguntaba tan pronto una cosa como otra, mientras tomaba ininterrumpidamente rapé; que si era el *servitore*, que cuándo habíamos *arrivado*, si *andiamos* a Roma. Pero las respuestas no las sabía ni yo mismo, y tampoco podía entender su jerga. «Parlez-vous français?», dije finalmente temeroso. Meneó la cabeza pesaroso y aquello me sirvió de consuelo, pues yo tampoco sabía francés. Mas todo fue en vano. Verdaderamente la había tomado conmigo, y continuó interrogándome; cuanto más charlábamos menos nos entendíamos el uno al otro; al final, nos acaloramos tanto los dos, que tenía la impresión de que el *signor* me quería picar con su nariz de águila; hasta que, finalmente, las doncellas, que habían asistido a la babilónica conversación, rompieron a reírse de nosotros a carcajadas. Yo dejé rápidamente el cuchillo y el

tenedor y salí por la puerta, pues me parecía que en aquel país extranjero, con mi lengua alemana, me encontraba a miles de metros bajo el mar, y que me rodeaban toda clase de animales desconocidos, murmurando en la soledad a mi alrededor, mirándome fijamente e intentando agarrarme.

Fuera hacía una noche cálida y veraniega, muy adecuada para deambular por los alrededores. En los viñedos lejanos se oía, a ratos, cantar a un vendimiador, y de vez en cuando se veía pasar un relámpago por el horizonte, y toda la comarca temblaba y se estremecía a la luz de la luna. Incluso me parecía como si una gran figura se deslizara por detrás de los nogales ante la casa y mirara a través de las ramas; de pronto, todo se quedó de nuevo en silencio. Entonces salió el señor Guido al balcón de la posada. No me vio, y tocó muy hábilmente una cítara que debía de haber encontrado en la casa, y se puso a cantar como un ruiseñor.

*Que calle el ruidoso gozo de los hombres;
la tierra murmura como en sueños
de forma maravillosa con los árboles,
lo que el corazón casi no recuerda,
viejos tiempos, dulce tristeza
y ligeros chaparrones se deslizan
relampagueando por el pecho.*

No sé si cantó algo más, pues me había tumbado sobre el banco de la puerta de la casa y me quedé dormido en la tibia noche a causa del gran cansancio.

Habrían transcurrido unas cuantas horas cuando me despertó el cuerno del postillón, que durante algún tiempo resonó alegremente en mis sueños antes de que yo pudiera darme cuenta de todo. Finalmente, me levanté de un salto, el día clareaba ya en las montañas y el fresco de la mañana hacía estremecer todos mis miembros. Entonces me di cuenta de que a esta hora queríamos habernos puesto en camino y estar ya lejos del lugar. ¡Ajá!, pensé yo, hoy me toca a mí despertarlos y reírme de ellos. ¡Cómo saltará el señor Guido con su somnolienta cabeza rizada cuando me oiga afuera!

Así que me dirigí al pequeño jardín que lindaba con la casa por debajo de las ventanas en las que dormían los señores, me desperecé de nuevo en la aurora y, lleno de buen ánimo, canté:

*¡Cuando el pájaro canta
no está muy lejos el día!
¡Cuando el sol empieza a salir
qué bien sabe aún el sueño!*

La ventana estaba abierta, pero arriba todo permaneció en silencio; únicamente el viento nocturno se deslizaba aún entre los sarmientos de la vid que llegaban hasta la ventana. «Y bien, ¿qué significa todo esto?», grité lleno de asombro, y entré en la casa y corrí por los pasillos silenciosos en dirección a la habitación. Pero al llegar, el corazón me dio un vuelco cuando abrí la puerta: todo estaba vacío, no había ni rastro de fracs, de sombreros ni de botas. Solamente la cítara que el señor Guido había tocado estaba allí colgada, y en la mesa que estaba en medio de la habitación había una hermosa bolsita llena de oro sobre la que había pegada una nota. La llevé hasta la ventana y no podía

dar crédito a mis ojos, pues en verdad allí estaba escrito en grandes letras: «Para el señor recaudador».

Pero, ¿para qué me servía a mí todo aquello si no encontraba de nuevo a mis queridos y alegres señores? Guardé la bolsa en el bolsillo de mi chaqueta y sonó como si hubiera caído en un profundo pozo, de tal manera que me hizo tambalear. Entonces salí corriendo, armé un gran alboroto y desperté a todos los sirvientes y doncellas de la casa. No sabían lo que quería, y pensaban que me había vuelto loco. Luego se quedaron también muy asombrados cuando encontraron el nido de arriba vacío. Nadie sabía nada de mis señores. Solamente una muchacha, por lo que pude deducir de sus señas y gestos, había observado que el señor Guido, cuando estaba cantando el día anterior en el balcón, de pronto dio un gran grito y luego se metió precipitadamente en la habitación en dirección al otro señor. Cuando luego se despertó en la noche, oyó fuera ruido de caballos. Miró a través de la ventanilla de su habitación y vio al jorobado que el día anterior había hablado conmigo galopando sobre un caballo blanco a la luz de la luna a través de los campos, dando unos extraños saltos de rana sobre la silla de montar, y la muchacha se persignó, pues tenía la apariencia de un fantasma que cabalgaba sobre un caballo de tres patas. Entonces me quedé desconcertado, sin saber lo que tenía que hacer.

Mientras tanto, nuestro carruaje llevaba ya largo tiempo esperando, ya uncido, y el postillón tocaba impacientemente el cuerno, de tal manera que hubiera podido estallar, pues tenía que estar en la próxima estación a una hora determinada, porque todo estaba dispuesto con antelación y calculado con la máxima precisión. De nuevo recorrí toda la casa y llamé a los pintores, pero nadie me respondió; la gente de la casa se congregó y me miraba estupefacta. El postillón lanzaba maldiciones, los caballos resoplaban, yo estaba totalmente aturdido y terminé por saltar rápidamente al coche; el criado de la posada cerró la puerta tras de mí, el postillón hizo restallar el látigo y de este modo proseguí mi viaje por el ancho mundo.

CAPÍTULO QUINTO

Así rodamos por montañas y valles día y noche, sin descanso. No tenía tiempo para reflexionar, pues donde quiera que llegábamos, estaban los caballos enganchados; no podía hablar con la gente, de suerte que mis exclamaciones no servían para nada; a menudo, cuando estaba en la posada en lo mejor de la comida, el postillón tocaba y yo tenía que dejar tenedor y cuchillo para saltar de nuevo al coche, y no sabía en realidad adonde y por qué causa debía proseguir el viaje a tal velocidad.

Por lo demás, esta forma de vida no estaba mal. Me echaba, como sobre un canapé, tan pronto en una esquina como en la otra del coche, y aprendí a conocer personas y países, y cuando atravesábamos ciudades, me apoyaba sobre los codos en la ventanilla del carruaje y daba las gracias a las gentes que cortésmente se quitaban ante mí el sombrero, o saludaba a las muchachas asomadas a las ventanas como si fuera un viejo conocido, lo que les llamaba poderosamente la atención y hacía que me siguieran curiosamente con la mirada durante un buen rato.

Pero finalmente me asusté mucho. Nunca había contado el dinero que tenía en la bolsa, debía pagar mucho dinero a los administradores de postas y a los mesoneros, y antes de que me pudiera dar cuenta, la bolsa ya estaba vacía. En un principio me propuse que, tan pronto como pasáramos por un

solitario bosque, saltaría raudamente del coche y escaparía. Pero luego me dio pena dejar tan vacío, el hermoso coche en el que, en otras circunstancias, hubiera viajado hasta el fin del mundo.

Así pues; estaba yo sumido en mis pensamientos, sin saber qué hacer, cuando el coche, saliéndose de pronto de la carretera, tomó un camino lateral. Le grité al postillón preguntándole adónde iba. Pero ya podía preguntar lo que quisiera, que el joven tan sólo contestaba: «Si, si, signore» y continuaba su camino a pesar del mal estado del terreno, de tal manera que yo iba dando tumbos de un lado al otro del coche.

No sabía muy bien qué hacer, pues la carretera cruzaba un magnífico paisaje en dirección al sol poniente, como sumergido en un mar de brillo y relámpagos. Sin embargo, en la parte hacia la que habíamos torcido, se alzaba una áspera cordillera con grises abismos en los que hacía tiempo que había anochecido. Cuánto más avanzábamos, tanto más salvaje y solitaria aparecía, la comarca. Finalmente la luna apareció entre las nubes, y relucía de una manera tan clara sobre los montes y las rocas, que verdaderamente inspiraba temor su contemplación. No podíamos avanzar, sino muy lentamente entre los estrechos barrancos pedregosos, y el permanente rodar del carruaje resonaba en las paredes de piedra en la tranquila noche, como si entrásemos en la gran bóveda de una caverna. Sólo las múltiples cascadas, invisibles, murmuraban sin fin en lo profundo del bosque, y los mochuelos gritaban continuamente en la lejanía: «¡Ven conmigo, ven conmigo!». Al mismo tiempo creí notar que el cochero, que no llevaba uniforme (cosa de la que me percaté en ese momento) ni era un postillón, miraba algunas veces inquieto a su alrededor y comenzaba a apresurar la marcha, y cuando me asomé vi salir de repente de entre los matorrales a un jinete, el cual cruzó raudo el camino por delante de nuestros caballos y desapareció de nuevo al otro lado del bosque. Me quedé muy aturdido, pues según lo que había podido divisar a la tenue luz de la luna, se trataba del mismo hombrecillo jorobado que en la posada me perseguía con su pico de águila. El cochero meneó la cabeza y comenzó a reír fuertemente por la alocada carrera del jinete; luego volvió la cabeza hacia mí y se puso a hablar mucho y precipitadamente sin que yo, por desgracia, entendiera nada; después continuó a mayor velocidad.

Me sentí de nuevo contento cuando, poco después, vi brillar una luz a lo lejos. Poco a poco se fueron viendo más luces que se hacían más grandes y claras, y finalmente pasamos por unas chozas ennegrecidas por el humo que estaban colgadas en las rocas como nidos de golondrinas. Como era una noche cálida, las puertas estaban abiertas, y en el interior de las chozas, iluminadas pude ver a toda clase, de gentes miserables que se acurrucaban cómo sombras oscuras alrededor del fuego del hogar. Pero nosotros traqueteábamos ruidosamente en la tranquila noche por un camino pedregoso que subía a un alto monte. Tan pronto los altos árboles y los matorrales cubrían el camino, como se podía tener una visión panorámica de todo el firmamento y, en la profundidad, el vasto conjunto de montes, bosques y valles. En la cima del monte se erguía a la luz de la luna un viejo palacio con muchas torres. «¡Que sea lo que Dios quiera!», grité, y en mi interior me sentía más despejado por el ansia de saber adónde me llevarían finalmente.

Transcurrió más de media hora hasta que, por fin, llegamos a la puerta del palacio situado, en la montaña. Entramos por una torre redonda que ya estaba totalmente en ruinas. El cochero hizo restallar su látigo tres veces, de tal manera que resonó hasta bien lejos en el viejo palacio, del que de repente salió, por rendijas y grietas, una bandada de grajos asustados que cruzó el aire con gran alboroto. A continuación, rodamos por la larga y oscura cochera. Los caballos arrancaban chispas del pavimento con sus herraduras, un perro grande ladraba y el coche provocó un ruido atronador en

las paredes abovedadas. Los grajos continuaban gritando mientras tanto; así pues, en medio de este terrible alboroto, entramos en el patio angosto y enlosado del castillo.

«¡Una extraña parada!», pensé para mí cuando el coche se detuvo. ¡Entonces alguien abrió la puerta del carruaje desde fuera y un anciano muy alto, provisto de una pequeña linterna, me lanzó una torva mirada desde debajo de sus espesas cejas. Entonces me cogió del brazo y me ayudó a descender del coche; como si yo fuera un gran señor. Afuera, ante la puerta, había una anciana muy fea, en camisola y falda negras, con un delantal blanco y una toca negra desde la que caía una larga punta hasta la nariz. Llevaba colgado en una cadera un gran manojito de llaves y en la otra apoyaba un antiguo candelabro con dos velas encendidas. Tan pronto como me vio, comenzó a hacer profundas reverencias y hablaba y preguntaba sin orden ni concierto. Pero yo no entendía ni palabra, y me puse a hacer reverencias ante ella; en realidad, no me sentía nada bien en aquella situación.

El anciano, entre tanto, había iluminado con su linterna el carruaje por todas partes, y comenzó a gruñir y a menear la cabeza al no encontrar maleta o equipaje alguno. El cochero, sin pedirme propina, llevó a continuación el carruaje a una vieja cochera que estaba situada a un lado del patio y que ya se encontraba abierta. La anciana señora me pidió cortésmente por señas que la siguiera. Me condujo con sus velas por un estrecho corredor, y después me hizo subir por una pequeña escalera de piedra. Cuando pasamos junto a la cocina, algunas criadas jóvenes se asomaron curiosas por la puerta semiabierta, y me miraron con fijeza haciendo entre ellas disimuladamente signos y movimientos de cabeza, como si en su vida no hubieran visto a un hombre. La anciana abrió finalmente una puerta, y yo me quedé, al principio, totalmente atónito. Era una estancia grande, hermosa y señorial con adornos dorados en el techo, y en las paredes colgaban magníficos tapices con toda clase de figuras y grandes flores. En el medio de la habitación había una mesa ya servida con asado, pasteles, ensalada, fruta, vino y confituras, con tal aspecto que al verla se le alegraba a uno el corazón. Entre las dos ventanas estaba colgado un enorme espejo que llegaba desde el techo hasta el suelo.

Debo decir que aquello me gustó sobremanera. Me desperecé unas cuantas veces, y me paseé elegantemente con grandes pasos por la estancia, de arriba abajo. Luego no pude resistir la tentación de mirarme una vez en un espejo tan grande. Era cierto, los trajes nuevos del señor Leonardo me sentaban muy bien, y además en Italia había adquirido una mirada ardorosa; pero, por lo demás, era el mismo rubio desvaído de mi patria, y sólo en mi labio superior se asomaba un ligero bozo de bigote.

Entre tanto, la anciana no dejaba de mover su boca desdentada, de tal manera que parecía que se mascaba la punta de su gran nariz ganchuda. Luego me hizo tomar asiento, me acarició con sus huesudos dedos la barbilla, llamándome *poverino*, al mismo tiempo que me lanzaba con sus ojos enrojecidos una mirada tan picara que una de sus comisuras se alzaba hasta la mitad de la mejilla. Finalmente se marchó haciendo una profunda reverencia.

Yo me senté a la mesa mientras entraba una joven y bonita muchacha para servirme la comida. Inicié con ella toda suerte de conversaciones galantes, pero no me comprendía, sino que me miraba muy curiosa de reojo, pues la comida me sabía muy bien, dado que los alimentos eran exquisitos. Cuando me sentí saciado, me levanté de la mesa, y la muchacha cogió un candelabro de la mesa y me condujo a otro cuarto. Allí había un sofá, un espejo pequeño y un lecho magnífico con cortinas de seda verde. Le pregunté por señas si me debía echar allí. Ella asintió, pero hacerlo no me era posible, pues ella permanecía allí como pegada al suelo. Finalmente, me traje del comedor un gran vaso de

vino y le dije: «Felicissima notte!», pues era una de las pocas cosas que sabía decir en italiano. Pero cuando me bebí de un sorbo el vino, ella rompió en una risa contenida, se puso muy colorada, volvió al comedor y cerró la puerta tras de sí. «¿Por qué se ríe?», pensé asombrado; creo que en Italia todo el mundo está loco.

Solamente tenía miedo de que el postillón comenzara a tocar de nuevo. Escuché apoyado en la ventana, pero afuera todo estaba en silencio. «¡Déjalo que toque!», pensé, y me desnudé y me eché en la magnífica cama. ¡Me sentía como si nadara en leche y miel! Ante las ventanas susurraba el viejo tilo del patio, y de vez en cuando un grajo levantaba el vuelo bruscamente desde el tejado. Finalmente me quedé dormido lleno de gozo.

CAPÍTULO SEXTO

Cuando me desperté, los primeros rayos del sol jugaban en las verdes cortinas sobre mi cabeza. No sabía dónde me encontraba. Me parecía que seguía viajando en el carruaje y que había soñado con un castillo bañado por la luz de la luna y con una vieja bruja y su pálida hijita.

Finalmente, salté de la cama y me vestí mirando al mismo tiempo toda la estancia. Entonces advertí una pequeña puerta secreta que no había visto el día anterior. Estaba solamente entornada, así que la abrí y vi una pequeña y graciosa habitación que mostraba un aspecto verdaderamente confortable a la luz de la aurora. Sobre una silla había algunos vestidos de mujer amontonados desordenadamente, y en una camita al lado se encontraba la joven que me había servido la cena la noche anterior. Dormía plácidamente y tenía apoyada la cabeza en el blanco y desnudo brazo, sobre el que caían sus rizos oscuros. «¡Si supiera que la puerta está abierta!», me dije, y regresé a mi habitación cerrando la puerta y echando el cerrojo para que la muchacha no se asustase ni se sintiera avergonzada al despertarse.

Afuera no se percibía el más mínimo ruido. Solamente un pajarillo del bosque, que se había despertado muy temprano, estaba posado ante mi ventana en un arbusto que crecía en las grietas del muro, cantando su melodía matinal. «No», dije yo, «no tienes que avergonzarme y cantar tú tan solitario y temprano las excelencias del Señor». Cogí rápidamente el violín que había dejado el día anterior sobre la mesa y salí. En el castillo reinaba un silencio total, y tardé bastante tiempo en hallar la salida a través de los oscuros corredores para llegar al aire libre.

Cuando salí del castillo, me encontré en un gran jardín que descendía en grandes terrazas escalonadas hasta la mitad de la montaña. ¡Pero qué lástima de jardinería! Los caminos estaban todos cubiertos de altas hierbas, las figuras artísticas de los bojés no estaban bien recortadas y alargaban, como fantasmas, sus largas narices o sus largos gorros puntiagudos al aire, de tal manera que al anochecer debían de producir verdadero pavor. En algunas estatuas rotas que se erguían en un estanque seco había incluso ropa tendida, y a un lado y otro se veían plantadas algunas coles. También había unas cuantas flores corrientes, todo mezclado desordenadamente y asfixiado por los hierbajos silvestres, entre los cuales se deslizaban lagartijas de todos los colores. Pero entre los viejos y grandes árboles se abarcaba con la vista un panorama solitario, y una cumbre sucedía a la otra hasta donde la mirada alcanzaba.

Después de haber paseado en la aurora por aquella selva, divisé en la terraza que estaba debajo de

mí a un joven alto, pálido y delgado, con un largo capote marrón, que con los brazos cruzados y a grandes pasos iba de un lado a otro. Hizo como si no me viera, se sentó poco después en un banco de piedra, sacó un libro del bolsillo y leyó en voz alta, como si predicara, levantando de vez en cuando la cabeza al cielo y apoyando su cabeza melancólicamente en la mano derecha. Lo contemplé durante largo rato; finalmente sentí curiosidad porque hacía unos gestos muy raros y me dirigí a él. Acababa de emitir un profundo suspiro y se levantó asustado de un salto cuando llegué. Él estaba perplejo, y yo también, y ninguno de los dos sabíamos de qué debíamos hablar y nos hicimos interminables y profundas reverencias, hasta que él, finalmente, huyó a grandes pasos entre la maleza. Mientras tanto, el sol había iluminado el bosque, así que me subí de un salto al banco y toqué lleno de júbilo mi violín, de tal manera que los tonos resonaron a lo lejos en los valles silenciosos. La anciana del manajo de llaves, que ya me había buscado temerosa por todo el palacio para servirme el desayuno, apareció entonces en la terraza y se quedó asombrada al ver lo bien que yo tocaba el violín. El huraño hombre del palacio también estaba allí y quedó igualmente asombrado; finalmente llegaron todas las criadas y se quedaron asimismo fascinadas; yo dejé correr mis dedos por las cuerdas del violín blandiendo mi arco cada vez más hábilmente y con mayor celeridad tocando cadencias y variaciones hasta que quedé totalmente extenuado.

Pero la vida en el castillo, era verdaderamente extraña. Allí nadie pensaba en que yo prosiguiera el viaje. El castillo no era ninguna posada, sino que pertenecía, como me hizo saber una criada, a un rico conde. Siempre que pedía información a la anciana sobre cómo se llamaba el conde o dónde vivía, se sonreía simplemente como lo había hecho la tarde en que llegué al palacio, haciendo guiños y lanzando unas miradas tan burlonas como si no estuviera en sus cabales. Si yo, por casualidad, me bebía en un día cálido una botella, entera de vino, las criadas se reían burlonas cuando me traían la otra y cuando una vez pedí una pipa de tabaco y les describí con gestos lo que quería, sé echaron a reír, con unas carcajadas locas y sin sentido. Lo que más me llamaba la atención eran las serenatas nocturnas que se dejaban oír a menudo, en las noches más oscuras, bajo mi ventana. Siempre escuchaba una guitarra que era rasgada a largos intervalos con sonidos, muy quedos. Pero una vez me pareció como si desde abajo llamaran diciendo: «¡Chist; chist!». Entonces salté, de la cama y asomando la cabeza dije: «¡Hola! ¿Quién anda ahí abajo?». Pero no obtuve respuesta alguna, tan sólo oí correr a alguien muy deprisa entre los arbustos. El perro que estaba en el patio ladró unas cuantas veces a causa del ruido que yo había producido; luego volvió a reinar el silencio, y desde entonces no volví a escuchar ninguna, serenata nocturna.

Por lo demás, me daba la mejor vida que uno puede tener en este mundo. ¡El buen portero! Bien sabía él lo que decía cuando me contaba que en Italia le crecían a uno las pasas en la boca. Vivía en el solitario palacio como un príncipe encantado. Allí donde entraba, todos mostraban un gran respeto ante mi persona, aunque sabían bien que no tenía un céntimo en el bolsillo. No tenía más que decir: «Mesita, cúbrete», y aparecían al momento los alimentos más exquisitos: arroz, vino, melón y queso parmesano. Saboreaba con gusto las viandas y dormía en el magnífico lecho con baldaquino, paseaba por el jardín, tocaba el violín y a veces, también ayudaba en las faenas de jardinería. A menudo me pasaba horas enteras tumbado en la espesa hierba, y el jovencito delgado (era un estudiante, pariente de la anciana) pasaba con su largo capote dando vueltas a mi alrededor, recitando fragmentos de su libro, como un mago, lo cual hacía que me adormeciera. Así, pasaba un día tras otro, hasta que comencé, a causa de la buena comida y bebida, a caer preso de la melancolía. Mis miembros empezaron a entumecerse por esa eterna inmovilidad, y me sentí como si fuera a desarticularme de

pura ociosidad.

Por esta época, estaba yo sentado una tarde bochornosa en la copa de un alto árbol de la ladera de la montaña, y me balanceaba dulcemente en las ramas por encima del valle profundo y silencioso; las abejas zumbaban a mi alrededor entre las hojas, y por lo demás todo parecía estar muerto, no se veía a nadie en las montañas y en las tranquilas praderas de abajo las vacas descansaban sobre la espesa hierba. Pero de muy lejos llegó el sonido de un postillón sobre las cimas boscosas, a veces apenas perceptible, otras veces, de forma más clara y aguda. De pronto, sentí despertarse en mi corazón una canción que había aprendido de un artesano ambulante cuando todavía estaba en mi casa, en el molino de mi padre y comencé a cantar:

*Aquel que quiere viajar por el extranjero,
debe, llevarse a su amada,
pues, en su júbilo, los otros
dejan solo al pobre forastero.*

*¿Qué sabéis vosotras, cimas oscuras
del bello tiempo pasado?
¡Ay, mi patria detrás de las montañas!
¡Qué lejos estás de aquí!*

*Me gusta contemplar las estrellas
que brillaban cuando iba a su casa.
Me gusta tanto escuchar al ruiseñor
que cantaba ante la puerta de la amada.*

*En la mañana ésa es mi alegría,
subo a una hora tranquila
a la más alta cumbre en la llanura
y te saludo, Alemania, desde el fondo de mi corazón.*

Era como si el cuerno me quisiera acompañar en mi canto desde la lejanía. Mientras cantaba, se aproximaba cada vez más, atravesando los montes, hasta que lo oí resonar en el patio del castillo. Me bajé raudo del árbol. La anciana me salía ya al encuentro desde el palacio con un paquete abierto: «Ha llegado algo para usted», dijo, y me tendió una cartita, sacándola del paquete. Iba sin dirección, y la abrí precipitadamente. Mas de repente me sonrojé como una peonía y el corazón me empezó a palpar con tal fuerza que hasta la anciana lo notó, pues la cartita era de mi hermosa señora, de la que había visto algunas notitas escritas en casa del administrador. En ella estaba escrito brevemente: «Todo está de nuevo en orden, todos los obstáculos han sido salvados. Aproveché secretamente esta ocasión para ser la primera que le da a usted esta buena noticia. Venga, regrese en seguida. Todo parece aquí desierto, y apenas puedo vivir desde que usted se marchó de nuestro lado. Aurelia». Al leer esto, los ojos se me cubrieron de lágrimas, de sorpresa, susto y gozo indescriptibles. Me avergoncé ante la anciana, que seguía sonriendo de forma espantosa, y volé como una flecha hasta el ángulo más recóndito del jardín. Allí me tumbé bajo los avellanos en la hierba y leí de nuevo el

billete, repetí las palabras hasta que las aprendí de memoria, y lo leí y releí de nuevo, y los rayos del sol bailaban entre las hojas hasta posarse sobre las letras, de tal manera que se entremezclaron ante mis ojos como flores doradas, verdes y rojas: ¿Y si al final no estaba casada?, pensé. Quizás el oficial desconocido de entonces era su hermano, o ha muerto, o yo estoy loco, o... «¡Da igual!», exclamé finalmente incorporándome, «¡lo que está bien claro es que me ama, me ama!».

Cuando salí de los matorrales, el sol ya se estaba poniendo. El cielo estaba rojo, los pájaros cantaban alegremente en los bosques, los valles estaban llenos de reflejos, ¡pero en mi corazón todo era aún más bello y alegre!

Dije en el palacio que me sirvieran la cena en el jardín. La anciana, el viejo huraño, el servicio; a todos los hice salir y sentarse conmigo bajo el árbol a la mesa servida. Saqué mi violín y toqué, comiendo y bebiendo al mismo tiempo. Todos se pusieron contentos, el viejo borró sus hurañas arrugas de la cara y bebió vaso tras vaso; la anciana no dejaba de hablar Dios sabe de qué; las muchachas comenzaron a bailar en el prado. Por último, también llegó el pálido estudiante lleno de curiosidad, lanzó algunas miradas despectivas sobre el espectáculo y quiso alejarse de nuevo dignamente. Yo, sin embargo, ni corto ni perezoso, lo cogí por el largo capote, y antes de que se diera cuenta le hice bailar un vals. Se esforzó en bailar graciosamente y a la última moda, dando los pasos tan celosa y artificialmente que el sudor le cubría el rostro y los largos faldones de su traje daban vueltas a nuestro alrededor como una rueda. Al mismo tiempo me miraba de forma tan extraña, con los ojos en blanco, que comencé a sentir miedo de él y lo solté de pronto.

La anciana hubiera querido saber lo que decía la carta y por qué yo estaba de tan buen humor. Pero la cosa era demasiado complicada como para contarla con detalle. Le señalé simplemente dos grullas que se elevaban en el aire por encima de nosotros y le dije que tenía que partir y viajar a un lugar muy lejano. Ella abrió unos ojos como platos y lanzó miradas de basilisco, unas veces a mí y otras al viejo. Luego me di cuenta de que ambos cuchicheaban en secreto tan pronto como me daba la vuelta, y que me miraban de reojo.

Aquello me llamó la atención. Medité una y otra vez qué intenciones tendrían conmigo y aquello frenó mi júbilo. El sol hacía ya rato que se había puesto, así que les deseé las buenas noches y me dirigí, cabizbajo, a mi aposento.

Interiormente me sentía tan feliz y tan inquieto que durante largo tiempo estuve andando de un lado a otro de la habitación. Fuera, el viento arrastraba las pesadas y negras nubes por encima de la torre del palacio, y apenas se podían distinguir las cimas de las montañas en la espesa oscuridad. Entonces me pareció oír voces en el jardín. Apagué la luz y me coloqué junto a la ventana. Las voces parecían acercarse, pero hablaban muy bajo. De pronto, una pequeña linterna que una de las personas llevaba bajo el brazo lanzó una tenue luz. Reconocí al huraño administrador del palacio y a la vieja ama de llaves. La luz caía sobre el rostro de la anciana, que nunca me había parecido tan espantosa, iluminando también un gran cuchillo que llevaba en la mano. Al mismo tiempo, pude apreciar que ambos miraban hacia mi ventana. Después el administrador se envolvió más en su abrigo y volvieron a reinar la oscuridad y el silencio.

«¿Qué hacen a estas horas todavía fuera en el jardín?», pensé. Sentí terror, pues me acordé de todas las historias de crímenes que había oído en mi vida, de brujas y ladrones que descuartizaban a la gente para devorar su corazón. Mientras estaba reflexionando de este modo, unos pasos se acercaron, subiendo la escalera primeramente, luego muy despacio por el corredor en dirección a mi puerta; al mismo tiempo me parecía escuchar algunos cuchicheos. Di un salto colocándome al otro

lado de la habitación, detrás de una gran mesa que levantaría tan pronto como se moviera algo, y con ella me precipitaría armado de valor hacia la puerta. Pero al moverme en la oscuridad hice caer una silla, lo que ocasionó un gran estrépito. Entonces afuera se hizo de nuevo el silencio. Me quedé acechando tras la mesa, mirando fijamente a la puerta, como si quisiera atravesarla con la mirada, de tal manera que los ojos se me salían de las órbitas. Después de permanecer un rato completamente quieto, tanto que se hubiera podido oír el vuelo de una mosca, percibí cómo alguien desde fuera metía cuidadosamente una llave en el ojo de la cerradura. Iba a lanzarme ya con la mesa, cuando la llave giró lentamente tres veces en la puerta, después fue sacada con precaución y por último, escuché pasos que se alejaban apresuradamente por las escaleras.

Respiré profundamente. «¡Ay, ay!», pensé, «te han encerrado para que les sea más fácil cuando estés profundamente dormido». Examiné rápidamente la puerta. Era verdad, estaba cerrada con llave como la otra puerta tras la que dormía la bella y pálida muchacha. Aquello no había sucedido nunca desde que yo habitaba en el palacio.

¡Me encontraba prisionero en el extranjero! Mientras tanto, la hermosa dama estaría sentada junto a su ventana mirando por encima del silencioso jardín hacia la carretera, para ver si yo llegaba con mi violín a la casita del recaudador. Las nubes pasaban veloces por el cielo, el tiempo transcurría y yo no podía salir de allí. ¡Ay!, sentía tanto dolor en mi corazón que ya no sabía lo que tenía que hacer. Al mismo tiempo, cada vez que las hojas susurraban en el exterior o una rata hacía ruido en el suelo, me parecía como si la vieja hubiera entrado secretamente por cualquier puerta oculta tras los tapices, espíandome y deslizándose silenciosamente por el cuarto con el cuchillo en la mano.

Cuando estaba sentado lleno de angustia en la cama, oí de nuevo la antigua serenata bajo mi ventana. Al escuchar el primer son de la guitarra, sentí como si un rayo de sol iluminara mi alma. Abrí la ventana y en voz baja dije que estaba despierto. «Chist, chist», contestaron desde abajo. No me lo pensé dos veces, me guardé la carta y el violín, me subí a la ventana y me deslicé por el muro viejo y ruinoso, sujetándome en los manojos que crecían en las grietas. Pero algunos ladrillos podridos cedieron, así que resbalé y caí tan pesadamente a tierra que sentí un crujido en la cabeza.

Apenas había llegado de esta manera al jardín, cuando alguien me abrazó tan vehementemente que grité en voz alta. El buen amigo, sin embargo, me puso rápidamente los dedos en la boca, me cogió por la mano y, sacándome de los matorrales, me llevó al aire libre. Entonces reconocí con asombro al buen y larguirucho estudiante, que llevaba la guitarra colgada de una ancha banda de seda alrededor del cuello. Le describí a gran velocidad que quería salir del jardín. Pero él parecía saber todo esto desde hacía ya tiempo, y me condujo por mil senderos ocultos a la puerta de abajo del muro del jardín. ¡Pero la puerta estaba bien cerrada! Sin embargo, el estudiante lo había previsto todo, así que sacó una gran llave y abrió con mucha precaución.

Cuando salimos al bosque y lo quería preguntar por el mejor camino para llegar a la ciudad más próxima, se arrodilló bruscamente ante mí, levantó la mano en alto y comenzó a proferir maldiciones y juramentos de tal manera que resultaba terrible escucharle. Yo no sabía lo que él quería, solamente escuchaba: *Idio y cuore, y amore y furore*. Pero cuando al final, comenzó a aproximarse, avanzando con las rodillas cada vez más hacia mí, sentí mucho miedo y me di cuenta de que estaba loco; así que eché a correr sin volver la cabeza y me interné en el bosque.

Entonces oí al estudiante que gritaba furioso tras de mí. Pronto contestó una voz potente desde el palacio. Pensé entonces que me buscarían. El camino me era desconocido, la noche oscura, podía caer fácilmente de nuevo en sus manos. Por ello trepé a la copa de un alto abeto para aguardar un

momento mejor.

Desde allí pude oír cómo en el palacio se alzaba una voz tras otra. Arriba se veían algunas antorchas que lanzaban sus fulgores salvajes y rojos sobre los altos muros del palacio iluminando la oscura noche más allá de los montes. Encomendé mi alma al buen Dios, pues el confuso alboroto, se hacía cada vez más fuerte y se aproximaba más y más. Finalmente, el estudiante pasó raudo con una antorcha bajo mi árbol, de tal manera que los faldones de su capote volaban al viento. Luego me pareció que todos se dirigían a la otra ladera del monte; las voces resonaban cada vez más lejos y el viento susurraba en el bosque silencioso; yo corrí sin aliento a internarme en el valle y en la noche.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Caminé día y noche sin detenerme, pues los oídos me zumbaron durante largo tiempo, como si todos vinieran desde la montaña con sus gritos, sus antorchas, y sus largos cuchillos tras de mí. Por el camino me enteré de que me hallaba solamente a unas cuantas millas de Roma. Entonces me estremecí de alegría. Pues de niño había oído muchas historias maravillosas de la magnífica Roma, y cuando los domingos por la tarde estaba tumbado en la hierba y todo a mi alrededor estaba en silencio, me imaginaba Roma como las nubes que pasaban por encima de mi cabeza, con maravillosos montes y simas en el mar azul, con puertas doradas y grandes torres brillantes, desde las cuales cantaban ángeles con vestiduras de oro. La noche había caído de nuevo y la luna brillaba espléndida, cuando finalmente, al salir del bosque, alcancé una colina y de pronto divisé en la lejanía la ciudad. El mar brillaba desde lo lejos, el cielo relucía y centelleaba inabarcable con sus innumerables, estrellas, y abajo yacía la ciudad santa, de la que solamente se podía reconocer un largo trazo de niebla, como un león dormido sobre la tierra, y los montes se erguían a su lado, como oscuros gigantes que la vigilaran.

Llegué primero a un brezal solitario, gris y silencioso como una tumba. Sólo en escasos lugares se alzaba, un viejo muro ruinoso o crecía un matorral seco y maravillosamente retorcido; de vez en cuando volaban pájaros nocturnos por el aire, y mi propia sombra cada vez se hacía más grande y más oscura junto a mí, en la soledad. Se dice que allí está sepultada una antiquísima ciudad, en la que se encuentra también la diosa Venus, y que los antiguos paganos salen de vez en cuando de sus tumbas y confunden a los caminantes. Pero seguí mi camino y no me dejé asustar por nada. La ciudad se erguía cada vez más clara y más magnífica ante mí, y los grandes castillos y las puertas y las cúpulas doradas relucían tan maravillosamente a la luz de la luna como si los ángeles; de doradas vestiduras estuvieran realmente en las almenas y cantasen en la noche silenciosa.

Así pasé caminando junto a unas pequeñas casas y después, a través de una puerta magnífica, me interné en la famosa ciudad de Roma. La luna brillaba entre los palacios como si fuera de día, pero las calles ya estaban vacías; solamente aquí y allá estaba tumbado algún muchacho andrajoso, como un muerto; durmiendo en las escalinatas de mármol, arropado por la calidez de la noche. Al mismo tiempo, los árboles susurraban en las silenciosas plazas, y los jardines de la calle emitían un leve murmullo y llenaban el aire con un delicioso aroma.

Según deambulaba por las calles sin saber adónde dirigirme, ebrio de placer, luz de luna y aromas, escuché una guitarra sonar al fondo de un jardín. «¡Dios mío!», pensé, «¡éste es el estudiante

loco con su larga capa, que me ha venido siguiendo!». A continuación, una dama comenzó a cantar en el jardín con una voz extraordinariamente suave. Me detuve encantado, pues era la voz de la hermosa y noble señora y la misma cancioncilla italiana que había cantado a menudo en casa con la ventana abierta.

De pronto, el recuerdo de los hermosos tiempos pasados se apoderó de mí con tal fuerza, que hubiera podido llorar amargamente; me acordé del silencioso jardín ante el palacio en las tempranas horas de la mañana, y de cómo me sentía tan feliz detrás del matorral antes de que la estúpida mosca se me metiera en la nariz. No pude contenerme por más tiempo. Trepé por los adornos dorados de la puerta enrejada y me interné en el jardín para ver de dónde provenía el canto. Entonces divisé una esbelta figura blanca en la lejanía, detrás de un álamo, que al principio me contempló con sorpresa mientras trepaba por la reja, y que después se apresuró por el oscuro jardín en dirección a la casa, con un caminar tan rápido que apenas se podían distinguir sus pasos a la luz de la luna. «¡Es ella misma!», me dije, y el corazón me dio un vuelco de alegría, pues la reconocí incluso por sus pequeños y presurosos pies. Lo único malo era que al saltar la reja me había torcido ligeramente el pie derecho, por lo que tuve que andar a la pata coja antes de alcanzar la casa. Pero mientras tanto, ya habían cerrado a cal y canto tanto la ventana como la puerta. Llamé de forma discreta, escuché atentamente y volví a llamar. Mas dentro se escuchaban risas y cuchicheos, e incluso me pareció como si dos claros ojos relucieran entre las persianas a la luz de la luna. Después, todo quedó en silencio.

«Ella no sabe que soy yo», pensé, y sacando el violín que siempre llevaba conmigo, me paseé de un lado a otro ante la casa entonando la canción de la hermosa señora; y lleno de entusiasmo toqué todas las canciones que entonces había cantado en las hermosas noches estivales en el jardín del palacio, o en el banco de la casita del recaudador, de tal manera que mis sonidos llegaron hasta dentro del palacio. Pero no me sirvió de nada, ya que nadie se movió en la casa. Entonces guardé con tristeza mi violín y me tumbé sobre la escalinata de la entrada, pues estaba exhausto de la larga caminata. La noche era cálida, los arriates de flores exhalaban un aroma delicioso, y los juegos del surtidor del jardín emitían un murmullo continuo. Soñé con flores azules, con bellos, oscuros y solitarios valles donde murmuraban los manantiales y los arroyuelos y cantaban pájaros de todos los colores, hasta que finalmente me quedé profundamente dormido.

Cuando me desperté, el frío de la mañana me calaba hasta los huesos. Los pájaros se habían despertado ya y cantaban a mi alrededor desde los árboles, como si me tuvieran por un demente. Me incorporé rápidamente y miré a mi alrededor. El surtidor del jardín seguía murmurando, pero en la casa no se escuchaba el más mínimo ruido. Miré en la habitación a través de las persianas verdes. Allí había un sofá y una gran mesa redonda cubierta con un mantel gris; las sillas estaban todas muy ordenadas y arrimadas a la pared; pero desde afuera las persianas estaban bajadas en todas las ventanas, y parecía que la casa estuviera desde hacía mucho tiempo deshabitada. Entonces un gran miedo se apoderó de mí al contemplar aquella casa y el jardín y al acordarme de la figura del día anterior. Huí de allí sin mirar hacia atrás, atravesando el silencioso follaje y los caminos, y trepé de nuevo velozmente por la verja de la puerta. Pero me quedé allí subido, como encantado, cuando vi desde la verja la maravillosa ciudad. El sol matinal lucía y brillaba sobre los tejados y en las silenciosas avenidas, de tal manera que grité de júbilo, y lleno de gozo salté a la calle.

Pero ¿adónde debía dirigirme en aquella gran ciudad desconocida? Además, los confusos sucesos de la noche anterior y la canción italiana de la bella y noble dama me seguían dando vueltas en la

cabeza. Finalmente, me senté sobre un surtidor de piedra que se alzaba en medio de la plaza solitaria, me lavé la cara con agua clara para despejarme y comencé a cantar:

*Si fuera un pajarillo,
sabría qué cantar,
y si tuviera dos alas,
sabría bien hacia dónde batirlas.*

—¡Eh, alegre compañero, cantas como una alondra con el primer rayo de la aurora! —me dijo de pronto un joven que se había acercado a la fuente mientras yo cantaba.

Para mí, que no esperaba oír hablar alemán, fue como si resonasen en mis oídos las campanas de mi pueblo en una silenciosa mañana de domingo.

—¡Bienvenido en nombre de Dios, querido compatriota! —dije saltando de la fuente lleno de gozo.

El joven sonrió y me miró de pies a cabeza.

—Pero, ¿qué hacéis en Roma? —me preguntó finalmente.

Entonces no supe qué decir, pues no quería contar que seguía a la hermosa y noble señora.

—Hago un pequeño viaje para ver mundo.

—¡Vaya, vaya! —repuso riendo fuertemente—. Tenemos un buen oficio. Es lo mismo que hago yo, para ver el mundo y después plasmarlo en mis pinturas.

—¡Vaya, un pintor! —grité alegremente y acordándome, al mismo tiempo, del señor Leonardo y de Guido.

Pero el señor no me dejó proferir palabra.

—Pienso —dijo— que debes venir conmigo y desayunar en mi casa; después te quiero retratar; será un verdadero placer.

Aquello me gustó, y seguí al pintor por las calles vacías, en las que la gente empezaba a abrir los postigos de algunas ventanas, por las que se asomaban un par de blancos brazos o una carita somnolienta buscando el fresco aire de la mañana.

Me condujo durante largo tiempo por una gran cantidad de callejuelas confusas, estrechas y oscuras, hasta que finalmente llegamos a una vieja casa ennegrecida. Allí subimos por una siniestra escalera y después continuamos por otra, como si fuéramos a llegar al cielo. Por fin nos detuvimos ante una puerta, y el pintor comenzó a rebuscar con gran velocidad en todos sus bolsillos. Pero por la mañana había olvidado cerrar la puerta y la llave se encontraba dentro, pues había salido de la ciudad, según me contó por el camino, antes del amanecer a fin de contemplar la región a la salida del sol. Meneó la cabeza y dio un puntapié a la puerta para abrirla.

Era una estancia muy larga y tan amplia que se hubiera podido bailar en ella si el suelo no hubiera estado todo cubierto por completo; pues por allí se encontraban esparcidos botas, papeles, vestidos, botes de pintura volcados, todo revuelto; en medio de la habitación había grandes andamios como los que se utilizan para recolectar las peras, y en las paredes estaban apoyados grandes cuadros. Sobre una gran mesa de madera había una fuente en la que, junto a una mancha de pintura, se podía ver un pedazo de pan y mantequilla. Al lado se encontraba una botella de vino.

—¡Y bien, come y bebe primero, compatriota! —exclamó el pintor.

Quise prepararme rápidamente unas rebanadas de pan con mantequilla, pero allí no había ningún

cuchillo. Tuvimos que rebuscar largo rato entre los papeles de la mesa, hasta que finalmente lo encontramos bajo un paquete grande. En seguida el pintor abrió la ventana de par en par para que el fresco aire matutino invadiera agradablemente la habitación. La vista era impresionante y se extendía hasta mucho más allá de la ciudad, donde el sol matinal iluminaba gozoso las blancas quintas y los viñedos.

—¡Viva nuestra verde Alemania, que se encuentra detrás de aquellos montes! —exclamó el pintor bebiendo al mismo tiempo de la botella de vino que después me alcanzó. Le imité cortésmente y saludé miles de veces desde mi corazón a la bella y lejana patria.

El pintor, entre tanto, había apoyado en la ventana el gran caballete, sobre el que se encontraba un lienzo muy grande. En él estaba simplemente esbozada con trazos negros y de forma muy artística una pequeña cabaña. Dentro de ella estaba sentada la Virgen con un semblante extraordinariamente hermoso y amable, pero muy melancólico. A sus pies, sobre un nidito de paja, se encontraba el Niño Jesús, muy afable, pero con unos grandes y serios ojos. Afuera, en el umbral de la cabaña, estaban arrodillados dos pastorcillos con cayado y zurrón.

—¿Ves? —dijo el pintor—. A uno de los pastorcillos voy a ponerle tu cabeza; así tu rostro será contemplado por la gente y, Dios mediante, se complacerán viéndolo cuando ya nosotros estemos enterrados hace mucho tiempo y ambos estemos de hinojos ante la Santísima Virgen y su Hijo tan felices como estos dos muchachos.

A continuación, cogió una silla vieja de la que, cuando la quiso levantar, se le quedó en la mano la mitad del respaldo. La reparó de forma rápida, la colocó ante el caballete y tuve que sentarme en ella volviendo mi rostro; ligeramente hacia donde estaba situado el pintor. Estuve durante algunos minutos tranquilo, sin moverme. Pero no sé por qué al final no podía aguantarme ya más, y tan pronto me picaba aquí como allá. También estaba colgado delante de mí un espejo medio roto, y me miraba continuamente en él haciendo toda clase de muecas y gestos a causa del aburrimiento. El pintor, que se dio cuenta, se echó a reír a carcajada limpia y me hizo una seña con la mano para que me levantara. Mi rostro sobre el pastor estaba ya terminado, y estaba dibujado de forma tan precisa que me gusté verdaderamente a mí mismo.

Él siguió pintando sin interrupción al fresco de la mañana, mientras cantaba una cancioncilla y contemplaba de vez en cuando por la ventana el maravilloso paisaje. Yo, mientras tanto, me preparé una nueva rebanada de pan con mantequilla, y mientras me la comía, me paseé de un lado a otro de la habitación contemplando, los cuadros que estaban apoyados en la pared. Dos de ellos me gustaron especialmente.

—¿Los habéis pintado vos también? —le pregunté al pintor.

¡En modo alguno! —repuso él—. Son de los dos famosos maestros Leonardo da Vinci y Guido Reni. Pero tú no sabes nada de todo eso —me molestó la última aseveración.

—¡Oh! —contesté muy reposado—. A esos dos maestros los conozco como a mi propio bolsillo —el pintor abrió unos ojos como platos.

—¿Cómo? —preguntó rápidamente.

—Y bien, ¿acaso no he viajado con ellos día y noche a caballo, a pie y en carruaje, tan deprisa que el viento me silbaba en los oídos? Los perdí, en una posada y seguí el viaje solo en su carruaje con postas especiales, a tal velocidad que el monstruoso carruaje andaba sobre dos ruedas por encima de las terribles piedras y...

—¡Oh, oh! —me interrumpió el pintor mirándome fijamente como si me tomara por loco; luego,

de pronto, se echó a reír—. ¡Ah!, ahora lo entiendo. ¿Tú has venido con dos pintores que se llamaban Guido y Leonardo?

Cuando contesté afirmativamente, saltó rápidamente y me contempló de nuevo de abajo arriba.

—Incluso creo... —dijo él—. En fin, ¿tocas el violín?

Yo metí la mano en el bolsillo de mi chaqueta haciendo resonar el violín que llevaba allí.

—Bien, en efecto —contestó el pintor—. Aquí estuvo una condesa alemana que buscaba por todos los rincones de Roma a los dos pintores y a un joven músico que tocaba el violín.

—¿Una joven condesa de Alemania? —grité llenó de arrobó—. ¿Está el portero con ella?

—Eso no lo sé —contestó el pintor—. Sólo la vi un par de veces en casa de una amiga suya que tampoco vive en la ciudad. ¿La conoces? —continuó, levantando mientras tanto un trozo de tela que cubría un gran cuadro en una esquina.

Experimenté la misma sensación que cuando se abre la ventana en una habitación oscura y el sol de la mañana nos deslumbra; ¡era la hermosa y noble señora!; estaba en el jardín con un traje de terciopelo negro, levantándose con una mano el velo de la cara y mirando, apacible y graciosa, hacia un paisaje lejano y magnífico. Cuanto más lo miraba, tanto más me parecía reconocer el jardín, del palacio, y las flores y ramas se mecían dulcemente con la brisa, y al fondo, allá abajo, podía verse la casita del recaudador y la carretera atravesando la verde campiña, y el Danubio y los lejanos montes azules.

—¡Es ella, es ella! —grité al fin.

Y cogiendo mi sombrero, salí presuroso por la puerta, bajé las escaleras y oí solamente que el perplejo pintor me gritaba que volviera por la noche, pues quizás para entonces pudiéramos tener más noticias.

CAPÍTULO OCTAVO

Corrí apresuradamente por toda la ciudad para presentarme de nuevo en el pabellón en donde la hermosa dama había cantado el día anterior. Las calles estaban de nuevo llenas de vida, caballeros y damas paseaban a la luz del sol haciendo inclinaciones de cabeza y saludándose entre ellos, magníficas carrozas pasaban por medio de la calle y en todas las torres se oía el tañir de las campanas llamando a misa, de tal manera que, por encima del ruido, se escuchaban sus maravillosos sonos. Estaba ebrio de alegría y del rumor de la calle, hasta que, finalmente, no supe dónde me encontraba. Todo me parecía encantado, como si la silenciosa plaza con el surtidor y el jardín y la casa hubieran sido solamente un sueño y a la luz del día todo hubiera desaparecido de la faz de la tierra.

No podía preguntar, pues no sabía el nombre del lugar. Además, comenzó a hacer un calor bochornoso, y los rayos del sol caían sobre la tierra como dardos inflamados; la gente se refugió en las casas, cerraron de nuevo las persianas, y las calles quedaron sin vida. Finalmente, ya desesperado, me tumbé ante una hermosa mansión delante de la que un balcón con columnas proyectaba una amplia sombra, y contemplé la tranquila ciudad, que en la repentina soledad infundía un verdadero temor aunque reinase la luz del día, y dirigí la mirada al cielo azul y despejado hasta que, finalmente, me quedé dormido a causa del cansancio. Entonces soñé que estaba en mi pueblo en una solitaria

pradera verde; una cálida llovizna veraniega caía y brillaba al sol, que en ese momento se ponía detrás de los montes; las gotas de lluvia caían sobre la hierba, transformándose en flores hermosas y multicolores, de tal manera que me cubrían por completo.

Pero cuál no sería mi sorpresa, cuando al despertar vi realmente una gran cantidad de hermosas flores recién cortadas encima de mí y a mi lado. Me incorporé de un salto, pero no pude notar nada especial, sino simplemente que en la casa sobre mí había una ventana totalmente llena de plantas y de flores olorosas, detrás de las cuales un papagayo hablaba sin cesar y daba gritos. Recogí las flores dispersas, formé un ramillete con ellas y me lo coloqué en el ojal de la chaqueta. Luego comencé a hablar con el papagayo, pues me divertía verle en su jaula dorada subiendo y bajando y haciendo toda clase de muecas, mientras que al mismo tiempo se pisaba torpemente su gran dedo. Pero en el momento en que menos lo esperaba, me insultó llamándome *furfante*. Aunque se trataba de un animal irracional, su insulto me molestó. Le insulté y ambos nos acaloramos, y cuanto más le insultaba yo en alemán, tanto más me respondía con nuevos insultos en italiano.

De pronto oí a alguien reírse a mis espaldas. Me di la vuelta a toda velocidad. Era el pintor de la mañana.

—¿Qué tonterías estás haciendo de nuevo? —me dijo—. Llevo media hora esperándote. Ha refrescado e iremos a un jardín en las afueras de la ciudad donde encontrarás a muchos compatriotas y quizás obtendrás información más precisa sobre la condesa alemana.

Me alegré mucho de esto y comenzamos en seguida nuestro paseo, mientras escuchaba tras de mí, todavía un rato, los insultos reiterados del papagayo.

Después de salir de la ciudad y caminar por senderos angostos y pedregosos entre las casas de campo y los viñedos, llegamos a un pequeño jardín situado en lo alto, donde varios jóvenes y muchachas estaban sentados alrededor de una mesa en la hierba. Tan pronto como llegamos, nos hicieron señas de que guardáramos silencio, e indicaron con los dedos hacia la otra parte del jardín. Allí estaban sentadas en un cenador exuberante dos bellas señoras; una cantaba y la otra la acompañaba a la guitarra. Entre ambas, detrás de la mesa, se encontraba un afable señor que marcaba el compás con una pequeña batuta. Al mismo tiempo, el sol poniente brillaba entre las parras, unas veces sobre las botellas de vino y las frutas situadas encima de la mesa, otras veces sobre los hombros redondeados, rotundos y maravillosamente pálidos de la mujer que tocaba la guitarra. La otra estaba extasiada y cantaba de forma extraordinariamente artística en italiano, con el cuello hinchado por el esfuerzo.

Cuando cantaba una larga cadencia con los ojos dirigidos al cielo y el hombre de la batuta esperaba el momento preciso para intervenir y nadie en el jardín se atrevía a respirar, en ese momento se abrió una puerta del jardín y una joven muy acalorada con un jovencuelo de rostro fino y paliducho se precipitaron dentro en medio de una ardorosa discusión. El horrorizado director permaneció con la batuta en la mano como un mago petrificado, aunque la cantante hacía ya largo rato que había interrumpido el largo trino y se había levantado furiosa. Todos los restantes silbaron furiosamente a los recién llegados.

—¡Bárbaro! —le gritó uno de los que estaban sentados a la mesa redonda—. Tú irrumpes de pronto en el ingenioso cuadro de la bella descripción que hizo el difunto Hoffmann, página 347 del *Diario femenino para el año 1816*, de la hermosa pintura de Hummel que se pudo contemplar en el otoño de 1814 en la Exposición de las Artes de Berlín.

Pero esto no sirvió para nada.

—Tonterías —contestó el joven—. A la porra con vuestros cuadros de cuadros. ¡El cuadro de mi invención para los otros, y mi muchacha para mí solo! ¡Así quiero que sea! ¡Oh, tú, mujer infiel y falsa! —continuó diciéndole a la pobre muchacha—. Tú, alma despiadada, que en la pintura sólo buscas el brillo de la plata y en la poesía el hilo dorado, y que no tienes amados, sino solamente tesoros^[27].

»De ahora en adelante te deseo, en lugar de un pintor verdadero, un viejo duque con una mina entera de diamantes encima de su nariz y con una mirada de plata sobre su cráneo calvo y con bordes dorados en los pocos cabellos que le queden. Y dame ese desdichado billete que hace poco has escondido ante mí. ¿Qué lío has vuelto a armar? ¿De quién es ese papelucho y a quién va dirigido?

Pero la joven se defendía enérgicamente, y cuanto más se apiñaban los demás alrededor del indignado joven intentando consolarle y calmarle con gran alboroto, tanto más se excitaba y enfurecía éste con el ruido, irritado al mismo tiempo por las palabras de la muchacha, que no era capaz de contenerse; ella, finalmente, se escapó hecha un mar de lágrimas del grupo y se lanzó sobre mi pecho buscando protección. Yo adopté al momento la postura precisa, pero dado que los otros, sumidos en una gran confusión, no nos prestaban atención, ella alzó de pronto el rostro hacia mí y me dijo con gesto tranquilo y en voz baja:

—¡Tú, maldito recaudador! Por tu culpa tengo que sufrir todo esto. Esconde rápidamente este maldito billete; ahí encontrarás anotado dónde vivimos. Así pues, cuando llegues a la puerta de la ciudad a la hora indicada, debes tomar la solitaria calle a tu derecha y continuar por ella.

A causa de la sorpresa no pude pronunciar palabra, pues cuando la contemplé atentamente, la reconocí en seguida: era en verdad aquella doncella burlona del palacio que me trajo una botella de vino en aquella hermosa tarde de domingo. Nunca me había parecido tan bella como ahora, cuándo se apoyaba acalorada, en mi pecho con sus negros rizos colgando sobre mi brazo.

—Pero, estimada señorita —dije yo lleno de asombro—, ¿cómo es que...?

—Por el amor de Dios, cállese —repuso, y saltó veloz alejándose de mí a la otra parte del jardín antes de que me pudiera percatar de todo.

Entre tanto, los otros habían olvidado su primer asunto y se divertían alargando, la discusión, mientras intentaban demostrarle al joven que estaba verdaderamente ebrio y que su comportamiento no era propio de un honorable pintor. El rollizo y vivaz caballero del cenador, el cual, como supe después, era un gran conocedor y amigo de las artes, que por amor a las ciencias tomaba parte gustosamente en todo, había tirado también su batuta e iba de un lado a otro con su ancha cara, que brillaba rebotante de cordialidad en medio de todo aquel alboroto, conciliando y apaciguando a todos, mientras se lamentaba de la interrumpida cadencia y del bello cuadro que tanto le había costado organizar.

Yo, en cambio, me sentía sereno como una noche clara, lo mismo que en aquella feliz tarde de domingo, cuando toqué el violín en la ventana ante la botella de vino hasta bien entrada la noche. Saqué de nuevo mi violín, dado que el alboroto no parecía tener final, y entoné sin pensarlo dos veces, una melodía italiana que se solía bailar en las montañas y que había aprendido en el viejo y solitario palacio del bosque.

Todos alzaron la cabeza al cielo. «¡Bravo, bravísimo! ¡Una idea estupenda!», gritó el alegre conocedor de las artes y corrió de unos a otros para organizar, como él decía, una diversión campestre. Él mismo comenzó, alargándole la mano a la señora que había tocado antes en el cenador. Luego empezó a bailar de una forma extraordinariamente artística, trazando con la punta de los pies

toda clase de letras en el césped, realizando verdaderas filigranas y dando de vez en cuando unos saltos en el aire bastante admirables. Pero pronto se cansó de bailar, pues era verdaderamente muy opulento. Dio cada vez saltos más cortos y menos ágiles, hasta que finalmente se salió del círculo tosiendo fuertemente y limpiándose constantemente el sudor con su blanquísimo pañuelo. Mientras tanto, el joven, que ya había entrado en razón, sacó de la posada unas castañuelas y antes de que me diera cuenta, todos bailaban mezclados bajo los árboles. El sol poniente lanzaba aún algunos de sus rojos rayos entre las oscuras sombras y sobre las viejas murallas y las columnas situadas al fondo del jardín, casi derruidas y cubiertas de hiedra silvestre, mientras que por la otra parte se podía contemplar, entre los viñedos, la ciudad de Roma, que relucía bajo los fulgores vespertinos. Todos bailaban graciosamente sobre la hierba en esa atmósfera clara y pacífica, y mi corazón rebosaba de júbilo viendo contonearse a las delgadas muchachas, entre ellas a la doncella, con los brazos en alto; se movían como ninfas paganas entre el follaje y hacían repicar las castañuelas en el aire. No pude contenerme más y salté mezclándome entre ellas, mientras seguía tocando mi violín, ejecutando toda clase de gráciles figuras.

Hacía ya un buen rato que saltaba en el corro sin notar que los otros comenzaban a estar cansados y que, poco a poco, iban abandonando el prado. Entonces, alguien situado a mis espaldas me tiró fuertemente de los faldones de la chaqueta. Era la doncella.

—No hagas el necio —dijo en voz baja—. Saltas como una cabra. Lee con atención la nota y sígueme después, pues la joven y hermosa condesa te espera.

Y con esto se deslizó, a la luz del crepúsculo, por la puerta del jardín y se perdió entre los viñedos.

Me latía el corazón, y la hubiera seguido en ese momento con gusto. Afortunadamente, el posadero, viendo que era de noche, encendió un gran farol en la puerta del jardín. Me acerqué y saqué el billete de mi bolsillo. En él habían garabateado. Con lápiz la puerta y la calle, tal y como me había dicho antes la doncella. Allí estaba escrito: «A las once en la puerta pequeña».

¡Faltaban todavía unas cuantas horas! Haciendo caso omiso de este detalle, me quería poner inmediatamente en camino, pues no aguantaba ya de intranquilidad e impaciencia, pero en ese momento se me acercó el pintor que me había traído hasta aquel lugar.

—¿Has hablado con la muchacha? —preguntó—. No la veo por ningún sitio. Era la doncella de la condesa alemana.

—¡Silencio, silencio! —respondí—. La condesa está todavía en Roma.

—Bueno, mucho mejor —dijo el pintor, Entonces ven y bebe con nosotros a su salud.

Y diciendo esto me arrastró de nuevo al jardín a pesar de mi resistencia.

Entre tanto, todo se había vaciado y reinaba el silencio. Los alegres huéspedes, con su amor al brazo, se dirigían hacia la ciudad, y se los oía, en la tarde silenciosa, charlar y reír cada vez más lejos, hasta que finalmente las voces se perdieron en el fondo del valle entre los murmullos de los árboles y de la corriente. Yo me había quedado allí arriba con el pintor y el señor Eckbrecht, pues así se llamaba el otro pintor que tanto se había peleado antes. La luna lucía magnífica en el jardín entre los altos y oscuros árboles, una luz titilaba al viento sobre la mesa que estaba ante nosotros y encima brillaba el abundante vino que se había derramado. Me tuve que sentar, y mi pintor charló conmigo sobre mi origen, mi viaje y mis planes de vida. El señor Eckbrecht había hecho sentar en su regazo a la joven doncella de la posada, después de que ella colocara una botella de vino sobre la mesa; después le puso la guitarra en el regazo y le enseñó a rasguear una cancioncilla. Pronto supo ella

acompañarse con sus pequeñas manos, y juntos entonaron una canción italiana alternándose en las estrofas, lo que producía un hermoso efecto en la placidez de aquella noche magnífica. Cuando llamaron a la muchacha, el señor Eckbrecht se apoyó con la guitarra en el banco, colocó sus pies sobre una silla que estaba ante él, y cantó deliciosas canciones alemanas e italianas, sin preocuparse en absoluto de nosotros. Al mismo tiempo, las estrellas brillaban en el claro firmamento, todo el lugar aparecía plateado por la luna, y yo me puse, a pensar en la hermosa señora y en la lejana patria, olvidando por completo al pintor, que estaba sentado a mi lado. De vez en cuando, el señor Eckbrecht tenía que afinar el instrumento, lo que le ponía muy furioso. Daba vueltas y tiraba tanto del instrumento que de pronto saltó una cuerda. Entonces tiró la guitarra y se levantó de un salto. En ese momento se dio cuenta de que mi pintor había apoyado un brazo en la mesa y se había quedado profundamente dormido. Le echó por encima un abrigo blanco que colgaba de una rama cercana a la mesa, meditó brevemente, miró en primer lugar a mi pintor y luego a mí fijamente, se sentó decidido ante mí sobre la mesa, carraspeó, arregló su corbata y comenzó de pronto a soltarme un discurso:

—Querido oyente y compatriota —dijo—, dado que las botellas están casi vacías, y como la moral es, sin lugar a dudas, el primer deber del ciudadano cuando las virtudes llegan ya casi a su fin, me siento obligado, por mi simpatía de compatriota, a inculcar en tu espíritu un cierto grado de moralidad. Pudiera pensarse —prosiguió— que tú eres simplemente un jovencito, mientras que tu frac ya ha superado con mucho sus años de juventud; se podría considerar que antes has dado unos saltos maravillosos, como un sátiro; incluso algunos podrían afirmar con razón que eres un vagabundo, porque andas por el campo y tocas el violín; pero yo no me dejo convencer por tales juicios superficiales; me sobra con fijarme en tu nariz afilada, y te considero un genio despreocupado.

Me sentí molesto por esas insinuaciones equívocas, y quise contestarle rápidamente, pero él no me dejó hacer uso de la palabra.

—¿Ves —dijo— cómo te ufanas por el pequeño elogio? Reflexiona y piensa en este oficio peligroso. A nosotros, los genios (pues yo también soy uno de ellos) nos importa el mundo tan poco como nosotros le importamos a él, más bien caminamos, sin mayores consideraciones, con nuestras botas de siete leguas, con las que ya llegamos al mundo, rumbo a la eternidad. ¡Oh!, qué posición tan lamentable, incómoda y extravagante es la de estar con un pie en el futuro, en el que no hay más que aurora y rostros de futuros niños, y con el otro en medio de Roma, en la Piazza del Popolo, donde todos quieren venirse con nosotros, aprovechando la mejor oportunidad, y se cuelgan de nuestras botas con tal fuerza como si quisieran arrancarnos las piernas. ¡Y todo este temblor, el beber vino y el padecer hambre sólo para la inmortal eternidad! Y mira a mi apreciado colega en el banco, que también es un genio; para él el tiempo ya es demasiado largo, ¿qué va a hacer entonces en la eternidad? Sí, mi muy apreciado colega, tú y yo y el sol hemos empezado hoy muy pronto la jornada, y hemos estado empollando todo el día nuestros pensamientos y hemos pintado y todo era hermoso; pero ahora la noche somnolienta se desliza con su manga de piel por el mundo y ha mezclado todos los colores.

Siguió hablando, y con los cabellos desordenados por el baile y la bebida parecía un cadáver a la luz de la luna.

A mí desde hacía tiempo me asustaban su persona y su hablar desordenado, y como él parecía dirigirse al pintor dormido, aproveché la oportunidad para escaparme, sin que se diera cuenta, dando la vuelta a la mesa en dirección a la salida del jardín; solo y con el corazón alegre, atravesé las parras

hasta llegar al vasto valle iluminado por la luz de la luna.

En la ciudad los relojes dieron las diez. Detrás de mí oí resonar en la noche silenciosa los rasgueos de la guitarra, y a veces las voces de los dos pintores, que se dirigían a casa. Comencé a correr a toda velocidad, para que no me alcanzaran y me hicieran más preguntas.

En la puerta de la ciudad giré en seguida a la derecha y continué andando a través de las silenciosas casas y jardines mientras el corazón me latía violentamente. Pero cuál no sería mi asombro, cuando de repente me vi en la plaza del surtidor que no había podido encontrar en pleno día. Allí estaba de nuevo el solitario pabellón bañado por la hermosa luz de la luna, y también la bella dama entonaba en el jardín la misma canción italiana del día anterior. Me precipité hacia la puerta pequeña como embrujado, luego a la puerta de la casa y finalmente, con todas mis fuerzas, a la gran entrada del jardín, pero todo estaba cerrado. Entonces caí en la cuenta de que todavía no habían dado las once. Me indigné por la lentitud con que pasaban las horas, pero, para guardar las apariencias, no quise trepar por el gran portón del jardín como había hecho la noche anterior. Por eso, anduve durante un rato de un extremo a otro de la solitaria plaza, y de nuevo me senté en la fuente de piedra sumido en mis pensamientos y esperando en silencio.

Las estrellas brillaban en el cielo, la plaza estaba desierta y silenciosa, y yo escuchaba con embeleso el canto de la hermosa señora, que resonaba entre el murmullo de la fuente del jardín. De pronto, distinguí una figura blanca que se aproximaba desde la otra parte de la plaza y se dirigía a la pequeña puerta del jardín. Miré fijamente a través de los reflejos de la luna; era aquel bárbaro pintor con su abrigo blanco. Sacó rápidamente una llave, abrió, y antes de que me diera cuenta, estaba dentro del jardín.

Ahora bien, ya desde el principio este pintor me había hecho sentirme molesto por sus absurdos razonamientos. Pero esta vez me vi preso por la cólera. El licencioso genio está seguramente borracho de nuevo, pensé; tiene la llave porque se la ha dado la doncella, y ahora quiere acechar a la hermosa señora, traicionarla y atacarla. Y de esta manera me precipité en el jardín a través de la pequeña puerta abierta.

Cuando entré, todo estaba silencioso y desierto. La puerta de batientes estaba abierta, y un rayo de luz blanquecino salía de ella, reflejándose en la hierba y las flores que había ante la puerta. Desde lejos miré hacia el interior. Allí estaba echada, en un aposento magnífico y decorado en verde, apenas iluminado por una lámpara blanca, la hermosa señora con la guitarra en la mano, sobre un pequeño canapé tapizado en seda, sin sospechar, en su inocencia, los peligros que la acechaban fuera.

No tuve mucho tiempo para seguir mirando, ya que vi en aquel momento que la blanca figura se deslizaba hacia el pabellón, cuidadosamente, detrás de los matorrales. La noble señora cantaba lastimosamente, mientras tanto, en la habitación, y lo hacía de tal manera que me conmovía hasta los tuétanos. Así pues, no me lo pensé mucho; arranqué una robusta rama y me precipité sobre el abrigo blanco gritando con todas mis fuerzas: «¡Socorro!», de tal manera que todo el jardín tembló.

El pintor, que no esperaba verme llegar hasta él de forma tan repentina, puso pies en polvorosa gritando de forma terrible. Yo grité aún más, él corrió hacia la puerta y yo le seguí, y casi lo había atrapado, cuando mis pies se enredaron en los arriates de flores y me caí todo lo largo que era ante la puerta de la casa.

—¡Pero si eres tú, necio! —oí gritar sobre mí—. Me has dado un susto de muerte.

Me levanté velozmente, y mientras me limpiaba la arena y la tierra de los ojos, vi ante mí a la doncella, a la que en el último salto se le había, escurrido el abrigo blanco de los hombros.

—Pero —dije totalmente confuso— ¿no estaba aquí el pintor?

—Desde luego —repuso burlona—, por lo menos su abrigo, el cual me puso en los hombros cuando me lo encontré en el portón, porque yo tenía frío.

Al ruido de la charla, la señora se había levantado de su sofá y venía hacia nosotros. El corazón parecía estallarme. Peto, cuál no sería mi horror cuando la miré y en lugar de la bella y noble señora, descubrí a una persona totalmente extraña.

Era una señora medianamente alta, corpulenta y poderosa, con una orgullosa nariz aguileña y cejas altas y bien arqueadas, una belleza, que asustaba. Me miró con sus ojos grandes y relucientes de forma tan mayestática que yo, por respeto, no sabía qué hacer. Estaba totalmente confundido, le hice continuas reverencias y quise, incluso, besarle la mano. Pero ella la apartó rápidamente y le habló a su doncella en italiano sin que yo pudiera entender nada.

Entre tanto, con el alboroto anterior se había despertado el vecindario. Los perros ladraban, los niños gritaban, entre medias se distinguían voces masculinas, que se aproximaban al jardín. La dama me volvió a mirar de nuevo, como si me quisiera atravesar con sus ojos ardientes, y después se volvió hacia su habitación de nuevo, mientras reía de forma orgullosa y forzada, cerrando la puerta ante mis narices. La doncella me cogió y me arrastró con fuerza hacia la puerta del jardín.

—¡Menuda has organizado de nuevo! —me dijo iracunda por el camino. Yo también me puse furioso.

—¡Y bien, por todos los diablos! —dije—. ¿Es que acaso no me habéis citado aquí?

—Precisamente por eso —me gritó la doncella—. Mi condesa estaba muy bien dispuesta hacia ti; primero te tira flores por el balcón, canta arias y ¡éste es el pago a sus esfuerzos! Pero contigo no se puede hacer nada; pisoteas: tu propia felicidad.

—Sí, pero yo creía que se trataba de la condesa alemana, la hermosa y noble señora.

—¡Ay! Hace ya tiempo que regresó a Alemania, junto con tu loco amor. Vete también allí. Ella languidece por ti; juntos podéis tocar el violín y mirar a la luna, ¡pero haz el favor de desaparecer para siempre de mi vista!

En aquel momento se originó detrás de nosotros un gran griterío y jolgorio. Desde el otro jardín trepaba gente con garrotas; y otros soltaban maldiciones por las alamedas, rostros desesperados con sus gorros de dormir miraban a la luz de la luna unas veces aquí, otras veces allá entre los setos; era como si el diablo hubiera hecho salir de los setos y arbustos a un buen número de malhechores. La doncella no dudó mucho tiempo. «Allí, por allí va el ladrón», gritó a la gente mientras señalaba la otra parte del jardín. Luego me sacó de un empujón del jardín y cerró la portezuela tras de mí.

De nuevo estaba libre bajo el cielo de Dios en la silenciosa plaza, totalmente solo, igual que cuando había llegado el día anterior. El surtidor, que antes brillaba tan alegremente a la luz de la luna, como si los ángeles subieran y bajarán por él, murmuraba con la misma fuerza que entonces, pero a mí se me habían caído a la fuente toda la alegría y la felicidad. Me propuse seriamente darle para siempre la espalda a la falsa Italia, con sus pintores trastornados, sus naranjas y sus doncellas, y me dirigí al instante a la puerta de la ciudad.

CAPÍTULO NOVENO

*Las fieles montañas están de vigilancia;
¿Quién llega en la mañana temprana
desde el extranjero por la pradera?
Pero yo contemplo la montaña
y me río con gran júbilo
y exclamó alegre desde el fondo de mi alma
esta palabra y consigna al mismo tiempo.*

*¡Viva Austria!
Allí me conocen todos,
y me saludan dulcemente los arroyos y los pajarillos
y los bosques a la manera del país.
El Danubio brilla en su profundo cauce.
Y la torre de San Esteban también de lejos
mira por encima de los montes y me contempla,
y si no es ella, pronto lo será.
¡Viva Austria!*

Estaba en la cima de un alto monte desde el cual, por primera vez, se podía divisar Austria, y me balanceaba jubiloso con el sombrero, cantando la última estrofa; en ese momento se entremezcló con mi canto una maravillosa música de instrumentos de viento. Me di la vuelta rápidamente y vi a tres compañeros con largos capotes azules. Uno de ellos tocaba el oboe, el otro el clarinete, y el tercero, que llevaba en la cabeza un viejo tricornio, tocaba la trompa, y me acompañaron de tal manera que la música resonó por todo el bosque. Yo, sin pensármelo dos veces, saqué el violín y canté alegremente. Entonces se miraron entre ellos pensativos, y el que tocaba la trompa fue el primero en dejar de hinchar sus carrillos y tocar su instrumento, hasta que al final se callaron todos y me miraron fijamente. Dejé de cantar, desconcertado, y también los miré.

—Suponíamos —dijo el que tocaba la trompa—, dado que el señor lleva un frac tan largo, que sería un inglés viajero que quería contemplar la bella naturaleza. Pensábamos ganar cierto dinero para continuar nuestro camino. Pero me parece que el señor también es músico.

—Más bien un recaudador —contesté yo—. Y vengo directamente desde Roma; pero como hace tiempo que no he recaudado nada, me he servido de mi violín para salir adelante.

—Hoy no sacamos nada —dijo el de la trompa, que mientras tanto se había retirado de nuevo al bosque y atizaba con su tricornio un pequeño fuego—. Los instrumentos de viento son preferibles —prosiguió— cuando la buena sociedad está sentada a la mesa tranquilamente e irrumpimos en las arcadas de sus patios y comenzamos a soplar con toda la fuerza de nuestros pulmones; entonces rápidamente llega un sirviente con dinero o comida para que dejemos de hacer ruido. ¿No quiere tomar el señor con nosotros una colación?

El fuego flameaba de forma alegre en el bosque, la mañana era fresca; nos sentamos alrededor de la fogata sobre la hierba y dos de los músicos retiraron del fuego una ollita con café y leche, sacaron pan de los bolsillos de sus abrigo y por turnos mojaron el pan y bebieron de la olla, y era tanto su apetito que daba gusto verlos. Sin embargo, el de la trompa dijo:

—Yo no soporto este negro brebaje —y me dio la mitad de una gran rebanada de pan con

mantequilla al mismo tiempo que sacaba una botella de vino—. ¿No quiere el señor un traguito?

Bebí un buen trago, pero en seguida tuve que dejar de beber haciendo muecas, pues verdaderamente era un vino muy fuerte.

—Vino del país —dijo el de la trompa—. El señor se ha estropeado el paladar alemán en Italia.

A continuación, revolvió celosamente en su saco y sacó un mapa viejo y roto, en el que todavía podía verse al emperador con todos los atributos de su cargo, el cetro en la derecha y el globo imperial en la izquierda. Lo desplegó con mucho cuidado en la hierba, los otros se aproximaron y deliberaron sobre qué itinerario debían seguir.

—Las vacaciones terminan pronto —dijo uno—. En Linz debemos desviarnos a la izquierda, y así podremos llegar todavía a tiempo a Praga.

—¡Hombre, ya está bien! —grito el trompa—. ¿A quién quieres ofrecer tu música allí? Nada más que a los bosques y a los carboneros, a nadie que tenga un gusto exquisito, prescindiendo de una buena hospitalidad.

—Estupideces —repuso el otro—. Los campesinos son mis favoritos, son los que mejor saben dónde le aprieta a uno el zapato, y no se molestan cuando desafinas.

—Es decir, que tú no tienes ningún *point d'honneur* —contestó el trompa—. *Odi profanum vulgus et arceo*, dice el autor latino.

—Bien, iglesias tiene que haber en el trayecto —dijo el tercero—. Así podremos ir a las casas de los curas.

—¡Por lo que más quieras! —dijo el trompa—. Ésos sólo te dan poco dinero y muchos sermones; que no debemos vagabundear por el mundo, que nos debemos aplicar en las ciencias... sobre todo cuando olfatean en mi persona a un futuro cofrade. No, no, *clericus clericum non decimat*. Pero, después de todo, ¿para qué tanta precipitación? Los señores profesores todavía están en Karlsbad y no se sienten obligados a volver en la fecha fijada.

—Sí, *distinguendum est inter et inter* —contestó el otro—. *Quod licet Iovi, non licet bovi*.

Entonces me di cuenta de que eran estudiantes praguenses, y me sentí invadido por un profundo respeto hacia ellos, especialmente porque el latín fluía de sus labios como si fuera agua.

—¿Es el señor un estudiante también? —me preguntó a continuación el trompa.

Yo contesté humildemente que había sentido muchas ganas de estudiar, pero que no había tenido dinero para hacerlo.

—Eso poco importa —gritó el trompa—. Nosotros no tenemos dinero ni amistades influyentes; pero una cabeza inteligente sabe cómo arreglárselas. *Aurora musis amica*, lo que quiere decir en alemán: no debes perder el tiempo con desayunos demasiado largos. Pero cuando suena el tañido de las campanas del mediodía de torre en torre y de monte en monte, y pasa por encima de la ciudad, y los colegiales salen con gran griterío del viejo colegio y recorren en multitud las callejuelas, entonces nosotros nos dirigimos al convento de los capuchinos a ver al padre cocinero, y encontramos allí una mesa puesta; y si no está puesta hay, sin embargo, una escudilla para cada uno, y entonces poco nos interesa el mantel, pues al mismo tiempo comemos y hacemos progresos en el latín. Y cuando finalmente llegan las vacaciones y los otros parten a casa de sus progenitores, en carruaje o a caballo, nosotros nos encaminamos con nuestros instrumentos bajo el brazo por las calles de la ciudad hasta la salida, y el mundo entero está a nuestra disposición.

No sé por qué, cuando él hablaba así, se me conmovió el corazón al pensar que gentes tan instruidas estuvieran tan abandonadas en el mundo. Al mismo tiempo pensaba que a mí no me iban las

cosas de manera muy diferente, y los ojos se me llenaron de lágrimas. El trompa me miró asombrado.

—No importa —siguió diciendo—. A mí no me gusta viajar con caballos, café y sábanas limpias en la cama y gorros de dormir y sacabotas, todo preparado de antemano. Precisamente lo hermoso es cuando partimos de mañana temprano y las aves migratorias vuelan a nuestro paso, y no sabemos qué chimenea nos dará calor ese día y no tenemos previsto en modo alguno qué suerte nos espera antes de que llegue la noche.

—Sí —dijo el otro—. Y en todos los lugares adonde llegamos y sacamos nuestros instrumentos, todos se ponen contentos; y cuando en el campo, a la hora del mediodía, llegamos a cualquier casa noble y tocamos en el vestíbulo, las criadas danzan ante la puerta de la casa y los señores abren un poco la puerta de la sala para poder escuchar mejor la música, y a través del resquicio se oye el ruido de los platos, y el olor del asado se entremezcla con el alegre sonido de la música, y las doncellas de la mesa se exponen casi a romperse el cuello para ver a los músicos que están afuera.

—¡Ciertamente! —exclamó, el trompa con los ojos brillantes—. Dejamos a los otros repasar sus compendios; nosotros mientras tanto estudiamos el gran libro ilustrado que el buen Dios nos ha abierto aquí afuera. Sí, créame señor, somos precisamente quienes llegaremos a ser más tardé los buenos tipos que saben contarles algo a los campesinos y que dan puñetazos en los púlpitos, de tal manera que los pobres, ahí abajo, edificados y contritos, sienten conmovirse su corazón.

Mientras ellos conversaban de este modo, mi corazón se puso tan alegre que hubiera podido irme con ellos a estudiar al instante. No me cansaba de escucharlos, puesto que a mí me gusta conversar con las gentes que han estudiado, de las que se puede sacar algo de provecho. Pero era imposible llegar a tener una conversación verdaderamente juiciosa. Uno de los estudiantes tuvo de pronto miedo de que las vacaciones llegaran a su fin. Por eso montó su clarinete, colocó una partitura sobre su rodilla levantada y se puso a ejercitar un pasaje difícil de la misa que debía tocar cuando regresara a Praga. Allí estaba sentado, moviendo los dedos y tocando tan mal que el sonido le llegaba a uno hasta la médula y a veces no se podía ni entender lo que decíamos.

De repente, el de la trompa gritó con su voz de barítono:

—Chócala, ya lo tengo —extendiendo de nuevo alegremente el mapa a su lado.

El otro dejó de soplar y le miró asombrado.

—¡Escuchad! —dijo el trompa—. No lejos de Viena hay un palacio, y en el palacio vive un portero que es mi primo. Queridos compañeros, es preciso que vayamos allí; le presentaremos a mi señor primo nuestros respetos y él cuidará de que podamos seguir adelante.

Cuando oí esto, me levanté presuroso.

—¿No toca el fagot? —grité yo—. ¿No es de gran estatura y tiene una nariz grande y aristocrática?

El trompa asintió con la cabeza. Yo le abracé con tal alegría que se le cayó el tricornio de la cabeza, y rápidamente decidimos viajar todos juntos en el barco de postas, y bajar por el Danubio hasta llegar al palacio de la bella condesa.

Cuando llegamos a la orilla, todo estaba ya preparado para la partida. El robusto posadero, delante de cuya posada había hecho escala el barco por la noche, se había colocado a sus anchas en la puerta de la casa, que ocupaba por completo, y contaba, como despedida toda clase de chistes y gracias, mientras que en cada ventana se veía asomar la cabeza de una doncella que hacía señales amistosas a los bataneros que llevaban los últimos paquetes al barco. Un señor de mediana edad, que

también quería viajar con nosotros, con gabán gris y pañuelo negro al cuello, estaba en la orilla y mantenía una animada conversación con un muchachito joven y delgado que vestía un largo calzón de cuero y una corta chaqueta escarlata, y que montaba un caballo de pura sangre inglesa. Para mi asombro, me dio la sensación de que a veces volvían la cabeza en mi dirección y hablaban de mí. Finalmente, el caballero se echó a reír, el delgado muchachito hizo chasquear la fusta en el aire de la mañana, como si quisiera rivalizar con las alondras, que pasaban por encima de su cabeza, y comenzó a galopar internándose en el reluciente paisaje.

Mientras tanto, los estudiantes y yo habíamos hecho caja común. El batelero se rió y meneó, la cabeza cuando el trompa le pagó nuestro viaje con la calderilla que habíamos conseguido reunir, con gran dificultad vaciando nuestros bolsillos. Yo, sin embargo, lanzaba gritos de júbilo cuando de pronto vi ante mí el Danubio; subimos apresuradamente al barco, el batelero hizo la señal, y así descendimos en el hermoso brillo de la mañana entre los montes y las praderas. Los pájaros trinaban en el bosque y desde ambas orillas sonaban las campanas matutinas en los pueblos; a veces se escuchaba el gorjeo de las alondras. En el barco cantaba y gorjeaba también un canario entremezclándose con los otros sonidos, de tal manera que era una gloria el oírlo.

Pertenecía a una linda muchachita que también iba en el barco. Había colocado, la jaula a su lado, y llevaba un hatillo de ropa blanca bajo su brazo; allí estaba, sentada tranquilamente, y miraba contenta tan pronto sus zapatos nuevos, que le asomaban por debajo de la falda, tan pronto la corriente del río, y el sol matutino brillaba sobre su blanca frente, donde los cabellos aparecían perfectamente peinados. Me di cuenta de que los estudiantes querían entablar una conversación galante con ella, pues pasaban continuamente a su lado, y el trompa carraspeaba al hacerlo y se arreglaba tan pronto la corbata como el tricornio. Pero no tenían, el suficiente valor, y la muchacha bajaba la vista cada vez que se aproximaban a ella.

Pero los estudiantes se avergonzaban especialmente ante el maduro señor con gabán gris, que estaba sentado en la otra parte del barco y al que inmediatamente habían tomado por un sacerdote. Tenía un breviario ante sí, que leía, pero levantaba a menudo los ojos del libro para contemplar el paisaje; los cantos dorados del libro y las múltiples y multicolores estampas de santos brillaban magníficas a la luz de la mañana; Sin embargo, él observaba atentamente lo que pasaba en el barco, reconociendo a los pájaros por su plumaje; y no transcurrió mucho tiempo hasta que habló a uno de los estudiantes en latín, momento en el cual los tres se aproximaron, descubriéndose la cabeza y le contestaron también en latín.

Yo, entre tanto, me había sentado en la proa del barco, dejando colgar mis piernas sobre el agua, y el barco prosiguió su travesía y las olas sonaban bajo mis pies haciendo espuma; contemplaba la azul lejanía y veía emerger allí, torres y palacios que se elevaban, crecían y de nuevo desaparecían tras nosotros. ¡Ay, si tuviera alas!, pensé, y finalmente saqué mi violín, lleno de impaciencia, y toqué todas las piezas más antiguas que había aprendido en mi casa y en el palacio de la hermosa señora.

De repente alguien me dio un golpe en la espalda. Era el sacerdote, que entre tanto había dejado su libro y me estaba escuchando desde hacía rato.

—¡Ay! —dijo sonriéndome—. El señor *ludi magister* se olvida de comer y beber.

Hizo que guardara mi violín y que compartiera con él un bocado, conduciéndome a un pequeño y agradable cenador que los bateleros habían construido en el centro del barco con abedules y pinos jóvenes. Allí había hecho colocar una mesa, y yo, los estudiantes e incluso la muchachita tuvimos que sentarnos encima de los toneles y los bultos que había alrededor.

El sacerdote desenvolvió un gran asado y rebanadas de pan con mantequilla, que estaban cuidadosamente envueltas en papel; sacó también de una bolsa varias botellas de vino y un vaso de plata dorado por dentro; lo llenó, luego probó el vino, lo olió y lo examinó por segunda vez, y nos lo ofreció a cada uno de nosotros. Los estudiantes estaban sentados, derechos como una vela, en sus toneles, y comieron y bebieron muy poco a causa del respeto que les infundía el clérigo. También la muchacha apenas si mojaba sus labios en el vaso, lanzando tímidas miradas unas veces a mí, otras a los estudiantes; y cuanto más nos miraba, tanto más se confiaba.

Al fin la muchacha le contó al sacerdote que era la primera vez que dejaba su casa para ir a servir, y que se dirigía al palacio de sus nuevos señores. Me sonrojé vivamente, pues había nombrado el palacio de mi hermosa y noble señora. «¡Ay!, ésta será pues mi futura doncella», pensé mirándola fijamente y a punto de marearme.

—En el palacio habrá pronto una gran boda —dijo a continuación el sacerdote.

—Sí —dijo la muchacha—. Se dice que son unos viejos amores secretos que la condesa nunca había querido reconocer.

El sacerdote contestó solamente con un «¡Hum, hum!», mientras llenaba su vaso de caza y, con gesto serio, bebía de él a pequeños sorbos. Pero yo me había inclinado con los dos brazos sobre la mesa para oír palabra por palabra la conversación. El sacerdote se dio cuenta de mi interés.

—Puedo deciros con razón —comenzó a decir— que las dos condesas me han enviado para saber si el prometido se encuentra quizás aquí. Una señora de Roma ha escrito que él hacía tiempo que había partido de allí.

Cuando empezó a hablar de la señora de Roma, me puse colorado.

—¿Conoce su Excelencia al novio? —pregunté totalmente confundido.

—No —contestó el clérigo—, pero se dice que es un pájaro ligero.

—Oh, sí —respondí precipitadamente—, un pájaro que se escapa de todas las jaulas tan pronto como puede y que canta alegremente tan pronto como ha recuperado la libertad.

—Y que viaja por todos los lugares —prosiguió tranquilamente el sacerdote—. Y por las noches ronda por las calles y por el día duerme ante las puertas de las casas.

Estas palabras me molestaron mucho.

—Reverendo —grité indignado—, os han informado mal. El prometido es un joven de buenos principios, esbelto y con un brillante futuro, que ha vivido en Italia a lo grande en un antiguo palacio, que se ha relacionado solamente con condesas, conocidos pintores y doncellas, y que sabría gastar su dinero muy bien si lo tuviera, que...

—Está bien, ignoraba que lo conocieseis tan bien —me dijo el clérigo interrumpiéndome y riéndose con tantas ganas que su rostro se puso violeta y las lágrimas le caían de los ojos.

—Yo he oído decir, sin embargo —dijo de nuevo la muchacha—, que el prometido era un señor riquísimo.

—¡Por Dios, sí, sí! ¡Nada más que líos y líos! —exclamó el sacerdote, que no podía contener la risa, hasta que al final se atragantó con un fuerte ataque de tos. Después de que se hubo recuperado un poco, levantó de nuevo el vaso y dijo—: ¡Larga vida a los novios! —yo no sabía qué pensar del sacerdote y de todo su discurso; sin embargo, a causa de todo lo sucedido en Roma, me daba vergüenza decir aquí, ante toda esa gente, que yo era el prometido perdido y dichoso.

El vaso siguió pasando de mano en mano; el sacerdote conversaba alegremente con todo el mundo, de tal manera que todos le tomaron aprecio y al final todos hablamos alegremente en medio

de un gran barullo. También los estudiantes se volvieron más parlanchines y hablaron de sus viajes a las montañas, hasta que finalmente sacaron sus instrumentos y comenzaron a tocarlos gozosamente. La fresca brisa fluvial movía las ramas del follaje, el sol vespertino doraba ya los bosques y los valles que dejábamos al pasar, mientras que en la orilla resonaban los ecos de las trompas. El sacerdote, que se iba poniendo más contento con la música, contó historias alegres de su juventud; él también había recorrido montes y valles de joven, a menudo había sentido hambre y sed, pero siempre había conservado la alegría; y contó cómo la vida estudiantil no era más que una larga vacación entre la restrictiva y oscura escuela y el serio trabajo profesional. Al oír esto, los estudiantes bebieron una nueva ronda y luego entonaron una canción que resonó profundamente hasta el interior de los valles:

*Dirigiéndose hacia el sur
los pájaros en bandada,
muchos caminantes agitan alegremente
los sombreros a la luz del sol.
Son los señores estudiantes
que abandonan la ciudad,
y tocan sus instrumentos
diciendo adiós aquí y allá;
¡Oh, Praga! nos vamos a recorrer el ancho mundo;
«Et habeat bonam pacem,
qui sedet post fornacem».*

*Por las noches, cuando atravesamos la ciudad,
a lo lejos lucen las ventanas.
En la ventana se mueve y se desliza
mucha gente elegante.
Tocamos ante las puertas,
pues sentimos una gran sed,
y esto proviene del soplar.
¡Señor posadero, una bebida fresca!
Y él viene rápido con una botella de vino.
«Venit ex sua domo,
beatus ille homo.»*

*Ahora pasa ya por el bosque
el helado boreal.
Nosotros andamos por los campos,
mojados por la nieve y el agua,
el abrigo vuela al viento,
destrocados nuestros zapatos.
Entonces soplamos con celo
cantando al mismo tiempo:*

*«Beatus ille homo
qui sedet in sua domo
et sedet post fornacem
et habet bonam pacem».*

Yo, los bateleros y la muchacha, aunque no sabíamos latín, hacíamos coro a los últimos versos, y yo era el que gritaba más gozosamente, pues divisaba ya a lo lejos mi pequeña casita de peaje y, poco después, el palacio que se erguía sobre los árboles a la luz del crepúsculo.

CAPÍTULO DÉCIMO

El barco atracó en la orilla, saltamos rápidamente a tierra y nos dispersamos por la pradera, como pájaros que salen de una jaula. El sacerdote se despidió apresuradamente y se dirigió a grandes pasos hacia el palacio. Los estudiantes, por el contrario, se dirigieron hacia unos arbustos un poco alejados, donde sacudieron sus abrigos, se bañaron en el riachuelo que por allí corría y se afeitaron unos a otros. La nueva doncella, con su canario y su hatillo bajo el brazo, se dirigió a la posada de debajo del monte del palacio, para cambiarse allí de ropa antes de presentarse, pues yo le había contado que la posadera era una buena mujer. En lo que se refiere a mí, la hermosa tarde brillaba en mi corazón, y cuando todos se habían dispersado, no me lo pensé dos veces y me dirigí al jardín señorial.

Mi casita de peaje, por la que tenía que pasar de camino, estaba donde siempre, y los altos árboles del jardín seguían animándola con sus murmullos; el verderón que antes gorjeaba su canto vespertino desde el castaño junto a la ventana seguía cantando como si desde entonces no hubiera pasado nada en el mundo. La ventana de la casa de peaje estaba abierta, y me dirigí lleno de alegría hacia ella y metí la cabeza por la ventana de la habitación. No había nadie dentro, pero el reloj de pared seguía marchando, el escritorio estaba arrimado a la ventana, y la pipa seguía en el mismo rincón. No pude resistirlo, así que entré por la ventana y me senté al escritorio ante el gran libro de cuentas. Un rayo de sol caía, con su brillo dorado, sobre las grandes cifras del libro abierto, las abejas zumbaban en la ventana abierta y el verderón seguía trinando feliz en su árbol. Pero de pronto se abrió la puerta de la habitación y apareció un viejo fornido con mi batín de lunares. Se detuvo en el umbral de la puerta, y cuando me vio, se quitó las gafas de la nariz y me miró enfadado. Yo no estaba menos asustado, y salté sin decir palabra y me dirigí atravesando la puerta de la casa, hacia el huertecillo, donde casi se me enredan los pies en las malditas patateras que el viejo recaudador, siguiendo el consejo del portero, había plantado en lugar de mis flores. Todavía pude oír cómo salía de la casa y me gritaba furiosamente, pero yo ya había trepado por el muro del jardín y contemplaba con el corazón palpitante el parque del palacio.

Las flores exhalaban sus aromas, los pajarillos, cantaban jubilosamente y las glorietas y los senderos estaban vacíos, pero las copas doradas se inclinaban hacia mí mecidas por la brisa de la tarde, como si quisieran darme la bienvenida, y en la profundidad brillaba a veces el Danubio entre los árboles, llegando sus reflejos hasta mí.

De pronto escuché a alguien cantar a cierta distancia:

*La ruidosa alegría de los hombres enmudece,
la tierra murmura como en sueños
maravillosamente con todos los árboles,
lo que el corazón apenas recuerda,
viejos tiempos, dulce pena
y ligeros escalofríos se deslizan
relampagueando a través del pecho.*

La voz y la canción me sonaban extrañas, y sin embargo, también me eran tan conocidas como si las hubiera oído alguna vez en sueños. Reflexioné durante largo tiempo. «¡Es el señor Guido!», grité finalmente lleno de alegría y me introduje rápidamente en el jardín; era la misma canción que entonaba aquella, tarde de verano en el balcón de la posada italiana, cuando lo vi por última vez.

Seguía cantando, y yo salté por encima de los setos y los arrietes siguiendo el sonido de la canción. Cuando aparecí entre los últimos rosales, me detuve como hechizado. Pues en la verde plaza ante el estanque de los cisnes, bien iluminada por la luz rojiza del crepúsculo, estaba, sentada la noble señora con un magnífico vestido, y una corona de rosas blancas y rojas sobre el oscuro cabello, con los ojos dirigidos a un banco de piedra, y mientras entonaba la canción, jugaba con la fusta en el césped, como antaño sobre la canoa, cuando tuve que cantarle la canción de la hermosa señora. Frente a ella estaba sentada otra joven dama, que tenía su blanca y redondeada nuca llena: de rizos oscuros, y cantaba acompañándose a la guitarra, mientras que los cisnes nadaban lentamente haciendo círculos en el tranquilo estanque. Entonces, la dama levantó de pronto la vista y profirió un grito al verme. La otra dama se volvió rápidamente hacia mí, de tal manera que los rizos le cayeron sobre el rostro, y cuando me vio, rompió en una enorme carcajada y saltó del banco tocando palmas tres veces; en ese momento, una gran cantidad de jóvenes muchachas con cortos trajes blancos y lazos verdes apareció entre los rosales, en tal número que no podía comprender dónde podían haber estado escondidas. Llevaban una gran guirnalda de flores y rápidamente formaron un corro a mi alrededor y bailaron al son de una canción:

*Te traemos la corona virginal
con seda violeta,
te conduciremos al placer y a la danza,
y al nuevo goce nupcial.
Bella y verde corona virginal,
seda violeta.*

Era un fragmento de *El cazador furtivo*. Entre las pequeñas cantoras reconocí rápidamente a algunas, pues eran muchachas del pueblo. Les di pellizquitos en las mejillas, y me hubiera escapado con gusto del corro, pero los pequeños diablillos no me dejaban. En realidad no sabía lo que significaba todo aquello, así que permanecí en mi lugar totalmente atónito.

De pronto apareció, saliendo del follaje, un joven vestido con un elegante traje de caza. Casi no podía dar crédito a mis ojos, pues era el alegre señor Leonardo. Las pequeñas abrieron entonces el corro y se quedaron quietas, como hechizadas, todas inmóviles sobre una de sus piernecitas; la otra

la estiraron al aire y al mismo tiempo mantuvieron la guirnalda de flores con ambas manos en alto sobre sus cabezas. El señor Leonardo cogió por la mano a la noble señora, que seguía de pie y que solamente levantaba de vez en cuando la vista para mirarme, y la condujo hasta mí diciendo:

—El amor, en esto están de acuerdo todos los sabios, es una de las cualidades más valientes del corazón humano, que derriba los muros de rango y clase social con una sola de sus miradas; el mundo es para él demasiado estrecho y la eternidad demasiado corta. Sí, en realidad el amor es un abrigo de poeta que todo ser soñador se pone alguna vez en este frío mundo para dirigirse a la Arcadia. Y cuando dos enamorados, a quienes se separa, más se alejan el uno del otro, tanto más hincha el viento del viaje este manto brillante, tanto más se despliega este abrigo de forma más arriesgada y sorprendente, más y más crece este talar alargando los pasos de los amantes, de tal manera que un ser neutral no puede andar por el suelo sin pisar, por descuido, alguna de las colas de este abrigo. ¡Querido señor recaudador y novio! Aunque vos habéis llegado con este abrigo hasta las orillas del Tíber, la pequeña mano de vuestra actual prometida os sostenía bien cogido al final de la cola, y a pesar de vuestras sacudidas, vuestros toques de violín y vuestros alborotos, tuvisteis que regresar de nuevo al sendero apacible de sus hermosos ojos negros. Y ya que esto ha sucedido así, mis queridos y atolondrados amigos, cubrid vuestros hombros con esta capa de felicidad de tal manera que el mundo desaparezca enteramente ante vosotros, amaos como las liebres y sed dichosos.

Apenas había concluido el señor Leonardo con su discurso, cuando se me acercó la otra dama, que antes había cantado la breve cancioncilla, me puso una corona de mirtos frescos en la cabeza cantando al mismo tiempo muy burlona, mientras me sujetaba la corona en mis cabellos con su rostro muy próximo al mío:

*Por eso te aprecio,
por eso adorno tu cabera;
porque la música de tu violín
ha hechizado a menudo mi corazón.*

Luego retrocedió unos pasos.

—¿No reconoces a los bandidos que te hicieron caer de un árbol? —dijo ella haciendo ante mí una reverencia y mirándome de forma tan encantadora y alegre que mi corazón se sintió rebosante de júbilo.

Luego dio unas vueltas alrededor de mí sin esperar mi contestación.

—¡Es cierto, sigue siendo el mismo, sin ninguna influencia italiana! —le gritó de pronto a la bella y noble señora—. Violín, ropa blanca, navaja de afeitar, equipo de viaje, todo hecho un lío.

Me hacía dar vueltas a todos lados y no se podía contener de risa. La hermosa y noble señora seguía, mientras tanto, inmóvil y casi no podía abrir los ojos de vergüenza y confusión. A menudo me daba la sensación de que se sentía íntimamente ofendida por todas estas bromas y chanzas. Finalmente, las lágrimas afluyeron a sus ojos y ocultó su rostro en el regazo de la otra dama. Ésta la miró asombrada y la apretó cariñosamente contra su pecho.

Yo, sin embargo, seguí allí, completamente confuso. Pues cuanto más atentamente miraba a la señora desconocida, más claramente la reconocía, ¡y en verdad no era otra que el joven pintor Guido!

No sabía lo que tenía que hacer, y ya iba a decidirme a hacer algunas preguntas, cuando el señor Leonardo se dirigió hacia ella y le habló en voz baja.

—¿Es que no lo sabe todavía? —oí que preguntaba. Ella meneó la cabeza y él meditó un instante.

—No, no, tiene que saberlo inmediatamente todo, si no, se originarán de nuevo líos y enredos.

—Señor recaudador —dijo volviéndose hacia mí—, no tenemos ahora mucho tiempo, así que hazme el favor de asombrarte aquí de una vez por todas y a toda velocidad, para que luego con tus meneos de cabeza, tus preguntas y tus sorpresas no avives entre las gentes viejas historias y propagues invenciones y suposiciones.

Me arrastró, tras decir estas palabras, dentro del follaje, al tiempo que la señorita trenzaba molinetes en el aire con la fusta que la hermosa señora había abandonado, mientras que sus cabellos le cubrían la cara, a través de los cuales se veía su rostro sonrojado como una amapola.

—Y bien —dijo el señor Leonardo—, la señorita Flora, que está aquí haciendo como si no supiera nada de la historia, había intercambiado con alguien de forma veloz su corazoncito. Entre tanto llegó otro que, con prólogos, trompetas y platillos le ofreció su corazón y le pidió a cambio el suyo. Su corazón era, sin embargo, de alguien y el corazón de ese alguien era suyo, y éste no quería volver a tomar su corazón ni tampoco devolver el suyo. Todo el mundo lanza exclamaciones. A propósito, ¿es que nunca has leído una novela?

—No —contesté.

—Bueno, pues desde luego has representado tu papel en una de ellas. Resumiendo, esta confusión sentimental con los corazones hizo que alguien, es decir, yo mismo me viera obligado a entrar en acción. En una tibia noche veraniega me subí a caballo, monté sobre otro a la señorita disfrazada de pintor Guido y así partimos hacia el sur, para esconderla en uno de mis solitarios palacios italianos, hasta que hubiera pasado todo el escándalo sobre esta historia de corazones. Pero en el camino descubrieron nuestra pista, y en el balcón de la posada italiana, ante la que tú montabas tan celosamente guardia durmiendo, Flora vio de pronto a nuestros perseguidores.

—¿El señor jorobado?

—Sí, era un espía. Así pues, nos deslizamos silenciosamente en los bosques y te dejamos hacer solo el camino que habíamos proyectado ya en la posta. Esto confundió a nuestros perseguidores, y también a la gente del palacio en la montaña, que esperaban minuto a minuto ver llegar a la disfrazada Flora y que, con más celo que perspicacia, creyeron que eras ella. Incluso aquí en el palacio se pensaba que Flora vivía en las rocosas montañas. Se informaron y la escribieron, ¿o es que no has recibido la carta?

Al oír estas palabras saqué inmediatamente el billete del bolsillo.

—Entonces, ¿esta carta está dirigida a mí? —dijo la señorita Flora, que anteriormente no parecía prestar la más mínima atención a nuestra conversación; me arrancó el billete de la mano y se lo escondió en el regazo.

—Y bien —dijo el señor Leonardo— tenemos que ir apresuradamente al palacio, todos están esperándonos. Y al final de todo esto, sucede lo propio de una novela: hallazgo, arrepentimiento, reconciliación, todos estamos de nuevo alegres y pasado mañana celebraremos la boda.

Cuando todavía estaba hablando, se originó de pronto en el follaje un espectáculo de ruidos de bombos y trompetas, de trompas y trombones; se lanzaban salvas y se decían vivas, las pequeñas muchachas volvían a bailar y de todos los matorrales salían cabecitas, como si crecieran en la hierba. Entre todo este escándalo y alboroto yo daba saltos yendo de un lado a otro, pero cuando se fue haciendo de noche fui reconociendo poco a poco los viejos rostros. El viejo jardinero tocaba el bombo, los estudiantes de Praga con sus capas soplaban sus instrumentos; junto a ellos, el portero

movía sus dedos en el fagot como si hubiera enloquecido. Cuando le divisé de forma tan inesperada, me dirigí precipitadamente hacia él y lo abracé con todas mis fuerzas. En ese momento perdió el hilo de la música.

—Y en realidad, aunque vaya hasta el fin de mundo, es y seguirá siendo un loco —les gritó a los estudiantes, y siguió soplando con todas sus fuerzas.

Mientras tanto, la hermosa y noble señora se había ido apartando secretamente del alboroto y huyó como un ciervo espantado hasta el interior del jardín. Me di cuenta a tiempo y corrí presuroso tras ella. Los músicos, enfrascados en su trabajo, no advirtieron mi ausencia, y pensando que habíamos partido hacia el palacio, toda la banda se puso en marcha hacia allí al son de la música y con gran tumulto.

Pero nosotros habíamos llegado casi al mismo tiempo a un pabellón de verano que estaba en la ladera del parque, y que tenía las ventanas abiertas en dirección al amplio y profundo valle. El sol se había puesto hacía ya mucho tiempo tras los montes; solamente un vapor rojizo brillaba en aquella tarde llena de ecos, en la que de pronto surgía con mayor potencia el rumor del Danubio a medida que volvía a reinar el silencio. Miré sin recato a la bella condesa, que estaba acalorada por la carrera muy cerca de mí, de tal manera que podía oír cómo latía su corazón. Sin embargo, no sabía qué decir dada la vergüenza que me daba encontrarme de pronto a solas con ella. Finalmente, me armé de valor y cogí su pequeña y blanca mano; de pronto, ella me atrajo vivamente hacía sí, se colgó de mi cuello y yo la rodeé fuertemente con mis brazos. Pero ella se libró bruscamente de mi abrazo y se asomó confusa a la ventana para refrescar con la brisa vespertina sus acaloradas mejillas.

—¡Ay! —exclamé—. Parece que mi corazón se va a hacer pedazos, pero no sé todavía qué pensar, todo esto me parece un sueño.

—A mí me sucede lo mismo —dijo la bella y noble señora—. Cuando el verano pasado —continuó después de un rato—, regresaba con la condesa de Roma y habíamos encontrado a la señorita Flora y la traíamos con nosotros, y no sabía nada de ti ni allí ni acá, no pensé nunca que esto pudiera suceder. Solamente hoy el jinete, un valiente y ágil muchacho, llegó corriendo a mediodía al patio y trajo la noticia de que venías en el barco de postas.

Entonces esbozó una apacible sonrisa.

—¿Te acuerdas todavía —dijo— cuándo fue la última vez que me viste en el balcón? Era precisamente un día como hoy, una tarde serena con músicos en el jardín.

—Pero ¿quién se ha muerto en realidad? —pregunté con ansiedad.

—¿Quién, pues? —dijo la hermosa dama mirándome asombrada.

—El señor esposo de vuestra excelencia —repuse—. Aquel que en esa noche estaba a vuestro lado en el balcón —ella se sonrojó.

—¡Pero qué cosas más extrañas tienes en la cabeza! —exclamó ella—. Ése era el hijo de la condesa, que regresaba de un viaje y llegó precisamente el día de mi cumpleaños; por eso me sacó al balcón, para que yo fuera vitoreada también. ¿Y por eso te marchaste entonces?

—¡Ay, Dios mío! ¡Pues claro! —y me di un golpe en la frente.

Ella movió la cabeza y soltó una gran carcajada.

Me sentía tan bien mientras ella hablaba, tan feliz y confiada a mi lado, que hubiera podido escucharla hasta el amanecer. Me sentí verdaderamente dichoso, y le ofrecí, sacándolas de mi bolsillo, un puñado de almendras que había traído de Italia. Cogió algunas y las partimos, contemplando dichosos el silencioso paisaje.

—¿Ves? —dijo al cabo de un rato—. El palacete blanco que brilla allí a la luz de la luna nos lo ha regalado el conde, junto al jardín y los viñedos; allí viviremos. Él sabía desde hacía tiempo que nos amábamos, y además te aprecia, pues si no te hubiera tenido a su alcance cuando raptó a la señorita del pensionado, los hubieran alcanzado antes de que se hubieran reconciliado con la condesa, y todo hubiera sucedido de manera diferente.

—¡Por Dios, hermosa y noble señora! Ya no sé dónde tengo la cabeza con tantas novedades inesperadas; así pues, ¿el señor Leonardo...?

—Sí —me dijo interrumpiéndome—. Así se hacía llamar en Italia; a él le pertenecen todos los señoríos de allí enfrente, y él se casa con la hermosa hija de la condesa, la bella Flora. Y tú, ¿por qué me llamas condesa?

La miré muy asombrado.

—Yo no soy ninguna condesa —prosiguió—. Nuestra noble condesa me acogió en el palacio, ya que mi tío, el portero, me trajo de pequeña y como pobre huérfana al mismo.

¡En ese momento se me quitó un gran peso de encima!

—¡Que Dios bendiga al portero —contesté entusiasmado—, que es nuestro tío! Siempre le he tenido una gran consideración.

—Él también te tiene una gran simpatía —contestó ella—. Solamente debes comportarte de forma algo más correcta, dice él siempre. Desde ahora te tienes que vestir más elegantemente.

—¡Oh! —exclamé lleno de alegría—. Frac inglés, sombrero de paja, bombachos y espuelas, e inmediatamente después de la boda nos vamos a Italia, a Roma; allí corren hermosas fuentes, y nos llevaremos con nosotros a los estudiantes de Praga y al portero.

Se rió regocijada, mirándome complacida y alegre, y desde lejos resonaban la música, y los cohetes disparados en el castillo volaban en la apacible noche por los jardines, y los murmullos del Danubio ascendían hasta nosotros; ¡y todo, todo era hermoso!

LENZ

EL 20, Lenz pasó por la sierra. Cumbres y altas laderas cubiertas de nieve, abajo, en los valles, piedra gris, espacios verdes, rocas y abetos.

Hacía un frío húmedo, el agua escurría lentamente por las rocas y saltaba al camino. Las ramas de los abetos se doblaban por el peso en el aire saturado. Nubes grises recorrían el cielo, pero todo tan denso, y, luego, la niebla se evaporaba y al subir, pesada y húmeda, rozaba los arbustos, tan lenta, tan torpe.

Él continuó con indiferencia, no le interesaba el camino, ya subiera, ya bajara. No sentía cansancio, sólo le desagradaba a veces no poder caminar cabeza abajo.

Al principio sentía una opresión en el pecho cuando las piedras saltaban de golpe, el bosque gris se agitaba bajo sus pies y la niebla, ora devoraba las formas, ora dejaba medio al descubierto aquellas inmensas figuras. Sentía una opresión, iba en busca de algo, como de sueños perdidos, pero no encontraba nada. Todo le parecía tan pequeño, tan próximo a él, tan mojado, hubiera querido poner la tierra junto a la estufa, no comprendía que necesitara tanto tiempo para bajar la pendiente, para llegar a un punto lejano. Pensaba que tenía que alcanzar todo con unos cuantos pasos. Sólo a veces, cuando la tormenta lanzaba las nubes a los valles y la bruma se elevaba en el bosque y las voces despertaban en las rocas, a veces como truenos resonando a lo lejos, y luego acercándose con violentos bramidos, con acentos que parecían querer cantar a la tierra con salvaje júbilo, y las nubes se acercaban al galope, como corceles de salvaje relincho, y los rayos del sol se abrían camino y llegaban, y pasaban su refulgente espada por el paisaje nevado de tal modo que una luz clara y cegadora, por encima de las cumbres, penetraba en los valles; o cuando la tormenta empujaba las nubes hacia abajo, abriendo en ellas un lago claro y azul, y luego cesaba poco a poco el viento y de la profundidad de los barrancos, de las copas de los abetos subía el susurro de una canción de cuna, de un repicar de campanas, y por el azul oscuro iba subiendo un rojo suave, y pequeñas nubecillas cruzaban el cielo con alas de plata, y todas las cumbres de los montes, nítidas e inmóviles, brillaban y relampagueaban en la inmensidad del paisaje: sentía entonces un desgarró en el pecho, se detenía jadeante, el cuerpo doblado hacia delante, ojos y boca desmesuradamente abiertos, pensaba tener que aspirar la tormenta, dar cabida en él a todo, se tendía y yacía recubriendo la tierra, se confundía con el universo, era un placer que le causaba dolor; o bien se detenía silencioso y ponía la cabeza en el musgo cerrando a medias los ojos, y luego todo se alejaba de él, la tierra se le escapaba bajo los pies, se volvía tan pequeña como una estrella fugaz, sumergiéndose en una impetuosa corriente cuyas claras aguas fluían por debajo de él. Mas eran sólo instantes, y luego se incorporaba sereno, firme, tranquilo, como si hubiera pasado ante sus ojos un juego de sombras, no recordaba nada.

Hacia la tarde llegó a la parte más alta de la montaña, a un nevero desde el cual se volvía a descender a la llanura, por el oeste, y se sentó allí arriba. Con el ocaso había llegado la calma; las nubes estaban en el cielo fijas e inmóviles, en lo que abarcaba la vista, sólo cumbres de donde arrancaban vastas laderas, y todo tan silencioso, gris, crepuscular; se sintió horriblemente aislado, estaba solo, completamente solo, quería hablar consigo mismo pero no podía, apenas osaba respirar,

el movimiento del pie resonaba debajo como un trueno, tuvo que sentarse; le invadió una angustia infinita en aquella nada, estaba en el vacío, se levantó de un salto y bajó corriendo la pendiente.

Había caído la noche, el cielo y la tierra eran una unidad. Era como si algo le persiguiera y como si algo espantoso tuviera que darle alcance, algo que los hombres no pueden soportar, como si la demencia le diera caza al galope.

Oyó por fin voces, vio luces, se sintió aliviado, le dijeron que tardaría media hora en llegar a Waldbach. Atravesó la aldea, las luces brillaban a través de las ventanas, miraba al interior al pasar, niños sentados a la mesa, viejas, muchachas jóvenes, todo en calma, rostros callados, le parecía como si la luz tuviera que emanar de ellos, sintió alivio, pronto estuvo en Waldbach en la casa del párroco.

Estaban sentados a la mesa, él entró; los rizos rubios le caían en torno al pálido rostro, sentía un temblor en los ojos y alrededor de la boca, su ropa estaba destrozada.

Oberlin le dio la bienvenida, le tomaba por un artesano.

—¡Bienvenido sea a mi casa, aunque no le conozca!

—Soy un amigo de *** y le traigo saludos suyos.

—¿Cómo se llama usted, por favor?

—Lenz.

—¡Hola, hola! ¿No he visto ese nombre impreso? ¿No he leído yo algunos dramas atribuidos a un caballero de ese nombre?

—Sí, pero le agradecería que no me juzgara por ellos.

Siguieron hablando, él buscaba las palabras y contaba apresuradamente, pero sufriendo torturas; poco a poco se tranquilizó; aquella sala acogedora y los rostros silenciosos que emergían de las sombras, el límpido rostro infantil sobre el que parecía descansar toda la luz y que miraba curioso, confiado, hasta la madre, que, como un ángel, estaba allí detrás, silenciosa, en la sombra. Él comenzó a hablar de su tierra; dibujaba toda suerte de trajes regionales, todos se apiñaban llenos de interés en torno a él, se sintió en casa en seguida, su pálido rostro infantil que ahora sonreía, la vivacidad al hablar; se tranquilizó, era como si de nuevo emergieran de las sombras viejas figuras, rostros olvidados, viejas canciones se despertaban, él estaba lejos, muy lejos.

Por fin fue hora de marcharse, le llevaron al otro lado de la calle, la casa del párroco era muy pequeña, le dieron una habitación en la escuela. Subió la escalera, arriba hacía frío, un aposento amplio, vacío, al fondo un elevado lecho, puso la luz en la mesa y daba vueltas por la habitación, reflexionaba sobre aquel día, cómo había llegado allí, dónde estaba, la sala en casa del párroco, con sus luces y sus rostros amables, era como una sombra, un sueño, y se sintió vacío, otra vez como allá arriba en la montaña, pero el vacío no podía llenarlo con nada, la luz se había extinguido, las tinieblas habían devorado todo; le invadió una angustia indecible, se puso en pie de un salto, corrió por la habitación, bajó la escalera, salió de la casa; pero en vano, le venían ideas dispersas, él las retenía, era como si tuviera que decir siempre: «Padre Nuestro»; no podía volver a encontrarse, un oscuro instinto le impulsaba a salvarse, se daba contra las piedras, se desgarraba con las uñas, el dolor comenzó a devolverle la conciencia, se tiró a la fuente pero el agua no era profunda, chapoteó en ella.

Vino entonces gente, le habían oído, le llamaban. Oberlin vino corriendo; Lenz había vuelto en sí, toda la conciencia de su situación, sintió alivio otra vez, ahora se avergonzaba y estaba contristado por haber asustado a aquellas buenas gentes, les dijo que estaba acostumbrado a bañarse en agua fría, y volvió a subir. El agotamiento, por fin, le trajo el descanso.

Al día siguiente todo marchó bien. Con Oberlin a caballo por el valle; vastas superficies montañosas que se iban reduciendo desde la altura hasta formar un angosto y sinuoso valle, que serpenteaba otra vez montes arriba, en múltiples direcciones, grandes masas rocosas que se extendían hacia abajo; poco bosque, pero todo con un austero carácter gris; por el oeste, una panorámica de la comarca y de la cadena montañosa que se extendía en línea recta hacia el sur y el norte, y cuyas cumbres majestuosas, serias o silenciosamente calladas, aparecían como un sueño crepuscular. Masas inmensas de luz que a veces se elevaban desde los valles como un raudal de oro, luego otra vez nubes que se posaban en la cumbre más elevada y que luego descendían lentamente por el bosque hasta el fondo del valle, o bien, flotando como un tejido de plata, bajaban y subían con los destellos del sol; ningún ruido, ningún movimiento, ningún pájaro, nada más que el soplo del viento, ora cercano, ora lejano. También aparecían puntos, esqueletos de cabañas, tablas recubiertas de paja, de severo color negro. Las gentes, graves y silenciosas, como si no se atrevieran a destruir la paz de su valle, saludaban quedamente al pasar en sus cabalgaduras.

Había vida en las cabañas, todos se apiñaban en torno a Oberlin, él reprendía, aconsejaba, consolaba; por doquiera, miradas confiadas, oraciones. Las gentes contaban sueños, premoniciones. Después, se pasaba rápidamente a la vida práctica, abrir caminos, cavar canales, visitar escuelas.

Oberlin era incansable, Lenz le acompañaba todo el tiempo, ora conversando, ora colaborando en las actividades, ora ensimismado en la naturaleza. Todo le producía un efecto bienhechor y le procuraba sosiego, muchas veces tenía que mirar a los ojos a Oberlin, y la solemne quietud que bajo la impresión de la naturaleza en calma nos invade en la profundidad de los bosques, en las noches de verano bañadas por el resplandor de la luna, le pareció aún más próxima en aquellos ojos tranquilos, en aquel grave y venerable rostro. Él era tímido pero hacía observaciones, hablaba, a Oberlin le agradaba sobremanera su conversación y se complacía extraordinariamente en el delicado rostro infantil de Lenz.

Pero sólo podía soportarlo mientras permanecía la luz en el valle; al anochecer le sobrevenía una extraña angustia, hubiera querido correr detrás del sol; según iban cubriéndose de sombras las cosas, todo le parecía como un sueño, todo tan adverso, le invadía el miedo como a los niños que duermen en la oscuridad; se sentía como si estuviera ciego, el miedo aumentaba ahora, la pesadilla de la locura se posaba a sus pies, la desesperada idea de que todo era un sueño se abría ante él; se agarraba a todos los objetos, figuras pasaban ante él, y se apretaba contra ellas, eran sombras, la vida se apartaba de él y sus miembros estaban completamente rígidos. Hablaba, cantaba, recitaba pasajes de Shakespeare, acudía a todo lo que normalmente hacía fluir más velozmente su sangre, todo lo intentaba, pero frío, frío. Tenía entonces que salir al aire libre; la poca luz dispersa en la noche, cuando sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, le hacía bien, se sumergía en la fuente, el cortante efecto del agua le hacía bien, tenía también la secreta esperanza de caer enfermo, ahora se bañaba haciendo menos ruido.

Sin embargo, a medida que se iba acostumbrando a aquella vida, se volvía más tranquilo, ayudaba a Oberlin, dibujaba, leía la Biblia; viejas y pasadas esperanzas despertaban en él; así vino a encontrar allí el Nuevo Testamento, y una mañana salió. Cuando Oberlin le contó que una mano incontenible lo había detenido en el puente, que en las cumbres un resplandor había cegado sus ojos, que había oído una voz que habló de noche con él, y que Dios había entrado tan totalmente en él, que, como un niño, sacó sus guijarros del bolsillo para echar a suerte sobre lo que debía hacer, esa fe, ese cielo eterno en la vida, ese estar en Dios, sólo entonces se le abrió el sentido de la Sagrada Escritura. ¡Cómo se

acercaba la naturaleza a las gentes, todo en misterios celestiales!; pero no con violencia y majestad, sino hasta con familiaridad.

Salió por la mañana, aquella noche había nevado, en el valle lucía el sol, pero el campo estaba cubierto a medias por la niebla. Pronto se apartó del camino y ascendió por una suave pendiente, ya sin huellas de pasos, junto a un bosque de abetos, el sol cortaba cristales, la nieve era ligera y blanda, aquí y allá, en la nieve, leves huellas de corzos que se perdían monte arriba. No había movimiento alguno en el aire, salvo el susurro de un pájaro que se sacudía delicadamente los copos de la cola. Todo tan callado, y los árboles por doquier, con plumas blancas que temblaban en el aire azul oscuro. Poco a poco se sintió tranquilo y seguro, las inmensas, monótonas superficies y líneas que a veces tenía la impresión de que le hablaban con formidables acentos, ahora estaban ocultas, le invadió una agradable sensación de Navidad, pensaba a veces que su madre aparecería detrás de un árbol, alta, y le diría que todo aquello era un regalo suyo; al hacer el descenso, vio que en torno a su sombra se posaba un arco iris de rayos, le pareció que algo le tocaba la frente, aquel ser le habló. Llegó abajo.

Oberlin estaba en la sala, Lenz se acercó a él alegremente y le dijo que le gustaría predicar un día.

—¿Es usted teólogo?

—¡Sí!

—Bueno, el domingo próximo.

Lenz se fue contento a su cuarto, pensaba en un texto para el sermón y se abandonó a la meditación y sus noches fueron más tranquilas. Llegó el domingo, se había presentado el deshielo. Nubes que pasaban, entreveradas de azul, la iglesia estaba al lado, sobre una eminencia en la ladera del monte, alrededor el cementerio. Lenz ya estaba arriba cuando sonó la campana y los fieles iban llegando de todas las direcciones, subiendo y bajando por los angostos senderos entre las rocas, las mujeres y las doncellas con sus severos trajes negros, el pañuelo blanco doblado sobre el libro de rezos y en la mano la rama de romero. Un rayo de sol iluminaba a veces el valle, el aire tibio empezaba a agitarse, el campo estaba inundado de fragancias, campanas lejanas, era como si todo se diluyera en una ola de armonía.

En el pequeño cementerio la nieve se había deshecho, musgo oscuro bajo las cruces negras, un rosal tardío se reclinaba en el muro, flores tardías asomando por el musgo, a veces sol, después sombras otra vez. Empezó el servicio, las voces humanas se unían en puro y límpido sonido, una impresión como si se contemplaran las claras y cristalinas aguas de la montaña. Expiraron los cánticos, Lenz hablaba, era tímido, con la música habían cesado los espasmos, ahora despertaba todo su dolor y se posaba en su corazón. Le invadió una dulce sensación de infinito bienestar. Hablaba a las gentes con palabras sencillas, todos sufrían con él, y era un consuelo para él procurar el sueño a algunos ojos cansados de llorar, y paz a los atormentados corazones, poder llegar más allá de esa existencia atormentada por las necesidades materiales y dirigir aquellos sordos sufrimientos hacia el cielo. Al concluir se sentía más dueño de sí mismo, y entonces empezaron de nuevo los cánticos:

*Brote en mí el santo dolor,
honda fuente, con rigor.
Sea el sufrir mi beneficio
sea el sufrir divino oficio.*

Aquel desgarramiento dentro de él, la música, el dolor, le conmovieron hondamente. El universo

estaba ante él en carne viva y le causaba un profundo e indecible dolor. Ahora otro ser se inclinaba sobre él, temblorosos y divinos labios que se bañaban en sus propios labios; subió a su solitario aposento. ¡Estaba solo, solo! Fluyó entonces la fuente, torrentes manaron de sus ojos, sus miembros se contrajeron, era como si fuese a disolverse, el placer era infinito, por fin llegó a él la noche, sintió en él una suave y honda compasión, se lloró a sí mismo, hundió la cabeza en el pecho, se durmió, la luna llena brillaba en el cielo, los rizos le caían por las sienes y el rostro, lágrimas bañaban las pestañas y se secaban en las mejillas, así yacía ahora, solo, y todo estaba silencioso y tranquilo y frío, y la luna brillaba toda la noche arriba, sobre los montes.

A la mañana siguiente bajó y le contó a Oberlin con toda calma que aquella noche se le había aparecido su madre: había salido del oscuro muro del cementerio, vestida de blanco, con una rosa blanca y una rosa roja prendidas del pecho; luego se había hundido en un rincón y las rosas crecieron poco a poco sobre ella, de seguro estaba muerta; y él estaba muy tranquilo sobre ese punto. Oberlin le respondió que cuando su padre murió, él se hallaba solo en el campo y oyó una voz y supo entonces que su padre había muerto, y cuando regresó a casa, así era, en efecto. Esto los llevó más lejos, Oberlin habló de las gentes de la montaña, de doncellas que percibían el agua y el metal bajo la tierra, de hombres que se sentían atacados en ciertas cumbres y que luchaban con un espíritu. Le dijo también que una vez, cuando contemplaba el agua clara y profunda de la montaña, había estado sumido en una especie de sonambulismo. Lenz dijo que el espíritu del agua se había posado sobre él, que había sentido entonces algo de su propio ser. Y continuó: la más simple, la más pura naturaleza está en la más directa relación con la naturaleza elemental, cuanto mayor es la sutileza y la espiritualidad con que el hombre siente y vive las cosas, tanto más embotado está ese sentido elemental; él no lo tenía por un estado muy elevado, pues no era lo bastante independiente, pero pensaba que debía de causar una infinita sensación de bienestar sentirse tocado por la vida propia de cada forma; identificarse con piedras, metales, agua y plantas; absorber, como en sueños, cada uno de los seres de la naturaleza, del mismo modo que las flores absorben el aire a medida que crece o mengua la luna.

Y continuó haciendo hablar a su propio ser: en todo había una inefable armonía, una tonalidad, una beatitud que en las formas más elevadas se exteriorizaba con más órganos, resonaba, aprehendía, siendo en cambio también más hondamente afectada, del mismo modo que en las formas elementales todo era más reducido, limitado, pero la paz, en cambio, mayor. Él proseguía con esta materia. Oberlin le interrumpió, aquello le alejaba demasiado de su sencilla manera de ser. En otra ocasión, Oberlin le mostró unas tablillas de colores y le explicó detalladamente las relaciones de cada color con el hombre, y sacó doce apóstoles, cada uno de los cuales estaba representado por un color. Lenz captó aquello y continuó cavilando, recayó en angustiosos sueños y, como Stilling, comenzó a leer el Apocalipsis, y leía mucho la Biblia.

Por aquel tiempo, llegó a Steintal Kaufmann con su prometida. Para Lenz el encuentro fue desagradable al principio, él se había refugiado en aquel tranquilo rincón, ese poquito de paz era tan precioso para él y ahora le salía al encuentro alguien que le recordaba tantas cosas, alguien con quien él tenía que hablar, conversar, que conocía su situación. Oberlin no sabía nada de sus cosas, él le había acogido, cuidado, le veía como un caso providencial, Dios le había enviado a aquel hombre infortunado y él le amaba tiernamente. Por otra parte, ya nadie podía prescindir de su presencia; era uno de ellos, como si viviera allí desde hacía largo tiempo, y nadie preguntaba de dónde había venido y a dónde iba.

Durante la comida, Lenz estaba otra vez de buen ánimo, se habló de literatura, él se hallaba en su terreno; empezaba entonces el período idealista, Kaufmann era partidario de esa corriente, Lenz se oponía violentamente a ella. Decía: los escritores que pasan por saber reproducir la realidad, tampoco la conocen y sin embargo son más soportables que los que quieren transfigurar esa realidad. Decía: Dios ha hecho el mundo, ciertamente, tal y como debe ser, y nosotros no vamos a intentar mejorarlo poniendo remiendos, nuestra única aspiración será, ciertamente, imitarlo un poco. Yo exijo vida en todo, posibilidad de existir, y entonces está bien; no nos compete preguntar si es hermoso o feo, la sensación de que lo que se ha creado tiene vida está por encima de esos otros dos aspectos y es el único criterio en materia de arte. Un criterio, por cierto, que nos sale al encuentro raras veces, lo hallamos en Shakespeare, y en las canciones populares se nos presenta en su totalidad, en Goethe a veces. Todo el resto se puede arrojar al fuego. Esas gentes ni siquiera saben dibujar la caseta de un perro. Ellos quieren crear personajes idealistas pero todo lo que yo he visto son monigotes de madera. Ese idealismo es el más ignominioso desprecio de la naturaleza humana. Que se haga la prueba, que alguien se sumerja en la vida del ser más humilde y que lo reproduzca con las convulsiones, las insinuaciones, con todo el sutil y apenas perceptible juego mímico; él lo había intentado en *El preceptor* y en *Los soldados*. No hay gente más prosaica bajo el sol; pero la vena del sentimiento es igual en casi todos los hombres, únicamente la envoltura que tiene que traspasar es más o menos densa. Sólo hay que tener ojos para ver y oídos para oír. Ayer, cuando subía por el valle, vi a dos muchachas sentadas en una peña, una de ellas estaba recogiendo el cabello, la otra la ayudaba, y la dorada cabellera caía, y un rostro serio y pálido, y sin embargo tan joven, y el vestido negro y la otra tan solícita y diligente. Las más bellas y entrañables imágenes de la antigua escuela alemana no dan sino una idea muy escasa. Uno quisiera ser a veces cabeza de Medusa para transformar en piedra un grupo así y llamar a las gentes. Las muchachas se levantaron, el bello grupo estaba disuelto; pero cuando bajaban entre las rocas ya formaban un cuadro diferente.

Las más bellas imágenes, los sonidos más armoniosos, se agrupan, se deshacen. Sólo una cosa permanece, una belleza infinita que pasa de una forma a otra, eternamente desplegada, cambiante, pero ciertamente no se la puede retener siempre y exhibirla en museos y ponerla en música, y luego llamar a viejos y jóvenes y hacer que niños y ancianos se deleiten y charlen sobre ella. Hay que amar a la humanidad para penetrar en el ser propio de cada uno, a nadie debemos tener por demasiado humilde, por demasiado feo, sólo entonces podremos comprenderlos; el rostro más insignificante causa una impresión más honda que la mera sensación de lo bello, y es posible hacer salir a las formas de sí mismas sin introducir en ellas nada copiado del exterior, donde no se siente vibrar ni palpar ninguna vida, ningún músculo, ningún pulso.

Kaufmann objetó que en la vida real él no encontraría los modelos para un Apolo de Belvedere o una Madonna de Rafael.

—¡Qué importa! —replicó él—, he de confesar que yo me siento muy muerto ante esas obras; cuando trabajo en mí mismo, quizá pueda sentir también algo, pero lo mejor lo pongo yo. El poeta y el artista que yo prefiero es el que me da la naturaleza del modo más real, de suerte que yo, ante su creación, sienta algo, todo lo demás me hastía. Prefiero la pintura holandesa a los italianos, ellos son también los únicos aprehensibles; yo sólo conozco dos cuadros, ambos de artistas holandeses, que me hayan causado una impresión como el Nuevo Testamento; uno es, no sé su autor, *Cristo y los discípulos de Emaús*. Cuando se lee cómo salieron los discípulos, está ya toda la naturaleza en esas pocas palabras. Es una tarde gris, crepuscular, una raya uniforme y roja en el horizonte, el camino va

cubriéndose de sombras, se acerca a ellos un desconocido, hablan, él parte el pan; ahí le reconocen de manera sencilla y humana; y las facciones divinas y sufrientes les hablan con claridad, y ellos se asustan, pues ha oscurecido y les invade una sensación misteriosa, pero no es el terror que produce un espectro; es como si un muerto querido, con su manera de siempre, se nos acercara en el crepúsculo; así es el cuadro, de tonos uniformes y pardos, con la tarde triste y callada. Luego otro. Una mujer está sentada en su aposento, el libro de oraciones en la mano. Ha tenido lugar la limpieza dominical, se ha esparcido arena por el suelo, todo tan acogedor, limpio, cálido. La mujer no ha podido ir a la iglesia y hace la meditación en casa, la mujer está sentada, vuelta hacia la ventana abierta; y es como si entraran volando a través de la ventana, cruzando la extensa llanura, los sonidos de la campana de la aldea y como si se oyeran los cánticos de los fieles en la cercana iglesia, y la mujer está leyendo esos cánticos en el libro.

Continuó hablando de esa manera, le escuchaban con atención, en muchas cosas tenía razón, había enrojecido hablando, y ya sonriendo, ya con expresión grave, sacudía los rubios rizos. Estaba completamente ensimismado.

Después de la comida, Kaufmann le tomó aparte. Había recibido cartas del padre de Lenz, su hijo tenía que regresar a casa y ayudarle. Kaufmann le dijo que allí estaba malgastando y dejando pasar inútilmente su vida, que debía fijarse una meta, y otras cosas del mismo género. Lenz le increpó:

—¿De aquí, marcharme de aquí? ¿A casa? ¿Volverme loco allí? Tú sabes que yo no puedo soportar otro lugar que esta comarca; si no pudiera ir de vez en cuando a un monte y ver el paisaje, y luego bajar otra vez a la casa, atravesar el jardín y mirar por la ventana al interior: ¡me volvería loco, loco! ¡Dejadme en paz! Sólo un poco de paz, ahora que me siento algo mejor. ¿Marcharme? No lo comprendo, con esas dos palabras el mundo está echado a perder. Todos necesitamos algo; si podemos descansar, ¡qué más necesitamos! Siempre subir, luchar, y desechar así, por los siglos de los siglos, todo lo que da el instante, y vivir siempre miserablemente, para disfrutar una sola vez. Tener sed, mientras uno ve claras fuentes manando en el camino. Ahora soporto la vida y aquí quiero quedarme; ¿por qué, por qué? Justamente por eso, porque estoy bien; ¿qué quiere mi padre? ¿Qué puede darme él...? ¡Imposible! ¡Dejadme en paz!

Se había ido excitando, Kaufmann se marchó, Lenz estaba contrariado.

Al día siguiente, Kaufmann quiso salir de viaje y persuadió a Oberlin para que le acompañara a Suiza. El deseo de conocer personalmente a Lavater, a quien ya trataba por carta, le decidió. Aceptó. Hubo que esperar un día más, por los preparativos. Para Lenz eso fue un duro golpe; con el fin de librarse de su inmensa tortura se aferraba angustiosamente a todo; en ciertos momentos sentía en lo hondo que todo lo amoldaba a su propia voluntad; se trataba a sí mismo como se trata a un niño enfermo; de ciertas ideas, de intensos sentimientos sólo se liberaba con la mayor congoja, y luego otra vez le acometía todo con enorme violencia, temblaba, casi se le erizaba el pelo, hasta que se agotaba en la más monstruosa tensión. Se salvaba con una figura que siempre flotaba delante de él, y con Oberlin; sus palabras, su rostro, le hacían un bien inmenso. Por eso esperaba angustiado su partida.

A Lenz le desazonaba quedarse ahora solo en casa. El tiempo era apacible y decidió acompañar a Oberlin a la montaña. En la otra vertiente, donde los valles desembocan en la llanura, se separaron. Lenz emprendió solo el camino de vuelta. Recorrió la sierra en diferentes direcciones, vastas extensiones descendían hasta los valles, poco bosque, sólo grandiosos contornos y más lejos la vasta llanura, humeante, en el aire un fuerte viento, por ninguna parte huellas humanas, sólo aquí y allá,

reclinada en la ladera, una cabaña abandonada, donde los pastores pasaban el verano. Se calmó, acaso medio soñando, ante él todo se fundía en una línea, como una ola que subía y bajaba, entre cielo y tierra, era como si estuviera tendido a la orilla de un mar infinito, que ondeaba silenciosamente. A veces se sentaba, luego andaba otra vez, pero lentamente, soñando. No buscaba ningún camino.

Era noche cerrada cuando llegó a una cabaña habitada, en la vertiente que da a Steintal. La puerta estaba cerrada, fue a la ventana, de la que salía un ligero resplandor. Una lámpara iluminaba casi únicamente un punto, su luz caía sobre el pálido rostro de una joven que con los ojos entreabiertos, moviendo los labios imperceptiblemente, reposaba allí detrás. Más al fondo, en la oscuridad, estaba sentada una vieja que cantaba con voz cascada, en la mano el libro de cánticos. Lenz golpeó largo tiempo hasta que ella abrió; era medio sorda, sirvió a Lenz algo de comer y le llevó a un camastro, todo sin interrumpir su cántico. La joven no se había movido. Algún tiempo después entró un hombre, era largo y enjuto, indicios de canas, el rostro inquieto, alterado. Se acercó a la muchacha, ella tuvo un sobresalto y perdió la quietud. Él cogió unas hierbas secas de la pared y le puso las hojas en la mano, ella se tranquilizó y canturreó palabras inteligibles que modulaba lenta y distintamente. Él contó que había oído una voz en la montaña y que después había visto brillar los relámpagos por encima de los valles y que algo también le había agarrado y él había luchado con aquello como Jacob. Se postró en tierra y oró fervorosamente con voz queda, mientras la enferma cantaba en modulaciones que se prolongaban lentamente y se iban extinguiendo poco a poco. Luego él se entregó al reposo.

Soñando, Lenz se quedó traspuesto y, dormido, oía el ruido del reloj. A la vez que el suave cantar de la muchacha y de la voz de la anciana, resonaba el silbido del viento, ora más cerca, ora más lejos, y la luna, a veces con toda su luz, a veces cubierta de nubes, arrojaba, como en un sueño, sus cambiantes reflejos en la habitación. En una ocasión la muchacha levantó la voz, hablaba con claridad y precisión, diciendo que en el promontorio de enfrente había una iglesia. Lenz levantó la vista y ella estaba sentada detrás de la mesa, erguida, los ojos abiertos de par en par, y la luna proyectaba su callada luz sobre el rostro, que parecía despedir un extraño resplandor, la vieja canturreaba al mismo tiempo, y con aquella luz que cambiaba y se iba, con la melodía y las voces, Lenz, por fin, se durmió profundamente.

Se despertó temprano, en el cuarto estaba amaneciendo, todos dormían; la muchacha también se había sosegado, yacía reclinada, las manos plegadas bajo la mejilla izquierda; lo espectral de sus facciones había desaparecido, ahora tenía una expresión de indescriptible sufrimiento. Él se acercó a la ventana y la abrió, el aire frío de la mañana le azotó el rostro. La casa estaba al final de un angosto y profundo valle que se abría hacia el este, rayos rojos atravesaban el gris cielo matinal y se posaban en el valle, que amanecía envuelto en blanca bruma, relampagueaban en la piedra gris y chocaban contra las ventanas de las cabañas. El hombre se despertó, sus ojos tropezaron con un cuadro iluminado que había en la pared, posándose en él, inmóviles y fijos; ahora empezó a mover los labios y rezaba con voz queda, que fue aumentando más y más. En esto, entró gente en la cabaña, y todos se postraron silenciosamente en tierra. La muchacha se movía convulsivamente, la vieja canturreaba su canción y conversaba con los vecinos.

Las gentes contaron a Lenz que aquel hombre había llegado a la comarca hacía mucho tiempo, ellos no sabían su procedencia; tenía fama de santo, veía el agua debajo de la tierra y sabía conjurar los espíritus y había peregrinaciones para ir a verle. Lenz supo al mismo tiempo que se había alejado mucho de Steintal; se puso en camino con algunos leñadores que iban hacia aquella comarca. Le hizo

bien hallar compañía; le desazonaba estar a solas con ese hombre terrible, que a veces le parecía como si hablara con acentos pavorosos. También tenía miedo de sí mismo en aquella soledad.

Llegó a casa. Pero la noche anterior le había causado una enorme impresión. El mundo había sido para él claridad y también movimiento, una marcha apresurada hacia un abismo al que le arrastraba una fuerza inexorable. Ahora escarbaba dentro de sí mismo. Comía poco; la mitad de la noche en oración y con febriles sueños. Un inmenso desgarramiento y luego reclinarse agotado; yacía vertiendo las más ardientes lágrimas y luego, de repente, recobraba las fuerzas y se levantaba frío e indiferente, sus lágrimas eran como hielo para él, tenía que reírse. Cuanto más alto conseguía subir, tanto más bajo volvía a caer. Todo se fundía otra vez. Le sobrevenían de pronto como vislumbres de su antiguo estado que iluminaban levemente el caos desolador de su espíritu.

Durante el día solía estar abajo en la sala. Madame Oberlin iba y venía, él dibujaba, pintaba, leía, se aferraba a todo lo que podía distraerle, pasaba apresuradamente de una cosa a otra. Pero ahora buscaba la compañía de madame Oberlin, sobre todo cuando ella se sentaba allí, con el negro libro de rezos y al lado una planta que crecía en la habitación, el niño pequeño entre las rodillas; él también se dedicaba mucho al niño. Estaba sentado así una vez cuando de pronto le asaltó la congoja, se levantó de un salto, marchó de acá para allá. Por la puerta entreabierta oyó cantar a la sirvienta, primero no la entendía, después se oyeron distintamente estas palabras:

*Yo en el mundo no tengo alegrías,
Tengo a mi amado y está tan lejos.*

Esas palabras le afectaron profundamente, aquella canción casi le consumía. Madame Oberlin le miró. Él se armó de valor, no podía seguir callado, tenía que hablar.

—Querida madame Oberlin, ¿no puede usted decirme lo que está haciendo la mujer cuyo destino oprime tan violentamente mi pecho?

—Pero, señor Lenz, yo no sé nada.

Él volvió a guardar silencio, recorriendo febrilmente de un lado a otro la habitación. Luego empezó de nuevo:

—Mire usted, yo quiero irme; Dios mío, ustedes son las únicas personas junto a las cuales podría soportar la vida, y sin embargo, sin embargo tengo que marcharme, tengo que irme con ella... Pero no puedo, no tengo derecho —estaba hondamente emocionado y se marchó.

A la caída de la tarde volvió, la habitación estaba a media luz; se sentó junto a madame Oberlin.

—Mire usted —empezó de nuevo—, cuando ella iba por la habitación cantando a media voz como para ella misma, y cada paso era una música, había en ella una felicidad que fluía hasta mí, yo siempre estaba en paz cuando la veía o cuando ella reclinaba la cabeza en mí y... ¡Dios mío, Dios mío! Hace tanto tiempo que no tengo paz... Como una niña. Era como si el mundo fuera demasiado grande para ella, se retiraba, buscaba el rincón más angosto de toda la casa y allí se sentaba, como si toda su ventura estuviera reunida en aquel pequeño punto, y a mí entonces me sucedía lo mismo. Yo habría podido jugar como un niño. Ahora todo me parece tan pequeño, tan pequeño, mire, a veces es como si, al levantar las manos, chocaran con el cielo, ¡ay, me ahogo! Muchas veces es como si sintiera un dolor físico, aquí en el costado izquierdo, en el brazo con el que solía estrecharla; y sin embargo ya no puedo representármela, la imagen se me escapa, y eso me tortura, sólo a veces, cuando ha vuelto plenamente a mí la claridad, me siento de nuevo bastante bien.

A partir de entonces hablaba muchas veces de aquello con madame Oberlin, pero casi siempre eran frases entrecortadas; ella no sabía responderle gran cosa, pero sus palabras le hacían bien.

Entre tanto continuaban sus torturas religiosas. Cuanto más vacío, más frío, más agonizante se sentía en su interior, tanto más le urgía el deseo de que renacieran en él las brasas, le venían recuerdos de los tiempos en que todo se aglomeraba en él, y jadeaba bajo el peso de todas sus sensaciones; y ahora tan muerto. Desesperaba de sí mismo, se postraba luego en tierra, se retorció las manos, agitaba todo en su interior; ¡pero muerto, muerto! Suplicaba entonces a Dios que obrara en él un milagro, luego escarbaba dentro de sí, ayunaba, yacía en tierra, absorto.

El 3 de febrero supo que en Fouday había muerto una niña, y aquello pasó a ser una idea fija. Se retiró a su aposento y ayunó todo el día. El 4 entró de pronto en la sala, se había cubierto el rostro de ceniza, y pidió a madame Oberlin un saco viejo; ella se asustó, le dieron lo que exigía. Se envolvió en el saco como un penitente y partió en dirección a Fouday. Las gentes del valle ya se habían acostumbrado a él; se contaban las cosas más extrañas de él. Entró en la casa donde yacía la niña. Las gentes se entregaban con indiferencia a sus quehaceres, le indicaron la habitación, la niña yacía en camisa, entre pajas, sobre una mesa de madera.

Lenz se estremeció cuando tocó los fríos miembros y vio los vidriosos ojos entreabiertos. La niña le pareció tan desamparada y él, a su vez, tan solo y desvalido; se arrojó sobre el cadáver; la muerte le aterró, le tomó un violento dolor, esas facciones, ese callado rostro iba a corromperse, se postró en tierra, rogó a Dios con todo el dolor de la desesperación que obrara un milagro a través de él, que reanimara a la niña, que él era tan débil y tan desventurado; luego se hundió completamente y toda su voluntad la concentró en un punto, así siguió sentado e inmóvil largo tiempo. Se levantó al cabo y tomando las manos de la niña habló con voz alta y distinta: «¡Levántate y anda!». Pero las paredes le devolvieron el eco con indiferencia, como si se burlaran de él, y el cuerpo permaneció frío. Entonces cayó a tierra medio trastornado, se levantó después como si algo le persiguiera y partió hacia los montes.

Avanzaban las nubes velozmente por delante de la luna, ora dejando todo en tinieblas, ora permitiendo ver el paisaje, que, impreciso, se esfumaba a la luz de la luna. Recorría la montaña sin meta. En su pecho el infierno entonaba un himno triunfal. Resonaba el viento como un canto de titanes, le parecía poder alzar un apretado y gigantesco puño hasta el cielo y sacar de allí a Dios y llevarlo a rastras por en medio de sus nubes; era como si pudiera triturar el mundo con los dientes y escupírselo al Creador a la cara; juraba, blasfemaba. Llegó así a la cumbre de la montaña, y aquella luz incierta se prolongaba hacia abajo, hasta las blancas masas pétreas, y el cielo era un estúpido ojo azul, y la luna dentro de él, completamente ridícula, tonta. Lenz lanzó una carcajada y, con aquella risa, el ateísmo le echó la zarpa y lo atenazó con seguridad, con calma, con decisión. Ya no sabía qué era lo que tanto le había conmovido antes, tenía frío, pensó que ahora deseaba ir a la cama, caminó frío e inmovible por la inquietante oscuridad: todo le parecía huero y vacío; tuvo forzosamente que caminar y se fue a la cama.

Al día siguiente fue presa de un gran pavor por su estado de la víspera, ahora se hallaba al borde del abismo, un placer demente le impulsaba a mirar una y otra vez en él y a repetirse aquella tortura. Luego aumentó su miedo, el pecado y el Espíritu Santo estaban ante él.

Unos días después, Oberlin regresó de Suiza, mucho antes de lo que esperaban. Lenz estaba conturbado por ello. Sin embargo se serenó cuando Oberlin le habló de sus amigos de Alsacia. Oberlin iba y venía por la habitación deshaciendo el equipaje y colocando las cosas. Hablaba al

mismo tiempo de Pfeffel, alabando y considerando feliz la vida de un cura rural. Al mismo tiempo le amonestaba para que se sometiera a los deseos de su padre, para que viviera conforme a su vocación, volviera a casa. Le decía:

—Honra a tu padre y a tu madre —y otras cosas de la misma índole.

Aquella conversación causó a Lenz un violento desasosiego; daba hondos suspiros, se le agolpaban las lágrimas en los ojos, hablaba entrecortadamente.

—Sí, pero yo no puedo soportarlo; ¿quiere usted arrojarme de su lado? Sólo en usted está el camino hacia Dios. ¡Pero para mí ya no hay salvación! Yo he pecado, estoy condenado por toda la eternidad, yo soy el Judío errante.

Oberlin le dijo que Jesús había muerto por él, que se dirigiera a él con fervor y tendría parte en su gracia.

Lenz alzó la cabeza, se retorció las manos y dijo:

—¡Ay! Divino consuelo.

Luego preguntó de súbito apaciblemente lo que estaba haciendo la mujer. Oberlin dijo que él no sabía nada, mas quería ayudarle y darle consejo en todo, pero antes tenía que indicarle lugar, persona y circunstancias. Él no respondió nada, sólo palabras incoherentes:

—¡Ay, está muerta! ¿Vive aún? Ángel mío, me amaba y yo la amaba, ella lo merecía, oh, ángel mío. Condenados celos, yo la sacrifiqué, ella amaba aún a otro... yo la amaba... ella lo merecía..., oh madre buena, ella también me quería. Soy un asesino.

Oberlin respondió que quizá vivieran aún todas esas personas, y acaso tan felices; pero como quiera que fuese, cuando él se hubiese reconciliado con Dios, éste, por sus oraciones y lágrimas, podría hacer, y en efecto lo haría, tanto bien a esas personas que el provecho que tendrían en él superaría quizá con mucho el daño que les hubiese infligido. A estas palabras, Lenz fue calmándose poco a poco y se fue otra vez a su pintura.

Por la tarde llegó de nuevo, en el hombro izquierdo llevaba un trozo de piel y en la mano un manojo de varas de mimbre que le habían dado a Oberlin junto con una carta para Lenz. Tendió a Oberlin las varas para que le azotara con ellas. Oberlin le quitó las varas de la mano, le dio unos besos en la boca y dijo que ésos eran los golpes que él le daba, que se calmara y arreglara sus asuntos a solas con Dios, que todos los golpes del mundo no borrarían uno solo de sus pecados; de eso ya se había encargado Jesús, a él tenía que dirigirse. Lenz se marchó.

Durante la cena estaba, como de costumbre, algo ensimismado. Sin embargo hablaba de todo, pero con angustioso apresuramiento. Hacia media noche, a Oberlin le despertó un ruido. Lenz corría por el patio, con voz cavernosa y dura repetía el nombre de Friederike, pronunciado con extraordinaria rapidez, confusión y desesperación, después se tiró a la fuente, chapoteó en ella, volvió a salir y subió a su cuarto, bajó otra vez al pilón y así varias veces, finalmente se calmó. Las sirvientas que dormían debajo de su habitación, en el cuarto de los niños, dijeron que habían oído muchas veces, pero sobre todo, aquella noche, un zumbido que ellas no sabrían comparar con otra cosa que con una flauta de pastor. Acaso fueran sus gemidos, con una voz cavernosa, terrible, desesperada.

A la mañana siguiente, Lenz tardaba en bajar. Finalmente, Oberlin subió a su cuarto: estaba en la cama, silencioso e inmóvil. Oberlin tuvo que preguntarle muchas veces antes de recibir respuesta; por fin dijo:

—Sí, señor pastor, mire, este aburrimiento, este aburrimiento... ¡Oh, qué aburrido es todo! Ya no

sé ni qué decir, he dibujado en la pared todas las figuras.

Oberlin le dijo que acudiera a Dios; él entonces se echó a reír y dijo:

—Sí, si yo tuviera la suerte de usted y encontrara un pasatiempo tan placentero; sí, entonces podría entretener el tiempo de esa manera. Todo por ociosidad. Pues la mayoría de la gente reza por aburrimiento; otros se enamoran por aburrimiento, otros son virtuosos, y aquellos otros viciosos, y yo no soy nada, absolutamente nada, ni siquiera tengo ganas de matarme: es demasiado aburrido:

*En la onda, oh Dios mío, de tu luz,
En la celda de tu ardiente mediodía
Llagados de velar están mis ojos,
¿Nunca más llegará por fin la noche?*

Oberlin le miró con enojo y quiso marcharse. Lenz corrió tras él y mirándole con ojos inquietantes:

—Mire usted, ahora se me está ocurriendo una cosa; si yo pudiera saber si estoy despierto o soñando: mire, es una buena idea, vamos a averiguarlo —y se metió a toda prisa de nuevo en el lecho.

Por la tarde Oberlin quiso hacer una visita allí cerca; su mujer ya había salido; él estaba a punto de marcharse cuando llamaron a su puerta y entró Lenz con el cuerpo doblado hacia delante, la cabeza baja, el rostro totalmente cubierto de ceniza, la ropa también aquí y allá con manchas de ceniza; se sostenía con la mano derecha el brazo izquierdo. Pidió a Oberlin que le tirara del brazo, pues se lo había dislocado; había saltado por la ventana pero como nadie lo había visto, tampoco quería decírselo a nadie. Oberlin se asustó sobremanera pero no dijo nada, hizo lo que deseaba Lenz, al mismo tiempo escribió al maestro de Bellefosse, Sebastian Scheidecker, para que fuera, y le dio instrucciones. Luego se marchó.

El hombre llegó.

Lenz le había visto ya muchas veces y le había tomado afecto. El hombre hizo como si hubiera querido hablar con Oberlin y se dispuso a marcharse otra vez. Lenz le pidió que se quedara y así ambos permanecieron juntos. Lenz propuso dar un paseo hasta Fouday. Allí visitó la tumba de la niña que él había querido resucitar, se arrodilló varias veces, besó la tierra de la tumba, parecía rezar pero con gran confusión, arrancó un trozo de la flor que había sobre la tumba, a manera de recuerdo, regresó a Waldbach, se dio otra vez media vuelta y Sebastian con él. A veces caminaba despacio quejándose de cuán débiles eran sus miembros, otras veces andaba con desesperante rapidez, le infundía miedo el paisaje, era tan angosto que temía chocar con todo. Le acometió una indescriptible sensación de malestar, su acompañante terminó por agobiarle, posiblemente había adivinado también sus intenciones y buscaba el medio de deshacerse de él. Sebastian cedió en apariencia, pero disimuladamente encontró la manera de informar a sus hermanos del peligro, y ahora Lenz tenía dos guardianes en lugar de uno. Siguió deambulando con ellos, finalmente volvió a Waldbach y cuando estaban cerca de la aldea, se dio otra vez media vuelta con la rapidez del rayo y, saltando como un ciervo, regresó a Fouday. Los hombres salieron corriendo tras él y cuando le buscaban por Fouday, dos quincalleros vinieron y les contaron que en una casa habían maniatado a un forastero que decía ser un asesino pero que ciertamente no podía ser un asesino. Ellos se dirigieron corriendo a la casa y vieron que era cierto lo que les habían contado. Era un muchacho joven quien le había atado, lleno de

temor ante su violenta insistencia. Ellos le desataron y, sin más incidentes, le llevaron a Waldbach, donde ya estaban de vuelta Oberlin y su mujer. Lenz tenía el aire extraviado, pero cuando advirtió que le recibían afable y cariñosamente, recobró ánimos, su rostro tomó una expresión más risueña, dio las gracias cálida y afectuosamente a sus acompañantes y la velada transcurrió pacíficamente. Oberlin le pidió con insistencia que no se bañara, que se quedara toda la noche en la cama y que si no podía dormir, conversara con Dios. Él lo prometió y así lo hizo, aquella noche las sirvientas le oyeron rezar casi todo el tiempo.

Al día siguiente entró sonriente en la habitación de Oberlin. Después de hablar de diversos temas, dijo con la mayor afabilidad:

—Muy querido señor pastor, la mujer de quien le hablé está muerta, sí, muerta, ese ángel.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Jeroglíficos, jeroglíficos.

No fue posible sacarle nada más. Se sentó entonces y escribió algunas cartas y después se las entregó a Oberlin pidiéndole que escribiera él también algunas líneas. Véanse las cartas.

Entre tanto, su estado se había vuelto cada vez más desolador, toda la serenidad que le habían procurado el contacto con Oberlin y el silencio del valle había desaparecido; el mundo en que él había querido apoyarse tenía una enorme fisura, no sentía odio ni amor, ni esperanza, un vacío horrible y, con todo, un perturbador y torturante deseo de llenarlo. No tenía *nada*. Lo que hacía, lo hacía conscientemente y sin embargo le obligaba a ello un instinto interior. Cuando no había nadie con él, se sentía tan espantosamente solo que constantemente hablaba en voz alta consigo mismo, daba gritos, y luego se asustaba y le parecía que una voz extraña hubiera hablado con él. Cuando conversaba, muchas veces se quedaba atascado, le invadía una indescriptible angustia, había perdido el hilo de la última frase que estaba pronunciando; pensaba entonces que tenía que retener y repetir siempre la palabra que había pronunciado en último lugar, y le costaba un enorme esfuerzo reprimir esos deseos. Aquellas buenas gentes sentían una honda compasión cuando en ciertos momentos en que estaba hablando con ellos tranquilamente y con la mayor naturalidad, se quedaba de pronto parado y su rostro dejaba traslucir una indescriptible angustia; y tomaba entonces convulsivamente del brazo a las personas que se hallaban más cerca de él y no recobraba la calma sino muy poco a poco. Si estaba solo o leyendo, aún era peor, toda su actividad mental pendía a veces de un solo pensamiento; si pensaba en una persona extraña o si se la representaba vivamente, le parecía ser él esa misma persona, su espíritu se extraviaba completamente y al mismo tiempo sentía el irrefrenable deseo de tratar mentalmente de forma arbitraria todo lo que le rodeaba; la naturaleza, las personas, con la sola excepción de Oberlin, todo frío, como en sueños; se divertía poniendo las cosas boca abajo, vistiéndolas y desvistiendo a las personas, ideando las más absurdas farsas. A veces sentía un incontenible impulso de realizar sus ideas y entonces hacía unas muecas espantosas. Una vez estaba sentado junto a Oberlin, el gato acurrucado frente a él, sobre una silla; de pronto Lenz clavó los ojos, fijos e inmóviles, en el animal, y luego se fue escurriendo poco a poco del asiento, el gato hizo lo mismo, estaba como hechizado por su mirada, y, presa de un miedo indecible, encrespó la piel con un bufido; Lenz hacía los mismos ruidos con el rostro horriblemente deformado; finalmente se lanzaron como desesperados el uno contra el otro, hasta que madame Oberlin se levantó y los separó. Después de aquello, Lenz estaba de nuevo hondamente avergonzado. Los incidentes nocturnos adquirieron proporciones gravísimas. Le costaba un trabajo inmenso dormirse, después de haber intentado llenar aquel horrible vacío. Quedaba después sumido en un estado espantoso, entre sueño y

vigilia; chocaba con algo pavoroso, horrendo, la demencia se adueñaba de él; se despertaba sobresaltado, lanzando gritos terribles y bañado en sudor, y muy poco a poco se iba tranquilizando. Tenía que comenzar entonces con las cosas más sencillas para recobrar la calma. En rigor, no era él quien eso hacía, sino un poderoso instinto de conservación, como si fuera doble y una parte tratara de salvar a la otra llamándose a sí mismo; contaba historias, recitaba poesías en su profunda angustia, hasta que recobraba la calma.

Durante el día también sufría esos ataques, que eran entonces aún más horribles, pues, normalmente, la claridad le había preservado de ellos. Era entonces como si no hubiera nadie más que él en el mundo, como si éste sólo tuviera consistencia en su imaginación, como si sólo él existiera: él, Satán, condenado por toda la eternidad; a solas con sus torturantes fantasías. Con impetuosa rapidez pasaba revista a su vida diciendo luego: «Consecuente, consecuente». Si alguien decía algo: «Inconsecuente, inconsecuente». Era el abismo de la demencia irremediable, de una demencia para toda la eternidad.

El instinto de conservación mental le despertaba bruscamente; se precipitaba en los brazos de Oberlin, se agarraba a él convulsivamente, como si quisiera penetrar en él, Oberlin era el único ser que vivía para él y a través del cual volvía a sentir la vida. Las palabras de Oberlin le devolvían poco a poco la calma, caía de rodillas a los pies de Oberlin, sus manos en las manos de Oberlin, el rostro cubierto de sudor frío en su regazo, temblando y sacudiendo todo el cuerpo. Oberlin sentía una inmensa compasión, la familia caía de rodillas y rezaba por aquel desventurado, las sirvientas huían tomándole por un poseso. Y cuando se tranquilizaba, era como el desconsuelo de un niño, sollozaba, sentía una honda, honda piedad de sí mismo; éstos eran también sus más felices instantes. Oberlin le hablaba de Dios. Lenz se desprendía de él serenamente y mirándole con una expresión de intenso sufrimiento le decía finalmente:

—Pero yo, si yo fuese omnipotente, mire usted, si yo fuese así y no pudiese soportar el sufrimiento, yo salvaría, salvaría, yo no quiero sino paz, paz, sólo un poco de descanso, y poder dormir.

Oberlin le dijo que eso era una blasfemia. Lenz negaba desolado con la cabeza.

Los semiintentos de suicidio que hacía entonces continuamente no eran muy serios, no era tanto el deseo de morir, pues para él no había ni descanso ni esperanza en la muerte, cuanto más bien, en esos momentos de la más terrible angustia o de una sorda apatía rayana en el no ser, un intento de volver a ser él a través del dolor físico. Los instantes en que su espíritu parecía cabalgar sobre cualquier idea demencial eran todavía los más felices. Pues, con todo, le procuraban un cierto descanso y su mirada extraviada no era tan espantosa como esa angustia sedienta de salvación, como la eterna tortura de la inquietud. Muchas veces daba golpes en la pared con la cabeza o se infligía cualquier otro violento dolor físico.

El 8 por la mañana permaneció en la cama; Oberlin subió a su cuarto; estaba tendido en el lecho, casi desnudo y muy agitado. Oberlin quiso tapanlo, pero él se quejaba de cuán pesado era todo, tan pesado, creía que no podía andar, y ahora por fin percibía el enorme peso del aire. Oberlin intentaba darle ánimos. Pero él permaneció en su anterior actitud y así continuó la mayor parte del día, sin tomar tampoco alimento alguno.

Hacia el anochecer llamaron a Oberlin para que fuera a Bellefosse a visitar a un enfermo. Hacía un tiempo agradable y brillaba la luna. En el camino de regreso, Lenz le salió al encuentro. Parecía muy sensato y habló tranquila y cordialmente con Oberlin. Éste le pidió que no se alejara demasiado,

él se lo prometió; al marcharse dio de pronto media vuelta y acercándose otra vez a Oberlin le dijo apresuradamente:

—Mire usted, señor pastor, para mí ya sería un gran alivio el no tener que oír eso.

—¿Oír qué, querido amigo?

—¿No oye usted nada, no oye esa espantosa voz que grita por todo el horizonte, una voz a la que suele darse el nombre de silencio? Desde que estoy en este silencioso valle, siempre la oigo, no me deja dormir, sí, señor pastor, si yo pudiera volver a dormir una vez —y sacudiendo la cabeza se marchó.

Oberlin regresó a Waldbach y ya quería enviar a alguien en su busca cuando le oyó subir la escalera camino de su habitación. Un instante después resonó algo en el patio; el ruido era tan fuerte que a Oberlin le pareció imposible que lo hubiese causado la caída de una persona. Lívida y temblorosa llegó la niñera...

Sentado en el coche con fría resignación, viajaba por el valle hacia el oeste. Le daba igual adonde le llevaban; cuando en varias ocasiones peligró el coche por el mal estado de los caminos, se quedó dentro sin inmutarse; su indiferencia era absoluta. En ese estado recorrió el trayecto de la montaña. Al caer la tarde se hallaba en el valle del Rin. Poco a poco se alejaron de los montes que ahora, en el arrebol del atardecer, se destacaban como una onda de oscuro cristal azul, en cuyas cálidas aguas jugaban los rojos rayos del crepúsculo; sobre la llanura, al pie de los montes, flotaba un brillante tejido azulado. Caían las sombras a medida que se acercaban a Estrasburgo; arriba, luna llena, oscuros todos los objetos en la lejanía, sólo al lado, el monte formaba una línea clara, la tierra era como una copa de oro de la que rebosaban espumosas las doradas ondas de la luna. Lenz clavaba la mirada en el paisaje, sereno, sin pensamientos, sin anhelos, solamente iba emergiendo en él una sorda angustia a medida que los objetos desaparecían en las tinieblas. Tuvieron que hacer noche en una posada; entonces volvió a hacer varios intentos de suicidio, pero estaba sometido a estrecha vigilancia.

A la mañana siguiente llegó a Estrasburgo con un tiempo triste y lluvioso. Parecía bastante sensato, hablaba con las gentes, hacía todo lo que hacían los demás, pero había un terrible vacío en él, ya no sentía ni angustia ni deseos; su existencia le era una inevitable carga.

Así transcurrió su vida...

EL INVÁLIDO LOCO DEL FUERTE DE RATONNEAU

UN atardecer de octubre frío y ventoso, el viejo comandante de Marsella, conde de Durande, estaba sentado junto a la estufa mortecina de su espléndida habitación y se fue arrimando al fuego mientras los carruajes rodaban por la calle, camino del gran baile de gala, y Basset, su ayuda de cámara y mejor compañero, roncaba aparatosamente en la habitación contigua.

«La Francia meridional no siempre es cálida», murmuraba el viejo señor sacudiendo la cabeza, «ni aquí se mantiene uno siempre joven, y la sociedad tiene tan poca consideración con la ancianidad como la arquitectura con el invierno». Qué pintaba él, jefe de todos los inválidos que por aquel entonces (durante la Guerra de los Siete Años) formaban la guarnición de Marsella y de sus fuertes, en un baile con su pierna de palo, cuando ni siquiera los sargentos de su regimiento eran aptos para la danza. Allí, en cambio, junto a la chimenea, la pierna artificial le parecía de gran utilidad, porque no deseaba despertar a Basset para alimentar las llamas con el haz de ramas verdes de olivo que había ordenado depositar a su lado.

Aquel fuego le encantaba; la llama crepitante parecía abrazarse al follaje, y las hojas, entre verdes y tórridas, semejaban corazones enamorados. El viejo señor añoró el esplendor de la juventud, evocó los fuegos artificiales que en ocasiones había preparado para la corte e imaginó nuevos juegos de luz y color con los que pensaba sorprender a los marselleses en el cumpleaños del rey. Aquello le exaltaba más que el baile. Pero al tiempo que soñaba con el espectáculo de los cohetes encendidos, silbando, chisporroteando hasta culminar en un esplendor callado, aplicaba al fuego ramas de olivo sin advertir que su pierna ardía y una tercera parte estaba ya consumida por las llamas. Sólo ahora, cuando quiso saltar porque la traca final, la ascensión de mil cohetes, le dio alas e inflamó su fantasía, se dio cuenta, mientras volvía a sentarse en el sillón, de que su pierna de palo se había acortado y el resto seguía ardiendo peligrosamente. Al no poder levantarse de inmediato, hizo retroceder el sillón como un trineo de postín con la pierna chamuscada hasta el centro de la habitación, llamó a su ayudante y pidió agua para apagar el incendio.

Entonces acudió solícita una señora que, después de introducirse en la habitación, hacía un buen rato que intentaba en vano llamar la atención del comandante tosiendo discretamente. La señora quiso apagar el fuego con el delantal, pero el carbón encendido que era la pierna artificial prendió en la tela y el comandante pidió auxilio a gritos. Pronto llegó gente de la calle; también Basset había despertado; la pierna ardiendo y el delantal en llamas provocaron la hilaridad general, pero con el primer cubo de agua que Basset trajo de la cocina se apagó el incendio y la gente se fue retirando.

La pobre señora quedó empapada en agua y le costó reponerse del susto; el comandante ordenó que le pusieran su abrigo caliente sobre los hombros y le sirvieran un vaso de vino generoso; pero ella declinó esos alivios, se echó a llorar por su desgracia y rogó al comandante que la escuchara a solas. El militar hizo salir a su descuidado ayudante y se sentó muy atento al lado de la señora.

—Ay —dijo ella en un extraño francés que sonaba a alemán—, mi marido enloquecerá cuando se entere del incidente. Ay, mi pobre marido...; seguro que el diablo le juega otra vez una mala pasada.

El comandante le preguntó por el marido, y la señora le dijo que había acudido a él precisamente

por un asunto de su querido esposo, para entregarle una carta del comandante del regimiento de Picardía. El militar se puso las gafas, reconoció el blasón de su amigo y ojeó el escrito; después dijo:

—¿Así que usted es aquella Rosalie, señorita Lillie de Leipzig, que se desposó con el sargento Francoeur cuando cayó prisionero en esa ciudad después de recibir una herida en la cabeza? Cuénteme... parece un amor extraño. ¿Quiénes eran sus padres? ¿No le pusieron ningún obstáculo? ¿Y qué chifladuras cometió él, como consecuencia de su lesión craneal, hasta inutilizarlo para el servicio militar cuando todos lo tenían por el sargento más formal y competente, por el alma del regimiento?

—Señor —contestó la mujer con nueva aflicción—, mi amor tiene la culpa de toda la desgracia; yo labré la infelicidad de mi marido, y no esa lesión; mi amor fue la causa de que el diablo entrara en él para torturarlo y perturbarle la razón. En lugar de hacer la instrucción con los soldados se pone a dar saltos por impulso del diablo y exige que lo imiten, o hace muecas horribles y quiere que lo miren sin pestañear, y recientemente, algo que colmó el vaso: arrojó del caballo al general en jefe, que en una refriega había ordenado la retirada del regimiento, montó el animal y con el regimiento se apoderó de la artillería enemiga.

—¡Un diablo de hombre! —exclamó el comandante—. Si un tipo así guía a todos nuestros generales, nunca se producirá una segunda derrota de Rossbach; si resulta que su amor es esa fábrica de diablos, yo deseo que usted ame a nuestro ejército.

—¡Es por la maldición de mi madre! —suspiró la mujer—. A mi padre no lo conocí nunca. Mi madre acogía en casa a muchos hombres; yo tenía que servirlos; ése era mi único trabajo. Yo era muy soñadora y no hacían caso de las atenciones que tenían conmigo aquellos hombres; mi madre me protegía contra sus impertinencias. La guerra dispersó a la mayoría de los señores que acudían a casa de mi madre a practicar clandestinamente juegos de azar, y nos quedamos muy solas, con gran disgusto de ella. Por eso empezó a odiar lo mismo al amigo que al enemigo y me prohibió hacer ningún favor a nadie que pasara delante de la casa herido o muerto de hambre. Esto me dolía mucho. Un día estaba yo sola en casa preparando la comida cuando pasaron muchos carros llenos de militares heridos; por el habla supe que eran franceses que habían caído prisioneros de los prusianos. Mi primer impulso fue llevarles algo de comer; sólo me contuvo el temor a mi madre; pero cuando vi a Francoeur con la cabeza vendada, tendido en el último carro, no sé qué pasó, pero me olvidé de la madre, tomé un plato de sopa y una cuchara, y, sin cerrar la puerta de la casa, fui corriendo detrás del carro hasta llegar a Pleissenburg. Allí lo encontré; lo habían bajado ya; tuve el valor de hablar con los vigilantes y conseguí que preparasen al punto la mejor cama de paja para el herido. Cuando quedó tendido en ella, no se puede imaginar la felicidad que sentí de ofrecer la sopa caliente al necesitado. Se le alegró la mirada y juró que yo llevaba una aureola de santidad en la cabeza. Yo le contesté que era mi toca que lo envolvió mientras lo servía. Él dijo que la aureola de santidad procedía de mis ojos. Ay, estas palabras no las pude olvidar y, de no haber conquistado ya mi corazón, habrían bastado para entregárselo.

—Un hermoso piropo —dijo el comandante. Y Rosalie continuó:

—Fue el momento más feliz de mi vida; yo le seguí mirando cada vez con más pasión porque él me dijo que eso le hacía bien, y cuando al fin me puso un pequeño anillo en el dedo, me sentí tan rica como nunca lo había sido en mi vida. Mientras gozaba de esta callada felicidad llegó mi madre, me insultó y me maldijo; no puedo repetir las cosas que me llamó, pero no sentí vergüenza porque estaba segura de mi inocencia y él no se iba a creer nada de aquello. Ella quiso llevarme a la fuerza,

pero yo me resistí y le dije que estábamos prometidos y llevaba ya su anillo. ¡Cómo se le crispó el rostro a mi madre! Fue como si una llama le subiera del cuello; puso los ojos en blanco, me maldijo y me entregó al diablo para siempre. Y si la luz brilló en mis ojos la mañana en que conocí a Francoeur, entonces fue como si un negro murciélago pusiera sus alas transparentes sobre ellos; me pareció que el mundo se oscurecía y que no era dueña de mí misma. Mi corazón perdió la esperanza y mi única reacción fue la risa. «¿Oyes? El diablo se está riendo ya de ti», dijo mi madre, y se fue con aire altivo mientras yo caía desmayada al suelo. Cuando recobré el conocimiento no me atrevía a regresar a casa y dejar al herido, que podía quedar afectado por el incidente; aborrecí secretamente a mi madre por el daño que había causado a Francoeur. Sólo al cabo de tres días y sin decir nada a Francoeur volví de noche a casa, llamé a la puerta y salió una mujer que había servido en ella; me contó que mi madre había vendido sus pertenencias a toda prisa y se había ido, nunca se supo adonde, con un hombre que debía de ser un jugador. Así me encontré rechazada por todos, y esto me dio la libertad de entregarme totalmente a mi Francoeur. Mis amigas de la ciudad también me rehuían; de ese modo pude vivir sólo para él y dedicada a cuidarle. Trabajé con este fin; hasta entonces sólo había confeccionado encajes de bolillos para mis caprichos; no me avergoncé de vender aquellas labores mías para ayudar a Francoeur. Pero el recuerdo de mi madre volvía cuando él dejaba de distraerme con su animada charla; la madre se me aparecía vestida de negro, con los ojos encendidos, echándome la maldición, y no pude librarme de ella. No quise decir nada a mi Francoeur por no entristecerlo; me quejé de dolor de cabeza que, en realidad, no tenía o de dolor de muelas que tampoco sentía, como pretexto para llorar. Ay, si hubiera tenido entonces más confianza en él no le habría causado esa desgracia; pero siempre que intenté explicarle mi creencia de estar poseída del demonio por la maldición de mi madre, el diablo me cerraba la boca; temía además que él no pudiera quererme más, que me abandonara, y esto no lo podía soportar. La tortura interior, quizá también el exceso de trabajo, me destrozaron la salud; sufría fuertes convulsiones, que yo ocultaba a Francoeur, pero que estuvieron a punto de ahogarme, y los medicamentos que tomé parecían aumentar aún más estos males. Una vez restablecido, Francoeur hizo los preparativos para la boda. Un anciano sacerdote pronunció la plática, en la que le ponderó al novio todo lo que yo había hecho por él, cómo había sacrificado la patria, el bienestar y las amistades e incluso cargado con la maldición de la madre; todas estas cruces debía él compartirlas conmigo para llevar juntos la desgracia. A mi marido le estremecieron estas palabras, pero al final pronunció el «sí» en voz alta y quedamos unidos en matrimonio. Las primeras semanas fueron felices; yo me sentí muy aliviada en mis sufrimientos, sin sospechar que la mitad de mi maldición se había transferido a mi esposo. Pronto empezó a quejarse de tener siempre ante los ojos, en gesto amenazante, a aquel predicador con su negra sotana; los curas, las iglesias y las imágenes sagradas le irritaban y le causaban repugnancia; a su vista se ponía a blasfemar sin saber por qué. Para escapar a estas obsesiones recurrió a todo; el baile, la bebida, el barullo, aliviaron su tensión. Yo lo atribuí todo al período de cautiverio, aunque sospechaba que era el diablo el que lo atormentaba. Finalmente fue canjeado gracias a las gestiones de su comandante, que lo echaba de menos en el regimiento, ya que Francoeur es un soldado extraordinario. Con una sensación de alivio partimos de Leipzig, y en nuestras conversaciones pintábamos un futuro risueño. Pero nada más llegar a los cuarteles de invierno, después de pasar de la miseria cotidiana al bienestar de un ejército bien abastecido, empezó a tener un comportamiento más violento; se pasaba el día tocando el tambor para distraerse, tenía altercados y creaba conflictos; el comandante no lograba entenderlo; sólo con él se mostraba dulce como un niño. Yo di a luz cuando se reanudaba la campaña

militar, y con los dolores de parto me pareció que el diablo había huido de mí. Francoeur, en cambio, se fue volviendo más arrogante y violento. El comandante me escribió diciendo que era osado como un loco, pero que de momento todo marchaba bien; sus compañeros creían que a veces desvariaba, y el temor del comandante era que un día tuviese que mandarlo entre los enfermos o inválidos. El comandante tenía alguna consideración conmigo y escuchaba mis súplicas, hasta que un día la barbaridad que cometió mi marido con el general de esta división, y que antes le he relatado, le valió un arresto; un médico declaró que la lesión craneal, mal curada en su período de prisionero, degeneró en locura y mi marido debía pasar al menos un par de años en clima cálido con los inválidos, por si el mal remitía. A él le dijeron que lo destinaban con los inválidos en castigo de su delito, y fue despedido con los mejores augurios por el regimiento. Yo le pedí al comandante ese escrito que le he entregado y decidí contarle a usted el caso con toda confianza para que no sea juzgado con el rigor de la ley sino con arreglo a su desgracia, cuya única causa fue mi amor, y para que usted pueda destinarlo a una pequeña localidad apartada y no sea tema de habladurías de la gente en la gran ciudad. Permita, señor, que una mujer que hoy le ha prestado un pequeño servicio le pida su palabra de honor de que guardará este secreto de su enfermedad que él mismo no sospecha y lastimaría su orgullo.

—Aquí está mi mano —dijo el comandante, que había escuchado con simpatía a la vehemente señora—; es más: estoy dispuesto a acceder tres veces a sus ruegos si Francoeur sigue haciendo tonterías; pero lo mejor es evitarlas y por eso voy a enviarlo inmediatamente, en relevo, a un fuerte cuya guarnición consta de tres hombres. Allí hay una vivienda cómoda para usted y su hijo; su marido tendrá pocas ocasiones de cometer locuras, y las que cometa no saldrán a la luz pública.

La señora dio las gracias al anciano señor por esta disposición tan bondadosa y le besó la mano. El comandante le alumbró mientras ella bajaba las escaleras haciendo muchas reverencias. Esto le extrañó al viejo ayudante Basset, que se preguntó si el comandante no se habría enamorado de la ardiente señora, lo que podría perjudicar su influencia sobre él. Su señor tenía la costumbre de repasar en voz alta durante la noche los sucesos del día, como si la cama fuera su confesonario. Y mientras los carruajes volvían del baile, manteniéndolo insomne, Basset se puso a la escucha en la otra habitación y oyó todo el monólogo, que le resultó tanto más interesante por cuanto Francoeur era paisano suyo y había sido compañero de regimiento, aun siendo él de bastante más edad que Francoeur. Y se acordó de un religioso, conocido suyo, que ya había expulsado demonios de varias personas y al que decidió acudir pronto, porque el exorcista le caía simpático y él disfrutaba mucho viéndolo expulsar demonios.

Rosalie, muy contenta por el éxito de su visita, había dormido bien y a la mañana siguiente compró un nuevo delantal y se lo puso para presentarse ante su marido, que conducía a sus fatigados inválidos a la ciudad con acompañamiento de un canto espantoso. Francoeur la besó, la levantó por los aires, y le dijo:

—Hueles a incendio troyano. Te rescaté, hermosa Helena.

Rosalie perdió el color y creyó necesario responder a sus preguntas contándole lo sucedido: que había estado con el comandante para conseguir una vivienda digna, que a él le había ardido la pierna de palo y a ella el delantal. Francoeur no llevó bien que la mujer se hubiera adelantado a su llegada, pero olvidó el incidente después de bromearle con el incendio del delantal. Francoeur hizo la presentación de sus hombres al comandante; elogió todos sus quebrantos corporales y todas sus virtudes espirituales, y se ganó la simpatía del anciano señor, que pensó para sí: «La esposa le quiere,

pero es alemana y no entiende a un francés; un francés lleva siempre el diablo en el cuerpo».

El comandante lo hizo entrar en la habitación para conocerlo más a fondo; lo encontró bien instruido en materia de fortificación; pero lo que más le encantó fue descubrir que el sargento era un gran aficionado a la pirotecnia. El comandante le explicó sus nuevas ideas sobre un alarde de fuegos artificiales previsto para el cumpleaños del monarca, proyecto que fue interrumpido por el accidente del día anterior; Francoeur acogió esas ideas con gran entusiasmo. El viejo le manifestó que debía relevar a la pequeña guarnición del fuerte de Ratonneau, donde había un gran almacén de pólvora; allí se aplicaría con dos soldados a cebar cohetes, girar ruedas y atar buscapiés. Al entregarle la llave del polvorín y el inventario, el comandante recordó lo dicho por la mujer y lo asió del brazo mientras le decía:

—¿Y si es torturado por el diablo y me causa una desgracia?

—No hay que pintar al diablo en la pared, no sea que luego aparezca en el espejo —contestó Francoeur con firmeza. Esto dio confianza al comandante, que le entregó la llave, el inventario y la orden de salida de la antigua guarnición. Luego lo despidió. A la puerta de la casa, Basset fue a abrazarle; ambos se reconocieron, y siguió un breve relato de sus vidas respectivas; pero Francoeur, hecho a la disciplina militar, puso fin a la escena invitando a Basset para el siguiente domingo en el fuerte de Ratonneau, cuyo comandante tenía el honor de ser.

La entrada en el fuerte fue igualmente alegre para todos: los inválidos salientes habían gozado de la hermosa vista de Marsella hasta la saciedad y los entrantes quedaron encantados del panorama, de la elegante edificación, de las cómodas habitaciones y camas, y les compraron a los salientes un par de cabras, otro de palomas, una docena de gallinas y los artilugios necesarios para estar al acecho de algún animal salvaje, ya que los soldados ociosos son cazadores por naturaleza. Cuando Francoeur se hizo cargo del mando, ordenó inmediatamente a sus dos soldados, Brunet y Tessier, que lo acompañaran para abrir el polvorín, examinar el inventario y llevar después una provisión al laboratorio para la fabricación de los fuegos artificiales. El inventario era correcto y Francoeur encargó a uno de los dos soldados que se ocupara de la pirotecnia, y con el otro fue examinando todos los cañones y morteros para abrillantar los de metal y pintar de negro los de hierro. Pronto cargó también un número suficiente de bombas y granadas, y dispuso toda la artillería de forma que pudiera cubrir el único acceso al fuerte.

—¡El fuerte es inexpugnable! —repetía entusiasmado—. Quiero que pueda resistir aunque los ingleses desembarquen y ataquen con cien mil hombres. ¡Pero aquí reinaba el desorden!

—Los fuertes y las artillerías son así en todas partes —dijo Tessier—; el anciano comandante con su pierna artificial no puede subir tan alto y, gracias a Dios, a los ingleses no se les ha ocurrido atacar hasta ahora.

—Esto tiene que cambiar —dijo Francoeur—; prefiero quemarme la lengua antes que reconocer que nuestros enemigos pueden destruir Marsella o que les tenemos miedo.

La esposa le ayudó a limpiar de hierba y musgo los muros, a blanquearlos y a ventilar los víveres de las casamatas. En los primeros días todos durmieron poco, ya que el incansable Francoeur animaba a trabajar y su mano hábil hizo en este lapso de tiempo lo que otros hubieran tardado un mes en hacer. Con esta actividad remitieron sus manías; todo lo realizaba de prisa, pero con un objetivo concreto, y su mujer bendecía la hora en que el destino lo trajo a aquella altura donde el diablo parecía incapaz de ejercer ninguna influencia sobre él. También el tiempo era cálido y despejado gracias al cambio del viento, como si fueran a disfrutar de un nuevo verano; los barcos entraban en

el puerto y salían de él a diario, saludaban y eran saludados en los fuertes costeros. Rosalie, que nunca había estado a orillas del mar, se sentía transportada a otro mundo, y su hijo, después de tanto enclaustramiento en carros y habitaciones de fondas, pudo gozar de plena libertad en el pequeño jardín interior del fuerte, que los antiguos moradores habían adornado al estilo militar, especialmente de los artilleros, con dibujos geométricos en boj. Sobre el fuerte ondeaba la bandera con la flor de lis, orgullo de Francoeur, signo bendito de su señora, apellidada Lilie (azucena, flor de lis), y entretenimiento preferido del niño.

Llegó el primer domingo, esperado por todos, y Francoeur mandó a su esposa que preparara algo bueno para el mediodía, hora en que esperaba la visita de su amigo Basset; le recomendó especialmente un buen bizcocho de huevos, ya que las gallinas del fuerte eran ponedoras; le abasteció también la cocina con algunas aves silvestres que Brunet había cazado. En el ajeteo de estos preparativos llegó Basset, jadeante por la ascensión; quedó sorprendido de la transformación del fuerte, se informó en nombre del comandante sobre la pirotecnia y admiró el gran número de cohetes y bengalas puestos a punto. La mujer se fue a sus labores de cocina y los dos soldados salieron a recoger fruta para la comida; todos querían comer opíparamente ese día e hicieron leer a Basset en voz alta el periódico que había traído consigo.

Basset se sentó en el jardín frente a Francoeur y lo observó en silencio. El sargento le preguntó por la razón de esta actitud.

—Usted tiene una apariencia tan saludable como siempre, y todo lo que hace es cuerdo y sensato.

—¿Quién duda de eso? —preguntó Francoeur indignado—. Me gustaría saberlo.

Basset intentó desviar la conversación, pero Francoeur mostró un semblante amenazador, endureció la mirada, irguió la cabeza y frunció los labios. Al pobre y locuaz Basset se le encogió el corazón y habló, con voz fina como de violín, de rumores que corrían en casa del comandante sobre posesión diabólica y de su intención de hacerlo exorcizar por un religioso, el padre Philipp, al que había hecho llamar antes de comer con el pretexto de celebrar una misa en la capilla para la apartada guarnición. Francoeur se consternó con la noticia y juró vengarse ferozmente del que hubiera propalado semejante patraña sobre su persona; él no mantenía ninguna relación con el diablo, y si éste no existiera le traería sin cuidado, pues nunca tuvo el honor de conocerlo. Basset declaró su total inocencia; se había enterado del asunto al oírle hablar al comandante consigo mismo, y añadió que ese diablo fue también la causa del traslado de Francoeur.

—¿Y quién le llevó al noticia al comandante? —preguntó Francoeur, trémulo de ira.

—Su esposa de usted —contestó aquél— pero con la mejor intención del mundo, para exculparlo si comete aquí tonterías.

—¡Nos divorciamos! —gritó Francoeur, golpeándose la cabeza—. Me ha traicionado, me ha destrozado, mantiene tratos secretos con el comandante; ella hizo y sufrió lo indecible por mí, pero también me ha dañado lo indecible; ya no le debo nada. ¡Nos divorciamos!

Dejó de hablar a medida que se iba serenando; pero empezó a ver de nuevo al cura de la negra sotana, como los que son mordidos por un perro creen verlo constantemente, y en aquel momento apareció el padre Philipp en el jardín. Francoeur corrió hacia él para preguntarle qué quería. El padre creyó llegado el momento de aplicar el exorcismo, y conminó al diablo mientras movía la mano haciendo cruces sobre el sargento. Todo esto indignó a Francoeur, quien le ordenó como comandante del fuerte que abandonara en el acto aquel lugar. Pero el intrépido Philipp arremetió con mayor celo aún contra el diablo instalado en el cuerpo de Francoeur, y cuando el religioso alzó su bastón para

amedrentar al enemigo, el orgullo militar de Francoeur no pudo tolerar esta amenaza. Agarró por el hábito al pequeño Philipp y lo lanzó contra la verja que protegía la entrada. De no haber quedado el buen hombre colgado de la punta de la verja por el hábito, se hubiera estrellado contra las escaleras de piedra. No lejos de esta verja estaba preparada la mesa; esto recordó a Francoeur la hora de la comida y llamó a los comensales. Rosalie sirvió la mesa, algo sofocada por el fuego, pero alegre, pues no advirtió la presencia del fraile al otro lado de la verja, apenas repuesto del primer susto y rezando para prevenir nuevos peligros, ni se dio cuenta de que su marido y Basset miraban la mesa, el primero con cara siniestra y el segundo perplejo. Rosalie preguntó por los dos soldados, pero Francoeur dijo:

—Ya comerán después; yo tengo un apetito que me comería el mundo.

Dócil a las leyes de la cortesía, Rosalie sirvió mayor cantidad de sopa a Basset y volvió a la cocina para hacer el bizcocho de huevos.

—¿Qué impresión le hizo mi mujer al comandante? —preguntó Francoeur.

—Excelente —respondió Basset—. Deseó haber tenido en su cautiverio tanta suerte como usted.

—Él será su dueño —pronosticó el sargento—. Ella ha preguntado por los dos soldados que faltan y no ha preguntado qué me faltaba a mí. Ha querido congraciarse con usted por ser el ayuda de cámara; por eso le ha llenado el plato a rebosar. Le ha ofrecido el vaso de vino más grande, y ya verá cómo le sirve también el trozo mayor de bizcocho. Como haga eso, me levanto; entonces despachadla y dejadme aquí solo.

Basset iba a contestarle cuando entró la mujer con el bizcocho de huevos. Lo había cortado ya en tres pedazos. Rosalie se acercó a Basset y le sirvió un trozo diciendo:

—Puede darme la enhorabuena, que no comerá un bizcocho mejor en casa del comandante.

Francoeur miró la fuente con cara sombría; el vacío que dejó el trozo servido ocupaba tanto espacio como los dos trozos que aún quedaban. El sargento se levantó, y dijo:

—No hay nada que hacer; nos divorciamos.

Dicho esto, se dirigió hacia el polvorín, abrió la puerta de hierro, entró y volvió a cerrar. Su mujer lo miró desconcertada y dejó caer la fuente.

—¡Ay, Dios, ya le está torturando el Malo; que no cause una desgracia en el polvorín!

—¿Eso es el polvorín? —preguntó Basset—. Saltará por los aires. ¡Sálvese y lleve consigo al niño!

Echó a correr. El fraile tampoco se atrevió a entrar de nuevo y corrió detrás de él. Rosalie fue a la habitación a recoger al niño; lo tomó de la cuna, ajena a todo lo demás, como inconsciente. Si un día siguió a Francoeur, ahora huyó de él con el niño, murmurando para sí: «Hijo, esto lo hago por ti; yo hubiera preferido morir con él. ¡Hagar, tú no sufriste tanto como yo, porque yo me expulso a mí misma!».

Con estos pensamientos bajaba el repecho del fuerte por un camino desviado y se detuvo en la orilla cenagosa del río. La debilidad no le permitió seguir; por eso embarcó en un bote que estaba arrimado a la orilla, y se dejó arrastrar por el río. No quiso mirar a su alrededor; cuando se produjo un disparo cerca del puerto, imaginó que el fuerte volaba por los aires y que había perdido su media vida; fue cayendo así en un estado de embotamiento febril.

Entre tanto, los dos soldados volvían al fuerte cargados de manzanas y racimos; pero la voz potente de Francoeur les gritó con fuerza, mientras disparaba una bala de fusil sobre sus cabezas:

—¡Atrás!

Después dijo por el altavoz:

—Hablaré con vosotros al pie de la muralla alta. Aquí mando yo solo, y quiero vivir solo mientras le plazca al diablo.

No entendieron lo que eso significaba, pero no les quedó más remedio que cumplir la voluntad del sargento. Bajaron el repecho del fuerte llamado muralla alta y una vez al pie de ella vieron descender de una soga la cama de Rosalie y la cuna del niño; después, sus camas y utensilios. Francoeur dijo por el altavoz:

—Tomad lo vuestro; la cama, la cuna y los vestidos de mi desaparecida señora llevadlos a la casa del comandante. Allí la encontraréis; decid que se los envía Satanás, y también esta vieja bandera para cubrir su infamia con el comandante.

Arrojó la gran bandera francesa que había ondeado sobre el fuerte, y añadió:

—Con esto declaro la guerra al comandante; tiene tiempo para armarse hasta la noche; entonces abriré fuego; que sea implacable, como yo lo seré con él en nombre del diablo; no me atrapará por mucho que quiera. Me dio la llave del polvorín y haré uso de ella, y cuando quiera capturarme volaré al cielo con él, y del cielo al infierno; esto dará que hablar.

Basset decidió al fin intervenir y gritó desde abajo:

—Piense en nuestro monarca; él es su soberano y usted le debe obediencia.

—En mí está el rey de los reyes de este mundo —respondió Francoeur—, en mí está el diablo, y en nombre del diablo os digo: callad si no queréis que os extermine.

Al oír estas amenazas, los dos soldados recogieron en silencio sus bártulos y abandonaron el resto; sabían que la gran masa de piedras acumulada arriba podía destrozar todo lo que se encontrara al pie de la pared rocosa.

Cuando llegaron a Marsella y fueron a ver al comandante, lo encontraron en plena actividad, pues Basset le había informado de todo. El comandante envió entonces a los dos soldados con un carro en dirección al fuerte para asegurar las pertenencias de la señora ante la amenaza de lluvia, y designó a otros para buscar a la señora con el niño, mientras él reunía a los oficiales para preparar con ellos el plan de actuación. La preocupación de aquel consejo de guerra fue especialmente la posible pérdida del hermoso fuerte si volaba por los aires; pero pronto llegó un emisario de la ciudad, donde se había difundido el siniestro rumor, y consideró inevitable la destrucción de la parte más bella de la misma. Todos convinieron en que no procedía el recurso a la violencia, pues no era digno luchar contra un solo hombre; había que impedir la enorme pérdida con una táctica de condescendencia y flexibilidad; el sueño acabaría por aplacar el furor de Francoeur; entonces sería el momento en que hombres decididos escalaran el fuerte para apresarle. Apenas tomada esta resolución entraron los dos soldados que habían rescatado las camas y enseres de Rosalie. Traían un recado de Francoeur: el diablo le había hecho saber que tramaban capturarlo durante el sueño y quería disuadirlos por amor a algunos compañeros que iban a intervenir en la empresa, pues él dormiría tranquilamente en su polvorín cerrado y con los fusiles cargados, y antes de que pudieran forzar la puerta, despertaría para hacerlo estallar con un disparo en los barriles de pólvora.

—Tiene razón —dijo el comandante—, él no puede actuar de otro modo; tenemos que reducirlo por hambre.

—Abasteció ya el fuerte de víveres para todo el invierno —señaló Basset—; habrá que esperar al menos medio año; dijo también que los barcos que abastecen la ciudad tendrían que pagar elevados aranceles so pena de irse a pique, y en señal de que nadie viajaría de noche sin su consentimiento,

dispararía al atardecer algunas balas sobre el río.

—¡Dispara de verdad! —dijo uno de los oficiales, y todos corrieron a asomarse a una ventana del piso superior. ¡Qué espectáculo! En todas las esquinas del fuerte los cañones abrieron sus bocas de fuego, las balas silbaron por el aire, en la ciudad la gente fue a cobijarse en medio de un espantoso griterío y sólo algunos quisieron demostrar su valor presenciando la escena. Su riesgo quedó compensado, pues Francoeur lanzó al aire una serie de cohetes desde un obús y una serie de bengalas desde un mortero, a los que siguieron muchos más desde los fusiles. El comandante aseguró que el efecto era grandioso; él no se había atrevido nunca a lanzar fuegos artificiales con artillería; la pirotecnia se convertía así en arte meteórico, y Francoeur merecía ya por eso el indulto.

La iluminación nocturna tuvo además otra consecuencia que no entraba en las intenciones de nadie: salvó la vida a Rosalie y su hijo. Los dos se habían dormido con el dulce balanceo de la canoa, y Rosalie vio en sueños a su madre iluminada y consumida por su propio fuego interior, y le preguntó por qué sufría tanto. Entonces sintió como si una voz le dijera al oído: «Mi maldición me quema tanto como a ti, y si tú no puedes deshacerla, quedaré prisionera del mal». La voz seguía hablando, pero Rosalie había despertado ya, vio sobre sí la serie de bengalas en todo su esplendor, y oyó muy cerca a un barquero que decía:

—Virad a la izquierda, que si no, hundimos un bote ocupado por una mujer con su niño.

La proa de un gran barco fluvial se acercaba ya trepidante como las fauces abiertas de una ballena cuando viró de pronto a la izquierda, pero alcanzó de costado el bote de Rosalie.

—¡Ayudad a mi hijo! —gritó ella. El gancho de un remo sirvió para atar el bote al barco grande, que poco después echó el ancla.

—Sin los fuegos artificiales del fuerte de Ratonneau —dijo el barquero—, yo no la hubiera visto y habríamos hundido la canoa sin saberlo. ¿Cómo iba usted por el río a horas tan tardías y cómo no nos gritó?

Rosalie contestó en pocas palabras y pidió encarecidamente que los llevaran a la casa del comandante. El barquero, compasivo, le dio por guía a su chico.

Rosalie fue testigo de la agitación en que se movía el comandante. Ella le recordó la promesa de perdonar tres delitos a su marido. El comandante negó que hubiera hablado de delitos; se trataba de bromas y locuras del sargento, pero que eran muy peligrosas.

—Entonces el que ha faltado es usted —dijo la mujer con firmeza, sintiéndose ya cargada de razón—. Yo también le expuse el estado de mi pobre marido, y usted le confió un puesto tan peligroso. Me prometió guardar el secreto y se lo ha contado todo a Basset, el ayuda de cámara, que con su necia perfidia y su indiscreción nos ha traído la desgracia; el culpable de todo no es mi pobre marido sino usted. Deberá dar cuenta de ello al rey.

El comandante se defendió de la acusación de haber contado cosas a Basset. Éste confesó haberse enterado de todo por un monólogo en voz alta del comandante, y así toda la culpa recaía en el ayudante. El viejo militar declaró que al día siguiente se iba a exponer a los disparos del fuerte de Ratonneau para expiar su culpa ante el rey con la vida; pero Rosalie le pidió que no se precipitara y le recordó que ya le había salvado una vez del fuego.

A la señora de Francoeur le fue asignada una habitación en la casa del comandante; acostó al niño mientras recapacitaba y pedía a Dios inspiración para librar a su madre de las llamas y a su marido de la maldición que pesaba sobre él. Pero una vez arrodillada, se durmió profundamente y a la mañana siguiente, al despertar, no recordó ningún sueño, ninguna inspiración.

El comandante, que ya al amanecer había atacado el fuerte, tuvo que retroceder muy a su pesar. No había tenido bajas, pero fue porque Francoeur no quiso, ya que disparaba con destreza y las balas silbaban por encima de sus cabezas. El sargento había bloqueado el río con tiros de alarma y nadie pudo circular por la carretera; en suma, todo el tráfico urbano quedó paralizado aquel día, y la ciudad amenazó con que, si el comandante no actuaba con prudencia y pensaba asediar al sargento como en territorio enemigo, movilizaría a los ciudadanos y acabaría con el inválido.

Tres días aguantó el comandante esta situación; cada noche se producía el alarde pirotécnico y cada noche le recordaba Rosalie la promesa de indulgencia. Al fin, el comandante le confió que el ataque quedaba fijado para el mediodía siguiente; la ciudad había cedido porque todo el tráfico estaba paralizado y se cernía ya la situación de hambre. El comandante atacaría la entrada mientras otros trataban de escalar sigilosamente el fuerte por el otro flanco para sorprender a su marido por la espalda antes de que pudiera volar el polvorín; la operación costaría vidas humanas y el desenlace era incierto, pero él quería alejar de sí el reproche de ceder por cobardía a la arrogancia de un loco que se enfrentaba a toda una ciudad; prefería cualquier desgracia personal a esta sospecha. Había intentado arreglar sus asuntos con el mundo y ante Dios, y en su testamento no serían olvidados Rosalie y el niño. La señora se postró a sus pies y le preguntó qué suerte correría el marido cuando cayera prisionero en el ataque. El comandante se distanció de ella, y dijo en voz baja:

—La muerte es inevitable; ningún tribunal militar lo absolvería por demencia; hay demasiada lucidez, premeditación y astucia en todo su comportamiento; al diablo no se le puede llevar a juicio y el sargento tendrá que pagar por él.

Después de derramar un torrente de lágrimas, la mujer recobró la serenidad y le preguntó cuál sería su actitud si ella entregaba el fuerte en poder del comandante sin derramamiento de sangre y sin peligro; ¿le perdonaría el delito atribuyéndolo a una locura?

—Sí, lo juro —respondió el comandante—; pero es inútil; él la odia a usted más que a nadie, y ayer dijo a uno de nuestros vigilantes que entregaría el fuerte si nosotros le enviábamos la cabeza de su mujer.

—Yo lo conozco —dijo Rosalie—; quiero expulsar al demonio que tiene dentro, quiero devolverle la paz, aunque muera con él; es una suerte para mí morir a sus manos, a las que estoy ligada en virtud del juramento más sagrado.

El comandante le pidió que reflexionara; estudió su propuesta, pero no accedió a sus ruegos, ni abrigaba ninguna esperanza de evitar el desastre por ese camino.

El padre Philipp se hallaba en la casa militar y refirió que el loco Francoeur acababa de sacar una bandera blanca que tenía grabada la imagen del diablo; pero el comandante hizo caso omiso de sus noticias y le ordenó atender a Rosalie, que quería confesarse. Después de hacer su confesión con toda la calma de un corazón devoto, Rosalie rogó al padre Philipp que la acompañara hasta un roquedal bien resguardado, adonde no podía llegar ninguna bala; allí le confiaría al niño y le entregaría dinero para su educación; no podía separarse aún de su querido hijo. El padre Philipp prometió hacerlo así, no sin informarse previamente en la casa militar sobre la seguridad que ofrecía aquel lugar, ya que había perdido la fe en su capacidad exorcizadora y reconoció que lo expulsado anteriormente no era en realidad el diablo sino un espíritu de rango inferior.

Rosalie, entre lágrimas, vistió al niño de blanco con lazos rojos; lo tomó en brazos y bajó las escaleras en silencio. Abajo la esperaba el viejo comandante, que sólo pudo estrecharle la mano y tuvo que volverse de lado para que los presentes no lo vieran llorar. Rosalie salió a la calle; nadie

conocía sus intenciones; el padre Philipp caminaba rezagado por cautela; luego seguía la gente ociosa de la calle, que preguntaba al religioso qué significaba aquello. Muchos insultaron a Rosalie por ser la esposa de Francoeur; pero ella no se dio por aludida.

Entre tanto el comandante conducía sus fuerzas por caminos ocultos a los lugares elegidos para iniciar el ataque si la mujer no lograba aplacar la locura de su marido.

La multitud abandonó a Rosalie en la entrada del fuerte, pues Francoeur disparaba de vez en cuando sobre aquella zona; también el padre Philipp se quejó de debilidad; tenía que sentarse. Rosalie, lamentándolo mucho, le indicó el roquedal donde amamantaría una vez más al niño y después lo dejaría depositado, envuelto en su abrigo; allí lo encontrarían, bien resguardado, si ella no podía regresar. El padre Philipp se puso a rezar y fue a sentarse detrás de las rocas, y Rosalie avanzó con paso firme hacia el roquedal, donde dio el pecho al niño y lo bendijo, lo envolvió en su abrigo y lo adormeció. Entonces se fue exhalando un suspiro que disipó las nubes de su cara hasta quedar iluminada por el cielo azul y el brillo del sol.

Cuando Rosalie se alejaba del roquedal, era ya visible a su marido; entonces hubo un resplandor en la entrada del fuerte y ella sintió una presión que la hizo tambalear, oyó un estruendo en el aire acompañado de silbidos y esto le advirtió que la muerte pasaba cerca de ella. No se amedrentó, sin embargo; una voz interior le dijo que nada de lo que sucediera ese día iba a ser inútil. El amor al marido y al hijo estremecía aún su corazón cuando sintió que Francoeur estaba ante ella en la fortificación cargando las baterías y oyó al niño gritar a su espalda; ambos le causaban mayor sufrimiento que su propia desgracia, y el duro camino que tenía por delante no era lo que más le embargaba el corazón. Un nuevo disparo atronó sus oídos y el polvo rocoso le salpicó la cara; pero ella rezó mirando al cielo. Recorrió así el estrecho sendero de piedra, a modo de un largo tubo, destinado a asegurar con perversa avaricia, para los cañones cargados de metralla, la masa del mortífero disparo contra los asaltantes.

—¿Qué ves, mujer? —gritó Francoeur—. No mires al cielo, que no vendrán tus ángeles; aquí está tu diablo y tu muerte.

—Ni la muerte ni el diablo me apartarán de ti —dijo ella con calma, y continuó subiendo los altos escalones.

—Mujer —gritó él—, tienes más valor que el diablo; pero no te va a servir de nada.

Y sopló sobre la mecha que momentos antes quería apagar; el sudor le brillaba en la frente y en las mejillas; era como si dos naturalezas pugnarán en él. Y Rosalie no quiso impedir esta pugna ni adelantar el tiempo, que empezó a considerar como su aliado; no avanzó más y cayó de hinojos cuando se hallaba a tres escalones de distancia de los cañones que hacían fuego. El sargento se desabrochó la chaqueta y el chaleco para tomar aliento, agarró con las manos la negra cabellera que tenía erizada salvajemente en bucles y empezó a arrancársela con furia. Entonces se le abrió la herida de la cabeza por los golpes que se dio en la frente: las lágrimas y la sangre apagaron la mecha encendida y un remolino de viento se llevó la pólvora de los oídos de los cañones y arrancó la bandera diabólica del polvorín.

—El deshollinador se abre paso y grita desde la chimenea —dijo el sargento, y cerró los ojos. Después reflexionó, abrió la puerta de la verja, avanzó tambaleando hacia su mujer, la levantó en brazos, la besó, y dijo al fin:

—El minero renegrado superó la oscuridad; brilla de nuevo la luz en mi cerebro y circula el aire, y el amor volverá a encender un fuego que derrita nuestro hielo. ¡Ay, Dios, cuánto mal he causado

estos días! No perdamos tiempo; ellos nos van a conceder pocas horas. ¿Dónde está mi hijo? Quiero besarlo porque aún soy libre. ¿Qué es morir? ¿No morí yo una vez, cuando tú me abandonaste? Y ahora vuelves y tu venida me da más de lo que me pudo quitar tu separación: un sentimiento infinito de mi existencia, cuyos instantes me bastan. Me gustaría vivir ahora contigo, aunque tu culpa hubiera sido mayor aún que mi desesperación; pero conozco la ley marcial y ahora puedo morir, gracias a Dios, después de recobrar la razón, como un cristiano arrepentido.

Rosalie, casi ahogada por las lágrimas, apenas pudo decirle que *él* estaba perdonado, que *ella* no tenía culpa y que el hijo lo esperaba cerca. Le vendó la herida a toda prisa y después lo condujo, bajando los escalones, hasta el roquedal donde había dejado al niño. Allí encontraron al buen padre Philipp junto al bebé, que detrás de la rocalla se había arrastrado paulatinamente hasta él y en aquel momento dejó volar algo que tenía en las manos para extenderlas hacia su padre. Y mientras los tres se fundían en un abrazo, el padre Philipp contó cómo dos palomas habían bajado del castillo y empezaron a jugar alegremente con el niño, se dejaron tocar por él y parecía que lo consolaban en su abandono; al ver la escena, el religioso se había atrevido a acercarse al niño.

—Han sido como ángeles buenos, compañeros de juego de mi niño en el fuerte; lo han visitado fielmente y volverán sin duda y no lo abandonarán.

Las palomas, en efecto, revoloteaban amistosamente y traían hojas verdes en sus picos.

—El pecado nos separó —dijo Francoeur—; nunca volveré a perder la paz; la paz me hace mucho bien.

Entre tanto el comandante se había acercado con los oficiales porque presenció el feliz desenlace con su catalejo. Francoeur le entregó la espada y él le certificó el perdón porque su lesión le había hecho perder el juicio, y ordenó a un cirujano examinar la herida y vendarla mejor. Francoeur tomó asiento y los dejó hacer, atento sólo a la contemplación de su mujer y su hijo. El cirujano se extrañó de no observar en su rostro ningún signo de dolor; le extrajo de la herida una esquirla ósea que había producido supuración alrededor; parecía como si la fuerte naturaleza de Francoeur hubiera trabajado lenta e ininterrumpidamente en su expulsión hasta que al fin la violencia exterior, la propia mano de su desesperación, rompió la corteza. Aseguró que sin esta feliz circunstancia una demencia incurable hubiera destruido al infeliz Francoeur.

Para evitarle esfuerzos lo acomodaron en un carro y su entrada en Marsella en medio de un pueblo que siempre sabe apreciar más el valor que la bondad fue como un paseo triunfal. Las mujeres arrojaban coronas de laurel al carro y se agolpaban alrededor deseosas de conocer al orgulloso rebelde que había tenido en vilo a tantos miles de personas durante tres días; pero los hombres ofrecían sus ramos de flores a Rosalie y su hijo, la celebraron como libertadora y juraron compensarla espléndidamente por haber salvado de la ruina su ciudad.

Después de aquellos días difícilmente podía haber en esas vidas otros episodios dignos de mención, aunque sus protagonistas, una vez recuperada la felicidad y superada la maldición, sólo en estos años, más sosegados, conocieron todo el alcance de la dicha conquistada. El viejo y bondadoso comandante adoptó como hijo a Francoeur, y aunque no pudo transmitirle el apellido, le dejó una parte de sus bienes y su bendición. Y algo que emocionó aún más a Rosalie: al cabo de algunos años llegó una información de Praga según la cual un amigo de la madre declaró que ésta, después de pasar un año entre dolores de muerte, se arrepintió de la maldición que lanzara sobre su hija y vivió desde entonces con el deseo ardiente de redención de cuerpo y alma para sí y para el mundo, hasta el día en que Dios premió la fidelidad y entrega de Rosalie; ese día, iluminada y sosegada por una luz

íntima, expiró llena de fe en el Redentor.

*La gracia cancela el pecado
El amor expulsa al diablo.*

EL HAYA DEL JUDÍO

Un cuadro de costumbres de la Westfalia montañosa

¿Dónde está la mano delicada capaz de discernir las turbulencias de un cerebro estrecho para lanzar sin temblar la piedra a un pobre ser atrofiado? ¿Quién osa medir la pura presión de la sangre, ponderar cada palabra que hundió sus raíces por siempre en un pecho joven, sorprender el prejuicio, secreto ladrón del alma? Oh, tú, feliz, nacido y nutrido en el espacio diáfano, cuidado por mano amorosa, ¡deja el platillo de la balanza: te está vedado! ¡Deja la piedra, no sea que dé en tu propia cabeza!

FRIEDRICH Mergel, nacido en 1738, fue hijo único de un modesto terrateniente del pueblo de B. Este pueblo, mal construido y lleno de humo, fascinaba sin embargo al viajero por la extremada belleza de su paisaje: se alzaba en medio del verde desfiladero de una montaña que destacaba por su mole y por su historia. El pequeño país al que pertenecía el pueblo era por entonces uno de aquellos rincones del mundo, sin fábricas, comercio ni caminos militares, donde una cara extraña llamaba la atención y un viaje de treinta leguas le convertía a uno en el Ulises de la región; en suma, una comarca como tantas otras de Alemania, con todos los defectos y virtudes, con toda la originalidad y limitación que se dan en esas circunstancias.

Debido a la extrema simplicidad e insuficiencia de las leyes que los regían, los habitantes profesaban unas ideas bastante confusas sobre lo justo y lo injusto, o, más exactamente, se había formado junto al derecho legal un segundo derecho de la opinión pública, de la costumbre y de la prescripción por desidia. Los barones, a los que competía la administración de la justicia en primera instancia, castigaban y premiaban en la mayoría de los casos según su leal saber y entender; el súbdito hacía lo que estaba en su mano y lo que creía compatible con su conciencia, una conciencia bastante ancha, y sólo al perdedor se le ocurría a veces hurgar en los viejos y polvorientos legajos.

Es difícil ver esa época con imparcialidad; una vez desaparecida, unos la censuran con suficiencia y otros la alaban bobaliconamente, y los que vienen después ya no la comprenden. Se puede afirmar, sin embargo, que las formas se guardaban poco, pero el fondo era más sólido; los delitos eran frecuentes, mas no tanto la mala fe. El que obra según sus principios, aunque éstos sean deficientes, nunca puede perderse del todo, y no hay peor cosa que esgrimir el derecho formal contra el sentimiento interior de lo que es justo.

Alguien que fuera más inquieto y emprendedor que sus vecinos destacaba mucho más en el pequeño Estado del que hablamos que en otras partes en iguales circunstancias. Las infracciones de la ley de montes y caza estaban a la orden del día, y en las frecuentes reyertas que ocurrían cada cual se tomaba la justicia por su mano. La extensa y rica masa forestal constituía la principal riqueza del país y los bosques eran objeto de una severa vigilancia, pero no tanto por vías legales como con intentos siempre renovados de contrarrestar la violencia y la astucia con las mismas armas.

El pueblo de B. tenía fama de ser el municipio más arrogante, astuto y atrevido de todo el principado. Quizá su situación en medio de la profunda y orgullosa soledad del bosque fomentaba el

carácter obstinado de los nativos; la cercanía de un río que desembocaba en el mar, y por el que navegaban embarcaciones cubiertas con capacidad de carga suficiente para transportar madera de construcción naval fuera del país, estimulaba aún más la audacia natural de los infractores, y la circunstancia de que los guardas forestales pulularan por todas partes era un acicate más, ya que en las frecuentes escaramuzas los lugareños solían llevar ventaja. Treinta o cuarenta carros salían en las hermosas noches de luna con el doble número de personas de toda edad, desde el muchacho imberbe hasta el alcalde setentón que, como animal experimentado, guiaba la expedición con el mismo sentimiento de orgullo que lo embargaba al ocupar su puesto en la sala de la audiencia. Los que se quedaban en el pueblo oían despreocupados el lento apagarse de los chirridos y golpes de los carros en las cañadas y volvían a conciliar el sueño. Un disparo suelto o un débil grito sobresaltaban a alguna joven señora o novia; nadie más reparaba en ello. A las primeras luces del amanecer regresaban con el mismo sigilo los rostros bronceados y algún que otro expedicionario con la cabeza vendada, sin que nadie le diera importancia, y unas horas después se hablaba en los alrededores de la desgracia de uno o varios empleados forestales que eran sacados del bosque maltrechos, deslumbrados con el rapé e incapaces de ejercer su oficio por algún tiempo.

En este ambiente nació Friedrich Mergel, en una casa donde el airoso aditamento de un colector de humos y unos cristales menos diminutos de lo habitual delataban las pretensiones de su constructor; y su deterioro presente, las circunstancias adversas del dueño actual. La balaustrada que rodeó antaño la finca y el jardín había cedido el puesto a una cerca ruinosa; el techo de la casa tenía desperfectos; el ganado ajeno pastaba en los caminos, el trigo de otros crecía en el campo contiguo, y en el jardín, aparte de algunos rosales leñosos de tiempos mejores, abundaba más la maleza que las hortalizas. Muchos infortunios habían llevado a esa situación; pero hubo también mucho desorden y una mala administración. El padre de Friedrich, el viejo Hermann Mergel, fue en su juventud lo que se llamaba un bebedor formal, que sólo yacía en la cuneta los domingos y días festivos, y el resto de la semana era cumplidor como el que más. Por eso no tuvo dificultad en conquistar a una chica muy bonita y adinerada. La boda fue alegre; Mergel no bebió demasiado, y los padres de la desposada volvieron a casa contentos. Pero el domingo siguiente muchos pudieron ver a la joven esposa correr por el pueblo dando gritos despavorida, en busca de los suyos, después de dejar en casa sus mejores vestidos y el ajuar de novia. Fue un gran escándalo y motivo de grave disgusto para Mergel, que necesitó desahogarse con algo. Por la tarde no quedaba un cristal sano en la casa, y se le vio hasta altas horas de la noche tendido ante el umbral, llevándose a la boca de cuando en cuando un gollete roto y destrozándose la cara y las manos con los cascotes de la botella. La joven esposa permaneció en casa de sus padres, donde pronto se fue marchitando y murió. Mergel, consumido por los remordimientos o por la vergüenza, parecía necesitar cada vez más de un desahogo y pronto empezó a seguir el camino de los degenerados.

La economía doméstica fue de mal en peor y las criadas precipitaron la ruina; así fueron pasando los años. Mergel quedó hecho un viudo desolado; en el fondo, un pobre infeliz... hasta que un buen día empezó otra vez de novio. Si ya el hecho en sí fue algo inesperado, la personalidad de la novia contribuyó a aumentar la sorpresa. Margret Semmler era una mujer formal y decente, ya cuarentona; en su juventud había sido una beldad en el pueblo y todavía tenía fama de persona discreta y amable, y no sin bienes de fortuna; nadie se explicó cómo pudo dar aquel paso. Nosotros creemos encontrar la razón precisamente en esa perfección suya, de la que era muy consciente. Parece que en vísperas de la boda comentó: «Una mujer que es maltratada por el marido es tonta o no vale nada; si me van mal las

cosas, la culpa será mía». El tiempo demostró que sobrevaloraba sus fuerzas. Al principio logró dominar a su marido; éste, cuando se propasaba, no iba a casa o buscaba cobijo en el granero; pero el yugo le resultó demasiado pesado para soportarlo mucho tiempo, y pronto se le empezó a ver cruzando la calle con andar vacilante, camino de casa; se oía el alboroto que armaba dentro y Margret cerraba la puerta y las ventanas. Uno de esos días —que ya no eran sólo domingos— vieron a la mujer salir al anochecer, sin toca ni pañoleta, el pelo revuelto y la cabeza hundida, agacharse en el jardín junto a un cuadro de hortalizas y excavar la tierra con las manos, mirar en torno con angustia, cortar veloz un manojo de verduras y volver lentamente, mas no a la casa sino al granero. Se rumoreó que aquel día Mergel le había pegado por primera vez, aunque ella nunca lo confesó.

El segundo año de esta desgraciada unión trajo la novedad de un hijo, una novedad nada alegre, pues Margret debió de llorar mucho cuando le pusieron el niño en brazos. Pese a todo, y aunque fue criado por una madre desolada, Friedrich fue un hermoso niño que creció robusto al aire libre. El padre lo quería mucho; nunca volvía a casa sin traerle un panecillo o alguna golosina, y se decía incluso que desde el nacimiento del niño se había formalizado; al menos los alborotos remitieron en la casa.

Friedrich tenía ya nueve años. Era la fiesta de Reyes. Una cruda y tormentosa noche de invierno Hermann había ido a una boda con la antelación necesaria para llegar puntual a la casa de la novia, que distaba tres cuartos de legua. Aunque había prometido regresar por la noche, la señora Margret no esperaba que lo hiciera, pues al atardecer se había desatado una fuerte tempestad de nieve. Al filo de las diez, Margret apagó las cenizas del fogón y se disponía a acostarse. Friedrich estaba a su lado ya casi desvestido y escuchaba el aullido del viento y el crujir de las ventanas del bajo.

—Madre, ¿no viene el padre? —preguntó.

—No, hijo; vendrá mañana.

—¿Por qué no, madre? Lo ha prometido.

—Ay, Dios... si hiciera todo lo que promete... Vamos, acuéstate.

Apenas se habían acostado, cuando se levantó un remolino de viento como si quisiera llevarse la casa. La cama oscilaba ligeramente y algún duende parecía trastear en la chimenea.

—Madre, alguien llama a la puerta.

—Calla, Friedrich; es la viga floja movida por el viento.

—No, madre; llaman a la puerta.

—La puerta no cierra bien; tiene averiado el picaporte. Duerme, por Dios. Déjame descansar.

—¿Y si es el padre?

La madre se volvió de lado bruscamente.

—¡Ya se encargará de él el diablo!

—¿Dónde está el diablo, madre?

—Mira, pesado; está a la puerta y te llevará como no te calles.

Friedrich calló; siguió escuchando un rato y concilio el sueño. Despertó pasadas algunas horas. El viento había cambiado de dirección y silbaba en sus oídos como una serpiente por las rendijas de la ventana. Sintió frío en el hombro; se acurrucó bajo el edredón y el miedo le hizo estar callado. Al poco advirtió que la madre tampoco dormía. La oyó llorar mientras rezaba: «Dios te salve, María... Ruega por nosotros, pecadores». Las cuentas del rosario le brillaban en la cara. Al niño se le escapó un suspiro.

—Friedrich, ¿estás despierto?

—Sí, madre.

—Hijo, reza un poco... la mitad del padre nuestro, que ya te sabes. Que Dios nos libre de peligros del agua y del fuego.

Friedrich fantaseó sobre el diablo, se preguntaba qué aspecto tendría. Los ruidos de la casa lo sobresaltaban; creía sentir algo vivo dentro de sus muros, y también fuera.

—Escucha, madre. Alguien llama.

—No, hijo; son las maderas viejas de la casa, que crujen.

—¡Escucha! ¿No oyes? ¡Están llamando!

La madre se enderezó en la cama; la furia de la tempestad había amainado por un momento. Se oyó con claridad que llamaban en los postigos de la ventana; varias voces gritaban:

—¡Margret! ¡Señora Margret! ¡Abra!

—¡Ya me traen a ese cerdo! —exclamó Margret.

El rosario voló por los aires hasta caer en la silla. Margret tomó los vestidos y entró en la cocina. Al poco rato Friedrich oyó cómo cruzaba la era con paso firme. Margret no volvió, pero había murmullos y voces extrañas en la cocina. Dos veces entró un hombre en la habitación; parecía buscar algo. De pronto, alguien introdujo una lámpara y dos hombres trajeron a la madre; estaba blanca como la cera y tenía los ojos cerrados. Friedrich creyó que estaba muerta y dio un grito terrible. Alguien le dio una bofetada que le hizo callar. El niño averiguó por las frases sueltas que iba oyendo que el padre había muerto; el tío Franz Semmler y el guarda Hülsmeier lo habían encontrado sin vida en el bosque, y ahora estaba tendido en la cocina.

Cuando Margret volvió en sí, echó fuera a la gente extraña. El hermano se quedó con ella, y Friedrich, condenado a permanecer en la cama, estuvo oyendo toda la noche el chisporroteo del fuego en la cocina, un ir y venir de personas y el frufrú de un cepillo. Hablaban poco y en voz baja, pero a veces la madre dejaba escapar algún quejido que al niño lo estremecía hasta los tuétanos a pesar de su tierna edad. Una vez oyó que el tío decía: «Margret, no te preocupes, encargaremos tres estipendios de misas cada uno y en Pascua iremos juntos en peregrinación a la Virgen de Werl».

A los dos días se llevaron el cadáver. Margret se sentó junto al fogón, tapándose la cara con el delantal. Pasados unos minutos, cuando todo estaba en calma, dijo para sí: «Diez años, diez cruces; pero las aguantamos juntos. Ahora me quedo sola». Llamó a su hijo:

—Friedrich, ven.

Friedrich se acercó asustado; la madre le produjo una impresión extraña con los lazos negros y el semblante desfigurado.

—Friedrich, ¿seguirás siendo bueno para darme ese consuelo, o vas a ser grosero, y mentir, beber o robar?

—Madre, Hülsmeier roba.

—¿Hülsmeier? ¡Por Dios! ¡A ver si te doy un cachete...! ¿Quién te ha dicho esa barbaridad?

—Hace poco le pegó a Aron y le quitó seis centavos.

—Si le quitó dinero a Aron, seguro que el maldito judío lo engañó antes. Hülsmeier es un hombre formal y de orden, y los judíos son todos unos bellacos.

—Pero, madre, Brandis dice también que roba madera y venados.

—Hijo, Brandis es un guarda forestal.

—Madre, ¿los guardas forestales mienten?

Margret calló un instante, y dijo:

—Escucha, Friedrich; los árboles crecen en todas partes y los animales salvajes pasan de un territorio a otro; no tienen dueño. Pero esto no lo entiendes aún. Ahora ve al almacén y tráeme leña.

Friedrich había visto a su padre tendido sobre la paja, con la cara amoratada y en estado lastimoso; pero nunca habló de esto, ni le gustaba recordarlo. La imagen de su padre le producía ternura mezclada con horror, pues nada atrae tanto como el amor y la solicitud de una persona que parece insensible a todo lo demás. Este sentimiento fue creciendo en Friedrich con los años, al tiempo que otros guardaban con él una actitud de reserva. Le resultaba doloroso en extremo, de niño, que alguien no hablara con elogio del difunto, y de esta congoja no le compensaba la ternura que los vecinos sentían hacia él. En esos pueblos no se suele respetar la memoria del que ha fallecido en circunstancias extrañas. El viejo Mergel se convirtió en el fantasma del bosque de Brede; a un borracho lo trasladó en un santiamén, como un fuego fatuo, al estanque de Zellerkolk; los zagales, mientras cenaban al amor de la lumbre, acompañados del canto de las lechuzas en los valles, oían a veces decir en sonidos entrecortados: «Escucha, distinguida Lieseken», y un pobre leñador que se había dormido bajo el roble ancho y le duró el sueño toda la noche, pudo ver al despertar su rostro amoratado asomando entre las ramas. Friedrich había oído contar a otros chicos esta clase de historias; en esos momentos se ponía a berrear y repartía golpes a diestro y siniestro; una vez pinchó a uno con su navajita y le dieron una paliza brutal. Desde entonces llevaba las vacas de su madre al otro extremo del valle, donde lo veían a menudo tendido en la hierba durante horas y arrancando el tomillo del suelo.

Tenía doce años cuando su madre recibió la visita del hermano menor, que vivía en Brede y desde la infausta boda de su hermana no había pisado la casa.

Simon Semmler era un hombre de baja estatura, flaco y nervioso, de ojos saltones y rostro vivaracho, una persona extraña que pasaba repentinamente del grave hermetismo a una estudiada franqueza; le hubiera gustado presumir de ilustrado, pero le consideraban un sujeto fatal y pendenciero y todos procuraban evitarlo a medida que se acercaba a la vejez, cuando las personas de poca valía tienden a ganar en pretensiones lo que pierden en facultades. Sin embargo, la pobre Margret se alegró con la visita porque era el único superviviente de la familia.

—¿Eres tú, Simon? —Margret se sintió tan emocionada que tuvo que aferrarse a la silla—. ¿Vienes a ver qué tal nos va a mí y a mi desaseado chico?

Simon la contempló serio y le alargó la mano.

—Has envejecido, Margret.

—He pasado muchos contratiempos —contestó ella suspirando.

—Claro, chica; quien se casa tarde, se arrepiente. Ahora eres vieja, y el niño, demasiado joven. Cada cosa a su tiempo, y cuando una casa vieja arde, no se pueden apagar las llamas.

En el rostro demacrado de Margret asomó una llama roja como la sangre.

—Pero me dicen que el niño es listo y avisado —continuó Simon.

—Sí, bastante, y es además bueno.

—Bien; a uno que robó una vaca también lo tenían por bueno. Pero el niño es callado y retraído, ¿no? ¿Va con los otros niños?

—Es un niño especial —dijo Margret como hablando consigo misma—, y eso no es bueno.

Simon se echó a reír.

—Tu chico es tímido, porque en más de una ocasión le han dado una paliza. El mozo se lo hará pagar un día. Hülsmeier estuvo hace poco en mi casa y me dijo que era ágil como un venado.

¿Qué madre no se siente halagada cuando hablan bien de su hijo? La pobre Margret disfrutaba rara vez de estas ocasiones; la gente se mostraba malévol y reservada sobre su hijo. Se le saltaron las lágrimas.

—Sí, tiene buenas piernas, gracias a Dios.

—¿A quién se parece? —continuó Simon.

—Se da un aire a ti, Simon; bastante.

Simon se echó a reír.

—Oh, debe de ser un bicho raro; yo soy cada día más guapo... Que no pierda tiempo en la escuela. ¿Le dejas guardar las vacas? Está bien. El maestro está muy equivocado... ¿Y dónde las pastorea? ¿En el valle de Telgen? ¿En el Roderholz? ¿En el bosque de Teutoburgo? ¿También de noche y de madrugada?

—Se pasa noches enteras. Pero ¿por qué lo dices?

Simon, eludiendo la pregunta, se asomó a la puerta.

—Ea, ahí llega el mozo. ¡La estampa viva de su padre! Bambolea los brazos como él. ¡Y mira, el chico tiene mi pelo rubio!

Una leve sonrisa de orgullo iluminó el rostro de la madre. ¡Los bucles rubios de Friedrich y el pelo rojizo de Simon! Sin contestar, fue a cortar una rama del seto próximo y salió al encuentro del hijo como si fuera a arrear a una vaca perezosa, pero en el fondo para susurrarle unas palabras de advertencia, pues conocía su natural arisco, y la actitud de Simon le pareció aquel día más dominante que nunca. Sin embargo, todo transcurrió mejor de lo esperado. Friedrich no estuvo frío ni insolente; más bien algo soso y con ganas de caerle bien al tío. Así, tras una conversación de media hora, Simon propuso una especie de adopción del niño en virtud de la cual, sin quitárselo del todo a su madre, dispondría de él la mayor parte del tiempo, y a cambio le tocaría al final la herencia del viejo solterón, que de todos modos nadie le podría arrebatar. Margret, con toda paciencia, le dejó explicar las grandes ventajas y los pequeños inconvenientes que el trato suponía para ella. Sabía perfectamente la necesidad que tenía, como viuda achacosa, de un niño de doce años al que ya había acostumbrado a ocupar el puesto de una hija. Calló, sin embargo, y asintió a todo. Sólo pidió al hermano, insistentemente, que no fuese duro con el muchacho.

—Él es bueno —dijo—, pero yo soy viuda y mi hijo no ha tenido la mano de un padre que lo gobernara.

—Déjame hacer —respondió Simon con un gesto de complicidad—; nos vamos a llevar muy bien. ¿Y sabes lo que te digo? Dame ahora mismo al niño, que debo cargar dos sacos del molino; el más pequeño es para él; así aprenderá a colaborar. Ven, Friedrich, ponte los zuecos.

Margret los siguió con la vista. Simon abría la marcha cortando el aire, que agitaba cómo llamas los vuelos de su chaqueta roja; tenía la apariencia de un hombre ígneo que penase bajo el saco robado. Friedrich lo seguía fino y esbelto para su edad, de facciones delicadas, casi nobles, y largo pelo rubio, mejor cuidado de lo que cabía esperar del resto de su porte: andrajoso, tostado al sol, con expresión de descuido y cierta ruda melancolía en los rasgos. Era innegable, no obstante, el gran parecido físico de ambos; y Friedrich, en su lento caminar detrás de su guía, la mirada en él, atraído justamente por lo extraño de su figura, evocaba inevitablemente a alguien que contempla en un espejo mágico la imagen de su futuro.

Se acercaban al lugar del bosque de Teutoburgo, donde el hayedo de Brede ocupa la ladera de la montaña y puebla un sombrío desfiladero. Hasta entonces habían hablado poco. Simon parecía

ensimismado; el niño, distraído, y los dos jadeaban bajo los sacos. De pronto preguntó Simon:

—¿Te gusta el aguardiente?

El niño no contestó.

—Te pregunto si te gusta el aguardiente. ¿No te lo ofrece tu madre?

—La madre no tiene aguardiente.

—Ah, ya. Mejor así... ¿Conoces ese bosque?

—Es el bosque de Brede.

—¿Sabes también lo que ocurrió ahí?

Friedrich guardó silencio. Mientras tanto se iban aproximando más al sombrío desfiladero.

—¿Tu madre sigue tan rezadora? —Simon rompió de nuevo el silencio.

—Dos rosarios cada noche.

—¿Ah, sí? ¿Y tú la acompañas?

El niño esbozó una media sonrisa, mirando de soslayo.

—La madre reza un rosario al anochecer, antes de la cena; generalmente yo no estoy aún de vuelta con las vacas. Y el otro, en la cama; entonces yo me suelo dormir.

—Bien, bien, camarada.

Estas últimas palabras las pronunció Simon bajo una majestuosa haya que cubría como una bóveda la entrada del desfiladero. La oscuridad era total. La luna asomaba en el cielo, pero su débil resplandor sólo servía para dar un perfil extraño a los objetos que iluminaba a veces entre el ramaje. Friedrich se arrimó a su tío, aceleró el ritmo de la respiración, y si alguien pudiera distinguir sus facciones habría percibido los signos de una enorme tensión que era más fruto de la fantasía que del miedo. Avanzaban los dos, Simon con el paso firme del caminante habituado y Friedrich inseguro y como sonámbulo. Al niño le pareció que todo se movía y que los árboles se balanceaban, unas veces juntos y otras por separado a la luz de la luna. Las raíces de los árboles y los sitios resbaladizos por el agua acumulada le dificultaban el paso; varias veces estuvo a punto de caer. La oscuridad empezó a disiparse a lo lejos y pronto se encontraron los dos en un gran claro del bosque. La luna brillaba con intensidad y permitió observar que, poco antes, el hacha se había cebado allí sin piedad. Emergían tocones de árboles por todas partes, algunos de ellos a varios pies sobre el suelo, como si los infractores hubieran buscado, con las prisas, la vía más cómoda para el corte; el trabajo clandestino tuvo que ser interrumpido bruscamente, pues había un haya que cruzaba la senda, con todo el follaje, las ramas extendidas hacia el cielo y las hojas aún frescas temblando al aire nocturno. Simon se detuvo un momento y miró con atención el árbol talado. En medio del claro se alzaba un viejo roble, más ancho que alto; un débil rayo de luz que se filtraba entre las ramas iluminó el tronco hueco, circunstancia que lo salvó probablemente de la destrucción general. En esto Simon asió al niño del brazo.

—Friedrich, ¿conoces este árbol? Es el hermoso roble.

Friedrich, sobresaltado, se aferró a su tío con ambas manos.

—Mira —continuó Simon—, aquí encontraron tío Franz y Hülsmeier a tu padre cuando murió borracho y sin sacramentos.

—¡Tío, tío! —gimió Friedrich.

—¿Qué te ocurre? No me dirás que tienes miedo... ¡Diablo de chico, que me oprimes el brazo...! ¡Suelta! —intentó desprenderse del chico—. Tu padre, en realidad, era una buena persona. Dios no habrá sido severo con él. Yo lo quería como si fuera mi hermano.

Friedrich soltó el brazo de su tío y los dos recorrieron en silencio el resto del camino forestal. El pueblo de Brede apareció ante ellos con sus cabañas de adobe y sus viviendas de ladrillo, una de las cuales era la casa de Simon.

La tarde siguiente Margret llevaba ya una hora sentada a la puerta con su rueca, aguardando al niño. Había pasado la primera noche de su vida, desde que tuvo al niño, sin oírle respirar a su lado, y Friedrich no llegaba. Se sentía molesta y angustiada, aun sabiendo que no tenía motivo para ello. El reloj de la torre dio las siete, el ganado volvía a los establos; él seguía sin aparecer y Margret tuvo que levantarse para mirar si estaban las vacas. Cuando volvía a la oscuridad de la cocina, vio a Friedrich junto al fogón; estaba calentándose las manos en las brasas. El resplandor del fogón daba a sus facciones un aire patético de delgadez y espasmo angustioso. Margret se detuvo en la puerta de la era: tan extrañamente cambiado le pareció el niño.

—Friedrich, ¿qué tal está el tío?

El niño murmuró algunas frases ininteligibles y se arrimó a la pared medianera.

—Friedrich, ¿no sabes hablar? ¡Niño, abre esa boca! Sabes que no oigo bien del oído derecho.

Él empezó a balbucear. Margret no entendió nada.

—¿Qué dices? ¿Saludos del maestro Semmler? ¿Que se ha ido? ¿Adónde? Las vacas han vuelto ya. Pero este niño... ¡Que no logro entenderte! ¡Espera, voy a ver si tienes lengua!

Avanzó unos pasos. El niño la miró con el gesto lastimero de un pobre perrito que está aprendiendo a defenderse y patea el suelo y oprime la espalda contra el muro.

Margret se detuvo angustiada. El niño le pareció como contrahecho, sus prendas de vestir tampoco eran las mismas. Aquél no era su hijo. Y sin embargo...

—¡Friedrich, Friedrich! —gritó.

En el dormitorio crujió la puerta de un armario y el llamado a gritos apareció portando en una mano un «violín de madera», esto es, un zueco viejo revestido de tres o cuatro cuerdas de violín, y en la otra un arco digno de tal instrumento. Avanzó hacia su doble infortunado, pero con un gesto de dignidad y suficiencia que marcó fuertemente, en ese momento, la diferencia entre los dos niños extrañamente parecidos.

—Aquí tienes, Juan —dijo alargándole con aire protector la obra de arte—. Aquí tienes el violín que te prometí. Mis juegos han terminado; ahora tengo que ganar dinero.

Juan miró con timidez a Margret, extendió lentamente la mano para asir con fuerza lo ofrecido y se lo guardó como furtivamente bajo la raída chaquetilla.

Margret no despegó los labios y dejó hacer a los niños. La mente se le fue en otra dirección más preocupante y paseó la mirada inquieta de uno a otro. El niño forastero volvió a inclinarse sobre las brasas con una expresión de fugaz bienestar rayana en la idiotez, mientras el semblante de Friedrich reflejaba un sentimiento más egoísta que afectuoso y sus ojos de brillo cristalino dieron por primera vez la imagen de aquella irrefrenable ambición y jactancia que fue después el móvil de casi todos sus actos.

La voz de la madre lo distrajo de unos pensamientos que eran para él nuevos y agradables. Ella había vuelto a sentarse junto al torno de hilar.

—Friedrich —dijo vacilante—, dime...

No siguió. Friedrich la miró y, ante el silencio de la madre, se volvió hacia su protegido.

—No, escucha —insistió la madre en voz baja—. ¿Quién es ese niño? ¿Cómo se llama?

—Es el porquero de tío Simon —contestó Friedrich en el mismo tono—, que trae un recado para

Hülsmeyer. El tío me ha dado un par de zuecos y un chaleco de dril; el niño ha cargado con ellos por el camino y yo le prometí el violín por el servicio. Es un niño pobre; se llama Juan.

—¿Qué más?

—¿Qué quieres decir, madre?

—El apellido.

—No tiene. Bueno, sí. Nadie. Se llama Juan Nadie. No tiene padre —añadió en voz baja.

Margret se levantó y fue a la habitación. Al poco rato salió con una expresión dura y sombría en la cara.

—Bueno, Friedrich. Deja marchar al niño para que haga el recado —y dirigiéndose a él—: Niño, ¿hasta cuándo vas a seguir arrimado a la ceniza? ¿No tienes nada que hacer en tu casa?

El niño se enderezó con el gesto de un perseguido y escapó con tal precipitación que casi se le cayó al fuego el violín de madera.

—Espera, Juan —dijo Friedrich en actitud orgullosa—; toma medio panecillo, es demasiado para mí; la madre me da siempre uno entero.

—Déjalo ya —dijo Margret—, que se va a casa.

—Sí, pero allí no le dan más. Tío Simon cena a las siete.

Margret se volvió hacia el niño.

—¿No guarda nada para ti? Dime, ¿quién te cuida?

—Nadie —balbuceó el niño.

—¿Nadie? —repitió ella—. Entonces toma, toma —insistió—. De modo que te apellidas Nadie y nadie cuida de ti. ¡Eso clama al cielo! Y ahora puedes irte. Friedrich, no lo acompañes, ¿oyes?; no vayáis juntos por el pueblo.

—Sólo voy a traer leña del almacén —contestó Friedrich.

Cuando salieron los dos niños, Margret se dejó caer en una silla y juntó las manos con expresión de la más profunda amargura. Tenía el rostro lívido.

—¡Perjurio, perjurio! —gimió—. ¿Qué pasa aquí? Simon, Simon, ¡qué responsabilidad ante Dios!

Estuvo sentada un rato, rígida con los labios apretados, como ensimismada.

Friedrich, de pie ante ella, le había dirigido ya dos veces la palabra.

—¿Qué pasa? ¿Qué quieres? —preguntó sobresaltada.

—Le traigo el dinero —le contestó con más extrañeza que susto.

—¿Dinero? ¿Dónde está?

Margret hizo un movimiento y la pequeña moneda cayó al suelo tintineando. Friedrich se apresuró a recogerla.

—Dinero de tío Simon por haberlo ayudado en el trabajo. Ya puedo ganar por mi cuenta.

—¿Dinero de Simon? ¡Tíralo, fuera!... No, dalo a los pobres... Pero no, guárdalo —susurró en tono casi imperceptible—. Nosotros también somos pobres. ¡Quién sabe si tendremos que mendigar un día!

—El lunes vuelvo con el tío para ayudarle en la siembra.

—¿Otra vez con él? No, no, nunca más —abrazó al niño con violencia, para añadir entre un estallido de lágrimas en sus mejillas demacradas—. No, vete; es mi hermano, y hay malas lenguas. ¡Pero ten presente a Dios y no te olvides del rezo diario!

Margret reclinó la frente en la pared y lloró a lágrima viva. Había soportado muchas cargas, los

malos tratos del marido, su muerte y el momento amargo de dejar en usufructo el último trozo de tierra a un acreedor y de arrumbar el arado delante de la casa; pero nunca se había sentido tan mal. Sin embargo, después de pasar una parte de la noche llorando y otra en vela, llegó a la conclusión de que su hermano Simon no podía ser tan desalmado; el niño no podía ser hijo suyo y los parecidos no significaban nada. Ella misma había perdido, cuarenta años atrás, a una hermana que era el vivo retrato de un buhonero de otro pueblo. Cuando se tiene tan poco y se puede perder ese poco, uno está dispuesto a creer lo que sea.

Desde ese día Friedrich pasaba bastante más tiempo en casa. Simon parecía dedicarle todo el afecto de que era capaz al hijo de su hermana; al menos lo echaba mucho de menos y enviaba recados cuando un quehacer doméstico lo retenía algún tiempo con su madre. El muchacho parecía otro; su aire soñador había desaparecido, pisaba firme, empezó a cuidar su apariencia exterior y pronto cobró fama de muchacho guapo e inteligente. Su tío, que no podía vivir sin proyectos, emprendía a veces trabajos públicos de cierta importancia, por ejemplo, en construcción de caminos, y Friedrich llegó a ser su mejor peón. Simon lo consideró como su mano derecha; no tenía aún las fuerzas de un adulto, pero pocos lo igualaban en resistencia. Hasta aquel momento Margret había querido a su hijo, pero en adelante empezó a estar orgullosa y a sentir una especie de reverencia ante él, viendo cómo se iba desenvolviendo sin su intervención y sin sus consejos, esos consejos que a ella, como a la mayoría de las personas, le parecían inestimables y por eso la asombraba que alguien pudiera prescindir de tan valioso apoyo.

A sus dieciocho años, Friedrich adquirió una sólida fama entre la juventud del pueblo por haber ganado la apuesta de recorrer más de dos leguas cargado con un jabalí abatido a la espalda y sin descansos. Esa fama fue la única ventaja que Margret obtuvo en aquellas circunstancias favorables, ya que Friedrich se dedicó cada vez más a cuidar de su apariencia exterior y llevaba a mal que la penuria económica le hiciera quedar rezagado respecto a otros. Además, empleaba todas sus fuerzas en actividades externas; contrariamente a su comportamiento anterior, no soportaba la ocupación constante en la casa y prefería el esfuerzo duro, pero breve, que pronto le permitió volver a su antiguo oficio de pastor; pero esta ocupación no era ya propia de su edad, y esto le acarreó algunas mofas que él se encargaba de solventar con el correctivo de un par de puñetazos. La gente se acostumbró así a verlo tan pronto aseado y alegre, a la cabeza de la juventud, como de pastor harapiento, solitario y soñador, siguiendo a las vacas, o en un claro del bosque tumbado, aparentemente distraído y arrancando el musgo de los árboles.

Por este tiempo se empezaron a rescatar del olvido las leyes forestales para frenar los desmanes de una banda de delincuentes, llamados «monos azules», que aventajaban en astucia e insolencia a todos sus predecesores, hasta agotar la paciencia de todos. Contra lo que era usual en tiempos anteriores, cuando aún se podía señalar con el dedo al animal más fuerte del rebaño, no fue posible sorprender a un solo individuo a pesar de la intensa vigilancia ejercida. La denominación «monos azules» les vino de su indumentaria común, que utilizaban para dificultar el reconocimiento cuando un guarda veía a un rezagado desaparecer en la espesura. Los malhechores lo devastaban todo como una plaga de orugas; talaban tramos enteros de bosque en una noche, se llevaban el botín y los árboles eran transportados, de forma que a la mañana siguiente sólo quedaban virutas y leña abandonada, y la circunstancia de que nunca se detectaran huellas de carros en dirección a los pueblos demostraba que actuaban bajo la protección y quizá con la asistencia de los propietarios de las embarcaciones. La banda disponía, al parecer, de excelentes espías, ya que los guardas se pasaban

semanas enteras vigilando sin resultado alguno y la primera noche que abandonaban, hubiera tormenta o luna llena, se producía el desastre. Extrañamente, los lugareños parecían tan desconcertados como los propios guardas.

De algunos pueblos se aseguraba que no tenían nada que ver con los «monos azules»; pero nadie se atrevía a lanzar acusaciones concretas desde que el pueblo de B., el más sospechoso de todos, quedó libre de toda inculpación. Esto se averiguó por un hecho casual, una boda, con ocasión de la cual casi todos los vecinos pasaron la noche en el pueblo, a la vista unos de otros, mientras los «monos azules» llevaban a cabo una de sus expediciones más sonadas.

Los daños causados en los bosques eran de consideración; por eso se tomaron medidas sin precedentes: había patrullas de vigilancia día y noche; mozos de labranza y criados provistos de rifles se sumaron a los empleados forestales. El resultado, sin embargo, fue mediocre; cuando los vigilantes recorrían un extremo del bosque, los «monos azules» ya estaban en el otro. Esto duró más de un año; vigilantes por un lado, «monos azules» por otro, como el sol y la luna, siempre turnándose en la posesión del terreno y sin encontrarse nunca.

Fue en julio de 1756, al filo de las tres de la madrugada. La luna brillaba en el cielo, pero su resplandor empezaba a apagarse; por el este se veía ya una débil franja amarilla que teñía el horizonte y envolvía en una especie de cenefa áurea la entrada de una estrecha garganta. Friedrich yacía en la hierba, como de costumbre, y tallaba una vara de sauce en un intento de dar a su extremo nudoso la figura de un tosco animal. Parecía agotado; bostezaba, reposaba a veces la cabeza sobre un viejo tronco y lanzaba unas miradas más vagas que el horizonte hacia la entrada del valle, casi obstruida de maleza y vegetación espontánea. Un par de veces se le iluminaron los ojos con aquel brillo cristalino característico; pero volvió a entornarlos, siguió bostezando y se desperezó como un pastor indolente. Su perro yacía a cierta distancia, cerca de las vacas que despreocupadas de las leyes forestales degustaban los tiernos retoños de los árboles con la misma asiduidad que la hierba y aspiraban el aire fresco de la mañana.

Del bosque llegaba a intervalos un ruido seco y estentóreo; el sonido duraba algunos segundos, acompañado de un eco largo en la montaña, y se repetía a intervalos de cinco a ocho minutos. Friedrich no le prestó atención; sólo de vez en cuando, cuando el estruendo era fuerte o continuado, alzaba la cabeza y paseaba lentamente la mirada por las diversas sendas que llevaban al fondo del valle.

Empezaba a amanecer; los pájaros entonaban sus trinos y el rocío se diluía en vapor. Friedrich seguía tendido, arrimado al tronco, y asistía con las manos entrelazadas sobre la cabeza a la lenta aparición de la aurora. De pronto se enderezó sobresaltado: un relámpago hirió su vista y Friedrich escuchó algunos segundos, con el busto erguido, como un perro de caza que ventea la presa. Después introdujo rápido dos dedos en la boca y silbó fuerte y sostenido.

—¡Fidel, maldita bestia!

Una pedrada alcanzó el costado del desprevenido perro, despertándolo del sueño; el animal, sobresaltado, dio mordiscos al aire y buscó refugio, aullando sobre tres patas, en el causante del golpe.

En aquel momento se abrieron casi sin ruido las ramas de un matorral cercano y apareció un hombre con cazadora verde, la chapa plateada ciñendo el brazo y la escopeta en la mano. Echó un rápido vistazo a la angosta entrada y se fijó especialmente en el muchacho; después avanzó, hizo una seña en dirección al matorral y fueron apareciendo siete u ocho hombres, todos con el mismo

atuendo: cuchillo de monte al cinto y los rifles en la mano.

—Friedrich, ¿qué fue eso? —preguntó el primer aparecido.

—Ojalá reventara el pícaro ahí mismo. Por su culpa se pueden desmandar las vacas.

—El bellaco nos ha visto —dijo otro.

—¡Mañana te irás de viaje con una piedra al cuello! —continuó Friedrich, mientras daba un puntapié al perro.

—Friedrich, no disimules. Tú me conoces y también me entiendes.

Estas palabras iban acompañadas de una mirada que surtió efecto rápidamente.

—Señor Brandis, piense en mi madre.

—Ya lo hago. ¿No has oído nada en el bosque?

—¿En el bosque? —el mozo lanzó una breve mirada al rostro del guarda—. A sus leñadores; a nadie más.

—¿A mis leñadores?

El rostro bronceado del guarda se tiñó de rojo oscuro.

—¿Cuántos son y adónde se dirigen?

—A donde usted los haya enviado; yo no sé nada.

Brandis se volvió a los compañeros.

—Id por delante; yo seguiré después.

Cuando desaparecieron uno tras otro en la espesura, Brandis se acercó al mozo.

—Friedrich —dijo en tono de furor contenido— mi paciencia se ha agotado; me gustaría apalearte como a un perro, y vosotros no merecéis otra cosa. ¡Canallas, ladrones! Pronto iréis a mendigar, afortunadamente, y tu madre, la vieja bruja, no recibirá un mendrugo de pan a mi puerta. Pero antes me acompañaréis los dos a la perrera.

Friedrich se aferró nerviosamente a una rama. Estaba pálido como un muerto y sus ojos parecían bolas de cristal a punto de saltar de las órbitas. Pero esto duró un momento; luego volvió la calma, rayana en la indiferencia.

—Señor —dijo Friedrich con firmeza y casi con dulzura—, usted ha dicho algo que no procede, y quizá yo también. Vamos a ceder los dos y yo responderé a su pregunta. Si no ha enviado usted mismo a los leñadores, han tenido que ser los «monos azules», porque del pueblo no ha venido ningún carro. Tengo el camino ante mí, y son cuatro carros. Yo no los he visto, pero los oí subir por el barranco.

Friedrich se detuvo un instante, para continuar:

—¿Usted puede asegurar que yo he talado un árbol de su zona? ¿O que he talado alguna vez sin encargo? Piénselo, a ver si lo puede asegurar.

Un murmullo entre dientes fue toda la respuesta del guarda que, como la mayoría de las personas rudas, se arrepentía con facilidad. Dio media vuelta, contrariado, y avanzó hacia el matorral.

—No, señor —le gritó Friedrich—, si quiere juntarse con los otros guardas, ellos han subido arriba, donde el haya.

—¿Dónde el haya? —preguntó Brandis perplejo—. No, al otro lado, por el valle de Master.

—Le digo que donde el haya; aún colgaba de la rama curva la correa de la escopeta del gran Heinrich; la he visto.

El guarda tomó el camino indicado. Friedrich no había abandonado su postura: medio tendido, asido del brazo a una rama seca, vio cómo el guarda caminaba sin vacilar internándose por un atajo

casi cubierto de maleza, a grandes zancadas y con la cautela propia de su oficio, tan sigiloso como la zorra que asalta el gallinero. Iba dejando ramas hundidas por el sendero y los contornos de su figura acabaron esfumándose. Algo brilló aún entre el follaje; era un botón metálico de su cazadora. Ya estaba lejos. Durante esta lenta desaparición el rostro de Friedrich había perdido la expresión de frialdad y su semblante pareció reflejar la inquietud. ¿Le pesaba no haber pedido discreción al guarda sobre sus informaciones? Avanzó unos pasos, pero se detuvo. «Es demasiado tarde», dijo para sí, echando mano del sombrero. En esto, oyó unos golpes ligeros a menos de veinte metros de distancia. Era el guarda, que afilaba la piedra de fusil. Friedrich aguzó el oído. «No», se dijo en tono resuelto. Recogió sus trastos y empujó el ganado por el desfiladero.

A eso del mediodía la señora Margret estaba sentada al fogón preparando una tisana. Friedrich había vuelto a casa enfermo; se quejaba de fuertes dolores de cabeza, y ante las preguntas angustiosas de la madre había contado su rifirrafe con el guarda forestal; en suma, todo lo ya descrito salvo algunos detalles que prefirió callar. Margret miraba en silencio y cariacontecida el agua que hervía para la tisana. Estaba acostumbrada a oír las quejas de su hijo, pero aquel día le pareció más dolido que nunca. ¿Estaría incubando una enfermedad? Suspiró hondo y dejó caer un taco de madera que acababa de coger.

—¡Madre! —llamó Friedrich desde el cuarto.

—¿Qué quieres?

—¿Ha sido un disparo?

—No... ¿A qué te refieres?

—Algo me golpea en la cabeza —contestó Friedrich.

Entró la vecina y contó en voz baja algún chisme que Margret escuchó con indiferencia. Luego se fue.

—¡Madre! —llamó Friedrich.

Margret entró en el cuarto.

—¿Qué ha contado la Hülsmeier?

—Nada; mentiras, chismes —Friedrich se enderezó en la cama—. De la Gretchen Siemers; ya conoces la vieja historia, y todo es mentira.

Friedrich volvió a tenderse en la cama.

—A ver si puedo dormir.

Margret se sentó al fogón; empezó a divagar sobre cosas más bien tristes. Dieron las once y media en la torre, se abrió la puerta y entró Kapp, el secretario judicial.

—Buenos días, señora Margret. ¿Puede darme un sorbo de leche? Vengo de M.

Cuando la señora Margret le sirvió lo que pedía, el secretario preguntó:

—¿Dónde está Friedrich?

Ella había ido por un plato y se hizo la desentendida. Kapp bebía lento y a pequeños sorbos.

—Usted sabe —dijo después— que los «monos azules» han devastado de nuevo, esta noche, una gran extensión del bosque de Master, dejándola como la palma de la mano.

—¡Dios mío! —exclamó Margret con indiferencia.

—Los maleantes —continuó el secretario judicial— lo arrasan todo; si respetaran al menos el bosque joven...; pero cortan robles del espesor de mi brazo que no dan ni para una barra de timón. Se diría que buscan el daño de los demás tanto como su propio provecho.

—¡Qué pena! —dijo Margret.

El secretario había apurado la leche, pero seguía allí. Parecía con ganas de desembuchar algo.

—¿No sabe usted nada de Brandis? —preguntó de pronto.

—Nada; no viene nunca a esta casa.

—¿No sabe lo que ha ocurrido?

—¿Qué? —preguntó Margret expectante.

—Ha muerto.

—¡Muerto! ¿Cómo que muerto? ¡Por el amor de Dios! Esta mañana pasó por aquí tan sano, con el rifle al hombro.

—Está muerto —repitió el secretario mirándola fijamente—; machacado por los «monos azules». Hace un cuarto de hora que trajeron su cadáver al pueblo.

Margret juntó las manos.

—Dios mío... No lo condenéis. ¡No sabía lo que hacía!

—¿Se refiere a él —preguntó el secretario—, al maldito asesino?

Del cuarto llegaban quejidos de dolor. Acudió Margret y el secretario le siguió. Friedrich se había enderezado en la cama, apretaba el rostro con las manos y gemía como un moribundo.

—Friedrich, ¿cómo estás? —preguntó la madre.

—¿Cómo estás? —el secretario repitió la pregunta.

—Ay, el vientre, la cabeza... —gimió.

—¿Qué le pasa?

—Yo qué sé —contestó ella—. Volvió ya a las cuatro de la madrugada con las vacas porque no se encontraba bien... Friedrich, Friedrich, responde, ¿voy por el doctor?

—No, no —suspiró el enfermo—. Es sólo un cólico. Ya estoy mejor.

Se tendió de nuevo en la cama. Tenía la cara contraída por el sufrimiento; después recuperó el color.

—Salid —dijo agotado—, necesito dormir; después, todo habrá pasado.

—Señora Margret —preguntó el secretario con gravedad—, ¿es cierto que Friedrich llegó a casa sobre las cuatro y no volvió a salir?

Ella le miró fijamente.

—Pregunte a cualquier chico de la calle. ¿Y volver a salir? ¡Ojalá pudiera!

—¿No le ha contado nada de Brandis?

—Ah, sí, que tuvo un altercado con él en el bosque y que Brandis le echó en cara nuestra pobreza, el muy golfo... Pero Dios me perdone, que está muerto... ¡Lárguese! —le conminó—. ¿Ha venido a insultar a gente honrada? ¡Lárguese!

Margret entró en la habitación, a ver a su hijo. El secretario se fue.

—Friedrich, ¿qué tal estás? ¿Has oído? Terrible, terrible. ¡Sin confesión ni absolución!

—Madre, por el amor de Dios, déjame dormir, que no puedo más.

En aquel momento entró Juan Nadie en el cuarto, delgado y alto como un varal, pero andrajoso y tímido, igual que le vimos cinco años antes. Tenía la cara más pálida que de costumbre.

—Friedrich —dijo entre dientes—, tienes que ir en seguida donde el tío; te va a dar trabajo; pero en seguida.

Friedrich se volvió contra la pared.

—No voy —dijo malhumorado—; estoy enfermo.

—¡Que tienes que ir! —insistió Juan—; me ha dicho que te lleve sin falta.

Friedrich sonrió burlonamente.

—Eso lo veremos.

—Déjalo en paz, que no puede —suplicó Margret—. Ya ves cómo está.

Margret salió de la habitación. Cuando volvió al cabo de algunos minutos, Friedrich se había vestido.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó—. No puedes, no debes salir.

—No hay más remedio —contestó él, cruzando ya el umbral con Juan.

—Ay, Dios —suspiró la madre—; cuando los niños son pequeños, los llevamos en el regazo, y cuando son grandes, en el corazón.

La investigación judicial había comenzado. El hecho era claro, pero los indicios sobre el autor era tan débiles que, si bien todas las circunstancias apuntaban a los «monos azules», no se pudo pasar del terreno de las conjeturas. Había una pista que quizá aportara alguna luz, pero no existían pruebas suficientes. La ausencia del barón obligó al secretario judicial a abrir el juicio por su cuenta. Tomó asiento en la presidencia; la sala rebosaba de lugareños, unos movidos por la curiosidad y otros convocados con la esperanza de sonsacarles algo ante la falta de testigos directos. Pastores que estuvieron en vela aquella noche, mozos de labranza que cultivaban el campo en las cercanías, todos estaban rígidos y firmes, las manos en los bolsillos, como declaración tácita de que no estaban dispuestos a intervenir.

Se interrogó a ocho empleados forestales. Sus declaraciones fueron unánimes: Brandis les había encargado la ronda a las diez de la noche porque tenía noticias sobre un plan de los «monos azules», aunque no dio más detalles. Partieron sobre las dos de la madrugada y encontraron muchas huellas del destrozo causado, cosa que irritó sobremanera al inspector de montes; aparte de eso, la calma reinaba por todas partes. Al filo de las cuatro dijo Brandis: «Nos han engañado; volvamos a casa». Pero cuando rodeaban el monte de Bremen y al cambiar la dirección del viento, oyeron con claridad los hachazos de una tala en el bosque de Master, y del ritmo veloz de los golpes concluyeron que los «monos azules» estaban en acción. Deliberaron si era prudente atacar a la temible banda con tan escasa dotación, y sin decidir nada concreto fueron avanzando lentamente, guiados por el fragor de la tala. Entonces se produjo el encuentro con Friedrich. Cuando Brandis les ordenó continuar, caminaron durante un rato, y al advertir que el ruido había cesado totalmente en el todavía lejano bosque, quedaron a la espera del inspector.

La tardanza de éste les hizo perder la paciencia, y al cabo de diez minutos siguieron adelante, hasta llegar al lugar de la devastación. Todo había terminado; no se oía el menor ruido; de los veinte árboles talados quedaban ocho en el suelo, los otros ya habían sido transportados. No comprendían cómo pudo hacerse este transporte, ya que no encontraron huellas de carros. La sequía de la estación y el suelo cubierto de agujas de pino tampoco permitían distinguir las pisadas, aunque el terreno aparecía como apisonado. Cuando se convencieron de que era inútil esperar al inspector, marcharon con rapidez al otro lado del bosque con la esperanza de avistar a los delincuentes. Al entrar en el bosque, a uno de ellos se le enredó el cordón de una bota en un zarzal; miró a su alrededor y vio un objeto reluciente entre la maleza: era la hebilla del cinturón del inspector, al que encontró tendido detrás del zarzal, la mano derecha pegada al cañón del rifle, la otra cerrada y la frente partida de un hachazo.

Tales fueron las declaraciones de los guardas forestales. Después llegó el turno de los labriegos, aunque no aportaron nada positivo. Algunos afirmaron que a las cuatro de la madrugada estaban aún

en casa u ocupados en otras partes; todos aseguraron no haber observado nada de particular. ¿Qué se podía hacer? Todos eran personas conocidas, fuera de toda sospecha. Había que conformarse con sus testimonios negativos.

Friedrich fue llamado a declarar. Se presentó en una actitud que no difería de lo habitual en él: ni tenso ni arrogante. El interrogatorio fue bastante largo y las preguntas eran a veces bastante capciosas; pero él contestó siempre con franqueza y decisión, y contó el incidente entre él y el inspector en términos bastante verídicos, salvo el final, que prefirió reservarse para sí. Su ausencia en el lugar del asesinato cuando se produjo éste quedó demostrada sin dificultad. El guarda yacía a la salida del bosque de Master, a más de tres cuartos de hora de camino del desfiladero donde había hablado con Friedrich y desde el que éste llevó la vacada al pueblo diez minutos después. Todos lo habían visto, y los labriegos presentes se apresuraron a confirmarlo; Friedrich había hablado con unos y saludado a otros.

El secretario quedó contrariado y perplejo. De pronto hizo un movimiento hacia atrás con la mano y enseñó a Friedrich un objeto brillante.

—¿De quién es eso?

Friedrich dio tres pasos atrás.

—¡Jesús! Creí que me la iba a tirar a la cabeza.

Su mirada recorrió velozmente el instrumento homicida, y se detuvo un instante en una astilla rota del mando.

—No lo sé —contestó con firmeza.

Era el hacha que habían encontrado clavada en el cráneo del inspector de montes.

—Mírela bien —añadió el secretario.

Friedrich la cogió en la mano, la miró por arriba, por abajo, le dio la vuelta.

—Es un hacha como cualquier otra —dijo, dejándola en la mesa con indiferencia.

Quedó visible una mancha de sangre. Friedrich pareció estremecerse, pero repitió muy resuelto:

—No la conozco.

El secretario suspiró de impaciencia. Él tampoco sabía más y sólo quiso provocar una confesión por sorpresa. Únicamente restaba poner fin al interrogatorio.

A los lectores que puedan estar ansiosos por conocer el desenlace de esta historia tengo que decirles que nunca se llegó a un esclarecimiento de los hechos, aunque siguieron las investigaciones y a este interrogatorio sucedieron otros muchos. Parece que la expectación que suscitó el caso y las fuertes medidas adoptadas intimidaron a los «monos azules»; desde entonces apenas se dejaron ver, y aunque más tarde los guardas sorprendieron a algunos delincuentes, nunca se pudo demostrar su pertenencia a la siniestra banda. El hacha se exhibía veinte años después en el archivo de la audiencia como cuerpo del delito, y allí seguirá quizá con sus manchas de herrumbre. En un relato inventado sería injusto defraudar la curiosidad del lector; pero todo esto sucedió realmente y nada puedo hacer yo por alterarlo.

El domingo siguiente Friedrich se levantó muy temprano para ir a confesarse. Era la fiesta de la Asunción de María y los sacerdotes estaban ya en el confesionario antes de amanecer.

Después de vestirse a oscuras, Friedrich abandonó con todo sigilo el angosto cuchitril que ocupaba en casa de Simon.

Su devocionario tenía que estar en el anaquel de la cocina, y Friedrich esperaba encontrarlo a la débil luz de la luna. No estaba allí. Mientras buscaba a tientas, vio con sobresalto a Simon de pie junto

a la puerta de la habitación, a medio vestir; el cuerpo flaco, el pelo revuelto y la palidez del rostro acentuada por el brillo lunar le daban una apariencia siniestra. «¿Será sonámbulo?», se preguntó Friedrich, deteniéndose.

—Friedrich, ¿adónde vas? —preguntó el viejo.

—Tío, ¿es usted? Voy a confesarme.

—Ya me figuraba. Ve con Dios, pero confiésate como un buen cristiano.

—Eso quiero hacer —dijo Friedrich.

—Repasa los diez mandamientos... No levantarás falso testimonio contra tu prójimo.

—Claro.

—Nunca. A ti te han instruido mal; el que acusa a otro en el confesionario, profana el sacramento. Ambos callaron.

—Tío, ¿por qué me dice eso? —preguntó Friedrich después—. Su conciencia no está limpia. Usted me mintió.

—¿Yo?

—¿Dónde está su hacha?

—¿Mi hacha? En la era.

—¿Le ha puesto un mango nuevo? ¿Dónde está el antiguo?

—Puedes encontrarlo en la leñera cuando amanezca... ¡Lárgate! —añadió con desprecio—. Yo creía que eras un hombre; pero eres una vieja que al humear el puchero piensa que la casa está ardiendo. ¡Lárgate! Si yo sé de esa historia más que la jamba de la puerta, que me lleve el diablo... Yo estaba en casa antes de ocurrir eso.

Friedrich quedó perplejo y desconcertado. Hubiera dado cualquier cosa por ver la cara de su tío; pero mientras ellos susurraban, el cielo se había nublado.

—En mi conciencia pesa —suspiró Friedrich— el haberle equivocado el camino al difunto..., pero no imaginé lo que iba a ocurrir; no, no lo imaginé. Tío, debo agradecerle a usted esta mala conciencia.

—¡Ea, vete, confiésate! —susurró Simon con voz trémula—. ¡Profana el sacramento con delaciones y acosa a pobres infelices con un espía que les quite el pan de la boca cuando el difunto ya no puede hablar...! ¡Vete!

Friedrich quedó indeciso. Oyó un leve rumor. Las nubes se disiparon y la luz de la luna caía sobre la puerta de la habitación: estaba cerrada con llave. Friedrich no fue aquella noche a confesarse.

Le duró poco la impresión que este caso le produjo. Es indudable que Simon hizo todo lo posible para que el hijo adoptivo siguiera su ejemplo. Y Friedrich tenía cualidades que facilitaban esta conducta: irreflexión, irritabilidad y, sobre todo, un orgullo desmedido que no siempre desdeñaba las apariencias y luego procuraba escapar al posible bochorno. No era innoble por naturaleza, pero estaba habituado a preferir la vergüenza interior a la exterior. Baste decir que se acostumbró a vivir con ostentación mientras su madre carecía de todo.

Este giro lamentable de su carácter fue producto de varios años en los que se observó que Margret hablaba cada vez menos de su hijo y se fue hundiendo en un estado de deterioro que nadie hubiera imaginado. Se volvió huraña, indolente, hasta desordenada, y algunos creyeron que no estaba en sus cabales. Friedrich, en cambio, se dejaba ver cada vez más; no faltaba a ninguna fiesta o boda, y como no se le escapaba el secreto desprecio que muchos sentían hacia él, estaba siempre atento, más que a combatir la opinión pública, a encauzarla de modo favorable para él. En lo exterior era formal,

ensato, aparentemente franco, pero astuto, fanfarrón y a veces grosero, un sujeto que a nadie gustaba y menos a su madre y que, no obstante, gozaba de un cierto ascendiente en el pueblo por su temible audacia y aún más temible perfidia, por su fondo desconocido y por la imprevisibilidad de sus reacciones. Sólo un mozo del pueblo, Wilm Hülsmeier, consciente de sus fuerzas y de su buena posición, osaba hacerle frente, y como tenía más facilidad de palabra que Friedrich y cuando era atacado sabía salir airoso con una broma, era el único individuo al que Friedrich rehuía.

Habían pasado cuatro años. Era el mes de octubre. El suave otoño de 1760, que llenó todos los trojes de grano y todas las bodegas de mosto, había derramado también su riqueza sobre este rincón del mundo; se veían más borrachos y se oían más reyertas y alborotos que nunca. Había diversiones en todas partes; se generalizó el lunes festivo, y al que le sobraban unos táleros pensaba ya en una mujer que le ayudara a comer hoy y pasar hambre mañana. Se celebró una boda de categoría en el pueblo. Los invitados podían esperar algo más que la presencia de un violín desafinado, un vaso de aguardiente y lo que llevasen por su cuenta. Todo el mundo estaba en pie desde muy temprano; las prendas de vestir se oreaban a las puertas de las casas y el pueblo parecía una exposición de antigüedades. Esperaban la llegada de muchos forasteros y todos querían dejar bien alto el pabellón del pueblo.

Eran las siete de la tarde y todo estaba en marcha. Había júbilo y risas en todas partes; los bajos de las casas estaban llenos a rebosar de gente vestida de azul, rojo y amarillo; parecían corrales desbordados por el excesivo número de animales. Se bailaba en la era; en realidad, el que conquistaba dos palmos de terreno giraba sin cesar e intentaba suplir con gritos lo que faltaba de espacio. La orquesta era espléndida: un primer violín tocado por un célebre artista, un segundo violín y un gran contrabajo de tres cuerdas a disposición de los aficionados; aguardiente y café en abundancia; todos los invitados nadando en sudor; en fin, una gran fiesta.

Friedrich se pavoneaba como un gallo con su nueva chaqueta azul celeste y hacía valer sus derechos de primer galán. Cuando llegaron los barones, él se sentó detrás del contrabajo y rascó la cuerda más grave con gran fuerza y mucha dignidad.

—¡Juan! —gritó arrogante.

Su protegido accedió a él desde la pista de baile, donde había intentado agitar sus torpes piernas y unirse al jolgorio general. Friedrich le ofreció el arco, le dio a conocer su voluntad con un altivo movimiento de cabeza y avanzó hacia los que bailaban.

—Ahora, una pieza alegre, músicos: *El paje de Istrup*.

Los músicos tocaron el baile preferido y Friedrich hizo un discurso ante los barones que encogió los cuernos de las vacas en la era y provocó tintineos y mugidos. Su cabeza rubia sobresalía un palmo sobre los otros y se balanceaba como un pez que asoma en el agua; las chicas lo aclamaban en todas partes y él, con gesto galante, se lanzaba al rostro la larga melena con un rápido movimiento de cabeza.

—¡Basta! —dijo al fin, y se acercó sudoroso al aparador—. ¡Vivan sus señorías y todos los nobles príncipes y princesas, y al que no brinde con nosotros le calentaré las orejas hasta que oiga cantar a los ángeles!

Un sonoro viva fue la respuesta al gentil brindis.

Friedrich hizo una reverencia.

—No lo tomen a mal sus señorías. Somos gente rústica.

En aquel momento se produjo un alboroto en el extremo de la era. Gritos, improperios, risas,

todo en uno.

—¡Ladrón, ladrón! —gritaron algunos niños, y se abrió paso o, más exactamente, era echado a empellones Juan Nadie, que estiraba la cabeza entre la multitud y buscaba la salida desesperadamente.

—¿Qué pasa? ¿Qué tenéis con nuestro Juan? —clamó Friedrich imperioso.

—Pronto lo sabrás —suspiró una anciana ceñida de un delantal y con un trapo de cocina en la mano.

¡Qué vergüenza! Juan, el pobre infeliz que en casa tenía que conformarse con lo peor, había intentado proveerse de media libra de mantequilla para futuras privaciones y, olvidando que la había guardado en el bolsillo, bien envuelta en un pañuelo, se acercó al fuego de la cocina y la grasa le corrió por los vuelos de la chaqueta.

Hubo una alarma general; las niñas se apartaban por temor a mancharse, otros lo sacaban a empujones y algunos le abrieron paso por compasión y por cautela al mismo tiempo. Pero Friedrich se adelantó a todos.

—¡Golfo! —gritó, al tiempo que propinaba un par de sopapos a su protegido; después lo lanzó hacia la puerta y lo despidió con un puntapié.

Friedrich quedó desolado; sintió herida su dignidad; las risas del público le llegaron al alma, aunque intentó recuperarse con un vibrante grito triunfal. Quiso refugiarse otra vez detrás del contrabajo, pero antes había que dar un golpe de efecto: sacó del bolsillo su reloj de plata, una joya rara y valiosa aún en aquellos tiempos.

—Pronto serán las diez —dijo—. Ahora, el *Minueto de la novia*. Voy a tocar.

—¡Magnífico reloj! —dijo el porquero, mirando con respetuosa curiosidad.

—¿Cuánto ha costado? —preguntó Wilm Hülsmeier, el rival de Friedrich.

—¿Quieres comprarlo? —replicó Friedrich.

—¿Lo has comprado *tú*? —insistió Wilm.

Friedrich le lanzó una mirada de desprecio y fue a tomar en su mano, en ademán majestuoso, el arco de violín.

—Venga, venga... —profirió Hülsmeier—; algo de eso ocurrió ya. Tú sabes que Franz Ebel tenía un precioso reloj hasta que el judío Aron se lo quitó de nuevo.

Friedrich, en lugar de contestar, hizo señas al primer violín y empezaron a tocar desafortadamente.

Los barones habían entrado en la habitación donde las vecinas ceñían la frente a la novia con el signo de su nuevo estado: el lazo blanco. La novia lloró mucho, en parte porque era la costumbre y en parte de auténtica congoja. Iba a gobernar una casa en desorden, vigilada por un viejo marido gruñón al que encima tenía que querer. El marido estaba junto a ella, no precisamente como el novio del Cantar de los cantares que «entra en su morada como el sol matinal».

—Ya has llorado bastante —dijo malhumorado—; recuerda que no eres tú la que me hace feliz, sino yo el que te hago feliz a ti.

Ella lo miró con humildad, como dándole la razón.

La ceremonia tocaba a su fin; la recién casada había brindado a la salud de su esposo, los jóvenes bromistas habían observado subidos al taburete si el lazo le sentaba bien y la gente volvió a la era, donde seguían las risas y el alboroto. Friedrich ya no estaba allí. No pudo soportar el sentimiento de humillación cuando el judío Aron, un carnicero y ocasional mercader en la localidad próxima, apareció de pronto y, tras una breve conversación sin resultado, le reclamó ante todo el público el

pago de cien táleros por un reloj suministrado por los días de Pascua. Friedrich quedó como fulminado y el judío le siguió, gritando sin cesar: «¡Necio de mí! ¿Por qué no habría escuchado el consejo de gente enterada? ¿No me habían dicho cientos de veces que usted no tenía dónde caer muerto?».

La era estalló en carcajadas. Muchos se dirigían a la finca. «¡Atrapad al judío! ¡Vendedlo al peso como un cerdo!», gritaban algunos. Otros se habían puesto serios. «Friedrich quedó pálido como la cera», comentó una anciana.

La multitud dejó paso cuando el carruaje del barón enfiló hacia la finca. El señor de S. se mostró malhumorado durante el regreso a casa; era lo que le solía ocurrir cuando el deseo de mantener su popularidad le movía a organizar tales fiestas. Explayó la vista, taciturno, desde el carruaje.

—¿Qué son ese par de tipos?

Señaló a dos personas que corrían como avestruces delante del carruaje y que después entraron en el castillo.

—Dos cerditos más de nuestra cochiguera —suspiró el señor de S.

Al llegar a casa, el barón encontró el vestíbulo ocupado por el personal de servicio, haciendo corro alrededor de dos criados que se habían dejado caer desencajados y sin aliento sobre la escalinata. Aseguraron que el espíritu del viejo Mergel los había perseguido cuando regresaban por el bosque de Brede. Primero, murmullos y crujidos por encima de sus cabezas; después, en el aire, un estrépito como de bastones que chocan entre sí; de pronto, un grito desgarrador acompañado de las palabras «¡Ay de mí!». Uno de ellos afirmó haber visto brillar unos ojos entre las ramas. Los dos echaron a correr a la velocidad que les permitían las piernas.

—¡Tonterías! —dijo el barón malhumorado, y entró en la habitación para mudarse. A la mañana siguiente, el agua no quiso saltar en el surtidor del jardín y resultó que alguien había averiado la cañería, al parecer con el fin de buscar la cabeza del esqueleto de un caballo, enterrado allí años atrás, como un remedio eficaz contra brujas y espíritus.

—¡Vaya! —comentó el barón—, lo que no roban los picaros lo estropean los locos.

Tres días después estalló una furiosa tempestad. Era medianoche, pero toda la gente del castillo estaba en vela. El hacendado miraba por la ventana, preocupado, escrutando sus campos en la oscuridad. Ante los cristales volaban hojas y ramas de árboles, cayó una teja y se estrelló contra el pavimento del suelo.

—¡Qué tormenta! —exclamó el señor de S.

Su esposa parecía angustiada.

—¿Han apagado el fuego? —preguntó—. ¡Gretchen, mira de nuevo y apaga con agua...! ¡Venid, vamos a leer el evangelio de San Juan!

Todos se arrodillaron y la baronesa empezó: «En el principio existía la palabra y la palabra estaba en Dios y la palabra era Dios». Se oyó el fragor de un trueno. Todos se estremecieron; después, un griterío y alboroto en las escaleras.

—¡Por el amor de Dios! ¿Se quema algo? —preguntó la señora de S., desplomada en la silla. Abrieron la puerta y entró precipitada la esposa del judío Aron, pálida como la muerte, el pelo revuelto y empapada por la lluvia. Se postró ante el barón.

—¡Justicia —gritó—, justicia! Han asesinado a mi marido.

Quedó desvanecida en el suelo.

Era verdad, y la investigación posterior demostró que el judío había perdido la vida alcanzado en

la sien con un instrumento contundente, probablemente un bastón, y de un solo golpe. En la sien izquierda había una mancha morada; no se encontró ninguna otra lesión. Las declaraciones de la esposa y de su criado Samuel fueron que Aron había salido tres días antes, por la tarde, a comprar ganado, dejando aviso de que no regresaría por la noche, pues se proponía visitar a algunos deudores morosos de B. y de S.; pernoctaría en B. en casa del carnicero Salomon. Al tercer día su esposa, muy preocupada, se puso en camino sobre las tres de la tarde, acompañada del criado y del gran perro del carnicero. En casa del judío Salomon no sabían nada de Aron; ni siquiera había estado allí. Entonces fueron visitando a todos los lugareños con los que Aron tenía algún asunto pendiente.

Sólo dos de ellos lo habían visto, justamente el día en que salió de casa. Se hizo muy tarde y la esposa, presa de la angustia, volvía a casa con la débil esperanza de encontrar allí a su marido. En el bosque de Brede fueron sorprendidos por la tormenta y buscaron refugio bajo una tupida haya que crecía en la ladera del monte. En esto, el perro empezó a husmear de modo extraño, y, pese a todos los reclamos, se internó en la espesura. De pronto, la mujer vio a la luz de un relámpago un objeto blanco en el musgo, cerca de ella. Era el bastón de su marido, y casi al mismo tiempo apareció el perro entre la maleza portando algo entre los dientes: un zapato de su marido. No lejos de allí encontraron el cadáver del judío en una zanja llena de hojas secas.

Éste fue el relato del criado, confirmado en lo sustancial por la esposa del judío. El estado de tensión de ésta había remitido y se mostraba ahora entre aturdida y apática. «Ojo por ojo y diente por diente», eran las únicas palabras que repetía a intervalos.

Aquella misma noche se movilizaron tiradores para arrestar a Friedrich. No hubo necesidad de acusación porque el señor de S. había sido testigo de una escena que arrojaba sobre él la más vehemente sospecha; estaba, además, el episodio de los fantasmas de aquella noche: el choque de bastones en el bosque de Brede y el grito en la colina. Al estar ausente el secretario judicial, el propio barón llevó las diligencias con mayor celeridad de lo acostumbrado. No obstante, había empezado a amanecer cuando los tiradores rodearon con el mayor sigilo la casa de la pobre Margret. El propio barón llamó a la puerta; al minuto escaso ésta se abría y apareció Margret ya vestida. El señor de S. se estremeció: apenas reconocía a la señora, pálida y como petrificada.

—¿Dónde está Friedrich? —preguntó con voz entrecortada.

—Búsquelo —contestó ella mientras se sentaba en una silla.

El barón vaciló un instante.

—¡Adentro, adentro! —dijo después en tono áspero—. ¿A qué esperamos?

Entraron en el cuarto de Friedrich. Él no estaba, pero la cama conservaba aún un resto de calor. Subieron al desván, bajaron al sótano, revolvieron la paja, examinaron barriles y cubas, incluso la chimenea: no estaba. Algunos fueron al jardín y miraron detrás del seto y entre los manzanos; no lo encontraron.

—¡Se escapó! —dijo el barón, que luchaba con sentimientos encontrados: la vista de la señora anciana le impresionó vivamente—. Déme la llave de ese baúl.

Margret no contestó.

—¡Déme la llave! —repitió el barón, pero advirtió en seguida que la llave estaba puesta.

El contenido del baúl apareció a la vista de todos: la ropa dominguera del fugado y el pobre ajuar de su madre; dos mortajas con lazos negros, una de caballero y otra de señora. El señor de S. estaba conmovido. En el fondo del baúl encontraron el reloj de plata y algunos manuscritos en letra bien legible, uno de ellos firmado por un hombre pobre sobre el que recaían fuertes sospechas de

conexión con los delincuentes forestales. El barón se los llevó para su examen y todos abandonaron la casa sin que Margret hubiera dado otra señal de vida que morderse los labios y parpadear constantemente.

De vuelta en el castillo, el barón encontró al secretario judicial, que ya había regresado la noche anterior y declaró haber estado durmiendo mientras ocurrían los hechos porque su señoría no le pasó aviso.

—Usted llega siempre tarde —le recriminó el señor de S.—. ¿Y no hubo alguna vieja del pueblo que le contase a su criada lo sucedido? ¿Y por qué no lo despertaron a usted?

—Señoría —contestó Kapp—, mi Anne-Marie se enteró una hora antes que yo, pero supo que su señoría se había hecho cargo personalmente del asunto; además —añadió con cara afligida—, yo estaba tan cansado...

—¡Valiente policia! —murmuró el barón—; cualquier mujerzuela del pueblo sabe actuar ocultamente. Eso ha tenido que hacerlo algún delincuente idiota que se ha escapado.

Los dos callaron un rato.

—Mi cochero se perdió en la noche —continuó el secretario—. Estuvimos parados más de una hora en el bosque; hubo una tormenta espantosa; temí que el viento derribara el carruaje. Por fin, cuando cesó la lluvia, pudimos seguir a la buena de Dios, siempre en dirección a Zellerfeld, en total oscuridad. En esto dijo el cochero: «Cuidado con acercarnos a las canteras». Yo tuve miedo, le hice parar el coche y encendí fuego para entretenerme al menos con la pipa. De pronto oímos muy cerca sonidos de campana en dirección perpendicular a nosotros. Créame su señoría que me sentí desconcertado. Salté del carruaje, pues era preferible confiar en las piernas de uno que en las patas de los caballos. Aguanté a pie firme en medio de la lluvia y el barro, hasta que Dios quiso que amaneciera. ¿Y sabe dónde nos encontrábamos? Muy cerca del barranco de Heerse; la torre del lugar se alzaba debajo de nosotros. De haber avanzado veinte metros más, todos habiéramos perecido.

—Por lo visto, aquello no fue una broma —comentó el barón con cierta sorna.

Había revisado ya los papeles incautados. Eran cartas de intimación a deudores, enviadas en su mayoría por usureros.

—Yo no imaginaba —murmuró— que los Mergel estuvieran tan atrapados.

—Sí, y que todo iba a salir a la luz pública —añadió Kapp—; ¡menudo disgusto para la señora Margret!

—Ay, Dios... ella no piensa ahora en eso.

Con estas palabras se levantó el barón y abandonó la habitación para efectuar con el señor Kapp la inspección del cadáver.

El examen fue breve. La muerte violenta no ofrecía duda; el presunto asesino había escapado; los indicios contra él eran grandes, pero no bastaban sin la confesión personal; de todos modos, su fuga resultaba muy sospechosa. Al final hubo que cerrar la acción judicial sin un resultado satisfactorio.

Los judíos de la comarca dieron muestra de una gran solidaridad. Acudieron a la casa de la viuda para expresarle su condolencia y ayudarla con su consejo. Nadie recordaba haber visto nunca tan gran número de judíos juntos en L.

Exasperados por el asesinato de su correligionario, no ahorraron dinero ni esfuerzos para seguir el rastro del criminal. Se sabe que uno de ellos, apodado Joel *el Usurero*, prometió a un cliente que le debía varios cientos de táleros y al que consideraba un sujeto muy avisado, condonarle toda la deuda si le ayudaba a arrestar a Mergel. La opinión general entre los judíos era, en efecto, que el asesino se

fugó con ayuda ajena y seguía probablemente en los alrededores; pero al ver que las pesquisas eran infructuosas, a la mañana siguiente se presentó una delegación de israelitas prominentes en el castillo para proponer un trato a sus señorías. El objeto del trato era el haya bajo la cual fue hallada la vara de Aron y donde se produjo probablemente el asesinato.

—¿Quieren talarla ahora, con todo su follaje?

—No, señoría; el haya tiene que permanecer en verano y en invierno, mientras tenga vida.

—Pero si ordeno la limpieza del terreno circundante, echo a perder la joven vegetación.

—No es un precio ordinario el que ofrecemos.

Eran doscientos táleros. El trato se cerró y el barón dio orden a los guardas de respetar el haya del judío.

Al atardecer de uno de aquellos días, unos sesenta judíos con sus rabinos al frente se dirigieron al bosque de Brede, todos en silencio y con la cabeza baja.

Permanecieron más de una hora en el bosque y volvieron con el mismo aire grave y solemne, cruzaron el pueblo de B. y llegaron a Zellerfeld, donde se dispersaron y cada cual siguió su camino.

A la mañana siguiente apareció esta inscripción grabada a hacha en el tronco del haya:

אם-תעמד בפקום חבת יככע בכ באשד אהח עשת לי

¿Y dónde estaba Friedrich? Sin duda, desaparecido, lo bastante alejado para no temer el brazo corto de una policía tan débil. Pronto quedó sepultado en el olvido. Tío Simon apenas hablaba de él, y cuando lo hacía, era para denostarlo. La viuda del judío rehízo al fin su vida casándose con otro hombre. Únicamente la pobre Margret seguía desolada.

Al cabo de medio año, el barón leía un día la correspondencia en presencia del secretario.

—¡Qué extraño, qué extraño! —dijo—. Imagínese, Kapp... Puede que Mergel no sea el autor del asesinato. Me escribe el presidente del tribunal de P.: «*Le vrai n'est pas toujours vraisemblable*; esto lo compruebo yo a menudo en mi profesión, y ahora una vez más. ¿Sabe que su querido Friedrich Mergel queda tan libre de sospecha de asesinato del judío como usted y como yo? Faltan las pruebas, pero la probabilidad es grande. Un componente de la banda de Schlemming (a la que, dicho sea de paso, tengo ya a buen recaudo), apodado Moises *El Golfo*, declaró en el último interrogatorio que nada le pesaba tanto como el haber asesinado a un correligionario, porque sólo pudo sustraerle seis centavos después de darle muerte en el bosque. Por desdicha, interrumpimos el interrogatorio a mediodía y, mientras comíamos, el judío se ahorcó con la liga de su media. ¿Qué le parece? Cierto que Aron es un nombre frecuente...».

—¿Qué le parece? —repitió el barón por su parte—. ¿Y por qué se escapó entonces aquel mozo?

El secretario quedó pensativo.

—Quizá por las infracciones forestales que ahora estamos investigando. ¿No se dice que el malo huye de su propia sombra? La conciencia de Mergel era lo bastante sucia sin necesidad de añadirle esa mancha.

Los dos se tranquilizaron. Friedrich había desaparecido... y Juan Nadie, el pobre Juan, se fue con él.

Había transcurrido un largo período de tiempo, veintiocho años, casi media vida humana. El barón era muy anciano y su buen ayudante Kapp descansaba ya bajo tierra. Hombres, animales y

plantas habían completado su ciclo vital; sólo el castillo de B. se alzaba, igual de gris y prominente, sobre las cabañas, que cual viejos achacosos parecían a punto de caer y seguían siempre en pie. Era Nochebuena, el 24 de diciembre de 1788. La nieve alcanzaba hasta doce pies de altura en los caminos de los valles y un viento cortante congelaba los cristales en la habitación caldeada. Estaba al caer la medianoche, pero brillaban unas luces tenues en las colinas nevadas y en cada casa se arrodillaban sus moradores para aguardar en oración el comienzo de la Natividad de Cristo, según es costumbre en países católicos, o lo era al menos por aquel entonces. Desde la colina de Brede descendía lentamente un bulto humano en dirección al pueblo; el viajero parecía exhausto o enfermo; respiraba con dificultad y se arrastraba penosamente por la nieve.

Hizo un alto cuando había bajado la mitad de la pendiente, se apoyó en su bastón y miró con indiferencia los puntos luminosos. El espectáculo, en medio del silencio y del frío, evocaba los fuegos fatuos de los cementerios. Dieron las doce en el reloj de la torre; cuando se apagó el último golpe, llegaron de la casa próxima las notas de una dulce canción que se multiplicaron de casa en casa para extenderse por todo el pueblo:

*Un niño divino
nos ha nacido hoy
de una virgen sin mancha;
alegría para todos.
Si no naciera el niño,
todos estaríamos perdidos;
la salvación llega a todos.
Jesucristo, mi amado,
que naces niño por nosotros,
líbranos del infierno.*

El hombre de la ladera se había arrodillado e intentó acompañar el canto con voz temblorosa; sólo emitía un puro sollozo, y las lágrimas caían ardientes en la nieve. Siguió la segunda estrofa y él rezó en voz baja; luego la tercera y la cuarta. Terminó la canción y las luces empezaron a moverse. Entonces el hombre se enderezó penosamente y siguió caminando en dirección al pueblo. Recorrió parte del mismo respirando con fatiga y se detuvo delante de una casa; después llamó con suavidad a la puerta.

—¿Qué pasa ahí? —sonó dentro una voz femenina—. La puerta golpea y no sopla viento.

El hombre llamó más fuerte:

—Por el amor de Dios, dejen entrar a un hombre medio congelado que viene del cautiverio turco. Cuchicheos en la cocina.

—Vaya a la posada —contestó otra voz femenina—, a cinco casas de aquí.

—Por piedad, déjenme entrar. No llevo dinero.

Con alguna demora se abrió la puerta y un hombre alumbró con la lámpara desde dentro.

—Entre, entre —dijo después—. Usted no nos va a rebanar el cuello.

Además del hombre, había en la cocina una mujer de edad mediana, una anciana y cinco niños. Todos se agolparon en torno al recién llegado y lo estudiaron con tímida curiosidad. Presentaba un aspecto lastimoso, el cuello torcido y la espalda encorvada; aparecía extenuado y la blanca melena

enmarcaba su rostro, que era la expresión de un largo sufrimiento. La mujer fue en silencio hacia el fogón y echó leña fresca.

—No podemos darle una cama, pero le haré un lecho de paja; tendrá que conformarse con eso.

—Dios se lo pague —dijo el forastero—. Estoy acostumbrado a cosas peores.

El recién llegado era Juan Nadie, y él mismo confesó ser el mismo que un día desapareciera con Friedrich Mergel.

Al día siguiente todo el pueblo comentaba las aventuras del hombre que volvía después de tan larga ausencia.

Todos querían ver al ex cautivo de los turcos, y casi se extrañaban de que fuese como los demás. Los jóvenes no le podían recordar, pero los viejos reconocían aún sus facciones a pesar de estar tan desfigurado.

—¡Juan, Juan, cómo has encanecido! —dijo una anciana—. ¿Y de qué tienes el cuello torcido?

—De llevar madera y agua en el cautiverio —contestó.

—¿Y qué fue de Mergel? ¿No marchasteis juntos?

—Sí, pero no sé dónde está; después nos separamos. Si lo recordáis, rezad por él —añadió—, que lo necesitará.

Le preguntaron por qué huyó si Friedrich no había matado al judío.

—¿No fue él?

Escuchó atentamente la versión que el barón había difundido para borrar la mancha de los Mergel.

—Así que... tanto sufrimiento en vano —dijo pensativo—, completamente en vano.

Suspiró hondo y preguntó a su vez por unos y por otros. Simon llevaba muchos años enterrado después de caer en absoluta pobreza con procesos y con deudores morosos a los que no pudo llevar a los tribunales, porque, como él decía, eran asuntos feos. Al final, tuvo que vivir de la mendicidad y murió sobre la paja en un cobertizo ajeno. Margret había durado más, pero en un estado de incapacidad mental. La gente del pueblo se cansó pronto de ayudarla, porque dejaba perderse todo lo que se le daba; la gente, en efecto, suele abandonar a los más necesitados, aquellos a los que no les luce la ayuda y siguen siendo menesterosos en todo momento. Y no es que Margret padeciera indigencia; los barones cuidaban de ella, le enviaban comida a diario y le dieron asistencia médica cuando el deterioro de su salud llegó al extremo. En su casa vivía ahora el hijo del antiguo porquero que tanto había admirado aquella noche el reloj de Friedrich.

—Todos se fueron, todos han muerto —suspiró Juan.

Al anoecer le vieron en la nieve, al resplandor de la luna, vagando por el cementerio; no rezó ni se acercó a ninguna tumba, pero echó un vistazo, de lejos, a algunas de ellas. Así lo encontró el guarda Brandis, hijo del que fue muerto de un hachazo, y por orden del barón lo llevó al castillo.

Al entrar en el salón, Juan miró a su alrededor con timidez, como ofuscado por la luz, y después al barón, que estaba arrellanado en la poltrona, pero conservaba aún los ojos claros y el gorrito rojo en la cabeza como veintiocho años atrás; junto a él la señora baronesa, muy anciana.

—Bien, Juan. Cuéntame tus aventuras con todo detalle. Pero... veo que te trataron muy mal en Turquía —dijo el hacendado examinándolo a través de las gafas.

Juan empezó su relato. Mergel fue de noche a buscarlo en el lugar donde pastoreaba la vacada y lo invitó a marcharse con él.

—Pero ¿por qué huyó ese mozo? Tú sabes que era inocente.

Juan bajó la vista.

—No lo sé, creo que fue por asuntos del bosque. Simon llevaba toda clase de negocios; a mí no me decían nada, pero me parece que todo fue como tenía que ser.

—¿Qué te dijo Friedrich?

—Nada; que debíamos escapar porque nos seguían. Llegamos a Heerse; aún era de noche y nos escondimos detrás de la cruz del cementerio hasta que empezase a clarear, porque nos daba miedo pasar por las canteras de Zellerfeld. Después de estar sentados un rato, oímos de pronto un fragor por encima de nuestras cabezas y vimos unos relámpagos en el aire, exactamente sobre la torre de la iglesia de Heerse. Nos levantamos y echamos a correr a la buena de Dios, en línea recta, y cuando amaneció estábamos en el camino que lleva a P.

Juan parecía estremecerse evocando esas escenas, y el barón se acordó de su difunto Kapp y de la aventura junto al barranco de Heerse.

—¡Qué extraño! —sonrió—. Estuvisteis tan cerca unos de otros... Pero sigue, sigue.

Juan relató cómo llegaron felizmente a P. y cruzaron la frontera.

Viajaron hasta Friburgo de Briesgan, haciéndose pasar por aprendices emigrantes y mendigando por el camino.

—Yo llevaba mi bolsa de provisiones —dijo Juan—, y Friedrich un hatillo; así dieron crédito a nuestras palabras.

En Friburgo los austríacos los alistaron en el ejército; él no había querido, pero Friedrich insistió. Juan quedó enrolado en la tropa de reserva.

—Permanecemos en Friburgo durante todo el invierno —continuó— y nos fue bastante bien; también a mí, porque Friedrich me tenía al tanto de todo y me ayudaba cuando hacía algo mal. En primavera tuvimos que partir para Hungría, y en otoño estalló la guerra con los turcos. No puedo contar mucho de ella porque caí prisionero en la primera refriega y desde entonces pasé veintiséis años en el cautiverio turco.

—¡Dios del cielo! ¡Eso es terrible! —comentó la señora de S.

—Sí, bastante malo; los turcos nos tratan a los cristianos como perros. Lo peor fue que mis fuerzas flaquearon con el duro trabajo; también fui envejeciendo y no podía llevar el ritmo de antes.

Calló un instante.

—Sí —dijo después—, aquello era superior a las fuerzas humanas y a la paciencia humana; yo tampoco lo pude soportar. De allí pasé a un barco holandés.

—¿Cómo fue eso? —preguntó el barón.

—Ellos me pescaron en el Bosforo —contestó Juan.

El barón le miró extrañado y alzó el dedo en señal de advertencia; pero Juan siguió su relato.

En el barco no le fue mucho mejor.

—Nos atacó el escorbuto; el que no caía enfermo tenía que matarse a trabajar, y la maroma del barco imponía una disciplina tan severa como el látigo turco. Por fin —concluyó—, cuando llegamos a Holanda y después a Amsterdam, me dejaron libre porque no valía para nada, y el mercader, que era dueño del barco, tuvo compasión de mí y quiso hacerme su conserje. Pero —dijo sacudiendo la cabeza— yo he preferido seguir mendigando hasta ahora.

—Fuiste bastante estúpido —dijo el barón.

—Señor, yo he tenido que pasar la vida entre turcos y herejes; ¿no debía reposar al menos en un cementerio católico?

El barón había sacado la bolsa.

—Toma, Juan. Ahora vete y vuelve pronto. Tienes que contarme todo más despacio. El relato de hoy ha sido un poco caótico. Aún estarás cansado, ¿no?

—Muy cansado —contestó Juan, y añadió señalando la frente— mis pensamientos son a veces muy raros; no sé qué me pasa.

—Me hago cargo —dijo el barón—; eso viene de los viejos tiempos. Ahora vete. Los Hülsmeyer te alojarán esta noche. Vuelve mañana.

El señor de S. sintió una profunda compasión por el pobre vagabundo. Estuvieron deliberando hasta el día siguiente sobre el lugar donde podrían alquilarle una habitación; comería a diario en el castillo; también se pensó en la ropa.

—Señor —dijo Juan—, aún puedo trabajar; sé hacer cucharas de palo. También podría servirlos de mensajero.

El señor de S. sacudió la cabeza, compasivo:

—¿No suena eso un poco raro?

—Oh, no, señoría, cuando yo me pongo en marcha... no voy de prisa, pero llego, y no me cuesta tanto como podría parecer.

—Bien —dijo el barón, indeciso—, ¿quieres intentarlo? Aquí tengo una carta para P. No corre ninguna prisa.

Al día siguiente le asignaron a Juan un cuartito en casa de una viuda del pueblo.

Juan tallaba cucharas de palo, comía en el castillo y hacía de mensajero de su señoría. En conjunto no le fue mal; los señores eran muy bondadosos y el barón conversaba a menudo con él sobre los turcos, el servicio en el ejército austríaco y el mar.

—Juan podría contar muchas cosas —dijo el barón a su esposa— si no fuese tan simple.

—Más melancólico que simple —contestó ella—. Temo que acabe perdiendo el juicio.

—No lo creo —repuso el barón—. Toda su vida ha sido un simple, y los simples nunca enloquecen.

Al cabo de cierto tiempo Juan se entretuvo un día más de la cuenta con un mensaje. La buena señora de S. estaba muy preocupada y tenía ya la intención de enviar gente, cuando le oyeron subir las escaleras a grandes zancadas.

—Has tardado mucho en volver —dijo la baronesa—. Temía que te hubieras extraviado en el bosque de Brede.

—Fui por el valle de Fören.

—Es un rodeo muy largo. ¿Por qué no cruzaste el bosque de Brede?

Juan la miró con cara sombría.

—Me han dicho que el bosque está talado y que ahora hay tantas encrucijadas y atajos que temo perderme. Me estoy haciendo viejo y torpe —añadió pausadamente.

—¿No observaste —dijo después la señora de S. a su esposo— la mirada extraña y sesgada que tenía? Te digo, Ernst, que esto va a acabar mal.

Entretanto se acercaba el mes de septiembre. Los campos estaban solitarios, la hoja empezaba a caer y los tísicos del lugar sentían las tijeras de la muerte sobre el hilo de su vida. También Juan parecía sufrir bajo la influencia del próximo equinoccio; los que lo vieron aquellos días aseguraban que daba muestras visibles de deterioro y hablaba constantemente consigo mismo, cosa que también antes hacía, mas no habitualmente. Por fin, una noche no regresó a casa. Quizá sus señorías lo habían

enviado con algún mensaje. La segunda noche tampoco apareció. La tercera, la dueña de la casa pasó de la preocupación a la angustia y fue al castillo preguntando por él.

—¡Dios nos ampare! —dijo el barón—. No sé nada de él; pero avisaré a los cazadores y a un guarda. Si el pobre jorobado —añadió, inquieto— cae en un foso, no podrá salir. Quién sabe si no se habrá roto una de sus piernas torcidas...

En el momento de partir los cazadores, les gritó:

—¡Llevad perros y buscad sobre todo en las zanjas; mirad bien en las canteras!

Los cazadores regresaron a las pocas horas; no habían encontrado el menor rastro. El señor de S. estaba muy preocupado.

—Cuando imagino que alguien yace en el suelo como una piedra sin poderse levantar... Pero puede que aún viva; una persona puede aguantar tres días sin comer.

Él mismo participó en la búsqueda; preguntaron en todas las casas; hicieron sonar los cuernos de caza por doquier; rastrearon con perros. Todo fue inútil. Una niña lo había visto sentado en el lindero del bosque de Brede, tallando una cuchara de palo.

—Pero trabajaba como sin fuerzas —dijo la niña.

Esto sucedía dos días antes. Por la tarde encontraron otra pista: fue de nuevo un testigo infantil el que lo había visto al otro lado del bosque, sentado en la floresta, el rostro sobre las rodillas, como si durmiera; esto fue el día anterior. Por lo visto, anduvo siempre vagando alrededor del bosque de Brede.

—Si el matorral no fuera tan espeso... No hay manera de penetrar ahí dijo el barón.

Los perros fueron rastreando la maleza; hubo toques de trompeta y se lanzaron gritos. Una vez convencidos de que los perros habían repasado todo el bosque, regresaron a casa descorazonados.

—¡No desistáis, no desistáis! —suplicó la señora de S.—; más vale dar muchos pasos en falso que dejar un rincón sin mirar.

El barón estaba casi tan angustiado como ella. Su inquietud le llevó hasta la vivienda de Juan, aun a sabiendas de no encontrarlo allí. Mandó abrir el cuarto del desaparecido. La cama estaba sin hacer, tal como la había dejado; tenía colgada la chaqueta de fiesta que la baronesa había hecho confeccionar de la vieja cazadora del señor; sobre la mesa, una escudilla, seis cucharas de palo recién talladas y una caja.

El barón abrió la caja. Contenía cinco centavos envueltos cuidadosamente en papel y cuatro botones plateados de chaleco, que el hacendado contempló con atención.

—Un recuerdo de Mergel —murmuró mientras salía del cuarto angosto y mal ventilado.

Siguieron las pesquisas hasta que todos se convencieron de que Juan no estaba ya en la zona, al menos con vida. Era la segunda vez que desaparecía. ¿Lo encontrarían de nuevo... o quizá sus huesos en una zanja a la vuelta de algunos años? De lo que restaba poca esperanza era de volverlo a ver vivo, y desde luego no al cabo de otros veintiocho años.

Pasaron catorce días y el joven Brandis regresaba a casa por la mañana después de inspeccionar su zona en el bosque de Brede. Era un día extraordinariamente caluroso para aquellas fechas; el aire vibraba, no se oía cantar a los pájaros, los cuervos graznaban sin cesar en las ramas y sostenían sus picos abiertos en dirección al viento. Estaba muy cansado. Tan pronto se quitaba la gorra quemada por el sol como se la volvía a poner. Todo era igualmente insoportable. La gira por una vegetación a la altura de la rodilla había sido muy penosa. No se divisaba ningún árbol alrededor, excepto el haya del judío. Allá se encaminó Brandis con todas sus fuerzas y se dejó caer exhausto sobre el musgo en

sombra. El frescor afectó tan gratamente a su cuerpo que se le cerraron los párpados.

—¡Hongos asquerosos! —murmuró medio dormido.

Hay en esa zona una clase de hongos muy sabrosos que sólo duran unos días; después degeneran y despiden un olor insoportable. Brandis creyó percibir a esos vecinos desagradables, se volvió a un lado y a otro, pero no quiso levantarse. Su perro, mientras tanto, giraba en torno al árbol, arañaba el tronco y lanzaba sus ladridos al aire.

—¿Qué pasa, Bello? ¿Un gato? —murmuró Brandis.

Entreabrió los párpados y sus ojos toparon con la inscripción del judío, muy alterada, pero todavía legible. Volvió a dormir; el perro siguió ladrando y finalmente puso el hocico frío en el rostro de su amo.

—¡Déjame en paz! ¿Qué te pasa?

Brandis, que yacía tumbado de espaldas, miró hacia arriba. Entonces se levantó bruscamente y salió corriendo como un poseso entre los matorrales.

Llegó al castillo pálido como un cadáver: del haya del judío colgaba un hombre; había visto sus piernas balanceando sobre él.

—¿Y no lo has descolgado, so burro? —le increpó el barón.

—Señor —jadeó Brandis—, si su señoría hubiera estado allí, se habría dado cuenta de que ese hombre no vive ya. Yo creí al principio que eran los hongos.

No obstante, el barón ordenó preparar a toda prisa una expedición y se sumó a ella.

Llegaron al punto de destino, el haya solitaria.

—Yo no veo nada —dijo el señor de S.

—Tenéis que venir aquí, a este punto.

Era verdad: el barón reconoció sus propios zapatos gastados.

—¡Dios mío, es Juan!... Poned la escalera... Así... Bajadlo... despacio, despacio. No lo dejéis caer... ¡Cielos, tiene ya gusanos! No importa: aflojadle el lazo y el pañuelo del cuello.

Apareció una gran cicatriz. El barón retrocedió asustado.

—¡Dios mío! —dijo, se inclinó sobre el cadáver, examinó atentamente la cicatriz y calló un rato, profundamente consternado.

Luego se volvió a los guardas:

—No es justo que el inocente pague por el pecador. ¡Decid a todos que ése —señaló al muerto— era Friedrich Mergel!

El cadáver fue soterrado en el vertedero.

Esto sucedió realmente, en todos sus detalles principales, el mes de septiembre de 1789.

La inscripción hebrea del árbol decía así: «Si te acercas a este lugar, correrás la misma suerte que me has deparado a mí».

Friedrich Schiller

EL VISIONARIO

Extraído de los papeles del conde de O.

LIBRO I

VOY a relatar unos hechos que a muchos les parecerán increíbles y de los que yo mismo fui en buena parte testigo presencial. Los pocos que poseen ciertos conocimientos políticos, si llegan a leer estas hojas, obtendrán de ellas lecciones provechosas, y quizá la utilidad alcance también a los otros como una aportación a la historia del engaño y las aberraciones del espíritu humano. El relato causará asombro por la audacia de los fines que la maldad es capaz de diseñar y perseguir y por la rareza de los medios que puede ofrecer para asegurar esos fines. La verdad lisa y llana guiará mi pluma, pues cuando estas hojas salgan a la luz yo habré desaparecido y nada tendré que ganar ni perder con su publicación.

Fue en mi viaje de retorno a Curlandia el año 17**, durante la época de Carnaval, cuando visité al príncipe de *** en Venecia. Nos habíamos conocido en acciones de la guerra *** y trabamos una amistad que la paz vino a interrumpir. Como yo deseaba ver las singularidades de esta ciudad y el príncipe sólo aguardaba unas letras de cambio para regresar a ***, no le costó persuadirme para hacerle compañía y demorar así mi vuelta. Convinimos en no separarnos uno de otro mientras durase nuestra estancia en Venecia, y el príncipe tuvo la gentileza de ofrecerme su propia vivienda en *Il moro*.

Él vivía aquí de riguroso incógnito porque le gustaba moverse libremente y sus rentas tampoco le permitían ostentar la altura de su rango. Dos caballeros en cuya discreción podía confiar, junto con algunos fieles servidores, eran su único séquito. Evitaba los gastos más por temperamento que por ahorro. Huía de los placeres; con sus treinta y cinco años de edad se había resistido a todos los encantos de esta ciudad placentera. El bello sexo le había resultado indiferente hasta el momento. Una profunda seriedad y una melancolía apasionada dominaban su sensibilidad. Sus inclinaciones eran mesuradas, pero tenaces hasta el extremo; sus decisiones, lentas y titubeantes; su amistad, cálida y eterna. Solitario en medio de la muchedumbre, encerrado en su mundo fantástico, era a menudo un extraño en el mundo real. Nadie como él para dejarse dominar sin ser débil. Una vez ganado para una causa, era intrépido y fiel, y poseía gran entereza para combatir un prejuicio y para morir por una idea.

Era el tercer príncipe de su dinastía y tenía escasas probabilidades de llegar a reinar. Nunca tuvo ambiciones y su pasión había tomado otro rumbo. Satisfecho de no depender de ninguna voluntad ajena, no sentía tentaciones de dominar a otros: la tranquila libertad de la vida privada y el placer de un trato personal basado en los valores del espíritu colmaban todos sus deseos. Leía mucho, pero desordenadamente; una formación deficiente y la dedicación temprana a las acciones bélicas le

habían impedido alcanzar la madurez. Los conocimientos que adquirió después venían a aumentar la confusión de sus ideas porque carecían de una base firme.

Era protestante como toda su familia; protestante de nacimiento, no como resultado de una investigación que nunca pudo realizar, aunque hubo una época de misticismo religioso en su vida. Nunca, que yo sepa, llegó a ser francmasón.

Un atardecer en que paseábamos disfrazados, como de costumbre, por la plaza de San Marcos — se hacía tarde y la gente empezaba a retirarse— observó el príncipe que un enmascarado nos seguía a todas partes. Era un armenio e iba solo. Apretamos el paso e intentamos esquivarlo cambiando de itinerario; pero fue en vano: el enmascarado nos seguía de cerca.

—¿Anda usted en aventuras amorosas? —me preguntó al fin el príncipe—. Los maridos de Venecia son peligrosos.

—No tengo relación con ninguna dama —le contesté.

—Vamos a sentarnos aquí y hablaremos alemán —continuó él—. Creo que pasaremos inadvertidos.

Nos sentamos en un banco de piedra y esperamos a que el enmascarado pasase de largo. Pero se acercó a nosotros y fue a sentarse al lado del príncipe. Éste sacó el reloj, y me dijo en francés, mientras se levantaba:

—Las nueve. Vamos. Hemos olvidado que nos esperan en el Louvre.

Esto lo dijo para despistar al enmascarado.

—Las nueve —repitió el enmascarado en tono enfático y lento, y en el mismo idioma—. Deseaos suerte, príncipe (aquí, su verdadero nombre). A las nueve ha fallecido.

Dicho esto, se levantó y se fue.

Nos quedamos consternados.

—¿Quién ha fallecido? —dijo al fin el príncipe tras un largo silencio.

—Vamos a seguirlo —dije— y le exigimos una explicación.

Escudriñamos todos los rincones de la plaza de San Marcos, sin dar con el enmascarado. Volvimos contrariados al hotel. El príncipe no me dijo nada en el camino; marchaba a distancia y solo, y parecía librar un violento combate, según me confesó después él mismo.

Cuando estuvimos en casa, empezó a hablar.

—Es ridículo —dijo— que un loco llegue a sobresaltar a una persona con un par de frases.

Nos deseamos las buenas noches y nada más entrar en mi habitación anoté en la agenda el día y la hora en que ocurrió el hecho. Era un jueves.

Al atardecer del día siguiente me dijo el príncipe:

—¿Vamos a dar un paseo por la plaza de San Marcos para buscar al misterioso armenio? Me intriga el desarrollo de esta comedia.

Accedí gustoso. Permanecimos en la plaza hasta las once de la noche. No vimos al armenio por ninguna parte. Repetimos lo mismo cuatro noches consecutivas sin mejor resultado.

En la sexta noche, cuando abandonamos nuestro hotel, tuve la ocurrencia, no recuerdo si deliberada o no, de indicar a los empleados el modo de localizarnos si preguntaba alguien por nosotros. El príncipe observó mi cautela y la elogió con una sonrisa. Había gran gentío en la plaza de San Marcos cuando llegamos allí. Apenas habíamos dado treinta pasos cuando reconocimos al armenio, que trataba de abrirse camino entre la multitud y parecía buscar a alguien con la mirada. Ya a punto de alcanzarlo, llegó sin aliento el barón de F., del séquito del príncipe, y le entregó una carta.

—Tiene sello de luto —añadió— y supusimos que era urgente.

Estas palabras me fulminaron como un rayo. El príncipe se acercó a una farola y empezó a leer.

—Mi primo ha muerto —dijo.

—¿Cuándo? —inquirí.

Volvió a mirar la carta.

—El jueves a las nueve de la noche.

No nos habíamos repuesto del asombro cuando apareció el armenio entre nosotros.

—Aquí lo conocen, señor —dijo al príncipe—. Vuelva rápido a *Il moro*. Allí lo encontrarán los diputados del senado. No repare en aceptar el honor que le quieren ofrecer. El barón de F. ha olvidado decirle que llegaron las letras de cambio.

El armenio se perdió en la multitud.

Fuimos presurosos al hotel. Todo ocurrió como anunciara el armenio. Tres *nobili* de la República estaban preparados para dar la enhorabuena al príncipe y acompañarlo con pompa hasta la asamblea, donde lo esperaba la alta nobleza de la ciudad. Apenas tuvo tiempo para pedirme con una señal furtiva que permaneciera en vela a su disposición.

Volvió alrededor de las once de la noche. Entró serio y pensativo en la habitación y me tomó de la mano después de despedir a la servidumbre.

—Conde —me dijo con frase de Hamlet—, hay más cosas en el cielo y en la tierra de lo que imaginamos en nuestras filosofías.

—Señor —le contesté—, parecéis olvidar que os vais a acostar abrigando una gran esperanza (el fallecido era el príncipe heredero, hijo único del felizmente reinante***, anciano y enfermizo y sin esperanza de sucesión. Un tío materno de nuestro príncipe, también sin herederos y sin posibilidad de tenerlos, se interponía ahora entre él y el trono. Consigno esta circunstancia porque volveremos más adelante sobre ella).

—No me lo recuerde —dijo el príncipe—. Aunque haya una corona reservada para mí, tengo que hacer cosas más importantes que recrearme en esa nimiedad... Si lo de ese armenio no ha sido un puro azar...

—¿Cómo es eso posible? —interrumpí.

—... le cedo a usted todas mis esperanzas principescas a cambio de un hábito de monje.

La noche siguiente nos encontramos en la plaza de San Marcos antes de lo acostumbrado. Un aguacero repentino nos obligó a entrar en un café donde se practicaba el juego. El príncipe se colocó detrás de la silla de un español y observó las incidencias de la partida. Yo fui a un cuarto contiguo a leer periódicos. Al cabo de un rato oí cierto alboroto. Antes de la llegada del príncipe, el español iba perdiendo ininterrumpidamente; ahora ganaba en todas las cartas. Todo el juego había cambiado de modo sorprendente y la banca corría peligro de ser demandada por el ganador envalentonado. El veneciano que la regentaba dijo al príncipe en tono ofensivo que traía mala suerte y debía abandonar la mesa. El príncipe lo miró fríamente y permaneció en su puesto; la misma actitud guardó cuando el veneciano le reiteró la ofensa en francés. Creyó que el príncipe desconocía ambos idiomas y se volvió a los presentes con una sonrisa despectiva:

—Dígame, señores, cómo puedo hacerme entender por este palurdo.

Acto seguido se levantó y quiso coger del brazo al príncipe; éste perdió la paciencia, asió con una mano al veneciano y lo arrojó al suelo. Toda la sala se puso en movimiento. Al oír el griterío, entré en ella y sin darme cuenta lo llamé por su nombre.

—Tened cuidado, príncipe —añadí espontáneamente—; estamos en Venecia.

La palabra «príncipe» impuso un silencio general, al que siguió un murmullo que me pareció peligroso. Todos los italianos se agruparon y fueron abandonando la sala uno tras otro, hasta que nos encontramos los dos solos con el español y algunos franceses.

—Estáis perdido, señor —dijeron éstos—, si no abandonáis inmediatamente la ciudad. El veneciano que os ha tratado tan mal es rico e influyente; le cuesta sólo cincuenta cequíes mandaros al otro mundo.

El español se ofreció a velar por la seguridad del príncipe y acompañarnos a casa. La misma oferta hicieron los franceses. Aún estábamos deliberando cuando se abrió la puerta y entraron algunos empleados de la Inquisición estatal. Nos mostraron la orden del Gobierno en la que se nos obligaba a los dos a seguir a los emisarios. Bajo una fuerte custodia nos condujeron al canal. Aquí nos esperaba una góndola, que nos hicieron ocupar. Antes de embarcar en ella nos vendaron los ojos. Nos hicieron subir por una escalera de piedra y después caminar por un pasillo largo y sinuoso sobre la bóveda, como deduje del variado eco que producían nuestras pisadas. Llegamos a otra escalera y bajamos sus veintiséis peldaños. Aquí se abrió una sala donde nos quitaron la venda de los ojos. Nos encontramos en un círculo de venerables ancianos, todos vestidos de negro, la sala tapizada de negro y escasamente iluminada y un silencio sepulcral en toda la asamblea que producía una tremenda impresión. Uno de aquellos ancianos, presumiblemente el Gran Inquisidor, se acercó al príncipe y le preguntó en tono solemne, mientras llevaban ante él al veneciano:

—¿Reconocéis en este hombre al mismo que os ofendió en el café?

—Sí —respondió el príncipe.

Después se dirigió al preso:

—¿Es ésta la misma persona que usted ha querido hacer asesinar esta noche?

El preso contestó afirmativamente.

Se abrió el círculo y vimos con horror cómo la cabeza del veneciano se separaba del tronco.

—¿Quedáis satisfecho con esta sanción? —preguntó el inquisidor.

El príncipe quedó desmayado en los brazos de sus acompañantes.

—Ahora márchese —continuó aquél con voz lúgubre, dirigiéndose a mí—, y juzgue en adelante con menos precipitación la justicia que se hace en Venecia.

¿Quién era el amigo oculto que nos salvó de una muerte cierta mediante el brazo rápido de la justicia? No pudimos averiguarlo. Sobrecogidos del susto llegamos a nuestra vivienda. Era pasada la medianoche. El doncel de cámara de Z. nos aguardaba impaciente en la escalera.

—¡Qué bien hicisteis en avisar! —dijo al príncipe mientras nos alumbraba—. Una noticia que el barón de F. trajo inmediatamente después desde la plaza de San Marcos a casa nos hubiera producido una angustia mortal por vos.

—¿Que hice bien en avisar? ¿Cuándo? No sé nada de eso.

—Esta noche después de las ocho. Dejasteis recado de que no nos preocupáramos si hoy volvíais a casa algo más tarde.

El príncipe me miró.

—¿Dejó usted ese recado sin mi conocimiento?

Yo no sabía nada.

—Así tuvo que ser, alteza —dijo el doncel—, pues aquí está vuestro reloj, que vos enviasteis para mayor seguridad.

El príncipe se tanteó el bolsillo. El reloj había desaparecido y reconoció aquél como suyo.

—¿Quién lo trajo? —preguntó consternado.

—Un enmascarado en atuendo armenio que se fue inmediatamente.

Nos detuvimos mirándonos a la cara.

—¿Qué le parece? —preguntó el príncipe después de un prolongado silencio—. Debo de tener un guardián misterioso en Venecia.

Los sustos de aquella noche le produjeron al príncipe una fiebre que lo obligó a permanecer en la habitación ocho días. En este lapso de tiempo nuestro hotel hervía de nativos y extranjeros que eran atraídos por la presencia del príncipe. Todos rivalizaban en ofrecerle sus servicios y en hacerse valer cada cual a su modo. Nadie habló ya del episodio de la Inquisición. Dado que la corte de *** deseaba que el príncipe aplazara el viaje, algunos cambistas de Venecia recibieron orden de pagarle importantes sumas. El príncipe se vio así en el compromiso de prolongar su estancia en Italia y yo decidí, cediendo a sus ruegos, aplazar también mi partida.

Una vez restablecido para poder abandonar la habitación, el médico aconsejó al príncipe realizar un viaje por el río Brenta para cambiar de aires. El tiempo era espléndido y el príncipe aceptó la propuesta. Cuando estábamos a punto de subir a la góndola, el príncipe echó en falta la llave de un cofrecillo que guardaba documentos muy importantes. Regresamos inmediatamente para buscarlo. Él recordaba muy bien haber cerrado con llave el cofre el día anterior y desde entonces no había salido de la habitación. Pero la búsqueda fue infructuosa y tuvimos que desistir para no perder el tiempo. El príncipe, cuyo ánimo era incapaz de cualquier sospecha, dio el cofre por perdido y nos pidió que olvidáramos el asunto.

El viaje fue muy agradable. Un paisaje pintoresco que en cada curva del río parecía superarse en exuberancia y belleza, el cielo sereno que en el mes de febrero pintaba un día de mayo, jardines amenos y quintas elegantes que decoraban las dos orillas del Brenta; detrás de nosotros, la Venecia majestuosa con cientos de torres y mástiles emergiendo del agua; todo esto nos ofreció el espectáculo más brillante del mundo. Nos abandonamos al encanto de esta bella naturaleza, nuestro ánimo era alegre y el príncipe mismo perdió su seriedad y rivalizó con nosotros en bromas graciosas. Una música grata nos salió al encuentro ya a algunas millas de la ciudad y en plena campiña; llegaba de una aldea que celebraba su feria anual en medio de un gentío abigarrado. Un grupo de niñas y niños en atuendo de teatro nos dio la bienvenida con una danza pantomímica. El número era nuevo; la ligereza y la gracia animaban cada movimiento. Antes de finalizar la danza, la directora de la misma, que hacía el papel de reina, quedó de pronto como asida por un brazo invisible. Se detuvo inmóvil, y todos con ella. Cesó la música. No se oía el menor rumor en todo el público y la directora seguía allí, la mirada fija en la tierra, en un profundo ensimismamiento. En esto dio un salto con el impulso del entusiasmo y dirigió una mirada desbordante a su alrededor.

—Hay un rey entre nosotros —dijo. Se quitó la corona de la cabeza y la depositó... a los pies del príncipe. Todos pusieron los ojos en él sin saber de fijo si esta bufonada tenía sentido, dada la afectada gravedad de esta actriz. Un aplauso general rompió finalmente el silencio. Mis ojos buscaron al príncipe. Observé que estaba no poco emocionado y procuró desviar de sí las miradas inquisitivas de los espectadores. Lanzó monedas a los niños actores y se apresuró a dejar la multitud.

Sólo habíamos dado algunos pasos cuando un fraile descalzo apareció entre la gente y se presentó ante el príncipe.

—Señor —dijo a éste—, dale parte de tu riqueza a la Madonna, que necesitarás de su intercesión.

Esto lo dijo en un tono que nos dejó perplejos. El gentío lo quitó de nuestra vista.

Mientras tanto nuestro séquito había engrosado. Un lord inglés que había visto ya al príncipe en Niza, algunos mercaderes de Livorno, un canónigo alemán, un abate francés con algunas damas y un oficial ruso se unieron a nosotros. La fisonomía del último presentaba algo de insólito que llamó nuestra atención. Nunca en mi vida había visto tantos rasgos y tan poco carácter, tanta simpatía junto a una frialdad repulsiva en un mismo rostro humano. Todas las pasiones parecían haber anidado en él para después abandonarlo. Sólo restaba la mirada silenciosa y penetrante de un perfecto conocedor del hombre que intimidaba a todos. Este personaje extraño nos seguía de lejos, mas parecía participar en todo, aunque con cierta indolencia.

Nos detuvimos ante un puesto de lotería. Empezaron a probar suerte las damas y nosotros seguimos su ejemplo; también el príncipe pidió un billete. Ganó una tabaquera. Al abrirla, lo vi retroceder con cara lívida. La llave estaba allí.

—¿Qué es esto? —me dijo el príncipe cuando estuvimos solos un momento—. Un poder superior me persigue. Algo omnisciente me envuelve. Un ser invisible, al que no puedo escapar, vigila todos mis pasos. Tengo que buscar al armenio y ver si me aclara esto.

El sol declinaba hacia el ocaso cuando llegamos a la posada, donde habían servido la cena. El nombre del príncipe había engrosado nuestro grupo hasta abarcar dieciséis personas. Además de los ya mencionados había un gran músico de Roma, algunos suizos y un aventurero de Palermo que llevaba uniforme y se hacía llamar capitán. Acordamos pasar allí la velada y encaminarnos a casa con antorchas. La conversación en la mesa fue muy animada y el príncipe no dudó en referir el episodio de la llave, que provocó un asombro general. Se discutió mucho sobre este tema. La mayoría afirmó sin vacilar que todas estas artes secretas se reducían a mera prestidigitación; el abate, que ya había ingerido mucho vino, sacó a colación todo el mundo de los espíritus; el inglés profirió blasfemias; el músico se santiguó ante el diablo. Fueron pocos los que, como el príncipe, sostuvieron la necesidad de suspender el juicio sobre estos fenómenos. El oficial ruso, mientras tanto, conversaba con las mujeres y parecía ajeno al debate. En el calor de la discusión nadie había reparado en la salida del siciliano. Al cabo de media hora escasa volvió embozado en una capa y fue a sentarse detrás de la silla del francés.

—Usted ha demostrado su valentía metiéndose con todos los espíritus... ¿Quiere intentarlo con uno?

—Conforme —dijo el abate— si usted se compromete a proporcionármelo.

—Lo haré —contestó el siciliano, volviéndose a nosotros— una vez que estos caballeros y damas nos hayan dejado.

—¿Por qué eso? —dijo el inglés—. Un espíritu que se precie no teme una compañía alegre.

—No respondo de las consecuencias —dijo el siciliano.

—¡Por Dios, no! —gritaron las señoras asustadas mientras abandonaban sus sillas.

—Haga venir a su espíritu —insistió el abate—; pero adviértale que aquí se practica la esgrima —añadió requiriendo la espada a uno de los presentes.

—Eso lo tendrá usted después —contestó el siciliano con frialdad—, si así le place.

En ese momento se volvió hacia el príncipe:

—Señor, vos afirmáis que vuestra llave anduvo en manos ajenas. ¿Podéis imaginar en cuáles?

—No.

—¿No sospecháis de nadie?

—Tengo alguna idea...

—¿Podrías reconocer a la persona si la vierais?

—Sin duda.

El siciliano abrió su capa y sacó un espejo, que puso ante los ojos del príncipe.

—¿Es éste?

El príncipe retrocedió espantado.

—¿Qué habéis visto? —le pregunté.

—Al armenio.

El siciliano volvió a ocultar su espejo bajo la capa.

—¿Era la misma persona que vos imaginabais?

—La misma.

Todos se pusieron serios y cesaron las risas.

Miraron al siciliano con curiosidad.

—Reverendo abate, la cosa se pone seria —dijo el inglés—; le aconsejo que piense en la retirada.

—Ése tiene el diablo en el cuerpo —gritó el francés y se marchó para casa.

Las señoras salieron precipitadamente de la sala; el músico las siguió, el canónigo alemán roncaba en un sillón y el ruso permanecía sentado con cara de indiferencia.

—Tal vez usted quería sólo reírse de un fanfarrón —comentó el príncipe cuando aquéllos desalojaron la sala—. ¿O desea usted mantener su palabra?

—Así es —dijo el siciliano—. Al abate no lo tomé en serio; le hice la propuesta porque sabía que esa gallina no me tomaría la palabra. Por lo demás, la cosa es demasiado seria para convertirla en pura broma.

—¿Insinúa que la cosa está en su poder?

El mago calló largo rato; parecía escudriñar al príncipe con la mirada.

—Sí —contestó al fin.

La curiosidad del príncipe alcanzó ya su grado máximo. Estar en contacto con el mundo de los espíritus había sido su sueño y desde la primera aparición del armenio brotaron de nuevo en él todas las ideas que su razón madura había rechazado tanto tiempo. Tomó aparte al siciliano y le oí platicar con él muy interesado.

—Aquí tiene a un hombre —continuó el príncipe— que arde en ansias de llegar a una convicción en esta materia. Yo abrazaría como mi bienhechor, como mi primer amigo, a aquel que disipara mis dudas y me quitara el velo de los ojos. ¿Quiere usted prestarme este gran servicio?

—¿Qué pedís de mí? —preguntó el mago pensativo.

—Sólo una muestra de su arte. Hágame ver una aparición.

—¿A qué conduce esto?

—Entonces podría usted juzgar, conociéndome mejor, si soy capaz de alcanzar una sabiduría superior.

—Yo os aprecio por encima de todo, príncipe. Un secreto poder de vuestro rostro, que vos mismo no conocéis, me unió a vos la primera vez que os vi. Sois más poderoso de lo que imagináis. Podéis dominar todo mi poder, pero...

—Entonces hágame ver una aparición.

—... pero tengo que estar seguro de que no me hacéis esta petición por mera curiosidad. Aunque las fuerzas invisibles están en cierto modo a mi disposición, es con la inexorable condición de no

profanar los misterios sagrados, de no abusar de mi poder.

—Mis intenciones son puras. Yo busco la verdad.

Abandonaron el sitio que ocupaban y fueron a una ventana lo bastante alejada como para no permitirme seguir la conversación. El inglés, que había escuchado conmigo, me tomó aparte.

—Su príncipe es una noble persona. Lamento que se confíe a un impostor.

—Habrá que ver —dije— cómo sale del paso.

—¿Sabe una cosa? —dijo el inglés—. Ahora se hace valer ese pobre diablo. No demostrará su arte hasta que oiga sonar el dinero. Hagamos una colecta para tentarle con un elevado precio. Esto lo pondrá en evidencia y abrirá los ojos al príncipe.

—De acuerdo.

El inglés arrojó seis guineas en un plato y pasó la ronda. Todos dieron algunos luises; al ruso parece que le interesó mucho nuestra propuesta, ya que depositó un billete de cien cequíes en el plato... un derroche que asombró al inglés. Llevamos la colecta al príncipe.

—Tened la bondad —dijo el inglés— de rogar a ese señor que nos haga ver una demostración de su arte y acepte esta pequeña muestra de nuestro reconocimiento.

El príncipe añadió un valioso anillo y ofreció el plato al siciliano. Éste meditó algunos segundos.

—Señores y bienhechores míos —dijo al fin—, esta generosidad me abruma. Parece que ustedes no me conocen; pero voy a acceder a su petición. Cumpliré su deseo —añadió mientras tiraba de una campanilla—. Por lo que respecta a este dinero, al que no tengo ningún derecho, ustedes me permitirán que lo deposite en el monasterio de benedictinos más cercano para fundaciones pías. El anillo lo retengo como un valioso recuerdo del dignísimo príncipe.

En este momento llegó el hostelero, y el siciliano le entregó el dinero de la colecta.

—Pero no deja de ser un bellaco —me susurró el inglés al oído—. Rechaza el dinero porque ahora le importa más el príncipe.

—O será que el hostelero comprende su encargo.

—¿A quién pedís? —preguntó el mago al príncipe.

El príncipe reflexionó un momento.

—Mejor a un gran personaje —dijo el lord—. Pedid la aparición del papa Ganganelli. Eso le costará poco.

El siciliano se mordió los labios.

—No puedo invocar a un personaje ordenado *in sacris*.

—Es lástima —dijo el inglés—. A lo mejor nos hubiera dicho de qué enfermedad murió.

—El marqués de Lanoy —tomó la palabra el príncipe— fue un general de brigada en la guerra anterior y mi amigo más fiel. En la batalla de Hastenbeck fue herido mortalmente, lo llevaron a mi campamento y poco después murió en mis brazos. Cuando luchaba ya con la muerte, me invitó por señas a acercarme. «Príncipe —dijo—, yo no volveré a ver mi patria; por eso os confiaré un secreto cuya clave sólo yo poseo. En un monasterio de la frontera flamenca vive una...»; aquí expiró. La mano de la muerte cortó el hilo de su discurso. Quisiera tenerlo aquí presente y escuchar la continuación.

—¡Eso es mucho pedir, por Dios! —exclamó el inglés—. Le declaro un segundo Salomón si supera la prueba.

Todos aplaudimos al príncipe, admirados de su ingeniosa elección. Entre tanto el mago paseaba pisando fuerte y como si luchara consigo mismo.

—¿Y eso fue todo lo que el moribundo os confió?

—Todo.

—¿No hicisteis más averiguaciones en su patria?

—Todas fueron infructuosas.

—¿El marqués de Lanoy llevó una vida intachable? Yo no puedo invocar a cualquier muerto.

—Murió arrepentido de los excesos de su juventud.

—¿Guardáis algún recuerdo de él?

—Sí —el príncipe llevaba consigo una tabaquera con una miniatura del marqués en esmalte, que había tenido a su lado en la mesa.

—No necesito saberlo... Dejarme solo. Veréis al difunto.

Nos rogó que pasáramos al otro pabellón hasta que él nos llamara. Al mismo tiempo hizo desalojar todos los muebles de la sala, quitar las ventanas y cerrar totalmente los postigos. Al hostelero, con el que parecía familiarizado, le ordenó traerle un recipiente con brasas y apagar cuidadosamente con agua cualquier fuego de la casa. Antes de que saliéramos, nos pidió a todos palabra de honor de guardar silencio perpetuo sobre lo que viéramos u oyéramos. Detrás de nosotros, todos los cuartos de este pabellón fueron cerrados con llave.

Eran pasadas las once y un profundo silencio reinaba en toda la casa. Al salir, el ruso me preguntó si llevábamos pistolas cargadas.

—¿Para qué? —dije.

—Por si acaso. Espere un momento; voy a inspeccionar.

Se alejó. El barón de F. y yo abrimos una ventana que daba a aquel pabellón y nos pareció oír a dos hombres cuchicheando y un rumor como si estuvieran colocando una escalera. Fue sólo una suposición y no creí que fuera verdad. El ruso volvió con un par de pistolas tras una ausencia de media hora. Vimos cómo las cargaba. Eran casi las dos de la madrugada cuando el mago apareció de nuevo para anunciarnos que era llegado el momento. Antes de entrar nos ordenó quitarnos los zapatos y aparecer en camisa, medias y ropa interior. Detrás de nosotros cerraron las puertas con llave como la primera vez.

Al volver a la sala encontramos una gran circunferencia trazada con carbón que podía albergar con facilidad a las diez personas que éramos en total. Habían quitado las tablas de las cuatro paredes de la habitación; estábamos allí como en una isla. Un altar tapizado de negro se alzaba en el centro de la circunferencia; bajo él se extendía una alfombra de satén rojo. Una biblia caldea aparecía abierta sobre el altar junto a una calavera, y un crucifijo de plata estaba sujeto a él. En lugar de cirios ardía alcohol en una cápsula plateada. Un denso humo de incienso ensombrecía la sala y casi extinguía la luz. El mago iba ligero de ropa como nosotros y sin medias; alrededor del cuello desnudo llevaba un amuleto atado a un cordón de cabello humano y ceñía la cadera con un mandil blanco decorado de cifras misteriosas y figuras simbólicas. Nos mandó extender las manos y guardar un profundo silencio: nos recomendó sobre todo no formular preguntas a la aparición. Al inglés y a mí (parecía recelar especialmente de ambos) nos pidió que sostuviéramos dos espadas desnudas, inmóviles y cruzadas, a la altura de una pulgada sobre su cabeza mientras durase la ceremonia. Estábamos en semicírculo alrededor de él; el oficial ruso estaba junto al inglés y era el más próximo al altar. Con el rostro vuelto hacia Oriente, el mago se colocó sobre la alfombra, roció con agua bendita los cuatro puntos cardinales e hizo tres inclinaciones ante la biblia. Medio cuarto de hora duró la invocación, de la que nada entendimos; una vez finalizada, el mago hizo una señal a los más próximos a él para que

lo asieran por el cabello. Entre violentas convulsiones pronunció tres veces el nombre del difunto y la tercera vez extendió la mano hacia el crucifijo...

De pronto sentimos el latigazo de un rayo que agitó nuestras manos; un trueno súbito sacudió la casa, chirriaron todas las cerraduras, se cerraron de golpe todas las puertas, cayó la tapa de la cápsula, se apagó la luz y en la pared frontal, sobre la chimenea, apareció una figura humana en camisa ensangrentada, con rostro pálido y mirada de moribundo.

—¿Quién me llama? —dijo una voz hueca, apenas perceptible.

—Tu amigo —contestó el mago— que honra tu memoria y reza por tu alma.

Las respuestas siguieron a intervalos cada vez mayores.

—¿Qué pide? —continuó la voz.

—Quiere oír hasta el final la confesión que empezaste en este mundo y no acabaste.

—En un monasterio de la frontera flamenca vive...

La casa tembló de nuevo. La puerta se abrió sola bajo el fragor de un trueno, un relámpago iluminó la habitación y otra figura *corporal*, ensangrentada y pálida como la primera, pero más tétrica, apareció en el umbral. El alcohol empezó a arder de nuevo y la sala recobró su claridad.

—¿Quién está entre nosotros? —preguntó el mago asustado, y lanzó una mirada de terror por la asamblea—. *A ti no te quería yo.*

La figura se fue acercando al altar con andar mayestático y sigiloso, se colocó sobre la alfombra, frente a nosotros, y tomó el crucifijo. Ya no vimos la primera figura.

—¿Quién me llama? —dijo esta segunda aparición.

El mago empezó a temblar de pies a cabeza. A nosotros nos paralizó el miedo y el asombro. Eché mano de una pistola, el mago me la arrebató de la mano y la disparó sobre la figura. La bala fue a rodar lentamente sobre el altar y la figura emergió del humo inalterada. Entonces el mago cayó desmayado.

—¿Qué es eso! —exclamó el inglés asombrado, y quiso golpear la figura con la espada. Aquella tocó su brazo y la espada cayó al suelo. Sentí un sudor frío en el rostro. El barón de F. nos confesó después que había rezado. Durante todo este tiempo el príncipe se mantuvo tranquilo y sereno, la mirada fija en la aparición.

—Sí, te reconozco —dijo al fin el príncipe, conmovido—; eres Lanoy, eres mi amigo... ¿De dónde vienes?

—La eternidad es muda. Pregúntame de la vida pasada.

—¿Quién vive en el monasterio del que me hablaste?

—Mi hija.

—¿Cómo? ¿Tú fuiste padre?

—Ay de mí, lo fui demasiado poco.

—¿No eres feliz, Lanoy?

—Dios me juzgó.

—¿Puedo prestarte algún servicio en este mundo?

—Ninguno, aparte de pensar en ti mismo.

—¿Cómo debo hacerlo?

—En Roma lo sabrás.

En este momento se oyó un nuevo trueno. Una negra nube de humo llenó la habitación; cuando se disipó, la figura había desaparecido. Abrí el postigo de una ventana. Había amanecido.

También el mago despertó de su letargo.

—¿Dónde estamos? —preguntó al ver la luz del día.

El oficial ruso estaba detrás de él y le miró por encima del hombro.

—Prestidigitador —dijo fulminándolo con la mirada—, no invocarás ya a ningún espíritu.

El siciliano dio media vuelta, examinó la cara del ruso y cayó a sus pies lanzando un grito.

Todos miraron al presunto ruso.

El príncipe reconoció en él las facciones del armenio y no pudo continuar la frase que empezó a balbucir. El terror y la sorpresa nos dejaron a todos como petrificados. Mudos e inmóviles contemplamos a aquel ser misterioso que nos escrutaba con una mirada de secreto poder y grandeza. Uno, dos minutos duró este silencio. No se oyó el menor rumor en la concurrencia.

Unos golpes fuertes en la puerta nos hicieron volver a la realidad. La puerta cayó destrozada en la sala y entraron algunos alguaciles con guardia.

—¡Aquí los encontramos juntos! —dijo el jefe volviéndose a sus acompañantes—. En nombre del Gobierno —nos gritó— quedan ustedes arrestados.

No tuvimos tiempo de reaccionar; nos vimos rodeados en pocos segundos. El oficial ruso, al que llamaré de nuevo «el armenio», tomó aparte al jefe de los esbirros y creí percibir en medio de la confusión que le decía algo en secreto al oído y le mostraba un escrito. Acto seguido el esbirro lo dejó con una muda y respetuosa inclinación; después nos saludó quitándose el sombrero.

—Perdonen, señores —dijo— que los haya involucrado con este impostor. No quiero preguntar quiénes son ustedes; pero este señor me asegura que me encuentro ante personas honorables.

Hizo una señal a sus acompañantes para que se alejaran de nosotros. Y ordenó custodiar y esposar al siciliano.

—Este sujeto se las sabe todas —añadió—. Llevamos ya siete meses siguiéndolo.

Aquel infeliz daba realmente lástima. El doble susto de la segunda aparición de espíritu y de esta irrupción inesperada lo había desarbolado. Se dejó esposar como un niño, la mirada fija y aterrada en un rostro lívido, los labios contraídos sin proferir palabra, como a punto de estallar en un ataque de espasmos. El príncipe sintió compasión de él y trató de obtener su puesta en libertad, dándose a conocer ante el alguacil.

—Señor —dijo éste—, ¿sabéis quién es la persona con la que os mostráis tan generoso? La impostura que pensaba cometer con vos es su menor delito. Tenemos a sus cómplices. Dicen cosas horribles de él. Puede sentirse afortunado si logra escapar de las galeras.

Mientras tanto vimos también al hostelero junto a sus domésticos atado con cuerdas, cruzando el patio.

—¿También éste? —preguntó el príncipe—. ¿De qué es culpable?

—Era su cómplice y encubridor —respondió el jefe de los esbirros— que lo ayudaba en los robos y juegos de prestidigitación y participaba del botín. Pronto os convenceréis de ello, señor. Registrad toda la casa e informadme de lo que encontréis —añadió dirigiéndose a los acompañantes.

El príncipe buscó con la mirada al armenio, pero éste había desaparecido; en medio de la confusión creada por el incidente pudo alejarse sin que nadie lo advirtiera. El príncipe quedó desconsolado; quiso enviar a su gente y me invitó también a mí a acompañarlo en la búsqueda. Yo me asomé a la ventana; toda la casa estaba rodeada de curiosos atraídos por el rumor que ya había corrido sobre estos incidentes. Era imposible avanzar entre la multitud. Yo hice al príncipe esta reflexión:

—Si ese armenio está interesado en ocultarse, sabrá mejor que nosotros el modo de hacerlo y todas nuestras pesquisas serán inútiles. Es mejor permanecer aquí, príncipe. Quizá este alguacil pueda decirnos algo, pues se identificó ante él, si no me equivoco.

Entonces caímos en la cuenta de que estábamos semidesnudos. Entramos en nuestra habitación para vestirnos apresuradamente. Cuando volvimos a la sala se había efectuado el registro de la casa.

Después de dismantelar el altar y retirar las tablas de la sala, se descubrió una bóveda espaciosa donde cabía una persona con holgura, provista de una puerta que conducía a la bodega a través de una estrecha escalera. En esta bóveda encontraron una máquina electrostática, un reloj y una campanilla de plata; esta última, al igual que la máquina electrostática, tenía comunicación con el altar y con el crucifijo sujeto a él. Un postigo de ventana que estaba frente a la chimenea aparecía horadado y provisto de un pasador para ajustar, como supimos después, una linterna mágica en el orificio, desde el cual habían proyectado a la pared la figura solicitada a través de la chimenea. Del desván y de la bodega trajeron diversos tambores de los que colgaban grandes esferas de plomo sujetas con cintas, probablemente para imitar el fragor del trueno que habíamos oído. Al examinar la ropa del siciliano, encontraron en un estuche polvos diversos, mercurio vivo en redomas y cajas, fósforo en un frasco y un anillo que reconocimos en seguida como magnético por quedar adherido a un botón de acero al que se había aproximado por azar; en los bolsillos de la chaqueta un rosario, una barba de judío, tercerolas y un puñal.

—Mira si están cargadas —dijo uno de los esbirros, al tiempo que tomaba una tercerola y disparaba a la chimenea.

—¡Jesús María! —exclamó una voz hueca, precisamente aquella que habíamos oído en la primera aparición, y vimos al mismo tiempo cómo caía de la chimenea un cuerpo ensangrentado.

—¿Aún no descansas, pobre espíritu? —dijo el inglés mientras los demás retrocedíamos horrorizados—. Vuelve a la tumba. Parecías ser lo que no eras; ahora serás lo que pareces.

—¡Jesús María! Estoy herido —repitió el hombre de la chimenea.

La bala le había destrozado la pierna derecha. Inmediatamente se hicieron diligencias para que le vendasen la herida.

—¿Pero quién eres tú y qué clase de demonio te trae por aquí?

—Un fraile descalzo —contestó el herido—. Un extranjero me ofreció un cequí por...

—... ¿por pronunciar una fórmula? ¿Y por qué no has escapado en seguida?

—Él iba a darme una señal para huir, pero la señal no ha llegado, y cuando quise salir por la chimenea me habían quitado la escalera.

—¿Y qué dice la fórmula que él te enseñó?

El hombre tuvo un desvanecimiento y no hubo modo de sonsacarle nada. Al examinarlo de cerca comprobamos que era el mismo que la noche pasada se interpuso al príncipe en el camino y le habló en tono tan solemne.

Entre tanto el príncipe conversaba con el jefe de los esbirros.

—Usted —dijo poniéndole en la mano algunas monedas de oro— nos ha librado de las manos de un impostor y nos ha hecho justicia sin conocernos. ¿Quiere extremar nuestro reconocimiento descubriéndonos quién era el desconocido que con unas palabras nos alcanzó Ja libertad?

—¿A quién os referís? —preguntó el jefe de los esbirros con un semblante que denotaba a las claras lo inútil de la pregunta.

—Me refiero al señor de uniforme ruso que lo tomó a usted aparte, le mostró un escrito y le

susurró algo al oído que hizo que usted nos dejara libres en el acto.

—¿Pero vos no conocéis a ese señor? —replicó el esbirro—. ¿No era de vuestra comitiva?

—No —dijo el príncipe—, y por razones muy importantes desearía conocerlo.

—Yo tampoco lo conozco mucho —respondió el esbirro—. Desconozco hasta el nombre y es la primera vez que lo veo en mi vida.

—¿Cómo? ¿Y en tan breve espacio de tiempo y con unas palabras pudo convencerlo a usted para declararlo inocente a él y a todos nosotros?

—Fue por una sola palabra.

—¿Cuál? Me gustaría saberlo.

—Habéis sido demasiado generoso conmigo para ocultaros más tiempo el secreto, señor —dijo el esbirro mientras pesaba los cequíes en la mano—. Aquel desconocido era... un oficial de la Inquisición.

—¿De la Inquisición! ¿Aquel hombre?

—Lo que oís, señor; así lo supe por el papel que me enseñó.

—¿Aquel hombre, dice usted? ¡No es posible!

—Le diré más, señor. La denuncia de ese hombre hizo que me enviaran aquí a arrestar al invocador de espíritus.

Nos miramos más asombrados aún.

—Así se explica —dijo finalmente el inglés— por qué el infeliz mago se estremeció al verle la cara. Lo reconoció como espía y por eso dio aquel grito y cayó a sus pies.

—En modo alguno —dijo el príncipe—. Ese hombre es todo lo que quiere ser y lo que cada momento le hace ser. Ningún mortal sabe aún lo que realmente es. Ustedes vieron al siciliano caer desplomado cuando él le susurró al oído: «No invocarás ya a ningún espíritu». Detrás hay más. Nadie me convencerá de que algo humano pueda aterrorizar tanto.

—El que mejor puede informarnos sobre eso es el propio mago —dijo el lord—, si este señor —dirigiéndose al jefe de los alguaciles— nos permite hablar con el preso.

El jefe de los esbirros se despidió de nosotros y quedamos con el inglés en ir a buscarle a la mañana siguiente. Nosotros regresamos a Venecia.

A primera hora de la mañana, lord Seymour (tal era el nombre del inglés) hizo acto de presencia y poco después apareció una persona de confianza que había enviado el alguacil para conducirnos a la prisión. Antes he olvidado contar que el príncipe echaba de menos desde hacía varios días a uno de sus cazadores, natural de Bremen, que le había servido fielmente durante muchos años y gozaba de toda su confianza. Nadie supo si había tenido un accidente o sufrido un atraco o si se había evadido. Esto último no era nada probable porque siempre fue una persona callada y formal, y su conducta era irreprochable. Todo lo que pudieron recordar sus compañeros era que últimamente estaba muy melancólico, y cuando podía robar un momento para sí, visitaba determinado monasterio franciscano de la Giudecca, donde solía platicar a menudo con algunos hermanos. Esto nos llevó a conjeturar que quizá deseara ponerse en manos de los frailes y hacerse católico, y como el príncipe era aún indiferente en este punto, lo dejó estar tras algunas pesquisas infructuosas. Le dolió, sin embargo, la pérdida de aquel hombre que estuvo siempre a su lado en las campañas bélicas y le había guardado siempre fidelidad, y no era fácil de sustituir en un país extranjero. Aquel mismo día, a punto de partir, se presentó el banquero del príncipe encargado de proveerlo de un nuevo asistente. El banquero propuso al príncipe un hombre de edad mediana, culto y bien trajeado, que estuvo mucho tiempo al

servicio de un procurador como secretario, hablaba francés y algo de alemán, y poseía excelentes certificados. Su fisonomía era agradable, y como había declarado que el sueldo dependería de la satisfacción del príncipe con sus servicios, éste lo hizo entrar sin demora.

Encontramos al siciliano en una prisión privada, adonde fue conducido provisionalmente en atención al príncipe, como dijo el alguacil, antes de ser encerrado bajo los techos de plomo a los que nadie puede acceder. Estos techos de plomo son las prisiones más horribles de Venecia, situadas bajo el techo del palacio de San Marcos, donde los infelices delincuentes padecen hasta la locura el calor tórrido del sol acumulado por la bóveda plomiza. El siciliano se había repuesto del incidente y se levantó con respeto ante la presencia del príncipe. Tenía cadenas en una pierna y en una mano, pero podía caminar libremente por la habitación. A nuestra llegada se retiró el centinela que vigilaba a la puerta.

—Vengo —dijo el príncipe una vez que tomamos asiento— a pedirle explicación sobre dos puntos. Me basta con esa explicación y no le ocurrirá nada malo por delatar a otros.

—Mi ficción ha terminado —contestó el siciliano—. Mi destino está en vuestras manos.

—Sólo la sinceridad —dijo el príncipe— puede aliviarlo.

—Preguntad, señor. Estoy dispuesto a contestar, pues no tengo nada que perder.

—Usted me hizo ver ayer el rostro del armenio en su espejo. ¿Cómo lo consiguió?

—No hubo ningún espejo. Lo que visteis fue una simple pintura al pastel, detrás de un vidrio, que representaba a un hombre en atuendo armenio. Mi rapidez, la penumbra y vuestro asombro favorecieron el engaño. El cuadro se encuentra entre los otros objetos que fueron confiscados en la posada.

—¿Pero cómo pudo conocer tan bien mis pensamientos y adivinar lo del armenio?

—No fue difícil, señor. Vos habéis manifestado a menudo en la mesa lo ocurrido entre vos y ese armenio. Uno de mis cómplices conoció casualmente en la Giudecca a un cazador que está a vuestro servicio y él le sonsacó poco a poco todo lo que yo necesitaba saber.

—¿Dónde está ese cazador? —preguntó el príncipe—. Lo echo de menos y usted conoce sin duda su paradero.

—Os juro que lo desconozco en absoluto, señor. Nunca lo he visto y nunca tuve con él otra relación que la que acabo de confesaros.

—Continúe —dijo el príncipe.

—Por esa vía tuve la primera noticia sobre vuestra estancia y vuestros incidentes en Venecia, y decidí inmediatamente utilizarla. Veis, señor, que soy sincero. Me enteré de vuestro viaje de recreo por el río Brenta; me preparé para la empresa y una llave que perdisteis por casualidad me dio la primera ocasión para ensayar mi arte con vos.

—¿Cómo? ¿Así que yo estaba equivocado? ¿El episodio de la llave fue obra suya y no del armenio? ¿Dice usted que perdí la llave?

—Fue cuando sacasteis la bolsa; yo aproveché el momento en que nadie me observaba para taparla rápidamente con el pie. La persona a la que adquiristeis los billetes de lotería actuó en complicidad conmigo. Os hizo meter la mano en un recipiente donde todos los billetes tenían premio, y la llave estaba en la caja mucho antes de que vos la recuperaseis.

—Ahora lo comprendo. ¿Y el fraile descalzo que se me interpuso en el camino y me habló con tanta severidad?

—Era el mismo que, según he oído, sacaron herido de la chimenea. Es uno de mis compañeros

que con ese disfraz me ha prestado ya muchos servicios.

—Pero ¿con qué fin organizó usted este tinglado?

—Para daros que pensar, para provocar en vos un estado de ánimo predispuesto a acoger los fenómenos maravillosos que pensaba ofrecer.

—Pero la danza pantomímica que derivó en algo tan extraño y sorprendente... al menos eso... no sería invención suya.

—La niña que hacía de reina fue instruida por mí y toda su farsa fue obra mía. Yo supuse que vuestra señoría se iba a asombrar no poco de ser conocido en ese lugar, y, perdonadme, señor, la aventura con el armenio me hizo esperar que estabais preparado para desdeñar las explicaciones naturales y buscar las fuentes superiores de lo sobrenatural.

—En efecto —dijo el príncipe con un gesto de fastidio y de admiración al mismo tiempo, mientras me dirigía una mirada significativa—, en efecto, eso no me lo esperaba. Pero —continuó tras un largo silencio—, ¿cómo produjo usted la figura que apareció en la pared, encima de la chimenea?

—Con la linterna mágica que estaba colocada en el postigo de la ventana frontal, donde habréis podido observar un orificio.

—¿Y cómo es que ninguno de nosotros reparó en eso? —preguntó lord Seymour.

—Recuerde, señor, que una densa humareda de incienso oscurecía toda la sala cuando ustedes regresaron. Al mismo tiempo yo había tenido la precaución de arrimar las tablas arrancadas a aquella ventana donde instalamos la linterna mágica; de ese modo impedí que ese postigo de ventana les llamase la atención. Por lo demás, la linterna estuvo tapada por un velo hasta que todos ustedes ocuparon su sitio, y no había que temer ninguna inspección en la sala por su parte.

—Cuando me asomé a la ventana en el otro pabellón —dije yo—, me pareció oír un rumor como si estuvieran colocando una escalera. ¿Fue así?

—Exacto. Por esa escalera subió mi ayudante para alcanzar la referida ventana y dirigir la linterna mágica.

—Me pareció —continuó el príncipe— que la figura ofrecía una vaga semejanza con mi difunto amigo, sobre todo porque tenía el pelo muy rubio. ¿Fue pura casualidad o... por qué conducto lo sabía usted?

—Recordad que dejasteis en la mesa una caja que tenía grabado en esmalte el retrato de un oficial en uniforme ***. Yo os pregunté si llevabais algún recuerdo de vuestro amigo, y vos contestasteis afirmativamente. De ahí deduje que ese recuerdo podría ser la caja. Retuve en la memoria la imagen que estuvo sobre la mesa, y como tengo mucha práctica de dibujo y sé dar en el blanco, no me fue difícil alcanzar esa vaga semejanza que vos observasteis; tanto más cuanto que los rasgos del marqués son muy llamativos.

—Pero dio la impresión de que la figura se movía...

—Eso pareció, pero no era la figura sino el humo iluminado por su resplandor.

—¿Y el hombre que cayó de la chimenea fue el que contestó en lugar de la aparición?

—Exactamente.

—Pero no pudo oír las preguntas.

—Tampoco tenía necesidad. Recordad, príncipe, que prohibí a todos severamente hacer una pregunta al fantasma. Habíamos acordado mis preguntas y sus respuestas, y para evitar cualquier fallo, le hice guardar largas pausas que él debía calcular con el tictac de un reloj.

—Usted dio orden al hostelero de apagar con agua cualquier fuego que hubiera en la casa; esto lo hizo sin duda...

—Para evitarle a mi hombre de la chimenea el peligro de asfixia, pues los fogones de la casa confluyen en ella y yo no me sentí muy seguro ante vuestro séquito.

—¿Cómo se explica —preguntó lord Seymour— que su espíritu estuviera presente en el momento en que usted lo necesitaba y no antes ni después?

—Mi espíritu llevaba ya un buen rato en la sala antes de invocarlo yo; pero mientras ardía el alcohol, no era visible aquella débil aparición. Después de pronunciar la fórmula, dejé caer el recipiente donde ardía el alcohol, la sala quedó a oscuras y sólo entonces se pudo ver la figura que estaba ya reflejada en la pared.

—En el momento preciso en que apareció el espíritu sentimos todos una descarga eléctrica. ¿Cómo lo hizo?

—Ustedes descubrieron la máquina situada bajo el altar. Vieron también que yo pisaba una alfombra de seda. Les mandé formar un semicírculo alrededor de mí y enlazar las manos; después hice seña a uno de ustedes para que me agarrase del pelo. El crucifijo de plata fue el conductor y ustedes sintieron la descarga cuando yo lo toqué con la mano.

—Usted nos ordenó al conde de O. y a mí —dijo lord Seymour— mantener cruzadas dos espadas desnudas sobre su cabeza mientras duraba la acción. ¿Con qué fin?

—Simplemente para tener ocupados durante todo el acto a las dos personas que menos confianza me inspiraban. Recordará que les fijé expresamente una pulgada de altura; al tener que estar atentos a guardar esta distancia no podían dirigir sus miradas adonde yo no quería. Entonces no había visto aún a mi peor enemigo.

—A eso se llama actuar con precaución —reconoció lord Seymour—. ¿Y por qué nos hizo desnudarnos?

—Sólo para dar más solemnidad al acto y excitar su imaginación con algo insólito.

—La segunda aparición no dejó que su espíritu hablara —dijo el príncipe—. ¿Qué nos hubiera dicho?

—Casi lo mismo que oísteis después. Yo os pregunté expresamente si me habíais dicho todo lo que os encargó el moribundo y si no habíais realizado otras pesquisas en su patria para que los hechos no pudieran contradecir las afirmaciones de mi espíritu. A propósito de ciertos pecados de juventud os pregunté si el difunto había llevado una vida intachable y la respuesta orientó mi fantasía.

—Sobre este punto —dijo el príncipe tras una pausa— me ha dado usted una explicación satisfactoria. Pero queda un detalle importante que debe aclararme.

—Si de mí depende y...

—¡Nada de condiciones! La justicia, en cuyas manos está, no preguntaría tan cortésmente. ¿Quién era aquel desconocido que le hizo caer desplomado? ¿Qué sabe de él? ¿De qué le conoce usted? ¿Y qué relación guarda con esta segunda aparición?

—Príncipe...

—Cuando usted le miró a la cara, dio un grito y cayó al suelo. ¿Por qué? ¿Qué significaba eso?

—Aquel desconocido, príncipe... —se contuvo, empezó a inquietarse y nos miró a todos asustados— sí, príncipe, aquel desconocido es un ser terrible.

—¿Qué sabe de él? ¿Qué relación tiene con usted? No espere ocultarnos la verdad.

—Me guardaré muy mucho de hacerlo porque... ¿Quién me dice que no se encuentra ahora entre

nosotros?

—¿Dónde? ¿Quién? —preguntamos todos al unísono, mirándonos entre la risa y la consternación—. Eso no es posible.

—Oh, esa persona, o lo que sea, puede hacer cosas que no podemos imaginar.

—Pero ¿quién es él? ¿De dónde procede? ¿Es armenio o ruso? ¿Qué hay de verdad en todo lo que él se atribuye?

—Él no es nada de lo que aparenta. Habrá pocos estamentos, caracteres y naciones cuyo disfraz no haya llevado. ¿Quién es? ¿De dónde vino? ¿A dónde va? Nadie lo sabe. Que estuvo largo tiempo en Egipto, como afirman muchos, y allí extrajo de una pirámide su sabiduría oculta, yo no quiero afirmarlo ni negarlo. Entre nosotros se le conoce con el nombre de *Insondable*. ¿Qué edad le calculáis, por ejemplo?

—A juzgar por la apariencia externa, apenas cuarenta años.

—¿Y cuál creéis que es *mi* edad?

—No más de cincuenta años.

—Muy bien... Y si yo os digo que siendo un muchacho de diecisiete años mi abuelo me contaba que cuando vio a este taumaturgo en Famagusta representaba aproximadamente la misma edad que aparenta ahora...

—Eso es ridículo, increíble y exagerado.

—Ni un ápice. Si no me retuvieran estas cadenas, yo os presentaría ciudadanos honorables que disiparían todas vuestras dudas. Hay personas veraces que recuerdan haberlo visto en diversas partes del mundo al mismo tiempo. Ninguna espada puede herirlo, ningún veneno lo afecta, ningún fuego lo abrasa, ningún barco naufraga si él va a bordo. El tiempo mismo parece impotente ante él, los años no agotan sus savias y la ancianidad no puede blanquear sus cabellos. Nadie le ha visto comer, ninguna mujer sintió su contacto, sus ojos no duermen; de todas las horas del día sólo hay una que él no puede dominar, en la que nadie lo ve y en la que no puede ejercer ninguna actividad terrena.

—¿Ah, sí? —dijo el príncipe—. ¿Y cuál es esa hora?

—Las doce de la noche. Cuando la campana da las doce, él no pertenece ya al mundo de los vivos. Dondequiera que esté, desaparece, interrumpe lo que está haciendo. Ese terrible toque de campana lo arrebató de los brazos de la amistad, lo arranca incluso del altar y lo haría evadirse hasta de la agonía. Nadie sabe dónde va entonces ni lo que hace allí. Nadie se atreve a preguntarle y menos a seguirlo, pues apenas suena esa hora fatídica sus facciones adquieren una gravedad tan sombría y tétrica que todos se sienten incapaces de mirarlo a la cara o de hablarle. Un silencio mortal pone fin, repentinamente, a la conversación más animada y todos los que lo rodean esperan con miedo reverencial su retorno sin osar moverse del lugar o abrir la puerta por la que se ha ido.

—Pero —preguntó uno de nosotros— ¿no se observa nada extraordinario en él a su vuelta?

—Nada, aparte de una palidez y apariencia demacrada, más o menos como una persona que ha sufrido una operación dolorosa o que recibe una noticia terrible. Algunos creen haber visto gotas de sangre en sus manos, pero eso yo no puedo certificarlo.

—¿Y nadie ha intentado al menos ocultarle la hora o distraerlo para que le pase inadvertida?

—Sólo una vez, según se dice, demoró el plazo. La concurrencia era numerosa y la velada se prolongó hasta altas horas de la noche; se había modificado la marcha de todos los relojes y él participaba animadamente en la conversación. Cuando llegó la hora verdadera, enmudeció de pronto y quedó rígido, todos sus miembros mantuvieron la posición de aquel momento, sus ojos

permanecieron inmóviles, cesó el pulso y todos los medios que se emplearon para reanimarlo fueron inútiles, y esta situación duró una hora. Entonces se reanimó de pronto por sí solo, abrió los ojos y continuó en la misma sílaba en que fue interrumpido. La consternación general le hizo comprender lo que había ocurrido y entonces declaró con una terrible seriedad que podían felicitarle por haber quedado todo en un susto. Pero aquella misma noche abandonó para siempre la ciudad en que tuvo lugar este suceso. La creencia general es que en esa hora misteriosa conversa con su genio. Algunos creen incluso que es un difunto al que se permite andar entre los vivos durante veintitrés horas del día; en la última, su alma debe volver al inframundo para sufrir allí la condena. Muchos lo tienen por el célebre Apolonio de Tiana y otros por el discípulo Juan, del que se dice que seguirá vivo hasta el juicio final.

—Sobre un hombre tan extraordinario —dijo el príncipe— no pueden faltar las suposiciones aventuradas. En todo lo anterior, usted habla de oídas; pero a mí me pareció que su actitud hacia usted y la de usted hacia él indicaban un cierto conocimiento recíproco. ¿No hay en el fondo alguna historia en la que usted esté implicado? No nos oculte nada.

El siciliano nos miró vacilante y guardó silencio.

—Si se trata de algo —continuó el príncipe— que usted no quiere hacer público, le garantizo en nombre de estos dos señores el más absoluto silencio. Pero hable con franqueza y sin tapujos.

—Si puedo esperar —empezó el hombre tras un prolongado silencio— que luego no testifiquen contra mí, puedo contarles un episodio de este armenio que no les dejará duda alguna sobre el poder oculto de que goza. Pero permítame —añadió— omitir algunos nombres.

—¿No puede hablar sin esa condición?

—No, mi señor. Está implicada una familia a la que tengo motivos para respetar.

—Le escuchamos —dijo el príncipe.

—Hace unos cinco años —empezó el siciliano— trabé amistad en Nápoles, donde ejercí mi arte con bastante éxito, con un tal Lorenzo de M., caballero de la Orden de San Esteban, un hombre joven y rico perteneciente a una de las primeras casas del reino, que me colmó de atenciones y parecía tener en gran estima mis artes ocultas. Me aseguró que el marqués de M., su padre, era un entusiasta de la cábala y se sentiría feliz de alojar a un sabio cósmico (como él me solía llamar). El anciano vivía en una de sus fincas a orillas del mar, a unas siete millas de Nápoles, apartado de los hombres, donde lloraba la pérdida de un hijo querido que un destino cruel le había arrebatado. El caballero me hizo saber que él y su familia podían necesitar de mí en un asunto muy serio para derivar quizá de mi ciencia oculta algún conocimiento sobre algo que los medios naturales no habían podido aclarar. Añadió, con mucho énfasis, que él en particular tenía quizá motivos para considerarme como posible mediador de paz y dicha terrena para él. No me atreví a preguntar detalles y la conversación no pasó de este punto. Pero los hechos se desarrollaron del siguiente modo:

»Este Lorenzo era el hijo menor del marqués y por eso estaba destinado a ocupar un rango social elevado; los bienes de la familia pasarían a manos de su hermano mayor. Jerónimo, como se llamaba este hermano mayor, había dedicado varios años a viajar y regresó a su patria siete años antes de ocurrir el suceso que ahora contaré, para casarse con la hija única de la casa condal de C., casamiento que ambas familias habían acordado ya desde el nacimiento de los niños con el fin de unificar sus haciendas colindantes. Aunque esta unión fue producto de la conveniencia de los padres y no se consultó a los prometidos, éstos habían aprobado ya tácitamente la elección. Jerónimo de M. y Antonia C. fueron educados juntos, y las pocas trabas que se pusieron al trato de los dos niños,

considerados ya entonces como una pareja, habían hecho germinar muy pronto una tierna relación entre ambos, que se afianzó aún más por la armonía de sus caracteres y en los años de la madurez se tradujo fácilmente en amor. Una separación de cuatro años había reforzado esa relación en lugar de enfriarla, y Jerónimo volvió igual de fiel y de apasionado a los brazos de su novia, como si nunca se hubiera ausentado.

»Aún no se había desvanecido el encanto del retorno y se aceleraban los preparativos de la boda cuando el novio... desapareció. A menudo pasaba toda la velada en una finca que daba al mar y a veces le gustaba navegar. Después de una de esas veladas y a una hora insólitamente tardía, el novio no había regresado aún. Enviaron mensajeros a buscarlo y algunas embarcaciones se hicieron a la mar; nadie dio con él. De su servidumbre no faltaba nadie; por tanto, nadie lo había acompañado. Anocheció y no aparecía. Llegó la mañana, el mediodía y la tarde, y Jerónimo seguía ausente. Se empezó a temer lo peor cuando llegó la noticia de que un corsario argelino había desembarcado unos días antes en la costa y se había llevado prisioneros a algunos habitantes. El padre ordenó armar dos galeras aparejadas con velas; el viejo marqués embarcó en una de ellas, decidido a liberar al hijo con peligro de su propia vida. Al tercer día avistaron al corsario, ante el que tenían la ventaja del viento; pronto lo alcanzaron, y Lorenzo, que se encontraba en la primera galera, creyó reconocer la señal de su hermano sobre la cubierta enemiga, cuando de pronto una tempestad los separó de nuevo. Los barcos, ya dañados, aguantaron a duras penas, pero la presa había desaparecido y la necesidad los obligó a atracar en Malta. El dolor de la familia no tuvo límites; el anciano marqués se mesaba los blancos cabellos y se temió por la vida de la joven condesa.

»Cinco años transcurrieron en búsquedas infructuosas. Se exploró toda la costa africana; se ofrecieron ingentes sumas por la libertad del joven marqués; pero nadie se presentó para ganarlas. Al final pareció lo más probable que aquella tempestad que separó las dos embarcaciones hiciera naufragar el barco pirata y todos los hombres perecieran en las olas.

»Pese a la probabilidad de esta suposición, distaba mucho de llegar a la certeza y nada justificaba que se renunciara a la esperanza de recuperar con vida al desaparecido. Pero en el supuesto de que no existiera ya, se extinguía con él la dinastía a menos que el segundo hermano abandonara el estamento clerical y asumiera los derechos del primogénito. Por audaz e injusto que fuera en sí este paso de desposeer al hermano quizá todavía vivo de sus derechos naturales, se creyó que por una posibilidad tan remota no se podía arriesgar el destino de un antiguo y noble linaje, que sin este recurso se extinguiría sin remisión. La tristeza y la edad estaban llevando al anciano marqués al sepulcro; con cada intento fallido se le esfumaba la esperanza de encontrar al desaparecido; veía próximo el ocaso de su dinastía, que con una pequeña injusticia se podía salvar si él decidía favorecer al hermano menor a costa del mayor. Para cumplir sus compromisos con la casa condal de C. le bastaba con modificar un nombre; la finalidad de ambas familias se alcanzaba igualmente: la condesa Antonia podía ser lo mismo esposa de Lorenzo que de Jerónimo. No se contemplaba la débil posibilidad de una reaparición de este último frente a la desgracia cierta e inminente del ocaso total de la familia, y el anciano marqués, que sentía cada día más próxima la muerte, deseaba con impaciencia morir al menos aliviado de *esta* inquietud.

»El único que vacilaba y que más se resistía a dar este paso era aquel al que más beneficiaba: Lorenzo. Indiferente al señuelo de una inmensa fortuna, insensible incluso a la posesión de la criatura más encantadora que se entregaría a sus brazos, rehusaba con la más noble y delicada conciencia suplantarse a un hermano que acaso vivía aún y podría reclamar sus derechos. “¿No es ya bastante

terrible este largo cautiverio de mi querido Jerónimo” —decía— “para amargarlo aún más con una usurpación que le iba a privar de todo lo que más quería? ¿Con qué corazón voy a implorar al cielo su retorno si su esposa está en mis brazos? ¿Con qué cara me presentaría ante él si un milagro nos lo devuelve al fin? Y en el supuesto de que haya desaparecido definitivamente, ¿cómo podemos honrar mejor su memoria que dejando sin llenar el hueco que su muerte abrió en la familia, sacrificando todas nuestras esperanzas en su tumba y donando a un santuario lo que era suyo?”

»Pero todas las razones que alegaba la conciencia delicada del hermano fueron incapaces de reconciliar al viejo marqués con la idea de ver extinguirse una dinastía que había florecido durante siglos. Todo lo que consiguió Lorenzo fue un plazo de dos años antes de llevar al altar a la novia de su hermano. Durante este lapso de tiempo continuaron febrilmente las operaciones de búsqueda. El propio Lorenzo realizó varias travesías y expuso su persona a muchos peligros; no se ahorraron esfuerzos ni gastos para encontrar al desaparecido. Pero estos dos años transcurrieron tan infructuosos como todos los anteriores.»

—¿Y la condesa Antonia? —preguntó el príncipe—. No dice nada sobre su situación. ¿Aceptó tan serenamente su destino? No lo puedo creer.

—La situación de Antonia era la de una lucha atroz entre el deber y la pasión, entre el rechazo y la admiración. La generosidad desinteresada del amor fraterno la conmovía, y se sentía movida a honrar la memoria del hombre al que ya no podía amar; su corazón sangraba, desgarrado por sentimientos encontrados. Pero su aversión al caballero parecía crecer a medida que él se interesaba por ella. El caballero observaba con profundo dolor la callada amargura que consumía la juventud de la joven condesa. Una tierna compasión sustituyó poco a poco la indiferencia con que antes la contemplaba, este sentimiento latente se apoderó de él, y una pasión irrefrenable empezó a dificultarle el ejercicio de una virtud que hasta entonces había superado cualquier tentación. Sin embargo, prestaba oídos a los dictados de su generosidad aun a expensas del corazón: él era el único que protegía a la víctima infeliz contra la voluntad de la familia. Pero todos sus esfuerzos fracasaron; cada triunfo que obtenía sobre su pasión demostraba con mayor evidencia que él era digno de aquella mujer, y la magnanimidad con que renunciaba a ella servía únicamente para hacer injustificable su resistencia.

»Así estaban las cosas cuando el caballero me pidió que la visitara en su finca. La cálida recomendación de mi protector hizo que me recibieran con un agasajo que superó todos mis deseos. No puedo menos de recordar aquí que mi nombre era ya famoso entre aquellas logias gracias a algunas intervenciones llamativas que yo había realizado, y esto pudo contribuir a aumentar la confianza del anciano marqués y a incrementar sus expectativas sobre mí. Permitidme relatar mis lances con él y los recursos que utilicé; de las confesiones que ya os he hecho podéis derivar todo lo demás. Como yo utilicé todos los libros místicos que había en la magnífica biblioteca del marqués, pronto conseguí hablar con él en su propio lenguaje y hacer coincidir mi sistema del mundo invisible con sus opiniones. Pronto llegué a creer lo que yo quería, y habría jurado con la misma seguridad en las cúpulas de los filósofos con las salamandras y las sílfides como en los artículos de la fe. Como además era muy religioso y su predisposición a creer se había potenciado en aquella escuela mística, mis fábulas encontraban en él una fácil acogida y al final lo sedujo y envolví con el misticismo de tal modo que todo lo que fuera natural no encontraba ya crédito en él. Pronto llegué a ser el apóstol venerado de la casa. El contenido ordinario de mis lecciones era la exaltación de la naturaleza humana y el trato con los seres superiores, y mi garante era el infalible conde de Gabalis. La joven

condesa, que desde la pérdida de su amado vivía más en el mundo de los espíritus que en la realidad, y en alas de su fantasía se internó con apasionado interés por los temas de este género, acogía ávidamente mis indicaciones, y hasta los criados de la casa fingían tener que hacer en la sala cuando yo hablaba para coger al vuelo mis palabras y ordenar después a su modo los fragmentos.

»Pasé alrededor de dos meses en aquel castillo feudal cuando una mañana el caballero entró en mi habitación. Una profunda tristeza se dibujaba en su rostro, todos sus rasgos aparecían alterados; se dejó caer en una silla con todos los signos de la desesperación.

»—“Capitán —dijo—, he terminado. Tengo que irme. No puedo aguantar aquí más tiempo.”

»—“¿Qué os ocurre, caballero? ¿Qué tenéis?”

»—“Oh, esta horrible pasión —se levantó raudo de la silla y se arrojó a mis brazos—. La he combatido como un hombre... Ahora no puedo más.”

»—“Pero ¿de quién depende eso, querido amigo, si no de vos mismo? ¿No está todo en vuestro poder? El padre, la familia...”

»—“¡El padre! ¡La familia! ¿Qué representa eso para mí...? ¿Quiero una mano forzada o un afecto libre? ¿No tengo un competidor? Ah, ¿y quién es? Un competidor que acaso está muerto. ¡Déjeme, déjeme! ¡Aunque tenga que ir hasta el confín del mundo! ¡Debo encontrar a mi hermano!”

»—“¿Cómo? ¿Después de tantos intentos frustrados podéis abrigar aún la esperanza...?”

»—“¡Esperanza! Hace tiempo que se desvaneció en *mi* corazón. Pero ¿también en aquél? ¿Qué importa que *yo* espere? ¿Soy feliz mientras arda un rescoldo de esa esperanza en el corazón de Antonia? Dos palabras, amigo, podrían acabar con mi suplicio. Pero es inútil. Mi destino será desgraciado hasta que la eternidad rompa el largo silencio de ella y las tumbas testifiquen a mi favor.”

»—“¿Es, por tanto, esa certeza la que os hará feliz?”

»—“¿Feliz? Dudo de que pueda volverlo a ser. Pero la incertidumbre es la más terrible condenación —después de una pausa se apaciguó, para continuar con melancolía—. ¡Que él vea mis sufrimientos! ¿Puede hacerle feliz ella, la mujer fiel que está labrando la desgracia de su hermano? ¿Ha de consumirse un vivo por causa de un muerto que ya no puede gozar? Si él supiera mi tormento —aquí empezó a llorar amargamente y oprimió su rostro contra mi pecho—, quizá él mismo la llevaría a mis brazos.”

»—“Pero ¿no se va a poder cumplir este deseo?”

»—“Amigo, ¿qué dice?” —me miró aterrado.

»—“Motivos mucho menores —continué— han integrado a los difuntos en el destino de los vivos. ¿No es motivo suficiente toda la dicha terrena de una persona, de un hermano...”

»—“¡Toda la dicha terrena! Así lo siento yo. Qué bien lo ha dicho usted. ¡Toda mi felicidad!”

»—“... y la paz de una familia afligida para pedir la ayuda de las fuerzas invisibles? Sin duda. Si un asunto terreno puede justificar que se perturbe el descanso de los difuntos... hacer uso de un poder...”

»—“Por el amor de Dios, amigo —me interrumpió—, nada de eso. Confieso que antes profesaba yo esa idea, y creo que le hablé de ello; pero hace tiempo que la rechazo por odiosa y execrable.”»

»—Ya ven ustedes —continuó el siciliano— a dónde nos ha llevado esto. Yo procuré disipar las dudas del caballero y al final lo conseguí. Decidimos invocar el espíritu del difunto; con ese fin solicité un plazo de catorce días para prepararme dignamente como yo pretendía. Transcurrido este espacio de tiempo y después de poner a punto mis mecanismos, aproveché un atardecer triste en que

la familia se reunió a mi alrededor, como de costumbre, para lograr su consentimiento o, más exactamente, para inducirlos veladamente a que ellos mismos me hicieran esa petición. El punto más arduo fue el de la joven condesa, cuya presencia por otra parte era imprescindible; pero aquí nos ayudó el vuelo místico de su pasión y quizá todavía más un tenue rescoldo de esperanza de que el supuestamente fallecido viviera y por eso no pudiera acudir a nuestra invocación. El único impedimento que *no* tuve necesidad de obviar fue la desconfianza en el procedimiento, la duda sobre las posibilidades de mi arte.

»Una vez obtenido el consentimiento de la familia, a los tres días empezamos a actuar. Oraciones que debían prolongarse hasta medianoche, ayunos, vigiliias, soledad e instrucción mística, además del uso de un instrumento musical aún desconocido que resultaba muy eficaz en casos semejantes, fueron los preparativos para aquel acto solemne, y el entusiasmo fanático de mis oyentes caldeó mi propia fantasía y contribuyó no poco a crear un clima favorable. Al fin, llegó el momento esperado...»

—Adivino —dijo el príncipe— a *quién* nos va a presentar usted ahora... Pero siga, siga.

—No, mi señor. El acto discurrió por los cauces esperados.

—Pero ¿cómo? ¿Dónde queda el armenio?

—No os preocupéis —respondió el siciliano—, el armenio aparecerá en su momento. No me detengo en la descripción de la ceremonia, que me llevaría demasiado lejos. Baste decir que se cumplieron todas mis expectativas. Estaban presentes el anciano marqués, la joven condesa con su madre, el caballero y algunos parientes. Como podéis imaginar, durante mi larga estancia en aquella casa tuve ocasión de enterarme perfectamente de todo lo relacionado con el difunto. Diversos retratos suyos que encontré me permitieron dar a la aparición la similitud necesaria, y como hice hablar al espíritu por señas, su voz tampoco podía despertar sospechas. El muerto apareció en atuendo de esclavo africano y con una herida profunda en el cuello. Observarán —añadió el siciliano— que me aparté en esto de la creencia general de que murió en el naufragio, porque esperaba con este cambio acrecentar la credibilidad de la visión, y por el contrario, nada me pareció más peligroso que una aproximación demasiado exacta a lo natural.

—Creo que eso está muy bien pensado —dijo el príncipe volviéndose a nosotros—. En una serie de fenómenos extraordinarios, me parece que lo *verosímil* está de más. La facilidad de entender el fenómeno producido sólo sirve para devaluarlo, y la facilidad de producirlo lo vuelve sospechoso. En efecto, para qué invocar al espíritu si sólo nos descubre lo que podemos averiguar sin necesidad de recurrir a él, con ayuda de la simple razón humana. En cambio, la novedad sorpresiva y la dificultad de producirla son, en cierto modo, una garantía del milagro, pues ¿quién dudará del carácter sobrenatural de un fenómeno si no puede ser producido por las fuerzas naturales? Lo he interrumpido —añadió el príncipe—. Complete su relato.

—Hice que preguntaran al espíritu —continuó el siciliano— si nada consideraba como *suyo* en este mundo y nada había dejado en él que le interesase. El espíritu sacudió tres veces la cabeza y extendió una mano hacia el cielo. Antes de irse se quitó un anillo del dedo que después de su desaparición estaba en el suelo. Cuando lo examinó la condesa, comprobó que era su anillo de boda.

—¡Su anillo de boda! —dijo el príncipe con extrañeza—. ¡Su anillo de boda! Pero ¿cómo llegó a sus manos?

—Yo... el anillo no era el auténtico, príncipe. Yo lo había... Era sólo una imitación.

—¿Una imitación? —repitió el príncipe—. Para imitarlo necesitaba tener el auténtico, ¿y cómo llegó a sus manos si el difunto nunca se lo quitó del dedo?

—Eso es verdad —dijo el siciliano, un poco azorado—; pero gracias a una descripción que me hicieron del anillo verdadero...

—Descripción que le hizo... ¿quién?

—Hace ya mucho tiempo —dijo el siciliano—. Creo que era un simple anillo de oro que tenía grabado el nombre de la joven condesa... Pero vos me habéis desviado del relato.

—¿Qué más sucedió? —dijo el príncipe con cara de insatisfacción y ambigüedad.

—Todos quedaron convencidos de que Jerónimo no vivía. Desde ese día la familia notificó oficialmente su muerte y llevó luto por él. La circunstancia del anillo disipó las dudas de Antonia, que prestó más atención a las pretensiones del caballero; pero la tremenda impresión que le produjo aquel acto le causó una peligrosa enfermedad que estuvo a punto de frustrar las esperanzas de su amante. Cuando recuperó la salud decidió hacerse monja, idea de la que sólo pudo apartarla la expresa prohibición de su padre confesor, en quien confiaba ciegamente. Por fin, los esfuerzos aunados del confesor y de la familia le arrancaron el «sí» definitivo. El último día de luto sería el día feliz que el anciano marqués pensaba realzar aún más con la cesión de todos sus bienes al heredero legítimo.

»Llegó ese día y Lorenzo recibió a su emocionada novia en el altar. A la hora del ocaso, una cena espléndida aguardaba a los alegres huéspedes en la sala de bodas profusamente iluminada y una música bullanguera acompañó la alegría general. El feliz anciano había querido que todos compartieran su gozo; los accesos al palacio se abrieron de par en par y todos pudieron entrar a felicitarle. Entre este gentío...»

El siciliano interrumpió su relato y un escalofrío de expectativa nos hizo contener la respiración.

«Entre el gentío —continuó— me hizo reparar el hombre que se sentaba junto a mí, un fraile franciscano que estaba inmóvil como una columna, alto y delgado y con rostro pálido, que miraba fijamente, serio y triste, a la pareja de recién casados. La alegría que reflejaban todas las caras brillaba por su ausencia en aquel rostro; su semblante quedó inalterado como un busto entre figuras vivas. Lo insólito de aquella mirada, que me sorprendió en medio del bullicio general y en contraste con todo lo que me rodeaba, me impresionó tanto que sólo por eso pude reconocer los rasgos de aquel fraile en la fisonomía del ruso (pues vos ya comprendéis que aquel fraile, el ruso y el armenio son la misma persona), cosa que de otro modo me hubiera sido imposible. Intenté varias veces desviar los ojos de aquel personaje terrible, pero quedaban de nuevo fijos en él. Di con el codo a mi vecino, éste a los suyos; la misma curiosidad, la misma extrañeza se apoderó de toda la mesa, cesó la conversación y hubo un silencio repentino; el fraile no se inmutó. Siguió inmóvil y con la misma mirada grave y triste fijada en la pareja. Esta aparición espantó a todos; sólo la joven condesa vio reflejada su propia congoja en el rostro de aquel ser extraño y simpatizó con la única persona de la concurrencia que parecía comprender y compartir su aflicción. Poco a poco se dispersó la multitud, había pasado la medianoche, la música empezó a sonar más suave y lejana, las bujías iluminaban menos y al final ardían sólo unas pocas, la conversación se agotaba, convertida en susurro... la oscuridad era cada vez mayor en la sala de la boda, y el fraile seguía inmóvil y con la misma mirada callada y triste fijada en la pareja de recién casados.

»En la sobremesa, los invitados se desparramaron y la familia se juntó en un pequeño grupo; el fraile se unió a este grupo sin ser invitado a ello. No sé por qué, nadie quiso dirigirle la palabra. Las amigas rodearon a la desposada, que aún temblaba y que dirigía una mirada suplicante, como pidiendo socorro, al venerable personaje; éste no la correspondió.

»Los hombres rodearon del mismo modo al desposado. Hubo un silencio expectante y embarazoso. «¡Que nosotros seamos tan felices —dijo al fin el anciano, el único que no había reparado en el desconocido o no parecía sorprenderse de su presencia—... que nosotros seamos tan felices y nuestro hijo Jerónimo tenga que estar ausente...!»

»—“¿Así que le invitaste y él no vino?” —preguntó el fraile. Era la primera vez que abría la boca. Le miramos con terror.

»—“Ay, se fue allí donde quedará eternamente —respondió el anciano—. Reverendo señor, me habéis entendido mal. Mi hijo Jerónimo murió.”

»—“Quizá teme presentarse ante estas personas —continuó el fraile—. Quién sabe el aspecto que tendrá tu hijo Jerónimo... Hazle oír de nuevo la voz que oyó por última vez... Pide a tu hijo Lorenzo que le llame.”

»—“¿Qué significa eso?” —murmuraron todos. Lorenzo se puso pálido. No puedo negar que a mí empezó a erizárseme el cabello.

»El fraile se acercó entre tanto al mostrador, tomó un vaso de vino y se lo llevó a los labios.

»—“En memoria de nuestro querido Jerónimo —dijo—. Quien bien quiso a nuestro querido Jerónimo, siga mi ejemplo.”

»—“Sea cual sea vuestra procedencia, reverendo señor —dijo al fin el marqués—, habéis pronunciado un nombre querido. Sed bienvenido... Venid, amigos —añadió volviéndose a nosotros y haciendo pasar los vasos—, no avergoncemos a un forastero. ¡A la memoria de mi hijo Jerónimo!”

»Creo que nadie ha aceptado nunca un brindis de tan mala gana.

»—“Ahí queda un vaso lleno. ¿Por qué rehúsa mi hijo Lorenzo participar en este brindis amistoso?”

»Lorenzo recibió tembloroso el vaso de la mano del franciscano, se lo llevó a la boca balbuciendo: “Por mi querido hermano Jerónimo”, y fue a sentarse con cara de espanto.

»—“Ésa es la voz de mi asesino” —dijo una figura tétrica que apareció de pronto en medio de nosotros con el vestido ensangrentado y desfigurado por atroces heridas.

»No me pregunten más —dijo el siciliano, con todas las señales del terror en su cara—. Perdí el sentido en el momento en que vi la figura, y lo mismo les ocurrió a todos los presentes. Cuando recobramos el conocimiento, Lorenzo luchaba con la muerte; el fraile y la figura habían desaparecido. Llevaron al caballero a la cama, presa de terribles convulsiones; alrededor del moribundo estaba sólo el sacerdote y el infeliz anciano, que le siguió en la muerte pocas semanas después. Sus revelaciones están guardadas en el pecho del sacerdote que le oyó en confesión y ninguna persona viva las conoce.

»No mucho después de este episodio empezaron a desescombrar en el patio interior de la casa de campo un pozo oculto entre matorrales que estaba cegado desde muchos años atrás; al separar los escombros se descubrió un esqueleto. La casa donde sucedió esto no existe ya; la familia de M. se ha extinguido, y en un monasterio, no lejos de Salerno, os enseñarán el sepulcro de Antonia.

»Ahora ya saben ustedes —continuó el siciliano al ver que todos seguíamos mudos y paralizados, y nadie quería tomar la palabra—, ahora ya saben de qué conozco yo a ese oficial ruso o a ese armenio. Juzguen ahora si tenía motivo para echarme a temblar ante un ser que se me interpuso dos veces en el camino de un modo tan terrible.

—Sólo una pregunta más —dijo el príncipe, levantándose—. ¿Ha sido siempre veraz en su narración sobre el caballero?

—No conozco otra versión —contestó el siciliano.

—¿Así que usted lo tenía por un hombre recto?

—Sí, por Dios, sí.

—¿También cuando le entregó a usted el referido anillo?

—¿Cómo? No me dio ningún anillo. Yo no he dicho que *él* me hubiera dado el anillo.

—Bien —dijo el príncipe, tirando de la campanilla y en ademán de irse—. ¿Y el espíritu del marqués de Lanoy —preguntó, volviendo sobre sus pasos— que el ruso hizo aparecer ayer después del suyo? ¿Cree usted que era un espíritu real y verdadero?

—No puedo pensar otra cosa —respondió aquél.

—Vamos —nos dijo el príncipe. Había entrado el carcelero.

—Hemos terminado —le dijo a éste—. Usted, señor —añadió, volviéndose al siciliano—, tendrá noticias mías.

—La pregunta, señor, que vos habéis hecho al final al impostor, os la hago yo a vos —dije al príncipe cuando estuvimos solos—. ¿Creéis que aquel segundo espíritu era el real y verdadero?

—¿Yo? No, sinceramente; eso no volveré a creerlo.

—¿No volveréis? ¿Entonces lo habéis creído alguna vez?

—No niego que en algún momento di crédito a esa farsa.

—Y yo quiero ver —exclamé— a *aquel* que puede renunciar en esas circunstancias a semejante hipótesis. Pero ¿qué razones tenéis para rechazar esa opinión? Después de lo que hemos oído contar sobre ese armenio, la creencia en su poder taumatúrgico tendría que aumentar en lugar de disminuir.

—¿Voy a creer lo que nos ha contado un infame? —el príncipe me cortó la palabra con gesto de seriedad—. Pues imagino que no dudará usted de que se trata de un infame.

—No —dije—. Pero su testimonio...

—El testimonio de un infame, aun suponiendo que no tenga otras razones para ponerlo en duda, no cuenta nada frente a la verdad y a la sana razón. ¿Merece ser oído alguien que me ha engañado ya varias veces, que ha hecho de la mentira su oficio, en una materia que exige una veracidad extrema para merecer crédito? ¿Merece ser creído un hombre que quizá nunca ha dicho una verdad sobre su persona cuando se presenta como testigo contra la razón humana y contra el orden eterno de la naturaleza? Es como si yo quisiera autorizar a un bribón redomado a querellarse contra la inocencia nunca manchada y nunca censurada.

—Pero ¿qué razones pudieron moverlo a hablar tan bien de una persona a la que tenía motivos sobrados para odiar o al menos temer?

—Aunque yo desconozca esas razones, no por eso dejaré de tenerlas. ¿Acaso sé a *qué* intereses servía cuando me mintió? Confieso que no he descubierto aún toda la trama de su impostura; pero él ha hecho un mal servicio a la causa que defiende al aparecer como un impostor... y quizá algo peor aún.

—El asunto del anillo me parece algo sospechoso.

—Es más que eso —dijo el príncipe—, es algo decisivo. Ese anillo, déjeme suponer de momento que lo relatado sea verídico, lo recibió del asesino, y él tenía que estar seguro de que aquél era el asesino. ¿Quién sino el asesino pudo sustraer al difunto un anillo que éste, desde luego, nunca se quitó del dedo? Él intentó convencernos a lo largo de todo el relato de que el caballero lo había engañado y de que él creyó haberle engañado a *él*. ¿Cómo explicar este enredo si no era consciente de lo mucho que tenía que perder al confesar su connivencia con el asesino? Todo su relato es una

serie de patrañas inventadas para coordinar las pocas verdades que tuvo a bien revelar. ¿Iba a tener yo mayor reparo en inculpar de la undécima mentira al infame que me había mentido diez veces que en hacer interrumpir el orden de la naturaleza que siempre he respetado?

—Yo no puedo contestar nada a eso —dije—; pero la aparición que vimos ayer sigue siendo para mí incomprensible.

—También para mí —replicó el príncipe—, aunque he caído en la tentación de aventurar una clave.

—¿Cuál?

—¿No recuerda que la segunda figura, nada más entrar, avanzó hacia el altar, tomó el crucifijo en la mano y puso el pie en la alfombra?

—Eso me pareció.

—Y el crucifijo hizo de conductor eléctrico, según nos dijo el siciliano. Eso indica que la figura se apresuró a cargarse eléctricamente. El golpe que lord Seymour le asestó con la espada no pudo afectarlo porque la descarga eléctrica le había paralizado el brazo.

—Lo de la espada es correcto; pero ¿y la bala que le disparó el siciliano y que oímos cómo rodaba lentamente sobre el altar?

—¿Estáis seguro de que la bala disparada era la misma que oímos rodar? Por otra parte, el títere o el hombre que hacía de espíritu podía estar tan perfectamente acorazado que fuese inmune a las balas y a la espada. Pero reflexione un poco sobre *quién* fue el que cargó la pistola.

—Es verdad —dije en una iluminación súbita—. La cargó el ruso. Pero eso ocurrió a la vista de todos; ¿cómo pudo producirse el engaño?

—¿Y por qué no iba a poder producirse? ¿Cree usted que aquellos hombres desconfiaban hasta el punto de tener que vigilar al ruso? ¿Examinó usted la bala antes de que él la introdujera en el cañón? Lo mismo pudo ser una bala de mercurio que una bala de arcilla pintada. ¿Se fijó en si la introducía realmente en el cañón de la pistola o la dejaba deslizarse disimuladamente en la mano? Y suponiendo que hubiera cargado realmente la pistola, ¿cómo sabe usted que se llevó al otro pabellón la pistola cargada y no la sustituyó por otra igual, cosa fácil de hacer porque a nadie se le ocurrió observarlo y además estábamos ocupados en desnudarnos? ¿Y no pudo la figura, en el momento en que el humo de la pólvora lo sustrajo a nuestra vista, hacer caer al altar otra bala que tuviera reservada? ¿Cuál de todas estas hipótesis es imposible?

—Tenéis razón. Pero ¿y el sorprendente parecido de la figura con vuestro difunto amigo? Yo también lo vi a menudo en vuestra casa, y lo reconocí inmediatamente en el espíritu.

—También yo... y sólo puedo decir que la ilusión alcanzó su grado máximo. Pero si ese siciliano, tras unas pocas miradas furtivas a mi tabaquera, supo llevar a *su* cuadro una cierta similitud que lo embaucó a usted y a mí, ¿cómo no iba a poder hacerlo el ruso, que durante toda la sobremesa pudo utilizar libremente mi tabaquera con la ventaja de pasar inadvertido y al que yo había revelado además, en confianza, quién era el personaje retratado en la caja? Añada usted algo que también el siciliano señaló: los rasgos faciales del marqués eran fáciles de reproducir *grosso modo*; ¿dónde queda lo inexplicable de esa aparición?

—¿Y el contenido de sus palabras? ¿La aclaración sobre vuestro amigo?

—¿Cómo? ¿No nos dijo el siciliano que compuso una historia similar con lo poco que me había preguntado? ¿No demuestra esto lo fácil que era creer esa ficción? Además, las respuestas del espíritu eran tan oscuras, tan sibilinas, que éste no corría ningún peligro de incurrir en contradicción.

Si el cómplice del impostor que hacía de espíritu poseyera conocimiento y reflexión, y pudiera aprender siquiera un poco de los presentes, imagine usted hasta dónde habría podido llegar la impostura.

—Pero pensad, señor, lo prolijos que tuvieron que ser los preparativos para una farsa tan compleja; cuánto tiempo llevaría, cuánto tiempo sólo para reproducir una cabeza humana con tanta fidelidad, cuánto tiempo para instruir al espíritu sustituto de forma que no cometiera un error grave, cuánta atención a los pequeños detalles que podían facilitar o dificultar la operación. Y recordad, además, que el ruso no estuvo ausente más de media hora. ¿Cómo pudo disponer aun lo más imprescindible en media hora? Realmente, señor, ni siquiera un autor dramático obsesionado con las tres unidades de Aristóteles hubiera cargado de tanta acción un entreacto ni hubiera exigido tanta credulidad a su público.

—¿Cómo? ¿Le parece imposible que en esa media hora todos esos preparativos estuvieran a punto?

—En efecto, prácticamente imposible.

—Yo no entiendo ese lenguaje. ¿Es contrario a las leyes del tiempo, del espacio y de la causalidad física que una cabeza tan bien dotada como es indiscutiblemente ese armenio, con ayuda de sus cómplices quizá igualmente hábiles, al amparo de la noche, sin ser observado por nadie, provisto de todos los recursos que tiene a su disposición un hombre de su oficio, que ese hombre, digo, favorecido por tales circunstancias, pueda hacer tanto en tan poco tiempo? ¿Es impensable y absurdo creer que con ayuda de unas pocas palabras, órdenes o señales encargue prolijas tareas a sus colaboradores y pueda designar unas operaciones complejas y coherentes con tan escaso bagaje verbal? ¿Prefiere usted creer en un milagro antes que admitir una improbabilidad? ¿Anular las fuerzas de la naturaleza antes que hacerse a la idea de una combinación artificial y menos usual de estas fuerzas?

—Aunque el asunto no justifique una conclusión tan atrevida, convendréis conmigo en que excede de nuestros conceptos.

—Casi me gustaría discutirle también eso —dijo el príncipe con alegre socarronería—. ¿Qué me diría usted, querido conde, si resultara que alguien había trabajado para ese armenio no sólo durante y después de esa media hora, ni de prisa y fugazmente, sino toda la tarde y noche? Recuerde que el siciliano pasó tres horas largas en sus preparativos.

—¡El siciliano, señor!

—¿Y cómo me demuestra usted que el siciliano no participó en la segunda aparición tanto como en la primera?

—¿Qué dice, señor?

—¿Cómo me demuestra que él no era el principal colaborador del armenio, en suma, que ambos no están en la *misma* trama?

—Eso sí que me parece difícil de demostrar —dijo con bastante asombro.

—No tan difícil, querido conde, como usted piensa. ¿Es un azar que estos dos sujetos se encuentren al mismo tiempo y en el mismo lugar en una conspiración tan extraña, tan confusa, contra la misma persona; que haya por ambas partes una armonía tan llamativa, un entendimiento tan perfecto, que trabaje el uno para el otro? Suponga usted que el armenio utilizó la aparición más tosca para dar relieve a la más sutil. Suponga que hace eso para averiguar el grado de mi credulidad, para tantear los accesos a mi confianza, para familiarizarse con su tema mediante este ensayo que podía

fracasar pese a todas las cautelas; en una palabra, para poner a punto su mecanismo. Suponga que lo hizo para atraer mi atención hacia un lado y desviarla de otro que era más importante para él. Suponga que tuvo que hacer algunas averiguaciones que él deseaba que figurasen en la cuenta del prestidigitador para desviar la sospecha de la verdadera pista.

—¿Qué pensáis de eso?

—Vamos a suponer que sobornó, a uno de los míos para obtener información secreta, quizá incluso documentos, al servicio de sus planes. Yo echo de menos al cazador. ¿Qué me impide creer que el armenio intervino en el secuestro de esta persona? Pero puede darse la casualidad de que yo trate de esclarecer esas intrigas; se puede interceptar una carta; un criado puede hablar más de la cuenta. Todo el prestigio del armenio cae por tierra si descubro las fuentes de su omnisciencia. Él introduce a este prestidigitador para que haga ésta o la otra averiguación sobre mí. Él me hace llegar previamente alguna señal de la existencia y de las intenciones de esta persona. Al margen de lo que yo pueda descubrir, mi sospecha sólo recaerá en este impostor, y para las investigaciones que a él, el armenio, le interesan, el siciliano dará su nombre. Éste es el títere con el que me hace jugar, al tiempo que él me ata con cuerdas invisibles sin ser observado ni levantar sospechas.

—Muy bien, pero ¿cómo se compagina con eso que él mismo ayude a destruir esta ficción y confíe los secretos de su arte a ojos profanos? ¿No temerá que el desenmascaramiento de una ficción tan bien disimulada como ha sido en realidad la operación del siciliano debilite vuestra fe y le dificulte a él sus planes futuros?

—¿Cuáles son los secretos que el armenio me descubre? Ninguno de los que él quiere utilizar contra mí. No ha perdido nada al publicarlos. Pero ¿cuánto ha ganado, en cambio, cuando este presunto; triunfo sobre la mentira y la farsa me ha vuelto seguro y confiado, cuando él logra así distraer mi atención en una dirección contraria, fijar mi vago recelo en objetos sumamente distanciados del verdadero punto de ataque? Él podía esperar que yo, tarde o temprano, por propia desconfianza o por sugerencia ajena, buscara la clave de sus milagros en el arte de la prestidigitación. ¿Qué cosa podía hacer mejor que yuxtaponer sus prodigios, ofrecerme el criterio para juzgarlos y, poniendo un límite artificial a los últimos, potenciar o confundir tanto más mis ideas sobre los primeros? ¡Cuántas suposiciones ha deshecho con este ardid! ¡Cuántas explicaciones que de otro modo yo hubiera aceptado quedan descartadas!

—Entonces el armenio se ha perjudicado a sí mismo, en el sentido de que ha puesto en guardia a aquellos que quería embaucar y ha debilitado su fe en su poder taumatúrgico con el desenmascaramiento de una trama tan artificial. Vos mismo, señor, sois el mejor mentís de su proyecto, sí acaso tenía alguno.

—Quizá se ha equivocado conmigo, pero su juicio no deja de ser certero. ¿Podía él prever que yo iba a recordar precisamente aquello que podía ser la clave del milagro? ¿Entraba en sus planes que el cómplice que él utilizó adoleciera de esos puntos flacos? ¿Sabemos si ese siciliano no se ha excedido en sus atribuciones? Con el anillo desde luego que sí. Y es, sobre todo, este asunto el que despertó mi desconfianza hacia él. ¡Con qué facilidad puede venirse abajo un plan inteligente por el uso de un medio demasiado tosco! Seguramente el armenio no creía que el prestidigitador fuera a pregonar su gloria a son de trompeta, que nos fuera a endosar esos cuentos que no resisten el más mínimo examen. Por ejemplo, ¿con qué cara puede asegurarnos este impostor que su taumaturgo, al dar las doce de la noche, tiene que interrumpir todo trato con los seres humanos? ¿No lo hemos visto a esa hora entre nosotros?

—Es verdad —dijo—. Parece que él lo ha olvidado.

—Pero esa clase de personas suele extralimitarse en su cometido y echa a perder con sus excesos lo que una impostura discreta y moderada podría conseguir perfectamente.

—No obstante, señor, yo no acabo de convencerme de que todo este asunto se reduzca a una farsa. ¿Cómo es posible? El terror del siciliano, sus convulsiones, su desmayo, el estado lastimoso de ese hombre que nos movió a compasión... ¿todo eso es una simple comedia bien aprendida? Aun admitiendo que la ficción teatral puede llevar muy lejos, el arte del actor no puede enseñorearse de los órganos de su vida.

—A este propósito, amigo... yo vi el *Ricardo III* de Garrick... ¿Y estábamos en aquel momento tan serenos y fríos como para ser observadores imparciales? ¿Pudimos calibrar la emotividad de aquella persona cuando la nuestra nos dominaba? Además, la crisis decisiva, incluso de una farsa, es un trance tan importante para el impostor que la espera puede producir en él síntomas tan fuertes como la sorpresa en el engañado. Añada a eso la aparición insospechada de los esbirros.

—Me alegra que recordéis eso, señor. ¿Se hubiera atrevido el armenio a exponer tan peligroso flanco a la mirada de la justicia? ¿A poner a prueba tan temerariamente la fidelidad de su cómplice...? ¿Y con qué fin?

—Eso déjelo a su cuidado; él conoce a los suyos. ¿Sabemos nosotros qué delitos secretos garantizan la discreción de este hombre? Usted se ha enterado por el siciliano del cargo que ejerció en Venecia, aunque tal cargo sea un cuento más. ¿Cuánto le habrá costado sacar de apuros a este sujeto que no tiene otro acusador que él?

(En realidad, los hechos justificaron la sospecha del príncipe. Cuando preguntamos algunos días después por el preso, nos dijeron que había desaparecido.)

—Usted ha preguntado: ¿con qué fin? ¿Cómo iba a arrancarle al siciliano una confesión tan inverosímil y deshonrosa, pero tan importante, si no era por la violencia? ¿Quién si no un hombre desesperado que ya nada tiene que perder puede atribuirse cosas tan humillantes? ¿En qué otras circunstancias se las hubiéramos creído?

—Concedido, príncipe —dije al fin—. Parece que las dos apariciones fueron imposturas; parece que ese siciliano nos hilvanó un cuento que le enseñó su patrón; parece que los dos perseguían un único fin de común acuerdo y parece que se pueden explicar por este acuerdo todas aquellas casualidades que tanto nos han sorprendido en el curso de estos acontecimientos. Sin embargo, aquella profecía de la plaza de San Marcos, el primer milagro que dio paso a todos los otros, queda sin explicar, ¿y de qué nos sirve tener la clave de todos los otros milagros si no podemos resolver el enigma del primero?

—¿Se está convirtiendo, querido conde? —contestó el príncipe—. Ya me dirá usted lo que demuestran todos esos milagros si yo averiguo que bajo ellos latía la misma farsa. Le confieso que aquella profecía desborda mi capacidad de comprensión. Si no hubiera habido nada más que esa profecía, el armenio habría concluido con ella su papel como lo había empezado con ella. Le confieso que no sé hasta dónde podía haberme llevado. En esta sociedad *rastrera* en que vivimos, aquella profecía me resulta un tanto sospechosa.

—Concedido, príncipe; pero sigue siendo incomprensible, y yo invito a todos nuestros filósofos a darme alguna explicación.

—¿Le parece tan inexplicable? —continuó el príncipe tras un momento de reflexión—. No pretendo invocar el nombre de un filósofo; pero podría sentirme tentado a buscarle también a ese

milagro una clave natural o, más exactamente, a despojarlo de la aureola de lo sobrenatural.

—Si sois capaz de eso, príncipe —contesté con una sonrisa de incredulidad—, vos seréis el único milagro en el que creo.

—Y como prueba —continuó— de lo poco que está justificado el recurso a las fuerzas sobrenaturales, le voy a proponer dos explicaciones distintas que podrían quizá dar razón de aquel suceso sin hacer violencia a la naturaleza.

—¿Dos claves? Siento una enorme curiosidad.

—Usted me leyó las últimas noticias sobre la enfermedad de mi difunto primo. Fue en un acceso de fiebre álgida cuando un ataque de apoplejía acabó con su vida. Confieso que lo insólito de esta muerte me movió a requerir el juicio de algunos médicos, y lo que averigüé, por esa vía me puso en la pista de esa adivinación. La enfermedad del difunto, una de las más extrañas y terribles, tiene el síntoma característico de que durante los escalofríos de la fiebre sume al enfermo en un sueño profundo que, al presentarse el paroxismo por segunda vez, le causa la muerte por apoplejía. Como estos paroxismos se producen en un orden riguroso y a intervalos fijos, una vez que el médico ha diagnosticado la naturaleza de la enfermedad puede predecir también la hora de la muerte. Pero se sabe que el tercer paroxismo de una fiebre recurrente de tres días se produce al quinto día de la enfermedad... y justamente es ése el tiempo que necesita una carta para llegar desde ***, donde murió mi primo, hasta Venecia. Si suponemos que nuestro armenio cuenta con un confidente atento en la comitiva del difunto, que tiene un vivo interés en obtener noticias de allí, que abriga ciertas intenciones sobre mí que pueden ser más viables a través de la fe en los milagros y de la aureola de lo sobrenatural... entonces encuentra usted una explicación natural de aquel vaticinio que le parece tan incomprensible. Ahí puede ver cómo un tercero puede notificarme el fallecimiento que se está produciendo a cuarenta millas de distancia en el momento de anunciarlo.

—En realidad, príncipe, vos combináis aquí cosas que en sí parecen naturales, pero se diría que aparecen combinadas por arte de brujería.

—¿Cómo? ¿A usted le asusta menos lo milagroso que lo enigmático y lo insólito? Una vez que atribuimos al armenio un importante plan que me utiliza a mí como fin o como medio (¿y no debemos hacerlo, al margen de lo que pensemos sobre su persona?), nada de lo que conduzca a ese objetivo por el camino más corto será antinatural y forzado. Pero ¿qué camino puede haber más corto para asegurarse de una persona que las credenciales de un taumaturgo? ¿Quién se resiste a un hombre al que se someten los espíritus? Pero yo le concedo a usted que mi hipótesis es rebuscada; confieso que tampoco a mí me satisface. No insisto en ella porque no vale la pena recurrir a un esquema artificial y especulativo cuando se tiene bastante con él puro azar.

—Se debe tener bastante, querréis decir —lo interrumpí.

—Apenas algo más que el puro azar —continuó el príncipe—. El armenio conocía el trance de mi primo. Nos abordó en la plaza de San Marcos. La ocasión lo animó a aventurar una profecía que, de fallar, quedaba en simple palabra volandera y, de acertar, podía tener consecuencias insospechadas. El resultado fue positivo... y sólo entonces piensa el armenio en utilizar el regalo del azar para esbozar un plan coherente. El tiempo podrá o no explicar este misterio, pero créame, amigo —dijo poniendo su mano sobre la mía y con semblante muy serio—, que un hombre que dispone de fuerzas superiores no necesita de las bufonadas, o las desdeña.

Así finalizó una conversación que he referido en su totalidad porque viene a demostrar las dificultades con que se encontraba el príncipe y porque servirá, como espero, para limpiar su

memoria del reproche de haber caído ciega e irreflexivamente en la trampa que le tendió una maquinación diabólica. No todos —continúa el conde de O.—, no todos los que en el momento de escribir yo esto contemplan su debilidad con sonrisa burlona y presumiendo de su propia razón inexpugnable se creen autorizados a dictar sobre él la condena, no todos, me temo, soportarían tan varonilmente esta prueba. Si lo vemos caer después de este comienzo feliz, si se cumple en él la trama negra sobre la que le puso en guardia su genio bueno, en lugar de mofarnos de su necedad tendremos que asombrarnos de la bellaquería a la que sucumbió su razón tan bien pertrechada. Las consideraciones sociales no pueden influir en mi testimonio, pues el que tenga algo que agradecerme no existe ya. El terrible destino del príncipe tocó a su fin; su alma estará ya purificada en el trono de la verdad, y también la mía se habrá presentado ya cuando el mundo lea esto; pero —perdón por las lágrimas que se me saltan al recordar a mi más fiel amigo— escribo esto para orientar a la justicia: él era un hombre noble y hubiera sido sin duda una gloria del trono que quiso escalar, en su ceguera, por la vía delictiva.

LIBRO II

No mucho después de estos últimos sucesos —sigue contando el conde de O.— empecé a notar un sensible cambio en el ánimo del príncipe. Hasta entonces había evitado cualquier examen riguroso de su fe y se había limitado a depurar las rudas y superficiales nociones religiosas en que fue educado con otras ideas mejores que le llegaron posteriormente sin investigar los fundamentos de la misma. Me confesó varias veces que los temas religiosos eran para él como un castillo encantado en el que no se podía entrar sin sentir terror y que era preferible pasar de largo con respetuosa resignación para no correr el peligro de perderse en sus laberintos. No obstante, había en él la tendencia contraria, que lo llevaba irresistiblemente a realizar investigaciones relacionadas con la religión.

Una educación estrecha y servil fue el origen de ese temor; ella había insuflado en su tierno cerebro unos fantasmas de los que no pudo librarse totalmente a lo largo de su vida. La melancolía religiosa era una enfermedad hereditaria en su familia; la educación que le dieron a él y a sus hermanos estaba en consonancia con esa predisposición y las personas encargadas de educarlo fueron elegidas desde esa perspectiva y eran, por tanto, fanáticas o hipócritas. El modo más seguro de dejar altamente satisfechos a sus padres consistía en ahogar en una absoluta rigidez espiritual toda la vitalidad del niño.

La juventud de nuestro príncipe tuvo este cariz de noche oscura; hasta en sus juegos estaba ausente la alegría. Todas sus ideas de la religión tenían algo de tétrico, y precisamente lo siniestro y burdo era lo que antes se apoderaba de su fantasía y más persistía en ella. Su Dios era un espantajo, un ser que castiga; su piedad, un miedo servil y una sumisión ciega que ahogaba toda fuerza y todo coraje. La religión se enfrentaba a todas sus inclinaciones infantiles y juveniles propias de un cuerpo vigoroso y una salud exuberante; se oponía a todo lo que su corazón juvenil anhelaba; nunca le enseñaron a ver la religión como un bien, sino como un azote de sus pasiones. Así fue germinando en su corazón un rencor latente que, aunando una fe respetuosa y un temor ciego, formó la más extraña amalgama en su cabeza y en su corazón: la aversión a un Dios ante el que sentía miedo y reverencia con igual intensidad.

No es extraño que aprovechara la primera ocasión para sacudirse un yugo tan cruel; pero escapó a él como un siervo de la gleba que, aun después de liberarse de su despótico señor, conserva la conciencia de esclavo. Precisamente porque no abandonó la fe de su juventud en una opción serena, porque no aguardó a que su razón madura se desprendiera de ella de modo sosegado, porque se evadió de ella como un fugitivo que sigue perteneciendo a su señor, tenía que volver a ella, una y otra vez, tras las largas evasiones. Había saltado sin romper la cadena y por eso se convirtió en presa de cualquier impostor que descubriera esa cadena y supiera utilizarla. La continuación de esta historia demostrará la existencia de ese impostor, si el lector no la ha adivinado aún.

Las confesiones del siciliano dejaron en el ánimo del príncipe unas consecuencias superiores a lo que el episodio se merecía, y el pequeño triunfo que su razón alcanzó sobre aquella ridícula impostura aumentaron notablemente su confianza en la razón. La facilidad con que logró deshacer *aquel* engaño no lo sorprendió. La verdad y el error no se habían diferenciado aún en su cerebro con la suficiente precisión para no confundir a veces los argumentos de la primera con los argumentos del segundo; por eso ocurrió que el golpe que derrumbó su fe en el milagro hizo tambalearse todo el edificio de su fe religiosa. Le sucedió en esto como a la persona inexperta que es engañada en la amistad o en el amor por haber elegido mal y que pierde su fe en estos sentimientos por tomar los meros accidentes por cualidades y notas esenciales. El engaño desenmascarado le hizo sospechar también de la verdad porque había pretendido demostrar ésta con malas razones.

Este supuesto triunfo le produjo una satisfacción proporcional a la fuerte presión de la que se sentía liberado. Desde entonces lo invadió una actitud escéptica que no perdonaba lo más sagrado. Concurrieron varias circunstancias a mantener y afianzar este estado de ánimo. Cesó la soledad en que había vivido, para ser sustituida por un género de vida lleno de distracciones. Descubrió su categoría social. Las atenciones a las que debía corresponder y la etiqueta que tenía que guardar por su rango lo sumergieron poco a poco en el remolino del gran mundo. Su condición y sus cualidades personales le permitieron entrar en los círculos más ilustrados de Venecia; pronto alternó con las cabezas más lúcidas de la República, con sabios y hombres de Estado. Esto lo obligó a ampliar la esfera uniforme y estrecha en que su espíritu se había encerrado. Comenzó a percibir la limitación de sus conceptos y a sentir la necesidad de una formación superior. La forma desfasada de su espíritu, pese a ir acompañada de buenas cualidades, contrastaba con las ideas corrientes de la sociedad, y su ignorancia de las cosas más conocidas lo ponía a veces al borde del ridículo; nada temía tanto como el ridículo. Los prejuicios contra su país natal le parecían una invitación a negar su propia persona. A esto se añadía algo peculiar de su carácter: lo molestaban las atenciones que eran motivadas, a su juicio, por la categoría social y no por el valor personal. Era especialmente sensible a esta humillación en presencia de aquellas personas que lucían por su ingenio y con sus méritos personales triunfaban sobre su genealogía. El verse discriminado como príncipe en esa sociedad lo avergonzaba profundamente, porque este título parecía excluirlo ya de cualquier competencia. Todo esto junto le hizo pasar de la necesidad de dar a su espíritu la formación que no había tenido a acercarse al mundo del ingenio y del pensamiento, tan distante de él.

Eligió para ello las lecturas más modernas, y tomó esta tarea tan a pecho como todo lo que emprendía. Pero una mala elección le hizo leer escritos que no mejoraron mucho su razón ni su corazón. Y también aquí se dejó llevar de su tendencia irresistible hacia todo lo que es inefable y enigmático. Sólo a los temas con estas características prestaba atención y dedicaba su memoria; su razón y su corazón quedaron vacíos, y estos comportamientos de su cerebro se fueron llenando de

ideas confusas. El estilo deslumbrante de uno arrebató su imaginación, y las sutilezas de otro embrollaban su razón. A uno y otro les fue fácil cautivar su espíritu, que era presa de todo el que irrumpía en él con cierta insolencia.

Hubo una lectura que continuó con pasión más de un año y apenas le aportó ningún concepto positivo, pero le llenó la cabeza de dudas que, como sucedía siempre en este carácter consecuente, pronto influyeron negativamente en su corazón. Por decirlo brevemente, se había internado en este laberinto como un creyente fanático y lo abandonó como escéptico y finalmente como librepensador consumado.

Entre los círculos que frecuentaba había una sociedad llamada Bucentauro, que bajo capa de una libertad de espíritu noble y racional fomentaba la licencia desenfadada de las ideas y de las costumbres. Como contaba a muchos eclesiásticos entre sus miembros y hasta incluía en su dirección los nombres de algunos cardenales, no fue difícil inducir al príncipe a ingresar en ella. Creía que esas personas podrían obviar mejor que nadie el peligro de ciertas verdades de la razón, ya que estaban obligadas por su estado a la moderación y tenían la ventaja de oír y contrastar a la parte contraria. El príncipe olvidó que el libertinaje del espíritu y de las costumbres se agrava en personas del estamento eclesiástico, porque no encuentra ya en ellas ningún freno ni se detiene ante ninguna aureola de santidad que deslumbra a veces a los ojos profanos. Y esto ocurría en el Bucentauro, cuyos miembros, imbuidos en su mayoría de una filosofía deletérea y practicando una moral digna de semejante guía, no sólo ultrajaban su propio estamento sino a la humanidad misma. La sociedad tenía sus grados secretos, y quiero creer en honor del príncipe que a él nunca lo hallaron digno de entrar en el santuario más íntimo. Todo el que ingresaba en esta sociedad tenía que renunciar, al menos mientras viviera en *ella*, a su rango, su nación y su confesión religiosa, en suma, a todos los signos convencionales de distinción, y asumir un estado de igualdad universal. La elección de los miembros era muy severa porque sólo las cualidades del espíritu daban acceso a la sociedad. Ésta presumía de buen tono y de gusto exquisito, y de esta fama gozaba en toda Venecia. Tanto esas cualidades como el señuelo de la igualdad que reinaba en ella atrajeron irresistiblemente al príncipe. Un trato social distinguido, amenizado por la broma delicada, conversaciones instructivas, lo mejor del mundo de las ciencias y de la política, que confluían allí como en su punto central, le ocultaron durante mucho tiempo lo peligroso de esa combinación. Cuando fue descubriendo bajo la máscara el verdadero espíritu del instituto y los demás se cansaron de guardar las debidas cautelas frente a él, la retirada resultó ya peligrosa, y la falsa vergüenza, a la par que la preocupación por la propia seguridad, lo obligó a disimular la desazón interior.

Pero ya la mera familiaridad con aquella clase de personas y sus ideas, sin inducirlo a la imitación, había echado a perder la pura y bella simplicidad de su carácter y la delicadeza de sus sentimientos morales. Su entendimiento, armado de conocimientos tan superficiales, no podía resolver sin ayuda ajena las sutiles argucias en que lo habían atrapado, y aquellos elementos corrosivos destruyeron casi todos los fundamentos de su moralidad. El príncipe desechó los apoyos naturales de su felicidad para sustituirlos por unos sofismas que en el momento decisivo lo dejaban en la estacada y lo obligaban así a abrazar cualquier principio arbitrario que le proponían.

Quizá la mano de un amigo hubiera logrado aún salvarlo a tiempo de aquel abismo; pero, aparte de que yo conocí las interioridades del Bucentauro mucho después de haberse producido el mal, un asunto urgente me había obligado a ausentarme de Venecia ya al comienzo de este período. También milord Seymour, un buen amigo del príncipe, cuya cabeza fría era inmune a cualquier tipo de

impostura y que le hubiera podido servir sin duda de escudo protector, nos abandonó por esta época para regresar a su patria. Aquellos en cuyas manos dejé al príncipe eran personas honestas, pero inexpertas y muy limitadas en materia religiosa, no conocían la situación del príncipe ni gozaban de prestigio ante él. A sus capciosos argumentos no sabían oponer otra cosa que las sentencias de una fe ciega y autoritaria que a él lo irritaban o lo divertían; él los menospreciaba y con su talento superior, reducía pronto al silencio a aquellos malos defensores de la buena causa. Los otros, que fueron ganando su confianza, se empeñaban en hundirlo cada vez más. Cuando regresé a Venecia un año después, lo encontré muy cambiado.

La influencia de esta nueva filosofía se notó pronto en la vida del príncipe. A medida que probaba suerte en Venecia y conquistaba nuevos amigos, iba perdiendo las antiguas amistades. De día en día me gustaba menos su manera de ser, nos veíamos menos y él estaba menos disponible. El torrente del gran mundo lo había atrapado. Nunca estaba su umbral vacío cuando se encontraba en casa. Empalmaba un placer con otro, una fiesta con otra, una diversión con otra. Era la beldad a la que todos pretendían, el rey y el ídolo de todas las reuniones. Si la vida de sociedad le había parecido ardua en la estrechez de su mentalidad anterior, ahora se sorprendía de lo fácil que le resultaba. Todos lo complacían, todo lo que salía de sus labios era acertado, y cuando él callaba, faltaba algo en la reunión. Esta felicidad que lo acompañaba en todas partes, este éxito general, le hacían ser más de lo que era en realidad porque le daban ánimo y confianza en sí mismo. El alto concepto que alcanzó así sobre su propio valor le hizo creerse las adulaciones que le tributaban y que sin esa conciencia exagerada y artificial de su persona tendrían que resultarle sospechosas. Ese clamor general venía a reforzar lo que su orgullo autosatisfecho le decía secretamente; era un tributo que él creía merecer. Escaparía sin duda a esta trampa si tuviera un momento de respiro, si le dejaran un margen de reposo para comparar su verdadero valor con la imagen que veía en un espejo tan complaciente; pero su existencia era un estado permanente de ebriedad, de vértigo sin fin. Cuanto más lo ensalzaban, más tenía que hacer para mantenerse en la altura; esta tensión continuada lo fue consumiendo lentamente; no descansaba ni en el sueño. Los aduladores conocían bien sus puntos flacos y habían calculado perfectamente la pasión que despertaron en él.

Pronto tuvieron que pagar sus fieles caballeros las consecuencias de estos avatares del señor. Los nobles sentimientos y las verdades sagradas que antes regían su vida eran ahora objeto de sus diatribas. Se vengaba de las verdades de la religión por la presión que unas nociones erróneas habían ejercido tanto tiempo sobre él; pero la voz insobornable de su corazón rechazaba los devaneos de su cabeza, y había más amargura que talante sereno en sus invectivas. El más bello rasgo de su carácter, que era la modestia, había desaparecido; los aduladores habían envenenado su buen corazón. La delicadeza exquisita en el trato que antes hacía olvidar a los caballeros que él era su señor dio paso a una actitud autoritaria y despótica que resultaba tanto más hiriente porque no se basaba en la nobleza de nacimiento, que era aceptada sin dificultad y que él menospreciaba, sino en su presunta superioridad personal. Pero dado que en casa concedía un margen a ciertas reflexiones que no se podía permitir en la vida de sociedad, sus criados lo solían ver sombrío, malhumorado y descontento, en contraste con la alegría forzada que prodigaba en los ambientes de fuera. Nosotros sufríamos viéndolo caminar por esta senda peligrosa; pero en la agitación que lo envolvía no escuchaba la débil voz de la amistad y se sentía aún demasiado feliz para oírla.

Ya en los primeros tiempos de esta época tuve que solventar en la corte de mi soberano un asunto importante que no podía sacrificar a los intereses más sagrados de la amistad. Una mano invisible

que sólo descubrí mucho después encontró el modo de embrollar allí mis asuntos y difundió sobre mí unos rumores que hube de desmentir con mi presencia personal. La despedida del príncipe me resultó penosa, pero fue tanto más fácil para él; hacía tiempo que se habían aflojado los lazos que nos unían. Pero su caso despertó toda mi simpatía; por eso hice prometer al barón de F. que me tendría informado por escrito, promesa que él cumplió concienzudamente. Desde ahora, pues, y por un largo período de tiempo, yo no seré testigo ocular de estos hechos; permítaseme presentar en mi lugar al barón de F. y llenar esta laguna con extractos de sus cartas. Aunque no siempre coincido con las ideas de mi amigo F., no he querido modificar nada en sus palabras, que servirán al lector para averiguar la verdad con menos esfuerzo.

El barón de F. al conde de O.

PRIMERA CARTA

*5 de mayo de 17***

Muchas gracias, estimado amigo, por haberme permitido continuar en la ausencia el trato familiar con usted que tanta alegría me proporcionó durante su estancia aquí. Usted sabe que aquí no puedo pronunciarme sobre ciertas cosas delante de nadie: aunque a usted no le parezca bien, yo detesto a este pueblo. Desde que el príncipe se ha convertido en uno de tantos y desde que usted nos dejó del todo, me siento abandonado en esta populosa ciudad. Z. lo lleva mejor, y las beldades de Venecia saben hacerle olvidar las contrariedades que tiene que compartir conmigo en casa. ¿Y de qué podría lamentarse él? No pretende ver en un príncipe sino al señor que aparece en todas partes; pero yo... Usted sabe cuánto me afecta lo bueno y lo malo de nuestro príncipe y hasta qué punto tengo yo la culpa de ello. Son dieciséis años los que he vivido en torno a su persona, sólo para él. A los nueve años de edad me pusieron a su servido y desde entonces he compartido con él su destino. Crecí bajo su mirada; un largo trato me conformó a su imagen y semejanza; participé en todas sus grandes y pequeñas aventuras. He vivido su felicidad. Salvo este año infortunado, he visto siempre en él a mi amigo, a mi hermano mayor; su luz me ha iluminado como un sol esplendoroso, sin una nube que oscureciera mi dicha, y todo esto se vendrá abajo en esta Venecia fatídica.

Desde que usted se fue, todo ha cambiado entre nosotros. El príncipe de *** estuvo aquí la semana pasada con un numeroso séquito y dio nueva animación a nuestro círculo. Como él y nuestro príncipe son tan afines y los dos están en una coyuntura bastante favorable, apenas se separarán durante la estancia aquí, que se prolongará, según dicen, hasta la fiesta de la Ascensión. El comienzo ha sido muy bueno; desde hace días el príncipe no se concede respiro. El príncipe de *** ha comenzado también en un tono muy elevado y parece que desea sostenerlo porque pronto regresará; pero lo malo es que ha contagiado a nuestro príncipe, que no podía quedar al margen, y dentro de la especial relación que mantienen las dos casas, creyó que era su deber acreditar el discutido rango de la suya. A esto se añade que en pocas semanas nos despediremos de Venecia; de ese modo nuestro príncipe no tendrá que soportar mucho tiempo su gasto extraordinario.

El príncipe de *** está aquí, según se dice, por asuntos de la orden de ***; él se figura estar desempeñando un papel importante. Ha tomado ya contacto con todas las amistades de nuestro

príncipe, como podrá usted imaginar. Especialmente lo han introducido en el Bucentauro con toda solemnidad, porque le gusta desde hace algún tiempo alardear de ingenio y de espíritu fuerte, y en la abundante correspondencia que mantiene en todas partes se hace llamar el *prince philosophe*. No sé si usted ha tenido la suerte de verlo. Una presencia muy aparente, ojos inquietos, cara de entendido en materia de arte, alarde de mucha lectura, mucha naturaleza adquirida (permítame la expresión) y un desdén principesco hacia los sentimientos humanos, junto con una confianza heroica en sí mismo y una locuacidad que todo lo degrada. ¿Quién podría, con tan brillantes cualidades, negarle el homenaje a su alteza real? Al final, se verá en qué queda el temperamento callado, taciturno y profundo de nuestro príncipe al lado de esa exhibición deslumbrante.

Ha habido muchos y grandes cambios en nuestro tenor de vida. Nos hemos instalado en una casa espléndida, frente a los nuevos soportales de la plaza, porque el príncipe no encontraba espacio suficiente en *Il moro*. Nuestro séquito ha aumentado en doce miembros: pajes, moros, jeduques, etc.; todo se hace ahora a lo grande. Usted se quejaba de los gastos en su estancia aquí; ¡tendría que ver ahora!

Nuestras relaciones internas son las de antes... salvo que el príncipe, que está en todas partes, se ha vuelto más reticente y frío aún si cabe y ahora lo vemos cuando se levanta y se acuesta, y poco más. Con el pretexto de que hablamos mal el francés y desconocemos el italiano, prescinde de nosotros en la mayor parte de sus reuniones; a mí no me importa mucho, pero creo que se avergüenza de nosotros... y eso me duele; no nos lo hemos merecido.

De nuestros hombres (ya que usted quiere saber todos los detalles), echa mano ahora, casi exclusivamente, de Biondello, al que tomó a su servicio, como sabe, tras la desaparición de nuestro cazador y que le está resultando imprescindible en este nuevo género de vida. Este hombre lo conoce todo en Venecia y sabe aprovechar todo. Es como si tuviera mil ojos y pudiera poner mil manos en movimiento. Él dice que lo hace con la ayuda del gondolero. Al príncipe le viene de perlas que él se familiarice previamente con todas las caras nuevas que aparecen en sus sociedades, y las noticias secretas que le da han resultado siempre correctas. Habla y escribe perfectamente el italiano y el francés, y ha ascendido ya a secretario del príncipe. Le contaré un rasgo de fidelidad desinteresada que no es frecuente en un hombre de esa posición. Hace poco pidió audiencia con el príncipe un importante mercader de Rímini. El objeto de la audiencia era una reclamación especial sobre Biondello. El procurador, su señor anterior, que parece haber sido un santo extraño, vivió en feroz hostilidad con sus parientes, hostilidad que aún sobrevive. Confiaba exclusivamente en Biondello, en quien solía depositar todos sus secretos; éste tuvo que prometerle solemnemente en el lecho de la muerte guardar esos secretos religiosamente y no utilizarlos nunca en provecho de los parientes; la recompensa por este silencio sería un legado importante. Cuando abrieron su testamento y examinaron los papeles, aparecieron grandes lagunas y confusiones que sólo Biondello podía aclarar. Éste negó obstinadamente saber nada, dejó el cuantioso legado a los herederos y mantuvo sus secretos. Los parientes le hicieron grandes ofertas, pero todo fue en vano; al fin, para escapar a su presión, pues lo amenazaron con procesarlo, se puso al servicio del príncipe. Ahora acudió a éste el heredero principal, que era el susodicho mercader, y volvió a hacer mayores ofertas que antes si Biondello cambiaba de propósito. La intercesión del príncipe fue también baldía. Le confesó a éste que su antiguo señor le había confiado efectivamente tales secretos, tampoco negó que el difunto se había excedido quizá en su odio a la familia; «pero —añadió— fue mi buen señor y bienhechor, y murió con la firme confianza en mi lealtad. Yo era el único amigo que dejó en el mundo... y por eso

no puedo defraudar su esperanza». Dejó traslucir al mismo tiempo que esas revelaciones tuyas no hubieran contribuido mucho al buen nombre de su difunto señor. ¿No es eso noble y delicado? Podrá usted imaginar que el príncipe no insistirá mucho en hacerle cambiar tan loable actitud. Esta rara fidelidad que él demostró hacia el señor difunto le ha granjeado la confianza ilimitada del vivo.

Que sea feliz, querido amigo. ¡Cuánto añoro la vida apacible que usted conoció aquí y a la que contribuyó tan gratamente! Me temo que mis buenos tiempos de Venecia pertenezcan al pasado, y ya será bastante si no puedo decir lo mismo del príncipe. El ambiente en que vive ahora no es el que puede hacerlo feliz a la larga, a menos que me engañe una experiencia de dieciséis años. Que siga bien.

El barón de F. al conde de O.

SEGUNDA CARTA

18 de mayo

Nunca hubiera creído que nuestra estancia en Venecia iba a tener aún su lado bueno. Ella le ha salvado la vida a un hombre; creo que ha valido la pena.

Hace poco, el príncipe ordenó que lo trajeran del Bucentauro a casa; era a altas horas de la noche; dos servidores, entre los que estaba Biondello, lo acompañaban. No sé cómo ocurrió, pero la litera que levantaron bruscamente se rompió y el príncipe se vio obligado a hacer a pie el resto del camino. Biondello iba por delante; el camino atravesaba algunas calles oscuras y apartadas, y como apuntaban las primeras luces del día, las farolas alumbraban poco o se habían apagado. Habríamos caminado un cuarto de hora cuando Biondello descubrió que se había extraviado. El parecido de los puentes lo confundió, y en lugar de pasar a San Marcos se encontró en el *Sestiere di Castello*. Era una callejuela perdida y no se veía un alma; tuvieron que volver para orientarse en una calle principal. Anduvieron unos pocos pasos cuando no lejos de ellos, en una callejuela, se oyeron gritos de socorro. El príncipe, inerte como estaba, le quitó a un criado la espada de las manos y con el ánimo resuelto que usted bien conoce fue hacia el lugar de donde llegaban las voces. Tres sujetos de mala catadura estaban a punto de liquidar a un cuarto que junto con su acompañante se defendía a duras penas; el príncipe apareció en el momento justo para impedir la estocada mortal. Su voz y la de los criados desconcertaron a los asesinos, que no habían previsto ninguna sorpresa en lugar tan apartado; después de asestar al hombre algunas puñaladas leves, lo abandonaron para emprender la huida. Medio desvanecido y agotado por la lucha, el herido se dejó caer en los brazos del príncipe; su acompañante reveló a éste que había salvado al marqués de Civitella, sobrino del cardenal A. Como el marqués perdía mucha sangre, Biondello vendó las heridas lo mejor que pudo y el príncipe cuidó de que lo llevaran al palacio de su tío, muy cerca de allí, y lo acompañó personalmente. Aquí lo dejó sin decir palabra y sin darse a conocer.

Un criado que había reconocido a Biondello identificó al príncipe. A la mañana siguiente apareció el cardenal, que era un viejo conocido del Bucentauro. La visita duró una hora; el cardenal estaba muy emocionado al salir, tenía lágrimas en los ojos; también el príncipe estaba afectado. Todavía aquella misma noche rindió visita al enfermo, cuya evolución era óptima a juicio del

médico. La capa en que iba envuelto había hecho imprecisas las estocadas y les había restado fuerza. Desde aquel incidente no pasó un día sin que el príncipe visitara la casa del cardenal o fuera visitado por éste, y empezó a fraguarse una fuerte amistad entre él y aquella casa.

El cardenal es un sesentón honorable, de porte majestuoso, alegre y lleno de vida. Es considerado como uno de los prelados más ricos en todo el ámbito de la República. Ya de muy joven administraba su inmensa fortuna, y dentro de una parsimonia razonable no hace ascos a los placeres del mundo. Este sobrino es su único heredero, pero no parece que esté siempre en las mejores relaciones con él. Aunque el anciano no es ningún enemigo del placer, parece que el comportamiento del sobrino sobrepasa el grado más alto de tolerancia. Sus principios sin ley y su vida desenfrenada, apoyados en todo lo que puede hacer atractivo el vicio y seducir los sentidos, hacen de él el terror de todos los padres y la maldición de todos los maridos; esta última reyerta parece haber sido también provocada por un enredo amoroso con la esposa del embajador de ***, por no recordar otros feos asuntos en los que sólo pudo librarle el prestigio y el dinero del cardenal. De no ser por esto, el cardenal sería el hombre más envidiado de Italia, porque posee todo lo que puede hacer apetecible la vida. Este sufrimiento familiar le impide la felicidad y le amarga el goce de su fortuna por el temor permanente a no encontrar ningún heredero.

Todas estas noticias las conozco por Biondello. El príncipe ha encontrado en este hombre un verdadero tesoro. Cada día le resulta más imprescindible, cada día descubrimos algún nuevo talento en él. Hace poco, el príncipe sentía un calor sofocante y no podía conciliar el sueño. La luz nocturna estaba apagada y ninguna campanilla pudo despertar al ayuda de cámara, que se entregaba fuera de la casa a sus devaneos amorosos. El príncipe decidió levantarse para llamar a uno de sus hombres. No había caminado muy lejos cuando oyó las notas lejanas de una música deliciosa. Se fue acercando, como hechizado, y encontró a Biondello en su habitación tocando la flauta, rodeado de sus compañeros. No dio crédito a sus ojos ni a sus oídos, y le ordenó continuar. Con una facilidad asombrosa improvisó Biondello el mismo dulce adagio con las más felices variaciones y todas las exquisiteces de un virtuoso. El príncipe, que es un experto, como usted sabe, afirma que podría actuar con ventaja en la mejor capilla del mundo.

—Tengo que licenciar a este hombre —me dijo a la mañana siguiente—; yo soy incapaz de pagarle como se merece.

Biondello, que había cogido al vuelo estas palabras, entró en la habitación, y le dijo:

—Señor, si hacéis eso me privaréis de la mejor paga.

—Estás destinado a cosas mejores que el servicio —dijo mi señor—. Yo no puedo interferir en tu felicidad.

—No me obliguéis a buscar otra felicidad, señor, que la que yo mismo elegí.

—Pero... desperdiciar ese talento... No, no puedo consentir eso.

—Permitid, señor, que lo ejercite a veces en vuestra presencia.

Se hicieron inmediatamente los preparativos. A Biondello se le asignó una habitación contigua al dormitorio de su señor donde pudiera adormecerlo con música y despertarlo con música. El príncipe quiso doblarle el sueldo, pero él se resistió, y pidió en cambio que le permitiera depositar aquella oferta en sus manos como un capital que quizá necesitaría reembolsar dentro de poco. El príncipe espera que venga pronto a pedirle algo; lo que sea, lo tiene concedido de antemano. Salud, queridísimo amigo. Espero con impaciencia noticias de K.

TERCERA CARTA

4 de junio

El marqués de Civitella, que está totalmente restablecido de sus heridas, fue presentado al príncipe la semana pasada por su tío, el cardenal, y desde ese día lo sigue como su sombra. Sobre este marqués, Biondello no me dijo la verdad o, al menos, la exageró mucho. Es un hombre de aspecto atractivo y fascinante en el trato. Es imposible guardarle rencor; su primera mirada me conquistó. Imagine usted el personaje más encantador, lleno de dignidad y gracia, un rostro que transpira espíritu y alma, una actitud abierta y acogedora, un tono de voz seductor, la palabra fluida, la juventud exuberante unida a todos los dones de la más refinada educación. No tiene nada de ese orgullo desdeñoso, de ese envaramiento solemne que nos resulta tan insoportable en los otros *nobili*. Todo en él respira alegría juvenil, benevolencia, afabilidad. Lo que se dice de sus excesos me parece muy exagerado; nunca he visto una imagen más perfecta y bella de alma sana. Si realmente es tan malo como nos dice Biondello, es una sirena que ningún ser humano puede resistir.

Conmigo estuvo muy sincero desde el principio. Me confesó con la más reconfortante ingenuidad que no gozaba de la simpatía de su tío, el cardenal, y que quizá lo tenía merecido; pero que estaba decidido a mejorar, y el mérito sería del príncipe. Espera a la vez reconciliarse con su tío porque el príncipe lo puede todo cerca del cardenal. Sólo le ha faltado hasta ahora un amigo y un guía, y ambas cosas espera haber encontrado en el príncipe.

El príncipe, por su parte, hace uso de todos los derechos de un guía y lo trata con la vigilancia y severidad de un mentor; pero esta relación le confiere ciertos derechos respecto al príncipe que él sabe hacer valer. No se aparta de él, está en todas las reuniones en las que participa el príncipe, aunque, afortunadamente, es aún demasiado joven para el Bucentauro. Siempre que se encuentra con el príncipe, lo aparta de la compañía y se lo lleva para sí con esa manera cortés que él tiene de entretenerlo y de recabar su atención. Dicen que nadie ha podido domesticarlo y que el príncipe se merece una epopeya si logra realizar esa proeza. Pero mucho me temo que las cosas cambien y que el guía vaya con su pupilo a la escuela hacia la que parecen apuntar ya todos los indicios.

El príncipe de *** ha partido para alivio de todos, incluido mi señor. Lo que yo había predicho, querido O., se ha cumplido. Tratándose de caracteres tan encontrados que hacen inevitables las colisiones, la buena armonía no podía durar mucho tiempo. El príncipe de *** no ha estado mucho tiempo en Venecia; había originado un cisma preocupante en el mundo espiritual que estuvo a punto de hacer perder a nuestro príncipe la mitad de sus admiradores. Dondequiera que se dejaba ver, aparecía este competidor que poseía la dosis adecuada de astucia y vanidad autocomplaciente para aprovechar la más mínima ventaja que le diera el príncipe. Como conocía todos los pequeños ardides, cuyo uso evitaba el príncipe por pundonor, supo atraerse en poco tiempo a los mentecatos y colocarse a la cabeza de una facción digna de él^[28]. Lo más razonable hubiera sido rehuir la competencia con un rival de este tipo, y ésta habría sido algunos meses antes la actitud del príncipe, pero ahora estaba ya demasiado inmerso en la corriente para poder alcanzar rápidamente la orilla. Estas nimiedades adquirieron cierto valor para él por mor de las circunstancias, y aunque él las habría despreciado, su orgullo no le permitió sustraerse a ellas en un momento en que la transigencia

se hubiera considerado menos como producto de una libre decisión que como un reconocimiento del fracaso. Las batallas verbales por ambos lados llevaron a esta situación, y el espíritu de rivalidad que inflamaba a sus partidarios se apoderó también de nuestro príncipe. Y para conservar sus conquistas, para mantener el puesto inestable que la opinión del mundo le había asignado, creyó necesario multiplicar las ocasiones de brillar y atraerse adictos, y esto sólo podía alcanzarlo con un dispendio fastuoso; de ahí la serie de fiestas y banquetes, los conciertos caros, los regalos y los espectáculos. Y como este extraño delirio se extendió pronto al séquito y a la servidumbre de ambos bandos, que, como usted sabe, suelen ser aún más puntillosos en temas de honor que los señores, tuvo que secundar con su liberalidad la buena voluntad de los suyos. Toda una larga cadena de miserias, consecuencia inevitable de la única debilidad, bastante excusable, de la que se dejó llevar el príncipe en un mal momento.

Nos hemos librado del competidor, pero sus daños no son tan fáciles de reparar. La bolsa del príncipe está vacía; lo que él había ahorrado con sabia economía se ha volatilizado; debemos apresurarnos a salir de Venecia si no queremos que el príncipe se hunda en deudas que hasta ahora ha evitado cuidadosamente. El viaje está ya decidido y sólo se espera la llegada de dinero fresco.

Quizá todo este despilfarro habría valido la pena si le hubiera proporcionado alguna alegría a mi señor. Pero nunca ha sido menos feliz que ahora. Siente que no es el que antes era, anda en busca de su identidad, está descontento consigo mismo y se lanza a nuevas distracciones para escapar a las secuelas de las antiguas. A una amistad sigue otra que le hunde cada vez más. No sé hasta dónde llegará esto. Debemos marcharnos; no hay otra solución; tenemos que salir de Venecia.

Querido amigo, sigo sin leer un solo renglón de usted. ¿Cómo debo explicarme tan largo y obstinado silencio?

El barón de F. al conde de O.

CUARTA CARTA

12 de junio

Gracias, querido amigo, por la muestra que me da de su recuerdo en el escrito que el joven B. me entregó de su parte. Pero ¿qué dice en él sobre unas cartas que debo haber recibido? Yo no he recibido ninguna carta de usted, ni una línea. ¡Qué rodeos han debido de dar! En adelante, querido P., si me hace el honor de escribirme, envíe las cartas vía Trento y a la dirección de mi señor.

Al fin, querido amigo, tenemos que dar el paso que hasta ahora habíamos conseguido evitar. Faltan las letras de cambio, faltan por primera vez en este momento crucial y nos hemos visto en la necesidad de recurrir a un usurero, porque al príncipe le gusta guardar el secreto aunque tenga que pagar más. Lo peor en este desagradable asunto es que nuestra partida se demora.

A este respecto he mantenido conversaciones con el príncipe. Todo el asunto lo ha llevado Biondello, y el judío apareció antes de lo que yo presumía. El ver al príncipe en este trance me oprimió el corazón y reavivó todos mis recuerdos del pasado y mis temores sobre el futuro; creo que mi semblante era un tanto melancólico y sombrío cuando salió el usurero. El príncipe, que se había excitado mucho con la aparición adelantada del usurero, empezó a pasear por la habitación con

cara de disgusto; los cartuchos de moneda yacían aún sobre la mesa; yo estaba asomado a la calle y me ocupaba en contar los cristales de las ventanas de la Procuraduría de la plaza de San Marcos; hubo un largo silencio; por fin, estalló el príncipe.

—¡F.! —dijo—. ¡No puedo soportar caras sombrías a mi alrededor!

Yo guardé silencio.

—¿Por qué no me contesta? ¿No estoy viendo que su corazón pugna por exteriorizar el disgusto? Y yo quiero que hable. Si no lo hace, presumirá de guardarse dentro cosas importantes.

—Si yo estoy serio, señor —dije—, es porque no os veo a vos alegre.

—Sé —continuó— que de un tiempo a esta parte usted no está de acuerdo conmigo, que desaprueba todos mis pasos, que... ¿qué le escribe el conde de O.?

—El conde de O. no me ha escrito nada.

—¿Nada? ¿Me lo va a negar? Ustedes tienen sus confianzas. Usted y el conde. Lo sé muy bien. Pero quiero que me lo confiese. No me entrometeré en sus secretos.

—El conde de O. no ha contestado a ninguna de las tres cartas que le escribí.

—He obrado mal —continuó—. ¿No es cierto? —añadió tomando un cartucho de moneda—. ¿No debiera haberlo hecho?

—Comprendo que era necesario.

—¿No debía haber llegado a esa necesidad?

Yo callé.

—Sin duda. Nunca debí excederme en mis deseos y debía llegar a viejo haciendo la misma vida que me llevó a hombre maduro. Porque un día abandoné la triste uniformidad de mi vida anterior y miré a mi alrededor por si se abría en otra parte una fuente de gozo para mí, porque...

—Si fue una experiencia, señor, no tengo más que decir; las enseñanzas que os ha podido proporcionar valen la pena. Me dolía, se lo confieso, que la opinión del mundo pesara en una cuestión que sólo pertenece a vuestro corazón: la cuestión de *cómo* ser feliz.

—Dichoso usted que puede despreciar la opinión del mundo. Yo soy su hechura y tengo que ser su esclavo. ¿Qué somos sino pura opinión? En nosotros, los príncipes, todo es opinión. La opinión es nuestra nodriza y educadora en la infancia, nuestra legisladora y nuestra amada en la edad madura y nuestro báculo en la vejez. Quítenos lo que tenemos de opinión y el ser más infeliz de las restantes clases estará en mejor situación que nosotros, ya que su destino le ha servido para alcanzar una filosofía que le consuela de ese destino. El príncipe que desprecia la opinión se anula a sí mismo, como el sacerdote que niega la existencia de Dios.

—No obstante, príncipe...

—Sé lo que va a decir. Yo puedo traspasar el círculo que mi nacimiento trazó en torno a mí; pero ¿acaso puedo arrancar de mi mente todas las falsas ideas que la educación y los primeros hábitos implantaron en ella y que los cien mil mentecatos que existen entre vosotros hicieron arraigar cada vez más? A cada uno le gusta ser *totalmente* lo que es, y nuestra existencia consiste en *parecer felices*. Porque nosotros no podemos *serlo* a vuestro modo, ¿no debemos serlo? Si no podemos apurar la alegría directamente de su fuente, ¿no vamos a buscar siquiera un goce artificial? ¿No podemos recibir una débil compensación de la mano que nos despoja?

—La compensación la encontraríais en vuestro corazón.

—¿Y si ya no la encontraba en él? ¿A qué viene eso? ¿Por qué ha de evocarme esos recuerdos? ¿Y si yo me refugié en esa vorágine de los sentidos para acallar una voz interior que trae la desgracia

a mi vida, para pacificar esta razón cavilosa que siega en mi cerebro como una hoz y con cada nueva investigación corta una nueva rama de mi felicidad?

—¡Mi buen príncipe!

Se había levantado y paseó febrilmente por la habitación.

—Si todo se hunde ante mí y detrás de mí, si el pasado queda a mi espalda en una triste indiferencia como el reino de la fosilización, si el futuro no me ofrece nada y veo encerrado todo el círculo de mi existencia en el estrecho margen del presente... ¿quién me echará en cara que me aferre apasionado e insaciable a este flaco don del tiempo, el instante, como un amigo al que veo por última vez?

—Señor, antes teníais fe en un bien permanente...

—Oh, haga usted que se detengan las nubes y yo las abrazaré con pasión. ¿Qué alegría me puede proporcionar el perseguir unas apariencias que mañana desaparecerán como yo? ¿No huye todo a mi alrededor? Todos se afanan en beber de la fuente de la existencia, y se van sin haber apagado la sed. Ahora, en la plenitud de mis fuerzas, hay una vida en ciernes que está destinada a destruirme. Si usted me muestra algo que dure, yo seré virtuoso.

—¿Qué es lo que sofocó los buenos sentimientos que antes eran el gozo y el norte de vuestra vida? Sembrar para el futuro, estar al servicio de un orden superior y eterno...

—¿Futuro? ¿Orden eterno? Quitemos lo que el hombre ha tomado de sus propios deseos y ha atribuido a su divinidad imaginaria como fin y a la naturaleza como ley; ¿qué es lo que queda? Lo que me precedió y lo que me seguirá son como dos cortinas negras y opacas que cuelgan de los dos extremos de la vida humana y que ningún viviente ha corrido. Muchos cientos de generaciones nos preceden ya con la antorcha, tratando de adivinar lo que puede haber detrás. Muchos ven moverse su propia sombra aumentada, los fantasmas de su pasión, en la cortina del futuro, y se asustan de su propia imagen. Poetas, filósofos y estadistas han pintado esos fantasmas con sus sueños gratos o sombríos, como el cielo triste o alegre que los cubría, y la perspectiva los engañó con su distancia. Muchos farsantes utilizan esta curiosidad general y con extrañas hipótesis suscitan la admiración de mentes calenturientas. Un silencio profundo reina más allá de esta cortina; el que está detrás de ella no responde ya a las preguntas; todo lo que sé oye es el mero eco de la pregunta, como si se lanzaran voces al interior de una caverna. Detrás de esta cortina tienen que ir todos y la miran con horror sin saber quién está al otro lado y quién los recibirá; *quid sit id, quod tantum perituri vident*. También ha habido gentes incrédulas que afirmaban que esa cortina sólo servía para embaucar a los hombres y que nada se ve porque nada hay detrás; mas para deshacerse de ellos, se los enviaba cuanto antes al otro lado.

—Si el único argumento es que ellos nada vieron, la conclusión resulta precipitada.

—Mire usted, querido amigo, yo renuncio a mirar detrás de esa cortina, y lo más cuerdo será abstenerse de toda curiosidad. Pero si yo trazo este círculo infranqueable en torno a mí y encierro todo mi ser en los límites del presente, aumenta el valor de este pequeño espacio que yo estuve a punto de descuidar con ideas de vanas conquistas. Eso que usted llama el fin de mi existencia no me importa ya nada; yo no puedo eludirlo ni fomentarlo, pero sé y creo firmemente que ese fin lo cumplo y lo cumpliré. Soy como un mensajero que lleva una carta sellada al punto de destino; su contenido puede serle indiferente; le basta con ganarse el sueldo de mensajero.

—¡Ay, qué vacío me habéis dejado!

—Pero ¿adónde nos hemos desviado? —exclamó el príncipe mirando sonriente la mesa donde

yacían los cartuchos de moneda—. Y, sin embargo... no nos hemos desviado tanto —añadió—, ya que usted me ha vuelto a encontrar quizá ahora en este nuevo modo de vida. Yo tampoco pude desprenderme tan pronto de la riqueza imaginaria, dejar de asentar las bases de mi moralidad y mi felicidad en la quimera deliciosa que sustentaba mi vida hasta ahora. Ansiaba tener la despreocupación que hace soportable la existencia de la mayoría de las personas que me rodean. Acogía con gusto todo lo que me hacía olvidarme de mí mismo. ¿Puedo confesárselo? Deseaba *desaparecer* para destruir esta fuente de sufrimiento.

Aquí nos interrumpió una visita.

—Un día le hablaré de una novedad que difícilmente podrá usted esperar después de una conversación como la de hoy. Hasta entonces.

El barón de F. al conde de O.

QUINTA CARTA

1 de julio

Como se acercaba a pasos agigantados la hora de nuestra despedida de Venecia, decidimos emplear esta semana en visitar todo lo más valioso de la ciudad en cuadros y edificios, que en una larga estancia se suele aplazar siempre. Nos habían hablado con mucha admiración del cuadro *Las bodas de Caná* de Paolo Veronese, que se puede contemplar en un monasterio benedictino de la isla de San Jorge. No espere que le haga una descripción de esta extraordinaria obra de arte, que a mí me produjo una impresión de sorpresa, mas no tanto de agrado. Hubiéramos necesitado muchas horas para ver con detenimiento una composición de ciento veinte personajes, con más de treinta pies de anchura. ¿Qué ojo humano puede abarcar un todo tan complejo y captar en una impresión toda la belleza que el artista derramó en él? Es lástima que una obra con este contenido, que debería lucir en un lugar público para que todos la disfrutaran, no tenga mejor destino que el de recrear la vista de algunos monjes en su refectorio. La iglesia de este monasterio no merece menos de una visita; es una de las más bellas de esta ciudad.

Al atardecer nos trasladamos a la Giudecca para pasar allí una hermosa velada en los deliciosos jardines. La tertulia, que no fue muy concurrida, se dispersó pronto, y Civitella, que había intentado hablar conmigo durante todo el día, me llevó a un soto.

—Usted es el amigo del príncipe —dijo— para el que éste no suele tener secretos, como me consta de muy buena fuente. Cuando hoy entré en su hotel, salía un hombre cuya actividad profesional conozco, y en la frente del príncipe había nubes sombrías cuando accedí a él.

Yo quise interrumpirlo.

—Usted no lo puede negar —continuó—. Yo conocía a ese hombre; me fijé muy bien en él. ¿Cómo es posible? El príncipe tiene amigos en Venecia, amigos que le deben muchos favores; ¿cómo recurre en un caso urgente a tales sujetos? Sea sincero, barón. ¿El príncipe está en dificultades? Es inútil que quiera ocultarlo. Lo que no sepa por usted, lo sabré por ese hombre, dispuesto a vender cualquier secreto.

—Señor marqués...

—Perdóneme. Tengo que parecer indiscreto para no ser un ingrato. Le debo la vida al príncipe, y, lo que es más, le debo un uso racional de la vida. ¿Voy a soportar que el príncipe haga algo que le cuesta caro, que lesiona su dignidad? Si está en mi poder evitarlo, ¿puedo comportarme pasivamente?

—El príncipe no está en apuros —dijo—. Algunas letras de cambio que esperábamos vía Trento no han llegado. Ha sido un puro azar, sin duda... o quizá, debido a la incertidumbre sobre su partida, están a la espera de instrucciones más precisas. Esto es lo que ha sucedido, y hasta ahora...

Él sacudió la cabeza.

—No malinterprete mis intenciones —dijo—. Mi adhesión al príncipe no va a disminuir por eso; todas las riquezas de mi tío no serían suficientes para despegarme de él. De lo que se trata es de evitarle momentos desagradables. Mi tío posee una gran fortuna de la que yo puedo disponer como si fuera propiedad mía. Un azar feliz me pone en condiciones de poderle ser útil al príncipe. Ya sé —continuó— que se impone la delicadeza con él; pero la delicadeza ha de ser recíproca, y el príncipe sería muy generoso conmigo si me diera la pequeña satisfacción, siquiera aparente, de aliviarme la carga de gratitud hacia él que pesa sobre mí.

No cejó hasta prometerle que haría todo lo posible de mi parte. Yo conocía al príncipe y esperaba poco en este punto. El marqués estaba dispuesto a aceptar todas las condiciones que pusiera el príncipe, aunque me confesó que le dolería que estuviera en tratos con un extraño.

En el calor de la conversación nos distanciamos del grupo y nos íbamos a volver cuando nos salió al paso Z.

—Estoy buscando al príncipe. ¿No está aquí?

—Precisamente queríamos verlo. Esperábamos encontrarlo en el grupo.

—El grupo va junto, pero él no aparece. No sé cómo lo hemos perdido de vista.

Civitella apuntó aquí la posibilidad de que el príncipe fuera a visitar la iglesia cercana de ***, que últimamente le había llamado mucho la atención. Nos pusimos en camino para buscarlo. Avistamos ya de lejos a Biondello, que lo esperaba a la entrada de la iglesia. Cuando nos acercábamos, el príncipe salió un tanto presuroso de una puerta lateral; tenía el rostro encendido; buscó a Biondello con la mirada y lo invitó a entrar. Pareció que le ordenaba algo muy concreto, los ojos siempre fijos en la puerta, que permanecía abierta. Biondello se apresuró a entrar en la iglesia y el príncipe, sin percatarse de nuestra presencia, pasó de largo entre la multitud para volver al grupo, al que alcanzó antes que nosotros.

Decidimos cenar en un pabellón abierto del jardín; el marqués había organizado sin previo aviso un pequeño concierto que resultó muy selecto. Intervino sobre todo una joven cantante que nos gustó a todos por su dulce voz y su atrayente figura. Al príncipe nada parecía interesarlo: hablaba poco y contestaba distraído; sus ojos se volvían inquietos hacia el punto donde debía aparecer Biondello; parecía interiormente agitado. Civitella le preguntó si le había gustado la iglesia y no supo decirle nada. Se habló de algunos cuadros excelentes que la adornaban y él no había visto nada. Observamos que nuestras preguntas le molestaban, y callamos. Pasaron las horas y Biondello seguía sin aparecer. La paciencia del príncipe llegó al límite; se levantó de la mesa antes de tiempo y fue a pasear solo a una avenida apartada. Nadie imaginaba lo que podía ocurrirle. Yo no me atreví a preguntarle por la causa de tan extraño cambio; hace tiempo que no me permito la antigua familiaridad con él. Por eso esperaba con impaciencia la vuelta de Biondello, que podía aclararme este enigma.

Eran las diez cuando regresó. Las noticias que trajo para el príncipe no contribuyeron a hacerlo más locuaz. Su malestar contagió al grupo; encargaron la góndola y poco después partíamos para

casa.

En toda la velada no pude encontrar una oportunidad para hablar con Biondello; tuve que irme a dormir sin haber satisfecho mi curiosidad. El príncipe nos había dejado a hora temprana; pero las muchas ideas que me acosaban no me dejaron conciliar el sueño. Lo oí largo rato pasear encima de mi dormitorio; al fin, me invadió el sueño. A altas horas de la noche me despertó una voz; una mano me rozó la cara; cuando abrí los ojos vi al príncipe que estaba ante mi lecho sosteniendo una lámpara en la mano. Me dijo que no podía dormir y me pidió que lo ayudara a abreviar la noche. Yo quise ponerme algo, pero me mandó permanecer acostado y él se sentó delante de la cama.

—Hoy me ha ocurrido algo —dijo— que nunca olvidaré. Dejé su compañía, como sabe, para ir a la iglesia de..., que deseaba ver por referencias de Civitella y que ya desde lejos atrajo mi atención. Como no podía disponer de usted ni de él, hice el camino solo; ordené a Biondello que me esperase a la entrada. La iglesia estaba vacía; una fría e inquietante oscuridad me envolvió, en contraste con el calor sofocante y la luz cegadora de fuera. Me vi solo bajo la amplia bóveda, en la que reinaba un silencio sepulcral. Avancé al centro de la iglesia y me abandoné a toda la plenitud de esta impresión; poco a poco mis ojos se fueron habituando a las condiciones de aquella construcción majestuosa y me perdí en una contemplación grave y placentera. La campana vespertina dejó oír sobre mí su tañido, que sonó dulce en la bóveda y en mi alma. Algunos altares despertaron mi curiosidad; me acerqué a contemplarlos; sin darme cuenta había recorrido aquella nave de la iglesia hasta el extremo opuesto. En aquel punto, algunos peldaños apoyados en una columna llevan a una capilla lateral donde hay varios pequeños altares y estatuas de santos colocadas en hornacinas. Al llegar a la parte derecha de la capilla oí cerca de mí un bisbiseo, como si alguien hablara en voz baja; me volví en dirección a la voz y... a dos pasos mis ojos toparon con una figura femenina. No soy capaz de describir esa figura. Mi primer sentimiento fue de terror, pero pronto dejó paso al más dulce asombro.

—Y esa figura, señor... ¿estáis seguro de que era algo vivo, algo real, no un cuadro, una visión de vuestra fantasía?

—Siga escuchando. Era una señora... ¡No! ¡Yo no había visto hasta entonces un ser de aquella naturaleza! Había oscuridad alrededor, sólo por una ventana entraba la luz crepuscular en la capilla y el sol daba únicamente en aquella figura. Con una gracia inefable, medio arrodillada, medio postrada, se inclinaba ante un altar; era el toque más audaz, más armonioso, más logrado, el trazo más bello, único e inimitable de la naturaleza. Llevaba un vestido negro que envolvía el cuerpo más seductor, los más bellos brazos, y se extendía en amplios pliegues como una capa española; la larga y rubia cabellera, anudada en dos amplias trenzas, que se desprendía por su peso y resaltaba bajo el velo, caía en bello desorden sobre la espalda; una mano yacía cerca del crucifijo y descansaba lánguida sobre la otra. Pero ¿dónde encuentro palabras para describirle a usted aquel rostro bellísimo en el que un alma angelical difundía, como en su trono, toda la plenitud de su encanto? El sol mortecino jugueteaba en él y su oro desleído parecía rodearlo de una gloria fantástica. ¿Recuerda usted la Madonna de nuestro maestro florentino? Aquí estaba en persona, incluidos los rasgos desiguales que tan atractivos, tan irresistibles me resultan en aquella imagen.

La Madonna de la que habla aquí el príncipe tiene la siguiente historia. Poco después de haber partido usted, conoció a un pintor florentino que había sido llamado a Venecia para pintar un retablo para una iglesia cuyo nombre no recuerdo. Trajo consigo otros tres cuadros que había pintado para la galería del palacio Cornaro. Los cuadros eran una Madonna, una Eloísa y una Venus semidesnuda,

los tres de belleza excepcional y tan igualmente valiosos que era casi imposible decidirse por uno de ellos. Pero el príncipe no dudó un instante; cuando los vio ante sí, la Madonna atrajo toda su atención; en los otros dos admiró el genio del artista, en éste olvidó al artista y su arte para centrarse en la contemplación de la obra. Quedó extrañamente embrujado por ella y le costó salir del embelesamiento. El artista, que pareció confirmar en el fondo el juicio del príncipe, se empeñó en no dispersar las tres obras y pidió 1.500 cequíes por ellas. El príncipe le ofreció la mitad por la Madonna, pero el artista insistió en su condición, y quién sabe lo que hubiera sucedido de no haber encontrado un comprador. Dos horas después habían desaparecido las tres obras; no las hemos visto más. A ese cuadro se refería el príncipe.

—Quedé absorto —continuó— en su contemplación. Ella no advirtió mi presencia ni se distrajo con mi llegada; tan ensimismada estaba en la oración. Rezaba a su divinidad, y yo le rezaba a ella... la adoraba. Todas aquellas imágenes de santos, aquellos altares, aquellos cirios ardiendo, no me habían dicho nada; ahora por primera vez tenía la conciencia de estar en un lugar santo. ¿Debo confesárselo? En aquel momento creí firmemente en aquel al que su bella mano abrazaba. Leí la respuesta de él en los ojos de ella. Todo, gracias a su devoción fascinante. Ella me hizo sentir la realidad de Dios; con ella recorrí todos los cielos divinos.

»Se levantó y sólo entonces volví en mí. Confuso y tímido, me hice a un lado; el leve ruido me delató. La inesperada proximidad de un hombre debió de sorprenderla y mi osadía la pudo ofender; ninguno de ambos sentimientos se reflejaba en la mirada que me dirigió. Reflejaba sosiego, un sosiego inefable, y una amable sonrisa iluminó sus mejillas. Bajaba de su cielo... y yo era el primer mortal feliz que era objeto de su benevolencia. Estaba aún en el último peldaño de la oración; aún no pisaba la tierra.

»Algo se movía también en el otro rincón de la capilla. Era una señora mayor que se levantó de una silla detrás de mí. No la había visto hasta entonces. Situada a pocos pasos, había observado todos mis movimientos. Esto me desconcertó. Bajé los ojos y oí el ruido de alguien que pasaba cerca de mí.

»La estoy viendo recorrer la larga nave de la iglesia. La bella figura camina erguida. ¡Qué dulce majestad! ¡Qué nobleza en el andar! El ser anterior había desaparecido; nuevos encantos; nueva apariencia. Se fue lentamente. Yo la seguí de lejos, tímidamente, sin saber si abordarla o no. ¿No volvería a mirarme? ¿Me concedería una mirada al pasar junto a mí y sin que yo pudiera mirarla? La duda me torturaba.

»Ellas se detienen en silencio y yo... no puedo moverme del sitio. La señora mayor, su madre o lo que fuera, observa que la joven tiene el hermoso cabello revuelto y le entrega la sombrilla para arreglárselo. Yo deseaba que el cabello estuviera muy revuelto y que la señora mayor tuviera unas manos torpes.

»Acababa de peinarla y las dos se acercan a la puerta. Yo aprieto el paso. La mitad de la figura ha desaparecido... y luego la otra. Sólo es visible la sombra de su vestido volandero. Se fue. No, vuelve sobre sus pasos; se cayó una flor y ella se inclina a recogerla; mira atrás... ¿hacia mí? ¿A quién, si no, pueden buscar sus ojos en estos muros vacíos? Así que yo no era para ella un ser extraño; también yo quedé rezagado, como la flor.

»Querido F., me da vergüenza explicarle tan infantilmente aquella mirada que... quizá no iba dirigida a mí.»

Procuré tranquilizar al príncipe sobre esto último.

—Qué extraño —continuó el príncipe tras un profundo silencio—. ¿Es posible que sin conocer

algo y sin echarlo de menos, de pronto ese algo se convierta en una obsesión? ¿Puede un único instante desdoblar al hombre en dos seres tan distintos? Tan imposible sería para mí volver a las alegrías y deseos de ayer por la mañana como volver a los juegos de mi infancia después de haber visto *aquello*, después que esa imagen habita en mí, que ese sentimiento vivo e irresistible está en mí. Ya no puedes amar nada más que *eso*, y nada más te atraerá en este mundo.

—Recordad, príncipe, el estado de ánimo en que os encontrabais cuando os sorprendió esa aparición, y las circunstancias que contribuyeron a excitar vuestra fantasía. Al pasar repentinamente de la luz cegadora del día y del tráfago de la calle a aquel silencio y aquella oscuridad, embargado de los sentimientos que, como vos mismos confesáis, despertó en vos la majestad de aquel lugar, la sensibilidad potenciada con la contemplación de las bellas obras de arte, sorprendido por la presencia de una joven cuando creíais estar sin testigos, cerca de una beldad realzada por la iluminación, la postura y la expresión orante, ¿no era natural que vuestra fantasía ardiente compusiera una imagen ideal, una perfección superior a todo lo terreno?

—¿Puede dar la fantasía algo que no haya recibido? En mi facultad representativa no hay nada comparable a esa imagen. Mi memoria la conserva intacta e inalterada como en el instante de contemplarla; sólo poseo esa imagen, pero vale por un mundo que usted me ofreciera.

—Príncipe, eso se llama amor.

—¿Hay que dar un nombre a lo que me hace feliz? ¡Amor! No rebaje mi sentimiento con un nombre que tantas almas débiles desacreditan. ¿Quién ha sentido lo que yo siento? Un ser como aquél no ha existido nunca; ¿cómo puede ser el nombre antes que el sentimiento? Es un sentimiento nuevo, único, surgido con ese ser nuevo y único, y sólo es posible por ese ser. ¡Amor! Ante el amor ya sé a qué atenerme.

—¿Enviaste a Biondello para que le siguiera los pasos a vuestra desconocida y recabar datos sobre ella? ¿Qué noticias os ha traído?

—Biondello no descubrió nada, prácticamente nada. La encontró aún a la puerta de la iglesia. Apareció un hombre de edad, bien vestido, que parecía más un ciudadano normal que un sirviente, para acompañarla a la góndola. Unos cuantos pobres se pusieron en fila a su paso y la despidieron con semblante alegre. Biondello dice haber visto en ese momento una mano que lucía algunas piedras preciosas. La joven cruzó algunas palabras con su acompañante que Biondello no entendió; fueron pronunciadas en griego, según él. Como tuvieron que recorrer un tramo bastante largo hasta el canal, empezó a afluir la gente; lo extraordinario de aquel personaje hacía que todos los transeúntes se detuvieran. Nadie la conocía; pero la belleza es reina por naturaleza; todo le rinde homenaje. La joven se puso un velo negro que le cubrió medio cuerpo y embarcó en la góndola. Biondello no perdió de vista la embarcación a lo largo del canal de la Giudecca, pero la multitud le impidió seguirla más de cerca hasta el final.

—¿Pero no se dio a conocer al gondolero, al menos para una entrevista posterior?

—Está buscando al gondolero, pero no es de las personas que él conoce. Los pobres a los que interrogó sólo supieron decirle que la *signora* aparecía por allí desde hacía algunas semanas y siempre, siempre en sábado, y repartía entre ellos una moneda de oro. Era un ducado holandés que él adquirió por cambio y me lo trajo.

—Una griega, y de categoría, al menos en bienes de fortuna, y bienhechora. Sería bastante para empezar, señor, y casi demasiado. Pero ¿una griega en una iglesia católica?

—¿Por qué no? Puede haber abandonado su fe. Además... hay algo de misterio. ¿Por qué una sola

vez por semana? ¿Por qué sólo el sábado, cuando aquella iglesia suele estar vacía, como me dice Biondello? El próximo sábado, a más tardar, lo averiguaremos. Pero hasta entonces, querido amigo, ayúdeme a pasar este tiempo. Aunque es inútil: los días y las horas llevan su ritmo sosegado y mi afán lleva alas.

—¿Y cuando llegue ese día, señor? ¿Qué sucederá entonces?

—¿Qué sucederá? La veré. Averiguaré su lugar de residencia. Sabré quién es. ¿Quién es? Pero... ¿qué me puede preocupar eso? Lo que yo vi me hace feliz; así que ya sé todo lo que puede hacerme feliz.

—¿Y nuestra partida de Venecia, que ya está fijada para primeros del mes que viene?

—¿Podía yo saber de antemano que Venecia encerraba ese tesoro para mí? Usted me pregunta sobre cosas de mi vida de ayer. Yo le digo que existo y quiero existir sólo desde hoy.

Creí llegado el momento de cumplir la promesa hecha al marqués. Le hice comprender al príncipe que su larga estancia en Venecia había llevado la economía a una situación precaria y que, de prorrogar el plazo fijado, tampoco se podría contar mucho con el apoyo financiero de su corte. Entonces supe lo que hasta el momento había sido un secreto para mí: que su hermana, la princesa reinante *** de ***, lo ayudaba con importantes subvenciones a espaldas del resto de sus hermanos, y que estaba dispuesta a doblar la ayuda si la corte lo dejaba en la estacada. Esta hermana, muy religiosa, como usted sabe, cree que los grandes ahorros que hace en una corte muy limitada no pueden tener mejor destino que un hermano cuyas obras de beneficencia ella conoce y del que se profesa entusiasta admiradora. Yo sabía que los dos mantenían una buena relación y se escribían cartas; pero ignoraba que la precaria economía del príncipe tuviera esta fuente suplementaria de financiación. Está claro, pues, que el príncipe hacía unos gastos que para mí eran un misterio y aún lo siguen siendo, gastos originados sobre todo por el afán de incrementar su prestigio. ¡Y yo que creía conocerlo a fondo! Después de este descubrimiento no dudé en informarle sobre el ofrecimiento del marqués, que él aceptó sin reparo con no pequeña sorpresa por mi parte. Me facultó para abordar este asunto con el marqués del modo que yo juzgara más conveniente, y para rescindir inmediatamente el trato con el usurero. A su hermana había que escribirle sin demora.

Era ya de día cuando nos despedimos. Con todo lo desagradable que me resulta, y por más de un motivo, todo este asunto, lo que más me fastidia es que nos obligue a prolongar nuestra estancia en Venecia. Esa incipiente pasión amorosa espero que nos traiga más bienes que males. Es quizá el medio más eficaz para apartar al príncipe de sus sueños metafísicos y hacerlo volver a la vida ordinaria: espero que esa pasión haga crisis, como suele ocurrir, y que al desaparecer la nueva y artificial enfermedad, se lleve consigo la antigua.

Que siga bien, amigo. Todo esto son noticias frescas de ayer. Recibiré esta carta el mismo día que la anterior.

El barón de F. al conde de O.

SEXTA CARTA

20 de julio

Este Civitella es el hombre más servicial del mundo. Apenas se había despedido el príncipe cuando llegó una misiva del marqués instándome a que acelerase el asunto. Le envié inmediatamente una obligación de seis mil cequíes a nombre del príncipe; en menos de media hora me la devolvían acompañada del doble de la suma, en letras y en dinero contante. El príncipe aprobó finalmente esa elevación de la suma; pero hubo que aceptar también la obligación, que vencía a sólo seis semanas.

Toda la semana transcurrió en averiguaciones sobre la griega misteriosa. Biondello puso en funcionamiento toda su maquinaria, pero hasta ahora todas las pesquisas han sido infructuosas. Se encontró con el gondolero, pero sólo supo de él que las dos damas desembarcaron en la isla de Murano, donde las esperaban dos literas. Él las tomó por inglesas, porque hablaban un idioma extranjero y le pagaron en oro. Tampoco conocía a su acompañante; conjeturó que era un fabricante de espejos de Murano. Ahora sabíamos ya al menos que no debíamos buscarla en la Giudecca y que residía con toda probabilidad en la isla de Murano; pero lo malo era que la descripción que de ella hizo el príncipe no servía para que pudiera identificarla un tercero. Precisamente la atención apasionada en que envolvió su imagen le impidió *verla*; estaba ciego para todos los detalles que más habrían llamado la atención de otros; de acuerdo con su descripción habría que buscarla más en Ariosto o en Tasso que en una isla veneciana. Además, esta investigación había que llevarla con la máxima prudencia para no despertar sospechas. Como Biondello, aparte del príncipe, era el único que la había visto, siquiera a través del velo, la buscó en todos los lugares donde cabía presumir que estuviera en un determinado momento; los pobres estuvieron ocupados toda la semana en recorrer las calles de Venecia. Se inspeccionó con especial cuidado la iglesia griega, pero con igual resultado, y el príncipe, cuya impaciencia subía de punto con cada nueva expectativa frustrada, tuvo que esperar hasta el sábado.

Su inquietud era enorme. Nada lo distraía, nada podía sujetarlo. Todo su ser estaba en conmoción febril, no aparecía en las reuniones y su mal aumentó en la soledad. Y precisamente aquella semana estuvo más solicitado que nunca por las visitas. Se había anunciado su próxima despedida y todos se apresuraron a decirle adiós. Había que distraer a aquellas personas para que desviarán la atención de él, y había que distraerlo a él para distraer su espíritu. En esta situación entró en juego Civitella, y había que utilizarlo para alejar al menos a la multitud. Él esperaba por su parte despertar en el príncipe una afición pasajera al juego que apagara el ardor romántico de su pasión y la hiciera desaparecer. «Las cartas», dijo Civitella, «me han preservado de muchas tonterías que estuve a punto de cometer y me han hecho subsanar las que ya he cometido. La paz, la razón, que un par de ojos hermosos me habían quitado, las he recuperado a menudo en el juego del faraón, y nunca han tenido las mujeres mayor poder sobre mí que cuando me faltaba el dinero».

Dejo de lado hasta qué punto tenía razón Civitella; pero el medio al que recurrió empezó a ser pronto más peligroso que el mal que trataba de corregir. El príncipe, que sólo sabía dar al juego algún aliciente fugaz con el alto riesgo, rompió todas las barreras. Se salió de sus casillas. Todo lo que hacía tomaba un cariz apasionado; todo respiraba esa vehemencia impaciente que se traslucía ahora en los menores detalles. Usted conoce su indiferencia hacia el dinero; en este terreno era una verdadera insensibilidad. Las monedas de oro se le escurrían de las manos como agua. Perdía casi ininterrumpidamente porque jugaba sin atención. Perdía enormes sumas porque jugaba como un desesperado. Querido O., escribo esto con dolor de corazón; en cuatro días se perdieron los doce mil cequíes, y luego más.

No me haga reproches. Ya me acuso bastante a mí mismo. Pero ¿puedo impedirlo? ¿Me escucha

el príncipe? ¿Puedo hacer otra cosa que invitarlo a recapacitar? Yo hice lo que estaba en mi mano. No puedo sentirme culpable.

También Civitella ha perdido sumas cuantiosas; yo gané contra él seiscientos cequíes. Las espectaculares pérdidas del príncipe han causado sensación; por eso mismo no podía abandonar ahora el juego. Civitella, al que vemos interesado en tenerlo comprometido, le repuso inmediatamente la cantidad perdida. El agujero está tapado, pero el príncipe debe al marqués veinticuatro mil cequíes. ¡Oh, cómo añoro los ahorros de la buena hermana! ¿Son así todos los príncipes, querido amigo? El nuestro se comporta como si hiciera con ello un gran honor al marqués, y éste... sabe al menos desempeñar su papel.

Civitella intentó tranquilizarme diciendo que justamente esta exageración, esta tremenda mala suerte era el medio más eficaz para hacer entrar en razón al príncipe. El dinero no era problema. Para eso estaba él, siempre dispuesto a darle en cualquier momento el triple de lo necesario. También el cardenal me aseguró que el ofrecimiento de su sobrino era sincero y que salía fiador por él.

Lo más triste era que estos ingentes sacrificios no surtían ningún efecto. Se podrá pensar que el príncipe jugaba al menos con interés. Nada de eso. Su mente estaba en otra cosa, y la pasión que nosotros queríamos reprimir parecía crecer con el fracaso en el juego. Cuando se iba a producir un lance decisivo y todos se agolpaban expectantes alrededor de la mesa, él buscaba a Biondello con la mirada para leerle en la cara la novedad que acaso venía a notificarle. Biondello nunca traía nada nuevo... y él perdía siempre.

El dinero, por lo demás, iba a parar a manos muy necesitadas. Algunos *Eccellenze* que, según malas lenguas, llevaban personalmente su frugal avituallamiento en el gorro senatorial desde el mercado a casa, entraban como mendigos a nuestra residencia y salían de ella como gentes acomodadas. Civitella me los presentó. «Mire», dijo, «a cuántos pobres infelices les viene de perlas que a un hombre inteligente se le ocurra hacerse el loco. Eso me agrada. Es propio de príncipes y de reyes. Un gran hombre tiene que hacer felices a los demás incluso en sus desvaríos y fecundar los campos vecinos como un río desbordado».

La idea de Civitella es excelente y noble... pero el príncipe le debe veinticuatro mil cequíes.

Llegó al fin el ansiado sábado y mi señor salió puntual, después de mediodía, a la iglesia de ***. Se situó en el punto exacto de la capilla donde había visto por primera vez a su Desconocida, pero de forma que ella no pudiera verlo de inmediato. Biondello tenía orden de vigilar a la puerta de la iglesia y trabar conversación con el acompañante de la dama. Yo me encargué de embarcarme al regreso en la misma góndola como un transeúnte cualquiera para seguir la pista de la Desconocida, si fracasaba lo demás. En el mismo lugar donde ella había desembarcado la vez anterior según información del gondolero, se alquilaron dos literas, y por si fuera poco, el príncipe había ordenado al ayuda de cámara de Z. ir detrás en una góndola especial. El príncipe quiso gozar plenamente de la presencia de la dama y, si se terciaba, probar suerte en la misma iglesia. Civitella se mantuvo a prudente distancia para no despertar sospechas en la dama, dada su mala fama entre las mujeres de Venecia. Ya ve, querido amigo, que no sería por imprevisión nuestra si la bella Desconocida se nos escurría.

Nunca se expresaron en una iglesia deseos más ardientes que en aquella, y nunca quedaron más cruelmente frustrados. El príncipe aguardó hasta la hora del ocaso, atento a cada ruido que llegaba a la capilla, a cada chirrido de la puerta: siete horas largas... y no apareció la griega. No le digo nada de su estado de ánimo. Sabe lo que es una esperanza frustrada... y una esperanza de la que uno ha

vivido casi exclusivamente durante siete días y siete noches.

El barón de F. al conde de O.

SÉPTIMA CARTA

Julio

El episodio de la misteriosa desconocida del príncipe hizo recordar al marqués de Civitella una aparición romántica que le ocurrió hace algún tiempo y que nos contó para distraer al príncipe. Yo se la narro a usted con sus mismas palabras; pero la gracia con que él sabe animar todo lo que dice falta en mi exposición.

—En la primavera pasada —contó Civitella— tuve la desgracia de enemistarme con el embajador español, que en su sexagésimo aniversario cometió la locura de querer desposarse con una joven romana de dieciocho años. Su venganza me perseguía y mis amigos me aconsejaron evitar las consecuencias ausentándome temporalmente hasta que la mano de la naturaleza o un arreglo amigable me librara del peligroso enemigo. Pero como me costaba abandonar totalmente Venecia, me instalé en un barrio apartado de Murano, donde habité con nombre falso una casa solitaria; pasaba oculto el día y vivía la noche para mis amigos y para el placer.

»Mis ventanas daban a un jardín que colindaba por el lado occidental con el muro circular de un monasterio, pero se abría por el este como una pequeña península a la laguna. El jardín era encantador, pero poco visitado. Al amanecer, cuando me abandonaban los amigos, solía asomarme a la ventana antes de echarme a dormir, para ver salir el sol sobre el golfo y después despedirme de él. Si vos no habéis gozado aún de este placer, príncipe, os recomiendo ese lugar, el más delicioso quizá de toda Venecia, para disfrutar de tan espléndida aparición. Una noche purpúrea reina sobre las aguas y un vapor dorado la anuncia de lejos en la espuma de la laguna. El cielo y el mar están a la expectativa. De pronto el sol aparece y todas las olas se encienden; es un espectáculo fascinante.

»Una mañana en que me abandonaba, como de costumbre, al placer de esta visión descubrí que no era el único testigo de la misma. Creí percibir voces humanas en el jardín y cuando me volví en dirección al sonido, veo una góndola que atraca a orillas del agua. Pocos momentos después veo salir a varias personas del jardín y subir por la avenida a paso lento, como paseando. Son un hombre y una mujer, acompañados de un negrito. La mujer viste de blanco y luce un brillante en su dedo; la penumbra no me permite distinguir más.

»Siento curiosidad. Una cita, sin duda, y una pareja de amantes, pero... en ese lugar y a una hora tan insólita, ya que apenas eran las tres de la madrugada y todo yacía aún envuelto en la penumbra del amanecer. El hecho me pareció una novedad, y el jardín un lugar ideal para un romance. Quise esperar el final.

»Pronto los pierdo de vista en las bóvedas vegetales del jardín, y tardan en reaparecer. Una grata canción resuena entre tanto en los aires. Era del gondolero, que mataba así el tiempo en su góndola, y fue contestada por un compañero de la vecindad. Eran estancias de Tasso; el tiempo y el lugar se prestaban a ello, y la melodía sonaba dulce en medio del silencio general.

»Ya era de día y se podían, reconocer los objetos con más claridad. Busco a los amantes con la

mirada. Ahora suben por una ancha avenida cogidos de la mano y se detienen a menudo, pero están de espaldas a mí y se alejan de mi vivienda. Su modo de caminar me permite inferir una alta posición social, y su esbelta figura, una belleza extraordinaria. Hablaban poco, según me pareció, pero la dama más que su acompañante. No parecían prestar atención al espectáculo de la salida del sol, que en aquel momento alcanzaba su máximo esplendor.

»Mientras busco mi tubo telescópico y lo enfoco para aproximar todo lo posible tan extraño cuadro, desaparecen de nuevo en un recodo y pasa largo rato hasta que los vuelvo a ver. El sol ya ha salido del todo, ellos avanzan hacia mí y me miran. ¡Qué figura celestial contemplo! ¿Era el juego de mi imaginación, era la magia de la cruz? Creí ver en ella un ser supraterráneo y cerré los ojos, heridos por la luz deslumbrante. ¡Tanto encanto en tan gran majestad! ¡Tanto espíritu y nobleza en tan tierna juventud! Intento en vano describiros lo que veo. No había conocido la belleza hasta este momento.

»El interés de la conversación los retiene cerca de mí, y yo quedo absorto en la visión del maravilloso cuadro. Y cuando mi mirada alcanza al acompañante, su belleza no logra desviarme de la contemplación de la dama. Él me pareció un hombre en sus mejores años, algo delgado y de elevada estatura; pero no había visto una frente que irradiara tanto espíritu, tanta superioridad, tanto hálito divino. Yo mismo, con toda mi experiencia, no pude resistir la mirada penetrante que brotaba como un relámpago bajo las cejas oscuras. En torno a sus ojos había un aura de velada tristeza, y un toque de bondad en la comisura de los labios suavizaba la gravedad que ensombrecía todo el rostro. Cierta perfil del rostro que no era europeo, unido al atuendo compuesto de las más diversas prendas, pero audaz y felizmente elegidas con un gusto inimitable, le daban un aire de singularidad que reforzaba no poco la extraordinaria impresión de todo su ser. Algún destello perdido de su mirada podía hacer presumir en él a un fanático, pero los ademanes y las buenas maneras delataban a un hombre perfectamente educado por el mundo.

Z. que, como usted sabe, no se puede callar nada de lo que piensa, no pudo contenerse más.

—¡Nuestro armenio! —exclamó—. Nuestro armenio en persona, y nadie más.

—¿Quién es ese armenio, si se puede saber? —preguntó Civitella.

—¿No le contaron la farsa? —dijo el príncipe—. Pero no interrumpamos. Empiezo a interesarme por su hombre. Continúe con la narración.

—Algo extraño había en su porte. Su mirada descansaba con insistencia, con pasión, en ella cuando ella desviaba la vista, y buscaba el suelo cuando tropezaba con la mirada de ella. ¿Está loco este hombre?, pensé. Quisiera detenerme una eternidad sin contemplar nada más.

»La vegetación volvió a quitármelos de la vista. Esperé largo rato a que reaparecieran, pero fue en vano. Al fin los descubrí de nuevo desde otra ventana.

»Estaban ante un estanque, a cierta distancia uno de otro, los dos perdidos en un profundo silencio. Parece que llevaban algún tiempo en esta actitud. La mirada penetrante de ella descansaba inquisitivamente en él y parecía leer cada pensamiento germinal de su frente. Él, como si no tuviera suficiente valor para recibir directamente esa mirada, buscaba su imagen en el espejo del agua o contemplaba fijamente el delfín que salpicaba desde el estanque. ¿Quién sabe cuánto duraría este juego mudo, si la dama lo podía soportar? La bella criatura se acercó a él en la más dulce actitud, le tomó una mano, abrazándole por el cuello, y se la besó. Aquel hombre frío la dejó hacer y no correspondió a su beso.

»Pero hubo algo en esta escena que me impresionó. Es el hombre el que me impresionó. Un

afecto intenso parecía trabajar en su pecho, un poder irresistible le impulsaba hacia ella y un brazo oculto lo retraía. Era una lucha callada, pero dolorosa, y el peligro era evidente de su parte. Pensé que pretendía demasiado. Tenía que sucumbir.

»A una señal suya, el negrito desaparece. Esperé entonces una escena tierna, de súplica rendida, una reconciliación sellada con mil besos. Nada de eso. El hombre enigmático toma de su portafolio un paquete sellado y se lo entrega a la dama. La tristeza cubre el rostro de ella cuando lo mira, y una lágrima asoma a sus ojos.

»Tras un breve silencio se marchan. Desde una avenida lateral se acerca a ellos una señora entrada en años que se había mantenido a distancia todo el tiempo y que yo descubro ahora. Las dos mujeres se alejan lentamente conversando, mientras él aprovecha la ocasión para quedar rezagado detrás de ellas. Indeciso y con la mirada fija en ella, se detiene, camina y vuelve a detenerse. De pronto desaparece en la vegetación.

»Delante, las mujeres miran a su alrededor. Parecen inquietas al no encontrarlo, y se detienen en silencio, quizá para esperarlo. Él no viene. Ellas pasean la mirada con angustia, aceleran el paso. Mis ojos ayudan a rastrear todo el jardín. Él no aparece. No está en ninguna parte.

»De pronto oigo un rumor cerca del canal; una góndola se aleja de la orilla. Es él, y a duras penas contengo el impulso de gritarle a ella. Ahora está claro: fue una escena de despedida.

»Ella pareció adivinar lo que yo sabía. Va hacia la orilla a una marcha que la otra no puede seguir. Demasiado tarde. La góndola desaparece veloz y sólo una vela blanca flota a lo lejos. Poco después veo que también las mujeres embarcan.

»Cuando desperté de un breve sueño, tuve que reírme de mi propia ofuscación. La fantasía había continuado el episodio en sueños. Y la realidad se me convirtió en sueño. Una muchacha atractiva como una hurí que al romper el día pasea con su amante en un jardín recoleto delante de mi ventana, un amante que no sabe en qué emplear mejor esas horas... me pareció un cuadro ideal para excitar, y a la vez disculpar, la fantasía de un soñador. Pero el sueño había sido demasiado bello para no renovarlo todas las veces que fuera posible, y también el jardín me parecía más bello desde que mi fantasía lo poblara de seres tan atractivos. Algunos días desagradables que siguieron a esta mañana me apartaron de la ventana, pero la primera noche serena me hizo asomarme a ella. Cuál sería mi asombro cuando veo lucir, tras una breve búsqueda, el blanco vestido de mi desconocida. Era ella; ella en persona. No era un sueño.

»Estaba a su lado la matrona anterior, que llevaba a un niño pequeño de la mano; pero ella caminaba abstraída y algo apartada. Recorrió todos los lugares donde había estado la otra vez con su acompañante. Permaneció largo rato junto al estanque, y su mirada persistente parecía buscar en vano la imagen querida.

»Si esta belleza suprema me arrebató la primera vez, hoy me impresionó con una suave, pero no menos seductora violencia. Ahora gozaba de plena libertad para contemplar la imagen celeste; el asombro del primer momento dejó paso imperceptiblemente a una dulce sensación. Desaparece el halo de gloria y sólo veo en ella a la más hermosa de todas las mujeres que enardece mis sentidos. En aquel momento me decidí. Tiene que ser mía.

»Mientras dudo entre bajar y acercarme a ella o, antes de hacerlo, informarme sobre su persona, se abre una pequeña puerta del muro monástico y sale de ella un fraile carmelita. Al oír el ruido, la dama abandona el sitio que ocupa y la veo avanzar a paso ligero hacia él. El fraile saca un papel del pecho, ella se lo arrebató con avidez y una viva alegría se dibuja en su rostro.

»En este preciso momento mi habitual visita nocturna me aleja de la ventana. Evito cuidadosamente acercarme a ella porque no quiero compartir con nadie esta conquista. Tengo que aguantar una hora entera, lleno de impaciencia, hasta que logro que se vayan los impertinentes. Vuelvo corriendo a la ventana, pero todo ha desaparecido.

»El jardín está vacío cuando salgo de la casa. No hay ninguna embarcación junto al canal. Ningún rastro de seres humanos. No sé de qué dirección vino ella ni hacia dónde se fue. Mientras camino escudriñando todos los rincones, veo brillar a lo lejos un objeto blanco sobre la arena. Me acerco: es un papel cerrado en forma de carta. ¿Qué otra cosa podía ser sino la carta que el carmelita le había entregado? “Feliz hallazgo”, exclamé. “Esta carta me descifrá el misterio; me permitirá ser el dueño de su destino”.

»La carta estaba sellada con una esfinge, no tenía señas y la escritura era cifrada. Esto no me desanimó porque soy experto en criptografía. La copié rápidamente, pues era lógico que ella la echara pronto de menos y volviera para buscarla. Si no la encontraba, sería señal de que el jardín era visitado por varias personas, y esta averiguación la retraería para siempre. Nada más letal para mi esperanza.

»Ocurrió lo que había imaginado. Acababa de hacer mi copia cuando apareció ella con su acompañante anterior, ambas en actitud de búsqueda angustiada. Até la carta a una pizarra que desprendí del tejado y la dejé caer a un lugar por el que ella tenía que pasar. Mi generosidad se vio compensada con el espectáculo de su alegría desbordante al encontrarla. La examinó atentamente como si quisiera descubrir la mano profana que pudo haberla tocado, la miró por todos los lados; pero el gesto de satisfacción con que se la guardó demostraba que no había enfado en ella. Se fue, y todavía volvió la cabeza para mirar por última vez como agradeciendo a los dioses protectores del jardín el haber custodiado tan fielmente el secreto de su corazón.

»Me apresuré a descifrar la carta. Lo intenté con varios idiomas; por fin, acerté con el inglés. Su contenido era tan singular que me lo aprendí de memoria.

Interrumpo aquí. El final, para otra ocasión.

El barón de F. al conde de O.

OCTAVA CARTA

Agosto

No, querido amigo. Usted no es justo con el buen Biondello. Su sospecha no está justificada. Puede decir lo que quiera de los italianos, pero éste es honrado.

Le parece extraño que un hombre de tan brillantes dotes y de conducta tan ejemplar se rebaje a servir, a menos que abrigue secretas intenciones, y usted concluye que esas intenciones son sospechosas. ¿Qué? ¿Tiene algo de extraño que un hombre de talento y de experiencia intente agradar a su príncipe, que puede labrar su felicidad? ¿Es deshonesto servir al príncipe? ¿No da a entender Biondello con toda claridad que su afecto por el príncipe es personal? Él le confesó que tenía una petición que hacerle. Esta petición nos explicará sin duda todo el misterio. Él podrá abrigar intenciones secretas; pero ¿no pueden ser inocentes?

Se sorprende usted de que este Biondello, en los primeros meses, cuando usted nos regalaba aún con su presencia, mantuviera ocultas las grandes cualidades que ahora saca a relucir y no quisiera llamar la atención. Es verdad; pero ¿cuándo tuvo ocasión de lucirse? El príncipe no tenía necesidad de él, y sólo el azar nos hizo descubrir sus otras cualidades.

Pero él nos ha dado muy recientemente una prueba de entrega y lealtad que disipará todas sus dudas. Hay alguien que está observando al príncipe. Alguien trata de obtener datos de su estilo de vida, de sus amistades y relaciones. No sé quién tiene esta curiosidad; pero escuche.

Hay en San Jorge una casa pública donde Biondello entra y sale a menudo; es posible que tenga allí asuntos de amores, no lo sé. Hace pocos días aparece por allí y se encuentra con una sociedad: abogados y funcionarios del Gobierno, alegres cofrades y viejos conocidos de él. Se asombran de su presencia, celebran verlo de nuevo. La vieja amistad se remozca, cada cual cuenta su historia hasta el momento, Biondello hace lo propio con la mejor voluntad y en pocas palabras. Le desean suerte en su nueva posición; han oído hablar ya del fastuoso tren de vida del príncipe de ***, sobre todo de su liberalidad con las personas que saben guardar los secretos; conocen sus relaciones con el cardenal A., que le gusta el juego, etc. Biondello queda perplejo. Bromean con él por hacerse el personaje misterioso, cuando saben que es el encargado de negocios del príncipe de ***; los dos abogados lo llevan al centro de la reunión; la botella se vacía a menudo; lo instan a beber; él se excusa porque no tolera el vino, pero bebe, aparentando emborracharse.

—Sí —dijo al fin uno de los abogados—. Biondello conoce su oficio, pero le falta algo por aprender; está a medio camino.

—¿Qué me falta aún? —preguntó Biondello.

—Conoce el arte —dijo el otro— de guardar un secreto, pero no el otro de utilizarlo con ventaja.

—¿Hay que buscar un comprador? —preguntó Biondello.

En este momento el resto de los presentes abandonó la habitación; él quedó solo con los dos abogados, que ahora hablaron con franqueza. Para abreviar, debía informarse sobre el trato del príncipe con el cardenal y su sobrino, indicarles la procedencia del dinero del príncipe y hacerles llegar las cartas que fueron escritas al conde de O. Biondello los emplazó para otra ocasión; pero no pudo sonsacarles para quién trabajaban. A juzgar por las brillantes ofertas que le hicieron, la información debía de estar encargada por un hombre muy rico.

Anoche descubrió a mi señor todo el asunto. La primera idea de éste fue actuar pronto y bien contra los agentes; pero Biondello puso reparos. Los tendrían que poner de nuevo en libertad y entonces él perdería todo crédito en ese estamento, quizá su vida correría peligro. Esa gente está muy unida, todos responden por cada uno. Él prefería tener como enemigo al Gran Consejo antes que ser tachado por ellos de traidor; tampoco podría ser ya de utilidad al príncipe si perdía la confianza de ese estamento.

Hemos cavilado mucho sobre la persona que pueda estar interesada en este asunto. ¿Quién habrá en Venecia empeñado en saber lo que hace o deja de hacer mi señor, sus relaciones con el cardenal A. y lo que yo pueda escribirle a usted? ¿Podría tratarse de un legado del príncipe de ** d **? ¿O anda aquí metido, de nuevo, el armenio?

Agosto

El príncipe nada en placer y en amor. Tiene de nuevo a su griega. Escuche cómo ocurrió la cosa.

Un extranjero que había pasado por Chiozza y ponderó mucho la bella situación de esta ciudad a orillas del golfo, despertó la curiosidad del príncipe, que deseó ir a verla. Ayer realizó el viaje, y para evitar compromisos y gastos, sólo debíamos acompañarle Z. y yo, además de Biondello, y mi señor quiso permanecer en el anonimato. Encontramos una embarcación a punto de zarpar para allá y nos sumamos al pasaje. Éste era muy variado, pero poco interesante, y el viaje no tuvo nada de particular.

Chiozza está construida sobre pilotes hundidos en el agua, como Venecia, y debe de tener alrededor de cuarenta mil habitantes. La nobleza escasea, pero uno tropieza a cada paso con pescadores y marineros. Al que lleva una peluca o una capa lo llaman rico; la gorra y la blusa son los signos de un pobre. La ubicación de la ciudad es bella, pero no se puede comparar con Venecia.

No permanecemos mucho tiempo en ella. El patrón, que tenía aún otros pasajeros, debía regresar pronto a Venecia, y nada retenía al príncipe en Chiozza. Todos habían ocupado su puesto en el barco cuando llegamos nosotros. Como la compañía nos había resultado molesta a la ida, esta vez tomamos un camarote sólo para nosotros. El príncipe preguntó quién más había en el barco. Un dominico — fue la respuesta— y algunas señoras que volvían a Venecia. Mi señor no tuvo la curiosidad de verlos y ocupó sin más su camarote.

La griega había sido el tema de nuestra conversación a la ida, y lo fue también al regreso. El príncipe volvía a relatar con nostalgia su aparición en la iglesia; se hicieron planes y proyectos; el tiempo pasó volando; antes de lo previsto, estábamos frente a Venecia. Bajaron algunos pasajeros; el dominico fue uno de ellos. El patrón se dirigió a las señoras que, como supimos entonces, sólo habían estado separadas de nosotros por una delgada tabla, y les preguntó dónde debía hacer escala. «En la isla de Murano» fue la respuesta, y añadió el nombre de la casa.

—¡La isla de Murano! —exclamó el príncipe, y su alma pareció estremecerse con un presentimiento. Antes de poderle yo responder, entró Biondello precipitadamente.

—¿Sabéis en qué compañía viajamos?

El príncipe dio un salto.

—Es ella en persona —continuó Biondello—. Acabo de estar con su acompañante.

El príncipe salió fuera; el camarote le venía estrecho, el mundo entero le vendría estrecho en aquel momento. Mil sensaciones lo invadieron, le flaqueaban las rodillas, el rojo y el pálido se alternaban en su rostro. Yo temblé con él, expectante. No le puedo describir aquella situación.

Hubo escala en Murano. El príncipe saltó a la ribera. Llegó ella. Yo leí en la cara del príncipe que era ella. Con su aparición no me quedó la menor duda. Nunca he visto una figura más bella. Un color rojo encendido le tiñó el rostro cuando vio al príncipe. Tuvo que oír toda la conversación y tampoco podía dudar de ser el objeto de la misma. En un gesto significativo miró a su acompañante como diciendo: «¡Es él!», y bajó los ojos turbada. Habían colocado un estrecho tablón desde el barco a la orilla. Ella parecía temerosa, pero creo que menos por miedo a resbalar que por no poder pasar sola y porque el príncipe ya había extendido el brazo para ayudarla. La necesidad triunfó sobre sus

escrúpulos. Tomó la mano del príncipe y pasó a la orilla. El príncipe fue descortés por culpa de la tremenda emoción que lo embargaba: se olvidó de la otra dama que aguardaba el mismo servicio; ¡qué no hubiera olvidado él en aquel momento! Al final presté yo este servicio, y ello fue el preludio de un diálogo que se entabló entre mi señor y la dama.

Él retenía aún la mano de la dama... creo que por distracción y sin darse cuenta.

—No es la primera vez, *signora*, que... que... —no pudo continuar.

—Creo recordar —susurró ella.

—En la iglesia de *** —dijo él.

—Era en la iglesia de *** —dijo ella.

—Y yo no podía imaginar hoy... que os tendría tan cerca...

En este momento ella desprendió suavemente su mano de la del príncipe. Éste quedó un momento azorado. Biondello, que ya había hablado con el sirviente, acudió en su ayuda.

—*Signor*, las damas tienen encargadas las literas; pero hemos regresado antes de lo que ellas presumían. Hay aquí cerca un jardín donde podéis estar entre tanto para evitar el gentío.

La propuesta fue aceptada, y puede usted imaginar con qué agrado por parte del príncipe. Z. y yo conseguimos tener entretenida a la matrona de forma que el príncipe pudiera conversar con la joven dama sin ser molestado. Puede usted suponer lo bien que aprovechó aquellos momentos si le digo que obtuvo permiso para visitarla. Precisamente ahora, cuando le estoy escribiendo, se encuentra allí. A su regreso sabré más cosas.

Ayer, cuando llegamos a casa, encontramos también la esperada letra de cambio de nuestra corte, pero acompañada de una carta que puso en ascuas a nuestro señor. Le piden que regrese, y en un tono al que no está habituado. Contestó inmediatamente en el mismo tono, y se va a quedar. Las letras son lo justo para pagar los intereses del capital que adeuda. Esperamos con ansia una respuesta de su hermana.

El barón de F. al conde de O.

DÉCIMA CARTA

Septiembre

El príncipe se desmoronó con su corte cuando nos cortaron desde allí los recursos.

Han pasado ya las seis semanas de plazo, más algunos días, para que mi señor pague la deuda al marqués, y no llega ninguna letra de cambio ni de su primo, al que ha pedido de nuevo y con urgencia una subvención, ni de su hermana. Como puede imaginar, Civitella no ha pasado aún aviso; pero esto le aviva aún más el recuerdo al príncipe. Ayer a mediodía llegó una respuesta de la corte reinante.

Poco antes habíamos cerrado un nuevo contrato con nuestro hotel y el príncipe anunció públicamente la prolongación de su estancia. Mi señor me entregó la carta sin decir palabra. Le ardían los ojos; leí el contenido en su frente.

¿Usted se imagina, querido O.? En *** se han enterado de la situación actual de mi señor, y la calumnia ha tejido una espantosa trama de mentiras. Se dice, entre otras cosas, que al príncipe se le

está alterando el carácter y muestra un comportamiento diametralmente opuesto a su loable trayectoria anterior. Se dice que derrocha el dinero en mujeres y en el juego, que se carga de deudas, acude a visionarios e invocadores de espíritus, entabla relaciones sospechosas con prelados católicos y mantiene una corte que está por encima de su rango y de sus ingresos. Se dice incluso que está a punto de completar esta conducta escandalosa apostatando de su confesión religiosa y entrando en la iglesia romana. Para deshacer esta última acusación, se espera de él un pronto regreso. Un banquero de Venecia, al que entregó la cuenta de sus deudas, tendría orden de satisfacer a los acreedores inmediatamente después de su partida, pues en estas circunstancias no parece conveniente poner el dinero en manos del príncipe.

¡Qué acusaciones y en qué tono! Volví a leerla por si encontraba en ella algo que pudiera apaciguarlo; no encontré nada. Me pareció inconcebible.

Z. me ha recordado el sondeo secreto que le hicieron hace poco a Biondello. El tiempo, el contenido, todas las circunstancias coinciden. Los habíamos atribuido al armenio erróneamente. Ahora sabemos de dónde procede. ¡Apostasía! Pero ¿quién está interesado en calumniar a mi señor de modo tan odioso y burdo? Yo me temo que sea una treta del príncipe de ** d **, que está empeñado en alejar a nuestro señor de Venecia.

Éste seguía guardando silencio, la mirada fija en el vacío. Su silencio me angustió.

—¡Por Dios, príncipe —exclamé—, no toméis medidas violentas! Tendréis la más completa satisfacción. Dejad este asunto en mis manos. Enviadme allá. No es digno de vos responder a tales acusaciones, pero permitidme que yo lo haga. Es preciso identificar al calumniador y abrirle los ojos a... (?).

En esta tesitura nos encontró Civitella, que preguntó con asombro por el motivo de nuestra consternación. Z. y yo guardamos silencio; pero el príncipe, que estaba habituado desde tiempo atrás a no hacer ninguna diferencia entre él y nosotros, y aún estaba demasiado furioso para ser prudente en aquel momento, nos ordenó entregarle la carta. Yo vacilé, pero el príncipe me la arrebató de las manos y él mismo se la dio al marqués.

—Soy su deudor, señor marqués —dijo el príncipe después de que aquél leyera con asombro la carta—, pero no se preocupe. Deme veinte días de plazo y usted cobrará lo que le corresponde.

—¡Príncipe! —dijo Civitella conmovido—. ¿Es que me merezco yo esto?

—Usted no ha querido recordármelo; reconozco su delicadeza y se lo agradezco. En veinte días, como digo, recuperará lo que es suyo.

—¿Qué pasa aquí? —me preguntó Civitella lleno de consternación—. ¿Cómo se explica esto? No lo entiendo.

Le informamos de lo que nosotros sabíamos. Se puso fuera de sí. Dijo que el príncipe le debía una satisfacción; la ofensa era inaudita. Lo instó a hacer un uso ilimitado de su fortuna y de su crédito.

El marqués se fue y el príncipe seguía sin pronunciar palabra. Paseaba pisando fuerte en la habitación; algo insólito se fraguaba en él. Al fin se detuvo y murmuró entre dientes:

—Deseos suerte —dijo—. A las nueve ha fallecido.

Lo miramos aterrados.

—Deseos suerte —continuó—. Suerte... ¿Yo voy a desearme suerte? ¿No dijo así? ¿A qué se refería?

—¿Cómo volvéis ahora sobre eso? ¿Qué tiene que ver?

—Entonces no entendí lo que quiso decir aquel hombre. Ahora lo entiendo. ¡Oh, es terriblemente duro tener un señor que dispone de ti!

—¡Mi querido príncipe!

—Ése nos lo puede hacer sentir. ¡Ah, debe de ser muy dulce para él!

Se detuvo de nuevo. Su semblante me horrorizó. Nunca lo había visto así.

—¡El hombre más miserable —empezó otra vez— o el próximo príncipe en el trono! Es lo mismo. Sólo hay *una* diferencia entre las personas: obedecer o mandar.

Miró la carta una vez más.

—Ustedes han visto al hombre —continuó— que puede atreverse a escribirme esto. ¿Lo saludarían en la calle si el destino no lo hubiera constituido en su señor? ¡Por Dios! ¡Realmente, una corona irradia grandeza!

Continuó en este tono, y dijo cosas que no puedo consignar en una carta. Pero en esta ocasión el príncipe me descubrió un detalle que me produjo no pequeño asombro y susto, y que puede tener las más peligrosas consecuencias. Sobre las circunstancias familiares en la corte de... (?) hemos estado muy equivocados hasta ahora.

El príncipe contestó la carta de inmediato, pese a toda mi resistencia, y el modo en que lo hizo no deja ningún margen de esperanza para un arreglo amistoso.

Estará deseoso, querido O., de saber al fin algo positivo sobre la griega; pero no puedo darle ninguna noticia satisfactoria. Por el príncipe no es posible saber nada, porque él está implicado en el secreto y presumo que se ha comprometido a guardarlo; pero se ha comprobado que la griega *no* es lo que parecía ser. Es una alemana, y del más noble linaje. Un rumor que ha llegado hasta mí le asigna una madre de muy elevada alcurnia y la hace ser el fruto de un amor desgraciado del que se habló mucho en Europa. Asechanzas secretas de una mano poderosa la han obligado, según ese rumor, a buscar protección en Venecia, y éste es precisamente el motivo de su ocultamiento, que ha impedido al príncipe conocer el lugar de su residencia. La reverencia con que le habla el príncipe y ciertas consideraciones que guarda hacia ella apoyan esta conjetura.

Él siente una tremenda pasión por su persona que aumenta cada día que pasa. Al principio, las visitas eran infrecuentes, pero ya en la segunda semana fueron aumentando y ahora no hay día en que el príncipe no esté con ella. Hay veladas enteras en que no le vemos la cara y tampoco está en su sociedad; por tanto, es *ella* la que lo tiene ocupado. Toda su manera de ser parece diferente. Se desenvuelve como un sonámbulo y nada de lo que antes lo interesaba atrae lo más mínimo su atención.

¿Hasta dónde llegará esto, querido amigo? Tiemblo por el futuro. La frustración de su esperanza ha puesto a mi señor en una dependencia humillante de una sola persona, el marqués de Civitella. Éste es ahora dueño de nuestros secretos, de todo nuestro destino. ¿Será siempre su actitud tan noble como lo es ahora? ¿Será duradero este buen comportamiento y está bien otorgar a una persona, por excelente que sea, tanta relevancia y poder?

Se ha enviado una nueva carta a la hermana del príncipe. Espero poder comunicarle el resultado en la próxima.

El conde de O. continúa su relato

Pero esa carta no llegó. Tuve que esperar tres largos meses hasta recibir noticias de Venecia, una interrupción cuya causa se explicará de sobra a continuación. Todas las cartas de mi amigo dirigidas a mi persona fueron interceptadas y retenidas. El lector puede imaginar mi consternación cuando recibí al fin en diciembre del presente año el siguiente escrito que sólo un puro azar (Biondello, que debía hacerse cargo de ella, se puso enfermo repentinamente) puso en mis manos.

«No escriben. No contestan. Venga, venga por favor. Venga en alas de la amistad. Nuestra esperanza quedó frustrada. Lea la carta adjunta. Toda nuestra esperanza se viene abajo.

»La herida del marqués parece ser mortal. El cardenal piensa en la venganza, y sus asesinos a sueldo buscan al príncipe. Mi señor... pobre señor mío... ¿Se acabó todo? ¡Indigno, terrible destino! ¡Como vil canalla tenemos que ocultarnos de asesinos y acreedores!

»Le escribo desde el monasterio de ***, donde el príncipe ha encontrado refugio. En este momento descansa sobre una dura cama junto a mí y duerme... el sueño del agotamiento mortal que sólo servirá para agudizarle el sentimiento de su desgracia. Los diez días que ella estuvo enferma, el príncipe los pasó insomne. Yo asistí a la autopsia. Se encontraron indicios de envenenamiento. Hoy será el sepelio.

»Ah, querido O., tengo el corazón desgarrado. He vivido una escena que nunca olvidaré. Estuve ante el lecho de muerte de ella. Se fue como una santa, y sus últimas palabras fueron para guiar a su amado por el camino que ella recorrió hasta subir al cielo. Toda nuestra entereza se vino abajo, sólo el príncipe se mantuvo firme, y aunque sufrió, con aquella muerte tres veces más que nosotros, tuvo la fortaleza de ánimo suficiente para rehusar la última petición de la piadosa mística.»

En esta carta había el siguiente adjunto:

*Al príncipe de *** de parte de su hermana.*

La santa iglesia católica, que tan brillante conquista ha logrado en el príncipe de ***, hará que no le falten recursos para continuar el género de vida al que ella debe esa conquista. Tengo lágrimas y plegaria para un extraviado, pero no más favores para un indigno.

Henriette ***

Tomé inmediatamente el correo, viajé día y noche y a la tercera semana estaba en Venecia. Mi urgencia no sirvió de nada. Había ido para llevar consuelo y ayuda a un infeliz y encontré a un ser feliz que no necesitaba de mi pobre auxilio. F. yacía enfermo y no se le podía hablar cuando llegué. Me entregaron la siguiente misiva escrita de su puño y letra: «Regrese, querido O., por donde ha venido. El príncipe no lo necesita más; tampoco a mí. Sus deudas están pagadas; el cardenal, reconciliado; el marqués, restablecido. ¿Se acuerda del armenio que tanto nos desconcertó el año pasado? En sus brazos encontrará al príncipe, que hace cinco días... oyó la primera misa».

Fui a visitar al príncipe a pesar de todo, pero no me admitieron. Al pie del lecho de mi amigo me enteré al fin de la inaudita historia.

BARTHLI, EL CESTERO

SUSPENDIDA en la vertiente sur del ribazo, negro de hollín, había una pequeña casita. No se entendía bien por qué permanecía allí colgada, por qué no se había deslizado hacía ya tiempo por el talud abajo, pues su imagen parecía exactamente la figura de un hombre que, habiendo bajado a saltos y a la carrera por el monte, de pronto trastabillea e intenta detenerse, sin lograrlo. Al observar el tejado uno recibía la impresión de oír silbar el viento, o de que le golpearan a uno. Parecía el saco de un mendigo que necesitara urgentemente ser remendado y que, a pesar de todos los remiendos, seguiría siendo siempre el saco de un mendigo. Las puertecillas que conducían al pequeño establo y a la era estaban todas torcidas, en un particular estilo arquitectónico. Detrás de la casa, invariablemente, excepto en caso de que justo en ese momento acabara de utilizarse, se encontraba un pequeño montón de abono natural, que tenía aproximadamente la forma y el tamaño de un inmenso palo de algodón de azúcar. Delante de la casa había un huertecillo en el que once plantas de acelga extendían sus anchas e inexpresivas caras al sol, y siete plantas de judías colgaban valerosas de unos palos quebradizos, entre las que asomaban, amables, dos rosales en flor. En derredor de todo ello yacían en paz los restos de una antigua valla, esperando una mano amiga que les ayudara a levantarse.

Detrás de la casita vivía una cabra con su cabritilla. Era una cabra imponente; con la cabeza erguida y su piel brillante y velluda caminaba con paso digno mientras, tras ella, como un bufón, iba su hijita con divertidos y graciosos saltos. Delante vivían también dos personas, un viejo y tullido cestero, y su hija, en absoluto tullida. El anciano podría haber aprendido, en lo que a decoro y dignidad se refiere, muchas cosas de su cabra, pues en ambas virtudes era considerablemente inferior. Pero ya era casi imposible que el buen anciano adquiriera una educación, o al menos no se vislumbraba en él atisbo alguno, ni claro ni difuso, de progreso; ninguno en absoluto. Por el contrario, lo confesamos con franqueza, su pequeña hija nos gustaba mucho más que la cabritilla. Es tan graciosa y dulce, y salta con tanta ligereza y a tanta altura, que la preferiríamos a diez cabritillas, y si se nos diera libertad para elegir entre vivir en la parte delantera o en la trasera de la casa, sin duda alguna, y sin tener en cuenta la dignidad de la vieja cabra, daríamos preferencia a la de delante, bien entendido que no sería a causa del viejo cestero tullido, sino debido a su hermosa hijita. No sabía siquiera lo hermosa que era y ésa no era su mayor virtud. Además, cuando se miraba en el espejo no podía tener una visión íntegra, ya que, en primer lugar, su espejo no era más que el trozo triangular de uno roto, y en segundo sólo podía lavarse y arreglarse con tranquilidad los domingos, y llegado el martes o incluso quizá el lunes, ya se había olvidado de cómo era, y la gente tampoco se lo recordaba.

En el negro ribazo la gente muy rara vez se hacía cumplidos. Y además Züseli no era especialmente de su gusto: si hubiera pesado medio quintal más les habría parecido infinitamente mejor. Si hubieran estado en Austria le habrían recomendado una cura de arsénico, pues, según dicen, tomar arsénico engorda. Aunque es algo que se tiene que hacer razonadamente, pues en otro caso podría ser fatal. Pero no era solamente una niña graciosa, sino también amable y aplicada que de la mañana a la noche actuaba según la voluntad de su padre, nunca lo hacía de mala gana y, además,

tampoco tenía ni idea del valor de estas cualidades, y menos aún alardeaba de ellas. O, por decirlo de una forma más culta, no tenía pretensión alguna. En realidad, ésta es una palabra bastante tonta, pero tiene un profundo significado. La auténtica modestia no es sino el sentido humilde e infantil al que, según el mismo Jesucristo, pertenece el reino de los cielos y que, no siendo consciente de ningún mérito, siente un profundo agradecimiento por cualquier dádiva, que no ansia nada con mayor intensidad que una simple muestra de amor y cuya mayor alegría es amar a Dios y a los hombres, y actuar correctamente para con Él y con ellos. Las naturalezas inocentes y modestas no son naturalezas modernas.

Por el contrario, el viejo cestero carecía ante todo de amabilidad, tanto por fuera como en su interior; la verdad es que resultaba incomprensible, sobre todo los domingos, en que Züseli se había lavado y relimpiado, que los dos salieran juntos, y menos aún como padre e hija. El viejo Barthli era feo y odioso, su amabilidad consistía en mostrarse enfadado, no era capaz de decir una palabra agradable ni siquiera por dinero, y no digamos gratis, y sin embargo era alguien en el mundo, toda una personalidad, un carácter, como se diría hoy en día. Era un cestero excelente, a su manera muy honrado, que mantenía su palabra. Sí, en tales casos, a un hombre se le permite ser tosco y grosero. Además, era muy trabajador y ahorrador. Cuando quería alabarse a sí mismo decía que nunca había fastidiado a nadie, ni a la comunidad ni a otra gente. Y en verdad que eso ya es bastante en nuestra época, en la que muchos piensan que, por el simple hecho de no demandar nada de la comunidad le regalan algo; y regalar algo a alguien tan rico y paciente sería una tontería. El mérito de Barthli no era demasiado grande, pero poseía el sentido del honor de un hombre; pensaba que quien quiera ser independiente debería, ante todo, estar en condiciones de mantenerse a sí mismo y a los suyos con la ayuda de Dios. Sería bueno que este sentimiento creciera en lugar de decrecer, pues entonces sería mayor la paz en el mundo. Sería bueno que más de uno y más de una que se creen guapos tomaran al inculto Barthli como ejemplo y no desearan lo que no pueden ganar por sí mismos, sería bueno que los que carecen de alas no deseen volar.

Había heredado la casita de su padre y, con ella, el terreno suficiente como para plantar algo y mantener dos cabras, mientras no tratara con cuidado las vallas de los vecinos y los animales tuvieran cuellos suficientemente largos como para poder disfrutar de la hierba que crecía al otro lado de las mismas. Nunca se había ocupado de hacer ningún arreglo en la cabaña. Para él estaba bien como estaba, siempre que aguantara tal cual, y solía decir que ya verían los que vinieran después de él lo que hacer. Se le consideraba muy honrado, a pesar de que a este respecto se permitía dudosas libertades, en especial con el mimbre que utilizaba para sus cestos. Vivía una gran parte del año en las casas de los campesinos, durante las llamadas «estancias», trenzando cestos nuevos y remendando los que lo necesitaran. Entre tanto, hacía también cestos para la venta, aunque de ello se ocupaba sobre todo su hija, pues no la llevaba consigo en esas estancias, ya que tenía que ocuparse de la casa y de la huerta. El mimbre que necesitaba lo cogía allí donde lo encontraba, sin que le preocupara a quién pertenecieran los mimbresales en los que crecía. Y no lo hacía escondiéndose con cuidado para que no lo descubrieran, sino que, con toda franqueza, decía que su padre y su abuelo habían sido cesteros y que jamás habían gastado ni un centavo en las varas, sino que las cogían donde crecían. Cualquier campesino, aseguraba, se habría avergonzado de pedir a un pobre hombre un centavo por ello. A cambio, les hacía los cestos y los reparaba a unos precios tan económicos que ambas partes quedaban satisfechas. Y ahora había que pagar cada una de las varas de mimbre y, encima, agradecerse hasta que a uno se le secara la boca. Y, para colmo, estaban arrancando todas las mimbreras, de forma que

únicamente algún que otro campesino viejo las dejaba como recuerdo y para que los niños supieran cómo eran. Si por él fuera, ya podían los campesinos hacer que les tejieran los cestos con los mechones que sus hijas tan trabajosamente se peinaban sobre la frente. A pesar de ello, Barthli nunca se encontraba en apuros, ya que a él no le habían aplicado ninguna prohibición. Es cierto que de cuando en cuando algún campesino levantaba la mano contra él diciendo:

—Barthli, Barthli, me las vas a pagar, ten cuidado, si no me vas a oír. Dentro de poco no me va a quedar mimbre ni siquiera para un cestillo de patatas, y eso no me parece bien.

—¿Por qué no me dejas hablar, además de avisarme cuando necesites cestos? No lo entiendo, el mimbre hay que cogerlo cuando es la época y supongo que no lo vas a ir vendiendo de casa en casa —respondía Barthli con impertinencia. Y entonces el campesino, apaciblemente, concertaba con él una nueva estancia, y sólo decía:

—Pero te traes el mimbre. Y la próxima vez prefiero cortarlo yo mismo.

—¿Y por qué no? —respondía Barthli—; te dejo encantado ese trabajo. Pero hazlo en el momento adecuado, si no lo haré yo.

—Al menos, pregunta antes de hacerlo —argüía el campesino.

—Eso sí es posible, siempre que no se olvide uno —respondía Barthli, y añadía—: Eso de preguntar es una nueva moda del diablo. Dicen que preguntar no ofende; sí, claro, no ofende. Pero yo lo he vivido. No vuelvo a preguntar nada en mi vida si no es imprescindible, y sólo si lo que se desea no se puede conseguir sin preguntar.

Esta deferencia que con él tenían surgía de la misma causa de la que Barthli tomaba sus prerrogativas, una especie de derecho fundamental basado en un antiquísimo uso que se le concedía tácitamente, a pesar de la nueva costumbre, que a los demás se aplicaba con todo rigor, de obtener de todo la mayor cantidad de dinero posible.

A este respecto, sin embargo, ha habido cambios importantes que no se pueden olvidar al juzgar las relaciones entre las clases bajas. En otros tiempos había mucho terreno inculto, casi sin dueño; lo que crecía en esos terrenos era el botín de quien lo cogiera, y los pobres obtenían de ellos un poco de riqueza que o bien utilizaban ellos mismos o convertían en dinero. Muchos artesanos, rastrilleros, toneleros, cesteros, escoberos e incluso carreteros tenían derechos sobre esos terrenos y tomaban lo que querían, gratis y sin preguntar a nadie. Los pobres utilizaban esos terrenos para que sus ovejas y cabras pastaran durante el verano y para acumular paja y forraje para el invierno. Pero esto ha cambiado. Muchos terrenos se han hecho cultivables, y en la tierra de Canaán será muy escasa la tierra sin dueño. El Estado se ha adueñado de aquello que no es propiedad privada y allí donde crecen unas pocas hierbecillas, en el pequeño y estrecho margen de una carretera, aprovecha para arrendarlo y, además, para conseguir los arrendatarios más solventes posibles, se realizan subastas, lujosas y espléndidas. Y eso mismo hacen también los propietarios privados y todo aquello que vale un centavo lo explotan en su provecho. Tienen todo el derecho de hacerlo, pero... pero por unos centavos no puede olvidarse jamás al prójimo.

Barthli enviaba a Züsi de casa en casa a vender los cestos que hacía en la suya y muy rara vez la acompañaba. A pesar de que sólo vivía a apenas dos horas de Berna rara vez iba allí y, en su caso, de mal grado. Decía que no quería tener nada que ver con las mujeres de la ciudad, que no entendían nada. Creían que lo más importante en cualquier negocio era regatear por cualquier cosa hasta desfallecer. Si él valoraba un cesto en siete perras ellas le ofrecían cinco y si en otra ocasión les ofrecía el mismo cesto por cuatro perras ellas estaban dispuestas a darle sólo dos, y eso era todo lo

que sabían hacer.

—Pero, Barthli, eso tiene fácil solución —le solían decir—. Pide por todos tus cestos siempre nueve perras y así obtendrás siempre siete por ellos.

Pero eso era algo que Barthli no quería. Decía que cada cosa tiene su medida y que él no la sobrepasaba. Que no quería que se dijera que Barthli el del ribazo se había vuelto loco. Que los de la ciudad se preocuparan de conseguir los cestos donde pudieran, que él vendería los suyos en cualquier otra parte en la que la gente entendiera del asunto.

Pero a su hijita le ocurría lo contrario. Los días en la ciudad eran totalmente distintos a los normales, días como los que se imaginan los judíos en el reino milenario, donde el sol es siete veces mayor, donde las puertas de entrada a la ciudad de Jerusalén son de diamantes y rubíes, todos los árboles están cuajados de los frutos más dulces, las vallas repletas de uvas, cada una aproximadamente tan grande como Goliat y con moras como calabazas.

Y piénsese también en otras cosas: los hermosos caballeros y damas, las tiendas llenas de oro, plata y de delicias comestibles, carne de cerdo, que era un auténtico placer, panes y panecillos de todo tipo, cintas y otras cosas, de las que ni siquiera conocía el nombre, guardadas en cristales y detrás de cristales, y que, al verlas, pensaba que habían llegado directamente del cielo. A menudo, se ven niños en la ciudad que ya no saben si están sobre la tierra o debajo de ella. Abren los ojos, la nariz y la boca de tal forma que toda la cara se convierte en un agujero por el que esos buenos niños quisieran meter dentro de sí todas esas maravillas. Se les puede empujar y pisar, y ellos apenas lo notan, hasta se puede llegar a dudar de que lo notaran incluso en el caso de que se les destrozara a pisotones. Hay veces en que uno de estos niños va colgando, agarrado con una mano, de los faldones de la chaqueta del padre o del delantal de la madre. Los mayores caminan delante como gabarras e, inconscientemente, arrastran tras de sí al niño con los agujeros de la cara abiertos; y el padre es feliz cuando, al llegar a la taberna, el niño sigue colgado de su chaqueta o alcanza al fin las puertas de la ciudad y sale a campo abierto. En ese momento el niño cierra su cara. El caos de impresiones comienza a ordenarse, unas desaparecen y otras se afirman con mayor detalle, quedándose marcadas, comienzan las preguntas y los relatos y, cuando los hombres se han ido a la cama, empiezan los sueños; ha surgido un nuevo mundo, se agita una nueva vida, a veces permanece y a veces muere de nuevo. Una, la que permanece, al crecer se convierte en la alegría del Señor, mientras la otra se transforma en el cardizal en el que brota la envidia y todo género de codicia.

El caso de la hija de Barthli no era tan grave. Todas las maravillas eran tan ajenas a su vida que no pensaba siquiera en poseerlas, sino que sentía una sincera alegría sólo con observarlas. Bien, sin duda la hijita de Barthli era también hija de Eva, como lo son todas, pero faltaba la serpiente. El viejo Barthli no tenía condiciones para hacer de serpiente, podía más bien hacer de Miguel, que aleja los moscones de las mujeres. Ella sólo iba a la ciudad con su padre, con nadie más.

Pero había otra cosa que arrastraba a la muchacha a la ciudad. Cuando Barthli tenía que ir, al menos quería disfrutar un poco y entraba en la taberna y se tomaba una perra chica de aguardiente y para la niña pedía sopa por valor de un centavo, acompañada con pan que encargaban allí mismo o que habían traído de casa. En cierta ocasión la tabernera le regaló a Züseli un buñuelo y en otra un panecillo de Berna que había dejado un cliente. Y era, además, una sopa totalmente desconocida en el negro ribazo, donde ni siquiera se sospechaba que pudiera haber algo tan bueno en el mundo. Ah, pero los pobres conocen también una buena vida que los ricos nunca llegan a alcanzar, tanto menos cuanto mejor quieren vivir. Pues la cuestión no es lo que se disfruta y cuánto cuesta, sino cómo sabe.

A cambio de su centavo, Züseli vivía mucho mejor que ciertos grandes que llegan a pagar cien monedas de oro por lo mismo.

Aparentemente, el tiempo pasaba por Barthli sin ejercer su poder. La única atención que le prestaba era al verdecer las mimbreras y cuando las varas estaban a punto para ser cortadas, así como cuando las varas habían disminuido, con lo que se reducía su cosecha y se hacía más ardua su recolección. Entonces maldecía los malos tiempos y afirmaba que le parecía un milagro si todo acababa bien, que si las cosas seguían así al final no iba a haber más mimbre. Y entonces ¿qué hacer? Eso es lo que quisiera él saber, ¡y alguien tendría que decírselo!

Barthli tardó mucho en darse cuenta de que su hijita se hacía mayor, que su niña se convertía en una muchachita adulta. Cuando se lo hicieron notar no quería creérselo. Pues Züsi, durante mucho tiempo, tanto que resultaba asombroso, siguió siendo una muchacha modesta, sin que importunara con sus caprichos, como suelen hacer muchas muchachas en cuanto comienzan a hacerse mayores. A veces, su aspecto era ridículo, su gastada bata le quedaba corta, en ocasiones sólo llegaba a medio pie, pues la muchacha crecía, y para qué hablar del resto. Además, no daba la lata a su padre con ello. Cuando alguna de sus compañeras de juegos le decía si no quería comprarse esto o aquello, solía responder que eran tremendamente pobres y que su padre no se lo podía permitir. Y para el vestido de la primera comunión, ocasión en la que a menudo se entromete el diablo creando la discordia, precisamente cuando debe reinar la paz, contó con la ayuda de su madrina, que le regaló una bata usada y un pañuelo de cuello nuevo, lo que hizo feliz a Züsi.

Y lo más hermoso de Züsi era que jamás se avergonzaba de su padre. Y no debería pensarse que esto se debe anotar como algo especial, pues ¿por qué habrían de avergonzarse los hijos de sus padres cuando no hacen nada malo ni nada que cause daño a los hijos? Pero sería un error pensar eso, pues son muchos los niños que se avergüenzan de sus padres, aunque no tengan motivo para ello, excepto tonterías; sobre todo, sus propias tonterías. Se avergüenzan de ellos porque van vestidos como padres antiguos, porque hablan como padres antiguos y porque piensan y actúan como padres antiguos; como si estuviera bien que los mayores quisieran hacerse los jóvenes, se vistieran como los jóvenes y actuaran como ellos. Se avergüenzan de ellos porque son viejos, porque han dejado de ser jóvenes. Mas, ¿acaso es eso algo inteligente o tonto? ¿Qué otro medio existe para no hacerse viejo más que colgarse de una cuerda cuando se es joven? En cualquier caso, el viejo Barthli no tenía una figura agraciada y no resultaba precisamente agradable. Pero lo único que Züsi sabía era que su padre era así y actuaba así, y ella caminaba a su lado y se sentaba junto a él y, ahora que ya era mayor, comía con él sopa por valor de media perra, y todo ello sin el menor reparo.

Los problemas empezaron más bien por lo contrario. Una muchacha bonita siempre se hace notar, es algo que nunca queda fuera de lugar y que nunca lo hará. Miraban a Züsi y se dirigían a ella, y cuando iba con Barthli a Berna las complicaciones no acababan nunca. Si Barthli entraba en una taberna todos querían servir a la chica, alababan su hermosura y preguntaban si tenía un tesoro o quizá ya dos. Eso sacaba al viejo de sus casillas. Y luego, para colmo, ¡cómo le enfurecía la muchacha! Cuando le servían, se bebía lo que fuera, y cuando decían eso del tesoro no se quejaba, sino que más bien se reía. Barthli se lamentaba, afirmando que parecía que el diablo hubiera entrado en ella, que la muchacha había cambiado por completo. Ahora se pasaba el día en casa lavándose y peinándose como no lo hacía nadie. Decía Barthli que ya era suficiente con lo de antes, una vez a la semana, como es usual y normal, y que ahora lo hacía incluso entre semana, nadie sabía cuán a menudo, casi todos los días. Cada vez que salía de casa empezaba de nuevo la historia del lavado y

del peinado, y, además, su tendencia a salir de casa era algo para él nunca visto. Cada vez que la enviaba a algún lado, en lugar de sentarle mal, casi le sonreía. Y ya empezaba a darle la lata con los vestidos y hablaba de delantales y blusas, y decía que, en su opinión, debería encargarse que le hicieran unas nuevas. Pero no, todavía no, arriba, en el pequeño baúl quedaban algunas ropas de su santa madre, que habría que usar antes de encargarse vestidos nuevos. Y no sabía de dónde iba a sacar el dinero necesario para ello. Apenas podía moverse y cada año que pasaba era aún peor.

Ya nada de lo que Züsi hiciera le parecía bien a su padre, las cosas le iban mal con él y la gente sentía auténtica compasión por ella. El viejo decía que se avergonzaba de la chica y que ya no podía ir a ninguna parte con ella, y que si había un hombre a menos de cien horas de distancia se sonreían mutuamente, aunque fuera puro coqueteo, y él jamás había oído algo semejante. En su época las cosas no eran así. Decía que él había comenzado a hablar con su esposa, como era lo correcto, quince días después de la boda. Y que si por él fuera, mandaría levantar en el negro ribazo una reja de cien pies de altura detrás de la cual tendría que permanecer su niña y entonces, por él, podía sonreír cuanto quisiera cuando a lo lejos pasase un par de pantalones de hombre. Delante de la gente trataba muy rudamente a la chica y, además, cada vez que miraba a un hombre o contestaba a alguno en una posada, la reñía con dureza en público. Y, como es de imaginar, esto tenía sus consecuencias. Había personas, sobre todo mujeres, que se apiadaban sinceramente de la chica y que se lo decían:

—Me das mucha lástima, no eres más que una pobrecilla, te trata de una forma verdaderamente inmunda. Yo no me quedaría con él, me escaparía, no dejaría que me torturara así. Una chica como tú encuentra sitio en cualquier parte, consigue un buen sueldo y se gana hermosos vestidos.

Y ella, entonces, respondía lamentándose que, por Dios, no sabía lo que le ocurría a su padre. No tenía nada que ver con ningún chico, cuando alguno se acercaba lo miraba si podía, pero porque se miraran y hablara unas cuantas palabras con él, por eso, Dios lo sabe, no le podía hacer nada, eso no se lo podía prohibir. Y a ella le parecía bien que el padre lo prohibiera si podía. Pero no podía irse de casa. ¡Quién si no iba a hacerlo todo, plantar, ordeñar, buscar dónde ponían los huevos las gallinas y recogerlos! Su padre no sabía hacer nada de eso. En los últimos tiempos se había vuelto tan extraordinariamente raro que alguien debería hacérselo ver, pero ella no sabía quién podría hacerlo. Pero preferiría morir antes que seguir siempre así. Y mientras lo decía, lloraba amargamente y el llanto le sentaba maravillosamente bien, diez veces mejor o cien veces mejor que la risa a una mujer mayor.

Pero aún había algo más, y mucho peor. Todos saben que en cuanto alguien muestra su odio por algo y comenta ese odio de un modo llamativo, gracioso, se convierte en el gran festín de todos los chicos traviosos, que repiten constantemente lo que odian, igual que los colegiales hacen ladrar a los perros que les ladran. En cualquier caso, siempre resulta un buen espectáculo que sólo cuesta un agujero en los pantalones.

En cuanto quedó claro que el viejo cestero se ponía de mal humor si se miraba a Züseli o se hablaba con ella o incluso se le hacía alguna broma, daba la impresión de que hubiera dado suelta a todos los diablos. Al viejo le parecía que todo el mundo quería hablar con Züsi. En toda su vida nunca se había parado tanta gente en el camino e iniciado una conversación sobre el sol, la luna y las estrellas o sobre nada de nada, o sobre bailes, visitas nocturnas, etc. Y Züsi no lloraba por ello, ni se alejaba saltando por encima de las vallas. ¡Imagínense!, a veces incluso se paraba. Los chicos llegaban hasta el negro ribazo y llamaban a la ventanita de Züsi pidiendo permiso para entrar. El viejo, enfurecido, estaba a punto de salir disparado, como una bala de cañón, a través de la ventana,

directo hacia la cabeza del muchacho. Y se hubiesen ido, no como otras veces en que el viejo les amenazaba con atacarles con pistolas o navajas, amenazas de las que se reían sin temor alguno.

Sí, incluso en cierta ocasión, cuando, al anochecer, volvía a su casa de una estancia y llegaba ante la puerta de la cocina, la encontró *nota bene* abierta, abierta de par en par, y en el interior estaba su hermosa Züsi. Y no sólo estaba hablando con un muchacho, sino que los dos estaban riéndose; él mismo, con sus propios oídos, lo había escuchado. Bien, eso provocó un buen enfado del viejo. El muchacho ni siquiera se asustó, ni salió huyendo como alma que lleva el diablo, sino que con bastante sangre fría dijo:

—¡Viejo, no te enfades tanto! Es una tontería, con eso no me asustas. Nunca he oído que esté prohibido hablar con tu muchacha, y, sobre todo, a plena luz del día. Tu muchacha me gusta y a ti no te temo, así que vas a tener que admitirlo.

El viejo escupía fuego, pero ¿de qué servía? El muchacho se fue, al fin, indemne. Además, no era sino un criado del caserío vecino, pero era un buen muchacho, de esos que ya escasean en nuestros días.

Es fácil imaginar el disgusto que le produjo al viejo el haber visto por sí mismo que durante su ausencia los muchachos podían acercarse a su casa para ver a Züsi y que ella hablaba con ellos e incluso se reía, en lugar de atacarles con atizadores y escobas viejas. ¿De qué le servía ya pasarse la noche en guardia, vigilante como el mejor perro guardián, si venían durante el día mientras él se encontraba en la estancia? Y esto se convirtió para él en una tortura que tenía que arrastrar consigo allí donde fuera y que le hacía pensar: «Seguro que ahora mismo hay alguno delante de la puerta riéndose con ella. Sí, y con uno es suficiente para que ocurra una desgracia». ¿Y luego? ¿Cómo podía él preverlo, qué podía hacer para evitarlo? No podía dejar de ir a las estancias y no la podía dejar encerrada, pues dentro de la habitación no podía plantar nada. Y tampoco podía llevársela con él a las estancias, por culpa de la cabra y la cabritilla, y llevarse también a estas últimas no les parecería bien a los campesinos. Si se presentara en sus casas con toda su familia y sus animales, sin olvidarse tampoco de las gallinas, seguro que pondrían mala cara.

Y cuando contaba sus penas, no encontraba ni consuelo ni acompañamiento en su dolor.

—Barthli —le decían—, no seas tonto y acéptalo. No vas a poder cambiar el mundo. Los hombres y las mujeres siempre se han reunido y deben estar juntos, si no Dios los hubiera hecho de otra forma. Y si tu muchacha no habla sólo con un hombre, no es nada malo. Y bien, suponiendo que tomara un hombre, ¡qué! ¿Acaso no tomaste tú también una mujer? No vas a poder impedirselo. ¡Cambia el curso del mundo, si puedes!

Esto aumentaba aún más la aflicción de Barthli; decía que ya no había ni religión ni hombres valientes; que ya podía quejarse cuanto quisiera que lo único que hacían era reírse de ello. Ahora pretendían arreglarlo todo con risas en lugar de con lamentos y rezos como antes. Pero así no debía ser, sólo les deseaba que les ocurriera lo mismo con sus hijas. Estaba seguro de que entonces no iban sólo a reírse. Y decía que con la gente honrada estaba pasando lo mismo que con las mimbreras, cuanto menos había de éstas tanto menos también de la otra.

A la muchacha no se le podía reprochar nada, pero poco a poco le empezó a ocurrir lo mismo que a Eva en el Paraíso. Habían comenzado a aparecer las serpientes y, como serpiente principal, precisamente su padre. Éste echaba continuamente pestes de los hombres, como si no hubiera más que tipos groseros y desagradables, así que ¿hay algo más natural que el que la chica pusiera toda su atención en comprobarlo y los mirara con más cuidado? Y se dio cuenta de que su padre, en realidad,

estaba exagerando, que no era para tanto, y al mirar aún con más atención encontró entre ellos muchachos realmente guapos, que le gustaban cada vez más, y en especial el criado del que ya hemos hablado antes. A esto hay que añadir que sobre este muchacho le contaron muchas cosas buenas, que no era ningún bribón y que no se olvidaba de su vieja madre. Y entonces ella le observó con más interés para saber si eso era verdad o era un engaño. Y cuanto más le observaba, más convencida estaba de que no podía ser un engaño, pues en su vida había visto una cara tan especialmente adorable. Si en algún momento tenía un hijo le gustaría que tuviera precisamente esa cara, pues sabría que su padre y su madre encontrarían en él el consuelo de su vejez.

Había, además, otras muchas serpientes y culebrillas que le atraían y seducían a corretear y reunirse en el campo, donde había diversión, o a andar por las anchas calles a la búsqueda de un buen destino. ¡Ay, Dios! ¿Y en qué consiste el buen destino de estas pobres y ciegas gotitas? ¡Os lo vamos a decir, pobres gotitas! Consiste en conseguir un hombre o, mejor dicho, en apresarlo entre temores y necesidades, uno que no posea más que una pipa de tabaco, una gran borla en la gorra, muchas palabrotas en la boca y, en particular, deudas en la tienda de alimentación, consiste en no tener una jefa que te levante por la mañana y se pase todo el día gritando «¡Haz esto! ¡Haz aquello!», en poder acostarse por la noche con las gallinas y en poder guisar a mediodía todo lo que se tiene, de una vez, sin tener que torturarse con hacer reparticiones, en poder charlar de pie una hora tras otra, sin preocuparse de quién hará las cosas. Ésta es la felicidad, durante tres días o tres semanas, pero entonces llega la miseria: cada vez más niños, cada vez menos pan, cada vez peores los niños y cada vez más duras las palabras del marido y los niños, durante seis días a la semana; y el domingo golpes a causa de la paga y las propinas, y por último, mendigar, medio desnuda, invierno y verano, yacer en un viejo saco de hojas; sentir un frío horroroso día y noche, no poder entrar nunca más en calor, hasta que llega la muerte, que le enfría a uno por completo. Pero entonces ya no se siente, y ya no hay que seguir dando saltos por las calles con los calcetines y los zapatos rotos para poder conseguir un pequeño mendrugo de pan. Éstas son las maravillas que les esperan y que alcanzarán las muchachas que buscan a los hombres en las calles.

Sin embargo, Züseli no exigía salir y no se escapaba de su padre. Pero el domingo, sentada en el ribazo negro de hollín, observando desde el umbral de su cocina las gallinas y vigilando las cabras, pensaba cuántas cosas divertidas habría en el mundo, muchas más que en el negro ribazo. No necesitaba participar de ellas, sólo quería verlo desde lejos para saber cómo era. Había veces en que sentía una verdadera comezón por salir corriendo, sobre todo cuando su padre dormía o inspeccionaba los mimbres en los campos, salir y ver de verdad lo que pasaba, especialmente allí donde hubiera baile u otras celebradas diversiones. Pero no se atrevía, habría habido palos, y además ni siquiera se le ocurría no tratar a su padre como tal. En realidad, le amaba; si se hubiera muerto no hubiera encontrado consuelo. Y también el padre amaba a su hijita, aunque ni él mismo lo sabía; era su tesoro, su joya, y sus quejas no eran en realidad sino celos y miedo de que alguien se la quisiera robar o quisiera compartirla con él. Igual que el auténtico avaro, para quien su dinero es su dios, no se vanagloria de tenerlo ni hace alardes de ello, sino que se hace pasar por pobre y se lamenta de su pobreza, así mismo actuaba Barthli con su hijita; al contrario de los demás padres y, sobre todo, de las madres con sus hijas que, queriéndose librar de ellas y queriendo también hacerlas felices, las acercan a los hombres. No obstante, tenían un destino similar y preocupaciones opuestas: Barthli pensaba que todos querían llevarse a su muchacha, los otros que no había ninguno que quisiera hacerlo. Y lo que se busca con más ahínco es lo que no se encuentra, sino todo lo contrario.

Barthli tenía que volver de nuevo al mercado, en Berna, pues hay épocas en el año en las que es imposible vender cestos en el campo. Züsi debía acompañarle, pues tenía muchos cestos, y si se la llevaba con él al menos la tenía a la vista. En casa no había nadie que la cuidara; la vecina que en otras ocasiones se ocupaba de ello también tenía que ir al mercado. A Züsi le gustaba ir. Aunque ya no se quedaba embelesada, como antes, podía, sin embargo, ver muchas cosas en las que luego pensar en su soledad. Y aunque la sopa ya no le parecía un manjar digno de la mesa del Reino Milenario, era apetitosa y, a veces, cuando habían tenido una buena venta, su padre le encargaba incluso un pedacito de carne y algo que tenía aspecto de vino. De vez en cuando brillaba algo en su bolsillo, como si se pudiera permitir algo más que antes, pero en cuanto alguien se daba cuenta, se mostraba aún más afligido que nunca.

Quien se sitúe en un día de mercado en una calle principal encontrará con qué elaborar alguna que otra agradable visión, algún sermón, ya que puede ver ante sí la calle de la vida. Unos se apresuran hacia la agitación del mercado, como atraídos involuntariamente por un imán o por un remolino. Otros caminan despacio y reposadamente, evitando tropezar con las piedras y buscando el mejor camino, que hacen más breve con sus conversaciones, los rostros satisfechos y llenos de confianza en que no les ha de faltar algo bueno. Otros corretean y trotan con gran esfuerzo, y aunque también quisieran apresurarse, no les es posible; continúan, a pesar de todas las dificultades, tienen miedo de llegar demasiado tarde para encontrar buenas compras y, sin embargo, no consiguen avanzar. ¡Y con qué miradas siguen a los coches que pasan, los unos doloridos, los otros llenos de furia! «¡Corre todo lo que puedas, así llegarás antes a tus baratijas! Luego, si quieres, puedes caminar conmigo. Yo también saltaría para llegar antes a la taberna. Sé otra vez lo que es correr y me daría por satisfecho si tuviera una perra chica y lograra un trago de aguardiente». Así van hablando algunos consigo mismos, como si colgaran de los coches que pasan un esquema de la vida de las personas que van dentro, además de buenos deseos o adivinaciones. Pero si alguien camina a su lado, mantienen juntos una conversación constructiva, se hacen confidencias acerca de sus familiares y discuten sobre si habría sido más conveniente que se hubieran ahorcado ya hace mucho por sí mismos o que les hubieran colgado, y todo lo que habrían ganado con ello.

Barthli y Züseli eran de los que llevaban carro, pero no de los más desgraciados y desafortunados desde un principio. Por hoy, Barthli se habría dado por satisfecho con el mundo si no hubiera aparecido ningún hombre en la calle, y Züseli tenía un aspecto que rebosaba dicha. Habían llegado a la ciudad a primera hora, la mejor forma de evitar a la gente más peligrosa, los jóvenes. Barthli tenía que soportar algún enfado con las mujeres de la ciudad, pero siempre que fuera barato se ocupaba de conseguir compensación.

Mientras tanto, Züseli hacía aún mejores negocios, pues todos preferían comprarle a ella en lugar de a su padre, sucio de hollín. Como propina, además, a menudo hacían la siguiente observación:

—¡Qué muchacha más atractiva! Si fuera mejor vestida, sería un éxito.

—Que no te oiga —decía entonces una acompañante—. Podría hacerlo y vendría a la ciudad. ¡Seguro! ¡Sería una muchachita preciosa!

Quién sabe lo que esa señora hubiera dado por ser también guapa, ¡pero de ello la había librado Dios! Y tendría sus motivos, el buen Dios.

Además de su indignación con las mujeres de la ciudad, Barthli debía superar su inmensa ira contra los gendarmes. No podía creer que el buen Dios hubiese creado el mundo entero, según decía. El buen Dios era un hombre sabio, cierto, pero había dos tipos de criaturas que no debía haber hecho,

los sapos y los gendarmes (si al menos fueran como los antiguos, no diría tanto). Barthli no sabía, y nadie había podido decírselo, para qué servían y por qué a todos les espantan.

—Bueno, Barthli —le dijo un compañero—, yo te lo puedo decir. Aplasta de verdad a un sapo o a un gendarme y entonces le darás a Dios las gracias de que haya ordenado que tú seas Barthli y no un sapo o un gendarme. Para eso los ha creado.

—Mira —respondió Barthli—, es la gente más inútil que vive sobre esta tierra de Dios; ellos son los que organizan justo lo que deberían evitar. Hoy tenían que ocuparse de que el camino no estuviera cerrado para que pudiera pasar todo el mundo y son precisamente ellos quienes se ponen en medio del camino. Nosotros no deberíamos estar en ninguna parte; cuando ven a un hombre mayor, lo martirizan, según ellos nunca estás en el lugar correcto. Hoy mismo, uno me ha gritado tres veces, por nada de nada. Y no creo que sus superiores le paguen su sueldo para que enseñe a maldecir a la gente y a maltratar a los ancianos. Ese mono estaba ahí, de pie delante de mi chica, ni se sabe durante cuánto tiempo, no dejando pasar a la gente y apartando a los clientes de la muchacha; además, la atolondra, para él ella siempre está en el sitio correcto. Y ahora tiene que ir a lavarse, toda la vida se ha dicho que cuando un gendarme mira durante mucho rato a una chica se le pone la piel sarnosa, o al menos se le queda como si fuera la corteza de una encina de cuatrocientos años. No puedo hacerle nada a ese tipo, ni siquiera decirle nada, pero voy a presentarlo ante sus superiores; si está en mis manos hacer algo contra él, no lo voy a evitar.

Naturalmente, tenía que compensar a la muchacha, a la que no dirigía una sola palabra amable y a quien, cuando estaba en la taberna, pagaba la comida más frugal posible, de forma que se quedaba con bastante hambre y llorando de pena. «Si al menos estuviera en casa», pensaba ella, «podría calmar mi hambre». «Si al menos estuviéramos en casa», pensaba el viejo, «no tendría que llevar otra vez a la chica al mercado para que sonreía a un gendarme tras otro». Como los dos tenían prisa, salían rápidamente de la ciudad, pero no hablaban mucho el uno con el otro.

Los días de mercado son muy entretenidos. En todas partes suenan los violines y en aquellas casas de las que cuelga un cartel las ventanas están siempre abiertas para que los violines y los zapateos no la hagan saltar. Todos los que vuelven a sus casas tienen que pasar por delante de ellas y, de ese modo, disfrutan gratis de la música. Para las muchachas a las que no les está permitido entrar y que tienen que permanecer en la calle es una especie de castigo, sobre todo cuando tienen un corazón amplio y piensan que en ésta puede estar un tesoro y en aquella otra otro, y así en todas. Züseli no había estado nunca en un salón de baile. No sabía bailar, decía, y jamás sería capaz de aprender, por lo que no le apetecía ir. Aunque pensaba que su padre se lo permitiría. Ni se le había ocurrido que a muchas chicas les pasa con el baile lo mismo que a los perros con la natación. No es necesario más que arrojar a un cachorro al agua para constatar cómo, ya la primera vez, sale nadando alegremente. Así pues, a Züsi no le dolía el corazón cada vez que pasaba por una pequeña casa que vibraba al son de los violines, aunque ciertamente sus pasos se hacían más cortos, pues la música le gustaba.

Habían recorrido ya más de la mitad del camino cuando pasaron de nuevo por delante de una taberna. Un muchacho salió de repente por la puerta y cogió a Züsi por el brazo:

—¡Ahora te vienes a bailar uno conmigo! —exclamó a la vez que tiraba de ella para entrar en la taberna, como se acostumbra hacer y es lo normal. La muchacha se defendía y el viejo gritó:

—¿Quieres dejarme a la chica, burro, mas que burro? —y cogiéndola por el otro lado, comenzó también a tirar. Se armó un escándalo del diablo, pero apenas hubiera llamado la atención de haberse tratado de un gancho normal. Una chica tiene gancho: eso quiere decir que la festejan, que la buscan.

Cuando un chico intenta llevar a una muchacha a bailar y a beber, ésta, al principio, debe resistirse valientemente, aunque no todas lo hacen, al menos no necesariamente, pues tienen miedo de que los chicos no insistan demasiado y prefieran tirar lo menos posible y abandonen pronto. En ocasiones, son dos los chicos que tiran de una misma chica, hasta que casi le arrancan los brazos del cuerpo, o a veces la chica realmente quiere irse a casa y la arrastran literalmente, de forma que podría pensarse que habían recibido la orden de meterla dentro viva muerta. En esta ocasión, parecía más o menos apalabrado el hacer entrar a Züsi en la taberna, para burlarse del viejo y de su tozudez, pues de todas las ventanas salían gritos que decían:

—¡Benz, defiéndete, Benz, no cedas, sigue tirando, no seas gallina, no le gustas al viejo! —así que Benz tuvo que emplear toda su fuerza y juró por todos los demonios que ya podían defenderse como quisieran, que Züsi iba a entrar en la taberna, eso estaba hecho. Y arrastró a los dos tras de sí para alborozo de los espectadores.

—Viejo, déjalo, hoy no podrás evitarlo, vas a arrancar a tu hija los brazos. Ven conmigo, tienes que beber algo, lo que quieras.

—Benz, tira fuerte, si no puedes seguir, salimos y te ayudamos —retumbaba desde las ventanas.

—¡No es necesario! —gritó Benz mientras daba un fuerte tirón que hizo que el anciano soltara a la chica. Benz estuvo a punto de caerse junto a ella. Estalló una tremenda carcajada, con lo cual Benz entró aún más deprisa con la chica, literalmente conquistada, en el interior de la taberna.

El anciano se quedó fuera, maldiciendo y deseando que al muchacho le cayeran todos los males encima, insultándole y llamándole ladrón y asesino, sin darse cuenta de que estaba montando una comedia, y además gratis, para diversión de todo el público. Al fin, se acercó la tabernera, una mujer de gran corazón, decidida y con coraje.

—No tiene ninguna gracia hacer sufrir así a un anciano. ¿Y queréis ser unos buenos jóvenes campesinos? Creía que erais demasiado orgullosos como para montar un número tan burdo. Y usted, ¿para qué está aquí? —gritó dirigiéndose a un gendarme—. Sólo traéis desgracias, cuando se os necesita ni aparecéis, y cuando deberíais defender algo os ponéis incluso a ayudar. Anda, Barthli, levanta, bébete lo que te han ofrecido. Deja que la chica baile unas cuantas veces, y luego te la tendrán que devolver si tú quieres, estoy contigo. Yo pondré orden, ¡yo! Para eso no necesito a nadie, ni aunque tuviera montura y llevara un sablecillo en el trasero.

Para cuando Barthli entró con la tabernera, Züsi estaba ya en mitad del baile, para gran indignación del viejo. Para su propio asombro e inconscientemente, le había pasado lo mismo que a los cachorros de perro, y sus piernas se movían sin pensarlo, espontáneamente, según lo marcaba el violinista. A Barthli le recibieron arriba con toda amabilidad y le regalaron con vino y comida. Por todas partes le ofrecían vasos. Querían que se descuidara, llenarle de vino para que se olvidara de darse prisa y de volver a casa.

Pero Barthli no había nacido ayer y no era tonto por naturaleza. No le desagradaba beber un vaso de vino, si no le costaba nada, era una debilidad que compartía con otra mucha gente, pero no permitía que jugaran con él, no le gustaba hacer de bufón de otros, aunque ganara algo con ello, a pesar de que Barthli era avaricioso. Bebió hasta que le pareció suficiente; ya habían bailado tres piezas. Entonces quiso recuperar a su hija y marcharse, pero entonces comenzaron a burlarse de él y el espectáculo comenzó de nuevo. La muchacha lo oyó, y a pesar de que bailando se sentía casi en el cielo, de inmediato dejó de hacerlo y no quiso mover un solo pie más, sino marcharse con su padre a casa. Pero Benz no la quería dejar marchar, y empezó de nuevo a tirar de ella. Entonces se acercó la

tabernera, y dijo:

—Deja ya a la chica. Se lo he prometido al viejo y así será. Y al que la vuelva a tocar le voy a dar yo una y, si no es suficiente, dos. ¡A ver si la gente no va a poder entrar y salir de casa cómo y cuando quiera!

—Pero, mujer, yo creía que tenías más seso que eso. ¿Desde cuándo se baila con una chica y luego se la deja marcharse así, sin que beba un solo trago? Eso no lo hace nadie, y menos un chico decente si tiene unas perras en el bolsillo —decían todos.

—A veces, hubiese preferido irme sin beber que aceptar un vaso de un chiquilicuatre así —respondió la tabernera—, pero, por mí, ¿queréis que traiga una pinta?

Cuando se la hubieron bebido, comenzó la historia de nuevo. Benz no quería dejar que la chica se fuera. Ahora era cuando de verdad tenía ánimo para bailar, decía, y añadió que no era suficiente con beber, que además había que comer algo. Pidió que trajeran lo que hubiera, hoy tenía que pasar algo y él no iba a ceder. La chica comenzó a llorar y el viejo se puso furioso. Benz le insultó con todos los títulos nobiliarios posibles y el gancho hizo efecto de nuevo.

Entonces apareció la tabernera y con un fuerte empujón con el brazo arrojó a Benz en medio de los espectadores. Se cayó como un bolo al que alcanza una bola enorme.

—Ahora, viejo, coge a tu chica y sal de aquí. ¡Y que nadie me los toque siquiera o les moleste, porque si no, le voy dar de tal forma que se va a enterar de que le he dado! —gritó la mujer, furiosa.

Y el viejo salió en paz con su pequeña joya, sin que nadie les tocara. Es increíble el poder que tiene una tabernera valiente como ésa. El tabernero, en cambio, suele ser siempre un hombre flojo, débil.

El viejo salió disparado como un diablo envuelto en llamas o como un volcán en erupción, echando pestes de todo lo que hay en el cielo y en la tierra, y, en particular, de su pequeña hija, que ya había levantado un pie dispuesto a bailar y pretendía, según afirmaba, que había sido inevitable, que ella se había negado hasta que se sintió arrastrada.

—¡Era pura apariencia, so tonta! —seguía gritando el viejo—. Si hubiera sido en serio, te habrías puesto firme como un leño de haya, y ese pesado hubiera dejado de bailar contigo, ¡vaya que sí!

Sí, para un viejo como Barthli, un artesano de sesenta años, es fácil hablar; una persona como él, por naturaleza firme como el fleje de una gavilla, no sabe lo que es digno de una muchachita de dieciocho años si quiere mantenerse rígida cuando el violinista entona algo alegre y hay un Benz que quiere bailar con ella. La chica se sentía en un estado muy especial, dulce y amargo a la vez. La regañina del viejo le dolía. Lamentaba la rudeza de Benz. Que él fuera así, que pudiera ser tan rudo, era algo que ningún mortal se podía imaginar, pensaba, y al mismo tiempo sentía la alegre música del violinista, las notas le recorrían todo el cuerpo y los pies marcaban el ritmo. Estaba en ese raro estado en el que la parte de arriba llora y la de abajo baila, en que los pies y los ojos han perdido toda relación.

Y de este modo llegaron a casa. La chica tenía que hacer todavía los trabajos domésticos, tanto en la parte anterior como en la posterior. No sabemos hasta qué punto estuvieron conformes las cabras con el trato recibido, lo cierto es que a nuestros oídos no llegó nunca ninguna queja al respecto. Sin embargo, Barthli sí se quejó terriblemente del que recibió, y con algo de razón. El café no tenía ni pies ni cabeza, la muchacha se había olvidado de poner los granos molidos, por lo que salió completamente blanco de la cafetera. Las patatas asadas estaban negras como un sombrero de lana y no tenían ni sal ni mantequilla. La leche parecía una bebida desconocida que jamás había probado,

pues Züseli le había echado la sal y la mantequilla a la leche en lugar de a las patadas asadas. ¡Es fácil imaginar hasta qué grado, para el hambriento Barthli, esto no era precisamente una vida señorial! Estuvo a punto de ir a la taberna para solucionarlo, algo que no hacía nunca. Además, así podría quejarse de lo que le había pasado y de la hija que tenía. Por suerte, recordó a tiempo lo pícaro que siempre había sido el diablo y que sería muy posible que todavía lo fuera, por lo que, de una forma u otra, podía reunir a Benz y a Züseli. Mejoró su comida con un trozo de queso y bebió algo de leche fresca de cabra mientras observaba con atención lo que hacía Züseli, en qué dirección miraban sus ojos y si estaba esperando a alguien o no. Y cuando ella dijo que se iba a la cama, que tenía sueño y estaba cansada, entonces fue cuando todo le resultó realmente sospechoso.

—Espera, so tonta, todavía eres muy poco para mí. Barthli sigue siendo demasiado listo para ti y para otros, so boba. Espera hasta mañana y ya te daré yo astucia, pero de forma que la puedas sentir como un puño en tu cuerpo, so tonta —masculló el viejo.

Y entonces el viejo actuó con astucia. Se colocó entre los siete palos de las judías, desde donde vigilaba los accesos de la casa y especialmente las ventanas, las cegadas y las medio cegadas. Y allí permaneció acechante como el gato al ratón mientras pensaba: «Vais a ver, el viejo Barthli es demasiado listo para vosotros, os va a poner el café en la cafetera y la sal en las patatas». Y se quedó rígido como un leño de haya entre los palos de sus judías, lo cual no tenía ningún mérito, ya que era así por naturaleza, y levantó las orejas en punta, como un conejo en un campo de coles. Continuamente oía algo, unas veces detrás, otras delante, a la derecha, a la izquierda, algo que crujía en la hojarasca, trotes en la carretera, algo que se arrastraba, que tosía; en pocas palabras, oía de todo, pero nadie venía. Tenía frío y pensó que el chico podía estar ya dentro. Exacto, dentro se oía hablar. Barthli, como una araña cuando una mosca revolotea alrededor de su tela, se arrastró hacia la cama de su hija y se quedó quieto para saber quién hablaba y qué decía y, en caso de que fuera Benz, darle una buena paliza. Pero no entendía lo que se decía hasta que llegó muy cerca de la cama. Entonces oyó a Züseli, que susurraba:

—Tririli, tririli, trum, tru trurili, trurili.

La buena chica estaba bailando en sueños y se acompañaba haciendo de violinista. Seguro que era feliz en su alegría. Pero no tardó mucho el viejo en despertarla, arrojarla bruscamente de allí y acusarla de lo mismo que le atribuía a Benz. Agitó con fuerza a la muchacha, la despertó y le echó un sermón que tenía no sólo sal, sino también pimienta, aunque no caló muy hondo, pues apenas estaba de nuevo el viejo entre las judías volvió a oírse el tarareo en la habitación:

—Tirlu tirilu, tiri, ti —y el alma de la muchacha estaba feliz mientras el viejo, fuera, pasaba frío y maldecía sin parar, y todo en vano.

Benz no fue, aunque la verdad es que sí quiso ir, su espíritu así lo hubiera deseado, pero la carne fue demasiado débil. Estaba muy borracho y no encontró el camino; ni ése ni ningún otro, y aún corren entre la gente diversas versiones sobre cómo y cuándo llegó a casa. Y cuando Benz recuperó el sentido, le remordía la conciencia por el modo en que había tratado e insultado a Barthli. Tenía a la muchacha dentro de su corazón y la casa en la cabeza, y las dos muy en el fondo. La muchacha le gustaba mucho; era una chica retraída, despierta y trabajadora, y lo suficientemente guapa para él, como él decía, y lo importante, además, no es tanto la belleza como una conducta honrada. Y podría heredar toda una casita (Benz no daba ninguna importancia a los agujeros del tejado), con lo cual no necesitaba ahorros para la vivienda, y podría también plantar. Sí, eso sería un hermoso principio y tendría mucho ganado. Y cuando a uno le gusta una muchacha, según Benz, no parece que los

mejores preliminares sean maltratar al futuro suegro. Consideraba que debía reparar el daño, pero el cómo le hizo meditar durante mucho tiempo. Al fin, se le ocurrió algo. Robó a la mujer de su patrón un par de cestos viejos y rotos, y al acabar el trabajo se dirigió con ellos hacia el ribazo negro de hollín. Encontró al viejo sentado en un pequeño poyo delante de la casita. La muchacha se hallaba a un lado, en el peldaño de la escalera que conducía a la parte de arriba de la casa.

Benz dijo que la mujer de su patrón le enviaba para que viera si merecía la pena remendar unos cestos viejos. Así, sin más cumplidos, se encontró sentado en el banco junto al anciano. El viejo tomó de inmediato los cestos viejos en su mano y se puso tremendamente furioso. Primero descargó su ira con las mujeres de los campesinos, que cada vez eran más brutas y más perras. Y a él le tocaba remendarles los cestos. Y si pedía más de dos cruceros por uno, le contestaban con cajas destempladas, aunque le costara más trabajo que hacer uno nuevo por tres perras. Así es como trataban a los pobres, tras haberles sacado la sangre pretendían incluso burlarse de ellos.

Después de haber pasado revista a todo, dirigió su ira al muchacho:

—Venga, chico —le dijo—, no hay campesina que te mande venir aquí con algo como esto si está bien de la cabeza, y la tuya lo está, es una mujer sensata. Tú, bribón, lo que quieres es continuar donde lo dejaste, pretendes convertirme en tu bufón, pero te equivocas. Si necesitas un bufón, hazte uno de madera o selo tú mismo, pero deja a Barthli tranquilo, no vaya a mostrarte el camino de forma bien contundente. Coge estos cestos y desaparece, y que no te vuelva a ver en mi casa si no quieres que haga lo que debo hacer.

Benz permaneció sentado, y dijo con completa calma:

—En parte tienes razón y en parte no. Es cierto que la patrona no me ha dado estos cestos, he venido por mí mismo. ¿Y sabes por qué? Quería venir la noche del mercado, pero fue mejor que no viniera, estaba demasiado bebido. En mi vida había estado así, como una cuba, créeme. Después me di cuenta de que te había tratado muy mal. Lo lamento. Has de saber que no fue intencionado, que no había maldad en ello, sino que fue por conoceros. Mira, te lo voy a decir con claridad: tu hija me gusta y tengo la impresión de que nadie se puede llevar mejor que ella y yo. Los dos somos jóvenes y bastante guapos el uno para el otro, los dos podemos ganarnos bien el pan; ella va a recibir una casa y yo no, ella tiene un padre y yo una madre, ambos ancianos, y por la belleza no tienen que tener ninguna reserva. Si nos casáramos, entonces no tendría que seguir pagando el alquiler de la casa de mi madre, ella se encargaría de los trabajos de la casa y la muchacha podría ganar más. Y si reuniéramos todo eso, en poco tiempo tendríamos dinero suficiente y podríamos o bien comprar un poco más de terreno o arreglar la casa, que buena falta le hace. Si me entregaras a tu hija y ella no tuviera nada en contra, no se me ocurre nada más sensato, así que no lo pienses demasiado y di que puedo llegar a alcanzarlo. Nadie trabaja más que yo, y también soy ahorrador. El hecho de que el otro día me emborrachara no debe detenerte, es algo que ocurre alguna vez al año, y eso, según dicen, no es dañino. Mi madre es muy casera, limpia, ahorradora, come sopa y verdura, y limpia hasta los rastrillos. A lo largo de todo un año te va a suponer alguna que otra corona. Oye, eres muy viejo y ya no vas a seguir mucho aquí, pero tienes que recibir lo tuyo, como es justo y es además la costumbre, nadie te ya a tratar como un perro, como suele ocurrir en algunos lugares elegantes, sino como a un padre, seas raro o no, estés enfermo o sano. Pensaba que te alegraría que tu hija tuviera a alguien con ella antes de que tú te vayas. He pensado que me entregarías a tu hija, en mis brazos estará mejor que en los de uno que tenga unos cuantos miles de florines, pero que luego sea un mamarracho. Y, por otra parte, tampoco es que yo no tenga absolutamente nada. ¿No crees? ¿Qué dices, Barthli, me

entregarás a tu hija?

—Sí, sí, sí, entregar a mi hija a un bribón como tú, sí, sí, sí, sería una buena broma de Barthli, dársela a uno que sólo sabe lamentarse y que además empieza por tomarme como su bufón. Lo que yo creo es que te gustaría tener la casa y, de paso, colocarme a tu madre, esa vieja seca; eso es algo que sólo se le ocurre a un loco. Mi hija no necesita marido, a nosotros nos gusta comer lo que nosotros mismos plantamos, no necesitamos parásitos y menos aún desvergonzados. Y ahora haz el favor de largarte de aquí y llévate esa porquería al lugar de donde la has traído, si no quieres que te la tire a la cara.

Benz empezó de nuevo. Intentó hacerle ver a Barthli lo cómodo que es siempre un marido, y ya que de todas formas iba a tener alguno, haría mucho mejor eligiendo uno que viniera de día y no alguno que se acercara a su chica de noche, a escondidas. Lo único que tenía que hacer era preguntar a la chica si le quería a él o no. Pero Barthli no le preguntó a la chica si quería o no quería. Benz no había hecho más que estropear aún más su situación; había despertado en Barthli la sospecha de un acuerdo secreto, de modo que llegó el momento de marcharse si no quería recibir algún que otro golpe en la cabeza.

—¡Dile a tu vieja —le gritó Barthli al marcharse— que si quiere un marido se encargue uno de hilaza, pues otro no va a encontrar!

Benz se volvió, y dijo:

—¡Cállate ya, viejo! ¡Y espera! ¡Ya llegará el momento en que estarías contentísimo de tener a Benz, pero te vas a quedar silbando, viejo mimbrero, eso es todo lo que eres!

Züseli había estado presente durante toda la negociación, pero no le habían preguntado y ella tampoco dijo nada. Y después el viejo tampoco le consultó si había hecho bien, sino que la trató como si también fuera culpable. Era sólo una moza y ya una auténtica pendona, todavía inmadura y ya deseaba un marido, ¡qué horror! Tenía que beber agua de borrajas para que se le pasaran esas ideas. Y mejor que no le gustara mirar a los chicos, ya se encargaría él de cerrarle los ojos con resina o con rapé o con lo primero que tuviera a mano. ¡Ya le quitaría él las ganas de mirar y de coquetear! Para eso no había nada mejor que un montón de rapé en el morro. Le gustaría saber, dijo, qué iban a hacer con un yerno, con un raspa como ése, en una casa tan pequeña que ni ellos mismos tenían sitio. Hacía ya más de diez años que se había muerto su mujer; desde entonces se las habían arreglado sin yerno, no sabía por qué de repente ahora era tan necesario un tipo así, que come por dos, ocupa tanto sitio y lo único que sabe hacer es retrasar a los demás.

—No necesitamos yerno para nada, nos las arreglamos solos. Si la cabra apenas da ya dinero y leche para nosotros, no digamos para un becerro como ése.

Éste era el punto de vista que Barthli tenía del asunto. Seguro que a nadie, y especialmente a ninguna de nuestras queridas lectoras, le asombrará que digamos que Züseli no veía la situación desde la misma perspectiva. El baile y el marido habían encontrado un sitio en su cabecilla y merodeaban por ella de tal forma que casi olvidó cualquier otra idea o pensamiento. ¡Apenas tenía dieciocho años y ya podría tener marido, cuando hay algunas que tienen setenta y aún no lo tienen! ¡Así podría ir con él al mercado y, de vuelta a casa, ir a bailar! ¡Tirilitirilum! Y cuando su viejo no estaba presente ella probaba a ver si aún sabía hacerlo. Se ve que Züseli hubiera sabido qué hacer con un yerno de su padre. Pero no debía tenerlo, no iba a tener marido, pues su viejo no quería un yerno. ¡No volver jamás con alguien del mercado, no bailar nunca con él! Y eso era algo que casi le rompía el corazón y le hacía llorar. Quisiera o no, no podía dejar de pensar en Benz. «Se habría portado tan

bien», pensaba, cada vez más convencida. Tampoco ella necesitaba a la madre, pero a él sí, y seguro que hubiese tenido qué hacer, pues se le podía enseñar lo que no supiera respecto del tejido de cestos.

Hasta ahora Barthli, con toda razón, no había tenido motivo alguno para quejarse de Züseli, sino más bien para dar gracias a Dios por la chica, pues no sólo era su apoyo, sino también la flor de su vejez. Pero a partir de ese momento empezó a cambiar. Por lo que sabemos, la chica no hacía nada malo, pero sus pensamientos y sus ideas estaban ahora ausentes, se le iban volando, ni ella misma sabía dónde. Se olvidaba de una cosa, la otra la hacía al revés, lo que en ocasiones enfurecía de verdad al viejo. Unas veces no estaba hecha la comida, otras se había olvidado de ordeñar, las dos asas de un cesto estaban en el mismo lado o incluso encendía el fuego con las varas de mimbre.

Y a eso se añadía que la muchacha empezaba a tener mal aspecto, se cansaba en seguida y parloteaba tanto que el viejo ciertamente empezó a pensar que estaba enferma y pidió consejo a una vieja vecina. Ésta le consoló. Le dijo que eso les ocurría a las muchachas jóvenes, que sucedía a menudo y que ya se le pasaría. Y que para eso no había nada mejor que beber agua de escorzonera, especialmente indicada en innumerables ocasiones. Con lo cual, Züseli añadió a sus penas el tener que beber agua de escorzonera, que le sabía a rayos y que no parecía tener ningún efecto positivo, más bien al contrario. Y cuanto menos efecto le hacía, tanto más se enfadaba el viejo.

—¡Lo que pasa es que bebes demasiado poca! —le decía—. Si no, ya habrías mejorado, es especialmente buena para eso. ¿Quieres o no quieres beber?

Cuando se trataba del agua de escorzonera, sí hacía la pregunta: «¿Quieres o no quieres?» Si la hubiera hecho también acerca del marido, quizá se hubiera sentido mejor.

No sabemos si Züseli vio a Benz durante ese tiempo o si le volvió a hablar, pero tenemos motivos para creer que se vieron. Al menos una vecina, aunque no los había visto juntos, afirmaba que Züseli a menudo, iba a buscar la comida para las cabras y la escorzonera al mismo lugar, un sitio en el que no crecía nada que gustara especialmente a las cabras. Además, la razón dice que no se puede encontrar algo siempre en el mismo lugar. Y le parecía curioso que desde allí se divisaba el caserío en el que trabajaba Benz y se podía bajar al pueblo. A nosotros, en cambio, no nos lo parece en absoluto, pues toda chica de dieciocho años sabe que, si se encuentra en una habitación con tres ventanas y desde una de ellas se ve la casa de su amado, se sentará siempre en esa ventana, aun cuando carezca de toda esperanza de verle. Queda al menos la esperanza de ver una pierna o los faldones del manto de su amado. En todo caso, al menos tiene así un punto de apoyo firme para sus pensamientos, y eso no puede ser muy perjudicial.

No queremos determinar cómo actuaba. Lo que sí sabemos es que el año pasado, el segundo domingo de agosto, Züseli estaba sentada delante de la casa, terriblemente aburrida y temerosa porque su pequeño corazón estaba a punto de estallar.

Los habitantes del negro ribazo no creían que tuvieran que ir todos los domingos a la iglesia. Opinaban que si realmente había que ponerse la ropa de los domingos todos los domingos, se estropearía en seguida. Barthli seguía yendo de vez en cuando, aunque a veces lo hacía tan sólo para que la chica se tuviera que quedar a cuidar la casa, ya que no le gustaba nada que saliera. Cada vez que quería hacerlo, le ponía todas las dificultades de que era capaz. Pensaba que los solteros deberían tener terminantemente prohibido ir a la iglesia, ya que no lo hacían por oír la palabra de Dios, sino para mirarse unos a otros, y de ello no surgían más que dificultades, de lo cual hay suficientes ejemplos. Züseli no leía mucho, Barthli no le había servido de ejemplo. Ciertamente, tenían una biblia, pero les faltaba la costumbre de leer. Éste es un caso en el que el dicho es especialmente cierto:

«El hambre se despierta con la comida». Hay que empezar a leer pronto y leer bien, no sólo saber medio deletrear, para que uno disfrute con la lectura. Amanecía la mañana del domingo. Tenía que ocuparse de ellos dos y del ganado, lavarse bien y peinarse. En lugar de patatas hacía un revuelto o una tostada de huevo. A lo largo del año no solían tener carne a la mesa. Y esa comida se hacía ya a las once; mucho antes de las doce había acabado con todo, había comido y fregado. ¿Qué hacer entonces? Bueno, a veces Züseli se iba al bosque a coger bayas. Había suficientes, fresas, frambuesas, arándanos y moras. Otras veces trenzaba delicados y artísticos cestillos para ella, pues el viejo no permitía que el domingo se hicieran trabajos de verdad. Afirmaba que ésa era la mejor muestra de lo que habían empeorado los hombres; antes trabajaban seis días para con ello poder vivir siete y ahora son muchos los que, a pesar de trabajar siete no logran evitar la necesidad de mendigar.

Pero su padre no le dejaba ir a la calle y bajar al pueblo, donde estaban las tabernas, porque él no estaba allí con la caja de rapé en la mano para poder evitar a tiempo los posibles daños. Así que las tardes de los domingos eran muy largas y estaban llenas de llanto.

La mencionada tarde de domingo era una de éstas. Las cabras balaban en el establo y el viejo le dijo que le dolían los huesos, que no le asombraría que fuera a haber tormenta y que iba a salir hasta el borde del ribazo, que era desde donde mejor se veía lo que venía. Züseli contestó que empezaba a tener miedo; hacía una semana había habido una inundación terrible y se decía que siempre suele haber dos inundaciones seguidas y que la segunda es peor que la primera. Prefería que se quedara en casa o que le dejara ir con él.

—Tonterías —dijo Barthli—, alguien tiene que quedarse en casa para estar al tanto, y si es verdad que sube el agua, y nadie ha dicho que vaya a subir, eso es precisamente lo que voy a ver, ni el río Emme ni el Aare te harán nada aquí arriba, y si así fuera nada podría hacer por ti, eso sería casi el diluvio.

—Nunca se sabe —dijo Züseli, quejumbrosa.

—¡Tonterías! —respondió Barthli, dirigiéndose lentamente hacia el borde.

«Si es necesario salir el domingo de casa, la costumbre en todas partes es que sean los jóvenes y no los viejos los que lo hagan», pensaba Züseli con tristeza. Pero ella no era más que una pobre criatura, prefería morir que seguir así, sin una alegría, sin compañía y sin diversiones. Se sentó en el banco y sin duda alguna se hubiera puesto a llorar si no hubiera tenido compañía. Las gallinas se habían acercado a ella, pero no a buscar comida, sino como si quisieran encontrar refugio a su lado. «Habrà algún pájaro cerca», pensó. Pero las gallinas no se querían alejar, como suelen hacer cuando creen que el pájaro se ha alejado. Estaban alrededor de ella como medio enfermas y no movían ni una pata en busca de alimento. «¿Por qué estarán las gallinas tan cansadas?», pensaba. «Ojalá no hayan comido nada malo.» Si se le morían por eso, lo iba a pasar muy mal. Padre no quería comprar carne, y pan lo menos posible. Si no pudiera hacer de vez en cuando algo con huevo, no tendría en todo el año nada más que café y patatas, y siempre lo mismo sería demasiado aburrido.

Se oyó un trueno sordo. La chica no sabía por qué lado. Oscureció, casi parecía ya de noche. No era de extrañar que hubiesen venido las gallinas, seguramente creerían que ya era hora de ir al gallinero, pensó. Le entró mucho miedo. «¡Ojalá fuera la voluntad de Dios que papá estuviera ya aquí!», se dijo a sí misma.

Se asomó por encima del tejado y sobre él vio un cielo tan negro como una lóbrega tumba.

—Jamás lo había visto así —les dijo a las gallinas—. Ojalá volviera papá, ¿para qué necesita asomar su nariz al ribazo?

El silencio era también el de una tumba. No se veía ni un pájaro y a lo lejos se oyó un ruido sordo y sostenido; parecía que un gigantesco enterrador estuviera arrojando paladas de tierra sobre un ataúd recién enterrado. Cayeron gruesas gotas de agua.

Una vecina llegó a casa de Züseli, y dijo:

—Tengo tanto miedo que casi no puedo respirar, no sé lo que va a pasar.

—Sí —dijo Züseli—, y padre todavía no ha vuelto. Ha dicho que iba al borde del ribazo para ver qué tiempo venía, pero si no hubiera hecho más que eso me parece que ya debería estar aquí. Seguro que se ha entretenido charlando por ahí.

—¡Mira, ahí viene, y con mucha prisa! —dijo la vecina—. Nunca hubiera pensado que el viejo Barthli podía correr aún de esa forma.

Y entonces surgió una llamarada ante sus ojos, como si cayera fuego del cielo. Ambas se tuvieron que tapar la cara y un trueno horrísono retumbó en el aire; la tierra tembló y antes de que exclamaran siquiera, «¡Dios mío, Dios mío!», comenzaron a caer de las profundidades del cielo ríos de agua. El negro ataúd había estallado en pedazos y sus aguas se derramaban con fuerza sobre la tierra. Ambas se abalanzaron hacia sus casas, apenas a unos pasos, y a duras penas llegaron a ellas, caladas hasta los huesos y sin aliento. En cuanto se recuperó, se lamentó Züseli:

—¡Dios mío, Dios mío, mi padre!

Fue como si Dios le hubiera traído. Entró a toda velocidad bajo techo, y, jadeando, dijo:

—¡Dios mío, Dios mío, jamás había visto algo así!

Fueron a refugiarse a la cocina. Las gallinas corrían atolondradas alrededor del hogar. Detrás, en el establo, la cabra gritaba de dolor; su voz quejosa se oía de vez en cuando entre el rugido del agua y los truenos ensordecedores.

—Ojalá tuviéramos aquí a la cabra —dijo Barthli—, tiene un miedo horroroso y allí el tejado no está nada bien.

—Voy a intentar traerla —dijo Züseli.

La muchacha intentó por tres veces salir de la cocina y tres veces la hicieron retroceder las aguas del cielo, pues ya no era lluvia, era un río que caía sobre ella. Por fin, llegó al pequeño establo y pudo abrir la puerta. Y entonces, en medio del torrente de agua, cayó un rayo que la cegó. Aturdida, se apoyó en la pared. Cuando se rehízo, tras unos pocos segundos, la cabra había desaparecido y la cabritilla también, el agua rugía de forma horrorosa, tronaba e, iluminado por el rayo, vio un enorme río en el ribazo, donde antes, sólo en épocas muy lluviosas, corría un pequeño hilo de agua que a duras penas giraba una pequeña rueda de las que los niños suelen colgar en los arroyos.

Züseli corrió a refugiarse en la cocina, calada hasta los huesos.

—Padre, ¿estará la cabra, no? —exclamó—. Al abrir el establo, ha caído el rayo, y cuando he vuelto a mirar, ya no estaba ninguna de las cabras.

—El miedo hará que no se aparte de la casa. Hay que llamarla —dijo Barthli y empezó a gritar con su voz cascada—. ¡Gybe, eh, eh! ¡Chumi, eh, eh!

Pero la voz de Barthli era demasiado débil y no podía con el trueno de Dios y el rugido del agua, y Gybe no se acercó. En su empeño, salió hasta la puerta, y, a la luz de los relámpagos que encendían el cielo sin interrupción, vio el rugiente arroyo que iba llenando todo el ribazo. Subía y subía cada vez más y ocultaba los arbustos y abetos jóvenes con su lúgubre espalda.

—¡Ay, Züseli, vamos a morir! —exclamó Barthli, olvidándose de las cabras. Durante un momento pensaron en huir, pero ¿a dónde podían ir en medio de esas agitadas aguas? Pensaron que era el

juicio final, y que si iba a llegar, les alcanzaría en las montañas, en los valles o entre las olas espumosas. Rezaron lo que sabían, mientras esperaban temblorosos el fin del cielo y de la tierra. El agua rugía, la casa temblaba. Se habían entregado a su Dios sin tener ya en cuenta siquiera que el tiempo pasaba, esperando que se abrieran las puertas de la eternidad.

Y entonces aclaró de nuevo. Los rayos eran menos resplandecientes, se podía distinguir un trueno del otro, ya no ensordecían como antes, se hicieron más majestuosos; los pobres mortales respiraron, confiando otra vez en que sobre los que habían sido juzgados volvía a brillar el sol de la gracia.

Y entonces, de pronto, se oyó una voz a través de la puerta de la cocina:

—Barthli, ¿estáis con vida?

—Oh, ¿qué? —fue todo lo que Barthli pudo decir.

—Rápido, rápido, ven, si no va a arrastrar la casa.

Y este grito hizo que Barthli volviera sin más mediación de su místico estado de nuevo a la realidad, y saliera. A Züseli le temblaba todo en su interior, se había entregado y estaba dispuesta a presentarse delante de Dios, y ahora, de pronto, por la puerta llegaba la voz de Benz. No podía levantarse, le faltaba el aire, tenía las piernas paralizadas y por su corazón fluía un torrente que le hizo olvidar la avalancha que rodeaba la casa.

Miró, pensativa, alrededor de ésta. Una esquina estaba ya cubierta y el agua seguía aumentando. Pero Benz, con inteligencia y valentía, hizo lo necesario, interrumpir el cauce del agua, desviar su furia. Barthli arrastró hasta allí el material. Su angustiada llamada en busca de auxilio resonó a lo lejos e hizo que muchos acudieran en su ayuda, y a duras penas se consiguió salvar la casita. Pero fue en el último momento, unos pocos minutos más y el agua se la habría tragado.

Ahora, con el esfuerzo de todos, estaba fuera de peligro. El agua comenzaba a disminuir, felizmente, y de nuevo podía dominarse su cauce. La fuerza y resistencia de los hombres había vencido al poder de los elementos, que menguaba con rapidez.

Los corazones de todos perdieron el miedo, pero en muchos de ellos quedaba un lamento, en particular en el de Barthli. Era, como ya se habrá visto, de los que se quejan, de los que siempre tienen motivos para lamentarse, nunca para alegrarse, que prefieren añorar lo perdido y nunca se acuerdan de lo que han salvado. Nunca están agradecidos en medio de la felicidad, sino continuamente preocupados previendo las posibles contrariedades. Sus vecinos alababan su fortuna al poder salvar a su hija y su casa, pero ni los escuchaba siquiera, quejándose únicamente por la pérdida de sus cabras. Decía que no había ninguna como la vieja, ni en la montaña ni en el valle, que no había habido ni un solo concejal tan gracioso como ella, que sabía siempre dónde estaba la hierba más jugosa, fuera o dentro de la valla, y que cuando quería pastar no había valla que se lo impidiera y que valía al menos ocho táleros. Y que si la cabritilla se hubiera hecho como la madre habría llegado a valer otros ocho, las dos juntas dieciséis táleros. ¿De dónde iba él a sacar eso ahora? Y aunque pudiera reunirlos, ¿dónde iba a poder encontrar cabras con tanta leche, tan graciosas y más especiales que un concejal? Así, ¿de qué servía tener una casa, si llegaba el mismo Dios y asolaba todo y no había ya modo de superarse en toda una vida?

Estas palabras enfurecieron seriamente a la gente, y mientras le respondían con dureza y acritud, se oyó un fuerte balido detrás de Barthli, y luego uno suave. Se volvió precipitadamente; eran sus cabras las que le traían la respuesta, felices y sanas, y era Benz quien las sujetaba. Y ahora, de nuevo, la rabia que le producía el que fuera precisamente Benz quien las sujetaba era mayor que la alegría de

haberlas recuperado.

—¿Es que las tenías escondidas? A ti también te hubiesen gustado, ¿no? —dijo venenosamente.

—¡Oye! —respondió Benz con sangre fría—, ¿cómo me iba a hacer con ellas? Cuando la tormenta era tal que no se sabía si iba a quedar algo sobre la tierra o si era el final de todo, me dijo el patrón:

»—Benz, nuestros animales están en el establo. Me preocupan. ¿Te atreves a mirar si se puede hacer algo?

»—Patrón —le dije—, ¡por qué no! Si es el final, da igual que esté aquí o fuera y, en cualquier caso, para los pobres animales es un consuelo si hay alguien sensato a su lado.

Cuando, con gran esfuerzo, el aire y la lluvia en contra, consiguió salir oyó un balido junto al granero y encontró allí a las cabras que se habían refugiado de la lluvia y el fuerte viento.

—Sí —dijo Barthli—, es más ingeniosa que muchos concejales, ya lo he dicho.

Benz continuó relatando que las había dejado en el establo y que, al reconocerlas, pensó que se habían conseguido salvar saliendo del agua y que a Barthli quizá le había ocurrido alguna desgracia. Cuando se hubo ocupado del establo y ya estaba seguro de que no le iba a ocurrir nada, vino hacia aquí, ni él mismo sabía cómo. La casa estaba todavía en pie, pero era necesario sujetarla, y así lo había hecho. Si la cabra no le hubiera marcado el camino, quién sabe si el viejo y la muchacha estarían todavía con vida.

—Eh, sí, sí, en verdad tendría motivos para estarte agradecido, pero ¿qué voy a hacer ahora con las cabras, dónde las voy a meter? El establo está colgando del aire, ya no tiene suelo y la casa está fuera de su sitio. ¿Qué voy a hacer con las cabras si ni nosotros mismos sabemos dónde ir? —respondió Barthli odiosamente.

—Barthli, eres el más bruto. Tienes motivos suficientes para dar gracias a Dios por haber salido con vida, ya tienes tus cabras de nuevo y no haces más que quejarte y discutir —le dijo un vecino.

—Da tú las gracias, si crees que debes hacerlo —respondió Barthli—. ¡Voy a tener que dar las gracias por una tormenta como ésta, que no se conocía desde la época de Noé!

Y en eso tenía razón Barthli, en esa región no se había conocido una tormenta semejante. Debían haber reventado las nubes por la presión de gigantescas masas de agua que cayeron desde el cielo y por las laderas de una cadena de montes no muy altos, donde no quedaron aprisionadas como en un embudo y salieron por un solo hueco, sino que rompieron por todas partes hacia varios valles, por varios ríos, a este y oeste.

La casita de Barthli colgaba a media altura de la ladera del monte, las aguas que confluían abajo encontraron muy poco espacio y, además, arrastraron hasta el valle enormes piedras de varios quintales de peso. Debajo de la casa de Barthli se llevaron una pesada piedra de un pozo y la enterraron muy lejos, abajo en el valle, donde tardaron mucho en encontrarla. Y cuando, en efecto, comprobaron que el establo no se podía usar, dijo el bienintencionado Benz, a quien la falta de agradecimiento de Barthli no había molestado:

—Sabes, lo mejor es que la chica las ordeñe y yo me las llevo a nuestro establo, total, por un par de puñados de pienso al patrón no le va a importar y no está muy lejos, por lo que la chica puede venir por la mañana y por la noche a ordeñarlas.

Barthli dirigió a Benz una mirada indescriptible.

—Que te lo crees tú, chico —dijo—. Hans —añadió, dirigiéndose a un vecino—, llévatelas tú con las tuyas, yo me ocuparé del forraje.

Los vecinos se burlaban, enfadados, de Barthli. Como es natural, todos sabían que Benz le había llevado unos cestos y cómo Barthli le había dicho que no sabía para qué le iba a servir un yerno. Como es natural, todos estaban con Benz. La respuesta se había convertido en un dicho, y en cuanto había la posibilidad de tomar el pelo a Barthli, nadie se lo callaba. Ahora que la gente es cada vez más fina y mayor la cantidad de personas sin carácter, su personalidad era también de esas, cada vez más raras, ante las que se tiene una especie de respeto y, no obstante, al verlas no puede uno evitar reírse ni dejar de hacerle bromas o tomarle el pelo.

—No, Barthli, no —dijo Hans—, no tengo sitio para tus cabras, y aunque lo tuviera, no las juntaría, las mías son muy tontas y las tuyas tan listas y graciosas como un concejal. Seguro que sabía por qué se ha subido al establo de Benz. No seas más tonto que tu cabra y déjala con Benz. Por otra parte, creo que hemos tenido que aguantar la tormenta por tu culpa. Nuestro Señor ha debido querer mostrarte para qué sirve un yerno.

—¡Qué tontería! —gruñó Barthli—. Nuestro Señor se preocupa de cosas más santas. Para salvar a una cabra no hace falta ser yerno, eso lo hace el más burro. Y una tormenta como ésta no necesita ninguna ayuda. Con una así en la vida, Dios lo quiera, ya es suficiente. Sería de tontos cargar con un yerno por algo que no va a pasar nunca más. ¿Y qué voy a hacer yo con un mentecato como éste? Si Hans se niega, me la coges tú, ¿verdad, Niggi?

—No, Barthli, no, sé sensato. Piensa que lo que Dios ha unido no lo debe separar el hombre. Chico, sube con la cabra monte arriba y así se acabará toda discusión.

Benz lo entendió y gritó a Züseli, quien, como se comprenderá, no se hallaba lejos de allí:

—¡Oye, a las seis se les da de comer y se ordeña! Ocúpate de levantarte y estar allí, después de esa hora cierro y no podría ir. Y ahora date prisa en ordeñar para que me pueda marchar.

Züseli lo hizo rápidamente y en silencio, y Benz tampoco habló mucho. Probablemente estaban más preocupados por el futuro que por el pasado. Y la cabra, en cuanto estuvo ordeñada, siguió a Benz orgullosa y con la cabeza alta, tan bien como lo podría haber hecho un concejal, sin oponer la más mínima resistencia, como si supiera lo que se había decidido. La cabritilla bailaba feliz a su alrededor, como lo haría una muchacha de 18 años al enterarse de que dentro de poco se celebraría una boda en la que sería la dama de honor y en la que podría bailar todo lo que le apeteciera. Y luego, quizás, nunca se sabe, elegir un marido, tras lo cual habría de nuevo una novia, y una aún más alegre, pues ser novia es mucho mejor que ser dama de honor. Comer un asado es mejor que oler un asado, ¿no es cierto? —preguntamos nosotros.

—¡Seguro que mañana no te duermes, muchacha! —dijo entre risas Niggi—. Pero no te olvides tampoco de algo que parece que tu viejo todavía no sabe, que lo que ha hecho Dios está bien hecho. Cuando ha empezado a tronar y los ríos de agua a bajar, seguro que no has pensado el final que todo ello iba a tener.

Züseli no lo olvidó, no durmió nada en toda aquella noche y no se retrasó por la mañana. Durante toda la noche tuvo la tarde anterior ante sus ojos, como un enorme cuadro móvil. No pensaba nada, sólo sentía el miedo que le recorría los huesos, hasta la médula. Tenía el corazón encogido, tanto que a veces casi no podía respirar y, sin embargo, se sentía bien, como si tras el nublado apareciera el sol, un sol que pronto brillaría, más hermoso que nunca, borrando con su luz todos los horrores. Y todo pasaría, excepto Benz y la cabra y la cabritilla y otras muchas cosas. Y estaba allí tumbada mirando lo que tenía ante ella hasta que, sin darse cuenta, comenzó a amanecer. Entonces se levantó en silencio, para no despertar al padre, que roncaba bien fuerte.

Él tampoco pudo dormir durante un largo rato, pero no se sentía tan bien como su hija, sino, bien al contrario, muy mal. Estaba furioso con el buen Dios, con sus vecinos, recontaba una y otra vez sus pérdidas y le irritaba la alegría por el mal ajeno. Jamás habría creído que los hombres pudieran ser tan malvados como para alegrarse de su desgracia y burlarse de él, uniéndose en una confabulación como ésa en su contra. Pero se adelantaría a su alegría, ¡no iban a reírse más de él! Mañana iría él mismo a ordeñar la cabra, seguro que no era un trabajo imposible. Incluso admitiendo que no consiguiera extraer toda la leche y que la cabra se pusiera arisca, eso no iba a acabar con todo, y los demás no tendrían entonces de qué reírse. Ya había recibido castigo suficiente al no haber podido evitar que se destrozara la casita. No iba, además, a casar a su hija, no quería dos desgracias, una encima de otra, cuando la una es, además, aún peor que la otra. En su ánimo daba vueltas a sus propósitos, grandes, salvajes, turbios, casi como las oleadas de agua de la tarde anterior. Y, estando en ello, el sueño se fue apoderando de él, engañándole con ideas cada vez más impetuosas, atándole en silencio los miembros, cerrándole los ojos y arrancándole la conciencia. Le insufló imaginación con nueva fuerza y dejó que todo actuara en conjunto; ¡Dios sabe dónde estaría Barthli, en qué continente, en el cielo o quizá en el infierno, cuando su hija se escapó, mucho antes de que dieran las seis!

En esta ocasión el cielo no estaba cubierto, como suele ocurrir después de una tormenta semejante. El cielo estaba claro, el sol seguía su curso y la tierra estaba fresca y hermosa allí donde el día anterior no habían llegado las aguas. Lo que había estado cubierto por ellas estaba destrozado. A Züseli le costó llegar hasta el curso de agua donde habitualmente se arreglaba por las mañanas con la ayuda de un trozo de tela de algodón, con lo que, al volver del arroyo, conseguía una piel más radiante y hermosa que muchas mujeres de alta cuna al volver del tocado con sus mil chismes, jabones, pomadas, esencias, cepillos, peines, tenacillas, tijeras y multitud de objetos innombrables. En esta ocasión, quizá por primera vez, Züseli tenía interés en ponerse lo más guapa posible con ayuda del agua empapada en el trozo de tela de algodón, resto de una camisa vieja de su padre. Había desaparecido el camino habitual hasta el arroyo, se resbaló y no sólo llegó hasta el agua, sino que cayó dentro de ella, mucho más dentro de lo necesario y de lo que ella hubiera querido. Además, el agua estaba turbia, desagradable y mortalmente fría. Esto hizo que Züseli se esforzara aún más, escurriera con más fuerza sus andrajos, recomenzando una y otra vez. Cuando salió con cuidado a la destrozada orilla, apareció en ella adorable, brillante como si fuera la estrella de la mañana o como el alba cuando ilumina la cabeza de la Virgen de las montañas de Berna. Pero Züseli no sabía nada de eso, pues ni siquiera tenía un espejo para asegurarse del éxito de sus esfuerzos, y tampoco pensó en ello, sino que cogió la lechera y se apresuró con ella monte arriba. Le preocupaba que se pudiera retrasar. No le habría gustado nada que Benz pensara que era una holgazana.

Una muchacha como Züseli se siente orgullosa de su laboriosidad y su habilidad en el trabajo, ni siquiera concibe que alguien pueda acercarse a un hombre tocando el piano o con afectación. Lo que le interesa es que la gente diga: «Se conforma con lo que tiene, y es además una persona especialmente trabajadora, sabe de todo y no se pasa el día dando vueltas».

Pero la chica no mantuvo el mismo paso hasta arriba. No quería que Benz pensara que tenía prisa o que no podía esperar más para estar con él, pues podría darse cuenta de lo mucho que le interesaba.

Benz ya había acabado de ordeñar cuando llegó Züseli.

—¡Ya es hora! —dijo—. No iba a esperar más. Aquí nos levantamos por la mañana, y no al mediodía.

Züseli no quiso aguantar este reproche y protestó. En el establo se oyó un balido a dos voces: los animales habían reconocido su voz y cuando la vieron se volvieron tan cariñosas que a Benz se le hizo la boca agua. La cabra se levantó junto a Züseli para lamerle la cara, la pequeña le daba golpes con la cabeza y bailoteaba alrededor de sus pies.

—¡Anda, venga la leche! —dijo él—, así no se puede ordeñar.

Pero la cabra se negaba a hacerlo así, no se quedaba quieta, no le soportaba. No estaba acostumbrada a un muchacho tan bruto y fue Züseli quien tuvo que hacer su viejo trabajo. ¡Lo que habría hecho la cabra si hubiese sido el viejo Barthli el que hubiera pretendido ordeñarla!

Mientras tanto, Benz se ganó la amistad de la pequeña cabritilla con un puñado de hierba fresca, de modo que cuando Züseli, que ya había acabado, iba a coger también a la pequeña, ésta no supo bien a quién debía dejar que la acariciara. Resultaba hermoso ver cómo Benz y Züseli competían en acariciar a la desconcertada cabritilla, cómo cada uno de ellos quería mostrar al otro que era el que mejor y más efectivamente sabía hacerlo. Era difícil pensar que alguno de los dos se sintiera obligado a ello.

Al final hubo una decisión, nada fácil. La tomaron en realidad las cabras, ya que las dos se empeñaban con todas sus fuerzas en seguir a Züseli, y les costó mucho obedecer y separarse de ella.

Esto alegró mucho a Züseli.

—¿Ves? —dijo—. ¡Me quieren más que a ti! Me pasa con todos los animales, también con las gallinas y los gatos. Los animales saben quién tiene buena intención y quién no y pueden mostrar su amor como los hombres. Y también al contrario. Pero, Dios mío, lo que va a decir mi padre si me retraso tanto. ¡Adiós! —y ya se había ido.

Benz la siguió con la mirada, moviendo la cabeza con señal de duda.

—¿Es un triunfo o un reto? —se dijo—. ¿Quería decir que los animales me odian porque la cabra vieja no me ha dejado ordeñarla? Bueno, pues le voy a mostrar lo contrario, y esta misma noche.

Cuando Züseli llegó a casa, Barthli estaba levantándose. Gruñó pensativo y levantó con esfuerzo su cabeza desgredada de la almohada. Cuando vio a la chica vestida, le dijo:

—Haz el desayuno, mientras tanto iré a ordeñar; para cuando hayas acabado, estaré ya de vuelta.

—Padre, ya he ordeñado, acabo de volver, para cuando se haya levantado, estará dispuesto el desayuno.

Es casi imposible imaginar la cara que puso el viejo y cómo empezó a chillar a la chica, diciéndole que para qué se había tenido que dar tanta prisa, que desde cuándo se ordeña a medianoche, y qué iba a decir la gente de una chica así, que era una licenciada que buscaba a los hombres. Züseli se defendió alegando que habían quedado en esa hora y diciendo que nadie iba a pensar nada malo, pues todos habían estado presentes cuando se quedó en eso, etc. Pero no sirvió de nada, pues el viejo era uno de esos seres felices que no hacen caso de ningún argumento, continúan hablando de un tirón y da igual que se les responda o no. Hacen como si no tuvieran oídos; ni la altura del sol, ni siquiera si hubiera estado la luna junto a él, le hubiese convencido de que se había dormido. Normalmente no le sucedía y, por tanto, lo consideraba imposible. Le parecía mucho más natural que el sol hubiera equivocado su curso debido a la tormenta del día anterior y se hubiera retrasado.

—Está bien, por una vez —dijo al fin—. ¡Pero no vas a volver a ordeñar ahí arriba!

Hay una hermosa costumbre en la región, según la cual cuando ocurren grandes desgracias — incendios, inundaciones, etc.—, llegan los vecinos de los alrededores, cercanos y lejanos, con las

herramientas adecuadas, retiran los escombros y hacen lo que sea necesario. Y no solamente lo hacen sin cobrar, sino que muchos traen también alimentos, no sólo para sí, sino también para los afectados. Y así sucedió también el lunes siguiente a aquel funesto domingo en el ribazo negro de hollín.

Los primeros habían aparecido ya cuando Barthli todavía estaba riñendo a la muchacha. Eso despertó su curiosidad y los vecinos más próximos explicaron en seguida la causa de la regañina. Se convirtió en motivo de risa, el pobre Barthli estaba al descubierto y vendido, nadie se puso de su lado, todos estaban contra él. Después de mirar el estado del lugar se reunieron para decidir qué había que hacer, por dónde había que empezar. Barthli hablaba con vigor de su casita, era lo primero que había que reparar.

—Yo también opino lo mismo —dijo una voz detrás de él.

Cuando Barthli, bruscamente, se volvió, Benz estaba de pie tras él con la pala apoyada en el hombro, enviado por su patrón.

—¿Ya estás tú también aquí? ¿Por qué tienes que meter tu boca en esto, a ti qué te importa? —masculló Barthli—. Podías haberte quedado en casa; no sabes hacer mucho.

—Eh, eh, Barthli —le dijo un vecino—, no te olvides de lo que hizo ayer. Y, en cualquier caso, al marido de la hija le importa lo que le ocurre a la casa de su suegro.

—Todavía no lo es —gruñó Barthli y volvió la espalda a Benz como si no le quisiera volver a ver en todos los días de su vida.

En primer lugar, limpiaron las zanjas y los caminos, abrieron el cauce y dieron paso libre al agua; en pocas palabras, trabajaron allí donde el daño era mayor.

A pesar de su esfuerzo, dieron las doce, primero aquí, luego allá, desde alguna pequeña iglesia, y se dieron cuenta de que tenían hambre. Para la gente del campo, las campanas de la iglesia son como para los de la ciudad la copita que se toman de aperitivo, abren el apetito. Clavaron sus herramientas en el suelo, fueron a buscar sus bolsas con la comida y buscaron un lugar a la sombra y una cocina para calentarse algo, por ejemplo la leche, al que no le gustara fría. La mayoría se reunió alrededor de la casa de Barthli, que estaba en la sombra y tenía grandes árboles cerca. Züseli estaba muy ocupada calentando y prestando todo tipo de utensilios de cocina. Tenía además que contestar a múltiples preguntas, groseras y amables, y eso se entiende por sí mismo. Benz no estaba lejos de la puerta de la cocina. Se rieron mucho. Züseli no sabía ni dónde tenía la cabeza, y los oídos le zumbaban como si sufriera un fortísimo mareo. Temerosa, pretendía corresponder a todos los que le pedían algo, por lo que no tenía tiempo para charlar, como mucho una breve respuesta aquí o allí, y tampoco escuchaba lo que hablaba la gente, y esto les gustó. Decían que era una buena chica, nada desvergonzada ni perezosa, que era servicial y tenía buena voluntad y que cualquier parte de su figura les gustaba más que el dedo meñique del viejo cestero. Sería una pena, concluían, que no se casara pronto.

—Llévatela —le decían a Benz—. Llévatela, si no te la va a quitar algún otro. Es cierto que no vas a tener el suegro más guapo, pero a quién le importa la belleza del suegro, la verdad es que es muy feo, hasta desagradable, sobre todo desde que está viudo; parece un pájaro. Pero la chica, en todo caso, vale mucho para un hombre como tú, eso sin tener en cuenta las cabras, y lo de la casa no tiene mucha importancia. Mira, viejo, llámanos para que vengamos a la boda, habrá que cantar, ¿no? Y, si pagas tú la pólvora, dispararemos de tal forma que en Äärgäu creerán que atacan los franceses.

El viejo contestaba con rudeza, y cuanto más brusco se ponía, más se divertían todos.

Por suerte, la tarde transcurrió como es habitual en aquellos lugares en donde la mano de Dios ha

mostrado su poder sobre los seres humanos. Acudió gran cantidad de gente para ver la desolación causada. Se acercaban por curiosidad y la mayoría se iban consolados, pues es en lugares así donde con más facilidad se ve la importancia de los hombres y el poder del Señor. Esos lugares son un perfecto sermón: «Yo soy el Señor, y nadie más que Yo, que he hecho la luz y he creado la oscuridad; Yo, el Señor, hago todo esto». Lo cual despierta la piedad en muchos corazones. Y los que se acercan entregan las monedas necesarias en manos de los afectados y en los días siguientes les envían también generosos dones.

Barthli, que se sentía como en un nido de avispas o de abejas, vio no lejos de sí a un viejo campesino que también había venido para ver la desgracia y que justo en ese momento estaba observando su casita. Habían sido compañeros de escuela y, lo que es aún más significativo, había ido también con él por primera vez a la casa del Señor y, después, a la Santa Cena. Y esa antigua y estrecha relación se había mantenido. Hans Uli, un hombre rico, era el más fiel protector de Barthli. Éste fue a buscar refugio en él.

—¿Tú también has venido para ver mi desgracia? —le dijo—. ¿Por qué habré tenido que sufrir esto y, para colmo, salir con vida de ello, para qué sirvo yo ya en este mundo? ¿Qué me queda? Sólo mala gente y malos días.

—¡No, no Barthli, eso es un pecado! —dijo el campesino—. Tienes motivos para dar gracias al Buen Dios, ya que has salido tan bien parado de esto. Pero siempre has sido el mismo, no ves más que aquello de lo que te puedes quejar y jamás aquello de lo que deberías estar agradecido. Claro que no eres el único, hay muchos como tú, pero eso está mal.

—¿Por qué debería dar las gracias? La casa está medio destruida y mi corazón está lleno de desengaño y de ira por no poder arreglarla. Y aunque viviera cien años más, seguiría preguntando qué es eso especial que he de agradecer.

—Has de saber que eres un inculto, Barthli —le dijo el anciano—. Podrías haber perdido fácilmente a tu hija, y has recuperado las cabras, eso es lo más importante. Por la casa y las pocas plantas de judías no vas a llorar. ¿Y no sabes por qué debes estar agradecido?

—No sabría por qué. ¡Si dejaran mis cosas en paz y no me quitasen lo que es mío! Entonces estaría agradecido y movería el rabo contento ante todo perro que no me comiera. Pero sí tengo motivos para quejarme si uno, sea quien sea, me quita lo que es mío. Y encima tengo que permitir que se burlen de mí. Estoy a punto de estallar. Hace ya mucho que afirmo que no queda piedad en el mundo, pero no podía pensar que hubiera tan mala gente.

—¿Qué te ha pasado? ¿Es que te han robado? —preguntó el anciano.

—Lo que es robar, no —respondió Barthli—. Mucho peor que eso. Anda por ahí un inculto mequetrefe que, aunque sea invocando al diablo, quiere convertirse en el marido de mi hija. Y la chica, la muy tonta, es como otras, no parece tener nada en contra. Creo que incluso le parece bien. Y no sé cómo se ha enterado la gente, pero el caso es que cualquier bribón me lo presenta como mi yerno, le alaban en tono de burla, ante él ensalzan a la chica, le acucian para que se acerque a ella y él va trastabillando detrás. Y yo tengo que ver todo eso, y ver cómo mi hija carece de sensatez y de vergüenza. En otro caso se habría ido al otro lado de los montes y los primeros días no la vería nadie por aquí. Y, en lugar de eso, se queda aquí, sí, Hans Uli, incluso creo que habla con él y le espera.

—No será ese del que la gente dice que os salvó la vida y que también recogió las cabras, ¿no? —preguntó el viejo.

—Sí, ése es. Por mí no habría necesitado venir. Y ya sea él o no sea él, no necesito yerno para

nada. No me hacen ninguna falta dos desgracias juntas. Ya es suficiente con los gastos que voy a tener para volver a colocar la casa en su sitio, no sé de dónde voy a sacar el dinero. Así que, encima, no quiero un yerno para que nos quite de la boca la comida de la que, dicho sea de paso, ya no nos queda más que la mitad. Yo ya sé lo que he dicho; no necesito yerno, podemos comernos solos nuestra propia comida. Pero a él le da igual, pretende conseguirlo el muy bribón.

—¿No será el que durante la tormenta vino a ayudarte y te salvó la vida? —volvió a preguntar el campesino.

—Sí, ése es —respondió Barthli—, pero no quiero oír la palabra «salvar», no fue tan peligroso. No había llegado la hora, por eso nos libramos de ello. Si hubiese tenido que ser así, si hubiese llegado la hora, el muchacho no habría podido hacer nada, podía haber seguido gritando todo el tiempo que hubiera querido. Ahora que ya ha pasado todo es muy fácil vanagloriarse de lo que uno ha hecho.

—Escucha, Barthli, eres un bruto y no estás actuando como debes. ¡No te va a ir tan bien, cuenta con ello! Conozco bien al muchacho, es un joven bueno, trabajador, discreto y hogareño. No vas a encontrar uno mejor y, cuando tengas que construir, te darás cuenta de para qué te puede servir un yerno.

Barthli comenzó entonces a protestar en serio. ¿A qué se refería con lo de construir? Retirar escombros era necesario para que no se enfriara la cabra, eso sería inevitable, pero ni hablar de nada más.

—Un crucero mal empleado sería una injuria —dijo Hans Uli—. ¡Vete a pedirles a los campesinos madera! Eres un tipo asombroso, Barthli, no tienes mujer y, sin embargo, tienes buena suerte. Seguro que te darán más madera de la necesaria, y teniendo eso, el resto ya no te costará mucho. Con cien o doscientos táleros tienes todas las compras hechas, es más de lo que necesitas.

—Sí, sí, cien o doscientos táleros, es fácil decirlo cuando se tienen, pero cuando no es así, ¿de dónde sacarlos sin robar? Y tampoco quiero contraer deudas. ¿Quién iba a pagarlas y, aunque quisiera, quién me iba a prestar a mí ni una sola perra?

—¡Tonterías! —dijo Hans Uli—. Pero escucha, Barthli, ya que estamos en ese capítulo he de hacerte una pregunta que hace mucho que me hago y que me asombra. Hay gente que tiene buenas ganancias y que parece tener pocos gastos, de los que se podría pensar que van aumentando su capital, y cuando esta situación se mantiene, tendrían que ser necesariamente ricos. Y, sin embargo, no se les nota en absoluto, siempre están necesitados o lo aparentan, no progresan o se hunden inesperadamente. Y después, cuando se ha investigado, se ha encontrado siempre que existía un agujero en el que escondían la talega, sin que nadie lo notara. Y de inmediato se comprendía a qué se debía eso, y era que tenían un absceso de pus en el cuerpo que absorbía y consumía todos los buenos humores. Y tú eres también uno de ellos, Barthli, llevas muchos años ganando buen dinero.

¡Diablos!, qué escándalo armó Barthli con lo de las ganancias y la envidia de los campesinos cuando un pobre hombre no se muere de hambre. Durante mucho tiempo Hans Uli no se pudo marchar.

—En cualquier caso, has ganado mucho y, por las apariencias, has gastado poco. Por la taberna se te ha visto casi de milagro, tampoco has exagerado nunca en la ostentación, tu gente no lo ha tenido siempre de lo más fácil, y no los has tenido entre algodones. Mejor hubiera sido que los hubieses enviado al paraíso, donde no se necesitan más que un par de hojas de higuera. Así que has de tener mucho dinero, a no ser que haya un agujero en tu saco por donde se escapa. ¿Dónde lo tienes, o acaso

se lo das a alguien? Tengo, sin embargo, la impresión de que en todo este tiempo debería haber salido a la luz, y en toda mi vida no he oído que se haya dicho nada semejante de ti. Créeme, para ti sería mucho mejor que nuestro Señor Dios no hubiera creado más que una clase de personas en lugar de dos.

Barthli comenzó entonces a protestar, enfurecido, por tales difamaciones y ocurrencias y por cómo los campesinos ricos no son capaces de creer que los pobres, que trabajan como negros, puedan ser tan honrados como ellos. Y esperaba que, ahora que ya estaba con un pie en la fosa, no fuera a creerle un mal hombre. Dijo que él lo iba a demostrar, si podía, y que desde luego se defendería por todos los medios.

Pero el anciano, con una tranquilidad incommovible, permanecía frente a Barthli, quien seguía ladrando, hasta que al final respondió:

—Di lo que quieras, pero las cosas son como acabo de decir. He vivido demasiado para que me persuadan de lo contrario tan fácilmente. Barthli, o tienes un agujero secreto o tienes mucho dinero, el necesario para hacer una casa nueva. No me vas a convencer de lo contrario.

—Anda, ven —murmuró Barthli.

Tras hacer una señal a su viejo compañero, se alejó con él hasta un lugar abierto, donde no había ni árbol ni arbusto ni zanja desde la que alguien pudiera escuchar a escondidas. Allí se detuvo, y dijo:

—Hans Uli, eres un hombre listo; no lo hubiese creído nunca. Sí, tienes algo de razón, pero no me entiendas mal. Ya sabes cómo son las mujeres: allá donde brilla una perra, ellas quieren tener siempre dos. No, mi bendita mujer no era de las peores y lo de la chica podría ser más grave, gracias a Dios andan muchas por ahí que son mucho peores que ella. Pero si no hubiese creído que estamos siempre en las últimas, nadie sabe lo que habría hecho. Por eso le he hecho siempre creer que estábamos muy necesitados. Cada vez que tenía un crucero, no se lo he dejado notar, sino que me hacía pasar por más pobre aún.

—Pero ¿qué has hecho con tu dinero? —preguntó Hans Uli.

—Te lo voy a decir —respondió Barthli—, pero has de prometerme, por la salvación de tu alma, que no se lo vas a decir a nadie. Y si no mantienes tu palabra, que tu alma no encuentre la paz en su tumba y tenga que deambular por toda la eternidad. En cierta ocasión volvía de una estancia en la que me habían dado, y mi mujer lo sabía, un montoncillo de dinero, y empezó a atormentarme hasta el final para conseguir unas medias de lana para ella y unos zapatos de piel para la niña. Si le hubiera dado todo lo que me pidió, no me hubiera quedado nada, y si no se lo hubiera dado, lo habría cogido, pues no permitía que guardara nada. Cuando me quedaba con algo en los bolsillos me limpiaba el pantalón por las noches. Con esto no quiero decirte nada malo de ella, pues, por otra parte, era muy hogareña. Pero era de esas que no te dejan olvidar que tienes mujer. No podía seguir así. Y en cierta ocasión en que las dos estuvieron todo el día fuera de casa hice un agujero debajo de la cama, puse en él un cubo y volví a colocar los listones de tal forma que, si no se sabía, no se notaba nada. Ése era el lugar más seguro; nunca corríamos la cama y por debajo de ella es difícil hasta pasar la escoba. Mi bendita mujer tampoco lo notó, aunque a veces reñía conmigo echándome en cara que gastaba a escondidas el dinero, y quería saber en qué. Pero yo tenía la conciencia tranquila y aguantaba sus reproches. Ahora hay allí un buen montón de dinero, más que suficiente para construir. Pero lo lamento, es algo muy duro. Y encima un yerno, no tengo ayuda posible, piénsalo bien, Hans Uli, y para colmo uno como Benz.

—¡Qué tonto eres, Barthli! ¿Qué te da el dinero debajo de la cama? Tenías que haberlo prestado y

te hubiera producido intereses —dijo el campesino.

—¡Vaya tontería! —dijo Barthli—. ¿Piensas que si se hubiese sabido que yo tenía dinero habría podido conservarlo? En ese momento habrían querido tener algo que decir del asunto y entonces sí que habrían revoloteado los chicos alrededor de mi hija, se me habría llenado la casita de zánganos y habrían convertido a mi hija en una muchacha altiva. Y no lo habría podido evitar. No habría tenido más que preocupaciones, y si lo hubiera perdido no podría volver a reunirlo. Por eso lo tenía así, lo podía mirar cuando nadie andaba cerca y sentía gran alegría al pensar lo que dirían los hombres que vinieran a recoger mi casa cuando muriera y encontraran tanto dinero en la casa del viejo cestero.

—¿Y cómo iban a encontrarlo, a quién se le habría ocurrido buscar dinero en tu cabaña? —preguntó el anciano entre risas.

—Oh —dijo Barthli—, de eso ya me he ocupado yo, no soy tan tonto. Mira, aquí en mi viejo calendario, en el que siempre llevo conmigo, en la primera hoja, está escrito, y tuvo que hacerlo un escolar, «Hombres, buscad y encontraréis».

—¿Y si no lo hubiesen encontrado? —preguntó Hans Uli.

—Oh, Dios quiera que nunca elija para consejero de la comunidad un hombre tan tonto que, cuando esté escrito expresamente: «¡Buscad y encontraréis!», no busque hasta encontrar algo.

—Pero si hoy el agua hubiese alcanzado más fuerza y hubiera arrancado toda tu casa, junto con el cubo, ¿qué habrías hecho?

—Bien —respondió Barthli—, ¡si nuestro Señor Dios quiere hacerme algo tan terrible, que lo haga! Pero si no hubiera venido toda la gente y no me hubieran ayudado, sería culpa del buen Dios, y por mí puede pensar «él lo ha hecho, él se lo ha ganado». Por otra parte, a Él mismo le ha debido parecer que ya me ha atormentado bastante y que ya era hora de dejarme levantar la cabeza.

—Oh, Barthli, Barthli, ¡vaya cristiano eres tú! ¡Nunca te parecerás a los demás hombres, ni aunque llegaras a tener tantos años como Matusalén! Pero ahora vente, vamos a ver la casita y decidir lo que se puede hacer y dónde, en todo caso, se podría levantar otra.

Y así se hizo. Acudieron más campesinos en cuyos campos Barthli recogía el mimbre y analizaron la situación. En general, todos eran de la opinión de que en la casita no había nada que se pudiera arreglar. Cada clavo que se colocara, era un derroche y la casa apenas era habitable. Como mucho si el tiempo se mantenía seco, pero si volvía a llover dos días seguidos lo más probable sería que se desmoronara y cayera hasta el arroyo. Pensaban que en ese lugar y en muy poco tiempo, si todos ayudaban, se podría arreglar una casita nueva como la que necesitaba Barthli, que en caso de necesidad se podría hacer habitable, para luego, en la primavera, acabarla de construir. Los campesinos que entendían del asunto hicieron unas cuantas propuestas acerca de la madera necesaria, y con toda seguridad más correctas que las de algunos carpinteros. Éstos, a menudo, hacen hasta tres veces mal las cuentas a quien les encarga la construcción y, hasta tres veces, les hacen dar vueltas por el mundo en busca de la madera necesaria. E incluso hasta una cuarta vez, porque en alguna ocasión cortan la madera demasiado fina y la sierran demasiado corta. ¡Sí, es cierto, existen grandes artistas entre los carpinteros!

Barthli estaba asombrado, tanto por lo rápida y brevemente que los campesinos habían solucionado la cuestión como por su buena voluntad. Él ni siquiera había pensado que se pudiera encontrar madera ni en Israel. Pero como ya hemos dicho, era toda una personalidad, uno podía confiar en él y también reírse de él. Pero ambas cosas son igual de honradas.

De pronto, se levantó enfurecido, empezó a maldecir como un bellaco y quiso marcharse.

—¿Qué te pasa? ¿Te ha picado una avispa? —preguntó un campesino mientras le sujetaba fuertemente.

—¡Déjame ir! —exclamó Barthli, defendiéndose—. Por ahí va esa maldita hijastra mía, esperad que le voy a dar jarabe, pero jarabe de palo.

Miraron hacia donde señalaba Barthli y vieron a una muchacha que subía monte arriba con la lechera en la mano.

Barthli no se había dado cuenta de que se estaba haciendo de noche y se había olvidado de ordeñar. Züseli quería llegar justo a tiempo, si no Benz podría pensar que no servía para nada y tampoco quería interrumpir la importante conversación de su padre, y cuando llegó la hora se fue; como es comprensible, más bien pronto que tarde.

—Oye —dijo uno—, ésa es tu hija; seguro que va a ordeñar las cabras.

—Eso es justo lo que no tiene que hacer, aunque quiera ser ella la que ordeñe, no quiero que vuelva a subir donde ese bribón. ¡Ojalá el diablo se hubiera llevado las cabras y a ese bribón con ellas! ¡Dejadme ir, no me da la gana de que se diviertan y me tomen a mí por tonto! ¡Voy a darles, vaya que sí!

Todos se dieron cuenta de lo que pasaba y se rieron con ganas, pero no dejaron marchar a Barthli.

—Quédate, no vas a conseguir nada, lo único que haces es atolondrarles. ¡Qué vas a impedir! No podrás cambiar el curso de la naturaleza, y si no le dejas a tu hija que vaya con ése, se buscará otro que será diez veces peor. Eso les ha pasado ya a algunos padres; no quisieron dejar a sus hijas casarse con el hombre adecuado y después llegó otro, y el viejo se hubiera comido los dedos de rabia por haberlo impedido la primera vez. Piensa que van a venir obreros a tu casa y la de trucos que saben. ¡Ni siquiera el diablo está seguro con ellos, así que qué decir de una muchacha! ¡Cuánto mejor vas a estar tú si la chica está a la sombra que si la tienes que vigilar día y noche! Además, un yerno te vendría muy bien en muchas cosas, te ayudará a vigilarlo todo, y cuando dentro de poco tengas que ir a recolectar el mimbre, él se quedará en casa cuidando de que de verdad trabajen bien y no hagan chapuzas.

En pocas palabras: todos intentaban convencerle, pero no pudieron hacer que cesaran sus quejas ni lograron su aprobación.

Mientras tanto, Züseli, que desconocía estas negociaciones diplomáticas, seguía caminando presurosa monte arriba. Allí estaba Benz, delante de la puerta del establo.

—¡Mira, ven a ver mis vacas, para que veas si me conocen o no! —dijo a manera de saludo de bienvenida, y se dirigió hacia las vacas con el saco del forraje en las manos y les dio una ración de hierba o una de sal. Y era verdad, todos los ojos se volvieron hacia él y hacia él giraron todas las cabezas, y cuando se acercaba a ellas, ellas le rozaban con la cabeza. Era ciertamente el león del establo alrededor del cual giraba todo, y si hubiera habido algún motivo para ello, era como para tener celos.

—¡Ves! —dijo—. Ellas también me conocen, igual que a ti tus cabras. También ellas saben que deseo lo mejor para ellas y me quieren por eso.

—¡Sí, claro! —dijo Züseli—, lo que quieren es su comida, ¡a ti te buscarían menos si no fuera por la comida!

Y eso le sentó mal a Benz, y tuvieron una discusión, una discusión de las que acaban, como es normal entre ese tipo de personas, sin golpes y sin insultos. Benz quería saber si no podía ser amado

sin necesidad de recibir comida a cambio y Züseli afirmaba que sus cabras bailoteaban a su alrededor con mucho menos egoísmo y más cariño que las vacas de Benz.

Y con eso Züseli estuvo a punto de olvidarse de ordeñar, si de repente no se hubiera acordado de su padre.

—¡Ay, Dios! ¿Qué va a decir mi padre? —exclamó asustada y se puso de inmediato a trabajar. Entonces Benz comenzó a hablar del padre, quería saber por qué le era tan adverso si, en realidad, no tenía ningún motivo para ello, ya que no le había hecho nada malo, más bien al contrario. Había llegado a pensar que seguía instrucciones de Züseli, y tampoco comprendía el por qué. Él era sincero y no cambiaría de opinión, aunque la casita no valiera ni tres cruceros. Lo que le importaba no era la casita; si no existiera la chica, él no hubiera preguntado para nada por la casita y tampoco lo haría ahora, de todas formas no iba a conseguir una muchacha rica. Tenía que buscar una que fuera trabajadora y hogareña, y con la que uno pudiera sentirse alegre, y no una moza brusca. Por ello quería pedir a Züseli que el viejo no fuera tan seco con él. Y, por otra parte, podía comprender que en este momento un yerno podría venirle muy bien para ayudarle a reconstruir la casa, si era posible, y además eso no supondría muchos costes, ya que entendía de muchas más cosas de lo que aparentaba.

—¡No, por qué iba a ser verdad, por qué iba yo a decir nada a mi padre, no se me ocurre por qué! Si me dan orden de casarme, por qué no lo iba a hacer y si me mandan hacerlo con un muchacho pobre, ¿de qué serviría negarme? Y en el caso de que no me lo ordenaran, ¿de qué iba a esperar yo uno rico, una muchacha tan pobre que no tiene ajuar alguno para casarse? Por otra parte, aunque es cierto que no tengo casi nada, no soy nada quejica, me las arreglo con poco y no hay ningún trabajo que me asuste. Mi padre me lo ha enseñado así insistentemente. Y no me disgustas. Es cierto que también te puedes poner bruto, pero qué se puede hacer ante eso, es la forma de ser de los hombres, cada uno hace lo que sabe. No, seguro que no, Benz, yo no le he indicado nada a mi padre. Y si no quieres creerme, puedes preguntárselo a él.

—Se puede hacer, pero primero chócala en señal de que me quieres —dijo Benz extendiendo su mano, y aunque Züseli no la chocó, le dio cuidadosamente y sin dudar la mano, que significaba exactamente lo mismo. Se pusieron de acuerdo; Benz debería bajar al día siguiente por la mañana, antes de ordeñar, y preguntárselo.

—Y si el viejo no quiere —añadió Benz—, entonces voy a... haré lo que haya que hacer.

Este acuerdo les había llevado bastante tiempo. Züseli apareció casi temblando delante de su padre, pero no fue tan tonta como para disculparse antes de que él empezara a reñirla, pues ése es siempre el mejor camino para conseguir que te caiga una buena reprimenda. Pero el viejo no dijo nada, simplemente refunfuñó algo, rezongó todo tipo de cosas incomprensibles, de forma que Züseli no llegó a saber si estaba consolándose o era la forma de prepararse para un buen repaso de sus pecados. Así que se metió lo más pronto posible en la cama, pues sabía por propia experiencia que cuanto más se ha dormido, tanto más fácil es aguantar los sermones, por muy fuertes que sean.

Y a la mañana siguiente, en efecto, Benz llegó a la hora acordada con intención de soltar su discurso. Pero apenas había empezado a hablar cuando, para gran asombro por su parte, el viejo se dirigió a él:

—¡Deja ya toda esa parrafada! Ya sé lo que quieres, no es necesario que hables, ¡si la quieres, cógela! Pero no se te ocurra quedarte quieto sin ayudar pensando que estás aquí sólo para comer, hay que trabajar si es que queremos tener un tejado bajo el que vivir antes de que llegue el invierno.

Züseli oyó esto desde dentro y se asustó:

—¡Dios mío! ¿Qué le pasa a mi padre? ¿Se habrá vuelto loco?

Al final se enteraron de la decisión de construir la casita de nuevo y de que habían convencido a Barthli de lo difícil que sería, en tal caso, cuidar a una hija y, sin embargo, sería muy cómodo contar con un yerno. Por ello, Benz debía decir a su patrón que iba a dejar de trabajar para él y trasladarse allí de inmediato, si no tendría que buscarse a otro.

La mayoría habrá experimentado lo que se siente al salir de pronto de un sótano muy oscuro al sol. Exactamente del mismo modo se sintieron los dos. De improviso se habían convertido en novios, sin que fueran necesarias nuevas tormentas, rayos y truenos. No sabían dónde estaban, ni si estaban sobre los pies o sobre la cabeza. Benz se quedó mirando al viejo con los ojos como platos y la boca abierta de par en par hasta que el viejo dijo:

—¡Bueno, y ahora, si no te parece bien, muévete. Hay tres que quieren ocupar ese sitio!

Y entonces Züseli sintió dentro de sí un terror mortal; justo ahora era cuando podía pasar. Cuando se trata de matrimonio, siempre se habla primero con las chicas. Como por casualidad, salió por la puerta y les deseó buenos días... Esto hizo que Benz recuperara la voz de nuevo. Con pocas palabras se aclaró todo y Benz, tremendamente excitado, quería empezar ya a derruir la casa, en cuanto acabara de ordeñar. Costó un gran esfuerzo convencerle de que había tiempo suficiente para derruir la casa cuando se hubiera construido la nueva, pues si no, ¿dónde iban a vivir mientras tanto? Al final, informaron a Benz de que tendría que construir una cabaña provisional en el bosque, como los gitanos, aunque era algo que él ya tenía hacía tiempo en la cabeza.

—¿Qué otra cosa se hubiera podido hacer si se hubiese quemado la casa? —preguntó.

—Pero no se ha quemado —respondió el viejo.

Esto acabó con Benz, pues no supo qué contestar.

Barthli no tenía ni idea de albañilería, y Benz tampoco mucho, pero, en cambio, comprendía con facilidad los consejos que le daban los expertos. Barthli no entendía nada; lo único que hacía era preguntar continuamente por los costes, y cuando éstos superaban los tres cruceros se lamentaba como si se tratara de su último céntimo. El viejo Hans Uli tuvo que ocuparse de la cuestión, decir cómo había de ser la casa, ponerse de acuerdo con los maestros de obras, etc. Le prometieron más madera de la que necesitaba y la acarrearón hasta allí gratis. Los campesinos de los alrededores aportaron también las piedras sin cobrar nada por ello.

La costumbre es que, aunque no se hayan contratado transportistas profesionales, se les ofrezca, una vez que han acabado de descargar, algo de vino u orujo o queso y pan. Con Barthli surgía siempre una pequeña discusión. Cada vez que tenía que poner un crucero hacía como si se fuera a ahorcar. Esos malditos campesinos podían pagar con mucha más facilidad que él el vino y el aguardiente de los criados. Decía que debían dar de comer a sus criados en sus casas y que él no necesitaba nada entrehoras. Pero ellos no le hacían caso, y se lo tomaban como una señal de arrogancia. Sin embargo, ahora Züseli ponía más atención a lo que decía la gente y Benz sabía por experiencia propia cómo son los criados y lo que esperaban. Ambos conocían la opinión general y, por tanto, el juicio que merecían de la gente. Y lo arreglaban con lo que podían; Benz entregó todo su efectivo. Barthli parecía no darse cuenta, pero sí que lo veía, y lo cierto es que le alegraba de corazón el hecho de hacer sudar a su yerno y sacárselo todo, en lugar de que fuera al contrario, como es habitual.

Y todo hubiese ido muy bien si no se le hubiera ocurrido a Barthli algo muy distinto, en lo que ni Züseli ni Benz podían ayudarle. Los albañiles y carpinteros habían emprendido el trabajo, ninguno de

ellos tenía dinero de sobra y los aprendices aún menos y querían, si no al menos un adelanto, sí que se les pagara todas las semanas su jornal. Tampoco se les podía tomar a mal que quisieran saber si realmente iban a cobrar su trabajo. Un día, sin aviso previo, llamaron a la puerta de la casa de Barthli. El viernes llegó el albañil y le dijo que quería saber cómo estaba lo del cobro para poder organizarse. Al día siguiente tenía que pagar a sus aprendices, y si podía cobrar su dinero allí mismo, no necesitaría traerlo.

—¡Oye, tráete tu dinero! —respondió Barthli—. Creo que tendrías que empezar antes de pensar en que se te pague. Yo tampoco cobro mis cestos si no los he acabado antes, y no cuando me pongo a hacerlos.

El albañil, con gesto de calma, dijo:

—Pero hay una diferencia, tú con tus cestos puedes hacer lo que quieras, y puedes quedártelos cuando no te los paguen. Pero ¿qué hago yo con mi trabajo una vez que lo haya terminado? Ya no puedo hacer nada de nada. Además, no se trata de que sea tacaño con el dinero ni de que sea un necesitado: si supiera que iba a recibirlo, podría quizá tener paciencia.

—Oye, si crees que no te voy a pagar, puedes hacer lo que quieras, no eres el único albañil sobre la tierra —dijo Barthli.

A Barthli seguramente no le hubiera disgustado que todos los trabajadores se fueran de allí, pues lo de la construcción le resultaba cada vez más repugnante. Al final, había que pagar lo que la tormenta había hecho y le gustaría saber qué es lo que ganaba con ello. Él, sin duda, se habría sentido aún durante mucho tiempo muy a gusto en la vieja casita, pensaba, pero el Señor no había querido concedérselo.

Al día siguiente fue el carpintero el que se acercó:

—Oye, quería decirte que necesitaba algo de dinero para poder pagar a los operarios, estoy fatal. Pensaba pedirlo, pero no lo dan; la cosa del dinero está mal, nunca ha estado así, yo creo que se lo traga la tierra. Puedes arreglarlo, ¿verdad? Para cuando acabe la jornada debo tenerlo, como unos veinte gulden o así, o si te da igual me puedes dar directamente cien, y así el sábado que viene no tengo que volver a molestarte.

¡Rayos y centellas, cómo saltó Barthli, como si de un brinco quisiera alcanzar el cielo! Preguntó al pobre carpintero si estaba loco o le faltaba algo, que a ver si pensaba que podía hacer con él lo que quisiera sólo porque fuera un hombre pobre. Pero estaba equivocado, no se iba a dejar tomar el pelo en su vida. Lo que tenía que hacer era ir a pedir el dinero donde hiciera mucho que se lo debían, eso era justo, pero no allí, donde ni siquiera había comenzado en serio el trabajo.

Pero no era fácil hacer dudar al carpintero, era imposible desarmarle con palabras, así que declaró sin rodeos que al anochecer tenía que tener el dinero y, si Barthli no se lo daba, se largaría y no le volvería a ver. Barthli contestó con la misma concisión:

—Haz lo que quieras —y pensó para sí: «Por mí ya te puedes ir, me parece bien, ¡ya verás lo que vas a tener que esperar hasta que te vuelva a llamar!»

Cuando terminó la jornada, todos los maestros fueron en busca del propietario, pero no lo encontraron. Züseli y Benz no sabían nada de él, había desaparecido. Esto produjo inmediatamente la ira de todos. Züseli y Benz, cuando supieron la causa, se asustaron terriblemente. No se casarían hasta que la casa estuviera en condiciones de ser habitada, y ¿cuándo llegaría ese momento si todos los obreros se marchaban de allí llevándose sus herramientas? Para calmarlos, Benz prometió que, si el viejo no pagaba, él se ocuparía de conseguir el dinero. Pero no creyeron que el viejo fuera a dárselo,

pues nunca se le había visto con mucho dinero. Aunque era posible que precisamente en ese momento hubiera salido a buscarlo y no lo hubiera conseguido aún. Si no le daban nada, entonces sería él, Benz, quien lo buscaría, pues sabía dónde obtenerlo. Por fin se calmaron los obreros y prometieron volver el lunes, pero haciendo la salvedad de que la semana siguiente tenían que tener el dinero en sus manos.

Ya oscurecía cuando Barthli llegó a casa. Los jóvenes le habían estado esperando angustiados; sí, Züseli incluso había llegado a pensar que se podía haber hecho algún daño al sentirse agobiado por la necesidad de dinero y no haberlo encontrado. Pero en su rostro no había ni la más ligera huella de pena, y cuando los jóvenes se lamentaron, él hizo un gesto, estirando las comisuras de la boca, y dijo:

—¡No ocurrirá nada malo! Apuesto a que no sucede nada, quiero ver antes la parte trasera y luego verla desde la lejanía.

Naturalmente, los dos jóvenes no tuvieron suficiente sangre fría como para dejarlo pasar, pero Barthli continuó, precisamente con sangre fría:

—Bueno, es distinto si cuento con vosotros —y se fue a dormir.

Hans Uli, el viejo campesino, tuvo a la mañana siguiente un día horrible. Más de una vez se dijo que eso era lo que se conseguía cuando uno se preocupa por un hombre que es una tortura. Si no pensara que era una obra del diablo para hacer aún más difícil a los hombres el cumplimiento de la voluntad de Dios, hacía ya tiempo que hubiera alejado de sí a golpes de látigo a todo aquel que se le acercara para pedirle algo, consejo, dinero o cualquier otra ayuda. Pues a primera hora de la mañana, cuando apenas se había calzado aún las zapatillas, se presentó en su casa el carpintero y discutió con él, acusándole de haberle metido en esto, y que le había causado un gran perjuicio. Quería tratarlo con él, pues era con él con quien había llegado a un acuerdo. Así era como actuaban los malditos campesinos, que siempre les gusta ayudar con palabras, lo que no cuesta nada, protestaba. Pero es otro el que tenía que hacer el trabajo, y cada vez que metían en algo así a un pobre artesano, ellos disfrutaban con una alegría infernal y se hartaban de reír.

Apenas se había librado del carpintero cuando apareció el albañil, aún más furioso. La ira le había puesto tan rígido que se le hubiera podido coger de un pie y mantenerle recto. Hans Uli estaba más caliente y acabó con el albañil de forma más insultante. Le dijo que no era decente pedir el dinero directamente la primera semana y, sobre todo, a un hombre pobre, que a un rico no se lo hubiera hecho. Y además debía saber que él, Hans Uli, nunca había metido a nadie en nada malo y que, si no hubiera sabido seguro que les iban a pagar, no les hubiera encargado el trabajo. Pero estaba bien, la próxima vez no iba a tener ninguna preocupación por su causa.

Estas palabras pusieron al albañil como un guante. Se apagó como un fuego de paja y dijo que no había tenido mala intención, que no tenía que tomarse sus palabras a mal, eran malos tiempos y el dinero escaseaba tanto que a menudo no sabía de dónde sacarlo sin robar. Dijo también que sus operarios tenían que tener su jornal, que ninguno podía esperar. Si no se hubiesen dado bien las patatas, tendría que haberlo comprado todo, hasta el almuerzo, y no había dinero suficiente para tanto. Le parecía que si Nuestro Señor permitía que se diesen bien las patatas, no por eso tenían que dejar de compadecerse de él, en especial la gente pobre.

A Hans Uli comenzaba a darle vueltas la cabeza:

—Está bien eso que habéis dicho —afirmó—, pero no es nada gracioso. Nuestro Señor ya sabe lo que hace. Debe querer demostrar de una vez quién es el maestro y de dónde viene todo. Eso es justo lo que no sabéis, maestro albañil, y hasta que no lo reconozcáis, permitirá que siga la situación de

necesidad. Sois precisamente uno de esos que pasan el día maldiciendo a los ricos y predicando venganza, como si tuvieran la culpa de todo, y en todo el año jamás pensáis en nuestro Dios, creador del cielo y de la tierra. Y si alguna vez lo mentáis, es como si tomarais una garrota en la mano para golpear con ella a vuestro prójimo. Y ya que estoy en ello, os voy a hacer una pregunta: ¿Por qué habría de apiadarse Dios de los hombres si éstos ni siquiera se apiadan los unos de los otros?

—Sí —dijo el albañil—, en eso tenéis toda la razón, yo también lo pienso. Se deja que familias enteras mueran de hambre sin que nadie se apiade de ellas, a pesar de que sería posible, incluso fácil, hacerlo.

—Tenéis toda la razón, señor maestro, habéis dado en el clavo. ¿Y quién es el que menos se apiada?

—Eh, pues los que más fácilmente lo tienen —dijo el albañil.

—Decid mejor que aquellos que deberían ser los primeros, el padre y la madre. Maestro, no seré yo quien os eche en cara vuestros pecados, y no creo que vuestros hijos se hayan levantado de la mesa con hambre. Además, yo no sé nada. Pero si ocurriera, ¿quién tendría la culpa, si no vos? Podrías ser un hombre acaudalado, pero os pesa demasiado la nariz, colgáis demasiadas cosas de ella. Sería mucho mejor que os ocuparais de encontrar espacios verdes para plantar en lugar de ocuparos de que se os ponga roja la nariz. Y vuestra mujer atavía a la hija mayor que es una auténtica vergüenza y por el contrario a los niños pequeños los deja corretear por ahí, descalzos y con unos tan pobres harapos que medio se enfrían. ¡Y cómo son los operarios que tenéis y cómo se apiadan ellos de sus hijos! Persiguen descalzos una copita de aguardiente, y si alguien se ríe de ellos, se ponen a gritar como si les fueran a pinchar con una navaja. Y si alguien pretende ocuparse de vuestra alma, os lo tomáis como un robo. Así es, albañil, para que lo sepáis, y si queréis que nuestro señor Dios muestre su compasión, eso mismo tenéis que hacer vosotros.

—Sí, y también otros —dijo el albañil—. Y bien, si voy a obtener mi dinero, ¿para cuándo puedo contar con él, para ir haciendo mis cálculos?

—La semana que viene podéis venir aquí y os daré el dinero, ¡pero en proporción al trabajo, no contéis con ningún adelanto!

—No he dicho nada de eso. Si tuviera lo que me he ganado, estaría satisfecho —respondió el albañil con aspereza y se marchó entre gruñidos.

Apenas se hubo ido apareció Benz, muy angustiado. Su patrón no le podía ayudar económicamente, pues en este momento él tampoco tenía dinero. ¿Qué podía hacer? Hans Uli estuvo reflexionando sobre si convenía decirle a Benz con claridad dónde había dinero suficiente. Pero como había prometido guardar silencio, le consoló lo mejor que pudo con la promesa de que en el momento adecuado habría dinero suficiente y, por tanto, no debía angustiarse.

Apenas se hubo ido Benz volvió la hija de Hans Uli de la iglesia y le dijo que Züseli, la hija de Barthli, le había pedido por lo que más quisiera que por la tarde subiera a su casa, pues ya no sabía qué hacer de su vida y lo que más le gustaría sería encontrarse a seis pies bajo tierra. Según dijo, la muchacha estaba llorando de tal modo que habría conmovido a las piedras y bajo sus ojos uno podría haberse lavado las manos. «¿Quién más falta por venir?», se dijo Hans Uli, «estoy a punto de hartarme».

Pero ya no fue nadie más. Barthli tuvo mucho cuidado de no ser el quinto. Él, además, no tenía que preguntar ni de qué lamentarse; estaba feliz de que nadie le hablara acerca de la casita.

El domingo Hans Uli disfrutaba, ante todo, quedándose en casa. Le gustaba que su descanso

transcurriera sentado en el banco del frente de su casa. Así que le disgustaba la idea, pero sabía bien que Barthli, en su obstinación, no iría a su casa, aunque le llamara siete veces. De modo que al anochecer se dirigió hacia el negro ribazo, lleno de hollín. Barthli se asustó al ver llegar a Hans Uli. Si le hubiera visto a tiempo, no hubiera habido dónde encontrarle. Cuando Hans Uli se halló a su lado comenzó a leerle la cartilla, y lo hacía en serio.

Le dijo que ésas no eran formas. Si de verdad tenía buenas intenciones con respecto a él, si quería demostrarle su agradecimiento, ¿por qué le atosigaba con tales pejuguerías? Ya que tenía más dinero del necesario, ¿por qué no quería pagar el que debía? En algún momento tendría que ocurrir. ¿O acaso se imaginaba que habría alguien en el mundo lo suficientemente loco como para hacerlo por él? Debía ocuparse de que al día siguiente estuviese el dinero preparado. ¿Qué pensaría él si le dejaran marcharse de una estancia sin recibir su paga? Barthli se movía como una anguila, refunfuñando y bailoteando, y dijo que era Hans Uli quien tenía que cumplir, que había sido él quien más había insistido en la construcción de la casa y que sin él no se hubiera emprendido la obra. Había afirmado que tenía gente suficiente, y él, Barthli, había confiado en que se lo iba a adelantar. Poco a poco, según lo fuera ganando, se lo iría devolviendo.

A Hans Uli por poco le da algo al oír estas palabras.

—¿Acaso me mentiste al decirme que tenías un tesoro escondido con más de lo necesario para construir una casita? —le increpó.

—¡En absoluto! —dijo Barthli—. ¿Pero cómo voy a sacarlo del cubo? Durante el día es imposible, todo el mundo está continuamente entrando y saliendo, y por la noche tampoco, pues entonces se daría cuenta mi hija; no hay nada que pueda hacer, en absoluto.

—¿Y por qué no lo puede saber tu hija? —preguntó Hans Uli, exponiendo además con absoluta evidencia la sandez que representaba pretender ocultar a los jóvenes por más tiempo la existencia del tesoro. Y él, siempre que no lo fueran anunciando por ahí, no tendría nada en contra. Pero Barthli era como un viejo asno y ni dudó siquiera. Empezó por exponer con toda elocuencia las consecuencias negativas que tendría para los jóvenes el descubrir la existencia del tesoro.

—Adquirirían todos los vicios —dijo—; se harían altaneros, orgullosos, derrochadores. En cualquier caso, una desgracia.

Pero Hans Uli no le dejó seguir:

—¿Y luego, cuando tú te hayas muerto, qué? Es mucho mejor que inviertas ahora tu dinero en algo positivo a que lo tengan tras tu muerte; ahora puedes defenderlo. Cuando estés muerto, no podrás decir nada.

Barthli respondió:

—Deja ya de hablar, puedes decir lo que quieras, que no te va a servir de nada; no lo voy a hacer, no voy a usar ese dinero jamás, para nada. Y si me muero, me alegra sólo pensar lo que va a decir la gente cuando se encuentre todo ese dinero, cómo van a quedarse boquiabiertos, diciendo: «Ese viejo, el rudo cestero, ha dejado todo un cubo lleno de dinero. ¿Quién lo hubiera pensado, quién se lo hubiera notado? No habrá sido tan tonto como para mentirnos en eso». ¡Y no quiero que sea sí, que toda mi alegría sea vana! No, maldición, Hans Uli, no esperes de mí nada de eso, no lo voy a hacer. Prefiero colgarme en mi casa, me tendrán entonces tal como soy, me habré muerto y todo habrá sucedido como yo lo había pensado.

Hans Uli no había visto en su vida nada igual, esas palabras casi le asustaban. Conocía a Barthli y conocía su tozudez, y sabía cuán fácilmente la gente como él se aferra a algo, y lo difícil que es que

lo dejen, hasta el punto de llegar al límite. Ciertamente era una enojosa extravagancia de Barthli, pero llegaba a rozar la finalidad de su vida y estaba enraizada en él desde hacía muchos años. Toda su vida dependía de ella, de forma que Hans Uli pensó que era fácil equivocarse y forzar algo de lo que luego se podría arrepentir toda la vida.

Estuvo intentando pactar con él durante mucho, mucho tiempo, hasta que, al fin, Barthli dijo:

—Me da igual que el cubo esté debajo de mi cama o en tus manos; pero no quiero saber cuánto hay en él, no quiero sacar nada de él. Me es imposible sacar las preciosas piezas que en él he ido metiendo y, además, ni la chica ni su enamorado han de saber de su existencia. Nadie sabe lo que harían, antes de la luna llena habría desaparecido todo y la gente diría que era lo que me merecía y se burlaría de mí.

—Pero ¿quién va a pagar a los trabajadores? —preguntó Hans Uli.

—Tú, ¿quién si no? —respondió Barthli—. Sácalo tú.

—A mí eso no me gusta —dijo Hans Uli—. Antes habría que contar lo que hay en el cubo.

—Oye —saltó Barthli, enfurecido—, no quiero saber nada de lo que gastas, y si gano algo y lo puedo apartar, te lo daré a ti. Y a esa gente puedes decirles hasta dónde ha llegado el pobre Barthli con su dinero.

A Hans Uli no le resultaba nada agradable este extraño trato, y si Barthli no hubiera sido su viejo amigo de la escuela, no lo habría hecho. Pero Hans Uli se apiadó y, al final, llegó a un acuerdo con Barthli: Barthli debería darles unas cuantas monedas a los chicos y ordenarles que se fueran a la taberna y luego, cuando fuera de noche, debería llevar el tesoro a casa de Hans Uli. Éste debería mantenerlo en secreto hasta que Barthli muriera y, por si se daba el caso de que Hans Uli se muriera antes que él, hacer constar en alguna parte a quién pertenecía el dinero y lo que había que hacer con él.

Barthli llevó el dinero, pero Hans Uli no actuó como se había acordado. Hizo que dos hombres de confianza lo contaran y colocó encima de él su certificado.

Los muchachos se habían asombrado extraordinariamente ante la inaudita generosidad de Barthli, y no hubieran aceptado su ofrenda de no haber estado Hans Uli presente. Éste les dijo que si su padre quería dárselo, debían cogerlo, que podía pasar mucho tiempo antes de que al viejo se le volviera a ocurrir algo así. Además, era un signo de que estaba satisfecho y eso no convenía rechazarlo. Además, deberían seguir siéndole fieles y tomar sobre sus hombros la carga más pesada, ya que eran jóvenes y, por tanto, también tenían que ser más fuertes que un hombre de setenta años. Por fin, salieron, aunque Züseli seguía teniendo ganas de llorar. Decía que eso sólo podía deberse al cambio último, al cambio final, antes de la muerte. Y ya podía Hans Uli intentar persuadirla de lo contrario, a su padre le debía haber ocurrido algo sobrenatural, pues no había mortal que le convenciera de algo que no tuviera ya en su cabeza; apenas lo conseguía siquiera el propio Señor Dios.

El lunes se presentaron los trabajadores con el semblante lleno de osadía, en los que estaba escrito: «Vas a ver, viejo bribón, si hoy no sacas lo que debes, te enseñaremos». El albañil, a punto de estallar de impaciencia, casi no podía aguardar hasta el anochecer para enterarse de cómo se hallaba la situación. Y aun antes de que llegara la hora de acabar el trabajo, se dirigió a Barthli diciéndole:

—Y ahora, ¿piensas pagar o no? Quisiera saberlo.

—¿Quién ha dicho que iba a ser hoy? —preguntó Barthli.

—Hans Uli lo prometió —respondió el albañil.

—Bien, si él te lo prometió, ¿por qué vienes a preguntármelo a mí? Vete a ver a Hans Uli, que él

cumplirá lo que prometió.

Al principio, el albañil protestó diciendo que no pensaba ir corriendo detrás de su dinero de un lado a otro, y seguramente para nada. Que si Barthli quería tener un bufón, lo que tenía que hacer era encargar uno hecho de hierro. Benz, quien, como es natural, tenía un miedo horrible, le calmó lo mejor que pudo. Lo que resultó más eficaz fue asegurarle que Hans Uli había estado allí la noche anterior y que seguramente habrían llegado a un acuerdo. Dijo también que el padre no sabía nada de cuentas ni de números y apenas conocía lo que era el dinero; seguramente Hans Uli se habría hecho cargo de los pagos.

—Puede ser —dijo el albañil—. Pero ¿por qué no ha dicho nada ese pícaro? Si quiere que se haga, tiene que organizado.

—¿Y por qué queréis torturarme? —dijo Barthli—. ¿No podéis trabajar ocho días sin que se os pague? Intentad explotarme y ya veréis quién ríe el último.

Creemos que el último hubiera sido Barthli, con su tenacidad y agudeza, pero no fue necesario. Cuando los trabajadores vieron dinero y supieron que Hans Uli tenía su mano puesta en ello, se dejaron de historias y llevaron a cabo su trabajo con tal rapidez que la casa estuvo dispuesta para ser habitada mucho antes de lo esperado.

Y entonces los dos jóvenes hicieron públicos sus deseos, pensando que al fin habían llegado felizmente a su meta; pero algo se interpuso de nuevo en su camino, una nueva turbación en la que no habían pensado. Al parecer, en su caso había de demostrarse el dicho *Per ardua ad astra*, es decir, que con gran esfuerzo se llega al cielo. La costumbre dicta que para el día de la boda se encarguen trajes nuevos, pues existe la creencia de que en cuanto se rompa ese traje, y en especial los zapatos de boda, también se deshace el amor. Todos saben que los trajes nuevos duran generalmente más que los viejos, sí, incluso hay muchos que guardan ese traje en el desván y no se lo ponen nunca o, al menos, muy raras veces, en la creencia de que, de este modo, conservan eternamente joven su amor. Lo cierto es que si se hubiera demostrado su veracidad, sería un remedio fácil y muy aconsejable, además de universal, para mantener eternamente fresco el amor. Los jóvenes pensaron que era imprescindible que tuvieran esos trajes, especialmente Züseli. Pero ¿de dónde iban a sacar el dinero sin robarlo? Benz había utilizado todo el que poseía en provecho de Barthli, y Züseli nunca había tenido nada. Y dos trajes nuevos, por muy baratos que quisieran comprarlos, costaban sin duda una buena suma. Seguramente podrían haber hecho lo que hace mucha gente, pedir el dinero prestado, pero ellos se avergonzaban de algo así y sabían que de esa forma resulta todo mucho más caro. Y como estaban pensando en su futuro les horrorizaban las deudas y los gastos innecesarios.

Un día que Barthli parecía estar de buen humor, Züseli empezó a engatusarle; estuvo casi a punto de bailar ante él, como hiciera ante Herodes la hija de su mujer, y cuando parecía haberlo ablandado, sacó Züseli a relucir su deseo. Pero, ¡santo cielo!, ¡qué nubes más negras aparecieron entonces y qué rayos y truenos surgieron de ellas! Barthli protestó diciendo que a él qué le importaba, no era él quien se pensaba casar, y era quien fuera a hacerlo el que se tenía que ocupar de los trajes. Él ya tenía suficiente castigo con un yerno y no sabía por qué motivo iba a tener que soportar ese gasto. En pocas palabras, hizo aproximadamente lo mismo que con los obreros, actuó con su hija exactamente igual que con la casa; hubiera preferido que todo siguiera como estaba. Züseli le contó entonces que Benz había utilizado ya mucho dinero propio en provecho de Barthli y que ya había puesto, pagado de su bolsillo, gran cantidad de cerveza, vino y otras muchas cosas.

—¿Y quién se lo ha ordenado? —gritó Barthli—. Quien lo haya hecho, que se lo devuelva. Si uno

de vosotros tuviera una sola gota de sangre decente, no me vendría con esas peticiones, ahora que casi acaban conmigo tantos gastos como tengo.

Es fácil imaginar lo que esto le dolió a Züseli, especialmente por Benz, y lo que se avergonzaba ante él. A menudo pensaba que al fin y al cabo también podía casarse con sus ropas usadas, que el amor no podía depender de eso. Y si ella hacía todo lo posible en su trabajo, en la casa, en su amor y sostenía a Benz entre sus manos, por así decir, no podía creer que pudiera ser castigada por algo contra lo cual no podía hacer nada.

En cierta ocasión estaba sentada delante de la casita, asando patatas y llorando amargamente, cuando llegó Hans Uli, quien quiso saber qué le pasaba. Tras muchas excusas, al final Züseli confesó su disgusto. La primera reacción de Hans Uli fue enfurecerse, pero después se echó a reír, y dijo:

—El viejo sigue siendo el mismo, podría metérsele en un mortero y triturarlo de arriba abajo y seguiría siendo el mismo Barthli, no cambiaría ni un pelo. Pero consuélate, tendrás tus vestidos, y Benz también. El viejo tiene que pagar, quiera o no, se lo añadiré a los costes de la construcción.

—¡Eso no, Hans Uli, por favor, eso no! En toda mi vida jamás he engañado a mi padre ni por un solo centavo, a pesar de que a veces lo he necesitado, de hambre y sed, y no voy a empezar ahora y menos aún por los trajes de boda. ¿De qué servirían unos trajes nuevos si los hubiese conseguido con dinero injusto? ¡Me avergonzaría llevándolos, no podría mentir al respecto! —respondió Züseli.

—Eres una persona muy especial —dijo Hans Uli—. Y cuando seas mayor, tendrás una cabeza tan meticulosa como tu viejo, quizá no tan ruda, pero en modo alguno menos extraña.

Afortunadamente, mientras estaban en estos tratos llegó Barthli, por casualidad. Hans Uli le dio un buen repaso y le dijo que era el padre más rudo para con sus hijos de todo el Emmental, y que si no querían esperar hasta que acabara por serles odioso al echar pestes de ellos, lo que le ocurría era justo, pues sólo él tenía la culpa. Con estos y otros argumentos consiguió al final que Barthli dijera que ya estaba harto de todos esos ardides del diablo. Estaría bueno, dijo, que cualquier mendigo quisiera ir a la iglesia con vestidos de seda y terciopelo, y que hiciera lo que quisiera, podía irse donde otro si quería. Él era lo suficientemente mayor como para utilizar la razón en esos asuntos. Y, por otra parte, a él le daba absolutamente igual, al final verían quién iba a pagar. Es muy fácil, decía, contraer deudas, pero devolverlas, eso tiene bigotes, ya se darían cuenta. Esto representó para Züseli un trago muy amargo. Quería renunciar ya a su ropa nueva, pero Hans Uli la consoló diciéndole que a él no le gustaba la gente altanera. Pero quien en tales ocasiones no hace lo que es norma y costumbre, se arrepentirá más tarde o se convertirá en alguien que estaría mal adaptado su vida entera.

—Eso es tabaco sin refinar —dijo Barthli.

—Puedes hacer lo que quieras con él —dijo Hans Uli riendo—; puedes dejarlo o esnifarlo, pero nadie te lo va a meter en la nariz.

Züseli era una novia realmente hermosa y sentía una alegría auténticamente infantil, en verdad conmovedora. Nunca se había visto a sí misma con un atuendo adecuado y en el que todo armonizara. Las ocasiones en que había estrenado algo, lo nuevo hacía que lo anterior pareciera aún más viejo y desgastado. No se cansaba de ver sus zapatos nuevos, sus medias relucientes, y disfrutaba de una pieza tras otra, exactamente igual que un niño junto al árbol de Navidad. Gira alrededor del árbol, del que cuelgan todas las cosas bonitas, y va de una a otra sintiendo ante cada una, una nueva alegría aún mayor que la anterior.

Y Züseli no fue feliz un único día, como, a pesar de Dios, les ocurre a algunas pobres novias,

sino que cada día era mayor su felicidad. Desde que murió; su madre, Züseli no estaba habituada a las palabras amables. Si al cabo de un año oía dos o tres por parte de su padre, ya era mucho. Y Benz tampoco era precisamente un caramelo en cuanto a dulzura. Pero ahora Züseli recibía de él todos los días algunas pocas palabras amables, y las otras, al menos, no eran malhumoradas y groseras.

Además, se abría un hermoso futuro para ella. Benz demostró ser un hábil cestero y ya en el primer invierno trabajaba casi tan bien como el propio viejo.

Hans Uli le preguntó en cierta ocasión:

—Y ahora ¿qué tal el yerno? ¿Ya sabes para qué te sirve?

—Eh —dijo Barthli—, no está mal, para el trabajo es bueno y si hubiera aprendido antes a trenzar los cestos y no fuera mi yerno, no me habría dado ningún problema, me acaba muy pronto el trabajo y sale de sus manos como si llevara mucho tiempo haciéndolo. Pero en la mesa es algo increíble, ese bárbaro, por decirlo sin rodeos, no come como un hombre pobre, sino como si fuera un campesino rico que tuviera diez vacas en el establo.

—Y eso lo dices tú, Barthli —dijo Hans Uli riéndose—, ¿precisamente tú? Has comido a menudo en mi mesa, y si había alguno que quería más, ése eras siempre tú.

—Oh, sí, claro, no voy a decir que no, en casos especiales o durante una estancia —respondió Barthli tranquilamente—, pero no me refiero a eso, me refiero a diario, en casa, un día tras otro. Eso es distinto, y no puedes imaginar cómo me irrita.

—Claro que me lo imagino —dijo Hans Uli—, yo también lo he vivido. ¿O crees acaso que un campesino no se da cuenta cuando alguien come como el perro de un carnicero?

—Supongo que sí —contestó Barthli—. Pero, ¿por qué lo pregunto? Debe estar aquí para esto, si no ¿para qué iba a estar?

—Tú sí que eres gracioso —dijo Hans Uli—. ¿Crees que nosotros nos alimentamos de escaramujos? Si te oyeran los de por aquí seguro que no te contrataban ni una estancia más.

—¡Y a mí qué me importan las estancias! —dijo Barthli—. Si tengo el mimbre suficiente, adelanto mucho más utilizándolo como yo quiero que cuando lo tengo que usar para los cestos de los campesinos como ellos quieren, y apenas me gano el pan.

—Pues si crees que te van a dejar el mimbre, estás muy confundido —dijo Hans Uli.

—Ajá —contestó Barthli—. Eso no lo hace uno mismo. Los campesinos no desean que vuelva y busque las varas de mimbre en sus pastos. Pero no me quedaría más remedio que recoger lo que no me han dado. Tampoco quieren que vea cómo se roban el agua el uno al otro, o que en las noches oscuras les cuente a los campesinos viejos, que también están de regreso, en qué desastre se han convertido sus hijos.

Barthli seguía siendo igual de lenguaraz, pero sus fuerzas menguaban visiblemente; los acontecimientos del verano habían agitado todo su organismo y le habían hecho perder el equilibrio. No se quejaba, únicamente tosía algo más que antes, y lo que más le enfadaba era cuando Züseli le decía que necesitaba algo, alguna infusión o alguna medicina. Se centró aún con más ahínco en su trabajo, ocultando cada vez con más cuidado su debilidad. En cierta ocasión Züseli le trajo media botella de vino tinto. Nunca le había visto tan enfadado como entonces por lo que consideró un derroche; faltó poco para que le arrojara la botella a la cara. Durante todo el tiempo en que había existido la antigua casita no había entrado en ella nada de vino. Ahora, en cuanto habían tenido que hacer una nueva, el diablo había puesto sus huevos en ella. Veía claramente lo que iba a pasar en cuanto cerrara los ojos. Pero no iba a darles ese gusto. Antes de desaparecer iba a enseñarles durante

un tiempo por dónde deben ir las cosas. Pero tales palabras son temerarias y no les corresponden a los hombres, sino a otro maestro. A la mañana siguiente, Barthli apareció muerto en su cama, pero no tenía el cuello torcido; parecía haber muerto en paz.

A Züseli esta muerte le llegó al corazón; sin embargo, no podemos afirmar que Benz se entristeciera más que otros yernos que pierden un suegro tan especial. Pero lo que sí sentían ambos era un gran temor y perplejidad, preocupados como estaban por cómo obtener dinero y qué hacer con las deudas que, sin duda, existían.

Como es comprensible, Benz se dirigió de inmediato a casa de Hans Uli para pedir consejo y consuelo.

—Vete a ver al cura y anúnciaselo, y haced el entierro lo más barato posible, como mucho un almuerzo de queso en la casa, nada de carne en la fonda. Yo le echaré a veces de menos pero, por otra parte, ha sido una suerte para él y para vosotros que no haya sufrido una larga enfermedad; eso habría sido terrible —dijo Hans Uli.

Benz le preguntó también dónde encontrar vino y queso barato, los más baratos, ya que no sabía siquiera cómo podría pagarlo, pues en la casa apenas tenían tres perras. Dijo que con el tiempo podrían pagarlo si había ahora alguien que se lo prestara.

—¡Y por qué no! Di simplemente que esta mañana os lo han sellado todo y vete de inmediato a la corte de justicia para que lo hagan realmente, y así nadie puede negártelo. De todas formas nadie lo haría, están contentos con vosotros. En circunstancias como éstas se nota lo que hace el buen nombre.

Benz quería seguir hablando de otras cosas, pero Hans Uli le dijo:

—Ahora vete y haz lo que te he dicho. Vente con Züseli el día del entierro por la noche, y yo os informaré. Mientras tanto, no temáis, las cosas no están tan mal.

Era un consuelo, pero no le dio una tranquilidad completa. Se comprenderá que estaban temerosos de que llegara la noche fatal. Los vecinos se mostraron muy bondadosos con el joven matrimonio, se ofrecieron para velar el cadáver y para ir en su lugar a hacer los encargos que necesitaran. Si en verdad precisaban algo no tenían más que decirlo, sin cumplidos. Benz y Züseli afirmaban que jamás en su vida hubieran pensado que la gente era tan buena con ellos. Todavía no conocían a fondo a las personas. No hay duda alguna, la gente es bondadosa, pero no le gusta serlo durante mucho tiempo; siente compasión, pero alguien de quien se tendría que ocupar a la larga le resulta con facilidad molesto. Pero en una situación así, desde la muerte hasta el entierro y, en el mejor de los casos, unos cuantos días más, eso sí es posible.

Mucha gente acompañó a Barthli hasta la tumba y durante el almuerzo funeral todos actuaron con discreción; el comentario general era que los jóvenes recién casados habían tenido un mal comienzo y tendrían que trabajar en serio si querían salir adelante.

Dedicaron la tarde a fregar y barrer, y al anochecer se dispusieron, con el corazón encogido, a ir a casa de Hans Uli. Una vez allí, antes de que Hans Uli entrara en negocios, tuvieron que comer y beber. Se sentían como si estuvieran en casa del verdugo, y hasta que el viejo no se dio cuenta de que ya no podían tragar un bocado más no les condujo a la otra habitación. Encima de la mesa había algunos papeles y en el centro estaba un viejo cubo gastado con algo dentro. Züseli no quería ni mirar lo que era y pensaba que esas cosas se retiran siempre antes de hacer entrar a gente extraña en una habitación. Los papeles estaban llenos de cuentas y recibos de la casa.

—¡Santo Dios, cuánto! —gimió Züseli con el corazón oprimido—. ¡Eso debe ser una suma increíble!

—Sí —dijo el anciano—, lo es; se ahorró todo lo que se pudo, en otro caso podría haber costado fácilmente incluso la mitad más. Y aún no habéis acabado. Si queréis que se haga todo lo necesario, costará aún un buen montón de dinero, y yo querría acabarla. No hay nada más frío, más contraproducente que una casa sin terminar. Si dejan alguna a medio hacer, se queda así para siempre, esas casas ya no se acaban nunca. Y, sin embargo, continuamente hay que seguir arreglándolas mientras se mantengan en pie.

—¿Pero a cuánto asciende entonces nuestra deuda, además de los intereses? —preguntó Benz con voz sofocada—. Padre, que en gloria esté, no tuvo que pagar intereses y, además, apenas podía hacerlo.

—Bien —dijo Hans Uli—, calculadlo vosotros mismos. Se habrán gastado hasta ahora unos trescientos táleros y con cien táleros más se pueden hacer muchas cosas, así que en total serían cuatrocientos. Va a costar más de lo que en un principio pensé, pero he creído que era mejor hacer las cosas bien desde el principio.

—¿Y cuántos intereses representan? —preguntó Züseli a media voz.

—Pues son dieciséis táleros si la deuda asciende a esa cantidad.

—¡Dieciséis táleros al año! —gimió Züseli.

—En efecto, es un dinero cuando se tiene que pagar —dijo Hans Uli—. Pero vosotros no tenéis que pagarlo, no me debéis ese dinero. Era dinero de Barthli.

Los dos se quedaron de piedra, boquiabiertos.

—¿De mi padre? —preguntó al fin Züseli.

—Sí, de tu padre —respondió Hans Uli—. Y mirad, ahí hay más.

Y diciendo eso empujó hacia ellos el viejo cubo y quitó el papel que lo cubría. El cubo estaba lleno casi hasta la mitad de gruesas monedas de plata.

Los dos estuvieron a punto de desmayarse, y Züseli dirigió al anciano una mirada que decía: «¿Por qué te burlas de nosotros?»

—¡Mírame como quieras, señorita! Sí, era dinero de vuestro padre, y ahora es vuestro.

Y entonces Hans Uli les contó cómo había sucedido, les entregó el papel en el que constaba el testimonio de los dos hombres y lo que habían encontrado en el cubo, de lo que se dedujo que todavía quedaba la mayor parte.

Estaban allí, de pie, y no había gran diferencia entre su rostro y el de la mujer de Lot (tal como se puede apreciar, aunque haya perdido algo de color, en la iglesia de Doberan) cuando miró tras de sí y llegó a sus ojos la imagen de las dos ciudades en llamas. Pero en este caso el final fue distinto. El rostro de Züseli no se volvió de piedra, antes bien recobró la vida, y luego comenzaron a fluir arroyos de agua de sus ojos, diciendo que su padre lo había llevado todo tan mal, aunque tenía tanto dinero, que no se había concedido nada a sí mismo y sólo lo había guardado para ellos, que ella no lo sabía y no había hecho nada por él y no había llamado al médico. Ni siquiera le había dado un laxante o cualquier otra cosa.

—Bien —dijo al fin Hans Uli—, me alegra que pienses en ello y que lo primero que hagas sea llorar y no alegrarte. Pero ahora déjalo ya y no te laments demasiado porque no tuviera lo suyo. Así lo quiso y ésa era su felicidad, y, como dice el refrán, que cada loco disfrute con su tema. Creo que no hay que evitarle esta alegría, ése era su bienestar. Y si os hubiera visto ahora, si hubiera visto vuestras caras, se habría llevadola mayor alegría de toda su vida. Y vamos a concedérsela. Pero no pasemos de ahí, no es necesario que la gente se asombre del tesoro de Barthli. Si por mí fuera, no

dejaría que la gente supiera nada de esto. Pero podéis hacer lo que queráis. Para ti, mujercita, sería una exigencia excesiva.

Benz dijo que le agradecía el consejo y que opinaba lo mismo. La gente era ahora buena para con ellos, y si se enteraban de lo ricos que se habían hecho, se volverían envidiosos. Lo mejor sería que compraran algo de terreno para poder mantener una vaca.

El anciano se echó a reír cariñosamente, y dijo al fin:

—No te lo tomes a mal, pero eso sería lo más tonto. ¿No crees que la gente se preguntaría de dónde habías sacado el dinero si de repente te comportaras así? Pero la cuestión principal es la siguiente: tú quieres ser cestero, y eso está bien, ya ves que tiene su buena base. Pero no sabéis lo que ganáis, lo que cuesta mantener una casa y, en general, lo que es mantenerla. Y ahora no lo confundáis todo, pensad que todo se hará, todo se soportará, que nunca se sabe de qué modo se echan a perder la mayor parte de los hogares y cómo además se pierden también el camino y el suelo. Acabad la casa y luego seguid viviendo aproximadamente como hasta ahora. Y así sabréis con exactitud lo que ganáis y lo que gastáis, si os sobra o es demasiado poco, y de momento dejad el dinero de vuestro padre tranquilo, como si no existiera. Si Dios os permite seguir sanos, sin duda alguna ganaréis más de lo que necesitáis y con ello podréis ir comprando poco a poco las cosas, ya que carecéis de muchas, no tenéis de nada. Hay casas de mendigos en las que tienen más. Mientras tanto, haced que trabaje vuestro dinero, ya se encontrará dónde colocarlo, y que no se sepa por aquí. Y cuando, por medio de vuestro trabajo, hayáis alcanzado una buena posición, os hayáis hecho conocidos y queridos dentro de la profesión, entonces tendréis aún tiempo de comprar tierra y vacas, si es conveniente y seguís deseándolo. Y entonces la gente incluso se alegrará. Seguro que os lo valoran en mucho y que dirán: «No hay gente más hogareña, pero es justo que lo hayan obtenido, han trabajado para ello y nunca se les ha visto malgastar un solo crucero en cosas inútiles; si todos fueran así, habría muchos menos pobres y todo iría mejor en el mundo».

Cualquiera puede imaginarse cómo agradecieron los jóvenes los consejos del anciano. Él mismo estaba conmovido por la profundidad de sus sentimientos y dejó que le rogaran que siguiera administrando el tesoro.

Después anduvieron durante mucho rato en silencio camino de casa. Finalmente dijo Züseli que quería arrodillarse y rezar. Cuando se levantaron de nuevo, Züseli se echó al cuello de Benz, y dijo:

—¡Oh, Benz, qué rara me siento en este momento! Pero nunca nos volveremos orgullosos y avaros, miraremos por cada crucero, nos mantendremos en el amor y no olvidaremos rezar cada día por padre, y nunca olvidaremos de dónde ha venido todo y a quién se lo debemos, ¿verdad?

Benz estrechó a su mujercita junto a su corazón, y en silencio, cogidos de la mano, caminaron hacia su casa. Dios quiera que en su interior encuentren la paz en la tierra y se esmeren al tiempo por conseguir la paz en el cielo.

ONDINA

CAPÍTULO I

Cómo el caballero se encontró con el pescador

HACE ya muchos cientos de años, un anciano pescador remendaba sus redes en un hermoso atardecer, sentado a la puerta de su casa. El paraje donde vivía era encantador. El verde suelo sobre el que se alzaba su cabaña se extendía a lo lejos hasta alcanzar una gran laguna. La lengua de tierra parecía buscar sus aguas azules, cristalinas, y el agua parecía querer abrazar enamorada la hermosa pradera, sus hierbas altas y sus flores y la sombra refrescante de sus árboles; eran huéspedes una de otra y precisamente por eso eran tan bellas. De presencia humana había poco o nada en este ameno lugar, exceptuando al pescador y su familia. Y es que detrás de la lengua de tierra se extendía un bosque muy cerrado que la mayor parte de las personas no se atrevía a transitar sin necesidad, debido a su oscuridad y a la falta de caminos, y también a los seres extraños que podían salir al paso y a las diabluras que podían hacer. Sin embargo, el viejo pescador lo recorría sin temor cuando llevaba los ricos peces de la laguna a una gran ciudad que no estaba lejos de allí, detrás del gran bosque. Le resultaba tan fácil caminar por el bosque porque casi todos sus pensamientos eran buenos y, además, cada vez que se adentraba por la temida espesura solía entonar a voz en grito y con el corazón limpio un canto religioso.

Aunque estaba muy tranquilo remendando las redes, se llevó un susto al oír un ruido que llegaba del bosque, el ruido de un jinete cabalgando, cada vez más próximo a la franja de tierra. Le vino a la imaginación lo que había soñado en muchas noches de tormenta sobre los misterios del bosque; en particular, la figura de un hombre gigantesco, blanco como la nieve, que movía la cabeza sin cesar. Y cuando dirigió la mirada hacia el bosque, le pareció ver a través de la espesura al hombre gigantesco que se acercaba. Pero pronto se sobrepuso, pensando que nunca le había ocurrido nada malo en el bosque y que el mal espíritu tendría menos poder aún en campo abierto. Al mismo tiempo se puso a rezar de todo corazón algunos versículos de la Biblia; así perdió el miedo y creyó, muy satisfecho, que se había equivocado. El hombre blanco que movía la cabeza se había convertido de pronto en un riachuelo que él conocía muy bien, que llegaba del bosque lleno de espuma y desembocaba en la laguna. Pero el que había causado el ruido era un caballero muy apuesto que a través de la sombra de los árboles se acercaba a la cabaña montado en su corcel. Un manto de color escarlata le bajaba sobre el jubón azul recamado en oro; su birrete dorado llevaba plumas rojas y de color violeta, y en el cinturón brillaba una espada extraordinariamente bella y artísticamente labrada. El caballo blanco que montaba el jinete era de talla esbelta, como se suele ver en los corceles de guerra, y pisaba la hierba con tal ligereza que el verde tapiz no parecía sufrir ningún daño. El viejo pescador no se sentía aún muy seguro, aunque pensó que una aparición tan bonita no podía hacerle ningún mal; por eso se quitó el sombrero con toda cortesía cuando se acercó el caballero, y siguió tranquilamente remendando la red. El caballero se detuvo y le preguntó si él con su caballo podía recibir allí

alojamiento y cena aquella noche.

—Referente a vuestro caballo, querido señor —contestó el pescador—, no conozco para él mejor establo que esta pradera en sombra ni mejor pienso que la hierba que crece en ella. A vos os prepararé gustoso en mi casita la cena y una cama, con la mejor voluntad.

El caballero quedó muy contento; bajó del caballo, al que los dos descincharon y quitaron las bridas y los estribos, y lo dejó correr por la campiña florida mientras decía al pescador:

—Aunque os hubiera encontrado menos servicial y amable, querido pescador, hoy no me habría marchado de aquí, pues veo que estamos ante una extensa laguna, y Dios me libre de cruzar el bosque una vez anocheado.

—No hablemos más de ello —dijo el pescador, y condujo a su huésped a la cabaña.

Dentro estaba la anciana esposa del pescador, sentada en la poltrona junto al fuego, cuyo débil resplandor iluminaba la oscura y aseada habitación. Al entrar el ilustre huésped, la anciana lo saludó amablemente, pero volvió a ocupar el puesto de honor sin ofrecérselo al forastero. El pescador dijo sonriente:

—No toméis a mal, joven señor, que no os haya cedido el asiento más cómodo de la casa; es costumbre entre los pobres que ese asiento lo ocupen los ancianos.

—Sí, hombre —dijo la mujer con sonrisa apacible—, ¿qué pensabas? Nuestro huésped será un buen cristiano, y ¿cómo se le va a ocurrir al amable joven quitar el asiento a los ancianos? Sentaos, mi joven señor —continuó, volviéndose al caballero—; aún queda por ahí una sillita muy mona; pero no os mováis demasiado, que tiene una pata coja.

El caballero arrimó la silla con cuidado, se sentó en ella y tuvo la sensación de estar ya familiarizado con la casita y de que acababa de llegar al hogar desde lejanas tierras.

Los tres empezaron a platicar amigablemente y con toda confianza. El viejo no quiso hablar mucho del bosque, aunque el caballero había hecho varias preguntas sobre él; dijo que ese tema no era aconsejable una vez anocheado; pero la pareja habló mucho de su trabajo y de su vida, y también escucharon con gusto lo que el caballero les contó de sus viajes, del castillo que poseía en las fuentes del Danubio y de su título de señor de Ringstetten. En medio de la conversación, el forastero oía de vez en cuando un chapoteo junto al ventanuco como si alguien lo rociara con agua. El viejo fruncía la frente cada vez que oía este ruido; pero cuando cayó todo un chaparrón sobre los cristales y salpicó la habitación a través del marco mal ajustado, se levantó malhumorado y gritó en dirección a la ventana:

—Ondina, ¿no vas a dejar nunca de hacer chiquilladas? Tenemos un forastero en casa.

Cesaron los ruidos fuera, pero aún se oyó una risa mal disimulada, y el pescador dijo volviendo a su asiento:

—Tenéis que perdonarle, honorable huésped, esta y quizá otras descortesías; pero ella en el fondo no es mala. Es Ondina, nuestra hija adoptiva, que no quiere despedirse de la infancia, como si no estuviera a punto de cumplir los dieciocho años. Pero, como digo, en el fondo tiene buen corazón.

—Qué bien hablas —repuso la vieja sacudiendo la cabeza—. Cuando tú vuelves de la pesca, te diviertes con sus travesuras. Pero eso de tenerla encima todo el santo día, escuchar sus tonterías y, en lugar de contar con su ayuda en las faenas de la casa, tener que vigilarla para que no nos cause daño con sus imprudencias, es muy diferente, y al final terminas harta.

—Bueno, bueno —dijo el amo sonriendo—, tú tienes que luchar con Ondina y yo con la laguna. ¿No me estropea muchas veces mis diques y mis redes? Sin embargo, yo quiero a mi laguna, y tú

también a la chiquilla con toda la cruz y las tribulaciones que te causa. ¿No es cierto?

—No podemos enfadarnos mucho con ella —concedió la vieja, sonriente.

En esto se abrió la puerta y entró, entre risas, una rubita maravillosa que dijo:

—Me habéis tomado el pelo, padre; ¿dónde está vuestro huésped?

En aquel momento se dio cuenta de la presencia del caballero y quedó asombrada de su belleza. Huldbrand se recreó en la contemplación de la muchacha y quiso grabar en la memoria sus bellas facciones, pues pensó que sólo el asombro la retenía y pronto desaparecería de su vista con una ambigua timidez. Pero la reacción de Ondina fue muy distinta. Después de mirar largo rato al caballero, se acercó a él confiada, se arrodilló en su presencia y dijo, jugueteando con una medalla de oro que llevaba en un precioso collar:

—Oh, hermoso y gentil huésped, ¿cómo has venido a nuestra pobre cabaña? ¿Has tenido que vagar por el mundo durante años antes de visitarnos también a nosotros? ¿Vienes del bosque misterioso, hermoso amigo?

La vieja gruñona no le dio tiempo de contestar. Ordenó a la muchacha levantarse en el acto y atender a su trabajo. Pero Ondina, sin responder palabra, arrimó una banqueta a la silla de Huldbrand, se sentó con la calceta en la mano, y dijo en tono amable:

—Voy a trabajar aquí.

El viejo hizo como suelen hacer los padres con los hijos díscolos. Disimuló la insolencia de Ondina y quiso desviar la conversación; pero la muchacha no se lo permitió.

—Le he preguntado a nuestro ilustre huésped de dónde ha venido, y él no me ha contestado aún.

—Vengo del bosque, muñeca hermosa —contestó Huldbrand.

Y ella continuó:

—Entonces tienes que contarme cómo llegaste allá, pues la gente evita acercarse y qué aventuras has corrido en él, porque no se puede salir del bosque sin correr aventuras.

Huldbrand sintió un estremecimiento al recordarlo y miró instintivamente a la ventana, pues le pareció que una de aquellas extrañas figuras que se le aparecieron en el bosque asomaba burlonamente; pero sólo vio la noche cerrada y oscura que reinaba fuera de la casa. Entonces recobró la serenidad e iba a empezar su relato cuando le interrumpió el viejo.

—¡Eso no, caballero! No es éste el momento adecuado.

Ondina saltó airada de su banqueta, puso en jarras sus hermosos brazos, y dijo arrimándose al pescador:

—¿No va a contarnos nada, padre? Pues yo quiero que cuente algo.

Y pegó pataditas en el suelo, pero todo esto con tal gracia y encanto que Huldbrand, viéndola enfadada, quedó fascinado aún más que al verla amable y cortés. La actitud reservada del viejo, en cambio, se tornó en ira encendida. Reprendió ásperamente a Ondina por su desobediencia y su desconsideración con el forastero, y la anciana le dio la razón. Entonces dijo Ondina:

—Pues si queréis reñir en lugar de hacer lo que yo quiero, dormid solos en vuestra vieja y asquerosa cabaña.

Salió como una flecha y se precipitó en la oscuridad de la noche.

CAPÍTULO II

Huldrbrand y el pescador saltaron de sus asientos y fueron tras la airada muchacha. Pero antes de que alcanzaran la puerta, Ondina había desaparecido en las tinieblas y no se oía el menor ruido que indicara la dirección que podían seguir sus pies ligeros. Huldrbrand miró perplejo a su patrón; casi imaginó que la hermosa aparición que tan rápidamente había vuelto a sumergirse en la noche, no era sino una continuación de las visiones peregrinas que habían jugado con él en el bosque; pero el viejo murmuró:

—No es la primera vez que nos hace esto. Ahora nos invade la angustia y no pegaremos ojo en toda la noche, pues quién sabe si alguna vez no le pasará algo estando sola ahí fuera, en la oscuridad, hasta el amanecer.

—¡Vamos a buscarla, abuelo, por el amor de Dios! —exclamó Huldrbrand angustiado.

El viejo contestó:

—¿Para qué? Sería un pecado dejaros seguir de noche y solo a la loca muchacha, y mis piernas achacosas no alcanzarían a esa liebre, aunque supiera adonde ha escapado.

—Vamos a llamarla al menos y pedirle que vuelva —dijo Hundbrand, y empezó a dar voces:

—¡Ondina! ¡Eh, Ondina! ¡Vuelve a casa!

El viejo movía la cabeza a un lado y otro, diciendo que aquellos gritos no servían de nada; el caballero ignoraba lo terca que era la pequeña. Sin embargo, no dejó de gritar una y otra vez en la oscuridad de la noche:

—¡Ondina! ¡Eh, querida Ondina! ¡Vuelve a casa siquiera por esta vez!

Sucedió lo que el pescador había dicho. Ondina no se dejó ver ni oír por ninguna parte, y como el viejo no quería permitir que Huldrbrand siguiera a la fugitiva, los dos volvieron finalmente a casa. Aquí encontraron el fuego del hogar casi apagado; el ama, que no había tomado tan a pecho la fuga y el peligro de Ondina como su marido, estaba ya acostada. El anciano sopló las brasas, echó encima leña seca y calentó un cántaro de vino que puso después en la mesa entre él y su huésped.

—También vos estáis preocupado por la estúpida muchacha, señor caballero —dijo—, pero más vale pasar una parte de la noche charlando y bebiendo que intentar dormir en vano entre los cañaverales. ¿No es verdad?

A Huldrbrand le gustó que el pescador le asignara el puesto de honor del ama de casa, y los dos bebieron y charlaron como buenos camaradas. Desde luego, al menor ruido procedente de la ventana, y a veces sin ruido, uno de ellos alzaba la vista diciendo «¡ya viene!». Quedaban ambos un momento en silencio, y como nadie aparecía, continuaban la conversación moviendo la cabeza y dejando escapar un suspiro.

Pero como no podían apartar del pensamiento a Ondina, nada les pareció mejor que ocuparse de ella: el caballero, oyendo contar al pescador su encuentro con la niña, y el viejo pescador, contando el siguiente episodio:

—Hace ya quince años —empezó el pescador— cruzaba yo un día el bosque solitario con mi mercancía, camino de la ciudad. Mi mujer se había quedado en casa como de costumbre, y además tenía un motivo especial para hacerlo: Dios nos había regalado, a nuestra edad algo avanzada, una niña encantadora. Deliberábamos ya sobre la conveniencia de abandonar nuestro hermoso paraje para educar mejor a la niña en lugares poblados. Esto no es fácil para gente pobre, como podéis suponer, señor caballero; pero cada cual tiene que hacer lo que puede. En el camino, mi cabeza le

daba vueltas a este problema. Yo estaba muy apegado a este trozo de tierra y me estremecía la idea de vivir en el ruido y el ajetreo de la ciudad. «En ese ajetreo vas a tener tu próxima vivienda, o en un sitio no mucho más tranquilo.» No es que yo me revelase contra Dios, en el fondo le daba las gracias por habernos dado la niña; tampoco me había ocurrido nada desagradable en mi constante ir y venir por el bosque. El Señor me acompañaba siempre en la extraña oscuridad.

En esto se quitó la gorra de su cabeza calva y meditó un rato. Después volvió a cubrirse y continuó:

—A este lado del bosque, ay, a este lado, me ocurrió la desgracia. Mi mujer llegó con los ojos como dos ríos de lágrimas; vestía de luto. «Dios mío», gemí, «¿dónde está nuestra niña? Dime». «Con aquel que has invocado, mi vida», y marchamos llorando a la cabaña. Busqué el cadáver; entonces supe lo que había pasado. Mi mujer estaba sentada con la niña a orillas de la laguna y cuando jugaba feliz y despreocupada con ella, la pequeña se lanzó hacia delante como si le fascinara algo maravilloso en el agua; mi mujer está viendo aún reír al angelito y extender las manitas... pero de pronto, en un movimiento brusco, se le soltó de los brazos y cayó en el agua. Estuve buscándola mucho tiempo, pero sin resultado; la pequeña no volvió a aparecer.

»Aquella misma noche estábamos sentados en la cabaña, tristes y desolados; no teníamos ganas de hablar, y las lágrimas no nos hubieran dejado. Mirábamos el fuego del hogar. En esto oímos un ruido fuera, a la puerta, se abrió ésta y apareció en el umbral una hermosa niña de tres o cuatro años, muy limpia y sonriente. Nos quedamos mudos de asombro y no supe si era un verdadero ser humano o una fantasía. Pero cuando vi el agua que le caía del cabello dorado y el precioso vestido empapado, me di cuenta de que la hermosa niña había caído al agua y necesitaba ayuda. “Mujer”, dije, “a nosotros nadie ha podido salvarnos la niña; vamos a hacer al menos a otras personas lo que a nosotros no nos pudieron hacer”. Tomamos a la pequeña, la acostamos y le dimos una bebida caliente; ella no habló palabra y seguía mirándonos sonriente desde el cielo de sus ojos azules como el agua de la laguna.

»A la mañana siguiente comprobamos que la niña no sufría ningún daño; yo pregunté por sus padres y traté de averiguar cómo había llegado la niña aquí. Era una historia confusa y extraña. Aparte de que en estos quince años no he podido saber nada de su origen, ella decía y dice a veces cosas tan extrañas que al final nos preguntamos si habría bajado de la luna. Habla de castillos dorados, de tejados de cristal y sabe Dios cuántas cosas más. Lo más claro que le oímos contar fue que estaba paseando con su madre por la gran laguna, la barca se hundió, cayeron de la barca al agua y ella recobró los sentidos aquí, bajo los árboles, donde se sintió reconfortada en la hermosa ribera.

»Nos quedó una gran duda y preocupación. Decidimos muy pronto acoger y educar a la niña hallada en lugar de nuestra querida hija ahogada; pero no pudimos saber si estaba o no bautizada. Ella tampoco supo decirnos nada; le habían enseñado que fue creada para gloria y alabanza de Dios y nos dijo, en respuesta a nuestras preguntas, que quería portarse como criatura de Dios. Mi mujer y yo pensamos así: si no está bautizada, hay que administrarle el sacramento; si lo está, en las cosas buenas es peor el defecto que el exceso. Así que deliberamos sobre el nombre que le íbamos a dar. Al fin, elegimos el de Dorotea, porque yo había oído alguna vez que significaba don de Dios y ella era un don que Dios nos envió en medio de nuestra pobreza. Pero ella no quiso aceptar tal nombre y dijo que sus padres la llamaban Ondina y quería que le siguieran llamando así. A mí me pareció un nombre pagano que no constaba en ningún calendario y por eso consulté a un sacerdote de la ciudad. Él descartó tajantemente el nombre de Ondina y después de mucho rogarle, vino a mi cabaña

atravesando el extraño bosque, para administrar el bautismo. La pequeña estaba ante nosotros tan hermosa y tan bien ataviada que el sacerdote quedó prendado de ella, y la niña con sus zalamerías y también con su graciosa terquedad le hizo olvidarse de todas las razones que había esgrimido contra el nombre de Ondina. Fue bautizada, pues, como Ondina y estuvo extraordinariamente formal y encantadora durante la ceremonia, en contraste con su natural díscolo e inquieto. Porque en esto tiene mucha razón mi mujer: lo que hemos tenido que sufrir con ella... Si yo le contara...»

El caballero interrumpió al pescador para escuchar un ruido como de oleaje que ya antes había percibido mientras el viejo hablaba y que ahora llegaba con más fuerza a las ventanas de la cabaña. Los dos corrieron hacia la puerta. Entonces vieron fuera, a la luz de la luna que ya había salido, el riachuelo que corría desde el bosque, desbordado y arrastrando consigo piedras y árboles en impetuosos remolinos. La tormenta estalló como despertada por el estruendo del oleaje, estalló desde las nubes nocturnas, persiguiéndolas con furia a la vista de la luna; la laguna bramaba bajo los golpes del viento, los árboles gemían desde la raíz a la copa y se doblegaban bajo el fuerte aguacero.

—¡Ondina! ¡Por favor, Ondina! —gritaban los dos hombres con angustia.

No llegó ninguna respuesta, y sin pensarlo más, salieron precipitadamente de la cabaña, cada uno en una dirección, buscando y llamando a la muchacha.

CAPÍTULO III

Cómo encontraron a Ondina

A medida que se prolongaba la búsqueda en las sombras de la noche sin encontrar a Ondina, la angustia y el desconcierto se iban apoderando de Huldbrand. Le vino con nueva insistencia la idea de que Ondina había sido una simple fantasía del bosque, y entre el bramido de las olas y de la tempestad, el crujir de los árboles y la total transformación del paisaje, antes tan apacible y risueño, juraría que toda la franja de tierra con la cabaña y sus habitantes eran una broma pesada de la imaginación; pero oía a lo lejos las llamadas angustiosas del pescador a Ondina y los rezos y cantos de la anciana a través del gemido del viento. En esto llegó finalmente a la orilla desbordada del riachuelo y vio a la luz de la luna cómo éste dirigía su indómito curso hacia el extraño bosque, convirtiendo la franja de tierra en una isla.

«¡Dios mío! —pensó—, si Ondina se atrevió a internarse en el siniestro bosque...; quizá lo hizo en su empeño por conocer lo que yo no quise contarle, y ahora el río le corta la retirada y ella está llorando en su soledad en medio de los espíritus.» Se le escapó un grito de terror y pisó sobre algunas piedras y troncos de pino para pasar la fuerte corriente y, caminando o nadando, buscar a la extraviada. Evocó todas las escenas de terror y misterio que había presenciado de día bajo aquellas ramas que ahora gemían y bramaban; le pareció, sobre todo, ver a un hombre largo y blanco, bien conocido de él, que le saludaba burlonamente desde la otra orilla; pero justamente estas imágenes truculentas le dieron más empuje porque pensó que Ondina estaría sola entre ellas, en angustia mortal.

Se había asido ya a una gruesa rama de pino y aguantó, apoyado en ella, la fuerza de la corriente que apenas le permitía tenerse en pie; pero se armó de valor y siguió avanzando. Entonces oyó cerca

una voz graciosa que decía: «No te fíes, no te fíes; el río es traidor». Aquella voz le sonaba; quedó como fascinado bajo la sombra que acababa de proyectarse sobre la luna, y sintió vértigo ante la fuerza del oleaje, que hacía vacilar sus piernas; pero no quiso abandonar.

—Si no existes de verdad, si eres un espectro, yo tampoco quiero vivir y seré una sombra como tú, querida Ondina —dijo mientras se adentraba en la corriente.

—Cuidado, cuidado, bello y fascinado joven —oyó de nuevo la voz cercana, y mirando de soslayo en el preciso momento en que reaparecía la luna, vio entre las ramas de unos árboles frondosos, sobre una isleta formada por la inundación, la figura sonriente y amable de Ondina, recostada sobre el césped florido.

¡Oh, con cuánta mayor alegría utilizó ahora el joven la rama de pino a modo de bastón para vadear la corriente! En pocos pasos salvó la distancia que lo separaba de la muchacha y se detuvo junto a ella en el pequeño espacio verde, salvo y seguro, bajo el fragor y el cobijo de árboles centenarios. Ondina se había enderezado un poco, abrió los brazos bajo la nuca en el verde toldo vegetal y le hizo sentarse a su lado en el mullido asiento.

—Aquí me lo vas a contar, guapo amigo —le susurró al oído—; aquí no nos oyen los viejos gruñones. Y mucho mejor que su pobre cabaña es nuestro techo de follaje.

—¡Esto es el cielo! —dijo Huldbrand, y abrazó a la bella muchacha, besándola apasionadamente. Entre tanto, el viejo pescador había alcanzado la orilla del río, y gritó a los jóvenes:

—Ah, señor caballero, yo os acogí como acostumbra hacer un hombre generoso y ahora os divertís tan secretamente con mi hija adoptiva mientras yo ando buscándola angustiado en la oscuridad de la noche.

—Acabo de encontrarla, abuelo —le gritó el caballero.

—Tanto mejor; pero ahora traédmela inmediatamente a tierra firme.

Ondina se negó en redondo. Quería internarse en el umbrío bosque con el hermoso forastero antes de regresar a la cabaña, donde ella no era libre y que el guapo caballero abandonaría para partir tarde o temprano. Y cantó con gracia indecible, abrazada a Huldbrand:

*El húmedo valle la ola
dejó atrás en pos de la dicha;
surcando el mar llegó al destino
y no regresará en su vida.*

Esta canción hizo llorar amargamente al viejo pescador, pero a ella no pareció afectarle especialmente. Besó y acarició a su amado, que le dijo al fin:

—Ondina, si a ti no te importa la aflicción del viejo, a mí sí me importa. Volvamos a casa.

Ella, asombrada, le miró con sus grandes ojos azules, y al fin dijo lenta y titubeante:

—Si así te parece, de acuerdo; para mí está bien todo lo que digas. Pero ese viejo tiene que prometerme que no se opondrá a que cuentes lo que has visto en el bosque y... lo demás se arreglará.

—Ven, ven —le dijo el pescador sin poder, pronunciar más palabras.

Al mismo tiempo le tendió los brazos por encima del torrente y asintió con la cabeza para indicar que aceptaba su condición; el blanco cabello le caía extrañamente sobre el rostro, y esto le recordó a Huldbrand el hombre blanco que inclinaba la cabeza en el bosque. Sin dejarla escaparse, el joven caballero llevó en brazos a la bella muchacha sobre el pequeño espacio que ocupaba el torrente entre

su isleta y la tierra firme. El viejo se arrojó al cuello de Ondina y no se hartó de besarla y expresar su alegría; también había llegado la anciana y celebró de corazón el reencuentro. No hubo lugar a reproches, porque además Ondina, olvidando su despecho, colmó de buenas palabras y carantoñas a sus padres adoptivos.

Cuando todos se serenaron tras la alegría del final feliz, la aurora asomaba ya sobre la laguna; la tormenta había cesado y los pájaros cantaban alegres en las húmedas ramas. Como Ondina insistió en el prometido relato del caballero, los dos ancianos se unieron gustosos a sus deseos. Hicieron el desayuno bajo los árboles que había detrás de la cabaña, frente a la laguna, y Ondina se sentó sobre el césped a los pies del caballero. Huldbrand empezó su relato:

CAPÍTULO IV

De lo que encontró el caballero en el bosque

—Hace unos ocho días cabalgaba yo en dirección a una ciudad imperial que se levanta más allá del bosque. Poco después de mi llegada hubo allí un hermoso torneo y yo participé con mi caballo y mi lanza. Cuando estaba en la barrera descansando del divertido trabajo y dejaba el yelmo a uno de mis escuderos, mis ojos tropezaron con una hermosa mujer que se exhibía muy ataviada en una de las tribunas y me estaba mirando. Pregunté a mi vecino y supe que la atractiva joven se llamaba Bertalda y era hija adoptiva de uno de los poderosos duques que viven en esta región. Noté que ella me miraba, y como suele ocurrir a los jinetes jóvenes, si la primera vez cabalgué bien, no fue así después. En el baile de la noche fui compañero de Bertalda, y esto se repitió todos los días que duró la fiesta.

Un fuerte dolor en la mano izquierda, que tenía colgando, interrumpió aquí a Huldbrand y le hizo fijar los ojos en el punto doloroso. Ondina había puesto sus perlados dientes en los dedos del caballero con expresión sombría y contrariada; mas de pronto le miró con ojos de dulce melancolía y le susurró al oído:

—Vos lo haréis también después.

A continuación, la muchacha veló su rostro y el caballero, confuso y pensativo, continuó su relato:

—Esa Bertalda es una mujer orgullosa y extraña. El segundo día no me gustó tanto como el primero, y el tercer día aún menos. Pero permanecí alrededor de ella porque se mostraba más amable conmigo que con otros caballeros y así llegué a pedirle en broma uno de sus guantes. «Si vais solo y me contáis lo que pasa en el famoso bosque», dijo. Yo no tenía un interés especial por su guante, pero lo prometido es deuda y un caballero digno no puede flaquear en esas pruebas.

—Yo creo que ella os quería —le interrumpió Ondina.

—Así parece —contestó Huldbrand.

—Entonces —dijo la muchacha riendo— debe de ser muy tonta. ¡Rechazar lo que uno quiere! ¡Y enviarlo a un bosque siniestro! Por mi parte, el bosque y su misterio hubieran podido esperar mucho tiempo.

—Me puse en camino ayer por la mañana —continuó el caballero sonriendo amistosamente a

Ondina—. Los árboles lucían tan rojos y esbeltos en la luz matinal que la claridad se extendía al verde césped; las hojas susurraban tan alegremente que sentí compasión por las personas que temían alguna sorpresa desagradable en aquel lugar delicioso. «Pronto cruzaré el bosque en ambas direcciones», me dije muy contento, y antes de pensarlo me vi inmerso en una verde penumbra llena de vegetación y desapareció la llanura que tenía detrás. Entonces me di cuenta de que podía extraviarme fácilmente en el bosque y que éste era quizá el único peligro que acecha aquí al viajero. Por eso me detuve y observé la posición del sol, que avanzaba en su carrera. Mientras miraba así al cielo, vi una cosa negra en las ramas de un roble. Creí que era un oso y eché mano de la espada; entonces me dijo con una voz humana, pero muy ronca y fea: «Si no voy yo royendo estas ramas, ¿cómo te van a asar esta noche, señor impertinente?». Soltó una carcajada y armó tanto ruido con las ramas que mi caballo enloqueció y me llevó disparado antes de darme tiempo para ver qué diablo de bestia era aquélla.

—No debes nombrarlo —dijo el viejo pescador santiguándose; la anciana hizo lo propio sin decir palabra. Ondina miró a su amado con ojos serenos, diciendo:

—Lo mejor de la historia es que no te asó vivo. Sigue, guapo joven.

El caballero continuó su relato:

—Temí que el caballo espantado tropezara en su carrera con troncos y ramas; sudaba de miedo y sofoco y, sin embargo, no quería detenerse. Al fin, llegó a una hondonada rocosa; entonces me pareció de pronto como si un hombre largo y de cuerpo blanco se cruzara en el camino de mi corcel, que se detuvo aterrado; lo dominé de nuevo y sólo entonces vi que mi salvador no era ningún hombre de cuerpo blanco, sino un riachuelo plateado que bajaba a mi vera desde una colina, interfiriendo la carrera del caballo.

—¡Gracias, riachuelo! —dijo Ondina aplaudiendo con sus delicadas manos. El viejo, en cambio, quedó pensativo mirando al vacío.

—Apenas me había colocado en la silla y tomado las riendas —continuó Huldbrand— cuando apareció junto a mí un enano diminuto y feo sobre toda ponderación, de color pardo amarillento y con una nariz tan pequeña como nunca había visto en ningún niño. Me sonrió con una ridícula cortesía y abriendo mucho la boca, y me saludó con muchos taconazos y reverencias. Como no me gustaba nada aquella farsa, le di las gracias abreviando, volví grupas con mi caballo aún tembloroso y pensé buscarme otra aventura o, de no presentarse ninguna, volver a casa, ya que el sol empezaba a declinar hacia el ocaso. Pero entonces el enano dio un rápido giro y se plantó de nuevo ante mi caballo.

»—“¡Paso! —dije malhumorado—, el animal es salvaje y te puede atropellar”.

»—“Ya —dijo el hombrecillo con un graznido y una risa estúpida—, pero antes dadme una propina, pues tengo apresado a vuestro caballito. ¿Qué haréis ahí abajo en la sima de piedra sin vuestro caballito, eh?”

»—“No sigas haciendo muecas —dije— y toma el dinero, aunque estás mintiendo, pues ese buen riachuelo me ha salvado y no tú, so tipejo”.

»Dejé caer una moneda de oro en su extraña gorra, que había extendido ante mí. Seguí cabalgando al trote; pero él empezó a gritar detrás de mí y de pronto apareció con increíble celeridad a mi lado. Lancé mi corcel al galope; pero él también corrió, aunque no parecía gustarle y hacía contorsiones ridículas y feas con su cuerpo, mientras sostenía en lo alto la moneda de oro, gritando a cada salto del caballo: “¡Dinero falso, moneda falsa! ¡Moneda falsa, dinero falso!”.

»Y lo decía con voz tan cavernosa que en cada grito parecía que iba a caer al suelo desplomado. También le colgaba la roja lengua, como si fuera a salirse de la boca. Me detuve contrariado, y le pregunté:

»—“¿Qué quieres con tus gritos? Toma otra moneda de oro, toma dos, pero luego aléjate de mí”.

»Empezó de nuevo con sus saludos ridículamente corteses, y graznó:

»—“¡Oro no, que no sea otro, jovencito; de eso tengo demasiado, ya lo veréis!”.

»Entonces me pareció que el suelo era translúcido, como si fuera un cristal verde y la tierra plana fuese redonda y dentro de ella una multitud de gnomos jugaran con plata y oro. Giraban cabeza arriba y cabeza abajo, y se arrojaban en broma, unos a otros, metales preciosos y se soplaban polvo de oro a la cara. Mi odioso compañero de viaje estaba medio dentro, medio fuera; los otros le llevaron gran cantidad de oro y él me lo mostraba sonriendo y luego lo arrojaba tintineando en los insondables precipicios. Después enseñó a los gnomos la moneda de oro que yo le había regalado; ellos se partieron de risa y me abuchearon. Al final, todos extendieron sus dedos afilados, sucios de metal, y la multitud de gnomos fue creciendo, creciendo y vociferando, vociferando... hasta que se apoderó de mí un terror parecido al espanto que le dio a mi caballo. Piqué ambas espuelas y no sé hasta dónde me interné por segunda vez en el bosque.

»Cuando me detuve de nuevo, sentí el relente nocturno. A través de las ramas vi un sendero blanco; supuse que llevaría del bosque a la ciudad. Iba a aventurarme por él, pero vi entre el follaje un rostro blanco, impreciso, de rasgos cambiantes; quise evitarlo, pero al desviarme, él me seguía. Al fin, exasperado, pensé lanzar mi caballo contra él, pero él me lanzó a mí y al caballo espuma blanca y los dos, cegados, tuvimos que girar. Así nos siguió paso a paso por el sendero, siempre detrás de nosotros; pero no nos hizo el menor daño. Cuando me volvía para mirarlo, notaba que el rostro blanco, espumante, pertenecía a un cuerpo igualmente blanco y gigantesco. A veces llegué a pensar si sería un surtidor itinerante, pero nunca llegué a aclararme. Al fin, cansados caballo y caballero, cedimos a los caprichos del hombre blanco peregrino, que no cesaba de saludarnos con la cabeza como diciendo: “Muy bien, muy bien”. Y así llegamos finalmente al extremo del bosque, donde vi césped y el agua de la laguna, y divisé vuestra cabañita, y donde desapareció el largo hombre blanco.»

—Menos mal que se fue —dijo el viejo pescador, que empezó a explicar la mejor manera de que su huésped volviera a la ciudad con los suyos. Ondina, por su parte, comenzó a reír con cierto disimulo y regodeo. Huldrand lo notó, y dijo:

—Creía que estabas contenta de verme aquí; ¿por qué te alegras de que se hable ya de mi partida?

—Porque no puedes irte —contestó Ondina—. Intenta cruzar el río desbordado del bosque en canoa, a caballo o a pie, como gustes. O mejor no lo intentes, pues serás arrastrado en un santiamén por troncos y piedras. Y por la laguna yo sé que el padre no puede llevarte muy lejos con su canoa.

Huldrand, satisfecho, se levantó para averiguar si era verdad lo que Ondina había dicho; el viejo lo acompañó y la muchacha se sumó a ellos alegre y juguetona. Confirmaron en efecto lo que ella había dicho, y el caballero tuvo que hacerse a la idea de permanecer en la pequeña península convertida en isla hasta que cesaran las inundaciones. Cuando regresaron los tres a la cabaña, el caballero le dijo al oído a la pequeña:

—¿Qué tal, Ondinita? ¿Estás enfadada conmigo?

—Bah, dejad eso —contestó enfurruñada—. Si no llego a morderos, quién sabe lo que habrías dicho todavía de Bertalda.

CAPÍTULO V

Cómo vivió el caballero en la punta de la laguna

Tú has llegado quizá, querido lector, después de muchas andanzas por el mundo, a un lugar que te gusta; ha renacido en ti el amor al propio hogar y a la tranquilidad que es innato al ser humano; te has convencido de que la patria renace, con todas las flores de la infancia y del amor más puro e íntimo, de las tumbas de los seres queridos, y de que es bueno vivir y construir cabañas junto a ellas. Si te equivocaste y después has expiado el error dolorosamente, no importa, y tampoco debes afligirte con el regusto amargo. Pero recuerda ese dulce, inefable anhelo, esa nostalgia anglosajona de la paz, y podrás hacerte una idea de lo que sintió el caballero Huldbrand durante su estancia en la punta de la laguna.

Observaba a menudo con íntima satisfacción cómo el río del bosque se desbordaba cada día más, ensanchaba el cauce y prolongaba por más tiempo su retención en la isla. Pasaba una parte de la jornada entretenido con una vieja ballesta que había encontrado en un rincón de la cabaña y que puso a punto, acechando a las aves de paso y llevando la caza a la cocina para preparar buenos asados. Cuando volvía con su botín, Ondina no dejaba casi nunca de echarle en cara la crueldad de matar a los alegres pajarillos del cielo azul, y a veces lloraba amargamente a la vista de la caza abatida. Pero si alguna vez volvía sin botín, culpaba a su torpeza y desidia el tener que conformarse con los peces y crustáceos. A él le gustaba en el fondo ver sus graciosos enfados; además, solía atemperar después su mal humor con dulces caricias. Los viejos se habituaron a la intimidad de los dos jóvenes; los consideraban ya como novios o incluso como una pareja que vivía con ellos en la apartada isla como ayuda en su ancianidad. Este aislamiento afianzó también a Huldbrand en la idea de ser ya novio de Ondina. Le confortaba pensar que el mundo concluía en los confines de la laguna o que nunca podría ya ponerse en contacto con otras personas, y si a veces oía relinchar a su caballo en la pradera, como añorando las proezas del caballero, y su escudo de armas seguía luciendo en el recamado de la silla y de la manta, o su bella espada colgaba del clavo en la cabaña, desprendiéndose de la vaina, se consolaba pensando que Ondina no era hija de pescadores sino que era oriunda, con toda probabilidad, de una casa principesca del extranjero. Pero esta ilusión se le esfumaba cuando la vieja reprendía a Ondina en su presencia. La versátil muchacha solía reaccionar riéndose a carcajadas, pero a él le dolía como si atentaran contra su honor; sin embargo, Huldbrand sabía dar la razón a la anciana pescadora, pues Ondina se merecía aquello y mucho más; por eso se llevaba bien con la patrona y su vida transcurría feliz.

Surgió, sin embargo, un problema. El pescador y el caballero se habían habituado a tener ante sí una tinaja de vino durante la comida y también en la velada, cuando el viento bramaba fuera, como solía ocurrir casi siempre por la noche. Pero se habían acabado las provisiones que el pescador se encargaba de renovar con sus viajes periódicos a la ciudad, y los dos hombres estaban malhumorados. Ondina se pasaba el día burlándose de ellos, y esto les hacía menos gracia que en otras ocasiones. Una vez, al anochecer, la muchacha salió de la cabaña; dijo que era para no ver caras largas y aburridas. Como amenazaba tormenta y se oía el ruido de las olas en la laguna, el caballero y el pescador salieron a la puerta para meterla dentro, pues se acordaron de la angustia de aquella noche en que Huldbrand llegó a la cabaña. Pero Ondina los desafió amigablemente, batiendo palmas.

—¿Qué me dais si os traigo vino? O mejor dicho, no necesitáis, darne nada, pues me conformo

con veros más alegres y hacer una mejor propuesta que las de este día tan aburrido. Venid conmigo; e río ha arrastrado una cuba a la orilla, y podéis condenarme a pasar una semana durmiendo si no es una cuba de vino.

Los hombres la siguieron y, en efecto, encontraron en una pequeña ensenada rodeada de vegetación una cuba que los hizo soñar con la noble bebida que deseaban. La hicieron rodar para trasladarla lo antes posible a la cabaña, pues asomaba de nuevo una fuerte tormenta en el cielo nocturno, y se pudo observar en la penumbra cómo las olas de la laguna levantaban sus blancas cabezas derramando espuma como si esperasen la lluvia que pronto descargaría sobre ellas. Ondina colaboraba con los dos hombres, y como la tormenta parecía inminente, increpó a las nubes cargadas de agua:

—¡Eh, cuidado con mojarnos, que aún estamos lejos de casa!

El viejo le afeó estas palabras como una insolencia pecaminosa; pero ella se rió para sus adentros y a nadie le pasó nada malo. Al contrario, llegaron al comfortable hogar con su botín sin mojarse, contra toda previsión, y sólo cuando abrieron la cuba y comprobaron que contenía un vino excelente cayó la lluvia desde los negros nubarrones y rugió la tormenta sobre las copas de los árboles y sobre el oleaje de la laguna.

Llenaron algunas botellas con el vino de la cuba, que prometía el aprovisionamiento para muchos días, y se sentaron a beber y bromear, juntos y cobijados al calor del hogar mientras fuera arreciaba la tormenta. Entonces dijo el viejo pescador con una súbita gravedad:

—Dios mío, estamos celebrando el noble don, y aquel al que pertenecía y le fue arrebatado por el río, ha perdido la vida.

—No lo creo —dijo Ondina mientras servía vino al caballero.

Pero éste dijo por su parte:

—Por mi honor, abuelo, si yo supiera que lo podía encontrar y salvar, no dudaría en salir de noche y afrontar todos los peligros. Pero os aseguro que si vuelvo a territorio poblado, lo buscaré a él o a sus herederos y le resarciré este vino con el doble o el triple.

El viejo oyó con agrado estas palabras, hizo un signo de aprobación al caballero y vació su copa con mejor conciencia y mayor placer. Pero Ondina dijo al caballero:

—Lo de la indemnización y el dinero puede pasar; pero lo de ir en busca del naufrago es un disparate. Yo me harté de llorar cuando te perdiste por ahí... ¿Verdad que prefieres estar conmigo y con el rico vino?

—Claro —contestó Huldbrand sonriendo.

—Pues entonces —dijo Ondina— dijiste una tontería. Porque cada cual es su propio prójimo y... ¿qué le importan a uno los demás?

La patrona se apartó de ella dejando escapar un suspiro y moviendo la cabeza, y el pescador olvidó su habitual ternura con la muchacha para reprenderla.

—Cualquiera diría que te han educado paganos y turcos —así concluyó su discurso—. Que Dios me perdone y te perdone a ti, niña desnaturalizada.

—No sé quién me ha educado —respondió Ondina—, pero yo pienso así; ¿y de qué me pueden servir tus palabras?

—¡Calla! —le increpó el pescador, y ella que, pese a su descarado, era muy sensible, se arrimó temblando a Huldbrand, y le preguntó por lo bajo:

—¿Tú también te has enfadado, guapo amigo?

El caballero le estrechó la delicada mano y le acarició los rizos del pelo. No pudo decir nada porque el disgusto por la dureza del viejo con Ondina le cerró los labios y así quedaron por primera vez las dos parejas sentadas frente a frente, malhumoradas y en un silencio embarazoso.

CAPÍTULO VI

Sobre una boda

Una suave llamada a la puerta sonó en medio de este silencio y sobresaltó a todos los moradores de la cabaña, como suele ocurrir cuando se produce algo, aunque sea irrelevante, que pilla a alguien por sorpresa. Pero aquí se añadía que el siniestro bosque estaba muy cerca y la punta de la laguna parecía en aquel momento inaccesible a visitas humanas. Todos se miraron perplejos; los golpes se repitieron, acompañados de profundos gemidos. El caballero fue a tomar su espada; pero el viejo le advirtió en voz baja:

—Si es lo que yo me temo, las armas no sirven de nada.

Entre tanto Ondina se acercó a la puerta y dijo malhumorada y arrogante:

—¡Si venís a hacer travesuras, gnomos, Kühleborn os enseñará que estáis muy equivocados!

Estas extrañas palabras no hicieron sino aumentar el terror de los demás; miraron a la muchacha asustados, y Huldbrand iba a hacerle una pregunta cuando se oyó desde fuera:

—Yo no soy ningún gnomo, sino un espíritu que se aloja aún en un cuerpo terreno. Si queréis ayudarme y teméis a Dios, los que estéis en la cabaña, abridme.

Al oír estas palabras, Ondina abrió la puerta e iluminó con una lámpara la noche tempestuosa; entonces vieron a un anciano sacerdote que retrocedió asustado a la vista inesperada de la hermosa muchacha. Debió de pensar que era cosa de fantasmas y brujería la aparición de una imagen tan espléndida a la puerta de una pobre cabaña; por eso el sacerdote empezó a rezar:

—¡Todos los buenos espíritus alaben a Dios!

—Yo no soy ningún fantasma —dijo Ondina sonriendo—; ¿tan fea parezco? Además, podéis ver que a mí no me asusta ningún texto sagrado. Conozco a Dios y también sé alabarle, eso sí, a mi modo, y para eso nos creó. Entrad, reverendo padre. Somos buenas personas.

El religioso entró haciendo una inclinación y mirando a su alrededor; tenía un aspecto amable y digno. Pero el agua le chorreaba de todos los pliegues de su oscuro vestido, de la larga barba blanca y de los blancos cabellos. El pescador y el caballero lo condujeron a un cuarto y le dieron otras prendas mientras entregaban a las mujeres las ropas del sacerdote para secarlas en la habitación. El anciano forastero agradeció el servicio con la mayor humildad y agrado, pero rehusó ponerse la suntuosa capa del caballero que éste le ofrecía, y eligió en cambio una vieja casaca gris del pescador. Volvieron a la sala; el Sama de casa ofreció al sacerdote su gran sillón y no paró hasta que se hubo sentado en él, «porque», dijo, «vos sois anciano y estáis agotado, y además sois espiritualmente superior».

Ondina puso bajo los pies del forastero la banqueta en la que solía sentarse junto a Huldbrand, y se mostró muy solícita y formal en el servicio del buen anciano. Huldbrand le susurró una gracia al oído, pero ella le contestó muy seria:

—Está al servicio de aquel que nos ha creado; con eso no se juega.

El caballero y el pescador ofrecieron comida y vino al sacerdote, y éste, después de tomar algo, empezó a contar cómo el día anterior emprendió viaje desde su monasterio, sito más allá de la gran laguna, a la sede episcopal para dar cuenta al prelado de la grave situación en que había quedado el monasterio y sus pueblos feudatarios a causa de las recientes inundaciones. Después de dar largos rodeos, precisamente debido a estas inundaciones, se vio obligado aquel día, al atardecer, a remontar una zona inundada con ayuda de dos buenos barqueros.

—Pero apenas tocó el agua nuestra frágil embarcación —siguió diciendo—, se desató la tempestad que aún continúa sobre nuestras cabezas. Fue como si las olas hubieran aguardado nuestra llegada para empezar la más loca y vertiginosa danza con nosotros. Pronto los remos se les escaparon de las manos a mis guías y las olas los arrastraron lejos de nosotros. También nosotros volamos sin remedio y presa de las fuerzas ciegas de la naturaleza, laguna adentro, en dirección a vuestra lejana ribera, que vimos ya emerger entre las nieblas y la espuma del oleaje. Entonces empezó a girar el bote de modo cada vez más desenfundado y vertiginoso. No sé lo que pasó: ¿Volcó la canoa? ¿Me caí yo? En medio de la angustia de la muerte cercana, seguí nadando hasta que una ola me arrojó aquí entre los árboles, a vuestra isla.

—Sí, isla... —dijo el pescador—. Hasta hace poco esto era una lengua de tierra. Pero ahora, desde que el río del bosque y la laguna se han desbocado, todo es diferente.

—Yo noté algo parecido —dijo el sacerdote—. Mientras caminaba en la oscuridad a orillas del agua, entre el estruendo de las olas, vi al fin cómo desaparecía un sendero, invadido por la marea. Entonces percibí la luz en vuestra cabaña y me encaminé aquí, donde no puedo agradecer lo bastante a mi Padre celestial, que después de salvarme de las aguas me haya traído cerca de vosotros, y más cuando dudo de que pueda ver ya en esta vida a otras personas.

—¿Cómo decís eso? —preguntó el pescador.

—¿Sabéis cuánto va a durar esta furia de los elementos? —contestó el religioso—. Y yo soy anciano. Es muy posible que el río de mi vida desaparezca bajo tierra antes de que cese el desbordamiento del río. Y tampoco es imposible que el agua se vaya interponiendo entre vosotros y ese bosque hasta que os encontréis tan alejados de la tierra restante que vuestra canoa pesquera no pueda ya remontar la corriente y los habitantes de tierra firme, en su vida ajetreada, se olviden totalmente de vosotros.

La anciana señora se estremeció al oír esto, hizo la señal de la cruz, y exclamó:

—¡Dios nos proteja!

Pero el pescador le dijo con la sonrisa en los labios:

—Pues ¿qué crees? No sería diferente, al menos para ti, querida esposa, de lo que ya es ahora. ¿Has ido tú en muchos años más allá del extremo del bosque? ¿Y has visto a otras personas aparte de a Ondina y a mí? Ahora nos han visitado el caballero y el sacerdote. Ellos se quedarán con nosotros si esto se convierte en una isla perdida; eso saldrás ganando.

—No sé —dijo la anciana—; me parece extraño imaginar que una quede separada de las otras personas para siempre, como si nunca las hubiera visto o conocido.

—Te quedarás con nosotros, te quedarás con nosotros —susurró Ondina por lo bajo, medio cantando, apretándose contra Huldbrand. Pero éste parecía sumido en profundas y extrañas imágenes de su mundo interior. Después de oír las últimas palabras del sacerdote, el territorio más allá de las aguas del bosque se le antojó cada vez más lejano y oscuro, y la isla florida en la que él viviría se

presentaba cada vez más verde y risueña a su imaginación. La novia florecía como la más bella rosa de aquella franja de tierra y del mundo entero, y el sacerdote estaba allí. A esto se añadía que el ama de casa dirigió una mirada de censura a la hermosa muchacha por haberse apoyado tan fuertemente en su amado en presencia del religioso, y había peligro de que se desatara un torrente de palabras ásperas.

Entonces el caballero, volviéndose al sacerdote, dijo:

—Aquí veis a una pareja de novios, reverendo señor, y si la chica y los buenos y ancianos pescadores no tienen inconveniente, esta noche nos uniréis en matrimonio.

Los dos ancianos se asombraron mucho. Hasta el momento habían pensado a menudo en algo semejante, pero nunca lo habían expresado, y cuando el caballero lo hizo, les sonó como algo nuevo e inaudito. Ondina se puso seria de repente y miró al suelo pensativa, mientras el sacerdote se informaba y pedía el consentimiento a los ancianos. Tras un diálogo múltiple se pusieron de acuerdo; el ama de casa salió a preparar la habitación para los jóvenes y fue a buscar dos cirios benditos que conservaba de tiempo atrás para la celebración de la boda. El caballero enredaba mientras tanto con su collar de oro y quería soltar dos anillos para poder intercambiarlos con la novia. Pero ésta, al darse cuenta, puso el grito en el cielo diciendo:

—¡No, no! Mis padres no me echaron al mundo tan pordiosera; al contrario, pronto contaron con que llegaría una noche así.

Abandonó rápidamente la sala y volvió de inmediato con dos preciosos anillos, uno de los cuales dio a su novio y el otro se lo guardó ella. El viejo pescador no salía de su asombro y menos aún el ama de casa, que acababa de entrar, por no haberle visto nunca aquellas dos joyas a la niña.

—Mis padres —explicó Ondina— me cosieron estas cositas en el hermoso vestido que llevaba cuando llegué aquí. Me prohibieron decir nada a nadie antes de mi noche de bodas. Yo las separé del vestido y las he guardado ocultas hasta hoy.

El sacerdote interrumpió la serie de preguntas y expresiones de asombro que siguieron, encendiendo los cirios benditos, colocándolos sobre la mesa y haciendo que los novios se pusieran frente a él. A continuación, realizó la ceremonia en breves y solemnes palabras; la pareja anciana bendijo a la joven y la novia se reclinó ligeramente temblorosa y ensimismada en el caballero. Entonces dijo de pronto el sacerdote:

—¡Qué equivocados estabais! ¿No me habéis dicho que erais las únicas personas de esta isla? Pues durante toda la ceremonia ha estado mirando por la ventana, enfrente de mí, un hombre largo y distinguido, vestido de túnica blanca. Aún estará delante de la puerta, por si queréis hacerle entrar.

—¡Dios nos guarde! —dijo la patrona aterrada; el viejo pescador sacudió la cabeza en silencio y Huldbrand corrió hacia la ventana. Le pareció ver aún una cinta blanca que pronto desapareció en la oscuridad. Trató de convencer al sacerdote de que se había confundido y se sentaron juntos en familia alrededor del hogar.

CAPÍTULO VII

Otros sucesos de la noche de bodas

Ondina había estado muy formal y callada antes y durante la ceremonia de la boda; pero ahora se diría que asomaban de nuevo todas las travesuras e impertinencias que tenía alojadas en la cabeza. Molestaba con toda clase de bromas infantiles a su esposo y a los padres adoptivos y al propio sacerdote, al que ya no respetaba tanto, y cuando la patrona quería decir algo contra ella, unas frases del caballero llamando a Ondina pomposamente «ama de casa» la hacían callar. Tampoco al caballero le gustaba la conducta infantil de Ondina; pero de nada servían sus señas, carraspeos y censuras. Cuando ella advertía el descontento de su amado, cosa que era frecuente, se sentaba a su lado, lo acariciaba, le susurraba sonriente algo al oído y le hacía así alisar las arrugas de la frente. Pero acto seguido cometía cualquier locura y el enfado del marido era mayor que antes. El sacerdote dijo muy serio y muy amable:

—Mi querida joven, sois un encanto, pero debéis atemperar vuestra alma para que armonice perfectamente con el alma de vuestro marido.

—¡Alma...! —dijo Ondina en tono burlón—, eso suena muy bonito y podrá ser muy edificante y útil para la mayoría de las personas; pero si no hay alma, ¿qué se puede armonizar? Y ése es mi caso.

El sacerdote calló muy dolido, ardiendo en santa cólera, y apartó su rostro de la muchacha. Ella se acercó muy zalamera, y dijo:

—¡No! Oídme antes de enfadaros, pues vuestro enfado me duele y vos no tenéis que hacer sufrir a una criatura que no os ha ofendido. Mostraos paciente conmigo y yo os explicaré lo que pienso.

Se vio que estaba dispuesta a hacer un largo relato, pero de pronto quedó muda, como presa de un miedo interior, y estalló en un torrente de lágrimas. Ya no sabían qué hacer con ella y la contemplaron en silencio, muy preocupados. Al fin, Ondina, secándose las lágrimas y mirando muy seria al sacerdote, dijo:

—Parece que hay cosas buenas, pero también cosas muy malas en el alma. Mi piadoso esposo, ¿no sería mejor no tener alma?

No dijo más, como esperando una respuesta; habían cesado las lágrimas. Todos se levantaron de sus asientos y se apartaron de ella con horror; pero Ondina tenía los ojos fijos en el sacerdote y su semblante dibujaba la expresión de una tremenda curiosidad, que por eso mismo asustó a los demás.

—El alma es una carga muy pesada —continuó en vista de que nadie respondía—, muy pesada. Porque ya su imagen me llena de angustia y tristeza. ¡Y yo que era tan alegre y ligera!

Estalló de nuevo en un torrente de lágrimas y se tapó el rostro con el vestido. Entonces se acercó el sacerdote en actitud grave y le conjuró en nombre de Dios a hablar sin rodeos si había algo de malo en ella. Pero Ondina se arrodilló ante él, aprobando sus palabras, alabando a Dios y asegurando que quería bien a todo el mundo. El sacerdote dijo finalmente al caballero:

—Señor, os dejo solo con la que os he entregado por esposa. Por lo que he podido observar, no hay nada malo en ella, aunque sí mucho de extraño. Os recomiendo prudencia, amor y fidelidad.

Dicho esto, salió fuera; los pescadores lo siguieron haciendo la señal de la cruz.

Ondina estaba arrodillada; se destapó la cara y dijo mirando con timidez a Huldbland:

—Ay, ahora no querrás tenerme contigo; pero yo no he hecho nada malo y soy una pobre niña.

Tenía un aire tan atractivo y conmovedor que su esposo olvidó cualquier temor e incertidumbre, y, corriendo hacia ella, la abrazó estrechamente. Ella sonrió en medio de las lágrimas; era como si la aurora jugueteara en pequeños riachuelos.

—Tú no me puedes abandonar —susurró Ondina confiada y segura mientras acariciaba con las

tiernas manos las mejillas del caballero.

Él apartó los siniestros pensamientos que aún le acechaban en el fondo del alma y querían convencerlo de que se había casado con una bruja o con un espíritu aficionado a las bromas pesadas; pero una pregunta afloró aún a sus labios:

—Querida Ondina, dime una cosa: ¿qué fue lo que dijiste sobre los gnomos cuando el sacerdote llamó a la puerta, y sobre Kühleborn?

—¡Cuentos! ¡Cuentos de niños! —dijo Ondina riendo y ya con su buen humor habitual—. Primero os asusté a vosotros, pero al final vosotros me habéis asustado a mí. Éste es el final de la canción y de toda la noche de bodas.

—No, no lo es —dijo el caballero, embriagado de amor, que apagó los cirios y llevó a su hermosa amada a la cámara nupcial, colmándola de besos, mientras la luna asomaba nítida por la ventana.

CAPÍTULO VIII

El día después de la boda

Una fresca luz matinal despertó a los jóvenes esposos. Ondina se ocultaba pudorosa bajo las mantas y Huldbrand yacía callado y pensativo; había tenido muchas pesadillas por la noche con fantasmas burlones que se transformaban en hermosas mujeres y con hermosas mujeres que de pronto se convertían en dragones. Y cuando se libraba de las atroces figuras y alzaba la vista, aparecía la luna pálida y fría ante las ventanas; entonces miraba espantado a Ondina, en cuyo seno se había dormido y que descansaba a su lado con toda su belleza y encanto; estampaba un ligero beso en sus labios rosados y volvía a dormirse, para despertar después con nuevo sobresalto. Reflexionó sobre todo esto y se enfadó consigo mismo por las dudas que abrigaba sobre su hermosa mujer. Le confesó sinceramente su injusticia; ella se limitó a alargarle la bella mano, suspirar profundamente y callar; pero su mirada de infinita ternura le convenció de que no tenía el menor resentimiento contra él. Entonces se levantó alegre y fue a reunirse con los demás en la sala común. Los tres estaban sentados con semblante preocupado alrededor del fogón sin que nadie se atreviera a hablar. El sacerdote daba la impresión de estar pidiendo a Dios en su interior el alejamiento de todo mal. Pero cuando vieron aparecer tan contento al joven esposo, dejaron de fruncir la frente; el viejo pescador se permitió bromear gentilmente con el caballero y hasta la vieja ama de casa esbozó una sonrisa. También Ondina acabó de arreglarse y asomó a la puerta; todos quisieron salirle al encuentro y todos se detuvieron llenos de admiración; tan extraña les pareció la joven mujer, pero a la vez tan familiar. El sacerdote fue el primero en acercarse a ella, mirándola gozoso, y cuando alzó la mano para la bendición, la hermosa mujer se arrodilló reverente ante él, le pidió humildemente perdón por los despropósitos que había dicho el día anterior y le rogó en un tono conmovedor que rezara por la salvación de su alma. Después se levantó, besó a sus padres adoptivos y les agradeció todo el bien que le habían hecho:

—¡Oh, ahora reconozco en lo más íntimo del corazón cuánto habéis hecho por mí, queridos míos!

No cesaba de acariciarlos; pero al advertir que la anciana se disponía a preparar el desayuno, se levantó inmediatamente y empezó a cocinar y a ordenarlo todo, no consintiendo que la buena madre cargara con el trabajo.

Todo el día se mostró así, tranquila, amable y atenta, hecha una madrecita y una niña recatada y formal al mismo tiempo. Las tres personas, que la conocían bien, esperaban ver un cambio brusco en su humor caprichoso; pero el temor fue injustificado: Ondina siguió dulce y delicada como un ángel. El sacerdote no podía apartar los ojos de ella y le dijo varias veces a su esposo:

—Señor, ayer la bondad divina tuvo a bien confiaros un tesoro por medio de mi indigna persona. Guardadlo como es debido, y él os traerá la salvación eterna y temporal.

Al atardecer, Ondina se reclinó con humilde ternura en el brazo del caballero y lo arrastró suavemente fuera de la cabaña, donde el sol en declive brillaba sobre la verde hierba y envolvía en sus rayos los altos y finos troncos de los árboles. En los ojos de la joven mujer había un dejo de melancolía y de amor, y en sus labios flotaba como un dulce e inquietante secreto que se delataba en suspiros apenas perceptibles. Llevó consigo a su amado, cada vez más lejos; a sus preguntas contestaba sólo con miradas que no eran ninguna respuesta directa, pero en ellas había todo un cielo de amor y de tímida entrega. Llegaron así a la orilla del desbordado río y el caballero se extrañó de verlo correr apacible, sin señal alguna del impetuoso y salvaje torrente que había conocido.

—Mañana habrá vuelto a su cauce —dijo la hermosa mujer, llorosa— y podrás viajar a donde quieras.

—No sin ti, Ondinita —contestó el caballero sonriente—. Hazte cargo: aunque me escapara, la Iglesia, y el clero, y el emperador, y todo el imperio intervendrían para devolverte al fugitivo.

—Todo depende de ti, todo depende de ti —susurró la pequeña entre el llanto y la risa—. Pero yo creo que me retendrás contigo porque me sientes muy unida a ti. Llévame a la isleta que está enfrente. Allí trataremos un asunto. Yo podría vadear fácilmente el río, pero en tus brazos se descansa muy bien, y si un día me rechazas, al menos habré descansado a gusto por última vez.

Huldbrand, lleno de una extraña inquietud y emoción, no supo contestar nada. La tomó en brazos y la transportó mientras recordaba que en la misma isleta la había rescatado para devolvérsela al viejo pescador en aquella primera noche. Depositó la dulce carga al otro lado, en la blanda hierba, e iba a sentarse junto a ella cuando Ondina le dijo:

—¡No, ahí, frente a mí! Quiero leer en tus ojos antes de que hablen tus labios. Escucha atentamente lo que te voy a contar.

Comenzó así:

—Has de saber, mi dulce amado, que hay en los elementos unos seres que se parecen a nosotros, pero que apenas se dejan ver. En las llamas corren y juegan las extrañas salamandras, en lo profundo de la tierra habitan los flacos y astutos gnomos, por los bosques vagan los hombres etéreos y en los lagos, ríos y riachuelos está la numerosa familia de los genios acuáticos. Estos últimos habitan en sonoras bóvedas de cristal que dejan transparentar el cielo con el sol y las estrellas; altos árboles de coral con frutos azules y rojos lucen en los jardines; sobre la limpia arena del mar caminan y sobre bellos moluscos multicolores, y lo que de bello poseía el antiguo mundo y que el actual no es digno de disfrutar, lo cubren las olas con sus misteriosos velos plateados, y allá abajo resplandecen ahora los nobles monumentos airoso y graves, acariciados por las aguas, que extraen de ellos hermosas flores musgosas y guirnalda de juncos. Los que allí habitan son seres dulces y amables, más bellos que los humanos. Muchos pescadores han tenido la suerte de ver a una dulce sirena que flotaba sobre

las olas y cantaba. Ellos hablaron de su belleza; los humanos llamaron a esas hermosas mujeres «ondinas». Y tú estás viendo ahora a una ondina, querido amigo.

El caballero quiso creer que se trataba de una de aquellas extrañas ocurrencias de su hermosa mujer y que deseaba tomarle el pelo contándole historias pintorescas. Pero por mucho que lo pretendió, no podía dar crédito a su propia explicación; un extraño pavor se apoderó de él; incapaz de pronunciar una palabra, miró con ojos extraviados a la dulce narradora. Ésta, afligida, sacudió la cabeza, dejó escapar un profundo suspiro, y continuó así:

—En eso os aventajamos a vosotros, los demás humanos (pues humanos nos llamamos también nosotros, y lo somos por la educación y por el amor); pero hay un gran inconveniente. Nosotros y nuestros semejantes de los otros elementos perecemos en espíritu y en cuerpo, sin dejar rastro, y si vosotros despertáis a una vida más pura, nosotros quedamos allí donde quedó la arena y el fuego, el viento y el agua. Por eso no tenemos alma; el elemento nos mueve, a veces nos obedece mientras vivimos, y nos deshace tan pronto morimos, y estamos contentos, sin afligirnos, como lo están los ruiseñores y las doradillas y otras lindas criaturas de la naturaleza. Pero todos anhelan subir más alto. Así mi padre, que es un poderoso príncipe acuático del mar Mediterráneo, quiso que su única hija poseyera alma aun a costa de soportar los muchos sufrimientos de los que la tienen. Pero nuestros semejantes sólo pueden tener alma mediante la unión íntima de amor con uno de vuestra especie. Yo tengo alma y te la debo a ti, amadísimo de mi alma, y también te deberé a ti el que no me hagas una desgraciada toda la vida. Pues ¿qué será de mí si me rehúyes y me rechazas? Pero no quiero retenerte por engaño. Si quieres repudiarme, hazlo ahora mismo y vuelve solo a casa. Yo me sumergiré en este riachuelo, que es mi tío materno y lleva una vida solitaria aquí en el bosque, lejos de sus otros amigos; pero él es poderoso y es amado por muchos grandes ríos, y lo mismo que me trajo a la cabaña de los pescadores, como niña ligera y alegre, me devolverá a casa con los padres como mujer con alma, capaz de amar y sufrir.

Quiso decir más, pero Huldbrand la abrazó con íntima emoción y amor, y la devolvió a la orilla. Aquí le juró entre lágrimas y besos no abandonar nunca a su querida mujer, y se sintió más feliz que el escultor griego Pígmalión, cuya hermosa piedra fue dotada de alma por la esposa Venus para que fuera su amada. En dulce intimidad volvió Ondina a la cabaña del brazo del caballero, y sólo en ese momento se dio cuenta de que valió la pena abandonar los palacios de cristal de su maravilloso padre.

CAPÍTULO IX

Cómo el caballero se llevó consigo a su joven esposa

Cuando Huldbrand despertó a la mañana siguiente, su hermosa compañera no estaba a su lado, y le empezó a rondar de nuevo por la cabeza la idea de que su matrimonio y la persona misma de la encantadora Ondina habían sido pura ficción y un sueño pasajero. Pero en aquel momento entró ella, lo besó, se sentó en la cama, y le dijo:

—He salido algo temprano para ver si mi tío cumplió la palabra. Ha reducido ya todas las aguas a su cauce y corre de nuevo solitario y formal por el bosque. Sus amigos del agua y del aire también se

han pacificado; todo discurrirá en paz y en orden en estos parajes y puedes regresar a casa sin sobresaltos cuando lo deseas.

A Huldbrand le pareció estar soñando despierto; tanto le asombró el extraño parentesco de su mujer. Sin embargo, no quiso exteriorizar nada, y el infinito encanto de su dulce esposa ahuyentó pronto cualquier recelo. Cuando salió con ella a la puerta y contempló la punta de la laguna, con la línea de separación neta de las aguas, se sintió tan bien en aquel nido de amor que dijo:

—¿Para qué vamos a viajar hoy? En ninguna parte del mundo pasaremos unos días tan deliciosos como los que hemos vivido en este escondido rincón. Vamos a contemplar aquí otras dos o tres puestas de sol.

—Como ordene mi señor —respondió Ondina con dulce humildad—. Pero a los viejos les va a costar ya mucho separarse de mí, y cuando sientan en mí el alma fiel y vean cómo puedo ahora amarlos y respetarlos de corazón, las muchas lágrimas les cegarán la vista. Todavía creen que mi calma y mi bondad son tan sólo lo que eran antes: la quietud de la laguna cuando el aire está quieto, y llegarán a querer a un arbolito o a una florecita tanto como a mí. Déjame que les oculte este nuevo corazón que palpita de amor en unos momentos en que me van a perder para este mundo, ¿y cómo podría ocultárselo si prolongamos aquí nuestra estancia?

Huldbrand le dio la razón; fue a hablar con los ancianos y les puso al corriente del viaje que iban a emprender de inmediato. El sacerdote se ofreció a los dos jóvenes como acompañante; él y el caballero, tras una breve despedida, alzaron a la hermosa mujer a la grupa del caballo y caminaron presurosos por el lecho seco del río en dirección al bosque. Ondina lloró en silencio, pero amargamente, y los ancianos lamentaron mucho su partida. Parecía como si tuvieran un presentimiento de lo que perdían con la dulce hija adoptiva.

Los tres viajeros llegaron en silencio a la espesura del bosque. Era hermoso ver en el verde escenario a la bella mujer sentada sobre el noble y enjaezado caballo, escoltada a un lado por el reverendo sacerdote en su blanco hábito monacal y al otro por el joven caballero en atuendo vivo y variopinto, ceñido de la reluciente espada. Huldbrand sólo tenía ojos para su amada mujer, y Ondina, que ya se había enjugado las lágrimas, sólo para él, y pronto entablaron una conversación muda con miradas y señas, de la que despertaron por un diálogo en voz baja que sostenía el sacerdote con un cuarto compañero de viaje que se les había agregado sin ellos darse cuenta.

Llevaba un vestido blanco, parecido al hábito del sacerdote, sólo que la capucha le cubría buena parte del rostro, y los vuelos y pliegues del vestido eran tan rozagantes que tenía que estar continuamente levantándolos y recogéndolos; pero ello no le impedía lo más mínimo la marcha. Cuando la joven pareja se percató de su presencia, estaba diciendo:

—Y así habito desde hace muchos años aquí, en el bosque, reverendo señor, sin que me puedan llamar eremita en el sentido vuestro. Pues, como he dicho, yo de penitencia no sé nada, ni creo que la necesite mucho. A mí me gusta tanto el bosque porque tiene una belleza incomparable y me encanta pasear con mi flotante vestido blanco entre la penumbra y el follaje, y sentir a veces un suave rayo de sol que cae sobre mí inesperadamente.

—Vos sois un hombre muy extraño —contestó el sacerdote—, y me gustaría saber más cosas de vuestra vida.

—¿Y vos quién sois para andar de un lado a otro? —preguntó el forastero.

—Me llaman el padre Salvador —dijo el religioso— y vengo del monasterio de Mariagruss, que está al otro lado de la laguna.

—Vaya, vaya —contestó el forastero—. Yo me llamo Kühleborn, y si vamos de tratamientos, también a mí me podrían llamar señor de Kühleborn o barón de Kühleborn, pues soy libre^[29] como el pájaro del bosque y un poquito más. Por ejemplo, ahora tengo que contarle algo a esa señora.

Y en un abrir y cerrar de ojos estaba al otro lado del sacerdote, muy cerca de Ondina; entonces estiró el cuello para soplarle algo al oído. Ella se volvió asustada, diciendo:

—Yo ya no tengo nada que ver con vos.

—¡Jo, jo! —rió el forastero—. ¿Qué boda de postín habéis hecho que no conocéis ya a vuestros parientes? ¿No recordáis al tío Kühleborn que tan fielmente os trajo a cuestras hasta estos parajes?

—Os ruego —contestó Ondina— que desaparezcáis de mi vista. Ahora me dais miedo; ¿no veis que mi esposo se va a asustar si me ve en tan extraña compañía y parentesco?

—Despacio, despacio —dijo Kühleborn—. No debéis olvidar que estoy aquí de acompañante; si no, los gnomos podrían jugaros una mala pasada. Así que dejadme acompañaros tranquilamente; ese anciano sacerdote ha sabido recordarme mejor que vos, pues me ha asegurado que creía conocerme mucho y que debí de estar con él en la canoa cuando se cayó al agua. Así es, en efecto, pues yo fui precisamente la tromba de agua que se desató y lo traje flotando a tierra para tu boda.

Ondina y el caballero miraron al padre Salvador; pero éste parecía caminar como sonámbulo y estaba ajeno a lo que se hablaba. Entonces dijo Ondina a Kühleborn:

—Allí veo el final del bosque. No necesitamos más de vuestra ayuda y nada nos atemoriza fuera de vos. Por eso os ruego cortésmente que desaparezcáis y nos dejéis ir en paz.

Kühleborn se sintió ofendido; hizo una mueca fea y le enseñó los dientes a Ondina, que gritó pidiendo ayuda a su amigo. El caballero se acercó como un rayo y blandió la espada contra la cabeza de Kühleborn. Pero el golpe dio en una cascada que se precipitaba desde una peña cercana y con un chapoteo, que casi sonó a risotada, los salpicó calándolos hasta los huesos. El sacerdote dijo, como despertando de un sueño:

—Hace rato que me temía esto, porque el riachuelo corre cerca de nosotros. Al principio me pareció que era un ser humano y que podía hablar.

La cascada le susurró al oído a Huldbbrand estas palabras:

—Ágil caballero, fuerte caballero, no estoy enfadado ni quiero reñir; protege siempre así de bien a tu encantadora esposa, caballero fuerte, sangre ardiente.

A los pocos pasos estaban en campo abierto. La ciudad imperial resplandecía ante ellos y el sol vespertino que doraba sus torres enjugó piadosamente los vestidos a los viajeros empapados por la cascada de agua.

CAPÍTULO X

Cómo vivieron en la ciudad

La repentina desaparición del joven caballero de Ringstetten había llamado mucho la atención en la ciudad y preocupó a sus habitantes, que lo querían por su destreza en el torneo y la danza y por su carácter dulce y amable. Sus servidores no querían regresar sin él, pero nadie tuvo el valor de ir a buscarlo a la oscuridad del siniestro bosque. Permanecieron, pues, en la posada, a la espera y sin

hacer nada, como es costumbre en la gente, y manteniendo vivo el recuerdo del desaparecido con sus lamentaciones. Las grandes lluvias e inundaciones contribuyeron a dar como definitiva la pérdida del hermoso forastero, pérdida que afligió también a Bertalda y la hizo sentirse culpable de haber animado al infeliz caballero a internarse en el bosque. Los duques, sus padres adoptivos, habían llegado a la ciudad para llevársela consigo, pero Bertalda consiguió que se quedaran hasta tener noticias ciertas sobre la vida o la muerte de Huldrand. Ella intentó animar a algunos jóvenes caballeros que la cortejaban a ir a buscar al noble aventurero en el bosque; pero no consiguió su propósito porque presumían que ella seguía esperando desposarse con el desaparecido, y un guante, una cinta o incluso un beso de ella no fueron móvil suficiente para exponer la vida en el rescate de un rival tan peligroso.

Cuando apareció Huldrand de modo tan súbito e inesperado, la alegría fue general en los servidores y en los habitantes de la ciudad, pero no así en Bertalda; en efecto, si los demás vieron con buenos ojos que trajera consigo una mujer tan hermosa y al padre Salvador como testigo de la boda, Bertalda sintió aflicción. Primero había amado con toda su alma al joven caballero y después, con su tristeza por la desaparición, había despertado unas expectativas entre la gente que ahora no se confirmaban. Supo reaccionar, sin embargo, como una mujer sensata, se acomodó a las circunstancias y convivió muy amigablemente con Ondina, a la que se consideró en toda la ciudad como una princesa que Huldrand había rescatado en el bosque de algún mal encantamiento. Cuando le preguntaban a ella o a su esposo sobre este punto, los dos sabían callar o desviar hábilmente la conversación, y en cuanto al padre Salvador, sus labios estaban sellados para cualquier vana conversación, y además volvió a su monasterio inmediatamente después de la llegada de Huldrand, de modo que la gente tuvo que conformarse con sus extrañas especulaciones y la propia Bertalda no se enteró de la verdad mucho más que cualquier otra persona.

Lo cierto es que Ondina se encariñó cada día más con aquella chica agradable.

—Debimos de habernos conocido antes —solía decirle—, o parece que existió ya alguna extraña relación entre nosotras, pues así, sin motivo, entendedme, sin un motivo profundo, no se llega a querer tanto a una persona como os quise yo desde que nos vimos.

Bertalda tampoco podía negar la corriente de confianza y amor que la unía con Ondina, aunque creía tener razones para quejarse amargamente contra su rival. Esta atracción mutua hizo que los padres adoptivos de una y el esposo de la otra fueran aplazando más y más el día de la partida; se habló incluso de que Bertalda iba a acompañar a Ondina por algún tiempo en el viaje al castillo de Ringstetten en las fuentes del Danubio.

También ellas hablaron de esto una hermosa noche cuando paseaban a la luz de las estrellas en la plaza de la ciudad, rodeada de altos árboles. La joven pareja había invitado a Bertalda a hora tardía para dar un paseo bajo el cielo azul oscuro, interrumpiendo a menudo su conversación para admirar el bello y rumoroso surtidor en medio de la plaza. Era un escenario grato y acogedor: entre la sombra de los árboles se filtraban los destellos de luz de las casas próximas, un suave murmullo de niños jugando y de otros paseantes los envolvía; se sentían solos y a la vez en medio de un mundo alegre y vivo; las preocupaciones del día se disipaban como por ensalmo y los tres amigos no podían comprender por qué la idea de que Bertalda los acompañara en el viaje había despertado tanto recelo. En esto, cuando iban a fijar el día exacto de su partida común, se acercó a ellos un hombre alto desde el centro de la plaza, hizo una reverencia y le dijo a la joven señora algo al oído. Ella, contrariada por la interrupción y por su causante, se apartó unos pasos con el extraño visitante y los dos

empezaron a cuchichear, al parecer en un idioma extranjero. Huldbrand creyó conocer al extraño personaje y lo miró tan absorto que no oyó ni contestó las preguntas que Bertalda le hacía. De pronto Ondina batió palmas con cara alegre y dejó plantado al forastero, que se alejó descontento y moviendo mucho la cabeza, y subió hacia la fuente. En ese momento Huldbrand creyó haber descubierto el misterio, pero Bertalda preguntó:

—¿Qué quería de ti el vigilante de fuentes, querida Ondina?

La joven señora sonrió con cierto misterio, y contestó:

—Pasado mañana, el día de tu onomástico, lo sabrás, querida niña.

Y no quiso decir más. Se limitó a invitar a Bertalda y por medio de ella a sus padres adoptivos para la comida de esa fecha, y poco después se separaron.

—¿Kühleborn? —preguntó Huldbrand con un secreto temor a su bella esposa cuando se habían despedido de Bertalda y llegaron a casa a través de las callejuelas ya oscuras.

—Sí, era él —contestó Ondina— y quiso decirme alguna tontería. Pero, sin él pretenderlo, me dio un mensaje muy alegre. Si quieres conocerlo inmediatamente, mi querido señor y esposo, te basta con ordenármelo, y te prometo manifestarlo todo. Pero si quieres darle una gran alegría a tu Ondina, déjalo para pasado mañana y entonces participarás tú también en la sorpresa.

El caballero concedió gustoso a su esposa lo que tan cortésmente le había pedido, y ella, a punto de dormirse, murmuraba aún para sí: «Cómo se va a alegrar y qué sorpresa tendrá mi querida Bertalda con el mensaje del vigilante de fuentes».

CAPÍTULO XI

El onomástico de Bertalda

Los invitados estaban en la mesa. Bertalda en la parte superior, adornada como una diosa de la primavera con joyas y flores y con toda clase de regalos de sus padres adoptivos y sus amigos; y a un lado y otro, Ondina y Huldbrand. Cuando acabó el espléndido banquete y empezó la sobremesa, se abrieron las puertas, siguiendo la vieja y buena costumbre de los países alemanes, para que el pueblo pudiera asistir y disfrutar de la alegría de los señores. Los servidores repartieron vino y pasteles entre los asistentes. Huldbrand y Bertalda aguardaron con secreta impaciencia la prometida explicación y no perdían de vista a Ondina en la medida de lo posible. Pero la hermosa mujer seguía callada y con la vaga sonrisa de siempre. Parecía divertirse entre el deseo de revelar el secreto y el gusto de retrasarlo, como hacen a veces los niños con sus golosinas preferidas. Bertalda y Huldbrand compartieron esta sensación gozosa, aguardando con ansia esperanzada la nueva alegría que iba a llegar de labios de su amiga. Entonces se oyeron algunas voces pidiendo a Ondina una canción. A ella le vino de perlas; requirió su laúd y cantó la siguiente letra:

*Mañana clara,
flores variopintas,
altas hierbas, fragantes,
junto al lago inquieto.*

*¿Qué es lo que brilla
entre la hierba?
¿Una flor blanca, abierta,
caída del cielo al seno de la pradera?
Ah, es una niña tierna,
con las flores juega inconsciente,
busca las luces doradas de la mañana.
¿De dónde vienes? ¿De dónde, hermosa?
Lejos de la playa remota
te traje aquí la corriente.
No, tierna vida,
no agites la manita;
no habrá otra mano que la estreche;
las flores son frías y mudas.
Saben lucir, adornarse,
exhalar su grato aroma,
mas ninguna puede abrazarte;
lejos queda el pecho materno.
Tan temprano, a las puertas de la vida,
en el rostro aún la sonrisa del cielo,
has perdido ya lo mejor,
pobre niña, y no lo sabes.
Un noble duque llega galopando
y frena el corcel a tu vista;
predestinada al arte y a la elegancia,
te acoge en su castillo.
Ganaste infinitas cosas,
gloriosa eres, hermosura del país;
mas, ay, el placer supremo
lo dejaste en la playa remota.*

Ondina bajó su laúd con una sonrisa melancólica; a los duques, sus padres adoptivos, se les saltaron las lágrimas.

—Eso ocurrió aquella mañana en que te encontré, pobre huerfanita —dijo el duque profundamente conmovido—. La bella cantante tiene razón: aún no hemos podido darte lo mejor.

—Oigamos también cómo les fue a sus pobres padres —dijo Ondina, que pulsó las cuerdas para cantar:

*La madre recorre las estancias,
abre y cierra los armarios,
rebusca, sin saber qué;
sólo encuentra la casa vacía.
La casa vacía, triste lamento*

*para aquel que a una niña
llevó en andaderas de día,
dulcemente acunó de noche.
De nuevo verdean las hayas,
de nuevo luce el sol;
pero tú deja, madre, de buscar,
pues tu ser querido no vuelve.
Con el relente nocturno,
cuando el padre regresa al hogar,
una vaga sonrisa le florece,
mas también la lágrima le asoma.
El padre sabe que en sus estancias
sólo habita la paz de la muerte,
sólo suena el gemir de la madre
y no hay una niña que sonría.*

—Por el amor de Dios, Ondina, ¿dónde están mis padres? —preguntó Bertalda llorando—. Tú lo sabes, estás enterada, extraña mujer, pues de lo contrario no hubieras destrozado así mi corazón. ¿Están ya aquí? ¿Serían...?

Sus ojos sobrevolaron la ilustre concurrencia y se posaron en una baronesa que estaba sentada al lado de su padre adoptivo. Entonces Ondina se volvió hacia la puerta, dulcemente emocionada.

—¿Dónde están los pobres padres que te esperan? —preguntó, y el anciano pescador y su mujer avanzaron con paso vacilante entre la multitud. Sus ojos miraban tan pronto a Ondina como a la hermosa señorita que decían ser su hija.

—Es ésa —balbuceó Ondina emocionada, y los dos ancianos fueron a abrazar a Bertalda entre lágrimas y alabanzas a Dios.

Pero Bertalda se desprendió de sus brazos, aterrada y encendida en ira. Era demasiado para aquella muchacha orgullosa ese reconocimiento en el momento en que esperaba subir de categoría y soñaba con doseles y coronas sobre su cabeza. Creyó que su rival había tramado todo aquello para humillarla delante de Huldbrand y de toda la gente. Insultó a Ondina, insultó a los dos ancianos y dejó escapar de sus labios palabras tan feas como «mentirosa» y «mercenarios». La anciana pescadora murmuró por lo bajo: «Dios mío, se ha convertido en una mala mujer, pero me da el corazón que yo la engendré». El viejo pescador, en cambio, juntó las manos y rezó en silencio para que aquella señorita no fuera su hija. Ondina, pálida de horror, corrió de los padres a Bertalda y de Bertalda a los padres; los cielos con que había soñado se convirtieron súbitamente en una angustia y desolación que jamás había conocido.

—¿Tienes alma? ¿Es que no tienes alma, Bertalda? —le gritó varias veces a su enfurecida amiga, como si quisiera huir de una locura repentina o despertar de una pesadilla nocturna. Pero como Bertalda se ponía cada vez más frenética, y los padres, rechazados por ella, dieron rienda suelta a las lágrimas y la gente empezó a dividirse en dos bandos, de pronto Ondina solicitó permiso para hablar aparte con su marido y lo hizo en ademán tan digno y grave que todos guardaron silencio. Después avanzó al extremo superior de la mesa, donde se sentaba Bertalda, en actitud orgullosa y humilde a la vez, y habló así:

—A vosotros, los que me miráis con tanta extrañeza y hostilidad, y me habéis estropeado la fiesta, os digo que me ha sorprendido vuestra necedad y vuestra dureza de corazón, y ese comportamiento yo no lo aceptaré en mi vida. Si todo ha salido al revés no es por mi culpa; la culpa es únicamente vuestra, aunque os cueste creerlo. Por eso tengo poco que deciros; pero os aseguro una cosa: yo no he mentado. No puedo ni quiero daros pruebas que están fuera de mi alcance; pero juro que no he mentado. Lo que habéis oído de mis labios me lo dijo el mismo que separó a Bertalda de sus padres y la atrajo al agua y la colocó después en la pradera verde para que el duque la encontrara en su camino.

—Es una hechicera —gritó Bertalda—, una bruja que tiene trato con malos espíritus. Ella misma lo confiesa.

—Yo no hago eso —contestó Ondina con total inocencia y sinceridad en los ojos—. Tampoco soy ninguna bruja; podéis comprobarlo.

—Miente con descaro —insistió Bertalda— y no puede sostener que yo sea hija de esta gente baja. A mis padres, los duques, pido que me lleven lejos de esta compañía y de esta ciudad donde sólo quieren difamarme.

El anciano y digno duque se mantuvo firme y su esposa dijo:

—Tenemos que aclarar esta situación. Juro por Dios que no abandonaré esta sala antes de averiguar la verdad.

Entonces se acercó la anciana pescadora, se inclinó profundamente ante la duquesa, y dijo:

—Vos me dais confianza, noble y cristiana señora. Yo os tengo que decir que si esta mala señorita es hija mía, llevará un lunar parecido a una violeta entre los dos hombros, y otro igual en el empeine del pie izquierdo. Si puede salir de la sala conmigo...

—Yo no me desnudo delante de la campesina —dijo Bertalda volviéndole orgullosamente la espalda.

—Pero delante de mí, sí —repuso la duquesa con gran seriedad—. Iréis conmigo a esa habitación, señorita, y la buena anciana nos acompañará.

Las tres desaparecieron y todos guardaron silencio, a la espera del resultado. Al poco rato volvieron a entrar las mujeres; Bertalda tenía una palidez de muerte, y la duquesa dijo:

—El derecho es el derecho; por eso declaro que nuestra anfitriona dijo la verdad. Bertalda es hija del pescador y es preciso que aquí se sepa.

La pareja ducal se fue con la hija adoptiva; a una señal del duque los siguió el pescador con su mujer. Los otros invitados se alejaron en silencio o murmurando en voz baja, y Ondina, llorando a lágrima viva, se echó en brazos de Huldbrand.

CAPÍTULO XII

Cómo abandonaron la ciudad imperial

El señor de Ringstetten hubiera preferido que las cosas ocurrieran aquel día de otra manera, pero no estaba descontento del resultado, ya que su encantadora esposa tuvo ocasión de demostrar su honradez y su buen corazón. «Si yo le he dado un alma», pensó, «en realidad le he dado un alma».

mejor que la mía». Y sólo se preocupó de consolarla y hacer los preparativos para abandonar al día siguiente un lugar que después de aquel incidente tenía que ser muy desagradable para ella. La verdad es que la opinión general era favorable a Ondina. Como ya esperaban de antemano algo maravilloso de ella, no llamó demasiado la atención el extraño descubrimiento del origen de Bertalda, y todo el que se enteró del relato y de la violenta reacción de la muchacha se puso en contra de ella. Pero esto no llegó a oídos del caballero ni de su mujer; además, para Ondina hubiera sido tan doloroso lo uno como lo otro, y lo mejor era dejar atrás cuanto antes las murallas de la antigua ciudad.

Con las primeras luces del día, un suntuoso carruaje se detuvo a la puerta de la posada para ser ocupado por Ondina; los caballos de Huldbrand y de sus escuderos piafaban sobre el pavimento. En el momento en que el caballero salía de la posada con su mujer, se les puso delante una joven pescadora.

—No necesitamos tu mercancía —le dijo Huldbrand; salimos ahora mismo de viaje.

Entonces la joven rompió a llorar amargamente y sólo entonces advirtió la pareja que era Bertalda. Volvieron con ella a la habitación; allí les contó que el duque y la duquesa se enfadaron tanto por su reacción dura y violenta del día anterior que la despidieron en el acto, aunque no sin asignarle una buena dote. También concedieron una subvención generosa al pescador, que al atardecer emprendió con su esposa el camino para la punta de la laguna.

—Yo iría con ellos —continuó Bertalda—, pero el viejo pescador que dice ser mi padre...

—Lo es realmente, Bertalda —le interrumpió Ondina—. Mira, el que tú creíste que era el vigilante de fuentes me lo contó con detalle. No quería que te llevase conmigo al castillo de Ringstetten y entonces me descubrió este secreto.

—Bueno, pues mi padre, si lo es, dijo: «No te admito en casa hasta tanto no hayas cambiado. Ven a casa atravesando el bosque siniestro; esto será la prueba de que nos aprecias. Pero no vengas como una señorita; ven como hija de un pescador». Por eso voy a hacer como él dijo, pues todos me han abandonado y quiero vivir y morir junto a mis pobres padres como hija de un pescador. El bosque me da mucho miedo; debe de haber fantasmas horribles por allí, y yo soy tan medrosa... pero qué remedio. He venido aquí para pedir perdón a la noble señora de Ringstetten por lo mal que me porté ayer. Comprendo que teníais razón, amable dama, pero no podéis imaginaros lo herida que me sentí, y la angustia y la sorpresa me llevaron a decir aquellas inconveniencias. ¡Perdonadme, perdonadme! Soy muy desgraciada; recordad lo que era aún ayer por la mañana, al comienzo de vuestra fiesta, y lo que soy ahora.

Las palabras quedaron ahogadas en un río de lágrimas, y también llorando amargamente la abrazó Ondina. Tuvo que pasar largo rato hasta que ésta, profundamente conmovida, pudiera pronunciar una palabra; entonces dijo:

—Tú vendrás con nosotros a Ringstetten; todo debe quedar como acordamos antes; vuelve a hablarme de tú y basta de dama y de noble señora. Mira, de niñas fuimos permutadas la una por la otra; ya entonces se cruzó nuestro destino y ahora vamos a cruzarnos tan estrechamente que ninguna fuerza humana sea capaz de separarnos. Primero ven con nosotros a Ringstetten. Allí hablaremos de nuestra vida futura como buenas hermanas.

Bertalda alzó los ojos tímidamente a Huldbrand. A éste le dio lástima la hermosa y atribulada muchacha; le ofreció la mano y le dijo entre caricias que confiara en él y en su esposa.

—Enviaremos un mensaje a vuestros padres explicando por qué no habéis ido.

Iba a decir más cosas sobre los buenos ancianos, pero vio cómo su recuerdo afligía a Bertalda y

preferió no seguir. La tomó del brazo y la hizo subir primero a ella al carruaje y después a Ondina. Él cabalgó a su lado y supo animar tan bien al cochero que en breve tiempo habían dejado atrás la zona de la ciudad imperial y con ella todos los malos recuerdos, y las mujeres rodaron con mejor ánimo por las bellas regiones que atravesaba la ruta.

En un bello atardecer y tras varios días de viaje llegaron al castillo de Ringstetten, Sus alcaldes y soldados tenían muchas cosas que contarle al joven caballero, por lo que Ondina se quedó a solas con Bertalda. Las dos pasearon por el alto bastión de la fortaleza y gozaron del ameno paisaje que se extendía a lo ancho de la fértil Suabia. Allí se les acercó un hombre alto que las saludó cortésmente; Bertalda le encontró un gran parecido con el vigilante de fuentes de la ciudad imperial. La semejanza se le antojó mayor aún cuando Ondina, con cara contrariada e incluso amenazante, le ordenó con una señal que se fuera; así lo hizo con pie ágil y sacudiendo la cabeza, como entonces, para desaparecer después entre unos matorrales. Ondina dijo:

—No temas, querida Bertaldita. Esta vez el odioso vigilante de fuentes no te va a hacer daño.

Y luego le contó toda la historia detalladamente y también le explicó quién era ella y cómo Bertalda les fue arrebatada a los pescadores, y Ondina apareció entre ellos. La joven quedó aterrada al principio con estas revelaciones y creyó que Ondina era víctima de un repentino ataque de locura; pero se fue convenciendo de que todo era verdad por las palabras coherentes de Ondina, que coincidían tan perfectamente con los sucesos anteriores, y aún más por el sentimiento íntimo con que la verdad se nos manifiesta siempre. Le parecía estar viviendo un cuento que se hacía realidad. Miró con respeto a Ondina, pero no pudo evitar un secreto pánico que la distanciaba de su amiga, y durante la cena se extrañó mucho viendo cómo el caballero trataba amistosamente y estaba enamorado de un ser que tras las últimas revelaciones parecía más espectral que humano.

CAPÍTULO XIII

Cómo vivieron en el castillo de Ringstetten

El que esto escribe pide comprensión al lector porque esta historia le conmueve y desea comunicar este sentimiento a los demás. Júzgalo con indulgencia si despacha ahora en pocas palabras un período de tiempo bastante largo y te dice sólo en general lo que sucedió en él. Sabe que podía explicar paso a paso, con arreglo a las normas del arte, cómo Bertalda se fue mostrando más amorosa con el joven caballero y tanto él como ella parecían sentir más miedo que compasión hacia aquel ser extraño; cómo Ondina lloraba y sus lágrimas producían remordimientos de conciencia en el alma de su esposo, pero sin despertar en él el antiguo amor, de suerte que a veces se mostraba amable con ella, mas pronto un secreto pánico le apartaba de ella y le hacía volver a Bertalda, que era un ser humano normal. El autor sabe que podría contar todo esto punto por punto, y quizá debería hacerlo; pero le resulta demasiado doloroso, pues ha vivido cosas parecidas y no le gusta recordarlas. Tú has experimentado probablemente sentimientos de este tipo, querido lector, pues tal es el destino de los mortales. Dichoso de ti si en la vida has recibido más de lo que has dado, pues aquí el recibir es más bienaventurado que el dar. Tales evocaciones te producen entonces un dolor íntimo, y quizá una lágrima furtiva te corre por las mejillas recordando el arriate de flores marchitas

que tanto te había alegrado. Pero baste con lo dicho; no vamos a hurgar más en las heridas del corazón; constatamos simple y brevemente lo sucedido. La pobre Ondina estaba muy afligida y las otras dos personas tampoco parecían contentas; extrañamente Bertalda solía interpretar cualquier resistencia de Ondina a sus deseos como expresión de un ama de casa celosa y ofendida. Por eso adoptó una actitud arrogante, a la que Ondina se rendía con dolor y que el obcecado Huldbrand solía apoyar decididamente.

Pero lo que más molestaba al personal del castillo eran las extrañas apariciones que veían Huldbrand y Bertalda en los pasillos abovedados del castillo y que nunca habían ocurrido en aquel lugar. El hombre alto y blanco, al que Huldbrand identificó sin dificultad como el tío Kühleborn y Bertalda como el vigilante de fuentes espectral, se aparecía a menudo a ambos, y sobre todo a Bertalda; ésta había enfermado del terror en varias ocasiones y hasta pensó en abandonar el castillo; pero quería demasiado a Huldbrand y alegaba su inocencia, pues nunca llegaron a una verdadera explicación entre ellos; además, tampoco sabía adonde dirigir sus pasos.

El viejo contestó al mensaje del señor de Ringstetten sobre la estancia de Bertalda en el castillo con unos renglones poco legibles, efecto de la edad y de la falta de hábito: «Ahora soy un pobre viudo, pues mi querida y fiel esposa falleció. Pero, aun estando solo en la cabaña, prefiero que Bertalda esté ahí y no en mi compañía. La única condición es que no haga daño a mi querida Ondina; de lo contrario tendría mi maldición».

Bertalda no se dio por ofendida con las últimas palabras e incluso las recibió bien, debido a la ausencia del padre, como suele ocurrir a las personas en casos parecidos.

Un día en que Huldbrand salió de casa, Ondina reunió a la servidumbre e hizo trasladar una gran piedra para tapar el gran pozo que se encontraba en medio del patio del castillo. Los criados le hicieron saber que en adelante tendrían que bajar al valle para acarrear el agua. Ondina contestó, sonriendo melancólicamente:

—Lo siento mucho por este mayor esfuerzo, hijos míos; me gustaría ir yo misma a traer los cántaros de agua, pero este pozo tiene que estar cerrado. Creedme que no hay más remedio y de ese modo podemos evitar males mayores.

Toda la servidumbre se alegró de poder complacer a la dulce ama de casa, y sin hacer más preguntas fueron a mover la enorme piedra. La levantaron entre todos y estaban a punto de colocarla sobre el pozo cuando llegó corriendo Bertalda y ordenó que se detuvieran, pues ella utilizaba para el aseo el agua de aquel pozo, que era muy beneficiosa para su piel, y nunca consentiría que se cerrase el pozo. Pero Ondina, que solía ser de modales comedidos, esta vez se mantuvo firme en su decisión; dijo que como ama de casa le competía organizar la economía doméstica según su leal saber y entender, y sólo tenía que dar cuenta de ello a su esposo y señor.

—¡Oh, mirad, mirad —exclamó Bertalda con horror y angustia—, la pobre agua, la hermosa agua se encrespa y se retuerce de dolor porque le van a tapar la vista del sol y de las personas, ella, que fue creada para ser espejo!

En efecto, el agua empezó a burbujear y a encresparse extrañamente en el pozo; fue como si quisiera desbordarse de él; pero Ondina insistió tanto más en que se cumpliera su orden. Apenas hubo necesidad de esta insistencia. A la servidumbre le complacía tanto obedecer a su dulce dueña como llevar la contraria a Bertalda, y pese a los improperios y amenazas de ésta, la piedra cerró en breve la boca del pozo. Ondina se sentó encima pensativa y con sus bellos dedos sobre la superficie. Debía de tener algo muy cortante y corrosivo en la mano, pues cuando se fue y los demás se acercaron, vieron

grabados en la piedra unos signos extraños que nadie había visto antes en ella.

Cuando el caballero regresó al anochecer, Bertalda lo acogió con lágrimas en los ojos y se quejó de la conducta de Ondina. Él miró a ésta con cara seria y la pobre mujer bajó los ojos, afligida; pero le dijo con gran serenidad:

—Mi señor y esposo no reprende a ninguno de sus dependientes sin haberlo oído; cuánto menos lo hará con su propia esposa.

—Dime qué te movió a conducta tan extraña —dijo el caballero con cara sombría.

—Me gustaría decírtelo a solas —suspiró Ondina.

—Puedes decirlo igual en presencia de Bertalda —repuso él.

—Así es, si lo ordenas —dijo Ondina—, pero no lo ordenes, por favor, no lo ordenes.

Lo miró en actitud tan humilde, dulce y dócil que el corazón del caballero se abrió a emociones de mejores tiempos. La tomó delicadamente del brazo y la llevó a su habitación, donde ella se expresó así:

—Conoces bien al malvado de tío Kühleborn, mi querido señor, y te has encontrado con él a menudo en los corredores de este castillo, con gran disgusto tuyo. A Bertalda la ha asustado a veces hasta hacerla enfermar. Hace esto porque no tiene alma, es un simple reflejo elemental del mundo exterior, que no es capaz de irradiar intimidación. Entonces él ve a veces que tú estás descontento de mí, que yo lloro por eso como una niña, que Bertalda se ríe quizá por casualidad en ese momento. Él es diferente y se entromete de mil modos en nuestra vida sin que nadie se lo ordene. ¿De qué sirve que yo lo reprenda? ¿Que lo expulse por las malas? No me cree una sola palabra. Su pobre vida no comprende cómo los sufrimientos y las alegrías del amor aparecen tan bellamente mezclados y están tan íntimamente hermanados que ningún poder humano los puede separar. Bajo la lágrima asoma la sonrisa y la sonrisa hace salir la lágrima de su escondrijo.

Alzó los ojos hacia Huldbbrand, llorosa y sonriente, y el caballero volvió a sentir todo el encanto del antiguo amor en su corazón. Ella se dio cuenta, lo atrajo hacia sí y continuó entre lágrimas de gozo:

—Como no era posible convencer de palabra al perturbador de la paz, he tenido que cerrarle la puerta. Y la única puerta que tiene para acceder a nosotros es ese pozo. Con los otros espíritus acuáticos de la región está enemistado; su reino empieza en los próximos valles y se adentra por el Danubio cuando desembocan en él algunos de sus buenos amigos. Por eso hice rodar la piedra sobre la boca del pozo y escribí encima unos signos que paralizan toda la fuerza del revoltoso tío, de forma que no pueda perturbarte a ti ni a mí ni a Bertalda. Los hombres pueden remover la piedra sin mucho esfuerzo, y él no lo impedirá. Si quieres, pues, acceder a los deseos de Bertalda, pero en realidad ella no sabe lo que pide. En ella ha puesto sus miras, con preferencia, el impertinente Kühleborn, y si ocurren cosas que él me vaticinó y que bien podrían suceder sin tú sospecharlo... ay, querido, tampoco tú quedarías fuera de peligro.

Huldbbrand agradeció profundamente la generosidad de su buena mujer al cerrarle el paso a su temible protector, aun teniendo que enfrentarse para ello con Bertalda. Por eso la estrechó en sus brazos, y le dijo conmovido:

—La piedra quedará ahí, y todo se hará como tú quieras, mi querida Ondinita.

Ella le hizo carantoñas, humildemente gozosa por las palabras de amor, tan olvidadas, y dijo al fin:

—Mi amigo del alma, ya que hoy te muestras tan dulce y bondadoso conmigo, ¿puedo pedirte un

favor? Mira, a ti te sucede como al verano. Precisamente en su mayor esplendor se pone la corona relampagueante y tronante de las bellas tormentas en las que aparece como un verdadero rey y dios de la tierra. Tú también lanzas rayos y truenos por la boca y los ojos, y a ti te va muy bien, aunque yo a veces, en mi simpleza, empiezo a llorar. Pero no lo hagas nunca contra mí sobre el agua o cerca de ella. Mira, entonces mis parientes reclaman sus derechos sobre mí. Me arrebatarán muy enfadados, por creer que has ofendido a uno de la familia, y yo tendría que vivir el resto de mi vida en palacios de cristal y nunca podría volver a ti, o me colocarían a un nivel superior al tuyo... y esto sería mucho peor. No, no, dulce amigo; evita que eso suceda si quieres a tu pobre Ondina.

Huldbbrand prometió solemnemente hacer lo que ella deseaba, y la pareja abandonó la habitación muy feliz y contenta. Entonces se acercó Bertalda con algunos obreros que había reunido, y dijo con unos malos modales que ya eran habituales en ella:

—Ha terminado la conversación secreta y se puede quitar la piedra. Id allá, obreros, y quitadla.

Pero el caballero, en vista de su actitud descortés, dijo serio y terminante:

—La piedra no se levanta.

Reprendió también a Bertalda por su comportamiento violento con Ondina, y los obreros se retiraron con una sonrisa mal disimulada. Entonces Bertalda, pálida de ira, corrió a sus habitaciones.

Llegó la hora de la cena, y Bertalda no apareció. Fueron a buscarla; el chambelán encontró sus habitaciones vacías y volvió con una hoja sellada y con las señas del caballero. Éste la abrió muy preocupado, y leyó:

Me siento avergonzada de ser una pobre hija de pescador. Me había olvidado, y quiero expiarlo en la cabaña miserable de mis padres. ¡Que tengáis suerte con vuestra hermosa mujer!

Ondina quedó muy afligida. Pidió encarecidamente a Huldbbrand que fuese a buscarla y volviera con ella. No necesitó convencerlo; su afecto a Bertalda renació con violencia. Revolvió todo el castillo preguntando si alguien la había visto y qué camino siguió la bella fugitiva. No pudo averiguar nada y montó a caballo, decidido a seguir sin más el camino por el que había traído a Bertalda al castillo. Entonces llegó un escudero asegurando que se había encontrado con la señorita en la senda del Valle Negro. El caballero atravesó el portal como una flecha, en la dirección indicada, sin oír la voz angustiada de Ondina que le gritaba desde la ventana:

—¿Al Valle Negro? ¡Ahí, no, Huldbbrand, ahí no! ¡O llévame contigo, por el amor de Dios!

Pero viendo que sus gritos eran inútiles, hizo ensillar a toda prisa su palafrén blanco y siguió al trote al caballero, sin aceptar el acompañamiento de ningún criado.

CAPÍTULO XIV

Cómo regresó Bertalda con el caballero

El Valle Negro está rodeado de montes. Desconozco su nombre actual. Por aquel entonces los campesinos lo llamaban así por su densa oscuridad, que desde los altos árboles, sobre todo abetos, se

difundía pendiente abajo. Hasta el riachuelo que corría entre las rocas parecía totalmente negro y nada parecido a las aguas que reflejan el azul del cielo. En aquel momento, a la hora del crepúsculo, el valle encajonado entre los montes ofrecía un aire siniestro. Huldrbrand cabalgaba lleno de angustia por la orilla del riachuelo; tan pronto temía que, debido a su retraso, la fugitiva estuviera muy por delante como esperaba alcanzar pronto a la muchacha si estaba en el recto sendero. La idea de que anduviera extraviado lo estremecía. ¿Qué iba a hacer la tierna Bertalda si él no la encontraba, ante la amenaza de la noche tormentosa que envolvía cada vez más amenazante el valle? Al fin vio un bulto blanco en la ladera del monte, brillando entre las ramas. Creyó reconocer la túnica de Bertalda y se dirigió allí. Pero su caballo se resistió a avanzar; empezó a encabritarse salvajemente, y como Huldrbrand no estaba dispuesto a perder tiempo —aparte de que el caballo sería un estorbo en la maleza—, puso pie a tierra, ató el animal jadeante a un olmo y se internó con cautela por la espesura. Las ramas le azotaban sin piedad la frente y las mejillas con la fría humedad del rocío nocturno; se oyó un trueno lejano más allá de los montes y todo parecía tan extraño que el caballero empezó a sentir pavor ante la figura blanca que yacía en el suelo, ya a corta distancia de él. Pudo ver sin embargo con toda claridad que era una mujer dormida o desmayada, con prendas de vestir largas y blancas como las que llevaba Bertalda aquel día. Llegó muy cerca de ella, hizo crujir las ramas y sonar la espada, pero ella no se movió.

—¡Bertalda! —dijo, primero en voz baja, luego más fuerte. Ella no oía. Al fin, cuándo gritó el querido nombre con todas sus fuerzas, un eco sordo llegó desde las profundidades del valle: «¡Bertalda!»; pero la durmiente no despertó. Huldrbrand se inclinó hacia la mujer; la oscuridad del valle y de la noche que se echaba encima no le permitían distinguir los rasgos de su cara. Cuando se acercó a ella hasta casi tocar el suelo, un relámpago iluminó súbitamente el valle. Vio ante sí un rostro horriblemente deformado que dijo con voz ronca:

—Dame un beso, pastor enamorado.

Con un grito de horror, Huldrbrand escapó hacia la cima, pero la figura deforme lo siguió.

—¡A casa! —murmuró—. Los trasgos están en vela. ¡A casa, que te pillo!

Y se abalanzó sobre él con sus largos brazos blancos.

—¡Kühleborn traidor! —gritó el caballero armándose de valor—. Apuesto a que eres tú, gnomo. Entonces toma un beso.

Le asestó un furioso golpe con la espada. Pero la figura se esfumó y el chorro de agua que salpicó al caballero no le dejó a éste la menor duda sobre el enemigo al que se había enfrentado.

«Quiere asustarme para que renuncie a buscar a Bertalda», dijo para sí; «imagina que me van a espantar sus apariciones y que voy a dejar a la pobre chica en sus manos para que pueda ensañarse con ella. Pero no lo conseguirá el miserable espíritu elemental. El bufón impotente no sabe de lo que es capaz un pecho varonil cuando busca lo recto y lo mejor». Sintió la verdad de sus palabras y se vio reconfortado con ellas. También le pareció que la suerte se aliaba con él, pues aún no había vuelto para desatar al caballo cuando oyó con toda claridad la voz lastimera de Bertalda, y escuchó, no lejos de él, el llanto apagado por el fragor creciente del trueno y del viento tempestuoso. Corrió veloz en dirección al sonido y encontró a la joven asustada, intentando subir la pendiente para escapar de la horrible oscuridad de aquel valle. Pero él le salió al paso y la llenó de caricias, y la orgullosa y desafiante muchacha de antes sintió ahora la dicha de verse libre de la espantosa soledad, gracias a su amigo del alma, y de poder reanudar la vida apacible del castillo. Lo siguió sin resistencia, pero estaba tan agotada que el caballero se conformó con llevarla hasta el caballo, que desató en el acto,

para montar sobre él a la bella peregrina, tomarlo de la rienda y guiarlo con paso cauteloso por las sombras inciertas del fondo del valle.

El caballo, sin embargo, estaba aún bajo los efectos de la inquietante aparición de Kühleborn. El propio caballero habría tenido dificultad en montar el encabritado animal, y la idea de que la asustada Bertalda hiciera lo mismo era descabellada. Decidieron, pues, regresar a pie. Llevando al animal de la brida, el caballero ayudaba con la otra mano a la vacilante muchacha. Bertalda sacó fuerzas de flaqueza para atravesar rápidamente el temible fondo del valle; pero los pies le pesaban como plomo y le temblaba todo el cuerpo, en parte por la angustia pasada ante el acoso de Kühleborn y en parte también por el pánico que le duraba del fragor de la tempestad y del trueno a través de los bosques.

Al fin, se desprendió del brazo auxiliar de su guía y se dejó caer sobre el musgo diciendo:

—¡Dejadme, noble señor! Estoy expiando la culpa de mi necedad y debo morir aquí de agotamiento y angustia.

—Jamás os dejaré, querida amiga —dijo Huldbrand, intentado en vano apaciguar al agitado corcel, que empezó a alborotarse y a arrojar espumarajos por la boca con más fiereza que antes; el caballero lo mantuvo lo bastante alejado de la muchacha, que yacía en el suelo, para no asustarla aún más. Pero apenas dio algunos pasos con el enloquecido caballo, ella empezó a llamarlo desesperadamente, creyendo que la iba a abandonar en aquella pavorosa situación. Huldbrand no sabía ya qué hacer. De buena gana habría soltado al furioso animal para que se desfagara en las tinieblas de la noche de no haber temido que atronara con sus cascos, en aquel estrecho desfiladero, precisamente el lugar donde yacía Bertalda.

En medio de este desconcierto sintió un alivio infinito al oír el ruido de un carro que bajaba lentamente el camino de piedra detrás de ellos. Pidió auxilio; le contestó una voz masculina que le recomendó paciencia, pero prometió ayudarlo, y poco después asomaban ya entre el follaje dos caballos blancos, la blusa blanca del cochero y el gran lienzo blanco que cubría la mercancía que quizá éste transportaba. A un sonoro ¡sooo! del amo se detuvieron los dóciles animales. Él se acercó al caballero y lo ayudó a amansar al caballo desbocado.

—Ya sé —dijo— lo que le pasa al animal. La primera vez que atravesé esta zona no les fue mejor a mis caballos. Es porque aquí vive un genio acuático que se entretiene con estas bromas. Pero yo me sé un conjuro que si me permitís recitarlo al oído del animal se volverá tan pacífico como mis caballos blancos.

—¡Intentadlo por lo que más queráis y ayudadme pronto! —gritó el impaciente caballero.

Entonces el cochero atrajo hacia sí la cabeza del caballo encabritado y le dijo algunas palabras al oído. El animal se amansó en el acto y sólo le quedó un jadeo y un resoplido como muestra de la excitación anterior. Huldbrand no disponía de tiempo para preguntar sobre lo sucedido. Convinieron en acomodar a Bertalda en el carro donde, según el cochero, había unas pacas mullidas de algodón, y éste podía así conducirla al castillo de Ringstetten; Huldbrand los acompañaría a caballo. Pero el animal parecía agotado de su frenesí anterior y el cochero propuso a Huldbrand subir al carro con Bertalda; el caballo iría detrás, atado al carro.

—El camino es cuesta abajo —dijo— y será fácil para mis caballos.

El caballero aceptó la sugerencia y subió con Bertalda al carro; el corcel seguía detrás dócilmente y el cochero caminaba al lado, ágil y atento.

En la quietud de la noche oscura, cuando el trueno se oía cada vez más lejano y apagado, con el sentimiento placentero de seguridad y de una marcha cómoda, hubo un diálogo íntimo entre

Huldbrand y Bertalda. El caballero reprendió a la muchacha con palabras cariñosas por su fuga; ella se disculpó con humildad y compunción, y de todo lo que dijo quedó comprobado, con la claridad de una lámpara que iluminase al amado entre la noche y el misterio, que la amada esperaba aún ser suya. El caballero comprendió el sentido de aquellas expresiones más allá de la literalidad de las palabras y contestó en el mismo tono.

En esto, el cochero exclamó a voz en grito:

—¡Arriba, caballos! ¡Arriba las patas! ¡Cuidado, caballos! ¡Recordad lo que sois!

El caballero se asomó desde el coche y vio cómo los caballos entraban en un torrente de agua, casi nadando en él; las ruedas relucían y bramaban como si fueran ruedas de molino; el cochero, ante el ímpetu del oleaje, se subió al carro.

—¿Qué camino es este que atraviesa un río? —preguntó Huldbrand al cochero.

—No, no; es al revés —contestó éste sonriendo—: el río se mete en nuestro camino. Mirad cómo todo está inundado.

En efecto, el fondo del valle se encrespaba y rugía en un oleaje repentino y creciente.

—Aquí anda metido Kühleborn, el genio acuático —dijo el caballero—. ¿Conoces tú algún conjuro, camarada?

—Conozco uno —dijo el cochero—, pero no puedo ni deseo emplearlo antes de que vos sepáis quién soy.

—¡No estamos para acertijos! —gritó el caballero—; las aguas están subiendo, ¿y qué me importa a mí saber quién eres?

—Pues, sin embargo, os interesa —dijo el cochero—, pues yo soy Kühleborn.

Con semblante desfigurado y burlón se alejó en el carro, que ya no era carro, ni los caballos blancos eran tales; todo se volvió espuma y oleaje estruendoso; hasta el cochero se encrespó como una ola gigantesca, anegó al corcel bajo las aguas y continuó subiendo, subiendo sobre las cabezas de la pareja náufraga y llegó a formar una especie de torre líquida que amenazaba sepultarlos sin remedio.

En esto sonó en medio del fragor la voz dulce de Ondina, apareció la luna entre las nubes y con ello quedó visible su figura en las alturas del valle. Ondina increpó y amenazó a las olas, y la torre líquida desapareció entre gruñidos y murmullos; el agua volvió a correr mansa a la luz de la luna y Ondina bajó de la altura como una blanca paloma para tomar consigo al caballero y a Bertalda, y elevarlos hasta una planicie de fresco y verde césped, donde alivió su fatiga y terror con exquisitos refrigerios; después ayudó a montar a Bertalda sobre el blanco caballo que ella misma había traído y así regresaron los tres al castillo de Ringstetten.

CAPÍTULO XV

El viaje a Viena

Desde los últimos sucesos la vida transcurrió suave y plácida en el castillo. El caballero fue conociendo cada vez mejor la bondad celestial de su esposa, que tan palpablemente se había manifestado, una vez más, en el Valle Negro, que era territorio de Kühleborn. Ondina sentía la paz y

la seguridad que nunca faltan a un alma que es consciente de ir por el camino recto; además, el nuevo amor y respeto de su esposo la llenaron de esperanza y alegría. Bertalda, por su parte, se mostraba agradecida, humilde y respetuosa, y adoptaba esta actitud convencida de que era la que a ella le correspondía. Siempre que Huldbrand u Ondina intentaban explicar el cubrimiento del pozo o la aventura del Valle Negro, ella pedía encarecidamente que cambiaran de conversación porque el episodio del pozo le había causado mucha vergüenza y en el Valle Negro había pasado mucho miedo. Por eso no se enteró de nada más, y ella creyó que tampoco le hacía falta. La paz y la alegría se habían adueñado ya del castillo de Ringstetten. Estaban seguros de esto, convencidos de que la vida sólo les reservaba flores y frutos.

En esta situación tan plácida llegó el invierno, pasó y apareció la primavera con sus tiernos renuevos y su cielo azul claro para alegrar a los humanos. Tan risueña ella como ellos, ellos como ella. De ahí que las cigüeñas y golondrinas despertaran sus ansias viajeras. Un día en que fueron a pasear por las fuentes del Danubio habló Huldbrand de la belleza del noble río, de su paso por fértiles tierras, de la gran ciudad de Viena que se alza a sus orillas y de la fuerza y encanto que derrama a lo largo de su viaje.

—¡Sería bonito seguir paseando hasta Viena! —exclamó Bertalda, pero volvió a adoptar inmediatamente una actitud humilde y modesta, sonrojada de lo que acababa de decir. Esto conmovió a Ondina y con el mayor deseo de dar una alegría a su querida amiga dijo:

—¿Qué nos impide realizar el viaje?

Bertalda empezó a dar brincos de contento y las dos mujeres imaginaron con los más vivos colores el viaje por el Danubio. Huldbrand se sumó a la euforia común, pero de pronto le preguntó por lo bajo a Ondina con cara de preocupación:

—¿Eso no es dominio de Kühleborn?

—Déjale que venga —contestó ella riendo—; aquí estoy yo, y ante mí no le valen sus malas artes.

Una vez salvado el último obstáculo, empezaron los preparativos y pronto estuvo todo listo para un viaje que se presentaba con las mejores perspectivas.

Pero no os extrañará, humanos como sois, que la realidad se alejara mucho de lo que habían soñado. El poder maligno que está al acecho para perdernos gusta de adormecer a sus víctimas con dulces canciones y leyendas doradas. Contra él llama alto y fuerte a nuestra puerta el mensajero del cielo para salvarnos.

Los primeros días del viaje por el Danubio fueron extraordinariamente divertidos. Todo parecía mejor y más bello a medida que bajaban el majestuoso y ondulante río. Pero en un tramo de extremada belleza y encanto que prometía los mayores gozos por su espléndido panorama comenzó el inquieto Kühleborn a mostrar veladamente sus poderes. Al principio fueron simples travesuras, porque Ondina increpaba a las olas o al viento perturbador y el poder del enemigo se rendía de momento; pero llegaban de nuevo las embestidas y Ondina volvía a intervenir, de forma que el buen humor de la pequeña expedición empezó a decaer. Los pasajeros se susurraban cosas al oído y miraban con desconfianza a los tres señores, cuyos criados empezaron también a sospechar algo extraño en ellos. Huldbrand decía a menudo para sus adentros: «Esto ocurre por no ir cada oveja con su pareja, por unirse un humano y una ondina». Buscando una excusa, como solemos hacer, pensaba a menudo: «Yo no sabía que ella fuese una ondina; sufro los efectos de sus extravagancias, pero no soy culpable de ellas». Estos pensamientos lo confortaban, pero le indisponían en cambio más y más con Ondina. Empezó a mirarla con hosquedad y la pobre esposa entendió muy bien el significado de

aquellas miradas. Al anochecer, agotada por estos sentimientos y por la lucha permanente contra las astucias de Kühleborn, y mecida por el suave balanceo de la embarcación, la invadió un profundo sueño.

Cuando ella cerró los párpados, los pasajeros creyeron ver una horrible cabeza humana que surgía de las ondas; no era la cabeza de un nadador, sino que parecía incrustada verticalmente en el espejo de las aguas y acompañaba al barco en su navegación. Cada cual le mostraba al otro el objeto de su espanto, y cada cual encontraba en el rostro ajeno el mismo terror; pero el otro apuntaba con la mano y los ojos en dirección contraria a la suya, hacia el monstruo burlón y amenazante. A fuerza de intentar ponerse de acuerdo gritando: «¡Mira ahí... no, ahí!», al fin todos vieron los espectros de todos y las aguas se poblaron de figuras espantosas. El griterío de los pasajeros despertó a Ondina. Apenas abrió los ojos, desapareció la enloquecida cohorte de rostros deformados. Huldbrand estaba indignado ante tanta bufonada y cuando iba a estallar en imprecaciones, Ondina lo miró con humildad y le dijo en voz baja:

—Por el amor de Dios, esposo mío; estamos sobre el agua; no me riñas ahora.

El caballero guardó silencio y se sentó para entregarse a profundas reflexiones. Ondina le dijo al oído:

—¿No sería mejor, cariño, abandonar este nefasto viaje y regresar en paz al castillo de Ringstetten?

Pero Huldbrand murmuró en tono hostil:

—¿Entonces voy a ser un prisionero en mi propio castillo? ¿Y sólo voy a poder respirar mientras esté cerrado el pozo? Sólo quisiera que tus locos parientes...

Ondina oprimió dulcemente con su hermosa mano los labios del caballero. Él se contuvo, recordando lo que su esposa le había dicho.

Entre tanto, Bertalda se abandonó a extrañas cavilaciones. Algo sabía de los orígenes de Ondina, mas no todo, y el temible Kühleborn seguía siendo para ella un oscuro y siniestro enigma; ni siquiera había oído pronunciar su nombre. Mientras reflexionaba sobre todo esto, se soltó casi inconscientemente una gargantilla de oro, regalo de Huldbrand, que la había adquirido a un mercader ambulante uno de los últimos días del viaje, y la mantuvo suspendida sobre la superficie del río, admirando sus destellos en el espejo de las aguas. Entonces surgió de pronto una mano gigante del seno del Danubio que le arrebató la gargantilla y volvió a sumergirse con ella en las ondas. Bertalda lanzó un grito y la respuesta fue una sonora carcajada que llegaba de las profundidades del río.

El caballero no pudo contener más su cólera; saltando de su asiento, increpó a las aguas y maldijo a todos los que querían entrometerse en su familia y en su vida, y retó al genio acuático o a la sirena raptora a ponerse delante de su reluciente espada. Mientras Bertalda lloraba la pérdida de su precioso adorno y atizaba con sus lágrimas la ira del caballero, Ondina sumergió la mano en el agua, murmuró lentamente unas palabras misteriosas e interrumpió su monólogo para decir a su esposo:

—Amado de mi alma, no me reprendas aquí. Reprende a todos los que quieras menos a mí en este lugar. Ya lo sabes.

Su lengua, en efecto, trabucada por la cólera, no pronunció una sola palabra directamente contra ella. Ondina extrajo con la mano húmeda que había mantenido sumergida en el agua una maravillosa gargantilla de corales, tan brillantes que casi cegó los ojos a los presentes.

—Tómala —dijo, ofreciéndola con cariño a Bertalda—; la he encargado como compensación, y no estés afligida, pobre niña.

Pero el caballero le arrebató la joya a Ondina y la arrojó de nuevo al agua, gritando furioso:

—¿Sigues manteniendo relación con ellos? ¡Quédate con tus regalos y déjanos en paz a los humanos, bruja!

La pobre Ondina lo miró con lágrimas en los ojos mientras extendía aún la mano para ofrecerle el hermoso regalo a Bertalda. Después lloró amargamente como una niña inocente y ofendida. Al fin, le dijo con voz apagada:

—Adiós, dulce amigo, adiós. Ellos no te harán nada; sé fiel para que yo te pueda defender. Pero, ay, tengo que irme, tengo que ausentarme temporalmente. ¡Qué pena, qué pena... lo que has hecho...! ¡Qué pena, qué pena!

Y ya en el borde de la embarcación desapareció. Nadie supo decir si cabalgó sobre las ondas o se sumergió en ellas; fue algo parecido, pero diferente. Quedó absorbida en el Danubio; aún se oyó el sollozo de las ondas alrededor de la embarcación y casi se percibían sus murmullos: «¡Qué pena, qué pena! ¡Ay, sé fiel! ¡Qué pena!».

Huldbrand yacía tendido en la cubierta del barco, deshecho en llanto, y un súbito desfallecimiento lo envolvió pronto en su piadoso velo.

CAPÍTULO XVI

Qué fue de Huldbrand

¿Es una desgracia o una suerte que el duelo humano no perdure? Me refiero a ese duelo profundo, emanado de la fuente de la vida, que se identifica tanto con el ser querido que no lo da por perdido y le consagra el resto de la existencia hasta que la barrera que ha caído sobre él acaba por destruirnos. Hay personas buenas que hacen esa consagración; pero el primer duelo toca alguna vez a su fin. Otras imágenes diferentes se han impuesto, y al final es precisamente nuestro dolor el que nos hace sentir la caducidad de todas las cosas terrenas; por eso yo tengo que decir que es una desgracia que el duelo humano no perdure.

El señor de Ringstetten pasó por esta experiencia; en el transcurso de esta historia veremos si fue o no para su bien. Al principio, sólo pudo llorar amargamente, como había llorado la pobre Ondina cuando él le arrebató de la mano la joya reluciente con la que quiso compensar en gesto tan bello a Bertalda. Después extendió la mano como ella y volvió a llorar lo mismo que ella. Abrigaba la secreta esperanza de disolverse totalmente en las lágrimas; ¿no hemos tenido algunos de nosotros un deseo parecido, mezcla de dolor y placer, con ocasión de un gran sufrimiento? Bertalda lo acompañó en el llanto y vivieron durante mucho tiempo en el castillo de Ringstetten honrando la memoria de Ondina y olvidando casi totalmente el antiguo afecto mutuo. En este período la buena Ondina aparecía a menudo en los sueños de Huldbrand; ella se acercaba dulce y cariñosa, y después se iba llorando, y al despertar, el caballero no sabía muy bien por qué tenía las mejillas húmedas: ¿por las lágrimas de ella o por las suyas propias?

Los sueños, sin embargo, fueron cada vez más escasos, la aflicción del caballero remitió con el tiempo. Pese a todo, quizá nunca hubiera abrigado en su vida otro deseo que el de recordar la callada desaparición de Ondina y hablar de ella, de no haber aparecido por el castillo, inesperadamente, el viejo pescador para llevarse, esta vez en serio, a su hija Bertalda. Se había enterado de la

desaparición de Ondina y no quiso admitir ya que Bertalda permaneciera en el castillo con el señor en estado de viudedad.

—No me interesa saber ahora si quiero o no a mi hija; está en juego el honor, y entonces sobran las otras consideraciones.

Esta determinación del viejo pescador y la soledad que amenazaba al caballero en todas las salas y dependencias del desolado castillo tras la partida de Bertalda pusieron de manifiesto lo que antes estaba adormecido y casi olvidado con el llanto por Ondina: el afecto de Huldbrand hacia la bella Bertalda. El pescador puso muchos reparos a la propuesta de matrimonio que hizo el caballero. Éste había amado mucho a Ondina y el pescador recordó que aún no se sabía con certeza si la desaparecida había muerto. Aunque su cadáver estuviera ya rígido y frío en el fondo del Danubio o fuera arrastrado hasta el mar, Bertalda compartía la responsabilidad de su muerte y no era justo que ocupara el puesto de la pobre proscrita. Pero el pescador le tenía ley al caballero; a ello se sumaron las súplicas de la hija, que ahora se mostraba más amable y dócil, y lo mucho que lloró por Ondina, y al final dio su consentimiento; permaneció en el castillo y enviaron con urgencia a un mensajero en busca del padre Salvador, que en un pasado feliz había bendecido la unión de Ondina y Huldbrand, para que presidiera sus segundas nupcias.

Apenas leyó la carta del señor de Ringstetten, el santo varón hizo el recorrido hasta el castillo con más celeridad aún que el mensajero desde allí hasta el monasterio. Cuando le faltaba el aliento en la rápida marcha o le dolían las envejecidas articulaciones por el cansancio, solía darse ánimos: «Quizá pueda evitar aún una injusticia; no te desplomes antes de llegar a la meta, cuerpo apergaminado». Y seguía jadeante con fuerza renovada, sin permitirse un alto en el camino hasta que un atardecer llegó al frondoso jardín del castillo de Ringstetten.

Los novios estaban sentados bajo los árboles, cogidos del brazo, y el pescador, pensativo, junto a ellos. A la vista del padre Salvador se levantaron y salieron a su encuentro. Pero él, sin prodigarse en palabras, propuso a Huldbrand hablar a solas en el castillo; el caballero, perplejo y titubeante, obedeció ante la inequívoca señal del sacerdote, que le dijo:

—Hace mucho tiempo que deseaba hablar con vos, señor de Ringstetten. Lo que debo deciros afecta igualmente a Bertalda y al pescador, y es mejor que lo sepan cuanto antes. ¿Estáis seguro, caballero Huldbrand, de que vuestra primera esposa ha fallecido? A mí me cuesta creerlo. No voy a hablar de su extraña condición, y tampoco sé nada cierto en ese punto; pero ella fue una mujer buena y fiel, de eso no hay la menor duda. Y desde hace catorce noches la veo en sueños junto a mi lecho, las manos cruzadas en gesto angustioso y diciéndome de pronto entre suspiros: «¡Ay, no se lo permitáis, querido padre! Yo sigo viva. ¡Ay, sálvale la vida! ¡Sálvale el alma!». No entendí lo que quería la visión nocturna; después ha llegado vuestro mensajero y me he apresurado a venir, no para casar sino para separar lo que no se puede unir. ¡Aléjate de ella, Huldbrand! ¡Aléjate de él, Bertalda! Él pertenece aún a otra persona, ¿y no ves en sus pálidas mejillas la pena por la esposa desaparecida? Un novio no tiene esa cara, y el Espíritu me dice que, aunque sigas con él, nunca serás feliz.

Los tres comprendieron en el fondo de su alma que el padre Salvador decía la verdad, pero no quisieron creerlo. Hasta el viejo pescador estaba tan desorientado que no vio otra salida que la de cumplir lo ya convenido. Por eso acogieron con una actitud hostil e inflexible las amonestaciones del sacerdote, y éste tuvo que alejarse triste y apesadumbrado del castillo sin aceptar el alojamiento que le ofrecieron por aquella noche ni probar los refrigerios que le llevaron. Huldbrand fingió creer que el sacerdote era un chiflado, y al amanecer mandó buscar a un padre del próximo monasterio que

prometió sin inconveniente realizar la bendición nupcial en pocos días.

CAPÍTULO XVII

Un sueño del caballero

Poco antes de amanecer, el caballero yacía en su lecho adormilado, pero sin poder conciliar el sueño. Cuando intentaba dormir, el miedo a las pesadillas lo mantenía en vela. Pero si hacía un esfuerzo por despertar del todo, sentía a su alrededor como un batir de alas de cisne y un suave rumor de olas que lo sumía de nuevo en un estado ambiguo dulcemente embriagador. «Rumor de cisnes, canto de cisnes», dijo para sí. «¿Eso significa la muerte?» Pero presumiblemente significaba también otra cosa. Volaba sobre el mar Mediterráneo. Un cisne le susurró al oído que aquello era el Mediterráneo. Y mientras miraba las aguas, éstas se transformaron en cristal puro que le permitía ver el fondo. Esto lo llenó de gozo, ya que pudo contemplar a Ondina bajo las bóvedas transparentes de cristal. Estaba llorando y parecía mucho más afligida que en los días felices que pasaron juntos en el castillo de Ringstetten, sobre todo al principio y también después, poco antes de empezar el viaje por el Danubio, de infausto recuerdo. El caballero evocó todo esto con detalle, pero le pareció que Ondina no se acordaba de él. En esto se acercó Kühleborn a ella y quiso echarle en cara su llanto; pero Ondina se rehízo y lo miró con tal nobleza y autoridad que casi lo asustó.

—Yo vivo bajo las aguas —dijo—; pero he bajado a estas profundidades trayendo conmigo mi alma. Y por eso puedo llorar, aunque tú no tengas ni idea de lo que son estas lágrimas. También ellas son dulces, como es dulce todo lo que tiene alma.

Él movió la cabeza en actitud escéptica, y dijo tras un momento de reflexión:

—Pero, sobrina, vos estáis sujeta a nuestras leyes elementales y debéis condenarlo a muerte por haber contraído segundas nupcias y haberos sido infiel.

—Hasta este momento es viudo —contestó Ondina— y me sigue amando en medio de su tristeza.

—Pero es a la vez novio —dijo Kühleborn con sonrisa burlona— y en un par de días contará con la bendición sacerdotal; entonces tendréis que pedir su muerte por delito de bigamia.

—No puedo pedir eso —Ondina le devolvió la sonrisa—. Y he sellado el pozo para mí y para mis semejantes.

—¿Y cuando salga del castillo o mande abrir de nuevo el pozo? Porque él, sin duda, ha olvidado todo esto.

—Justamente por eso —dijo Ondina, siempre sonriente a pesar de las lágrimas— vuela ahora en espíritu sobre el mar Mediterráneo y asiste en sueños a nuestra conversación. Así lo he dispuesto con toda intención y para que esté prevenido.

Entonces Kühleborn, furioso, alzó la vista, amenazó al caballero, pataleó y salió disparado bajo las ondas; se diría que la maldad lo había inflado hasta parecer una ballena. Los cisnes empezaron de nuevo a susurrar, a aletear, a volar; el caballero se sintió transportado sobre montes y ríos, flotó al fin sobre el castillo de Ringstetten y despertó en su cama.

Despertó efectivamente en su cama y en aquel momento entró su escudero para anunciarle que el padre Salvador permanecía aún en la zona; aquella noche se encontró con él en el bosque; estaba

cobijado bajo una choza que él mismo se había construido con ramas de árboles y cubierto de musgo y hojarasca. A la pregunta sobre el motivo de su presencia allí si no quería bendecir la boda, la respuesta fue: «Hay otras bendiciones no nupciales, y aunque yo no he venido a la boda, puedo esperar otra celebración. Hay que estar prevenido. Además, los sueños y los duelos no están tan distanciados; esto lo sabe todo el que no se ciega voluntariamente».

El caballero caviló sobre estas palabras y sobre su propio sueño; pero es muy difícil enmendar algo que uno se empeña en ver como correcto, y todo siguió su curso.

CAPÍTULO XVIII

Cómo el caballero Huldrand celebró la boda

Si yo os contase cómo transcurrió la fiesta de la boda en el castillo de Ringstetten, imaginaríais una serie de cosas deslumbrantes y alegres, y al fondo un crespón negro que hace burla de todas las alegrías terrenas. No es que algún mal espíritu viniera a perturbar la alegre concurrencia, pues bien sabéis que el castillo era un lugar inmune a las travesuras de los genios acuáticos. Pero tanto el caballero como el pescador y los demás invitados tenían la sensación de que faltaba la persona principal en la fiesta y que esa persona era la dulce Ondina, tan querida de todos. Cuando se abría una puerta, todos los ojos miraban sin querer en aquella dirección, y si era el camarero con nuevas fuentes o el escanciador para servir una copa de vino aún más generoso, quedaban decepcionados, y las chispas de gracejo y alegría se apagaban en las aguas de los tristes recuerdos. La novia era la más frívola y por eso también la más alborozada; pero ella misma se extrañaba a veces de estar sentada en el lugar superior de la mesa, adornada de la verde guirnalda y con vestidos recamados en oro, mientras Ondina yacía como cadáver rígido y frío en el fondo del Danubio o era arrastrada por las olas al océano. Pues desde que su padre pronunciara una frase parecida, le rondaba en la cabeza y la obsesionaba, especialmente en este día.

La fiesta terminó al anochecer, y no por la natural impaciencia del novio, como suele ocurrir en las bodas, sino por la tristeza y melancolía que se apoderó de todos y por los malos presentimientos que abrigaban. Bertalda fue a despojarse de sus atavíos con las doncellas y el caballero con los criados; no hubo en aquella fiesta ninguna alegre comitiva de chicas y chicos para acompañar a la novia y al novio respectivamente.

Bertalda, sin embargo, quiso mostrarse alegre y exhibió una espléndida joya que le había regalado Huldrand junto con una colección de ricos vestidos y velos para elegir los más bellos y vistosos. Sus doncellas aprovecharon la ocasión para decirle cosas lisonjeras a la joven dueña y hacer el más encendido elogio de su belleza. En medio de estos halagos, Bertalda, mirándose al espejo, suspiró:

—Ay, pero mirad la peca que me ha salido aquí, en la parte lateral del cuello.

Era verdad; pero ellas dijeron que se trataba de un bonito lunar, una pequeña mancha que venía a realzar la blancura de su delicada piel. Bertalda sacudió la cabeza; una mancha era siempre una mancha.

—El caso es que yo podría quitármela —suspiró al fin—. Pero el pozo del castillo está cerrado;

de él hacía sacar el agua milagrosa que me limpiaba el cutis. Si tuviera hoy una botella llena...

—¿Eso es todo? —dijo una criada, y abandonó inmediatamente la habitación.

—¿Será tan insensata —preguntó Bertalda, agradablemente sorprendida— como para hacer rodar esta misma noche la piedra del pozo?

Al poco oyeron el ajeteo de algunos hombres que se dirigían al patio y pudieron ver por la ventana cómo la complaciente criada los conducía hasta el pozo y ellos iban cargados de palancas y otras herramientas.

—Eso es lo que quiero —dijo Bertalda sonriendo—; pero que no dure demasiado.

Y con la satisfacción de ver que a la menor indicación podía conseguir ahora lo que antes se le negó tan cruelmente, contempló a la luz de la luna el trabajo que realizaban en el patio.

Los hombres empezaron a levantar con esfuerzo la gran piedra; alguien suspiró, recordando que destruían la obra de la dueña anterior, de tan grata memoria. Pero el trabajo resultó más fácil de lo que habían imaginado. Fue como si una fuerza empujara desde el pozo para levantar la piedra.

—Si parece que el agua se ha convertido en un surtidor —se decían los trabajadores, asombrados.

La piedra se fue elevando poco a poco y, casi sin la ayuda de los obreros, rodó lentamente sobre el pavimento, produciendo un ruido sordo. Pero en aquel momento subió de la boca del pozo algo parecido a una columna blanca de agua; pensaron al principio que lo del surtidor era verdad, hasta que advirtieron que la figura ascendente era una mujer cubierta de un velo blanco. La mujer lloraba amargamente; levantó las manos agitándolas sobre la cabeza y empezó a caminar lentamente hacia el interior del castillo. Los criados se alejaron velozmente del pozo, y la novia con sus doncellas quedó paralizada y llena de espanto junto a la ventana. Cuando el personaje avanzó hasta situarse debajo de sus habitaciones, alzó la vista sollozando y Bertalda creyó reconocer bajo el velo las facciones pálidas de Ondina. La llorosa mujer siguió caminando con paso lento y vacilante, como si fuera al cadalso. Bertalda pidió a voces que llamaran al caballero; pero ninguna de las doncellas osó moverse del sitio y ella misma enmudeció como espantada de su propia voz.

Mientras Bertalda seguía asomada a la ventana, inmóvil como una estatua, la extraña caminante había alcanzado el castillo; subió las escaleras, tan familiares, y atravesó las salas, de tan gratos recuerdos, siempre callada y con lágrimas en los ojos. ¡Qué contraste con sus paseos anteriores en los días felices!

El caballero había despedido a sus servidores. Estaba a medio vestir, con el ánimo afligido, delante de un gran espejo; la antorcha ardía oscuramente a su lado. Unos dedos leves, discretos, llamaron a la puerta. De ese modo solía llamar Ondina cuando quería gastarle una broma inocente. «Es pura imaginación», se dijo el caballero. «Voy a acostarme».

—Te acostarás, pero en un lecho frío —oyó que decía una voz llorosa fuera de la habitación, y entonces vio en el espejo cómo se abría la puerta lenta, muy lentamente, y cómo entraba la blanca caminante y cerraba la puerta con cerrojo.

—Han abierto el pozo —dijo suavemente— y aquí estoy, y tú debes morir.

Huldbbrand, aterrado, sintió que su destino era irremediable; entonces se cubrió los ojos con las manos, y dijo:

—No me espantes en la hora de mi muerte. Si escondes un rostro horrible detrás del velo, no me lo enseñes y mátame sin que yo te vea.

—Ay —contestó la caminante—, ¿no quieres verme más? Soy hermosa, como lo era cuando me cortejaste en la punta de la laguna.

—Oh, si fuera así... —suspiró Huldbrand— y si pudiera morir de un beso tuyo...

—Con mucho gusto, amado mío —dijo ella.

Retiró el velo y apareció su dulce rostro, bello y sonriente. El caballero se acercó temblando de amor y de horror a la muerte próxima; ella le dio un beso celestial, pero ya no lo soltó, lo atrajo hacia sí, lo estrechó más fuertemente y lloró como si llorase por su propia alma. Las lágrimas fluyeron a los ojos del caballero y le resbalaron en dulce dolor por el pecho, hasta que le faltó el aliento y cayó de los bellos brazos, ya cadáver, a la almohada del lecho.

—Lo he matado con mi llanto —dijo ella a algunos criados que estaban en la antecámara; volvió sobre sus pasos lentamente, entre la horrorizada servidumbre, y desapareció en el pozo.

CAPÍTULO XIX

Cómo fue sepultado el caballero Huldbrand

El padre Salvador llegó al castillo cuando se difundió por la región la noticia de la muerte del señor de Ringstetten, y justo en el momento de su aparición huía despavorido el fraile que había casado a la infeliz pareja.

—Está bien —comentó cuando le informaron de esto—, ahora me toca a mí; no necesito de ningún colega.

Trató de consolar a la desposada, ya convertida en viuda, aunque sus palabras no podían hacer mucha mella en el talante mundano de Bertalda. El viejo pescador, en cambio, en medio de su honda aflicción, se mostró mucho más conforme con el destino de la hija y del yerno, y si Bertalda no cesaba de acusar a Ondina de asesina y de bruja, él dijo con serenidad:

—No podía ser de otro modo. Yo no veo en eso nada más que el juicio de Dios, y nadie ha sentido más la muerte de Huldbrand que la encargada de ejecutar la sentencia, la pobre y abandonada Ondina.

Ayudó en los preparativos del sepelio con arreglo a la categoría del fallecido. Éste sería enterrado en una aldea cuyo camposanto encerraba todas las tumbas de sus antepasados y que ellos, como él mismo, habían colmado de privilegios y exenciones. El escudo y el yelmo estaban ya colocados en el féretro para ser depositados en el panteón, ya que el fallecido Huldbrand, señor de Ringstetten, ponía fin a su linaje; la comitiva fúnebre comenzó su procesión de duelo, sonaron las lamentaciones bajo el cielo azul, precedía el padre Salvador con un enhiesto crucifijo y seguía la desolada Bertalda apoyada en su anciano padre.

De pronto apareció en la comitiva de la viuda, en medio de las mujeres vestidas de luto, una figura blanca como la nieve, totalmente embozada, que levantaba sus manos al cielo en gesto de aflicción. Las personas próximas a ella retrocedieron asustadas o le cedieron el paso; esto hizo cundir el pánico en el resto de la gente y al final hubo un desconcierto en la comitiva. Algunos soldados se atrevieron a encararse con aquella figura y trataron de expulsarla, pero ella se les fue de las manos y continuó con su andar lento y solemne en la fúnebre procesión. Mientras la servidumbre le abría paso, llegó finalmente a colocarse detrás de Bertalda. Entonces su marcha fue aún más lenta y la viuda no se percató de su presencia; la figura siguió caminando detrás de ella, humilde y sigilosa, sin ser ya molestada por nadie.

Esto duró hasta que llegaron al camposanto y la comitiva formó un círculo en torno a la tumba abierta. Entonces vio Bertalda a la acompañante desconocida, y entre el susto y la ira le ordenó apartarse de la tumba del caballero. Pero la embozada sacudió la cabeza suavemente y elevó las manos hacia Bertalda en un gesto humilde; ésta se emocionó mucho y no pudo menos de recordar con lágrimas en los ojos la gargantilla de coral que Ondina le había querido regalarían generosamente en el Danubio. El padre Salvador hizo una señal pidiendo silencio para rezar sobre el cadáver, cuya fosa habían empezado a excavar. Bertalda se arrodilló, y todos hicieron lo propio, incluidos los sepultureros al acabar la faena. Cuando se pusieron en pie, nadie vio más la extraña figura; en el lugar donde se había arrodillado brotó del césped un manantial de agua cristalina que se deslizó hasta ceñir casi totalmente el túmulo del caballero, después siguió su curso y desembocó en un estanque silencioso que había al lado del cementerio. Los habitantes de la aldea enseñaban aún el manantial muchos años después y estaban firmemente convencidos de que era la pobre Ondina repudiada, que de ese modo seguía abrazada eternamente a su amado.

EL RUBIO ECKBERT

EN un lugar del Harz vivía un caballero al que solían llamar el rubio Eckbert. Tenía alrededor de cuarenta años, era de estatura media y un pelo rubio claro, corto, liso y espeso le enmarcaba el rostro pálido y enjuto. Vivía su vida muy tranquilo y no terciaba en las reyertas de los vecinos; tampoco era frecuente verlo fuera de los muros de su pequeño castillo. A su mujer le gustaba la soledad tanto como a él y todo hacía pensar que los dos se querían de corazón; su único lamento era que el cielo no quiso bendecir su matrimonio con una descendencia.

Eran escasas las ocasiones en que Eckbert recibía visitas, y cuando esto ocurría, el tenor de su vida apenas cambiaba; la moderación sentó allí sus reales y la frugalidad parecía presidirlo todo. Eckbert se mostraba entonces alegre y jovial; únicamente cuando estaba solo se notaba en él cierto ensimismamiento, una suave y velada melancolía.

Nadie se acercaba al castillo con tanta asiduidad como Philipp Walter, un hombre que gozaba de las simpatías de Eckbert, porque compartía en buena medida su modo de pensar. Walter vivía en realidad en Franconia, pero pasaba a menudo más de medio año en las inmediaciones del castillo de Eckbert, recogía plantas y minerales, y se ocupaba en clasificarlos; su medio de vida era una pequeña fortuna y no dependía de nadie. Eckbert lo acompañaba a veces en sus paseos solitarios y cada año se anudaban más estrechamente los lazos de su amistad.

Hay momentos en que al ser humano le cuesta ocultarle a un amigo un secreto que ha estado guardando celosamente hasta entonces; el alma siente en tales momentos un impulso irresistible de comunicarse, a abrir su intimidad al amigo para que éste lo sea cada vez más. Es la hora en que las almas delicadas se dan a conocer mutuamente, y a veces sucede también que uno se asusta de las confidencias de otro.

Era ya otoño cuando Eckbert, una noche de niebla, conversaba al amor de la lumbre con su amigo y su mujer, Berta. La llama arrojaba destellos de claridad en la sala y jugaba con las sombras del techo; la noche asomaba su oscuridad por las ventanas y los árboles se sacudían la fría humedad. Walter se quejó del largo camino de vuelta que lo aguardaba y Eckbert le propuso permanecer en su casa, pasar medianoche en amigable conversación y dormir la otra media en una habitación del castillo hasta la mañana. Walter aceptó la propuesta; una vez abastecida la mesa con vino y cena, y después de echar más leña al fuego de la chimenea, la conversación de los amigos se hizo más alegre y familiar.

Cuando terminó la cena y se fueron los criados, Eckbert tomó a Walter de la mano, y le dijo:

—Amigo, me gustaría que oyeráis de labios de mi mujer la historia de su juventud, que es bastante extraña.

—Encantado —dijo Walter, y los tres se sentaron de nuevo alrededor de la chimenea. Era ya medianoche y la luna brillaba intermitentemente entre las nubes empujadas por el viento.

—No me tengáis por indiscreta —empezó Berta—; mi marido dice que vuestra actitud es tan noble que sería injusto ocultaros algo. Sólo os pido que no consideréis mi relato como un cuento, por muy extraño que suene.

»Nací en un pueblo; mi padre era un humilde pastor. La economía de mis padres era muy precaria; ellos no sabían muchas veces cómo traer a casa el pan de cada día. Pero lo que más me afligía era ver cómo mi padre y mi madre reñían a causa de la pobreza, y los duros reproches que se hacían mutuamente. A mí me decían siempre que era una niña boba y estúpida, incapaz de hacer nada a derechas; en realidad, era muy torpe y desmañada: todo se me caía de las manos, no sabía coser ni hilar; no podía ayudar en las tareas domésticas; lo único que comprendía extraordinariamente bien era la indigencia que pasaban mis padres. Muchas veces me sentaba en un rincón e imaginaba cómo los ayudaría si me hiciera rica de repente, cómo los colmaría de oro y plata y lo que disfrutaría viendo su asombro; veía surgir gnomos que me descubrían tesoros subterráneos o me daban guijarros que se convertían en piedras preciosas; en suma, soñaba con las más extrañas fantasías, y al levantarme para ayudar o llevar algo, parecía más torpe que nunca porque tenía la cabeza llena de cosas extravagantes.

»Mi padre me echaba siempre en cara el ser una carga inútil para la casa; por eso me trataba con bastante dureza y rara vez le oí decir algo halagüeño sobre mí. Yo tenía unos ocho años y empezaron a deliberar en serio sobre mi futuro. Mi padre creyó llegada la hora de poner fin a mi obstinación o a mi pereza, y trató de imponerse con terribles amenazas; pero como éstas no dieron fruto, me castigó severamente y me hizo saber que este castigo se repetiría a diario porque yo era un ser inútil.

»Pasé llorando toda la noche, me sentí totalmente abandonada y me inspiraba tanta lástima a mí misma que deseé morir. Aguardé con temor el amanecer, no sabía qué decisión tomar, ansiaba poseer todas las habilidades y no comprendía por qué era más tonta que las otras niñas que yo conocía. Estaba al borde de la desesperación.

»Con las primeras luces del día me levanté y abrí casi sin darme cuenta la puerta de nuestra cabaña. Estaba en pleno campo y pronto llegué a un bosque donde apenas había penetrado aún la luz del día. Seguí adelante sin volver la vista; no tenía sensación de fatiga, apremiada por la idea de que mi padre fuese a buscarme, y, enfurecido por mi fuga, me tratase aún más duramente.

»Cuando acabé de cruzar el bosque, el sol había ascendido bastante en el cielo; la luz del día había menguado, amortiguada por una densa niebla. Tuve que subir cerros y recorrer senderos sinuosos entre rocas; me veía ya perdida en la montaña próxima y empezó a invadirme el miedo a la soledad. En mi tierra llana no había visto ningún monte, y ya la palabra “montaña”, cuando la oía pronunciar en las conversaciones, sonaba a algo pavoroso en mis oídos infantiles. Pero no podía volver atrás y la propia angustia me espoleaba; a veces me producía sobresalto el rumor del viento entre los árboles o el ruido lejano de unos hachazos en el silencio de la mañana. Al fin, me encontré con carboneros y mineros, pero los oí hablar un lenguaje extraño y esto me llenó de espanto.

»Pasé por varios pueblos y me puse a mendigar, porque sentí hambre y sed; me hacían preguntas y supe salir del paso con bastante fortuna. Habían pasado ya cuatro días cuando me interné por un sendero estrecho que me fue alejando cada vez más de la calzada principal. Las rocas tenían un perfil distinto, mucho más siniestro; aparecían superpuestas unas sobre otras, como a punto de desmoronarse al primer golpe de viento. No sabía si continuar avanzando o no. Aquellas noches había dormido siempre en el bosque, pues era la estación más benigna, o en chozas perdidas; pero aquí no encontré ningún cobijo humano ni tenía esperanza de encontrarlo en un paraje tan agreste; las rocas me infundían cada vez más pavor, tenía que bordear precipicios y llegó un momento en que cesó cualquier rastro de sendero. Me quedé desolada, lloré y grité, y el eco de mi voz en los barrancos me estremecía. La noche se echó encima y busqué un sitio cubierto de musgo para

descansar. No pude dormir; durante la noche oí los más extraños ruidos; unas veces me parecían producidos por animales salvajes, otras por el viento, o por las rocas, o por aves misteriosas. Recé y sólo llegué a conciliar el sueño poco antes de amanecer.

»Desperté cuando la luz del día me hirió en el rostro. Tenía ante mí una pendiente rocosa y emprendí la subida con la esperanza de salir de aquel paraje agreste y avistar quizá alguna construcción o un ser humano. Cuando estuve en la cima, todo el panorama que abarcaron mis ojos era idéntico al que me rodeaba; la niebla lo envolvía todo, el día era gris y opaco; ningún árbol ni prado ni siquiera maleza pudieron descubrir mis ojos, salvo algunas matas que asomaban solitarias y tristes en las grietas de las rocas. No es para decir el ansia que tenía de ver a un ser humano, aunque fuera hostil para mí. El hambre me torturaba; me dejé caer en el suelo y decidí esperar la muerte. Pero al cabo de un rato el afán de vivir pudo más; me levanté y estuve caminando todo el día entre lágrimas y suspiros entrecortados; al final casi había perdido la conciencia, estaba agotada, apenas deseaba vivir y, sin embargo, temía la muerte.

»Al atardecer, el paisaje parecía algo más ameno, mis pensamientos y mis deseos cobraron impulso y el gusto de vivir despertó en mis venas. Creí percibir el traqueteo de un molino en la lejanía, apreté el paso y sentí un gran bienestar y una súbita agilidad cuando terminé de recorrer la zona árida y rocosa. Vi de nuevo ante mí bosques y praderas y el grato perfil de unos montes al fondo. Fue como si hubiera pasado del infierno al paraíso; la soledad y mi impotencia no me parecían ya algo espantoso.

»En lugar del esperado molino me encontré con una cascada que enturbió mucho mi alegría; bebí del riachuelo en el cuenco de la mano y me pareció oír de pronto, a cierta distancia, una ligera tos. Nunca me he llevado más grata sorpresa en mi vida; me acerqué y pude avistar en la linde del bosque a una mujer anciana que parecía estar descansando. Vestía de negro y una caperuza del mismo color le cubría la cabeza y gran parte del rostro; en la mano sostenía un bastón.

»Me acerqué a ella y le pedí ayuda; ella me sentó a su lado y me dio pan y algo de vino. Mientras yo comía, cantó con voz quebrada una melodía religiosa. Cuando terminó, me dijo que la siguiera.

»Esta invitación me alegró mucho, aunque la voz y la apariencia de la anciana me parecían extrañas. Caminaba bastante ágil con su bastón y a cada paso torcía el gesto, cosa que al principio me produjo risa. Fuimos dejando atrás el terreno pedregoso y atravesamos una amena pradera y después un bosque bastante extenso. Cuando salimos al descampado, el sol estaba en el ocaso; nunca olvidaré la visión y las impresiones de aquel atardecer. Todo se había fundido en la más suave tonalidad de rojo y oro, los árboles destacaban con sus copas en el crepúsculo y sobre los campos se extendía el mágico resplandor; los bosques y las hojas de los árboles guardaban reposo, el cielo puro semejava un paraíso abierto y el rumor de las fuentes y, de vez en cuando, el susurro de la fronda sonaban en medio del silencio sereno como un gozo dolorido. Mi alma joven se vengó así del mundo y sus desventuras. Me olvidé de mí misma y de mi guía; mi espíritu y mis ojos se perdieron en las nubes doradas.

»Subimos a una colina poblada de perales; desde la cima se divisaba un verde valle repleto de estos frutales y abajo, en medio de los árboles, se alzaba una cabaña. Un alegre ladrido nos salió al paso y pronto se abalanzó sobre la anciana un perrito moviendo la cola, después se acercó a mí, me miró por todos los lados y con gestos amistosos volvió con la anciana.

»Cuando bajamos la colina, oí una extraña canción que parecía llegar de la cabaña y de la garganta de un pájaro; la letra decía:

*La soledad del bosque
me encanta;
perpetuamente,
hoy y mañana.
¡La soledad del bosque
cómo me encanta!*

»Esta letra se repetía constantemente; por describirlo de algún modo, era como si sonaran a lo lejos cuernos de caza y chirimías. Sentí una tremenda curiosidad; sin aguardar la orden de la anciana, entré en la cabaña. Estaba en penumbra; todo era jovial y alegre; había copas en un armario de pared, vasijas extrañas sobre una mesa; en una hermosa jaula, junto a la ventana, estaba el pájaro que cantaba aquella letrilla.

»La anciana respiraba con dificultad y tosía; parecía no poder recuperarse; tan pronto acariciaba al perrito como hablaba al pájaro, que le respondía con su canción de siempre; la anciana se comportaba como si yo no estuviera presente. Al contemplarla de cerca sentí cierto horror, pues su rostro estaba en constante movimiento, al igual que su cabeza, quizá por la edad; por eso no pude saber cuál era su verdadero semblante.

»Cuando se repuso del acceso de tos encendió una lámpara, puso el mantel sobre una mesa muy pequeña y sirvió la cena. En aquel momento me miró para ordenarme tomar una silla de paja y acercarla a la mesa. Me senté frente a ella, la lámpara en medio. Juntó las manos descarnadas y rezó en voz alta haciendo sus contracciones faciales; casi me estalló la risa, pero me contuve para no molestarla.

»Después de la cena rezó de nuevo y a continuación me enseñó una cama en un cuarto estrecho y de techo bajo; ella durmió en la habitación. No me costó dormirme porque estaba rendida de sueño; pero me desperté varias veces durante la noche y entonces oí cómo tosía la vieja y hablaba al perro; también oí alguna vez al pájaro, que parecía estar soñando y cantaba sólo palabras sueltas de su letrilla. Todo esto, unido al rumor de los perales ante la ventana y al canto de un lejano ruiñeñor, formaba una mezcla tan extraña que me parecía estar soñando.

»Por la mañana me despertó la vieja y poco después me puso a trabajar. Tuve que hilar y pronto me hice a la idea de cuidar también del perro y del pájaro. Aprendí rápidamente las faenas domésticas y me familiaricé con todos los enseres de la casa; todo me pareció natural: no pensé ya que la anciana tenía en sí algo de extraño, que la vivienda era peligrosa y estaba alejada de todo poblado y que en el pájaro había algún misterio. La belleza del pájaro cantor me seguía fascinando, pues su plumaje exhibía todos los colores posibles: el más bello azul claro y el rojo encendido se alternaban en el cuello y en el vientre, y cuando cantaba se esponjaba orgulloso, realzando aún más sus atavíos.

»La anciana se ausentaba a menudo y regresaba al anochecer; entonces yo le salía al encuentro con el perro; ella me llamaba niña e hija. Al fin acabé queriéndola de corazón, pues los humanos nos acomodamos a todo, especialmente en la infancia. Por las noches me enseñaba a leer; no me costó mucho esfuerzo y la lectura fue después para mí una fuente de infinito placer, ya que ella guardaba algunos libros antiguos que contenían relatos maravillosos.

»Siempre recuerdo aquella vida como algo extraño: sin visitas, reducida a un estrecho círculo familiar, incluidos el perro y el pájaro, que eran para mí como viejos amigos. Nunca he podido recordar el nombre del perro, por mucho que lo he intentado; cosa rara, porque entonces lo llamaba

constantemente por el nombre.

»Pasé cuatro años viviendo este género de vida con la anciana, y yo contaba alrededor de doce de edad cuando ella, al fin, depositó en mí mayor confianza y me descubrió un secreto. El pájaro ponía un huevo cada día, y el huevo encerraba una perla o una piedra preciosa. Yo había notado que ella visitaba secretamente la jaula, pero nunca di mayor importancia a este detalle. Ahora me encargaba recoger estos huevos en su ausencia y guardarlos cuidadosamente en las extrañas vasijas. Me dejó suficientes víveres y se ausentó por bastante tiempo: semanas y meses; la rueca zumbaba, el perro ladraba, el pájaro maravilloso cantaba, y había tal silencio en los alrededores que no recuerdo haber oído en todo el tiempo ningún ruido de viento o de tormenta. Ningún ser humano se extravió por allí, ningún animal salvaje se acercó a nuestra vivienda; yo vivía contenta y me pasaba el día trabajando. Quizá el hombre sería muy feliz si pudiera pasar así su vida, apaciblemente, hasta el final.

»Lo poco que leía me daba pie para formarme unas ideas muy peregrinas del mundo y de los hombres; todo me lo imaginaba partiendo de mí misma y de mi mundillo: si el libro hablaba de gente divertida, yo evocaba a mi pequeño chuchó; las damas espléndidas eran siempre como el pájaro, y todas las ancianas, como mi extraña vieja. También leí relatos de amor, y yo fantaseaba con raras historias de las que era protagonista. Imaginaba al más hermoso caballero del mundo, lo adornaba de todas las cualidades, sin saber cuál sería el resultado después de tan ímprobos esfuerzos: si él no correspondía a mi amor, sentía compasión de mí misma e inventaba largos y emotivos diálogos que a veces recitaba en voz alta para enamorarlo... Veo que os sonreís. Todos nos sentimos ahora muy distanciados de la época juvenil.

»Ahora prefería estar sola, pues era la que mandaba en la casa. El perro me quería mucho y era dócil a todas mis órdenes, el pájaro contestaba con su canto a todas mis preguntas, la rueca giraba siempre alegre y yo no tenía en el fondo ningún deseo de cambiar. Cuando la anciana volvía de sus largas andanzas, alababa mi diligencia, decía que la economía doméstica marchaba mucho mejor desde que yo me integré en ella, se alegraba de verme crecer y de mi buena salud; en una palabra, me trataba como a una hija.

»—“Te portas bien, hija mía —me dijo una vez con voz quebrada—; si continúas así, tendrás suerte; pero nunca da buen resultado el desviarse del camino recto; siempre llega el castigo, aunque sea tarde”.

»Cuando me dijo esto, yo no le presté mucha atención, pues era muy voluble en mis sentimientos y en mi modo de ser; pero de noche me vino a la memoria y no pude entender lo que ella había querido decir. Repasé todas sus palabras; yo había leído relatos sobre tesoros y riquezas, y al final di en pensar que sus perlas y piedras preciosas podían ser algo valioso. Pronto se me fue aclarando este pensamiento. Pero ¿qué podía significar con el “camino recto”? No acabé de entender el sentido de sus palabras.

»Yo había cumplido los catorce años y es lástima que el ser humano haga uso de su razón para perder la inocencia de su alma. Me di cuenta de que estaba en mi mano apoderarme, en ausencia de la anciana, del pájaro y de las joyas, y marchar con ellos a ver ese mundo del que tantas cosas había leído. A lo mejor tenía además la suerte de encontrarme con ese caballero, hermoso sobre toda ponderación, que estaba siempre en mi pensamiento.

»Al principio esta imagen era como otra cualquiera, pero cuando me sentaba ante mi rueca me venía a la mente una y otra vez, y me abandoné a ella de tal modo que me veía ya ataviada lujosamente y al caballero y príncipe cortejándome. Una vez enfrascada en ese mundo, sentía

verdadera aflicción cuando miraba a mi alrededor y me encontraba en la pequeña vivienda. Por lo demás, cuando yo estaba en mis faenas la anciana no se preocupaba ya de seguirme la pista.

»Un día mi patrona me dijo antes de partir que se ausentaba por un período de tiempo más largo de lo acostumbrado. Me encareció cuidar de la casa con esmero y aprovechar bien el tiempo para no aburrirme. Yo acogí aquella despedida con cierta inquietud, pues algo me hacía presentir que no volvería a verla. Me quedé mirándola hasta que la perdí de vista y no me explicaba aquella angustia; era como si estuviera tramando mi plan sin que yo misma me diera cuenta de ello.

»Nunca había cuidado con tanto mimo al perro y al pájaro; los quería más que nunca. La anciana llevaba ya ausente varios días cuando me levanté con el firme propósito de abandonar la cabaña con el pájaro para ver el famoso mundo. Me sentí agobiada; deseaba permanecer y, sin embargo, la idea de viajar persistía; se produjo una extraña lucha en mi alma, como si dos espíritus se pelearan dentro de mí. En un momento dado la tranquila soledad me encantaba, después me volvía a fascinar la idea de un mundo nuevo con toda su maravillosa variedad.

»No sabía qué hacer de mi vida; el perro me hacía fiestas continuamente, el sol difundía sus rayos sobre los campos, los verdes perales refulgían. Sentí como si tuviera que hacer algo con urgencia; tomé, pues, al perrito, lo até en la habitación y me llevé después la jaula con el pájaro bajo el brazo. El perro empezó a encorvarse y a lloriquear ante este trato tan insólito y me miró con ojos suplicantes, pero no tuve valor para llevármelo conmigo. Tomé además una de las vasijas que estaba llena de piedras preciosas y la sujeté a mi cuerpo; las demás las dejé donde estaban.

»El pájaro volvió la cabeza de un modo extraño cuando me dirigía con él hacia la puerta; el perro se esforzó en seguirme, pero tuvo que rendirse.

»Evité el camino de las rocas y marché en dirección contraria. El perro seguía ladrando y gimiendo y me dio mucha lástima; el pájaro empezó a cantar varias veces, pero debió de parecerle incómodo durante el viaje.

»A medida que me alejaba de la cabaña los ladridos se hacían más débiles y finalmente cesaron. Lloré y estuve a punto de volver, pero el afán de ver algo nuevo me impulsó hacia delante.

»Ya había atravesado montañas y algunos bosques cuando empezó a anochecer y tuve que entrar en un pueblo. Rendida de cansancio, fui a la posada; me asignaron una habitación y una cama, y dormí bastante tranquila, pero soñé que la anciana me amenazaba.

»Mi viaje fue bastante monótono; pero a medida que pasaba el tiempo, el recuerdo de la vieja y del perrito me angustiaba más; pensaba que sin mi ayuda probablemente morirían de hambre; en el bosque imaginé a veces que la anciana, de pronto, me salía al encuentro. Caminaba así entre lágrimas y suspiros; cuando hacía un alto y dejaba la jaula en el suelo, el pájaro cantaba su extraña letrilla y yo añoraba el bello paraje abandonado. Como la naturaleza humana es olvidadiza, creí entonces que mi viaje anterior, de niña pequeña, no había sido tan triste y doloroso, y deseaba estar de nuevo en aquella situación.

»Vendí algunas piedras preciosas y, tras un viaje de muchos días, llegué a un pueblo. Ya a la entrada tuve una sensación rara; estaba sorprendida sin saber por qué, pero pronto caí en la cuenta, pues era el pueblo en que había nacido. ¡Qué sorpresa me llevé! Cómo me corrieron las lágrimas por las mejillas, lágrimas de alegría ante los mil extraños recuerdos. Muchas cosas habían cambiado: se alzaban nuevas casas, y otras que existían entonces estaban en ruinas; me encontré con restos calcinados; todo era mucho más pequeño, más apiñado de lo que yo esperaba. Me alegraba infinito la idea de volver a ver a mis padres después de tantos años; encontré la casita, el umbral familiar, el

tirador de la puerta exactamente como los había dejado; me latió fuertemente el corazón, abrí presurosa..., pero me encontré con los rostros desconocidos de unas personas sentadas en la habitación haciendo corro y que me miraron fijamente. Pregunté por el pastor Martin y me respondieron que llevaba tres años bajo tierra junto con su mujer. Retrocedí desolada y salí del pueblo llorando amargamente.

»Había disfrutado mucho imaginando la sorpresa que les iba a dar con mi tesoro; el azar más imprevisto haría realidad lo que tanto soñara en la infancia... y ahora todo se venía abajo; ya no podían alegrarse conmigo, y lo que fue la mayor esperanza de mi vida se me disipaba para siempre.

»En una bella ciudad alquilé una casita con jardín y contraté una asistenta para mi servicio. El mundo no me resultó tan maravilloso como había imaginado, pero olvidé algo más a la anciana y mi estancia en la cabaña, y así viví relativamente contenta.

»Hacía mucho tiempo que el pájaro no cantaba; por eso me llevé un buen susto cuando arrancó a cantar de nuevo una noche, y con la letra cambiada. Decía así:

*Soledad del bosque,
qué lejos estás.
Oh, andando el tiempo
te arrepentirás.
Soledad del bosque,
mi único solaz.*

»No pude dormir en toda la noche, me volvieron todos los recuerdos y sentí más que nunca que había obrado mal. Cuando me levanté, la vista del pájaro me inquietó, él no cesaba de mirarme y su presencia me causó angustia. Repetía una y otra vez la letrilla, y cantaba más alto y fuerte de lo que solía. Cuanto más lo contemplaba, más temor me infundía. Por fin, abrí la jaula, metí la mano dentro y lo agarré del cuello, apreté la mano y me miró suplicante; aflojé los dedos, pero ya había muerto. Lo enterré en el jardín.

»Entonces empecé a tener miedo de la asistenta; recelaba de que algún día pudiera robarme o incluso asesinarme... Hace algún tiempo conocí a un joven caballero que me agradó sobremanera, le di mi mano... y con esto, señor Walter, mi relato toca a su fin.

—Debíais haberla visto entonces —se apresuró a intervenir Eckbert—: su juventud, su belleza y un encanto irresistible, fruto de su educación en soledad. Llegó a mí como un milagro y la amé sin límites. Yo no tenía bienes de fortuna, pero gracias a su amor alcancé este bienestar; nos instalamos aquí y nuestra unión no nos ha defraudado lo más mínimo hasta ahora.

—Pero con tanta charla —dijo Berta— se ha hecho muy tarde; vamos a dormir.

Se levantó para ir a su habitación. Walter le dio las buenas noches, le besó la mano y le dijo:

—Noble señora, os doy las gracias; os imagino con el extraño pájaro y dando de comer al pequeño *Stromian*.

También Walter se acostó; sólo Eckbert seguía paseando inquieto por la sala. «¿No es el ser humano un estúpido?», se preguntó al fin. «Primero animo a mi mujer a contar su historia y ahora me arrepiento de estas confidencias. ¿No abusará de ellas? ¿No las comunicará a otros? ¿No se sentirá quizá, dada la naturaleza humana, tentado de codicia por nuestras piedras preciosas y estará

haciendo planes, disimuladamente, con este fin?».

Le pareció que Walter no se había despedido de él tan cordialmente como era lógico después de esas confidencias. Una vez que la sospecha se apodera de la mente, ésta ve confirmaciones en cualquier nimiedad. Eckbert se reprochó después su innoble desconfianza contra el fiel amigo, pero no podía librarse de ella. Pasó toda la noche a vueltas con estos pensamientos y durmió poco.

Berta se puso enferma y no pudo aparecer en el desayuno. Walter no pareció darle a esto mayor importancia y se despidió del caballero con bastante indiferencia. Eckbert no podía comprender su actitud. Fue a ver a su esposa; la encontró con fiebre alta; era efecto de la excitación que le produjo el relato nocturno, según ella.

Desde aquella noche Walter espació sus visitas al castillo de su amigo, y cuando llegaba, volvía a irse después de cambiar algunas frases irrelevantes. Este comportamiento torturó en extremo a Eckbert, que procuró no exteriorizar nada delante de Berta y de Walter, pero a nadie podía pasar inadvertida su inquietud interna.

La enfermedad de Berta se fue agravando; el médico mostró su preocupación: el color rosado de sus mejillas había desaparecido y tenía los ojos vidriosos. Una mañana la señora hizo llamar al marido junto a su lecho; las criadas abandonaron la habitación.

—Querido esposo —dijo—, tengo que descubrirte un secreto que me ha llevado al borde de la locura y ha arruinado mi salud, aunque pueda parecer una insignificancia. Sabes que nunca podía recordar el nombre del perrito a pesar de haberlo pronunciado tantas veces en mi infancia. Aquella noche Walter me dijo al despedirse: «Os imagino dando de comer al pequeño *Stromian*». ¿Fue casualidad? ¿Adivinó el nombre? ¿Lo conocía y lo pronunció a propósito? ¿Y qué relación tiene entonces ese hombre con mi vida? A veces lucho conmigo misma y trato de convencerme de que todo es imaginación mía; pero es cierto, demasiado cierto. Quedé aterrada de ver que una persona ajena me refrescaba así la memoria. ¿Tú qué dices, Eckbert?

Éste miró a su esposa torturada con profunda compasión; calló y estuvo pensativo un rato, después le dijo unas palabras de consuelo y abandonó la habitación. Con un profundo desasosiego, empezó a pasear en su apartado aposento. Walter había sido durante muchos años su única amistad, y este hombre era ahora la única persona en el mundo cuya existencia lo atormentaba. Le pareció que se sentiría satisfecho y aliviado si quitaba de en medio a esa persona. Tomó su ballesta para distraerse y salió de caza.

Era un día crudo de invierno; la nieve cubría los montes y doblegaba las ramas de los árboles. Eckbert vagó por los campos, el sudor le asomó a la frente, pero la caza no aparecía y esto acentuó su malhumor. De pronto vio que algo se movía a lo lejos; era Walter, que estaba recogiendo musgo de los árboles. Sin saber lo que hacía, encaró la ballesta. Walter se volvió hacia él y lo amenazó con un gesto mudo, pero en ese momento voló el proyectil y Walter se desplomó en el suelo.

Eckbert se sintió aliviado y tranquilo, pero a la vez un sentimiento de horror le hizo volver al castillo; tenía que recorrer un largo camino, pues se había alejado mucho internándose por los bosques. Cuando llegó a casa, Berta había muerto; antes de fallecer, habló mucho de Walter y de la anciana.

Eckbert vivió aún mucho tiempo en total soledad; siempre había sido melancólico, porque la extraña historia de su esposa lo inquietaba y temía que le ocurriera cualquier desgracia; pero ahora acabó de desmoronarse. El asesinato de su amigo lo perseguía sin cesar y su vida era un constante remordimiento.

Con ánimo de distraerse iba a veces a la gran ciudad, donde asistía a reuniones y fiestas. Deseaba llenar el vacío de su alma con un buen amigo, pero cuando se acordaba de Walter le aterraba la idea, pues estaba convencido de que ningún amigo le traería la felicidad. Después de vivir tantos años felices con Berta y de haber disfrutado de la amistad de Walter, la desaparición repentina de ambos le hacía creer a veces que su vida había sido un extraño cuento más que una realidad.

Un joven caballero, Hugo, se acercó al taciturno y afligido Eckbert, y parecía sentir un verdadero afecto hacia él. Eckbert quedó agradablemente sorprendido y correspondió a la amistad del caballero tanto más cuanto menos se lo esperaba. Pasaban juntos muchos ratos y el desconocido se mostraba muy obsequioso con Eckbert; el uno no salía a cabalgar sin el otro, se encontraban en todas las reuniones; en una palabra, parecían inseparables.

Eckbert, sin embargo, sólo aparecía alegre en contadas ocasiones, pues estaba convencido de que Hugo lo quería por error; no lo conocía, ignoraba su historia, y volvió a sentir el mismo impulso a sincerarse totalmente para comprobar si aquél era realmente amigo. Lo asaltaron de nuevo las dudas y el temor a ser odiado. A veces estaba tan convencido de su infamia que sólo esperaba merecer el respeto de personas para las que fuera un perfecto desconocido. Sin embargo, no pudo resistir el impulso de sincerarse; durante un paseo a caballo con su amigo, le contó toda su historia y después le preguntó si era capaz de amar a un asesino. Hugo, conmovido, trató de consolarlo. Eckbert lo siguió a la ciudad con el corazón aliviado.

Pero tenía la fatalidad, por lo visto, de despertar recelos en el momento de la confianza, ya que nada más entrar en el salón vio en el rostro de su amigo, al resplandor de las numerosas luces, ciertos signos que no le gustaron. Creyó notar en él una sonrisa maliciosa; le llamó la atención lo poco que hablaba con él, que se prodigara mucho con los presentes y no pareciera fijarse en él. Había en la reunión un viejo caballero que siempre fue adversario de Eckbert y se manifestaba a menudo de un modo muy peculiar en lo referente a sus riquezas y a su mujer; a él se sumó Hugo y los dos conversaron largo rato a solas, apuntando a Eckbert con el gesto. Éste vio confirmada su sospecha, creyó adivinar todo y una tremenda furia se apoderó de él. Aún lo seguía mirando cuando descubrió de pronto en Hugo el rostro de Walter, todas sus facciones, toda su figura tan familiar; siguió mirándolo fijamente, convencido de que era Walter quien hablaba con el viejo. Su espanto fue indescriptible; salió fuera, consternado, abandonó aquella misma noche la ciudad y volvió al castillo después de extraviarse por muchos falsos caminos.

Paseó sin reposo de un aposento a otro; en su mente se sucedían las imágenes, pasaba de un espanto a otro mayor y no pudo pegar ojo en toda la noche. Pensó a menudo que deliraba y que todo era pura imaginación, y el enigma se hacía cada vez más oscuro. Decidió emprender un viaje para poner algo de orden en sus ideas; la amistad y el deseo de trato personal quedaron atrás para siempre.

Partió sin rumbo fijo y sin prestar excesiva atención a los parajes que recorría. Pasaron varios días; Eckbert cabalgaba al trote más ligero cuando se vio perdido de pronto en un laberinto de rocas sin poder encontrar una salida. Al fin, topó con un viejo labriego que le mostró una senda cerca de una cascada. Eckbert quiso darle algunas monedas como gratificación, pero el labriego rehusó.

«Apostaría», dijo Eckbert para sí, «a que ese labriego no es otro que Walter». Volvió la vista y... en efecto, allí no había nadie más que Walter. Espoleó al caballo y atravesó a la mayor velocidad posibles bosques y praderas hasta que el animal se desplomó agotado. Sin prestarle atención, Eckbert continuó su viaje a pie.

Subió como en sueños a una colina; creyó percibir cerca un alegre ladrido, había perales que

susurraban al viento y oyó cantar una letrilla con acento extraño:

*La soledad del bosque
gozando estoy de nuevo;
el dolor no me alcanza,
la codicia está lejos.
La soledad del bosque
gozando estoy de nuevo.*

Todo ocurría al margen de la conciencia y de los sentidos de Eckbert. Éste no sabía si estaba soñando o si antes había soñado con una mujer llamada Berta. Lo maravilloso se mezclaba con lo cotidiano, el mundo que lo rodeaba estaba encantado y él no era capaz de pensar ni de recordar.

Una anciana encorvada subía la colina, tosiendo y apoyada en un bastón.

—¿Has traído mi pájaro, mis perlas, mi perro? —le gritó—. Mira, la injusticia se castiga a sí misma: tu amigo Walter era yo, tu Hugo era yo.

«¡Dios mío!», dijo Eckbert para sí, «en qué espantosa soledad he pasado entonces mi vida».

—Y Berta era tu hermana.

Eckbert cayó desplomado al suelo.

—¿Por qué me abandonó arteramente? Todo hubiera acabado bien y felizmente. Había superado ya su período de prueba. Era hija de un caballero que la entregó a su pastor para que la educara; era hija de tu padre.

—¿Por qué me ha perseguido siempre esa horrible idea? —preguntó Eckbert.

—Porque la recogiste de labios de tu padre siendo muy niño. Él no pudo educar en casa a esa hija por la oposición de su esposa, ya que nació de otra mujer.

Eckbert yacía en el suelo delirando y en agonía, sin dejar de oír confusamente hablar a la anciana, ladrar al perro y al pájaro repetir su canto.

HISTORIA DEL VALIENTE KASPERL Y DE LA HERMOSA ANNERL

ERA a principios de verano. Los ruiseñores entonaban sus primeros cantos por los caminos, pero habían enmudecido aquella fría noche que se nos echaba encima, precedida de lejanas tormentas. El sereno voceó las once. Iba yo camino de casa cuando vi un tropel de artesanos de distintos oficios que, después de abandonar la cervecería, se apiñaban alrededor de una persona sentada en la escalinata de un gran edificio. Me pareció que mostraban un vivo interés, por lo cual temí que se tratara de un accidente, y quise acercarme.

Era una anciana campesina la que estaba sentada en la escalinata; no prestaba la menor atención a la solicitud de los presentes, a sus preguntas de curiosidad ni a las propuestas generosas que le hacían. Resultaba extraño y hasta infundía respeto ver a la buena mujer, consciente de lo que quería, acomodándose lo mejor posible para el descanso nocturno, al raso y en medio de la gente, como si estuviera sola en su habitación. Se puso el delantal a modo de abrigo, se caló el gran sombrero negro de hule hasta los ojos, apoyó la cabeza en su hatillo y se desentendió de todas las preguntas.

—¿Qué le pasa a esa anciana? —preguntó a uno de los presentes. Llegaron respuestas de todas partes: «Viene del campo y ha recorrido seis leguas. No puede más. No sabe orientarse en la ciudad. Tiene amistades en el otro extremo y no puede ir hasta allí».

—Yo quería acompañarla —dijo uno—, pero el camino es largo y no llevo conmigo la llave de mi casa. Ella tampoco conoce la vivienda adonde quiere ir.

—Pero la señora no puede estar aquí —dijo un recién llegado.

—Ella se empeña —contestó el primero—; le he dicho hace rato que estoy dispuesto a llevarla a casa; pero ella desvaría; me parece que está bebida.

—Yo creo que no está en sus cabales; pero aquí no puede quedarse de ninguna manera —repitió aquél—; la noche es fría y larga.

Mientras tanto la anciana se había acomodado a su gusto, ajena a todo como si estuviera sorda y ciega, y cuando el último dijo de nuevo «aquí no puede quedarse», replicó con voz extrañamente profunda y grave:

—¿Por qué no he de quedarme aquí? ¿No es esto una mansión ducal? Yo tengo ochenta y ocho años, y el duque no me echará de aquí. Tres hijos míos han muerto a su servicio, y ahora acaba de irse mi nieto; Dios se lo perdonará, y yo no quiero morir hasta que él descansa con honor en su tumba.

—¿Ochenta y ocho años y ha caminado seis leguas? —comentaban los curiosos—. Está cansada y chochea; a esa edad no se tienen fuerzas.

—Abuela, aquí puede coger un resfriado y enfermar, y además se ya a aburrir —le dijo un artesano inclinándose hacia ella.

Entonces habló de nuevo la anciana con su voz grave, entre suplicante e imperiosa:

—Dejadme en paz y no seáis insensatos; yo no cojo resfriados ni me aburro; ya es tarde y tengo ochenta y ocho años; pronto amanecerá y mañana estaré con mis amistades. El que es bueno y tiene suerte y sabe rezar puede esperar unas horas sin dificultad.

La gente había ido desfilando poco a poco y los últimos rezagados siguieron el ejemplo cuando vieron en la calle al sereno; era la ocasión para que les abriera la casa. Así quedé solo con la anciana. La calle recobró la calma. Yo paseé pensativo de un lado a otro bajo los árboles de la plaza vacía situada ante mí; el porte de la campesina, su tono resuelto y serio, su seguridad en la vida, una vida que había visto girar ochenta y ocho veces con sus estaciones y que a ella le parecía como el atrio de una iglesia, me impresionaron vivamente. «¿Qué son todos los sufrimientos, todos los deseos de mi pecho? Los astros siguen perpetuamente su órbita; ¿por qué busco yo alivio y consuelo, y de quién busco y para quién? Todo lo que busco y amo y persigo ¿me ayudará a pasar la noche como esta alma buena y piadosa, sosegadamente, a la puerta de la casa, hasta que amanezca el día, y podré encontrar entonces al amigo como ella? Ay, yo no llegaré a la ciudad, sucumbiré de cansancio en las arenas, a las puertas, y quizá caeré en manos de los bandidos.» Mientras rumiaba estos pensamientos me acerqué de nuevo a la anciana por el paseo de los tilos y oí cómo rezaba a media voz con la cabeza hundida. Extrañamente emocionado le dije:

—Dios la guarde, piadosa abuela; rece también un poco por mí.

Acompañé las palabras con un tálero que dejé caer en su delantal. La anciana alzó los ojos muy tranquila:

—Mil gracias, Señor, por haber escuchado mi oración.

Yo creí que hablaba conmigo, y le dije:

—Abuela, ¿usted me pidió algo? No lo sabía.

Mi presencia sorprendió a la anciana, que dijo:

—Buen señor, vaya a casa, rece allí y acuéstese. ¿Qué busca en la calle a estas horas? Eso no conviene a los jóvenes, pues el enemigo merodea buscando a quien atrapar. Muchos se han perdido con esas andanzas nocturnas. ¿A quién busca usted? ¿A Dios? Él está en el corazón del hombre cuando el hombre vive honestamente, y no en la calle. Pero si busca al enemigo, ya lo tiene; vuelva a casa y rece para verse libre de él. ¡Buenas noches!

Se volvió del otro lado y guardó el tálero en el hatillo. Todo lo que hacía la anciana me impresionaba vivamente, y le dije:

—Querida abuela, tiene usted razón; pero es usted misma la que me retiene aquí. La he oído rezar y quise pedirle que se acordara de mí.

—Ya lo he hecho —dijo la anciana—. Cuando lo vi recorrer el paseo de los tilos, pedí a Dios que le diera buenos pensamientos. Téngalos y vaya a dormir.

Me senté en la escalinata, la tomé de la mano descarnada, y le dije:

—Déjeme pasar la noche a su lado y cuénteme de dónde es y qué busca en la ciudad. Aquí no va a encontrar ayuda; a su edad se está más cerca de Dios que de los hombres; el mundo ha cambiado desde que usted era joven.

—¡Como si no lo supiera! —contestó la anciana—; eso me ha traído siempre sin cuidado. Usted es aún demasiado joven, por eso se asombra de todo; a mí me ha ocurrido todo tantas veces que sólo me produce alegría, porque veo en ello la fidelidad de Dios. Pero nunca hay que rechazar lo que se ofrece con buena voluntad, aunque a uno no le haga falta, pues de lo contrario el amigo no estará presente cuando lo necesitemos. Así que siga sentado y vea en qué me puede ayudar. Le contaré por qué hice el largo camino hasta la ciudad. No pensaba volver de nuevo aquí. Hace setenta años estuve sirviendo en la casa a la que da acceso esta escalinata; desde entonces no había estado en la ciudad; ¡cómo pasa el tiempo!, casi en un abrir y cerrar de ojos. ¡Cuántas veces estuve aquí sentada, hace

setenta años, esperando a mi amor, que hacía la guardia! Aquí nos hicimos novios. Cuando él... silencio, que viene la ronda.

Empezó a cantar delante de la puerta en tono suave, como hacen las criadas y los criados jóvenes en hermosas noches de luna, y le oí con íntimo placer esta antigua y bella canción:

*Cuando llegue el día del juicio
las estrellitas caerán a tierra.
Vosotros, muertos, resucitaréis,
iréis al juicio final;
subiréis a las alturas
donde están los ángeles buenos.
Ya llegó el buen Dios
en un hermoso arco iris.
Ya se fueron los pérfidos judíos
que prendieron a Cristo, señor nuestro.
Los altos árboles relucen,
las duras piedras se parten.
El que sepa esta pequeña plegaria,
que la rece una vez al día.
El alma comparecerá ante Dios.
¡Cuándo iremos al cielo! Amén.*

Cuando se acercó la ronda militar, la buena anciana no ocultó su emoción.

—¡Ay! —dijo—, hoy es el dieciséis de mayo, todo sigue igual que entonces; sólo han cambiado los gorros y las trenzas. No importa, si el corazón es bueno.

El oficial de la ronda se detuvo ante nosotros; iba a preguntarnos qué hacíamos allí a aquellas horas cuando reconocí en él al amigo brigada, conde de Grossinger. Le expliqué brevemente el asunto, y dijo conmovido:

—Aquí tiene un tálero para la anciana y una rosa —que llevaba en la mano—; a las viejas campesinas les gustan las flores. Pídale mañana que le recite la letra de la canción; usted la copia y me la trae. Ando hace mucho detrás de esa canción, pero nunca pude conseguirla.

Con esto nos despedimos, pues el centinela del siguiente puesto, hasta donde lo había acompañado atravesando la plaza, gritó: «¿Quién vive?». Aún me dijo que tenía la guardia en el castillo y que fuera a verlo allí. Yo volví donde la anciana y le di la rosa y el tálero.

Tomó la rosa con extraña vehemencia y se la prendió en el sombrero recitando con voz algo más fina y casi llorando los versos:

*Rosas, flores, en mi sombrero.
Qué bueno si hubiese dinero:
rosas y mi amor.*

—Se ha puesto muy alegre, señora —le dije, y ella respondió:

*Alegría, alegría,
más algarabía,
más armonía.*

*Tocó subir,
toca bajar:
¡no es de extrañar!*

Mire usted, señor, ¿no hice bien en quedarme aquí? Todo se repite, créame. Hoy hace setenta años que estaba yo aquí sentada, a la puerta; era una joven sirvienta y me gustaba cantar. Entonces canté los versos del día del juicio como hoy, al pasar la ronda, y un granadero me arrojó una rosa en el regazo; aún están las hojas en mi Biblia; fue el primer encuentro con mi difunto marido. A la mañana siguiente dejé la rosa en la iglesia; allí estaba él, y todo siguió su curso natural. Por eso me ha alegrado tanto que hoy me regalaran una rosa. Es una señal de que voy a su encuentro y esto me produce un gran gozo. Cuatro hijos y una hija han muerto, y anteayer se fue mi nieto (Dios lo ayude y tenga piedad de él) y mañana me abandonará otra alma buena. Pero ¿qué digo mañana? ¿No ha pasado ya la medianoche?.

—Son las doce pasadas —contesté, extrañado de sus palabras.

—Dios le dé consuelo y paz en las cuatro horitas que le faltan —dijo la anciana, y quedó en silencio mientras juntaba las manos.

Yo no pude hablar, de lo impresionado que me dejaron sus palabras y todo su semblante. Pero como seguía callada y el tálero del oficial estaba aún en su delantal, le dije:

—Abuela, guárdese el tálero; podría perderlo.

—No lo guardaremos; se lo vamos a dar a mis amistades, que padecen extrema necesidad —contestó—. El primer tálero me lo llevaré mañana a casa; pertenece a mi nieto y él debe disfrutarlo. Mire, ha sido siempre un chico excelente, y algún ángel de la guarda ha cuidado de su cuerpo y de su alma... ¡también de su alma, Dios mío! He rezado durante todo el camino; no es posible; el buen Dios no dejará que se pierda. Siempre fue el más limpio y el más aplicado de los niños en la escuela, pero destacaba sobre todo en el honor. Su alférez decía siempre: «Si hay pundonor en mi escuadrón, está encarnado en el soldado Finkel». Era ulano. La primera vez que volvió de Francia contó hermosos episodios, pero siempre versaban sobre el honor. Su padre y su hermanastro pertenecían a la milicia de reserva y discutían con él sobre el honor, pues lo que a él le sobraba, les faltaba a ellos. Dios me perdone este pecado grave; no quiero hablar mal de ellos: cada cual tiene que llevar su propia carga; pero mi difunta hija, su madre, se mató a trabajar con aquel gandul y no pudo reunir el dinero suficiente para pagar sus deudas. El ulano contaba cosas de los franceses, y cuando el padre y el hermanastro hablaban mal de ellos, él decía: «Padre, usted no lo entiende; ellos tienen mucho pundonor». Entonces el hermanastro contestaba con malicia: «¿Cómo puedes alardear de pundonor ante tu padre? Él fue sargento en el regimiento de N. y entenderá más que tú, que eres soldado raso». «Sí —dijo Finkel padre en tono desafiante—, lo fui y a más de un mozo petulante le di su merecido; de haber tenido sólo franceses en mi compañía, les hubiera hecho sentir aún mejor lo que es el honor.» Esto le dolió al ulano, que dijo: «Voy a contar la anécdota de un sargento francés, que me gusta más. Parece que fue bajo el rey anterior cuando se introdujo el castigo de los azotes en el ejército francés. La orden del ministerio de guerra fue dada a conocer en Estrasburgo durante un gran desfile y las tropas la acogieron con íntimo disgusto y horror. Ya al finalizar el desfile, un

soldado raso cometió una infracción y ordenaron a un sargento darle doce golpes. Fue una orden estricta y el sargento tuvo que cumplirla. Pero una vez aplicado el castigo, el sargento tomó el fusil del hombre al que había azotado, lo dejó en tierra, enfrente, y lo descargó con el pie de forma que la bala le penetró en la cabeza y el sargento murió en el acto. Pusieron el hecho en conocimiento del rey y el castigo del azote fue derogado inmediatamente. ¡Eso se llama un hombre de honor, padre!». «Un loco, que no es lo mismo», dijo el hermano. «Cómete tu honor si tienes hambre», gruñó el padre. Entonces mi nieto tomó su sable, salió de la casa, fue a mi cabaña y me contó todo llorando amargamente. Yo no podía ayudarlo; pero, sin entrar a discutir lo que me había contado, le dije al final: «El honor déjalo para Dios». Le di la bendición, pues al día siguiente concluían sus días de licencia y él deseaba aún recorrer a caballo una legua hasta el lugar donde una ahijada mía sirve en el castillo señorial y a la que él aprecia; quería alojarse en su casa. Pronto volverán a reunirse, si Dios escucha mi oración. Él se ha ido ya; mi ahijada lo acogerá hoy, y he preparado ya el ajuar; en su boda estaré presente yo sola.

La anciana calló de nuevo; parecía estar orando. Mi mente hizo divagaciones sobre el honor; me pregunté si un cristiano podía aprobar la muerte del sargento. Me habría gustado que alguien aclarase la cuestión.

Cuando el centinela cantó la una de la madrugada, dijo la anciana:

—Me quedan dos horas. Usted sigue ahí; ¿por qué no se va a dormir? Mañana no podrá trabajar y tendrá problemas con su patrón; ¿qué oficio ejerce, buen hombre?

No supe cómo decirle que era escritor. No podía presentarme como hombre de estudios sin mentir. Curiosamente, un alemán suele tener reparo en decir que es escritor; no le gusta presentarse como escritor ante personas de estamentos inferiores porque tienden a asociarlo con los escribas y fariseos de la Biblia. La palabra «escritor» no tiene carta de naturaleza entre nosotros como el *homme des lettres* entre los franceses, que goza de un estatuto corporativo y desarrolla una actividad socialmente más reconocida e incluso se le pregunta: «*Où ave-vous fait votre philosophie?* (¿Dónde ha estudiado su filosofía?)». En este sentido el escritor francés es un hombre afortunado. Pero no es sólo esta falta de reconocimiento público lo que dificulta que el alemán se presente como escritor; es además cierto pudor que nos retrae, un sentimiento que atenaza a todo el que se ocupa de bienes liberales y espirituales, de dones inmediatos del cielo. Los hombres de ciencia están en mejor posición a este respecto que los poetas porque suelen costearse la carrera y ejercen tareas de Estado, parten troncos o trabajan en minas donde hay que extraer aguas salvajes. Un poeta está en la peor situación porque suele pasar del parvulario al parnaso, y un poeta de profesión y que no lo sea sólo incidentalmente resulta algo sospechoso. Es fácil que alguien le diga: «Mire, señor, el ser humano, además de tener cerebro, corazón, estómago, bazo, hígado, etcétera, lleva también la poesía en el cuerpo; pero el que sobrealimenta uno de estos órganos y lo destaca sobre los otros hasta crear en torno a él una profesión, tiene que sonrojarse del resto de su persona». Uno que vive de la poesía ha perdido el equilibrio, y un hígado de ganso hipertrofiado supone siempre un ganso enfermo. Todas las personas que no se ganan el pan con el sudor de su frente tienen que avergonzarse en cierto modo, y esto lo siente incluso el que no espera pasar grandes apuros por decir que es escritor. Estas consideraciones me llevaron a medir las palabras ante la anciana; ésta observó mi perplejidad y me miró con extrañeza:

—Le he preguntado qué oficio ejerce; ¿por qué no me lo quiere decir? Si no es un oficio honrado, al menos tiene usted el aire de haber elegido uno provechoso. ¿No será un verdugo o un

espía que quiere sonsacarme algo? Por mí, puede ser lo que quiera; pero dígame quién es. Si se pasa los días aquí sentado, voy a creer que es un pegote, o sea un vago que se pega a las casas para no caerse de pereza.

Se me ocurrió una palabra que quizá pudiera servir de puente para su comprensión.

—Querida abuela —dije—, yo soy escribiente.

—¡Hombre! —exclamó—, podía haberlo dicho antes. De modo que es un hombre de la pluma; para eso hace falta tener buena cabeza, dedos ágiles y un Corazón sano para evitar tropiezos. ¿Conque es escribiente? ¿Entonces podrá redactarme una instancia al duque, pero que sea atendida y no quede estancada junto a muchas otras?

—Yo le puedo redactar una instancia, y procuraré hacerlo con la mayor urgencia posible.

—Así me gusta —dijo la anciana—. Dios se lo pague, le haga vivir más años que a mí y le conceda en su vejez un ánimo tan sosegado y una noche tan bella, con rosas y táleros como a mí, y también un amigo que le haga una instancia si lo necesita. Pero ahora vaya a casa, querido amigo, cómprese un pliego de papel y escriba la instancia; yo lo espero aquí. Dentro de una hora iré a casa de mi ahijada, usted puede acompañarme; ella se alegrará mucho con la instancia; tiene buen corazón, pero los juicios de Dios son inescrutables.

Después de pronunciar estas palabras la anciana calló, hundió la cabeza y se puso en actitud de orar. El tálero estaba aún en su regazo. La anciana rompió a llorar.

—Abuela, ¿qué le pasa? ¿Por qué llora?

—¿Por qué no he de llorar? Lloro por el tálero, lloro por la instancia, lloro por todo. Pero no hay por qué llorar, porque todo en la tierra es mucho mejor de lo que nos merecemos los humanos, y las lágrimas más amargas son dulces. Mire ese camello dorado de la botica. Qué cosas tan espléndidas y maravillosas ha creado Dios; pero el hombre no lo reconoce. Y un camello como ése entrará antes por el ojo de una aguja que un rico en el reino de los cielos... Pero ¿qué hace ahí sentado? Vaya a comprar el pliego de papel y tráigame la instancia.

—Querida abuela, ¿cómo puedo hacerle la instancia si no me dice lo que he de escribir?

—¿Eso tengo que decírselo yo? —contestó ella—. Entonces no tiene gracia, y no me extraña que se avergüence de llamarse escribiente si todo tengo que decírselo yo. Bueno, haré lo que pueda. Diga en la instancia que dos personas que se quieren han de reposar juntas y que no se lleven a una de ellas al instituto de anatomía, y que sus miembros han de estar unidos si es verdad aquello de «¡vosotros, muertos, resucitaréis, iréis al juicio final!».

De nuevo, empezó a llorar amargamente.

Sospeché que arrastraba un grave sufrimiento, pero que con el peso de los años sólo en determinados momentos la afectaba dolorosamente. Lloró sin lamentarse; sus palabras eran siempre tranquilas y frías. Le pedí otra vez que acabara de explicarme el motivo de su viaje a la ciudad, y dijo:

—Mi nieto, el ulano, quería mucho a mi ahijada, como le he dicho, y el tema constante de su conversación con la hermosa Annerl, como la llamaba la gente por la tersura de su rostro, era el honor; le recalaba que debía guardar siempre el honor de ella y de él. Por eso la muchacha tenía siempre un toque de dignidad en la cara y en el atuendo; era más delicada y formal que las otras jóvenes. Era más rígida en todo, y si un mozo la sobaba un poco en el baile o la zarandeaba más de lo conveniente, venía a mí sollozando y decía siempre que aquello atentaba contra su honor. Annerl, ay, ha sido siempre una chica muysuya. A veces cogía el delantal con ambas manos y se lo quitaba rápidamente como si ardiera, y luego empezaba a llorar desesperadamente; pero esto tiene su causa:

ella es una víctima y el enemigo no descansa. Si la niña no estuviera siempre obsesionada con el honor y se hubiera apoyado en Dios, no habría abandonado nunca al ulano y habría soportado por él la vergüenza y el desprecio en lugar de fijarse en su propia honra. El Señor habría tenido misericordia, y todavía la tendrá. ¡Ojalá vuelvan a reunirse; que sea lo que Dios quiera!

»El ulano volvió a Francia y pasó mucho tiempo sin escribir; lo dimos por muerto y lloramos mucho por él. Cayó enfermo con una grave lesión, y cuando salió del hospital lo nombraron sargento; entonces recordó las frases humillantes del hermanastro, dos años atrás: que era soldado raso, mientras que el padre era sargento, y recordó también el episodio del sargento francés, y sus pláticas con Annerl sobre el honor, al despedirse de ella. Perdió la calma, sintió nostalgia y dijo a su capitán, que se interesó por su estado: “Capitán, tengo ganas de volver a casa”. Le permitieron regresar con su caballo, pues todos los oficiales confiaban en él. Le dieron tres meses de vacaciones. Realizó el viaje con la mayor rapidez posible sin perjudicar al caballo, al que procuró cuidar mejor que nunca, que para eso se lo había dejado. En una jornada lo hizo rendir al máximo en su afán por llegar cuanto antes a casa. Era víspera del aniversario del fallecimiento de su madre, y le pareció que ella corría delante del caballo diciendo: “Kasperl, honra mi memoria”. Ay, yo estuve aquel día sentada sobre su tumba y pensé: “¡Ojalá estuviera Kasperl conmigo!”. Hice una guirnalda de nomeolvides, la colgué de la cruz y tomé las medidas de la superficie diciéndome: “Aquí deseo reposar, y ahí debe estar Kasperl si Dios le concede una tumba en su tierra, pues todos debemos estar juntos si se ha de cumplir aquello de ‘resucitad, muertos, id al juicio final’”. Pero Kasperl no vino. Yo tampoco sabía que estaba cerca y pudo haber llegado. Él se apresuró todo lo posible, pues en Francia había pensado mucho en esa fecha y traía de allí una pequeña guirnalda de bellas flores amarillas para adornar la tumba de su madre y otra para Annerl, que ésta debía guardar para su cumpleaños.

Aquí enmudeció la anciana, moviendo la cabeza. Yo le repetí las últimas palabras: «que ésta debía guardar para su cumpleaños», y ella continuó:

—Quién sabe si puedo conseguirlo yo misma. ¡Ah, si pudiera despertar al duque!

—¿Para qué? —pregunté—. ¿Qué es lo que desea, abuela?

—¡Oh, qué importaría la vida si fuese eterna, y qué importaría si no lo fuese! —dijo con aire grave, y continuó su relato—. Kasperl pudo haber llegado a nuestro pueblo al filo del mediodía, pero el hostelero le había dicho en el establo que el caballo no aguantaría más, y añadió: «Amigo, esto no lo honra al jinete». La frase impresionó vivamente a Kasperl; por eso le aflojó la silla al animal, hizo lo posible por curarle las heridas y prosiguió el viaje a pie llevándolo de la rienda. Llegó así hacia el anochecer a un molino, un molino de nuestro pueblo, y como conocía al molinero, viejo amigo de su padre, se presentó a él y fue bien recibido. Kasperl llevó el animal a la caballeriza, allí dejó la silla y su mochila en un rincón y fue a la habitación con el molinero. Preguntó a éste por los suyos; el molinero le contestó que yo, la abuela, vivía aún, que su padre y el hermanastro estaban bien, que el día anterior llevaron trigo al molino, que el padre había entrado en el negocio caballar y vacuno y prosperaba mucho, que cuidaba algo de su honor y no era tan irresponsable como antes. Esto le alegró mucho al bueno de Kasperl, que preguntó después por la hermosa Annerl. El molinero le respondió que no la conocía, pero que si era la que había servido en Rosenhof, oyó decir que había alquilado una habitación en la capital porque de ese modo podía aprender algo y eso era más honroso para ella; esto se lo había oído decir un año antes al criado de Rosenhof. También esta noticia le alegró a Kasperl; aunque sintió no poder verla en seguida, esperaba encontrarla pronto

hecha una señorita en la capital, y para él, como sargento, era un honor pasear con ella en domingo. Le contó al molinero cosas de Francia; comieron y bebieron juntos y el molinero lo ayudó a cargar grano; después lo llevó a dormir al cuarto superior y él se tendió abajo a descansar sobre unos sacos. El ruido del molino y la añoranza de la patria no lo dejaron dormir mucho al buen Kasperl, aunque estaba muy cansado. En medio del nerviosismo se acordó de su difunta madre y de la hermosa Annerl, y pensó en el honor que suponía para él presentarse ante los suyos como sargento. Al final, concilio el sueño, pero se despertaba a menudo con pesadillas. Soñó que su madre le pedía ayuda; después, él mismo se vio difunto; iba a ser sepultado, pero caminaba por su pie hacia la tumba y la hermosa Annerl lo acompañaba; lloró amargamente por no estar presentes los compañeros, y al llegar al cementerio, vio que su tumba estaba junto a la de su madre, y también la de Annerl estaba allí; entonces entregó a Annerl la pequeña corona que le había traído; la de la madre colgaba de su tumba; después miró en torno y sólo me vio a mí; a Annerl alguien la había arrastrado a la tumba tirando del delantal; él también bajó a la tumba y dijo: «¿No hay nadie que me rinda los últimos honores y quiera hacerme la salva como valiente soldado?». Entonces él mismo sacó su pistola y se disparó en la tumba. Con el ruido del disparo despertó sobresaltado, pues le pareció que crujían las ventanas bajo sus efectos; miró a su alrededor y oyó un disparo más, alboroto en el molino y griterío a consecuencia del estruendo. Saltó de la cama y cogió el sable; en aquel momento se abrió una puerta y vio a la luz de la luna llena a dos hombres de rostro renegrado y armados de garrotes que se lanzaron sobre él. El ulano se defendió y a uno de ellos le dio una estocada en el brazo; entonces huyeron los dos, cerraron la puerta, que daba hacia fuera, y echaron el cerrojo. Kasperl intentó salir en vano; al fin, logró forzar una hoja de la puerta. Bajó las escaleras y oyó los gritos de dolor del molinero, al que encontró con las manos atadas, tendido entre sacos de trigo. Kasperl lo soltó y fue al establo a ver el caballo y la mochila; ambas cosas habían desaparecido. Volvió desolado al molino y contó al molinero que le habían robado sus pertenencias y además el caballo prestado por los militares, y a esto último no podía resignarse. Pero el molinero estaba ante él con una bolsa repleta, y dijo al ulano: «Querido Kasperl, alegraos; os debo la salvaguarda de mi fortuna; los ladrones venían por esta bolsa, que estaba arriba, en vuestro cuarto, y gracias a vuestra defensa no me han robado nada. Los que encontraron vuestro caballo y vuestra mochila en el establo debían de ser vigilantes que acompañaban a los ladrones; ellos dispararon para avisar que había peligro, porque probablemente supieron por la silla de montar que había un soldado de caballería alojado en la casa. No os preocupéis, yo no ahorraré esfuerzos ni dinero para que podáis recuperar el caballo, y, de no encontrarlo, os compraré uno por caro que sea». Kasperl le respondió: «Yo no acepto regalos, eso va contra mi honor; pero si usted quiere adelantarme setenta táleros, asumiré la obligación y se los devolveré en un plazo de dos años». El molinero aceptó la propuesta y el ulano se despidió de él para ir a su pueblo; allí reside un magistrado de la nobleza comarcal, al que pensaba informar de lo sucedido. El molinero quedó en casa para esperar a su esposa y a su hijo, que asistían a una boda en los alrededores; su intención era seguir el ejemplo del ulano y denunciar el caso ante el juzgado.

»Usted puede imaginar, señor escribiente, la aflicción con que recorría Kasperl el camino de nuestro pueblo, a pie y sin blanca, él que soñaba con una entrada triunfal; le habían robado cincuenta y un táleros que tenía ahorrados, el diploma de sargento, el permiso de vacaciones y las coronas para la tumba de su madre y para la hermosa Annerl. Estaba desesperado y en tal estado de ánimo llegó hacia las once de la noche a su tierra natal; llamó inmediatamente a la puerta del magistrado, cuya casa es la primera a la entrada del pueblo. Entró, hizo la denuncia y dejó constancia de todo lo que le

habían sustraído. El magistrado le encargó que se presentara ante su padre, que era el único campesino del pueblo que poseía caballos, y recorriera la comarca con él y con su hermano, tratando de seguir la pista de los ladrones; él enviaría entre tanto a otros hombres para hacer el rastreo a pie, e informaría al molinero de otros extremos si acudía a él. Kasperl dejó al magistrado para dirigirse a la casa paterna. Pero tenía que pasar por mi cabaña y me oyó a través de la ventana tararear un canto religioso, pues el recuerdo de su difunta madre no me dejaba dormir; por eso llamó a la puerta, y dijo: “¡Alabado sea Jesucristo! Querida abuela, aquí está Kasperl!”. Oh, estas palabras me estremecieron; fui corriendo a la ventana, la abrí y lo besé y estreché en mis brazos bañada en lágrimas. Él me contó su desgracia en pocas palabras y me comunicó el encargo que traía del magistrado para su padre; por eso tenía que dejarme para perseguir a los ladrones, ya que su honor dependía de la recuperación del caballo.

»No sé por qué, la palabra *honor* me produjo escalofríos, pues yo era consciente del severo juicio que lo esperaba. “Cumple con tu deber y déjale el honor a Dios”, le dije; salió en el acto en dirección a la granja de Finkel, que está en el otro extremo del pueblo. Cuando se fue, caí de hinojos y pedí a Dios que lo protegiera; oré, ay, con más angustia que nunca y tuve que decir al final: “Señor, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”.

»Kasperl fue a ver a su padre con verdadero agobio. Escaló el cerco del jardín por la parte trasera, oyó el ruido de la bomba de agua y un relincho de caballo que le llegó al alma; se detuvo y vio a la luz de la luna a dos hombres que se estaban lavando; el corazón le latía fuertemente. Uno de ellos dijo: “Ese idiota no baja”; el otro respondió: “Ve primero al establo y córtale la cola y las crines al caballo. ¿Has enterrado bien la mochila en el estiércol?” “Sí”, dijo el otro. Entonces fueron al establo y Kasperl corrió ciego de ira, cerró la puerta detrás de ellos, y gritó: “¡En nombre del duque, rendíos! Al que se resista, le descerrajo un tiro”. Dios mío, los ladrones del caballo eran... su padre y su hermanastro. “¡Mi honor, he perdido mi honor!”, gritó, “¡soy el hijo de un infame ladrón!”. Cuando oyeron esto los dos hombres, gritaron desesperados: “¡Kasperl, querido Kasperl, por el amor de Dios, no nos mates; te lo devolveremos todo! Por tu difunta madre, cuyo aniversario es hoy, ten piedad de tu padre y de tu hermano”. Pero Kasperl estaba como desesperado y exclamaba sin cesar: “¡Mi honor, mi deber!”. Ellos intentaron forzar la puerta y derribaron un trozo de la pared para escapar; entonces él disparó al aire con una pistola gritando: “¡Auxilio, auxilio! ¡Ladrones, auxilio!”. Los campesinos despertados por el magistrado, que ya se acercaban para convenir sobre los diversos caminos que debían rastrear para perseguir a los malhechores, acudieron en dirección al disparo y a los gritos. El viejo Finkel seguía suplicando a su hijo que le abriera la puerta, pero éste le dijo: “Yo soy un soldado y debo servir a la justicia”. Entonces entraron el magistrado y los campesinos. Kasperl dijo: “¡Por Dios, señor magistrado, los ladrones son mi padre y mi hermanastro; ojalá nunca hubiera nacido! Los he capturado aquí en el establo; mi mochila está enterrada bajo el estiércol”. Los campesinos entraron en el establo, maniataron a Finkel padre y a su hijo y los llevaron a la casa. Kasperl desenterró la mochila, extrajo de ella las dos coronas y no fue a la casa, sino directamente al camposanto, a la tumba de su madre. Empezaba a amanecer. Yo estuve en la pradera y había trenzado dos coronas de nomeolvides para Kasperl y para mí; esperaba que él adornase conmigo, al regreso, la tumba de su madre. De pronto, oí un ruido insólito en el pueblo, y como no me gusta el alboroto y prefiero estar sola, di un rodeo para ir al camposanto. Entonces sonó un disparo; vi cómo subía el humo al cielo y apresuré el paso... ¡Divino Salvador, apiádate de él! Kasperl yacía muerto sobre la tumba de su madre. Se había disparado al corazón; tenía prendida en el

ojal la pequeña corona que había traído para la hermosa Annerl; se había disparado a través de esta corona. La corona para la madre estaba ya sujeta a la cruz. Ante el cuadro, creí que la tierra se abría bajo mis pies; me abalancé sobre él gritando: “¡Kasperl, infeliz de ti!, ¿qué has hecho? Ay, ¿quién te lo ha contado? ¿Por qué dejé que te marcharas antes de explicártelo? ¿Qué dirán tu padre y tu hermano cuando te encuentren así?”. Yo no sabía que ellos eran el motivo de su desgracia; creía que la causa era muy diferente. Entonces vi algo aún más terrible: el magistrado y los campesinos traían maniatados a Finkel padre y a su hijo; la angustia me ahogó la voz en la garganta y no pude pronunciar una palabra. El magistrado me preguntó si había visto al nieto. Yo le indiqué con el dedo el lugar donde yacía. Se acercó a él creyendo que lloraba sobre la tumba; lo sacudió y entonces vio la sangre que caía a la tierra. “¡Jesús María —exclamó—, Kasperl se ha suicidado!”. Los dos presos se miraron aterrados; el cadáver de Kasperl fue trasladado junto con los malhechores a la casa del magistrado. Hubo llanto en todo el pueblo; las campesinas me acompañaron a casa. ¡Ay, fue el recorrido más espantoso de mi vida!

La anciana calló de nuevo, y yo le dije:

—Querida abuela, su dolor es terrible, pero Dios la ama; aquellos a los que más duramente prueba son sus hijos más queridos. Dígame, querida abuela, ¿qué le ha movido a hacer tan largo camino y qué desea conseguir con su instancia?

—Ay, eso se lo puede usted figurar —continuó serenamente— para conseguir una tumba digna para Kasperl y para la hermosa Annerl, a la que traigo la pequeña corona de cumpleaños. Está manchada de la sangre de Kasperl; mire.

Sacó del hatillo una pequeña corona de oropel y me la enseñó. Pude ver al primer brillo del alba que estaba ennegrecida de la pólvora y salpicada de sangre.

Yo estaba desolado por la desgracia de la buena anciana, y la grandeza de ánimo con que la llevaba me llenó de admiración.

—Querida abuela —le dije—, ¿cómo le va a comunicar a la pobre Annerl su desgracia sin que se muera de horror y qué cumpleaños va a celebrar con esa triste corona?

—Querido señor —contestó—, venga conmigo; usted puede acompañarme; yo no ando de prisa, pero aún podemos llegar a tiempo. En el camino le contaré el resto.

Se levantó, rezó sus oraciones de la mañana con mucha calma, se arregló el vestido y colgó su hatillo de mi brazo. Eran las dos de la madrugada, apuntaba el día y caminamos por las calles silenciosas.

—Mire —siguió contando la anciana—, cuando Finkel y su hijo fueron encerrados, tuve que ir al magistrado, en la sala de la audiencia. El cadáver de Kasperl estaba depositado sobre una mesa, cubierto con el capote del ulano, y conté al magistrado lo que sabía de él y lo que me dijo esa mañana a través de la ventana. Él iba escribiendo todo en el papel que tenía delante; después echó un vistazo a la agenda que Kasperl llevaba consigo; en él había algunas cuentas, historias sobre el honor y también la anécdota del sargento francés, y detrás algo escrito a lápiz.

La anciana me entregó la cartera y leí las últimas palabras del infortunado Kasperl «Yo tampoco podré sobrevivir a mi infamia. Mi padre y mi hermano son ladrones, la víctima he sido yo mismo; con el corazón destrozado he tenido que detenerlos y los he entregado a los tribunales porque soy soldado de mi príncipe y mi honor no me permite hacer excepciones. Por el honor he entregado a la justicia a mi padre y a mi hermano. Ruego a todos que me concedan una tumba digna aquí donde he caído, junto a mi madre. Que la abuela envíe a la hermosa Annerl la pequeña corona traspasada por la

bala y la salud de mi parte; ay, me duele en el alma, pero ella no podía casarse con el hijo de un ladrón, pues siempre ha rendido culto al honor. Querida Annerl, ojalá no te horrorices de mí; vive feliz, y si alguna vez me has querido un poco, no hables mal de mí. Yo no puedo hacer nada para borrar mi infamia. Me he esforzado en vivir con honor, era ya sargento y gozaba de buena fama en el escuadrón, sin duda habría llegado a ser oficial y no por ello, Annerl, te hubiera abandonado para casarme con otra de posición superior; pero si el hijo de un ladrón tiene que prender a su padre y hacerlo juzgar, el honor no le permite sobrevivir a su infamia. Annerl, querida Annerl, acepta la pequeña corona; siempre te he sido fiel; ¡que Dios se apiade de mí! Ahora te devuelvo la libertad, pero honra mi memoria y no te cases con ninguno que sea peor que yo. Si puedes, intercede por mí, para que me concedan una tumba digna al lado de mi madre, y si mueres en nuestro pueblo, haz que te entierren junto a nosotros; la querida abuela se reunirá también con nosotros, así todos estaremos juntos. Tengo cincuenta y un táleros en la mochila; quiero que sean colocados a interés en favor de tu primer hijo. Mi reloj de plata debe ser para el señor párroco si recibo honrosa sepultura. Mi caballo, el uniforme y las armas pertenecen al duque, y esta cartera a ti. Adiós, tesoro de mi alma; adiós, querida abuela; orad por mí y sed felices. ¡Que Dios se apiade de mí; ay, mi desesperación es grande!».

No pude leer estas últimas palabras de un hombre noble y desgraciado sin derramar amargas lágrimas.

—Parece que Kasperl fue una buena persona, querida abuela —dije a la anciana.

Ante estas palabras ella se detuvo, me estrechó la mano, y dijo con voz trémula:

—Sí, era la mejor persona del mundo; pero las últimas palabras sobre la desesperación no debiera haberlas escrito; ellas lo privan de una sepultura honrosa y lo condenan a ir a parar al instituto de anatomía. Ay, querido escribiente, si usted pudiera ayudarme en esto...

—¿Cómo, querida abuela? ¿En qué pueden perjudicarle las últimas palabras?

—Claro que sí —contestó ella—; me lo ha dicho el magistrado. Se ha cursado una orden a todos los juzgados para que sólo los suicidas por melancolía reciban honrosa sepultura; los que se han suicidado por desesperación deben ir a parar al instituto de anatomía, y el magistrado me ha dicho que debe enviar el cadáver allá, porque el propio Kasperl confiesa su desesperación.

—Ésa es una ley muy peregrina —dije—, pues en cada caso de suicidio se podría incoar un proceso sobre si el suicidio fue por melancolía o por desesperación, proceso que sería tan largo que el juez y los abogados caerían en melancolía o en desesperación e irían a parar al instituto de anatomía. Pero esté tranquila, querida abuela; nuestro duque es un buen soberano cuando se entere bien del asunto, concederá sin duda al pobre Kasperl un lugar junto a la madre.

—¡Dios le oiga! —contestó la anciana—. Mire, querido señor cuando el magistrado lo puso todo en el papel, me entregó la cartera y la corona para la hermosa Annerl y ayer me apresuré a venir aquí para darle este consuelo en su cumpleaños... Kasperl murió a tiempo; de haberlo sabido todo, se hubiera vuelto loco del disgusto.

—¿Pues qué pasa con la hermosa Annerl? —pregunté a la anciana—. Usted dice primero que a ella le quedan pocas horas; después habla de su cumpleaños y ahora añade que la triste noticia será un consuelo para ella. Dígame de una vez ¿se va a casar con otro? ¿Ha muerto? ¿Está enferma? Tengo que saberlo todo para hacer la instancia.

—Ay, querido escribiente —respondió la anciana—, las cosas son así; que sea lo que Dios quiera. Mire usted, cuando llegó Kasperl, yo no me alegré mucho, y cuando se quitó la vida tampoco me he

entristecido mucho; yo no habría podido sobrevivir si Dios no se hubiera apiadado de mí, obsequiándome con un sufrimiento mayor. Sí, le digo a usted que había una piedra delante de mi corazón, una especie de rompehielos, y todos los dolores que como témpanos han caído contra mí y me hubieran destrozado, han chocado con esta piedra y han pasado de largo. Le voy a contar algo muy triste.

»Cuando mi ahijada, la hermosa Annerl, perdió a su madre, que era prima hermana mía y vivía a siete leguas de nosotros, yo estaba en su casa. Su madre era viuda de un pobre campesino y en su juventud estuvo enamorada de un cazador, pero no se casó con él por la vida desordenada que llevaba. El cazador llegó a tal situación que fue condenado a muerte por un asesinato. Mi prima se enteró cuando estaba enferma y le dolió tanto que empezó a empeorar día a día; poco antes de morir me entregó a la hermosa Annerl como ahijada y se despidió de mí; en el último momento me dijo “Querida Anne Margret, si pasas por la villa donde está preso el pobre Jürge, hazle saber por medio del vigilante que rezo por él en mi lecho de muerte para que se convierta a Dios, que seguiré rezando hasta el último momento y que le envío un saludo afectuoso”. Poco después de pronunciar estas palabras murió mi buena prima; cuando recibió sepultura, tomé del brazo a la pequeña Annerl, que tenía tres años, y marché con ella a casa.

»Antes de llegar a la villa que debía cruzar pasé por la casa del verdugo; éste gozaba de cierta fama como veterinario y decidí comprar algún medicamento para nuestro alcalde. Entré en la casa y dije al verdugo lo que quería. Él me invitó a seguirlo al sótano, donde tenía las plantas medicinales, para ayudarlo a elegir. Dejé a Annerl en la sala y lo seguí. Cuando volvimos, Annerl estaba delante de un pequeño armario adosado a la pared, y dijo “¡Abuela, ahí dentro hay un ratón; qué ruido hace; hay un ratón!”. El verdugo torció el gesto ante las palabras de la niña, abrió el armario, y dijo “¡Dios nos asista!”. Vio oscilar su espada justiciera, que colgaba de un clavo en el armario. Sacó la espada del armario, con gran preocupación mía. “Señora —dijo—, si usted quiere bien a la pequeña Annerl, no se asustará de que le haga un pequeño corte con la espada alrededor del cuello; la espada ha oscilado delante de ella y pide sangre, y si no le hago la incisión en el cuello, la niña sufrirá una gran desgracia en la vida”. Entonces agarró a la niña; ella empezó a gritar, yo también grité y acudí a librarla de sus manos. En esto entró el alcalde del pueblo, que venía de caza y traía un perro enfermo al verdugo para que lo curase; preguntó por la causa de los gritos, y Annerl dijo sollozando “¡Me quiere matar!”. Yo estaba aterrorizada. El verdugo contó al alcalde lo ocurrido. Éste lo reprendió, tachando su acción de superchería, y lo amenazó con castigarle severamente. El verdugo replicó con mucha calma “Así actuó mi padre y así actúo yo”. Entonces le amonestó el alcalde “Señor Franz, si usted cree que su espada se ha movido porque yo le anuncio que mañana a las seis debe decapitar al cazador Jürge, se lo puedo perdonar; pero que de eso quiera sacar conclusiones sobre esta niña es irracional y absurdo. Una cosa así puede llevar a una persona a un estado de desesperación si le dicen de mayor lo que le ocurrió en la infancia. No hay que tentar a la gente”. “Tampoco hay que tentar a la espada del verdugo”, dijo Franz para sí, mientras colgaba de nuevo la espada en el armario. El alcalde besó a Annerl y le dio un panecillo de su morral. Después me preguntó quién era yo, de dónde venía y a dónde iba; yo le conté lo de la muerte de mi prima y su encargo para el cazador Jürge, y él me dijo “Usted debe traerlo al buen camino; yo mismo la llevaré; él tiene un corazón duro; quizá el recuerdo de una buena moribunda lo ablande a última hora”. El buen señor nos acogió Annerl y a mí en su carruaje, que estaba a la puerta, y nos llevó a la villa.

»Me indicó una casa de comidas; allí comimos bien y al atardecer fue conmigo a visitar al pobre

pecador. Cuando le conté al preso las últimas palabras de mi prima, empezó a llorar amargamente, y dijo a gritos “¡Dios mío, si ella hubiera sido mi mujer, no me habría pasado esto!”. Después pidió la presencia del señor párroco para rezar con él. El alcalde se lo prometió, lo felicitó por su cambio y le preguntó si antes de morir tenía algún deseo que él le pudiera satisfacer. El cazador Jürge dijo “Pida a la buena señora que asista mañana con la hijita de su prima a mi ejecución; eso me dará fuerza en mi último momento”. El alcalde me pidió este favor y, aunque me pareció muy atroz, no pude negárselo al infeliz reo. Le di la mano y se lo prometí solemnemente; él se tendió sobre la paja, llorando. El alcalde fue conmigo a avisar a su amigo, el párroco, al que tuve que contar todo de nuevo antes de que fuese a la prisión.

»Pasé la noche con la niña en casa del alcalde y a la mañana siguiente hice el amargo recorrido para presenciar el ajusticiamiento del cazador Jürge. Me situé en el círculo del tribunal junto al alcalde y vi cómo éste rompía la varita. El cazador Jürge pronunció aún unas bellas palabras y todos lloraron; él me miró a mí muy emocionado, y a la pequeña Annerl que estaba delante de mí, y después besó al verdugo Franz; el párroco rezó con él; le vendaron los ojos y se arrodilló. Entonces el verdugo le dio el golpe mortal. “¡Jesús, María y José!”, exclamé, pues la cabeza de Jürge fue a dar contra Annerl y mordió con los dientes la falda de la niña, que gritó horrorizada. Yo me quité el delantal y lo arrojé sobre la horrible cabeza; el verdugo Franz se acercó presuroso, desprendió la cabeza, y dijo “Señora, señora, ¿qué le dije ayer por la mañana? Yo conozco mi espada; ¡es un ser vivo!”. Yo había caído al suelo y Annerl gritaba desesperadamente. El alcalde quedó consternado e hizo que nos llevaran a la niña y a mí a su casa. Allí su esposa me regaló otros vestidos para la niña y para mí, y por la tarde el alcalde nos dio una cantidad de dinero; lo mismo hicieron muchas personas de la villa que fueron a ver a Annerl; llegué a recoger veinte táleros y muchas prendas de vestir para ella. Al anochecer vino el párroco y me exhortó largo rato a educar a Annerl en el temor de Dios, sin hacer caso de los malos presagios, que sólo eran trampas de Satanás dignas del más absoluto desprecio; después me regaló una hermosa Biblia para Annerl, que ella conserva todavía. A la mañana siguiente el alcalde nos acompañó tres leguas, camino de casa. ¡Todo esto ocurrió, Dios mío! —dijo la anciana, y calló.

Me asaltó un atroz presentimiento; el relato de la anciana me había anonadado.

—¡Por el amor de Dios, abuela! —exclamé—, ¿qué le ha ocurrido a la pobre Annerl? ¿No se le puede ayudar?

—El destino la ha llevado hasta ahí —dijo la anciana—. Hoy la ejecutan. Pero ella hizo lo que hizo en estado de desesperación el honor, el honor fue su perdición. Fracasó en su afán de honores; se dejó seducir por un noble que luego la abandonó. Estranguló a su hijo con el mismo delantal que yo arrojé sobre la cabeza del cazador Jürge y que ella me sustrajo secretamente. Ay, el destino la ha llevado a ese extremo; ella lo hizo sin darse cuenta. El seductor le había prometido desposarse con ella asegurándole que Kasperl permanecía definitivamente en Francia. Entonces cayó en desesperación, cometió el crimen y se presentó voluntariamente a los tribunales. A las cuatro de la madrugada será ajusticiada. Me ha escrito pidiendo que vaya a verla; quiero hacerlo, y llevarle la corona y el saludo del pobre Kasperl y la rosa que me han regalado; eso la consolará. Ah, querido escribiente, a ver si consigue con la instancia que lleven su cadáver y el de Kasperl a nuestro cementerio.

—¡Lo intentaré todo, todo! —grité—. Voy inmediatamente al castillo; mi amigo, que le regaló la rosa, hace allí la guardia; él despertará al duque. Me arrodillaré ante su lecho y le pediré indulto para

Annerl.

—¿Indulto? —preguntó la anciana fríamente—. Ella tiene su merecido. Escuche, querido amigo, la justicia es mejor que el indulto. De qué sirve el indulto en la tierra si todos hemos de presentarnos ante el tribunal de Dios.

*Vosotros, muertos, resucitaréis;
iréis al juicio final.*

»Mire usted, ella no quiere indulto; se lo han ofrecido a cambio de delatar al padre de la criatura, pero Annerl contestó “Yo asesiné a su hijo y quiero morir para no labrar su infelicidad; debo sufrir mi propio castigo para reunirme con mi hijo, pero mi delación lo puede aniquilar a él”. Por eso le han aplicado la pena capital. Vaya usted al duque y pídale una tumba honrosa para Kasperl y para Annerl. ¡Vaya inmediatamente!; mire ahí va el párroco camino de la prisión; le voy a pedir que me deje acompañarlo para ver a la hermosa Annerl. Si usted se da prisa, podría quizá traernos el consuelo allá fuera, en el tribunal, con la tumba honrosa para Kasperl y Annerl.

Alcanzamos al sacerdote y la anciana le explicó su parentesco con la rea; él se prestó amablemente a llevarla consigo a la prisión. Yo eché a correr, como nunca en mi vida, en dirección al castillo, y me pareció un signo esperanzador cuando, al pasar por la casa del conde de Grossinger, oí por la ventana abierta una voz delicada que cantaba con acompañamiento de laúd:

*La gracia habló de amor;
pero el honor vigila
y desea a la gracia
las buenas noches.*

*La gracia toma el velo
cuando el amor ofrece rosas;
el honor saluda al galán
porque quiere a la gracia.*

Otro signo esperanzador fue que cien pasos más adelante encontré un velo blanco en la calle; lo levanté del suelo estaba lleno de rosas fragantes. Continué mi carrera sosteniendo el velo en la mano y pensando “Dios mío, esto es el indulto”. Al doblar la esquina vi a un hombre que se embozó en la capa cuando pasé cerca de él y me dio bruscamente la espalda para no ser visto; no tenía necesidad; yo miraba y escuchaba sólo en mi interior ¡gracia, gracia! Escalé la puerta enrejada y me dejé caer en el patio del castillo. Gracias a Dios me salió al encuentro el brigada, conde de Grossinger, que paseaba de un lado a otro bajo los castaños en flor delante del cuartelillo.

—Querido conde —dije con vehemencia—, lléveme inmediatamente ante el duque, ahora mismo, o será tarde y todo estará perdido.

Quedó perplejo ante mi petición, y preguntó:

—¿Qué le sucede a estas horas? Eso no es posible. Venga a la revista de tropas; entonces lo presentaré.

Yo ardía de impaciencia.

—¡Ahora o nunca! —grité—. Es urgente, se trata de la vida de una persona.

—Ahora no puede ser —contestó Grossinger con gesto enérgico—; está en juego mi honor; tengo prohibido pasar hoy ningún aviso.

La palabra honor me hizo desesperar; me acordé del honor de Kasperl, del honor de Annerl, y dije:

—¡El dichoso honor! Precisamente para prestar la última ayuda, que no entiende de honor, tengo que acudir al duque. Pase aviso o llamo desde aquí a gritos.

—Si da un paso —dijo Grossinger con energía—, lo hago arrestar en el cuartelillo. Usted es un chalado y no se hace cargo de las circunstancias.

—¡Oh, conozco unas circunstancias terribles! Tengo que ver al duque; cada minuto que pasa es irrecuperable —contesté—. Si usted no me anuncia, voy por mi cuenta.

Iba a subir las escaleras que llevaban a los aposentos del duque cuando observé que se dirigía hacia ellas la misma persona que encontré antes embozada en su capa. No pude verla porque Grossinger me apartó violentamente con la mano.

—¿Qué hace, loco? —me susurró—. Tranquilícese y no me hunda en la desgracia.

—¿Por qué no ha detenido usted al hombre que acaba de subir? —le pregunté—. No puede traer un asunto más urgente que el mío. ¡Es urgente, urgente; tengo que ver al duque! Se decide la suerte de una pobre criatura seducida.

—Usted ha visto a ese hombre subir las escaleras —respondió Grossinger—. Si dice una palabra sobre eso, caerá bajo mi espada. Precisamente porque *él* ha subido, usted *no* puede subir. El duque tiene asuntos que tratar con él.

En esto se iluminaron las ventanas del duque.

—¡Dios, tiene luz; está levantado! —dije—. ¡Tengo que hablarle; por el amor de Dios, déjeme o pido auxilio!

Grossinger me asió del brazo diciendo:

—Usted está bebido; venga conmigo al cuartelillo. Yo soy su amigo; duerma bien y después dígame la letra que la anciana cantaba esta noche a la puerta cuando yo pasaba la ronda; esa letra me interesa mucho.

—¡Precisamente por la anciana y los suyos tengo que hablar con el duque! —grité.

—¿Por la anciana? ¿Por ella está hablando conmigo? Los grandes señores no se ocupan de esas cosas. Rápido, venga al cuartelillo.

Quiso empujarme, cuando el reloj del castillo dio las cuatro. Las campanadas me llegaron al alma como una llamada de auxilio y empecé a gritar a pleno pulmón hacia las ventanas del duque:

—¡Auxilio, por el amor de Dios; auxilio para una pobre criatura seducida!

Grossinger se puso frenético. Quiso taparme la boca, pero yo forcejeé con él; me golpeó en la nuca y me insultó; quedé sordo momentáneamente. Él llamó a la guardia; salió el sargento con varios soldados para arrestarme; pero en aquel instante se abrió la ventana del duque y oí una voz:

—¡Brigada, conde de Grossinger! ¿Qué escándalo es éste? Haga subir ahora mismo a ese hombre.

No esperé a Grossinger; me lancé escaleras arriba; caí a los pies del duque, que me hizo levantarme, extrañado y de mal humor. Llevaba botas y espuelas y una bata de noche que había recogido cuidadosamente a la altura del pecho.

Hablé al duque, con la premura inevitable, de lo que me había contado la anciana sobre el suicidio

del ulano y sobre el caso de la hermana Annerl, y le pedí al menos el aplazamiento de la ejecución por unas horas y una sepultura digna para los dos infelices si no era posible el indulto.

—¡Ay, indulto, indulto! —exclamé mientras sacaba del seno el velo blanco lleno de rosas—. Este velo que he encontrado en el camino me ha parecido un augurio de indulto.

El duque me arrebató el velo y quedó profundamente conmovido; lo apretó entre las manos, y cuando yo le dije:

—Alteza, esa pobre chica es víctima de un falso sentido del honor; un noble la sedujo y le prometió desposarse con ella, y es tan buena que prefiere morir a delatarlo —el duque me interrumpió con lágrimas en los ojos, y dijo:

—¡Cállese, por el amor de Dios, cállese!

Se volvió al brigada, que estaba a la puerta, y le dijo con vehemencia:

—¡Pronto!, cabalgue con este hombre. Reviente al caballo, pero llegue a tiempo al tribunal. Sujete este velo a su espada, agítelo y vaya gritando «¡Indulto, indulto!». Yo iré después.

Grossinger recogió el velo. El conde estaba transformado; parecía un espectro lleno de miedo y de prisa. Corrimos a la caballeriza, montamos a caballo y nos dispusimos a galopar; el conde salió por la puerta como una exhalación. Cuando sujetó el velo a la punta de la espada, gritó:

—¡Señor Jesús, mi hermana!

Yo no entendí lo que quiso decir. Se levantó sobre los estribos, agitó el velo, y gritó:

—¡Indulto! ¡Indulto!

Vimos sobre la colina la muchedumbre reunida en torno al tribunal. Mi caballo se espantó ante el velo izado. Yo soy mal jinete y no pude seguir a Grossinger; él volaba en veloz carrera y yo sacaba fuerzas de flaqueza. ¡Triste coincidencia! La artillería hacía ejercicios en las proximidades y el ruido de los cañones impedía oír nuestros gritos de lejos. Grossinger irrumpió entre la gente y el pueblo abrió paso; yo miré al círculo del tribunal y vi algo que brillaba al sol matinal. ¡Dios mío, era la espada del verdugo! Me lancé adentro y escuché los lamentos de la gente.

—¡Indulto, indulto! —gritó Grossinger y se precipitó como un loco en el círculo agitando el velo; pero el verdugo le presentó la cabeza ensangrentada de la hermosa Annerl, que le sonrió dolorosamente.

Entonces gritó Grossinger:

—¡Que Dios me perdone! —y se postró en tierra, sobre el cadáver—. ¡Matadme, matadme! Yo la seduje; yo soy el asesino.

El furor de la venganza se apoderó de la muchedumbre; las mujeres y las jóvenes se abalanzaron sobre él, lo apartaron del cadáver y lo pisotearon; él no se defendió; los guardias no pudieron contener a la muchedumbre enfurecida. Entonces se oyó gritar «¡El duque, el duque!». Había llegado en carruaje abierto; junto a él se sentaba un joven con el sombrero calado hasta tapar el rostro y embozado en una capa. La gente se apartó de Grossinger.

—¡Jesús, mi hermano! —exclamó el joven oficial con voz femenina desde el carruaje.

El duque le dijo, consternado:

—¡Calla!

Bajó del carruaje; el joven quiso seguirlo; el duque lo hizo retroceder con gesto brusco, pero esto permitió descubrir que el joven era la hermana de Grossinger disfrazada de oficial. El duque hizo colocar al maltrecho, ensangrentado y desvanecido Grossinger en el carruaje; su hermana prescindió ya de toda cautela y lo cubrió con la capa; entonces vieron todos su atuendo femenino. El

duque estaba perplejo, pero se sobrepuso y ordenó girar el carruaje y llevar a casa a la condesa y a su hermano. Este episodio había apaciguado el furor de la gente. El duque dijo en voz alta al oficial de guardia:

—La condesa de Grossinger vio que su hermano se estaba preparando en casa para traer el indulto y quiso asistir a este alegre acontecimiento; cuando yo pasé por su casa con este mismo fin, estaba asomada a la ventana y me pidió que la trajera en mi carruaje; no pude negarme al ruego de la bondadosa chica. Ella tomó una capa y un sombrero del hermano para no llamar la atención, y este desgraciado incidente ha hecho que todo acabara en un escándalo. Pero ¿cómo no ha podido usted, señor teniente, proteger al infeliz conde de Grossinger de la chusma? Ha sido lamentable que haya llegado tarde cabalgando a galope; pero él no ha podido hacer más. Quiero que arresten y sancionen a los que han maltratado al conde.

A estas palabras del duque siguió un clamor general:

—¡Es un canalla! Él es el seductor, el asesino de la hermosa Annerl; él mismo lo ha confesado, el miserable, el muy malvado.

Como las voces llegaban de todos los lados y el sacerdote, el oficial y las personas del tribunal lo confirmaron, el duque quedó tan profundamente consternado que sólo supo decir:

—¡Espantoso, espantoso! ¡Miserable!

El duque, pálido y desencajado, accedió al círculo del tribunal para ver el cadáver de la hermosa Annerl. La difunta yacía sobre el verde césped vestida de negro con lazos blancos. La anciana, ajena a todo lo que sucedía a su alrededor, le había unido la cabeza al tronco y cubrió el terrible corte con su delantal. Estaba ocupada en juntarle las manos sobre la Biblia que el párroco de la villa le había regalado a la pequeña Annerl. Le sujetó la corona dorada a la cabeza y depositó sobre su pecho la rosa que Grossinger le había dado aquella noche sin saber quién era ella.

Ante este cuadro comentó el duque:

—¡Hermosa, desgraciada Annerl! ¡Seducor infame, llegaste demasiado tarde! ¡Pobre anciana, sólo tú le has sido fiel hasta la muerte!

Cuando me vio a mí a su lado, me dijo:

—Usted me habló de una última voluntad del sargento Kasperl. ¿Lleva el escrito consigo?

Me volví a la anciana para pedirle.

—Abuela, déjeme la agenda de Kasperl. Su alteza quiere leer su última voluntad.

La anciana, que seguía ajena a todo, respondió de mal humor:

—¿Otra vez por aquí? Más le valiera estarse quieto en su casa. ¿Trae la instancia? Es demasiado tarde. No he podido darle a la pobre hija el consuelo de poder acompañar a Kasperl en una tumba honrosa; yo le mentí, pero ella no me creyó.

El duque la interrumpió para decirle:

—Usted no le mintió, señora; este señor hizo todo lo posible. La caída del caballo fue la causa de todo. Pero ella tendrá una tumba honrosa junto a su madre y junto a Kasperl, que fue un valiente militar. Habrá oración fúnebre para los dos sobre las palabras «El honor, sólo para Dios». Kasperl recibirá sepultura como brigada, su escuadrón hará tres salvas en su tumba y la espada del infame. Grossinger será depositada en su féretro.

Dicho esto, el duque levantó la espada que estaba aún en tierra con el velo, recogió éste para cubrir a Annerl, y añadió:

—Este malogrado velo que le hubiera traído el indulto le restituirá el honor; ha muerto indultada

y con dignidad, y el velo será enterrado con ella.

Entregó la espada al oficial de la guardia con las palabras:

—Hoy mismo, en la revista de tropas, recibirá mis órdenes sobre el sepelio del ulano y de esta pobre chica.

Leyó también en voz alta y muy emocionado las últimas palabras de Kasperl. La anciana se abalanzó a sus pies con lágrimas de alegría como si fuera la mujer más feliz del mundo. El duque le dijo:

—Consuélese. Tendrá una pensión vitalicia y mandaré erigir una lápida conmemorativa en honor de su nieto y de Annerl.

Ordenó al sacerdote trasladar a su casa provisionalmente, en compañía de la anciana, el cadáver de Annerl depositado en un féretro, con destino posterior al pueblo natal, donde se haría cargo del sepelio. Como habían llegado ya los ayudantes con caballos, el duque me dijo:

—Déle su nombre a mi ayudante. Le pasaré aviso. Usted ha dado una bella muestra de solidaridad humana.

El ayudante escribió mi nombre en su agenda y se despidió muy cortésmente. El duque, en medio de las aclamaciones de la multitud, partió para la ciudad. El cadáver de la hermosa Annerl fue conducido en compañía de la anciana a la casa del párroco, y en la noche siguiente volvió éste con ella a su pueblo natal. Al atardecer del día siguiente apareció el oficial con la espada de Grossinger y un escuadrón de ulanos. El bravo Kasperl fue enterrado con la espada de Grossinger y el diploma de brigada dentro del féretro, junto a la hermosa Annerl, al lado de su madre. Yo también asistí al acto acompañando a la abuela, que parecía embargada de un gozo infantil, pero habló poco, y cuando los ulanos hicieron la triple salva, cayó muerta en mis brazos. Le dieron sepultura junto a los suyos. ¡Dios les conceda a todos ellos una feliz resurrección!

*Subirán a las alturas,
donde están los ángeles buenos,
donde llegó el buen Dios
en un hermoso arco iris;
sus almas comparecerán ante Dios.
¡Cuándo iremos al cielo! Amén.*

Cuando volví a la capital, me enteré de la muerte de Grossinger. Se había envenenado. En mi casa encontré una carta suya. Decía así:

Tengo mucho que agradecerle. Usted sacó a la luz la infamia que me estuvo royendo el corazón durante mucho tiempo. El canto de la anciana me era familiar; Annerl me lo había cantado a menudo; ella era una persona noble donde las haya. Yo he sido un miserable criminal; ella guardaba una promesa escrita de matrimonio y la arrojó a las llamas. Había estado de sirvienta en casa de una tía mía; a veces la melancolía se ensañaba con ella. Yo me apoderé de su alma mediante ciertos fármacos que tienen algo de mágico. ¡Que Dios me perdone! Usted ha salvado también el honor de mi hermana; el duque la ama y yo era su valido; lo ocurrido le ha causado gran consternación. Que Dios me ayude: he tomado ya el veneno.

El delantal de la hermosa Annerl que recibió el impacto de la cabeza del cazador Jürge al ser decapitado se conserva en la casa museo ducal. Se dice que el duque elevará a la hermana del conde de Grossinger a la dignidad principesca con el título de *Voile de Grâce*, Velo del Indulto, y se casará con ella. Para la próxima revista de tropas se prevé la bendición del mausoleo en memoria de las dos infortunadas víctimas del honor que se ha erigido en el cementerio del pueblo. El duque está muy contento; la idea parece haber sido de la princesa y del duque conjuntamente. El monumento representa el falso honor y el verdadero, que se inclinan hacia tierra a ambos lados delante de la cruz; la Justicia aparece en un lado con la espada desenvainada, y la Gracia en el otro corriendo un velo. Hay quienes ven en la cabeza de la Justicia un parecido con el duque, y en la cabeza de la Gracia un parecido con el rostro de la princesa.

EL RELATO DEL CORONEL MORSE

NUESTRO anfitrión era un hombre de Kentucky de carácter alegre que hacía en todos los sentidos honor al estado en el que había nacido. Nuestra acogida fue la más cordial que cabe imaginar. A cambio, nosotros sólo tuvimos que corresponder con las novedades que traíamos de casa. Pero no pueden imaginarse la avidez, la ansiedad con que escuchan nuestros compatriotas en el extranjero las noticias de casa. La expectación es verdaderamente febril, y no sólo entre los hombres, sino también entre las mujeres y los niños. Quien quiera hacerse una idea de este apego verdaderamente febril que sienten nuestros ciudadanos por su patria, debería viajar a Tejas o a cualquier país extranjero y conversar con compatriotas establecidos allí. Habíamos llegado por la tarde, y el sol de la mañana del día siguiente nos encontró todavía contando historias y discutiendo, con toda la familia a nuestro alrededor. Cuando apenas habíamos dormido algunas horas, nos despertaron de nuevo nuestros queridos anfitriones. Unos veinte a treinta novillos iban a ser capturados y enviados al mercado de Nueva Orleans. La clase de caza que tiene lugar en estas capturas es siempre interesante, raramente peligrosa. Nosotros no nos dejamos repetir la amable invitación, como bien pueden imaginar, nos levantamos de un salto, nos vestimos, desayunamos y luego montamos nuestros mustangs^[30]. Cabalgamos cuatro o cinco millas antes de llegar a los animales que en parte pastaban en manadas de treinta a cincuenta cabezas, en parte retozaban por la hierba, los novillos más bonitos que he visto jamás, todos de largas patas, mucho más altos que los nuestros, más esbeltos y mejor formados. Los cuernos también son más largos y desde lejos se parecen más a las astas de los ciervos que a los cuernos de los toros. Aunque pasan el verano y el invierno en la pradera abandonados a sí mismos, no degeneran nunca; sólo cuando barruntan la presencia de lobos u osos se vuelven salvajes e incluso peligrosos. Toda la manada corre entonces con ímpetu furioso hacia la guarida donde acecha la fiera y entonces es prudente no ponerse en su camino. Por lo demás no están casi expuestos a enfermedades; de la afección del hígado que causa tan grandes estragos entre las manadas de Luisiana, no se sabe nada allí; incluso la cauterización con sal es innecesaria, pues por todas partes existen abundantes fuentes de agua salina.

Éramos media docena de jinetes, míster Neal, mi amigo, yo y tres negros. Nuestro cometido era conducir a los animales hacia la casa donde los que habían sido seleccionados para el mercado serían apresados con el lazo y trasladados inmediatamente a Brazoria. Yo montaba mi mustang. Nos habíamos acercado a un cuarto de milla de la primera manada formada por unas cincuenta a sesenta reses. Los animales permanecieron completamente tranquilos. Rodeándolos tratamos de tomarle el viento a la segunda manada. Ésta también permaneció tranquila y así seguimos cabalgando cada vez más lejos, y cuando dejamos atrás la última y más distante tropa, empezamos a separarnos para encerrar todas las manadas en un semicírculo y conducir las hacia la casa. Mi mustang se había portado bastante bien hasta ese momento haciendo continuamente alegres y divertidas cabriolas sin mostrar ninguno de sus resabios, pero ahora —apenas nos habíamos separado doscientos pasos— despertó el viejo bribón. A unos mil pasos de nosotros pastaban los mustangs de la plantación y en cuanto los divisó empezó a correr dando saltos en zigzag que casi me derribaron de la silla, aunque

no soy un jinete inexperto. Pero aún me mantenía en la montura. Por desgracia, no sólo había puesto al caballo mi bocado americano en lugar del mejicano, en contra del consejo de míster Neal, sino que también había dejado en casa el lazo que hasta entonces me había ayudado a manejar al animal mejor que el propio bocado, y donde falta aquél no hay nada que hacer con un mustang en la pradera. Toda mi habilidad ecuestre era inútil; como un toro salvaje corrió unos quinientos pasos hacia la manada, pero antes de llegar a su centro lanzó inesperadamente al aire las patas traseras metiendo la cabeza entre las patas delanteras y yo salí volando por encima de la misma antes de que pudiese soñar con esa posibilidad. Saltar con ambas patas delanteras al mismo tiempo sobre las riendas y el bridón, quitarse la brida y salir corriendo con relinchos salvajes hacia la manada fue para aquel demonio la obra de un instante.

Furioso, me levanté de la hierba, que allí tenía la altura de una vara. Mi vecino más próximo, uno de los negros, acudió a todo galope en mi ayuda, y me pidió que de momento dejase correr al animal, que Anthony, el cazador, ya lo atraparía; pero yo estaba tan furioso que no le escuché. Lleno de rabia le ordené que desmontase y me dejase su caballo. En vano me suplicó el negro que por Dios no persiguiese al animal, que era mejor dejar que se fuese con todos los diablos; yo no quise escuchar, salté al lomo de su mustang y salí disparado detrás del fugitivo. Míster Neal había acudido mientras tanto y gritaba con todas sus fuerzas que me quedase, que por todos los cielos me quedase, que no sabía en lo que me metía si perseguía por la pradera a un mustang desbocado, que la pradera tejana no era un prado de Virginia o de Carolina. Yo no oía nada, no quería oír nada; la trastada que me había hecho la bestia me había quitado toda la sensatez; como un loco galopaba tras ella.

El animal corrió hasta la manada de caballos y dejó que me acercase hasta unos trescientos pasos y que preparase el lazo que afortunadamente estaba sujeto a la silla, y entonces volvió a escapar. Yo otra vez detrás. De nuevo se detuvo un rato y luego siguió galopando; yo seguía cada vez más enloquecido.

A una distancia de media milla volvió a detenerse y cuando me había acercado unos doscientos o trescientos pasos, emprendió de nuevo la carrera relinchando de manera salvaje y maliciosa. Cabalgué más despacio y el mustang también inició un trote más lento; cabalgué más deprisa y él también aceleró el paso. Diez veces dejó que me acercase a unos doscientos pasos y otras tantas veces volvió a escapar. Había llegado ya el momento de desistir de la alocada caza y dejarla en manos de otros más expertos, pero quien se haya encontrado alguna vez en una situación parecida sabrá que la sensatez y la serenidad desaparecen siempre al mismo tiempo. Ese relincho era, en realidad, lo que me exasperaba tanto y me volvía ciego y sordo —era tan malicioso, sonaba en mis oídos tan salvajemente triunfal que me ponía cada vez más furioso—. Por fin, comprendí que aquello no tenía sentido, decidí hacer un último intento y luego volver sin falta. El caballo se detuvo delante de una de las islas. Decidí rodearla, atravesar sigilosamente el grupo de árboles y desde allí echarle el lazo al animal que pastaba muy cerca del borde o al menos conducirlo hacia la plantación. Creí haber preparado mi plan con mucha habilidad, así que cabalgué alrededor de la isla, luego a través de la misma y salí al lugar donde estaba seguro de encontrar a mi mustang; sin embargo, aunque me acerqué al borde como si cabalgase sobre huevos, no vi ni rastro de él. Entonces salí de la isla —el animal había desaparecido—. Le mandé al infierno, hiqué las espuelas a mi caballo y cabalgué, o creí cabalgar de regreso, es decir, hacia la plantación. (El coronel respiró hondamente, y prosiguió): Aunque no veía ya la plantación y la manada de mustangs y de reses había desaparecido, no me preocupé. Creía tener la dirección ante mis ojos, haber visto la isla desde la casa. Además, encontraba

tantas huellas de caballos por todas partes que no creí en absoluto en la posibilidad de haberme perdido. Así que seguí cabalgando sin preocuparme.

Una hora debí de haber cabalgado así. Poco a poco se me fue haciendo demasiado largo el tiempo. Mi reloj marcaba la una —a las nueve en punto habíamos partido—. Así que llevaba cuatro horas en la silla y si descontaba la hora y media que había tardado en rodear a los novillos, quedaban tres horas y media para mi propia caza salvaje. Quizá me había alejado más de lo que pensaba de la plantación. Mi apetito empezó a despertarse con fuerza. Estábamos a finales de marzo, el día era soleado y fresco como uno de nuestros días de mayo en Maryland. El sol brillaba ahora dorado en el cielo, pero la mañana había sido turbia y nublada, y desgraciadamente acabábamos de llegar a la plantación el día anterior por la tarde, nos habíamos sentado en seguida a la mesa y conversado toda la tarde y la noche, de manera que no había tenido oportunidad de orientarme sobre la situación de la casa. Este descuido empezó ahora a asustarme un poco, también recordaba los insistentes ruegos del negro, las voces de míster Neal; pero, a pesar de todo, me consolaba todavía; seguramente no me hallaba a más de diez o quince millas de la plantación, las manadas tenían que aparecer en cualquier momento y entonces ya no podía equivocarme. Esta actitud consoladora no duró mucho y volvió la sensación de angustia, pues había estado cabalgando otra vez durante una hora y todavía no había visto ni rastro de algo que se pareciese a una manada o a una plantación. Me puse impaciente, incluso enfadado con el pobre míster Neal. ¿Por qué no enviaba en mi busca a uno o a varios de sus negros perezosos o a su cazador? Pero éste había ido a Anahuac, recordé haber oído, y no estaría de vuelta antes de un par de días. ¡Aun así el hombre de Kentucky podría haberme hecho una señal con uno o dos tiros de escopeta! Me detuve, escuché: ningún sonido —profundo silencio a la redonda—, hasta los pájaros de las islas callaban; toda la naturaleza dormía la siesta, para mí una siesta muy inquietante. Hasta donde alcanzaba la vista, un mar de hierba ondulante, aquí y allá grupos de árboles, pero ningún rastro de vida humana. Por fin, creí haber descubierto algo. El siguiente grupo de árboles era, sin duda, el mismo que había admirado al partir por la mañana; se enrollaba como una serpiente que se enrosca para saltar. Lo había visto a la derecha, a unas seis o siete millas de la plantación: no podía equivocarme si ahora tomaba la dirección por la izquierda. Y sin vacilar la tomé y troté durante una hora, y otra más en la dirección en que debía hallarse la casa, troté sin parar. Durante varias horas estuve cabalgando así, parando, aguzando el oído por si oía algo, un disparo, un grito. No se oía nada en absoluto. En cambio, hice un descubrimiento que no me gustó. En la dirección que habíamos tomado al partir, la hierba era más frecuente, las flores más raras; sin embargo, la pradera por la que cabalgaba ahora tenía más bien el aspecto de un jardín —un jardín de flores donde apenas se veía el verde—. La alfombra de flores más colorida, roja, amarilla, violeta, azul que había visto jamás, millones de maravillosas rosas de pradera, nardos, dalias, áster como ningún jardín botánico del mundo puede criar tan hermosos y abundantes. Mi mustang apenas podía avanzar a través de aquel mar de flores. Por unos instantes contemplé maravillado esa extraordinaria riqueza que en la lontananza parecía como si arco iris tras arco iris vibrasen extendidos sobre la pradera, pero la sensación no era alegre, semejaba demasiado al miedo embarazoso. Pronto habría de adueñarse éste por completo de mí. Había vuelto a pasar por delante de una isla, cuando a unas dos millas de distancia me encontré con un espectáculo maravilloso que superaba con creces todo lo que había visto en esa región o en los Estados.

Un coloso brillaba enfrente de mí, una masa sólida, enorme —una colina, una montaña de la plata más pura y resplandeciente—. Acababa de salir el sol detrás de una nube, y cuando sus rayos oblicuos

iluminaron el extraordinario fenómeno, me detuve y me quedé mirando y mirando con atónito asombro, pero aunque me hubiesen ofrecido todos los tesoros del mundo, no habría podido explicar aquel fenómeno verdaderamente extraordinario. Tan pronto brillaba como una montaña de plata, tan pronto como un castillo con almenas y torres, luego otra vez como un coloso mágico —pero siempre de plata pura e indescriptiblemente magnífico—. ¿Qué era aquello? En mi vida había visto nada semejante. El espectáculo me desconcertaba, empecé a pensar sobresaltado que me encontraba en un lugar encantado, que algún espíritu estaba haciendo de las suyas conmigo, pues ya no dudaba de que me había perdido, que me había adentrado en regiones completamente nuevas. Un torrente de pensamientos lúgubres y sombríos acompañó esta espantosa certidumbre; todo lo que había oído sobre hombres perdidos, extraviados, surgió de pronto ante mí con las imágenes más aterradoras; no eran cuentos, sino historias reales que me habían contado personas dignas de crédito y que con ese motivo me advertían siempre que no se me ocurriese recorrer las praderas solo o sin brújula; ni siquiera lo hacían los plantadores que vivían aquí, pues al carecer el país de colinas y montañas, el que se perdía no tenía la más mínima señal para orientarse y podía vagar días, incluso semanas enteras por ese océano de praderas, laberintos de islas, sin esperanza de encontrar jamás su camino. En verano o en otoño era menos peligroso extraviarse porque las islas proporcionaban entonces gran cantidad de frutas deliciosas que al menos salvaban de morir de hambre. Las más maravillosas uvas, parsimonas, ciruelas, melocotones se encuentran por todas partes en abundancia, pero hacía sólo algunos días que había empezado la primavera; yo encontraba por todas partes vides, ciruelos y melocotoneros, cuyos frutos me habían sido descritos como los más exquisitos y que así me parecieron más tarde, pero para mí apenas habían florecido.

También me crucé con animales de caza, pero me encontraba sin escopeta en medio de la tierra más rica del mundo, expuesto quizá a morir de hambre. El espantoso pensamiento no acudía siguiendo un orden lógico como lo desarrollo aquí —más bien cruzaba mi cerebro de manera confusa y sorda y al mismo tiempo como un rayo—; cada vez que me atravesaba, sentía una punzada que me causaba temblores y dolor. Pero también me venían pensamientos más consoladores. Después de todo llevaba ya cuatro semanas en el país, había recorrido gran parte del mismo en todas las direcciones y todas esas correrías las había realizado por praderas. Naturalmente, pues todo el país era una pradera, y además tenía mi brújula y siempre estaba acompañado. Eso me había vuelto seguro, de manera que había perseguido estúpida y alocadamente a la bestia salvaje, sordo a todas las advertencias y avisos, sin pensar que cuatro semanas no bastaban apenas para orientarme en un espacio de veinte millas y mucho menos en una tierra tres veces mayor que el estado de Nueva York. No obstante, todavía trataba de consolarme; seguía sin tener una idea precisa de la verdadera dimensión del peligro; las chispas de mi temperamento sanguíneo seguían saltando aún a menudo, a veces incluso con obstinación. Me parecía imposible que me hubiese perdido por completo en tan pocas horas, que míster Neal o sus negros no descubriesen mi rastro. El sol que se ponía ahora por el noroeste detrás de las islas envueltas en velos de vapor dando paso a la penumbra me tranquilizó de manera maravillosa. ¡Un extraño motivo de tranquilidad! Educado en un ambiente hogareño y acostumbrado desde niño al orden, tenía por regla estar de noche en casa o al menos bajo techado. Esta costumbre estaba tan arraigada en mi existencia que me parecía absolutamente imposible pasar la noche a la intemperie. La idea de que ese techado estaba en las cercanías era tan obsesiva que instintivamente apreté las espuelas a mi mustang firmemente convencido de que vería surgir de la penumbra la casa de míster Neal y el brillo de las luces. A cada instante creía oír el ladrido de los

perros, el mugido de las vacas, la risa de los niños. De hecho, vi la casa delante de mí, mi fantasía me hizo distinguir claramente las luces del *parlour*^[31]; cabalgué más deprisa, pero cuando finalmente me acerqué a lo que debía ser la casa, ésta se convirtió de nuevo en una isla. Lo que me habían parecido luces eran luciérnagas que brillaban a montones en la lóbrega noche de la isla y que ahora que caía la oscuridad sobre la pradera hicieron lucir pronto sus llamas azules con tanta intensidad que me pareció que andaba sobre un mar de bengalas. Es difícil imaginar algo que confunda más los sentidos que cabalgar así a través de la pradera interminable y solitaria en una cálida noche de marzo. Por encima de mí el firmamento de un azul oscuro profundo con su ejército de estrellas centelleantes, a mis pies un océano de luces mágicas emitidas por millones de luciérnagas. Para mí era un mundo nuevo encantado. Podía distinguir cada hierba, cada flor, cada árbol; pero cada hierba, cada flor aparecían también rodeadas de una luz mágica y sobrenatural. Rosas de la pradera y nardos, dalias y áster, geranios y vides empezaron a despertar, a moverse, a formar corros. El mundo de las plantas y las flores empezó a bailar alrededor de mí. De repente oí desde el mar de fuego un sonido prolongado. Me detuve, escuché, miré confundido alrededor. Ya no se oía nada. Seguí cabalgando. De nuevo el sonido prolongado, pero esta vez lamentándose melancólicamente. Me detuve otra vez, cabalgué de nuevo. Entonces escuché por tercera vez los sonidos lastimeros. Procedían de una isla, de un *whippoorwill* que cantaba su canción nocturna. Cuando lanzó por cuarta vez su lastimero *whippoorwill* a la llameante noche, le contestó una traviesa *kcitydid*^[32]. ¡Oh qué júbilo sentí al oír a los cantores nocturnos de mi querida Maryland! En ese instante aparecieron ante mí la querida casa de mis padres, las cabañas de los negros, la plantación. Oía el murmullo del *creek*^[33] que pasaba chapoteando junto a las cabañas de los negros. Tan arrolladora fue la ilusión a la que me entregué, mejor dicho que me arrastró, que di de espuelas a mi mustang, firmemente convencido de que la casa paterna se encontraba delante de mí. La isla de la que provenía el canto nocturno se parecía en aquella luz mágica tan engañosamente a las lindes del bosque que rodeaba la casa de mi padre que cabalgué media hora y luego me detuve y desmonté y grité: «¡Charon Tommy!». Charon Tommy era el barquero. El *creek* que atravesaba la plantación paterna era profundo y sólo se podía cruzar durante algunos meses del año. Charon Tommy había recibido de mí su bautizo clásico. Grité su nombre una, dos, tres, cuatro veces —ningún Charon Tommy contestó—. Sólo después de haber gritado en vano una y otra vez, desperté.

¡Un sueño dulce, un despertar doloroso! No es posible describir los sentimientos que se apoderaron de mí. Estaba abrumado y confuso, el cerebro parecía darme vueltas en la cabeza, la cabeza dar vueltas sobre el tronco. No estaba tan cansado y abatido, tan hambriento y sediento que hubiese sentido una disminución de mis fuerzas; pero el miedo, el temor, las fantásticas apariciones me causaron un mareo, un vértigo que me hacía vagar como si fuese un sonámbulo. Absolutamente incapaz ya de pensar, me quedé parado no sé cuánto tiempo mirando aquel mundo de llamas azul. Mecánicamente hice, por fin, lo que había visto hacer a otros durante las cuatro semanas que había pasado en aquel país; con la navaja, que afortunadamente llevaba conmigo, hice un agujero en el suelo negro de la pradera, puse dentro el extremo del lazo y cerré el agujero apisonando la tierra; después de echar el lazo por encima de la cabeza del animal y de quitarle la silla y la brida, lo dejé pastar mientras yo me tumbaba fuera del círculo que él pudiese describir. Una manera un poco extraña de sujetar un caballo, dirán ustedes, pero desde luego la más natural y cómoda en una tierra donde a menudo no se ve una casa en cincuenta millas a la redonda ni un arbusto ni un árbol en veinticinco.

Sin embargo, esto no me dejó dormir, pues desde varios lados se oían aullidos que pronto supe que eran de lobos y jaguares —en verdad, una música nocturna no demasiado agradable en ningún lugar, pero allí, en aquel océano de fuego, en aquel enigmático mundo encantado, esos aullidos sonaban tan espantosos que me calaban hasta los huesos y temí volverme loco—. Mis fibras y mis nervios estaban alborotados y no sé qué habría sido de mí, si no hubiese recordado que había sido fiel a mi caja de cigarros y a un rollito de Virginia Dulzissimus: tesoros impagables en ese momento que volvieron a animar un poco mi apesadumbrada fantasía.

¡Verdaderamente, si el nobilísimo sir Walter no hubiese prestado a la humanidad otro servicio, sólo éste debería convertirlo para siempre en el patrón de todos los jóvenes aventureros! Un par de habanos —como buen fumador yo llevaba naturalmente mi mechero encima— me sumió en una benéfica borrachera en la que quedé por fin dormido. Ya era de día cuando desperté. Con los sueños habían desaparecido también los pensamientos sombríos; sentía un fuerte apetito, pero todavía me encontraba fresco y animado. En ayunas como estaba, decidí calcular con calma la dirección que debía seguir, antes puse la silla y la brida al caballo, desenterré el nudo del agujero, puse el lazo en orden y luego monté mi mustang. Un espíritu travieso había estado jugando conmigo durante todo un día, me había hecho pagar mi imprudencia; ahora confiaba en que hoy fuese más caritativo conmigo y no dejase que la broma se convirtiese en algo demasiado serio. Yo lo esperaba así y con esa esperanza empecé a cabalgar.

Pasé junto a diversas islas maravillosas y espléndidos melocotoneros, ciruelos y pacanas. Pero estas islas, como los bosques tejanos en general, tienen la peculiaridad de que las especies de sus árboles no suelen aparecer mezcladas, sino completamente puras en sus distintas variedades. Raramente encontrarán una isla con dos clases de especies arbóreas. Del mismo modo que viven en familia los distintos animales del bosque, viven aquí las encinas con las encinas, los ciruelos con los ciruelos, las pacanas con las pacanas; sólo la vid es común a todos. Me adentré en algunas de esas islas maravillosas. Como nunca son muy grandes y carecen de arbustos y matorrales, pero tienen siempre el verde más magnífico como alfombra, resultan tan frescas, tan puras, que cada vez que me adentraba en ellas miraba a mi alrededor maravillado. Me parecía imposible que la naturaleza abandonada a sí misma pudiese conservarse tan increíblemente pura; buscaba instintivamente la mano del hombre, del artista, pero no veía más que manadas de ciervos que me miraban ingenuos e inocentes con ojos leales y sólo emprendían la huida cuando me acercaba a ellos. ¡Qué habría dado yo ahora por un poco de pólvora, una onza de plomo y un rifle de Kentucky! Al menos el espectáculo de los animales me alegraba y me daba de nuevo una cierta energía, una frescura física y mental que me impulsaba a perseguirlos. También mi mustang parecía sentir algo parecido, bailaba más que andaba y relinchaba animado y alegre a la mañana.

Así seguí cabalgando confiado, hora tras hora. La mañana fue pasando, el mediodía se acercaba y el sol estaba en lo alto de un cielo sin nubes; el apetito empezó a avisar con más fuerza, se convirtió pronto en verdadera hambre que me roía por dentro. Algo devoraba mis entrañas, las roía como un cangrejo produciendo un dolor inaguantable. Sentía las antenas, las pinzas hurgando en mis entrañas, atacando las partes más delicadas de mi principio vital. También sentí cómo mis fuerzas, que al despertar por la mañana habían sido tan pujantes, se debilitaban y me invadía una cierta *squeamishness*^[34], una desgana, un desfallecimiento.

Si el hambre era feroz, la sed era un suplicio. Aquella sed era una auténtica tortura infernal, pero, igual que el hambre, no duraba mucho; también el desfallecimiento se pasaba, y después de esos

ataques se producía siempre una pausa en la que me sentía bastante bien. Las treinta horas o más que llevaba sin tomar nada habían tensado más que relajado mis nervios, que eran fuertes de nacimiento; pero no obstante, empecé a comprender que ese estado de tensión permanente no podía durar mucho tiempo sin debilitarme, pues ya estaban apareciendo los primeros síntomas. La confianza y serenidad que me habían mantenido más o menos firme empezaron a desaparecer y surgió en su lugar un cierto desánimo, un atontamiento en el que me asaltaban visiones espantosas e indefinidas que confundían mis sentidos haciendo que colgase de mi mustang como un borracho. Estos síntomas, amagos de desfallecimientos, no duraban mucho de momento, siempre volvía otra vez en mí, entonces espoleaba al animal y cabalgaba otra vez más deprisa. ¡Pero qué sensación tan angustiada, qué espantosa certidumbre de estar abandonado me invadía cada vez que despertaba! ¡Cómo me ponía entonces a mirar, ávido, medio loco, con los ojos fuera de las órbitas y sin embargo no veía más que el eterno océano de hierba y de islas!

¡Cómo describir estas sensaciones!

A menudo estaba cerca de la desesperación, mi miedo era tan atroz que lloraba como un niño, e incluso rezaba. Sí, empecé a rezar y, extrañamente, cuando inicié la oración del Señor, sentí como si una voz me llamase, me recriminase por no haberme dirigido antes a él, que era el único que me podía ayudar en aquel trance. Entonces recé deprisa, supliqué con fervor, en mi vida había suplicado tan ardientemente. Y cuando después de rezar así alcé mis ojos hacia el que reinaba de manera tan visible en aquel mundo maravilloso, me invadió una confianza, una confianza infantil, indescriptiblemente piadosa. Tenía la sensación de que había sido escuchado. Estaba tan seguro que alcé los ojos y miré a mi alrededor completamente confiado, convencido de encontrar lo que buscaba. Y cuando miraba así —¡imagínense mi indescriptible asombro, mi entusiasmo!—, divisé muy cerca, apenas a unos diez pasos, huellas de caballo y de jinete. Al hacer ese descubrimiento, lancé al cielo un grito de alegría como muestra de agradecimiento jubiloso por haber escuchado mi súplica. Aquel hallazgo me atravesó como una chispa eléctrica. Todas mis fuerzas y mi confianza volvieron de golpe. Me sentí impulsado a saltar del caballo y besar la tierra que llevaba esas huellas. Lágrimas de alegría brotaron de mis ojos, corrieron por mis mejillas cuando aflojé las riendas y me puse a cabalgar a toda prisa, como si mi amada me hiciese señas desde la meta. Nunca me había sentido tan agradecido a la providencia como en aquella hora. Mientras cabalgaba, rezaba, y mientras rezaba, volvía a mostrarse triunfal ante mis ojos la grandeza de mi creador a través de sus maravillosas obras. Abrí los ojos más que nunca para empaparme por completo de él y de su espléndida naturaleza. ¡En efecto, era una naturaleza espléndida! El ser humano que se encuentre sobre ese suelo y no se sienta penetrado por la grandeza y omnipotencia de su creador, tiene que ser animal, totalmente animal. El Dios de Moisés desde la zarza ardiente es un dios para niños comparado con el Dios que surge aquí arrollador, claramente palpable de ese inmenso mundo de árboles, islas y praderas. Nunca me había parecido tan grande. Le veía con tanta claridad, creía poderle coger con las manos, su voz sonaba en mis oídos, su gloria me invadía, llenaba mi alma con una dulce embriaguez que tenía algo de éxtasis. Ahora que preveía con seguridad el fin de mis sufrimientos y mi salvación, quería, como despedida, recrearme con Él y su maravillosa obra. Ésta se extendía tan grandiosa ante mí, tan tranquila como un océano con sus cientos de millas de hierba ondeante en todas las direcciones, de islas flotantes difusas que bajo los rayos del sol de la tarde parecían realmente flotar en el aire, mientras por detrás y a los lados los campos ondeantes de flores que se alzaban hacia el lejano éter fundían el cielo y la tierra en una única gloria. Así aparecía ante mí

la pradera hacia el oeste. Hacia el sur se mostraba quizá más mágica todavía. Velos claros dorados y azules envolvían allí los grupos de islas más lejanos, confiriéndoles temporalmente un color de bronce que un minuto después volvía a encenderse por una leve corriente de aire con el más luminoso esplendor. Con cada una de esas corrientes de aire, los rayos del sol se abrían paso victoriosos, los velos celestiales y las colosales masas arbóreas parecían acercarse flotando con la corriente de aire, parecían volar a través de la atmósfera increíblemente transparente. ¡Un espectáculo indescriptiblemente grandioso! Delante de mí la interminable alfombra de flores y praderas con sus miríadas de rosas de la pradera, nardos y mimosas, esa planta tan encantadora y sensualmente delicada que en cuanto os acercáis a ella, se yergue con sus tallos y hojas como si os mirase, y luego retrocede asustada, retrocede tan visiblemente que os detenéis asombrado y la miráis como si esperaseis que os fuese a acusar esa extraña planta. Antes de que la tocasen los cascos de mi mustang o sus patas, retrocedía asustada; a una distancia de cinco pasos la veía ya estremecerse, parecía mirarme con timidez y reproche, y luego plegarse asustada. El golpe que producía el paso del caballo o del hombre se transmite a la planta a través de sus largas raíces dispuestas horizontalmente, que, al conmovirse, hacen temblar también los tallos y las hojas. ¡Un estremecimiento, un susto realmente extraño! Sólo cuando nos alejamos un trecho, se levanta de nuevo, pero temblorosa y asustada, y como una encantadora doncella que, tocada por una mano ruda, deja caer turbada y ruborizada la cabecita, los brazos, y no vuelve a levantarlos hasta que se ha marchado el rudo ser.

En una situación como aquella en la que me encontraba, se siente uno extrañamente blando y sensible. Nuestros *roastbeefs*, créanme, contribuyen mucho a darnos con su carne y su jugo la piel dura de los cuadrúpedos de los que proceden. Pero en aquellas cuarenta horas o más no me había llevado a la boca ni *roastbeefs* ni nada que fuese comestible, y de ahí también los delicados y piadosos sentimientos. Éstos fueron anulados en gran parte por impresiones posteriores, excepto uno que yo quisiera llamar una revelación de mi Dios y que penetró hondamente en mi corazón para no desaparecer jamás. Yo me gané, por así decirlo, un Dios vivo, nuevo, un Dios que no conocía antes, pues mi Dios anterior era el Dios de mi predicador; Aquel que conocí en la pradera es mi propio Dios, mi creador que se me reveló a través de la grandeza de sus obras, que desde ese momento ha estado ante mis ojos y seguirá estando mientras me quede un hálito de vida.

Pero volviendo al rastro que había encontrado felizmente; estuve cabalgando y cabalgando durante una hora, cuando de repente descubrí a mi lado un segundo rastro. Corría en dirección paralela a la que yo seguía. Si hubiese sido posible aumentar mi júbilo, lo habría logrado este segundo rastro que acababa de encontrar; así sólo fortaleció mi confianza. Ahora ya me pareció imposible no poder encontrar una salida de esa espantosa pradera. Claro que en cierto modo me pareció extraño que dos jinetes se hubiesen encontrado en esa interminable pradera y seguido su camino; pero las huellas de los dos caballos estaban allí, iban tranquilamente una al lado de la otra, no dejaban duda de su existencia; Su frescura mostraba también que los caballos no podían haber pasado hacía mucho tiempo. ¿Sería posible darles alcance? La idea me empujó a acelerar el paso. Cabalgué todo lo deprisa que podía mi mustang a través de la hierba y las flores; pero aunque estuve cabalgando así una, dos y hasta tres horas, no llegué a ver ningún jinete. Con la vista podía abarcar diez millas a la redonda, pero por ninguna parte había algo que se pareciese a un jinete. Delante de mí había algunas islas y en una de ellas brillaba un fenómeno plateado como el que había visto los días anteriores; pero ahora ya no me atraía el brillo de ningún fenómeno. Por uno de los jinetes habría dado todos los fenómenos, todas las joyas de plata del mundo. Sin embargo, tarde o temprano tenía

que dar con ellos, pues las huellas se encontraban delante de mí, tenían que conducirme hasta ellos, si no las perdía. Que no me ocurriese esa desgracia era mi mayor preocupación. Con todas las fuerzas mentales concentradas en los ojos, cabalgué ahora paso a paso. Así volvió a transcurrir una hora, una segunda; la tarde dejó su lugar al anochecer, las huellas seguían apareciendo, eso me consolaba. Ciertamente que mis fuerzas empezaban a disminuir por momentos; me sentía más apagado, el roer del cangrejo era más violento, mi boca tenía un sabor podrido, insípido, mis entrañas estaban frías, el estómago lacio, me pesaban los miembros, la sangre corría fría por mis venas; los accesos de desmayo se anunciaban más a menudo, más fuertes, pero hambre y sed de verdad no sentí aquella segunda tarde, sólo, como he dicho, una fuerte disminución de las fuerzas acompañada de una debilidad de los órganos y los sentidos que me llenó de nuevo espanto. Se me nublaba la vista, me zumbaban los oídos, la brida pesaba fría entre mis dedos, sentía una sensibilidad dolorosa en los miembros, la noche parecía caer sobre mí y todo mi ser.

Sin embargo, seguía cabalgando sin parar. Por fin encontraría una salida, terminaría la pradera. Sabía que todo el sur de Tejas era una pradera, pero ésta tenía ríos y cerca de ellos tenían que existir poblaciones; yo sólo tenía que seguir el curso de uno de esos ríos durante cinco o seis millas y no tardaría en encontrar casas y plantaciones. Mientras cabalgaba consolándome de esa manera mirando y volviendo a mirar si aparecía algún jinete, descubrí de pronto una tercera huella de caballo, una auténtica y verdadera huella de caballo que corría de nuevo paralela a las dos que estaba siguiendo. Mis esperanzas desvanecidas en las últimas horas volvieron de pronto a renacer. No cabía duda de que no podía perderme ya; tres jinetes tenían que haber tomado una dirección que conducía a alguna meta; no me importaba cuál con tal de que me llevase a donde vivían personas. ¡Personas, personas!, grité jubiloso espoleando a mi mustang para que trotase más deprisa.

El sol descendió por segunda vez detrás de las altas copas de los árboles de las islas occidentales; la noche, que en estas latitudes meridionales sobreviene tan rápida, volvió a caer; sin embargo, yo seguía sin divisar a los jinetes. Temí perder el rastro en la oscuridad que se extendía tan rápidamente, así que cuando la penumbra empezó a confundirse con la noche, paré delante de una isla, sujeté un extremo del lazo al tronco de un árbol, la lazada alrededor del cuello del caballo y me eché en la hierba.

No podía fumar, pues no me sabían bien los cigarros ni el Dulzissimus y tampoco podía dormir. Y aunque de vez en cuando me invadía el sueño, éste era interrumpido cada vez por un sobresalto y un estremecimiento convulsivo. ¡No hay nada más horrible que luchar por conciliar el sueño cuando se está fatigado y débil, y atormentado y corroído por el hambre y la sed y no poder dormir! Era como si veinte tenazas e instrumentos de tortura me destrozasen por dentro. Mientras había durado el movimiento del caballo, no había sentido tanto ese dolor, pero ahora era verdaderamente terrible. ¡Al mismo tiempo jugaban fantasmas espantosos a mi alrededor! No olvidaré esa noche en toda mi vida.

En cuanto despuntó el alba me levanté, pero tardé bastante en ensillar el caballo. La montura me pesaba tanto que a duras penas pude subirla al lomo del caballo; normalmente la colocaba con dos dedos, ahora apenas podía reuniendo todas mis fuerzas. Aún más esfuerzo me costó sujetar la cincha; pero por fin lo logré y volví a montar mi animal y me puse a seguir el rastro tan deprisa como nos fue posible a los dos. Mi mustang también estaba agotado —como pueden imaginar— después de cabalgar durante cuarenta y ocho horas, afortunadamente para mí, pues fresco y animado me habría tirado de la silla al primer salto. Apenas podía mantenerme ya en la silla, colgaba como un autómatas del lomo del animal, que no parecía preocuparse ya mucho de las espuelas y las riendas.

Así debí de cabalgar de nuevo una o dos horas, cuando de pronto vi con gran sobresalto que las tres huellas de caballo habían desaparecido. Miré, clavé la mirada en el suelo; mi susto se convirtió en terror, pero las huellas habían desaparecido. Todavía seguía sin dar crédito a mis ojos. Miré, volví a examinar el terreno, cabalgué hacia atrás, de nuevo hacia delante, miré hacia todos los lados, examiné el lugar detenidamente; concentré, como suele decirse, todas las fuerzas de la mente en el órgano de la vista, pero habían desaparecido totalmente. Llegaban hasta el punto donde me había detenido y allí terminaban; no se veía el más mínimo rastro. Hasta allí habían llegado los jinetes y ni un solo paso más. Debían de haber descansado, pues encontré la hierba pisoteada en un área de cincuenta a sesenta pies. Cuando estoy mirando así, descubro algo blanco en la hierba. Desmonto, voy hacia allí y lo cojo del suelo. ¡Dios santo! Era el papel en que había envuelto el Virginia-Dulzissimus que había tirado la última noche. ¡Me encontraba en el mismo lugar en el que había pasado la noche, así que había perseguido mi propio rastro, había cabalgado en círculo!

Estaba anonadado, era incapaz de hilar ya un solo pensamiento. El espantoso descubrimiento me había dejado tan fulminado que me desplomé con sorda desesperación junto a mi mustang, no deseando otra cosa que morir lo más deprisa posible. Un golpe en la cabeza que me hubiese mandado al otro mundo me habría parecido ahora el mayor alivio.

No sé cuánto tiempo permanecí tumbado. Debió de ser mucho, pues cuando por fin volví a ponerme de pie, el sol ya estaba muy bajo en el cielo occidental. Lo maldije a él y a la pradera, y estaba tan furioso... —si hubiese tenido fuerzas habría dado rienda suelta a mi ira, pero un ayuno de tres días en la pradera aplaca cualquier ira, hasta la más exorbitada, se lo aseguro—. Estaba tan mermado no sólo física sino también mentalmente que era incapaz de formular maldiciones u otros pensamientos y no me explicaba cómo había podido cabalgar detrás de mi propio rastro. Más tarde lo comprendí. Lo que me había parecido el rastro de unos jinetes desconocidos habían sido mis propias huellas. Sin elementos distintivos en el paisaje, sin indicadores ni caminos, había cabalgado en círculo —y retrocedido cuando creía avanzar—. Me encontraba, como supe más tarde, en la pradera del Jacinto, una de las más hermosas de Tejas, de setenta millas de anchura y longitud, un verdadero Edén que también tiene en común con el paraíso que seduce fácilmente. Ni siquiera los cazadores expertos se atreven normalmente a entrar sin brújula en este mundo de praderas e islas apenas pisado por el hombre. ¡Cómo habría podido orientarme yo, un novato sin experiencia, de veintidós años, recién salido del colegio! Mi situación era realmente horrorosa. El terrible descubrimiento me había dejado hasta tal extremo sin fuerzas que casi no me mantenía sobre el lomo de mi caballo y me abandonaba a él sin voluntad. Ya no me importaba lo que pudiese suceder. Con las riendas enrolladas alrededor de la mano, me aferraba con todas las fuerzas a la silla y a la crin dejando al animal caminar en paz. ¡Ojalá lo hubiese hecho antes! Probablemente no me habría visto en aquel apuro, el instinto habría conducido al animal a una plantación. Eso es lo curioso de nuestras imprudencias, que la primera trae siempre consigo todo un ejército de otras y lo hace tan arrolladoramente que no podemos razonar de una manera desapasionada y tranquila. Después de cometer la primera imprudencia, había cabalgado atolondradamente como un estúpido y, sin embargo, si otro se viese hoy en mi situación, apuesto cien contra uno a que no saldría más airoso de aquel lugar endemoniado.

Sólo recuerdo de esas horas terribles que mi mustang olfateó un par de veces el aire y luego tomó la dirección opuesta tan deprisa que sólo pude sostenerme en la silla haciendo el mayor esfuerzo; pues ahora me dolían tanto los miembros que cada paso del animal se convertía en un

auténtico suplicio y más de una vez estuve tentado de soltar el arzón y la crin, y dejarme caer. No sé cuánto tiempo fui llevado así por mi caballo, ni cómo bajé del animal cuando se hizo de noche. Probablemente debo al lazo que me tratase con tanta paciencia. Sólo el cielo sabe cómo pasé la noche. Ya no era capaz de pensar y cuando intentaba hacerlo, sentía un pinchazo doloroso en el cerebro como si una tenaza hurgase en él. Todo me dolía, los miembros, los órganos, el cuerpo entero. Estaba destrozado. Mis manos estaban flacas, las mejillas consumidas, los ojos hundidos profundamente en sus órbitas; cuando me tocaba la cara, me echaba a reír con una risa idiota, demente —en realidad, me hallaba muy cerca de la locura—. Por la mañana, cuando me levanté apenas pude mantenerme de pie, tanto me habían agotado los cuatro días a caballo, el esfuerzo, el miedo y la desesperación. Dicen que el hombre sano puede resistir nueve días sin tomar alimento; quizá pueda en una habitación o en una cárcel, pero, desde luego, no en una pradera tejana. Estoy convencido de que yo no habría sobrevivido al quinto día. Todavía no me explico cómo llegué al lomo de mi mustang: probablemente se había tumbado agotado y se puso de pie conmigo encima después de que me hubiese sentado en la silla. No sé de qué otra manera si no pude subir; pero lo hice gracias al lazo al que me había agarrado todo el tiempo como un náufrago. Todo se confundía ahora ante mis ojos de una manera tan caótica que había momentos en que creía que ya no estaba en este mundo. Veía las más maravillosas ciudades como no es capaz de inventarlas más grandiosas la fantasía del pintor más genial, con torres, cúpulas, columnatas que llegaban hasta las estrellas; otras veces, lagos bellísimos llenos de oro y plata en lugar de agua; jardines flotando en el aire con las flores y los árboles más adorables, con las frutas más maravillosas; pero mis miembros me pesaban tanto que no era siquiera capaz de estirar la mano para coger esos voluptuosos frutos. Cada paso del animal me causaba los más terribles dolores; el más leve movimiento, la más pequeña sacudida se convertían en un suplicio; las entrañas me ardían como carbones encendidos, sentía punzadas como si hurgasen escorpiones en ellas; la lengua y el paladar estaban secos, los pulmones como encogidos, las manos y los pies ya no parecían formar parte de mi cuerpo, eran como extraños instrumentos de tortura añadidos a él.

Sólo recuerdo oscuramente que de pronto algo golpeó mi cabeza, mis oídos —no sé decir si eran realmente golpes, o voces, o sonidos; era como un gemido lo que creía oír, un estertor que penetraba en mis oídos, quizá el mío propio, quizá uno ajeno—. Había perdido casi el sentido. Vagamente creo recordar que me rozaban hojas y ramas, pues oía como si crujiesen y se rompiesen ramas; me sujeté con las últimas fuerzas que me quedaban a algo, no sé si era la silla, la crin u otra cosa; perdí esa sujeción, me abandonaron las fuerzas, me desplomé.

Un golpe como el trueno de un mortero de veinticinco libras, un fragor y un estruendo como el de las cataratas del Niágara... un remolino que parecía arrastrarme hacia el centro de la tierra, un ejército de fantasmas horrendos que me acosaban desde todos los lados, que me rodeaban y bailaban desenfrenadamente. ¡Y luego una música que parecía venir de esferas celestiales, figuras iluminadas resplandecientes, un Elíseo que se abría ante mis ojos!

De repente una punzada dolorosa que me abrasó la garganta, me quemó las entrañas, hizo que me sintiese arder en llamas. Una sensación como si volviese la chispa de la vida perdida, se abriesen los pulmones, como si algo caliente corriese por mis miembros y mis venas, subiese impetuoso a la cabeza y los ojos. Entonces éstos se abrieron.

Alcé la mirada, miré alrededor.

Estaba tumbado en la orilla de un río estrecho poco profundo. A mi lado estaba mi mustang; junto

a éste, un hombre que, cruzado de brazos, sostenía en la mano una cantimplora de cazador revestida de paja. No pude ver nada más, pues estaba demasiado débil para incorporarme. En mis entrañas ardía un fuego infernal. La ropa que se me pegaba mojada al cuerpo era un verdadero alivio.

—¿Dónde estoy? —balbucí.

¿Que dónde estáis? ¡Forastero! ¿Que dónde estáis? A orillas del Jacinto, y que estéis a orillas del Jacinto y no *en* el Jacinto, me parece que no es culpa vuestra. *Damn it!*^[35] No lo es, no. Pero estáis a orillas del Jacinto, y en tierra seca aunque vos no lo estéis.

La risa burlona y hostil del hombre tenía algo tan indescriptiblemente repulsivo que me causaba dolor en los oídos, que cada palabra que golpeaba mis tímpanos dolía. Aunque me hubiesen ofrecido medio mundo por una mirada amable, no me habría sido posible, tanto era el espanto y la repulsión que me causaba esa horrenda risa burlona.

Sería el estado extremadamente irritado, al borde del desvarío de mis nervios, sería otra circunstancia cualquiera la que hacía que esa risa espantosa y discordante me resultase indeciblemente repulsiva, pero lo que sí puedo decir con toda seguridad es que cuando la última palabra desgarró mis oídos, se mostró el repugnante carácter del hombre con una claridad con la que no había calado jamás un carácter, ni siquiera los conocidos y amigos de toda la vida. Sabía que él era mi salvador, que él me había sacado del río en el que había caído al salir despedido por encima de la cabeza de mi mustang cuando éste se había precipitado al agua ciego de sed. Sabía que sin él me habría ahogado sin remedio, aunque el río no hubiese sido tan profundo, sabía que él era también quien me había hecho volver en mí de mi mortal desmayo con su whisky. Pero aunque me hubiese salvado diez vidas, me resultaba imposible superar la indecible repugnancia. No podía mirarle.

—Me parece que no os agrada demasiado mi compañía —me dijo receloso y burlón.

—¿Que no me agrada vuestra compañía? Llevo más de cien horas sin ver un alma, por mis labios no ha pasado un solo bocado, ni una gota de agua.

—¡Alto ahí, eso no es cierto!, habéis tomado un buen trago de mi cantimplora. En realidad no lo habéis tomado sino echado al colete. ¿Y de dónde venís? ¿El animal ese no es vuestro?

—¡Es de míster Neal! —contesté.

—¿De quién es? —volvió a preguntar acechante.

—¡De míster Neal!

—Ya veo la marca. Pero ¿cómo habéis llegado desde donde vive míster Neal hasta el Jacinto? Hay más de setenta millas a través de la pradera hasta la plantación de Neal. ¿No os habréis escapado con su mustang, verdad?

—Me he perdido, no he probado bocado desde hace cuatro días.

Eso fue todo lo que pude decir. La debilidad y el asco me cerraban la boca. La manera de hablar del hombre denotaba un embrutecimiento y una deshumanización que superaba con creces lo que había visto y oído en mi vida.

—¡Cuatro días sin comer en una pradera tejana y con islas por todas partes! —rió el hombre.

»Ah, ya veo, sois un *gentleman*, lo veo perfectamente; yo también era antes una especie de *gentleman*. ¿Creíais que nuestras praderas tejanas eran las praderas que tenéis en vuestros asentamientos al otro lado del río o arriba en los Estados? ¡Ja, ja!

»¿Y el señor no sabía arreglárselas? —volvió a reírse—. ¿No veíais abejas en el aire, ni fresas en la tierra?

—¿Abejas? ¿Fresas? —repetí.

—Pues claro, abejas que viven en los árboles huecos, entre veinte árboles huecos siempre hay uno que está lleno, ¿comprendéis? ¡Lleno de miel! ¿Y no visteis ninguna abeja? Pero quizá no conocíais esos animales, pues no son tan grandes como los gansos salvajes o los pavos; pero supongo que sabéis cómo son las fresas y que no crecen en los árboles.

El hombre dijo todo eso riendo burlonamente con la cabeza echada hacia atrás.

—Y aunque hubiese visto abejas, ¿cómo podría haber llegado sin un hacha hasta su miel, perdido como estaba?

—¿Cómo os perdisteis?

—Mi mustang se desbocó.

—Comprendo, comprendo. Os pusisteis a cabalgar detrás de él, la bestia se obstinó, como suelen hacer siempre y se burló de vos. Comprendo, comprendo. Pero ahora ¿qué pensáis hacer?

El hombre seguía hablando con la cabeza echada hacia atrás, como si temiese mi mirada.

Yo me sentía débil y agotado, a punto de morir.

—Quiero ir a donde haya personas, a una casa, a un albergue.

—¿A donde haya personas? —dijo el hombre con una sonrisa sarcástica—, ¿a donde haya personas? —gruñó alejándose unos pasos.

Yo apenas podía girar la cabeza, pero el movimiento del hombre me había llamado la atención y me obligué a hacerlo. Mientras tanto, él había sacado del cinto un cuchillo largo y lo contemplaba con una sonrisita mientras jugaba con él. Ahora pude observarle por primera vez con detenimiento. Nunca había visto un rostro humano más horrible. Sus rasgos eran los más embrutecidos que había visto jamás. Los ojos inyectados de sangre giraban como ascuas en sus órbitas. Su manera de actuar delataba la más furiosa lucha interna. No se estaba quieto ni un instante. Tan pronto iba hacia delante, tan pronto hacia atrás, tan pronto hacia un lado, algo no le dejaba en paz, sus dedos jugaban con el cuchillo como un demente. En su interior debía estarse librando un combate que decidía sobre mi ser o no ser en este mundo. Pero yo estaba completamente tranquilo; en mi situación, la muerte no tenía nada de terrible; después de todo mi propia vida pendía sólo de un hilo. Las imágenes de mi patria, de mi madre, de mis hermanos, de mi padre volvieron a aparecer ante mis ojos y luego mi mirada se elevó automáticamente hacia aquel que está en el cielo. Recé.

El hombre se había alejado un poco más. Esforzándome todo lo que pude le seguí con la mirada. Cuando le estaban siguiendo mis ojos, apareció otra vez en mi campo visual el mismo fenómeno grandioso que había visto el primer día que me había perdido. La colosal masa de plata se encontraba a menos de doscientos pasos de mí. El hombre desapareció detrás, pero al cabo de un rato volvió a salir despacio y tambaleándose. Mientras se acercaba, fue surgiendo ante mis ojos su imagen total. Era alto y delgado, pero de constitución fuerte. Su cara, hasta donde se veía bajo una barba que no había sido afeitada en varias semanas, estaba curtida por el sol y el aire como la de un indio, pero la barba delataba un origen blanco. Los ojos, sin embargo, eran y seguían siendo horribles, y lo eran aún más cuanto más tiempo los veía. Las furias del infierno parecían rondar en ellos. El pelo le colgaba hirsuto sobre la frente, las sienes y la nuca. El interior y el exterior parecían desesperados. Alrededor de la cabeza llevaba una tela de saco rota con manchas marrones oscuras. Su zamarra de piel de ciervo, sus pantalones y mocasines tenían las mismas manchas; sin duda, eran manchas de sangre. Había vuelto a meter en el cinto el cuchillo de caza de dos pies de largo y tosco mango de madera y ahora sostenía un rifle de Kentucky en la mano.

Mi ademán, mis ojos podían denotar repulsa, aunque trataba por todos los medios de parecer

tranquilo. Después de dirigirme una mirada de reojo, dijo enojado:

—Ya veo que os molesta mi compañía. ¿Acaso tengo un aspecto tan desesperado? ¿Lo llevo escrito tan claramente en la frente?

—¿Qué se supone que lleváis escrito en la frente?

—¿Qué? ¿Qué? Así se pregunta a los tontos y a los niños.

—No pretendo preguntaros nada, pero como cristiano, como compatriota, os pido, os ruego...

—¡Cristiano! —me interrumpió con una risotada—. ¡Compatriota! —gritó plantando la escopeta en el suelo con violencia—. ¡Éste es mi Cristo! —gritó, levantándola y examinando la piedra y la llave—. Éste te libra de todos los sufrimientos, es un fiel amigo. *Pooh!*^[36] quizá os libre también a vos y os dé la paz —pronunció las últimas palabras volviendo la cara, más para sí mismo—. Le dejás tranquilo como al... *Pooh!* Uno más o menos. Quizá él ahuyente al maldito fantasma.

Todo eso se lo dijo al rifle.

—En cualquier caso no me traicionará —prosiguió.

»¡Una presión!

Y diciendo esto alzó el arma y apuntó a mi pecho.

No temblé, ya no tenía miedo. En el umbral de la muerte ésta pierde su horror, y yo estaba en su umbral tan agotado. No hacía falta que me pegase un tiro, un ligero golpe con la culata habría extinguido mi vida de una vez. Tranquilo, incluso indiferente, me quedé mirando la boca del cañón.

—Si creéis que podéis responder de ello ante vuestro Dios, ante mi creador y juez y el vuestro, haced lo que os plazca.

Mi voz moribunda debió causarle una profunda impresión, pues bajó el rifle conmovido y me miró con la boca abierta.

—¡Éste también me viene con su Dios! —murmuró—. ¡Dios! ¡Y mi cre-a-dor y ju-ez y el vuestro!

Apenas pudo articular las palabras y cuando las repitió pareció que le ahogaban y atenazaban la garganta.

—¡Su juez y el mío! —volvió a gemir—. ¿Existe acaso un Dios, un creador y juez? —masculló mirando con los ojos fijos—. ¡Dios! —repitió con el mismo tono interrogante alargando las palabras — ¡creador! ¡juez! ¡No lo hagáis! —gritó de pronto—. ¡Lo que vais a hacer no trae nada bueno! ¡Soy hombre muerto! ¡Dios se apiade de mí! ¡Mi pobre mujer, mis pobres hijos!

Las últimas palabras salieron de su pecho con un espantoso gemido. El rifle cayó de sus manos. El hombre empezó a golpearse la frente y el pecho fuera de sí. El aspecto que tenía golpeándose azotado por las furias de su conciencia era sobrecogedor. Debía de estar padeciendo tormentos infernales, el enemigo maligno parecía agitarse dentro de él.

—¿No veis nada en mi cara? —preguntó volviéndose de repente hacia mí con un murmullo apenas audible.

—¿Qué debo ver? —él se acercó un poco más.

—Miradme bien, mirad, como se dice, mi interior. ¿No veis nada ahí?

—No veo nada —dije yo.

—Ah, comprendo, no podéis ver nada. No estáis con ganas de espiar, calculo... no, no, no lo estáis. Cuando uno no prueba bocado durante cuatro noches y cuatro días, se le quitan a uno las ganas de espiar. Yo también he hecho esa experiencia durante dos días. No, no es ninguna broma eso, ninguna broma mi querido amigo —se dirigió al rifle volviéndolo a coger—. ¡Te digo que me dejes en paz, ya has hecho bastante, bastante!

Y hablando así, se volvió, apretó el gatillo, pero la escopeta se encasquilló.

—¿Qué es esto? —gritó examinando la llave y la cazoleta—; ¿no estás cargada? *My! My!* ¡Cómo he podido... me fallas porque no te he alimentado, viejo amigo! ¡No te he alimentado desde que...! Ojalá no te hubiese alimentado entonces, quizá habría... Seguramente es una señal, debe de ser un aviso... una voz. ¡Debes descansar! ¡Guarda silencio, viejo zorro! No debes tentarme, ¿oyes?

Todo esto se lo dijo al rifle en un tono exaltado y violento; luego volvió a dirigirse a mí.

—¿Así que estáis agotado y débil, mortalmente agotado y débil? Supongo que debéis de estarlo, pues tenéis cara de haber pasado hambre todos los días de vuestra vida.

—Me estoy muriendo —balbucí.

—Está bien, ahora tomaréis otro trago de whisky. Os fortalecerá; pero esperad, voy a coger un poco de agua.

Y diciendo esto se acercó al borde del río, sacó un par de veces agua con la mano hueca, la vertió por el cuello de la cantimplora y acercando ésta a mis labios me hizo beber.

Hasta el indio más sanguinario se vuelve otra vez persona cuando ha realizado una acción humanitaria. Aquel hombre también se convirtió de pronto en un ser distinto. Su voz era menos áspera y destemplada, sus maneras más suaves.

—¿Así que queréis que os lleve a un albergue?

—Sí, por el amor de Dios. Desde hace cuatro días no he tomado más que un bocado de tabaco.

—¿Podéis darme un trozo?

—Todo lo que tengo.

Extraje de mi bolsillo la lata de cigarros, el *Dulzissimus*. Él me lo quitó de la mano y lo mordió con la avidez de un lobo.

—Vaya, es de buena clase, de muy buena clase —murmuró para sus adentros—. Bueno, joven o viejo... ¿Sois un viejo? ¿Cuántos años tenéis?

—Veintidós.

Me miró meneando la cabeza:

—Me cuesta creerlo; pero cuatro días en la pradera sin comer nada... ¡Sea! Pero os aseguro que si yo hubiese tenido este resto de tabaco de mascar hace cinco días solamente... entonces... oh, un bocado de tabaco de mascar. ¡Sólo un bocado de tabaco de mascar! ¡Si él hubiese tenido un trozo de tabaco de mascar! A veces un trozo de tabaco de mascar tiene mucho valor. Nada me gusta tanto como... ¡Oh, ojalá hubiese tenido un trozo de tabaco de mascar, solo uno!

Al hablar así, su voz tenía un tono tan lastimero y a la vez tan inquietante.

—¡Os digo, forastero! —volvió a alzar la voz amenazante—. ¡Os digo! ¡Ah, qué digo! ¿Veis allí la encina de la vida? ¿La veis? Es el Patriarca y no encontraréis tan pronto uno más venerable e imponente en las praderas, os lo aseguro. ¿Lo veis?

—Lo veo.

—¿Cómo que lo veis? —gritó de pronto, furioso—. ¿Qué os importa el Patriarca y lo que hay debajo? No os importa nada. ¡Dejad vuestra curiosidad, contenedla, os lo aconsejo! No os atreváis a poner un solo pie debajo de ese árbol.

Y profirió una maldición, demasiado terrible para ser repetida por una boca cristiana.

—Hay un fantasma debajo —gritó—, un fantasma que podría asustaros. Mejor será que os vayáis bien lejos.

—Pero si yo no quiero ir allí y estoy dispuesto a alejarme. No se me había ocurrido. Todo lo que

quiero es que me indiquéis el camino más próximo que me lleve a la casa más cercana, ya sea una plantación o una venta.

—De acuerdo, hombre, iremos a la venta más cercana. Os enseñaré el camino a la venta más cercana. Quiero hacerlo. Quiero —murmuró para sus adentros.

—Y yo os estaré eternamente agradecido por haber sido mi salvador —balbucí.

—¡Salvador! ¡Salvador! —gritó salvajemente—. ¡Salvador! *Pooh!* Si supierais qué clase de salvador... *Pooh!* De qué sirve salvar una vida, si... Pero quiero, quiero salvar la vuestra, quiero, quizás entonces me dejará el maldito fantasma... ¡Déjame en paz de una vez! ¿No quieres? ¿No quieres?

Todo eso lo dijo el hombre vuelto hacia la encina, las primeras frases en tono salvaje, amenazador, las últimas rogando, adulando. Luego volvió a enfurecerse, cerró los puños, se quedó mirando fijamente durante un instante, después corrió de pronto hacia el gigantesco árbol y desapareció debajo del cortinaje que formaban las barbas plateadas que colgaban por todas partes de las ramas; pero al poco rato volvió a salir llevando del lazo un mustang aparejado.

—¡Montad! —me gritó.

—Ni siquiera puedo ponerme en pie.

—Entonces os ayudaré.

Y diciendo esto vino hacia mí, me subió con la mano derecha —tan ligero me había vuelto— a la silla de mi mustang, con la izquierda tomó el extremo de mi lazo, montó su animal y tiró del caballo y de mí. Mientras subíamos por el ribazo que ascendía suavemente desde el río su comportamiento se volvió sumamente extraño. Tan pronto se revolvía en su silla y me echaba una mirada salvaje, tan pronto se paraba, escudriñaba temeroso entre las barbas de musgo del Patriarca, volvía a dirigirme una mirada recelosa, parecía reflexionar, gemía, suspiraba, miraba hacia el bosque como en busca de una salida, volvía a avanzar unos pasos, gemía otra vez, se estremecía horrorizado. La encina de la vida parecía atormentarle terriblemente; se acercaba a ella con espanto, pero parecía sentirse atraído por ella con una fuerza tan irresistible como si estuviese enterrado allí un tesoro.

De repente espoleó su animal con furia y lo puso a galopar. Afortunadamente había soltado en su enajenación el lazo, si no el primer salto de mi animal me habría tirado de la silla y quebrado mis endebles huesos. Así éste le siguió caminando despacio.

—¿Por qué no venís? ¿Qué hacéis mirando siempre al Patriarca? ¿No habíais visto nunca una encina de la vida? —me gritó con un juramento.

Como si temiese mi respuesta volvió a alejarse, pero se detuvo de nuevo después de haber cabalgado unos doscientos pasos, luego miró alrededor. El Patriarca había desaparecido detrás de varios sicómoros colosales.

Ahora parecía respirar por fin más tranquilo.

—¿Pero dónde estaba Anthony? —preguntó de pronto visiblemente aliviado.

—¿Qué Anthony?

—Anthony, el cazador, el mestizo de míster Neal.

—Se fue a caballo a Anahuac.

—¿Se fue a Anahuac? —repitió él—. ¡Oh! ¡A Anahuac! —gimió—. Yo también fui allí, pero, pero... —se volvió aterrado—. Pero él ya no está ahí, no le puedo ver.

—¿Quién no está ahí?

—Ah, ¿quién, quién? —gruñó—. ¿Quién?

Yo sabía muy bien quién era ese quién, pero me cuidé mucho de nombrarlo, de despertar otra vez su desconfianza con preguntas. En el estado en que me encontraba se pierde la curiosidad y el interés.

Seguimos cabalgando en silencio.

Cabalgamos así mucho tiempo sin intercambiar palabra alguna. Él hablaba continuamente consigo, pero como mi mustang iba detrás del suyo a diez pasos, atado al lazo, yo sólo oía el murmullo. De vez en cuando agarraba su rifle, lo insultaba y luego le hablaba cariñosamente, lo alzaba como si fuese a disparar, volvía a bajarlo, se reía salvajemente. Luego se inclinaba por encima de la montura, como buscando un objeto en el suelo. A veces se volvía temeroso mientras buscaba así y me miraba a ver si le estaba observando.

Después volvía a manotear, a agitar las manos en el aire, y cuando yo le veía así sentado en su mustang me resultaba siniestro. Y luego rompía a reír con la risa inquietante, hueca, diabólica a la que seguía un gemido espantoso y yo rogaba a Dios que llegásemos pronto a nuestro destino.

Habíamos cabalgado dos horas, las energías que había recobrado con el whisky estaban a punto de extinguirse del todo, tenía la sensación de que me iba a caer del caballo en cualquier momento; entonces divisé a lo lejos una cerca tosca que anunciaba por fin que llegábamos a una vivienda humana.

De mis labios salió un leve grito de alegría. Traté en vano de dar de espuelas a mi animal.

Mi acompañante se volvió, me miró con ojos que giraban salvajemente, y dijo en tono amenazador:

—¡Sois impaciente, hombre! Muy impaciente por lo que veo; ¿quizá creéis que ahora...?

—Me muero si no recibo inmediatamente ayuda...

Eso es todo lo que pude decir.

—*Poohl* Morir, morir. No se muere uno tan deprisa. ¡Y, sin embargo, sin embargo! *Damn it!* Podría ser cierto.

Bajó de un salto de la silla y corrió hacia mi mustang. Llegó justo a tiempo, pues, incapaz de sostenerme en la montura, caí del caballo en sus brazos.

Unas cuantas gotas de whisky me hicieron recuperar de nuevo el conocimiento. Luego me sentó delante de sí sobre su mustang y cogiendo al mío por el lazo se puso en marcha.

Rodeamos todavía un campo de batatas y maíz, una isla de melocotoneros y por fin tuvimos ante nuestros ojos la cabaña de madera.

Yo estaba tan débil que el hombre me tuvo que coger en brazos y llevarme a la cabaña; ni siquiera allí pude mantenerme en pie y me tuvo que tumbar como a un niño pequeño en el banco. Pero, a pesar de la rápida merma de mis espíritus vitales, recuerdo todavía con toda claridad no sólo a los venteros, sino también el mobiliario, la habitación, todo, en una palabra. ¿Era el whisky lo que excitaba tanto el espíritu de mi cuerpo agonizante? En ningún momento de mi vida he percibido con tanta claridad los objetos que me rodeaban. Todo lo que ocurrió desde que desperté de la crisis mortal ha quedado grabado en mi mente con la misma nitidez que si lo estuviese viendo ahora con mis ojos: el hombre horrible, la casa miserable —una cabaña doble con una especie de era en medio—, en un lado la habitación, en el otro la cocina; la habitación sin ventanas, con agujeros tapados con papel aceitoso, el suelo apisonado con hierba creciendo por los bordes; en un rincón la cama, en otro, una especie de mostrador y entre esos dos rincones, merodeando como un gato, una caricatura indescriptiblemente repugnante que representaba al ventero: pelo rojo, ojos de cerdo rojos, una boca espantosa que iba de oreja a oreja, una mirada dirigida servilmente al suelo, que venenosa y

acechante se correspondía con los sigilosos pasos de gato. Todo eso está tan vivo en mi mente que reconocería en el acto entre millones de personas a aquel hombre si viviese todavía.

Sin darnos la bienvenida con una sola palabra o mirada, trajo una botella y dos vasos, y los puso sobre la mesa, que estaba hecha de tres tablas clavadas sobre cuatro patas hundidas en la tierra y que debían de proceder de algún armario o arcén, pues todavía tenían restos de pintura y tres iniciales de un nombre y el número de un año.

Mi salvador había dejado que el hombre hiciese su cometido siguiendo en silencio sus repulsivos movimientos con miradas severas. Después llenó uno de los vasos y vaciándolo de un trago, dijo:

—¡Johnny!

Johnny no contestó.

—Ese *gentleman* lleva cuatro días sin comer.

—¿Ah, sí? —respondió Johnny sin alzar la mirada, caminando furtivamente de un lado a otro.

—He dicho cuatro días, ¿oyes? Cuatro días. Y ahora escucha. Vete y tráele en seguida una taza de té, un té bueno y fuerte. Sé que habéis comprado té, y ron, y azúcar. Le traes té y luego una buena sopa de buey, y eso en una hora. El té tiene que estar listo en seguida, la sopa en una hora, a lo sumo. ¿Entendido? El whisky es para mí, y un *beefsteak* con batatas. Díselo a tu Sambo.

Johnny siguió deambulando de un lado a otro como si no hubiese oído, terminando sus pasos siempre con un respingo como los gatos.

—Tengo dinero, ¿entiendes Johnny? ¡Lo tengo, qué demonio! —volvió a tomar la palabra mi guía, sacando del cinturón una bolsa bastante llena.

Johnny dirigió una mirada indefinible a la bolsa, se acercó de un salto y miró a mi hombre con una sonrisa burlona.

Los dos estaban de pie, frente a frente, sin decir una palabra. Una mueca infernal cruzó el repulsivo rostro de Johnny. Mi hombre jadeaba furioso.

—¡Tengo dinero! —gritó de pronto estampando la culata de su rifle contra el suelo—. ¿Has entendido, Johnny? Dinero, y si hace falta, un rifle.

Y hablando así, se sirvió un segundo vaso que volvió a vaciar de un trago.

Johnny se escabulló de la habitación tan silenciosamente que mi hombre sólo se dio cuenta de que se había retirado cuando oyó el ruido del picaporte de madera. Pero en cuanto se dio cuenta vino hacia mí, y sin decir una palabra me cogió en brazos y me llevó a la cama, en la que me acostó cuidadosamente.

—Os portáis como si estuviéseis en vuestra casa —gruñó Johnny, que había vuelto a entrar.

—Tengo esa costumbre, lo hago siempre que llego a una venta —repuso mi hombre llenando y vaciando otro vaso tranquilamente—. El *gentleman* se queda por hoy con vuestra cama. Tú y tu Sambo podéis dormir por mí, en la cochiguera, pero no tenéis.

—¡Bob! —gritó Johnny furioso.

—Ése es mi nombre, Bob Rock.

—Por ahora —dijo Johnny entre dientes.

—Igual que el suyo es Johnny Down —se rió Bob—. *Pooh!* Johnny, creo que nos conocemos, ¿no te parece?

—Supongo que sí —masculló Johnny.

—Nos conocemos de sobra y desde hace mucho tiempo —volvió a reírse Bob.

—Sois el famoso Bob de Sodoma del estado de Georgia.

—Sodoma de Alabama, Johnny —le corrigió Bob riendo.

—Sodoma de Alabama. Sodoma se encuentra en Alabama —dijo bebiéndose otro vaso—. No lo sabes y, sin embargo, estuviste un año entero en Columbus haciendo de las tuyas.

—Será mejor que os calléis, Bob —murmuró Johnny, atravesándole con la mirada.

—*Pooh!* No te *tocará* un pelo, no se irá de la lengua, te lo garantizo. Ha perdido las ganas en la pradera del Jacinto. Ojalá fuesen todos como él. Pero Sodoma —volvió a empezar— está en Alabama, ¡qué demonios! ¡Columbus en Georgia y las dos ciudades están separadas por el Chatahoochie, el Chatahoochie! ¡Ah, qué divertida era la vida en ese Chatahoochie! ¡Pero todo se acaba en esta vida, como solía decir mi viejo maestro. *Pooh!* Ahora han llegado al extremo de enviar a los indios más allá del Mississippi. Pero era una vida fantástica, ¿o no tengo razón?

De nuevo se llenó el vaso y volvió a vaciarlo.

Los datos que me daba la conversación sobre el carácter de mis dos acompañantes eran para inquietar a cualquiera; pues si su amistad databa de aquel espantoso lugar, podrían haberse conocido para el caso en el infierno. Como ustedes saben, no había en todo el sudoeste nada que pudiese rivalizar en depravación con esa Sodoma como tan merecidamente se llamaba. La ciudad se encuentra, o al menos se encontraba hace unos años todavía, en Alabama, en territorio indio y era el fondeadero de todos los asesinos y proscritos del oeste y sudoeste que encontraban allí, bajo la jurisdicción india, protección y seguridad frente al castigo de la ley. Los crímenes y las atrocidades que sucedían allí a diario eran terribles. No pasaba un solo día sin asesinatos o saqueos y esto no sucedía en secreto, no, las bandas de asesinos armados con cuchillos, puñales y rifles cruzaban de día el Chatahoochie, entraban como salvajes en Columbus, apuñalaban al que se ponía en medio, irrumpían en las casas, robaban, saqueaban, asesinaban, abusaban de las muchachas y de las mujeres, y luego regresaban a su guarida de asesinos cruzando el Chatahoochie, jubilosos y triunfantes y cargados con el botín haciendo burla de la ley. En persecución o justicia no se podía pensar, pues Sodoma se encontraba bajo la jurisdicción india y varios jefes indios estaban incluso de acuerdo con los asesinos; un motivo que provocó finalmente su expulsión. Esta medida hizo, como ustedes saben, que todas las viejas de la política derramasen copiosas lágrimas, y encontré, sorprendentemente, muchos enemigos entre nuestros buenos yanquis, ecos de nuestros no menos excelentes amigos de Gran Bretaña, que naturalmente no podían ver con agrado cómo eran arrancados, por así decirlo, de nuestro seno. ¡Ah, qué enternecedor resulta el humanitarismo británico cuando lo contemplamos de cerca! ¡Demasiado enternecedor, incluso! ¡Dios nos libre y nos guarde de ese humanitarismo inglés! Afortunadamente, en el alma férrea de Jackson no había ni rastro de esa ternura británica.

Los indios tuvieron que cruzar el Mississippi, como ya saben ustedes, y desde ese día desaparecieron los ladrones, los asesinos y Sodoma, y Columbus florece y prospera y es una gran ciudad tan respetable y respetada como cualquier otra del oeste.

Pero volviendo a mis dos acompañantes, el recuerdo de sus proezas parecía aproximarlos cada vez más. Johnny también se había traído un vaso lleno y ambos cuchicheaban mucho y animadamente. Sin embargo, me era imposible entender su lenguaje, una especie de jerga de ladrones y tahúres. Sólo oía cómo mis benefactores decían a menudo en un tono salvaje: «No, no; yo desde luego no quiero». Después se fueron borrando las palabras y los objetos convirtiéndose en sonidos y contornos vagos.

Una mano poco delicada me despertó sacudiéndome, pero yo no veía nada. Sólo cuando me hicieron beber algunas cucharadas de té, empezó a aclararse mi vista. Una mulata estaba a mi lado e introducía té en mi boca con una cuchara. La cara que ponía al principio era todo menos amable; sólo

cuando me hubo dado media docena de cucharadas, empezó a mostrar algo de compasión femenina.

En el corazón de la mujer, cualquiera que sea su color, un hombre joven podrá encontrar siempre una cuerda que suene, aunque no sea la más delicada. Con cada cucharada que introducía en mi boca, se volvía más amable. Era una sensación deliciosa la que recorría mi cuerpo mientras era alimentado así. Con cada cucharada que me daba, sentía como si una nueva corriente de vida llegase a través de la boca y la garganta a mis venas. ¡Sí, era una sensación deliciosa muy reconfortante!

Mucho más delicadamente de como me había levantado de la almohada, volvió a tumbarme.

—¡Gor, Gor! —chillaba—. ¡Qué pobre joven ser éste! Pero dentro de una hora, *massa* tomar un poco de sopa.

—¿Sopa? ¿Para qué vas a hacer sopa? —gruñó Johnny.

—Él tomar sopa; yo prepararla —gritó la mulata.

—¡Y será grave si no la hace, Johnny; te lo advierto, será grave! —gritó Bob.

Johnny murmuró algo que no pude oír, pues otra vez me invadió el sopor.

A los pocos minutos, al menos eso me pareció, vino efectivamente la mulata con la sopa. Si el té me había reanimado, fue la sopa la que realmente fortaleció la vacilante llama de la vida. Sentí cómo hacía llegar poco a poco energía a mis entrañas, venas y tendones. Ya podía mantenerme sentado en la cama.

Mientras la mulata me alimentaba, vi cómo comía Bob su *beefsteak*. Era un pedazo de carne que habría bastado para seis hombres; pero él parecía que tampoco había comido nada en tres días por lo menos. Cortaba trozos del tamaño de medio puño, se los metía en la boca sin pan, y luego mordía las batatas sin pelar. Hacía tiempo que no veía semejante voracidad. Con la comida bebía un vaso tras otro.

El whisky parecía despertarle, infundir a su devastado carácter una cierta alegría. Todavía seguía hablando más consigo mismo que con Johnny; pero los recuerdos parecían agradables, pues a menudo reía a carcajadas y asentía complacido; unas cuantas veces recriminó a Johnny que fuese un sujeto tan cobarde y vil, un bastardo tan tremendamente cobarde, traicionero y falso. Él también era un bastardo, dijo riendo, pero un bastardo sincero, abierto, valiente... pero Johnny, Johnny...

Johnny se levantó de un salto y le tapó la boca con ambas manos, lo cual le valió un puñetazo que le arrojó contra la puerta de la habitación, por la que salió maldiciendo.

Yo estaba a punto de quedarme dormido, cuando se deslizó silenciosamente a la puerta con el dedo delante de la boca, y después de escuchar allí, se acercó a mi cama.

—¡Míster! —me susurró al oído—. ¡Míster, no debéis temer!

—¿Temer? ¿Por qué habría de temer?

—¿Por qué? ¿Por eso! —respondió lacónico.

—¿Por qué habría de temer? ¿Por mi vida? ¿Acaso no estáis aquí vos que la salvasteis, que hubieseis podido apagarla como una vela con un dedo?

El hombre alzó la mirada:

—¡Eso es cierto, quizá tengáis razón! Pero ya sabéis que nuestros plantadores también capturan a menudo búfalos y toros para cebarlos primero y despacharlos después.

—¡Pero vos sois mi salvador, compatriota mío, mi hermano cristiano y yo no soy un toro!

—¡No sois nada, no sois nada! —terció él precipitadamente—. ¡No sois nada! Y, sin embargo... y sin embargo... —puso un gesto sombrío, pareció reflexionar.

—Escuchad —susurró—, ¿sabéis jugar a las cartas o a los dados?

—No he jugado nunca.

—Si puedo daros un consejo, no juguéis, y aquí menos aún. ¿Comprendéis? ¡Ah, si yo no tuviese el maldito juego...! ¡Nada de jugar! ¿Oís? ¡Nada de jugar!

Ahora volvió la cabeza hacia la puerta, escuchó, se dirigió otra vez sigilosamente a la mesa para llenar el vaso, pero la botella estaba vacía.

—¡Johnny! —gritó, arrojando un dólar sobre la mesa—. ¡Estamos en seco!

Johnny asomó la cabeza por la puerta.

—Bob, ya tenéis bastante.

—¿Vas a decirme tú que yo tengo bastante? —gritó Bob levantándose de un salto y sacando su cuchillo. Johnny echó a correr como un gato, pero la mulata vino con una botella llena.

No pude oír lo que sucedió después, pues otra vez me invadió el benéfico sueño.

Mientras dormía, oí, como se oye en sueños, intercambio de voces y entre medias empujones y golpes; pero no me despertó el ruido, sino el hambre. Ésta ya no me dejaba dormir. Cuando abrí los ojos, vi a la mulata que estaba sentada junto a mi cama ahuyentando los mosquitos. Me trajo el resto de la sopa. Dentro de dos horas podría tomar el *beefsteak* más exquisito que había salido jamás de su sartén. Pero ahora debía dormir otra vez.

Antes de que hubiesen pasado las dos horas, me desperté; ¡tan rápida fue la digestión! Sentía como si un rallador trabajase dentro de mi estómago, pero la sensación no era dolorosa, al contrario, era más bien agradable. Comí con un gusto y un apetito realmente indescriptibles el *beefsteak* que me había preparado la mulata. Aquel filete de buey me proporcionó un placer tan grande que casi me reconcilió con los terribles sufrimientos que había pasado durante mis cien horas de ayuno. Sin embargo, la mulata, que había vivido y tratado varios casos como el mío, no me permitió tomar más que un trozo de tamaño mediano. En cambio, trajo un vaso lleno hasta los bordes de un maravilloso y humeante ponche. En mi vida creía haber probado algo más delicioso. A mi pregunta de dónde había sacado el ron, el azúcar y los limones, me explicó que ella comerciaba con esos productos, que Johnny sólo había construido la casa y lo había hecho bastante mal, por cierto, que ella había puesto el capital para montar la venta y que además comerciaba con azúcar, café y artículos de mercería. Los limones los había recibido del *squire*, o del alcalde, como también era llamado, que los regalaba por sacos.

Poco a poco la mujer se volvió más locuaz. Empezó a quejarse de Johnny, dijo que era un tahúr y probablemente algo aún peor; que había tenido mucho dinero, pero lo había vuelto a perder; que había tenido que huir a menudo; que le había conocido abajo, en Natchez, de donde también había tenido que salir huyendo al amparo de la noche. Pero Bob no era mejor, al contrario —la mujer hizo el gesto de cortar el cuello—, había hecho muchas maldades. Ahora se había emborrachado, había pegado a Johnny y le había derribado y había hecho muchas salvajadas. Estaba tumbado afuera en el porche, Johnny se había escondido; pero yo no tenía que tener miedo.

—¿Miedo, mi buena mujer? ¿Por qué habría de tenerlo? —ella se quedó mirándome pensativa, luego dijo que si yo supiese lo que ella sabía, tendría seguramente miedo. Sin embargo, no estaba dispuesta a quedarse más tiempo al lado del infame Johnny y quería buscar cuanto antes un nuevo compañero. Lo malo es que no conocía a ninguno.

Al decir esto me miró.

Su mirada y sus maneras tenían algo que no me gustaba. Llevaba marcada la vieja pecadora en cada uno de sus rasgos. Una cara fea, tosca y sensual en la que el vicio y los excesos habían dejado

profundas huellas. Pero ahora no era el momento de hacerme el delicado. Le aseguré con toda la cordialidad que pude que el servicio que me había prestado la hacía merecedora de todo mi agradecimiento y que podía contar con él.

Ella estuvo hablando todavía un rato, pero yo ya no oí nada, pues me volví a quedar dormido.

Esta vez el sopor se convirtió en un profundo sueño.

Debía de haber dormido seis o siete horas, cuando sentí que alguien sacudía mi brazo. No me desperté en seguida, pero las sacudidas se volvieron tan violentas que di un grito. No fue tanto el dolor que me causaba una mano de hierro, sino el susto, lo que me hizo gritar. Bob estaba delante de mí. Los desmanes de la noche habían desencajado sus rasgos volviéndolos espantosos, los ojos inyectados de sangre estaban hinchados y giraban como azotados por los demonios, su boca estaba abierta de par en par, aterrada; todo su ser reflejaba la desolación de una persona que acaba de cometer un hecho terrible. Estaba delante de mí como el asesino ante el cadáver del hermano asesinado. Yo retrocedí aterrado.

—Por el amor de Dios, ¿qué os ocurre?

Me indicó con la mano que me callase.

—¡Tenéis fiebre, hombre —exclamé—, la *ague*!^[37]

—Ay, la fiebre —gimió él con un escalofrío—; la fiebre, pero no la fiebre que pensáis; una fiebre, joven, una fiebre, ¡Dios os libre de semejante fiebre!

Todo su cuerpo estaba temblando mientras hablaba así.

—¿Es que no quieres descansar? ¿No vas a dejarme en paz un solo instante? ¿Es todo inútil? —gimió apretando el puño contra el lado izquierdo—. ¿Todo inútil? ¡Maldito! ¡Os digo —bramó—, si yo supiese que con vuestro Dios y creador y juez del que hablábais ayer... por Dios! Yo quisiera...

—¡No juréis de esa manera, hombre! Mi Dios y el vuestro os ve y oye sin juramentos. No soy ningún cura melindroso, pero esa manera de blasfemar es pecaminosa y repugnante.

—¡Tenéis razón, tenéis razón! Es una fea costumbre; pero os digo, ¡por el amor de Dios! ¿Qué quería deciros?

—Queríais decir... querías decir algo de la fiebre.

—No, no quería decir eso; ahora sé lo que quería decir; pero también puedo guardar silencio sobre lo que quería decir. Sé que no tenéis la culpa. Antes tampoco encontraba la paz, los ocho días sin paz, no me dejaba descansar, ni estar quieto, me perseguía siempre como a aquél, ¿cómo se llama...? El que mató a su hermano... me obligaba a meterme debajo del Patriarca, una y otra vez, debajo del Patriarca.

Había pronunciado o más bien susurrado esas palabras en voz baja, entrecortada. Al parecer, no quería que las oyese.

—¡Qué curioso! —siguió murmurando—. He dejado seco a más de uno, pero nunca tuve esta sensación. Lo olvidaba al instante; no me preocupaba en absoluto. Ahora me pasan toda la factura de una vez; ya no puedo descansar, ni parar. Lo peor es la pradera abierta; allí se alza con toda claridad el viejo con su barba de plata y su ropaje brillante, y el fantasma justo detrás de él. El terrible fantasma terminará por volverme loco. ¡Pero no debe volverme loco; no debe! —volvió a gritar salvajemente.

Yo hice como si no le oyese.

—¿Qué decís del fantasma? —me gritó de repente.

—No decía nada, nada en absoluto —traté de tranquilizarle.

Sus ojos giraron, cerró las manos, las volvió a abrir, como el tigre las garras.

—¡No digáis nada, os lo aconsejo, nada! —murmuró de nuevo en voz baja.

—No digo nada, querido amigo, nada en absoluto, sólo que os dirijáis a vuestro Dios y vuestro creador.

—¡Dios! ¡Dios! ¡Ah, ése es el viejo, supongo, con el ropaje brillante y la barba larga que tiene al fantasma detrás! No quiero saber nada de él, que me deje en paz. ¡Quiero vivir en paz! Quiero, quiero. ¡Quiero, quiero! —gimió—. Escuchad. Tenéis que hacerme un favor.

—Diez por uno; haré todo lo que esté en mis manos. Decid lo que debo hacer y lo haré. Os debo la vida.

—Sois un *gentleman*, lo veo; un cristiano. Podéis, tenéis... —se quedó sin respiración, volvió a agitarse.

»Tenéis que acompañarme a la casa del *squire*, el alcalde.

—¡El *squire*, el alcalde! ¿Qué queréis que haga con vos en la casa del *squire*?

—Ya veréis y oiréis lo que debáis ver y oír; tengo que decirle algo, susurrarle algo al oído.

Aquí lanzó un suspiro profundo, permaneció callado un rato, miró temeroso alrededor.

—Algo —musitó— que no necesita oír nadie aparte de él.

—Pero tenéis a Johnny. ¿Por qué no vais con Johnny?

—¿Johnny? —rió despectivo—, ¿Johnny, que no es mejor de lo que debía ser, que es diez veces peor que yo? Así de malo soy, y yo soy malo, os digo, soy un pájaro de cuenta, un tipo de cuidado, pero a pesar de todo soy abierto, honrado, de los que dan siempre la cara, excepto aquella vez; ¡pero Johnny! Convertiría a su madre en... Es un perro cobarde, rastrero, traicionero, ese Johnny.

No hacía falta que le diese la razón, pues realmente lo llevaba escrito en la frente, así que guardé silencio.

—Pero ¿para qué necesitáis que os acompañe a ver al *squire*?

—¿Que para qué os necesito? ¿Para qué se necesita a las personas ante un juez? Es un juez, qué demonio, un juez de Tejas, en realidad un juez mejicano, pero elegido por nosotros los americanos, un americano como yo y vos. Es un juez de la justicia.

—¿Y cuándo debo ir?

—Ahora mismo. En seguida, lo más pronto posible. No lo soporto más. No me deja tranquilo. Vivo atormentado desde hace ocho días, no tengo ni una hora de paz. Me empuja a ir debajo del Patriarca, me aleja de nuevo, me vuelve a empujar. Lo peor es la pradera, allí está el viejo con su ropaje luminoso y detrás de él, el fantasma; podría tocar a los dos con las manos. Me acosan todo el tiempo. No tengo una hora de paz. Ya no me sirve siquiera la botella. Ni el ron, ni el whisky, ni el brandy sirven de algo, no pueden ahuyentarlos, ¡por el Tarnel!, no pueden. Es curioso. Ayer bebí, creí que así los olvidaría, alejaría; no se alejaron; vinieron los dos, me encontraron. Tuve que salir por la noche. No me dejaban dormir, tuve que ir a meterme debajo del Patriarca.

—¿Tuvisteis que ir a meteros debajo del Patriarca, la encina de la vida? —exclamé horrorizado—; ¿y pasasteis la noche allí, debajo de la encina de la vida?

—Algo me obligaba a meterme debajo del Patriarca —gimió—; vengo de allí, vengo, vengo. Estoy firmemente decidido...

—¡Pobre hombre! —exclamé estremeciéndome.

—¡Sí, pobre hombre! —gimió en el mismo inquietante tono confidencial—. Os lo aseguro, no me deja descansar ya. Hace ocho días quise ir a San Felipe. Creía divisar ya San Felipe, estar muy

cerca... de San Felipe; cuando alcé la mirada, ¿dónde creéis que estaba...? Debajo del Patriarca.

—¡Pobre hombre! —volví a exclamar.

—¡Sí, pobre hombre! —repitió con un gemido espeluznante—. Pobre hombre, donde esté y a donde vaya, de noche y de día. También quise ir a Anahuac, cabalgué un día entero; por la noche, ¿dónde creéis que estaba otra vez? Debajo del Patriarca.

Había algo tan espantoso en la manera secreta e inquietante con que pronunciaba las palabras, la locura asesina se reflejaba con tanta fuerza, con tan terrible claridad en sus ojos que parecían azotados por los demonios del infierno. Tan pronto me infundía horror, tan pronto sentía compasión por él. Y, sin embargo, no podía negarle mi simpatía.

—¿Así que ya habéis estado hoy debajo de la encina de la vida?

—Eso es, y el fantasma me amenazó y me dijo: no te dejaré en paz, Bob..., Bob es mi nombre..., hasta que vayas a ver al alcalde y le digas...

—Entonces os acompañaré a ver a ese alcalde —dije levantándome de la cama—, y además lo haré ahora mismo, si lo deseáis.

—¿Qué vais a hacer? ¿A dónde queréis ir? —graznó entonces Johnny entrando en la habitación—. No os moveréis de aquí hasta que hayáis pagado.

—¡Johnny! —dijo Bob y agarró con ambas manos los hombros de aquel tipo, que era una cabeza más bajo que él, le levantó como si fuese un niño y volvió a plantarle en el suelo haciendo que se le doblasen las rodillas—. ¡Johnny! Este *gentleman* es mi invitado, ¿entiendes? ¡Aquí está el dinero y ahora no me provoques más, Johnny, te lo advierto, no me provoques!

—¿Y qué queréis hacer? —gimoteó Johnny.

—A ti no te importa lo que quiero hacer; no te importa nada; por eso, creo que será mejor que te calles y no te metas en mis asuntos.

Johnny se retiró al rincón como un perro que ha recibido una patada, pero la mulata no pareció arredrarse. Poniéndose en jarras avanzó con paso decidido hacia Bob.

—¡No debéis llevaros al *gentleman*! —dijo con voz chillona—. No debéis. Todavía está débil y no podrá ir a caballo, apenas puede mantenerse de pie.

La verdad es que tenía razón. A pesar de que me había sentido fuerte en la cama, apenas podía mantenerme de pie fuera de ella.

Bob pareció vacilar un instante, pero sólo uno, luego cogió a la mulata, gorda y cebada como estaba, la levantó como había hecho con su compañero, la llevó en volandas y chillando hacia la puerta, abrió ésta de una patada y, poniéndola en el umbral, dijo:

—¡Paz! Y un buen té en lugar de tu lengua asquerosa y un *beefsteak* fresco y tierno en lugar de tu persona podrida y pestilente, ése es tu negocio y eso dará fuerzas al *gentleman*, viejo odre marrón de vicios y pecados.

La precisión y contundencia de las palabras y las obras del hombre me habrían parecido en otras circunstancias bastante interesantes e incluso allí infundieron un cierto respeto. Realmente era, como él mismo decía, un pájaro de cuenta, pero abierto y sin recovecos.

Yo había dormido vestido y ahora quería salir de la habitación y lavarme la cara y las manos, y ocuparme de mi mustang; Bob no lo permitió, sin embargo. Johnny tuvo que traer agua y una toalla, luego le ordenó ensillar su mustang y el mío. A sus lamentos: «Pero ¿y si los mustang se habían escapado y no se dejaban coger?», contestó tajante: «Tienen que estar aquí en un cuarto de hora, no pueden haber escapado; nada de trucos, ¿entendido? Nada de artimañas, ya me conoces».

Johnny debía de conocerle muy bien, pues antes de que hubiese pasado un cuarto de hora estaban los animales delante de la cabaña, ensillados y embridados.

El desayuno con té, mantequilla, pan de maíz y *steaks* tiernos me fortaleció de tal manera que me permitió montar mi mustang. Es cierto que todavía me dolían todos los miembros, pero cabalgábamos despacio, la mañana era soleada, el aire vigorizante y refrescante y el camino, o más bien sendero, atravesaba la pradera que hacia el lado del río bordeaba la selva y hacia el otro lado se extendía hasta el horizonte como un océano salpicado por innumerables islas umbrosas. Nos cruzamos con mucha caza que salía corriendo casi de debajo de las patas de nuestros animales; pero aunque Bob llevaba su escopeta, aparentaba no ver nada y hablaba continuamente consigo. Parecía ordenar lo que tenía que decir al juez, pues le oí pronunciar con bastante coherencia frases por las que me enteré de cosas que en mi estado hubiese preferido ignorar. Pero no podía ignorarlas porque él gritaba como un poseso y, cuando callaba, daba la impresión de que le asaltaba otra vez el fantasma. Entonces se quedaba mirando fijamente hacia un punto como enajenado, se estremecía, gemía; se apoderaba de él la fiebre y la locura del asesino. Como podrán imaginar, sentí un gran alivio cuando divisamos por fin la cerca de la plantación.

Parecía muy importante. La casa, grande y con armadura de madera, denotaba bienestar e incluso lujo. Se encontraba en medio de un grupo de quinos que debían de haber sido plantados hacía pocos años por el dueño, pero ya eran altos y daban frescor y sombra. Supuse que tenían diez años, pero más tarde averigüé que apenas llevaban plantados cuatro. A la derecha de la casa se hallaba uno de los reyes de nuestro mundo vegetal, una encina de la vida, el árbol más hermoso, noble y fuerte de Tejas, y podría decirse del mundo, pues no cabe imaginar nada más majestuoso e imponente que ese gigantesco árbol con las escamas de plata y las barbas con que lo han revestido los siglos. A la izquierda se extendían unos doscientos acres de algodón hacia el Jacinto, que describía aquí una amplia curva; la plantación se encontraba así en una península sumamente encantadora, un verdadero paraíso. Delante de la casa, la inmensa pradera que se extendía quizá veinte, quizá cincuenta millas, incluso cien millas hacia el oeste, aquí y allá un archipiélago de islas, vacilantes y relucientes en la atmósfera transparente, entre ellas las manadas de vacas y mustangs pastando, y a derecha e izquierda campos de algodón e islas. Detrás de la casa se veían los establos y el pueblecito de los negros. Reinaba sobre todo aquel conjunto un profundo silencio que, interrumpido solamente por los ladridos de dos perros, daba a la plantación situada en un lugar tan idílico un aire solemne que pareció conmover incluso a Bob. Éste se detuvo en la puerta de la cerca, miró indeciso hacia la casa, como alguien que se encuentra en un umbral peligroso y tiene miedo de cruzarlo.

Así estuvo parado varios minutos.

Yo permanecí callado, por nada en este mundo hubiese podido interrumpir la voz interior que le impulsaba; me habría parecido un sacrilegio. Pero me abrumaba verle parado así.

Con un movimiento súbito que anunciaba una decisión igualmente súbita, abrió la puerta de la cerca y cabalgamos a través de dos huertos donde crecían naranjos, plátanos y limoneros, que, separados del sendero por una valla de estacas, llegaban hasta un antepatio donde se veía una segunda puerta con una campana. Cuando ésta sonó, apareció un negro que abrió la puerta de la casa.

Parecía conocer bien a Bob, pues le saludó con un gesto de la cabeza como a un viejo conocido, le dijo también que el *squire* le había necesitado, que había preguntado varias veces por él. A mí me pidió que desmontase, el desayuno estaría listo en seguida; los caballos serían atendidos.

Yo di a entender al negro que no había venido para abusar de la hospitalidad del *squire*, sino

como acompañante de Bob que deseaba hablar con su amo. Mi apariencia, dicho sea de paso, era todo menos adecuada para una visita —mi ropa estaba sucia y en parte rota— y yo no estaba en absoluto en disposición de solicitar la hospitalidad de un grande de Tejas.

El negro sacudió impaciente la cabeza lanuda:

—*Massa* al menos desmontar, yo en seguida servir desayuno y ocuparme de caballos.

Bob interrumpió sus palabras.

—Te digo que no necesito tu desayuno; quiero hablar con el *squire*.

—*Squire* estar aún en la cama —repuso el negro.

—Pues dile que se levante. Bob tiene que decirle algo importante.

El negro miró a Bob con una mirada que habría hecho honor a la del *gentleman* de un duque inglés.

—*Massa* todavía dormir, él no levantarse ni por diez Bobs.

—Pero yo tengo que decirle algo importante, algo muy importante —insistió Bob casi angustiado.

El negro volvió a sacudir la cabeza lanuda.

—¡Algo importante, te digo, Ptoly! —prosiguió ahora entre adulator y violento tratando de agarrar la cabeza lanuda—. Algo que se refiere a la vida y la muerte.

El negro se agachó y corrió hacia la puerta de la casa.

—*Massa* no levantarse hasta haber terminado de dormir. Ptoly no ser el loco de despertarle por Bob; *massa* no levantarse por diez vidas y muertes.

El aristocrático negro del aristocrático *squire* me habría hecho reír en otro momento, pero ahora su actuación resultaba exasperante; el momento no era realmente para reír.

—¿Cuándo se levanta el *squire*? —pregunté yo.

—Dentro de una o dos horas.

Miré mi reloj: estaba parado, pero el negro dijo que eran las siete. Una hora un poco temprana para hacer una visita que prometía ser todo menos amena, aunque lo bastante tarde para ver fuera de la cama a un *squire* tejano; pero no era asunto nuestro que se levantase tarde y creí que debía intervenir y hacer de mediador. Así que me dirigí a Bob para indicarle que, en efecto, era demasiado temprano para hablar de sus asuntos y que debíamos esperar con paciencia o regresar.

—¿Esperar, esperar con esta angustia infernal y con el fantasma? —murmuró Bob—. No puedo esperar, será mejor que regresemos.

—¡Regresamos y volvemos dentro de dos horas! —comuniqué al negro.

—Al menos quedar *massa*, dejar cabalgar a Bob solo, *squire* desear ver a *massa* —me rogó el negro con una mirada significativa y preocupada que, sin duda, me habría hecho quedar si mi compromiso con el miserable no hubiese convertido la decisión de quedarme en la más negra ingratitud. Así que cabalgamos de nuevo hacia la cabaña de Johnny.

El paseo suave y cómodo me reanimó, y aunque el viaje de ida y vuelta no había durado dos horas, despertó mi apetito de tal forma que sentí la necesidad de tomar un segundo desayuno. No pueden imaginarse la doble hambre que se siente después de cabalgar por las praderas y tras semejante cura de hambre. Uno se convierte en un tragón insaciable; el estómago, en un pozo sin fondo que arrastra hacia sí y engulle todo lo que tiene alrededor. Apenas pude esperar a que la mulata trajese los *steaks*. Bob parecía alegrarse mucho con mi apetito. Una sonrisa amable y melancólica cruzaba su rostro cuando su mirada confusa caía sobre mí; pero aunque yo le animaba a que

participase, no se dejó convencer. Sobrio, murmuró, debía resolver aquel asunto, y sobrio quería permanecer hasta que se hubiese quitado de encima el peso. Así que permaneció sentado con los ojos fijos en un punto y los músculos de la cara rígidos. Cualquier extraño que hubiese entrado en la habitación le habría confundido con un espectro del bosque. Los sufrimientos que estaba pasando aquel miserable eran demasiado espantosos para atormentarle más tiempo. Así que volvimos a montar nuestros caballos en cuanto hube saciado mi hambre.

Esta vez pude cabalgar más deprisa; en menos de tres cuartos de hora estábamos de nuevo delante de la casa.

Fuimos conducidos a un *parlour* amueblado con bastante gusto para una casa tejana y allí encontramos al *squire*, o para ser más exactos, al alcalde, fumando un cigarro. Acababa de desayunar, pues seguían encima de la mesa platos y fuentes, algunos sin tocar. Al parecer, aquel hombre era tan poco amigo de los cumplidos como de las conjeturas o de nuestra curiosidad yanqui, pues al darnos los buenos días apenas contestó nuestro saludo con una mirada. Saltaba a la vista que provenía de Virginia occidental o de Tennessee, pues sólo allí crecen esas figuras gigantescas antidiluvianas. Incluso sentado era más alto que el negro que ponía los platos y los cubiertos. Además, tenía la complexión hercúlea típica de Virginia occidental: el pecho enorme, los rasgos y los hombros firmes, los ojos grises penetrantes; en resumen, un conjunto capaz de impresionar a los rudos campesinos.

Dirigió a Bob una mirada larga y escrutadora, y a mí me reservó, en cambio, para más tarde, pues aunque el negro ya había colocado todo para el desayuno y yo me había sentado en una silla, no me hizo todavía el honor de someterme a un escrutinio más detenido. No obstante, había mucho tacto y seguridad en sus maneras, que al menos demostraban que sabía representar el papel de alcalde. Bob se había quedado de pie con la cabeza vendada con la tela de saco ensangrentada inclinada sobre el pecho. Parecía tener respeto al juez.

Éste rompió por fin el silencio:

—¡Vaya Bob, estáis otra vez por aquí! Hacía tiempo que no os veíamos, ya creíamos que nos habíais olvidado. Pensábamos que habíais cambiado de casa. Bien, bien, Bob. La verdad es que tampoco habría sido demasiado trágico, ya sabéis que no soporto a los jugadores, los odio, ¡qué demonios!, más que a los *skunks*^[38]. Es una mala cosa el juego, ha arruinado a más de un hombre, arruinado temporalmente y para siempre; también os ha arruinado a vos.

Bob no contestó.

—Por cierto, habríais podido sernos muy útil la semana pasada; en general, podríais ser muy útil. Todavía se podría hacer de vos un miembro valioso de la sociedad, si pudieseis dejar el maldito juego. Mi hijastra llegó la semana pasada. Tuvimos que mandar venir a Joel para que nos cazase un ciervo y un par de docenas de becadás.

Bob siguió sin contestar.

—Ahora id a la cocina y que os den de comer.

Bob no contestó ni se fue.

—¿No me habéis oído? Que vayáis a la cocina y os den de comer. Y tú, Ptoley —dijo al negro—, dile a Veny que le traiga una pinta de ron.

—No necesito vuestro ron, no tengo sed —gruñó Bob.

—¡Eso parece, eso parece! —respondió el juez lacónico—. Yo diría que habéis tomado ya más de la cuenta. Ponéis una cara como si fueseis a devorar un gato salvaje.

Bob rechinó los dientes, pero el juez no pareció darse cuenta.

—¿Y vos? —se volvió ahora a mí—. ¡Qué demonios hacéis ahí parado, Ptoly! ¿A qué estás esperando? ¿No ves que este hombre quiere desayunar? ¿Dónde está el café? ¿O preferís un té?

—Gracias, alcalde, acabo de desayunar.

—No tenéis cara de ello. ¿No estaréis enfermo? ¿De dónde venís? ¿Qué os ha ocurrido? ¿No tendréis la *ague*? ¿Cómo es que conocéis a Bob?

Su mirada escrutadora cayó sobre mí, luego otra vez sobre Bob. Al parecer, se preguntaba lo que había motivado la visita, lo que me relacionaba con Bob. El resultado de sus observaciones no parecía muy favorable para Bob ni para mí.

—Os lo contaré todo, juez —me apresuré a contestarle—; debo a Bob muchísimo, en realidad le debo la vida.

—¿La vida? ¿Debéis la vida a Bob? —exclamó el juez, meneando incrédulo la cabeza.

—Sí, se la debo realmente, pues estaba a punto de perecer cuando él me encontró. Me perdí en la pradera del Jacinto y estuve vagando durante cuatro días sin probar bocado. Ayer me encontró Bob y me sacó del Jacinto.

—¿No habréis intentado...?

—¡No, no! —le interrumpí—; mi sediento mustang saltó conmigo al río y, débil como estaba, caí dentro.

—Ya veo —dijo el juez—, de modo que Bob os salvó la vida. ¿Es eso cierto, Bob? Bien, me alegro, Bob, me alegro. Si os alejaseis de vuestro Johnny. Os digo Bob, que ese Johnny os llevará todavía al desastre. Será mejor que le dejéis.

Todo esto lo dijo de manera pausada y firme bebiendo de cuando en cuando un trago y aspirando y expulsando un par de nubes de humo de su cigarro.

—¡Sí, Bob! —se volvió de nuevo a éste—, ¡si pudieseis alejaros de Johnny!

—¡Es demasiado tarde! —respondió Bob.

—No sé por qué habría de ser demasiado tarde; nunca es demasiado tarde para abandonar una vida depravada y pecaminosa, ¡nunca, qué demonios!

—Supongo, sin embargo, que sí lo es —respondió Bob tercamente.

—¿Suponéis que lo es? —preguntó el juez, mirándole enérgicamente—. ¿Y por qué lo suponéis? Tomad un vaso. ¡Ptoly, un vaso! Y decid, ¿por qué habría de ser demasiado tarde?

—No tengo sed, *squire* —repuso Bob.

—Ahora no hablamos de la sed; el ron no es para la sed, el ron, tomado con moderación, es para fortalecer el corazón y los riñones, para ahuyentar los *blue devils*^[39]; pero ha de tomarse con moderación.

Y hablando así, llenó un vaso y lo vació por la mitad.

—Pero no hablábamos de la sed —volvió a empezar—; hablábamos de que era demasiado tarde. ¿Por qué habría de ser demasiado tarde?

Y de nuevo le miró fijamente.

—No me interesa el ron —rezongó Bob—; es otro asunto el que me preocupa.

—¿Os preocupa otro asunto? —terció el juez, expulsando las nubes de humo de su cigarro—. ¿Os preocupa otro asunto? Está bien, Bob, ¿qué es lo que tanto os preocupa? Tomad un cigarro, hombre —me dijo a mí—. Vamos a escuchar lo que le preocupa. ¿O queréis hablar a solas conmigo? El caso es que hoy es domingo y los domingos deben descansar los negocios; pero por ser vos y porque os

preocupa algo, trataremos de ayudarlos.

—He traído al *gentleman* a propósito para que sea testigo, para que lo oiga todo —contestó Bob cogiendo un cigarro.

Aunque el juez no se lo había ofrecido le alcanzó el fuego sin inmutarse.

Bob encendió el cigarro, dio algunas chupadas, miró al juez indeciso y luego arrojó el cigarro por la ventana.

—No sabe bien, *squire*, nada me sabe ya bien, cada vez es más grave.

—Ay, Bob, si pudieseis dejar vuestra dichosa afición al juego y a la bebida. De ahí vienen vuestras fiebres, vuestras *aque-cakes*, vuestras desgracias.

—No hay más remedio, *squire*, todo es inútil; tengo que contarlo. He luchado, peleado durante mucho tiempo conmigo. Creí que podría superarlo, acallararlo; pero no es posible. A más de uno he dado una cuchillada debajo de la séptima costilla, pero ese...

—¿Qué estáis diciendo? —dijo el juez, que después de tirar también el cigarro por la ventana examinó a Bob con ojos severos—. ¿Qué sucede ahora? ¿Qué habláis de séptimas costillas? No será alguna de vuestras fechorías de Sodoma y Natchez, ¿verdad?; aquí no nos gustan esas cosas, no entendemos esa clase de bromas.

—*Pooh!* En Natchez las entienden menos todavía. Si las hubiesen entendido, Bob no estaría en Tejas.

—Pero en cambio vuestros huesos se blanquearían allí en algún lugar colgados de un árbol o en una fosa. ¡Lo sabemos todo, Bob! Cuanto menos se hable de ello, mejor. Habéis prometido abandonar vuestros hábitos de viejo pecador y convertiros en un hombre nuevo y por eso no queremos remover historias pasadas.

—Quise hacerlo, quise hacerlo —gimió Bob—; pero no es posible, es inútil; tengo que contarlo, os lo digo, tengo que contarlo. No se arreglará hasta que esté colgado.

Yo miraba a Bob perplejo; el juez, sin embargo, tomó un nuevo cigarro, lo encendió, y cuando empezó a echar humo, dijo con toda tranquilidad:

—¿No se arreglará hasta que estéis colgado? Sí, pero ¿por qué queréis estar colgado? Reconozco que hace tiempo que debíais estarlo si no mienten todos los periódicos de Georgia, Alabama y del Mississippi, habéis merecido la soga por lo menos una docena de veces, en los Estados; pero aquí estamos en Tejas, bajo jurisdicción mejicana. No nos interesa lo que hayáis hecho allí, mientras no hagáis nada malo aquí. Donde no hay acusador, no hay juez.

—¡Oh! Claro que hay un acusador —replicó Bob obstinado—; hay uno, os lo digo —añadió en voz baja, estremeciéndose.

—¿Un acusador? ¿Y quién es el acusador? —preguntó el juez, mirándome.

—¿Quién es el acusador? —murmuró Bob—. ¿Quién es el acusador? —repitió mirando primero al juez y luego a mí—. Mandad salir al negro, *squire* —se interrumpió de pronto no sin cierto aire de suficiencia—. Lo que ha de decir un hombre blanco libre, un ciudadano, no deben oírlo oídos negros.

—¡Ptoly, sal fuera! —ordenó el juez; luego volvió a dirigirse a Bob—. Decid lo que tengáis que decir o lo que queráis decir. Pero recordad que nadie os obliga a hacerlo. Sólo os escucho por buena voluntad, hoy es domingo.

—Lo sé —murmuró Bob—, lo sé, *squire*. Pero no me deja descansar, lo he intentado todo. Fui a San Felipe de Austin, bajé a Anahuac, todo fue inútil. A donde voy me sigue el fantasma, me empuja a volver debajo del maldito Patriarca.

—¿Bajo el Patriarca? —preguntó el juez.

—¡Sí, debajo del Patriarca! —gimió Bob—. ¿Conocéis al Patriarca? Está cerca del vado del Jacinto.

—Ya sé, ya sé —respondió el juez—. ¿Y qué os empuja a meteros debajo del Patriarca?

—¿Quién me empuja? —masculló Bob—. ¿Qué le empuja a uno, a uno que...?

—¿Uno que qué? —preguntó el juez en voz baja.

—Uno que —prosiguió Bob en el mismo tono bajo—, uno que le ha metido a otro una onza de plomo en el cuerpo. Allí yace el otro, debajo del Patriarca, al que yo...

—¿Al que vos...? —volvió a preguntar el juez en voz baja.

—Bueno, al que he dejado seco —soltó Bob con un gesto impaciente.

—¿Habéis dejado seco? —preguntó el juez en un tono más enérgico, casi áspero—. ¿Vos a él? ¿A quién?

—¿A quién? ¿Por qué no me dejáis terminar? Siempre metéis la cuchara —gruñó malhumorado Bob.

—¡Ya estáis perdiendo los estribos, Bob! —le interrumpió el juez, ahora también impaciente, en un tono tan destemplado y al mismo tiempo indiferente que me sentí verdaderamente aterrado y me llevé instintivamente la mano al cuello por si ya estaba el cuchillo apoyado en mi garganta, pues aquel tono hacía temer cualquier cosa. En mi vida había oído hablar así de un asesinato. Escuché, agucé los oídos, quizá me habían engañado mis sentidos y mis nervios agotados. Quizá hablaban de un oso o de una pantera matados torpemente. Por un instante creí que debía de ser así, la cara del juez no reflejaba la más leve excitación, su malhumor resultaba rutinario, como el de un carnicero. ¡Sin embargo, el rostro de Bob...! Ese miedo y esa desesperación, la manera siniestra con que iba soltando a trozos su confesión como si fuese en contra de su voluntad, como si estuviese poseído por el enemigo malo; la horrible angustia que le desencajaba el rostro, los ojos que giraban como si los azotase una furia y luego se quedaban fijos mirando aterrados como si tuviesen a un fantasma delante. Mi filosofía se había agotado, todos mis conocimientos de la psicología humana estaban desbaratados. El juez seguía fumando tranquilo, como si estuviese discutiendo que un ternero o un buey habían sido matados torpemente. Yo no salía de mi asombro ante aquella falta de sentimientos que superaba todo lo que había visto u oído.

El juez debió de leer en mi rostro esos pensamientos, porque después de mirarme durante un instante interrumpió la pausa con una sonrisa burlona.

—Si creéis, forastero, que vais a encontrar la llamada buena compañía entre nosotros, os sentiréis decepcionado mucho antes de lo que pueda agradaros. Aquí no tenemos *gentlemen* distinguidos de Nueva York ni de Boston, y tampoco los necesitamos, podemos vivir sin ellos. Gracias a Dios todavía tardarán algún tiempo en llegar vuestros elegantes neoyorquinos, londinenses y parisinos, que, exceptuándole a usted, no son ni un pelo mejores que el pobre diablo que tenéis delante, a enseñarnos sus buenos, o mejor dicho, malos modales. Los demonios no son tan negros en nuestra tierra ni tan blancos como parecen los ángeles en la vuestra. Aquí conoceréis una filosofía distinta de la que habéis aprendido en vuestros libros. ¡Y ahora continuad! —dijo volviéndose tranquilamente a Bob—. Supongo que sólo se trata de uno de vuestros habituales *tantrum*^[40].

Bob sacudió la cabeza.

El juez le dirigió una mirada inquisitiva y luego habló en un tono confiado y alentador.

—Así que debajo del Patriarca, ¿y cómo fue a parar debajo del Patriarca?

—Le arrastré hasta allí y le enterré, supongo —respondió Bob.

—¿Le arrastrasteis hasta allí? ¿Y por qué le arrastrasteis hasta allí?

—Porque no podía ir solo con más de media onza de plomo en el cuerpo.

—¿Y la media onza de plomo se la metisteis vos en el cuerpo, Bob? Si se trata de Johnny, le habéis prestado un buen servicio al país y a nosotros nos habéis ahorrado una sogá.

Bob sacudió la cabeza.

—No se trata de él, aunque Johnny..., pero dejad que os lo cuente: como sabéis, hace diez días me entregasteis mi paga, me pagasteis veinte cincuenta.

—Exacto. Veinte dólares con cincuenta centavos, Bob. Y os aconsejé que no tocaseis el dinero hasta que hubieseis reunido un par de cientos de dólares, o lo suficiente para poder comprar un cuarto o un octavo de *sitio*; pero con vos no sirve hablar.

—¡Es inútil! —contestó Bob—; siempre me empuja el diablo que quiere apoderarse de mí; me empujó y yo quería bajar a San Felipe, irme con los mejicanos. Quería probar suerte allí y consultar también al doctor.

—¿Para qué necesitáis al doctor? Podrías haberos librado ya hace tiempo de vuestra fiebre si dejaseis de beber durante catorce días; pues aquí no son tan malas las fiebres. Pero sois una verdadera cruz, Bob. Sois salvaje y desordenado, muy desordenado, y luego vuestro trato con Johnny. Pero vamos a poner fin a los abusos de Johnny. Todos los vecinos están de acuerdo. ¿Así que os dirigíais a San Felipe?

—Eso es, me dirigía a San Felipe y cuando iba por mi camino, el diablo o mi mala estrella, pues supongo que sería el uno o la otra, me condujeron hasta la casa de Johnny. Sentí ganas de tomar una copa, pero no desmonté.

»No desmonté —prosiguió—, pero cuando desde mi mustang miré a la habitación a través de las contraventanas vi a un hombre sentado detrás de la mesa comiendo con apetito una fuente de *steaks* con batatas y bebiendo un vaso de whisky; sin embargo, no desmonté.

»No quería; pero cuando estaba mirando y rumiando, vino hacia mí Johnny y me susurró que bajase, que había un hombre en la casa con el que podíamos hacer un buen negocio si procedíamos con astucia; tenía un talego de dinero colgado a la cintura, la bolsa más hermosa y rellena que podía imaginar, y si jugábamos una partidita como si fuese de veras picaría el anzuelo.

»Yo no tenía muchas ganas —prosiguió Bob— y estuve pensando y rumiando un buen rato; pero Johnny ronroneaba y se mostraba tan misterioso y adulador, y como no deja de insistir, desmonto por fin y cuando bajo y suenan los dólares en mi bolsillo, me entran también las ganas y entro eufórico en la casa. Entro eufórico —prosiguió el hombre riendo salvajemente—, un vaso sigue al otro; también había *beefsteaks* y batatas, pero sólo tomé un par de bocados. Apenas he terminado de comer y de tomarme tres o cuatro vasos, apareció Johnny con las cartas y los dados. “¡Caramba, Johnny! ¡Cartas y dados, Johnny! ¡Vamos a echar una partidita, Johnny! ¡Pero sobrios, eh, Johnny! ¡Que te conozco, Johnny!”.

»Johnny ríe con cara astuta y agita los dados y las cartas, y empezamos a jugar.

»Jugamos y entre medias bebemos, pero yo más que Johnny, y con cada vaso aumenta mi excitación y disminuyen mis dólares. Yo contaba con el forastero, calculaba que entraría en el juego, que podríamos desplumarle; pero él seguía sentado comiendo y bebiendo como si todo aquello no le interesase. Para que se animase yo hacía cada vez más locuras, pero todo fue inútil; él seguía comiendo y bebiendo tranquilamente. Antes de que hubiese pasado media hora me había quedado sin

blanca, mis veinte cincuenta se habían ido al diablo o lo que es lo mismo, con Johnny.

»Cuando vi que me había limpiado, creí morir, *squire*. Hacía tiempo que no me sentía así. Cien veces había perdido sumas más importantes, había perdido cientos, miles de dólares, pero esos cientos, esos miles no me habían costado la centésima, la milésima parte del esfuerzo que me habían costado esos veinte cincuenta; vos sabéis que pasé dos meses enteros en los bosques y las praderas, que cogí la fiebre. Todavía tenía la fiebre, pero no el dinero para curarla. Estaba tan furioso que me habría peleado con un jaguar, y con esa furia me abalancé sobre Johnny, pero él se me rió a la cara haciendo sonar mis dólares. Se habría llevado un capón por hacer eso que le habría quitado las ganas de reír durante ocho días si no hubiese saltado a un lado.

»Pero él se acerca otra vez. Se acerca y me sigue y gesticula y me habla en voz baja: “Bob, me susurra, Bob, es que habéis cambiado de pronto, os habéis convertido en una liebre que no veis la bolsa llena”, me dice, dirigiendo una mirada al talego que llevaba el hombre colgado de la cintura y que, se rió de nuevo, podía conseguir por menos de media onza de plomo.

—¿Dijo eso? —preguntó el juez.

—Lo dijo —confirmó Bob—. Pero yo no quería oír hablar de ello, estaba tan furioso por los veinte dólares; le dije que si tanto le atraía la bolsa, que se la quitase él mismo al forastero, que no me necesitaba a mí para sacarle las castañas del fuego; que se fuese enhoramala. Di las espuelas a mi mustang y salí de allí a todo galope. Me fui de allí —prosiguió Bob—. En mi cabeza giraban las ideas como en una noria. Me obsesionaban los veinte cincuenta. No quería volver a vuestra casa; además no podía, me habríais regañado.

—¡Yo no te habría regañado, Bob! Bueno, os habría regañado, pero por vuestro bien. Habría citado a Johnny, convocado un jurado de doce vecinos, os habría devuelto vuestros veinte cincuenta, y a Johnny le habría echado del país o mejor aún de este mundo.

Las palabras habían sido pronunciadas con mucha flema, pero también con una cordialidad y una simpatía que me enseñaron a tener una opinión un poco mejor de la delicadeza de conciencia del buen juez. A Bob también parecían haberle afectado. Suspiró profundamente y miró conmovido al juez.

—Es demasiado tarde —murmuró—, demasiado tarde, *squire*.

—No es demasiado tarde —respondió el juez—; pero continuad.

—Bueno —prosiguió Bob—; ya estaba anocheciendo cuando cabalgaba hacia el campo de palmitos, ¿sabéis?, que hay al otro lado del Jacinto.

El juez asintió con la cabeza.

—Subía por el campo de palmitos. Y de repente oigo el trote de un caballo. Oigo el trote de un caballo —prosiguió—. Al oírlo siento algo extraño, en mi vida había sentido algo tan extraño, me siento mal, la sangre se me hiela en las venas. Era como si diez mil malos espíritus me aullasen a los oídos, perdí los sentidos, no sabía dónde estaba. Sólo veía la bolsa llena de dinero y mis veinte dólares cincuenta. No veía ni oía otra cosa. No oía nada, pero sí oí, oí una voz; me llama, la voz pregunta:

»—¿De dónde venís y adónde vais, paisano?

»—¿De dónde y a dónde? —murmuró—; ¿de dónde y a dónde? Al diablo —digo—, y allí os podéis ir a llevarle la noticia.

»—Esa noticia se la podéis entregar vos mismo —dijo riendo el forastero—; si tenéis ganas, mi camino no me lleva a él.

»Y cuando dijo eso, levanto la mirada y veo que es el hombre del talego de dinero; yo ya lo sabía, pero levanté la mirada.

»—¿No sois el hombre —dice— que estaba en la cabaña?

»—¿Y si lo soy, qué os importa? —le digo.

»—Nada, que yo sepa —dice—; desde luego que no me importa —dice.

»—Entonces seguid vuestro camino y contárselo a otro —digo yo.

»—¡Lo haré, lo haré! —dice él—. Y que no sirva de ofensa —dice—; una palabra no es una flecha —dice—; me imagino que haber perdido en el juego no os ha puesto precisamente de un humor festivo —dice—. Si yo fuera vos, no me jugaría mis dólares a las cartas y a los dados —dice él.

»Y el hecho de que recordase mi pérdida me envenenó y me puso rabioso como a un gato salvaje.

»Sin embargo, contengo mi ira. Pero noté cómo me subía la bilis alevosamente.

»—Sois un miserable por restregarme mis pérdidas por la cara —digo yo.

»Quería provocarle y pelear luego con él. Pero él no tenía ganas de pelear, y dijo humildemente:

»—No os restriego nada por la cara; Dios me libre de burlarme de vuestra pérdida; al contrario, os compadezco. No tenéis aspecto de poder perder muchos dólares. Parecéis un hombre que trabaja duramente, que se gana el dinero con mucho esfuerzo.

»—Eso es, un hombre que trabaja duramente —digo yo—, y me gano el dinero con mucho esfuerzo.

»Hablando así, habíamos llegado casi al extremo superior del Canebrake cerca de la linde del bosque que bordea el Jacinto y yo estaba obsesionado con aquel hombre y el diablo lo estaba conmigo.

»—Sí, un hombre que trabaja duramente —digo yo—, y lo he perdido todo, todo, todo, no tengo ni un centavo para tabaco de mascar.

»—Si sólo es eso —dice él—, puedo remediarlo. Yo no masco tabaco, tampoco soy un hombre rico, tengo mujer e hijos y necesito cada centavo que tengo; pero ayudar a un paisano es un deber de ciudadano. Os daré dinero para tabaco de mascar y un *dram*^[41].

»Y con esas palabras sacó la bolsa del talego donde tenía sus monedas. Estaba bastante llena, la bolsa; debía contener cerca de veinte dólares y me pareció como si el diablo se me riese a la cara desde la bolsa.

»—¡Vamos a medias! —digo yo.

»—No, eso no; tengo mujer e hijos y les pertenece lo que tengo; os doy medio dólar.

»—¡Vamos a medias! —digo yo— o...

»—¿O qué? —dice él, vuelve a guardar la bolsa en el talego y agarra el rifle que llevaba al hombro—. No me obliguéis —dice— a haceros daño. No lo hagáis —dice—, me arrepentiría yo, os arrepentiríais vos. No trae nada bueno lo que queréis hacer.

»Pero yo no oigo, no veo ya; diez millones de malos espíritus se han apoderado de mí.

»—¡Vamos a medias! —grito, y en ese momento él da un salto en la silla, cae hacia atrás, cae por el lomo de su caballo.

»—¡Soy hombre muerto! —dice agonizando—. ¡Dios se apiade de mí! ¡Mi pobre mujer, mis pobres hijos!

Bob se interrumpió, respiraba entrecortadamente, su frente estaba cubierta de gruesas gotas de sudor. Miraba con una fijeza espantosa a la esquina de la habitación.

El juez también se había puesto pálido. Yo intenté levantarme, pero no me sujetaban las piernas; si

no hubiese sido por la mesa me habría caído al suelo.

Se produjo una pausa lúgubre.

Finalmente el juez murmuró:

—¡Un caso grave, grave! ¡Padre, madre, hijos, todo de golpe! ¡Bob, sois un canalla, un canalla, un malvado!

—¡Un canalla! —gimió Bob—; la bala le había atravesado el pecho.

—¿Quizá se os disparó el arma? —dijo en voz baja, casi temerosa el juez—; ¿quizá fue su propia bala?

Bob sacudió la cabeza.

—Lo sé perfectamente, pues todavía le tengo ante mis ojos cuando dice: «No hagáis eso, no me obliguéis a haceros daño. ¡Me arrepentiría yo, os arrepentiríais vos!». Pero yo apreté el gatillo, fue el diablo quien me ordenó hacerlo. Su bala todavía está en el cañón.

»Cuando le vi allí tumbado delante de mí —prosiguió gimiendo—, me sentí tan mal, no puedo describiros cómo me sentí. No era el primero que dejaba seco, pero en ese momento habría dado todas las bolsas de dinero del mundo por deshacer lo hecho. No, tiene que ser el último, debe y tiene que ser el último; pues esto no me deja ya en paz, no me deja descansar. La pradera es el peor sitio, os lo aseguro, el peor de todos. No puedo estar en la pradera, me empuja a meterme siempre debajo del Patriarca. Debí de arrastrarle hasta el Patriarca, le enterré allí con mi cuchillo de caza, pues le encontré allí.

—¿Le encontrasteis allí? —murmuró el juez.

—No sé cómo llegó hasta allí, supongo que le llevé yo mismo, pues le encontré allí. Pero yo no veía nada, sólo oía las palabras: «¡Dios se apiade de mí! ¡Soy hombre muerto! ¡Mi pobre mujer, mis pobres hijos!». ¡No traerá nada bueno lo que hice! —siguió gimiendo—. No lo trae, lo he comprobado. Aquellas palabras no dejan de sonar en mis oídos.

El juez se levantó y empezó a caminar de un lado a otro por el *parlour* sumido en profundas reflexiones. De pronto se detuvo.

—¿Qué habéis hecho con el dinero?

—Lo tenía siempre ante mis ojos —murmuró Bob—. Quería ir a San Felipe, cogí su bolsa, pero enterré su talego con él, también una botella de ron y pan y *beefsteaks* que había llevado consigo de la cabaña de Johnny. Cabalgué todo el día. Al anochecer, cuando desmonté y creí que entraría en la venta que veía delante de mí, ¿dónde creéis que estaba?

El juez y yo le miramos fijamente.

—Debajo del Patriarca. En lugar de dejarme ir a San Felipe, el espíritu del asesinado me había llevado hasta el Patriarca. Allí no me dejó descansar hasta que le desenterré y volví a enterrar, pero la bolsa no.

El juez meneó la cabeza.

—Lo intenté al día siguiente tomando otra dirección; necesitaba tabaco de mascar, ya no tenía. Cabalgo hacia Anahuac a través de la pradera. Quería ir a toda costa a Anahuac, esperaba que allí podría olvidar. Cabalgué sin parar hacia Anahuac... durante todo el día. Al anochecer, cuando levanto la mirada y creo que voy a ver las salinas, ¿dónde creéis que estaba otra vez? Justo debajo del Patriarca. Le desenterré otra vez, volví a mirarle por todos los lados, luego le enterré de nuevo.

—¡Qué locura! —dijo el juez.

—¡Una gran locura! —asintió Bob—. Es todo inútil, os lo digo, no me dejan en paz. Es inútil. No

se arreglará hasta que esté colgado.

Bob se sentía visiblemente aliviado de haber dicho todo aquello. Y yo, por extraño que pueda sonar, también. Automáticamente asentí con la cabeza. Sólo el juez permaneció impassible.

—¡Vaya, vaya! —dijo—. ¿De modo que creéis que esto no se arreglará hasta que estéis colgado?

—Sí —se apresuró a contestar Bob—. Colgado del mismo Patriarca debajo del que está enterrado.

El juez tomó ahora un cigarro, lo encendió y luego dijo: —Está bien, si es eso lo que queréis, veré qué puedo hacer por vos. Mañana convocaré a los vecinos para formar el jurado.

—Gracias, *squire* —gruñó Bob, con visible alivio.

—Los convocaré para formar el jurado —repitió el alcalde—, y luego veré lo que puedo hacer por vos. Quizá cambiéis de opinión.

Yo volví a mirarle perplejo. Pero él no pareció darse cuenta.

—Quizá exista otro camino para deshaceros de vuestra vida cuando os hayáis cansado de ella —prosiguió sacando el cigarro de la boca—; quizá podéis seguir ese camino sin levantar ampollas en vuestra conciencia.

Bob sacudió la cabeza y yo también automáticamente.

—En todo caso vamos a escuchar lo que dicen los vecinos —volvió a hablar el juez.

Bob se levantó entonces, fue hacia el juez y le tendió la mano para despedirse. Éste se la negó, y volviéndose hacia mí, dijo:

—Creo que será mejor que os quedéis aquí.

Bob se volvió impetuoso.

—El *gentleman* se viene conmigo.

—¿Por qué tiene que irse con vos? —preguntó el juez.

—Preguntádselo a él.

Yo volví a explicar la deuda que había contraído con Bob, cómo nos habíamos encontrado, cómo se había ocupado de mí en la casa de Johnny.

El juez asintió con la cabeza, pero luego dijo en tono terminante:

—A pesar de todo, os quedaréis aquí, ahora con más razón aún, y Bob, vos os vais solo. Vuestro estado de ánimo, Bob, hace aconsejable que os quedéis solo, es un estado irritable, ¿comprendéis?, y por eso dejaréis al joven aquí. Podría producirse otra desgracia. En todo caso estará aquí más seguro que con vos o Johnny. Mañana volvéis y entonces ya veremos lo que hacemos.

Las palabras habían sido pronunciadas con una autoridad a la que raramente se rebelan las personas del carácter de Bob. Éste asintió con la cabeza y se fue.

Yo seguía sentado todavía como aturdido mirando asombrado a aquel hombre extraño que me parecía tan inhumano, casi un ogro.

El ruido de cascos me despertó a la mañana siguiente. Era Bob que acababa de llegar y estaba desmontando. ¡Pero qué manera de desmontar! Sus miembros parecían rehusar obedecerle, se separaban, parecían desgarrarse, tan dislocados, inciertos y tambaleantes eran sus movimientos. Al principio creí que estaba borracho, pero no lo estaba. Era la fatiga mortal del cuerpo abrumado por la angustia... parecía venir de haber sufrido un suplicio. Las últimas veinticuatro horas debían de haber sido atroces.

Horrorizado, me puse la ropa, bajé las escaleras a toda prisa y abrí la puerta de la casa.

Bob estaba con la cabeza apoyada en el cuello de su mustang y las manos cruzadas encima

estremeciéndose y gimiendo desde lo más profundo de su pecho.

—¿Bob, sois vos?

Ninguna respuesta.

—¿Bob, no queréis entrar en la casa? —dije yo, tratando de coger una de sus manos.

Él levantó la mirada, me miró con ojos fijos, pero no pareció reconocerme. Le aparté del mustang, amarré éste a un poste y luego conduje a Bob a la casa. Él me dejó hacer, me siguió sin voluntad, casi sin fuerza. Cuando le acerqué un sillón, se dejó caer en él estrepitosamente, haciendo temblar toda la casa. Pero no había manera de sacarle una palabra. Justo cuando iba a retirarme a mi dormitorio para asearme en la medida de lo posible, volví a oír el galope de caballos. Eran dos jinetes a los que seguían varios más a cierta distancia, todos con camisas de caza, pantalones de cuero de ciervo y zamarras, armados con rifles y *bowie-knives*^[42], unos individuos fuertes, enérgicos, probablemente de los estados del sudoeste, con el auténtico perfil de Kentucky, mitad caballo, mitad aligátor, acompañados del correspondiente aditamento de truenos, rayos y temblores de tierra. Tres mil hombres como aquéllos podrían hacer frente a un ejército de mejicanos, si todos se parecen a los piernas flacas que he visto, pues cada mano de estos colosos valía por un mejicano entero. Por cierto, es una sensación muy agradable verlos desmontar con el típico gesto de *care the devil*^[43] de Kentucky, arrojar las riendas de sus caballos al negro y luego entrar en la casa como si se sintiesen a sus anchas en todas partes, tanto que parecían ser más los amos de Tejas que los propios mejicanos. ¡Ésos eran los hombres que podían alzar Tejas a la independencia! Al entrar en el *parlour* me dieron los buenos días con cierta frialdad, sus ojos de halcón habían descubierto al mismo tiempo a Bob, una coincidencia que pareció sorprenderlos, aunque lo ocultaron bajo la máscara de la indiferencia; sin embargo, me dirigieron varias veces, por cierto sin dejarse estorbar en su conversación, miradas muy inquisitivas. Esa conversación giraba en torno a los precios de las vacas y del algodón, a las negociaciones de los congresos de Cohahuila y Tejas y del Congreso, a las manifestaciones que al parecer se estaban fraguando en Metamora contra Tejas y que —como ustedes saben— tuvieron lugar poco después, pero que de momento no parecían inquietarlos lo más mínimo. Cualquiera habría jurado que las manifestaciones que se avecinaban no les afectaban en absoluto. Poco a poco fueron llegando otros hombres, de manera que su número se elevó a catorce, todos ellos individuos que actuaban con energía y determinación, excepto dos que me gustaron menos. A los demás tampoco parecían agradarles mucho, pues ninguno les dio la mano y apenas contestaron su «Good morning» con una muda inclinación de la cabeza. Sólo ellos se aproximaron a Bob y trataron de hacerle hablar, aunque en vano.

Mientras tanto, y a juzgar por el ruido que llegaba del gabinete contiguo, el juez se había levantado y estaba ocupado con su aseo, que debió llevarle poco tiempo, pues cuando apenas habían transcurrido tres minutos desde que había crujido la madera de la cama, se abrió la puerta y entró en la sala.

Doce de los hombres le recibieron con muestras de simpatía y de cordialidad, los dos se quedaron al fondo, y él sólo estrechó la mano de los primeros.

Cuando hubo estrechado la mano del último, saludando fríamente con un movimiento de la cabeza a los dos, se acercó a mí y, tomándome de la mano me presentó a sus invitados. Fue entonces cuando averigüé que me encontraba nada menos que ante los concejales del ayuntamiento de San Felipe de Austin, que dos de mis rudos paisanos eran corregidores, uno procurador, los demás «buenos hombres» —es decir, campesinos libres—, títulos honoríficos a los que no parecían dar

demasiada importancia, pues sólo se saludaban y llamaban por sus apellidos.

El negro trajo una vela, colocó en su sitio las cajas de los cigarros, los sillones; el juez señaló la mesa, los cigarros y luego se sentó.

Unos tomaron un trago, otros un cigarro. Hasta que se sirvieron las bebidas, bebieron, encendieron sus cigarros y empezaron a echar humo, pasó bastante tiempo.

Bob se retorció mientras tanto como un gusano.

Pensé que ahora entraría el juez por fin en materia, pero me equivoqué.

—¡Míster Morse! —me dijo—, haced el favor de servirlos.

Me serví un trago; me indicó que brindase con él. Fui hacia él y brindé con él y con todos los demás, excepto con los dos postergados.

Todavía tuve que coger un cigarro, encenderlo, y sólo cuando estuvo todo en orden asintió satisfecho y se reclinó en su sillón.

Había algo de aburrimiento pedante, pero también de dignidad patriarcal y calculada en aquella manera tan lenta de actuar, que puede considerarse típicamente americana. Como nos faltan las formas externas, nuestro carácter nacional serio ha sustituido felizmente con esta lentitud introductoria, llena de dignidad y circunspección, las formalidades, la pompa y la representación de otros pueblos en sus juicios y actos públicos.

Cuando todos habían bebido y empezado a fumar sus cigarros, dijo el juez dejando su cigarro y cogiendo su vaso:

—¡Caballeros!

—*Squire!* —dijeron los hombres.

—Tenemos ante nosotros un asunto, un asunto que, sin duda, podrá exponer mejor el interesado.

Los hombres miraron al *squire*, luego a Bob, después a mí.

—¡Bob Rock, o cualquiera que sea vuestro nombre! Si tenéis algo que decir, decidlo —anunció el alcalde.

—Ya os lo dije ayer —gruño Bob todavía con la cabeza entre las manos, los codos apoyados en las rodillas.

—Sí, pero tenéis que volver a decirlo hoy. Ayer era domingo, y como sabéis, el domingo es día de descanso, de fiesta y no de negocios. Considero como no dicho lo que se dice en domingo. No quiero juzgaros o que os juzguen por la declaración que hicisteis ayer. Además lo dijisteis sin testigos, pues a míster Morse no le cuento, todavía le considero un extraño.

—Pero para qué tanta palabrería, si el caso está claro —protestó Bob, alzando malhumorado la cabeza.

Los hombres levantaron ahora la mirada y le miraron y sus rostros férreos se cubrieron de una seriedad lúgubre y siniestra. Bob tenía realmente un aspecto espantoso, la cara entre negra y azul, las mejillas hundidas, la barba repulsiva, los ojos enrojecidos girando profundamente en sus órbitas. No había nada humano ya en esos rasgos.

—Como el agua del Mississippi —dijo pausadamente el juez—. Claro como el agua del Mississippi cuando lleva veinticuatro horas estancada. Os digo que no quiero condenaros a vos ni a nadie por sus palabras y a vos menos que a nadie, pues habéis trabajado en mi casa, bueno, no en mi casa, pero sí a mi servicio, y comido mi pan. ¡No quiero condenaros, caramba!

Bob respiró profundamente.

—Ayer os acusasteis vos mismo; pero vuestra autoacusación tiene un fallo, tenéis fiebre.

—Es inútil —gimió Bob conmovido—. Es todo inútil. Veo que deseáis ayudarme. Pero aunque podáis salvarme de las manos de los hombres, no podréis salvarme de mí mismo. Es inútil, tengo que colgar del mismo Patriarca, debajo del que yace el que dejé seco.

De nuevo los hombres levantaron la mirada, pero no dijeron palabra.

—Es todo inútil —prosiguió Bob—. Si me hubiese amenazado, si se hubiese puesto violento, si al menos se hubiese negado, pero no lo hizo. Dijo, todavía suena en mis oídos, todavía le oigo decir: «¡No hagáis eso, no me obliguéis a hacer algo que podría lamentar! ¡No lo hagáis, hombre! ¡Tengo mujer e hijos, y no traerá nada bueno lo que queréis hacer!». Pero yo no oía —gimió desde el fondo de su pecho—, no oía más que la voz del diablo, alcé el rifle, apunté y apreté el gatillo.

Su espantoso gemido, que sonó como el mugido ahogado de un toro, pareció conmover incluso a los doce hombres de hierro. Le contemplaban con miradas firmes, pero como de reojo.

—¿Entonces habéis matado a un hombre? —preguntó por fin una profunda voz de bajo.

—¡Eso hice! —soltó Bob.

Y cuando se le escaparon las palabras, se quedó mirando fijamente al que preguntaba con la boca abierta.

—¿Y cómo sucedió? —siguió preguntando el hombre.

—¿Cómo sucedió? ¿Cómo sucedió? Deberíais preguntárselo al diablo o a Johnny. No, a Johnny no, él no puede decíroslo, el bueno de Johnny. No estaba presente, Johnny. Sólo puedo decirlo yo y apenas soy capaz, pues ni yo mismo sé cómo sucedió. Me encontré con el hombre en la cabaña de Johnny. Johnny despertó al malvado que llevo dentro, me enseñó su talego.

—¿Johnny? —preguntaron varias voces.

—¡Claro, él mismo! Le había echado el ojo a su talego, pero él era demasiado astuto, demasiado listo para él y después de quitarme mis plumas, mis veinte cincuenta...

—Veinte dólares y cincuenta centavos —explicó el juez— que recibí de mí por piezas de caza y mustangs capturados.

Los hombres asintieron con la cabeza.

—¿Y liquidasteis al hombre porque no quería jugar? —preguntó de nuevo la voz de bajo.

—No, eso fue algunas horas más tarde, a orillas del Jacinto, no lejos del Patriarca. Le encontré allí debajo y le maté.

—Ya decía yo que debía de haber algo especial en aquel lugar —tomó otro la palabra—, pues cuando pasamos por allí andaba merodeando una caterva de aves carroñeras, buitres y *turkeybuzzards*^[44] y otros pajarracos. ¿Verdad, míster Heart?

Míster Heart asintió.

—Le encontré no lejos del Patriarca y exigí que me diese la mitad de su dinero —prosiguió Bob de manera instintiva.

»Quiso darme algo —continuó— para comprar una *quid*^[45], y algo más, pero no la mitad. Dijo: “Tengo mujer e hijos”.

—¿Y vos? —preguntó de nuevo la voz de bajo que ahora sonaba hueca.

—Le pegué un tiro —respondió Bob con una risa ronca espantosa.

Durante un rato todos permanecieron con las miradas dirigidas al suelo. Luego el de la voz de bajo continuó su interrogatorio.

—¿Y quién era el hombre?

—¿Que quién era? No le pregunté quién era, tampoco lo llevaba escrito en la frente. Era un

ciudadano, pero si era un *hoshier*, un *buckeye* o un *mudhead*, es más de lo que puedo decir.

—Habrá que investigar el asunto, alcalde —tomó otro la palabra después de una larga pausa.

—En efecto —repuso el alcalde.

—¿Para qué perder el tiempo con investigaciones? —refunfuñó disgustado Bob.

—¿Para qué? —repuso el juez—. Porque nos lo debemos a nosotros, se lo debemos al muerto y os lo debemos a vos, porque no podemos condenaros sin haber visto el *corpus delicti*. Además, existe otro *item*^[46] —prosiguió dirigiéndose a los hombres—, sobre el que quisiera llamar vuestra atención. El hombre está medio desquiciado, no está *compos mentis*, como decimos nosotros. Tiene fiebre, la tenía cuando cometió el crimen, había sido provocado por Johnny, se encontraba en un estado de desesperación por el dinero que había perdido; pero, a pesar de su estado colérico, salvó la vida a ese *gentleman* que veis ahí, a míster Edward Nathanael Morse.

—¿Lo hizo? —preguntó el de la voz de bajo.

—En todos los aspectos —repuse yo—, no sólo sacándome del río profundo al que me había arrojado medio muerto mi mustang, y en el que me habría ahogado sin remedio, sino imponiendo que el llamado Johnny y su mulata me prodigasen toda clase de cuidados. Sin él habría pasado a mejor vida, eso puedo jurarlo.

Bob me dirigió una mirada que me llegó al alma. ¡Era tan conmovedor ver lágrimas en aquellos ojos!

Los hombres escuchaban sumidos en un profundo silencio.

—¿Es cierto que fuisteis incitado por Johnny, Bob? —volvió a tomar la palabra el de la voz de bajo.

—No dije eso. Sólo dije que miró de reojo el talego, que me dijo...

—¿Qué dijo?

—¿Qué os importa lo que dijo Johnny? —volvió a gruñir Bob malhumorado—. Supongo que no os importa nada.

—Pues sí que nos importa —repuso uno de los hombres—, nos importa mucho.

—Está bien; si tanto os importa, podéis saberlo —volvió a rezongar Bob—. Dijo, cuando me vio salir tan precipitadamente de la casa: «¿Cómo os habéis vuelto tan gallina, Bob», dijo él, «que ponéis pies en polvorosa cuando a menos de diez pasos podéis conseguir un talego repleto por menos de una onza de plomo?».

—¿Dijo eso? —preguntó de nuevo la voz de bajo.

—Preguntadle vos mismo.

—Pero nosotros os estamos preguntando a vos.

—Pues sí, lo dijo.

—¿Seguro que lo dijo?

—Ya os lo he dicho, ¿para qué tanta palabrería? Lo dijo, pero tenéis que preguntarle a él. No quiero pisar las ampollas de su conciencia, ni a él ni a nadie, las mías ya son lo bastante gordas, os lo aseguro. Sólo quiero que me corten las mías y tienen que ser cortadas. Si queréis cortárselas a él, debéis dirigiros a él. Yo sólo quiero hablar por mí, ser colgado por mí.

—¡De acuerdo, de acuerdo, Bob! —retomó la palabra el alcalde—. Pero nosotros no podemos colgaros sin cerciorarnos antes de que lo merecéis. ¿Qué opináis, míster Wythe? ¿Sois procurador, y vos, míster Heart y Stone? Servíos ron y brandy, y míster Bright e Irwin, coged otro cigarro. Son bastante aceptables, los cigarros. ¿No les parece? Lo que hay en la botella de diamante es brandy,

míster Wythe, ¿qué opináis?

Mi aristocrático demócrata era tan democrático en su manera de actuar que en otras circunstancias me habría hecho sonreír, pero ahora se me habían quitado las ganas. Míster Wythe, el procurador, se había levantado, según creí yo, para emitir su juicio, pero todavía no había llegado el momento. Se acercó a la mesa, se puso tranquilamente delante de ella, y cogiendo con una mano la botella de diamante y con la otra el vaso, dijo:

—Veamos, *squire*, o más bien, alcalde.

Después de decir «alcalde», llenó el vaso hasta la mitad con ron.

—Si los hechos son así —siguió opinando, añadiendo una pulgada de agua—... y —prosiguió, enviando detrás algunos trozos de azúcar—, Bob ha asesinado al hombre... Asesinado de manera alevosa —añadió, machacando el azúcar con el punzón de madera—, entonces considero —argumentó alzando el vaso— que Bob, si le parece bien, debería ser colgado —concluyó llevándose el vaso a la boca y vaciándolo.

Bob parecía haberse quitado una pesada carga de encima. Respiró profundamente y con alivio. Los demás asintieron mudos.

—¡De acuerdo! —dijo, no sin menear la cabeza el juez—. Si opináis así y Bob está de acuerdo, creo que tenemos que hacer su voluntad. Aunque, en el fondo, todo el asunto tendría que pasar antes al District Court de San Antonio; pero como es uno de los nuestros, tenemos que hacer la vista gorda, ser clementes con él y hacerle ese favor. Pero ya os digo que no me agrada hacerlo. Lo hago, no obstante, pero antes habrá que examinar al hombre asesinado e interrogar a Johnny. Nos lo debemos a nosotros, se lo debemos a Bob y a nuestros conciudadanos.

—¡Por supuesto! —ratificaron sus palabras los doce.

—¿Pero qué tiene que ver Johnny en todo esto? —intervino Bob—. Ya os he dicho una docena de veces que él no intervino y que no es asunto suyo.

—Claro que es asunto suyo —repuso el juez—. Es asunto suyo, hombre. No intervino, pero os envió para que lo hicieseis, no con palabras expresas, pero con un agujón secreto. Si no hubiese sido por Johnny, no hubieseis visto al hombre ni su talego *pro primo*, *pro secundo* no habríais perdido en el juego vuestros veinte cincuenta y *pro tertio* no habría surgido en vuestro cerebro la idea de resarciros con su talego a cambio de una onza de plomo.

—¡Eso es un hecho! —asintieron todos.

—¡Sois un asesino horrible, Bob! Un asesino considerable además —retomó el juez la palabra—; pero tengo que deciros, y me da igual quién lo oiga, os lo digo a la cara, no quiero adularos, pero prefiero la punta de una uña vuestra a todo el Johnny con carne y hueso. Y lo siento por vos, pues sé que en el fondo no sois malo, pero os ha seducido el mal ejemplo y la mala compañía. Pero creo que todavía se os podría enderezar, se os podría utilizar para algo, quizá mejor de lo que creéis. Vuestro rifle es excepcional.

Las últimas palabras hicieron alzar la mirada a todos. Mirando a Bob con ojos severos e inquisitivos, los hombres callaron con tensa expectación.

—Quizá podríais —prosiguió el juez tratando de darle ánimos— prestar al mundo, a vuestros conciudadanos ofendidos, a la ley vulnerada, mejores servicios que el de vuestro ahorcamiento. Todavía valéis más que una docena de mejicanos.

Bob había agachado la cabeza mientras hablaba el juez. Ahora la alzó respirando profundamente.

—¡Comprendo, *squire*! Sé lo que pretendéis. Pero no puedo, no debo; no puedo esperar tanto, no

quiero. La vida se ha convertido en una carga para mí, me atormenta, me tortura cruelmente. No me deja en paz, ni de día ni de noche, de pie o andando.

—¡Pues tumbaos! —opinó el juez.

—También está entonces delante de mí y me hace regresar debajo del Patriarca.

Varios hombres miraron ahora al que hablaba, luego dirigieron sus miradas al suelo. Durante un rato permanecieron así, en profundo silencio; por fin, levantaron sus cabezas, se escudriñaron mutuamente y el juez volvió a tomar la palabra:

—Entonces no se hable más, Bob. Nosotros iremos hoy hasta el Patriarca y mañana vendréis vos. ¿Estáis satisfecho?

—¿A qué hora?

—Hacia las diez.

—¿No podría ser antes? —murmuró Bob sacudiendo la cabeza.

—¿Por qué antes? ¿Tanto deseáis a la novia de esparto? —opinó míster Heart.

—¿De qué sirve tanta charla y tanta palabrería? —masculló Bob—. Ya os he dicho que no me deja en paz. Tengo que abandonar este mundo, me echa fuera; por eso cuanto antes sea, mejor. Estoy harto de la vida, y si yo no llego hasta las diez y vosotros os pasáis todavía un par de horas o más parlamentando y luego tardamos otra vez una o dos horas en llegar hasta el Patriarca, me asaltará la fiebre.

—Pero por vuestra fiebre no podemos reunirnos a toda prisa y salir disparados como si fuésemos gansos salvajes —exclamó el procurador—. ¡Tened un poco de consideración, caramba!

—¡Ya, ya! —admitió ahora casi humildemente Bob.

—¡La fiebre es un huésped terrible, míster Wythe! —observó míster Trace, llenándose un vaso—. Y pienso —prosiguió, vaciándolo— que deberíamos darle gusto.

—¿Y vos *squire*, qué opináis? —preguntó el procurador.

—¿Opináis que debemos darle gusto?

—Me parece que el bueno de Bob es realmente un poco inoportuno, demasiado exigente —opinó el juez, meneando la cabeza muy contrariado.

Todos callaron.

—Pero si estáis de acuerdo y os satisface —prosiguió dirigiéndose al ayuntamiento—, y por tratarse de Bob, ¡por tratarse de vos, Bob! —se volvió a éste— considero que tendremos que complaceros.

—¡Os doy las gracias! —dijo visiblemente aliviado Bob.

—¡No me las deis! —gruñó enojado el juez mientras Bob iba hacia la puerta—. ¡No me deis las gracias! Pero ahora id a la cocina, ¿entendéis? Y que os den allí un buen *roastbeef* con guarnición, ¿entendéis?

El juez golpeó la mesa con los nudillos y esperó un instante.

—Un buen *roastbeef* con guarnición para Bob —encargó a Diana al entrar—, y que sea ahora mismo y procurad que se lo coma. Y vestíos de otra manera, Bob, ¿entendéis? Como un ciudadano, no como un piel roja salvaje, ¿entendéis?

Indicó a la negra que se retirase y luego prosiguió dirigiéndose a Bob:

—¡Nada de objeciones, Bob! Os enviaremos el ron, tenéis que comer y beber, hombre, como una criatura sensata, enfrentaros a vuestro destino como un hombre y no como un demente sin seso. No queremos aquí numeritos, ni curas de hambre que os vuelvan aún más loco. Os digo que no daremos

ni un paso si no coméis y bebéis como es debido de los dones de vuestro Dios, que los dejó crecer para los ricos y para los pobres, para los buenos y para los malos, y si no os comportáis y vestís como un ser responsable.

—¡Os doy las gracias! —dijo Bob humildemente.

—¡No me las tenéis que dar, ya os lo he dicho! —gruñó el juez.

Bob se fue, los hombres se quedaron sentados, tan tranquilos como siempre; alguno que otro se levantó a llenar su vaso o a coger un cigarro, pero difícilmente habría adivinado quien hubiese entrado que un ayuntamiento estaba deliberando allí sobre la vida y la muerte. De vez en cuando se oía un murmullo que indicaba que aún no estaban de acuerdo con las inoportunas prisas de Bob, especialmente el alcalde; sin embargo, poco a poco éste pareció ceder también. No obstante, transcurrió todavía bastante tiempo, quizá una hora, antes de que todos hubiesen presentado, expuesto y vuelto a exponer sus puntos de vista, todo en el tono más tranquilo y flemático. No se oía una palabra, una sílaba más alta que el tono de conversación habitual. Cualquiera habría jurado que estaban deliberando los miembros de un coro o una reunión de predicadores, ni siquiera Johnny, que según los juicios unánimes de los presentes, debía de ser un sujeto muy peligroso, era capaz de hacerles perder la calma. Acordaron lincharle, como dicen los lugareños, con la misma tranquilidad que si hubiesen discutido sobre la captura de un mustang.

Después de tomar esa decisión, se pusieron en pie, se acercaron todos una vez más a la mesa, bebieron a la salud del juez y a la mía, nos estrecharon las manos y abandonaron el *parlour* y la casa.

Yo me sentía tan mal después de aquella interminable deliberación que sólo pude mantenerme de pie haciendo un esfuerzo. La rudeza obtusa, la insensibilidad acompañada de ternura de aquella gente me crispaba los nervios. Tomé sin ganas el desayuno, el almuerzo y la cena. Pero también el juez estaba de muy mal humor, aunque el motivo de su descontento era de índole bien distinta, como podrán imaginar fácilmente. Su mal humor se debía a que el ayuntamiento no había aceptado su propuesta de conservar a Bob para el bien común, como él lo llamaba, a que se le hubiese facilitado tanto el ahorcamiento cuando todavía hubiese podido prestar a su país, a la sociedad civil, muy buenos servicios. Que Johnny, el miserable, ruin y traicionero Johnny fuese quitado de en medio era perfectamente justo, pero que también lo fuese Bob le parecía estúpido, obstinado y absurdo. Era inútil recordarle el pecado que había cometido contra la sociedad civil, la ley de Dios y de los hombres; el dedo de Dios, la conciencia vengadora. Bob había pecado contra la sociedad, contra su creador, a ellos correspondía exigir una satisfacción, determinarla y no a él; escabulléndose cobardemente del mundo contra el que había pecado, no servía ni a Dios ni a los hombres. Entre los catorce hombres también había dos que habían huido de los Estados por haber cometido un asesinato, pero ellos llevaban su culpa y su carga como hombres, con la voluntad de expiarlas como hombres, de purgar su culpa luchando contra los mejicanos.

Tuvimos algunas palabras y ya hablamos poco durante todo el día y nos separamos pronto por la noche.

Estábamos a la mañana siguiente desayunando, cuando llegó montado a caballo un hombre vestido correctamente de negro, desmontó y el juez se dirigió a él llamándole Bob. Era efectivamente Bob, aunque estaba irreconocible. En lugar de la tela de saco ensangretada que colgaba la última vez hecha jirones alrededor de su cabeza, llevaba un sombrero; en lugar de la zamarra de cuero y demás prendas, un traje negro decente. La barba también había desaparecido. El hombre tenía todo el aspecto de un *gentleman*. Con la ropa había vestido también a otra persona. Parecía tranquilo, sereno;

su estado de ánimo, resignado, incluso apacible. Con una cierta tristeza en la mirada tendió la mano al juez, que éste estrechó cordialmente y sostuvo en la suya.

—¡Ah, Bob! —dijo—; ¡ay, Bob! Si hubieseis hecho caso de mis consejos. Os hice traer expresamente la ropa de Nueva Orleans para hacer de vos un hombre respetable y decente, al menos los domingos. Cuántas veces me tuve que enfadar para que os la pusieseis y asistieseis con nosotros al *meeting* cuando predicaba míster Bliss. No fue un capricho, caramba, que os mandase hacer ropa. Se equivoca ese refrán que dice que el hábito no hace al monje, pues éste adopta con el nuevo atuendo actitudes nuevas. Si hubieseis adoptado esas actitudes nuevas cincuenta y dos veces al año solamente, se habría producido una ruptura saludable entre Johnny y vos. Mi intención era buena.

Bob no contestó.

—¡Sólo tres veces logré meteros en esa ropa y en los *meetings*!; ¡ay, Bob!

Bob asintió con la cabeza sin decir nada.

—¡En fin, Bob! Hemos hecho todo para convertirlos en una persona como es debido, todo lo que estaba en nuestras manos.

—Eso es verdad —dijo conmovido Bob—; ¡Dios os lo pague!

Ahora sentí respeto por el juez, se lo aseguro, un gran respeto. Le estreché la mano. Asomó a sus ojos una lágrima que él reprimió señalando la mesa con el desayuno.

Bob dio las gracias humildemente y aseguró que deseaba quedar en ayunas, comparecer en ayunas ante su creador y su juez ofendido.

—Nosotros no complacemos a nuestro creador y juez ofendido —respondió el alcalde en tono serio— rechazando los dones que él ha creado para nosotros, sus criaturas, sino disfrutándolos con sensatez. ¡Comed y bebed, hombre! Y por una vez en la vida haced caso a las personas que tienen con vos mejores intenciones que vos mismo.

Ahora se sentó Bob.

Acabábamos de terminar nuestro desayuno cuando llegó el primer grupo de hombres, que desmontó y entró. En sus rostros no se leía más que la impasible flema tejana. Saludaron al juez, a mí y a Bob con indiferencia, sin inmutarse y cuando les trajeron platos y fuentes se sentaron alrededor de la mesa, se sirvieron y comieron y bebieron con un apetito que parecían haber exacerbado al menos durante veinticuatro horas.

Mientras comían, llegaron los demás. Los mismos saludos, la misma muda bienvenida e invitación, el mismo apetito. Durante la media hora que duró el desayuno estoy seguro de que todos juntos no hablaron ni cien palabras y éstas fueron las habituales: «Will you help me, you self...».

Por fin, todos quedaron saciados y el alcalde ordenó a los negros que recogiesen la mesa y abandonasen la sala.

Cuando los negros hubieron hecho ambas cosas, el alcalde tomó asiento en la cabecera de la mesa, a ambos lados del ayuntamiento, delante de este Bob. Yo me había retirado, naturalmente, igual que los dos hombres que habían huido de los Estados por causa de un asesinato.

Poco a poco fueron tomando las caras una expresión que, menos flemática, correspondía más a la seriedad del momento.

—¡Míster Wythe! —tomó el juez la palabra—. ¿Tenéis algo que declarar como procurador?

—¡Sí tengo, alcalde! —respondió el procurador—. Tengo que declarar que, en virtud de la misión que me fue encomendada y de mi cargo, me dirigí al lugar indicado por el llamado Bob Rock y allí encontré el cuerpo de un hombre muerto por herida de bala causada por el rifle de Bob Rock o

como quiera llamarse. Además, un cinturón con dinero y varias cartas y escritos de recomendación dirigidos a diversos plantadores.

—¿Descubristeis quién es el hombre?

—Eso hicimos —respondió el procurador—. A través de las cartas y de los diversos escritos averiguamos que el hombre era un ciudadano de Illinois que se dirigía a San Felipe de Austin donde quería comprar unas tierras al coronel Austin y establecerse allí.

Tras pronunciar estas palabras, el procurador sacó de la bolsa que estaba a su lado un pesado cinturón lleno de dinero, que colocó junto con las cartas sobre la mesa. Las cartas estaban abiertas, el cinturón sellado.

El juez abrió el cinturón, contó el dinero, que sumaba más de quinientos dólares de oro y plata, luego la suma menor que se encontraba en la bolsa que había cogido Bob. Seguidamente el procurador leyó la carta y los escritos.

Después uno de los corregidores informó que tanto Johnny como su mulata habían huido. Él, como corregidor, había seguido su rastro con su destacamento; pero como éste se había dividido, los hombres también se habían dividido, y aunque los habían perseguido durante cincuenta e incluso setenta millas, no habían podido darles alcance.

El juez escuchó el informe muy descontento.

—¡Bob Rock! —exclamó después—. ¡Adelantaos!

Bob se adelantó.

—Bob Rock, o como queráis llamaros, ¿os declaráis culpable de haber matado de un tiro al hombre que llevaba encima esas cartas y ese dinero?

—¡Culpable! —susurró Bob.

—¡Señores del jurado! —volvió a hablar el juez—, ¿queréis retiraros para dar vuestro veredicto?

Los doce se levantaron y abandonaron el *parlour* quedándose solos el juez, yo, Bob y los dos fugitivos. Al cabo de diez minutos entró el jurado con las cabezas descubiertas. El juez se quitó también su bonete.

—¡Culpable! —dijo el portavoz.

—¡Bob! —se dirigió el juez a éste alzando la voz—. ¡Bob Rock, o como queráis llamaros! ¡Vuestros conciudadanos y *pairs* os han declarado culpable y yo pronuncio la sentencia de que seáis colgado por el cuello hasta que estéis muerto! ¡Que Dios se apiade de vuestra alma!

—¡Amén! —dijeron todos.

—¡Gracias! —murmuró Bob.

—Vamos a sellar debidamente el legado del asesinado antes de cumplir nuestro triste deber —dijo el juez.

Llamó a la negra, a la que mandó traer una vela, selló primero personalmente el cinturón y los papeles, luego lo hizo el procurador, por último los corregidores.

—¿Tiene alguno de los presentes algo que objetar a la ejecución de la sentencia dictada? —volvió a tomar la palabra dirigiéndome una mirada inquisitiva.

—¡El me salvó la vida, juez y conciudadanos! —hablé profundamente conmovido—. ¡Me salvó la vida de una manera...!

Los ojos de Bob se quedaron fijos mientras yo hablaba, un profundo suspiro alzó su pecho, pero al mismo tiempo meneó la cabeza.

—¡Vámonos, pues, en nombre de Dios! —dijo el juez.

Sin decir una palabra más, abandonamos todos el *parlour* y la casa y montamos nuestros caballos. El juez había llevado consigo una Biblia con la cual preparó a Bob para la eternidad. Éste le escuchó durante un rato con atención e incluso devoción. Pero al poco tiempo dio muestras de intranquilidad; puso a trotar a su mustang más deprisa y pronto el trote fue tan rápido que empezamos a sospechar que trataba de huir. Pero no era más que el miedo a que la fiebre le asaltase antes de que llegase su fin.

Al cabo de una hora aproximadamente nos encontramos ante el Patriarca.

Sin duda, era un Patriarca, un auténtico Patriarca del mundo vegetal. Sería la atmósfera solemne, la gravedad de la muerte que nos afectaba a todos profundamente, pero todos nos detuvimos ante su presencia como ante una aparición de un mundo superior, sobrenatural. Me pareció como si los espíritus de un mundo invisible susurrasen, se agitasen en aquella obra gigantesca, en aquel prodigio colosal de la naturaleza que tenía tan poco en común con un árbol. Una enorme masa de vegetación de varios cientos de pies de diámetro que se alzaba unos ciento treinta pies, pero de tal manera que no se veía el tronco ni las ramas, ni siquiera las hojas, sólo millones de escamas blancas y verdáceas con innumerables barbas de plata. Esas miles de escamas de plata verdosas brillaban con las innumerables barbas de plata que arriba eran más cortas, abajo más largas, creando formas tan extrañas y fantásticas que a primera vista habríais jurado que cientos e incluso miles de patriarcas os miraban desde sus nichos. Sólo más abajo era más largo y colgaba cerca de cuarenta pies hasta el suelo el conocido musgo español, que aquí no era de un gris sino plateado y ocultaba de una manera tan completa el tronco que varios hombres tuvieron que desmontar para separar las barbas de musgo y abrirnos paso. Una vez dentro de la enorme catedral, transcurrió todavía algún tiempo antes de que, cegados como entramos en la penumbra, pudiésemos contemplar el interior. Los rayos del sol, quebrados por musgo, escamas, hojas y barbas, penetraban verdes, rojos, amarillos y azules como a través de vidrieras, difundiendo la penumbra catedralicia. El tronco era un prodigio aparte de la naturaleza. Elevándose cerca de cuarenta pies antes de ramificarse, tenía tantos y tan grandes salientes y protuberancias que semejaba un peñasco irregular del que partían picachos en todas las direcciones y en los que crecían masas de musgo plateado y barbas, maleza y ramas. Me quedé tan impresionado al ver aquella gigantesca obra de la creación que permanecí varios minutos inmóvil, mirando ensimismado hasta que el murmullo hueco de mis compañeros me hizo volver en mí.

Los hombres se detuvieron debajo de la copa del árbol y formaron un círculo alrededor de Bob. Éste temblaba como una hoja y tenía los ojos clavados en un montón de tierra recién levantada que había a unos treinta pasos del tronco.

Debajo descansaba el asesinado.

¡Pero qué tumba tan magnífica! Ningún poeta podría deseársela o soñarla más hermosa. El césped más delicado, la más majestuosa sepultura natural, con una penumbra eterna, tan maravillosamente entretejida con rayos de arco iris.

Bob, el juez y sus compañeros habían permanecido sentados en sus monturas, pero la mitad de los hombres había desmontado. Uno de los últimos cortó el lazo de la silla de Bob, echó un extremo por encima de una de las ramas más bajas y, atándolo al otro extremo, lo dejó colgar de la rama.

Después de este sencillo procedimiento, el juez se quitó el sombrero y cruzó las manos; los demás siguieron su ejemplo.

—¡Bob! —dijo al hombre que permanecía sin moverse, inclinado sobre el cuello de su mustang—. ¡Bob! Vamos a rezar por vuestra alma, que ha de abandonar vuestro cuerpo pecador.

Bob no oía.

—¡Bob! —volvió a hablar el juez.

Bob se irguió de repente:

—¡Quiero decir algo! —exclamó en un tono enloquecido—. ¡Quiero decir algo...!

—¿Qué tenéis que decir?

Bob miró alrededor con ojos obsesos, sus labios temblaban, pero su mente no debía de estar ya en este mundo.

—¡Bob! —volvió a hablar el juez—. Vamos a rezar por vuestra alma.

—¡Rezad, rezad! —gimió él—. Lo necesitaré.

El juez rezó despacio y en voz alta en un tono conmovido y conmovedor: «Padre nuestro que estás en los cielos»; Bob repetía cada palabra. Cuando llegó a la súplica: «¡Perdónanos nuestras deudas!», su voz gimió desde lo más hondo de su pecho.

—¡Dios se apiade de su alma! —concluyó el juez.

—¡Amén! —dijeron todos.

Uno de los corregidores le colocó la soga alrededor del cuello, otro le vendó los ojos, un tercero le sacó los pies de los estribos, mientras un cuarto se situó alzando la fusta detrás del mustang. Los preparativos se sucedieron de una manera inquietante, silenciosa, siniestra.

Entonces cayó la fusta. El animal dio un salto hacia delante. En el mismo instante Bob trató de agarrar desesperadamente las riendas, y gritó un ¡alto! desgarrador.

Era demasiado tarde, ya colgaba.

El ¡alto! que aulló ahora el juez con rabiosa desesperación suena todavía en mis oídos, aún le veo cómo salió disparado como un loco, arrollando con su caballo al hombre que sujetaba la fusta, cómo se colocó al lado del ahorcado, le tomó en sus brazos alzándole sobre su caballo.

Sujetando con una mano al ahorcado, con la otra tratando de abrir el nudo, la figura gigantesca del juez temblaba presa de un miedo indescriptible. Había algo de aterrador en aquel espectáculo. El procurador, los corregidores, todos se habían quedado petrificados.

—¡Whisky! ¡Whisky! ¿No tiene nadie whisky? —gritó.

Uno de los hombres corrió hacia él con una botella de whisky, otro sujetó el cuerpo del ahorcado, un tercero los pies. El juez le echó algunas gotas en la boca.

Mientras, le miraba con ojos aterrados como si de su despertar dependiese su propia vida. Durante mucho tiempo todos los esfuerzos fueron inútiles; pero el pañuelo del cuello que habían olvidado quitarle había evitado que se le rompiese la nuca; por fin, abrió los ojos extraviados de manera espantosa.

—¡Bob! —murmuró el juez con voz empañada.

Bob le miró con sus ojos extraviados.

—¡Bob! —volvió a murmurar el juez—. Queríais decir algo de Johnny, ¿verdad?

—¡Johnny! —dijo Bob con un hilo de voz—. ¡Johnny!

—¿Qué ocurre con Johnny?

—¡Se fue a San Antonio, Johnny!

—¿A San Antonio? —murmuró el juez.

Su poderoso pecho se alzó como si fuese a estallar, su expresión se endureció.

—¡A San Antonio a ver al padre José! —volvió a susurrar Bob—. ¡Es católico... mucho cuidado con él!

—¡Así que es un traidor! —murmuraron todos atónitos.

—Católico —murmuró el juez

Las palabras parecían dejarle sin fuerzas, el ahorcado cayó de sus brazos, volvió a colgar del lazo. Por un instante el juez se quedó mirando fijamente... a Bob, a los hombres.

—¡Católico! ¡Un traidor!

—¡Un ciudadano y un traidor! ¡Católico! —repitieron los hombres en voz baja.

—¡Así es, señores! —masculló el juez—. Pero no hay tiempo que perder —dijo entre dientes en el mismo tono siniestro, mirándolos fijamente—, no hay tiempo que perder, tenemos que agarrarle.

—¡No hay tiempo que perder, tenemos que agarrarle! —murmuraron todos.

—¡Hay que ir inmediatamente a San Antonio! —volvió a hablar el juez.

—¡A San Antonio! —murmuraron todos como fantasmas, caminando y cabalgando hacia la abertura que habían hecho en los musgos.

Una vez fuera, miraron primero al juez y luego se miraron los unos a los otros con gesto interrogatorio. Los que habían desmontado subieron a sus sillas y partieron a todo galope hacia San Antonio.

El juez se quedó solo, pensativo, pálido como un muerto, los rasgos férreos, los ojos dirigidos fijamente hacia los que se alejaban a toda prisa.

De repente pareció despertar de sus sueños, me agarró del brazo.

—Regresad a casa rápidamente. Tomad a Ptoly y un caballo fresco, dirigios a San Felipe sin pérdida de tiempo y comunicad a Stephan Austin lo que ha sucedido, lo que habéis visto y oído.

—¡Pero juez!

—¡Corred, apretad las espuelas a vuestro caballo sin miramientos si queréis prestar un servicio a Tejas! ¡Llevad a mi mujer y a mi hija a casa!

Con estas palabras me empujó con manos y pies, con todo el cuerpo; su impaciencia daba a sus rasgos un aire tan terrible que hiqué las espuelas a mi mustang, enloquecido.

El caballo salió volando. Cuando al doblar la esquina saliente del bosque me volví a mirar, el juez ya había desaparecido.

Cabalgué todo lo deprisa que pudo mi animal, llegué a casa, tomé a Ptoly, un caballo fresco, partí a galope a San Felipe de Austin, me presenté ante el coronel Austin.

Stephan Austin me escuchó, se puso pálido, mandó ensillar los caballos y avisar a sus vecinos.

Antes de que yo partiese con la mujer y la hijastra del alcalde hacia su casa, salió a todo galope con cincuenta hombres armados rumbo a San Antonio.

Yo me dirigí a la plantación con las dos damas que me habían sido encomendadas, pero apenas llegué allí, caí desmayado.

Una fiebre violenta y ardiente acompañada de salvajes fantasías se apoderó de mí, me llevó al borde de la tumba.

Durante varios días estuve flotando entre la vida y la muerte; finalmente triunfó mi joven naturaleza. Me repuse, pero aunque disfrutaba los cuidados más cariñosos y reconfortantes, no me abandonaban las terribles imágenes, estaban siempre y por todas partes delante de mí. Sólo cuando monté mi mustang y, acompañado por Anthony, el cazador de míster Neal, que, por fin, me había encontrado, partí hacia la plantación de este último, empezaron a surgir ante mí figuras alegres.

Nuestro camino de vuelta pasaba por delante del Patriarca. Innumerables aves de rapiña y de carroña volaban a su alrededor graznando. Aparté los ojos, me tapé los oídos, todo fue en vano; una

fuerza invisible me atraía hacia aquel lugar. Anthony había entrado ya a través de las aberturas que había en los musgos. Su salvaje grito de triunfo sonó desde el interior del árbol.

Con una prisa indescriptible desmonté, conduje mi caballo a través de la abertura, corrí hacia el gigantesco tronco.

A unos cuarenta pies colgaba un cadáver de un lado atado a una rama, la misma de la que había colgado Bob; pero no era él. El ahorcado era de menor estatura. Me acerqué, miré.

—¡Vaya, vaya, un *kaitiff* como no se han visto dos en el mundo! —gruñó Anthony, señalando el cadáver.

—¡Johnny! —grité sobrecogido—. ¡Ése es Johnny!

—Lo era; ya no lo es, a Dios gracias.

Me estremecí.

—¿Pero dónde está Bob?

—¿Bob? —exclamó Anthony—. ¡Ah, Bob! ¡Claro, Bob!

Miré, allí estaba todavía el túmulo que había visto la última vez. Me pareció más grande, más alto y, al mismo tiempo, igual. ¿Yacía Bob debajo, junto a su víctima?

—¿No vamos a prestarle un último servicio a ese miserable Anthony? —pregunté.

—¿Al *kaitiff*? —respondió él—. No quiero envenenar mi mano, que envenene a los buitres. ¡Vámonos!

Y nos fuimos.

EL POBRE MÚSICO

EN Viena, el domingo después de la luna llena del mes de julio de cada año, y también el día siguiente, son una verdadera fiesta popular, si es que una fiesta ha merecido alguna vez tal denominación. Es el pueblo mismo el que asiste y la celebra, y si aparecen personas de más noble condición sólo lo pueden hacer en cuanto forman parte del pueblo. Allí no existe ninguna posibilidad de distinción, por lo menos hace algunos años no existía ninguna.

En este día celebra la Brigittenau, unida en un júbilo ininterrumpido al Augarten, a la Leopoldstadt y al Prater^[47], su consagración eclesiástica. De una Santa Brígida a otra, el pueblo trabajador va contando sus días. Ansiosamente esperada, tiene lugar por fin la fiesta saturnal. Entonces se alborota la bondadosa y tranquila ciudad. Una multitud agitada llena las calles: rumor de pasos, murmullo de conversaciones que se ve sacudido aquí y allá por un fuerte grito. La diferencia de clases ha desaparecido: ciudadano y soldado toman parte en la agitación. A las puertas de la ciudad la aglomeración aumenta. Alcanzada, perdida y nuevamente recuperada, se consigue llegar a la salida con dificultad. Pero en el puente del Danubio se enfrenta uno a nuevos obstáculos. También aquí, vencedoras, discurren finalmente dos corrientes, el viejo Danubio y la agitada ola del pueblo, cruzándose transversalmente por encima y por debajo: el Danubio siguiendo su viejo cauce, y la corriente del pueblo, encauzada por el puente, semejante a un mar amplio y rugiente que se derrama en una inundación que todo lo cubre. Un recién llegado encontraría en estas situaciones motivo de preocupación. Es, sin embargo, la explosión de la alegría, el desenfreno del goce.

Entre la ciudad y el puente ya se han colocado carruajes para los verdaderos hierofantes de esta fiesta de consagración: los hijos de la servidumbre y del trabajo. Abarrotados, y sin embargo a galope, vuelan por encima de la masa humana, que se abre ante ellos y se cierra a su paso, despreocupada e ilesa. Pues en Viena existe una alianza tácita entre hombres y coches: no atropellar, aun yendo a gran velocidad, y no ser atropellado, aun sin estar muy atento.

De segundo a segundo se hace cada vez más pequeña la distancia entre coche y coche. Ya se van mezclando carruajes aislados de la gente más noble en la comitiva a menudo interrumpida. Los coches ya no vuelan. Hasta que cinco o seis horas antes de la noche se condensan en una fila compacta los caballos y las carrozas aislados que, al estorbarse a sí mismos y estorbados por peatones que provienen de todas las calles transversales, contradicen de forma evidente el viejo refrán: «Mejor mal llevado en coche que a pie». Observadas con impertinencia, compadecidas y burladas, permanecen las damas emperifolladas en las carrozas aparentemente quietas. Desacostumbrado a la quietud prolongada, el caballo negro de raza Holstein se rebela, como si quisiera recuperar su camino interrumpido por el coche que le precede, pasando por encima de éste, lo que también parece temer la masa de niños y mujeres gesticulantes de los carruajes plebeyos. El veloz Simon, infiel por primera vez a su naturaleza, calcula rabioso la pérdida que significa el tener que recorrer en tres horas un camino que recorre otras veces en cinco minutos. Riñas, gritos, insultos mutuos de los cocheros, de vez en cuando un latigazo.

Por fin, de la misma manera que en este mundo a cada parada tenaz le sigue un imperceptible

avance, aparece en este *status quo* un rayo de esperanza. Los primeros árboles del Augarten y de la Brigittenau se hacen visibles. ¡Tierra!, ¡tierra!, ¡tierra! Todas las penas se olvidan. Los que han llegado en coche se apean y se entremezclan con los peatones; ecos de una lejana música de baile resuenan coreados por el júbilo de los recién llegados. Y así continúa la cosa, hasta que finalmente el amplio puerto del deleite se abre, y bosque y pradera, música y baile, vino y festín, sombras chinescas y funámbulos, iluminación y fuegos de artificio se unen en un *pays de cocagne*, un El Dorado, un auténtico país de Jauja que afortunada o desafortunadamente, según se mire, sólo dura este día y el siguiente, y luego desaparece como el sueño de una noche de verano y permanece únicamente en el recuerdo y, en cualquier caso, en la esperanza.

Yo no suelo faltar a esta fiesta. Soy un amante apasionado de los seres humanos, especialmente del pueblo, de tal manera que a mí, como autor dramático, me parece infinitamente más interesante, e incluso más educativo, el desbordamiento sin consideraciones de un teatro repleto que el juicio sutil de un matador literario, mutilado en cuerpo y alma e hinchado, como una araña, con la sangre que ha chupado a los autores. Como un amante de los seres humanos, digo, especialmente cuando, inmerso en la masa, olvida los objetivos individuales y se siente como parte de un todo en el que, al fin y al cabo, se encuentra lo divino; por ello, toda fiesta popular significa para mí una fiesta del alma, una peregrinación, una devoción. Como un Plutarco desenrollado, inmenso, que haya saltado del marco del libro, adivino en los rostros alegres o secretamente preocupados, en los andares vivos o apagados, en el comportamiento diverso de los miembros de la familia, en las manifestaciones individuales, medio involuntarias, la biografía de los hombres desconocidos y, en verdad, no se puede entender a los famosos cuando no se ha palpado a los anónimos. Desde el altercado de los vendedores ambulantes, alterados por el vino, se teje un invisible pero ininterrumpido hilo hasta la disputa de los hijos de los dioses, y en la joven doncella que, medio en contra de su voluntad, sigue al pretendiente que la acosa lejos del bullicio de los danzantes, se encuentra el embrión de las Julietas, las Didos y las Medeas.

También hace dos años me uní a pie y siguiendo mi costumbre a los voluptuosos visitantes de la fiesta. Ya estaban superadas las dificultades principales y me encontraba precisamente al final del Augarten, ante mí la ansiada Brigittenau. Aquí todavía se debe librar una batalla, si bien es la última. Una calzada estrecha constituye el único punto de unión de ambos lugares de diversión, cuya frontera común está señalada por un portón de madera con rejas que se encuentra en medio. En los días corrientes y para paseantes normales, este camino de unión ofrece un espacio excesivo; pero en la fiesta de consagración su anchura multiplicada por cuatro aún sería insuficiente para la multitud infinita que, violentamente empujada y atravesada por los que regresan en sentido contrario, sólo se desenvuelve al final de forma soportable, gracias a la bondad de los que se dirigen a divertirse.

Me había abandonado al paso de la multitud y me encontraba a mitad de la calzada, ya en suelo clásico, obligado desgraciadamente a nuevas paradas, empujones y esperas. Así pues, tenía tiempo suficiente para observar lo que se encontraba junto al camino. Precisamente para que a la multitud sedienta de diversión no le faltara un anticipo de la dicha que esperaban, se habían colocado a la izquierda, en la pendiente de la elevada calzada, algunos músicos aislados que, probablemente asustados por la enorme competencia, querían cosechar ya en los propileos la generosidad aún no desgastada de los primeros visitantes. Una arpista con una repugnante mirada vidriosa. Un viejo inválido con una pata de palo que con un instrumento monstruoso, evidentemente construido por él mismo, mitad cítara y mitad organillo, quería que los dolores de su herida se transmitieran a la

compasión general. Un muchacho paralítico, contrahecho, que formaba con su violín un ovillo indiferenciable y que tocaba un interminable vals con toda la vehemencia agitada de su pecho deforme. Finalmente (y él atrajo toda mi atención) un hombre viejo, de unos setenta años, con un sobretodo deshilachado pero no sucio, con gesto sonriente y satisfecho. Mostrando su cabeza descubierta y calva, estaba allí, siguiendo la costumbre de estas gentes, con el sombrero colocado en el suelo a modo de alcancía y tocaba un viejo violín, rajado por todas partes, marcando al mismo tiempo el compás no sólo levantando y posando el pie, sino también inclinando todo el cuerpo rítmicamente. Pero todo ese esfuerzo para prestar unidad a su ejecución era infructuoso, pues lo que tocaba parecía una sucesión inconexa de tonos sin compás y sin melodía. Estaba totalmente inmerso en su actividad: los labios le temblaban, y los ojos miraban fijamente la partitura que se encontraba ante él. ¡Sí, en verdad era una partitura! Pues mientras los otros músicos tocaban desigualmente, cosa que era de agradecer, abandonándose a su memoria, el anciano había colocado ante sus ojos, en medio del bullicio, un atril pequeño y fácilmente transportable con unas partituras sucias y manoseadas que debían de contener en el más bello orden aquello que él tocaba de forma tan incoherente. Precisamente lo inusual de estos pertrechos fue lo que llamó mi atención, de la misma manera que también ocasionaba la hilaridad de la muchedumbre, que se reía de él y dejaba vacío el sombrero colocado para recibir limosnas, mientras que el resto de la orquesta se embolsaba numerosas monedas de cobre. A fin de poder observar con comodidad a aquel tipo raro, me coloqué a alguna distancia en la pendiente lateral de la calzada. Siguió tocando durante algún tiempo. Por fin dejó de hacerlo y dirigió la mirada, como volviendo en sí después de una larga ausencia, hacia el firmamento, que empezaba a mostrar las huellas del cercano crepúsculo; después miró hacia su sombrero, lo encontró vacío, se lo puso con una inalterada alegría y colocó el arco entre las cuerdas; *Sunt certi denique fines*, dijo; y entonces cogió su atril y comenzó a caminar trabajosamente en sentido contrario al de la multitud que se dirigía a la fiesta, como uno que regresa al hogar.

Toda la personalidad del viejo estaba hecha para excitar al máximo mi enorme hambre antropológica. La figura miserable y sin embargo noble, su invencible serenidad, tanto celo artístico y tanta torpeza; el hecho de que regresara a casa precisamente a una hora en la que para sus semejantes comenzaba la verdadera cosecha, y finalmente las pocas palabras latinas pronunciadas con la acentuación exacta y con toda soltura. El hombre había gozado, así pues, de una educación esmerada, había adquirido conocimientos y ahora... ¡era un músico ambulante! Temblaba de curiosidad por conocer su historia.

Pero ya se había alzado entre nosotros una espesa muralla humana. Pequeño como era y molestando por todas partes a causa del atril que llevaba en la mano, los unos le empujaban hacia los otros, y cuando él ya había alcanzado la verja de salida, yo todavía luchaba en medio de la calzada con la multitud que avanzaba en dirección contraria. De esta manera lo perdí de vista, y cuando por fin llegué a un lugar tranquilo ya no se veía ni rastro del músico.

La fallida aventura me había hecho perder el gusto por la fiesta popular. Exploré el Augarten en todas direcciones y finalmente decidí regresar a casa.

Cuando llegué a la proximidad de la portezuela que conduce desde el Augarten hasta la calle Tabor, oí de pronto otra vez el familiar sonido del viejo violín. Aceleré mis pasos y, ¿qué veo?, el objeto de mi curiosidad estaba ahí tocando con todas sus fuerzas, rodeado de algunos chiquillos que le exigían impacientemente que tocara un vals. «¡Toca un vals!», gritaban, «un vals, ¿es que no oyes?». El viejo seguía tocando el violín, aparentemente sin hacerles caso, hasta que el grupo de

espectadores lo abandonó, denostándolo y burlándose de él, y arremolinándose alrededor de un organillero que había colocado su instrumento al lado.

—Usted no quiere bailar —dijo, consternado, el viejo, mientras recogía sus instrumentos musicales.

Yo me había situado muy cerca de él.

—Es que los niños no conocen más bailes que el vals —dije.

—Yo estaba tocando un vals —replicó señalando con el arco el pasaje de la partitura que había estado interpretando antes—. También hay que tocar tales cosas para la multitud. Pero los niños no tienen oído —dijo mientras meneaba melancólicamente la cabeza.

—Déjeme al menos reparar esa ingratitud —dije sacando una moneda de plata de mi bolsillo y ofreciéndosela.

—¡Por favor, por favor! —gritó el viejo al mismo tiempo que movía las manos con rechazo—. ¡En el sombrero, en el sombrero!

Coloqué la moneda en el sombrero situado ante él, del cual la sacó inmediatamente, guardándosela muy contento.

—Esto significa regresar a casa por una vez con una buena ganancia —dijo sonriendo satisfecho.

—Precisamente por eso —dije—. Usted me recuerda un detalle que ya antes había llamado poderosamente mi atención. Su ganancia de hoy no parece ser la mejor y, sin embargo, se marchó usted en el momento en el que precisamente comienza la cosecha. La fiesta se prolonga, como usted bien sabe, durante toda la noche, y usted podría ganar más que en ocho días de los corrientes. ¿Cómo me puedo explicar yo esto?

—¿Que cómo se puede explicar esto? —replicó el viejo—. Discúlpeme, yo no sé quién es usted, pero tiene que ser un señor caritativo y amigo de la música —mientras decía esto sacó la moneda de plata de su bolsillo y la apretó con sus manos contra el pecho—. Quiero explicarle las causas, aunque a menudo se han reído de mí por ello. En primer lugar, no he sido nunca un trasnochador, y tampoco considero que sea justo animar a los demás por medio del juego y de la música a cometer una falta tan repulsiva; en segundo lugar, el hombre debe mantener en todas las cosas cierto orden, pues de lo contrario cae en el salvajismo y el desenfreno. Y en tercer lugar, finalmente, señor, yo toco todo el día para la gente bulliciosa y apenas me gano el pan con ello; pero la noche me pertenece a mí y a mi pobre arte. Por las noches permanezco en mi casa y —en este momento bajó el tono, su cara enrojeció y sus ojos se dirigieron al suelo— entonces toco guiado por la imaginación, para mí, sin partitura. Improvisar, creo que se llama esto en los libros de música.

Ambos nos quedamos callados. Él, avergonzado por haber revelado su íntimo secreto; yo, lleno de asombro al escuchar hablar de los grados máximos del arte a un hombre que ni siquiera era capaz de reproducir el más simple vals de una manera comprensible. Entre tanto se había preparado para marcharse.

—¿Dónde vive usted? —pregunté—. Quisiera asistir alguna vez a sus solitarios ejercicios.

—Oh —replicó casi suplicante—. Usted sabe que la oración debe hacerse en privado.

—Bueno, pues entonces quisiera visitarlo alguna vez de día —dije.

—De día —contestó— busco mi sustento entre la gente.

—Entonces por la mañana.

—Casi parece —dijo el anciano sonriendo— como si usted, apreciado señor, fuera el obsequiado, y yo, si me permite decirlo, el benefactor; tan amable es usted y tan desagradable me muestro yo. Su

distinguida visita será siempre para mi hogar un honor; sólo le rogaría que me anuncie el día de antemano, para no hacerle perder el tiempo a usted y para que yo no me vea obligado a interrumpir inadecuadamente una tarea ya comenzada en este momento. Mi mañana también tiene su reglamento. Considero que, en todo caso, es mi deber ofrecer a mis benefactores y protectores una compensación no del todo indigna a su dádiva. Yo no quiero ser un pordiosero, estimado señor. Sé muy bien que el resto de los músicos callejeros se conforman con tocar algunas canciones aprendidas de memoria, vales alemanes e incluso melodías de canciones groseras, comenzando una y otra vez la misma pieza, de tal manera que les dan limosna para librarse de ellos o porque su interpretación revive el recuerdo de alegrías experimentadas en el baile o de otros deleites no lícitos. Por eso tocan de memoria y se equivocan de vez en cuando, o a menudo. Pero está muy lejos de mí el engaño. Por eso, en parte porque mi memoria no es precisamente la mejor, en parte porque a cualquiera le sería difícil recordar nota por nota complicadas piezas de valiosos compositores, me he pasado a limpio yo mismo estos cuadernos.

Y al mismo tiempo me señalaba, hojeándolo, su libro de partituras, en el que aprecié, horrorizado, con letra cuidadosa pero tremendamente rígida, composiciones extremadamente difíciles de antiguos maestros famosos, totalmente negras de secuencias y acordes dobles. ¡Y tales composiciones tocaba el anciano con sus torpes dedos!

—Tocando estas piezas —prosiguió— demuestro mi admiración hacia aquellos maestros apreciados por su profesión y sus méritos que murieron hace tiempo, me hago bien a mí mismo y vivo con la agradable esperanza de que la ofrenda que se me da con clemencia no quede sin compensación al ennoblecer el gusto y el corazón del auditorio, por lo demás tan irritado y desconcertado por todas partes. Pero ya que tal cosa —al mismo tiempo sus rasgos se cubrieron con una sonrisa presuntuosa— requiere su dominio, dedico las horas de la mañana exclusivamente a este ejercicio para conseguirlo. Las tres primeras horas del día a la práctica, el mediodía a ganar el pan, y la tarde a mí y al buen Dios, lo que no es un innoble reparto —dijo, y al mismo tiempo le brillaban los ojos como si estuvieran húmedos; sin embargo, reía.

—Bien —contesté—, entonces una mañana de éstas le sorprenderé. ¿Dónde vive usted?

Me dijo que en la Gärtnerstrasse.

—¿En qué número?

—El número treinta y cuatro, en el primer piso.

—¿De verdad? —dije yo—. ¿En el piso de la gente elegante?

—La casa —replicó él— tiene en realidad sólo un bajo; pero arriba, junto a la buhardilla, hay un pequeño cuarto, y allí vivo con dos aprendices.

—¿Una habitación para tres?

—Está dividida —repuso—, y yo tengo mi propia cama.

—Se está haciendo tarde —dije— y usted quiere irse a casa. Así pues, ¡hasta la vista! —y al mismo tiempo metí la mano en el bolsillo para doblar la cantidad de dinero que le había dado antes. Él, sin embargo, cogiendo con una mano el atril y con la otra el violín, exclamó precipitadamente:

—Es lo que humildemente no debo consentir. Los honorarios por mi interpretación ya me han sido dados con creces, y por el momento no soy consciente de otro mérito.

Al mismo tiempo me hizo con elegante agilidad una reverencia bastante desmañada y se alejó todo lo rápido que le permitían sus viejas piernas.

Como ya he dicho antes, había perdido las ganas de participar por más tiempo en aquella fiesta

popular, y por eso me dirigí a casa, tomando el camino hacia la Leopoldstadt. Y agotado por el polvo y el calor, entré en una de las numerosas posadas que allí existen y que en los días normales están repletas de gente, pero que hoy había cedido su clientela a la Brigittenau. La tranquilidad del lugar, a salvo de la ruidosa multitud, me hizo bien, y me abandoné a diversos pensamientos entre los cuales no ocupaba un pequeño lugar el viejo músico. Se había hecho de noche cuando por fin pensé en regresar a casa; dejé el importe de mi cuenta sobre la mesa y me dirigí a la ciudad.

El viejo había dicho que vivía en la Gärtnerstrasse.

—¿Se encuentra aquí cerca la Gärtnerstrasse? —pregunté a un chiquillo que corría por la calle.

—¡Allí, señor! —replicó señalando una calle transversal que, alejándose de la masa de casas del suburbio, se extendía en dirección al campo abierto. Seguí aquella dirección. La calle estaba formada por casitas dispersas que, rodeadas de huertos, dejaban constancia evidente de la ocupación de sus habitantes y del origen del nombre de la calle^[48]. ¿En cuál de aquellas chozas miserables vivía mi extravagante anciano? Había olvidado felizmente el número de la casa, y era casi imposible reconocer cualquier número en la oscuridad. En ese momento pasó a mi lado un hombre cargado pesadamente con utensilios de cocina.

—Ya está otra vez el viejo rascando el violín —rezongó— y molestando a la gente en su descanso nocturno.

Al mismo tiempo, mientras avanzaba, me llegó al oído el sonido largamente sostenido de un violín que parecía venir de la claraboya abierta de una casa modesta un poco alejada, que, baja y sin pisos como las otras, se diferenciaba de éstas por aquella ventana abuhardillada situada en los límites del tejado. Permanecí quieto. Un tono bajo, pero mantenido con determinación, creció hasta hacerse intenso, se hizo luego más sutil y se apagó para volverse a elevar rápidamente hasta los sonidos más estridentes, repitiendo siempre el mismo tono con una especie de detenimiento gozoso. Finalmente hubo un intervalo. Era la cuarta. Si el intérprete se había deleitado anteriormente haciendo sonar un único tono, ahora atacaba el, por así decirlo, voluptuoso gusto de esta posibilidad armónica de forma irregular. Tomándola a saltos, tocándola con suavidad, unida a la escala intermedia de forma en extremo torpe, marcando la tercera, repitiéndola. La quinta unida a esto, unas veces con sonido tembloroso, como un llanto tranquilo, sostenido, luego repetido eternamente con una rapidez vertiginosa, siempre los mismos acordes, siempre los mismos tonos. ¡Y a esto llamaba el anciano improvisar! En el fondo, desde luego, se trataba de una improvisación para el intérprete, pero no para el oyente.

No sé cuánto pudo durar aquello y en qué grado era desagradable, pero de repente se abrió la puerta de la casa y un hombre vestido tan sólo con la camisa y el pantalón desabrochado salió desde el dintel de la puerta hasta la mitad de la calle y gritó hacia la ventana: «¿Es que hoy no piensa terminar nunca?». La voz denotaba indignación, pero no era de ninguna manera dura u ofensiva. El violín calló antes de que hubiera terminado la frase. El hombre entró de nuevo en la casa, la ventana se cerró y en seguida me vi rodeado de un silencio mortal no interrumpido por ningún sonido. Tomé el camino hacia casa intentando orientarme por aquellas callejuelas desconocidas, ejecutando también improvisaciones en mi cabeza, pero sin molestar a nadie.

Las horas de la mañana han tenido siempre para mí un valor especial. Es como si tuviera la necesidad de santificar de alguna manera, mediante una ocupación noble o significativa en las primeras horas, el resto del día. Por esta razón me decido con dificultad a abandonar mi cuarto por la mañana, y cuando me veo obligado a hacerlo sin una causa perfectamente válida, el resto del día sólo

me queda elegir entre una aturrida disipación o una melancolía mortificante. Así sucedió que fui retrasando durante algunos días la visita al viejo, que debía tener lugar en las horas matutinas, tal y como habíamos acordado. Por fin la impaciencia se apoderó de mí. Me fue fácil encontrar la calle y la casa. Esta vez, los tonos del violín se podían escuchar también, pero apagados por la ventana cerrada, de tal manera que apenas se distinguían. Entré en la casa. La mujer de un jardinero, enmudecida de asombro, me señaló la escalera. Llegué ante una puerta baja y medio cerrada, di unos golpes y no obtuve ninguna respuesta, así que giré el picaporte y entré. Me encontraba en un cuarto bastante espacioso, pero por lo demás tremendamente miserable, cuyas paredes seguían por todas partes los contornos del tejado puntiagudo. Junto a la puerta, una cama sucia, desagradablemente revuelta; enfrente de mí, junto a una estrecha ventana, un segundo lecho, miserable pero limpio y cuidadosamente hecho y cubierto. Frente a la ventana había un pequeño escritorio con papel pautado y útiles de escribir; en la ventana, un par de macetas. La mitad de la habitación de pared a pared estaba señalada en el techo con un trazo de tiza grueso, y no se puede pensar que exista una diferencia tan grande entre suciedad y limpieza como la que dominaba a los dos lados de la línea de ese ecuador de un mundo en pequeño.

Junto a esa separación el anciano había colocado su atril y estaba delante de él, pulcramente vestido, y ensayaba. Ya he hablado hasta la saciedad de las desarmonías de mi favorito (y pienso que sólo mío), y por tanto quiero ahorrar al lector la descripción de este concierto infernal. Dado que el ejercicio consistía en su mayor parte en pasajes sueltos, no era posible reconocer la pieza, lo que, por lo demás, no hubiera podido hacerse con facilidad. Un breve tiempo de escucha me hizo reconocer finalmente el hilo de ese laberinto, por así decir, el método en la locura. El viejo disfrutaba mientras tocaba. Pero su concepto no distinguía más que dos elementos, la eufonía y la cacofonía; la primera le alegraba, o mejor dicho, le embelesaba, mientras que rehuía hasta el límite final la última, aun la que estaba fundamentada armónicamente. En una pieza musical, en lugar de acentuar el sentido y el ritmo, destacaba y alargaba las notas e intervalos agradables al oído, e incluso no tenía ningún reparo en repetirlos arbitrariamente, y en aquellos momentos su rostro adquiría una expresión de éxtasis. Como al mismo tiempo terminaba las disonancias lo antes posible, y además interpretaba los pasajes difíciles para él en un tiempo demasiado lento, pues su minuciosidad no le permitía saltarse ni una nota, uno puede fácilmente hacerse una idea de la confusión que todo esto producía. Incluso para mí era demasiado. Intentando sacarlo de su ensimismamiento, dejé caer de nuevo intencionadamente el sombrero, después de haberlo intentado repetidas veces sin éxito. El anciano se sobresaltó, sus rodillas comenzaron a temblar y apenas podía sostener el violín inclinado hacia el suelo. Me aproximé.

—¡Oh, es usted, señor! —dijo volviendo en sí—. No había contado con el cumplimiento de su apreciada promesa.

Me instó a que me sentara, recogió los útiles, los colocó y dirigió una mirada turbada hacia la habitación; luego cogió un plato colocado encima de una mesa que estaba junto a la puerta de entrada y salió con él. Le oí hablar fuera con la mujer del hortelano. Poco después regresó, confuso, escondiendo el plato a sus espaldas y colocándolo sigilosamente de nuevo en su sitio. Probablemente había pedido fruta para obsequiarme, pero no la había conseguido.

—Tiene una vivienda muy bonita —le dije para poner fin a su turbación.

—El desorden ha sido proscrito. Toma la retirada hacia la puerta, aunque todavía no ha salido por el umbral. Mi vivienda sólo llega hasta la raya —dijo el viejo señalando al mismo tiempo la línea de

tiza en medio del cuarto—. Allí viven dos aprendices.

—¿Y ellos respetan la delimitación?

—Ellos no, pero yo sí —respondió—. Sólo la puerta es común.

—¿Y no le molesta su vecindad?

—Apenas —dijo—. Vienen por la noche tarde a casa, y si me molestan un poco cuando duermo, el placer de volver a quedarme dormido es mayor. Por la mañana los despierto yo cuando pongo mi habitación en orden. Entonces protestan un poco y después se van.

Yo lo había observado entre tanto. Iba vestido de forma extremadamente pulcra, su figura era bastante buena para sus años, sólo tenía las piernas un poco cortas. Sus manos y sus pies eran de una llamativa delicadeza.

—Usted me mira —dijo—. ¿Y qué piensa mientras lo hace?

—En que estoy deseoso de conocer su historia —respondí.

—¿Historia? —repitió—. No tengo ninguna historia. Hoy como ayer y mañana como hoy, pasado mañana también, y más allá, ¿quién puede saberlo? Sin embargo, Dios proveerá. Él lo sabe.

—Su vida actual puede ser bastante uniforme —proseguí—, pero su existencia anterior, ¿cómo fue que...?

—¿Que me hiciera músico? —me interrumpió en la pausa que yo había hecho involuntariamente.

Entonces le conté cómo me había llamado la atención su figura desde el primer momento; la impresión que me habían hecho aquellas palabras pronunciadas en latín.

—¿En latín? —repitió—. ¿En latín? Naturalmente lo aprendí en alguna ocasión, o más bien debería haberlo aprendido. *Loqueris latine?* —dijo volviéndose hacia mí—. Pero no podría proseguir. Hace ya demasiado tiempo de aquello. ¿Eso es lo que usted llama mi historia? ¿Cómo fue? Ah, sí, me han sucedido muchas cosas, nada especial, pero desde luego muchas cosas. Me gustaría contármelo a mí mismo alguna vez. Si es que no me he olvidado del todo. Aún es pronto —prosiguió mientras se metía la mano en el bolsillo de reloj en el que, como era de suponer, no había ningún reloj.

Saqué el mío; no eran aún las nueve.

—Tenemos tiempo, y casi me apetece charlar.

En estos últimos momentos parecía menos cohibido. Su figura se alargó. Me tomó, sin demasiadas consideraciones, el sombrero de la mano y lo colocó sobre la cama, cruzó una pierna sobre la otra y adoptó la cómoda postura de un narrador.

—Usted ha oído hablar sin duda —comenzó— del consejero ***.

Y pronunció el nombre de un político que en la segunda mitad del siglo pasado, bajo el modesto cargo de jefe de negociado, tuvo una enorme influencia, casi parecida a la de un ministro. Confirmé mi conocimiento del hombre.

—Era mi padre —continuó.

¿Su padre? ¿El padre del viejo músico, del mendigo? ¿Había sido su padre aquel hombre influyente y poderoso? El anciano no pareció advertir mi asombro, y prosiguió, con gozo visible, el hilo de su narración.

—Yo era el mediano de tres hermanos que llegaron muy lejos como funcionarios del Estado, pero que ya hace tiempo que están muertos; yo soy el único que vive —dijo tirando de sus raídos pantalones y deshilachándolos con los ojos entornados—. Mi padre era un hombre ambicioso y enérgico. Mis hermanos se parecían a él. A mí me llamaban lento: y era lento. Si me acuerdo bien —

prosiguió, inclinando la cabeza sobre la mano izquierda, como mirando hacia un horizonte lejano—, si me acuerdo bien, hubiera podido aprender múltiples cosas sólo con que me hubieran concedido tiempo y orden. Mis hermanos saltaban como gamuzas de roca en roca sobre las materias de estudio. Yo, sin embargo, no podía dejar nada atrás, y cuando me faltaba una sola palabra, tenía que empezar desde el principio. Así, siempre me sentía atosigado. Lo nuevo tenía que ocupar el sitio que lo viejo aún no había abandonado, y por eso comencé a tartamudear. De esta manera me hicieron aborrecer la música, que ahora es la alegría y el báculo de mi vida. Cuando por las noches, en la penumbra, cogía el violín para divertirme a mi manera, sin partitura, me arrebatában el instrumento y decían que esa actividad entorpecía la aplicación, se quejaban de que era un martirio para el oído y me remitían a las horas de clase, que para mí constituían una tortura. Nunca he odiado tanto en mi vida, nada ni a nadie, como odiaba entonces mi violín.

»Mi padre, descontento en extremo, me reñía muy a menudo y me amenazaba con obligarme a aprender un oficio. Yo no me atrevía a decir lo feliz que eso me hubiera hecho. Me hubiera encantado ser tornero o cajista. Pero él no me lo hubiera consentido por orgullo. Finalmente, fue decisivo el resultado del examen público en la escuela, al que se había convencido a mi padre de que asistiera para tranquilizarlo. Un profesor falto de escrúpulos determinó de antemano lo que me iba a preguntar, y de esta manera todo marchó a las mil maravillas. Solamente al final (había que recitar de memoria algunos versos de Horacio) me faltó una palabra. Mi profesor, que me escuchaba con la cabeza inclinada y sonriendo a mi padre, salió en mi ayuda y me susurró la palabra. Yo, sin embargo, que buscaba la palabra en mi interior y en conexión con el resto, no la oí. La repitió varias veces, pero fue en vano. Finalmente mi padre perdió la paciencia. “*Cachinum!*” (ésa era la palabra) gritó en tono atronador. Había sucedido. Sabía una cosa, pero me había olvidado del resto. Todos los esfuerzos para encarrilarme fueron inútiles. Tuve que levantarme avergonzado, y cuando, de acuerdo con la costumbre, fui a besarle la mano a mi padre, él me rechazó, se incorporó, saludó a la concurrencia con una leve inclinación y se fue. *Ce gueux* —me insultó llamándome lo que no era en aquel entonces, pero lo que ahora soy. ¡Los padres profetizan cuando hablan! Por lo demás, mi padre era un hombre bueno. Sólo demasiado enérgico y ambicioso.

»A partir de ese día ya no habló una palabra más conmigo. Sus órdenes me eran transmitidas por los otros habitantes de la casa. De esta manera me comunicó al día siguiente que mis estudios habían terminado. Me asusté tremendamente, pues sabía cuánta amargura le causaría aquello a mi padre. No hice otra cosa durante el día que llorar y, de vez en cuando, recitar aquellos versos en latín, que ahora me sabía al dedillo, con todos los anteriores y posteriores. Prometí compensar mi falta de talento con aplicación si me permitía seguir asistiendo a la escuela, pero mi padre nunca se volvía atrás cuando había tomado una determinación.

»Durante algún tiempo permanecí desocupado en la casa paterna. Finalmente intentaron meterme en un negociado de contabilidad, pero las cuentas nunca habían sido mi fuerte. Rechacé con repugnancia la propuesta de entrar en el ejército. Todavía hoy no puedo ver un uniforme sin estremecerme interiormente. Que se proteja a parientes queridos aun con peligro de la propia vida es sin duda bueno y comprensible; pero el derramamiento de sangre y la mutilación como estado y ocupación, en ningún caso. ¡No, no, y no!

Y según decía esto se tocaba los brazos con las manos, como si sintiera en ellos punzantes heridas propias y ajenas.

—Finalmente, entré en la Cancillería como copista. Allí me encontraba muy bien. Siempre me

había gustado escribir, y aún hoy no conozco entretenimiento mejor que, provisto de buena tinta y buen papel, ir configurando con trazos perfilados palabras o letras tan sólo. Las notas musicales son extraordinariamente bellas, pero entonces todavía no pensaba en la música para nada. Era aplicado, pero demasiado temeroso. Un signo de diferenciación mal hecho^[49], una palabra olvidada en el texto, aun cuando se pudiera comprender la frase, me hacían pasar horas amargas. En la duda de atenerme exactamente al original o de añadir ideas propias, pasaba el tiempo lleno de miedo, y se me atribuyó la fama de descuidado, en tanto que yo me torturaba en el trabajo como nadie. Así pasé algunos años, además sin sueldo; cuando llegó la hora del ascenso, mi padre dio en el Consejo su voto a otro, y los restantes le hicieron caso por miedo.

»En esta época... ¡Mire —se interrumpió—, pues sí que es una historia! ¡Contemos, pues, la historia! En esta época tuvieron lugar dos acontecimientos: el más triste y el más alegre de mi vida. Mi alejamiento de la casa paterna y el retorno a mi querida música, a mi violín, que me ha sido fiel hasta el día de hoy. Vivía en casa de mi padre, olvidado por sus habitantes, en una habitación interior que daba al patio vecino. Al principio comía con toda la familia, sin que nadie me dirigiera la palabra. Sin embargo, cuando mis hermanos fueron destinados fuera y mi padre estaba invitado casi diariamente —mi madre había muerto hacía ya tiempo—, se consideró que era una incomodidad cocinar para mí sólo. El servicio recibía dietas, y yo también, pero no se me entregaban en mano, sino que se pagaban mensualmente a la fonda donde comía. Por eso estaba poco en mi habitación, si exceptuamos las horas de la tarde, puesto que mi padre me exigía que estuviera en casa media hora después del cierre de la Cancillería. Entonces permanecía allí sentado y, a causa de mi vista ya entonces débil, me quedaba en la oscuridad, sin encender la luz. Pensaba en esto y en aquello y no me sentía ni alegre ni triste.

»Cuando estaba allí sentado, oía en el patio vecino a alguien que entonaba una canción. Mejor dicho varias canciones, entre las cuales, sin embargo, una me complacía especialmente. Era tan sencilla, tan conmovedora, y la cantante ponía el énfasis justamente en el lugar exacto de tal manera, que no era necesario estar atento a la letra. En general, creo que la letra estropea la música.

En ese momento abrió la boca y emitió algunos tonos roncros y ásperos.

—Por naturaleza no tengo voz —dijo, y cogió el violín.

Tocó, y esta vez lo hizo con la expresión exacta, reproduciendo la melodía de una canción agradable, por lo demás no especialmente buena, mientras que los dedos le temblaban en las cuerdas y algunas lágrimas comenzaban a correr por sus mejillas.

—Ésta era la canción —dijo, abandonando el violín—. Yo la oía cada vez con un placer renovado. Y aun teniéndola viva en mi memoria, nunca conseguía repetir con la voz dos tonos de ella. De tanto oírla, se apoderó de mí la impaciencia. En aquel momento descubrí de nuevo mi violín, que desde mi juventud estaba colgado en la pared, como un arma antigua. Lo cogí y, quizás porque el criado lo había utilizado en mi ausencia, lo encontré bien templado. Cuando rocé las cuerdas con el arco, señor, me sentí como si los dedos de Dios me hubieran tocado. El tono penetró en mi interior y salió nuevamente de él. Era como si el aire de la habitación estuviera preñado de embriaguez. La canción del patio y los tonos de mis dedos llegaban a mis oídos, copartícipes de mi soledad. Caí de hinojos y oré en voz alta, y no podía comprender que yo hubiera despreciado esa maravillosa obra de Dios, incluso que la hubiera odiado en mi infancia, y besé el violín y lo apreté contra mi corazón y seguí tocando sin parar. La canción del patio (era una mujer la que cantaba) sonaba de continuo: sin embargo, seguir el ritmo con el violín no era tan fácil.

»No tenía la canción en partitura. Además me di cuenta de que había olvidado bastante lo poco que una vez supe del arte de tocar el violín. Por eso no sabía tocar una cosa u otra, sino sencillamente tocar. Aunque a mí el “qué” de la música, con excepción de aquella canción, siempre me ha sido bastante indiferente y me lo sigue siendo hasta hoy en día. Tocan a W. A. Mozart y a Sebastian Bach, pero nadie interpreta con su instrumento al buen Dios. La benevolencia y gracia eternas del tono y el sonido, su milagrosa coincidencia con el oído sediento y ansioso, el hecho de que —prosiguió en voz baja y sonrojado— el tercer tono armonice con el primero, y el quinto con éste mismo, y que la *nota sensibilis* ascienda como una esperanza cumplida; que la disonancia sea evitada como una maldad premeditada o un orgullo desmedido, y el milagro de la combinación y la inversión, por medio de las cuales los segundos llegan a la gracia en el seno de la armonía. Todo esto me lo explicó, aunque mucho más tarde, un músico. Y de lo que no entiendo nada es de que la fuga y el contrapunto, y el canon *a due*, *a tre* y así sucesivamente, formen una estructura celestial, y se combinen, uniéndose sin mortero y sostenidos por la mano de Dios. De esto no quiere saber nada nadie, exceptuando a unos pocos. Más bien estorban este inspirar y expirar de las almas mediante la adición de palabras que han de ser pronunciadas, como los hijos de Dios se unieron con las hijas de la tierra. Señor —concluyó finalmente— el habla es necesaria para el hombre como la comida, pero también se debería conservar la bebida pura, pues ésa viene de Dios.

Casi no reconocía yo a mi hombre con esa vitalidad que demostraba. Se detuvo un momento.

—¿En qué parte de mi historia me había quedado? —dijo finalmente—. ¡Ah, sí!, en la canción y en mis intentos de reproducirla. No lo lograba. Me acerqué a la ventana para escuchar mejor. En ese momento, la mujer que cantaba estaba cruzando el patio. Sólo la vi de espaldas, pero de alguna manera me resultaba conocida. Llevaba una cesta con pasteles aún sin cocer. Desapareció por una puertecilla situada en una esquina del patio, donde bien podía haber un horno, pues la seguía escuchando cantar y manejar utensilios de madera; la voz se oía unas veces más apagada y otras más alta, como si la persona se inclinara y cantara en una cavidad, se volviera a levantar y permaneciera quieta de pie. Después salió de allí, y entonces me di cuenta de por qué me resultaba conocida. En realidad la conocía desde hacía tiempo, y además, de la Cancillería. La cosa era así. La jornada de trabajo comenzaba temprano y se prolongaba hasta después del mediodía. Algunos de los funcionarios más jóvenes que o bien tenían verdadera hambre o bien querían pasar media hora desocupados, acostumbraban a tomar hacia las once un tentempié. Los comerciantes, que saben sacar provecho de todo; les ahorran a los golosos el camino, y llevaban ellos mismos sus productos al Ministerio, ofreciéndolos en el pasillo y la escalera. Un panadero vendía panecillos blancos, la frutera, cerezas. Pero ante todo eran muy apreciados unos pasteles que hacía la hija de un comerciante de especias y que traía todavía calientes. Sus clientes salían a buscarlos al pasillo, y sólo raras veces la vendedora acudía a la llamada en la oficina, de donde la echaba el quisquilloso administrador de la Cancillería cuando la descubría, orden que ella seguía a disgusto y rezongando.

»La joven no era considerada bella por mis compañeros. La encontraban demasiado baja y no sabían determinar el color de sus cabellos. Que tuviera ojos de gato era discutido por algunos, pero todos estaban de acuerdo en que tenía picaduras de viruela. Sólo de su robusta figura hablaban todos con respeto, aunque la consideraban grosera, y uno tenía mucho que decir de una bofetada cuyas huellas tuvo que sufrir durante ocho días. Yo no me contaba entre sus clientes. En parte porque me faltaba dinero, en parte porque siempre he considerado la comida y la bebida únicamente como una necesidad. Buscar en ello placer y deleite no se me ha ocurrido nunca. Por eso no nos habíamos

fijado el uno en el otro. Sólo una vez, para gastarme una broma, los camaradas le hicieron creer que yo había pedido uno de sus pasteles. Así pues, se acercó a mi mesa y me puso delante su cesta. “No compro nada, estimada señorita”, dije. “¿Entonces para qué llama a la gente?”, exclamó iracunda. Me disculpé y tan pronto como me di cuenta de la broma, se lo expliqué de la mejor manera. “Por lo menos regáleme una hoja de papel para colocar mis pasteles”, dijo. Le expliqué que aquello era papel de la Cancillería y no me pertenecía: le dije que, sin embargo, en casa tenía papel mío, y que le traería algunas hojas. “Yo también tengo en casa suficiente”, dijo, burlona, y soltó una pequeña carcajada mientras se iba.

»Esto había sucedido pocos días antes, y pensé poder sacar provecho de aquel encuentro. Por eso, a la mañana siguiente hice un rollo de papeles, de los que sobraban en mi casa, lo puse bajo mi chaqueta y me dirigí a la Cancillería, donde, para no traicionarme, mantuve mi coraza con gran incomodidad hasta que noté, hacia mediodía, por las salidas y entradas de mis compañeros y el ruido de sus bocas masticando, que había llegado la vendedora de pasteles y que la aglomeración de clientes ya se había disuelto. Entonces salí, saqué mi papel y, armándome de valor, me acerqué a la muchacha que, con el cesto colocado ante ella en el suelo, estaba allí tarareando por lo bajo y llevando el ritmo con el pie derecho apoyado sobre un taburete en el que acostumbraba a sentarse. Me miró de la cabeza a los pies cuando me acercaba, lo que hizo que aumentara mi turbación. “Querida señorita”, comencé finalmente, “hace pocos días usted quiso que le diera papel, cuando no tenía a mano ninguno que me perteneciera. Ahora he traído de casa y...”, y le alcancé mi papel. “Ya le dije entonces”, replicó, “que tenía suficiente en mi casa. Pero bueno, más no viene mal”. Con esto cogió con una pequeña inclinación de cabeza el regalo, y lo metió en su cesto. “¿No quiere usted ningún pastel?”, dijo, pasando revista a su mercancía, “Lo mejor ya lo he vendido”. Le di las gracias, pero le dije que tenía otra petición. “Bueno, si es preciso...” concedió, metiendo el brazo por el asa del cesto; permaneció allí, altanera y agresiva, echándome una mirada intensa. Aclaré rápidamente que era un amante de la música, aunque sólo desde hacía poco; que la había oído cantar piezas muy hermosas, especialmente una. “¿Usted? ¿A mí? ¿Canciones?”, contestó sorprendida. “¿Y dónde?” Proseguí contándole que vivía en la vecindad y que la había escuchado mientras trabajaba en el patio. Una de sus canciones me gustaba especialmente, de tal manera que había intentado reproducir la melodía en el violín. “¿No será usted el mismo que rasca tan torpemente el violín?” Yo era entonces, como acabo de contar, un principiante, y sólo más tarde he conseguido con gran dificultad la necesaria agilidad en estos dedos.

El viejo se interrumpió al mismo tiempo que, como si tocara el violín, movía los dedos en el aire.

—Me sonrojé intensamente —prosiguió—. La miré de tal manera que ella se arrepintió de sus duras palabras. “Estimada señorita, el hecho de que yo rasque mal el violín proviene de que no tengo la canción en partitura, y por esta razón le he querido pedir de la manera más cortés la copia” “¿Qué copia?”, dijo, “la canción está impresa y se vende en todas las esquinas”. “¿La canción?”, respondí. “Eso es solamente la letra, pero estoy hablando del tono en que se canta” “¿Pero es que eso también se escribe?”, preguntó. “Naturalmente”, fue mi respuesta; “eso es lo más importante. ¿Cómo la ha aprendido entonces, estimada señorita?” “La oí cantar y luego la repetí.”

»Yo me asombré de su genio natural, de cómo a menudo la gente sencilla posee el mayor talento. Pero no es exactamente lo justo, el verdadero arte. De nuevo me encontraba sumido en la desesperación. “¿Pero cuál es esa canción?”, dijo ella. “¡Conozco tantas!” “¿Todas sin partitura?”, pregunté. “Claro. ¿Cuál es, pues?” “¡Es tan hermosa!”, aclaré. “Al principio sube rápidamente, luego

se hace más íntima y termina muy suavemente. Es la que usted canta más a menudo.” “¡Ah, entonces será ésta!”, dijo volviendo a dejar el cesto en el suelo; colocó el pie en el taburete y cantó la canción en voz muy baja y sin embargo tan clara, inclinando la cabeza de forma tan hermosa y tan tierna, que antes de que terminara tomé con fuerza su mano. “¡Oh!”, dijo, retirando el brazo, ya que creía que yo quería coger su mano de forma indecorosa. Pero no; lo que yo quería era besarla, aunque solamente fuera una muchacha pobre. Y ahora, además, también yo soy un hombre pobre.

»Como me comencé a mesar el cabello por la ansiedad de tener la canción, ella me consoló y me dijo que el organista de la iglesia de San Pedro iba a menudo al negocio de su padre para comprar nuez moscada, y que ella le pediría que transcribiera la canción. En un par de días la podría recoger. Después cogió su cesto, y yo la acompañé hasta la escalera. Cuando le estaba haciendo una reverencia en el último escalón, el jefe de la Cancillería me sorprendió y me ordenó que volviera a mi trabajo, echando pestes al mismo tiempo sobre la muchacha y afirmando que no era trigo limpio. Aquello me irritó, y quería contestarle que yo, con su permiso, estaba convencido de lo contrario, cuando me di cuenta de que el hombre ya había regresado a su despacho; así que me dominé y me dirigí a mi escritorio. Pero desde aquel momento no se le quitó de la cabeza que yo era un funcionario negligente y un hombre disipado.

»No pude hacer nada a derechas ni ese día ni los siguientes, pues la canción me daba vueltas en la cabeza y estaba como perdido. Pasados unos días, no sabía si ya era tiempo de recoger la partitura o no. El organista, había dicho la joven, iba a la tienda de su padre a comprar nuez moscada; ésta solamente la podía utilizar para la cerveza. Desde hacía algunos días teníamos un tiempo fresco, y por ello era muy probable que el músico bebiera vino, y no necesitaría tan pronto la nuez moscada. Preguntar en seguida me parecía impertinente, y esperar demasiado podía ser considerado síntoma de indiferencia. No me atrevía a hablar con la joven en el pasillo, ya que nuestro primer encuentro se había difundido entre mis compañeros, y ardían en deseos de hacerme una jugarreta.

»Entre tanto, había vuelto a tocar el violín con aplicación, y ejercitaba en primer lugar las bases fundamentales; de vez en cuando me permitía, desde luego, tocar algo de memoria, y cerraba entonces la ventana cuidadosamente, pues sabía que mi ejercicio disgustaba a algunos. Pero cuando de nuevo abría la ventana, no conseguía escuchar mi canción. La vecina no cantaba, o lo hacía con las puertas cerradas y en un tono tan bajo que yo no podía distinguir dos notas.

»Finalmente (habían transcurrido aproximadamente tres semanas) no pude aguantar más. Debo decir que ya había estado dos veces a escondidas en la callejuela, sin llevarme el sombrero, para que la servidumbre creyera que buscaba algo en la casa; pero cada vez que me aproximaba a la tienda de especias, se apoderaba de mí un temblor tan fuerte que tenía que regresar, quisiera o no. Mas finalmente, como he dicho, no pude aguantar más. Me armé de valor y salí una tarde de mi cuarto, esta vez también sin sombrero, y me dirigí con paso firme por la callejuela hasta la tienda de especias, enfrente de la cual me detuve pensando lo que iba a hacer. El comercio estaba iluminado y se oían voces dentro. Después de algunas vacilaciones, me incliné y espí el interior desde un lado. Vi a la muchacha sentada junto al mostrador escogiendo guisantes o habas de una artesa de madera. Delante de ella se encontraba un hombre recio y robusto, con la chaqueta sobre los hombros y con un mandil en la mano, más o menos con el aspecto de un carnicero. Estaban hablando, aparentemente de buen humor, ya que la joven se rió en alto varias veces, sin por ello interrumpir su trabajo y ni siquiera levantar los ojos. Sea por lo forzado de mi postura o por cualquier otra cosa, el caso es que el temblor volvió a apoderarse de mí; de repente me sentí cogido por detrás por una mano tosca que

me arrastraba hacia delante. En un abrir y cerrar de ojos estaba dentro del comercio, y cuando, ya libre, miré a mi alrededor, vi que era el mismísimo propietario el que, al regresar a casa, me había visto al acecho y me había tomado por un sospechoso. “¡Caramba!”, gritó, “¡Ya se ve adónde van a parar las ciruelas y los puñados de guisantes y cebada que nos roban en la oscuridad de los cestos del escaparate! ¡Rayos y centellas!”, y se dirigió a mí como si verdaderamente quisiera golpearme.

»Me quedé destrozado, pero la idea de que alguien dudara de mi honradez me hizo recuperarme en seguida. Así pues, hice una breve reverencia y le dije al maleducado que mi visita no se debía a sus ciruelas ni su cebada, sino a su hija. En ese momento, el carnicero, que se encontraba en medio de la tienda, comenzó a reírse, y se dirigió hacia la salida después de haber susurrado al oído de la muchacha algunas palabras, a las que ésta contestó riéndose también y dándole una fuerte palmada en las espaldas. El comerciante de especias acompañó al carnicero hasta la puerta. Mientras tanto, yo había vuelto a perder el ánimo, y me encontraba delante de la joven, la cual seguía seleccionando indiferente sus guisantes y habas como si aquello no fuera con ella. Entonces volvió su padre vociferando. “¡Por todos los diablos, señor!”, dijo el hombre de nuevo, “¿qué tiene usted que ver con mi hija?”. Intenté explicarle el motivo de mi visita. “¿Una canción?”, dijo, “¡yo sí que le voy a cantar una canción!”, añadió mientras movía el brazo derecho de arriba abajo de manera sospechosa. “Allí está”, dijo la muchacha mientras se inclinaba, sin separarse de la artesa, hacia un lado y señalaba con la mano hacia el mostrador. Me apresuré hacia éste y vi que allí se encontraba un cuaderno de partituras. Era la canción. Pero el viejo se me había adelantado. Tenía ya el papel arrugado en la mano. “Pregunto”, dijo: “¿Qué significa todo esto? ¿Quién es este hombre?”. “Es un señor de la Cancillería”, contestó ella mientras apartaba un guisante podrido, tirándolo lejos de los otros. “¿Un señor de la Cancillería?”, exclamó, “¿en la oscuridad y sin sombrero?”. La falta de sombrero la expliqué aludiendo a la circunstancia de que vivía en la vecindad, al mismo tiempo que señalaba la casa. “Esa casa la conozco”, exclamó, “en ella no vive nadie sino el Consejero de la Corte ***”, y en ese momento mencionó el nombre de mi padre, “y a los sirvientes los conozco a todos”. “Yo soy el hijo del Consejero”, dije en bajo, como si estuviera contando una mentira. A lo largo de mi vida he visto muchos cambios, pero ninguno tan súbito como el que este hombre sufrió en su persona cuando pronuncié estas palabras. La boca que se había abierto para injuriar permaneció abierta, los ojos aún me miraban amenazantes y, sin embargo, en la parte inferior del rostro comenzó a aparecer una especie de sonrisa que cada vez se extendía más. La muchacha permaneció indiferente y en posición inclinada; tan sólo se ocupó de colocarse los cabellos sueltos detrás de la oreja mientras seguía trabajando. “¿El hijo del señor Consejero de la Corte?”, exclamó finalmente el viejo, cuyo rostro ya se había animado completamente. “¿Desea vuestra excelencia quizás ponerse cómodo? ¡Bárbara, una silla!”. La muchacha se movió a disgusto en la suya. “Bien, espera, mosquita muerta”, dijo mientras quitaba un cesto de su sitio y limpiaba con el mandil el sillón sobre el que estaba colocado. “Es un gran honor”, prosiguió. “Así pues, el señor Consejero... su hijo, quiero decir, practica también la música. ¿Canta, quizás, como mi hija, o más bien de otra manera, con partitura, según el arte?” Le expliqué que por naturaleza no tenía voz. “¿O toca usted el clavicémbalo, como suele hacer la gente elegante?” Respondí que tocaba el violín. “Yo también rascaba el violín en mi juventud”, exclamó. Al oír la palabra “rascar” miré involuntariamente a la muchacha y vi que se reía burlescamente, lo cual me disgustó en grado sumo. “Si quisiera usted aceptar a la muchacha”, prosiguió, “quiero decir en lo que se refiere a la música...”, continuó, “tiene buena voz y tiene también, por lo demás, sus buenas cualidades; pero lo delicado, Dios mío, ¿de dónde le va a venir?”, suspiró al mismo tiempo que

colocaba uno sobre otro el pulgar y el índice de la mano derecha de forma repetida. Yo estaba muy avergonzado de que me concedieran inmerecidamente tan importantes conocimientos musicales, y quería aclarar el verdadero estado de cosas cuando un transeúnte que pasaba gritó hacia el interior de la tienda: “Buenas noches a todos los presentes”. Yo me asusté, pues era la voz de uno de los sirvientes de nuestra casa. También el comerciante lo había reconocido. Sacando la punta de la lengua y alzando los hombros murmuró: “Era uno de los sirvientes de su honorable papá, pero no le pudo reconocer, ya que estaba usted de espaldas a la puerta”. Lo último era verdad, pero una sensación de estar haciendo algo secreto e incorrecto se apoderó de mí, atormentándome. Balbuceé un par de frases de despedida y me fui. Incluso me hubiera olvidado de mi canción si el anciano no me hubiera seguido hasta la calle y me la hubiera entregado en mano.

»Así llegué hasta casa, hasta mi cuarto, y esperé a que sucediera lo que tenía que suceder. Y sucedió. El sirviente sí me había reconocido.

»Unos días después vino el secretario de mi padre y me anunció que tenía que abandonar la casa paterna. Mis réplicas no tuvieron resultado alguno. Me habían alquilado una pequeña habitación en un suburbio, y así me desterraron de la proximidad de mis parientes. Tampoco pude volver a ver a mi cantante. Le habían prohibido la venta de pasteles en la Cancillería, y yo no me atrevía a visitar el negocio de su padre, pues sabía que aquello disgustaría al mío. Cuando un día me encontré casualmente al comerciante en la calle, desvió la mirada de mí con gesto enconado y quedé como herido por un rayo. Entonces me dediqué a coger mi violín todas las tardes y a ejercitarme.

»Pero las cosas aún tenían que ir a peor. La suerte de nuestra casa decayó. Mi hermano pequeño, un hombre voluntarioso y atolondrado, oficial de dragones, tuvo que pagar con la vida el resultado de una estúpida apuesta, pues a consecuencia de ésta, acalorado por una cabalgata, cayó con caballo y armadura al Danubio. Fue en el interior de Hungría. El mayor, el más querido, trabajaba en el Consejo de una provincia. En constante desobediencia a su jefe y, según se decía, secretamente animado a ello por mi padre, se permitió incluso dar informes equivocados para perjudicar a su enemigo. Se inició una investigación y mi hermano salió secretamente del país. Los enemigos de mi padre, que eran muchos, aprovecharon la ocasión para hacerlo caer. Atacado por todas partes e irritado a su vez por el descenso de su influencia, pronunciaba todos los días los más ofensivos discursos en las sesiones del Consejo. En medio de uno de éstos sufrió una apoplejía. Lo llevaron a casa enmudecido. Yo no tuve conocimiento de ello. Al día siguiente, sin embargo, noté en la Cancillería que murmuraban y me señalaban con el dedo. Estaba ya tan acostumbrado a ello que no me irrité. Al viernes siguiente (esto había sucedido el miércoles) me trajeron de pronto un traje negro con brazal de crespón. Me quedé estupefacto, así que pregunté y me informaron. Mi naturaleza, que por lo demás es fuerte y robusta, no impidió que aquello me golpeará con fuerza. Me derrumbé sin sentido en el suelo. Me llevaron al lecho, donde padecí una gran fiebre y desvarié todo el día y toda la noche. A la mañana siguiente había vencido la naturaleza, pero mi padre estaba muerto y enterrado.

»Yo no había podido volver a hablar con él; no le había podido pedir perdón por todas las preocupaciones que le había causado ni darle las gracias por todos los dones no merecidos... ¡sí, dones!, pues su intención siempre había sido buena, y espero volverlo a encontrar en el lugar en que seremos juzgados por nuestras intenciones, y no por nuestras obras.

»Permanecí durante varios días en mi cuarto, y apenas probé bocado. Finalmente salí, pero volvía a casa nada más comer, y por las tardes vagaba por las calles oscuras como Caín, el fratricida. La

casa paterna era para mí una imagen terrorífica que evitaba cuidadosamente. Una vez, sin embargo, distraído y con la mirada extraviada, me encontré de pronto frente a la temida casa. Mis rodillas temblaban tanto que tuve que pararme. Detrás de mí, junto a la pared, reconocí las puertas del comercio de especias, y ahí dentro se encontraba Bárbara, sentada y con una carta en la mano; junto a ella la luz que iluminaba el mostrador, y al otro lado su padre, que parecía estar confortándola. Y aunque me hubiera costado la vida, tenía que entrar. ¡No tener a nadie al que contar las penas, nadie que sienta lástima! El viejo, eso lo sabía con seguridad, estaba enfadado conmigo, pero la muchacha me diría alguna palabra de consuelo. Sin embargo, sucedió todo lo contrario. Bárbara se incorporó cuando entré, me lanzó una mirada altanera y se fue al cuarto contiguo cerrando la puerta tras de sí. Sin embargo, el viejo me cogió por la mano, me hizo sentarme y me consoló, pero también me dijo que ahora yo era un hombre rico y no tenía que preocuparme de nadie. Me preguntó cuánto había heredado. Yo no lo sabía. Me animó a que fuera a los tribunales, cosa que le prometí hacer. Me dijo que en las Cancillerías no había nada que hacer, que debería invertir mi dinero en negocios, y que los coscojos y los frutos darían buenas ganancias; un socio que entendiera de ello podía transformar céntimos en florines. Dijo que él mismo se había ocupado en alguna ocasión de esos negocios. Al mismo tiempo no hacía más que llamar repetidamente a la muchacha, la cual no daba señales de vida. Sin embargo, me pareció oír de vez en cuando unos ruidos ligeros en la puerta. Como la muchacha no se decidía a entrar y el viejo sólo hablaba de dinero, me despedí finalmente y me fui, mientras el hombre se lamentaba de no poderme acompañar porque se encontraba solo en el negocio. Yo me sentía triste por mis esperanzas fallidas, y a pesar de todo había encontrado un maravilloso consuelo. Cuando me detuve en la calle y dirigí la mirada hacia la casa de mi padre, oí de pronto una voz detrás de mí que hablaba en tono enojado y contrariado. “No se fíe de nadie; la gente no tiene buenas intenciones con usted” Aunque me di la vuelta velozmente, no vi a nadie; solamente un chirrido en el sótano que pertenecía a la vivienda del comerciante de especias me dio a entender, aunque no reconocí su voz, que era Bárbara la que me prevenía. Así pues, ella había escuchado todo lo que habíamos hablado en la tienda. ¿Me quería prevenir de su padre? ¿O es que había llegado a sus oídos que después de la muerte de mi padre algunos compañeros de la Cancillería y algunos desconocidos me habían apremiado con peticiones de ayuda y yo les había prometido apoyo cuando tuviera el dinero? Debía mantener lo ya prometido, pero decidí ser más prevenido en el futuro. Me presenté para cobrar mi herencia. Era menos de lo que había pensado, pero aún así era mucho, cerca de once mil florines. Mi cuarto estaba siempre a rebosar de pobres y de gente que me pedía ayuda. Pero yo me había endurecido, y sólo daba dinero a aquellos que tenían una gran necesidad. También vino el padre de Bárbara. Me reprochó que no les hubiera visitado desde hacía tres días, a lo que yo respondí con la verdad, esto es, que temía ser una molestia para su hija. Pero él respondió que eso no me debía preocupar, pues él ya la había hecho entrar en razón, y lo dijo mientras movía la cabeza malévolamente, de una manera que me asustó. Por eso, acordándome de las advertencias de Bárbara, le oculté, cuando después hablamos de ello, la cantidad de mi herencia; también rechacé hábilmente sus proposiciones sobre un negocio.

»En realidad, yo tenía otros planes en mi cabeza. En la Cancillería, donde me habían soportado tan sólo por mi padre, ya habían ocupado mi puesto con otro; aquello me preocupó poco, dado que no recibía ningún sueldo. Fue entonces cuando el secretario de mi padre, que a causa de los últimos acontecimientos se había quedado sin trabajo, me comunicó su proyecto de instalar un despacho de información, copia y traducción, para lo cual yo debía adelantar el dinero para los primeros gastos:

dijo que él estaría dispuesto a tomar la dirección. Gracias a mi insistencia decidió ampliar los trabajos de copia a las partituras musicales, y así yo me encontraría feliz en mi elemento. Di el dinero necesario, pero como me había vuelto bastante prevenido, hice que se firmara un documento acreditando el préstamo. La fianza para el negocio, que también adelanté, no merecía la pena ser discutida, aunque fuera considerable, ya que el importe debería ser depositado en los juzgados y allí permanecería siendo mío, como si lo tuviera guardado en un armario.

»La cosa ya estaba ultimada y me sentía aliviado, dignificado, independiente por primera vez en mi vida, un hombre hecho y derecho. Apenas me acordaba de mi padre. Me mudé a una vivienda mejor, renové mi vestuario y me dirigí, cuando había caído la tarde, a través del centro hacia el negocio de especias, bamboleándome y susurrando mi canción, aunque no del todo bien. El *si* de la segunda parte nunca lo he podido alcanzar con mi voz. Llegué contento y de buen humor, pero la mirada glacial de Bárbara me precipitó de nuevo en mi antigua timidez. El padre me recibió de la mejor manera; pero ella hizo como si no hubiera nadie presente, y continuó haciendo bolsitas de papel sin intervenir en nuestra conversación. Sólo cuando comenzamos a hablar de la herencia se alzó de medio cuerpo y dijo de forma amenazante: “¡Padre!”, con lo que éste cambió inmediatamente de conversación. Por lo demás, no habló ya más en toda la tarde, ni siquiera me dirigió una segunda mirada, y cuando por fin me despedí, sus “Buenas noches” sonaron casi como un “¡Gracias a Dios!”. Pero continué yendo una y otra vez, y ella fue cediendo poco a poco. No como si yo hiciera algo que tuviera que agradecerme. Me reñía y criticaba sin interrupción. Todo era torpe en mí: Dios no me había hecho precisamente un manitas; mi chaqueta me daba aspecto de espantapájaros, andaba como los patos, con una alusión al gallo de la casa. Especialmente molesta le resultaba mi cortesía con los clientes. Dado que me encontraba sin ocupación hasta la apertura de la oficina de copias, y a que me di cuenta de que allí tendría que mantener contacto con el público, decidí, a modo de entrenamiento, tomar parte activa en el pequeño negocio de especias, lo que a menudo me ocupaba medio día. Pesaba las especias, entregaba a los niños las nueces y ciruelas pasas, daba las vueltas; esto último no sin equivocarme frecuentemente, momento en el cual intervenía Bárbara y me quitaba por la fuerza las monedas que tenía en las manos, riéndose y burlándose de mí ante los clientes. Cuando yo hacía alguna inclinación ante uno de ellos y le dedicaba unas palabras de despedida, decía entonces de forma abrupta, antes de que aquella persona hubiera salido: “¡Adiós a la mercancía!”, y me volvía la espalda. Sin embargo, a veces era muy amable. Me escuchaba atentamente cuando le contaba los acontecimientos de la ciudad, o cuando hablaba sobre mi infancia o sobre los funcionarios de la Cancillería donde nos habíamos conocido. Entonces me dejaba hablar solo y me demostraba con palabras aisladas su aprobación o, cosa que era más frecuente, su desaprobación.

»De música o de canto no se hablaba nunca. En primer lugar, opinaba ella, uno debía cantar bien o cerrar el pico, pero no se debía hablar de ello. Sin embargo, ella tampoco cantaba. En el negocio no era recomendable, y en la trastienda donde habitaban ella y su padre me estaba prohibida la entrada. Pero una vez, cuando atravesé el umbral inadvertidamente, vi a la muchacha, apoyada en la punta de los pies, con la espalda vuelta hacia mí y los brazos extendidos, como si buscara algo en uno de los estantes más altos. Al mismo tiempo cantaba en voz baja para sí. ¡Era mi canción, mi canción! Ella trinaba como una curruca que baña su cuello en el arroyo y mueve la cabeza, erizando el plumaje y alisándolo de nuevo con el piquito. Me sentía como si estuviera paseando por verdes praderas. Me acerqué de puntillas más y más, y estaba ya tan cerca que la canción no parecía venir de fuera, sino salir de mí mismo, como un canto de las almas. No me pude contener más y cogí con ambas manos

su cuerpo inclinado hacia delante y sus hombros apretándolos contra mí. Entonces sucedió. Giró como una peonza, sonrojada a causa de la ira y se volvió hacia mí; su mano tembló y antes de que me pudiera disculpar...

»En la Cancillería habían hablado frecuentemente de la bofetada que Bárbara, cuando era vendedora, le había propinado a un impertinente. Lo que decían de la fuerza de la más bien pequeña muchacha y del ímpetu de su mano parecía ser una exageración. Pero en aquel momento, me pareció una bofetada gigantesca. Me quedé como herido por un rayo. Las luces bailaban ante mis ojos, pero eran luces celestiales como el sol, la luna y las estrellas, como los angelitos que juegan al escondite mientras cantan. Tenía visiones, estaba arrobado. Sin embargo ella, no menos asustada que yo, pasó su mano tranquilizadora por el lugar afectado. “Puede que te haya pegado demasiado fuerte”, dijo, y como un segundo rayo sentí de pronto su cálido aliento sobre mi mejilla y sus labios, y me besaba; lo hacía suavemente, pero era un beso en mi mejilla, ¡aquí!

Y diciendo esto, el viejo daba palmaditas en su mejilla y las lágrimas asomaron a sus ojos.

—No sé lo que luego sucedió —prosiguió diciendo—. Sólo sé que me abalancé sobre ella y ella se metió en el cuarto de estar y sostuvo la puerta de cristal mientras yo empujaba desde el otro lado. Cuando ella, doblada y oponiéndose con todas sus fuerzas, estaba pegada al otro lado de la puerta, yo me armé de valor, estimado señor, y le devolví vehementemente su beso a través del cristal. “¡Oh, aquí hay diversión!”, oí gritar detrás de mí. Era el comerciante que llegaba a casa en ese momento. “Bueno, cómo se bromea”, dijo. “Sal fuera, Barbarita, y no hagas tonterías: un beso con honor no se puede despreciar.” Ella, sin embargo, no salió. Yo mismo me alejé tras balbucear algunas palabras medio inconsciente, tomando al mismo tiempo, en lugar del mío, el sombrero del comerciante, que me lo cambió riéndose. Fue, como dije antes, el día más feliz de mi vida. Casi podría decir el único, pero no sería cierto, pues el hombre recibe muchas gracias de Dios.

»Yo no sabía exactamente qué pensamientos rondaban en la cabeza de la muchacha. ¿Me la debía imaginar más enfadada o más benévola? La siguiente visita me costó un gran esfuerzo. Pero ella fue buena. Estaba allí, humilde y tranquila, no hiriente como siempre, trabajando. Me señaló con la cabeza un banquito situado al lado, y me dijo que me sentara y la ayudara. Así estuvimos sentados, pues, trabajando. El viejo quería salir. “Quedaos, padre”, dijo. “Lo que queréis solucionar ya está hecho.” Él dio una patada contra el suelo y se quedó. Yendo y viniendo hablaba sin parar de esto y aquello sin que yo me atreviera a mezclarme en la conversación. De repente, la muchacha profirió un grito. Se había hecho una herida en el dedo, y aunque no era en absoluto quejica, movía inquietamente la mano de un lado a otro. Quise mirar la herida, pero me indicó que continuara trabajando. “¡Tonterías sin fin!”, gritó el viejo, y colocándose delante de la joven dijo con fuerte voz: “Lo que había que hacer no está todavía hecho”, y se marchó ruidosamente. En ese momento yo quería empezar a disculparme por lo del día anterior, pero ella me interrumpió y dijo: “Dejemos ese tema y hablemos de cosas sensatas”.

»Levantó la cabeza, me miró de arriba a abajo y prosiguió en un tono tranquilo: “Yo ya no me acuerdo del comienzo de nuestra amistad; pero desde hace algún tiempo usted viene aquí cada vez más a menudo y nos hemos acostumbrado a su presencia. Nadie puede negar que usted posee una naturaleza noble, pero es débil y siempre está ocupado en cosas superfluas, de tal manera que apenas sería capaz de atender sus propios negocios. Será, por tanto, deber y responsabilidad de amigos y conocidos valorar las circunstancias para que usted no resulte perjudicado. Usted se pasa medio día en la tienda contando, pesando, midiendo y marcando, pero de ahí no saldrá nada de provecho. ¿Qué

piensa hacer en el futuro para abrirse paso en la vida?”. Aludí a la herencia de mi padre. “Es posible que sea muy elevada”, dijo ella. Nombré la cantidad. “Eso es mucho y poco”, contestó. “Mucho para empezar un negocio, poco para vivir de ello toda la vida. Mi padre le hizo una proposición, pero le previne, pues él ya ha perdido mucho dinero en cosas semejantes. Así que”, continuó con voz apagada, “se ha acostumbrado a sacar provecho de extraños, aunque seguramente con amigos tampoco se comportaría mejor. Usted debe tener alguien a su lado que sea honesto”. La señalé a ella. “Honrada soy”, dijo poniéndose al mismo tiempo la mano en el pecho; sus ojos, generalmente grises, brillaron azules, azules como el cielo. “Pero yo tengo mis propios planes. Nuestro negocio da muy poco, y mi padre tiene la intención de abrir una taberna. Ése no es sitio para mí. Sólo me quedaría algún trabajo manual, pues servir no me gusta”, y diciendo esto parecía una reina. “Me han hecho otra propuesta”, continuó mientras sacaba una carta de su delantal y medio a disgusto la arrojaba sobre el mostrador, “pero entonces tendría que irme de aquí”. “¿Lejos?”, pregunté. “¿Por qué? ¿Qué le importa a usted?” Le expliqué que yo me iría al mismo lugar. “¿Usted es un niño?”, exclamó. Dijo que eso no sería posible y que se trataba de cosas bien distintas. “Pero si usted tiene confianza en mí y está a gusto a mi lado, adquiera el negocio de limpiezas de aquí al lado que está a la venta. Entiendo de ese trabajo, y usted no necesita preocuparse por sus ganancias. También encontraría usted en las cuentas y en escribir una ocupación decente. Todavía no debemos hablar de lo que podría dar de sí esto. ¡Pero usted tiene que cambiar! Odio a los hombres débiles.”

»Yo salté de mi asiento y cogí el sombrero. “¿Qué pasa? ¿Adónde quiere ir?”, preguntó. “A anular todo”, dije con la respiración entrecortada. “¿El qué?” Entonces le conté mi plan de establecer un despacho de copias e información. “Eso no da para mucho”, dijo. “Obtener información lo puede hacer cualquiera, y todo el mundo ha aprendido a escribir en la escuela.” Añadí que también pensábamos copiar partituras, cosa que no puede hacer cualquiera. “¿Otra vez me sale usted con esas tonterías?”, me increpó. “Deje usted la música y piense en la necesidad. Además, usted no sería capaz de dirigir un negocio.” Le expliqué que había encontrado un socio. “¿Un socio?”, gritó. “Seguro que le quiere engañar. ¿No le habrá entregado dinero todavía?” Yo temblaba sin saber por qué. “¿Ha entregado usted dinero?”, me preguntó de nuevo. Yo confesé los tres mil florines para la primera instalación. “¡Tres mil florines!”, gritó, “¡tanto dinero!”. “El resto”, proseguí, “está depositado en el juzgado y, en todo caso, a buen recaudo”. “¡Así que, todavía más!” Le dije el importe de la fianza. “¿Y lo depositó usted mismo en el juzgado?” Lo había hecho mi socio. “¿Pero usted tiene un recibo?” No tenía ningún recibo. “¿Y cómo se llama esa buena pieza de su socio?”, me preguntó. Yo me sentía tranquilo de poder pronunciar el nombre del secretario de mi padre. “¡Dios bendito!”, gritó, levantándose y cruzando los brazos. “¡Padre, padre!” El viejo entró. “¿Qué habéis leído hoy en los periódicos?” “¿Sobré el secretario?”, dijo; “bueno, bueno. Se ha escapado dejando deuda tras deuda y ha engañado a la gente. “Le persiguen con cartas requisitorias”. “Padre”, gritó ella, “él también le ha confiado su dinero. Está condenado a la ruina”. “¡Rayos! Gente necia y sin remedio. ¿No lo he dicho yo siempre? Pero era disculpable. Te reíste una vez de él y, luego, lo consideraste una persona de buena fe. Pero ahora quiero intervenir. Quiero demostrar quién manda en esta casa. Tú, Bárbara, métete en tu cuarto. Y usted, señor, dése prisa en marcharse, y en el futuro no nos moleste con sus visitas. Aquí no se dan limosnas.” “Padre”, dijo la muchacha, “no seas duro con él, bastante desgraciado es ya”. “Precisamente por eso”, exclamó el viejo, “no quiero serlo yo también. Éste, señor”, prosiguió señalando la carta que Bárbara había lanzado antes sobre el mostrador, “éste sí que es un hombre. Tiene buenas entendederas y dinero en el bolsillo. No engaña a nadie, pero tampoco se

deja engañar: y eso es lo principal en la honradez”. Tartamudeé que la pérdida de la fianza no era segura. “Sí”, gritó él, “¡no va a haberse comportado como un necio el señor secretario! Buen pícaro es él, pero avisado. Y ahora, váyase usted en seguida, ¡quizás lo encuentre todavía!”. Al mismo tiempo me había puesto la mano en la espalda y me empujaba hacia la puerta. Rechacé la presión escurriéndome a un lado y me volví hacia la muchacha, que estaba apoyada en el mostrador, con los ojos inclinados hacia el suelo y la respiración alterada. Yo quería acercarme, pero ella golpeaba el suelo con el pie y cuando estiré la mano, movió la suya hacia arriba como si quisiera golpearme otra vez. Entonces me fui, y el viejo cerró la puerta tras de mí. Me dirigí tambaleándome por las calles hacia las puertas de la ciudad, en dirección al campo. Unas veces me invadía la desolación, otras renacía nuevamente la esperanza. Recordaba haber acompañado al secretario a depositar la fianza en la Cámara de Comercio. Allí lo había esperado en la puerta, y él había subido solo. Cuando bajó, dijo que todo estaba en orden, y que el justificante del recibo me sería enviado a casa. Esto último no había sucedido, pero siempre existía la posibilidad. Cuando se hizo de día regresé a la ciudad. Encaminé mis primeros pasos hacia la vivienda del secretario. La gente se reía preguntándome si no había leído los periódicos. La Cámara de Comercio estaba a unos cuantos pasos de allí. Entré e hice que miraran en los libros, pero ni su nombre ni el mío estaban allí inscritos, y del ingreso no había ni rastro. Así pues, mi desgracia era cierta. Incluso la desgracia podía haber sido mayor. Como existía un contrato de sociedad, varios de sus acreedores quisieron denunciarme, pero los jueces no lo consintieron. ¡Dios los bendiga!, aunque estuvo a punto de suceder.

»Ante todas estas contrariedades, el comerciante de especias y su hija pasaron a segundo plano. Pero cuando todo se calmó y comencé a reflexionar en lo que debería suceder en el futuro, la última tarde con ellos me volvió vivamente a la memoria. Al viejo, tan egoísta, lo entendía perfectamente, pero a la muchacha no. A veces me venía a la cabeza que si hubiera mantenido mis bienes y hubiera podido ofrecerle un sustento, ella... Pero no me hubiera querido.

Mientras decía esto, el viejo contemplaba su figura indigente con las manos separadas.

—Además, mi comportamiento cortés siempre le repugnaba. Así pasé algunos días, pensando y meditando. Una tarde a la hora del crepúsculo (era la hora que solía pasar en el negocio de especias) estaba sentado como de costumbre y me trasladaba con el pensamiento al lugar habitual. Los oía hablar, criticarme; parecía que se reían de mí. De pronto chirrió la puerta, se abrió y entró una muchacha. Era Bárbara. Me quedé como clavado a la silla, como si viera un fantasma. Estaba pálida y llevaba un hatillo bajo el brazo. Había avanzado hasta el centro del cuarto y se quedó quieta; contempló las paredes desnudas, después dirigió la mirada al escaso mobiliario y suspiró profundamente. Luego se dirigió al armario que estaba al lado de la pared, desenvolvió el hatillo, el cual contenía algunas camisas y pañuelos (durante la última época se había ocupado de mi ropa interior), abrió el cajón y juntó las manos cuando vio el pobre contenido. Entonces comenzó a ordenar la ropa y a colocar las piezas que había traído. Después se apartó unos pasos del armario dirigiéndome la mirada, mientras señalaba con el dedo hacia el cajón abierto. Entonces dijo: “Cinco camisas y tres pañuelos. Eso es lo que tenía y eso es lo que traigo”. Luego cerró despacio el cajón, se apoyó con el brazo en el armario y comenzó a sollozar. Parecía que se encontraba mal, ya que se sentó en una silla junto al armario y escondió la cara en un pañuelo. Sus suspiros entrecortados eran la señal de que seguía llorando. Me acerqué silenciosamente a ella y cogí su mano, y ella me la entregó bondadosamente. Sin embargo, cuando para atraer su mirada levanté su brazo inerte por el codo, se levantó rápidamente, se soltó y dijo en tono resignado: “¿Para qué sirve todo esto? Las cosas

están así. Así lo ha querido usted, y se ha hecho desgraciado a sí mismo y a nosotros también; pero sobre todo a sí mismo. En realidad, no merece ninguna compasión”. En este momento comenzó a hablar con mayor violencia. “Cuando se es tan débil como para no poder mantener en orden los propios asuntos; tan confiado que se entrega uno a cualquiera, da lo mismo que sea un pícaro o un hombre honrado. Y a pesar de todo, siento lástima por usted. He venido para despedirme. Sí, puede asustarse, pero es obra suya. Ahora tengo que mezclarme con la gente grosera, cosa contra la que había luchado largo tiempo. Pero no hay salvación. Ya le he dado la mano, y le deseo que le vaya bien siempre.” Vi que las lágrimas afloraban de nuevo a sus ojos, pero ella movió la cabeza enojada y se fue. Experimenté la sensación de tener los miembros de plomo. Cuando llegó a la puerta, se volvió una vez más y dijo: “Ahora la ropa está ordenada. ¡Tenga cuidado de no perder nada! Vendrán tiempos difíciles”. Entonces levantó la mano, hizo la señal de la cruz en el aire y exclamó: “¡Dios esté contigo, Jakob. Por los siglos de los siglos, amén!”, añadió, y se fue.

»Sólo en aquel momento pude hacer uso de nuevo de mis miembros. La seguí, y desde el descansillo de la escalera grité: “¡Bárbara!”. Oí que se quedaba parada en el escalón, pero cuando empecé a bajar, dijo desde abajo: “¡Quédese quieto!”, y bajó toda la escalera dirigiéndose hacia la puerta de salida.

»Desde entonces he vivido días difíciles, pero ninguno como aquél. Ni siquiera el día siguiente fue tan duro. Yo mismo no sabía si había reaccionado bien, y me fui a merodear a la mañana siguiente por el negocio de especias para ver si de esa manera obtenía alguna información. Dado que no advertí nada, me atreví a echar una mirada en el interior del negocio, y vi a una mujer que estaba pesando especias y devolviendo y contando dinero. Entonces decidí entrar y le pregunté si le habían vendido el negocio. “Por el momento todavía no”, respondió. “¿Y dónde están los propietarios?” “Se han marchado esta mañana temprano a Langenlebern.” “¿La hija también?”, balbuceé. “Naturalmente”, contestó, “se casa precisamente allí”.

»La mujer quiso entonces contarme todo lo que posteriormente supe por otras gentes. El carnicero del mencionado lugar (el mismo que yo había visto el día de mi primera visita al negocio) le había hecho a la muchacha, desde hacía tiempo, proposiciones matrimoniales que ella siempre había rechazado hasta que, en los últimos días, presionada por su padre y desesperada, había dado su consentimiento. Habían partido esa misma mañana, y en el momento en que estábamos hablando, Bárbara ya se había convertido en la esposa del carnicero.

»La vendedora quería contármelo todo, pero yo no oía nada y me quedé allí paralizado hasta que finalmente llegaron clientes que me echaron a un lado; la mujer me preguntó si quería algo más, después de lo cual me alejé de allí.

»Creeré, estimado señor —continuó— que yo me sentía como el más desdichado de los hombres. Y así fue en un primer momento. Pero cuando salí de la tienda y volví la mirada hacia la pequeña ventana junto a la cual a menudo se encontraba Bárbara mirando hacia afuera, me invadió repentinamente un sentimiento de paz. Que se hubiera librado de toda preocupación, convertida en señora de su casa, sin carecer de nada, al contrario de lo que le hubiera sucedido de haber unido su vida a una persona sin hogar ni patria, teniendo que soportar preocupaciones y miserias, todo ello era como un bálsamo en mi pecho, y la bendije a ella y a su destino.

»Dado que mi vida iba de mal en peor, decidí buscar mi sustento con la música, y mientras el resto de mi dinero me lo permitió, me ejercitaba y estudiaba las obras de los grandes maestros, preferiblemente de los más antiguos, cuyas obras copié; y cuando se me acabaron las últimas

monedas, me dispuse a sacar provecho de mis conocimientos, al principio en sociedades privadas, para lo cual me dio la primera ocasión una invitación en casa de mi patrona. Sin embargo, cuando las composiciones ejecutadas no encontraron eco, lo hice en los patios de las casas, pues entre sus habitantes habría algunos que supieran apreciar mi arte. Y finalmente lo intenté en los paseos públicos, donde tuve la satisfacción de que algunos se detuvieran a escucharme, me preguntaran y se marcharan no sin antes expresar su admiración. Que al mismo tiempo me dejaran dinero era cosa que no me avergonzaba. Pues en principio ésa era mi intención, y también me di cuenta de que conocidos virtuosos, a los cuales yo no podía precisamente emular, pedían honorarios por interpretar su música, y además a precios muy elevados. De esta manera me he sostenido, modestamente pero con honestidad, hasta el día de hoy.

»Tras algunos años, sin embargo, experimenté de nuevo la dicha. Bárbara regresó. Su marido había ganado dinero y había comprado una carnicería en uno de los suburbios de la ciudad. Era madre de dos niños, de los cuales el mayor se llamaba Jakob, como yo. Mi actividad profesional y el recuerdo de tiempos pasados no me permitían ser insistente; pero finalmente me llamaron a la casa para que diera clases de violín al hijo mayor. No tiene mucho talento, y sólo puede tocar los domingos, ya que el padre lo tiene ocupado los días laborables en el negocio, pero la canción de Bárbara que le he enseñado va ya muy bien; y cuando estamos practicando, la madre canta también a veces con nosotros. Ella ha cambiado mucho en estos años, a decir verdad. Ha engordado y se preocupa poco por la música, pero la canción suena todavía tan bonita como entonces.

Y diciendo esto el viejo cogió su violín y comenzó a tocar la canción, y siguió tocando y tocando, sin preocuparse ya más de mí. Finalmente me cansé, me levanté, dejé un par de monedas de plata en la mesa y me fui, mientras el viejo seguía tocando aplicadamente.

Poco después emprendí un viaje del que no regresé hasta bien entrado el invierno. Las nuevas impresiones habían desplazado a las viejas, y me había olvidado casi por completo de mi músico. Sólo con ocasión del tremendo deshielo de la primavera siguiente y de las inundaciones que se produjeron y que tuvieron lugar en los barrios más bajos, me acordé nuevamente de él. Los alrededores de la Gärtnerstrasse se habían convertido en un mar. Por la vida del viejo no había que temer, ya que vivía en el tejado, mientras que la muerte había elegido a sus víctimas entre los habitantes de los pisos bajos. Pero, despojado de toda ayuda, ¡cuán grande debía ser su necesidad! Mientras que la inundación perduró, no hubo nada que hacer; incluso las autoridades habían mandado por barco alimento y ayuda a los damnificados. Pero cuando las aguas disminuyeron y las calles volvieron a ser transitables, decidí contribuir personalmente a la enorme colecta que se había puesto en marcha y que alcanzó sumas increíbles, e hice mi entrega en la recaudación más próxima.

La visión de la Leopoldstrasse era terrible. En las calles había barcos y utensilios destrozados, en los pisos bajos aún agua estancada y objetos flotantes. Cuando, huyendo de la aglomeración, me apoyé en un portón entreabierto, éste se abrió dejando ver una fila de cadáveres, seguramente así colocados para la inspección oficial; incluso en el interior de las habitaciones se podían ver víctimas de la catástrofe que aún estaban ahí, de pie, agarradas a los marcos de las ventanas. No había suficiente tiempo ni funcionarios para llevar a cabo la comprobación oficial de tantas muertes.

Seguí caminando. Por todas partes encontraba llanto y repicar de campanas de duelo, madres que buscaban y niños perdidos. Por fin llegué a la Gärtnerstrasse. También allí se habían colocado, vestidos de negro, los acompañantes de una comitiva fúnebre; sin embargo se encontraban, según parecía, alejados de la casa que estaba buscando. Pero cuando me acerqué, observé que existía una

relación entre la comitiva y la casa del jardinero. En la puerta de la casa se encontraba un hombre de aspecto gallardo, mayor pero aún lleno de vitalidad. Con sus botas altas, sus pantalones de cuero y su levita larga tenía el aspecto de un carnicero de pueblo. Daba órdenes, pero al mismo tiempo hablaba en un tono indiferente con los que allí estaban. Pasé por delante de él y entré en el patio. La vieja jardinera se me acercó, me reconoció inmediatamente y me saludó entre lágrimas.

—¿Nos concede usted también el honor? —dijo—. ¡Sí, nuestro pobre viejo! Ahora toca con los queridos ángeles, que no pueden ser mucho mejores que él. El buen hombre estaba ahí arriba seguro, en su habitación. Pero cuando llegó el agua y oyó gritar a los niños, bajó y los salvó, los transportó y los puso a buen seguro, de tal manera que su respiración parecía el soplete de una fragua. Sí, y como no se puede tener la vista en todo, cuando comprobamos que mi marido había dejado su libro de impuestos y los pocos florines en billetes en la alacena, el viejo tomó el hacha, se precipitó en el agua que ya casi le llegaba al pecho, forzó la alacena y lo trajo todo. En ese momento debió enfriarse, sin duda, y dado que en los primeros momentos no recibimos ninguna ayuda, empezó a delirar, si bien nosotros estuvimos siempre a su lado y sufrimos más que él. Se puso a cantar, marcando el compás y dando lecciones. Cuando el agua se hubo retirado un poco y pudimos llamar al médico y al sacerdote, se incorporó, volvió la cabeza y el oído a un lado, como si escuchara algo muy bello en la lejanía, sonrió, se dejó caer y falleció. Suba; él le nombraba a menudo. La señora también está arriba. Nosotros queríamos pagar su entierro, pero la señora carnicera no nos lo permitió.

Me empujó por la empinada escalera hasta la buhardilla, que estaba abierta y totalmente vacía, a excepción del féretro situado en el centro, ya cerrado, esperando a los porteadores. A la cabecera estaba sentada una mujer bastante robusta de edad madura, con un abrigo de algodón estampado en colores, pero con una bufanda negra y una cinta negra en la cofia. Casi parecía que nunca hubiera sido guapa. Ante ella se encontraban dos niños bastante crecidos, un varón y una muchacha, a los cuales aparentemente enseñaba cómo debían comportarse en una comitiva fúnebre. Precisamente en el momento en que entré retiraba el brazo con que el niño se había apoyado torpemente en el ataúd y se ocupaba en alisar cuidadosamente las esquinas que sobresalían del sudario para dejarlas en su posición exacta. La mujer del jardinero me condujo hacia ella; pero entonces comenzaron a sonar abajo las trompetas, y al mismo tiempo se oyó la voz del carnicero que gritaba desde la calle: «¡Bárbara, es la hora!». Aparecieron los porteadores y me retiré para hacer sitio. Levantaron el ataúd, descendieron con él y la comitiva se puso en movimiento. Delante iban los escolares con cruz y bandera y el clérigo con el acólito. Inmediatamente detrás del ataúd, los dos hijos del carnicero y detrás de ellos el matrimonio. El hombre movía constantemente los labios, como rezando, pero iba mirando al mismo tiempo constantemente a derecha e izquierda. La mujer leía aplicada su libro de oraciones, interrumpida por los niños, a los que empujaba o retenía, pues el justo orden de la comitiva parecía ser de gran importancia para ella. Pero siempre volvía a su libro de oraciones. Así llegó la comitiva al cementerio. La sepultura estaba abierta. Los niños echaron el primer puñado de tierra. El hombre hizo lo mismo. La mujer estaba arrodillada y mantenía su libro cerca de los ojos. Los sepultureros terminaron su labor, y la comitiva, en parte disuelta, emprendió el regreso. En la puerta hubo aún algunas breves conversaciones, ya que, al parecer, a la mujer le parecía muy elevado el honorario del sepulturero. Los acompañantes se dispersaron en todas direcciones. El pobre músico había sido enterrado.

Unos días después (era domingo), impulsado por mi curiosidad psicológica, me dirigí a la casa del comerciante poniendo como pretexto que deseaba tener el violín del viejo como recuerdo.

Encontré a la familia reunida, y no aprecié en su actitud nada que hiciera pensar que habían sufrido una conmoción especial. Sin embargo, el violín estaba colgado en la pared, guardando una cierta simetría con el espejo y el crucifijo. Cuando expresé mi deseo y ofrecí una cifra relativamente elevada, el hombre no parecía estar en contra de hacer un negocio ventajoso. La mujer, por el contrario, se alzó de la silla y dijo:

—¡No faltaba más! ¡El violín pertenece a nuestro Jakob, y unos pocos florines más o menos no tienen importancia para nosotros!

Al mismo tiempo cogió el instrumento de la pared, lo miró por todos lados, sopló el polvo y lo colocó en un cajón, el cual cerró empujándolo con fuerza, como si temiera que lo robaran. Estaba de espaldas a mí, así que no podía ver su rostro ni saber lo que sentía en aquel momento. Dado que al mismo tiempo entró la sirvienta con la sopa, y el carnicero, sin sentirse molesto por la visita, empezó a rezar el voz alta la plegaria del almuerzo coreado por la voz estridente de los niños, les deseé buen provecho y me dirigí a la puerta. Mi última mirada fue para la mujer. Se había vuelto y las lágrimas le corrían a mares por las mejillas.

EL ESPÍRITU ELEMENTAL

EL 20 de noviembre de 1815, Albert von B., teniente coronel del ejército prusiano, se hallaba, de camino entre Lieja y Aquisgrán. El cuartel general de la unidad a la que estaba destinado debía llegar, en su retirada de Francia, ese mismo día a Lieja, y allí descansar dos o tres días. Albert había entrado en la ciudad la noche anterior, pero a la mañana siguiente se sintió invadido por una extraña inquietud y, aunque no quisiera reconocérselo a sí mismo, unos misteriosos sueños, que no le habían abandonado durante toda la noche augurándole un acontecimiento feliz en Aquisgrán, le decidieron a partir inmediatamente hacia allá. Asombrado en extremo de su propia manera de actuar, se halló sobre el veloz caballo con el que esperaba alcanzar la ciudad antes de caer la noche.

Un viento de otoño áspero y cortante corría por los campos pelados y despertaba las voces del lejano bosque desnudo, que se mezclaban con su sordo bramar. Aves de rapiña alzaban el vuelo entre graznidos y seguían en bandada a las espesas nubes que fueron amontonándose hasta que desapareció el último rayo de sol y un gris turbio y triste cubrió el cielo. Albert se envolvió en su capa y mientras trotaba ensimismado por la ancha carretera, se desplegaron ante su mente imágenes del reciente y trascendental pasado. Recordó cómo, hacía pocas lunas, había hecho el mismo camino en dirección contraria, durante la época más bella del año. Los campos se hallaban entonces en plena flor; los prados olorosos parecían ricos y coloridos tapices y bajo la benigna luz de los dorados rayos del sol resplandecían los arbustos en los que trinaban y cantaban alegres pájaros. La tierra se había engalanado como una novia anhelante para recibir a los hombres consagrados a la muerte, a los héroes caídos en sangrienta batalla, en su oscura cámara nupcial.

Albert se había unido al cuerpo de ejército al que estaba destinado cuando ya retumbaban los cañones a orillas del Sambre, pero a tiempo para tomar parte en los sangrientos combates de Charleroi, Gilly y Gosselins.

El azar quiso que Albert se *encontrara* siempre allí donde sucedían hechos decisivos. Así, estuvo presente en el último asalto al pueblo de Planchenoit, que condujo a la victoria de una de las batallas más memorables: Belle-Alliance. También participó en el último combate de la guerra, cuando el postrer esfuerzo de furiosa y enconada desesperación del enemigo se estrelló en el inquebrantable valor de un puñado de héroes que, atrincherados en el pueblo de Issy, hicieron retroceder al enemigo que avanzaba bajo el terrible fuego de metralla, dispuesto a lanzar la muerte y la destrucción entre las filas contrarias; los tiradores de élite lo persiguieron hasta muy cerca de las defensas de París. En la noche siguiente (del 3 al 4 de julio) se celebró en St. Cloud, como es sabido, la convención militar que negoció la rendición de la capital. Esa batalla de Issy precisamente apareció con especial claridad ante el alma de Albert. Recordó cosas que, según reflexionaba, no había percibido —ni podía haber percibido— durante el combate. Y así surgieron ante sus ojos, con vivísimos rasgos, los rostros de oficiales y soldados y la inefable expresión, no de orgulloso o insensible desprecio a la muerte, sino de verdadero entusiasmo divino, que los iluminaba le conmovió profundamente. Escuchó también palabras que arengaban a la batalla, o exhaladas con el último suspiro mortal, que debían haber sido guardadas para la posteridad como las frases exaltantes de los héroes de la antigüedad.

«¿Acaso no me sucede a mí como a aquel que al despertar es consciente de su sueño, pero no recuerda sus rasgos concretos hasta días más tarde?», pensó Albert. «Sí, un sueño..., sólo un sueño sobrevolando con poderosas alas el tiempo y el espacio podría hacer realidad los gigantescos, terribles e inauditos hechos que sucedieron durante los dieciocho fatídicos días de esa campaña, que desafió la imaginación más audaz y los cálculos más arriesgados del espíritu especulativo. ¡No!, el espíritu humano no reconoce su propia grandeza; la acción supera al pensamiento. Pues el espíritu y no la fuerza física bruta produce hazañas como aquéllas y la fuerza física de cada individuo verdaderamente entusiasmado se une a la sabiduría, a la genialidad del caudillo, para conseguir lo sobrehumano, lo impensable.»

En estas reflexiones Albert fue interrumpido por su ordenanza, que iba rezagado unos veinte pasos y al que oyó exclamar:

—¡Rayos y centellas! ¡Paul Talkebarth! ¿Qué te trae por aquí?

Albert volvió su caballo y vio cómo el jinete, que apenas notado por él acababa de pasarle, se paraba junto a su ordenanza y desataba las orejas del impresionante gorro de piel de zorro que le cubría, dejando aparecer al momento, reluciente y bien colorado, el familiar rostro de Paul Talkebarth, el viejo ordenanza del coronel Viktor von S.

De pronto, Albert comprendió lo que le había movido irresistiblemente a abandonar Lieja en dirección a Aquisgrán, aunque no se explicaba cómo el pensamiento de Viktor, su más íntimo y querido amigo, al que debía sin duda suponer en Aquisgrán, había estado oscuramente presente en su alma y no había asomado con claridad a su mente.

Albert exclamó también:

—¡Vaya, Paul Talkebarth! ¿De dónde sales? ¿Dónde está tu amo?

Paul Talkebarth se acercó haciendo graciosas corvetas y, saludando militarmente con la mano plana alzada hasta la cocarda excesivamente grande de su gorro, dijo:

—¡Por todos los diablos, mi teniente coronel, sí, soy yo! Mal tiempo tenemos por estos parajes, por mi honor. Pero la culpa la tiene la hierba cana. Lo dice la vieja Lisa; no sé, mi teniente coronel, si conocéis a Lisa Pfefferkorn que vive en Genthin; pero cuando uno ha estado en París y ha visto el muflón en el Jardin des Plantes... en fin, uno halla cerca lo que busca lejos y así estoy ante mi señor, el teniente coronel, al que iba a buscar a Lieja. A mi amo le dijo ayer al oído el «*spirus familus*» (*spiritus familiaris*) que mi señor, el teniente coronel, había llegado a Lieja. *Sacrénom!* ¡Qué alegría! Sea como fuere, yo nunca me fié mucho del bayo. Un hermoso animal, ¡por mi honor!, pero caprichoso como un niño. La baronesa ha hecho lo que estaba en sus manos, eso es cierto. Buena gente la de este país, aunque el vino no vale nada, sobre todo cuando se ha estado en París. Mi amo, el coronel, podía haber entrado como quien pasa bajo el Arco del Triunfo y yo le habría puesto al blanco la gualdrapa nueva... ¡Cómo hubiera aguzado las orejas...! Pero como solía decir la vieja Lisa, mi tía, la de Genthin... Aunque no sé si me comprendéis, señor...

—¡Que se te paralice la lengua! —interrumpió Albert al incorregible charlatán—. Tu amo está en Aquisgrán, cabalguemos pues rápido. Aún nos quedan cinco horas de camino.

—¡Alto! —gritó Paul Talkebarth con todas sus fuerzas—. ¡Alto, alto, mi teniente coronel! El clima es malo por aquí, pero el forraje... Al que tiene ojos como los nuestros le brillan en la niebla...

—¡Paul! —exclamó Albert—, no me impacientes, ¿dónde está tu amo? ¿No está en Aquisgrán?

Paul Talkebarth sonrió con tal beatitud que su cara se frunció en mil pliegues como un guante

mojado, luego estiró el brazo en dirección a unos edificios que se divisaban sobre una suave colina, y dijo:

—Allí, en aquella casa...

Sin esperar a lo que Paul Talkebarth aún tuviera que añadir, Albert se adentró por el camino que conducía de la carretera hacia el bosque y se alejó con rápido galope. Por lo poco que hasta ahora ha hablado el honrado Talkebarth debe de parecerle al amable lector un curioso personaje. Sólo diré que éste, siendo una pieza de la herencia paterna, sirvió al coronel Viktor von S. desde el primer momento en que éste ciñera la espada de oficial, después de haber sido intendente general y *maître des plaisirs* de los juegos y las locas hazañas de sus años infantiles y adolescencia. Un viejo y estrafalario pedagogo, preceptor de la casa durante dos generaciones, había completado con los retales de saber y educación que había comunicado al honrado Talkebarth la feliz disposición a la extrema confusión y a la travesura con que la naturaleza le había dotado profusamente. Era, además, Talkebarth el alma más fiel que pudiera haber en el mundo. Dispuesto a ir en cualquier momento a la muerte por su amo, ni la edad avanzada ni ninguna otra consideración habían disuadido al buen Paul de acompañarle a la guerra en 1813. Su naturaleza férrea le permitía resistir todas las fatigas, pero su espíritu, menos fuerte que su cuerpo, manifestaba la considerable conmoción, o al menos el especial impulso recibido durante la estancia en Francia, sobre todo en París. Porque Paul Talkebarth, por fin, había comprendido que el maestro Sprengel tenía toda la razón cuando le definió como una lumbrera, que algún día llegaría a lucir con total brillantez. Para Talkebarth ésta se manifestaba en la facilidad con la que había entrado en las costumbres de un pueblo extranjero y había aprendido su idioma. Presumía no poco de este talento, atribuyendo exclusivamente a sus estupendas capacidades intelectuales que en numerosas ocasiones consiguiera lo imposible en lo que se refiere a alojamiento y comida. Los fantásticos giros franceses de Talkebarth (el lector ya ha saboreado algunos ejemplos) circulaban si no en todo el ejército, sí en la unidad a la que pertenecía su amo. Todo jinete acantonado en un pueblo ordenaría al campesino con palabras de Paul Talkebarth: «¡Paisano! Lavanda pur les chevó!» («Paysan, de l'avoine pour les chevaux!»).

Como suele ocurrir con las naturalezas excéntricas, a Talkebarth no le gustaba que las cosas sucedieran de una manera normal y sencilla. Le encantaban las sorpresas y procuraba proporcionárselas por todos los medios a su amo, que, en efecto, se veía sorprendido a menudo, aunque no en el sentido deseado por su honrado sirviente, cuyos planes generalmente más ambiciosos fracasaban en su ejecución. También en esta ocasión le rogó insistentemente al teniente coronel von B., dispuesto a dirigirse directamente a la puerta principal de la casa de campo, que diera un rodeo y entrara en el patio por la parte trasera para que su amo no le viera hasta que entrara en la habitación. Por darle gusto, Albert tuvo que cruzar a caballo una pradera encharcada y se vio cubierto de salpicaduras de lodo. Luego había que cruzar un frágil puente sobre un foso. Talkebarth se disponía a saltarlo ágilmente, haciendo gala de sus dotes de jinete, pero cayó en el agua hasta la tripa de su caballo y con dificultad fue sacado a tierra firme por el ordenanza de Albert. A pesar de todo, clavó las espuelas a su caballo con gran alegría y dando grandes voces entró como un torbellino en el patio de la casa. Como en esos momentos estaban allí reunidos todos los gansos, pavos, patos, gallos y gallinas de la granja para irse a dormir, y como además por un lado entraba una manada de ovejas y por el otro un rebaño de aquellos animales, en los que Nuestro Señor confinó al diablo, puede imaginarse que Paul Talkebarth, sin apenas dominio de su caballo y galopando en grandes círculos por el patio, armó no poco estrepito entre los animales domésticos. Acompañado por el

horrible estrépito del ganado, que cacareaba, graznaba, balaba y gruñía, de los perros que ladraban y de las criadas que chillaban, Albert hizo su gloriosa entrada, maldiciendo al honrado Talkebarth y todos sus planes de sorpresa.

Albert descendió rápidamente del caballo y entró en la casa, que, sin grandes pretensiones de belleza y elegancia, se presentaba acogedora y parecía cómoda y suficientemente espaciosa. En la escalera le salió al encuentro un hombre no muy alto, bien alimentado, de rostro rubicundo y vestido con una chaqueta corta de caza gris que le preguntó con una sonrisa agrisulca: «¿Alojado?». Por el tono con el que pronunció esta palabra, Albert reconoció al instante que, como sabía por Talkebarth, tenía delante al dueño de la casa, es decir, al barón von E. Le aseguró que no estaba en absoluto alojado, que, por el contrario, sólo tenía la intención de visitar a su querido amigo, el coronel Viktor von S., que según le habían dicho se hallaba allí, y que se acogería a la hospitalidad del señor barón sólo por esa noche, ya que deseaba partir temprano a la mañana siguiente.

La cara del barón se aclaró visiblemente y la luz plena del sol, que brillaba normalmente en este rostro bonacible, aunque excesivamente ancho, resurgió cuando, subiendo por la escalera con el barón, Albert dejó caer que probablemente ninguna unidad del cuerpo de ejército que estaba en marcha tocaría esta zona.

El barón abrió una puerta; Albert entró en una amable sala y vio a Viktor sentado de espaldas. Al oír ruido, éste se volvió, se puso en pie y con una exclamación de alegría se echó en brazos del teniente coronel.

—¿No es cierto, Albert, que pensaste en mí la noche pasada? ¡Lo sabía, me lo decía el corazón, que estabas en Lieja en el mismo momento en que entrabas en la ciudad! Concentré todos mis pensamientos en ti, mis brazos espirituales te rodearon, ¡no podías escapar a mi abrazo! —Albert confesó que, como el benévolo lector ya sabe, oscuros sueños sin forma precisa le habían obligado a abandonar Lieja.

—¡Sí! —exclamó entusiasmado Viktor—. No es una figuración, una ilusión vacía; poseemos esa fuerza divina, que domina el tiempo y el espacio y manifiesta lo sobrenatural en este mundo de los sentidos.

Albert no comprendió bien lo que quería decir Viktor; la manera de actuar de su amigo, tan alejada de lo habitual, indicaba un estado de gran tensión y excitación. La dama que estaba sentada al lado de Viktor delante de la chimenea se puso entonces en pie y se acercó a los amigos. Albert se inclinó ante ella con una mirada inquisitiva hacia Viktor.

—La baronesa Aurora von E. —dijo éste—, mi querida y hospitalaria anfitriona, fiel y cuidadosa enfermera de mis males.

Con una mirada atenta a la baronesa, Albert constató que la mujer, pequeña y redondita, no tendría aún cuarenta años y sin duda poseía una constitución fina, aunque la rica alimentación campestre y el mucho sol habían ensanchado las formas de su cuerpo más allá de la línea de la belleza, lo cual quitaba encanto incluso al atractivo y aún lozano rostro, cuyos ojos azul oscuro habrían penetrado peligrosamente en más de un corazón. El atuendo de la señora de la casa le pareció a Albert demasiado doméstico, ya que el tejido del vestido, de un blanco immaculado, aunque reflejaba la excelencia del lavadero y la lejía, también atestiguaba el escaso nivel de la industria textil casera. Un pañuelo de algodón de colores chillones, echado despreocupadamente sobre los hombros, de modo que la blanca garganta quedaba bien visible, no realzaba el esplendor del atuendo. Lo más raro, sin embargo, era que la baronesa llevaba en los pies los zapatos de seda más delicados que puedan

imaginarse y en la cabeza una encantadora toca de encaje, a la moda más reciente de París. A pesar de que esta toca le recordara al teniente coronel cierta graciosa modistilla que el azar puso en su camino en París, un torrente de frases corteses con las que excusó su repentina aparición brotó de sus labios. La baronesa no dejó de corresponder adecuadamente a estas gentilezas. Sus palabras, una vez que abrió la boca, fluyeron imparables, hasta que, por fin, recordó que a un huésped tan bienvenido, amigo del coronel que tan fiel a la casa era, no se le podía agasajar suficientemente. A la impaciente llamada y a su grito de «¡Marianne! ¡Marianne!» acudió una vieja malhumorada, que a juzgar por el gran llavero que llevaba colgado del cinturón era el ama de llaves. Con ella y con el señor esposo se discutió qué buenos y sabrosos manjares podían prepararse. Resultó, sin embargo, que las exquisiteces, por ejemplo (*sic*) caza y cosas similares, o ya habían sido consumidas o no podían procurarse hasta el día siguiente. Reprimiendo con dificultad su impaciencia Albert aseguró que le obligarían a partir inmediatamente, en plena noche, si por su causa se alteraba en lo más mínimo el orden de la casa. Unas viandas frías, algo de pan con mantequilla le bastaban para cena. La baronesa contestó que era inadmisibile que, después de una dura jornada a caballo con tiempo áspero y desapacible, el teniente coronel no tomara algo caliente. Tras largas deliberaciones con Marianne, se consideró factible, y se decidió, la preparación de un ponche. Marianne desapareció por la puerta haciendo sonar sus llaves; pero cuando todos iban a tomar asiento, una criada consternada vino a llamar a la baronesa. Albert oyó cómo tras la puerta se le rendía cuenta cabal de la terrible devastación producida por Paul Talkebarth en el corral, seguida de la lista considerable de los muertos, heridos y desaparecidos. El barón salió corriendo tras la baronesa, y mientras ésta ponía el grito en el cielo, él maldecía al honrado Paul y los criados se deshacían en lamentaciones, Albert relató brevemente a su amigo lo que había sucedido en el patio. «¡Ésas son las jugarretas del viejo bufón», exclamó indignado Viktor, «pero las intenciones de este pillastre son tan buenas que es imposible enfadarse con él!»

Fuera se fue restableciendo la calma; la criada principal trajo la feliz noticia de que Hans Gucklick sólo estaba muy asustado, que no había sufrido daño alguno y que en ese momento comía con apetito.

El barón volvió con expresión risueña repitiendo satisfecho que Hans Gucklick se había salvado del bruto de Paul Talkebarth, que no respetaba ni la vida humana, y aprovechó la ocasión para extenderse ampliamente sobre la utilidad de la cría de las gallinas. Pues Hans Gucklick, que sólo estaba asustado y no había sufrido mayores daños, era el viejo y muy estimado gallo de la casa, orgullo y ornato del gallinero desde hacía muchos años.

También la baronesa volvió a la sala, pero sólo para hacerse cargo de un voluminoso llavero que extrajo de un armario. Rauda y veloz salió de nuevo, y Albert oyó cómo la señora y el ama de llaves subían y bajaban entre el tintineo de llaves, mientras las criadas acudían chillando a sus gritos y desde la cocina sonaba la agradable música de los morteros y los ralladores. «¡Dios mío!», pensó Albert, «si el general se hubiera presentado aquí con todo el estado mayor, no habría más agitación que ésta que suscita mi pobre ponche».

El barón, pasando de la cría de las gallinas a la caza, no había terminado una complicada historia sobre un hermoso ciervo, que se había dejado ver, pero no cazar, cuando la baronesa entró en la sala acompañada de nada menos que Paul Talkebarth, que traía el ponche en delicado servicio de porcelana.

—Colóquelo aquí, mi buen Paul —dijo amable la baronesa, a lo que Talkebarth respondió

infinitamente dulce:

—¡A fu serpire, Madame!

Los espíritus de los caídos en el corral parecían reconciliados y todo perdonado.

Por fin, todos se sentaron tranquilamente. Tras ofrecer de beber a los amigos, la baronesa comenzó a tejer un gran calcetín de lana y el barón se dedicó a ensalzar las prendas de punto para la caza. En determinado momento echó mano de la jarra para servirse una taza de ponche.

—¡Ernst! —le amonestó la baronesa con mirada severa. Al instante el barón desistió de su propósito y disimuladamente se acercó al armario, donde con sigilo se echó al colete un vasito de aguardiente. Albert aprovechó el momento para poner fin a los aburridos monólogos del barón y preguntó a su amigo por sus andanzas y aventuras. Viktor respondió que habría tiempo de sobra para contar en dos palabras lo que le había acontecido durante el tiempo que habían estado separados, pero que se moría de impaciencia por escuchar de boca de Albert los memorables hechos bélicos acaecidos en los últimos e históricos tiempos. La baronesa aseguró con una sonrisa que no había nada más entretenido que las historias de guerra, muerte y destrucción. También el barón, que se había unido nuevamente al grupo, declaró que le encantaba oír hablar de batallas sangrientas, pues le recordaban sus partidas de caza. Estaba a punto de resumir su historia del ciervo imposible de cazar, pero Albert le interrumpió con una carcajada de retenida exasperación; efectivamente, en la caza también se disparaba con bala, dijo, aunque era tranquilizador que los ciervos y las liebres, cuya sangre era la que corría, no devolvieran los disparos.

Albert se sentía traspasado por el calor del ponche, que saboreó y juzgó óptimamente preparado a base de vino noble, y el bienestar físico actuó sobre su espíritu y disipó totalmente el malhumor que el entorno desacostumbrado le produjera. Ante los ojos de Viktor desplegó el sublime y estremecedor panorama de aquella terrible batalla, que de golpe destruyó todas las esperanzas del que se imaginaba ya dueño del mundo. Con vibrante entusiasmo Albert describió el indómito valor de león de los batallones que conquistaron Planchenoit y terminó con estas palabras:

—¡Oh, Viktor, Viktor! ¡Si hubieras estado allí habrías luchado a mi lado!

Viktor se había acercado a la silla de la baronesa, había cogido el gran ovillo de lana, que acababa de caerse de su regazo, y jugaba con él entre las manos, de modo que la hacendosa tejedora tenía que tirar del hilo entre los dedos de Viktor y no podía evitar rozar su brazo con sus largas agujas.

Al oír las palabras de Albert, pronunciadas con énfasis, Viktor pareció despertar repentinamente de su sueño. Miró a su amigo con una sonrisa extraña, y murmuró:

—Sí, mi querido amigo, es cierto lo que dices. El ser humano a menudo se enreda vertiginosamente en lazos, cuyo nudo sólo la muerte corta violentamente. En lo que se refiere a los maleficios diabólicos, es quizá la temeraria llamada del propio y terrible espíritu la mayor amenaza que existe. ¡Pero aquí ya duermen todos!

Las incomprensibles y misteriosas palabras de Viktor demostraban a las claras que éste no había comprendido ni una sílaba de lo que había dicho Albert y que, por el contrario, había estado entregado a ensoñaciones de muy rara índole.

Puede imaginarse que Albert enmudeció de sorpresa. Miró a su alrededor y vio que al dueño de la casa, recostado contra el respaldo del sillón y con las manos cruzadas sobre la tripa, le descansaba la fatigada cabeza sobre el pecho y que la baronesa —con los ojos cerrados con fuerza— seguía haciendo punto mecánicamente como un reloj.

Albert se puso en pie haciendo ruido e inmediatamente también se levantó la baronesa; se le acercó con una cortesía tan natural, noble y al mismo tiempo tan llena de gracia que Albert olvidó su pequeña, gordezuela y casi cómica figura, y creyó a la baronesa transformada en otra persona.

—Disculpad, teniente coronel —dijo ésta con voz suave, tomando la mano de Albert—, disculpad al ama de casa ajetreada desde el amanecer, si al cabo del día no resiste el cansancio, aunque le hablen maravillosamente de las cosas más maravillosas; disculpad también al rudo cazador. Es imposible que no deseéis estar a solas con vuestro amigo para desahogar vuestro corazón. Los testigos sobran. Sin duda, os agradará tomar en su compañía la cena que os he mandado preparar en sus habitaciones.

Nada podía agradar más a Albert. Con las palabras más corteses pidió permiso para retirarse a la amable anfitriona, a la que ahora perdonó de todo corazón el llavero, las lamentaciones sobre el atemorizado Hans Gucklick y hasta el calcetín de punto y las cabezadas.

—¡Ernst, querido! —insistió la baronesa cuando los amigos quisieron despedirse del barón. Como éste en lugar de una respuesta profiriera gritos de «¡Vamos! ¡Vamos! ¡Nerón, Ratonero, allons!», y dejara caer la cabeza hacia el otro lado, no le molestaron más en sus dulces sueños.

—¡Dime! —exclamó Albert cuando se encontró a solas con Viktor—, dime ¿qué te pasa? Pero... primero cenemos, pues siento hambre y, en efecto, aquí hay más que el modesto pan con mantequilla que pedí.

El teniente coronel tenía razón, pues halló una mesa cuidadosamente puesta con las más apetitosas viandas frías, entre las que un jamón de Bayona y una empanada de perdices rojas eran, sin duda, los adornos más conspicuos. Como Albert expresara su satisfacción, Paul Talkebarth con una sonrisa pícaro apuntó que si no hubiera sido por él y por su habilidad en sugerirle a la dueña Marianne los manjares preferidos por su amo para un «superfin» (*souper fin*)... Pero aún recordaba a su tía Lisa, continuó, que quemó el arroz con leche el día de su boda y ahora que llevaba treinta años de viudedad, quién sabe, pues estas cuestiones matrimoniales se decidían en el cielo y la dueña Marianne... en fin, la señora baronesa personalmente le había confiado lo mejor de la cena: una cesta de sillería para los caballeros. Albert no atinaba a comprender lo de la «sillería», pero se dio por satisfecho cuando Talkebarth trajo la susodicha cesta, que no contenía otra cosa que seis botellas del mejor vino de Sillery.

Mientras Albert disfrutaba de la cena, Viktor relató cómo había llegado a la casa del barón von E.

Las penalidades de la primera campaña de 1813, a menudo superiores a la capacidad de resistencia de las naturalezas más fuertes, habían deteriorado la salud de Viktor. Los baños de Aquisgrán debían reponerlo y allí se hallaba cuando la huida de Bonaparte de Elba dio la señal para una nueva y sangrienta guerra. Se preparaba la campaña y Viktor recibió desde la capital órdenes de unirse, si su estado de salud lo permitía, al ejército del Bajo Rin; el poderoso destino sin embargo sólo le concedió una jornada de cinco horas a caballo. Justamente delante de la entrada a la mansión, en la que se encontraban ahora los amigos, el caballo de Viktor, normalmente el animal más seguro y tranquilo del mundo, acostumbrado al fragor de la batalla, se espantó, hizo un extraño y Viktor cayó a tierra como, en sus propias palabras, un colegial que monta por primera vez un caballo. Quedó sin conocimiento mientras la sangre brotaba de una considerable herida en la cabeza producida al golpearse con una piedra cortante. Le llevaron a la casa, y como todo transporte era peligroso, tuvo que esperar allí su curación, que todavía no era completa, porque, a pesar de que la herida hacía tiempo que estaba cerrada, aún le agotaban ataques de fiebre. Viktor se deshizo en cálidos elogios sobre las atenciones y los cuidados que la baronesa le había prodigado.

—¡Bueno! —exclamó Albert sonriendo francamente—. ¡Esto sí que no lo esperaba! Creía que me ibas a contar algo extraordinario y al final todo se reduce, no me lo tomes a mal, a una historia bastante simple, como las que se pueden encontrar en mil novelitas, tan baratas que nadie se atrevería a vivirlas personalmente con decoro. El caballero herido es llevado al castillo, la dama le cuida... ¡y el caballero se convierte en tierno enamorado! Vamos Viktor, que en contradicción con tu reconocido gusto e incluso con toda tu manera de vivir te enamores de pronto de una mujer gordita y entrada en años, tan casera y hacendosa que es como para perder la calma, y que encima juegues a ser el joven loco de amor que, como se dice no sé dónde, suspira como un fuelle y dedica canciones a las cejas de su amada... en fin, ¡estoy dispuesto a pensar que son cosas de la enfermedad! Lo único que podría justificarte medianamente y darte un halo poético es la historia del infante español de *El médico de su honra*, que compartiendo contigo igual fortuna cayó del caballo en la puerta de la casa de campo de doña Mencía y al final encontró a la amada que sin saberlo él...

—¡Calla! —gritó Viktor—. ¡Calla! ¿Crees que no veo y comprendo que tienes que tomarme por un loco rematado? Sin embargo, en este asunto hay algo más; algo misterioso. ¡Bebamos!

El vino y las cálidas palabras de Albert habían animado a Viktor; parecía haber despertado de una sombría ensoñación. Cuando por fin Albert alzó el vaso rebosante y dijo:

—¡Viktor, querido infante, por mí que viva doña Mencía, aunque sea en la figura de nuestra pequeña y gorda ama de casa!

Viktor respondió riendo:

—¡No, no soporto que me tomes por un fatuo! Me siento profundamente sereno y con ganas de contarte todo, confesarte todo. Pero tienes que resignarte a escucharme hablar de un período muy peculiar de mi vida, situado en mi juventud, y es posible que se nos pase en ello media noche.

—Cuenta —dijo Albert—, pues veo que hay vino en abundancia para refrescar el espíritu si flaquea. Es una lástima que haga tanto frío, por otro lado sería un crimen molestar a estas horas a los criados.

—Me extrañaría —dijo Viktor— que Paul Talkebarth no lo hubiera prevenido.

En efecto, soltando con la mayor cortesía sus juramentos franceses, el ordenanza confirmó que él mismo había cortado la excelente leña en pequeñas piezas y la había guardado para el fuego de chimenea más delicioso que inmediatamente encendería.

—Afortunadamente —dijo Viktor—, aquí no me sucederá lo que en casa de un comerciante en Meaux, donde el honrado Paul me encendió un fuego que costó al menos mil doscientos francos. El bueno de Talkebarth cogió madera de sándalo del Brasil, la partió y la metió en la chimenea; yo me sentí como Andalosía, el famoso hijo del conocido Fortunato, cuyo cocinero tuvo que hacer fuego con especias cuando el rey prohibió que se le vendiera madera.

—Tú sabes, mi querido amigo Albert —retomó el hilo Viktor cuando el fuego chisporroteaba y danzaba, y Paul Talkebarth había abandonado la habitación—, tú sabes que empecé mi carrera militar con la guardia en Potsdam, pero poco más sabes de mis años mozos, pues nunca hubo ocasión especial para hablar de ellos; además, la imagen de aquellos años se presentaba a los ojos de mi alma con rasgos borrosos y hasta ahora no la veía con colores brillantes. Mi primera educación en casa de mi padre no la definiría como mala. En el fondo no tuve ninguna; me dejaron seguir mis inclinaciones y éstas no revelaban una vocación por las armas. Sin duda, me sentía atraído por la formación científica que el viejo maestro, que era mi preceptor pero se contentaba con que le dejara en paz, no podía darme. En Potsdam, por fin, adquirí con facilidad conocimientos de lenguas vivas y

me dediqué con diligencia y éxito a los estudios necesarios a un oficial. Además, leía con una especie de furia todo lo que caía en mis manos sin selección alguna y sin considerar su utilidad; a pesar de todo, como mi memoria era excelente, conseguí, no sé muy bien cómo, considerables conocimientos históricos. Años más tarde me hicieron el honor de afirmar que en mí habitaba un espíritu poético, que yo mismo, sin embargo, me negaba a reconocer. Lo único cierto es que las obras maestras de los grandes poetas de aquel tiempo me inspiraban un entusiasmo que nunca hubiera imaginado posible. Yo me veía a mí mismo como un ser diferente, que despertaba a la verdadera vida. Sólo te citaré *Las penas del joven Werther* o *Los bandidos* de Schiller. Otro libro que por no estar concluido invita al espíritu a seguir especulando en infinitas oscilaciones pendulares —me refiero a *El visionario* de Schiller— dio a mi fantasía un impulso inesperado. Puede ser que la tendencia a la mística y al misterio, enraizada profundamente en la naturaleza humana, sea especialmente fuerte en mí; sea como fuere cuando leí aquel libro, que parecía contener las fórmulas y los conjuros de la más potente magia negra, se me abrió un mundo maravilloso lleno de portentos supraterréneos, o mejor, subterráneos, en el que paseaba y me perdía como un soñador. Una vez en este estado de ánimo me lanzaba sobre todo lo que lo intensificara y hasta obras de mucho menor contenido no dejaban de tener efecto. Así me impresionó profundamente *El genio* de Grosse y tampoco ahora me avergüenzo de ello, ya que al menos la primera parte que apareció en *Die Horen*, la revista de Schiller, conmocionó por la viveza de su relato y por el hábil tratamiento del tema al mundillo literario. Sufrí más de un arresto por estar ensimismado en algún libro de éstos o en mis sueños místicos durante la guardia y por olvidar así el relevo, hasta que el suboficial venía a buscarme. Precisamente en esa época el azar me puso en contacto con un hombre muy singular. Durante un hermoso atardecer, cuando el sol ya se había puesto y la oscuridad caía, yo paseaba solo como era mi costumbre en un parque de las afueras de Potsdam. De pronto me pareció oír en la espesura de un bosquecillo junto al camino sordas lamentaciones interrumpidas por violentas palabras en un idioma desconocido para mí. Pensé que alguien necesitaba ayuda y acudí al lugar de dónde provenían las quejas. En seguida vi en el fulgor del crepúsculo una silueta grande, de anchos hombros que, envuelta en un sencillo capote militar, yacía en tierra. Me acerqué, y para mi gran asombro, reconocí al comandante O'Malley de los Granaderos.

»—¡Por Dios! —exclamé—. ¿Sois vos, mi comandante? ¿En este estado? ¿Os sentís enfermo, puedo ayudaros?

»El comandante me dirigió una mirada fija y enajenada, y luego con tono desabrido dijo:

»—¿Qué demonio os trae por aquí, teniente? ¿Qué os importa que yo esté aquí tirado o no? ¡Largaos a la ciudad!

»La palidez cadavérica del rostro de O'Malley y la situación en la que le encontré me hicieron sospechar algo siniestro, y le dije que no pensaba en absoluto abandonarle y que sólo volvería a la ciudad con él.

»—¿Conque ésas tenemos? —dijo el comandante muy tranquilo y frío al cabo de un breve silencio; luego intentó ponerse en pie, a lo que yo le ayudé, ya que parecía tener dificultades. Entonces me di cuenta de que O'Malley, como solía hacer a menudo cuando salía al anochecer a tomar el aire, se había echado sobre la camisa —sin ninguna otra prenda de vestir— un capote corriente de soldado, acompañado de botas y sombrero de oficial, de ancho y dorado galón, sobre la cabeza pelada. Con movimiento rápido recogió una pistola que estaba en el suelo a su lado y la escondió en el bolso del capote para que yo no la viera. Durante el camino de vuelta a la ciudad no

habló ni una palabra conmigo, aunque de vez en cuando mascullaba frases abruptas en su lengua materna —era irlandés de nacimiento— que yo no comprendía. Cuando llegamos a su alojamiento, me dio un apretón de manos, y, con una voz tan indescriptible y extraña que aún resuena en mi alma me deseó:

»—¡Buenas noches, teniente! ¡Que el cielo os proteja y os dé buenos sueños!

»Este comandante O'Malley era, sin duda, uno de los seres más extraños que pueda haber, y quitando algunos ingleses excéntricos con los que me he topado, no sabría de ningún oficial en todo el ejército que por su aspecto pudiera compararse con O'Malley. Si es cierto que, como afirman muchos viajeros, la naturaleza no se sirve en ninguna parte de troqueles tan originales como en Irlanda y que allí cada familia posee las piezas más singulares, el comandante O'Malley podría pasar por un prototipo de su nación entera. Imagínate un hombre fuerte como un roble, de seis pies de altura, cuya constitución no podría definirse como desproporcionada, pero en la que ningún miembro encaja con el otro, como en ese juego en el que las figuras se forman con piezas sueltas, cuyo número determinan los dedos. La nariz aguileña, los labios bien dibujados elevarían el rostro hacia lo noble; los ojos saltones, por el contrario, resultan casi desagradables y las cejas altas y espesas tienen el carácter de la máscara cómica. Es curioso que el rostro del comandante tuviera una expresión llorosa cuando reía, lo que no ocurría a menudo, y parecía reír cuando le asaltaba la furia de la cólera más violenta: esta risa era tan espantosa que a los ordenanzas más veteranos y más aplomados los sobrecogía. Pero tan infrecuente como era la risa de O'Malley, era que se dejara arrastrar por la ira. Completamente imposible parecía que al comandante le sentara bien un uniforme. El arte del más hábil sastre de regimiento fracasaba ante su desgarbada figura; la casaca cortada según las medidas exactas hacía indignas arrugas y le colgaba del cuerpo como si estuviera colgada para cepillarle el polvo, la espada le tembloteaba contra las piernas y el sombrero se asentaba sobre su cabeza con una dirección tan extraña que a cien pasos denunciaba al militar cismático. Pero lo que en aquellos tiempos de pedante formalismo resultaba más chocante era que O'Malley no llevaba coleta. Claro que ésta difícilmente se hubiera sujetado en los pocos rizos grises que se ensortijaban en su nuca, ya que la cabeza estaba por completo desprovista de pelo. Si el comandante montaba a caballo, daba la impresión de que en cualquier momento podía caerse, si blandía la espada que en cualquier momento el enemigo podía desarmarle; sin embargo, era el mejor jinete, el mejor espadachín y el gimnasta más entrenado y ágil que pueda imaginarse. Baste esto para darte la imagen de un hombre, cuya manera de vivir hay que describir como misteriosa, ya que tan pronto tiraba grandes sumas por la ventana como aparecía como un pobre; escapaba además a cualquier control por parte de sus superiores y a toda obligación del servicio, haciendo exactamente lo que le venía en gana. Y lo que le venía en gana era generalmente tan excéntrico, tan marcado por la locura del *spleen*, que había que temer por su salud mental. Se decía que en cierta época en la que Potsdam y sus alrededores fueron escenario de extrañas mistificaciones relacionadas con la historia del día, el comandante desempeñó un importante papel y aún mantenía unas conexiones que originaban lo incomprensible de su situación. Un libro de muy mala fama que apareció entonces (con el título, si no me equivoco, de *Excorporaciones*) y que contenía el retrato de un hombre muy parecido al comandante alimentó los rumores. Incluso yo, inspirado por el contenido místico de aquel libro, me inclinaba, mientras observaba más y más de cerca la extravagante, por no decir fantástica actividad de O'Malley, a ver en el comandante una especie de "armenio", de mago. Él mismo me dio ocasión para ello, manifestando después de aquella tarde cuando le encontré en el bosque enfermo o

conmocionado un especial afecto por mí. Necesitaba al parecer verme a diario. No es necesario describirte el carácter tan singular de esta relación, ni contarte cosas que confirman totalmente la opinión de los ordenanzas que afirmaban descaradamente que el comandante era un “doble” y tenía un pacto con el diablo, porque muy pronto vas a conocer sobradamente al siniestro personaje, destinado a intervenir de manera perturbadora en mi vida.

»Yo pertenecía entonces a la Guardia de Palacio y allí fue a visitarme un día mi primo, el capitán von T., que había venido a Potsdam desde Berlín con un joven oficial. Estábamos conversando plácidamente en torno a unos vasos de vino cuando —era casi medianoche— entró en la habitación el comandante O’Malley.

»—Os creí solo, teniente —dijo, y, mirando disgustado a mis invitados, se dispuso a retirarse. El capitán le recordó que eran viejos amigos, y a mis ruegos O’Malley aceptó sentarse con nosotros.

»—Vuestro vino —exclamó O’Malley, vaciando el vaso de un tirón como era su costumbre—, vuestro vino, teniente, es el más abominable brebaje que jamás haya rascado las tripas de un hombre honrado. ¡Veamos si éste es de mejor linaje!

»Con esto sacó una botella del bolso del capote que llevaba sobre la camisa y sirvió a todos. El vino, que nos pareció un húngaro fogoso, era excelente.

No sé cómo la conversación se centró en el tema de la magia y por fin en aquel difamado libro del que ya te hablé. El capitán gustaba de utilizar, sobre todo cuando había bebido, un cierto tono sarcástico que no todo el mundo soportaba. En este tono empezó a hablar de los conjuradores de espíritus y de los maestros, brujos que proliferaban en el ejército y hacían verdaderas proezas por las que aún ahora había que ofrecer sacrificios y tributar homenaje a su poder.

»—¿A quién os referís, capitán? —gritó con voz estentórea O’Malley—; si por ventura os referís a mí, será mejor dejar a un lado lo de los conjuros. ¡Que entiendo bastante de otras cosas os lo puedo demostrar, y para ello no necesito otro talismán que mi espada o una buena pistola!

»Nada más lejos del capitán que provocar una pelea con O’Malley; por eso aseguró con palabras comedidas que, en efecto, se había referido al comandante, pero sin otra intención que la de bromear, quizá a destiempo. Y ahora, en serio, quería preguntar al comandante si no sería oportuno desmentir el absurdo rumor sobre sus poderes sobrenaturales, y, de este modo, también salir al encuentro de una estúpida superstición que no tenía cabida en tiempos ilustrados. El comandante se echó hacia delante y apoyó la cabeza en sus puños, de modo que su nariz apenas distaba un palmo del rostro del capitán, y muy tranquilo, mirando a éste fijamente con sus ojos saltones, dijo:

»—Aunque, amigo mío, el Señor no os ha iluminado con un espíritu muy sagaz, comprenderéis, espero, que sería una presunción torpe, necia y hasta diría que infame imaginar que todo empieza y acaba con nuestro principio espiritual y que no existen naturalezas espirituales, que, diferentes a la nuestra y creándose a menudo una forma pasajera a partir de esa naturaleza, se nos manifiestan en el espacio y en el tiempo, y, lo que es más, se refugian, en busca de desconocidos efectos, en esa vasija de barro que llamamos cuerpo. No os reprocharé, capitán, que seáis muy ignorante de todas las cosas que no se aprenden pasando revista o en el desfile y que no hayáis leído nada sobre ellas. Pero si hubierais metido la nariz un poco solamente en buenos libros sí conoceríais a Cardano, Justino Mártir, Lactancio, Cipriano, Clemente de Alejandría, Macrobio, Trismegisto, Nolloio, Dorneo, Teofrasto, Fludd, Wilhelm Postel, Mirándola, a los judíos de la Cábala, José y Filo, y tendríais una intuición de cosas que ahora sobrepasan vuestro horizonte y de las que por eso mismo no deberíais hablar —con estas palabras O’Malley saltó en pie y con fuertes y grandes zancadas midió la

habitación de un extremo al otro haciendo temblar las ventanas y los vasos.

»Aparte de tener la mayor consideración por los conocimientos del comandante, aseguró un poco ofuscado el capitán, y aparte de no intentar en absoluto negar que existían y debían existir naturalezas espirituales superiores, él estaba firmemente convencido de que cualquier relación con un mundo desconocido de espíritus iba contra la condición de la naturaleza humana y, por tanto, era imposible, y que todo lo que sirviera para demostrar lo contrario se basaba en el autoengaño o en la impostura.

»El capitán calló y al cabo de unos segundos O'Malley interrumpió su ir y venir, y dijo:

»—Capitán —y, dirigiéndose a mí—, teniente, os ruego que escribáis aquí y ahora un poema épico tan magnífico, tan sobrehumanamente grande como la *Iliada*.

»Ambos respondimos que ninguno de los dos estábamos capacitados para ello al no habitar en nosotros el espíritu homérico.

»—¡Ajá! —exclamó el comandante—. ¿Lo veis, capitán? Como vuestro espíritu es incapaz de concebir y dar a luz lo divino; como vuestra naturaleza, quizá ni siquiera está constituida para captar el fuego del conocimiento, deberíais negar consecuentemente que algo parecido naciera de cualquier ser humano. Yo os aseguro que el trato con las naturalezas espirituales superiores está condicionado por un organismo psíquico superior, y éste, al igual que la potencia creativa poética, es un don con el que el espíritu universal adorna a sus elegidos.

»En la cara del capitán leí que estaba a punto de responder con algún sarcasmo al comandante. Para evitarlo, tomé la palabra y observé que, por lo que yo sabía de los cabalistas, seguían determinadas fórmulas y reglas para llegar a ese trato con los espíritus desconocidos. Pero antes de que el comandante contestara, el capitán, acalorado por el vino, atajó con agrias palabras:

»—Para qué seguir hablando, comandante, os tomáis por un ser superior, queréis hacernos creer que, hecho de un material mejor que el nuestro, mandáis sobre los espíritus. Permitid que os tome por un confuso lunático hasta que no demostréis vuestros poderes psíquicos.

»El comandante soltó una carcajada salvaje, y dijo:

—¿Me tomáis por un vulgar conjurador de espíritus, por un miserable prestidigitador, capitán? ¡Qué otra cosa puede esperarse de vuestra miope inteligencia! Sin embargo, os será concedido asomaros a un oscuro reino que ni siquiera imagináis y que puede atraparos fatalmente. Os prevengo, pues, de antemano y os ruego que consideréis que vuestro valor quizá no baste para resistir ciertas cosas, que a mí me parecen un divertido juego.

»El capitán aseguró que estaba dispuesto a enfrentarse a todos los espíritus y demonios que O'Malley fuera capaz de conjurar y entonces tuvimos que prometer a O'Malley bajo palabra de honor que en la noche del equinoccio de otoño, a las diez en punto, estaríamos en la taberna próxima a la puerta de ***, donde nos aclararía sus planes.

Entre tanto se había hecho de día; el sol entraba por la ventana. El comandante se irguió en medio de la habitación, y gritó con voz atronadora:

»—*Incubus, incubus! Nehmahmihah Sedim!* —dejó caer el capote que hasta ahora no se había quitado y apareció vestido con el uniforme completo.

»En ese mismo momento tuve que salir al relevo de la guardia. Cuando volví habían desaparecido ambos, el comandante y el capitán.

»—Os he esperado —dijo el joven oficial, un amable y virtuoso joven, al que hallé solo—. Me quedé únicamente para preveniros del comandante, un hombre temible. ¡Que sus espantosos secretos se aparten de mí! Me pesa haber dado mi palabra para estar presente en un acto que quizá sea

pernicioso para todos, pero con toda seguridad para el capitán. Confiaréis en que no estoy dispuesto a creer ahora con más convicción en esos cuentos de ama, pero ¿notasteis que el comandante fue sacando ocho botellas de un bolso que no podría contener ni siquiera una? Además, a pesar de llevar sólo una camisa bajo el capote, apareció de pronto vestido por manos invisibles.

»Era, efectivamente, como decía el teniente, y confieso que me traspasó un escalofrío helado.

»El día señalado el capitán se presentó con mi joven amigo en mi habitación y a las diez en punto nos hallamos, como habíamos prometido al comandante, en la taberna. El teniente estaba silencioso y ensimismado; tanto más ruidoso y alegre, el capitán.

»—¡Creo —gritó cuando dieron las once y media y O'Malley no había aparecido—, creo que el señor conjurador de espíritus nos da esquinazo con todos sus espíritus y demonios!

»—En absoluto —dijo alguien justo detrás del capitán, y O'Malley estaba entre nosotros sin que nadie le hubiera visto entrar. Al capitán se le apagó la carcajada que iba a soltar.

»Vestido como de costumbre con su capote de soldado el comandante dijo que antes de conducirnos al lugar donde tenía intención de cumplir su promesa había tiempo para beber unos vasos de ponche; nos vendrían bien, ya que la noche era desagradable y fría, y teníamos bastante camino por delante. Nos sentamos en torno a una mesa, sobre la que el comandante colocó un atado de antorchas y un libro.

»—¡Vaya! —exclamó el capitán—, sin duda es vuestro libro de conjuros, ¿verdad, comandante?

»—Desde luego —contestó éste secamente.

»El capitán cogió el libro, lo abrió y rompió a reír con tal desenfreno que no sabíamos qué podía haberle parecido tan desmesuradamente ridículo.

»—¡Oh, no, no —dijo el capitán recobrando con dificultad la calma—, esto es demasiado! Comandante, por todos los diablos, ¿queréis tomarnos el pelo u os habéis equivocado de libro? ¡Amigos, camaradas, mirad esto!

»Te podrás imaginar, amigo Albert, nuestra profunda sorpresa cuando descubrimos que el libro que el capitán nos mostraba no era otro que ¡la *Gramática francesa* de Peplier! O'Malley arrebató al capitán el libro de las manos, lo metió en el bolso de su capote y luego muy tranquilo, en toda su actitud estaba más tranquilo y plácido que nunca, dijo:

»—Poco os importa, capitán, de qué medios me sirva para cumplir una promesa que no consiste más que en demostraros mi relación con el mundo de los espíritus que nos rodea y en el que está condicionado nuestro ser superior. ¿Acaso creéis que mis poderes necesitan miserables muletas como son fórmulas místicas, determinadas horas del día, un lugar recóndito y lúgubre, de los que suelen servirse los pobres aprendices cabalísticos en sus inútiles experimentos? En cualquier lugar, a cualquier hora os demostraré de lo que soy capaz. Que al aceptar vuestro temerario desafío escogiese una hora determinada y, como veréis inmediatamente, un lugar que quizá os parezca lúgubre, no es por mi parte más que una cortesía que brindo por ustedes al que en cierto modo va a ser vuestro invitado. A los invitados hay que recibirlos en el salón y a la mejor hora.

»Dieron las once; el comandante cogió las antorchas y nos ordenó seguirle.

»Eché a andar por la carretera tan deprisa que tuvimos dificultad para seguirle y al llegar a la caseta de aduanas torció a la derecha por un camino que conducía por un denso bosque de abetos. Después de caminar casi una hora el comandante hizo un alto y nos indicó que nos mantuviéramos cerca de él, ya que de otro modo nos perderíamos fácilmente en la espesura del bosque en el que nos adentrábamos. Nos encontramos en plena maleza y una vez uno, otra vez otro, quedábamos

enganchados del uniforme o de la espada y con dificultad lográbamos soltarnos hasta que por fin alcanzamos un claro. Los rayos de la luna aparecieron entre oscuras nubes y descubrí las ruinas de un gran edificio en el que entró el comandante. La oscuridad nos rodeó; O'Malley nos ordenó detenernos, porque según nos explicó nos conduciría uno a uno al lugar escogido. Empezó por el capitán, luego me tocó el turno a mí. El comandante me rodeó con sus brazos y llevándome más que guiándome descendió conmigo a la profundidad.

»—Quedaos aquí quieto hasta que traiga al teniente —me murmuró al oído—; entonces empezaré mi faena.

»En la impenetrable oscuridad noté la respiración de alguien muy cerca de mí.

»—¿Eres tú, capitán? —grité.

»—El mismo —respondió éste—, ya verás, primo, como todo se reduce a un estúpido juego de prestidigitación. Aunque no cabe duda de que el comandante nos ha traído a un maldito lugar; preferiría estar de vuelta a mi vaso de ponche, porque me tiemblan de frío todos los miembros, y, si quieres, también de un cierto temor infantil.

»—A mí me sucedía igual que al capitán. El áspero viento de otoño silbaba y rugía entre los muros y desde las profundidades le respondían extraños murmullos y quejidos. Aves nocturnas sobresaltadas revoloteaban a nuestro alrededor y un ahogado aullido parecía arrastrarse a ras del suelo. Verdaderamente, tanto el capitán como yo podíamos decir de los terrores de nuestra situación lo que Cervantes dice en *Don Quijote* de la atroz noche que precede a la aventura del batán: “Que pusieran pavor en cualquier otro corazón que no fuera el de don Quijote”.

»—Por el murmullo de aguas cercanas y el ladrido de perros dedujimos que no debíamos de estar lejos de la fábrica de curtidos, próxima a Potsdam en la orilla del río. Por fin, oímos pasos sordos que fueron acercándose hasta que a nuestro lado el comandante exclamó:

»—¡Ya estamos reunidos y puede rematarse lo comenzado!

»Con un mechero químico encendió las antorchas que había traído consigo y las clavó en el suelo: eran siete. Nos hallábamos en un sótano abovedado y ruinoso. O'Malley nos colocó en semicírculo, se quitó el capote y la camisa, quedando desnudo hasta el cinturón, abrió el libro y con una voz que se asemejaba más al rugido de un animal salvaje que a la voz humana comenzó a leer:

—“*Monsieur, prêtez-moi un peu, s'il vous plaît, votre carif. Oui, Monsieur, d'abord, le voilà, je vous le rendrai.*”

—¡No es posible —interrumpió Albert a su amigo—; no puedo creerlo, es demasiado! ¿La conversación sobre «La escritura» de la *Gramática* de Peplier como fórmula de conjuro? ¿No os echasteis a reír, dando al traste con toda la farsa?

»—Llego a un momento —dijo Viktor— del que no sé si seré capaz de dar una idea. Tu fantasía tendrá que completar mi descripción. La voz del comandante se volvió aterradora, el viento soplaba con fuerza y la luz inquieta de las antorchas iluminaba los muros con extrañas figuras cambiantes y fugaces. Sentí el sudor frío correr por mi frente, con un esfuerzo mantuve la calma... de pronto, un cortante silbido surcó la bóveda y algo surgió ante mis ojos...

»—¿Algo? —exclamó Albert—, ¿qué quieres decir, Viktor? ¿Acaso viste una figura espantosa?

»—Es absurdo —continuó Viktor—, es absurdo hablar de una forma incorpórea, pero no encuentro otras palabras para definir la espeluznante aparición que vi. En fin, en ese preciso instante el terror infernal clavó sus helados puñales en mi pecho y perdí el conocimiento. Volví en mí, en pleno día, desvestido y echado en mi cama. Los horrores de la noche se habían disipado, me sentía

bien, ligero. Mi joven amigo dormía en el sillón. Mis movimientos le despertaron; su alegría al verme sano y salvo fue grande. Por él me enteré de que nada más comenzada la confusa sesión del comandante él había cerrado los ojos y se había esforzado por seguir paso a paso la conversación de la *Gramática* de Peplier sin dejarse distraer por nada. A pesar de ello, le había atenazado un miedo terrible y desconocido, que no llegó sin embargo a hacerle perder el sentido. Al escalofriante silbido, continuó su relato el teniente, siguieron carcajadas bárbaras y desaforadas. Involuntariamente el teniente abrió los ojos y vio al comandante, que, con el capote nuevamente sobre los hombros, se disponía a cargarse a la espalda al capitán, que yacía sin sentido en el suelo.

»—Encargaos de vuestro amigo —ordenó O'Malley al teniente y le entregó una antorcha antes de subir a la superficie con el capitán.

»Entonces el teniente se volvió hacia mí, que estaba como petrificado, e intentó hablarme, pero fue en vano. Una especie de espasmo me paralizaba y el teniente a duras penas pudo sacarme al exterior. El comandante volvió, me echó sobre sus hombros y se alejó conmigo, como antes lo hiciera con el capitán. Un profundo espanto se apoderó del teniente cuando al salir del bosque vio en la ancha carretera un segundo O'Malley cargado con el capitán. Rezando en silencio consiguió vencer su miedo y me siguió, decidido a no abandonarme sucediera lo que sucediera hasta llegar a mi alojamiento, donde O'Malley me depositó sin una palabra. Con ayuda de mi criado (que ya era entonces mi honrado bufón, Paul Talkebarth) el teniente me llevó a mi habitación y me metió en la cama. Mi joven amigo terminó su relato implorándome con emocionadas palabras que evitara el trato con el temible O'Malley. Al capitán lo encontró el médico, que fue avisado, en aquella taberna junto a la Puerta de ***, donde nos habíamos reunido, víctima de un ataque de apoplejía. Se restableció, pero quedó inútil para el servicio y tuvo que pedir el retiro. El comandante desapareció; los oficiales dijeron que estaba de permiso. Me sentí aliviado de no tener que volver a verle, porque con el horror, producido por sus siniestras maquinaciones, había invadido mi alma una profunda amargura. La desgracia de mi pariente era obra de O'Malley y tomar venganza era mi deber.

»Pasó bastante tiempo, el recuerdo de aquella noche fatídica empalideció. Las obligaciones del servicio pusieron freno a mi inclinación a las ensoñaciones místicas. Por aquel entonces cayó en mis manos un libro cuyos efectos sobre mi persona me resultan inexplicables. Me refiero a aquel maravilloso relato de Cazotte, titulado en su traducción alemana *Teufel Amor, El diablo enamorado*. La timidez que me es natural, mi carácter difícil y huidizo en sociedad me habían mantenido alejado de las mujeres; además, el peculiar rumbo de mi intelecto resistía a cualquier asalto del deseo bruto. Puedo afirmar con toda razón que era un ingenuo completo, ya que ni mi razón ni mi fantasía se habían ocupado hasta ese momento con la relación del hombre hacia la mujer. Sin embargo, ahora despertó en mí el misterio de una sensualidad nunca imaginada. Mi pulso latía agitado, un fuego devorador invadía mis nervios y mis venas cuando leía las escenas del peligroso y terrible amor que el escritor describía con los más vivos y cálidos colores. Yo no veía, oía o sentía más que a la encantadora Biondetta; como Álvarez, sucumbí a los tormentos de la pasión...

—¡Espera! —interrumpió Albert aquí a su amigo—. ¡Espera! No recuerdo bien *Le diable amoureux* de Cazotte, pero creo que la historia trata de un joven oficial de la Guardia del rey de Nápoles, que es incitado por un compañero algo místico a conjurar al diablo en las ruinas de Portici. Cuando formula las palabras del conjuro, una horrorosa cabeza de camello con cuello largo se asoma por una ventana y grita con voz terrible: «Che vuoi?»; Álvarez, como se llama el joven oficial de la Guardia, ordena a la aparición que adopte primero la figura de un perro perdiguero y luego de

un paje. Así sucede, pero el paje se transforma en una deliciosa y enamorada muchacha, que subyuga por completo al conjurador. No recuerdo cómo Cazotte termina este gracioso cuento.

—Ahora no viene al caso —dijo Yiktor resumiendo su relato—, pero ya lo recordarás cuando termine mi historia. Atribúyelo a mi inclinación a lo maravilloso o a las cosas misteriosas que me han sucedido, en cualquier caso el cuento de Cazotte me pareció un espejo mágico en el que se reflejaba mi propio destino. ¿No era O'Malley para mí como aquel místico holandés, soberano, que sedujo a Álvarez con sus artes? El deseo de vivir la terrible aventura de Álvarez que ardía en mi pecho me llenaba de espanto, pero hasta los escalofríos de este terror me hacían temblar de un indescriptible, nunca sentido placer. A menudo tenía la esperanza de que O'Malley volvería y depositaría en mis brazos esa criatura del infierno a la que todo mi ser estaba entregado. La sincera repulsa que, por otro lado, traspasaba mi pecho como un puñal no conseguía ahogar esa pecaminosa esperanza. El extraño ambiente que mi excitado estado de ánimo creaba era un enigma para todos; creían que estaba enfermo de melancolía e intentaban alegrarme, distraerme; con el pretexto de un asunto relacionado con el servicio me enviaron a la capital, donde los círculos más brillantes me estaban abiertos. Pero si en el pasado había sido tímido y torpe, ahora la sociedad, especialmente la proximidad femenina, me producía verdadera aversión, porque la mujer más encantadora no era más que una parodia de la imagen de Biondetta que yo llevaba en el corazón. Cuando volví a Potsdam evité la compañía de mis compañeros y aquel bosque, escenario de los tristes sucesos que casi costaron la vida a mi pobre primo, se convirtió en mi refugio predilecto. Un día, estando junto a las ruinas, y a punto de adentrarme en la intrincada maleza espoleado por un confuso deseo, vi de pronto a O'Malley que salía lentamente del follaje sin al parecer reconocerme. Mi cólera tanto tiempo reprimida se desencadenó, me lancé sobre él y con breves palabras declaré que debía batirme en duelo con él por lo que le había sucedido a mi primo.

»—Al momento, si así lo deseáis —dijo el comandante con frialdad y severidad, dejó caer el capote, desenvainó la espada y al primer envite me arrancó el arma de las manos con irresistible destreza y fuerza.

»—¡Utilizaremos las pistolas! —grité fuera de mí y fui a recoger mi espada, pero O'Malley me retuvo, y en tono amistoso y sosegado dijo:

»—No seas necio, hijo mío. Ya ves que soy superior a ti en la lucha; te resultaría más fácil herir al aire que herirme a mí. Además, no quiero enfrentarme a ti, te debo la vida y quizá más; el comandante me tomó del brazo y alejándose de allí conmigo me explicó que nadie más que el mismo capitán había sido el culpable de su accidente por haberse atrevido con cosas que sobrepasaban sus fuerzas y por haberle provocado con burlas intempestivas y denigrantes a él, el comandante, a hacer lo que hizo. Ignoro qué extraña fuerza mágica contenían las palabras y la actitud de O'Malley, pero logró no sólo calmarme, sino levantarme el ánimo hasta el punto de abrirle sin más el secreto de mi corazón, de la lucha destructiva de mi alma.

»—La peculiar constelación —dijo O'Malley—, la peculiar constelación que rige tu destino, hijo mío, ha querido que un ridículo libro te revele tu ser más íntimo. Llamo ridículo a ese libro porque en él se habla de un fantoche, que se muestra repugnante y sin carácter. Lo que tú atribuyes al efecto de aquellas sugestivas imágenes del escritor no es más que el deseo de unión con un espíritu de otro mundo, condicionado por la feliz mezcla de tu organismo. Si hubieras tenido más confianza en mí te hallarías ya en un nivel superior, pero aún ahora te acepto como mi discípulo.

»O'Malley me inició en el conocimiento de la naturaleza de los espíritus elementales. Yo entendía

poco de lo que me explicaba, pero sus enseñanzas más o menos desembocaban en la teoría de los silfos, las ondinas, las salamandras y los gnomos, como puedes hallarlas en las conversaciones del conde de Cabalis. Terminó prescribiéndome un modo de vida especial y me aseguró que en el plazo de un año lograría llegar a mi Biondetta, que sin duda no me haría la afrenta de convertirse en un diablo entre mis brazos. Con el mismo apasionamiento de Álvarez contesté que en ese largo tiempo me moriría de deseo y de impaciencia y que intentaría todo por alcanzar antes mi meta.

»El comandante calló unos instantes con mirada fija y pensativa, y contestó:

»—Está fuera de duda que un espíritu elemental solicita vuestro favor y eso puede permitir os alcanzar en poco tiempo lo que otros persiguen durante años. Os haré el horóscopo, quizá vuestro espíritu se dé a conocer. En nueve días os daré más noticias.

»Yo contaba las horas. Tan pronto me sentía embargado por una misteriosa y dulce esperanza, tan pronto creía haberme metido en un asunto peligroso. Por fin, al anochecer del noveno día, el comandante se presentó en mi habitación y me invitó a seguirle.

»—¿Vamos a las ruinas? —pregunté.

»—No —respondió él con una sonrisa—; para lo que nos proponemos no necesitamos ni un lugar apartado y tenebroso, ni el terrible conjuro de la *Gramática* de Peplier. Mi íncubo, por cierto, no participa en el experimento de hoy, que lleváis a cabo vos y no yo.

»El comandante me condujo a su alojamiento y me explicó que todo consistía en proporcionarme un objeto por el cual mi persona quedaría abierta al espíritu elemental y éste obtendría el poder de manifestarse a mí en el mundo visible y tratar conmigo. Los cabalistas judíos llamaban a ese objeto *theraphim*. O'Malley empujó a un lado una librería, abrió la puerta que escondía y entramos en un pequeño gabinete abovedado en el que, además de variados y desconocidos instrumentos, descubrí un aparato completo para experimentos químicos, y creo que hasta alquímicos. Sobre un pequeño hogar las llamas azuladas danzaban sobre las brasas. Delante de ellas tuve que sentarme frente al comandante y descubrir mi pecho. Apenas estuve dispuesto cuando O'Malley con rapidez y sin que yo casi me diera cuenta me hizo con una lanceta una diminuta incisión bajo la tetilla izquierda. En un frasquito recogió las pocas gotas de sangre que brotaron de la ligera e imperceptible herida. A continuación cogió una placa de metal, pulida y luminosa como un espejo, y vació en ella un pomo con un líquido rojo parecido a la sangre, añadiendo luego el frasquito con mi sangre. Con una tenaza puso la placa sobre las brasas. Me asaltó un vivo temor cuando creí ver que sobre los carbones ardientes serpenteaba una lengua de fuego, larga y puntiaguda, que lamía ávidamente la sangre del espejo metálico. El comandante me ordenó mirar fijamente el fuego. Lo hice y al rato me pareció que, como en un profundo sueño, veía confusas siluetas brotar como relámpagos del metal que el comandante mantenía sobre el fuego. De pronto sentí en el pecho, allí donde la lanceta había rasgado la piel, un dolor punzante tan violento que sin querer solté un grito.

»—¡Ganamos, ganamos! —exclamó O'Malley y, dejando su asiento, fue a colocar ante mis ojos sobre el fogón una pequeña muñeca de unas dos pulgadas, aparentemente surgida del espejo metálico fundido.

»—¡Esto es vuestro *theraphim*! —dijo el comandante—; el favor del espíritu elemental hacia vos es extraordinario. Podéis arriesgar todo.

»—Siguiendo sus indicaciones, cogí la muñeca, que, a pesar de que parecía arder, sólo irradiaba un agradable calor eléctrico, la apreté contra la herida y me puse delante de un espejo redondo, cuya funda acababa de retirar el comandante.

»—Concentrad todo vuestro sentido en un intenso anhelo; no os resultará difícil gracias a los efectos del *theraphim* —me susurró al oído O'Malley—, y pronunciad con la voz más suave de la que seáis capaz esta palabra...

»He olvidado la extraña palabra que pronunció O'Malley. Pero apenas había salido la mitad de las sílabas de mis labios, un rostro feísimo con gesto distorsionado me sonrió burlescamente desde el espejo.

»—¡Por todos los diablos del infierno! ¿De dónde sale este maldito perro? —gritó O'Malley a mi espalda. Me volví y vi en la puerta a mi criado, Paul Talkebarth, cuya bella efigie se reflejaba en el espejo mágico. El comandante increpó furioso al honrado Paul, pero antes de que yo interviniera, O'Malley se quedó inmóvil ante él, y Paul aprovechó para disculparse prolijamente: me estaba buscando, halló la puerta abierta, etc.

»—¡Lárgate, granuja! —dijo O'Malley bastante tranquilo y como yo añadiera:

»—Sí, vete, mi buen Paul, en seguida iré a casa.

El pobre se marchó asustado y perplejo.

»Yo había mantenido con fuerza la muñeca en la mano, y O'Malley me aseguró que gracias a ello no había sido todo en vano. La aparición intempestiva de Talkebarth, sin embargo, había diferido la consecución de nuestro objetivo. O'Malley me aconsejó que despidiera a mi fiel criado, pero me hubiera resultado imposible. Entre tanto el comandante me explicó que el espíritu elemental que me concedía su favor era nada menos que una salamandra, como él supuso al hacer mi horóscopo y ver que Marte se hallaba en la primera casa celeste.

»—Y ahora vuelvo a unas experiencias que, al no tener explicación posible, tú no puedes más que intuir.

»Olvidado quedó el diablo enamorado, olvidada Biondetta, yo pensaba sólo en mi *theraphim*. Durante horas contemplaba la muñequita, colocada en una mesa ante mis ojos, y el fuego amoroso que corría por mis venas, como el fuego celestial de Prometeo, parecía animar la figurita que crecía con voluptuoso deseo. Con la misma rapidez con la que yo pensaba se disolvía la aparición, y al inefable tormento que se apoderaba de mi corazón se añadía una extraña furia que me obligaba a tirar lejos de mí la muñequita, un pobre y ridículo juguete. Pero nada más recogerlo otra vez me atravesaba el cuerpo una descarga eléctrica como si la separación del talismán del amor tuviera que destruirme. Reconozco abiertamente que mi deseo, a pesar de ser inspirado por un espíritu elemental, se proyectaba a través de sueños ambiguos sobre objetos del mundo sensorial circundante, de modo que mi exaltada fantasía sustituiría con esta o aquella mujer la huidiza salamandra que escapaba a mi abrazo. Yo reconocía mi error e imploraba a mi pequeño secreto que me perdonara mi infidelidad. Por la fuerza decreciente de aquella extraña crisis, que conmovía con ardiente amor lo más profundo de mi alma, y un desazonante vacío, noté que en vez de acercarme a mi objetivo, me alejaba más y más de él. A pesar de ello, los instintos del joven en la plenitud de sus fuerzas se burlaban de mi secreto y mi aversión. Temblaba al menor contacto con una bella mujer y me sentía abrasado de vergüenza ante ella. El azar me condujo de nuevo a la capital. Allí conocí a la condesa von L., la mujer más encantadora, atractiva y también ávida de conquistas que entonces brillaba en los más altos círculos de Berlín. Puso sus ojos en mí y el estado en el que me encontraba debió facilitarle mucho la tarea de envolverme por completo en sus redes. Es más, consiguió que yo le abriera sin reservas mi corazón, le descubriera mi secreto e incluso le mostrara la misteriosa figurita que llevaba sobre el pecho.

—Y ¿ella no se burló de ti? —interrumpió Albert a su amigo—, ¿no te riñó, tachándote de jovencito atolondrado?

—No —continuó Viktor—, no hubo nada de eso. Me escuchó con una gravedad poco habitual en ella, y cuando terminé, me imploró con lágrimas en los ojos que renunciara a las artes diabólicas del tristemente célebre O'Malley. Me tomó las manos y con una expresión dulce y tierna en los ojos me habló con tanto tino, con tanta profundidad de las oscuras actividades de los cabalistas que me llenó de asombro. Pero mi sorpresa alcanzó el máximo grado cuando calificó al comandante de infame y de abominable traidor, que habiendo salvado la vida gracias a mí, intentaba perderme con sus negras artes. Porque, según me contó O'Malley, enemistado con la vida y a punto de sucumbir al peso de la deshonra, estaba dispuesto a pegarse un tiro cuando yo intervine y evité un suicidio, en el que una vez disipados los nubarrones no volvió a insistir. Si el comandante me había precipitado a la enfermedad psíquica, continuó la condesa, ella me salvaría. El primer paso debería ser la entrega de mi figurita en sus manos. Lo hice a gusto y de buena gana, pues pensé que así me libraba de un inútil tormento con un gesto hermoso. La condesa no habría sido lo que verdaderamente era, si no hubiera dejado sufrir a su enamorado indefinidamente, sin saciar la sed abrasadora de su amor. Así me sucedió a mí. Sin embargo, iba a ser colmado de dicha por fin. A medianoche una criada de confianza que me esperaba en una puerta trasera del palacio me condujo por recónditos pasillos a un aposento decorado por el mismo dios del amor. Aquí debía esperar a la condesa. Aturdido por el dulce perfume del exquisito incienso que flotaba en el ambiente y temblando de amor y de deseo, me hallaba en el centro de la habitación cuando una mirada hirió mi ser como un rayo...

—¡Cómo! —exclamó Albert—. ¿Una mirada sin ojos? ¿No viste nada? ¡Sin duda, se trataba de otra forma incorpórea...!

—Te parecerá incomprendible —dijo Viktor—, pero no vi forma alguna, no vi nada y, sin embargo, sentí aquella mirada en lo más hondo de mi pecho y un súbito dolor nació en la herida que me había producido O'Malley. En ese momento descubrí sobre la chimenea mi figurita. La cogí rápidamente, me precipité fuera de la habitación, con gesto amenazador ordené a la despavorida criada que me condujera al exterior, corrí a casa, desperté a Paul y le mandé hacer el equipaje. A primera hora de la mañana ya estaba de vuelta en Potsdam. Había pasado varios meses en la capital y los amigos se alegraron de mi inesperado retorno; me entretuvieron todo el día, de modo que hasta el anoecer no volví a mi alojamiento. Puse mi querida figurita recobrada sobre la mesa y sin poder resistir más el cansancio me tiré vestido sobre la cama. Pronto se apoderó de mí una sensación de ensueño ¡como si me envolviera una luz cegadora! Me desperté y abrí los ojos: efectivamente el cuarto brillaba con mágico fulgor. Y, ¡por todos los santos!, junto a la mesa sobre la que había colocado la muñequita, vi a una joven que con la cabeza apoyada en la mano parecía dormir. Sólo puedo decirte que nunca imaginé un talle tan delicado y grácil, un rostro tan armonioso. No soy capaz de darte en palabras siquiera una idea del maravilloso y misterioso hechizo que irradiaba aquella adorable aparición. Llevaba un vestido de seda color fuego que, ciñéndole el cuerpo, le llegaba a los tobillos, dejando al descubierto unos diminutos pies. Sus bellísimos brazos, desnudos hasta los hombros y, por su forma y color, como pintados por Tiziano, estaban adornados con pulseras de oro. En el pelo castaño de brillos rojizos centelleaba un diamante.

—¡Tu salamandra no tiene muy buen gusto! —dijo Albert riendo—. ¡Con pelo rojizo vestir de seda roja...!

—No te burles —respondió Viktor—, no te burles, repito, de que subyugado por un misterioso

embrujo me faltara la respiración. Por fin, escapó de mi atezado pecho un profundo suspiro. Ella abrió los ojos, se alzó y, acercándose a mí, me tomó de la mano. Todo el fuego del amor y del más apasionado deseo me traspasó cuando ella apretó suavemente mi mano y musitó con dulce voz:

»—Sí, has vencido, eres mi amo y señor. ¡Soy tuya!

»—¡Oh, hija de los dioses, criatura celestial! —grité y la atraje hacia mí. Pero en ese instante la aparición se disolvió entre mis brazos.

—¿Cómo, por Dios, se disolvió? —intervino Albert.

—Se disolvió —continuó Viktor— entre mis brazos. No encuentro otra manera de describirte mi sensación ante la incomprensible desaparición de aquella bella mujer. El fulgor se fue apagando y yo mismo no puedo explicar cómo caí en un profundo sueño. Al despertar, sostenía en la mano la muñequita. Te cansaría si sobre la curiosa relación que se estableció con aquel ser misterioso y que duró varias semanas, te dijera más, excepto que la visita se repetía cada noche de la misma forma. Por mucho que me resistiera, no podía evitar el estado de ensoñación que me dominaba y del que me despertaba cada vez con un beso la bella criatura. Sus visitas se hicieron más prolongadas. Me hablaba de cosas extrañas, pero yo escuchaba más la dulce melodía de su voz que sus palabras. Ella me permitía, y a su vez me prodigaba, tiernas caricias. Pero cuando en el rapto del más ardiente placer creía alcanzar ya el colmo de la felicidad, ella se desvanecía y yo caía en un profundo sueño. Incluso de día, más de una vez creí sentir muy cerca el cálido aliento de un ser invisible, a veces incluso estando en sociedad percibía un murmullo, un suspirar, especialmente cuando conversaba con alguna dama y entonces todos mis pensamientos se concentraban en mi bello y misterioso amor y quedaba mudo e indiferente ante lo que me rodeaba. Una vez, en una reunión, se acercó una damisela tímidamente a mí para ofrecerme el beso que yo había ganado en el juego de las prendas. Al inclinarme hacia ella, sentí, antes de que mis labios tocaran los suyos, un beso ardiente y sonoro sobre mi boca, al tiempo que una voz musitaba: «Tus besos me pertenecen sólo a mí». La damisela y yo nos asustamos, los demás creyeron que nos habíamos besado de verdad. Para mí, ese beso significaba que Aurora, así llamaba yo a la misteriosa amada, pronto tomaría cuerpo definitivamente y no me abandonaría más. Cuando la bella se me apareció la noche siguiente, como de costumbre, le supliqué, con las más conmovedoras palabras, que el fuego vivo del amor y el deseo me inspiraban, que hiciera perfecta mi felicidad y fuera para siempre mía en cuerpo visible. Ella rehuyó suavemente mi abrazo, y dijo tierna y grave:

»—Sabes bien cómo has llegado a ser mi amo y señor. Mi más ferviente deseo es ser tuya, pero las cadenas que me atan al trono que tiene sometido a mi pueblo sólo están rotas a medias. Cuanto más fuerte y poderoso sea tu dominio, más libre seré de esa esclavitud. Nuestra unión es cada día más intensa y quizá antes de un año alcancemos nuestra meta. Pero si pretendes, amado mío, adelantarte al omnipotente destino, serían necesarios sacrificios y acciones que quizá te parezcan arriesgados.

»—¡Para mí no hay sacrificio, no hay acción arriesgada con tal de conseguirte por completo! —exclamé—. ¡No puedo vivir sin ti, muero de impaciencia y de dolor!

»Aurora me abrazó, y con voz apenas perceptible, musitó:

»—¿Eres dichoso entre mis brazos?

»—¡No hay mayor felicidad! —grité, y todo fuego amoroso y anhelante locura, estreché a la bella mujer contra mi pecho. Sentí besos de fuego sobre mis labios y esos besos eran melodía celestial en la que distinguí estas palabras:

»—¿Serías capaz de renunciar por mí a la bienaventuranza en un más allá desconocido?

»Escalofríos helados me traspasaron, pero entre ellos corría desbocado el deseo, y, presa de la furia del amor, exclamé:

»—¡Sin ti no hay bienaventuranza! Renuncio...

»Aún hoy creo que aquí titubeé.

»—Mañana por la noche celebraremos nuestra unión —musitó Aurora, y noté cómo intentaba huir de entre mis brazos. La apreté con fuerza contra mí, mientras ella se debatía en vano. Oyendo sus atemorizados suspiros de muerte, me sentí en el cénit del placer amoroso. Desperté de un profundo sueño con el recuerdo de *El diablo enamorado* y de la seductora Biondetta. Con gran pesadumbre en el alma, recordé lo que había hecho en la pasada noche fatal. Pensé en el infernal conjuro del terrible O'Malley, en las advertencias de mi joven y piadoso amigo, creí que me hallaba en las redes del diablo, que estaba perdido. Angustiado, me levanté de un salto y salí corriendo a la calle. Allí me vino al encuentro el comandante, me retuvo, y dijo:

»—Bien, teniente, os deseo mucha felicidad. Verdaderamente no os hubiera creído tan valiente y decidido. ¡Superáis al maestro!

»Abrasado de rabia y vergüenza, incapaz de pronunciar una sola palabra, me solté y seguí mi camino. El comandante rió a mi espalda. Era la carcajada burlona de Satanás. En el bosque, cerca de aquellas ruinas fatídicas, vi una figura femenina embozada, que echada bajo un árbol estaba entregada a un soliloquio. Me acerqué con cautela y oí estas palabras: “¡Es mío, es mío! ¡Oh, dicha del cielo! ¡Superó la última prueba! Si los hombres son capaces de un amor tan desmedido, ¿qué somos nosotros, miserables seres, sin ellos?”. En efecto, como supones, era la misma Aurora. Alzó el velo que cubría su rostro: el mismísimo amor no es más bello y radiante. La suave palidez de sus mejillas, la mirada transida por la dulce melancolía me hicieron temblar de voluptuosidad. Me avergoncé de mis negros pensamientos, pero cuando fui a postrarme a sus pies ella desapareció como una nebulosa. Al mismo tiempo oí un carraspeo familiar entre los arbustos, entre los que salió mi honrado bufón Paul Talkebarth.

»—¿Qué diablo te trae por aquí, granuja? —le increpé.

»—Que yo sepa, no me ha traído el diablo —respondió con esa mueca cómica que ya conoces—, pero es posible que me lo haya encontrado por el camino. Mi señor ha salido muy de mañana y ha olvidado su pipa y el tabaco. Pensé que tan pronto y con el aire tan húmedo... Mi tía de Genthin decía...

»—¡Cállate, charlatán y dame eso! —dije y cogí la pipa encendida que me ofrecía. Apenas habíamos andado unos pasos cuando Paul volvió suavemente al tema:

»—Mi tía de Genthin decía que hay que desconfiar de los hombrecillos de raíces, porque un hombrecillo de éstos, a fin de cuentas no es más que un incubo o un *chezim*, que acaba por arrancarte el corazón. La vieja Lisa, la del café, que vive en las afueras, ¡si vierais, señor, las flores, los animales y los seres humanos tan bonitos que extrae de los posos del café! El hombre se ayuda como puede, decía mi tía Genthin, así que ayer fui a casa de Lisa y le llevé un cuartillo de la mejor moka, uno también tiene su corazón. La pequeña Dörte, la de Becker, es muy guapa, aunque tiene algo raro en los ojos, algo de salamandra...

»—¿Qué dices, insensato? —Salté furioso. Paul calló, pero al poco tiempo siguió con su discurso:

»—Sí, Lisa es una mujer creyente; después de estudiar los posos del café dijo que en Dörte no había nada raro, que el brillo de salamandra de sus ojos le venía de tanto asomarse al horno del pan o

de tanto bailar, pero que, de todos modos, era mejor que yo siguiera soltero; sin embargo, un cierto joven caballero sí que corría gran peligro. “Las salamandras —dijo— son los seres más malignos de los que se sirve el diablo para atraer al abismo a las pobres almas humanas, porque despiertan ciertos deseos...”. En fin, que hay que hacerse fuerte y llevar a Dios en el corazón. Y entonces apareció en los posos, muy natural y muy parecido, el señor comandante O’Malley.

»Ordené callar a mi criado, pero imagínate qué sensaciones despertaron en mí las extrañas palabras de Paul, al que de pronto encontré muy enterado de mi oscuro secreto y en posesión de inesperados conocimientos sobre cabalística, sin duda gracias a la adivina del café. Pasé el día más inquieto de mi vida. Al anoecer no hubo manera de que Paul saliera de mi habitación. Siempre volvía para arreglar algo. Cuando, por fin, se retiró hacia medianoche, dijo en voz baja, como si rezara: “¡Lleva a Dios en el corazón, piensa en la salvación de tu alma y resistirás a las tentaciones de Satanás!”.

»No puedo describirte cómo estas sencillas palabras de mi criado me emocionaron, yo diría que decisivamente. Mi propósito de mantenerme despierto fue inútil; caí en aquel estado de sopor confuso que yo mismo reconocía como antinatural y producto de una influencia extraña. Como de costumbre me despertó el fulgor mágico. En el resplandor de toda su belleza extraterrenal, Aurora apareció ante mis ojos y me ofreció anhelante sus brazos. Pero en mi alma brillaban como en letras de fuego las piadosas palabras de Paul.

»—¡Apártate de mí, seductora criatura del infierno! —grité y al momento surgió como un gigante el terrible O’Malley, y atravesándome con sus ojos chispeantes de fuego infernal, aulló:

»—¡No te resistas, humano miserable, nos perteneces!

»—Mi valor hubiera hecho frente a la visión del más horrible espectro, pero O’Malley trastornó mis sentidos y caí desvanecido al suelo.

»Un estampido me arrancó de la inconsciencia, me sentí rodeado por los brazos de un hombre y con la fuerza de la desesperación intenté liberarme.

»—¡Por Dios, mi señor, soy yo! —dijo alguien a mi oído. Era mi honrado Paul, que se esforzaba por levantarme del suelo. Le dejé hacer. Al principio, Paul no quiso darme detalles de lo ocurrido; por fin, aseguró con misteriosa sonrisa que él sabía mejor de lo que yo imaginaba la execrable amistad que pretendía imponerme el comandante: la vieja Lisa se lo había contado todo. Durante la pasada noche no había dormido, sino que había vigilado mi puerta con el arma cargada. Cuando me oyó gritar y caer al suelo derribó la puerta cerrada, a pesar del mucho miedo que tenía, y entró en mi habitación.

»—Allí estaba el señor comandante O’Malley —continuó Paul con su peculiar estilo—, tan horrendo y feo como en los posos de café, mirándome con una sonrisa espantosa. Pero yo no me amilané, y le dije: “Comandante O’Malley, con todos mis respetos, si eres el diablo, me enfrento contigo y te ordeno como verdadero cristiano: lárgate, maldito comandante Satanás, te conjuro en el nombre de Dios, ¡lárgate o disparo!”. El señor comandante no quería desaparecer y no dejaba de sonreír socarronamente y hasta me maldijo. Entonces yo grité: “¿Queréis que dispare, eh?”. Y como no escuchaba, disparé. Pero ya se habían desvanecido a toda prisa, por la pared, el señor comandante Satanás y la señorita Belcebú.

»La tensión de los días pasados, los últimos terribles momentos me postraron en una larga enfermedad. Cuando recobré la salud, abandoné Potsdam sin haber vuelto a ver a O’Malley, cuyo posterior destino desconozco. Las imágenes de aquellos días fatídicos pasaron a un segundo plano y

por fin se desvanecieron, de modo que recobré la total libertad de mi espíritu hasta que...

—¿Qué? —preguntó Albert lleno de curiosidad y asombro—. ¿Acaso has perdido aquí esa libertad? No puedo imaginar por qué precisamente aquí...

—¡Oh! —interrumpió Viktor a su amigo y su voz adquirió un tono solemne—, con dos palabras está todo explicado. En las noches de insomnio de la enfermedad que pasé aquí, despertaron todos los sueños de amor de aquellos tiempos, los más maravillosos y horribles de mi vida. Mi ardiente deseo, Aurora, tomaba nuevamente realidad y ella se me aparecía con una aureola purificada por el fuego del cielo. El diabólico O'Malley ya no tenía poder alguno sobre ella. Aurora es... ¡la baronesa!

—¿Cómo? ¿Es posible? —exclamó Albert con sobresalto—. Esta ama de casa llenita y menuda, con su gran llavero, ¿un espíritu elemental, una salamandra? —murmuró, reprimiendo con dificultad la risa.

—En su figura no hay rastro de parecido —respondió Viktor—, es decir, en la vida cotidiana, pero pervive el fuego misterioso, que relampaguea en sus ojos, se manifiesta en la presión de su mano...

—Has estado muy enfermo —dijo grave Albert—, pues la herida que recibiste en la cabeza fue tan importante como para poner en peligro tu vida.

Ahora, sin embargo, te encuentro restablecido y con energía suficiente para acompañarme. De todo corazón te ruego, mi querido y buen amigo, que abandones este lugar y te vengas conmigo mañana a Aquisgrán.

—Prolongar aquí mi estancia —dijo Viktor— es, sin duda, innecesario. Sea como tú desees: te acompañaré. Pero antes necesito despejar una incógnita.

A la mañana siguiente, nada más despertar Albert, Viktor le contó que en un sueño curioso y fantástico había encontrado la palabra mágica que O'Malley pronunciara durante la fabricación del *theraphim*. Ahora tenía la intención de utilizarla por última vez. Albert sacudió la cabeza con preocupación y mandó preparar todo para la partida inmediata, a lo que contribuyó con gozosa diligencia y entre cómicas frases Paul Talkebarth. «Sacrénomdieu», le oyó murmurar Albert entre dientes, «menos mal que el diablo Oso hace tiempo que se llevó al diablo irlandés Fus, ¡no faltaba más que ése aquí!».

Viktor halló, como había deseado, a la baronesa sola en su habitación, ocupada con una labor casera. Le comunicó que había llegado el momento de dejar una casa en la que había disfrutado tanto tiempo la más exquisita hospitalidad. La baronesa aseguró que nunca había agasajado a otro amigo que le hubiera sido más querido. Viktor tomó su mano y preguntó:

—¿Habéis estado alguna vez en Potsdam? ¿Conocéis a cierto comandante irlandés?

—¡Viktor! —le interrumpió la baronesa—, hoy nos separamos. No volveremos a vernos. No debemos. ¡Un oscuro velo descansa sobre mi vida! Daos por satisfecho si os digo que un destino fatal me condena a parecer una persona diferente a la que, en realidad, soy. En esta odiosa situación en la que me habéis hallado y en la que sufro unas torturas espirituales que minan mi salud expío una grave culpa. ¡No insistáis! ¡Adiós!

Entonces Viktor con voz estentórea gritó: «*Nehelmiahmiheal!*». Con un grito de horror la baronesa cayó sin sentido al suelo. Presa de los sentimientos más contradictorios y fuera de sí Viktor apenas tuvo la presencia de ánimo de avisar a los criados; rápidamente abandonó la habitación.

—¡Vámonos! ¡Vámonos inmediatamente! —rogó a Albert, al que explicó brevemente lo sucedido. Subieron a los caballos que ya esperaban, y abandonaron la mansión sin esperar el retorno

del barón, que estaba de caza.

Las reflexiones de Albert en su jornada a caballo entre Lieja y Aquisgrán nos demostraron con qué profundidad, con qué noble espíritu comprendía los acontecimientos de los graves tiempos que corrían. En el camino hacia la capital, adonde regresaban los dos amigos, Albert logró liberar a Viktor por completo del estado de ensoñación en el que se hallaba. Al desplegar Albert, una vez más, ante sus ojos los grandes acontecimientos que habían dado a luz los días de la última campaña, Viktor se sintió animado por el mismo espíritu que inspiraba a Albert. Sin que éste tuviera que empeñarse en largas argumentaciones y objeciones, Viktor pronto comprendió que su aventura mística no era algo extraordinario, sino un largo y maléfico sueño.

Como no es de extrañar, en la capital las damas recibieron con extremada benevolencia al capitán, que rico y apuesto y aún joven para la alta posición que ocupaba era la amabilidad en persona. Albert opinó que era un hombre dichoso que podía escoger como esposa a la más bella de las mujeres, pero Viktor le respondió circunspecto: «Puede que engañado yo tuviera que servir a fines desconocidos y sacrílegos o que realmente un poder infernal quisiera perderme; en cualquier caso no me ha costado la salvación de mi alma, pero sí el paraíso del amor. Nunca volverán aquellos tiempos que me hicieron sentir la máxima felicidad terrenal y en los que tuve al ideal de mis más dulces y locos sueños, al mismísimo amor, entre mis brazos. Ya que un terrible secreto me arrebató a la mujer que fue para mí, en lo más hondo de mi corazón, un ser extraordinario que nunca volveré a encontrar en la tierra, el amor y el placer se acabaron para mí».

El capitán nunca se casó.

EL CORAZÓN FRÍO

PRIMERA PARTE

QUIEN viaje por Suabia no debería olvidar nunca asomarse también un poco a la Selva Negra, no por los árboles, aunque no encontrará en todas partes esa inmensa cantidad de abetos formidables, sino por sus gentes, que se distinguen de las personas de alrededor de manera peculiar. Son más grandes que las personas corrientes, de hombros anchos y miembros fuertes, y es como si la fragancia tonificante que fluye por la mañana a través de los abetos les hubiese dado desde jóvenes una respiración más libre, una vista más clara y un ánimo más firme, aunque más rudo que a los habitantes de los valles y las llanuras. Pero no sólo por el porte y la estatura, sino también por sus costumbres y sus trajes se diferencian claramente de la gente que vive fuera del bosque. La ropa más vistosa la llevan los habitantes de la Selva Negra badense; los hombres se dejan crecer la barba como le ha sido dada al hombre por la naturaleza, sus jubones negros, sus enormes pantalones bombachos plisados, sus medias rojas y sus sombreros picudos rodeados de una amplio disco, les confieren un aire extraño, pero grave y respetable. La gente se dedica en general a la fabricación del vidrio; también hacen relojes y los llevan por medio mundo.

Al otro lado del bosque vive una parte del mismo tronco; pero su trabajo les ha dado otros usos y costumbres que a los vidrieros. Comercian con su bosque; talan y desraman sus abetos, los conducen por el Nagold desde el Alto Neckar río abajo por el Rin hasta adentrarse profundamente en Holanda, y en la costa conocen a los habitantes de la Selva Negra y sus largas balsas; se detienen en todas las ciudades situadas en la orilla del río y esperan orgullosos a que les compren sus maderos y tablones; los troncos más gruesos y largos los venden, sin embargo, por mucho dinero a los *mynheer*, que construyen barcos con ellos. Estos hombres están acostumbrados a una vida ruda e itinerante. Su mayor felicidad es navegar río abajo encima de su madera; su desdicha, regresar caminando por la orilla. Por eso su traje de fiesta es tan distinto del de los vidrieros del otro lado de la Selva Negra. Llevan jubones de lienzo oscuro, unos tirantes verdes de un palmo de ancho sobre el amplio pecho, pantalones de cuero negro de cuyo bolsillo asoma un metro de latón como un distintivo honorífico; su orgullo y su alegría son las botas, probablemente las más grandes que estén de moda en ningún lugar de la tierra; pues pueden subirse dos palmos por encima de la rodilla, y los balseros caminan con ellas por aguas de cuatro cuartas de profundidad sin mojarse los pies.

Hasta hace poco sus habitantes creían en los espíritus del bosque y sólo en tiempos modernos se ha podido apartarlos de esa disparatada superstición. Es curioso, sin embargo, que también los espíritus del bosque, que según la leyenda viven en la Selva Negra, hayan adoptado los distintos trajes típicos. Así se aseguraba que el Hombrecillo de Cristal, un geniecillo bueno de tres pies y medio de estatura, se aparecía siempre con un sombrerito picudo de ala ancha, jubón y pantaloncito bombacho y medias rojas. En cambio, Michel, *El Holandés*, que habita al otro lado del bosque, es, al decir de la gente, un ser gigantesco de hombros anchos vestido como los balseros, y algunos que pretenden

haberlo visto aseguran que no querrían tener que pagar de su bolsa las terneras cuyas pieles serían necesarias para fabricar sus botas. «Tan grandes que su borde le llegaría al cuello a un hombre puesto de pie dentro de ellas», decían y pretendían no haber exagerado lo más mínimo.

Con estos espíritus del bosque dicen que tuvo una vez un habitante de la Selva Negra una extraña historia que quiero contar. En la Selva Negra vivía una viuda, la señora Barbara Munkin; su marido había sido carbonero, y tras su muerte logró convencer a su hijo de dieciséis años de que se dedicase a la misma profesión.

El joven Peter Munk, un muchacho espabilado, se avino a los deseos de su madre, porque tampoco había visto hacer a su padre otra cosa que estar sentado toda la semana junto a la humeante carbonera o bajar, negro y manchado de hollín y hecho un espanto para la gente, a las ciudades a vender sus carbones. Pero un carbonero tiene mucho tiempo para meditar sobre sí mismo y sobre los demás, y cuando Peter Munk estaba sentado junto a su carbonera, los oscuros árboles que le rodeaban y el profundo silencio del bosque movían su corazón al llanto y a una melancolía indefinida. Algo le entristecía, algo le enojaba, y era su baja condición. «¡Un negro y solitario carbonero!», se decía. «Es una vida miserable. ¡Qué apreciados son los vidrieros, los relojeros, hasta los músicos los domingos por la tarde! Y cuando aparece Peter Munk, lavado y acicalado, con el jubón de gala del padre, con botones de plata y medias rojas nuevas, y cuando alguien va detrás de mí y se pregunta: “¿quién será el buen mozo?”, y elogia para sus adentros las medias y mi garbo, al adelantarme y darse la vuelta dirá sin duda: “Ah, es sólo Peter Carbonero”».

También los balseros del otro lado eran objeto de su envidia. Cuando venían aquellos gigantes del bosque con sus espléndidos trajes llevando encima del cuerpo medio quintal de plata en botones, hebillas y cadenas, cuando contemplaban el baile con las piernas abiertas y el rostro arrogante, juraban en holandés y fumaban las larguísimas pipas colonesas, entonces uno de esos balseros era para Peter la viva imagen del hombre feliz. Y cuando aquellos afortunados metían finalmente las manos en los bolsillos y sacaban puñados de grandes táleros y se los jugaban a los dados perdiendo unas veces cinco florines, ganando otras diez, la cabeza le daba vueltas y regresaba abrumado a su cabaña; pues en más de una noche de fiesta había visto a alguno de aquellos «señores de la madera» jugarse más dinero del que ganaba el pobre padre Munk en un año. Había sobre todo tres hombres de los cuales no sabía a quién debía admirar más. Uno era un hombre grande y gordo de cara roja y era considerado el hombre más rico del lugar. Le llamaban «el gordo Ezequiel». Viajaba dos veces al año a Amsterdam con madera de construcción y tenía la suerte de venderla siempre mucho más cara que otros, y cuando los demás regresaban a casa a pie, él lo hacía sentado cómodamente en un coche. El otro era el hombre más alto y delgado de todo el bosque, le llamaban «el largo Schlurker» y Munk le envidiaba por su extraordinaria audacia; llevaba la contraria a la gente más respetada y cuando se sentaba en la fonda, ocupaba más sitio que cuatro hombres gordos por muy apretados que estuviesen todos; pues apoyaba ambos codos en la mesa o subía una de sus largas piernas al banco y, sin embargo, nadie se atrevía a contradecirle, pues tenía una fabulosa fortuna. El tercero era un hombre joven y apuesto que bailaba mejor que nadie a la redonda y por eso le habían puesto el nombre de el Rey de la pista de baile. Había sido un hombre pobre que había trabajado como criado de un señor de la madera; de repente se hizo inmensamente rico; unos decían que había encontrado una olla llena de dinero debajo de un viejo abeto, otros aseguraban que, con el arpón con que los balseros pescan a veces algún pez, había sacado del Rin, no lejos de Bingen, una bolsa llena de monedas de oro y que la bolsa pertenecía al gran tesoro de los Nibelungos que está allí enterrado; en resumidas cuentas, de

repente se había hecho rico y todo el mundo le admiraba como si fuese un príncipe.

En estos tres hombres pensaba Peter Carbonero a menudo cuando estaba sentado solo en el bosque. Era cierto que los tres tenían un defecto capital que los hacía odiosos entre la gente; era su avaricia inhumana, su dureza con los deudores y los pobres, pues los habitantes de la Selva Negra son gente bondadosa. Pero ya se sabe cómo son estas cosas; aunque eran odiados por su avaricia, eran respetados por su dinero, pues ¿quién podía tirar los táleros como ellos, como si bastase con sacudir los abetos para que cayese el dinero?

«Esto no puede seguir así», se dijo Peter un día, apesadumbrado; pues el día anterior había sido fiesta y todo el mundo había acudido a la fonda; «como no llegue pronto a una rama verde, cometeré algún disparate. ¡Ojalá fuese tan respetado y rico como el gordo Ezequiel o tan audaz y poderoso como el largo Schlurker o tan famoso y pudiese arrojar a los músicos táleros en lugar de kreuzer como el Rey de la pista de baile! ¿De dónde habrá sacado el dinero?». Analizó uno a uno los modos de ganar dinero, pero ninguno le gustó; finalmente recordó las leyendas de las personas que en otros tiempos se habían hecho ricas gracias a Michel, *El Holandés*, y al Hombrecillo de Cristal. Cuando todavía vivía su padre, venían a visitarle a menudo otros pobres y entonces solían pasar el rato hablando de las personas ricas y de cómo habían hecho fortuna; en las historias que contaban, desempeñaba a menudo un papel importante el Hombrecillo de Cristal; haciendo un esfuerzo, podía recordar incluso el versito que había que pronunciar en la colina que había en medio del bosque para que se apareciese. Comenzaba así:

*Guardián del tesoro del verde abetal,
muchos cientos de años tienes ya en el morral,
tuya es toda la tierra donde el abeto crece.*

Pero por mucho que esforzaba su memoria no se le ocurría ningún verso más. A menudo pensaba si no debía preguntar a algún anciano cómo era el verso; pero siempre le hacía desistir el temor a delatar sus pensamientos; también llegó a la conclusión de que la leyenda del Hombrecillo de Cristal no debía de ser muy conocida y que sólo algunos pocos debían de saber el verso, pues en el bosque no había mucha gente rica, y ¿por qué no habían probado suerte su padre y los otros pobres? Un día logró que su madre hablase del Hombrecillo y ella le contó lo que ya sabía, sólo conocía la primera línea del verso y finalmente le dijo que el geniecillo sólo se aparecía a las personas nacidas en domingo entre las once y las dos. Él cumplía sin duda esa condición si sabía el versito, pues había nacido un domingo a las doce de la mañana.

Cuando Peter Carbonero oyó esto se puso fuera de sí de contento y de ansias de emprender esa aventura. Pensó que le bastaba con saber una parte del versito y haber nacido un domingo, y que el Hombrecillo de Cristal tendría que aparecersele. Así que un día que había vendido todo su carbón, no encendió una nueva carbonera, sino que se puso el jubón de gala de su padre y unas medias rojas nuevas, se colocó el sombrero del domingo, cogió su bastón de ciruelo silvestre que medía cinco pies y se despidió de su madre: «Tengo que ir a la ciudad, pues pronto tendremos que sortear quién será soldado y voy a recalcarle al gobernador que sois viuda y yo vuestro único hijo». La madre elogió su decisión, pero él se puso en camino hacia la colina del bosque. Esta colina se encuentra en la elevación más alta de la Selva Negra y a dos horas a la redonda no había entonces ningún pueblo, no había ni siquiera una sola cabaña, pues la gente supersticiosa opinaba que aquella región era

insegura. Tampoco se solía cortar allí madera a pesar de lo altos y magníficos que eran allí los abetos, pero cuando los leñadores habían trabajado allí, se les había desprendido a menudo la hoja de sus hachas y se les había clavado en el pie, o los árboles habían caído de prisa y habían herido e incluso matado a los hombres; además, los árboles más hermosos de aquel lugar sólo hubiesen servido para hacer leña, pues los balseros nunca incluían un tronco de la colina del bosque en sus balsas, ya que decía la leyenda que el hombre y la madera naufragaban si había un tronco de la colina del bosque en el agua. Por eso los árboles crecían allí tan apretados y altos que en pleno día era casi de noche, y Peter Munk se sentía cada vez más atemorizado en aquel paraje, pues no oía ninguna voz, ningún paso sino el suyo, ninguna hacha; hasta los pájaros parecían evitar aquella espesa noche de abetos.

Peter Carbonero había alcanzado ahora el punto más alto de la colina y estaba delante de un abeto de enormes proporciones por el que un armador holandés habría dado en el acto muchos cientos de florines. Aquí, pensó, vivirá el dueño del tesoro, se quitó su gran sombrero del domingo, hizo una profunda reverencia delante del descomunal árbol, carraspeó y dijo con voz temblorosa: «Buenas tardes, señor de Cristal». Pero no se produjo ninguna respuesta, y a su alrededor todo seguía tan silencioso como antes. «Creo que tendré que pronunciar el versito», siguió pensando, y murmuró:

*Guardián del tesoro del verde abetal,
muchos cientos de años tienes ya en el morral,
tuya es toda la tierra donde el abeto crece.*

Al pronunciar estas palabras vio con gran espanto cómo asomaba una extraña y diminuta figura detrás del grueso árbol; le pareció ver al Hombrecillo de Cristal como le habían descrito, el juboncito negro, las pequeñas medias rojas, el sombrerito, todo era igual, creyó incluso haber visto la carita pálida pero fina e inteligente de la que hablaba la gente. ¡Pero, ay, con la misma rapidez con que había asomado el Hombrecillo de Cristal, volvió a desaparecer! «Señor de Cristal», exclamó Peter Munk tras algunos titubeos, «tened la bondad de no burlaros de mí. Señor de Cristal, estáis muy equivocado si creéis que no he visto cómo os asomabais detrás del árbol». La respuesta seguía sin producirse, sólo de cuando en cuando creía percibir unas risitas ahogadas detrás del árbol. Por fin, su impaciencia pudo más que el temor que le había contenido hasta entonces. «¡Espera pequeñajo», exclamó, «ya verás cómo te cojo!», saltó detrás del abeto, pero allí no había ningún guardián del tesoro del verde abetal y sólo una pequeña y delicada ardilla trepó velozmente por el árbol.

Peter Munk meneó la cabeza; comprendió que había tenido un cierto éxito con su conjuro y que quizá le faltaba sólo añadir una rima del versito para hacer salir al Hombrecillo de Cristal; pero aunque pensó y repensó no se le ocurrió nada. La ardilla se había sentado en las ramas más bajas del abeto y parecía animarle o burlarse de él. Se aseaba, enrollaba su bonita cola y le miraba con ojos inteligentes; pero finalmente Peter empezó a tener casi miedo de estar a solas con aquel animal, pues tan pronto la ardilla parecía tener una cabeza humana y llevar un sombrero de tres picos, tan pronto era como una ardilla corriente sólo que tenía medias rojas y zapatos negros en las patas traseras. En una palabra, era un animal divertido; no obstante, Peter Carbonero se sentía cada vez más asustado, pues se daba cuenta de que allí estaban sucediendo cosas muy extrañas. Con pasos más rápidos que los que diera a la idea, Peter se alejó del lugar. La oscuridad del bosque era cada vez más negra, los árboles estaban cada vez más densos y sintió tanto pavor que empezó a correr a toda velocidad y sólo

cuando oyó a lo lejos el ladrido de perros y divisó poco después el humo de una cabaña entre los árboles, volvió a tranquilizarse. Pero cuando se acercó y vio los atuendos que llevaba la gente que había en la cabaña, descubrió que en su pánico había tomado la dirección opuesta y en lugar de llegar a la comarca de los vidrieros había llegado a la de los balseiros.

Los habitantes de la cabaña eran leñadores; un hombre viejo, su hijo, el dueño de la casa, y algunos nietos ya mayores. Peter Carbonero, que pidió alojamiento por aquella noche, fue bien acogido, y sin que nadie le preguntase por su nombre ni por su procedencia, le dieron de beber sidra y por la noche le invitaron a comer un enorme urogallo, el mejor manjar de la Selva Negra.

Después de la cena, la señora de la casa y sus hijas se sentaron con sus ruelas alrededor de la gran tea que los muchachos alimentaban con la más fina resina de abeto; el abuelo, el invitado y el dueño de la casa fumaban y miraban a las mujeres; los muchachos estaban ocupados en tallar cucharas y tenedores de madera. Afuera en el bosque aullaba la tempestad y zarandeaba los abetos, aquí y allá se oían golpes muy violentos y a menudo parecía como si se doblasen y derrumbasen árboles enteros. Los audaces muchachos quisieron salir al bosque a contemplar aquel terrible y hermoso espectáculo; su abuelo los retuvo, sin embargo, con palabras y miradas severas. «Yo no aconsejaría a nadie que saliese ahora por la puerta», les dijo, «sabe Dios que quien lo hiciese no volvería jamás; pues Michel, *El Holandés*, está talando esta noche en el bosque un nuevo timón para su balsa».

Los pequeños le miraron admirados; seguramente ya habían oído hablar de Michel, *El Holandés*, pero ahora rogaron al abuelo que contase alguna bonita historia de aquel personaje. Peter Munk, que sólo había oído hablar vagamente de El Holandés al otro lado del bosque, se sumó a su petición y preguntó al viejo quién era y dónde estaba: «Él es el amo de este bosque y a juzgar por el hecho de que todavía lo ignoráis a vuestra edad, debéis vivir más allá de la colina del bosque o aún más lejos. Pero voy a contaros lo que sé de Michel, *El Holandés*, y la leyenda que existe sobre él. Hace unos cien años, así me lo contó al menos mi abuelo, no había en la tierra un pueblo más honrado que los habitantes de la Selva Negra. Ahora, desde que hay tanto dinero en el país, las personas son ruines y malas. Los mozos bailan y arman jaleo el domingo y blasfeman que es un espanto; pero en aquel entonces era distinto, y aunque ahora se asomase a aquella ventana, lo digo y lo he dicho a menudo, Michel, *El Holandés*, es el culpable de toda esta depravación. Hace cien años y más, vivía un acaudalado maderero que tenía muchos criados; comerciaba muy lejos bajando por el Rin y su negocio era próspero, pues era un hombre piadoso. Una noche llegó a su puerta un hombre como no lo había visto jamás. Su traje era como el de los mozos de la Selva Negra, pero era una cabeza más alto que ninguno y nadie había imaginado que pudiese existir semejante gigante. El hombre pidió trabajo al maderero y éste, que vio que era fuerte y apropiado para las pesadas cargas, calculó con él su sueldo y llegaron a un acuerdo. El maderero no había tenido nunca un trabajador como Michel. A la hora de talar árboles valía por tres, y cuando seis hombres se derrengaban con el extremo de un tronco, él solo llevaba el otro. Pero después de cortar madera durante medio año, se presentó ante su patrón, y le dijo: “Ya he cortado bastante madera y ahora quiero saber a dónde van mis troncos, ¿qué tal si me dejaseis subir también a la balsa?”.

»El maderero contestó: “No quiero interponerme en tu camino, Michel, si quieres salir un poco a ver mundo; es cierto que necesito hombres fuertes como tú para talar, y sobre la balsa lo que cuenta es la habilidad; pero ¡que sea por esta vez!”.

»Y así fue; la maderada con que debía partir constaba de ocho balsas y la última estaba formada con los troncos más grandes. ¿Pero qué sucedió? La noche anterior el gigantesco Michel bajó todavía

ocho maderos a la orilla tan gruesos y largos como no se habían visto jamás y llevó cada uno al hombro como si fuese una pértiga de balsero, de manera que todos quedaron horrorizados. Todavía no sabe nadie dónde los taló. Al maderero se le alegró el corazón cuando vio aquello, pues calculó lo que podían costar aquellos troncos; pero Michel dijo: “Éstos son para ir yo encima; sobre aquellos tronquitos no puedo navegar”. Su patrón quiso regalarle un par de botas para demostrar su agradecimiento, pero él las tiró a un lado y sacó un par como no existían en ninguna parte; mi abuelo aseguraba que pesaban cien libras y medían cinco pies de largo.

»La maderada partió y, si Michel había asombrado antes a los leñadores, ahora estaban admirados los balseros; pues en lugar de que la balsa navegase más despacio por el río como todos habían pensado debido a los enormes troncos, voló como una flecha en cuanto llegaron al Neckar; si antes los balseros tenían que luchar para mantener la balsa en el centro para no chocar contra las piedras o la arena cuando el Neckar describía una curva, ahora saltaba Michel cada vez al agua, colocaba la maderada de un tirón a la derecha o a la izquierda de manera que pasaba sin peligro y cuando llegaba un tramo recto, El Holandés corría a la primera balsa, mandaba que todos subiesen sus pértigas, hundía su enorme vara en el fondo y de un solo empujón salía la balsa disparada a tal velocidad que parecía que el campo y los árboles pasaban de largo volando. De esta manera llegaron en la mitad de tiempo que solían emplear a Colonia, donde tenían costumbre de vender su cargamento; pero allí dijo Michel: “Vosotros sois buenos comerciantes y sabéis lo que os conviene. ¿Acaso creéis que los coloneses necesitan para ellos toda esta madera que viene de la Selva Negra? No, os la compran por la mitad de su valor y la venden cara a Holanda. Vendamos aquí los troncos pequeños y vayamos con los grandes a Holanda; lo que obtengamos por encima del precio habitual será nuestro beneficio”.

»Así habló el astuto Michel, y los demás se mostraron complacidos; unos porque tenían ganas de conocer Holanda, otros por el dinero. Sólo uno fue honrado y les aconsejó no poner en peligro la mercancía de su patrón ni escamotearle parte de las ganancias; pero ellos no le escucharon y olvidaron sus palabras, pero Michel no las olvidó. Bajaron con la madera por el Rin, Michel conducía las balsas y los llevó rápidamente a Rotterdam. Allí les ofrecieron un precio cuatro veces más alto que el anterior y especialmente los enormes troncos de Michel fueron pagados con mucho dinero. Cuando los balseros vieron tanto dinero se volvieron locos de alegría. Michel repartió las ganancias, una parte para el maderero, las otras tres para los hombres. Y luego se sentaron en las tabernas en compañía de marineros y otra gente de mal vivir y despilfarraron y se jugaron su dinero; el hombre honrado que había tratado de disuadirlos fue vendido por Michel a un traficante de esclavos y no se volvió a saber nada de él. A partir de entonces Holanda se convirtió en el paraíso de los jóvenes de la Selva Negra y Michel, *El Holandés*, en su rey, los madereros no supieron durante mucho tiempo nada de aquel tejemaneje y poco a poco fueron llegando de Holanda dinero, blasfemias, malas costumbres, alcohol y juego.

»Cuando, por fin, se descubrió la historia, no se pudo encontrar a El Holandés en ninguna parte, pero tampoco está muerto; desde hace cien años vaga por el bosque y se dice que ya ha ayudado a muchos a hacer fortuna, pero a costa de sus pobres almas, y no quiero decir nada más. Lo cierto es que en noches de tormenta como ésta, escoge todavía en la colina del bosque donde no se puede talar los más hermosos abetos, y mi padre le vio doblar uno que medía cuatro pies de ancho como si fuese una caña. Con estos árboles obsequia a los que se apartan del buen camino y acuden a él; a medianoche llevan las balsas al agua y él rema con ellos a Holanda. Pero si yo fuese el amo y rey de Holanda ordenaría que le matasen a tiros, pues todos los barcos que tienen un solo madero de Michel,

El Holandés tienen que hundirse. Por eso se oye hablar tanto de naufragios; ¿cómo si no puede irse a pique un barco sólido y hermoso tan grande como una iglesia? Pero cada vez que *El Holandés* tala un abeto en la Selva Negra una noche de tormenta, salta uno de sus antiguos tablonces del casco del barco; el agua penetra y el barco está perdido con toda la tripulación. Ésta es la leyenda de Michel, *El Holandés*, y es verdad que todo lo malo que hay en la Selva Negra viene de él; ¡oh!, él puede hacerle a uno rico», añadió el anciano con voz misteriosa, «pero yo no quisiera poseer nada de él, por nada en el mundo quisiera estar en la piel del gordo Ezequiel o del largo Schlurker; se dice también que el rey de la pista de baile le ha vendido su alma».

La tormenta había cesado mientras hablaba el viejo; las muchachas encendieron tímidamente los candiles y se marcharon; los hombres colocaron sobre el banco que había junto a la estufa un saco lleno de hojas a modo de almohada para Peter Munk y le desearon buenas noches.

Peter Carbonero no había tenido nunca sueños tan pesados como aquella noche; tan pronto creía que el gigantesco y tenebroso Michel abría las ventanas de la habitación e introducía con su larguísimo brazo una bolsa llena de piezas de oro que sacudía haciendo un tintineo claro y delicioso, tan pronto veía cabalgar por la habitación al pequeño y amable Hombrecillo de Cristal sobre una enorme botella verde y creía oír de nuevo las risitas ahogadas que ya conocía de la colina del bosque; luego volvía a zumbarle el oído izquierdo:

*En Holanda hay oro,
puedes tenerlo si quieres
por poco trabajo.
¡Oro, oro!*

Luego escuchaba de nuevo en su oído derecho la cancioncilla del guardián del tesoro del verde abetal y una voz delicada susurraba: «Tonto, Peter Carbonero; tonto, Peter Munk, no sabes rimar una frasecita con “crece” y, sin embargo, naciste un domingo a las doce en punto. ¡Rima, estúpido Peter, rima!».

Peter suspiraba, gemía en sueños, luchaba por encontrar una rima; pero como nunca había hecho una, sus esfuerzos fueron en vano. Cuando despertó con las primeras luces del alba le resultó un tanto extraño su sueño; se sentó con los brazos cruzados detrás de la mesa y se puso a pensar sobre los susurros que todavía tenía en el oído. «¡Rima, estúpido Peter, rima!», se decía a sí mismo dándose con el dedo en la frente, pero no había manera de que surgiese una rima. Cuando todavía estaba sentado allí, triste y con la mirada perdida, pensando en la palabra que rimase con “crece”, pasaron delante de la casa tres muchachos que se dirigían al bosque y uno iba cantando:

*Desde la montaña
mirando al valle
mi contento crece,
cuando ella aparece.*

Aquella canción atravesó como un rayo luminoso el oído de Peter, que levantándose de un salto salió corriendo de la casa, pues pensó que no había oído bien; alcanzó a los tres muchachos y agarró

bruscamente del brazo al cantante.

—¡Alto, amigo! —gritó—. ¿Qué acabáis de rimar con «crece»? ¡Haced el favor de decir lo que cantabais!

—¿A ti qué te importa, muchacho? —le respondió el joven de la Selva Negra—. Yo canto lo que quiero, y ahora suelta en seguida o...

—¡No, tienes que decirme lo que cantabas! —gritó Peter casi fuera de sí, sujetándole aún más fuerte; cuando los otros dos vieron aquello, no se lo pensaron dos veces y, abalanzándose con puños recios sobre el pobre Peter, le dieron de golpes hasta que soltó las ropas del tercero y cayó agotado de rodillas.

—Ahora ya tienes tu merecido —dijeron riendo—, y recuerda, muchacho atolondrado, que a gente como nosotros no se la asalta en medio de la calle.

—¡Ay, os aseguro que no lo olvidaré! —contestó Peter Carbonero suspirando—. ¡Pero ya que me he llevado los golpes, haced el favor de decirme claramente lo que cantaba vuestro compañero!

Los muchachos volvieron entonces a reírse y a burlarse de él; pero el que había cantado la canción se la recitó, y riendo y cantando siguieron su camino.

«Así que la palabra es “aparece”», dijo el pobre vapuleado levantándose penosamente, «“crece” rima con “aparece”; ahora, Hombrecillo de Cristal, vamos a hablar otra vez tú y yo». Entró en la cabaña, cogió su sombrero y el largo bastón, se despidió de los habitantes de la cabaña y emprendió el regreso a la colina del bosque. Iba despacio y pensativo por su camino, pues tenía que inventar un verso; por fin, cuando ya estaba llegando a las inmediaciones de la colina del bosque y los abetos eran cada vez más altos y espesos, encontró su verso y dio un salto de alegría. De repente un hombre gigantesco vestido de balsero y con una pértiga tan larga como un mástil en la mano salió de detrás de los abetos. A Peter Munk se le doblaron casi las rodillas cuando vio que aquel ser se puso a caminar con paso lento a su lado, pues pensó, «éste es Michel, *El Holandés*, y nadie más». Todavía callaba la terrible figura y Peter le lanzaba de cuando en cuando una mirada temerosa. Era una cabeza más alto que el hombre más alto que había visto Peter jamás; su rostro ya no era joven, pero tampoco viejo, aunque estaba lleno de surcos y arrugas; llevaba un jubón de lienzo y las enormes botas, subidas por encima de los pantalones de cuero, las conocía Peter de la leyenda.

—Peter Munk, ¿qué haces en la colina del bosque? —preguntó por fin el rey del abetal con voz profunda y cavernosa.

—Buenos días, paisano —contestó Peter, tratando de mostrarse impertérrito, aunque temblaba violentamente—, regreso a mi casa por la colina del bosque.

—Peter Munk —respondió el gigante, fulminándole con una terrible mirada—, tu camino no pasa por este bosque.

—Bueno, no pasa justo por aquí —dijo aquél—, pero hoy hace calor y pensé que aquí haría más fresco.

—¡No mientas, Peter Carbonero! —gritó Michel, *El Holandés*, con voz atronadora—, o te estampo contra el suelo con mi pértiga; ¿crees que no te he visto mendigar al pequeño? —añadió suavemente—. Vamos, hombre, ésa sí que fue una tontería y está bien que no supieses el versito; es un tacaño el pequeñajo y no da mucho, y al que da algo no disfruta de la vida. Peter, eres un pobre diablo y te compadezco en el alma; un muchacho tan apuesto y alegre que podría hacer tantas cosas en este mundo, y tienes que quemar carbón. Cuando otros sacan de la manga grandes táleros y ducados, tú apenas logras reunir un par de monedas de seis peniques; ¡es una vida miserable!

—Es verdad y tenéis razón, es una vida miserable.

—Bueno, por mí que no quede —prosiguió el terrible Michel—; ya he ayudado a salir de la penuria a más de un buen muchacho, y tú no serías el primero. Dime, ¿cuántos cientos de táleros necesitas para empezar?

Tras decir estas palabras, sacudió el dinero que llevaba en su enorme bolsillo y las monedas sonaron otra vez como en el sueño de la noche anterior. Pero el corazón de Peter palpitó asustado y dolorido al oír esas palabras, sintió frío y calor, y El Holandés no tenía aspecto de regalar dinero por compasión sin exigir nada a cambio. Recordó las misteriosas palabras del anciano sobre las personas ricas, e impulsado por un miedo y una angustia inexplicables, exclamó:

—¡Muchas gracias, señor! Pero no deseo tener trato con vos, pues ya os conozco —y echó a correr todo lo deprisa que pudo.

Pero el espíritu del bosque caminaba a su lado con grandes zancadas y murmuraba con voz lúgubre y amenazadora:

—Te arrepentirás, Peter; algún día vendrás a buscarme; en tu frente está escrito, en tus ojos puede leerse, no escaparás. ¡No corras tanto, escucha todavía unas palabras, allí está ya mi frontera!

Pero cuando Peter oyó esto y vio, no lejos de donde estaba, una pequeña zanja, aceleró aún más el paso para cruzar la frontera, de manera que Michel tuvo que correr más deprisa y le persiguió profiriendo juramentos y amenazas. El joven salvó la zanja de un salto desesperado, pues vio que el espíritu del bosque alzaba su pértiga para dejarla caer sobre él; Peter llegó felizmente al otro lado y la pértiga se hizo astillas en el aire como si se hubiese estrellado contra un muro invisible y un trozo largo cayó al lado de Peter.

Triunfante lo cogió del suelo para arrojárselo al salvaje Michel; pero en ese instante sintió que el trozo de madera se movía en su mano y aterrado vio que lo que sujetaba era una enorme serpiente que arqueaba el cuerpo acercándose a él con lengua silbante y ojos centellantes. El muchacho la soltó, pero ella ya se había enrollado firmemente a su brazo y se aproximaba cada vez más a su cara oscilando la cabeza; pero entonces un enorme urogallo bajó de repente del cielo con gran fragor de alas, cogió la cabeza de la serpiente con el pico y se elevó con ella por los aires y Michel, *El Holandés*, que presenciaba todo aquello desde la zanja, aullaba y gritaba desesperado cuando vio que uno que era más poderoso se llevaba a la serpiente.

Agotado y temblando prosiguió Peter su camino, el sendero se hizo más empinado, el paraje más salvaje y pronto se encontró de nuevo ante el gran abeto. Volvió a hacer sus reverencias ante el invisible Hombrecillo de Cristal, y luego dijo:

*Guardián del tesoro del verde abetal,
muchos cientos de años tienes ya en el morral,
tuya es toda la tierra donde el abeto crece,
sólo a los nacidos en domingo tu rostro se aparece.*

—No has acertado del todo; pero por ser tú, Peter Munk, lo dejaré pasar por esta vez —dijo una voz fina y delicada junto a él. Asombrado, se volvió a mirar, y bajo un hermoso abeto estaba sentado un hombrecillo viejo y pequeño que llevaba jubón negro y medias rojas y un gran sombrero en la cabeza. Tenía una carita fina y simpática y una barbita tan delicada que parecía de tela de araña;

fumaba, cosa extraña de ver, una pipa de cristal azul, y cuando Peter se acercó vio con asombro que la ropa, los zapatos y el sombrero del pequeño también eran de cristal coloreado; pero era dúctil como si estuviese caliente, pues se amoldaba como la tela a cada movimiento del hombrecillo.

—¿Te encontraste con el bruto, con Michel, *El Holandés*? —dijo el pequeño acompañando sus palabras de extrañas tosecillas—; te quería asustar, pero yo logré arrebatarse su garrota mágica y no volverá a verla.

—Sí, señor guardián del tesoro —contestó Peter con una profunda inclinación—, pasé bastante miedo. Y supongo que vos erais el señor urogallo que mató a la serpiente de un picotazo. Os estoy muy agradecido. Pero he venido para pedir vuestro consejo; las cosas me van mal y todo son dificultades; un carbonero no prospera y como todavía soy joven, pensaba que aún podía llegar a ser algo mejor, y cuando veo a menudo lo lejos que han llegado otros en poco tiempo, pienso en Ezequiel y el Rey de la pista de baile, que tienen dinero como heno.

—Peter —dijo el pequeño muy serio, soplando pausadamente el humo de su pipa—, Peter, no me digas nada de esos dos. ¿De qué les sirve ser aquí aparentemente felices unos cuantos años para luego ser muchos años infelices? ¡No debes despreciar tu oficio! ¡Tu padre y tu abuelo eran hombres honrados y también fueron carboneros, Peter Munk! Espero que no sea el amor a la ociosidad lo que te trae a mí.

Peter se asustó de la seriedad del hombrecillo, y enrojeció:

—No —dijo—, la ociosidad, eso lo sé muy bien, señor guardián del tesoro del abetal, la ociosidad es el principio de todos los vicios; pero no podéis reprocharme que prefiera otra condición que la mía. Un carbonero es tan poca cosa en el mundo, y los vidrieros, los balseros y los relojeros y todos son más respetados.

—El orgullo suele preceder a la caída —respondió un poco más amable el pequeño señor del abetal—; vosotros los humanos sois una raza extraña. Raramente está alguien satisfecho del todo con la clase en que nació y fue educado, qué quieres que te diga, si fueses un vidriero te gustaría ser un maderero y si fueses un maderero te agradecería el trabajo de guardabosques o la vivienda del gobernador. ¡Pero, como quieras! Si prometes trabajar honradamente, te ayudaré a conseguir algo mejor, Peter. Suelo conceder tres deseos a todas las personas nacidas en domingo. Los dos primeros son libres, el tercero puedo negarlo si es insensato. ¡Y ahora Peter, desea algo, pero algo que sea bueno y útil!

—¡Estupendo! Sois un hombrecillo de cristal fantástico y con razón os llaman el guardián del tesoro. Bueno, y ya que puedo pedir lo que ansía mi corazón, quiero, en primer lugar, saber bailar aún mejor que el Rey de la pista de baile y llevar siempre a la fonda el doble de dinero que el gordo Ezequiel.

—¡Oh, qué necio eres! —respondió enojado el pequeño—. ¡Qué deseo tan miserable, saber bailar bien y tener dinero para el juego! ¿No te avergüenzas, estúpido Peter, de malgastar así tu suerte? ¿De qué os sirve a ti y a tu pobre madre que sepas bailar? ¿De qué te sirve tu dinero, que, según tu deseo, es sólo para la fonda y que como el del miserable Ezequiel se queda allí? Luego no tendrás nada el resto de la semana y estarás otra vez en la miseria como antes. Te concedo todavía un deseo; pero procura que sea más sensato.

Peter se rascó detrás de las orejas, y, tras algunos titubeos, dijo:

—Deseo la fábrica de vidrio más bonita y rica de toda la Selva Negra, con todos los accesorios y el dinero para dirigirla.

—¿Nada más? —preguntó el pequeño con gesto preocupado—. ¿Nada más, Peter?

—Bueno... podríais añadir un caballo y un cochecito.

—¡Oh, qué tonto eres, Peter Carbonero! —gritó el pequeño, y arrojó enojado contra un grueso abeto su pipa de cristal, que se rompió en mil pedazos—. ¿Caballos? ¿Cochecitos? Inteligencia, te digo, inteligencia, sentido común y entendimiento, eso es lo que deberías haber deseado y no caballitos y cochecitos. Bueno, no te pongas tan triste, trataremos de que, a pesar de todo, no resultes perjudicado; después de todo, el segundo deseo no ha sido tan insensato. Una buena vidriería alimenta a su dueño y maestro; sólo que podrías haberte llevado también el entendimiento y la inteligencia, el coche y los caballos habrían llegado después por añadidura.

—Pero, señor guardián del tesoro —contestó Peter—, todavía me queda un deseo. Podría pedir inteligencia si me hace tantísima falta como opináis.

—¡Nada de eso! Todavía puedes verte en más de un apuro y estarás contento de disponer aún de un deseo libre. Y ahora regresa a tu casa. Aquí tienes —dijo el geniecillo de los abetos sacando de su bolsillo una pequeña bolsa—, aquí tienes dos mil florines y con esto basta y no me vengas otra vez a pedir dinero; pues tendría que colgarte del abeto más alto. Así lo he hecho desde que vivo en el bosque. Hace tres días murió el viejo Winkfritz, que tenía la gran fábrica de vidrio en la parte baja del bosque. Ve allí mañana temprano y haz una oferta justa por la fábrica. Pórtate bien, trabaja y yo te visitaré de vez en cuando y te echaré una mano con mis consejos, ya que no pediste inteligencia. Pero todavía quiero decirte algo con toda seriedad, tu primer deseo fue malo. ¡Cuídate de ir demasiado por la fonda, Peter! A la larga todavía no le ha hecho bien a nadie.

Mientras decía tales cosas, el hombrecillo sacó una pipa nueva del más precioso cristal opalino, la llenó de piñas de abeto secas y se la llevó a su pequeña boca desdentada. Luego extrajo una enorme lupa, se puso al sol y encendió su pipa. Cuando terminó de hacer esto, estrechó amablemente la mano de Peter, le dio todavía un par de buenos consejos para el camino, y fumando y soplando cada vez más deprisa, desapareció en una nube que olía a auténtico tabaco holandés y que se desvaneció ensortijándose lentamente en las copas de los abetos.

Cuando Peter llegó a casa, encontró a su madre muy preocupada; pues la buena mujer ya creía que su hijo había sido reclutado como soldado. Pero él estaba contento y de buen humor y le contó que en el bosque había encontrado a un buen amigo que le había adelantado dinero para empezar un negocio distinto que el de hacer carbón. Aunque su madre vivía ya desde hacía treinta años en la cabaña del carbonero y estaba tan acostumbrada a ver a gente manchada de hollín, como cualquier molinera a ver la cara cubierta de harina de su marido, era lo bastante vanidosa como para despreciar su antigua condición en cuanto su Peter dio muestras de tener un futuro más brillante, y dijo: «Como madre de un hombre que posee una vidriería, ya no soy lo mismo que cualquier Grete y Bete de la vecindad, y de ahora en adelante me colocaré en la iglesia en las primeras filas, donde está sentada la gente respetable». Su hijo llegó pronto a un acuerdo con los herederos de la vidriería. Conservó a los trabajadores que encontró en la fábrica y mandó hacer vidrio de día y de noche. Al principio le gustaba su trabajo; solía bajar tranquilamente a la vidriería, deambulaba por allí con andares distinguidos y, con las manos en los bolsillos, miraba aquí, miraba allá, decía cosas que hacían reír a sus trabajadores, y lo que más le gustaba era ver soplar el vidrio, y a menudo se ponía también manos a la obra y modelaba con la masa todavía blanda las más extrañas figuras. Pero, pronto se hartó de su trabajo y empezó a ir sólo una hora al día a la vidriería, luego cada dos días, al final una

vez a la semana y sus trabajadores hacían lo que querían. Todo eso era debido a que cada vez pasaba más tiempo en la fonda; el domingo, después de volver de la colina del bosque, fue a la fonda y en la pista de baile ya estaba saltando el Rey de la pista, y el gordo Ezequiel estaba sentado detrás de una jarra de cerveza jugándose los táleros a los dados. Entonces Peter introdujo rápidamente la mano en el bolsillo para comprobar si el Hombrecillo de Cristal había cumplido su palabra y vio que su bolsillo estaba repleto de oro y plata. También notó que en sus piernas algo se contraía y apretaba como si quisieran bailar y saltar, y cuando terminó el primer baile, Peter se puso en la primera fila al lado del Rey de la pista, y cada vez que éste saltaba elevándose cuatro pies, Peter volaba cinco pies, y cuando éste hacía pasos maravillosos y delicados, Peter entrelazaba y giraba los pies de tal manera que dejaba a todos los espectadores boquiabiertos de placer y admiración. Pero cuando se supo en la pista de baile que Peter había comprado una vidriería, cuando la gente vio que cada vez que pasaba bailando delante de los músicos les arrojaban unos peniques, no salió de su asombro. Unos creían que había encontrado un tesoro en el bosque, otros pensaban que había recibido una herencia, pero todos le admiraban ahora y le consideraban un hombre cabal sólo porque tenía dinero. Después de todo se jugaba veinte florines en una sola noche y, sin embargo, sus bolsillos seguían sonando como si dentro hubiese todavía cien táleros.

Peter no cabía en sí de gozo y orgullo al ver que todos le apreciaban. Tiraba el dinero a manos llenas y lo repartía generosamente entre los pobres, pues recordaba cuánto había sufrido antes con la pobreza. Las habilidades del Rey de la pista quedaron eclipsadas por las artes sobrenaturales del nuevo bailarín, y Peter recibió el nombre de Emperador del baile. Los jugadores más audaces no se arriesgaban los domingos tanto como él, pero tampoco perdían tanto. Y cuanto más perdía, más ganaba. Sucedió exactamente como había pedido al Hombrecillo de Cristal. Había deseado tener siempre en el bolsillo tanto dinero como el gordo Ezequiel y precisamente con éste se jugaba su dinero, y cuando perdía veinte o treinta florines de una vez, volvía a tenerlos en el bolsillo en cuanto se los embolsaba Ezequiel. Poco a poco llegó a superar en el despilfarro y el juego a los peores jugadores de la Selva Negra, y la gente le llamaba más a menudo Peter Naipes que Emperador del baile, pues ahora ya jugaba casi todos los días laborables. Poco a poco fue arruinándose su vidriería y de eso tuvo la culpa la falta de sensatez de Peter. Él mandaba hacer todo el vidrio que se pudiese hacer; pero con la vidriería no había comprado el secreto de cómo venderlo mejor. Al final no sabía qué hacer con tanto vidrio y lo vendía a mitad de precio a los comerciantes ambulantes, sólo para poder pagar a sus trabajadores.

Una noche regresaba a casa de la fonda y, a pesar del vino que había bebido para estar alegre, se puso a pensar con espanto y tristeza en la ruina de su patrimonio. Entonces notó de repente que alguien caminaba a su lado; se dio la vuelta y vio con sorpresa que era el Hombrecillo de Cristal. Entonces se puso furioso e indignado y se atrevió a decir que el pequeño era el culpable de todas sus desgracias.

—¿Qué hago ahora con el caballo y el coche? —gritó—. ¿De qué me sirve la vidriería y todo mi vidrio? Hasta cuando era un miserable carbonero vivía más contento y sin preocupaciones. ¡Ahora no sé cuándo vendrá el gobernador a tasar mis bienes y a embargarme por mis deudas!

—Vaya —le respondió el Hombrecillo de Cristal—, vaya, ¿de modo que yo tengo la culpa de que seas desdichado? ¿Así agradeces mis favores? ¿Quién te mandó tener deseos tan estúpidos? ¿Querías ser un vidriero y no sabías a quién vender tu vidrio? ¿No te dije, Peter, que formularas tus deseos con cuidado? Te faltó sensatez e inteligencia, Peter.

—¿Cómo que sensatez e inteligencia! —gritó aquél—. Soy tan inteligente como el que más y voy a demostrártelo, Hombrecillo de Cristal.

Y con estas palabras agarró al hombrecillo del cuello, y gritó:

—¿Te tengo cogido o no, guardián del tesoro del verde abetal? Y ahora formularé el tercer deseo que tú me concederás; quiero ahora, aquí mismo, dos veces cien mil táleros de ley y una casa y... ¡ay! —gritó sacudiendo la mano; pues el hombrecillo del bosque se había transformado en cristal incandescente y quemaba en su mano como un fuego chisporroteante. Pero el hombrecillo había desaparecido sin dejar rastro.

Durante varios días su hinchada mano le recordó su desagradecimiento y su necesidad. Pero luego acalló su conciencia, y dijo: «Aunque me vendan la fábrica y todo lo demás, me queda todavía el gordo Ezequiel. Mientras él tenga dinero, los domingos no me faltará a mí».

Sí, Peter. ¿Pero si él no tiene, qué? Y así es como sucedió un día y fue un asombroso problema aritmético. Pues un domingo llegó en su coche a la fonda y la gente asomó las cabezas a las ventanas y uno dijo, ahí viene Peter Naipes, y otro, sí el Emperador del baile, el rico vidriero, y un tercero sacudió la cabeza, y dijo: «Con esa riqueza todo es posible, pero se habla mucho de sus deudas, y en la ciudad me han dicho que el gobernador no tardará ya en embargarle». Mientras tanto el rico Peter saludaba con ademanes distinguidos y majestuosos a los clientes que estaban en la ventana, bajó del coche y gritó:

—Buenas tardes, fondista, ¿ha llegado ya el gordo Ezequiel?

Y una voz profunda contestó:

—¡Adelante, Peter! Tu sitio está reservado y te estamos esperando con las cartas.

Así que Peter Munk entró en la fonda e introdujo en seguida la mano en el bolsillo y vio que Ezequiel tenía que estar bien provisto de dinero, pues su bolsillo estaba repleto.

Peter se sentó detrás de la mesa con los demás y jugó y ganó, y perdió alternativamente y así estuvieron jugando hasta que la gente sensata se fue a casa cuando se hizo de noche, y jugaron con luz de velas hasta que otros dos jugadores dijeron:

—Ya está bien por hoy, tenemos que ir a casa con la mujer y los hijos.

Pero Peter Naipes pidió al gordo Ezequiel que se quedase. Éste se resistió al principio, pero finalmente exclamó:

—Está bien, primero voy a contar mi dinero y luego jugaremos a los dados, la jugada a cinco florines; pues menos es un juego de niños.

A continuación, extrajo la bolsa y contó, y encontró cien florines y Peter Naipes supo al instante cuánto dinero tenía sin necesidad de contarlos. Pero si antes había ganado Ezequiel, ahora perdía jugada tras jugada y profería terribles juramentos. Si sacaba un trío, Peter sacaba otro y siempre dos puntos más alto. Finalmente, Ezequiel puso los últimos cinco florines sobre la mesa, y exclamó:

—Jugaré una vez más, y, aunque pierda, pienso continuar; tú me prestarás algo de tus ganancias, Peter, un tipo decente ayuda siempre al otro.

—Lo que quieras, aunque sean cien florines —dijo el Emperador del baile, contento de haber ganado, y el gordo Ezequiel sacudió los dados y sacó quince.

—¡Trío —exclamó—, ahora veremos qué haces!

Pero Peter sacó dieciocho y una voz ronca conocida dijo detrás de él:

—Ésta fue la última jugada.

Peter se dio la vuelta y detrás de él se alzaba gigantesco Michel, *El Holandés*. Asustado dejó caer

el dinero que ya había recogido. Pero el gordo Ezequiel no vio al genio del bosque y exigió de Peter Naipes que le prestase diez florines para seguir jugando. Como en sueños, éste metió la mano en el bolsillo, pero allí no había dinero; buscó en el otro bolsillo, pero allí tampoco encontró nada; puso la chaqueta del revés, pero al suelo no cayó ni una sola moneda y sólo entonces recordó el primer deseo que había hecho de tener siempre tanto dinero como el gordo Ezequiel. Todo había desaparecido como el humo.

El fondista y Ezequiel le miraron asombrados mientras buscaba sin poder encontrar su dinero y no le creyeron que ya no tuviese; pero cuando finalmente ellos mismos buscaron en sus bolsillos, montaron en cólera y juraron que Peter Naipes era un malvado brujo y había enviado por arte de magia a su casa el dinero ganado y el suyo propio. Peter se defendió enérgicamente, pero los indicios hablaban en contra suya. Ezequiel dijo que contaría aquella espantosa historia a toda la gente de la Selva Negra y el fondista le prometió que le acompañaría a primeras horas de la mañana a la ciudad para acusar a Peter Munk de brujería y esperaba, añadió, ver algún día cómo le quemaban en la hoguera. Entonces se abalanzaron furiosos sobre él, le arrancaron el jubón del cuerpo y le echaron a la calle.

En el cielo no brillaba ninguna estrella cuando Peter regresó apesadumbrado a su casa; sin embargo, pudo distinguir una figura oscura que andaba a su lado y, por fin, habló: «Estás acabado, Peter Munk, todo tu esplendor ha terminado y eso ya te lo podría haber dicho yo cuando no quisiste saber nada de mí y te fuiste con el enano de cristal. Ya ves lo que sucede cuando se desprecian mis consejos. Pero prueba conmigo, me compadezco de tu mala suerte. Todavía no se ha arrepentido nadie que haya acudido a mí en busca de ayuda y si no te arredra el camino, mañana estaré todo el día a tu disposición en la colina del bosque, si me llamas». Peter se dio perfecta cuenta de quién le hablaba de aquella manera, pero esas palabras le dieron escalofríos y sin responder echó a correr hacia su casa.

SEGUNDA PARTE

Cuando Peter fue a su vidriería el lunes por la mañana, no sólo estaban allí sus trabajadores, sino también otras personas que nadie suele ver con agrado, el gobernador y tres alguaciles. El gobernador dio los buenos días a Peter, le preguntó cómo había dormido y luego extrajo una larga lista en la que figuraban los acreedores de Peter.

—¿Podéis pagar o no? —preguntó el gobernador con mirada severa—, y sed breve, pues no dispongo de mucho tiempo y hasta la torre son más de tres horas de camino.

Entonces Peter perdió el ánimo, confesó que no tenía nada y dejó que el gobernador tasase la casa, la fábrica y la cuadra, el coche y los caballos, y mientras los alguaciles y el gobernador iban de un lado a otro examinando y tasando, pensó: la colina del bosque no queda lejos; si el *pequeño* no me ayudó, probaré suerte con el *grande*. Corrió hacia la colina tan deprisa que parecía que los alguaciles le pisaban los talones; cuando pasó por el lugar donde había hablado por primera vez con el Hombrecillo de Cristal, tuvo la sensación de que le retenía una mano invisible, pero él se soltó y siguió corriendo hasta la frontera que recordaba todavía de la vez anterior y en cuanto gritó casi sin aliento: «¡Holandés! ¡Señor Michel, *El Holandés!*», apareció ante él el gigantesco balsero con su

pértiga.

—¿Vienes a verme? —dijo éste, riendo—. ¿Te querían quitar la piel y vendérsela a tus acreedores? ¡Bueno, no te preocupes! Toda tu desdicha viene, como ya te dije, del Hombrecillo de Cristal, de ese separatista y santurrón. Cuando se regala, hay que hacerlo como es debido y no como ese tacaño. Pero ven —prosiguió volviéndose hacia el bosque—, sígueme a mi casa; allí veremos si podemos hacer un trato.

«¡Un trato!», pensó Peter. «¿Qué puede exigir él de mí, qué puedo ofrecerle yo? ¿Querrá que sea su criado o qué pretende?»

Primero subieron por un sendero empinado del bosque y de repente se encontraron ante un precipicio profundo y escarpado; Michel bajó saltando por la roca como si fuese una suave escalera de mármol; pero Peter casi se desmayó, pues cuando aquél llegó abajo, se hizo tan alto como la torre de una iglesia y le tendió un brazo tan largo como un árbol y una mano pegada a éste tan ancha como la mesa de la fonda, y gritó con una voz que sonaba profunda como una campana de muertos:

—Siéntate en mi mano y agárrate a los dedos, así no te caerás.

Peter hizo temblando lo que aquél le ordenó, tomó asiento en la mano y se agarró al pulgar del gigante.

La mano descendió profundamente, pero para sorpresa de Peter la sima no se hizo más oscura; al contrario, la claridad del día parecía aumentar, pero sus ojos no podían aguantarla mucho tiempo. Michel había vuelto a hacerse más pequeño a medida que bajaba Peter, y ahora estaba con su estatura anterior delante de una casa tan sencilla o buena como las que tienen los campesinos ricos de la Selva Negra. La sala de estar a la que fue conducido Peter no se distinguía en nada de las salas de otra gente excepto que parecía solitaria.

El reloj de pared de madera, la enorme estufa de cerámica, los anchos bancos, los enseres en las repisas eran aquí como en todas partes. Michel le invitó a tomar asiento detrás de la gran mesa, luego salió y regresó al poco tiempo con una jarra de vino y unos vasos. Echó vino en los vasos y en seguida empezaron a charlar y El Holandés habló de las alegrías del mundo, de países extranjeros, de hermosas ciudades y ríos, hasta que Peter sintió grandes deseos de conocer aquellas cosas y se lo dijo abiertamente a El Holandés.

—Cuando tenías valor y fuerza en el cuerpo para emprender algo, un par de latidos de tu estúpido corazón podían hacerte temblar, y luego las ofensas al honor, la desgracia, ¿por qué ha de preocuparse un muchacho inteligente de tales cosas? ¿Sentiste dolor en la cabeza cuando hace poco te llamaron estafador y granuja? ¿Te dolió el estómago cuando el gobernador vino a echarte de tu casa? ¿Qué, dime, qué te dolió?

—Mi corazón —dijo Peter apretando la mano sobre el pecho, pues le pareció que su corazón daba vueltas asustado.

—Has derrochado, no me lo tomes a mal, muchos cientos de florines con malos mendigos y otra gentuza; ¿de qué te ha servido? Ellos te deseaban a cambio que tuvieses suerte y un cuerpo sano; y bien, ¿estás ahora más sano por eso? Por la mitad del dinero que has tirado, habrías tenido un médico a tu servicio. Suerte, sí, bonita suerte que a uno le embarguen y le echen de su casa. ¿Y qué era lo que te impulsaba a meter la mano en el bolsillo cada vez que un mendigo te tendía su harapiento sombrero? Tu corazón, otra vez tu corazón, y no tus ojos, ni tu lengua, ni tus brazos, ni tus piernas, sino tu corazón; te tomabas aquello demasiado a pecho.

—Pero ¿cómo puede acostumbrarse alguien a que ya no sea así? Ahora hago todo lo posible por

reprimirlo y sin embargo mi corazón palpita y duele.

—¡Por supuesto! —exclamó aquél riendo—, tú no puedes hacer nada en contra, pobre iluso, pero dame a mí esa cosa que apenas palpita y verás qué bien te sientes.

—¿A vos, mi corazón? —gritó Peter aterrado—; entonces tendría que morirme en el acto. ¡Nunca jamás!

—Si tratase de extirparte el corazón uno de vuestros cirujanos, tendrías que morir; conmigo es distinto, ¡pero pasa y convéncete tú mismo! Con estas palabras se puso de pie, abrió la puerta de una cámara y condujo a Peter adentro. Su corazón se contrajo bruscamente cuando atravesó el umbral, pero no reparó en ello, pues lo que se ofrecía a su vista era extraño y sorprendente. En varias estanterías de madera había recipientes de cristal llenos de líquido transparente y en cada recipiente había un corazón; sobre los recipientes había etiquetas con nombres escritos que Peter leyó con curiosidad; allí se encontraban el corazón del gobernador de F., el corazón del gordo Ezequiel, el corazón del Rey de la pista de baile, el corazón del guardabosques; allí se encontraban seis corazones de especuladores de trigo, ocho de oficiales de reclutamiento, tres de prestamistas... en una palabra, era una colección de los corazones más prestigiosos en veinte leguas a la redonda.

—¡Mira! —dijo Michel—, todos éstos se han librado de los miedos y las preocupaciones de la vida; ninguno de estos corazones late ya temeroso y angustiado, y sus antiguos propietarios están felices de tener fuera de casa al inquieto huésped.

—¿Pero qué llevan en el pecho ahora? —preguntó Peter, que casi se sentía mareado por las cosas que había visto.

—Esto —contestó aquél sacando de un cajón un corazón de piedra.

—¿Cómo? —respondió Peter sin poder evitar un escalofrío—. ¿Un corazón de mármol? Pero, por el amor de Dios, señor Michel, eso tiene que resultar muy frío dentro del pecho.

—Por supuesto, pero es agradablemente fresco. ¿Por qué tiene que ser caliente un corazón? En invierno no te sirve de nada el calor, pues entonces ayuda más una copa de kirsch que un corazón caliente, y en verano, cuando hace calor y bochorno... no te imaginas lo que refresca entonces un corazón semejante. Y ya te digo, ni el miedo, ni el espanto, ni la compasión ni otras calamidades llaman a este corazón.

—¿Y eso es todo lo que podéis darme? —preguntó Peter disgustado—. ¡Yo esperaba recibir dinero y vos queréis darme una piedra!

—Bueno, pienso que de momento tendrás bastante con cien mil florines. Si te manejas hábilmente, serás pronto millonario.

—¿Cien mil? —exclamó lleno de júbilo el pobre carbonero—. Ahora deja ya de latir tan inquieto en mi pecho, pronto habremos acabado nosotros dos. Está bien, Michel; ¡dadme la piedra y el dinero, y sacad la inquietud de su morada!

—Ya sabía yo que eras un muchacho inteligente —contestó El Holandés sonriendo amablemente—; bebamos antes una copa y luego te daré el dinero.

Los dos volvieron a sentarse en la sala alrededor de la jarra de vino y bebieron y bebieron hasta que Peter se quedó profundamente dormido.

Peter Carbonero se despertó con el sonido alegre de una corneta de postillón y de repente descubrió que estaba sentado en un bonito coche y viajaba por una ancha carretera, y cuando se asomó a la ventanilla del coche divisó atrás en la lejanía azul la Selva Negra. Al principio, no podía

creer que fuese él quien estaba sentado en ese coche. Pues tampoco su ropa era ya la misma que había llevado ayer, pero recordaba todo con tanta claridad que finalmente abandonó sus vacilaciones, y exclamó: «¡No cabe duda, yo soy Peter Carbonero y nadie más!». Se asombró de sí mismo, de no sentir ninguna nostalgia al partir por primera vez de la tranquila patria, de los bosques donde había vivido tanto tiempo; ni siquiera cuando pensó en su madre, que ahora estaría desamparada y en la miseria pudo derramar una sola lágrima o suspirar, pues todo le era indiferente. «Ya comprendo», dijo entonces, «las lágrimas y los suspiros, la nostalgia y la melancolía provienen del corazón y gracias a Michel, *El Holandés*, el mío es frío y de piedra».

Puso su mano sobre el pecho y todo estaba allí tranquilo y nada se movía. «Si ha cumplido con los cien mil como con el corazón, puedo sentirme satisfecho», dijo, y empezó a inspeccionar el coche. Encontró prendas de vestir de todo tipo como no las hubiese podido desear mejores, pero no dinero. Por fin, topó con una bolsa y dentro encontró muchos miles de táleros de oro y órdenes de pago canjeables en los bancos de todas las grandes ciudades. «Ahora he conseguido lo que quería», pensó, y se sentó cómodamente en un rincón del coche dispuesto a ver mundo.

Viajó por muchos países durante dos años y desde su coche contemplaba las casas que había a derecha e izquierda, miraba, cuando paraba, sólo el escudo de su posada, recorría luego la ciudad y se dejaba enseñar los monumentos más bonitos. Pero nada le alegraba, ningún cuadro, ninguna casa, ninguna música, ningún baile; su corazón de piedra no se interesaba por nada, y sus ojos, sus oídos eran insensibles a todas las bellezas. No le había quedado nada salvo la afición a la comida, a la bebida y al sueño, y así vivía viajando por el mundo sin objeto, comiendo por distracción y durmiendo por aburrimiento. De vez en cuando recordaba que había sido alegre y feliz cuando todavía era pobre y tenía que ganarse la vida. Entonces disfrutaba con cualquier bonita vista del valle, con la música y el canto, entonces esperaba ansioso el momento en que su madre le traía el sencillo almuerzo a la carbonera. Cuando pensaba así sobre el pasado, le resultaba muy extraño que ya no pudiese reírse cuando antes le había hecho reír cualquier broma. Cuando otros se reían, él torcía sólo la boca por amabilidad, pero su corazón no sonreía. Sentía entonces que estaba sumamente tranquilo, pero a pesar de todo no se sentía satisfecho. No fue añoranza, ni nostalgia, sino el vacío, el hastío, la vida carente de alegría lo que le impulsó finalmente a regresar a su tierra.

Cuando viniendo de Estrasburgo contempló el oscuro bosque de su patria, cuando volvió a ver aquellas fuertes figuras, aquellos rostros simpáticos y leales de los habitantes de la Selva Negra, cuando su oído percibió los sonidos de su tierra, fuertes, profundos, pero armoniosos, se llevó rápidamente la mano al corazón; pues su sangre corría con más fuerza y pensó que tenía que alegrarse y llorar al mismo tiempo, pero... ¡cómo podía ser tan iluso! Había olvidado que tenía un corazón de piedra, y las piedras están muertas y no sonríen ni lloran.

En su primera salida fue a visitar a El Holandés que le recibió con la misma simpatía de la última vez.

—Michel —le dijo—, he viajado y he visto todas las cosas, pero sólo son tonterías y sólo me aburrí. Además, es cierto que la cosa de piedra que llevo en el pecho me protege de mucho; no me enfado nunca, nunca estoy triste, pero tampoco me alegro nunca y tengo la sensación de vivir sólo a medias. ¿No podéis dar un poco de movilidad al corazón de piedra?, o mejor aún, ¡dadme mi antiguo corazón! Me había acostumbrado a él en veinticinco años, y aunque a veces hacía alguna tontería, era al menos un corazón animado y alegre.

El genio del bosque rió con sarcasmo.

—Cuando un día te mueras, Peter Munk —contestó—, no te faltará; entonces recuperarás tu corazón blando, sentimental, y podrás sentir lo que viene, la alegría o el sufrimiento; pero aquí arriba no puede volver a ser tuyo. Escucha, Peter, has viajado, es cierto, pero así como vivías no podía servirte de nada. Instálate ahora en algún lugar del bosque, construye una casa, cástate, mueve tu fortuna, sólo te faltaba el trabajo; te aburrías porque estabas ocioso y ahora le echas la culpa de todo a ese corazón inocente.

Peter comprendió que en lo referente a la ociosidad Michel tenía razón y se propuso hacerse rico y más rico. Michel volvió a regalarle cien mil florines y le despidió como a un buen amigo.

Pronto se extendió en la Selva Negra la noticia de que Peter Carbonero o Peter Naipes había vuelto, y que era aún más rico que antes. Las cosas siguieron entonces el curso de siempre; cuando Peter se arruinó, le echaron de la fonda Del Sol, y cuando un domingo por la tarde hizo su primera aparición, le estrecharon la mano, elogiaron su caballo y le preguntaron por su viaje, y cuando volvió a jugarse los táleros con el gordo Ezequiel, le admiraron otra vez como siempre. Ahora no se dedicaba ya al negocio del vidrio, sino al comercio de la madera, aunque sólo de manera secundaria. Su negocio principal era especular con grano y dinero. Media Selva Negra se endeudó poco a poco con él; pero él sólo prestaba dinero al diez por ciento o vendía grano a los pobres que no podían pagar al contado triplicando su precio. Con el gobernador le unía una estrecha amistad, y si alguien no pagaba al señor Peter Munk el día fijado, el gobernador iba a caballo con sus esbirros, tasaba la casa y las tierras, las vendía rápidamente y echaba al padre, a la madre y a los hijos al bosque. Al principio estas cosas causaban algún enojo al rico Peter, pues los pobres desahuciados asediaban su puerta, los hombres le pedían que fuese indulgente, las mujeres trataban de ablandar el corazón pétreo y los niños lloriqueaban por un trocito de pan. Pero cuando adquirió un par de perros de presa, terminó pronto aquella música ratonera, como él la llamaba; Peter silbaba y azuzaba, y los mendigos echaban a correr despavoridos. Lo que más le fastidiaba era, sin embargo, la «vieja». Ésta no era otra sino frau Munkin, su madre. Ella había quedado sumida en la miseria tras la venta de su casa y de sus tierras, y cuando su hijo regresó rico del extranjero no volvió a ocuparse de ella; de vez en cuando acudía a su puerta, cada vez más débil y decrepita, caminando apoyada en un bastón. Ya no se atrevía a pasar adentro, pues él la había echado una vez de la casa, pero le dolía tener que vivir de la caridad ajena cuando su hijo podía haberle deparado una vejez despreocupada. Pero el corazón frío no se conmovía con los rasgos pálidos y familiares, las miradas suplicantes, la mano marchita tendida, la figura decrepita. Cuando ella llamaba los sábados a su puerta, Peter sacaba malhumorado del bolsillo seis monedas de cobre, las envolvía en un papel y se las hacía llegar a través de un criado. Oía su voz temblorosa cuando daba las gracias y deseaba que fuese feliz en la tierra; la oía alejarse de la puerta tosiendo débilmente, pero a él no le afectaba en absoluto, sólo pensaba que había vuelto a malgastar seis monedas. Por fin, un día Peter pensó en casarse. Sabía que en la Selva Negra cualquier padre estaba dispuesto a darle a su hija; pero él era muy exigente en su elección, pues quería que también en este caso se elogiase su suerte y su inteligencia; por eso recorrió todo el bosque a caballo, miró por aquí, miró por allá, pero ninguna muchacha de la Selva le pareció lo bastante hermosa. Por fin, tras buscar inútilmente a la más hermosa en todas las pistas de baile, oyó un día que la más hermosa y virtuosa de todo el bosque era la hija de un pobre leñador. La joven llevaba al parecer una vida tranquila y recogida, se ocupaba con habilidad y diligencia de la casa de su padre y nunca se dejaba ver en el baile, ni siquiera en Pascua o en las fiestas del lugar. Cuando Peter oyó hablar de aquella maravilla de la Selva Negra, decidió pedir su mano y fue a caballo a la

cabaña que le habían indicado. El padre de la hermosa Lisbeth recibió al distinguido señor con asombro y se asombró aún más cuando oyó que era el rico Peter y que quería convertirse en su yerno. Pero no se lo pensó mucho, pues confiaba en que, por fin, se acabarían su pobreza y sus preocupaciones; accedió, sin preguntar a la bella Lisbeth, y la buena muchacha era tan dócil que se convirtió sin rechistar en la mujer de Peter Munk.

Pero a la pobre no le fueron las cosas tan bien como ella había soñado. Ella creía que sabía ocuparse de la casa, pero nada de lo que hacía era del agrado de Peter; tenía compasión de la gente pobre y como su marido era rico pensaba que no era un pecado dar un penique a una pobre mendiga o un vasito de aguardiente a un hombre viejo; pero el día que Peter se enteró de esto, le dijo con mirada airada y voz áspera: «¿Por qué derrochas mi fortuna ayudando a bribones y vagabundos? ¿Acaso has aportado algo al matrimonio que puedas regalar? Con la miseria que te dio tu padre no se puede calentar ni una sopa, y sin embargo tiras el dinero como una princesa. ¡Deja que vuelvan a acercarse a ti y sentirás mi mano!». La bella Lisbeth lloraba en su cuarto por la dureza de sentimientos de su marido, y a menudo deseaba volver a la miserable cabaña de su padre y no tener que vivir con el rico, pero avariento y desalmado Peter. Ay, si hubiese sabido que tenía un corazón de mármol y que no podía amarla a ella ni a ninguna otra persona no se habría extrañado. Pero cada vez que se sentaba ahora a la puerta de la casa y pasaba un mendigo y se quitaba el sombrero y hacía ademán de soltar alguna frase, ella cerraba los ojos para no ver la miseria, apretaba la mano con fuerza para que no se metiese sin querer en el bolsillo para sacar una moneda. De esta manera, la bella Lisbeth empezó a tener mala fama en todo el bosque y la gente decía que ella era aún más avara que Peter Munk. Pero un día Lisbeth estaba de nuevo sentada delante de la casa hilando y murmurando una cancioncilla; estaba contenta porque hacía buen tiempo y Peter había salido al campo con el caballo. Entonces se acercó por el camino un hombrecillo viejo que llevaba un saco pesado y grande, y ella oyó cómo jadeaba desde lejos. Compasiva le miró y pensó que a un hombre tan pequeño y viejo no había que cargarle tan pesadamente.

Mientras tanto se acercó el hombrecillo jadeando y tambaleándose, y cuando estaba delante de Lisbeth se desplomó casi bajo el peso del saco.

—¡Tened misericordia, señora, y dadme un trago de agua! —dijo el hombrecillo—; no puedo más y moriré miserablemente.

—No deberíais llevar cargas tan pesadas a vuestra edad —dijo Lisbeth.

—Ciertamente, si no tuviese que hacer recados a causa de mi pobreza y para ganarme la vida —contestó él—; una mujer tan rica como vos no sabe cuánto duele la pobreza y lo que reconforta una bebida fresca con este calor.

Cuando Lisbeth oyó estas palabras entró en la casa, tomó una jarra de la repisa y la llenó de agua; pero cuando regresó y sólo estaba a unos pocos pasos del hombrecillo y le vio allí sentado encima del saco tan desvalido y necesitado, sintió una profunda compasión, consideró que su marido no estaba en casa y, dejando a un lado la jarra de agua, tomó un vaso y lo llenó de vino, puso encima un pan de centeno y se lo llevó al viejo:

—¡Tomad; ya que sois tan viejo, os sentará mejor un trago de vino que el agua —dijo ella—; pero no bebáis tan deprisa y comed también un poco de pan al mismo tiempo!

El hombrecillo la miró asombrado hasta que sus ojos se inundaron de grandes lágrimas; bebió, y dijo:

—Me he hecho viejo, pero he visto a pocas personas que fuesen tan compasivas y supiesen hacer

sus obsequios con tanta delicadeza y bondad como vos, señora Lisbeth. Pero por eso seréis dichosa en la tierra; un corazón como el vuestro no puede quedar sin recompensa.

—No, y la recompensa la recibirá ahora mismo —gritó una voz terrible, y cuando se dieron la vuelta estaba allí Peter con el rostro rojo de ira—. ¿Cómo te atreves a regalar mi mejor vino a los pordioseros y dejas que mi copa toque los labios de los vagabundos? ¡Toma tu recompensa!

Lisbeth se arrojó a sus pies y pidió perdón; pero el corazón de piedra no conocía la compasión, Peter dio la vuelta a la fusta que llevaba en la mano y asestó con la empuñadura de ébano un golpe tan violento en la hermosa frente que su mujer cayó sin vida en los brazos del anciano. Cuando Peter vio aquello, se arrepintió en el acto de lo que había hecho; se inclinó para ver si todavía había vida en ella, pero el hombrecillo dijo con una voz que le era conocida:

—¡No te esfuerces, Peter Carbonero; ella era la flor más bonita y encantadora de la Selva Negra, pero tú la has pisoteado y ya nunca florecerá!

Entonces la sangre se retiró de las mejillas de Peter, que dijo:

—¿De modo que sois vos, el guardián del tesoro? Lo hecho, hecho está y sin duda tenía que suceder así. Espero, sin embargo, que no me denunciéis por asesino ante el tribunal.

—¡Miserable! —respondió el Hombrecillo de Cristal. ¿De qué me serviría llevar a la horca tu envoltura mortal? No son los tribunales terrenales a los que debes temer, sino a otros más severos; pues has vendido tu alma al maligno.

—Y si he vendido mi corazón —gritó Peter—, nadie más que tú y tus engañosos tesoros tenéis la culpa; tú me has llevado a la perdición, espíritu traidor, me empujaste a buscar la ayuda de otro, tuya es la responsabilidad.

Pero apenas hubo pronunciado Peter estas palabras, el Hombrecillo de Cristal creció y se hinchó, y se hizo alto y ancho y se dice que sus ojos eran tan grandes como platos soperos, y su boca era como un horno encendido que echaba llamaradas fulgurantes. Peter se hincó de rodillas y su corazón de piedra no pudo evitar que sus miembros temblasen como una hoja. Entonces el genio del bosque le agarró de la nuca con garras de buitre y le arrojó contra el suelo haciendo que crujiesen todas sus costillas.

—¡Gusano! —exclamó con una voz que retumbó como el trueno—; podría destrozarte si quisiera, pues has ofendido al señor del bosque. Pero por esta mujer muerta que me dio de comer y beber te doy ocho días de plazo. Si no vuelves al buen camino, vendré y aplastaré tus huesos y te irás al infierno con tus pecados.

Ya anoecía cuando unos hombres que pasaban por allí vieron al rico Peter Munk tumbado en el suelo. Le giraron de un lado y de otro, y buscaron en él algún rastro de vida; pero durante mucho tiempo su búsqueda fue inútil. Por fin, uno de ellos entró en la casa y trajo agua y le roció con ella. Entonces Peter respiró profundamente, gimió y abrió los ojos, miró largamente en torno suyo y preguntó por Lisbeth: pero nadie la había visto. Dio las gracias a los hombres por haberle ayudado, entró en su casa con paso cansino y buscó por todas partes, pero Lisbeth no estaba en el sótano ni en el desván, y lo que había tomado por un sueño terrible era la amarga verdad. Cuando estaba así completamente solo, le vinieron a la cabeza pensamientos extraños; no tenía miedo de nada, pues su corazón era frío, pero cuando pensaba en la muerte de su mujer le venía a la mente su propia muerte y la carga tan pesada con que se iría de este mundo, la carga de las lágrimas de los pobres, de sus mil maldiciones que no podían ablandar su corazón, del lamento de los miserables sobre los que había lanzado a sus perros, la carga de la callada desesperación de su madre, de la sangre de la buena y

hermosa Lisbeth; y si ni siquiera podría responder a su anciano padre cuando viniese a preguntarle: «¿Dónde está mi hija, tu mujer?», ¿qué respondería a Aquel otro a quien pertenecían todos los bosques, todos los lagos, todas las montañas y las vidas de las personas?

También le atormentaban los sueños por la noche y a cada instante se despertaba con una voz dulce que le decía: «¡Peter, procúrate un corazón más caliente!». Y cuando estaba despierto, volvía a cerrar rápidamente los ojos, pues, por la voz, tenía que ser Lisbeth quien le aconsejaba de aquella manera. Un día fue a la fonda para distraer sus pensamientos y allí encontró al gordo Ezequiel. Se sentó a su mesa, hablaron de unas cosas y otras, del tiempo tan bueno que hacía, de la guerra, de los impuestos y, finalmente, también de la muerte y de cómo aquí y allá había fallecido alguien súbitamente. Entonces Peter preguntó al gordo lo que opinaba de la muerte y de lo que vendría después. Ezequiel le contestó que el cuerpo era enterrado, pero que el alma subía al cielo o bajaba al infierno.

—¿Entonces también se entierra el corazón? —preguntó Peter intrigado.

—Por supuesto, también es enterrado.

—¿Pero si uno ya no tiene su corazón? —prosiguió Peter.

Ezequiel le dirigió una mirada terrible al oír estas palabras.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Te estás burlando de mí? ¿Pretendes decir que yo no tengo corazón?

—Oh, tienes corazón de sobra, tan duro como la piedra —respondió Peter.

Ezequiel le miró asombrado, se volvió a ver si alguien había escuchado sus palabras, y luego dijo:

—¿Cómo lo sabes? ¿O tampoco late ya el tuyo?

—No late ya, al menos no aquí, en mi pecho —contestó Peter Munk—. Pero dime, ahora que sabes a lo que me refiero, ¿qué sucederá con nuestros corazones?

—¿Qué te importa eso, compadre? —preguntó Ezequiel riendo—. Tienes lo que quieres para vivir en la tierra y eso es suficiente. Precisamente lo cómodo de nuestro corazón frío es que tales pensamientos no nos llenan de temor.

—Es cierto; pero a pesar de todo uno piensa en ello, y aunque yo tampoco conozco el miedo, recuerdo perfectamente cuánto temía a la muerte cuando era un niño inocente.

—En fin, bien no nos irá precisamente —dijo Ezequiel—. Una vez le pregunté a un maestro y él me dijo que después de la muerte se pesaban los corazones, para ver cuánto habían pecado. Los ligeros ascendían, los pesados caían, y creo que nuestras piedras tendrán un buen peso.

—Es evidente —respondió Peter—, y a menudo me molesta que mi corazón sea tan impasible e indiferente cuando pienso en esas cosas.

Así hablaron; pero por la noche Peter escuchó cinco o seis veces susurrar a la voz conocida en su oído: «¡Peter, procúrate un corazón más caliente!». Él no sentía ningún arrepentimiento por haberla matado, pero cuando decía a los criados que su mujer se había ido de viaje, pensaba siempre: «¿Adónde se habrá ido?». Así pasaron seis días y siempre escuchaba aquella voz por la noche y siempre pensaba en el genio del bosque y en su terrible amenaza; pero cuando llegó la mañana del séptimo día se levantó de un salto de su lecho, y exclamó: «Está bien, trataré de conseguir un corazón más caliente, pues la piedra indiferente que hay dentro de mi pecho ha vuelto mi vida aburrida y vacía».

Se puso rápidamente su traje de domingo, montó en su caballo y cabalgó hacia la colina del

bosque.

En la colina del bosque, donde los árboles estaban más espesos, se bajó de su caballo, lo ató a un árbol y caminó con paso rápido hacia la cima y, cuando estuvo delante del gran abeto, empezó a recitar su verso:

*Guardián del tesoro del verde abetal,
muchos cientos de años tienes ya en el morral,
tuya es toda la tierra donde el abeto crece,
sólo a los nacidos en domingo tu rostro se aparece.*

Entonces apareció el Hombrecillo de Cristal, pero no estaba simpático y cordial como otras veces, sino sombrío y triste; llevaba una chaquetita de cristal negro y una larga cinta del mismo color caía de su sombrero y Peter supo en seguida por quién llevaba el luto.

—¿Qué quieres de mí, Peter Munk? —preguntó con voz lúgubre.

—Todavía tengo un deseo, señor tesorero —contestó Peter, bajando los ojos.

—¿Acaso pueden desear los corazones de piedra? —dijo aquél—. Tienes todo lo que necesitas para tus malos designios y difícilmente cumpliré tu deseo.

—Sin embargo, tú me concediste tres deseos y todavía me queda uno.

—Pero puedo negarlo si es insensato —prosiguió el genio del bosque—; adelante, quiero escuchar lo que desees.

—¡Extraed la piedra muerta y dadme mi corazón vivo! —dijo Peter.

—¿Hice yo ese trato contigo? —preguntó el Hombrecillo de Cristal—. ¿Soy yo Michel, *El Holandés*, que regala riqueza y corazones fríos? Allí, en su casa debes buscar tu corazón.

—Ay, él no lo devolvería jamás —contestó Peter.

—Me das lástima a pesar de lo malo que eres —dijo el hombrecillo después de reflexionar unos instantes—. Pero como tu deseo no es insensato, no puedo negarte mi ayuda. Ahora, escucha, no podrás recuperar tu corazón por la fuerza, pero sí con astucia, y quizá no sea difícil; pues Michel no es más que un tonto, aunque se considera enormemente inteligente. ¡Así que ve directamente a su casa y haz lo que te diga! —y entonces le instruyó en todo y le dio una crucecita de cristal puro—. Él no podrá hacerte ningún daño y te dejará en libertad si le muestras la cruz y rezas al mismo tiempo. Y cuando hayas conseguido lo que desees, ven a verme de nuevo a este lugar.

Peter Munk tomó la crucecita, grabó en su memoria todas las palabras y se dirigió a la guarida de El Holandés. Allí pronunció tres veces su nombre en voz alta y en seguida apareció delante de él el gigante.

—¿Has matado a tu mujer? —le preguntó con una risa terrible—; yo también lo habría hecho; ella compartía tu fortuna con los mendigos. Pero tendrás que abandonar el país durante algún tiempo, pues se armará mucho revuelo si no la encuentran y supongo que necesitas dinero y vienes a buscarlo.

—Lo has adivinado —contestó Peter—, y esta vez tendrá que ser mucho, pues América está lejos.

Michel le precedió y le condujo a su cabaña; allí abrió un arca donde había mucho dinero y extrajo rollos enteros de monedas de oro. Mientras las contaba sobre la mesa, Peter dijo:

—Eres un pájaro de cuenta, Michel, por haberme mentido cuando decías que tenía una piedra en el pecho y que tú tenías mi corazón.

—¿Y acaso no es así? —preguntó Michel asombrado—. ¿Sientes tu corazón? ¿No es frío como el hielo? ¿Tienes miedo o preocupaciones, puedes arrepentirte de algo?

—Sólo hiciste que se detuviese mi corazón, pero lo sigo teniendo en el pecho, y Ezequiel también; él me ha dicho que nos mentiste; tú no eres capaz de arrancarle a nadie el corazón sin peligro y sin que se note nada; para eso tendrías que saber magia.

—¡Pero yo te aseguro —exclamó Michel enojado— que tú y Ezequiel y toda la gente rica que ha hecho un trato conmigo tenéis corazones fríos, y vuestros verdaderos corazones los tengo aquí en mi gabinete!

—¡Huy, con qué facilidad miente tu lengua! —se rió Peter—. ¡Eso cuéntaselo a otro! ¿Crees que en mis viajes no he visto docenas de trucos como éste? Los corazones que tienes ahí en tu gabinete son imitaciones de cera. Eres un tipo rico, lo admito; pero no sabes hacer magia.

Entonces el gigante se puso furioso y abrió la puerta del gabinete.

—Entra y lee las etiquetas, y aquel que está allí, mira, éste es el corazón de Peter Munk. ¿Ves cómo palpita? ¿También se puede hacer eso de cera?

—A pesar de todo es de cera —contestó Peter—. Así no late un corazón de verdad; yo tengo todavía el mío en el pecho. No, te digo que no sabes hacer magia.

—¡Pues voy a demostrártelo! —exclamó Michel enfurecido—; tú mismo notarás que es tu corazón.

Lo cogió, abrió el jubón de Peter y sacó una piedra de su pecho y se la enseñó. Luego tomó el corazón, le echó un poco de aliento y lo colocó cuidadosamente en su sitio, y en seguida Peter notó cómo palpaba y se alegró de que fuese así.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Michel sonriendo.

—Verdaderamente tenías razón —contestó Peter, sacando con cuidado su crucecita del bolsillo—. No creía que pudieses hacer algo parecido.

—¿Verdad que no? Y ya ves que sé hacer magia; pero ahora ven que voy a ponerte otra vez la piedra.

—¡Poco a poco, Michel! —exclamó Peter, dando un paso hacia atrás y mostrándole la crucecita—. Con tocino se cazan los ratones, y esta vez eres tú el engañado —y al mismo tiempo empezó a rezar todo lo que le vino a la cabeza. Entonces Michel se hizo cada vez más pequeño, cayó al suelo y se retorció como un gusano gimiendo y suspirando, y todos los corazones que había alrededor se pusieron a palpar y a latir haciendo que la habitación sonase como el taller de un relojero. Peter sintió que se le helaba la sangre y salió despavorido del gabinete y de la casa, e impulsado por el miedo, trepó la pared rocosa; pues oyó que Michel se ponía de pie, daba patadas contra el suelo y le lanzaba horribles juramentos. Cuando llegó arriba, corrió hacia la colina del bosque; una terrible tormenta se desencadenó, los rayos caían a un lado y a otro de Peter, y destrozaban los árboles, pero él llegó sano y salvo al territorio del Hombrecillo de Cristal.

Su corazón latía alegre, y sólo porque latía. Pero entonces miró con espanto hacia su vida pasada como hacia la tormenta que destruía el hermoso bosque detrás de él. Pensó en Lisbeth, su encantadora mujer a la que había asesinado por avaricia; se sintió el más despreciable de los hombres y lloró desconsolado cuando llegó a la colina del Hombrecillo de Cristal.

El guardián del tesoro ya estaba sentado debajo del abeto y fumaba una pipa pequeña, pero parecía más contento que antes.

—¿Por qué lloras, Peter Carbonero? —preguntó—. ¿No obtuviste tu corazón? ¿Sigue el frío en tu

pecho?

—¡Ay, señor! —suspiró Peter—; cuando llevaba todavía el frío corazón de piedra no lloraba nunca, mis ojos estaban tan secos como el campo en julio, pero ahora casi se me rompe el corazón por lo que he hecho. He arrojado a la miseria a mis deudores, he perseguido con perros a los pobres y enfermos, y vos sabéis cómo cayó mi fusta sobre la hermosa frente de mi mujer.

—¡Peter! ¡Fuiste un gran pecador! —dijo el hombrecillo—. El dinero y el ocio te estropearon hasta que tu corazón se hizo de piedra y dejó de saber lo que era la alegría, la pena, el arrepentimiento y la compasión. Pero el arrepentimiento reconcilia, y si yo supiese que lamentas de verdad tu vida, podría hacer todavía algo por ti.

—No deseo nada más —contestó Peter, triste y cabizbajo—. Todo ha acabado para mí, ya no podré alegrarme en toda la vida. ¿Qué voy a hacer tan solo en el mundo? Mi madre no me perdonará lo que le hice y quizá la he llevado a la tumba con mi monstruosidad. ¡Y Lisbeth, mi mujer! Prefiero que me matéis, señor del tesoro, así habrá acabado de una vez mi vida miserable.

—Está bien —contestó el hombrecillo—, si así lo deseas, lo haré; aquí cerca tengo mi hacha.

Tranquilamente se sacó la pipa de la boca, la vació con unos golpecitos y la guardó. Luego se puso despacio de pie y desapareció detrás de los abetos. Peter, sin embargo, se sentó llorando en la hierba; su vida ya no tenía valor para él y esperaba resignado el golpe mortal. Al cabo de un rato escuchó unos pasos leves a su espalda, y pensó: «Ya viene».

—¡Vuélvete, Peter Munk! —dijo el hombrecillo.

Peter se secó las lágrimas y se dio la vuelta y vio a su madre y a Lisbeth, su mujer, que le miraban risueñas. Entonces se levantó lleno de júbilo:

—¿Así que no estás muerta, Lisbeth? ¿Y vos también estáis aquí, y me habéis perdonado?

—Ellas quieren perdonarte —dijo el Hombrecillo de Cristal—, porque tu arrepentimiento es auténtico y están dispuestas a olvidarlo todo. Ahora regresa a la cabaña de tu padre y vuelve a ser un carbonero como antes; si eres bueno y honrado, respetarás tu oficio y tus vecinos te amarán y admirarán más que si tuvieses diez toneladas de oro.

—Así habló el Hombrecillo de Cristal y se despidió de ellos.

Los tres le alabaron y bendijeron, y volvieron a casa.

La suntuosa mansión del rico Peter ya no existía, un rayo la había incendiado y reducido a cenizas con todos sus tesoros; pero la cabaña paterna no estaba lejos; hacia allí se dirigieron entonces y la pérdida enorme no les preocupó.

¡Pero cómo se asombraron cuando llegaron a la cabaña! Se había convertido en una bonita casa de labriegos y dentro todo era sencillo, pero bueno y limpio.

—¡Esto lo ha hecho el bondadoso Hombrecillo de Cristal! —exclamó Peter.

—¡Qué maravilloso! —dijo Lisbeth—. Aquí me encuentro mucho más a gusto que en la mansión con tantos criados.

A partir de entonces Peter Munk se convirtió en un hombre bueno y trabajador. Estaba contento con lo que tenía, trabajaba con tesón y con su esfuerzo se convirtió en una persona acomodada, respetada y querida en todo el bosque. No volvió a reñir nunca con Lisbeth, honraba a su madre y daba limosna a los pobres que llamaban a su puerta. Cuando al cabo de un año Lisbeth dio a luz a un hermoso niño, Peter fue a la colina del bosque y dijo su verso. Pero el Hombrecillo de Cristal no salió de su escondrijo:

—¡Guardián del tesoro —dijo en voz alta—, escuchadme, por favor, sólo quiero pedir os que

seáis el padrino de mi hijo!

Pero no obtuvo ninguna respuesta; sólo una breve ráfaga de viento corrió entre los abetos, y arrojó algunas piñas a la hierba. «Entonces me llevaré esto como recuerdo, ya que no queréis mostraros», exclamó Peter, guardó las piñas en el bolsillo y regresó a casa; pero cuando se quitó en casa el jubón del domingo y su madre volvió los bolsillos para guardarlo en el arcón, cayeron al suelo cuatro gruesos rollos de monedas y cuando los abrieron vieron que eran táleros badenses buenos y nuevos, y entre ellos no había ni uno solo falso. Y éste fue el regalo de padrino del hombrecillo del bosque para el pequeño Peter.

Así vivieron tranquilos y contentos, y muchos años después, cuando Peter ya tenía el pelo gris, decía todavía a menudo: «Desde luego es mejor contentarse con poco que tener oro y bienes y un corazón frío».

Adalbert Stifter

EL SOLTERÓN

Contraimagen

POR un hermoso campo verde que trepa monte arriba, donde crecen árboles y cantan ruiseñores, caminaban varios muchachos con el ímpetu y el brío de su incipiente juventud. Un paisaje esplendoroso se extendía a su alrededor. Las sombras de las nubes volaban y abajo, en la llanura, se divisaban las torres y las casas de una ciudad.

Uno de ellos dijo en voz alta estas palabras: «Definitivamente estoy seguro de que nunca me casaré».

Fue un joven esbelto de mirada dulce y apasionada quien dijo esto. Los demás no le prestaron mucha atención, algunos se rieron, rompieron ramas, se las arrojaron los unos a los otros y siguieron caminando.

—¿Y quién va a casarse —dijo uno— para llevar las ridículas ataduras de una mujer y estar encaramado como el pájaro a la barra de una jaula?

—Por supuesto, pero bailar, estar enamorado, avergonzarse, ponerse colorado, eso sí, ¿eh? — exclamó un tercero y volvieron a sonar las risas.

—A ti, de todos modos, no te querrá ninguna.

—A ti tampoco.

—¡Qué importa!

Las siguientes palabras fueron ya ininteligibles. Sólo sonaron a través de los troncos de los árboles unas voces alegres y luego nada más; pues los jóvenes subían ya por la pendiente que se aleja del lugar, y ponían en movimiento los arbustos. Marchaban llenos de vigor bajo el sol rutilante, alrededor verdean las ramas, y en sus mejillas y sus ojos brilla toda la inquebrantable confianza en el mundo. Por todas partes los rodea la primavera, que es tan inexperta y confiada como ellos.

El muchacho de cuya boca había salido la decisión de no contraer matrimonio no dijo nada más sobre ese asunto, y éste se olvidó.

Una nueva conversación y un alegre parloteo saltaron de las vivaces lenguas. Primero hablaron de todo un poco y a menudo todos al mismo tiempo. Luego hablan de lo más sublime, luego de lo más bajo y agotan rápidamente ambos temas.

Luego le llega el turno al Estado. Para él se propone la libertad más infinita, la justicia más grande y la tolerancia más ilimitada. El que opina lo contrario es vencido y derrotado. El enemigo del país será destruido y la cabeza del héroe resplandecerá gloriosa. Mientras hablaban así, según decían, de lo grande, sucede a su alrededor, según decían también, sólo lo pequeño; los arbustos florecen, germina la tierra llena de savia y empieza a jugar con los primeros insectos de la primavera como con piedras preciosas.

Después cantan una canción, luego se persiguen, se empujan los unos a los otros a la cuneta o a los arbustos, cortan varas y palos, y mientras tanto siguen subiendo por la montaña y se elevan cada vez más por encima de las viviendas de las personas.

Debemos observar aquí lo siguiente: ¡qué atrayente, misterioso, indescriptible y enigmático es el porvenir cuando todavía no estamos en él —qué de prisa e incomprendido se escapa como presente— y qué claro, gastado y vano se nos muestra luego como pasado! Todos estos jóvenes se precipitan en él como si no pudiesen aguardar su llegada. Uno alardea de cosas y placeres que no corresponden a sus años, otro finge aburrimiento como si ya estuviese de vuelta de todo y el tercero repite palabras que ha oído a su padre, a hombres y ancianos. Luego tratan de atrapar una mariposa que pasa volando y encuentran en el camino una piedra de colores.

Cada vez suben más alto. Arriba, en la linde del bosque, se vuelven a mirar la ciudad. Ven diversos edificios y casas, y apuestan si son o no son los que dicen. Luego penetran en las sombras de las hayas.

El bosque termina casi cuando comienza el terreno llano. Pero más allá del mismo, descienden prados resplandecientes con frutales aislados hacia un valle que discurre apacible y sigiloso alrededor de la montaña y recibe de ésta dos veloces torrentes espejeantes. Las aguas corren alegres sobre los guijarros lisos, pasan junto a densos bosques de frutales, vallas de jardín y casas, y desde allí salen otra vez a los viñedos. Todo está tan tranquilo que en el transparente aire de la tarde se oye a lo lejos cantar al gallo o se percibe cada campanada que cae de la torre de la iglesia. Raramente visita el valle algún habitante de la ciudad y ninguno ha construido todavía allí su vivienda de verano.

Nuestros amigos corren más que caminan pradera abajo hacia la cuna suavemente curvada. Pasan bulliciosamente junto a las cercas de los huertos, cruzan el primer puente de madera, el segundo, caminan a lo largo del agua y entran finalmente en un jardín rebosante de saúcos, nogales y tilos. Es el jardín de un merendero. Aquí se sientan alrededor de una de esas mesas que tienen las patas hundidas en la hierba y en cuyos tableros han grabado corazones y nombres los que han estado sentados hace poco en ellas. Encargaron la comida, cada uno pidió lo suyo, lo que quiso. Cuando terminaron de comer, jugaron un rato con un caniche que estaba en el jardín, pagaron y se fueron. Salieron por la desembocadura del valle a otro más ancho por el que corre un río. Cuando llegaron a su orilla subieron a una barca amarrada y cruzaron al otro lado por un lugar peligroso, sin saberlo. Unas mujeres que pasaban casualmente se asustaron mucho cuando vieron a los jóvenes cruzar por allí. En la otra orilla pagaron a un hombre para que regresase con la barca y la amarrase en el sitio donde la habían cogido.

Luego atravesaron cañaverales y praderas hasta que llegaron a un terraplén por el que discurría una carretera y donde había una posada. Alquilieron al posadero un coche abierto para volver a la ciudad por el otro lado del río. Pasaron veloces junto a praderas, matorrales, campos, fábricas, jardines y casas hasta que alcanzaron los primeros edificios de la ciudad y bajaron del coche. Cuando llegaron, el sol que los había acompañado tan amigablemente todo el día, era una bola incandescente que se apagaba a lo lejos en el cielo. Cuando desapareció, los amigos vieron las montañas, en las que habían disfrutado por la mañana, como una sencilla franja azul recortada sobre el cielo amarillo del atardecer.

Caminaron entonces hacia la ciudad y sus callejuelas polvorientas y crepusculares. En un lugar determinado se separaron despidiéndose alegremente.

—Adiós —dijo uno.

—Adiós —contestó otro.

—Buenas noches, saluda a Rosina de mi parte.

—Buenas noches, saluda mañana a August y a Theobald.

—Y tú a Karl y a Lothar.

Se sucedieron aún varios nombres; pues la juventud tiene muchos amigos y a diario recluta nuevos. Los jóvenes se separaron. Dos tomaron el mismo camino, y uno dijo al otro:

—Puedes pasar la noche en mi casa, Viktor, y mañana te vas cuando quieras. ¿Es verdad que no piensas casarte?

—He de decirte —contestó el preguntado— que es verdad que jamás me casaré y que soy muy desdichado.

Pero su mirada era clara cuando lo dijo, y sus labios frescos cuando pasó por ellos el hálito de las palabras.

Los dos amigos recorrieron todavía un trecho de la callejuela, luego entraron en una casa que conocían bien y subieron por dos escaleras pasando junto a habitaciones llenas de personas y luces. Llegaron a un cuarto solitario.

—Bueno, Viktor —dijo uno—, he mandado colocar una cama al lado de la mía para que pases una buena noche, mi hermana Rosina nos enviará comida, nosotros nos quedamos aquí y estamos a gusto. Hemos tenido un día maravilloso y no me apetece terminarlo abajo entre la gente. Ya se lo he dicho a mi madre, ¿te parece bien, Viktor?

—Por supuesto —repuso éste—; resulta tan aburrido comer en la mesa de tu padre cuando entre cada plato transcurre tanto tiempo y hay que escuchar tantas lecciones. Pero mañana, Ferdinand, no será distinto, tengo que partir al amanecer.

—Puedes irte cuando quieras —contestó Ferdinand—, ya sabes que la llave de la casa está en el hueco del portal.

Mientras conversaban así, empezaron a desvestirse y a quitarse las molestas y polvorientas botas. Una prenda era colocada aquí, la otra allí. Un criado trajo velas y una criada, una bandeja con abundante comida. Los amigos comieron deprisa y sin escoger. Se asomaron a una ventana, luego a otra, deambularon por la habitación, contemplaron los regalos que había recibido Ferdinand el día anterior, contaron las nubes rojas del anochecer, terminaron de desvestirse y se echaron en sus camas. Desde allí siguieron hablando; pero antes de que hubiesen transcurrido unos minutos, ya no eran capaces de hablar ni de pensar; pues ambos estaban sumidos en un profundo sueño.

Lo mismo debió de sucederles también a los otros que habían compartido con ellos la dicha de aquel día.

Mientras los jóvenes habían celebrado de esa manera aquel día, sucedía algo distinto en otro lugar: un anciano había pasado la jornada sentado al sol en el banco que había delante de su casa. Lejos de la verde arboleda donde habían cantado los ruiseñores y reído tan alegremente los muchachos, se encontraba, detrás de las brillantes montañas azules que bordeaban la vista del lugar, una isla con la casa. El anciano estaba sentado junto a la casa y temblaba ante la muerte. Se le habría podido ver sentado allí desde hacía muchos años, si hubiese permitido que le vieses ojos extraños. Como no había tenido mujer, aquel día no estaba sentada ninguna vieja compañera a su lado en el banco, del mismo modo que en ningún lugar donde había estado antes de adquirir la casa de la isla había tenido una esposa a su lado. No había tenido hijos y nunca había sentido penas o alegría con niños, por eso no había ninguno en la sombra que arrojaba desde el banco sobre la arena. En la casa reinaba el silencio, y cuando el anciano entraba por casualidad, cerraba él mismo la puerta y cuando salía volvía a abrirla él mismo. Mientras los muchachos subían por la montaña rodeados de una vida pululante y una densa alegría, él estaba sentado en su banco, contemplando las flores de primavera

sujetas a las estacas y a su alrededor jugaba el aire vacío y los inútiles rayos del sol.

Al terminar el día, los jóvenes cayeron en sus camas y quedaron dormidos; el anciano yacía en el lecho que se encontraba resguardado en una habitación y cerraba los ojos para poder dormir.

La misma noche extendió el manto frío de todas sus estrellas sin importarle que unos corazones jóvenes hubiesen disfrutado con aquel día fugaz y no hubiesen pensado nunca en la muerte, como si no existiese o que un corazón viejo temiese el acortamiento violento de su vida y su fin estuviese un día más cerca.

CONCORDIA

Cuando al día siguiente brillaban las primeras luces pálidas, Viktor caminaba ya por la ciudad y sus pasos resonaban por las calles desiertas. Al principio, no se veía a nadie; luego se cruzó con algunas personas medio dormidas y malhumoradas que acudían temprano al trabajo, y un lejano ruido de carros anunciaba que ya empezaban a llegar los víveres a la necesitada ciudad. El joven dirigió sus pasos hacia la puerta de la ciudad. Cuando estuvo fuera de la misma, fue recibido por el verdor fresco y húmedo de los campos. El primer borde del sol asomaba por el horizonte, y las puntas de las hierbas mojadas tenían fuegos rojos y verdes. Las alondras revoloteaban alegremente en el aire mientras la ciudad, que solía ser tan ruidosa, todavía estaba casi en silencio.

Cuando el joven se sintió fuera de las murallas, tomó sin pérdida de tiempo el camino a través de los campos hacia aquella verde floresta donde decíamos que habían cantado ayer los ruiseñores y retozado los jóvenes. La alcanzó después de una caminata de menos de dos horas. Desde allí continuó por el mismo camino que había seguido ayer con los amigos. Subió por la inclinada ladera de la montaña poblada de matorrales, llegó a la linde del bosque, no se volvió allí a mirar, se internó entre los árboles, prosiguió su marcha, descendió luego por la pradera de los frutales al valle del que decíamos que era tan tranquilo y por el que corrían los dos riachuelos espejeantes.

Cuando llegó al fondo del valle, cruzó el primer puente, sólo que hoy dirigió una mirada de saludo a los relucientes guijarros sobre los que se deslizaba el agua. Luego pasó por el segundo puente y siguió caminando junto al agua. Pero hoy no fue hasta el jardín del merendero donde habían comido ayer, sino que se apartó antes del camino en un lugar donde había un saúco enorme cuyas ramas y raíces jugaban con el agua, y penetró entre el saúco y los arbustos. Allí había una valla grisácea que debía su color a las innumerables lluvias y rayos del sol, y en la valla había una pequeña puerta. Viktor abrió la puerta y entró. Había aquí una especie de jardín, y un poco más lejos, la larga y blanca pared de una casa baja se destacaba suavemente sobre el fondo de los saúcos y frutales. La casa tenía ventanas relucientes y detrás de las mismas colgaban apacibles cortinas blancas.

Viktor caminó hacia la vivienda siguiendo el borde de los arbustos. Cuando llegó a la explanada delante de la casa donde había una fuente y un viejo manzano en el que se apoyaban varas y muchos otros objetos, fue saludado por un viejo lulú que no cesaba de mover el rabo. Las gallinas, también amables habitantes de los aledaños de la casa, siguieron escarbando imperturbables bajo el manzano. El joven entró en la casa y, tras cruzar la crujiente arena de la entrada, llegó al cuarto de estar, que mostraba un suelo limpio y encerado.

En el cuarto sólo estaba una mujer vieja que acababa de abrir una ventana y quitaba el polvo de

los armarios, de las mesas fregadas y de las sillas y ordenaba las cosas que se habían descolocado un poco la noche anterior. Distraída de su trabajo por el ruido que hizo el muchacho al entrar, dirigió su rostro hacia él. Era uno de esos bellos rostros viejos que son tan raros. En él había colores apacibles y suaves, y cada una de las innumerables arruguitas reflejaba bondad y amabilidad. Alrededor de todas esas arruguitas se ordenaban los infinitos pliegues de una toca fruncida, blanca como la nieve. En cada mejilla había una pequeña y fina mancha roja.

—Vaya, ya has vuelto, Viktor —dijo ella—, y yo he olvidado guardarte la leche caliente. Todo está en el fogón, pero el fuego ya se habrá apagado. Espera, voy a encenderlo de nuevo.

—No tengo hambre, madre —dijo Viktor—; antes de venir, comí en casa de Ferdinand dos lonchas del fiambre que había sobrado de la cena.

—Es imposible que no tengas hambre —contestó la mujer— después de haber caminado durante cuatro horas al aire de la mañana y luego a través del húmedo bosque.

—No está tan lejos viniendo por el prado de Thurn.

—Sí, porque tú siempre vas corriendo y crees que los pies duran eternamente, pero no duran eternamente y mientras caminas no notas el cansancio, pero cuando llevas sentado un rato empiezan a doler los pies.

La mujer no dijo nada más y se dirigió a la cocina; mientras, Viktor se sentó en una silla.

Cuando ella volvió a entrar, dijo:

—¿Estás cansado?

—No —contestó él.

—Naturalmente que estás cansado, claro que sí; espera, espera un poco, en seguida estará todo caliente.

Viktor no contestó, e inclinado hacia el lulu que había entrado con él, acariciaba con la mano el pelo largo y suave del perro que se había sentado devotamente a su lado y le miraba constantemente a los ojos, el muchacho acariciaba siempre el mismo sitio y miraba al mismo sitio como si una emoción muy grave y profunda embargase su corazón.

La madre reanudó mientras tanto sus tareas. Era muy hacendosa. Cuando no alcanzaba el polvo, se ponía de puntillas para poder desalojar al sucio intruso. Al hacerlo cuidaba y mimaba las cosas más viejas e inservibles. Sobre un armario había un viejo juguete que hacía tiempo que no había sido utilizado y que quizá no volvería a ser utilizado nunca, era un pequeño silbato con una bola hueca en la que había objetos que hacían ruido, lo limpió cuidadosamente y volvió a colocarlo en su sitio.

—Pero ¿por qué no cuentas nada? —dijo de repente, pues pareció notar el silencio que reinaba en la habitación.

—Porque nada me alegra ya —contestó Viktor.

La mujer no dijo una sola palabra y siguió quitando el polvo y sacudiendo la bayeta por la ventana abierta.

Al cabo de un rato comentó:

—Ya te he preparado arriba la maleta y las cajas. Como ayer estuviste fuera, pasé el día ordenando tus cosas. He colocado los trajes como deberás guardarlos en la maleta. Al lado está también la ropa repasada. De los libros tendrás que ocuparte tú y también de lo que pienses meter en el morral. Te he comprado una de esas maletas de cuero fino y suave de las que decías que te gustaban tanto. Pero ¿a dónde vas, Viktor?

—A recoger mis cosas.

—Por Dios, hijo, si todavía no has comido nada. Espera un poco. Seguramente ya está todo caliente.

Viktor esperó. Ella salió y trajo dos pucheritos, un cuenco, una taza y un trozo de pan de leche en una bandeja pulcra con un borde de latón. Colocó todo sobre la mesa, sirvió la leche, probó un poco para ver si estaba bastante caliente y se la acercó luego al muchacho confiando en que el aroma de los alimentos terminase por atraerle. Su experiencia, en efecto, no la engañó; pues el joven, que al principio empezó picando sólo un poco, volvió a sentarse y comió con todo el buen apetito y el provecho propios de la juventud.

Ella había terminado ya de limpiar, y mientras doblaba las bayetas del polvo, le miraba de cuando en cuando amable y sonriente. Cuando el muchacho acabó con todo lo que le había traído, le dio al lulú los pequeños restos que quedaban y se llevó los cacharros a la cocina para que los limpiase la criada cuando regresase a casa; pues había bajado al valle a comprar algunas cosas en el mercado.

Cuando volvió de la cocina, se puso delante de Viktor, y dijo:

—Ahora que te has repuesto un poco, escúchame. Si yo fuese realmente tu madre como me llamas siempre, me enfadaría bastante contigo, Viktor; pues tengo que decirte que es muy injusto que hayas dicho que ya nada te alegra. Tú ahora no te das cuenta de lo injusto que es. Aunque fuese algo triste lo que te aguarda, no deberías pronunciar tales palabras. Mírame, Viktor, pronto cumpliré setenta años y todavía no digo que no me alegra nada, pues a uno le debe alegrar todo, absolutamente todo, porque el mundo es hermoso y lo es aún más cuanto más tiempo vivimos. Sin embargo, he de confesarte, y tú mismo pasarás por ello algún día, que cuando yo tenía dieciocho años también decía a cada instante que nada me alegraba ya; lo decía cuando me era negada la dicha que esperaba en aquel momento. Entonces deseaba que desapareciese el tiempo que me separaba de una futura dicha, y no me daba cuenta del bien tan valioso que es el tiempo. Con los años se aprende a valorar las cosas y el tiempo, que cada vez se hace más corto. Todo lo que nos envía Dios es hermoso, aunque no lo comprendamos, y si nos paramos a pensar, vemos que no es más que alegría lo que nos da; las penas las añadimos nosotros. ¿No has visto al entrar que la lechuga que está plantada junto a la valla y que ayer apenas despuntaba, ya ha crecido?

—No, no la he visto —contestó Viktor.

—Cuando amanecía, la contemplé y sentí alegría —dijo la mujer—. A partir de hoy haré todo lo posible para que nadie pueda decir de mí que me ha visto derramar una lágrima de pena, aunque llegue la pena, que, después de todo, no es más que una forma distinta de alegría. En mi juventud padecí grandes e intensos sufrimientos; pero todos redundaron en mi bien y me hicieron mejor; a menudo se convirtieron incluso en una dicha terrenal. Digo todo esto, Viktor, porque partirás pronto. Deberías estar agradecido a Dios, hijo mío, por tener los miembros jóvenes y el cuerpo sano para salir al mundo y poder buscar todas las alegrías y los placeres que no llegan hasta nosotros. Mira, tú no tienes fortuna; tu padre fue, en gran parte, culpable de la desdicha que sufrió en este mundo; espero que en el más allá haya alcanzado la gloria eterna; pues era un hombre bueno y tuvo siempre un corazón blando como tú. Cuando, de acuerdo con las disposiciones del testamento de tu difunto padre, te trajeron aquí para que vivieses conmigo y aprendieses en el pueblo lo que pudiesen exigirte más tarde en la ciudad, no tenías prácticamente nada. Pero te has hecho mayor y has conseguido el puesto al que tantos aspiraban y por el que te envidian. Que ahora tengas que partir no tiene importancia y está fundado en la naturaleza de las cosas; pues todos los hombres deben abandonar a la madre y actuar. Por tanto, sólo te han ocurrido cosas buenas. Por eso debes rezar a Dios por

haberte dado todo, y debes ser humilde por tener el don de merecerlo. Comprendes, Viktor, por todo esto me habrían disgustado tus palabras si yo fuese tu madre, porque no reconoces a Dios nuestro Señor: pero como no soy tu madre, no sé si te he dado tantas cosas cariñosas y buenas como para enfadarme y decirte: hijo, no está bien por tu parte y no es en absoluto justo.

—Madre, yo tampoco lo decía en el sentido en que lo tomáis —dijo Viktor.

—Ya sé, hijo mío, y no te aflijas tampoco demasiado por lo que te he dicho —respondió la madre—. También debo decirte, Viktor, que actualmente no eres tan pobre como tal vez pensabas. Te he contado a menudo cómo me asusté, es decir, me asusté de alegría, cuando supe que tu padre había dispuesto en su testamento que te criases en mi casa. Él me conocía bastante bien y confiaba en mí. Creo que su confianza no habrá sido defraudada. Viktor, mi querido y amado hijo, ahora te diré lo que tienes. En lino, ésta es la parte más escogida de nuestra ropa, pues está más cerca del cuerpo y lo protege y mantiene sano, tienes tanto que puedes mudarte a diario, como yo te he enseñado. Hemos repasado toda la ropa para que ni un solo hilo esté en mal estado. En adelante recibirás siempre lo que necesites. Hanna está blanqueando afuera varias piezas, la mitad de las cuales está reservada para ti, y nosotras nos encargaremos de hacer punto, de coser y repasar. En cuanto a tus otros vestidos, estás provisto decorosamente; puedes vestirte tres veces de manera distinta, sin contar con lo que llevas ahora encima del cuerpo. Todas tus cosas tendrán un aspecto más distinguido que hasta ahora; pues un hombre que ocupa su primer cargo es como un novio que es equipado, y también debe hallarse en estado de gracia como un novio. El dinero que tenían que entregarme todos los años para tu mantenimiento, lo invertí añadiendo siempre los intereses. Ahora es todo tuyo. El tutor no lo sabe y no necesita saberlo; pues tú también debes tener algo para ti para poderlo gastar cuando otros se luzcan, para que no te duela el corazón. Si tu tío te quita la pequeña propiedad que queda todavía, no te preocupes, Viktor; pues está gravada con tantas deudas que apenas pertenece a ella una sola teja del tejado. Estuve en el registro y dejé que me enseñasen el libro de propiedad para saberlo. De vez en cuando recibirás de mí algún dinero de ayuda. De esta manera todo queda en orden. Tendrás que ir a ver a tu tío antes de ocupar tu cargo, porque así lo desea. Quién sabe para qué servirá: tú eso no lo entiendes todavía. El tutor también comprende la necesidad de que accedas al deseo de ir a pie a ver al tío. ¿Hablaste ayer con Rosina?

—No, madre; volvimos tarde, cenamos en la habitación de Ferdinand y partí al amanecer porque todavía tengo mucho que hacer. El tutor dijo que iniciase la caminata pasando por la ciudad y aprovechase así la ocasión para despedirme de todos.

—Pienso, Viktor, que algún día podrías contraer matrimonio con Rosina, si te aplicas en tu profesión. Ella es muy bonita, y piensa en lo poderoso que es su padre. Él ha ejercido la molesta tutela sobre ti con honradez y diligencia, y no te ve con malos ojos; pues siempre le daba mucha alegría cuando hacías bien tus exámenes. Pero dejemos esto, ya que hasta que llegue ese matrimonio queda todavía mucho tiempo. Tu padre también podría haber llegado tan alto o más alto todavía; pues tenía una inteligencia poderosa que los demás no conocían. Ni siquiera la conocía tu verdadera madre. Y era bueno, tanto que todavía recuerdo a veces lo sumamente bueno que era. Tu madre también era muy buena y piadosa, pero murió demasiado pronto para ti. No estés triste, Viktor. Sube ahora a tu habitación y pon todo en orden. No separes tus vestidos, que ya están colocados para que quepan bien en la maleta. Al guardarlos, ten cuidado de que no se arruguen demasiado. Bien. Antes de subir, Viktor, escucha todavía un ruego de tu madre adoptiva; cuando te encuentres hoy o mañana con Hanna, dile alguna frase agradable; es una pena que no siempre os llevaseis bien. Y ahora, Viktor,

puedes irte; pues un día no dura mucho.

El joven no respondió nada a estas palabras, y, poniéndose de pie, salió de la habitación como alguien cuyo corazón está inundado de tristeza. Y como la emoción profunda se traduce a menudo en movimientos torpes ocurrió que chocó con el hombro contra el marco de la puerta. El lulú subió con él.

Su cuarto, donde había vivido durante tantos años, le resultó ahora especialmente triste; pues nada estaba ya colocado como lo había estado en los días de las costumbres estables. Sólo una cosa seguía como siempre: el gran saúco que se asomaba a sus ventanas y el agua que corría abajo y enviaba un fino y tembloroso reflejo al techo de su habitación; todavía estaban allí las montañas, que bañadas de sol y vigilantes circundan el valle, y estaba todavía el bosque de frutales, que en el fondo del valle envuelve rico y frondoso el pueblo y descansa, fértil y benéfico bajo el cálido aire atrapado entre las montañas. Todo lo demás era distinto. Los cajones de los armarios estaban fuera de su sitio y vacíos, y su contenido colocado encima de ellos: la blanquísima ropa de lino, ordenada por piezas; luego los trajes, pulcramente doblados y separados en pilas, otras cosas que, en parte, debían guardarse en la maleta y, en parte, debían ir en el morral que ya estaba abierto esperando en un sillón; encima de la cama había diversos objetos, en el suelo estaba la maleta con las correas sueltas y había papeles rotos: sólo el reloj de bolsillo, colgado en su lugar habitual, picoteaba como siempre, y sólo los libros aguardaban como siempre en las librerías que alguien los utilizase.

Viktor miró todo aquello, pero no hizo nada. En lugar de hacer la maleta, se sentó en una silla que había en un rincón del cuarto, y estrechó al lulú contra su corazón. Luego se quedó sentado.

Las campanadas del reloj de la iglesia entraron por las ventanas abiertas, pero Viktor no supo qué hora era; desde el jardín se oía cantar a la criada, que ya había vuelto... en las lejanas montañas se producían de vez en cuando destellos como si hubiese allí una moneda de plata pulida o un trozo de cristal; el temblor de luz del techo de la habitación había desaparecido porque el sol ya estaba demasiado alto; se percibía el sonido del cuerno del pastor que conducía a sus animales por las montañas. El reloj volvió a dar la hora: pero el muchacho seguía sentado en la silla, y el perro estaba delante de él, mirándole sin moverse.

Por fin, cuando oyó los pasos de su madre que subía por la escalera, se levantó de pronto y se puso manos a la obra. Abrió las puertas de la librería y empezó a sacar los libros y a amontonarlos en el suelo. La mujer asomó un poco la cabeza por la puerta entreabierta, y como le vio tan ocupado, se retiró, alejándose de puntillas. El muchacho siguió, una vez en marcha, trabajando afanosamente.

Sacó todos los libros de las dos librerías hasta que estuvieron vacías y los estantes se quedaron mirando desprovistos a la habitación. Luego ató los libros formando Varias pilas y los colocó en una caja cuya tapa atornilló y proveyó de una dirección. Luego empezó a recoger sus papeles. Extrajo todos los cajones de la mesa escritorio y de las otras dos mesas, y examinó uno a uno todos los escritos que había en ellos. Miró algunos sólo fugazmente y los juntó en un determinado sitio para guardarlos inmediatamente, leyó otros, rompió y tiró al suelo más de uno y guardó varios en el bolsillo de la chaqueta o en la cartera. Por fin, cuando también estaban vacíos todos los cajones de las mesas y en sus fondos no se veía más que el triste polvo que se había depositado a lo largo de los años, y las grietas que se habían formado en la madera, ató también los escritos amontonados formando paquetes y los metió en la maleta. Luego se puso a guardar la ropa. Algunos recuerdos de días pasados, como una pequeña palmatoria de plata, un estuche con una cadena de oro, un telescopio, dos pequeñas pistolas, y finalmente su querida flauta, fueron colocados debajo de la blanda y

protectora ropa. Cuando terminó, cerró la tapa, ató las correas, echó la llave y pegó encima una etiqueta. Enviaría la maleta y la caja; en el morralito que estaba en la silla guardaría, en cambio, las cosas que llevaría en el viaje. Llenó rápidamente el morral y luego lo cerró con sus correas.

Cuando acabó de recoger, miró alrededor suyo por si había dejado algo en el suelo o en las paredes que tuviese que guardar todavía: pero ya no quedaba nada y la habitación tenía un aspecto desolado. En medio de las cosas extrañas y de los enseres que también resultaban extraños, la cama seguía en su sitio como siempre; pero encima de ella había polvo sucio y trozos de papel. El joven se quedó parado unos instantes. El lulú, que hasta ese momento había observado el ir y venir con ojos recelosos y al que no le había pasado desapercibido un solo movimiento, apartándose ya a la derecha, ya a la izquierda cuando estorbaba al joven, estaba sentado ahora tranquilamente delante de él y le miraba como si preguntase: «¿Y ahora qué?».

Viktor se limpió el sudor de la frente con la mano y con el pañuelo, cogió un cepillo que había sobre una mesa, cepilló el polvo de su ropa y a continuación bajó por la escalera.

Mientras tanto había transcurrido mucho tiempo y las cosas habían cambiado abajo. En el cuarto de estar no había nadie. El sol de la mañana que había entrado tan benigno volviendo tan esplendorosamente blancas las cortinas de las ventanas cuando Viktor había llegado por la mañana procedente de la ciudad, era ahora un sol de mediodía que se hallaba justo encima del tejado derramando su luz resplandeciente y su caudal caliente sobre la madera gris. Los frutales están quietos; sus hojas, tan mojadas y brillantes por la mañana, se han secado, brillan tenuamente, no se mueven, y los pájaros picotean su comida en las ramas. Las cortinas de las ventanas están corridas, las ventanas abiertas y el paisaje caliente se asoma a la habitación. En la cocina arde un fuego brillante, sin humo, la criada está delante guisando. Todo está sumido en ese profundo silencio del que decían los paganos: «Pan duerme».

Viktor entró en la cocina y preguntó dónde estaba la madre.

—En el jardín o trajinando por ahí —contestó la criada.

—¿Y dónde está Hanna? —volvió a preguntar Viktor.

—Estuvo aquí hace unos instantes —respondió la criada—; no sé adónde habrá ido.

Viktor salió al jardín y caminó entre pulcros bancales que le eran tan familiares y en los que brotaban y verdeaban las más diversas plantas. El criado encargado del jardín trasplantaba plantones y su hijo pequeño bombeaba agua como los había visto hacer tantas veces. Viktor preguntó por la madre: no la habían visto en el jardín. Siguió caminando al lado de grosellas, uvas crespas, frutales y setos. Entre los troncos había hierba alta y en las cercas florecían algunas flores. De la zona del invernadero, cuyas ventanas estaban abiertas por el calor, sonó una voz: «¡Viktor, Viktor!».

El joven, que con el ajeteo que había tenido en su habitación había olvidado parte de la preocupación que le había causado la proximidad de su partida, volvió su rostro alegre hacia los invernaderos cuando oyó la llamada. Una muchacha bonita y esbelta estaba allí saludándole con la mano. Él tomó el camino más corto a través de la hierba del jardín para ir a su encuentro.

—¡Viktor! —dijo la muchacha cuando él se acercó a ella—, ¿cómo es que ya estás aquí? No sabía nada. ¿Cuándo has llegado?

—Esta mañana, muy temprano, Hanna.

—Yo fui con la criada a hacer la compra, por eso no te vi llegar. ¿Y qué hiciste después?

—Estuve en mi cuarto, recogiendo mis cosas.

—Madre no me dijo que ya estabas aquí y por eso pensé que te habías levantado tarde y que no

vendrías de la ciudad hasta después de comer.

—Pues fue un pensamiento tonto, Hanna. ¿Pretendes que me quede durmiendo hasta altas horas de la mañana, o es que soy tan débil que tengo que reponerme de un paseo que hice el día anterior, o acaso es muy largo el camino o debía elegir el calor del mediodía?

—¿Por qué no miraste ayer a nuestras ventanas, Viktor, cuando pasasteis por aquí?

—Porque celebrábamos el cumpleaños de Ferdinand y los padres estaban de acuerdo en que dispusiésemos de todo el día para nosotros. Por eso no tuvimos padres, ni madres, ni nadie que pudiese darnos órdenes. Por eso nuestro pueblo no era más que el lugar donde queríamos almorzar, porque es tan bonito, y nada más. ¿Comprendes?

—No; porque yo sí habría mirado.

—Porque tú lo confundes todo, porque eres curiosa y no sabes dominarte. ¿Dónde está madre? Tengo que decirle algo importante: en un primer momento me quedé confuso cuando habló conmigo, pero ahora ya sé lo que debo contestar.

—Está blanqueando lino.

—Entonces iré a verla allí.

—Ve, pues, Viktor —dijo la muchacha y se marchó doblando la esquina del invernadero.

Viktor se dirigió sin prestarle demasiada atención, hacia el lugar bien conocido del blanqueo. Allí, detrás del huerto estaban extendidas las largas tiras de lienzo sobre la hierba corta y aterciopelada. La madre contemplaba la maravillosa nieve que tenía a sus pies. De cuando en cuando examinaba las piezas para ver si ya estaban secas, a veces sujetaba una cuerda al gancho con el que estaba extendido el lienzo al suelo, a veces sostenía la mano plana como un tejadillo sobre los ojos y miraba alrededor.

Viktor se acercó a donde estaba su madre.

—¿Terminaste ya? —preguntó ella—. ¿O has dejado algo para esta tarde? Es mucho, verdad, con lo poco que parece. Hoy te diste una buena caminata, haz el resto después de comer o mañana. Y o habría podido recogerlo todo ayer y quise hacerlo; pero luego pensé: debe apañarse él solo, así aprende.

—No, madre —contestó él—, no me he dejado nada, he terminado del todo.

—¿De verdad? —dijo la madre—. Deja que te vea.

Con estas palabras acercó la mano a su frente. Él se inclinó un poco, ella le apartó un mechón de pelo que se le había bajado durante el trabajo, y dijo:

—Te has acalorado mucho.

—El día es muy caluroso —contestó él.

—No, no, es también por el trabajo. Pero si ya lo has guardado todo, tendrás que llevar puesta hoy y mañana tu ropa de viaje, ¿y qué piensas hacer durante todo este tiempo?

—Subiré por la orilla del río y daré una vuelta por el hayal. Me dejaré puesta la ropa. Pero he venido por otra cosa, madre, y me gustaría deciros algo, pero os enojará.

—No me asustes, hijo, y habla. ¿Necesitas algo? ¿Te falta todavía alguna cosa?

—No, no falta nada, más bien sobra algo. Hoy dijisteis unas palabras, madre, que al principio no me entraron en la mente y que ahora no puedo apartar de ella.

—¿A qué palabras te refieres, Viktor?

—Dijisteis que para mi manutención se os había asignado un dinero que debíais percibir todos los años. Decíais que recibíais el dinero y que lo invertíais para mí a rédito y que reinvertíais cada vez

los intereses.

—Sí, eso dije, y eso hice.

—Pues bien, madre, mi conciencia me dice que no es justo que acepte vuestro dinero, porque no me corresponde, así que he venido para decíroslo mejor por las buenas, en lugar de rechazar luego el dinero y enojaros. ¿Estáis enfadada?

—No, no estoy enfadada —dijo ella mirándole con ojos radiantes—; pero no seas simple, Viktor. Comprenderás que no te acogí en mi casa para obtener un beneficio; yo nunca habría adoptado a un niño para beneficiarme; por eso el dinero que sobraba anualmente es tuyo por derecho. Escúchame, yo te lo explicaré. El tutor aportaba tu ropa, tu alimentación no causaba gasto alguno; apenas comías como un pájaro, y la verdura y la fruta y los demás alimentos que comías eran nuestros. ¿Comprendes? Tu padre no me encargó que te tomase tanto cariño, ni tampoco figuraba en ningún testamento, ni es culpa tuya. ¿Lo comprendes ahora?

—No, no lo comprendo y además las cosas no son así. Sois de nuevo demasiado buena y llenáis mi corazón de vergüenza. Si después de descontar los gastos hubiese quedado todos los años algo y lo hubieseis guardado para mí, habría sido un acto de amor y bondad, y ahora decís que quedaba todo el dinero; eso es algo que sólo se puede escuchar con dolor. Además, habéis hecho algo que no tiene justificación: no sólo me disteis una bonita habitación, sino que pusisteis en ella las cosas que me resultaban queridas y valiosas; me dabais comida y bebida, y yo sólo os daba trabajo. Ahora habéis comprado todo lo necesario para el viaje; habéis esquilado vuestros campos y huertos para que no faltase el maravilloso lino en mi armario, y cuando tenía todo lo que necesitaba, ibais y me dabais aún algo más, y cuando también tenía esto, me regalabais en secreto alguna cosa que pensabais que me alegraría. ¡Me habéis querido más que a Hanna!

—No, mi querido Viktor, eres injusto conmigo. Aún no comprendes mis sentimientos. Lo que no sale del corazón, no encuentra respuesta en el otro, Hanna es mi verdadera hija; yo la he llevado en mi seno debajo de mi corazón, que anhelaba su llegada; luego la traje al mundo: me cupo esa suerte en edad ya madura, cuando podría haber sido abuela. A pesar del dolor por la muerte de su padre, la traje al mundo con alegría, luego la crié... y por eso la quiero más. Pero a ti también te he querido mucho, Viktor. Desde que llegaste a esta casa y fuiste creciendo te quise mucho. A menudo me parecía como si te hubiese llevado debajo de mi corazón, y en el fondo debería haberte llevado allí; era la voluntad de Dios, aunque luego las cosas fuesen distintas; ya te lo contaré cuando seas mayor. Y, por último, he de decir, en honor a Dios y a la verdad, que os quiero a los dos por igual. Con el dinero haremos lo siguiente, Viktor: no se debe forzar la conciencia de nadie y por eso no te insistiré más; dejemos el dinero donde está colocado ahora, yo redactaré un escrito por el cual os será entregado cuando seáis mayores de edad; entonces os lo podréis repartir o disponer de él como queráis. ¿Te parece bien así, Viktor?

—Sí, entonces podré dárselo todo a ella.

—Olvida eso ahora. Cuando llegue el momento, ya veréis lo que hacéis con el dinero. Quiero contestarte a otro comentario que hiciste, Viktor. Cuando yo te beneficiaba en secreto, también beneficiaba a Hanna. Las madres lo hacen así. Desde que llegaste a nuestra casa es como si hubiese llegado una gran bendición. Podía ahorrar para Hanna todos los años más que antes. El cuidado que se dedica a dos es más hábil e ingenioso, y donde Dios da bendiciones para dos, da a menudo bendiciones para tres. ¡Oh, Viktor! El tiempo ha pasado muy deprisa desde que estás aquí. Cuando pienso en mi juventud, me pregunto: ¿a dónde han ido a parar los años y cómo me he hecho tan

vieja? Todo sigue siendo tan hermoso como ayer; las montañas están donde siempre, el sol las ilumina y los años han pasado como un día. Cuando subas esta tarde, o quizá mañana, al bosque, busca un lugar; casi se puede ver desde aquí; allí arribaren la cortadura de la montaña, donde la luz se derrama sobre las verdes hayas. Ese lugar es importante para ti. Allí brota un manantial que se vierte en la cortadura, encima hay una piedra ancha y plana, y al lado se alza un haya muy vieja que extiende una rama larga sobre la que se puede colocar un pañuelo o colgar un sombrero de mujer.

—No conozco ese lugar, madre, pero si queréis, subiré y lo buscaré.

—No, Viktor, de todos modos para ti ese lugar no es tan entrañable como para mí; además, conocerás otros que te parecerán más bonitos. Dejémoslo. No te preocupes, no pienses más en el dinero y no estés triste. Sé que el dolor por la separación ya está dentro de ti y por eso te parece todo más profundo de lo que es. Dijiste que hoy subirías por el hayal: pero ya habrás visto que no se mueve ni una ramita en el jardín y que las copas de los árboles parecen estar detenidas en el aire; creo que se avecina una tormenta, no debes ir demasiado lejos.

—No iré demasiado lejos y además conozco los signos de la tormenta; cuando aparezcan, regresaré a casa.

—Está bien, Viktor, hazlo así. ¿Quieres pasar conmigo al cuarto de estar dentro de un rato o prefieres estar por aquí hasta que sea la hora de comer?

—Prefiero quedarme un poco en el jardín.

—Entonces quédate en el jardín. Yo apretaré los nudos de las ataduras y miraré si las aves han vuelto a manchar el lienzo.

Viktor permaneció todavía un rato con ella mirando lo que hacía. Luego se fue al jardín y ella le siguió con la mirada.

Después ajustó una atadura tras otra hasta que no faltó ninguna. Limpió el trocito de tierra que había dejado sobre el lienzo una pata de ganso o de otra ave. Ahuecó la tela para que no estuviese demasiado pegada a la hierba. Y cada vez que levantaba la mirada, buscaba a Viktor y le veía junto a algún arbusto del jardín o deambulando o mirando el paisaje por encima de la valla. Esto duró hasta que de pronto sonó en el aire tranquilo y caliente la campana clara del mediodía; para los vecinos del lugar era la señal de la oración y para los habitantes de la casa era al mismo tiempo la señal de reunirse para comer. La madre vio como Viktor se volvió y caminó hacia la casa cuando sonó la campana. Entonces le siguió.

Cuando el muchacho entró en la casa, vio que mientras tanto habían llegado invitados; eran el tutor y su familia. Como suele ocurrir en estos casos, habían querido dar una sorpresa a Viktor y de paso pasar un día en el campo.

—Ya ves, mi querido pupilo —dijo el tutor al asombrado muchacho—, lo considerados que somos. Hemos venido a verte y a celebrar la despedida. Así pasado mañana, o cuando hayas terminado de hacer tus preparativos, podrás emprender tu viaje a través de las montañas, sin tener que pasar otra vez por la ciudad para despedirte de nosotros como habíamos acordado. Disfruta los últimos días de libertad que te quedan antes de someterte al yugo del duro trabajo.

—Dios te bendiga, hijo mío —dijo la mujer del tutor y besó a Viktor en la frente cuando éste se inclinó sobre su mano.

—Ha sido una idea estupenda, ¿verdad? —dijo Ferdinand, el hijo, estrechando la mano del amigo.

Rosina, la hija, que era una muchacha de doce años realmente bonita, permaneció a un lado, mirando con una sonrisa y sin decir nada.

La madre adoptiva de Viktor debía de estar al tanto de la llegada de la visita; pues la mesa estaba puesta para cuantas personas estaban presentes. Al entrar saludó muy amablemente a todos, dispuso el orden en que debían sentarse, y dijo:

—Ves, Viktor, cómo te quieren todos.

Las viandas llegaron y la comida comenzó.

El tutor y su mujer ocupaban la cabecera de la mesa, al lado de Rosina se sentó Hanna, la hermana adoptiva de Viktor, enfrente de las muchachas estaban los jóvenes y en un extremo se había sentado la madre, que, como anfitriona, tenía que entrar y salir a menudo y atender a sus invitados.

Los comensales comieron con apetito los platos campestres.

El tutor contó aventuras de viajes que había vivido cuando todavía estaba en los colegios, dio reglas sobre la manera de disfrutar del mundo con moderada alegría, e instruyó a Viktor sobre cómo debía comportarse al principio. La mujer del tutor hizo alguna alusión sobre una futura novia, y Ferdinand dijo que visitaría al amigo en cuanto éste se hubiese instalado. Viktor habló poco y prometió seguir al pie de la letra todos los consejos que le daba el tutor. Prometió guardar cuidadosamente y entregar en cuanto llegase la carta que le dio para el tío, al que, por su deseo expreso y un tanto caprichoso, debía ir a visitar a pie antes de nada.

Cuando llegó la tarde, los habitantes de la ciudad iniciaron el regreso a casa. Dejaron que su coche, que había esperado en la posada, se adelantase por el estrecho valle hasta su desembocadura en el valle más amplio y fueron acompañados por el camino por su anfitriona, Viktor y Hanna.

—Adiós, señora Ludmilla —dijo el tutor, al subir al coche—, adiós, Viktor, no dejes de hacer todo lo que te he dicho.

Cuando hubo subido al coche, y Viktor hubo dado una vez más las gracias y todos se hubieron despedido, partieron los caballos a todo galope.

Ya era demasiado tarde para que Viktor subiese al bosque. Se quedó en casa, merodeó por el jardín y revisó las pertenencias que había guardado en su morral.

DESPEDIDA

El día siguiente, el último que debía pasar Viktor en aquella casa, no trajo nada excepcional. Se guardaron todavía algunas cosas, se volvió a ordenar lo que ya estaba ordenado y, como suele suceder en estos casos, todos hicieron como si no fuese a suceder nada, y de esta manera pasó rápidamente la mañana.

Después de comer, en cuanto se levantaron todos de la mesa, Viktor echó a andar solo arroyo arriba hacia el hayal y los peñascos.

—Deja que se vaya, deja qué se vaya —dijo para sí la anciana—; su corazón estará triste.

—¿Madre, dónde está Viktor? —preguntó Hanna una vez en el transcurso de la tarde.

—Ha ido a despedirse —contestó ella—, ha ido a despedirse de este lugar. ¡Dios mío!; después de todo, no tiene otra cosa. El tutor, a pesar de que es un hombre excelente y previsor, no es más que un extraño, y lo mismo sucede con su familia.

Hanna no contestó nada a estas palabras, no articuló el más mínimo sonido y desapareció entre los arbustos de los pequeños ciruelos.

El resto de la tarde transcurrió en la casa como de costumbre. Las personas la dedicaron a hacer los trabajos que les fueron surgiendo, los pájaros la pasaron gorjeando en sus árboles, las gallinas correataron por la granja, y la hierba y las plantas crecieron un poco más y las montañas se adornaron con el oro del atardecer.

Cuando el sol desapareció del cielo y sólo se alzaba sobre el valle la cúpula pálida y dorada, y llena de premoniciones, llena de premoniciones porque mañana al amanecer se alzaría también como cúpula pálida y dorada sobre el valle y se llevará para siempre al que todos quieren tanto aquí, cuando esta cúpula brillaba sobre el valle, Viktor regresó del paseo que había emprendido tan apresuradamente después de comer. Caminó a lo largo de la valla del jardín para alcanzar la puertecita que conducía al lugar donde se blanqueaba el lienzo. Las bandas de lino blanco ya no estaban allí, sólo la hierba más verde y mojada delataba los lugares donde habían estado extendidas durante el día; algunas ventanas que daban a los bancales del jardín tenían los postigos cerrados porque el cielo prometía una noche fresca; de la casa se elevaba una delgada columna de humo porque quizá la madre ya estaba preparando la cena. Viktor miraba al cielo del anochecer que iluminaba suavemente su rostro, el aire fresco corría entre sus cabellos y el cielo se espejeaba en sus ojos tristes.

Hanna le había visto pasar cerca de ella cuando estaba junto a la valla del jardín, pero no había tenido el valor de dirigirle la palabra. La muchacha estaba retirando de un arbusto de ramas recortadas los trozos de un vestido de seda descosido que había teñido y puesto a secar al sol durante el día encima del arbusto. Recogía trozo por trozo y los colocaba en un montoncito. Cuando se volvió al cabo de un rato, vio a Viktor en el jardín junto al gran rosal.

Más tarde volvió a verle junto al saúco azul que ya tenía capullos. El saúco estaba, sin embargo, mucho más cerca de ella que el rosal. Luego Viktor siguió acercándose un poco más, y finalmente vino a donde estaba la muchacha, y le dijo:

—Déjame que te ayude a llevar esas telas a casa, Hanna.

—No hace falta, Viktor, gracias —contestó ella—; sólo son un par de trapitos que había teñido y puesto a secar aquí.

—¿No los ha aclarado demasiado el sol?

—No, este azul debe ponerse al sol, especialmente al sol de primavera, así adquiere un color aún más bonito.

—¿Entonces ha quedado bien?

—Mira.

—Bah, yo no entiendo.

—No ha quedado tan bien como las bandas del año pasado, pero el color es bastante bonito.

—Es una seda muy fina.

—Muy fina.

—¿La hay más fina todavía?

—Sí, la hay más fina todavía.

—¿Y te gustaría tener muchos vestidos de seda bonitos?

—No; son maravillosos para combinar con la ropa de fiesta, pero como yo no la utilizo mucho, no deseo tener mucha seda. Los otros vestidos también son bonitos, y la seda supone siempre un porte orgulloso.

—¿No te parece que el gusano de seda es un pobre bicho?

—¿Por qué, Viktor?

—Porque hay que matarlo para obtener su tejido.

—¿Se hace eso?

—Sí, se escalda su capullo con vapor o se ahúma con azufre para que muera el animal que está dentro, porque, si no, rompe los hilos y sale en forma de mariposa.

—¡Pobre bicho!

—Sí; en nuestros días también lo separan de su pobre patria, ves Hanna, cuando podría trepar por las moreras soleadas, y lo alimentan en nuestros cuartos con hojas que crecen afuera y que tampoco son tan alegres como en su patria. Y las golondrinas y las cigüeñas y las demás aves migratorias se marchan de nuestro país en otoño, quizá lejos, al extranjero; pero regresan en primavera. El mundo debe de ser inmensamente grande.

—Mi pobre Viktor, no digas esas cosas.

—Quisiera decirte algo, Hanna.

—Dime, Viktor.

—Tengo que darte las gracias, Hanna, por haberme hecho una bolsa para el dinero tan bonita. El tejido es tan fino y suave, y los colores son tan bonitos. La he guardado y no meteré en ella el dinero.

—Pero Viktor, hace ya mucho tiempo que te regalé la bolsa y no merece la pena que me des las gracias. Guarda en ella tu dinero tranquilamente; yo te haré una nueva cuando ésta se estropee, y así lo seguiré haciendo para que siempre tengas una. Para tu viaje he hecho algo mucho más bonito que la bolsa, pero nuestra madre no quería que te lo diese hasta esta noche o mañana por la mañana.

—Me das una alegría, Hanna, me das una gran alegría.

—¿Dónde has estado toda la tarde, Viktor?

—Subí arroyo arriba porque me aburría. Contemplé el agua que corre tan presurosa y afanosa hacia nuestro pueblo, observé cómo unas veces es oscura y otras clara, cómo sortea las piedras y la arena para llegar lo más pronto posible al pueblo donde luego no se queda. Contemplé la roca sobresaliente que se mira sin cesar en las olas. Al final subí al hayal donde los troncos serán hermosos cuando hayan pasado uno o dos, o diez años incluso. Madre me habló de un lugar donde hay una piedra plana sobre una fuente y crece al lado una vieja haya con una rama larga y baja. Pero no pude encontrarlo.

—Es la fuente del hayal en Hirschkar. Crecen buenas moras alrededor, conozco muy bien el lugar, y si quieres te lo enseñaré mañana.

—Pero si mañana ya no estaré aquí, Hanna.

—Ah, es verdad, mañana ya no estarás aquí. Siempre pienso que no te has de ir nunca.

—Eso es imposible. Querida Hanna, separa esos trozos de seda, te ayudaré a llevarlos adentro.

—No sé qué te pasa hoy, Viktor; esos trapos son tan ligeros que un niño pequeño podría llevar diez veces su peso.

—No es por el peso, sino porque me gustaría llevártelos.

—Está bien, lleva una parte, los ordenaré en seguida. Si ya quieres volver a casa, recogeremos rápidamente lo que queda ahí y nos iremos.

—No, no quiero volver aún, no es tan tarde, quisiera quedarme todavía en el jardín. Y lo de la bolsa no era lo único que tenía que decirte.

—Dime entonces, Viktor, de qué se trata.

—Las cuatropalomas que he alimentado hasta ahora... ya sé que no son muy bonitas, pero me da

lástima pensar que ya no va a cuidarlas nadie.

—Yo me ocuparé de ellas, Viktor, abriré el palomar por la mañana y lo cerraré por la noche; esparciré arena y les echaré comida.

—También quiero darte las gracias por todo el Uno que he recibido.

—Por el amor de Dios, si no te lo he dado yo, sino nuestra madre; además, tenemos todavía tanto en nuestros armarios que no notaremos su falta.

—La cajita de plata que me dejó mi difunta madre, sabes, que parece una arquita, con el trabajo calado y la llavecita que siempre te ha gustado tanto, no la he guardado en la maleta porque te la dejo a ti como regalo.

—No, es demasiado bonita, no puedo aceptarla.

—Tómala, te lo ruego, Hanna, me harás un favor muy grande aceptándola.

—Si te hago un gran favor, la tomaré y la guardaré hasta que vuelvas.

—Y cuida los claveles que hay junto a la valla, ¿oyes?, y no olvides al lulú; ya es viejo, pero es muy fiel.

—No, Viktor, no lo olvidaré.

—Pero, ay, en realidad no es esto lo que quería decirte, he de decirte otra cosa.

—Habla, pues, Viktor.

—Nuestra madre dijo que te dijese algunas palabras amables porque hemos discutido a menudo, que te hablase amablemente antes de irme para siempre, y por eso he venido, Hanna, para pedirte que no me guardes rencor.

—Qué cosas dices, en toda mi vida te he guardado rencor.

—Oh, ahora lo veo claramente; tú siempre has sido la atormentada y la paciente.

—Viktor, no me asustes, eso sólo lo piensas ahora.

—No, tú siempre fuiste buena, pero yo no me daba cuenta. Escúchame, Hanna, quiero abrirte mi corazón: soy una persona indescriptiblemente desdichada.

—¡Santo Dios! ¡Viktor, mi querido Viktor! ¿Qué te aflige tanto?

—Ya ves, durante todo el día he tenido que contener las lágrimas para que no cayesen de mis ojos. Cuando después de comer subí al hayal siguiendo las tristes aguas del arroyo, no lo hice porque me aburría, sino porque no quería que me vieses... y entonces pensé: no tengo a nadie en todo el mundo, ni padre, ni madre, ni hermana. Mi tío amenazaba con quitarme lo poco que tengo porque mi padre le debía dinero, y ahora debo abandonar a los únicos que me tratan bien.

—Oh, Viktor, querido Viktor, no te mortifiques. Es cierto que tu padre y tu madre han muerto; pero de eso ya hace mucho tiempo y apenas los conociste. En cambio, has encontrado otra madre que te quiere tanto como la verdadera, y desde entonces no has llorado a tu difunta madre. Que tengamos que separarnos ahora es muy, muy triste; pero no peques contra Dios, Viktor, que nos ha impuesto esta prueba. Sopórtala sin quejarte, yo también la he soportado durante todo el día y no me he quejado, y también la habría soportado si no hubieses venido a hablar conmigo.

—¡Oh, Hanna, Hanna!

—Y aunque te vayas, nos ocuparemos de enviarte lo que necesites, rezaremos por ti, y yo iré todos los días al jardín y miraré las montañas por las que te fuiste.

—No, no lo hagas, sería demasiado desolador.

—¿Por qué?

—Porque todo es inútil... y porque no es sólo que tenga que partir y que nos tengamos que

separar.

—¿Entonces qué es?

—Que todo ha terminado y que soy el ser más solitario de la tierra.

—¡Pero Viktor, Viktor!

—Nunca me casaré... no puede ser... no será posible. Así que ya ves, no tendré patria, no pertenezco a nadie; los otros me olvidarán, y está bien así. ¿Lo comprendes? Nunca lo supe, pero ahora está completamente claro. ¿No lo ves? ¿Por qué te callas de repente, Hanna?

—¡Viktor!

—¿Qué, Hanna?

—¿Lo has pensado?

—Lo he pensado.

—¿Y bien?

—Pues... pues... que todo es inútil, todo en vano.

—¡Séle fiel, Viktor!

—Eternamente, eternamente; pero es inútil.

—¿Por qué?

—Ya te he dicho que mi tío me quitará la finca, lo único que me queda. Ella es rica, yo soy pobre y tardaré mucho, mucho tiempo en poder mantener a una mujer. Un día vendrá un pretendiente que podrá alimentarla, darle bonitos vestidos y regalos, y ella le tomará.

—No, no, no, Viktor, ella no lo hará, no lo hará jamás. Ella te querrá toda su vida, como tú a ella, y no te abandonará, como tú no la abandonarás.

—¡Oh, querida, querida Hanna!

—¡Querido Viktor!

—Y estoy seguro de que llegará un día en que regresaré, y entonces no perderé nunca la paciencia y viviremos como dos hermanos que se quieren por encima de todas las cosas que pueda haber en este mundo y nos seremos eternamente fieles.

—Eternamente —dijo ella, cogiendo rápidamente las manos que él le tendía. Los dos rompieron a llorar amargas lágrimas.

Viktor la atrajo suavemente hacia sí y ella le siguió. Apoyó la cabeza y el rostro en el paño de su chaqueta, y como si dentro de ella se hubiesen abierto ahora todas las compuertas, lloró y sollozó como si la idea de tener que perderle le partiese el corazón. Él colocó el brazo alrededor suyo, como protegiéndola y consolándola, y la apretó contra su corazón. La apretó cada vez más fuerte, como a un ser indefenso. Ella se estrechó contra él como contra un hermano que ahora era tan sumamente bueno. Él pasó una mano por los bucles de su cabeza, luego se inclinó y besó su cabello, pero ella alzó la cara y le besó ardientemente en los labios, tan ardientemente como no había imaginado que besaría jamás a alguien.

Luego se quedaron un rato sin decir nada.

Entonces vino el hijo del jardinero, y dijo que le enviaba la madre para que les dijese que hiciesen el favor de ir a cenar.

Los trozos de seda que habían dado origen a la conversación seguían en sus manos, pero estaban arrugados, y algunos, mojados con las lágrimas de Hanna. Por eso los juntaron de cualquier manera y, cogidos de la mano, se dirigieron por el sendero del jardín, hacia la casa. Cuando la madre los vio venir y reparó en los ojos llorosos de sus hijos, sonrió y les hizo pasar al cuarto de estar.

Allí fue servida la cena, la madre puso a cada uno lo que pensó que más le gustaría, no preguntó lo que habían hablado, y así cenaron los tres como lo habían hecho todas las noches a lo largo de los años que habían transcurrido hasta entonces.

Hanna tenía unos ojos marrones muy grandes que durante la cena se llenaban a cada instante de lágrimas.

Cuando terminaron, y antes de ir a dormir, entregaron a Viktor el regalo de Hanna. Era una cartera que estaba forrada con seda blanca como la nieve y que contenía el dinero del viaje que había puesto dentro la madre.

—Sacaré el dinero —dijo Viktor— y me quedaré con la cartera.

—No, no —dijo la madre—, déjalo dentro, ¿no ves que bien descansan los billetes en la seda blanca? Además de otras cosas, Hanna deberá proveerte siempre de carteras.

—Lo tendré muy en cuenta —contestó Viktor.

La madre cerró entonces con una diminuta llave el compartimento de la cartera en el que se encontraba el dinero, y le enseñó cómo se escondía la llavecita.

Después urgió a todos a que se fuesen a dormir.

—Deja eso, deja eso —dijo cuando vio que Viktor quería darle las gracias por el dinero del viaje—, idos a la cama. A las cinco de la mañana tienes que estar ya en las montañas, Viktor. He encargado a nuestro criado que nos despierte a tiempo si yo me quedo dormida. Debes tomar un buen desayuno antes de partir. Bueno, niños, buenas noches, que durmáis bien.

Mientras pronunciaba estas palabras, encendió, como todas las noches, dos velas para sus hijos, cada uno tomó la suya de la mesa, deseó respetuosamente las buenas noches a la madre y se dirigió a su habitación.

Viktor no buscó todavía su lecho. Las numerosas sombras desordenadas que arrojaban las cosas que estaban por medio convertían la habitación en un lugar inhóspito. Se dirigió a una ventana y miró afuera. El saúco se había convertido en una masa negra, y ya no se veía el riachuelo: una lámina sin luz ocupaba el lugar por donde debía fluir; sólo un destello que refulgía de cuando en cuando mostraba que estaba allí y que se movía. Cuando enmudecieron las voces de la casa y del pueblo, un murmullo leve que entraba por la ventana abierta descubrió al amigo que había pasado durante tantos años junto al lecho del muchacho. Miles de estrellas ardían en el cielo, pero no brillaba ni la más delgada hoz de la luna.

Viktor se echó por fin en la cama para dormir la última noche y esperar la mañana que quizá le alejaría para siempre del lugar donde había pasado su vida desde que podía recordar.

La mañana llegó muy pronto. Cuando Viktor creía que acababan de pasar los primeros minutos de sueño reconfortante, sonaron unos golpecitos en su puerta y oyó la voz de la madre que no había necesitado al criado para despertarse:

—Son las cuatro, Viktor, vístete, no olvides nada y luego baja. ¿Me oyes?

—Te oigo, madre.

Ella volvió a bajar la escalera, pero él se levantó rápidamente de la cama. Angustiado por el dolor y la expectación del viaje, se vistió y bajó al comedor. El desayuno ya estaba en la mesa cuando empezaba a amanecer, nunca se había tomado tan temprano en aquella casa. Comieron en silencio. La madre no dejaba de mirar a Viktor; Hanna no se atrevía a alzar los ojos. Viktor terminó de comer en seguida. Se levantó de su silla y trató de dominarse. Caminó un par de veces por la habitación, y luego dijo:

—Madre, ya es la hora; debo irme.

Se echó el morral a la espalda y apretó las correas para que estuviese bien ajustado. Luego tomó el sombrero, se llevó la mano al pecho para ver si tenía la cartera y comprobó si le faltaba algo. Después de hacer esto, se dirigió hacia la madre, que se había puesto de pie al mismo tiempo que Hanna, y dijo:

—Os doy las gracias por todo, madre.

Sus labios no pudieron pronunciar ninguna palabra más y ella tampoco le dejó hablar. Le condujo hasta la pila de agua bendita que había junto a la puerta, le echó algunas gotas de agua, le hizo la señal de la cruz sobre la frente, la boca y el pecho, y dijo:

—Bueno, hijo mío, ahora vete tranquilo. Sé bueno, como lo has sido hasta ahora y conserva tu bondadoso y dulce corazón. Escribe a menudo y no te calles cuando necesites algo. Dios bendecirá los caminos que recorras, porque siempre fuiste obediente.

Al pronunciar estas palabras, se le saltaron las lágrimas, y movió los labios sin poder decir nada.

Al cabo de un rato se serenó y prosiguió:

—Las cajas que todavía están arriba y la maleta las encontrarás en tu lugar de destino cuando llegues allí. Ten cuidado con el dinero y las cartas de recomendación que te dio el tutor, no te acalores y no tomes bebidas frías. Todo saldrá bien. Tampoco es tan grave tener que partir y por todas partes encontrarás gente buena que te querrá. Si yo no estuviese tan acostumbrada a nuestras montañas y al manzano, me marcharía encantada al extranjero. Y ahora adiós, mi querido Viktor, adiós.

Con estas palabras le besó en las mejillas. Sin decir una palabra, Viktor dio la mano a Hanna, que estaba deshecha en llanto, y salió de la casa. Delante de la puerta estaban los criados y el jardinero. Sin hablar, dio la mano a derecha e izquierda; se separaron y él tomó el sendero del jardín que conducía a la puertecita de la valla.

—¡Qué guapo es! —exclamó la madre casi llorando, mientras ella y Hanna le seguían con la mirada—. ¡Qué guapo es, el pelo castaño, su manera de andar, la encantadora e indefensa juventud! ¡Ay, Dios mío!

Y las lágrimas le corrían por las manos mojadas, que sostenía delante del rostro y de los ojos.

—Una vez nos dijiste a mí y a Viktor —habló Hanna— que nadie volvería a verte llorar de pena, y ahora estás llorando de pena, madre.

—No, hija mía —contestó la madre—, lloro lágrimas de alegría porque se ha convertido en el muchacho que es ahora. Es extraño: no llegó a conocer a su padre, y cuando salió por la puerta tenía la cabeza, los andares y el porte de su padre. Todo saldrá bien y mis lágrimas, hija mía, son lágrimas de alegría.

—Ay, las mías no, las mías no —dijo Hanna, llevándose de nuevo el pañuelo a los ojos inconsolables.

Viktor había salido mientras tanto por la puertecita del jardín. Pasó junto al gran saúco, cruzó los puentes de madera, dejó atrás los entrañables frutales y subió hacia los prados y los campos. Allí se detuvo unos instantes, pues entre los sonidos débiles y vagos que venían del pueblo percibió los aullidos del lulú al que habían tenido que sujetar y atar para que no se fuese con él: entonces brotaron de repente las ardientes lágrimas, y gritó al viento: «¿Dónde volveré a encontrar a una madre como ella y a unas criaturas que me quieran tanto? Anteayer abandoné tan deprisa la ciudad para poder pasar todavía unas horas en el valle, y hoy me marché para estar para siempre en otra parte».

Cuando por fin llegó a un lugar que ya no estaba lejos de la cima de la montaña, se volvió por última vez. Todavía podía distinguir la casa con el jardín y la valla. En medio de los campos verdes vio algo que era tan rojo como el pañuelo de Hanna. Pero sólo era el tejadito de una chimenea.

Luego siguió subiendo hasta la cumbre, se volvió de nuevo... hacía un día magnífico en todo el valle. Después bordeó con pocos pasos la cumbre y todo desapareció detrás de él y ante sus ojos había un nuevo valle y un nuevo aire. El sol ya estaba mientras tanto bastante alto, secaba la hierba y sus lágrimas y enviaba sus cálidos rayos sobre la tierra. Viktor siguió caminando en diagonal por la ladera de la montaña, y cuando, al cabo de un rato, sacó el reloj, éste marcaba las siete y media.

—Ahora ya estará vacía la armazón de la cama —pensó—, el último enser que me quedaba. Ya habrán quitado las sábanas y estará al descubierto la inhóspita madera. O quizá las criadas ya están trabajando en mi cuarto para darle un aspecto completamente distinto.

Y después prosiguió su marcha.

Cada vez subía más, el espacio se interponía entre él y la casa que había abandonado, y el tiempo se interponía entre sus pensamientos presentes y las últimas palabras que había pronunciado en la casa. Su camino le conducía todo el tiempo por laderas por las que no había caminado nunca; tan pronto iba hacia arriba, tan pronto iba hacia abajo, pero en total subía cada vez más. Se alegraba de no haber tenido que ir a la ciudad a despedirse, porque hoy no le habría gustado ver a las amistades. Las granjas y las viviendas con que se topaba se encontraban unas veces a la derecha, otras veces a la izquierda de su camino. De cuando en cuando veía a una persona que no le prestaba atención.

El sol alcanzó su punto más alto, y Viktor continuó su marcha sin detenerse.

El mundo era cada vez más grande, más brillante y más amplio a su alrededor a medida que avanzaba, y por todas partes por donde iba había miles de seres jubilosos.

CAMINATA

El mundo se hizo aún más grande y aún más brillante, los miles de seres jubilosos estaban por todas partes y Viktor caminaba de montaña en montaña, de valle en valle, llevando el gran dolor infantil en su corazón y los ojos frescos y asombrados en la cabeza. Cada día que transcurría lejos de su tierra natal le volvía más firme y capaz. La infinita soledad del aire pasaba entre su pelo castaño; las nubes blancas que brillaban como la nieve se amontonaban aquí como se habían amontonado en su valle materno; sus bonitas mejillas ya se habían teñido de un color más oscuro, llevaba el morral a la espalda y el bastón en la mano. El único ser que le unía a su tierra natal era el viejo lulú, que caminaba a su lado terriblemente enflaquecido. Al tercer día después de su partida le había seguido de manera inesperada e inexplicable. Viktor estaba subiendo en las primeras horas de la mañana por un camino fresco, ancho y húmedo a través de un bosque, cuando, al volverse como hacía a menudo para deleitarse con los fulgores de los abetos mojados, divisó algo que avanzaba presuroso hacia él. Pero qué grande fue su asombro cuando al acercarse la bola negra ésta saltó a sus piernas y resultó ser el viejo y honrado lulú de su madre adoptiva. Pero en qué estado se encontraba: el bonito pelo estaba manchado de barro y lleno de polvo de la carretera, los ojos estaban enrojecidos e inflamados; cuando quiso soltar algunos rápidos ladridos de alegría, no pudo, pues se había quedado ronco, y cuando trató de saltar de alegría, cayó en la cuneta con las patas traseras.

—Mi pobre lulú —dijo Viktor, poniéndose en cuclillas a su lado—, ¿ves el disparate que has hecho, viejo loco?

Pero el lulú movió el rabo al oír estas palabras como si hubiese recibido el mayor elogio.

Lo primero que hizo el muchacho fue limpiarlo un poco con su pañuelo para que tuviese mejor aspecto. Luego sacó dos panes que habla guardado por la mañana por si se cruzaba con algún mendigo, se sentó en una piedra y empezó a dárselos a trozos al lulú, que los devoró ansioso y que siguió mirando las manos del joven cuando éstas ya estaban vacías desde hacía un buen rato.

—Ya no tengo nada —dijo Viktor—, pero cuando lleguemos a la primera casa de campesinos, compraremos un cuenco de leche que te tomarás tú solo.

El lulú pareció tranquilizarse como si hubiese entendido las palabras.

A unos pasos de allí, donde manaba un delgado hilo de agua, de una roca cubierta de musgo, Viktor llenó hasta arriba un vaso de viaje de cuero que le había dado la madre y quiso dar de beber al lulú. Pero éste sólo probó un poco y luego miró expectante a quien se lo daba; pues no estaba sediento y probablemente había bebido de todas las zanjas y de todos los arroyos que había cruzado.

Luego siguieron caminando juntos, y en la primera posada Viktor escribió una carta a su madre diciéndole que el lulú estaba con él y que no se preocupase.

En cuanto a la leche, Viktor cumplió su palabra debidamente. A partir de entonces, el lulú recibió tanto como pudo alojar en su cuerpo; sin embargo, aunque ahora comía en un día más que antes en tres, decayó tanto debido a los efectos del inusitado esfuerzo, que Dios sabe lo terrible que había sido, que iba trotando al lado del muchacho convertido en un puro pellejo.

—Ya se recuperará, ya se recuperará —pensaba éste cuando iban caminando.

Viktor no se explicaba por qué le había seguido el animal precisamente esa vez, si en otras ocasiones, cuando estaba fuera varios días, se quedaba en casa y le esperaba obedeciendo una simple orden. Pero luego llegó a la conclusión de que el lulú, cuya principal tarea era observar lo que hacía y dejaba de hacer su amigo, el muchacho, había comprendido perfectamente que éste partía para siempre y por eso había puesto todo su empeño en seguirle.

Y de esta manera prosiguieron juntos la marcha; a través de colinas hacia otras colinas, a través de campos hacia otros campos, y a menudo podía verse al muchacho lavando al perro en el arroyo de una pradera y secándole con hierbajos y hojas, a los dos caminando tranquilamente uno al lado del otro o al perro de pie junto a su amo mirándole cuando éste se detenía en alguna cumbre y recorría con la mirada los prados, las largas franjas de los campos, las oscuras manchas de los bosquecillos y las blancas torres de las iglesias de los pueblos.

Junto al camino del viajero ondeaban a menudo las olas del trigo que debía de pertenecer a alguien, lo rodeaban cercas que debía de haber colocado alguien y los pájaros volaban en esta y aquella dirección como en busca de distintas patrias. Viktor no había hablado con nadie desde hacía varios días, excepto cuando le saludaba un arriero o un caminante o el ventero se despedía quitándose el bonete y decía: «Feliz viaje. Hasta la vista».

A los ocho días de haber abandonado a su madre y su valle, llegó a una comarca que, al contrario de otras comarcas inhóspitas por las que había caminado, se extendía pulcra y benéfica sobre las suaves colinas, presentaba de nuevo la alternancia de los bosques frutales como en su valle, se adornaba con casas ricas y no mostraba un solo trozo de tierra, aunque no fuese más grande que la palma de la mano, que no estuviese aprovechado y sobre el que no creciese algo. Por el amplio verdor de los campos discurría el brillo plateado de un río, y a lo lejos se distinguía el azul suave,

casi añorante de las montañas. Estas montañas que habían permanecido durante mucho tiempo a su izquierda, se acercaban ahora a la carretera describiendo un arco y mostraban ya las tenues luces y grietas de sus paredes.

—¿Cuánto queda hasta Attmaning? —preguntó a un hombre que estaba sentado en el jardín de una fonda de pueblo tomando un trago fresco.

—Si hoy recorréis todavía un buen trecho, podréis llegar allí mañana a buena hora —contestó éste—, pero tendréis que tomar el sendero y dirigiros, por encima del Afel, hacia las montañas.

—En realidad, quiero ir a Hul.

—¿A Hul? Allí encontraréis una mala acogida. Pero si queréis cruzar todavía la Grisel, a la derecha del lago, llegaréis a la casa de un herrero divertido que sí os puedo recomendar y donde el trato es bien distinto.

—Pero tengo que ir a Hul.

—Bueno, en ese caso, os quedan tres horas escasas desde Attmaning.

Viktor se había sentado durante la conversación en la mesa del hombre y había comido y dado de comer al perro. Después de platicar todavía un rato de unas cosas y otras con su vecino, se puso de nuevo en camino y recorrió ese día todavía un buen trecho siguiendo el consejo de su nuevo protector, hasta que llegó al Afel, que era un río de aguas azules y claras. Al día siguiente, con las primeras luces del alba, se le vio apartarse de la carretera y caminar hacia la montaña por el sendero que le había indicado su consejero. Las altas y gigantescas masas se iban acercando y mostraron en el transcurso de la mañana múltiples y variopintos dibujos agradables de ver. Topó con aguas fragorosas, con campesinos que iban en carro; a veces caminaba un hombre con sombrero picudo adornado con pelo de rebeco, y antes de que fuesen las doce, Viktor estaba sentado debajo del alero de la posada de Attmaning, donde había retomado la carretera, y miraba hacia la embocadura de la montaña donde brillaban luces azules y una estrecha cinta de agua relucía como el rayo de una guadaña.

Attmaning es el último lugar de la comarca de las colinas, allí donde se encuentra con la alta montaña. Sus árboles verdiclaros, las montañas cercanas, su torre de iglesia puntiaguda y su situación soleada, lo convierten en el lugar más encantador que pueda existir en nuestra tierra.

Viktor se quedó sentado hasta cerca de las cuatro en la pequeña mesa donde había comido tan a gusto, deleitándose con la vista de aquellas altas montañas, su bonito color azul y sus vaporosas y cambiantes luces. En su vida había visto algo parecido. ¿Qué era en comparación la montaña más grande y poderosa de su tierra? Cuando dieron las cuatro y las sombras azules descendieron poco a poco por las paredes desplazando de manera extraña las distancias calculadas antes, preguntó por fin en qué dirección se encontraba Hul.

—Allá arriba, junto al lago —dijo el ventero señalando el claro que Viktor había contemplado tantas veces por la tarde—. ¿Queréis llegar todavía hoy a Hul? —preguntó al cabo de un rato.

—Sí —dijo Viktor—, y quiero aprovechar el fresco de la tarde para hacerlo.

—Entonces no debéis demoraros —contestó el ventero—, y si no disponéis de nadie, os daré a mi hijo para que os acompañe por el bosque y os enseñe el camino.

Viktor pensó que, en el fondo, no necesitaba ningún guía, pues la desembocadura de la montaña parecía tan apacible y estaba tan cerca; pero dejó hacer al ventero y mientras tanto recogió sus cosas.

Le resultó también extraño que al hablar de Hul la gente dijese siempre «arriba», cuando a sus ojos las montañas discurrían allí tan vaporosas que él situaba el brillo del agua abajo del todo;

aunque, por otra parte, veía también que el Afel venía precisamente de aquella región saltando y espumeante hacia Attmaning.

—Anda, Rudi, acompaña al señor hasta el «cuello» y muéstrale luego el camino que baja a Hul — dijo el ventero, volviéndose hacia el interior de la casa.

—Sí —sonó una voz infantil.

Al poco rato apareció un niño rubio de mejillas rojas, miró a Viktor con sus simpáticos ojos azules, y dijo:

—Vamos, señor.

Viktor había pagado su cuenta y estaba listo para partir. Desde el callejón de la posada el niño abandonó con él en seguida la carretera y le condujo lateralmente por un camino pedregoso entre robles y arces densos y gigantescos. El camino empezó a subir y Viktor divisaba a veces, entre las copas de los árboles, las masas montañosas, que cada vez se acercaban más y se volvían más oscuras y graves cuanto más bajo estaba el sol, y adquirirían un color azul más bonito cuanto más brillante y tenue era el rayo de la tarde que coloreaba las hojas verdes de los árboles que se alzaban a su lado. Por fin, el bosque se volvió completamente espeso, desaparecieron los árboles de hoja caduca y los caminantes se internaron en un bosque de abetos enmarañado y cerrado que sólo era interrumpido de cuando en cuando por ríos de piedra solidificados. Viktor no había imaginado que entre él y el precioso rayo de agua que saludaba tan próximo pudiese existir semejante selva. Caminaron sin parar. Viktor pensaba que en cualquier momento empezarían a bajar, pero el camino discurría por una ladera que se generaba constantemente a sí misma y era como si el bosque se alejase llevándose el lago por delante. El niño iba a su lado caminando descalzo por las piedras puntiagudas. Por fin, cuando habían transcurrido casi dos horas, el pequeño guía se detuvo, y dijo:

—Ahí está el «cuello». Bajando por ese camino, no por el otro, o sea pasando junto a la imagen de san Gilberto mártir y bordeando el lago donde se han derrumbado las piedras, verás unas casas, eso es Hul. Mira a través de las ramas de los árboles para no perder de vista el agua, porque también va un camino a la quebrada del Afel, y ése no es.

Estas palabras las dijo el niño y, después de recibir una recompensa de Viktor, regresó por el mismo camino por el que había guiado al joven.

Sin embargo, el lugar del que se alejó el muchacho sin prestarle atención, como si no fuese nada especial, causó a Viktor el efecto más inesperado. La gente de la montaña llama a menudo «cuello» a una sierra de mediana altura que discurre perpendicular entre otras más altas, comunicándolas. Como al mismo tiempo separa dos valles, sucede a menudo que al subir despacio de uno, se tenga de pronto la vista más sorprendente del otro. Así sucedió también aquí. El bosque se había abierto, el lago se extendía a los pies del joven, y todas las montañas que había visto desde la llanura y desde Attmaning se alzaban ahora alrededor del agua, tan silenciosas, claras y cercanas que creía poder alcanzarlas con las manos. Sin embargo, sus paredes no eran grises y sus barrancos y grietas estaban envueltos en un azul etéreo y los árboles que crecían encima parecían palitos o no se veían en otras montañas que rozaban el cielo con un borde afilado.

Viktor no veía ni una casa, ni una persona, ni un solo animal. El lago, que había visto cómo una línea blanca desde Attmaning, era aquí amplio y oscuro, y no reflejaba una sola chispa de luz, sino sólo el atardecer de los muros velados que lo rodeaban, y en las lejanas orillas había objetos claros que no conocía y que sólo se espejaban en las tranquilas aguas.

Viktor permaneció un rato contemplando el espectáculo. Sentía el aroma de la resina, pero no oía

el ruido del viento en el bosque de abetos. No se percibía ningún movimiento, salvo el avance de la luz tardía que se deslizaba por las sinuosas paredes, perseguido por las sombras de colores fríos.

Con el corazón casi temeroso por la grandeza que le rodeaba, Viktor se puso de nuevo en camino. Bajó por el sendero que le había mostrado el niño. Las montañas se sumergieron poco a poco en el bosque, los árboles le acogieron de nuevo y, tal como había sucedido ya en el «cuello», cuando el lago plano parecía apartar las montañas que lo rodeaban para que los ojos pudiesen ver la delicada y sutil imagen que proyectaba el verdor de los abetos, asomaba también aquí a la izquierda entre las ramas de los árboles el tejido crepuscular de la montaña y el agua. De la misma manera que durante la subida había pensado que la montaña no tenía fin, ahora caminaba incesantemente cuesta abajo. Siempre tenía el lago a la izquierda, como si pudiese hundir la mano en él, y nunca podía alcanzarlo. Por fin, dejó atrás el último árbol y volvió a encontrarse abajo junto al Afel, donde éste abandonaba el lago y corría a través de peñascos cortados a pico, sin dejar siquiera un palmo de borde para trazar un sendero para los caminantes. El lugar era tan solitario que Viktor tuvo la impresión de hallarse a cien millas de Attmaning. Sólo estaba él y el agua plana que se vertía incesante y estrepitosa en el Afel. Detrás estaba el bosque verde y mudo, delante la superficie elástica, cerrada por una pared azul que parecía adentrarse profundamente en el agua. La única obra hecha por la mano del hombre parecía ser el puente de madera que cruzaba el Afel y las estacas que protegían la ribera. Viktor atravesó el puente despacio y el lulú le siguió callandito y tembloroso. Al otro lado, caminaron al lado de rocas por un suelo cubierto de hierba. Pronto divisó el lugar del que le había hablado el niño: una gran cantidad de piedras se extendía hasta el lago de manera que se veía fácilmente que allí se había producido un derrumbe. Viktor rodeó una esquina de la montaña y en seguida se encontró ante Hul: cinco o seis cabañas grises situadas no lejos de la orilla del lago, rodeadas de árboles altos y verdes. El lago que antes había quedado oculto detrás de la esquina saliente se ensanchaba aquí y volvieron a aparecer algunas montañas y paredes que se habían hurtado a su vista.

Cuando Viktor llegó a las casas, vio que cada una adelantaba hacia el lago un cobertizo en los que estaban amarradas algunas barcas. No vio ninguna iglesia, pero encima de una de las cabañas había una pequeña torre hecha con cuatro postes pintados de rojo entre los que colgaba una campana.

—¿No hay aquí un lugar llamado ermita? —preguntó a un anciano que encontró sentado bajo la puerta de la primera cabaña.

—Sí —respondió el anciano—, la ermita está en la isla.

—¿Podéis decirme quién querrá llevarme hasta allí?

—Cualquier persona de Hul puede llevaros.

—¿Entonces también podríais hacerlos vos?

—Sí, pero allí no os acogerán.

—Debo presentarme en la ermita y me esperan.

—Si tenéis negocios allí y os esperan, la cosa es distinta. ¿Regresaréis en seguida?

—No.

—Entonces esperad aquí un momento.

Tras estas palabras, el viejo entró en la cabaña, de la que regresó al poco tiempo en compañía de una muchacha joven y fuerte de mejillas rojas que se puso a empujar con sus brazos desnudos una barca al agua, mientras el viejo se ponía una chaqueta y traía dos remos. Para Viktor habían instalado en la barca un asiento con respaldo, en el que se sentó, dejando a un lado su morral y sosteniendo la cabeza del lulú, que se apretaba contra sus piernas. El viejo se había sentado al revés en la proa y la

muchacha estaba de pie en la parte posterior sujetando el remo con la mano. Ambos dieron al mismo tiempo el primer golpe en el agua, la barca salió impulsada, se deslizó hacia las amplias aguas y con cada golpe de remo fue surcando rítmicamente la superficie susurrante que cada vez se volvía más oscura. Viktor no había navegado nunca por aguas tan grandes. El pueblo se retiró y las paredes que rodeaban el lago empezaron a caminar muy despacio. Al cabo de un rato apareció una lengua de tierra frondosa que se adentraba en el agua. Finalmente se desprendió de la tierra y se mostró como isla. Los dos remadores dirigieron la embarcación hacia esta isla. Cuanto más se acercaban, más claramente se elevaba y más ancho se volvía el espacio que la separaba de la tierra firme. Una montaña lo había ocultado antes. Por fin, se distinguieron árboles muy altos encima de ella, al principio como si surgiesen directamente del agua, pero luego destacando sobre una orilla rocosa de considerable altura que descendía a plomo hacia el agua con agudos peñascos. Detrás del verde de esos árboles avanzaba una suave montaña teñida delicadamente de rojo por la luz del atardecer.

—Ésa es la Grisel, en la otra orilla del lago —respondió el viejo a la pregunta de Viktor—, una montaña notable, aunque no demasiado dificultosa. Un camino conduce a través de ella a Blumau y Gescheid, donde están las herrerías.

Viktor contempló la hermosa montaña que se desplazaba así y que se hundía en el verdor de los árboles a medida que se acercaban.

Por fin, llegaron al reflejo verde que producían las masas arbóreas de la isla en el agua del lago y navegaron por su espacio. Entonces sonó desde Hul la campanita que colgaba entre los cuatro postes llamando a la oración de la tarde. Los dos remeros sacaron inmediatamente los remos del agua y rezaron en silencio un avemaria, mientras la balsa siguió navegando sola a lo largo de las rocas grises que se adentraban en el lago. En las montañas de alrededor se veía aquí y allá una luz errante. En el lago se habían formado unas franjas, algunas de las cuales brillaban e incluso lanzaban chispas, aunque el sol ya se había puesto hacía bastante tiempo. Por el aire llegaban los sonidos continuos y afanosos de la campanita, que parecía tocada por manos invisibles, pues Hul no se veía y alrededor del lago no había un solo trozo de tierra que hubiese parecido ni siquiera remotamente habitado por personas.

—En el convento de la ermita debe de haber también una campana. Creo que es una bonita campana de avemaria —dijo el viejo poniéndose otra vez la gorra y empuñando el remo—, pero nunca la tocan; yo al menos no he escuchado nunca su sonido. Ni siquiera se oyen las campanadas de un reloj. Mi abuelo decía que era muy bonito cuando en el pasado flotaba sobre el lago el tañido de las campanas, entonces vivían todavía los monjes, y atravesaba la luminosa niebla de la mañana y no se sabía de dónde venía; pues habréis visto que hemos rodeado la montaña y que desde Hul no se divisa la isla. Es el alto Orla y dos monjes lo atravesaron una vez que había caído más de un metro de nieve, cuando el lago estaba helado, pero no resistía el peso de una persona y ya no tenían alimentos. Con la ayuda de los criados que llevaban en la embarcación, abrieron un canal en el hielo para que pudiese avanzar la barca, y cuando llegaron a la montaña, subieron hasta la cima y luego bajaron a Huí; pues entre la montaña y el lago no existe ningún sendero. Desde entonces ya han transcurrido más de cien años y raramente se cubre el lago por todas partes con una capa de hielo.

—¿Entonces vivían antes monjes en la isla? —preguntó Viktor.

—Sí —contestó el anciano—. Hace mucho tiempo, aquí llegaron los monjes cuando todavía no había ninguna casa en la orilla del lago y sólo flotaba en sus aguas un árbol que había caído desde las rocas. Pasaron a la isla en balsas y ramas de abeto y construyeron primero la ermita, de la que fue

surgiendo poco a poco el convento y más tarde también Huí, donde pescaban gentes cristianas que acudían a la ermita a oír misa; pues en aquella época los señores de las tierras de alrededor eran completamente paganos y mataban con sus escuderos a los sacerdotes que venían, desde Escocia con la cruz a convertir infieles. En la isla que eligieron los padres hallaron protección; pues en seguida veréis que aquellas piedras que bajan allí son como una fortaleza. A poco que sople aquí el viento, se agita tanto el agua que puede sepultar en sus olas cualquier barco. Sólo se puede desembarcar en un lugar donde retroceden las rocas dejando una abertura en la que el agua termina en arena fina. Por eso los padres estaban protegidos, como está protegido el viejo que ha elegido la isla para vivir. Por esta razón sólo se pesca por aquí en días tranquilos y de calma como hoy.

Mientras el hombre hablaba así, habían navegado a lo largo de la orilla y se habían aproximado al lugar donde las rocas son más bajas y forman una cala suave y arenosa que asciende hacia un bosque suspendido sobre ella. En cuanto los remeros llegaron a este lugar, lo enfilaron con el espolón de la embarcación y dejaron que ésta tocara fondo en la arena. El viejo bajó y subió la barquita un poco más a tierra firme tirando de la cadena del espolón, para que Viktor pudiese bajar sin mojarse los pies. Éste saltó por la proa de la barca y a continuación lo hizo el lulú.

—Si tomáis el sendero que en seguida aparecerá allí —dijo el anciano—, llegaréis a la ermita. En el lado que da a la Grisel hay también un cobertizo muy sólido, hecho de tablones de madera, que los monjes construyeron en la roca para guardar sus barcas, pero allí no se puede entrar, porque los tablones siempre están cerrados. Y ahora, joven, quedad con Dios, y si no pensáis estar mucho tiempo aquí, y si el propietario de la ermita no os da una barca para hacer la travesía, hacédmelo saber a través del viejo Christoph y yo os volveré a recoger en este lugar. En la ermita no siempre tienen tiempo para enviar una barca.

Mientras tanto, Viktor había sacado de su pequeño monedero el dinero del pasaje y se lo había entregado al hombre. Luego le dijo:

—Hasta la vista, viejo amigo, y si me lo permitís, pasaré a la vuelta por vuestra casa y podréis contarme quizá alguna de vuestras viejas historias.

A la muchacha que permanecía inmóvil en la parte posterior de la barca no se atrevió a decirle nada.

El anciano, sin embargo, contestó:

—¿Cómo pueden gustarle mis historias a un caballero tan joven y culto?

—Quizá más de lo que pensáis y más que las que se pueden leer en los libros —dijo Viktor.

El viejo sonrió porque le gustó la contestación, pero no dijo nada, sólo se agachó, enrolló la cadena corta en el espolón de la barca y se dispuso a partir.

—Quedad con Dios, joven señor —dijo aún, empujó la barca con el pie, subió de un salto a la misma y la embarcación retornó al agua balanceándose. Pocos momentos después Víctor vio cómo los dos remos se elevaban y descendían al compás mientras la barca se deslizaba por la superficie del agua.

Luego subió el repecho de la orilla hasta que pudo divisar todo el lago desde el borde superior. Siguió con la mirada a los que se alejaban, y dijo a su acompañante, como si éste pudiese razonar y entender sus palabras: «Gracias a Dios, hemos llegado a la meta de nuestro viaje. El Señor nos ha traído sanos y salvos, y ahora que sea lo que Él quiera». Dirigió una última mirada a la amplia y espléndida superficie del lago, que empezaba a oscurecerse con el atardecer, luego se volvió y siguió el sendero que tenía delante adentrándose en los arbustos.

El camino conducía al principio cuesta arriba entre arbustos y árboles frondosos, pero luego siguió por terreno llano. La maleza había terminado y sólo había varios arcos muy gruesos plantados con cierto orden en una pradera oscura. Se veía claramente que en otros tiempos había pasado por allí una buena carretera, pero estaba deteriorada e invadida por matojos. Viktor caminó a través del curioso jardín de arcos. Luego pasó por una nueva zona de arbustos y llegó a un lugar extraño. Era como una pradera en la que crecían frutales pequeños y, en parte, raquíuticos. Pero en medio de estos árboles había en la hierba un brocal de pozo de piedra, y entre los troncos se veían enanos de piedra que sostenían en las manos gaitas, liras, clarinetes y otros instrumentos musicales. Algunos estaban mutilados y de uno a otro no iba ningún camino, simplemente estaban de pie en la hierba alta y pujante. Viktor se quedó mirando ese extraño mundo durante unos instantes, luego siguió andando. Desde ese jardín su camino bajó por una vieja escalinata de piedra a una zanja y subió por el lado opuesto. Como en todas partes, había también aquí arbustos, pero detrás de éstos Viktor vio un muro alto sin ventanas, en el que había una reja de hierro y donde terminaba el camino.

Viktor dedujo, no sin razón, que aquélla debía de ser la entrada de la ermita y por eso se acercó a la reja. Cuando llegó, la encontró cerrada y no tenía campana ni aldaba. Se veía claramente que allí estaba la entrada de la casa. Detrás de la reja había una explanada arenosa en la que crecían flores. Junto a la explanada había una casa de la que, sin embargo, sólo era visible la parte anterior, la parte posterior se perdía detrás de los arbustos. Desde la explanada subía una escalera de madera a la primera planta de la casa. Más allá de la explanada, que estaba bordeada de arbustos, debía de comenzar otra vez el lago, pues detrás de la vegetación flotaba la suave y fina bruma que suele formarse sobre las aguas de montaña, y se alzaban las paredes de brillo rojizo de la Grisel.

Mientras Viktor se asomaba a través de las barras de hierro y trataba en vano de encontrar un mecanismo con el que pudiese abrir la reja, salió un hombre viejo de los arbustos y se quedó mirando a Viktor.

—Tened la amabilidad —dijo éste— de abrirme la puerta y de conducirme ante el señor de la casa, si es que este edificio se llama la ermita.

El hombre no respondió nada a estas palabras, se acercó un poco, miró a Viktor durante un rato, y preguntó:

—¿Has venido a pie?

—Hasta Hul he venido a pie —contestó Viktor.

—¿Seguro que dices la verdad?

Viktor se puso colorado, pues nunca había mentido:

—Si no fuese así —contestó—, no lo diría. Si sois mi tío, como casi parece, traigo aquí una carta de mi tutor que os explicará quién soy y que sólo he realizado el viaje a pie hasta aquí por vuestro expreso deseo.

Con estas palabras, el joven extrajo el escrito cuidadosamente guardado como se lo había ordenado su madre adoptiva y lo introdujo a través de las barras de hierro.

El viejo cogió el escrito y lo guardó sin leerlo.

—Tu tutor es un necio y un hombre de pocas luces —dijo—; ya veo que te pareces en todo a tu padre cuando empezó a hacer trastadas. Te he visto venir por el lago en la barca.

Viktor, que no había escuchado en su vida palabras desconsideradas, estaba mudo y esperó a que el otro abriese la puerta.

Pero éste dijo:

—Coge una cuerda con una piedra y ahoga a ese perro en el lago, luego vuelve aquí, que mientras tanto abriré.

—¿A quién debo ahogar? —preguntó Viktor.

—Al perro que traes ahí contigo.

—¿Y si no lo hago?

—No te abriré la puerta.

—Entonces ven, lulú —dijo Viktor.

Con estas palabras se dio la vuelta, bajó corriendo la escalera hasta la zanja, subió por el otro lado, corrió a través del jardín de los enanos, a través del bosque de arces y de los matorrales, y llegó a la cala, donde gritó con todas las fuerzas de las que fue capaz su cuerpo:

—¡Barquero! ¡Viejo barquero!

Pero era imposible que éste pudiese oírle. El disparo de una escopeta no se habría percibido ya a aquella distancia. Como una mosca negra se veía la pequeña embarcación junto a la punta oscura del Orla, que penetraba profundamente en el brillo crepuscular del lago. Viktor sacó su pañuelo, lo ató a un palo y efectuó toda clase de movimientos en el aire para hacerse ver. Sin embargo, no le vieron, y finalmente, mientras todavía agitaba su pañuelo, desapareció la mosca negra detrás de la punta de la montaña. El lago estaba completamente vacío, y Viktor sólo veía el oleaje suavemente espumeante que jugueteaba a lo largo de las rocas de la isla bajo el viento del anochecer que se había levantado.

—No importa... tampoco importa —dijo—; ven lulú, nos pondremos ahí en la orilla entre los arbustos y pasaremos la noche sentados. Mañana aparecerá seguramente alguna barca y la llamaremos con señas.

El muchacho hizo lo que había dicho. Buscó un lugar de hierba seca y corta donde los arbustos densos le resguardaban sin quitarle la vista del lago.

—Ves —dijo—, como es prudente guardar algo por la mañana. Tú ya lo has comprobado por segunda vez en este viaje.

Con estas palabras extrajo dos panes que se había reservado por la mañana en la posada del Afel y empezó a comer una parte y a darle otra parte al perro. Cuando terminó de hacer esto, el caminante, que creía haber alcanzado la meta de su viaje, se sentó hoy por primera vez en el sencillo albergue del cielo abierto y contempló los objetos que había a su alrededor. Las montañas, las bellas montañas que tanto le habían gustado cuando iba hacia ellas, se volvían cada vez más negras y ponían manchas amenazadoras, oscuras y quebradas sobre el lago, donde todavía se distinguía el oro pálido del cielo del anochecer, que, de cuando en cuando, brillaba en los oscuros reflejos de las montañas. Y cada vez se tornaban más extraños a su alrededor los objetos que se envolvían en las sombras de la noche. Las escorias y el oro débil del lago se removían y confundían a menudo, como señal de que allí debía de reinar una suave corriente de aire. Los ojos de Viktor, aunque acostumbrados sólo a las impresiones bellas y alegres del día, no podían apartarse de esa decoloración paulatina de las cosas y de su envolvimiento para el reposo nocturno. El gran cansancio de sus miembros hizo que le pareciese bastante agradable estar sentado en la blanda hierba y protegido por los arbustos. Permaneció así con el lulú a su lado hasta que la oscuridad terminó de tejerse rápidamente sobre el lago, la montaña y el cielo. Entonces decidió tumbarse. Cerró todos los botones de su chaqueta como le había enseñado su madre adoptiva para que no se enfriase, se puso alrededor del cuello el pañuelo que se había quitado durante el día, sacó su impermeable de hule y se lo echó por encima; luego colocó el morral a modo de almohada y puso la cabeza encima cuando ya la oscuridad se alzaba como un muro a su alrededor.

Pronto el deseo de dormir invadió, ahora que se había echado, sus cansados miembros. Los arbustos susurraron cuando llegó la brisa procedente del lago y el oleaje murmuraba ahora claramente de una pared a otra.

En estas impresiones, cuyos efectos se volvían cada vez más débiles, se sumergieron sus sentidos y la consciencia estaba a punto de desaparecer, cuando le despertó un leve gruñido de su perro. Abrió los ojos... a unos pasos delante de él se encontraba una figura humana que se recortaba oscura sobre el agua refulgente del lago. Viktor aguzó la vista para distinguir la figura, pero la silueta sólo revelaba que era un hombre y no pudo determinar si era joven o viejo. La figura estaba completamente quieta y parecía mirar hacia el lago. Viktor se irguió hasta quedar sentado y también permaneció en silencio. Tras un nuevo y más fuerte gruñido del perro, la figura se volvió de repente, y exclamó:

—¿Estáis ahí, señor?

—Aquí está un joven caminante con su perro —dijo Viktor—, ¿qué queréis?

—Que acudáis a la cena, pues casi se ha pasado la hora.

—¿A la cena? ¿A la cena de quién? ¿Y a quién buscáis?

—Busco a nuestro sobrino; pues el tío lleva esperando ya un cuarto de hora.

—¿Sois su acompañante o su amigo?

—Soy su criado, y me llamo Christoph.

—¿Criado del propietario de la ermita, mi tío?

—Del mismo. Él ha recibido ya la noticia de vuestra llegada.

—Pues decidle —respondió Viktor— que pienso permanecer aquí toda la noche y que antes me dejaré colgar una piedra al cuello y arrojar al lago que ahogar al perro que está conmigo.

—Se lo diré.

Con estas palabras el hombre se dio la vuelta e hizo ademán de marcharse.

Viktor le llamó cuando ya se iba:

—Christoph, Christoph.

—¿Qué queréis, señor?

—¿No hay en la isla otra cosa, o una cabaña o cualquier otro sitio donde poder pasar la noche?

—No, no hay nada —contestó el criado—, el antiguo convento está cerrado, la iglesia también, los almacenes abarrotados de aperos viejos y también cerrados, y aparte de eso no hay nada.

—Está bien —dijo Viktor—; de todos modos no visitaré la casa de mi tío... de esa casa no exijo protección. Me parece que el viejo barquero que me trajo hasta aquí mencionó vuestro nombre y dijo que a veces ibais a Hul.

—De allí traigo nuestras vituallas y otras cosas.

—Entonces escuchadme, os pagaré generosamente si esta noche me lleváis en barca a Hul.

—Y aunque me pagaseis más de lo que yo quisiera pedir, sería tres veces imposible. En primer lugar, todas las barcas están en el cobertizo, la puerta está cerrada y cada barca está amarrada a su poste con una cadena y un candado del que no tengo la llave. En segundo lugar, aunque hubiese una barca, no habría barquero. Os lo explicaré. ¿Veis allí, hacia el Orla, las manchas blancas que hay sobre el lago? Son manchas de niebla que, por así decirlo, se han posado encima de las piedras de la orilla del Orla. Nosotros las llamamos los gansos. Y cuando los gansos están sentados allí en fila, es señal de que viene la niebla. Cuando cesa la brisa vespertina, que es el viento que sale de los barrancos cuando se pone el sol, entonces el lado se cubre en media hora de niebla y es imposible

saber hacia dónde debe dirigirse la embarcación. Debajo del agua discurren las crestas de las montañas, que a menudo apenas están cubiertas. Si uno chocase contra una de esas crestas y la embarcación hiciese agua, tendría que bajar y esperar de pie en el agua a que alguien le viese por la mañana. Pero no le vería nadie porque los pescadores nunca se acercan a las crestas. ¿Lo comprendéis, señor?

—Sí, lo comprendo.

—Y en tercer lugar, no puedo llevaros, porque sería un criado infiel: El señor no me ha dado orden de conducirlos a Hul, y si no lo hace no puedo llevaros.

—Bien —contestó Viktor—, entonces me quedaré sentado aquí hasta que mañana se acerque una embarcación lo suficiente para que pueda llamarla con señas.

—Lo malo es que ninguna embarcación se acerca tanto —contestó el criado—; por nuestro lago no hay tráfico de mercancías, porque el único camino que continúa desde la otra orilla es un sendero que atraviesa la Grisel y los viajeros se dejan llevar hasta ese sendero, que está situado en el lado opuesto a nuestra isla. Además, el oleaje que hay en las orillas es tan fuerte que pocos peces las frecuentan y las barcas raramente se acercan tanto. Podrían pasar ocho días o más antes de que vieséis una.

—Entonces mi tío tendrá que ordenar que me lleven mañana a Huí, porque he venido aquí por deseo suyo y no quiero quedarme aquí más tiempo —dijo Viktor.

—Puede ser que lo haga —contestó el criado—, no lo sé, pero ahora os está esperando con la cena.

—¿Cómo puede esperar —dijo Viktor— si pretendía que ahogase a mi lulú, si dijo que no me abriría si no lo hacía, y cuando vio cómo me marchaba, no me llamó para que volviese?

—Todo eso lo ignoro —contestó Christoph—, pero vuestra llegada se conocía en la ermita y os habían puesto un cubierto en la mesa. El señor me ha encargado que os llame porque no conocéis la hora de la cena, aparte de eso no ha dicho nada. Pero como yo había visto que os marchabais corriendo de la verja, cuando me encargó que os llamase para la cena, pensé que os encontraría en este lugar. Al principio, como no os veía, creí incluso que os habíais ido otra vez por el lago, pero eso era imposible, pues, cuándo llegasteis aquí, el hombre que os trajo tenía que haber desaparecido ya detrás de la punta del Orla.

Como Viktor no contestó nada, el hombre permaneció todavía un rato en el sitio y luego prosiguió:

—El señor habrá empezado ya a cenar, pues tiene un horario fijo del que no se aparta.

—Esa cuestión me es indiferente —contestó Viktor—, él puede comer y saciarse, yo no exijo nada de su cena; pues yo y mi lulú hemos comido ya los panes que me había guardado.

—Está bien, entonces debo volver y anunciárselo —siguió diciendo el criado—, pero debéis tener en cuenta que, como vos mismo dijisteis antes, habéis venido porque lo deseaba vuestro tío, que, por tanto, éste desea hablar con vos y que vos mismo hacéis que esto sea imposible si pasáis la noche a la intemperie en el territorio de su casa.

—Yo quería ir a verle —respondió Viktor—, quería hablar con él y saludarle respetuosamente; la madre dijo también que era conveniente y el tutor me lo ordenó; pero antes que hacer algún daño al animal que me ha buscado y acompañado poniendo en peligro su vida, prefiero soportar daños y hasta la muerte.

—No le sucederá nada al animal —dijo Christoph—; el señor sólo os dio un buen consejo; no le

importa que no lo sigáis. Estoy seguro de que ya no piensa en ello, si no no me habría enviado para que os llevase a cenar.

—Si podéis garantizarme que no le sucederá nada al perro, iré con vos —dijo Viktor.

—Os lo puedo garantizar —contestó el criado—; el señor ha olvidado ya el pequeño detalle del perro y no le hará nada.

—Entonces vamos, querido lulú —dijo Viktor levantándose.

Con manos casi temblorosas, sacó de su morral una cuerda de las que solía llevar siempre consigo de reserva para cualquier eventualidad y la sujetó a la anilla del collar que llevaba el lulú. A continuación, se echó el morral al hombro, recogió su bastón del suelo y siguió al viejo Christoph, que le condujo por el mismo camino que había recorrido al atardecer y por el que había vuelto luego corriendo. Le habría resultado difícil encontrarlo en la noche, si no le hubiese precedido el viejo. Caminaron a través de los matorrales, de los arces, del jardín de los enanos, cruzaron la ancha zanja y llegaron a la verja. Christoph extrajo de su bolsillo un pequeño objeto que Viktor tomó por una llave; pero era un silbato con el que el criado dio un silbido estridente. Inmediatamente se abrió la puerta movida por manos invisibles —Viktor no comprendió cómo— y se cerró estrepitosamente detrás de ellos. Viktor contempló la casa desde la explanada de arena en la que se encontraban. En la fachada sólo, estaban iluminadas tres ventanas, dos en la primera planta y una en la planta baja, el resto estaba a oscuras. Christoph condujo al joven desde la explanada, por la escalera de madera, que estaba bien cubierta, a la primera planta. Llegaron a un corredor y desde éste a la habitación a la que pertenecían las dos ventanas iluminadas. En la habitación, Christoph dejó solo al joven sin decir una palabra y volvió a salir caminando hacia atrás. En la mesa de esa habitación estaba sentado el tío de Viktor comiendo completamente solo. Al atardecer, cuando Viktor le había visto por primera vez, llevaba una chaqueta amplia gris, ahora se la había quitado y estaba enfundado en una amplia bata floreada y llevaba un bonete rojo con un galón dorado en el borde.

—Yo ya voy por los cangrejos —dijo al joven que acababa de entrar—, has tardado demasiado, yo tengo mis horas fijas como lo exige la salud y no me aparto de ellas. En seguida te traerán algo. Siéntate en la silla que está enfrente de mí.

—La madre y el tutor os envían muchos recuerdos —empezó Viktor quedándose de pie con el morral al hombro, pues primero quería comunicar los recados de sus parientes y luego presentarle sus respetos.

El tío hizo, sin embargo, un movimiento rotundo con ambas manos, en cada una de las cuales sostenía un trozo de cangrejo, y dijo:

—Sé perfectamente lo que vas a decirme, así que empieza por estar aquí a donde te he llamado y donde te reconozco como a la persona a la que he llamado. Ahora estamos cenando, así que siéntate y come. Lo que haya que hacerse, ya se hará.

Viktor dejó su morral en una silla, apoyó el bastón en un rincón, y luego se dirigió a la silla que le había sido designada llevando de la cuerda al lulú. El viejo frente al que estaba sentado mantenía su delgado rostro inclinado sobre el plato y el rostro enrojecía mientras comía. Desmenuzaba con gran habilidad los cangrejos, desprendía la carne y chupaba el jugo del caparazón y de las patas. El joven había perdido el ánimo benévolo que había traído y permanecía en silencio frente al pariente que también proseguía concentrado en silencio en su cena. Sobre la mesa había varias botellas largas de distintas formas y colores en las que debía de haber distintos vinos y de las que ya debía de haber bebido el tío, pues al lado de cada botella había una extraña copa con un pequeño resto de vino en el

fondo. Sólo quedaba una botella junto al plato, y de cuando en cuando el viejo se echaba un traguito en una copa alta, pequeña, de vientre verde. A Viktor le habían servido mientras tanto la sopa, que tomaba con la mano derecha mientras con la izquierda apretaba contra su rodilla la cabeza del lulú, que estaba sentado a su lado. En tanto que tomaba su sopa, una mujer vieja le había ido trayendo tantos manjares que se quedó maravillado. Comió hasta hartarse y dejó el resto. El tío no le había ofrecido ninguno de los vinos, y Viktor, que de todos modos detestaba el vino, bebió del agua que renovaba a cada instante en una bonita botella de cristal la misma mujer que atendía la mesa, y descubrió que nunca había probado un agua tan excelente, fresca, pura y fuerte. Mientras saciaba su hambre, el tío comió todavía un trozo de queso, luego diversas frutas y dulces. A continuación, el viejo llevó con sus propias manos los platos con los postres, sobre los que había colocado campanas de cristal, a unas alacenas que había en las paredes y los guardó. Luego echó los restos de vino en sus correspondientes botellas y guardó éstas en otros armarios parecidos.

En el lugar de la habitación en el que había estado sentado el tío durante la comida, estaba extendida una tupida alfombra, y encima de ésta estaban tumbados tres perros gordos y viejos a los que el anciano daba de cuando en cuando una pata de cangrejo, una almendra o algún dulce. Cuando Viktor entró con el lulú, los tres perros gruñeron y durante la cena, cada vez que el muchacho daba algo de comer al pobre lulú, hacían una mueca de desprecio y refunfuñaban levemente.

Mientras el tío estaba ocupado con su cena, no había hablado con Viktor, como si no hubiese tenido tiempo para otra cosa; pero ahora dijo:

—¿Así que has vuelto a traer al viejo esqueleto? Cuando se tiene un animal hay que poder alimentarlo. Te di el consejo de que lo arrojases al lago, pero no me has hecho caso. Nunca me han gustado los perros de los estudiantes; son como almas en pena. Y precisamente esa gente se empeña siempre en tener perros. ¿De dónde lo has sacado y cómo lo has traído a mi casa sin darle de comer por el camino?

—Es el perro de mi madre adoptiva, tío —dijo Viktor—, no lo he sacado de ningún sitio, no lo he comprado, ni cambiado por algo; a los tres días de marcharme, me siguió. Debió de correr mucho, algo a lo que no estaba acostumbrado en su vida anterior; también ha debido de pasar mucho miedo y para eso tampoco tuvo nunca motivo en la casa de la madre adoptiva; y por eso en los días que siguieron se quedó tan delgado como no lo había estado nunca, aunque yo le daba todo lo que quería. Permittedme por eso que lo tenga conmigo en vuestra casa para que pueda devolvérselo a mi madre adoptiva, de lo contrario tendré que regresar inmediatamente y entregárselo.

—¿Entonces ha estado todo el tiempo contigo, de día y de noche?

—Por supuesto.

—Qué raro que no te pegase una dentellada.

—Él no haría nunca eso. ¿Cómo iba a ocurrírsele? Cuando yo descansaba o dormía, se tumbaba a mis pies, colocaba encima su cabeza, y antes de abandonarme o de hacerme algún daño, se moriría de hambre.

—Entonces dale de comer y no olvides el agua, no vaya a ponerse furioso.

Cuando terminaron de comer, la vieja se fue llevando poco a poco las fuentes, los platos y otros restos de la cena; entonces vino también Christoph, al que Viktor no había vuelto a ver desde que llegara con él.

El tío dijo al criado que entraba:

—Ciérrales bien la puerta del establo para que no salga ninguno, pero deja que paseen un poco

por la arena.

Al oír estas palabras, los tres perros se levantaron como ante una señal conocida. Dos de ellos siguieron a Christoph voluntariamente, el tercero tuvo que ser sacado a rastras por el criado.

—Yo mismo te enseñaré tu dormitorio —dijo el tío a Viktor.

Con estas palabras se dirigió al fondo de la habitación que estaba más oscuro, porque sólo ardía una vela encima de la mesa. Allí cogió de un estante, o de otro sitio que no se podía distinguir, una palmatoria, regresó, encendió la vela de la palmatoria, y dijo:

—Ahora sígueme.

Viktor cogió el morral por una de las correas, tiró de la cuerda a la que estaba atado el lulú y echó a andar detrás de su tío. Éste le condujo por la puerta a un pasillo en el que había varios armarios muy viejos, luego doblaron a otro pasillo y finalmente a un tercero que estaba cerrado con una reja de hierro. El tío abrió la reja, precedió a Viktor unos cuantos pasos más, abrió una puerta, y dijo:

—Aquí están tus dos aposentos.

Viktor entró en dos habitaciones, de las cuales la primera era más grande, la segunda más pequeña.

—Puedes encerrar al perro en la cámara contigua para que no te haga nada —dijo el tío— y cierra las ventanas, que no entre el aire de la noche.

Con estas palabras encendió la vela que estaba sobre la mesa de la primera habitación y se marchó sin más. Viktor oyó cómo se cerraba la reja del pasillo, luego se alejaron las pisadas furtivas de las pantuflas y un silencio de muerte se hizo en la casa. Para cerciorarse de que, en lo referente a la reja, había oído bien, Viktor salió al pasillo a echar una mirada. Efectivamente, la reja estaba cerrada con llave.

«Pobre hombre», pensó Viktor, «¿acaso me temes?»

Luego colocó la vela que había sacado al pasillo encima de la mesa, junto a la palangana de estaño, y se acercó al ventanal enrejado. Éste constaba de dos ventanas embutidas en un alféizar de piedra. Como el cristal estaba abierto, Viktor vio la noche a través de la reja y la presión que pesaba sobre, su alma empezó a desaparecer. Era un firmamento pálido, adornado con pocas estrellas, el que se asomaba a su habitación. Una punta de la luna creciente debía de encontrarse detrás de la casa, pues Viktor vio cómo brillaba su débil luz en las hojas de un árbol que había delante de la casa, pero las montañas que estaban enfrente aparecían completamente oscuras. Reconoció en seguida la Grisel, que tantas veces había sido nombrada a lo largo de aquel día. Se recortaba como una silueta negra y plana sobre el cielo plateado, se abría hacia abajo y en su proa lucía una estrella como una condecoración terrenal.

Viktor estuvo un largo rato contemplando la noche.

«¿En qué dirección», pensó, «se encontrará el valle de mi madre y la querida casa que brilla entre los arbustos oscuros?»

Las interminables curvas del camino al lado del Afel y los laberínticos pasillos de la casa le habían hecho perder el sentido de la orientación.

«Ahora también brillarán allí las estrellas, el saúco estará quieto y se oirá el murmullo de las aguas. Madre y Hanna dormirán o estarán sentadas todavía alrededor de la mesa en la que han tomado la cena, haciendo alguna labor y recordándome o quizá hablando de mí.»

Delante de las ventanas de su cuarto debía de correr también algún río, uno mucho más grande

que el arroyo de su valle materno, pero no podía verlo, pues encima flotaba una niebla blanca y tranquila que por arriba estaba cortada por una línea horizontal y sólida.

«Desde mi habitación no se asoma ahora nadie a ver las chispas que refulgen en el afanoso arroyo, ni los árboles que hay alrededor o las montañas por las que suben las praderas.»

Mientras miraba afuera, empezó a entrar poco a poco el aire frío y húmedo de la noche a través de las ventanas. Viktor las cerró y, antes de acostarse, inspeccionó también la segunda pieza. Era como la primera, sólo que no tenía cama. El retrato ennegrecido de un monje le miraba desde un nicho. Viktor cerró también aquí la estrecha ventana y regresó a la habitación donde estaba su cama. Durante todo el tiempo había llevado al lulú tras de sí atado a la cuerda; pero ahora deshizo el nudo de la anilla, le quitó el collar, y dijo:

—Échate donde quieras, lulú, nosotros no nos cerraremos mutuamente el paso.

El perro se le quedó mirando y parecía querer decir que todo aquello le resultaba extraño y que no sabía dónde estaba.

Viktor echó entonces el cerrojo de su cuarto y se desvistió. Mientras se quitaba la ropa, recordó que aquella noche sólo había visto a tres personas en toda la casa, y que todas ellas eran viejas.

Después de rezar antes de acostarse, tan concienzudamente como lo había hecho siempre desde los primeros días de su infancia, se tumbó en la cama. Todavía dejó la vela encendida en la mesilla de noche, hasta que los párpados se le hicieron demasiado pesados y empezó a quedarse dormido. Entonces apagó la vela y se volvió hacia la pared.

El lulú se instaló como de costumbre a los pies de la cama, no le causó ninguna molestia, y para aquellos dos seres fatigados la noche fue como un instante.

ESTANCIA

Cuando Viktor se despertó a la mañana siguiente, se asustó del espectáculo espléndido que se ofrecía a su vista. La Grisel se alzaba a lo lejos refulgiendo y brillando en todas sus grietas, y aunque por la noche le había parecido que era la montaña más alta, ahora la acompañaban otras más altas que no había visto en la oscuridad y que relucían con tonalidades suavemente azules y mostraban numerosas manchas de nieve que se acurrucaban como cisnes blancos en las grietas. Todo brillaba y centelleaba, árboles enormes se erguían delante de la casa chorreando agua como no lo había visto nunca, la hierba goteaba, por todas partes descendían grandes sombras, y todo se reflejaba en el lago, que, después de barrido hasta el último copo de niebla, se extendía como el más delicado espejo. Viktor había abierto las ventanas de par en par, y asomaba su rostro joven a través de los barrotes de hierro. Su asombro era extraordinario. El tumulto de luces y colores que reinaba alrededor formaba con el silencio de muerte de las enormes masas montañosas el más acusado contraste. No se veía un alma, tampoco delante de la casa; sólo cantaban de cuando en cuando algunos pájaros en los arcos. Qué bullicio matinal debía de haber en todas aquellas alturas, pero no se podía percibir porque estaban demasiado lejanas. Viktor asomó la cabeza todo lo que pudo para mirar alrededor. Vio una parte considerable del lago. Todo él estaba rodeado de paredes y el joven no pudo adivinar por dónde había entrado. El sol había salido también por un lugar completamente distinto del que había esperado, es decir, detrás de la casa, y sus ventanas estaban todavía en sombra, lo que aumentaba el

efecto de la luz de las paredes situadas enfrente. Con la luna, de la que, a juzgar por su luminosidad, había pensado que sólo era una delgada hoz, también estaba equivocado; pues ahora se hallaba todavía en el cielo como media luna y descendía hacia los picachos de las montañas. Viktor no conocía todavía el efecto de las luces en las montañas. Qué torrente de luz habría tenido que caer sobre las lejanas paredes para que éstas se hubiesen iluminado como la torre de la iglesia de su pueblo, que, bajo la luz de la luna, resplandecía tan blanca y nítida en la oscuridad de la noche. Aunque el sol ya estaba bastante alto, el aire que entraba a raudales por las ventanas era de una frialdad y humedad a la que no estaba acostumbrado en su pueblo; sin embargo, no le molestaba, pues al mismo tiempo era tan firme y duro que estimulaba todos sus sentidos.

Por fin se retiró de la ventana y empezó a sacar las cosas de su mochila para vestirse de manera distinta de como lo había estado durante el viaje; pues hoy, pensó, hablaría el tío con él y le explicaría por qué le había hecho venir a aquella isla solitaria. Sacó ropa limpia, cepilló el polvo del segundo traje que llevaba consigo, además del traje del viaje, utilizó con generosidad el agua cristalina que había en la jarra de estaño para lavarse el polvo del viaje y se vistió con la armonía y el decoro que había aprendido en la impecable casa de su madre adoptiva. Incluso había peinado y cepillado antes al lulú, que era un huésped tan poco grato al dueño de aquella casa. Luego le puso de nuevo el collar y ató la cuerda a la anilla. Cuando los dos estuvieron listos, abrió la puerta y se dispuso a ir a buscar al tío a la habitación donde habían estado sentados por la noche. Pero cuando estaba en el pasillo, recordó que hoy había olvidado por primera vez rezar su oración matinal. Sin duda, había ocurrido bajo el efecto de las grandes y desconocidas impresiones de aquella mañana. Por eso volvió de nuevo a la habitación, se puso junto a la ventana y pronunció las sencillas palabras que había ideado hacía tiempo en secreto con este fin. Después se puso por segunda vez en camino para ir a buscar al tío.

La verja de hierro del pasillo no estaba cerrada, el joven la franqueó y encontró sin dificultad el pasillo desde el que había sido conducido ayer al comedor, pero el pasillo no tenía ninguna puerta que hubiese podido llevarle a un aposento, sólo se encontraban en él los numerosos armarios que ya había visto la noche anterior a la luz de la vela al irse a dormir. Las ventanas del pasillo estaban cerradas con tablas que sólo dejaban una pequeña abertura en la parte superior, para que entrase la luz a través del cristal, como si en aquellos pasillos se temiese la libertad y claridad de la luz y se desease la oscuridad. Mientras Viktor estaba buscando, salió de uno de los armarios la mujer vieja que había servido la cena ayer. Llevaba tazas y cuencos y volvió a entrar en otro de los armarios. Cuando Viktor se acercó al armario por el que había salido, descubrió que éste tenía en la pared posterior la puerta por la que había llegado hasta su tío, como comprobó por la anilla y la aldaba que había visto el día anterior a la luz de la vela. Llamó suavemente con la aldaba, y, a una voz de dentro que sonó «adelante», abrió y entró. En efecto, había llegado al comedor de la noche anterior y encontró al tío.

Los numerosos armarios idénticos que quizás se habían encontrado en todo el edificio parecían haber sido colocados en el pasillo con el único fin de evitar que alguien que hubiese querido entrar por una puerta con malévolas intenciones hubiese logrado su propósito, pues habría tenido que emplear un tiempo valioso para examinar los armarios auténticos y los falsos. Con el mismo fin de una mayor seguridad, parecían haber sido oscurecidos los pasillos.

El tío llevaba hoy la amplia chaqueta con que le había visto Viktor la víspera junto a la verja de hierro. Ahora estaba de pie sobre un taburete y sostenía en la mano un pájaro disecado del que quitaba el polvo con un pincel.

—Hoy te daré el horario de mi casa, escrito por Christoph, así podrás regirte por él; yo ya he

tenido que tomar mi desayuno porque era la hora —dijo a Viktor sin saludo previo ni otra clase de bienvenida al entrar.

—Os deseo que tengáis un buen día, tío —dijo Viktor—, y os pido perdón por haber llegado tarde al desayuno, no sabía a qué hora era.

—Naturalmente que no podías saberla, simple, y nadie pretendía que la supieses. Echa agua al perro en aquella artesa.

Con estas palabras bajó del taburete, se dirigió hacia una escalera, subió a la misma y puso el pájaro en el estante superior de una vitrina. Luego sacó otro pájaro y empezó a someterlo al mismo cepillado.

Viktor vio ahora, a la luz del día, lo delgado y decrepito que estaba el hombre. Los rasgos no expresaban benevolencia ni simpatía, sino que eran herméticos como los de alguien que se defiende y se ha amado a sí mismo durante incontables años. La chaqueta se bamboleaba alrededor de los brazos y el cuello asomaba de la misma enrojecido y arrugado. Las sienes estaban hundidas y el pelo hirsuto, aún no del todo gris, formaba una mezcla de muchos colores discordantes y no había sido acariciado por ninguna mano amorosa desde que empezó a crecer. Los ojos que miraban por debajo de las cejas caídas estaban fijos en la pequeña silueta del pájaro muerto. El borde superior de la chaqueta estaba muy sucio y por la manga asomaba un trozo de camisa que también estaba más sucio que los que jamás había visto Viktor en la casa de su madre adoptiva. Y por todas partes había cosas sin vida o estropeadas alrededor del hombre. En la habitación se encontraban numerosas estanterías, cajones, clavos, cuernos de ciervo y otras cosas parecidas de las que colgaba algo o que tenían algo encima. Pero todo era conservado con tanto afán que por todas partes se había depositado el polvo y muchas cosas no se habían movido del sitio durante años. En los collares de los perros que colgaban en un manojo, había polvo por dentro; los pliegues de las bolsas de tabaco estaban rígidos y no se habían movido desde tiempos inmemoriales; los tubos de la colección de pipas estaban abiertos y los papeles que había debajo de los innumerables pisapapeles estaban amarillos. La habitación, que en lugar de techo tenía una bóveda, de arista, había estado pintada originalmente, pero el color de sus luces y sombras había adquirido una tonalidad oscura, añeja y uniforme. En el suelo había una alfombra descolorida y sólo donde el hombre solía estar sentado durante las comidas, había sido colocada una más nueva y pequeña de colores llamativos. Ahora se estaban revolcando los tres perros encima de ella. La aparición de Viktor en la habitación de aquel hombre viejo creaba el más vivo contraste. Su bello rostro reflejaba una inocencia casi virginal, estaba lleno de ganas de vivir y de fuerza, los cabellos oscuros estaban bien ordenados alrededor del mismo y su traje estaba tan pulcro como si acabase de salir de unas cariñosas manos maternas.

El joven se quedó parado al entrar en la habitación y miró al tío. Éste continuó con su tarea como si no estuviese nadie presente. Debía de hacer mucho tiempo que no hacía aquella limpieza y seguramente se había puesto a hacerla a primeras horas de la mañana; pues ya estaban limpios numerosos pájaros y los otros seguían todavía completamente grises de polvo detrás de sus cristales. La mujer vieja que había pasado antes delante de Viktor sin dirigirle la palabra, trajo ahora una bandeja con un desayuno y la puso, también en silencio, encima de la mesa. Viktor dedujo que era para él, pues la mujer lo había traído cuando él había entrado. Por eso se sentó a la mesa y comió sólo la cantidad que solía tomar por la mañana; pues en la bandeja había mucho más de lo que necesitaba. Era un desayuno como son habituales en Inglaterra, con té, café, huevos, queso, jamón y asado de vaca frío. El spitz se llevó la mejor parte; pues Viktor le dio más de lo que había recibido

jamás para desayunar.

—¿Has echado ya agua en la artesa? —preguntó el tío.

—No —respondió Viktor—, lo olvidé de momento, pero en seguida lo hago.

Efectivamente, el joven había olvidado el deseo del tío mientras le contemplaba. Por eso cogió la gran jarra de cristal que había sobre la mesa y que contenía la misma extraordinaria agua de manantial de la víspera y echó parte de ella en una pequeña artesa de madera bien tallada que había junto a la pared, al lado de la puerta. Después de que el lulú hubo bebido, el tío dejó su tarea y llamó a sus perros para que se acercasen al agua; pero como ninguno mostró tener ganas porque probablemente ya les habían dado de beber, el tío empujó hacia abajo una palanca que sobresalía de la pared de la artesa, después de lo cual se abrió en el suelo del recipiente una plancha de metal y dejó salir el líquido. Viktor sintió casi ganas de sonreír al ver ese dispositivo; pues en su casa era todo más sencillo y natural, el lulú estaba siempre al aire libre, bebía en el arroyo y tomaba su comida debajo del manzano.

—Quizás te enseñe algún día el retrato de tu padre —dijo el tío—, para que veas por qué te reconocí en seguida.

Tras estas palabras, el viejo subió de nuevo a la escalera y sacó otro pájaro. Viktor se quedó en la habitación esperando a que el tío empezase a hablar con él sobre el motivo de su venida. Pero éste no lo hizo y siguió limpiando sus pájaros. Al cabo de un rato dijo:

—El almuerzo es a las dos en punto. Pon tu reloj en hora por ése de ahí y no te retrases.

Viktor se sorprendió y preguntó:

—¿Entonces no desearéis hablarme antes de esa hora?

—No —contestó el tío.

—En ese caso saldré para no molestaros en vuestros asuntos y contemplaré el lago, las montañas y la isla.

—Haz lo que te plazca —dijo el tío.

Viktor salió rápidamente, pero encontró cerrada la puerta de la escalera de madera. Por eso regresó a la habitación y pidió a su tío que mandase abrir la puerta.

—Yo mismo te abriré —dijo éste.

Dejó su pájaro en una mesa, salió con Viktor, sacó una llave de su chaqueta gris y abrió con ella la puerta de la escalera de madera, que volvió a cerrar inmediatamente detrás del muchacho.

Éste bajó por la escalera a la explanada de arena. Aquí un torrente de luz deslumbró sus contentos ojos y se volvió un poco a contemplar la casa desde fuera. Era un edificio sólido y oscuro de una sola planta, en la que había dormido la noche pasada. Reconoció sus habitaciones por las ventanas abiertas, pues todas las demás estaban cerradas y lucían por todas partes los bonitos colores de la acción del paso del tiempo. Todas se encontraban detrás de fuertes rejas de hierro. La puerta principal estaba atrancada y la escalera de madera cubierta que descendía a la explanada de arena parecía ser la única entrada. Qué distinto era todo en su casa, donde las ventanas estaban abiertas, donde las suaves y blancas cortinas se movían con el viento y se podía ver desde el jardín el alegre fuego de la cocina.

Viktor dirigió ahora sus ojos hacia el espacio libre que se abría delante de la lúgubre casa. Era el espacio más amable de aquel lugar. En la parte posterior, a los lados de la casa, tenía árboles altos, su suelo estaba cubierto de arena, tenía aquí y allá un banquito, varios macetones con flores y desembocaba hacia el lago en un verdadero jardín de flores y luego en arbustos. A ambos lados había árboles y matorrales. Viktor deambuló por aquel lugar, y el aire y los rayos del sol le hicieron

mucho bien.

Pero luego siguió andando, deseoso de descubrir nuevas cosas. Le había llamado la atención una vetusta avenida de tilos que se alejaba del edificio del tío. Los árboles eran tan altos y densos que el suelo que había debajo de ellos estaba húmedo y la hierba se teñía con el verde más bello y delicado. Viktor avanzó por el centro de esa avenida. Llegó a otro edificio cuya ancha y alta puerta estaba cerrada y oxidada. Sobre el arco de la puerta figuraban los símbolos pétreos de la soberanía eclesiástica, el báculo y la mitra, junto a las armas del escudo del lugar. Al pie del arco y de toda la puerta de madera crecía hierba blanda y espesa, prueba de que hacía tiempo que por allí no pasaba nadie. Viktor vio que a través de aquella puerta no podía entrar en el edificio, por eso caminó por fuera a lo largo del mismo y lo contempló. La construcción era un cuadrado gris con cubierta de tejas casi negra. Los exuberantes árboles de la isla habían rebasado ampliamente su altura. Las ventanas tenían rejas, pero detrás de la mayoría de éstas había tablas grises deslavadas por la lluvia en lugar de cristales. Había todavía una puertecita que conducía a la casa, pero estaba atrancada como la entrada principal. Más allá había un muro alto que probablemente rodeaba el conjunto formado por los edificios y el jardín, y tenía como entrada la verja de hierro del tío. En un ángulo saliente del muro se hallaba el huerto del convento, desde el cual se veían las dos torres gruesas pero extraordinariamente bajas de la iglesia. Los árboles frutales estaban muy asilvestrados y sus ramas estaban a menudo desgajadas. El presente floreciente y eternamente joven que rodeaba el lugar contrastaba con aquel pasado triste. Las altas paredes de las montañas contemplaban con su alegre y atenuado color la verdeante isla cubierta de plantas y su calma era tan grande y dominante que los edificios ruinosos, esa huella de un pasado humano desconocido, no eran más que un puntito gris que pasa desapercibido en esa vida floreciente y pujante. Oscuras copas de árboles arrojaban ya sus sombras encima, las enredaderas trepaban por el muro y se asomaba en las alturas una fiesta de oro y plata.

Viktor habría recorrido de buena gana toda la isla, que no debía de ser grande y que habría deseado explorar, pero comprendió que el antiguo convento, con todos los edificios anejos y jardines, estaba rodeado de un muro, aunque sus piedras se ocultasen a menudo detrás de arbustos florecientes. Volvió de nuevo a la explanada. Allí permaneció un buen rato delante de la puerta de la verja, examinó los barrotes de hierro y trató de abrir el cerrojo. Detestaba tener que subir a pedir al tío que mandase que le abriesen la puerta. Aparte de los dos viejos criados, el anciano Christoph y la mujer vieja, el edificio parecía estar desierto. Por eso se apartó de la verja y avanzó por la explanada hacia el lago para contemplar el agua desde la orilla rocosa, si es que había una en aquel lugar. Cuando llegó a su borde extremo vio que la orilla era rocosa y de una enorme altura. Abajo, el agua bordeaba suavemente la playa; enfrente se alzaba la Grisel, que emergía apaciblemente del lago espejeando sus piedras blancas y sus brillos en el agua. Y al contemplar los muros de las montañas de alrededor, ante los que se desplegaba el agua oscura e inmóvil, se sintió como encarcelado y casi atemorizado. Trató de encontrar un lugar para bajar al agua, pero la pared, azotada por lluvias y tormentas, era lisa como el hierro y cerca del agua formaba incluso un entrante y se abovedaba. «Qué altas tienen que ser las paredes de la Grisel», pensó Viktor, «que vistas desde aquí se elevan al cielo como palacios, mientras que cuando veníamos hacia aquí, la orilla rocosa de la isla parecía una franja de arena blanca».

Después de permanecer allí un rato, recorrió el borde para llegar al muro circundante situado junto al convento. Cuando llegó allí, vio que el muro descendía a plomo al agua. Luego dio media

vuelta y caminó de nuevo a lo largo del borde hacia el muro situado en el lado opuesto del convento. Pero antes de llegar allí, encontró una oquedad que parecía la puerta de un sótano y que dejaba ver al fondo unos peldaños que descendían. Viktor pensó que podía ser una escalera que conducía al lago, quizás para coger agua. En seguida tomó aquel camino que bajaba, que era como la escalera abovedada de un sótano y que conducía hacia abajo con innumerables escalones. Al poco rato llegó al agua y quedó asombrado cuando, en lugar de un sencillo lugar para coger agua, como el que sería, por ejemplo, necesario para regar las plantas, descubrió una auténtica sala acuática. Cuando salió de la oscuridad de la escalera vio dos paredes laterales hechas de grandes sillares que se adentraban en el lago y que tenían zócalos de piedra en sus lados, de manera que se podía caminar por ellos al lado de la superficie del agua, que formaba el suelo de la sala. Arriba había una techumbre sólida, los muros no tenían ventanas y toda la luz entraba por la pared que daba al lago y que era una barrera de gruesos tablones de encina. La cuarta pared, o sea la posterior, estaba formada por la roca de la isla. Numerosas estacas estaban clavadas en el fondo del agua y algunas tenían amarrada una barca con un candado de hierro. El espacio era muy grande y en otro tiempo debía de haber alojado muchas embarcaciones, como lo mostraba el desgaste de las argollas de hierro de las estacas; pero ahora ya sólo había allí cuatro barcas bastante nuevas y bien construidas que estaban amarradas a las argollas con cadenas y candados. La barrera tenía cuatro puertas para salir al lago, pero todas estaban cerradas y las tablas se hundían profundamente en el agua.

Viktor se detuvo y contempló los destellos verdes del lago que brillaban entre los tablones negros de madera de encina. Luego se sentó en el borde de una barca para examinar con la mano la temperatura del agua del lago. No estaba tan fría como había pensado por su transparente claridad. Desde su infancia la natación había sido una de sus más queridas diversiones. Por eso cuando supo que la casa de su tío se encontraba en una isla, había guardado su traje de baño en la mochila para dedicarse a menudo a ese ejercicio. Lo recordó inmediatamente en aquella sala acuática y empezó a buscar con los ojos los lugares más adecuados para realizar los futuros ejercicios natatorios, pero en seguida se dio cuenta de que era imposible; pues donde estaban amarradas las barcas el agua no era bastante profunda, y donde sí lo era, se hundían los tablones en el agua. Pasar a través de los mismos tampoco era posible; pues estaban tan juntos que ni el cuerpo más delgado habría podido colarse entre ellos. Así que no había más remedio que destinar en el futuro aquella sala acuática a mero lugar de baño.

En parte realizó ese proyecto en el acto. Se quitó las prendas necesarias para poder lavar algunas partes del cuerpo, especialmente los hombros, el pecho, los brazos y los pies. También bañó al lulú. Seguidamente volvió a ponerse su ropa y subió de nuevo los escalones que había bajado. Luego recorrió la orilla hasta llegar al otro extremo del muro. Éste, como el primero, caía a plomo sobre el lago y estaba construido en la roca de tal manera que ni siquiera un conejo habría podido pasar bordeando el muro. Viktor se quedó tranquilamente en aquel lugar durante algún tiempo; luego dio, por así decirlo, por terminada su jornada. Regresó a la explanada de arena y se sentó allí en un banco para descansar del baño y secar al lulú. La casa del tío, que ahora estaba enfrente, seguía igual que por la mañana. Sólo las ventanas de la habitación en la que había dormido estaban abiertas porque las había abierto él mismo, todo lo demás estaba cerrado. Nadie salía, nadie entraba. Las sombras viraban poco a poco, y el sol, que había estado por la mañana detrás de la casa, iluminaba ahora la fachada. Mientras estaba allí sentado mirando los oscuros muros, Viktor tuvo la sensación de llevar ya un año alejado de su pueblo. Por fin las manecillas de su reloj marcaron las dos. Se levantó, subió

la escalera de madera y, tras llamar a la puerta con la aldaba, el tío le abrió y precedió al comedor, donde se sentaron inmediatamente a la mesa.

El almuerzo sólo se diferenció de la cena de la noche anterior en que ambos, tío y sobrino, comieron juntos. Por lo demás todo fue igual. El tío hablaba poco o tanto como nada; los platos eran, sin embargo, variados y buenos. Había otra vez diversos vinos sobre la mesa, y el tío le ofreció uno de ellos pues pensó que iba a beber vino; pero éste rechazó el ofrecimiento diciendo que hasta ahora había bebido siempre agua y quería seguir haciéndolo. El tío tampoco dijo hoy nada sobre el objeto del viaje, y cuando terminó la comida se levantó y dedicó su atención a toda clase de cosas que había en la habitación y a rebuscar en ellas. Viktor comprendió en seguida que su tío le había despedido y, siguiendo su afición, salió al exterior.

Por la tarde, cuando el calor en el valle era, igual que el frescor de la mañana, muy grande, Viktor vio, al atravesar el bancal de flores, al tío sentado en un banco al sol. Sin embargo, su tío no le llamó para que se acercase y Viktor tampoco fue a su encuentro.

Así terminó el primer día. La cena, a la que Viktor debía acudir a las nueve, concluyó como la víspera. El tío le condujo a sus habitaciones y cerró la reja de hierro del pasillo.

Viktor no había visto al viejo Christoph en todo el día, sólo atendía la mesa la mujer vieja —si se puede llamar «atender» a que traía y se llevaba los platos—. Todo lo demás lo había hecho el propio tío, también volver a guardar los quesos y los vinos.

Cuando a la otra mañana se levantaron del desayuno dijo a Viktor:

—Pasa un momento ahí al lado.

Con estas palabras abrió una puerta secreta del comedor y entró en una habitación contigua seguido por Viktor. La habitación estaba amueblada de manera caótica y contenía más de cien escopetas clasificadas en vitrinas por modelos y épocas. Por todas partes había cuernos para llevar colgados de la cintura, zurrones, frascos para la pólvora, baquetas de caza y mil cosas más. Atravesaron la habitación, luego la contigua que estaba vacía, hasta que llegaron a una tercera en la que había algunas herramientas viejas. En la pared colgaba un solo cuadro. Era redondo como los escudos sobre los que se suelen pintar los emblemas y estaba rodeado de un marco dorado ancho y calado muy antiguo.

—Ése es el retrato de tu padre al que te pareces mucho —dijo el tío.

Un hombre joven muy guapo, casi un muchacho todavía, estaba representado en el escudo redondo vestido con un traje amplio, marrón, guarnecido de galones de oro. La pintura, que no era una obra de arte de primer rango, estaba dotada de ese tratamiento preciso y profundo que vemos todavía a menudo en los cuadros de familia del siglo pasado. Ahora predomina el colorido superficial y tosco. Con especial pureza estaban ejecutados los galones de oro, que todavía brillaban con luz sombría y que se destacaban bien de los rizos cubiertos de polvo blanco y del rostro encantador, cuyas sombras eran especialmente puras y transparentes.

—En la escuela de la nobleza existía la costumbre extravagante —dijo el tío— de que todos los alumnos fuesen retratados como recuerdo y se los colgase pintados en esos escudos redondos en los pasillos, en las antesalas e incluso en las habitaciones. Los marcos de los retratos eran comprados por ellos mismos. Tu padre siempre fue presumido y se dejó pintar. Yo era mucho más guapo que él y no posé. Cuando cerraron la escuela, compré el cuadro y lo traje aquí.

Viktor, que no se acordaba de sus padres, pues ambos habían muerto cuando él era todavía muy pequeño, primero la madre y poco después el padre, se encontraba ahora delante del cuadro del

hombre al que debía la vida. En el corazón bondadoso del joven surgió poco a poco la sensación que deben de tener a menudo los huérfanos, que, mientras los demás tienen a sus padres ante sí en cuerpo y alma, se encuentran sólo ante los retratos de los mismos. Es una sensación de una profunda tristeza que, sin embargo, da un consuelo dulce y triste. El cuadro remitía a un tiempo lejano ya pasado, en el que el retratado era todavía un muchacho feliz, joven e ilusionado, como todavía es ahora joven el contemplador que se enfrenta al mundo lleno de las más inagotables esperanzas. Viktor no podía imaginar cómo aquel mismo hombre había estado quizás más tarde junto a su cuna, con una sencilla chaqueta oscura y el rostro marcado por la preocupación. Aún menos podía imaginar cómo había yacido luego en el lecho de enfermo y cómo, cuando estaba muerto y pálido, le habían colocado en un ataúd estrecho y depositado en la tumba. Todo esto había sucedido en una época muy temprana, cuando Viktor no tenía aún las impresiones del mundo exterior o no era capaz de conservarlas para la hora siguiente. Contemplaba ahora el delicado rostro, extraordinariamente encantador, abierto y despreocupado del muchacho. Pensó que si todavía viviese, sería también viejo como el tío, pero no podía imaginarse que el padre pudiese parecerse al tío. Como todavía permaneció un rato en el sitio, se le ocurrió la idea de exponer a su tío el ruego, cuando estuviese en mejores términos con él, de que le regalase el cuadro, pues de todos modos no debía de interesarle demasiado cuando lo dejaba en aquella habitación desordenada, colgado completamente solo de la pared y con el marco lleno de polvo.

El tío estaba mientras tanto a un lado mirando al cuadro y al joven. No mostraba ningún interés especial y cuando Viktor hizo ademán de alejarse del cuadro, le precedió en seguida y salió del cuarto sin decir del cuadro ni del padre otra cosa que:

—Es un parecido asombroso.

Cuando llegaron de nuevo al comedor, el tío cerró cuidadosamente la puerta falsa y empezó a caminar, como de costumbre, de un lado a otro y a coger las cosas que estaban por medio para colocarlas de pie u ordenarlas, de lo que Viktor dedujo por experiencia que de momento no deseaba hablar con él.

Por eso decidió bajar de nuevo a la isla. La puerta de la escalera estaba otra vez cerrada. Viktor no quiso acudir a su tío a pedirle que le abriese y, recordando el armario en el que había entrado el día anterior la mujer con las fuentes, supuso que a través de éste tenía que llegarse a una salida. Pronto encontró el armario, lo abrió y vio varios escalones descendentes que siguió. Sin embargo, no llegó por ellos al exterior, sino a la cocina, en la que sólo encontró a la vieja, que estaba ocupada con la preparación de los distintos elementos que constituían el almuerzo. Una muchacha joven de aspecto casi retrasado la ayudaba en su tarea. Viktor preguntó a la mujer si podía dejarle salir al jardín.

—Por supuesto —dijo ella; subió con él por la misma escalera que acababa de bajar, avisó al tío que estaba en la habitación y éste abrió inmediatamente y dejó salir al joven.

Viktor descubrió que la escalera de madera era la única salida, y que ésta se mantenía cerrada con desconfianza, aunque de todos modos el conjunto de la propiedad estaba rodeado de un muro impenetrable.

El día transcurrió como el anterior. Viktor fue a comer a las dos y luego volvió a marcharse. Al atardecer se produjo un hecho poco habitual. Viktor vio venir hacia la isla una barca que se dirigía exactamente hacia el amarradero que había descubierto la víspera. Bajó corriendo las escaleras hacia ese lugar. La embarcación se acercó, la puerta de tablonés fue abierta por fuera con una llave y el viejo Christoph entró en una barca. Había ido a comprar vituallas y otras cosas necesarias y para eso

había estado en Hul y en Attmaning. Cuando Viktor vio la carga, no comprendió cómo el viejo había podido acarrear remando a través del lago tal cantidad de cosas. Lamentó no haber tenido noticia del viaje del criado porque le habría entregado una carta para su madre. Christoph empezó a descargar las cosas y a trasladarlas en angarillas a la nevera, con la ayuda de la muchacha retrasada. Viktor vio cómo abría una pequeña puerta de hierro en la parte posterior de la casa. Cuando bajó la escalera que había detrás de la puerta, descubrió a la luz de la linterna que acababan de encender, una enorme masa de hielo sobre la que se encontraba toda clase de alimentos y que difundía un frío terrible en aquel lugar. Cuando ya estaba anocheciendo terminó el trabajo de descarga.

El tercer día transcurrió como los dos primeros. Y transcurrió el cuarto y transcurrió el quinto. Al otro lado estaba siempre la Grisel, a derecha e izquierda se alzaban las paredes azuladas, abajo languidecía el lago, y en medio brillaba el verdor de los árboles de la isla, y en este verdor se hallaba como una pequeña piedra gris el convento con la casa. El Orla dejaba brillar algún trozo azul a través de las ramas de los árboles.

Viktor había visitado ya todos los puntos de la muralla de circunvalación, se había sentado en todos los bancos de la explanada o del jardín y había estado de pie en todos los promontorios de las orillas del espacio amurallado.

El sexto día no pudo aguantar más y decidió poner fin a aquella situación.

Por la mañana temprano se vistió con más cuidado que de costumbre y apareció así en el desayuno. Después de que hubo transcurrido el mismo, y cuando estaba en la habitación al lado del tío, dijo:

—Tío, desearía hablaros de algo, si tenéis tiempo para escucharme.

—Habla —dijo el tío.

—Quisiera rogaros que tuvieseis la amabilidad de explicarme por qué queríais que viniese a esta isla, si es que teníais una razón especial; pues tengo intención de marcharme mañana.

—Todavía faltan más de seis semanas para la toma de posesión de tu cargo —contestó el tío.

—No queda tanto, tío —dijo Viktor—, sólo treinta y cinco días. Pero quisiera pasar algún tiempo en mi futuro lugar de residencia, antes de hacerme cargo de mi empleo y por eso quisiera partir mañana.

—Pero yo no te dejo partir.

—Si yo os lo pido e insisto en que dejéis que me lleven a Hul mañana o pasado mañana, si así os place, me dejaréis partir —dijo Viktor terminante.

—Sólo dejaré que te vayas el día en que sea necesario que lo hagas para poder llegar a tiempo a iniciar tu trabajo —le respondió el tío.

—No podéis hacer eso —dijo Viktor.

—Claro que puedo —contestó el tío—, pues toda la propiedad está rodeada de una fuerte muralla que data de la época de los monjes, la muralla tiene la reja en la salida, que nadie, excepto yo, puede abrir, y el lago, que constituye la siguiente frontera, tiene una orilla rocosa tan escarpada que nadie puede bajar al agua.

Viktor, que desde su infancia no había soportado la menor injusticia y que al parecer había tomado la palabra «poder» en su sentido moral y no en el material como lo tomaba su tío, sintió cómo al escuchar aquellas palabras su rostro se puso intensamente rojo de indignación y dijo:

—¿Entonces soy un prisionero?

—Si tú lo llamas así y mis medidas lo disponen así, eres un prisionero —contestó el tío.

Los labios de Viktor temblaron y de indignación no pudo decir una palabra, pero por fin exclamó:

—¡No, tío! Vuestras medidas no os permiten hacer lo que os viene en gana; pues iré hasta los peñascos de la orilla y destrozaré mi cuerpo arrojándome al lago.

—Hazlo si eres tan débil —dijo el tío.

Viktor no pudo articular ya una sola sílaba; calló durante unos instantes y en él surgió la idea de que se vengaría de la dureza de aquel hombre detestable. Por otro lado se avergonzó de su amenaza infantil y comprendió que herirse a sí mismo no constituiría una resistencia importante hacia aquel hombre. Por lo tanto, decidió hacerle frente con paciencia. Por eso dijo por fin:

—¿Y cuando llegue el día que habéis dicho dejaréis que me lleven a Hul?

—Entonces dejaré que te lleven a Hul —contestó el tío.

—Está bien, entonces me quedaré hasta ese día —respondió Viktor—, pero os advierto, tío, que a partir de ahora están cortados todos los vínculos entre nosotros y que ya no podemos mantener una relación familiar.

—De acuerdo —contestó el tío.

Viktor se puso su gorro cuando todavía estaba en la habitación y salió por la puerta seguido por el lulú.

El joven se consideró a partir de ese momento eximido de cualquier consideración que había creído tener con su tío y decidió permitirse en adelante cualquier manera de actuar que no le prohibiesen sus sentimientos de moralidad o que rebasase los límites de la violencia abierta.

Dejó al tío y se dirigió a su cuarto, donde escribió durante más de dos horas. Luego salió a dar una vuelta. En la puerta de la escalera había por dentro y por fuera una argolla que servía de aldaba. A partir de ahora, cada vez que Viktor quería entrar o salir, no iba ya como había hecho hasta entonces en busca de su tío para que le abriese, sino que se plantaba delante de la puerta y hacía sonar la aldaba. Cuando el tío oía la señal, salía de su cuarto y abría. Si estaba fuera de la casa, la puerta se quedaba de todos modos abierta. Durante la comida del primer día, Viktor no dijo nada, el tío tampoco le preguntó nada, y cuando terminaron de comer, se levantaron y Viktor se fue inmediatamente. Del mismo modo transcurrió la cena.

Viktor empezó ahora a explorar todos los rincones del territorio amurallado. Penetró entre los matorrales que había detrás de la casa, fue de árbol en árbol y miró cada uno y estudió sus propiedades y sus formas. Una vez caminó a través de toda la maleza y todas las enredaderas que había en el lado interior de la muralla de la propiedad. A pesar de lo enmohecida y podrida que estaba en muchas partes debido a las innumerables plantas que crecían encima de ella, estaba en general entera y suficientemente sólida. En la casa donde vivía con el tío, registró todo escaleras arriba, escaleras abajo, pasillo por pasillo, pero no encontró mucho en aquellas exploraciones. Las puertas que encontraba tenían siempre los cerrojos echados y a veces tenían delante grandes y pesadas cajas que en su día debían de haber guardado trigo u otra cosa parecida, y que impedían para siempre que se pudiesen abrir, del mismo modo que la mayoría de las ventanas de los pasillos, como Viktor había observado ya el primer día, estaban cerradas con tablas excepto una pequeña hendidura por la que entraba la luz. Aparte de los pasillos que discurrían entre el comedor y sus dos habitaciones, y aparte de la escalera por la que podía bajar a la cocina —dos cosas que, de todos modos, ya conocía desde hacía tiempo— no descubrió en la casa de su tío nada salvo la escalera que había conducido antiguamente a la salida y que ahora terminaba en una puerta baja cerrada y cubierta de óxido.

Lo que más intrigaba a Viktor era el antiguo convento. Había recorrido ya todos los lados del cuadrado gris y solitario, y un día que se encontraba en el abandonado jardín del convento desde el que se podían ver las torres, logró entrar en un patio pasando por encima de un muro bajo, del que había desprendido algunos ladrillos, y llegó desde allí a unas dependencias que no estaban cerradas. Caminó por un pasillo, donde habían ido y venido los viejos abades, que estaban retratados mirando desde cuadros negros con nombres y fechas rojos como la sangre a sus pies. Llegó a la iglesia y se detuvo ante los altares desprovistos del oro y de la plata, luego atravesó los umbrales de piedra desgastados por las eternas pisadas y entró en celdas que estaban casualmente abiertas y donde ahora resonaban sus pasos y el aire estaba estancado. Finalmente, subió a las torres y vio colgadas las quietas y polvorientas campanas. Cuando regresó de nuevo al huerto trepando por encima del muro, soltó al lulú, que había quedado allí atado a un tronco sin moverse, y se marchó con él.

Varios días después de haber tenido el extraño encuentro con el tío, bajó al atardecer para lavarse varias partes de su cuerpo con la refrescante agua, como ya había hecho otras veces. Cuando estaba sentado en los últimos escalones y dejaba vagar la mirada, mientras se desacaloraba, descubrió en la profundidad del agua, quizás porque era un día especialmente hermoso o porque ahora se fijaba mucho más en todo, que uno de los dientes de los tablones del portalón que se hundían en el agua era más corto que los demás y formaba así un hueco por el que quizás se podía salir al lago buceando. Decidió intentarlo inmediatamente. Para ello fue a su cuarto y cogió el traje de baño. Cuando regresó con él y, una vez que se hubo desacalorado y desvestido, se dirigió a donde era mayor la profundidad del agua, posó el cuerpo sobre la superficie, se sumergió con cuidado, avanzó buceando, sacó la cabeza del agua y se vio fuera del cobertizo. Tras quitarle la cuerda al lulú pudo sacarlo a través de los tablones porque estaba delgado. Luego se puso a nadar animadamente por delante del portalón en el profundo lago. El lulú a su lado. Cuando hubo agotado sus energías, se acercó de nuevo al hueco del portalón, se sumergió y entró en el amarradero buceando entre las estacas de las barcas. Después de este baño se vistió y se marchó. Aquello lo hizo todos los días. Cuando empezaba a aflojar el calor, se iba a la casa de las barcas, se ponía el traje de baño y nadaba cuanto quería por el lago.

Probablemente se le ocurrió entonces que podría sacar su ropa y una provisión de pan a través de los tablones y llevarlo todo consigo atado a una cuerda hasta que hubiese rodeado nadando el siguiente extremo entrante del muro. Allí podría salir a la orilla, secar la ropa en un escondite y luego ponérsela. Pensó que si aguantaba el pan, sería posible esperar a que llegase el momento en que pudiese llamar a una barca que estuviese pescando en el lago. En los momentos de mayor euforia imaginó incluso que, apelando a las fuerzas de su cuerpo y de su espíritu, podía nadar hasta la orilla del Orla y, una vez allí, llegar trepando y caminando a Hul. La enormidad de aquella empresa temeraria no le parecía tan grave, ya que los monjes habían llegado una vez a Hul atravesando el Orla y, además, lo habían hecho en invierno; pero no tenía en cuenta que los monjes eran hombres que conocían la montaña y que él era un muchacho que no poseía ninguna experiencia en ese campo. Pero por muy atractivas que pudiesen ser todas aquellas fantasías, no podía llevar a la práctica ninguna, porque había prometido al tío que se quedaría en la isla hasta el día que fuese necesario, y estaba dispuesto a cumplir su promesa. Por eso, después de nadar, volvía a pasar siempre por debajo del portalón.

Aparte de nadar, pasaba el tiempo haciendo otras cosas. Había visitado y recorrido todos los lugares del recinto amurallado. Ahora empezó a observar el ir y venir de las luces sobre las montañas, y descubrió poco a poco los chaparrones de colores que caían sobre ellas cuando

cambiaban lentamente las horas del día, o cuando las nubes corrían veloces por el pulido techo del cielo. Y cuando estaba sentado, y el sol se hallaba en el cénit o acababa de desaparecer detrás del borde de la montaña, trataba de oír a través de los aires muertos la campana que llamaba a la oración en Hul, pues en la isla no se percibían campanadas de reloj ni de iglesia. Pero nunca oía nada, ya que la verde y densa pared de árboles que crecía en la mayor parte de la isla se interponía entre su oído y el sonido que había escuchado con tanta claridad aquel atardecer desde la orilla rocosa. Después de largas noches pobladas de estrellas, pues Viktor había llegado cuando la luna era menguante, habían aparecido por fin noches de luna muy hermosas. Viktor abría entonces sus ventanas y contemplaba, ahora que estaba separado de las personas, el mágico cintilar y rielar sobre el lago y las paredes rocosas, y veía cómo los bloques negros que no eran tocados por la luz flotaban como seres extraños en medio de ese mundo rutilante.

Cuando se encontraba con Christoph y la vieja criada, no les dirigía la palabra, pues le parecía indigno hablar con los criados cuando no lo hacía con el amo.

Así fue pasando el tiempo poco a poco.

Un día que atravesaba hacia las cinco el jardín para ir a nadar al cobertizo y llevaba tras de sí al pobre lulú atado con la cuerda, el tío, que estaba sentado en un banco al sol, le dijo:

—No debes llevar al perro ahí, atado con la cuerda, puedes dejarle andar suelto contigo, si quieres.

Viktor dirigió una mirada asombrada al hombre y al menos no vio insinceridad en su rostro, aunque tampoco otra cosa.

Al día siguiente por la tarde hizo la prueba de soltar al lulú. No le sucedió nada malo y a partir de entonces dejó que le acompañase suelto todos los días.

Así volvió a pasar algún tiempo.

En otra ocasión en que Viktor estaba nadando y alzó por casualidad los ojos, vio cómo el tío le observaba desde una puerta que se abría en el tejado de la casa de las barcas. El rostro del viejo parecía expresar admiración ante la habilidad con que el joven partía la superficie del agua y miraba a menudo con ojos cariñosos al perro que nadaba a su lado. La gran belleza del joven era también como una llamada dulce para él cuando contemplaba cómo las aguas jugaban con los miembros jóvenes y fluían alrededor del cuerpo inocente, al que aguardaba la violencia de los años y el indescifrable futuro del destino.

¿Estaría surgiendo dentro del hombre viejo algún atisbo de afecto familiar hacia aquel ser joven, el único que por razones de sangre estaba más cerca de él que nadie en el mundo? ¿Quién puede saberlo? Tampoco era seguro que hoy le observase por primera vez o que lo hubiese hecho ya a menudo; pues Viktor no había alzado antes la mirada por encima del portalón; pero cuando al día siguiente Viktor cruzó hacia las cinco de la tarde el jardín y, después de ver cómo el tío cuidaba las flores, la única ocupación delicada en la que le había visto hasta entonces, pasó de largo sin dirigirle la palabra, descubrió con gran asombro al llegar a la casa de las barcas que una de las puertas estaba abierta. Atribuyó ese hecho a alguna circunstancia que le era desconocida; sin embargo, al día siguiente y todos los días sucesivos, la casa de las bateas estaba abierta a las cinco y permanecía cerrada el resto del día.

Aquello llamó la atención de Viktor y comprendió que era observado por el tío.

Cuando, debido a que el tiempo transcurría con una lentitud tan mortal, se hallaba de nuevo añorante ante la reja del muro, algo que por orgullo no había vuelto a hacer desde que estaba

prisionero, y apoyó su cara entre dos barrotes para asomarse, oyó de pronto un ruido en el hierro; una cadena que ya había observado a menudo en los barrotes y que se perdía en el muro, se movió e inmediatamente sintió en el suave ceder de los barrotes que la reja estaba abierta y le dejaba salir. Salió fuera y deambuló por algunas zonas de la isla. Ahora habría podido aprovechar la ocasión para huir, pero como el tío le había dejado salir voluntariamente, no la aprovechó y regresó voluntariamente a su prisión. Al acercarse a la reja vio que estaba cerrada, pero se abrió cuando se aproximó, dejándole entrar y cerrándose detrás de él.

Todos estos detalles habrían ablandado a Viktor, si el anciano no hubiese conmovido ya antes de la manera más dulce su corazón al poner en libertad al lulú.

El joven empezó ahora a observar también a su tío con más atención, y a menudo pensaba: «Quién sabe si es tan duro o si no es más bien un viejo desdichado».

Así vivían aquellas dos personas sin tratarse, dos vástagos del mismo tronco, que deberían haberse sentido más próximos que las demás personas y que estaban más distantes que ninguna, dos vástagos del mismo tronco y tan distintos: Viktor, la acción alegre, libre, con suaves destellos en los ojos, un campo abierto para futuras proezas y dichas; el otro, la decrepitud, con la mirada acobardada y en cada rasgo un pasado amargo que un día había asumido como un placer, como un provecho. En toda la casa no vivían más que cuatro personas: el tío, el viejo Christoph, Rosalie, así se llamaba la vieja ama de llaves y cocinera, y finalmente Agnes, la muchacha retrasada y también ya mayor, que ayudaba a Rosalie. Entre aquellas personas viejas y al lado de los viejos muros vagaba Viktor como un ser que no pertenecía a aquel lugar. Hasta los perros eran viejos sin excepción; los frutales eran viejos; los enanos de piedra, las maderas de la casa de las barcas eran viejos. Viktor sólo tenía un compañero que florecía como él, las plantas silvestres que crecían y brotaban alegres en la decadencia.

Viktor ya se había fijado a menudo en un hecho que le hacía reflexionar. No sabía dónde tenía su tío el dormitorio y no había podido descubrirlo a pesar de todas sus indagaciones. Por eso pensó que su tío lo ocultaba quizás por desconfianza. Una vez que el joven bajaba a la cocina por la escalera, oyó decir al ama de llaves: «No se fía de nadie, ¿cómo se le podría hacer comprender que debía contratar a alguien para su servicio en Hul? Pero no lo hará. Por eso se afeita él mismo, para que nadie le corte el cuello, y por la noche encierra a los perros para que no le devoren».

En estas pruebas de extremada inseguridad pensaba Viktor a menudo, sobre todo ahora que su tío se mostraba más tolerante con él. La puerta del pasillo que conducía a su dormitorio ya no estaba cerrada, el portalón de madera permanecía abierto a la hora de la natación, y para la verja principal de la muralla, Viktor había recibido del tío un pequeño silbato en lugar de una llave y cada vez que lo tocaba se abría la reja; pues sólo se podía abrir y cerrar por medio de un dispositivo que se encontraba en un cuarto del tío, aunque no se sabía en cuál.

Las primeras entrevistas normales entre los dos parientes fueron iniciadas por un extraño motivo, podría decirse que fue por envidia. Un día que Viktor regresaba al atardecer de una de sus habituales correrías por la isla acompañado de los cuatro perros —también de los del tío, pues éstos hacía ya tiempo que se habían unido a él y con su compañía y la del lulú se habían vuelto más alegres y activos de lo que eran antes—, dijo el tío, que casualmente estaba todavía en el jardín y le vio llegar:

—Tu lulú es mucho mejor que mis tres bestias, de las que no hay quien se fíe. No sé por qué te tienen tanto cariño.

Al escuchar aquello, el joven no pudo reprimir estas palabras que le salieron del corazón:

—Querédlos como yo quiero al lulú y ellos también serán tan buenos como él.

El hombre le miró con ojos extrañamente inquisitivos y no dijo nada. Pero estas palabras se convirtieron durante la cena en el punto de partida de otras conversaciones sobre otros asuntos. Y a partir de entonces, el tío y el sobrino volvieron a hablar cuando se reunían, sobre todo en las tres comidas al día.

Viktor se mostró especialmente animado un día que el anciano le indujo, de manera casual o intencionada, a hablar de su futuro y de sus planes. Ahora que iba a ocupar su cargo, dijo Viktor, trabajaría como sólo era capaz de hacerlo su energía, corregiría cada error que encontrase, expondría a sus superiores todo lo que hubiese que cambiar, no toleraría descuidos ni fraudes..., en sus horas libres se dedicaría al estudio de las ciencias y de las lenguas de Europa, para prepararse para futuros trabajos literarios; luego aprendería los asuntos de la guerra para poder tener una visión de conjunto cuando ocupase un alto puesto en la administración o para actuar incluso como jefe del ejército en tiempos de peligro. Si tenía algún talento desearía no olvidarse del todo de las musas y producir algo que pudiese entusiasmar y enardecer a su pueblo.

El tío había hecho bolitas de pan mientras hablaba su sobrino y había escuchado sonriendo con los labios apretados.

—Esperemos que logres todo eso —dijo—, ahora ya sabes nadar bien, es decir, bastante bien; ayer te estuve observando otra vez durante un rato, pero el arco que describe tu mano derecha es todavía un poco corto, es como si retrasases la mano, y el movimiento de los pies es aún demasiado violento. ¿Te gustaría cazar algún día? ¿Sabes disparar con una escopeta? Te dejaré unas cuantas de mi colección y podrás ir con ellas por la isla.

—Por supuesto que sé manejar una escopeta —contestó Viktor—, pero no me gusta disparar contra los pájaros cantores que veo por aquí, me dan demasiada lástima, y en toda la isla no veo más que frutales viejos y plantas de bosque que crecen encima, así que será difícil que haya ahí un zorro u otra pieza de caza.

—Ya la encontrarás, sólo hay que buscar.

Con estas palabras el tío apuró su copa de vino, comió un dulce y dejó el tema. Después se fueron a dormir pronto. Viktor ya no iba acompañado por su tío hasta el dormitorio como los primeros días, ahora desde que la reja no estaba cerrada, encendía al terminar la cena una vela, deseaba las buenas noches al tío y se iba a sus dos aposentos con el lulú, que ahora comía también en armonía con los otros perros.

De esta manera llegó a su fin el tiempo que Viktor tenía que pasar en la isla, según el pacto que, en el fondo, le había sido impuesto. Nunca había caído en la tentación de hacer algún comentario sobre aquel asunto porque era demasiado orgulloso. Pero cuando transcurrió el último día que podía permanecer allí si quería llegar a tiempo a su puesto, sintió que el corazón le latía violentamente en el pecho. Terminaron de cenar. El tío se levantó y rebuscó en diversos papeles revolviéndolos a la manera de los viejos con manos torpes. Pero luego los colocó juntos en un rincón y los dejó allí tirados. Viktor vio por la manera de comportarse del anciano que ya no diría nada sobre el asunto, por eso cogió su vela y fue a acostarse.

Al día siguiente tomaron el desayuno con la misma parsimonia de siempre. Viktor había guardado ya en su cuarto todas las cosas en el morral, y ahora permanecía sentado en su silla durante el desayuno, a la espera de lo que haría el tío. El viejo, que llevaba la chaqueta desbocada gris, se levantó y entró y salió un par de veces por la puerta falsa. Luego dijo a Viktor:

—Creo que tenías la intención de partir uno de estos días, hoy o mañana.

—He de partir hoy, tío, si no quiero llegar demasiado tarde —contestó Viktor.

—De todos modos puedes tomar algún medio de transporte en Attmaning.

—Eso ya lo tenía previsto, tendré que hacerlo de todos modos —dijo Viktor—, pues como no hablabais del tema he estado esperando hasta el último instante.

—Así que tienes que partir hoy —dijo el anciano titubeando—, pues si tienes que partir, ordenaré a Christoph que te lleve como acordamos. ¿Has puesto ya en orden tus cosas?

—Lo guardé todo ayer.

—Así que lo guardaste todo ayer... y te alegras mucho, ya, ya... Yo quería decirte algo todavía... ¿qué quería decirte...? Escucha Viktor.

—¿Qué, tío?

—Pienso y opino que si lo intentases, si te quedases voluntariamente un poco con un hombre viejo que no tiene a nadie...

—¿Cómo voy a hacer eso?

—Tengo ahí tu permiso; espera, creo que lo guardé en la mesa de las pipas.

Con estas palabras el tío abrió y cerró varios cajones de la mesa y del armario en los que había pipas y bolsas, hasta que sacó un papel y se lo alcanzó a Viktor.

—Ahí lo tienes.

El joven se quedó perplejo y apurado, pues el papel era en efecto un permiso por tiempo indefinido.

—Ahora puedes hacer lo que quieras —dijo el tío—. Ordenaré que te lleven en seguida, pero te he pedido que te quedes todavía un poco por si pudiésemos convivir en armonía. Durante este tiempo podrás ir a Hul o a donde más te guste, y cuando por fin quieras partir, podrás hacerlo.

Viktor no sabía qué pensar. Había deseado tanto que llegase ese día y ahora aquel hombre extraño, al que en el fondo odiaba, estaba delante de él, rogando. El viejo y arrugado rostro le pareció tremendamente desvalido, le pareció incluso que en su interior temblaba algún sentimiento. El hermoso y compasivo corazón que siempre había tenido el joven se conmovió. Sólo permaneció un instante callado, luego dijo con la franqueza que le era propia:

—Me quedaré gustoso algún tiempo todavía, si lo deseáis y juzgáis oportuno de acuerdo con vuestro entendimiento y vuestras razones.

—Mi única razón es que te quedes aún un poco —dijo el viejo.

Luego cogió de la mesa el papel que contenía el permiso y, después de abrir tres cajones, lo guardó en un cuarto cajón, en el que había piedras.

Viktor, que por la mañana había abandonado sus habitaciones sin imaginar que las cosas tomarían aquel rumbo, regresó ahora a las mismas y deshizo lentamente su morral. Estaba doblemente dudoso y doblemente intrigado por el objeto que tenía todo aquello y el motivo de que el tío se hubiese molestado en conseguirle un permiso antes de que hubiese ocupado su cargo. Por un instante le pasó por la cabeza la pregunta: ¿sería afecto, preferiría después de todo aquel hombre un ser humano vivo a la profusión muerta y rígida de objetos y trastos con que se rodeaba? Pero entonces recordó la indiferencia con que el anciano había retirado el papel de la mesa y había buscado un cajón donde esconderlo. Viktor había observado ya en muchas ocasiones que el tío no volvía a colocar nunca una cosa en el mismo cajón, sino siempre en uno distinto. Y mientras buscaba se había olvidado de la presencia del joven y le había dejado salir del cuarto sin dirigirle la palabra.

Así que volvía a estar allí.

En la casa, el tío tenía un gabinete de lectura, pero hacía ya tiempo que no leía nada y los libros estaban llenos de polvo y de polillas. Un día entregó a Viktor la llave de esta habitación y él se alegró mucho. Nunca había visto una biblioteca aparte de las públicas de la ciudad, en las que, como es comprensible, no podía andar rebuscando. Tomó buena nota del camino y fue a menudo a la habitación. Apoyaba la escalera en todas las estanterías, limpiaba primero todos los libros y luego los leía y contemplaba, tal como llegaban a sus manos y le atraían.

También hallaba gran placer en subir al tejado de la casa de las barcas y en saltar al lago desde la puerta desde la que le había observado el tío. Los monjes utilizaban aquella puerta para poder subir directamente desde una embarcación los bultos que eran difíciles de subir por las escaleras. De la colección de armas del tío, había cogido una magnífica escopeta alemana antigua y disfrutaba limpiándola y disparando con ella a pesar de su poca habilidad. Aquéllas debían de ser las primeras detonaciones que en muchos años despertaban el eco de las montañas en la isla. Christoph enseñó al joven un pasillo oscuro por el cual se llegaba directamente desde la casa del tío al convento. También le abrió algunas piezas que siempre estaban cerradas. Le mostró la gran sala en la que había molduras y adornos dorados, donde brillaban tenuemente las vidrieras blancas, grises y azules, recorrían la pared largos bancos de madera en los que habían estado sentados los monjes y había una enorme estufa de cerámica cuyos azulejos mostraban imágenes de santos e historias pintadas al fuego. Le enseñó la sala capitular, donde deliberaban los monjes y donde ahora se encontraban solamente los sencillos y toscos bancos de madera y colgaban algunos cuadros sin valor que habían dejado allí. Le enseñó la cámara del tesoro vacía, le mostró la sacristía, donde los cajones abiertos de los cálices no tenían más que el forro descolorido que antes había sido rojo oscuro, y donde las arcas destinadas a guardar los paramentos contenían ahora polvo. Regresaron a través de la iglesia, de los claustros y la abadía de verano, donde los miraban intactos algunos cuadros y adornos hechos en madera y piedra, porque los que habían desvalijado esa casa de Dios desconocían su valor.

Viktor no sólo podía recorrer los edificios y la isla entera, e inspeccionarlo todo, sino que el tío le ofreció también que fuese en barca a todos los lugares del lago que desease. El joven había hecho poco uso de ese ofrecimiento porque como no había estado nunca en la alta montaña no sabía, en el fondo, cómo desvelar sus tesoros para que le deparasen alegría y provecho. Sólo fue dos veces en barca hasta el Orla y estuvo en la orilla contemplando las altas y grises paredes, sobre las que temblaba a veces el aire.

A pesar de todo, Viktor empezó poco a poco a arrepentirse de haberse quedado allí, sobre todo porque no era capaz de averiguar el objeto y la razón de todo aquel proceder.

—Pronto te dejaré partir —dijo el tío un día después de comer, cuando una aparatosa tormenta se descargaba sobre la Grisel y enviaba la fragorosa lluvia, como proyectiles de diamante al lago haciendo que se moviese y agitase con pequeños saltos. A causa de esa tormenta se habían quedado un poco más tiempo sentados alrededor de la mesa.

Viktor no contestó a estas palabras y esperó lo que vendría después.

—Al final todo es inútil —volvió a empezar el tío con voz lenta—, es inútil, la juventud y la vejez no pueden estar juntas. Mira, tú tienes bondad de sobra, eres firme y sincero y eres más de lo que era tu padre a tus años. Te he observado todo este tiempo y quizás podría construirse sobre ti. Tienes un cuerpo al que la fuerza natural ha hecho fuerte y hermoso, y a ti te gusta ejercitar la fuerza, ya sea caminando por debajo de las rocas, paseando al aire libre o nadando en el agua..., pero ¿de qué sirve

todo eso? Para mí es un bien que se encuentra lejos, sí, muy lejos, más allá de todos los espacios. A mí siempre me ha dicho una voz secreta: no lograrás que sus ojos te miren, no alcanzarás el bien de su corazón, porque no lo sembraste ni lo plantaste. Me doy cuenta de que es así. Los años que debía haber aprovechado han pasado, descienden por detrás de las montañas y ninguna fuerza podrá traerlos al primer lado, sobre el que ya se posan las sombras frías. Por eso, vete con la anciana de la que tanto ansias recibir una carta, vete y sé allí feliz.

Viktor se quedó sumamente conmovido. El anciano estaba sentado de manera que los rayos iluminaban su rostro, y en la penumbra de la habitación parecía a veces que el fuego fluía a través de su pelo gris y que una luz resbalaba por encima de sus facciones erosionadas. Si al joven le había parecido antes árido y preocupante el silencio vacío y la indiferencia muerta de aquel hombre, ahora se sentía conmovido por aquella excitación. El viejo había erguido su largo cuerpo en la silla y parecía profundamente emocionado. Durante un largo rato no contestó nada a las palabras del tío, que intuía más que comprendía. Pero luego dijo:

—Habéis hablado de cartas, tío; confieso sinceramente que me ha inquietado mucho no haber recibido ninguna contestación a las numerosas cartas que envié a casa, aunque Christoph ya ha estado más de veinte veces en Hul y en Attmaning desde que estoy aquí.

—Ya lo sabía —contestó el tío—, pero tú no puedes recibir ninguna contestación.

—¿Por qué no?

—Porque lo dispuse así y acordé con ellos que no escribiesen mientras estuvieses aquí. Por lo demás, si es que estás preocupado, puedo decirte que todos se encuentran bien.

—Me parece mal que hayáis hecho eso, tío —dijo Viktor conmovido—, me habría gustado recibir las palabras que me habría enviado en una carta mi madre adoptiva.

—Ves como quieres a esa mujer —dijo el tío—, siempre lo pensé.

—Si quisieseis a alguien, también os querría alguien —contestó Viktor.

—Yo te habría querido a ti —gritó el anciano haciendo casi temblar a Viktor. Por unos instantes reinó un silencio absoluto—. Y el viejo Christoph me quiere —prosiguió—, y quizás también la vieja criada.

»¿Por qué guardas silencio? —dijo al cabo de un rato al joven—, ¿qué me dices del amor recíproco? Vamos, habla de una vez.

Viktor permaneció callado sin poder articular palabra.

—Lo ves —volvió a decir el anciano—, lo sabía. No te preocupes, todo está bien, todo está bien. Quieres partir y yo te daré una barca para que puedas marcharte. Supongo que podrás esperar hasta que haya pasado la lluvia.

—Esperaré eso y más, si tenéis que hablar conmigo seriamente —dijo el joven—, pero tenéis que comprender que ningún capricho amargo puede atar a una persona. Es extraño, por utilizar la palabra más suave, que al principio me tuvieseis recluido en esta isla a la que me habíais llamado antes y a la que vine confiado porque lo exigíais y porque me lo pidieron el tutor y la madre. También es extraño que no me dejéis recibir carta de mi madre, y aún es más extraño lo que quizás sucedió o no sucedió antes.

—Hablas según ves las cosas —contestó el tío mirando largamente al joven—. A ti te pueden parecer rudas algunas cosas cuyo objetivo y fin no comprendes. No hay nada extraño en lo que hice, y está claro y es comprensible. Quería verte porque un día heredarás mi dinero y por eso quería verte detenidamente. Nadie me ha regalado un hijo, porque todos los padres se quedan con los suyos;

cuando moría uno de mis parientes me trasladaba a otro lugar, y finalmente llegué a esta isla, que compré con la casa que fue una vez el tribunal de los monjes y donde dejé que la hierba y los árboles crecieran libremente para pasear debajo de ellos. Quería verte. Quería ver tus ojos, tu pelo, tus miembros y tu manera de ser, como se mira a un hijo. Por eso quería tenerte solo y retenerte. Si te escriben constantemente, te mantienen en la misma dependencia dulce de siempre. Yo tenía que sacarte violentamente al sol y al aire libre para que no te convirtieses en un ser blando, como tu padre, y no fueses tan inconsistente que traicionases lo que crees amar. Parece que has salido más fuerte que él, atacas con tus armas como un azor joven; eso está bien, lo celebro: pero no deberías ejercitar tu corazón con mujeres temblorosas, sino con rocas, y yo soy más roca que otra cosa. Que yo te retuviese de esa manera fue inevitable; quien no es capaz de arrojar alguna vez la piedra de la violencia, no es capaz de actuar y ayudar con una causa profunda. A veces enseñas los dientes y, sin embargo, tienes un buen corazón. Eso está bien. Finalmente te habrías convertido en un hijo y te habría entusiasmado respetarme y amarme, y si lo hubieses hecho te habrían parecido dóciles y pequeños todos aquellos que nunca pudieron llegar hasta mi corazón. Pero comprendí que antes de que lo consiguieses habrían pasado cien años, y por eso vete a donde quieras, todo ha acabado. Cuántas veces exigí que te enviaran antes de que lo hiciesen. Tu padre debería haberte encomendado a mí, pero él pensaba que yo era una fiera que te destrozaría; pero yo te habría convertido en un águila que sujeta el mundo en sus garras y que lo arroja al abismo si es preciso. Sin embargo, él amó primero a la mujer, luego la abandonó, pero no fue lo bastante fuerte para hacer lo mismo marchándose para siempre de aquí, sino que pensaba siempre en ella y te metió, cuando murió, bajo sus alas para que te convirtieses casi en una gallina que llama a los polluelos y grita cuando uno de ellos es aplastado por el casco de un caballo. Ya en estas pocas semanas que has pasado conmigo has ido a más, porque tenías que luchar contra la fuerza y la presión, y cada vez irás a más. Exigí que hicieras el camino hasta aquí a pie para que conocieses un poco el aire, el cansancio, el dominio de ti mismo. Lo que pude hacer después de la muerte de tu padre Hippolyt lo hice, más tarde lo oirás. También te hice venir con el objeto de darte, aparte de otras cosas, un buen consejo que no pueden darte el plumífero de tu tutor, ni la mujer, y que podrás seguir si quieres. Como es probable que quieras partir hoy y es seguro que lo hagas mañana, te diré el consejo. Escucha. ¿Así que tienes la intención de ocupar el cargo que te buscaron para que tuvieses asegurado el pan y el porvenir?

—Sí, tío.

—Sin embargo, yo ya te he conseguido un permiso. Qué necesario debes de ser y qué importante es el cargo que puede esperarte desocupado. Tengo aquí un permiso por tiempo indefinido. Puedo tener en cualquier momento un retiro; en cuanto quiera. De modo que el cargo no necesita tus distintas capacidades, ya hay alguien esperando que necesita el cargo en cuanto te retires. En realidad no puedes hacer todavía nada que valga la pena de que asumas tu cargo, pues apenas has dejado de ser un muchacho y apenas has recibido de la tierra un grano de arena para que lo conozcas, y ni siquiera lo conoces. Por lo tanto, si ahora ocupases tu cargo llegarías a lo sumo a hacer algo que no aprovecharía a nadie y que iría destruyendo lentamente tu vida. Yo tengo algo distinto para ti. Lo más grande e importante que debes hacer ahora es casarte.

Viktor le dirigió su mirada clara y preguntó:

—¿Qué?!

—Debes casarte..., no ahora mismo, pero debes hacerlo joven. Yo te lo explicaré. Cada cual está aquí para cuidar de sí mismo. Eso no lo reconocen todos, pero todos actúan así. Y los que no lo

reconocen actúan a menudo de manera aún más burda y egoísta. Eso lo saben también perfectamente los que se dedican a la administración: pues la administración es para ellos el campo que debe dar frutos. Cada cual está aquí para cuidar de sí mismo; pero no todos pueden hacerlo y algunos dedican su vida a algo que no vale ni siete peniques. El hombre que designaron para tu protección creía actuar bien encarrilando a tiempo tu sangre joven, únicamente para que siempre tuvieses suficiente para comer y beber; la mujer, en su pequeña bondad de corazón, reunió una sumita, sé incluso la cantidad exacta, una sumita por la que podrás comprarte calcetines durante algún tiempo. Sin duda lo hizo con buena intención, seguramente lo hizo lo mejor que pudo; pues su voluntad es intachable. ¿Pero de qué sirve todo eso? Cada cual está aquí para cuidar de sí mismo, pero sólo puede hacerlo cuando dedica todas las fuerzas que le han sido dadas al trabajo y a la actividad, pues eso es vida y placer, y cuando agota esta vida hasta el fondo y cuando tiene la suficiente fuerza para ganar esa libertad para sus fuerzas, las grandes y las pequeñas, también puede cuidar de la mejor manera de los demás, pues no puede ser de otra manera, sino que cuidemos de aquellos que nos ha puesto la vida alrededor; pues la compasión, la caridad, la generosidad, son fuerzas que también exigen su actividad. Te digo incluso que sacrificarse uno mismo por el prójimo, llegando hasta la muerte, no es otra cosa, si me permites emplear la expresión, que la eclosión más fuerte de la flor de la propia vida. Pero el que en su pobreza sólo emplea una fuerza vital para satisfacer una sola exigencia, como podría ser incluso la del hambre, se encuentra reducido a una miserable limitación y provoca la perdición de los que están alrededor suyo... Oh, Viktor, ¿conoces la vida? ¿Conoces eso que llaman vejez?

—¿Cómo había de conocerla, tío, si soy tan joven?

—No la conoces ni puedes conocerla. La vida es inmensamente larga mientras somos jóvenes. Siempre pensamos que aún nos queda mucho por delante y que sólo hemos recorrido un camino corto. Por eso aplazamos, dejamos a un lado esto y aquello para realizarlo más tarde. Pero cuando queremos realizarlo, ya es demasiado tarde y nos damos cuenta de que somos viejos. Por eso la vida es un campo interminable cuando la miramos hacia atrás. En el campo maduran algunos frutos distintos de los que habíamos creído sembrar. La vida es una cosa tan bella y luminosa que nos sumergimos en ella felices, creyendo que ha de durar eternamente y la vejez es una mariposa nocturna que aletea de manera inquietante cerca de nuestros oídos. Por eso nos resistimos a marcharnos, porque nos quedan tantas cosas por hacer. Cuando un hombre anciano se encuentra subido encima de una montaña de grandes proezas, ¿de qué le sirve? Yo he hecho muchas cosas y no me sirve de nada. Todo se desmorona al instante si no hemos creado una existencia que continúa viviendo más allá de la tumba. Quien en su vejez tiene a su alrededor a sus hijos, nietos y bisnietos, alcanza a menudo los mil años. Existe una vida múltiple del mismo género, y cuando el hombre desaparece, continúa la vida como tal, y ni siquiera se nota que una pequeña parte de esa vida se fue hacia un lado y no regresó. Con mi muerte perece todo lo que he sido. Por eso debes casarte Viktor, y debes hacerlo muy joven. Por eso debes tener aire y espacio, para poder mover todos tus miembros. De eso me he encargado yo, porque sabía que aquellos a los que habías sido confiado no podían. Tras la muerte de tu padre me quitaron el poder y, sin embargo, he velado mejor por ti que los demás. Me he dedicado a salvar tu fortuna, que de lo contrario se habría perdido. No te asombres y escúchame. ¿De qué te sirve la sumita de tu madre o el eterno sustento de tu tutor? Nada más que para partírte por medio y anularte. Yo fui avaro, pero mi avaricia fue más inteligente que la generosidad de algunos que tiran su dinero y luego no pueden ayudarse ni a sí mismos ni a los demás. Yo presté a tu padre pequeñas cantidades en vida, cantidades como las que los hermanos se regalan normalmente, él me

extendió recibos que yo dejé inscribir en su propiedad. Cuando murió y los acreedores que le habían seducido vinieron a saquear el pobre nido, yo estaba allí y se lo arrebaté con mi derecho a ellos y a tu tutor, que también quería hacerse con un pequeño resto para ti. ¡Qué ilusos! A los acreedores les fui dando poco a poco lo que habían prestado, sin olvidar los intereses, pero no lo que habían querido llevarse de mala manera. Ahora la propiedad está libre de deudas y las rentas de quince años están a tu disposición en el banco. Mañana, antes de que te vayas, te daré los papeles; pues ahora que he dicho todo esto, es mejor que te marches pronto. He enviado a Christoph a Hul para que el pescador que te trajo te recoja mañana en el embarcadero, pues Christoph no tiene tiempo para conducirte al otro lado. Si no quieres irte mañana, sino más tarde, pagaremos al pescador el viaje y dejaremos que vuelva solo. Opino que deberías ser agricultor como lo eran los antiguos romanos, que sabían muy bien lo que hay que hacer para que todas las fuerzas sean estimuladas de manera adecuada y regular. Pero tú puedes hacer, por supuesto, lo que quieras. Disfruta a tu manera de lo que tienes. Si eres sabio todo irá bien: si eres un necio, es posible que en tu vejez te arrepientas de tu vida como yo me he arrepentido de la mía. He hecho muchas cosas que estaban bien, he gozado con muchas cosas que tiene la vida y que es justo que nos las dé para que las gocemos, eso estuvo bien: pero he dejado de hacer muchas cosas que despertaron el arrepentimiento y la reflexión cuando ambas cosas eran inútiles. Pues la vida echó a volar antes de que pudiese atraparla. Tú eres probablemente mi heredero y por eso quisiera que actuases mejor que yo. Por eso te doy este consejo, digo consejo, no condición, pues no se debe atar a nadie: viaja ahora durante dos o tres años, regresa después, cástate, sigue al principio con el administrador que he puesto en tus tierras; pues él te instruirá como es debido. Ésta es mi opinión, pero tú haz lo que quieras.

Tras pronunciar estas palabras el viejo dejó de hablar. Dobló su servilleta como solía hacerlo, la enrolló y la introdujo así en el anillo de plata que tenía para este fin. Luego colocó las distintas botellas siguiendo un determinado orden, puso los quesos y los dulces en sus platos y los cubrió con sus correspondientes campanas de cristal. De las demás cosas no retiró ninguna de la mesa, en contra de su costumbre, sino que las dejó y se quedó sentado delante. La tormenta había pasado mientras tanto, se retiraba con rayos más suaves y truenos más débiles detrás de las crestas de las montañas orientales, el sol volvió a salir y llenó la habitación con un agradable fuego. Viktor, sentado enfrente del tío, estaba conmovido y no podía decir una sola palabra.

Al cabo de un rato el anciano, que siempre había estado sentado así delante de sus cosas, volvió a hablar y dijo:

—El hecho de que sientas ya una predilección por una mujer no afecta al casamiento, no es un obstáculo y a menudo no favorece, tómala sin más: pero si no sientes ninguna predilección, tampoco importa; pues tales cosas no son duraderas, vienen y van sin que uno las atraiga ni ahuyente. Yo tuve una vez un sentimiento parecido, tú lo sabrás de todos modos, y ya que estoy hablando de ello, te mostraré el retrato para que veas cómo era ella entonces, yo mismo mandé pintarla... espera, quizás encuentre el cuadro.

Con estas palabras, el anciano se levantó y buscó largamente en los cajones, tan pronto en esta habitación, tan pronto en otra, pero no pudo encontrar el cuadro. Por fin lo extrajo, provisto de una polvorienta cadena dorada, de un cajón. Limpió el cristal del cuadro con la manga gris de la chaqueta, se lo tendió a Viktor y dijo:

—Ahí lo tienes.

El muchacho se convirtió en una llama púrpura y exclamó:

—Es Hanna, mi hermana.

—No —dijo el tío—, es Ludmilla, su madre. ¿Por qué dices que es Hanna? Ella aún no había nacido cuando fue pintado el cuadro. ¿Acaso tu madre no te ha contado nada de mí?

—Sí, contó que erais mi tío y que vivíais muy apartado en una isla que había en un lejano lago de montaña.

—Ella me tiene por el peor de los malvados.

—No, tío, eso no es cierto. Ella no ha hablado nunca mal de nadie, y cuando hablaba de vos, lo hacía siempre de tal manera que creíamos que habíais viajado por todo el mundo, que os habíais hecho viejo y vivíais ahora solitario y apartado del mundo que tanto os había gustado visitar.

—¿Y por lo demás, no decía nada de mí?

—No, tío, nada.

—Mm..., eso está bien de su parte. Debería haberlo imaginado. Si ella hubiese sido un poco más fuerte y hubiese podido extender su clara inteligencia sobre un trozo más grande de mundo todo habría sido distinto. ¿Y no te contó que yo pretendía robarte tu pequeña propiedad?

—Nunca dijo robar, sino que teníais derecho sobre ella.

—Y en efecto lo tengo, pero yo ya era muy activo en mi juventud, empecé a comerciar, amplí mis negocios y adquirí más de lo que pueda necesitar jamás, de manera que no me hace falta esa pequeña propiedad.

—La madre adoptiva insistió en que viniese a veros cuando lo solicitasteis, pero el tutor lo impidió.

—¡Lo ves!... Tu tutor tiene siempre muy buena voluntad, pero la mesa sobre la que escribe le tapa el mundo y el mar y todo. Quizás creía que conmigo olvidarías algunas de las cosas que habías aprendido y que no te servirán de nada en toda tu vida. Una vez quise tomar por esposa a tu madre adoptiva, ya ves; ¿eso tampoco te lo había dicho?

—No, ni ella ni el tutor.

—Éramos muy jóvenes, ella era presumida y una vez le dije que quería dejar que pintasen su retrato. Ella accedió, y el artista que vino conmigo de la ciudad la pintó sobre esta tabla alargada de marfil. Yo conservé el cuadro y más tarde mandé poner el marco dorado y la cadena dorada. Yo le tomé después mucho afecto y le dediqué muchas atenciones. Cuando yo volvía a casa de los viajes que hacía para conocer a mis socios y para iniciar nuevos negocios y nuevas relaciones, era muy amable con ella y le traía siempre algún bonito regalo. Sin embargo, ella no correspondía a mis intenciones, era amable, pero no afectuosa, sin decirme el motivo, y no aceptaba mis regalos y tampoco me decía el motivo. Cuando por fin le declaré sin rodeos que la haría mi esposa, si ella lo deseaba así, ahora o más tarde, me contestó que se sentía muy honrada, pero que no me tenía el afecto que le parecía necesario para una unión que debía durar toda la vida. Cuando al cabo de algún tiempo subí una vez a la fuente del hayal en Hirschkar, la vi sentada en la gran piedra que hay al lado de la fuentecita. El pañuelo que ella solía llevar alrededor de los hombros los días frescos colgaba de la rama plana del haya que se encuentra un poco más atrás y que extiende a poca altura del suelo esa rama como una barra para colgar algo. Su sombrero se hallaba también junto al pañuelo. En la piedra estaba sentado mi hermano Hippolyt y ambos estaban unidos en un abrazo. Aquel rincón era, como supe más tarde, el lugar donde se encontraban desde hacía tiempo. Al principio quise asesinarle, pero luego arranqué el pañuelo que me ocultaba como una cortina y grité: «¡Sería mejor que hicieseis todo eso públicamente y os casaseis!». A partir de ese día empecé a poner en orden sus bienes y a

ayudarle a ascender en su cargo para que pudiese casarse. Pero un día tu padre tuvo que marcharse durante algún tiempo para ascender un poco más y se vio en la obligación de denunciar a un amigo de su padre que había malversado fondos públicos en un momento de apuro. Cuando en la ciudad empezó a correr la voz de lo ocurrido y el viejo quiso matarse, tu padre pagó esa misma noche el dinero y para acallar los rumores pidió la mano de la hija de aquel hombre, tu futura madre. Cuando se hubo celebrado la unión, me presenté ante Ludmilla y dije en tono de burla que ella no sabía utilizar su inteligencia ni su corazón. Ella se retiró con su futuro marido a la granja donde vive ahora. Pero éstas son historias viejas, Viktor, que ocurrieron hace mucho tiempo y ya están olvidadas.

Tras pronunciar estas palabras, cogió el cuadro de la mesa, donde lo había dejado mientras se había vuelto a sentar en su sillón, colocó la cadena alrededor y lo introdujo en un pequeño cajón junto a la colección de pipas.

Mientras tanto, la tormenta había cesado del todo y en el valle se congregaban neblinas y trozos de nubes ocasionales que tan pronto dejaban asomar, tan pronto ocultaban el sol, que lanzaba desde hacía algún tiempo sus miradas calientes.

Cuando el tío se levantaba después de comer, no volvía a sentarse ya fácilmente. Así sucedió también ahora. Cogió sus botellas de la mesa y las guardó en sus alacenas. Del mismo modo procedió con el queso y los dulces y, por si acaso, volvió a echar agua fresca en la artesa de los perros.

Cuando hubo terminado de hacer todo esto, se acercó a la ventana y miró para el jardín.

—Ves —dijo a Viktor—, sucede exactamente lo que te decía el otro día. La arena está casi seca y dentro de una hora se podrá caminar encima cómodamente. Es una propiedad de este suelo de cuarzo, que sólo está depositado de manera suelta sobre la base rocosa, de manera que traga el aguacero como un colador. Por eso tengo que mandar echar tanto humus a las flores y por eso se mueren tan pronto los árboles frutales de los monjes, en cambio florecen los olmos, las hayas y los demás árboles de montaña que tenemos aquí, porque buscan la roca, abren grietas allí y penetran en ellas.

Viktor se acercó también a la ventana y miró afuera.

Cuando vino más tarde el ama de llaves y recogió la mesa, y cuando Christoph, que ya estaba de vuelta de Hul, sacó a pasear a los perros, el tío se fue por la puerta falsa al cuarto de las escopetas.

El joven, que habría deseado dar una vuelta al aire libre después de la tormenta, se fue ahora a sus habitaciones y se quedó mirando afuera junto a la ventana.

Al cabo de un rato, vio cómo su tío ataba flores a las estacas en el jardín.

Después de pasear durante un rato por una de las habitaciones, volvió a salir fuera de la casa. Atravesó la explanada que ya había abandonado el tío y se dirigió hacia la orilla del lago donde había un lugar elevado en el borde rocoso, desde el que se divisaba un amplio panorama. Allí se detuvo y miró el paisaje. Mientras tanto ya había caído la tarde. Algunas montañas estaban rodeadas de oscuras nubecitas, otras emergían de las ruinas como ascuas, y pequeños islotes de cielo pálido refulgían sin ser vistos por encima de la cabeza del joven. Éste se quedó mirando el espectáculo hasta que se fue apagando todo y no quedó más que la densa oscuridad.

Caminó por ella despacio y pensativo hacia la casa pasando junto a los espíritus negros de los árboles.

Había decidido abandonar la isla al día siguiente.

Cuando llegó la hora de la cena, se dirigió desde su aposento al comedor atravesando el pasillo. El tío ya estaba sentado a la mesa, y en seguida fue servida la comida. El anciano comunicó al joven

que el viejo Christoph había traído de Hul la noticia de que el pescador le esperaba al amanecer en el embarcadero donde había desembarcado Viktor el día de su llegada.

—Así que puedes partir mañana después del desayuno, si ésa es tu intención —concluyó el tío—; pues eres dueño de tus actos y puedes hacer lo que te plazca.

—En efecto, me había propuesto partir mañana —contestó Viktor—, pero lo dejo en vuestras manos, tío, y haré lo que consideréis oportuno.

—En ese caso —dijo el tío—, considero oportuno, como ya dije a mediodía, que te vayas mañana. El futuro traerá lo que pueda traer, y si quieres seguir mi consejo, lo sigues, estás libre de cualquier atadura.

—Entonces buscaré mañana al pescador en el embarcadero —respondió Viktor.

Éstas fueron las únicas palabras que los dos parientes dedicaron durante la cena a sus relaciones. Luego estuvieron hablando todavía de otros asuntos. El tío contó que el viejo Christoph había ido a Hul antes de la tormenta, que ésta había causado enormes estragos, sobre todo en la desembocadura del Afel, pues con el alud habían caído nuevas y enormes masas de escombros y el agua había empujado las orillas de manera espantosa.

—Sin embargo —prosiguió el tío—, cuando la tormenta pasó sobre la Grisel, la lluvia caía tan suave y mansa que humedeció perfectamente mis flores y apenas arrancó alguna de sus estacas. Christoph, que había regresado después de la tormenta, se sorprendió de encontrar aquí tan pocos destrozos.

Cuando concluyó la cena, ambos parientes se desearon por última vez las buenas noches y se fueron a la cama. Viktor guardó sus cosas en la mochila pensando que esta vez sería la definitiva y dejó preparada la ropa del viaje encima de una silla.

Cuando amaneció al día siguiente, se puso esa ropa, empuñó su bastón y se colgó el morral del brazo. El lulú, que comprendía el significado de esos preparativos, daba saltos de alegría.

El tío y el sobrino tomaron el desayuno conversando de cosas sin importancia.

—Te acompañaré hasta la reja —dijo el tío cuando Viktor se puso de pie y, tras echarse la mochila a la espalda, hizo ademán de despedirse.

El anciano había entrado en un cuarto contiguo y debía de haber accionado allí un resorte o cualquier otro dispositivo, pues Viktor oyó el ruido metálico de la reja y vio a través de la ventana como ésta se abría lentamente.

—Bueno —dijo el tío saliendo afuera—, ya está abierta.

Viktor cogió el bastón y se puso el sombrero. El anciano bajó con él las escaleras y juntos atravesaron el jardín hasta la reja. Ninguno de los dos dijo una palabra por el camino. En la puerta, el tío se detuvo, extrajo un paquetito del bolsillo y dijo:

—Aquí tienes los papeles.

Sin embargo, Viktor respondió:

—Permitidme, tío, que no los acepte.

—¿Cómo? ¿Qué significa esto?

—Permitídmelo y no violentéis mis sentimientos —dijo Viktor—, dejad que en este asunto actúe a mi manera para que veáis que no me guía el interés.

—No te obligo —dijo el anciano e introdujo de nuevo los papeles en su bolsillo.

Viktor le miró durante unos instantes. Sus ojos claros se llenaron de lágrimas brillantes, testigos de un sentimiento profundo, luego se inclinó de repente y besó ardientemente la arrugada mano.

El viejo lanzó un sonido sordo e inquietante —era como un sollozo— y empujó al joven fuera de la reja.

Inmediatamente después se oyó el ruido de cadenas y el golpe que dio la puerta al cerrarse. Viktor se dio la vuelta y vio cómo el anciano caminaba con su chaqueta gris hacia la casa. El joven apretó su pañuelo contra los ojos, que no dejaban de verter lágrimas. Luego se apartó de la reja y se dirigió al camino que le llevaba al lugar donde había puesto los pies en la isla por primera vez. Bajó por un lado a la zanja y subió por el otro, caminó a través del jardín de los enanos, a través del bosquecillo de los grandes árboles y a través de los arbustos. Cuando llegó al embarcadero, sus ojos ya estaban secos pero aún suavemente enrojecidos. El anciano de Hul ya le estaba esperando y la simpática muchacha de los ojos azules estaba de pie en la parte posterior de la embarcación. Viktor subió a bordo con el lulú y se sentó. La embarcación retrocedió con un empujón, giró con la proa hacia fuera y avanzó por las aguas balanceándose mientras se alejaba de la isla.

Cuando llegaron a la punta del Orla, la isla ya estaba muy lejos y emergía del agua con sus verdes árboles como aquel día. Cuando la barquita dobló el promontorio del Orla, éste tapó la isla y la dejó asomar como una lengua verde que ahora se retiraba detrás de las paredes, como había avanzado durante el viaje de ida. Finalmente, cuando se aproximaron a Hul, sólo se alzaban, como cuando llegó Viktor, las azules paredes alrededor del lago solitario y el reflejo azul se veía en él.

En Hul, Viktor permaneció un rato para hablar con el viejo pescador y pagarle el viaje. De los cuentos de que habían hablado a la ida no dijeron ya nada.

En Hul el joven ya había visto los profundos surcos abiertos en el suelo y la destrucción de las orillas causada por la tormenta del día anterior. En el lugar donde se había producido el alud había enormes rocas que, al penetrar el agua en el suelo, se habían desprendido desde las alturas. Viktor se dirigió desde aquel lugar de la devastación a la desembocadura del Afel, y desde allí subió por el largo camino del bosque.

Cuando llegó al «cuello», se detuvo y se volvió a contemplar el lago. La Grisel apenas se divisaba, pero la desnuda pared que tanto había admirado a su llegada era el Orla. Ahora se quedó mirándolo durante un rato y pensó: «Detrás está la isla, todo sería allí ahora como solía ser cuando yo regresaba de mis excursiones, de los rumorosos arces y del fragoroso oleaje, en algún lugar estarán sentados los dos ancianos solitarios, uno aquí, el otro allí y ninguno hablará con el otro».

Al cabo de dos horas llegó a Attmaning y cuando salía de los oscuros árboles y se dirigía hacia el pueblo oyó casualmente el sonido de las campanas y nunca el tañido de una campana le pareció tan dulce como en aquel momento, después de tanto tiempo sin haberlo oído. En la callejuela de la fonda estaban los tratantes de ganado que conducían los hermosos animales marrones de la montaña a la llanura y la fonda estaba llena de gente porque era día de mercado. Viktor se sentía como si hubiese estado soñando mucho tiempo y hubiese vuelto de nuevo al mundo.

Después de comer en la fonda, donde el dueño le había dado al muchacho para que le enseñase el camino, reanudó su viaje esta vez sin el muchacho, pero subido en el espléndido coche de la fonda que rodó siguiendo el curso del Afel hacia tierras más abiertas.

Cuando volvió a salir a los campos de las personas, a sus carreteras y a su alegre ajeteo, cuando la planicie, adornada con suaves colinas, se extendió ante él con su inmensa anchura y las montañas abandonadas flotaban detrás de él como una corona azul, su corazón se separó de él en aquel grandioso paisaje y voló más allá de la lejana y apenas visible línea del horizonte, detrás de la que vivían la madre adoptiva, a la que quería por encima de todas las cosas, y su hija Hanna.

REGRESO

Después de que Viktor hubo abandonado el coche alquilado, porque le resultaba mucho más agradable hacer el resto del viaje a pie, empleó mucho tiempo en recorrer el largo camino que le conducía hasta la madre y que había emprendido para que ella, la adorada y querida, le aconsejase sobre lo que debía hacer en aquella nueva situación. Así, después de haber caminado con el lulú durante varios días por campos y bosques, alturas y llanuras, volvió a bajar hacia el valle materno por las praderas brillantes por las que había bajado hacía tantas semanas con sus amigos. Cruzó el primer puente de madera, cruzó el segundo, pasó junto al gran saúco y entró por la puertecita del jardín. Cuando se acercó a la casa, vio a la madre en el sendero, delante del manzano, con el delantal limpio y blanco que solía llevar las mañanas en que tenía que supervisar la cocina y las tareas de la casa.

—¡Madre! —exclamó Viktor—, aquí os traigo al lulú, ha estado bien atendido y cuidado, y yo también he vuelto otra vez porque tengo que hablar con vos de muchas cosas.

—¡Oh! Viktor, eres tú —exclamó la anciana—, sé bienvenido, hijo mío, sé mil veces bienvenido, querido hijo.

Con estas palabras fue al encuentro del muchacho, echó un poco hacia atrás la gorra que llevaba puesta, acarició con la mano su frente y su cabello, tomó con la otra su mano derecha y le besó la frente y la mejilla.

El lulú, que había salido disparado hacia la casa desde la puerta del jardín; daba saltos alrededor de la madre y ladraba enloquecido.

Las ventanas y las puertas de la casa estaban abiertas como siempre que hacía buen tiempo, por eso Hanna, al oír el ruido que se había armado fuera, salió corriendo de la casa y se detuvo de pronto sin poder decir una palabra.

—Saludaos hijos, saludaos después de vuestra primera separación —dijo la madre.

Viktor se acercó un poco y dijo turbado:

—Hola, querida Hanna.

—Hola, querido Viktor —contestó ella estrechando la mano tendida.

—Ahora entrad en casa, niños —dijo la madre—, Viktor tiene que ponerse cómodo y decir lo que necesita, si está cansado, y lo que podemos darle de comer.

Con estas palabras entró en la casa llevando consigo a los niños, como ella los llamaba. Viktor dejó su morral en el cuarto de estar junto a la mesa, que no había esperado volver a ver tan pronto, apoyó su bastón en un rincón y se sentó en una silla. La madre tomó asiento a su lado en una butaca.

El lulú, consciente de la importancia de ser uno de los recién llegados, entró también en la casa, pero cuando sus amos empezaron a hablar y a contarse sus cosas, volvió a salir y más tarde se le vio tumbado en su caseta bajo el manzano, durmiendo confortablemente y recuperándose del cansancio acumulado en los caminos que había recorrido con su amo.

Una vez sentados alrededor de la mesa, la madre preguntó a Viktor si tenía hambre, si necesitaba alguna cosa, si tenía ganas de descansar; cuando él contestó que no necesitaba nada, que no estaba cansado, que había desayunado tarde y que por lo tanto podía esperar hasta la hora de la comida, ella salió para avisar que había que preparar un almuerzo que fuese mejor y suficiente para todos; luego volvió a entrar, se sentó a su lado y empezó a hablar de sus asuntos.

—Viktor —dijo—, a los pocos días de marcharte, llegó una carta de tu tío en la que exigía que no

te escribiésemos mientras estuvieses con él. Yo pensé que debía de tener alguna razón para exigir eso, que tal vez tenía la intención de hacer algo de provecho contigo y accedí. Me imagino que te habrá molestado no recibir ni una sola línea, ni un saludo, ni una palabra amable de nosotros.

—Madre, el tío es un hombre extraordinario, admirable —contestó Viktor.

—Ayer recibió el tutor una carta suya y varios escritos —dijo la madre—, el tutor vino a vernos y nos leyó la carta. El tío opinaba que ya debías de haber llegado y pedía que se te informase sobre el contenido de la carta. Bueno, en seguida sabrás lo que decía. Sí, es un hombre extraordinario, nadie puede saberlo mejor que yo; por eso he insistido siempre en que te dejase ir a visitarle como él lo exigía, hasta que el tutor accedió. Pero he de decirte, querido Viktor, que tu tío también tiene un lado áspero y duro y que por eso no ha conseguido nunca que alguien le quiera. Muchas veces, al pensar en él, me acordaba de ese pasaje de los libros sagrados que pregunta dónde debía aparecer la figura de Dios: ésta no estaba en el ruido del trueno, no estaba en el fragor de la tormenta; estaba en el susurro del vientecillo que corría a lo largo del arroyo a través de los frondosos arbustos. Cuando todos éramos todavía jóvenes, yo no sabía que le tendría que apreciar tanto. Algún día te contaré algo de nosotros.

—Madre, él ya me lo ha contado —dijo Viktor.

—¿Él té lo ha contado, hijo? —respondió la anciana—, entonces siente por ti más afecto del que yo creía.

—Él sólo me explicó los hechos con palabras breves.

—Yo te los explicaré algún día con palabras más largas y entonces verás cuántos días tristes y llenos de preocupación tuve que pasar hasta que todo se volvió para mí tan amable y otoñal como es ahora. Entonces comprenderás también por qué te quiero tanto, mi pobre y querido Viktor —con estas palabras colocó, como suelen hacer las personas mayores, el brazo alrededor de su cabeza, la atrajo un poco hacia sí y apoyó la mejilla en sus cabellos profundamente emocionada.

Cuando se serenó se inclinó hacia atrás y dijo:

—Viktor, tu tío decía en la carta lo que había hablado contigo y lo que había hecho por ti.

Hanna salió rápidamente de la habitación cuando la madre dijo estas palabras.

—Ha enviado al tutor —prosiguió la madre— los papeles que te confieren la propiedad de la finca y tú debes aceptarla con alegría y gratitud.

—Es difícil, madre, es tan extraño...

—El tutor dice que debes cumplir todos los deseos del tío al pie de la letra. Ahora ya no necesitas ocupar el cargo que buscó para ti, pues nadie podía prever el giro que han tomado las cosas y ahora te espera una vida maravillosa.

—¿Pero querrá Hanna? —dijo Viktor.

—¿Quién está hablando de Hanna? —contestó la madre con los ojos radiantes de alegría.

Viktor, sin embargo, se quedó tan turbado que no pudo decir nada y sus mejillas enrojecidas parecía que iban a estallar.

—Claro que querrá —volvió a decir la madre—, no te preocupes, hijo, todo saldrá bien. Ahora tenemos que equiparte para tu gran viaje. Ahora eres tu propio dueño que tiene medios, así que todo tendrá que ser distinto y también habrá que disponer las cosas de otra manera para el viaje. Yo me encargaré de todo. Pero ahora tengo que ocuparme de la comida; mientras tanto, da una vuelta por la casa para ver si ha cambiado algo, o haz lo que te plazca, de todos modos no falta ya mucho para la hora del almuerzo.

Con estas palabras se levantó y se fue a la cocina.

Cuando se sirvió el almuerzo los tres volvieron a estar sentados alrededor de la mesa, como hacía tiempo que no lo habían estado.

Por la tarde Viktor salió a dar una vuelta y visitó todos los lugares que le eran queridos y familiares: Hanna, sin embargo, iba y venía por la casa y lo hacía todo al revés.

Por la noche, cuando Viktor quiso ir a dormir después de cenar, la madre le acompañó con una vela en la mano a su antigua habitación y cuando entraron el muchacho vio que nada había cambiado, como había imaginado tan vivamente en el momento de partir. Hasta la maleta y las cajas seguían allí como las había dejado.

—Ves —dijo la madre—, lo dejamos todo donde estaba porque el tío escribió que no enviásemos nada mientras no se supiese cómo se configuraría el destino. Y ahora, buenas noches, Viktor.

—Buenas noches, madre.

Y cuando ella se fue, vio a través de su ventana los oscuros arbustos y el riachuelo en el que se espejeaban las estrellitas. Y cuando ya estaba acostado, oyó el murmullo del agua como lo había oído tantas noches de su infancia y de su adolescencia.

FINAL

Si se nos permite añadir todavía algo a la imagen del joven representada en las páginas anteriores, podría ser lo siguiente.

Cuando estuvo terminado el equipo que la madre había preparado para el viaje de Viktor, y después de que hubiesen analizado todo lo que podía ser en el futuro provechoso para el bienestar del joven, se produjo a finales del otoño del mismo año una nueva despedida, pero ésta no fue tan triste como la primera, pues no era, por así decirlo, para toda la vida, sino que sólo se refería a un corto tiempo de ausencia necesaria, al que luego seguiría un período largo, bonito y dichoso.

Que Hanna deseaba participar muy activamente en ese período feliz, lo demostraron los besos vehementes y apasionados con que cubrió los labios de Viktor cuando se despidieron a solas y él la estrechó violenta y dolorosamente entre sus brazos y creyó que no podía apartarse de ella. Los dos hermanos adoptivos lloraron en aquella despedida prometedora de dichas futuras, tanto como si hubiese sido la más separadora y desgarradora y significase que no volverían a verse durante mucho tiempo o quizás nunca más.

La madre Ludmilla iba de un lado a otro con callada alegría, bendijo al hijo en el momento de la despedida y no dejaba de preguntarse cómo había merecido que Dios la recompensase tanto a su edad por las muchas cosas que había deseado realizar y las pocas que había realizado a lo largo de su vida.

Cuando Viktor se fue volvió a empezar en el valle y en la casa la sencilla y tranquila vida que habían llevado allí sus moradores hasta entonces. La madre realizaba candorosamente las tareas de la casa, se ocupaba de todo con eficiencia y preparaba toda clase de comodidades y de utensilios para un tiempo cercano: Hanna era una hija dócil, que siempre hacía la voluntad de la madre y esperaba llena de emoción y excitación lo que traería el futuro.

Al cabo de cuatro años, cuando las cartas procedentes de países extranjeros, que llevaban todas la misma letra querida y conocida, formaban ya un enorme montón, llegó el propio autor de las cartas y

éstas dejaron de llegar. Viktor regresó tan cambiado que incluso la madre adoptiva quedó asombrada y sorprendida; pues en poco tiempo el joven casi infantil se había convertido en un hombre. Pero sólo había evolucionado su inteligencia y su talento, el buen corazón que ella había depositado en él no había cambiado, seguía tan infantil e intacto como ella se lo había dado en su tierna infancia y lo había seguido cuidando después; ella había podido darle su corazón, pero no lo que el hombre fuerte necesita y lo que exige de él la dura vida. Hanna no vio ningún cambio en Viktor, pues desde su infancia consideraba que él tenía más habilidad y capacidad que ella; pero ella tenía un alma grande, buena y sencilla que hace inevitablemente el bien como fluye cuesta abajo el agua, aunque ella no lo sabía y lo suponía como bien común a todas las personas.

No mucho tiempo después de su regreso, Viktor y Hanna estaban ante el altar para celebrar una unión eterna, los seres cuyos rostros eran la viva imagen de otros dos seres que también habían deseado encontrarse ante el mismo altar, pero que habían sido separados por la desgracia y la culpa y que luego se arrepentirían el resto de sus días.

Todos los amigos que habían participado aquel día en el paseo con motivo de la fiesta de cumpleaños de Ferdinand estaban presentes en la boda de Viktor y Hanna. También estaban el tutor y su esposa, Rosina que ya era una mujer joven y también las amigas de Rosina y de Hanna y otras personas.

Cuando terminaron las fiestas, Viktor condujo triunfalmente a Hanna a su granja. La madre no los acompañó: dijo que ella tenía que ocuparse aún de muchas cosas.

El tío no asistió a la boda de su sobrino a pesar de los ruegos de Viktor, que había ido a verle personalmente. Estaba en su isla completamente solo, pues, como había dicho una vez, todo, todo era demasiado tarde y lo que no había hecho en su momento no lo podía recuperar.

Si aplicamos a aquel hombre la parábola de la higuera estéril, podríamos decir las siguientes palabras: «El jardinero grande, bondadoso y caritativo no la arroja al fuego, sino que contempla cada primavera las hojas sin fruto y deja que verdeen hasta que un día hay cada vez menos hojas y al final sólo se alzan las ramas secas. Entonces retira el árbol del jardín y planta otra cosa en su lugar. Pero las demás plantas siguen floreciendo y creciendo y ninguna podrá decir que ha nacido de sus semillas y que llevará los dulces frutos como él». Entonces sigue brillando el sol incansable, el cielo azul sonrío milenio tras milenio, la tierra se viste con su antiguo verdor y las generaciones descienden por la larga cadena hasta el niño más pequeño: pero él está borrado de todas ellas porque su vida no ha creado ninguna imagen, porque sus peldaños no descienden por el río del tiempo. Y si ha dejado otras huellas, éstas se borran como se borra todo lo terrenal, y cuando en el océano de los días desaparezca finalmente todo, incluso lo más grande y alegre, él desaparecerá antes, porque en él está sucumbiendo todo mientras aún respira y vive.

Notas

[1] El Brocksberg se identifica normalmente con el Brocken del Harz. Sin embargo, en toda Alemania existen montañas de esas características en las que se dice que tienen lugar aquelarres. *(N. de la T.)* <<

[2] Criado de San Nicolás o del Niño Jesús, que aparece con regalos o con una vara el 6 de diciembre para pegar a los niños malos. *(N. de la T.)* <<

[3] «Friss, Vogel, oder stirb!», literalmente «come, pájaro, o muere». Es un dicho del siglo XVI y significa que debes decidirte entre dos males. En este caso, el brujo dice, modificando el dicho, «Pájaro, come y muere». (*N. de la T.*) <<

[4] Carlos V de Alemania y I de España se mantuvo en guerra con Francisco I de Francia para mantener los ducados de Milán y Borgoña bajo sus dominios. *(N. de la T.)* <<

[5] Miembro de una comunidad religiosa femenina medio conventual que se creó a finales del siglo XII en los Países Bajos. (*N. de la T.*) <<

[6] Más conocida por *El rapto del serrallo* (*Die Entführung aus dem Serail*). (N. del T.) <<

[7] *Una cosa rara, ossia bellezza e onestà*, ópera de Vicente Martín y Soler (1754-1806), compositor español conocido por «Martini lo Spagnuolo». Sus óperas gozaron de inmensa popularidad y el *Don Giovanni* de Mozart incluye una melodía suya. (N. del T.) <<

[8] Pasquale Bondini, director de una sociedad operística de Praga. (*N. del T.*) <<

[9] Mozart hace un juego de palabras: Wolf, diminutivo de Wolfgang, significa en alemán 'lobo'. (*N. del T.*) <<

[10] El rey Federico Guillermo II de Prusia ofreció realmente a Mozart el puesto de director de orquesta, con un sueldo de 3.000 táleros anuales, pero Mozart, aunque sólo ganaba 800 como compositor de cámara imperial en Viena, no lo aceptó. *(N. del T.)* <<

[11] *Tarare*, ópera de Antonio Salieri (1750-1825), compositor italiano que fue director de la Ópera de Viena. Su enemistad con Mozart fue famosa y, al morir éste, se llegó a decir que lo había envenenado. (N. del T.) <<

[12] Friedrich von Hagedorn (1708-1754) y Johann Nikolaus Götz (1721-1781), poetas anacreónticos alemanes, cantores del vino y del amor. (*N. del T.*) <<

[13] En realidad, en la primavera de 1770, Mozart había cumplido ya los catorce. (*N. del T.*) <<

[14] «Jovencitas que vais al amor, que vais al amor, / ¡No dejéis que se os pase la edad, se os pase la edad! / Si en el pecho sentís un ardor, sentís un ardor, / ¡El remedio no lejos está! ¡La ra la! ¡La ra la! / ¡Qué placer, qué placer que será! / ¡La ra la! ¡La ra la! etc.»<<

[15] Parténope es el antiguo nombre de Nápoles, en donde la leyenda situaba la tumba de la sirena de ese nombre. *(N. del T.)* <<

[16] Se refiere, naturalmente, a Ninon (Anne) de Lenclos (1620-1705). (*N. del T.*) <<

[17] Claude-Emmanuel Lullier, llamado Chapelle (1628-1686), perteneciente al círculo de Racine, Boileau, Molière y Lafontaine. Hoy se le recuerda sólo por su *Voyage en Provence*. (N. del T.) <<

[18] Karl Wilhelm Ramler (1725-1798). Sus odas fueron consideradas modélicas. (*N. del T.*) <<

[19] Lorenzo da Ponte (1749-1838), libretista de *Le nozze di Figaro*, *Don Giovanni* *Così fan tutte*.
Johann Emanuel Schikaneder (1751-1812), libretista de *Die Zauberflöte*. (N. del T.) <<

[20] Así llamaba Mozart familiarmente a su colega Salieri, que comía dulces a todas horas, aludiendo también al aspecto melindroso de su persona. <<

[21] Referencia a la teoría científica de Georg Ernst Stahl (1660-1734). <<

[22] Piénsese en un antiguo y pequeño retrato de perfil que, bien dibujado y grabado, se encuentra en la portada de una obra de Mozart para piano, y es sin duda el más exacto de todos los retratos aparecidos en el comercio, incluso recientemente. <<

[23] Alusión a un famoso salero de oro cincelado por Benvenuto Cellini, por encargo de Francisco I de Francia, que hoy se encuentra en el Kunsthistorisches Museum de Viena.<<

[24] Hay que tener en cuenta, en ese número, que el aria de Elvira y su recitado, y el «*Ho capito*» de Leporello no estaban originalmente en la ópera. <<

[25] El poema es del propio Mörike. Hugo Wolf le puso música, como a tantos otros poemas suyos.

<<

[26] Posible alusión al título de la colección de canciones populares de los poetas románticos. A. von Arnim y Clemens von Brentano. (*N. de la T.*) <<

[27] En alemán también se suele designar al ser amado con la palabra «tesoro». (*N. de la T.*) <<

[28] El duro juicio que se permite el barón de F. aquí y en algunos pasajes de la primera carta sobre un príncipe de elevado ingenio, lo encontrará exagerado, como yo, todo el que haya conocido de cerca a este príncipe, y lo verá como producto de los prejuicios de este joven crítico. [Nota del conde de O.]

<<

[29] *Freiherr*, barón, significa literalmente señor libre. (N. del T.) <<

[30] *Mustang* (palabra india), caballo de las praderas americanas. (N. del T.) <<

[31] *Parlour, sala, salón. (N. del T.) <<*

[32] *Whippoorwill*, pequeña ave americana cuyo canto nocturno imita su nombre; *katjdid*, variedad norteamericana de saltamontes. (N. del T.) <<

[33] *Creek* (América del Norte), riachuelo. (*N. del T.*) <<

[34] *Squeamishness, náusea. (N. del T.) <<*

[35] *Damn it!, ¡Maldita sea! (N. del T.) <<*

[36] *Pooh!*, *Bah!* (N. del T.) <<

[37] *Ague*: tipo de malaria. (*N. del T.*) <<

[38] *Skunk* (palabra india), mofeta. (*N. del T.*) <<

[39] *Blue devils, demonios. (N. del T.)* <<

[40] *Tantrum*, enfado, rabieta. (*N. del T.*) <<

[41] *Dram*, trago. (N. del T.) <<

[42] *Bowie-knife*, cuchillo de caza largo que debe su nombre a su inventor. (N. del T.) <<

[43] *Care the devil, intrépido.* (N. del T.) <<

[44] *Turkey buzzards*, buitre americano, de plumaje oscuro y cabeza desnuda de color rojo. (*N. del T.*)

<<

[45] *Quid*, trozo de tabaco de mascar. (*N. del T.*) <<

[46] *Item, detalle. (N. del T.)* <<

[47] Nombres de distintas zonas de la ciudad de Viena situadas en las proximidades del Danubio. (*N. de la T.*) <<

[48] Gärtnerstrasse significa Calle de los Jardineros. (*N. de la T.*) <<

[49] Se refiere a los diversos signos que había que emplear para diferenciar las letras en la escritura gótica. (*N. de la T.*) <<